

CCIO

3071A6

IMPRESIONES

DE FOLIOS

152020

P02227

15

c.1

91



91

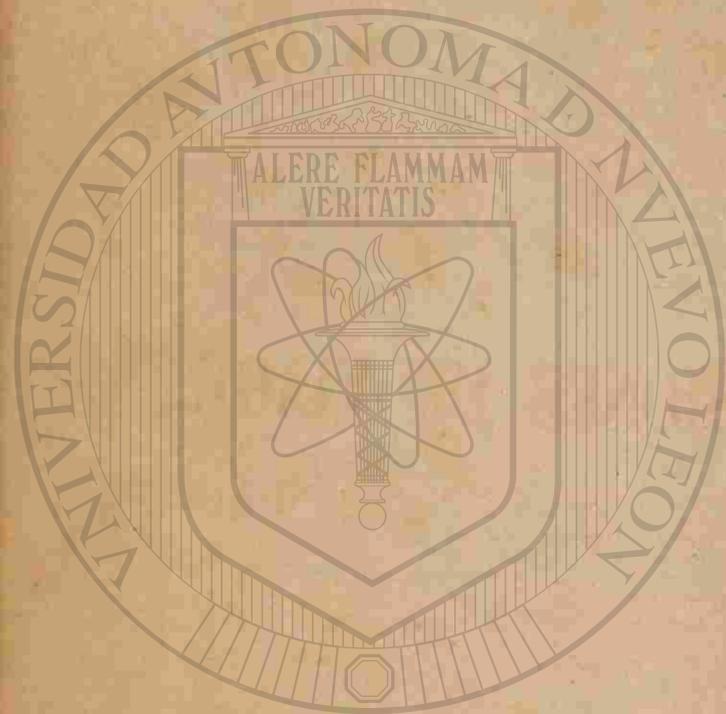


UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Exp. 7. Exp. 163

10 EN 78

Esta obra será registrada en la Biblioteca
por el profesor Sr. A. Martínez
Julio 21 de 1886.

IMPRESIONES DE VIAGE.

I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

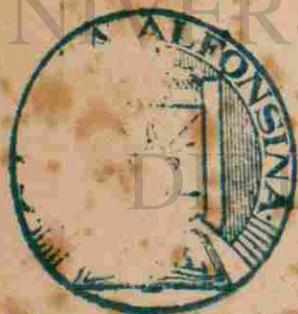


FONDO BIBLIOTECA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

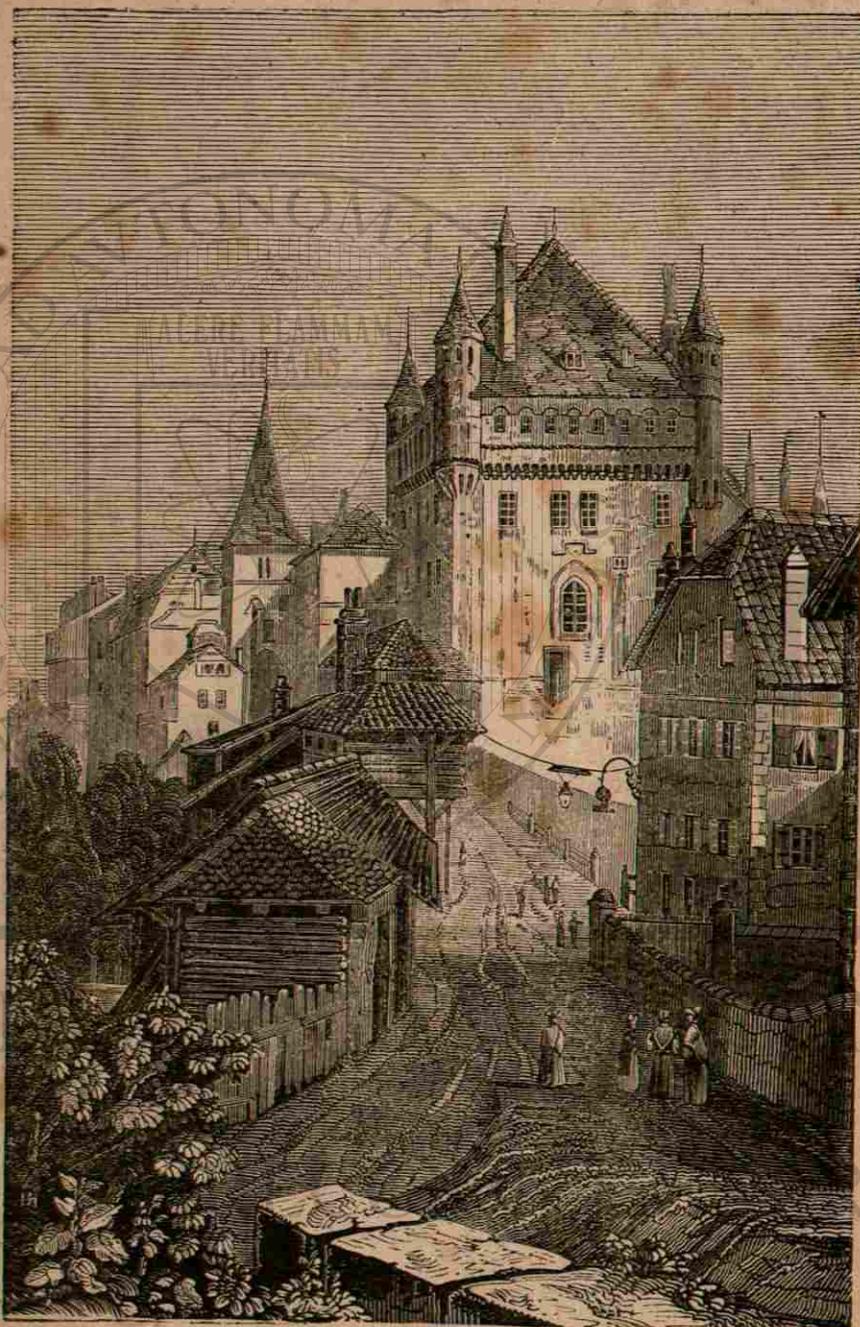


FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

059-91955





Vista de Lausana.

IMPRESIONES

DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

SUIZA.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria



BEYER D.

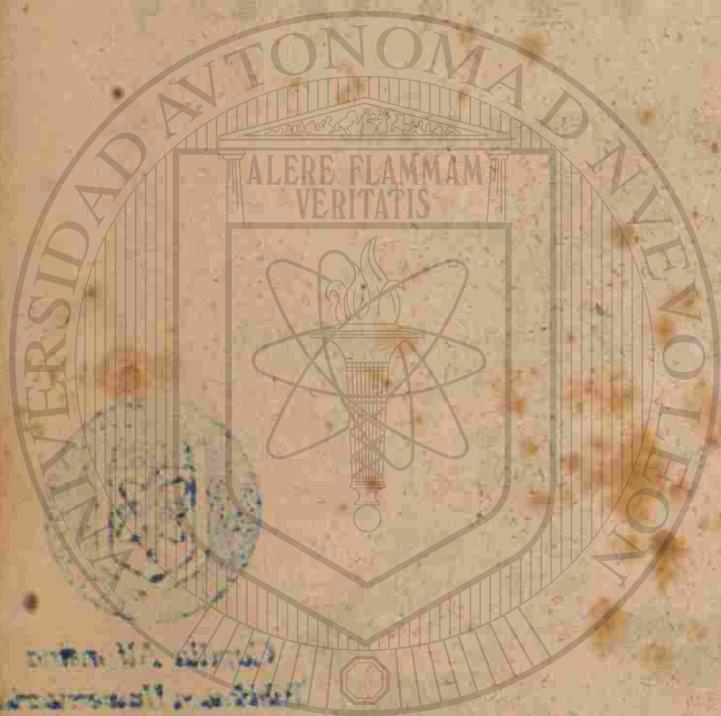
MADRID, 1856.

54618

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

015253

7022227
L5



IMPRESIONES DE VIAGE.

SUIZA.

POR ALEJANDRO DUMAS.



EXPOSICION.

No hay viagero que no crea deber dar cuenta á sus lectores de los motivos de su viage. Yo miro con mucho respeto á mis célebres antecesores; desde Bougainville, que dió la vuelta al mundo, hasta Maistre, que dió la vuelta á su cuarto, para no seguir su ejemplo.

Ademas, se hallará en mi exposicion, por corta que ella sea, dos cosas muy importantes que en vano se buscarian en otra parte: una receta contra el cólera y una prueba de la infalibilidad de los periódicos.

El 15 de abril de 1832, al volver á mi casa de acompañar hasta la escalera á mis dos buenos y célebres amigos, Litz y Boulanger que habian pasado la noche en precaverse conmigo contra el azote reinante, tomando sendas tazas de té negro, senti que me faltaban las piernas de pronto: al mismo tiempo se desvanecié mi vista con un vértigo, y senti frio en toda mi piel: me agarré á una mesa para no caerme: tenia el cólera.

Si era el asiático ó europeo, epidémico ó contagioso, es cosa que completamente ignoro; pero lo que si sé muy bien, es, que conociendo que no podria ya hablar cinco minutos mas tarde, me despaché á pedir azúcar y éther.

Mi criada, que es una muchacha muy inteligente, y que me habia visto algunas veces despues de mi comida, mojar un poco de azúcar en ron, presumió que le pedia una cosa parecida. Llenó un vaso de licor de éther puro, colocó sobre la abertura del vaso el terron mas grande de azúcar que pudo encontrar, y me lo trajo, en el momento en que acababa de acostarme tiritando con todos mis miembros.

Como ya comenzaba á perder la cabeza, estendi maquinalmente la mano: senti que me ponian en ella alguna cosa, al mismo tiempo oi una voz que me decia: *tragad eso, señor, que esto os sentará bien.* Arrimé esta cierta cosa á la boca, tragué lo que contenia, es decir, medio frasco de éther. Decir la revolucion que senti en mi persona cuando este diabólico licor atravesó mi garganta, es cosa imposible, por que al punto perdi el conocimiento. Una hora despues volvi en mi: hallábame envuelto entre mantas, tenia una botella de agua caliente á mis pies: dos personas llevando cada una en la mano un calentador lleno de fuego, me daban friegas en todas las coyunturas. Hubo un momento en que me crei muerto y en el infierno: el éther me abrasaba el pecho por dentro: las friegas me hacian estar por fuera hecho un mar de sudor: en fin, al cabo de un cuarto de hora el frio se confesó vencido, y los médicos declararon que ya me hallaba en salvo. Era ya tiempo: dos friegas mas y me hallaba completamente asado.

Cuatro dias despues vino á sentarse á la cabecera de mi cama el director del teatro de la Puerta de San Martin. Su teatro estaba aun mas malo que yo, y el moribundo llamaba en su auxilio al convaleciente. Mr. Harce me dijo que necesitaba en quince dias á mas tardar, una pieza que al menos le produjese cincuenta mil escudos: añadió para determinarme, que el estado de escitacion en que me hallaba por la fiebre era muy favorable para los trabajos de imaginacion atendida la exaltacion cerebral que era su consecuencia.

Me pareció tan concluyente esta razon, que inmediatamente puse manos á la obra: le di su pieza al cabo de los quince dias: le produjo cien mil escudos en lugar de los cincuenta mil, verdad es que estuve á punto de volverme loco.

Este trabajo forzado y violento no éra pro-

pio para restablecerme: así es que apenas podía tenerme en pie, tan débil me hallaba aun, cuando supe la muerte del general Lamarque. A la mañana siguiente, fui nombrado por su familia uno de los comisarios del entierro; mi cargo era hacer tomar á la artillería de la guardia nacional de que yo formaba parte, el sitio que le correspondía en el cortejo fúnebre según la gerarquía militar.

Todo París ha visto pasar aquel entierro, sublime por el orden, el recogimiento y el patriotismo. ¿Quién cambió aquel orden en desorden, aquel recogimiento en cólera, aquel patriotismo en rebelión? Eso es lo que yo ignoro ó quiero ignorar hasta el día en que la monarquía de julio tenga que dar, como la de Carlos IX sus cuentas á Dios, ó como la de Luis XVI sus cuentas á los hombres.

El 9 de junio lei en un periódico legitimista que yo había sido cogido con las armas en la mano, en la asonada del claustro de Saint-Mery, juzgado militarmente durante la noche y fusilado á las tres de la madrugada.

La noticia tenía un carácter tan oficial, la relación de mi ejecución, que decían había sufrido con el mayor valor, se hallaba tan detallado, los datos venían de tan buen origen, que yo mismo dudé un instante: era además grande la convicción del redactor; por la primera vez hablaba bien de mí en su periódico: era pues evidente que me creía muerto.

Me quité la ropa de la cama, púsemelo de un salto en el suelo y corrí á colocarme delante de un espejo, para darme á mi mismo pruebas de mi existencia. En aquel momento abrieron la puerta de mi alcoba y un criado me entregó una carta de Carlos Nodier, concebida en estos términos:

MI QUERIDO ALEJANDRO:

«Acabo hace un momento de leer en un periódico, que habeis sido fusilado ayer á las tres de la madrugada, tened la bondad de avisarme si esto os impedirá el venir mañana al Arsenal á comer con Taylor.»

¡Lice decir á Carlos que en cuanto á si estaba muerto ó vivo nada podía responderle, en atención á que yo mismo aun no tenía sobre ello una opinión fija, pero que en uno ú otro caso contase con que al día siguiente iría á comer con él, y que así no tenía mas que estar preparado como don Juan á obsequiar la estatua del Comendador.

Al día siguiente quedó bien comprobado que yo no estaba muerto: sin embargo, no había ganado gran cosa en el cambio, porque me hallaba siempre muy malo; lo que viéndolo mi médico, me recetó lo que un médico receta siempre cuando ya no sabe que recetar.

Un viaje á Suiza.

En su consecuencia, el 24 de julio de 1832, tomé la diligencia y salí de París.

MONTEREAU.

A la mañana siguiente, mientras el convoy dejaba sus viajeros en Montereau, y les concedía una hora para desayunarse, yo fui á visitar aquel puente doblemente histórico, que con cuatro siglos de distancia fué testigo de la agonía de dos dinastías, de las que la una se salvó por un crimen, y la otra no pudo salvarse por una victoria.

Estas dos páginas de nuestra historia, son demasiado importantes para que las dejemos en blanco en nuestro álbum de viaje: en su consecuencia nuestros lectores tendrán la bondad de echar con nosotros una rápida ojeada sobre la posición topográfica de la ciudad de Montereau, á fin de que los hagamos asistir á los acontecimientos que en ella se han verificado, y en los que Juan sin Miedo y Napoleon, han representado los principales papeles.

La ciudad de Montereau está situada á veinte leguas casi de París, en la confluencia del Yonne y del Sena, donde el primero de estos dos ríos pierde su nombre uniéndose con el otro: si se sube por él saliendo de París el curso del río que lo atraviesa tendrá al llegar á la vista de Montereau á la izquierda la montaña de Surville que coronan las ruinas de un viejo castillo, y al pie de la montaña una especie de arrabal separado de la ciudad por el río.

Enfrente se descubrirá figurando el ángulo mas agudo de una V, y casi en la posición en que se encuentra en París la punta del Puente Nuevo, una lengua de tierra que va ensanchándose siempre entre el río y la orilla que la rodea hasta el nacimiento del Sena, cerca de Baignieux—los judíos.

A la derecha se desplegará la ciudad toda entera, graciosamente recostada en medio de sus casas y de sus viñedos, cuya alfombra matizada de verde y amarillo, cual una capa escocesa se estienda hasta perderse de vista sobre las ricas llanuras de Gatinais.

En cuanto al puente que tan importante lugar ocupa en los acontecimientos que vamos á tratar de referir, saliendo de izquierda á derecha une el arrabal con la ciudad, y atraviesa el río sentando uno de sus macizos estribos sobre la punta de tierra de que hemos hablado.

JUAN-SIN-MIEDO.

El 9 de setiembre de 1419 sobre la parte del puente que atraviesa el Sena, y bajo la inspección de dos hombres, que sentados cada

cual á cada lado del parapeto, parecían tener igual interés en la obra que delante de ellos se hacía por unos trabajadores protegidos en su trabajo por algunos soldados que impedían aproximarse al pueblo, levantaban con gran prisa una especie de palco de madera que se extendía á todo lo ancho del puente, y casi á una longitud de unos veinte pies. El mas viejo de los dos personajes que nos hemos representado como presidiendo á la construcción de este palco, parecía como de unos cuarenta y ocho años de edad. Su cabeza morena cubierta de largos cabellos negros, cortados á la redonda, hallábase cubierta de un sombrero de tela de color oscuro, rodeado de una cinta á modo de faja, cuyas puntas flotaban libremente al viento. Hallábase vestido de un gaban de paño parecido al del sombrero, cuyo forro de color verde se dejaba ver en el cuello, en la estremidad inferior y en las mangas: de estas mangas anchas y caídas, salían dos robustos brazos que protegía uno de esos duros vestidos de alambre que llamaban cota de malla. Estaban cubiertas sus piernas con largas botas; cuyo extremo superior desaparecía debajo del gaban, y cuyo extremo inferior manchado de barro, atestiguaba que la precipitación con que se había ocupado en venir á presidir la construcción de aquel palco no le había permitido mudarse su traje de viaje. De su cinturón de cuero, pendía con cordones de seda, una larga bolsa de terciopelo negro, y al lado de ella en lugar de espada ó de daga, de una cadena de hierro, una pequeña hacha de armas adamasquinada de oro, cuya punta opuesta al filo representaba con un primor que honraba al artista de cuyas manos había salido, una cabeza de halcón sin capuz.

En cuanto á su compañero, que apenas parecía de edad de veinte y cinco á veinte y seis años, era un hermoso joven vestido con esmero, que á primera vista parecía incompatible con la sombría preocupación de su espíritu. Tenía su cabeza inclinada sobre su pecho, cubierta con una especie de casquete de terciopelo azul forrado de arminio: un broche de rubies sujetaba en él los cañones de muchas plumas de pavo real, cuyas puntas agitaba el aire cual un plumage de esmeraldas, zafiros y de oro. De su sobretodo de terciopelo encarnado, cuyas mangas caían guarnecidas de arminio como su sombrero, salían cruzados sobre su pecho sus brazos cubiertos de una tela tan brillante que parecía un tejido de hilo de oro. Completaba este vestido un pantalon azul, ajustado, sobre cuyo muslo izquierdo había bordadas una P y G, coronadas con un casco de caballero, y unas botas de cuero negro forradas de lana encarnada, con su estremidad exterior doblada hácia fuera, y las puntas de la polaina desmesuradamente retorcidas, cual se llevaban en aquella época.

Por su parte el pueblo miraba con gran curiosidad los preparativos de la entrevista que

debía tener lugar á la mañana siguiente entre el delfín Carlos y el duque Juan: y aunque fuese unánime el deseo de la paz, eran diversas las palabras que murmuraban, porque existía en el ánimo de todos mas temor que esperanza: la última entrevista que había tenido lugar entre los gefes de los partidos delfinés y borgoñon, á pesar de las promesas hechas por una y otra parte, había tenido tan desastrosas consecuencias que se tenía por un milagro la reconciliación de los dos príncipes. Sin embargo, algunos ánimos mejor dispuestos que los otros creían, ó aparentaban creer, en el feliz éxito de la negociación que iba á tener lugar.

—¡Pardiez! decía con las dos manos puestas en la cintura abarcando la redondez de su vientre, un hombre grueso, de rostro alegre, fresco y colorado como una rosa de mayo: ¡pardiez! dicha ha sido que monseñor el delfín, á quien Dios guarde, y monseñor de Borgoña, á quien protejan todos los santos, hayan elegido la ciudad de Montereau, para venir á jurar en ella la paz.

—¿Si, no es verdad, tabernero? respondió dándole una palmada sobre el punto culminante del vientre, su vecino menos entusiasta que él: si es gran dicha, porque esto hará caer algunos escudos en tu escarcela y el granizo sobre la ciudad.

—¿Por qué? dijeron muchas voces.

—¿Por qué ha sucedido así en Ponceau? ¿por qué terminada apenas la entrevista estalló un huracán tan terrible en un cielo donde no se divisaba ni una nube? ¿por qué cayó el rayo sobre uno de los dos árboles al fin de los cuales se habían abrazado el delfín y el duque? ¿por qué hizo pedazos aquel árbol sin tocar á el otro de tal modo que aun que procedían de un mismo tronco, cayó el uno herido del rayo al pie de su hermano que permaneció derecho? Y mira, añadió Pedro estendiendo la mano ¿por qué cae en este momento nieve, aunque no estamos mas que á 9 de setiembre?

Cada cual á estas palabras alzó la cabeza y vió efectivamente revolotear sobre un cielo gris los primeros copos de aquella nieve precoz que debía durante la noche siguiente, cubrir como una mortaja todas las tierras de la Borgoña.

—Razon tienes, Pedro, dijo una voz: de mal agüero es eso y anuncia cosas terribles.

—¿Sabeis lo que eso anuncia? replicó Pedro: que al fin Dios se cansa de los falsos juramentos que hacen los hombres.

—Si, si, eso es verdad, respondió la misma voz; pero ¿por qué no descarga el rayo sobre los perjuros mas bien que sobre un pobre árbol que no tiene culpa de nada?

Esta aclamación hizo levantar la cabeza al mas joven de los dos señores, y en aquel momento sus ojos se fijaron sobre el palco en construcción. Uno de los trabajadores ponía en medio de este palco la valla que debía, para seguridad de cada cual, separar los dos par-

tidos. Parece que esta medida de precaucion no obtuvo la aprobacion del noble asistente, porque su rostro pálido se puso encendido: y saliendo de la aparente apatia en que se hallaba, de un salto se puso en medio del palco y entre los trabajadores con una blasfemia tan sacrilega, que el carpintero que comenzaba á clavar la valla la dejó caer y se santiguó.

—¿Quién te ha mandado poner esa valla, miserable? le dijo el caballero.

—Nadie, monseñor, replicó el trabajador temblando y confundido: nadie, pero es costumbre.

—Esa costumbre es una tontería, ¿lo oyes? á ver, tira ese pedazo de madera al río. Y volviéndose á su compañero de mas edad: ¿en qué estábais pensando, dijo, señor Tanneguy, que le dejábais hacer eso?

—Yo estaba como vos, señor Gyac, respondió Duchatel, tan preocupado á lo que parece del suceso, que olvidaba los preparativos.

Durante este tiempo el trabajador, para obedecer la orden del señor de Gyac, habia arrimado la valla contra el parapeto del puente y se preparaba á tirarla al río, cuando salió una voz de entre la multitud que contemplaba esta escena: era la de Pedro.

—Es igual, decia dirigiéndose al carpintero, tú tenias razon, Andrés; y ese señor no dice bien.

—¡Hola! dijo Gyac, volviéndose hácia él.

—Si, monseñor, continuó tranquilamente Pedro, cruzándose de brazos: digais cuanto querais: una valla es la seguridad comun: es una cosa de mucha precaucion cuando debe haber una entrevista entre dos enemigos, y esto se hace siempre.

—¡Si, si, siempre! gritaron tumultuosamente los hombres que los rodeaban.

—¿Y quién eres tú, dijo Gyac, para atreverte á tener un parecer contrario al mio?

—Soy, respondió friamente Pedro, un ciudadano del departamento de Montereau, libre en su persona y bienes, y que tiene desde muy jóven la costumbre de decir muy alto su parecer sobre cualquier cosa sin cuidarse de que sea contrario ó no á otro mas poderoso que él.

Gyac hizo el ademan de echar la mano á su espada: Tanneguy le contuvo por el brazo.

—Estais loco, señor mio, dijo levantando las espaldas. ¡Arqueros! continuó Tanneguy, haced evacuar el puente, y si esos tunantes oponen alguna resistencia, os permito que os acordeis que teneis un arco en la mano y una buena porcion de flechas.

—Está bien, está bien, señores míos, dijo Pedro, que colocado el último tenia trazas de sostener la retirada: está bien, nos retiramos: pero pnesto que os he dicho mi primer parecer preciso es que os diga el segundo: es ¡que se prepara en este lugar una buena traicion: Dios reciba en su gracia la victima y tenga misericordia de los asesinos!

En tanto que se cumplian las órdenes de Tanneguy, los carpinteros habian abandonado el palco ya acabado, y guarnecian con vallas cerradas por fuertes puertas los dos extremos del puente, á fin de que únicamente las personas de la comitiva del delfín y del duque, pudiesen entrar en él: diez por cada parte debian de ser estas personas, y para la seguridad personal de cada uno de los gefes, el resto de las gentes del duque debia ocupar la orilla izquierda del Sena y el castillo de Surville; y los partidarios del delfín la ciudad de Montereau y la orilla derecha del Yonne. En cuanto á la lengua de tierra de que hemos hablado y que se encuentra entre los dos ríos era un terreno neutral que no debía pertenecer á nadie: y como en aquella época á escepcion de un molino aislado á la orilla del Yonne, aquella península se hallaba completamente deshabitada se podia fácilmente asegurar que no habia allí preparada ninguna sorpresa.

Cuando los trabajadores hubieron concluido las vallas, dos pelotones de hombres armados, cual si no hubiesen aguardado mas que aquel instante, se adelantaron simultáneamente para ocupar sus posiciones respectivas: uno de estos pelotones compuestos de ballesteros llevando la cruz roja de Borgoña en la espalda, vino mandado por Jacobo de la Lima su gran maestre, á apoderarse del arrabal de Montereau, y á colocar centinelas en el extremo del puente por donde debia llegar el duque Juan: el otro formado de soldados diferentes, se extendió en la ciudad y vino á poner guardias en la valla por donde debia de entrar el delfín.

Durante este tiempo, Tanneguy y Gyac habian continuado su plática: pero en cuanto vieron estas disposiciones tomadas se separaron.

Gyac para volver á tomar el camino de Bray, sobre el Sena, donde le aguardaba el duque de Borgoña, y Tanneguy Duchatel para ir al lado del delfín de Francia.

Horrible fué la noche, á pesar de lo poco avanzado de la estacion cayeron seis pulgadas de nieve que cubrieron el suelo. Todos los frutos de la tierra se perdieron.

Al día siguiente, 10 de setiembre, á la una de la tarde, el duque entró á caballo en el patio de la casa donde se habia alojado. Tenia á su derecha al señor de Gyac, y á su izquierda al señor de Noalles. Su perro favorito habia aullado lamentablemente toda la noche y viendolo á su amo dispuesto á marcharse, se lanzó fuera de su covacha donde estaba atado, con los ojos ardientes y erizado el pelo: en fin cuando el duque se puso en marcha hizo el perro un violento esfuerzo, rompió su doble cadena de hierro, y en el momento en que iba el caballo á pasar el umbral de la puerta se arrojó sobre el pecho del caballo y le mordió tan cruelmente que se levantó de manos, y casi hizo perder los estribos al duque. Gyac impacien-

tado quiso separarlo con un látigo que llevaba, pero el perro sin hacer caso de los golpes que recibia se arrojó de nuevo sobre la garganta del caballo del duque: éste creyéndole rabioso tomó un hacha de armas que llevaba en el arzon de la silla y le partió con ella la cabeza. Dió un grito el perro y fué rodando á espirar sobre el umbral de la puerta, como para impedir aun su paso: el duque con un suspiro de pesar hizo saltar á su caballo sobre el cuerpo del fiel animal.

Veinte pasos mas lejos un anciano judío, que era de su servidumbre y que se ocupaba en la magia, salió de pronto de detrás de una pared, detuvo el caballo del duque por la brida y le dijo:

—Monseñor, no paseis mas adelante.

—¿Qué me quieres, judío? le dijo deteniéndose el duque.

—Monseñor, replicó el judío, he pasado la noche en consultar los astros, y la ciencia dice que si vais á Montereau, no volveréis. Y tenia al caballo del bocado para impedirle pasar adelante.

—¿Qué dices tú de esto, Gyac? dijo el duque volviéndose á su jóven favorito.

—Digo, respondió éste poniéndose colorado de impaciencia, digo que este judío es un loco, á quien es menester tratar como á vuestro perro, sino queréis que su inmundo contacto os obligue á hacer penitencia ocho dias.

—Déjame, judío, dijo pensativo el duque, haciéndole dulcemente seña de que le dejase pasar.

—¡Atrás el judío! gritó Gyac echando su caballo sobre el anciano y haciéndole rodar á diez pasos de distancia: ¡atrás! ¿no oyes á monseñor que te manda sueltas la brida de su caballo?

El duque pasó la mano sobre su frente como para apartar una nube de ella, y echando una última mirada sobre el judío tendido sin conocimiento sobre el camino, continuó su marcha.

Tres cuartos de hora despues el duque llegó al castillo de Montereau. Antes de bajar del caballo dió orden á doscientos hombres de armas y á cien arqueros de que se alojasen en el arrabal y relevasen á los que la vispera habian dado la guardia á la cabeza del puente.

En aquel momento Tanneguy se llegó hácia el duque y le dijo que el delfín le aguardaba en el lugar de la entrevista hacia una hora. El duque respondió que iba á ir allí: en el mismo instante uno de sus servidores vino corriendo todo asustado y le habló en voz baja. El duque se volvió hácia Duchatel.

—¡Vive Dios! dijo, que hoy todos se han concertado para hablarme de traicion. Duchatel estás bien seguro de que no corre ningun riesgo nuestra persona? porque hariais muy mal en engañarnos.

—Mi temido y respetable señor, respondió Tanneguy: muerto y condenado me vea yo si

quisiese haceros traicion á vos ó á cualquiera otro: no tengais ningun temor, porque el delfín no os quiere mal.

—¡Está bien! iremos pues, dijo el duque, fiándonos en Dios: alzó los ojos al cielo, y en vos, continuó, fijando sobre Tanneguy una de aquellas penetrantes miradas que solo eran propias de él. Tanneguy la sostuvo sin bajar la vista.

Entonces éste presentó al duque el pergamino en que estaban escritos los nombres de los diez hombres de armas que debian acompañar al delfín: hallábanse escritos en el orden siguiente:

El vizconde de Narbona, Pedro de Beauveau, Roberto de Loira, Tanneguy Duchel, Barbazam, Guillermo le Bouteillier, Guy de Avangour, Olivier Layet, Vavenous y Frottier. Tanneguy recibió en cambio la lista del duque. Los que habia llamado al honor de acompañarle, eran:

Monseñor Carlos de Borbon, el señor de Noalles, Juan de Fribourg, el señor de San Jorge, el señor de Montagu, Antonio de Vergi, el señor de Ancre, Guy Pontarlier, Carlos de Lens y Pedro de Gyac. Ademas cada uno debia de llevar consigo á su secretario.

Tanneguy se llevó esta lista. Detrás de él se puso en camino el duque, para bajar desde el castillo al puente: habiase apeado, tenia cubierta la cabeza con un sombrero de terciopelo negro, llevaba por toda defensa una cota de malla sencilla, y por arma ofensiva una débil espada ricamente cincelada y con puño de oro.

Al llegar á la valla, Jacobo de la Lima le dijo que él habia visto entrar en una casa de la ciudad, inmediata á la cabeza del puente á muchas gentes armadas, y que al verle á él cuando con su tropa habia tomado posicion, aquellas gentes se habian apresurado á cerrar las ventanas de la casa.

—Id á ver si es eso verdad, Gyac, dijo el duque. Aquí os aguardaré.

Gyac tomó el camino del puente, atravesó las vallas, pasó por medio del palco de madera, llegó á la casa designada y abrió su puerta. Tanneguy daba allí instrucciones á una veintena de hombres armados de todas armas.

—¡Y bien! dijo Tanneguy al verlo.

—¿Estais dispuestos? dijo Gyac.

—Si, ahora ya puede venir.

Gyac se volvió á donde estaba el duque.

—El gran maestre ha visto mal, monseñor, le dijo, no hay nadie en la casa. El duque se puso en camino. Pasó la primera valla, que inmediatamente se cerró detrás de él. Esto le dió algunas sospechas, pero como vió delante de él á Tanneguy, y al señor de Beauveau que habian salido á su encuentro, no quiso retroceder. Prestó su juramento con voz firme, y enseñando al señor de Beauveau su ligera cota de malla y su débil espada:

—Ya veis, señores, como vengo: ademas, continuó volviéndose hácia Duchel y dándole un

golpecito en la espalda, *he aquí en quien yo me fio.*

El joven delfín hallábase ya en el palco de madera en medio del puente: llevaba un vestido de terciopelo azul claro guarnecido de martas, un gorro, cuya copa estaba rodeada de una pequeña corona de flores de lis de oro: la visera y las alas con forro igual al del vestido.

Al divisar al príncipe desvaneciéronse las dudas del duque de Borgoña, dirigióse derecho á él, entró en la tienda y notó que contra todos los usos y costumbres no había valla en medio de ella para separar á los dos partidos; empero sin duda creyó que sería un olvido, porque ni aun hizo esta observación. En cuanto entraron detrás de él los diez señores que le acompañaban cerraron las dos vallas.

Apenas había en aquella estrecha tienda espacio suficiente para que las veinte y cuatro personas que en ella se hallaban encerradas, pudiesen mantenerse ni aun de pie. Borgoñones y franceses, hallábanse mezclados hasta el punto de tocarse unos á otros. Quitóse el duque su sombrero y dobló la rodilla delante del delfín.

—He venido á vuestras órdenes, monseñor, dijo; aunque algunos me habían asegurado que esta entrevista no había sido pedida por vos sino para hacerme reconvenções, yo espero que esto no sea así, monseñor, puesto que no las he merecido.

Cruzóse de brazos el delfín sin abrazarle, ni levantarle del suelo, como había hecho en la primera entrevista.

—Os habeis engañado, señor duque, le respondió con voz serena: si, tenemos graves reconvenções que haceros, porque habeis cumplido mal la promesa que nos habeis hecho. Vos habeis dejado tomar mi ciudad de Pontoise que es la llave de París; y en lugar de acudir á la capital para defenderla ó morir allí, cual debiais como súbdito leal, habeis huido á Troyes.

—¡Huido, monseñor! dijo el duque estremándosele todo el cuerpo á esta ultrajante espresion.

—Si, huido, repitió el delfín, recalando la palabra. Habeis....

Levantóse el duque, no creyendo sin duda deber escuchar mas, y como en la humilde postura que había tomado, una de las cinceladuras del puño de su espada se le hubiese enredado en una malla de su cota, quiso volver á hacerla tomar su posicion vertical, el delfín dió un paso hácia atrás no sabiendo cual era la intencion del duque al tocar su espada.

—¡Hola! echais mano á vuestra espada en presencia de nuestro señor, exclamó Roberto de Loira, arrojándose entre el duque y el delfín.

Quiso hablar el duque. Bajóse Tanneguy y recogió de debajo de la alfombra el hacha que la vispera pendia de su cinturón, despues levantándose cuanto pudo: *ya es tiempo,* dijo,

alzando el hacha sobre la cabeza del duque.

Vió el duque el golpe que le amenazaba, quiso pararlo con la mano izquierda, en tanto que llevaba la derecha al puño de su espada: no tuvo tiempo de sacarla; el hacha de Tanneguy cayó, derribando la mano izquierda del duque, y hendiéndole con el mismo golpe la cabeza desde la megilla hasta debajo de la barba.

Permaneció aun un instante en pie derecho el duque, cual una encina que no puede caer. Entonces Roberto Loira le hundió su puñal en la garganta dejándosele allí clavado.

Dió un grito el duque, estendió los brazos y fué á caer á los pies de Gyac.

Hubo entonces una terrible gritería, y una horrorosa refriega, porque en aquella tienda en donde dos hombres apenas hubieran tenido espacio para pelear, veinte hombres se arrojaron unos sobre otros. Hubo un momento en que no se pudo distinguir sobre todas aquellas cabezas, mas que manos, hachas y espadas. Gritaban los franceses, ¡mata! ¡mata! ¡muerte! Gritaban los borgoñeses, ¡traicion! ¡traicion! ¡al arma! Saltaban las chispas con el choque de las armas, corría la sangre de las heridas. Asustado el delfín había echado la mitad del cuerpo fuera de la valla. Llegó á sus gritos el presidente Louvet, se lo echó á su espalda, lo sacó fuera, y lo arrastró casi desmayado hácia la ciudad. Su vestido de terciopelo azul estaba todo chorreando de la sangre del duque de Borgoña, que había saltado hasta él.

Sin embargo, el señor de Montagn, que era partidario del duque, había logrado escalar la valla, y gritaba: ¡alarma! Noalles iba á salvarla tambien, cuando Narbouna le partió por detrás la cabeza, cayó fuera del palco y espiró casi instantáneamente. El señor de San Jorge estaba profundamente herido en el costado derecho de un golpe de hacha. El señor de Ancre tenia la mano hendida.

En tanto que el combate y los gritos continuaban, en la tienda pisoteaban al duque moribundo á quien nadie cuidaba de socorrer. Hasta entonces los delfineses mejor armados llevaban la ventaja; pero á los gritos del señor de Montagn, Antonio de Thionlongeon, Simon Othelimer, y Juan de Ermay acudieron, se aproximaron al palco, y mientras que tres de ellos blandian sus espadas contra los de dentro, el cuarto rompía la valla. Por su lado los hombres ocultos en la casa, salieron y llegaron en apoyo de los delfineses. Los borgoñeses viendo inútil toda resistencia, tomaron la fuga por la valla que habían roto. Persiguiéronlos los delfineses y únicamente tres personas se quedaron en la tienda vacía y ensangrentada.

Eran el duque de Borgoña, tendido en el suelo y moribundo, Pedro Gyac de pie, con los brazos cruzados y mirándole morir, y en fin Olivier Layet que conmovido con los padecimientos de aquel desventurado príncipe, le

levantaba la cota de malla para rematarle por debajo con su espada. Pero Gyac no quería ver abreviar esta agonía de que cada convulsion parecia pertenecerle; y cuando conoció la intencion de Olivier, con un violento puntapié le hizo saltar la espada de la mano. Asombrado Olivier levantó la cabeza.

—¡Sangre de Dios! le dijo riendo Gyac, dejad morir tranquilo á este pobre príncipe.

Despues, cuando el duque hubo exhalado el último suspiro, púsole la mano sobre su corazón para cerciorarse de que se hallaba muerto, y como lo demas le importaba muy poco desapareció sin que nadie fijase en él la atencion.

Sin embargo, los delfineses despues de haber perseguido á los borgoñeses hasta el pie del castillo, volviéronse atrás. Encontraron el cuerpo del duque tendido donde lo habían dejado, y á su lado al cura de Montereau que de rodillas sobre un charco de sangre recitaba las oraciones por los muertos. Las gentes del delfín quisieron arrancarle aquel cadáver y arrojarlo al río: empero el sacerdote levantó su crucifijo sobre el duque y amenazó con la cólera del cielo á cualquiera que osase tocar á aquel pobre cuerpo, cuya alma había salido tan violentamente de él. Entonces Cosmerce, bastardo de Tanneguy le descalzó de un pie una de sus espuelas de oro, jurando llevarla en lo sucesivo, cual una orden de caballería, y los criados del delfín siguiendo su ejemplo, le arrancaron las sortijas de que estaban sus dedos cubiertos, como tambien la magnífica cadena de oro que llevaba pendiente al cuello.

Permaneció allí el sacerdote hasta la media noche; despues únicamente á aquella hora con la ayuda de dos hombres, llevó el cuerpo al molino cerca del puente, lo depositó sobre una mesa y continuó orando á su lado hasta la mañana siguiente. A las ocho fué enterrado en la iglesia de Nuestra Señora, delante del altar de San Luis. Estaba vestido con su gaban, sus botas, y el gorro echado sobre la cara. Ninguna ceremonia religiosa hubo en su entierro: sin embargo, por el descanso de su alma se dijeron doce misas en los tres dias siguientes. A la mañana siguiente del día del asesinato del duque de Borgoña, unos pescadores encontraron en el Sena el cuerpo de madama de Gyac.

NAPOLEON.

En la tarde del 47 de febrero de 1814, los habitantes de Montereau habían visto amontonarse en su ciudad, tomar posicion sobre la altura que la domina, y estenderse en las lla-

nuras que la rodean, masas de wurtembergeses tan compactas que no podian calcular su número. Sentian aquellos hombres amargamente no ser mas que la retaguardia del triple ejército que perseguia á Napoleon vencido y á los quince mil hombres que le rodeaban aun: últimos restos que le servian mas bien de escolta que de defensa, y cada uno de ellos fijando sus ojos ávidos sobre el curso del Sena, que huye hácia la capital, repetia aquel grito que todos hemos oido cuando niños, y que aun creemos oir; tan funesta espresion tenia en bocas extranjeras: ¡A París! ¡A París!

En todo el día no había cesado el cañon su terrible estruendo desde Mormant á Provins: pero indiferente el enemigo apenas había fijado en él su atencion: era sin duda algun general perdido que acosado como un jabali acorralado hacia aun frente á los rusos. En efecto ¿qué tenían que temer? Napoleon el vencedor huía á su vez: Napoleon se hallaba á diez leguas de Montereau con sus quince mil hombres cansados, que no debían tener fuerzas para poder llegar á la capital.

Vino la noche.

A la mañana siguiente el cañon hacíase oír, empero mas cerca que la vispera: de instante en instante cada grito de aquella gran voz de las batallas truenaba mas alto. Despiértanse los wurtembergeses, escuchan: el cañon no está mas que á dos leguas de Montereau: el grito, ¡á las armas! corre por todas partes con su eléctrico estremecimiento: tocan los tambores, suenan los clarines, los caballos de los ayudantes de campo hacen resonar las calles con sus herraduras en su continua carrera: el enemigo está en batalla.

De pronto, desembocan por el camino de Nogent masas en desórden: están perseguidas tan de cerca, que el fuego de nuestro cañon las quema, que el aliento de nuestros caballos humedece sus espaldas: son los rusos que la vispera por la mañana, formaban la vanguardia del ejército invasor, y habían llegado ya á Fontainebleau.

En la noche del 46 al 47-Napoleon se ha vuelto: trasporta en carros sus soldados: caballos de posta arrastran su artillería: la caballería de España llégale de refuerzo fresco, y los sigue al galope. El 47 por la mañana, Napoleon y su ejército están formados en batalla delante de Guignes: encuentran allí las avanzadas enemigas, las arrollan, alcanzan las columnas rusas, las destruyen. El enemigo se repliega. De Guignes á Nangis no es mas aun que una retirada: de Nangis á Nogent es una derrota. Napoleon pasa á galope delante del duque de Bellune, le dá la órden de destacar tres mil hombres de su cuerpo de ejército. ¿Qué va á hacer con quince mil soldados para perseguir á veinte y cinco mil rusos? Bellune irá á aguardarlo á Montereau: yendo allí en línea recta no tiene que andar mas que seis leguas: Napoleon se encontrará allí á la mañana

siguiente; y por el círculo que le es preciso recorrer habrá andado diez y siete.

Bellune destaca tres mil hombres, se pone á su cabeza, se pierde, emplea diez horas en hacer seis leguas, y al llegar á Montereau encuentra la ciudad ocupada hacia dos horas por los wurtembergeses.

En tanto Napoleón barre el enemigo cual el huracán el polvo, pasa delante de él, y volviéndose inmediatamente, lo rechaza sobre Montereau, donde Bellune y sus tres mil hombres deben aguardarle. ¡Esa caballería que relincha es la suya, esos cañones que truenan son los suyos: ese hombre en medio de la pólvora, del ruido y del fuego, que aparece en las primeras filas de los vencedores, arrojando veinte y cinco mil rusos con su látigo, es él, es Napoleón!

Rusos y wurtembergeses se han reconocido: los fugitivos se incorporan á un cuerpo de ejército de tropas frescas. Donde Napoleón cree encontrar tres mil franceses y coger á los rusos entre dos fuegos, encuentra diez mil enemigos, y tropieza con un muro de bayonetas: desde la altura de Surville donde debía ondear la bandera tricolor, diez y ocho piezas de artillería se preparan á metrallarle.

La Guardia recibe la orden de apoderarse de la altura de Surville: lánzase á ella á paso redoblado: despues de la tercera descarga los artilleros wurtembergeses son muertos sobre sus piezas, la altura queda por nosotros.

Sin embargo, los cañones que el enemigo ha tenido tiempo de clavar, no pueden servir. Se arrastra á brazo la artillería de la Guardia. Napoleón la dirige, la coloca, hace la puntería: la montaña se enciende como un volcan: la metralla derriba filas enteras de wurtembergeses y de rusos: las balas enemigas responden, silban y botan sobre la altura! Napoleón está en medio de un huracán de hierro. Quieren forzarle á que se retire.

—Dejadme, dejadme, amigos míos, dice agarrándose á una cureña: aun no está fundida la bala que me ha de matar.

Oliendo tan de cerca la pólvora el emperador ha desaparecido: el antiguo teniente de artillería se ha puesto manos á la obra.

—¡Vamos Bonaparte, salva á Napoleón!

Protegidos por el fuego de esta formidable artillería, en que el ojo de Napoleón parece conducir cada bala, dirigir cada descarga de metralla, los guardias nacionales bretones se apoderan á la bayoneta del arrabal de Melun, en tanto que por la parte de Tossar el general Pagol penetra con su caballería hasta la entrada del puente: allí encuentra rusos y wurtembergeses de tal modo apiñados, que no son ya las bayonetas enemigas, sino los cuerpos mismos de hombres los que les impiden avanzar: es preciso abrirse con el sable un camino en aquella multitud, cual con el hacha en un bosque demasiado cerrado y espeso. Entonces Napoleón concentra todo el fuego de su arti-

llería sobre un solo punto: sus balas enfilan la larga línea del puente: cada una de ellas derriba filas enteras de hombres en aquella masa, que labra como el arado un campo, y sin embargo el enemigo se halla aun demasiado apretado y compacto: ahógase entre los parapetos ó barandillas: revientan estas, queda descubierta el puente, y en un instante el Sena y el Yonne, quedan cubiertos de hombres y enrojados de sangre.

Cuatro horas duró esta carnicería.

Y ahora, dijo Napoleón cansado, y sentándose sobre la cureña de un cañón; mas cerca estoy yo de Viena que ellos de París.

Despues dejó caer su cabeza entre sus manos, permaneció diez minutos absorto en el pensamiento de sus antiguas victorias, y con la esperanza de sus nuevos triunfos.

Cuando levantó la frente, tenía delante de él un edecán, que venia á anunciarle que Soissons, esta poterna de París, se hallaba abierta, y que el enemigo no se hallaba mas que á diez leguas de su capital.

Escuchó estas noticias, como cosas que hacia dos años, la impericia ó la traición de sus generales, le habían acostumbrado á escuchar: ni un solo músculo de su rostro se alteró, y ninguno de cuantos le rodeaban pudo decir que hubiese sorprendido un rasgo de emoción en la cara de aquel jugador sublime, que acababa de perder el mundo.

Hizo una seña, para que le trajeran su caballo: despues, señalando con el dedo el camino de Fontainebleau, no dijo mas que estas únicas palabras:

—Vamos, señores, en marcha.

Y aquel hombre de hierro partió impasible, cual si toda fatiga debiese embotarse sobre su cuerpo, y todo dolor sobre su alma.

Se enseña colgada de la bóveda de la iglesia de Montereau, la espada de Juan de Borgoña.

Sobre todas las casas que dan frente á la altura de Surville, se reconocen los rastros de las balas dirigidas por el mismo Napoleón.

Nos detuvimos en Châlons, el día siguiente por la noche, porque no habíamos tomado asiento mas que hasta allí, contando que desde allí marcháramos á Lion embarcados, y por cierto que nos equivocamos. El Saona estaba con tan poca agua, que aquel mismo día no habían podido volver los vapores, que vimos tristemente remolcados por cuarenta caballos,

que los obligaban á adelantar por un lecho de arena en que se hundía la quilla, por lo cual no debíamos pensar en salir el día siguiente por aquella vía.

Como no había asientos en la diligencia, si no para el siguiente, me acordé de las ruinas de cierto castillo que había visto al pasar por la carretera, cuatro ó cinco leguas antes de llegar á Châlons, y no teniendo nada que hacer resolvimos visitarlo. En efecto, el día siguiente por la mañana temprano estábamos en camino, llevando por precaución, un almuerzo, que con dificultad hubiéramos encontrado en el lugar á donde nos dirigíamos.

Del castillo de Roca-Pot, no existe hoy mas que un recinto circular; sus piezas de habitación y de servicio se levantaban al derredor de un patio redondo; una parte del castillo debía haber sido edificada á la vuelta de las cruzadas; dos torres solamente parecen posteriores á esta época: un peñasco macizo forma la base del edificio, que se halla enclavado en los cimientos de aquella obra, con tanto arte, que aun hoy, y á pesar de los ocho siglos que sobre él han pasado, es difícil distinguir el sitio mismo en que, sobre la obra de Dios, se sobrepuso la obra del hombre.

Al pie del peñasco, aspillero como nidos de golondrinas y de pardillos, se ven grupos de algunas cabañas, cual si pidiesen sombra y abrigo al castillo feudal. El castillo no es más que ruinas, tristeza, soledad, las casas de los labradores, permanecen en pie, alegres, habitadas.

Sin embargo, los que poblaban el castillo, eran nobles señores, cuyos nombres ha conservado la historia.

En 1422, el duque Felipe de Borgoña, hijo de Juan sin Miedo, solicita y obtiene del rey Carlos VI y de la reina Isabel, que el canciller de Borgoña, Renato-Pot, señor de la Rocher, le acompañe para recibir el juramento de la Borgoña.

¿Cuál, pues, era este juramento exigido por el rey y la reina de Francia, que se debía prestar entre las manos del primer feudatario de la corona?

Era el de reconocer al rey Enrique de Inglaterra como gobernador y regente del reino de las lises.

En 1434, Jacobo Pot, señor de la Rocher-Nolay, hijo del que acabamos de nombrar, asiste con honor á la revista de caballeros y de tropas pasada por la duquesa de Borgoña, y al torneo que hubo en seguida.

En 1454, Felipe Pot, es nombrado gefe de la embajada enviada por el duque de Borgoña cerca del rey Carlos VII.

En 1417, Felipe Pot, Guit Pot su hijo y Antonio de Crevecaeur, firman como plenipotenciarios el tratado de Sens entre el rey Luis XI y Maximiliano, esposo de Maria de Borgoña.

En 1480, el duque Maximiliano de Borgoña, borra de la lista de los caballeros del toi-

son de oro á Felipe Pot de la Rocher-Nolay, por tener sospechas de que era partidario de Luis XI.

Aquí se pierden ya las huellas de esta noble familia, y vuelvo á las ruinas de su castillo, de que es ahora poseedor un vecino de Lion, víctima de una estafa bastante curiosa para que la refiramos.

Ved aquí el hecho.

A fines del año 1828, presentose cierto sujeto al labrador, que era dueño entonces del castillo de la Rocher y de las dos fanegas de tierra pedregosa que constituyen hoy todas sus dependencias, y preguntóle á que precio consentiría en vender su propiedad.

El paisano que no había podido alcanzar jamás que á lo menos en medio de los guijarros de que estaba cubierta la tierra, saliesen ortigas para su vaca, estuvo pronto á la venta, y en cuanto al precio, despues de una ligera discusión, se fijó en 4,000 francos.

Acordes pues, se presentaron ante un notario, en cuya presencia fueron pagados los 4,000 francos; pero el comprador pidió por razones personales que en lugar del precio verdadero, en el contrato se pusiesen 50,000 francos.

El vendedor, á quien esto era bastante indiferente, puesto que no tenía que pagarlos, consintió de buena gana, muy contento de sacar 4,000 francos de una ruina que no le producía por año mas que dos ó tres docenas de huevos de cuervo. El notario por su parte, pareció entender perfectamente la originalidad de aquel capricho, tan pronto como el comprador le insinuó que arreglase sus derechos sobre el precio supuesto y no sobre el real.

Terminado el acto, el nuevo propietario se hizo dar una copia, con la cual se volvió á Lion, y presentose en casa de un notario, pidiendo prestados 25,000 francos, y ofreciendo en hipoteca su propiedad de la Rocher.

El notario lionés escribió á la oficina de hipotecas para saber si la finca estaba gravada con alguna obligación, y el gefe de la oficina le respondió, que ni una sola piedra del castillo debía un cuarto á nadie.

El mismo día el notario había encontrado ya la cantidad pedida, y diez minutos despues de haber firmado la escritura se había ya marchado con el dinero que le había tomado á préstamo.

Llegó el día del reembolso, sin que se presentase ni deudor, ni dinero, ni cosa que se le pareciese.

Pidió la posesion de la finca hipotecada, la que obtuvo pagando un millar de escudos de gastos; salió inmediatamente en posta para visitar su nueva propiedad, que fuera de los gastos, había obtenido por mitad del precio.

Lo que balló fué un monton de escombros que valdria para un aficionado á lo mas 50 escudos.

siguiente; y por el círculo que le es preciso recorrer habrá andado diez y siete.

Bellune destaca tres mil hombres, se pone á su cabeza, se pierde, emplea diez horas en hacer seis leguas, y al llegar á Montereau encuentra la ciudad ocupada hacia dos horas por los wurtembergenses.

En tanto Napoleón barre el enemigo cual el huracán el polvo, pasa delante de él, y volviéndose inmediatamente, lo rechaza sobre Montereau, donde Bellune y sus tres mil hombres deben aguardarle. ¡Esa caballería que relincha es la suya, esos cañones que truenan son los suyos: ese hombre en medio de la pólvora, del ruido y del fuego, que aparece en las primeras filas de los vencedores, arrojando veinte y cinco mil rusos con su látigo, es él, es Napoleón!

Rusos y wurtembergenses se han reconocido: los fugitivos se incorporan á un cuerpo de ejército de tropas frescas. Donde Napoleón cree encontrar tres mil franceses y coger á los rusos entre dos fuegos, encuentra diez mil enemigos, y tropieza con un muro de bayonetas: desde la altura de Surville donde debía ondear la bandera tricolor, diez y ocho piezas de artillería se preparan á metrallarle.

La Guardia recibe la orden de apoderarse de la altura de Surville: lánzase á ella á paso redoblado: despues de la tercera descarga los artilleros wurtembergenses son muertos sobre sus piezas, la altura queda por nosotros.

Sin embargo, los cañones que el enemigo ha tenido tiempo de clavar, no pueden servir. Se arrastra á brazo la artillería de la Guardia. Napoleón la dirige, la coloca, hace la puntería: la montaña se enciende como un volcan: la metralla derriba filas enteras de wurtembergenses y de rusos: las balas enemigas responden, silban y botan sobre la altura! Napoleón está en medio de un huracán de hierro. Quieren forzarle á que se retire.

—Dejadme, dejadme, amigos míos, dice agarrándose á una cureña: aun no está fundida la bala que me ha de matar.

Oliendo tan de cerca la pólvora el emperador ha desaparecido: el antiguo teniente de artillería se ha puesto manos á la obra.

—¡Vamos Bonaparte, salva á Napoleón!

Protegidos por el fuego de esta formidable artillería, en que el ojo de Napoleón parece conducir cada bala, dirigir cada descarga de metralla, los guardias nacionales bretones se apoderan á la bayoneta del arrabal de Melun, en tanto que por la parte de Tossar el general Pagol penetra con su caballería hasta la entrada del puente: allí encuentra rusos y wurtembergenses de tal modo apiñados, que no son ya las bayonetas enemigas, sino los cuerpos mismos de hombres los que les impiden avanzar: es preciso abrirse con el sable un camino en aquella multitud, cual con el hacha en un bosque demasiado cerrado y espeso. Entonces Napoleón concentra todo el fuego de su arti-

llería sobre un solo punto: sus balas enfilan la larga línea del puente: cada una de ellas derriba filas enteras de hombres en aquella masa, que labra como el arado un campo, y sin embargo el enemigo se halla aun demasiado apretado y compacto: ahógase entre los parapetos ó barandillas: revientan estas, queda descubierta el puente, y en un instante el Sena y el Yonne, quedan cubiertos de hombres y enrojecidos de sangre.

Cuatro horas duró esta carnicería.

Y ahora, dijo Napoleón cansado, y sentándose sobre la cureña de un cañón; mas cerca estoy yo de Viena que ellos de París.

Despues dejó caer su cabeza entre sus manos, permaneció diez minutos absorto en el pensamiento de sus antiguas victorias, y con la esperanza de sus nuevos triunfos.

Cuando levantó la frente, tenía delante de él un edecán, que venia á anunciarle que Soissons, esta poterna de París, se hallaba abierta, y que el enemigo no se hallaba mas que á diez leguas de su capital.

Escuchó estas noticias, como cosas que hacia dos años, la impericia ó la traición de sus generales, le habian acostumbrado á escuchar: ni un solo músculo de su rostro se alteró, y ninguno de cuantos le rodeaban pudo decir que hubiese sorprendido un rasgo de emoción en la cara de aquel jugador sublime, que acababa de perder el mundo.

Hizo una seña, para que le trajeran su caballo: despues, señalando con el dedo el camino de Fontainebleau, no dijo mas que estas únicas palabras:

—Vamos, señores, en marcha.

Y aquel hombre de hierro partió impasible, cual si toda fatiga debiese embotarse sobre su cuerpo, y todo dolor sobre su alma.

Se enseña colgada de la bóveda de la iglesia de Montereau, la espada de Juan de Borgoña.

Sobre todas las casas que dan frente á la altura de Surville, se reconocen los rastros de las balas dirigidas por el mismo Napoleón.

Nos detuvimos en Châlons, el día siguiente por la noche, porque no habíamos tomado asiento mas que hasta allí, contando que desde allí marcháramos á Lion embarcados, y por cierto que nos equivocamos. El Saona estaba con tan poca agua, que aquel mismo día no habian podido volver los vapores, que vimos tristemente remolcados por cuarenta caballos,

que los obligaban á adelantar por un lecho de arena en que se hundía la quilla, por lo cual no debíamos pensar en salir el día siguiente por aquella vía.

Como no habia asientos en la diligencia, si no para el siguiente, me acordé de las ruinas de cierto castillo que habia visto al pasar por la carretera, cuatro ó cinco leguas antes de llegar á Châlons, y no teniendo nada que hacer resolvimos visitarlo. En efecto, el día siguiente por la mañana temprano estábamos en camino, llevando por precaución, un almuerzo, que con dificultad hubiéramos encontrado en el lugar á donde nos dirigíamos.

Del castillo de Roca-Pot, no existe hoy mas que un recinto circular; sus piezas de habitación y de servicio se levantaban al derredor de un patio redondo; una parte del castillo debia haber sido edificada á la vuelta de las cruzadas; dos torres solamente parecen posteriores á esta época: un peñasco macizo forma la base del edificio, que se halla enclavado en los cimientos de aquella obra, con tanto arte, que aun hoy, y á pesar de los ocho siglos que sobre él han pasado, es difícil distinguir el sitio mismo en que, sobre la obra de Dios, se sobrepuso la obra del hombre.

Al pie del peñasco, aspillero como nidos de golondrinas y de pardillos, se ven grupos de algunas cabañas, cual si pidiesen sombra y abrigo al castillo feudal. El castillo no es más que ruinas, tristeza, soledad, las casas de los labradores, permanecen en pie, alegres, habitadas.

Sin embargo, los que poblaban el castillo, eran nobles señores, cuyos nombres ha conservado la historia.

En 1422, el duque Felipe de Borgoña, hijo de Juan sin Miedo, solicita y obtiene del rey Carlos VI y de la reina Isabel, que el canciller de Borgoña, Renato-Pot, señor de la Rocher, le acompañe para recibir el juramento de la Borgoña.

¿Cuál, pues, era este juramento exigido por el rey y la reina de Francia, que se debía prestar entre las manos del primer feudatario de la corona?

Era el de reconocer al rey Enrique de Inglaterra como gobernador y regente del reino de las lises.

En 1434, Jacobo Pot, señor de la Rocher-Nolay, hijo del que acabamos de nombrar, asiste con honor á la revista de caballeros y de tropas pasada por la duquesa de Borgoña, y al torneo que hubo en seguida.

En 1454, Felipe Pot, es nombrado gefe de la embajada enviada por el duque de Borgoña cerca del rey Carlos VII.

En 1417, Felipe Pot, Guit Pot su hijo y Antonio de Crevecaeur, firman como plenipotenciarios el tratado de Sens entre el rey Luis XI y Maximiliano, esposo de Maria de Borgoña.

En 1480, el duque Maximiliano de Borgoña, borra de la lista de los caballeros del toi-

son de oro á Felipe Pot de la Rocher-Nolay, por tener sospechas de que era partidario de Luis XI.

Aquí se pierden ya las huellas de esta noble familia, y vuelvo á las ruinas de su castillo, de que es ahora poseedor un vecino de Lion, víctima de una estafa bastante curiosa para que la refiramos.

Ved aquí el hecho.

A fines del año 1828, presentose cierto sujeto al labrador, que era dueño entonces del castillo de la Rocher y de las dos fanegas de tierra pedregosa que constituyen hoy todas sus dependencias, y preguntóle á que precio consentiria en vender su propiedad.

El paisano que no habia podido alcanzar jamás que á lo menos en medio de los guijarros de que estaba cubierta la tierra, saliesen ortigas para su vaca, estuvo pronto á la venta, y en cuanto al precio, despues de una ligera discusión, se fijó en 4,000 francos.

Acordes pues, se presentaron ante un notario, en cuya presencia fueron pagados los 4,000 francos; pero el comprador pidió por razones personales que en lugar del precio verdadero, en el contrato se pusiesen 50,000 francos.

El vendedor, á quien esto era bastante indiferente, puesto que no tenia que pagarlos, consintió de buena gana, muy contento de sacar 4,000 francos de una ruina que no le producía por año mas que dos ó tres docenas de huevos de cuervo. El notario por su parte, pareció entender perfectamente la originalidad de aquel capricho, tan pronto como el comprador le insinuó que arreglase sus derechos sobre el precio supuesto y no sobre el real.

Terminado el acto, el nuevo propietario se hizo dar una copia, con la cual se volvió á Lion, y presentose en casa de un notario, pidiendo prestados 25,000 francos, y ofreciendo en hipoteca su propiedad de la Rocher.

El notario lionés escribió á la oficina de hipotecas para saber si la finca estaba gravada con alguna obligación, y el gefe de la oficina le respondió, que ni una sola piedra del castillo debia un cuarto á nadie.

El mismo día el notario habia encontrado ya la cantidad pedida, y diez minutos despues de haber firmado la escritura se habia ya marchado con el dinero que le habia tomado á préstamo.

Llegó el día del reembolso, sin que se presentase ni deudor, ni dinero, ni cosa que se le pareciese.

Pidió la posesion de la finca hipotecada, la que obtuvo pagando un millar de escudos de gastos; salió inmediatamente en posta para visitar su nueva propiedad, que fuera de los gastos, habia obtenido por mitad del precio.

Lo que balló fué un monton de escombros que valdria para un aficionado á lo mas 50 escudos.

Cuando bajamos al pueblo nos preguntaron si habíamos visto el Vaus-Chignon, respondimos que no, y que el nombre mismo de aquella curiosidad nos era desconocido. Como no era mas que la una de la tarde mandamos al postillon que nos llevase allá.

El postillon tomó el camino real como si quisiese volvernos á París, pero dejando despues el camino, se metió por los sembrados, y al cabo de cinco minutos daba la vuelta delante de una especie de precipicio: habíamos llegado allí para contemplar la maravilla.

En efecto, no deja de ser una cosa estraña en medio de una de las grandes llanuras de Borgoña, en que ninguna desigualdad del terreno impide que la vista se estienda: el suelo se parte de repente en la longitud de una lengua y media y anchura de quinientos pasos, dejando ver en la profundidad de 200 pies casi, un delicioso valle, verde como una esmeralda, surcado por un riachuelo límpido, espumoso y ruidoso, que armoniza admirablemente con él, como grandeza y contorno. Bajamos por una rampa bastante suave y al cabo de diez minutos casi nos hallamos en medio de aquel pequeño Eldorado borgoñon, aislado del mundo por las rocas que le rodean, cortadas á pico. Subiendo el curso del riachuelo, cuyo nombre no supimos y que probablemente no le tiene todavía, sin divisar ni un hombre, ni una casa: vimos mieses que parecían crecer para las aves del cielo, uvas que nadie guardaba contra la sed de los curiosos, y árboles frutales doblegados por su mismo peso. En medio de tanta soledad, silencio y riqueza, tentado está uno de creer que aquel rincón de la tierra ha quedado desconocido de los hombres.

Continuamos subiendo la orilla de aquel arroyuelo, que á cien pasos de la estremidad del valle se parte en dos ramales como una Y, pues tiene dos manantiales: el uno sale de un peñasco, viene por una hendidura bastante ancha para que pueda seguirse en su corredor oscuro cien varas casi, al cabo de las cuales se le sorprende brotando de la tierra; la otra que baja de una fuente superior, cae de una altura de cien pies, transparente como una faja de gasa y se desliza por entre el verde musgo, cuya frescura ha alfombrado la roca.

Yo despues he visitado los hermosos valles de la Suiza y las suntuosas llanuras de la Italia, he bajado por el Rhin y he subido por el Ródano, me he sentado en las orillas del Po, entre Turin y la Saperga, teniendo delante de mí los Alpes y detrás los Apeninos, y ninguna vista, ningun sitio, por variado, por pintoresco, por grandioso que haya sido, no ha podido hacerme olvidar mi pequeño valle de Borgoña, tan tranquilo, tan solitario, tan desconocido, con aquel riachuelo tan débil, que aun han olvidado darle un nombre, con su cascada tan ligera que el menor vientecillo la levanta desparamándola á lo lejos cual el rocío.

Estábamos de vuelta á las cinco á Chaillot,

porque estos dos paseos pueden hacerse en menos de un dia. Supimos allí que un barco de vapor mas ligero que los otros trataria de llegar el dia siguiente hasta Macon. El coche me habia fatigado de tal modo, que aunque yo no sabia si hallaria en esta última villa medios para llegar á Lion, preferia mas este modo de viajar que cualquier otro.

Al dia siguiente cerca ya del medio dia, llegamos á Macon, pero en Macon no habia carruages para adelantar mas, ó los que habia estaban llenos. Entonces, Dios libre á mi mayor enemigo de igual sorpresa, vinieron algunos barqueros ofreciéndonos que con el viento que hacia podrian llevarnos hasta Lion en seis horas. Nos dejamos seducir de sus promesas y nos embarcamos sin recelo alguno; y aquel pintoresco viaje nos costó veinte y cuatro horas. Se alaban mucho las orillas del Saona; yo no sé si es prevención, á causa de la abominable noche que yo habia pasado en sus aguas; pero á la mañana siguiente me hallaba poco dispuesto á la admiracion. Prefero con mucho las orillas del Loira y me gustan mas las del Sena.

En fin, á las once de la mañana apercibimos de repente, al doblar un recodo del rio, á la rival de París, asentada sobre su colina como sobre un trono, adornada la frente con su doble corona antigua y moderna, ricamente vestida de cachemir, de terciopelo y de seda. Lion, la vi-reina de Francia, que ciñe su cintura con dos rios y deja colgar uno de los cabos de su cinturón al través del Delinado y de la Provenza hasta el mar.

La entrada de la ciudad por el camino que seguimos, es grandiosa y pintoresca á la vez: la isla Barba, plantada enfrente de la poblacion, como una dama de honor que anuncia una reina, es una linda fábrica situada en medio del rio para servir de paseo en los domingos á los elegantes del arrabal.

Coronada detrás se levanta como un baluarte la roca de Piedra-Seisa (1), en otro tiempo habia allí un castillo que sirvió de prision de Estado. Allí estuvo prisionero el duque de Nemours, durante las revueltas de la Liga, despues de haber intentado en vano la toma de la ciudad. Cedió el puesto á Luis Sforzia, apellidado el Moro, del moral que llevaba en sus armas, y á su hermano el cardenal Ascanio. El barón de los Adrets, partidario gigantesco, héroe de la guerra civil, estuvo despues de estos, y luego, en fin, De-Thou y Cinq-Mars, dobles victimas sentenciadas á muerte, el uno por el odio y el otro por la politica de Richelieu, y que de allí no salieron sino para ir á

(1) Piedra-Seisa, llamada así, porque Agrippa la hizo cortar cuando construyó las cuatro vias militares, de las que la una dirigida por la parte del Vivarés y de las Cévennas conducia hacia los Pirineos; la otra hacia el Rhin, la tercera hacia el Océano, por Beauvoisis y la Picardia, y la cuarta en la Galla Narbonesa hasta las costas de Marsella.

llevar sus cabezas en la plaza de Terreaux, al torpe verdugo que cinco veces tuvo que repetir el fatal golpe para cortarlas.

Un jóven escultor de Lion, Mr. Legendre Heralt, habia tenido la idea de tallar aquella inmensa piedra y darla la forma de un leon colosal, armas de la ciudad: queria consagrar cinco ó seis años de su vida en este trabajo; su peticion no fué comprendida, á lo que parece, por la autoridad administrativa á quien la habia dirigido. Hoy, este trabajo seria difícil, y mas tarde imposible; porque la Piedra-Seisa, sirviendo de cantera á toda la ciudad, allí acude á sacar sus puentes, sus teatros y palacios; en lugar del leon, muy pronto no presentará mas que su caverna.

Apénas se ha pasado de la Piedra-Seisa, cuando se divisa otra roca, cuyos recuerdos son mas dulces, esta está coronada, no de una prision de Estado, sino de la estatua de un hombre con una bolsa en la mano. Es un monumento que la gratitud leonesa levantó en 1716 á la memoria de Juan Cléverg, apellidado el buen alemán, que consagraba todos los años una parte de sus rentas en dotar á las doncellas pobres de su cuartel. La estatua que hay en este monumento fué colocada el dia 24 de junio de 1820, despues de haberla paseado por toda la ciudad, al son de trompetas y tambores, por los habitantes de Bourg-Neuf. Un accidente hace necesaria la instalacion de otra nueva estatua: cuando pasé por Lion á el hombre de la roca le faltaba ya la cabeza, lo cual hacia gritar mucho á las muchachas por casar, que pretendian hacer mucho caso de aquella mutilacion.

Trescientos pasos mas lejos se halla uno al pie de la colina que sirvió de cuna á Lion, todavia niña. La ciudad era tan poca cosa en tiempo de la conquista de las Galias, que César pasó por ella sin verla y sin nombrarla; únicamente hizo alto en la colina donde está ahora Fourvière, en la cual asentó sus legiones, y ciñó su campo momentáneo con una zanja tan profunda, que diez y nueve siglos no han bastado para cubrir enteramente con su polvo los fosos que abrió con la punta de su espada.

Algun tiempo despues de la muerte de este conquistador, que subyugó trescientos pueblos y derrotó tres millones de hombres, uno de sus clientes proséritos, escoltado de algunos soldados fieles á la memoria de su general, y buscando un lugar donde fundar una colonia, encontró reunidos en la confluencia del Ródano y del Saona un gran número de vieneses, que rechazados por las poblaciones alobrogas que bajaban de sus montañas, habian levantado sus tiendas en aquella lengua de tierra, que fortificaban naturalmente aquellos fosos inmensos abiertos por la mano de Dios, y en los que corrian á ondas llenas dos rios.

Los proséritos hicieron un tratado de alianza con los vencidos, y bajo el nombre de Lucci-

Dunum (1), se empezó bien pronto á ver salir de la tierra los cimientos de la ciudad que en poco tiempo debia ser la ciudadela de las Galias y el centro de comunicacion de aquellos cuatro grandes caminos trazados por Agrippa, y que cruzan aun la Francia moderna desde los Alpes al Rhin, y del Mediterráneo al Océano.

Sesenta ciudades de las Galias reconocieron entonces por su reina á Lucci-Dunum, y concurren á su costa á construir un templo á Augusto, á quien reconocieron por dios. Bajo el imperio de Caligula, este templo cambió de destino, ó mas bien de culto; se convirtió en el lugar de las sesiones de una academia, de cuyos reglamentos uno solo pinta el carácter del loco imperial que la habia fundado; este reglamento, decia, que el académico, autor de una obra mala, debia borrarla toda con su lengua, ó ser precipitado en el Ródano.

Lucci-Dunum, apenas tenia un siglo, y la ciudad nacida ayer compelia ya en magnificencia con Massilia la griega, y con Narbo la romana, cuando un incendio que se atribuyó á un rayo, la redujo á cenizas en tan breve espacio, segun Séneca, historiador conciso de este vasto incendio, que entre una ciudad inmensa y una ciudad asolada, no medió mas que el espacio de una noche.

Trajano tuvo compasion de ella; bajo su poderosa proteccion, Lucci-Dunum comenzó á salir de entre sus cenizas; y pronto sobre la colina que la dominaba, se alzó un magnífico edificio destinado á los mercados. Apenas estuvo abierto, los bretones se apresuraron á traer allí sus escudos pintados de diferentes colores, y los iberos sus armas de acero que ellos solos sabian temprar. Al mismo tiempo, Corinto y Atenas enviaron por Marsella sus cuadros pintados sobre madera, sus piedras grabadas y sus estatuas de bronce. El Africa sus leones, tigres y panteras, sedientos de la sangre de los anfiteatros, y la Persia sus corceles tan ligeros que disputaban su reputacion á los caballos numidas, cuyas madres, segun Herodoto, se fecundaban con el soplo del viento. Este monumento, que se vino á tierra el año 840 de nuestra era, es llamado por los autores del siglo IX *forum vetus*, y por los del siglo XV *fort viel*: de esta palabra compuesta han formado los modernos el *Fourvières*, nombre que lleva aun hoy la colina sobre que está edificado.

Aquí abandonamos la historia particular de Lion que desde el año 532, en que esta ciudad se reunió al reino de los francos, vino á confundirse con nuestra historia. Colonia romana bajo los Césares: segunda ciudad de Francia bajo nuestros reyes, dió el tributo á Roma como aliada, de nombres ilustres como Marco Aurelio, Caracalla, Claudio, Germanico,

(1) Por abreviatura Lue-Dunum y por corrupcion Lugdunum, de que se ha formado Lion.

Sidonio Apolinar, y Ambrosio, y á la Francia, como hija los de Filiberto-de-Lorme, Couston, Coysevox, Suchet, Duphot, Camilo, Jordan, Lemontoy y Lemot.

Tres monumentos quedan aun en pie en Lion, que parecen hitos plantados por los siglos á distancias casi iguales, como tipos del progreso y de la decadencia del arte, son: la iglesia de Ainai, la catedral de San Juan y la casa del Ayuntamiento: el primero de estos monumentos es contemporáneo de Karl el Grande, el segundo de San Luis, y el tercero de Luis XIV.

La iglesia de Ainai está edificada sobre la misma área del templo que las sesenta naciones de la Galia habían levantado á Augusto. Los cuatro pilares de granito que sostienen la cúpula los ha tomado la hermana cristiana de su hermano pagano, antes no formaban mas que dos columnas doble altas de lo que son ahora, y coronada cada una con una victoria; el arquitecto que edificó á Ainai las hizo servir por medio á fin de que no desdijesen del carácter romano de lo restante del edificio; la altura de cada una es hoy de doce pies y diez pulgadas, lo que hace suponer que primitivamente cuando las cuatro no formaban mas que dos, tenia cada una al menos veinte y seis pies de elevacion.

Encima de la puerta principal de la iglesia de Ainai se ha incrustado un pequeño bajo relieve antiguo que representa á tres mugeres con frutas en las manos. Debajo de estas figuras se leen estas palabras abreviadas.

MAT. AUG. PH. E. MED.

Que se esplican de este modo:

MATRONIS AUGUSTIS,

PHILEXUS EGNATICUS MEDICUS.

La catedral de San Juan desde luego no parece ser de la época á que la hemos atribuido. El pórtico y su fachada datan evidentemente del siglo XV, ó bien porque se reedificasen entonces, ó porque hasta entonces no se acabasen. El anticuario encontrará sin duda la fecha de su fundacion en la arquitectura de la nave principal, cuyas piedras llevan las huellas recientes de recuerdos traídos de las cruzadas, y de los progresos que el arte oriental acababa de introducir en los pueblos occidentales.

Una de las capillas que forman los costados bajos de la iglesia, y que en general el arquitecto fijaba en el número siete en honor de los siete misterios, se llama la capilla Borbon. La divisa del cardenal, compuesta de estas tres palabras: *N' espoir ni peur* (ni esperanza ni miedo), se ve repetida en muchos sitios, como tambien la de Pedro de Borbon, su hermano, que conservó las mismas palabras, pero que añadió el emblema blasónico de un ciervo

alado. La P y la A entrelazadas que acompañan esta divisa son las iniciales de su nombre de bautismo Pedro de Borbon, y el de su muger Ana de Francia, puestos en cifra; los cardos que forman el adorno indican que el rey le hizo un *caro don* otorgándole á su hija por esposa.

Uno de los cuatro campanarios que contra las reglas arquitectónicas de la época flanquean el edificio en cada uno de sus ángulos, sirve de habitación á una de las campanas mas grandes de Francia, cuyo peso es de treinta y seis quintales.

La casa de Ayuntamiento en la plaza de *Terreaux*, es probablemente el edificio que Lion enseña con mas complacencia á los extranjeros. Su fachada, construida segun los dibujos de Simon Manhin, presenta todos los caracteres de lo grandioso, pesado, frio y guindado de la arquitectura de Luis XIV, que valia, sin embargo, mas que la de Luis XV, y esta valia mas que la de Termidor, que valia mas que la de Napoleon, y esta valia mas que la de Luis Felipe. El arte arquitectónico murió en Francia con el gran rey, y exhaló el último suspiro en los brazos de Perrault y de Lepautre, entre un grupo de amores, sosteniendo un vaso de flores, y un rio personificado de Broune, coronado de espadañas.

A propósito de rios, en el primer vestibulo de la casa municipal, hallanse dos en vez de uno, y son el Ródano y el Saona de Couston. Estos grupos en otro tiempo adornaban el pedestal de la estatua de Luis XIV que habia en la plaza *Bellecour*, y están destinados, creo, á ser transportados á los dos ángulos de la casa de la ciudad que dan frente á *Terreaux* y á servir de fuente; decision administrativa que no deja de ser muy humillante para los dos rios.

Bajando los escalones de la casa municipal, hallase uno enfrente de uno de los recuerdos históricos mas terribles que conserva Lion en los archivos de sus plazas públicas, porque sobre el terreno que se estiende delante de la vista, fueron degollados Cinq-Mars y De-Thou (1).

Otro recuerdo mas moderno y mas sangriento aun se une al paseo de *Broteaux* donde fueron muertos á metrallazos, doscientos leoneses despues del sitio de Lion. Un monumento de forma piramidal rodeado de una verja de hierro, indica el lugar donde fueron enterrados.

Hace cinco ó seis años que Lion lucha contra el espíritu comercial á fin de tener una literatura. Admira el pensar la prodigiosa constancia de los jóvenes artistas que han sacrificado su vida en esta fatigante empresa: son mineros que explotan un filon de

(1) Víctimas ambos de Richelieu, el primero por haber merecido el favor de Luis XIII, y el segundo por ser amigo de Cinq-Mars.

oro en una mina de mármol; cada golpe que dan no arranca apenas mas que una partícula de la roca que combaten, y no obstante, gracias á su obstinado trabajo, la nueva literatura ha obtenido en Lion el derecho de ciudadanía de que empieza á disfrutar. Una anécdota entre mil dará una idea de la influencia que en materia de arte ejerce sobre los negociantes de Lion la preocupacion comercial.

Representábase *Antony* delante de una numerosa sociedad, y como alguna vez ha sucedido á este drama, delante de una oposicion bastante viva. Un comerciante y su hija estaban en un palco de enfrente, y cerca de ellos habia uno de los jóvenes autores de que he hablado. El padre, que parecia haber tomado bastante interés en la primera parte del drama, se habia enfriado visiblemente desde la escena entre *Antony* y la posadera; la hija, al contrario, se habia conmovido mas y mas desde aquel momento en adelante, de tal suerte, que en el último acto derramó lágrimas. Así que se bajó el telon, el padre, que habia dado señales visibles de impaciencia durante los dos últimos actos, vió llorar á su hija, y la dijo:

—¡Hola! ¡pues no eres poco simple en llorar por esas tonterías!

—¡Ah! papá, no es mia la culpa, respondió la pobre niña, disimuladme, pues bien sé que es bien ridículo....

—¡Oh! si, si, bien dices, ridículo. En enanto á mi no comprendo cómo se puede interesar nadie en una cosa tan inverosímil.

—¡Dios mio! papá! justamente á mi me ha parecido tan verdadero!

—¡Verdadero! ¡Has seguido bien la intriga?

—No he perdido ni una palabra.

—Bien. En el tercer acto *Antony* ajusta una silla de posta; ¿no es verdad?

—Si, ya me acuerdo.

—La paga al contante; ¿no es esto?

—Tambien me acuerdo.

—Pues bien, no se guarda la vuelta.

La obra de la regeneracion política no ha sido tan difícil de hacer: la simiente caía en la tierra popular siempre pronta y generosa en producir buenos frutos. Cuando la revolucion de Lion se ha visto el resultado de esta educacion republicana, y esta admirable divisa:

VIVIR TRABAJANDO

ó

MORIR COMBATIENDO,

que los obreros habian escrito en su bandera en 1832, comparada con los gritos de los obreros de 92: *Pan ó muerte!* reasume en ella todo el progreso social de estos treinta y nueve años.

El periódico que ha ayudado mas á esta educacion de la clase jornalera, es sin contradiccion el *Precursor*: redactado por un hombre del temple de Carrel; la misma firmeza de

opinión, su valor periodístico, su probidad política y su desinterés pecuniario. No obstante, la diferencia de las clases á quienes cada uno de ellos se dirigian, produjo una diferencia en el estilo. Armando Carrel tiene mas de Pascal y Anselmo Petetin, de Pablo Luis.

Pero el progreso mas grande y mas notable es, que los mismos obreros tienen un periódico redactado por obreros, en el cual se agitan, discuten y resuelven todas las cuestiones vitales del alto y bajo comercio. He leído artículos de economía política tanto mas notables, cuanto que se hallaban redactados por hombres de práctica y no de teoría.

Tres ó cuatro dias bastan para ver todas las curiosidades de Lion; no hablo aqui de talleres, ni de manufacturas, sino de sus monumentos, ó de sus recuerdos históricos. Así es, que cuando se ha visitado el Museo, y se ha visto una Ascension del Señor por Perugino, un San Francisco de Asis por el Españoleto, una adoracion de los Magos por Rubens, un Moises salvado de las aguas por Veronés, un San Lucas, pintando á la Virgen, por Giordano, la famosa tabla de bronce, encontrada en 1529 en una escavacion hecha en San Sebastian, y en la cual está grabada una parte de la arenga que pronunció el emperador Claudio, delante del senado, cuando no era mas que censor, para hacer conceder á Lion, el titulo de colonia romana; los cuatro mosaicos antiguos, que adornan el pavimento de la sala: pasando de allí á casas particulares, se entra en el patio del palacio de Jonys, calle del Arsenal, donde se halla un sepulcro antiguo, en que está esculpida la caza de Meleagro, regalo que la ciudad de Arlés hizo en 1640, al cardenal de Richelieu, arzobispo de Lion; cuando se haya echado una ojeada sobre el monasterio de monjas de Santa Clara, donde fué envenenado en 1530, por el conde de Montecuculi, el delin, hijo de Francisco I, y despues de haber leído sobre la fachada de una casita, situada en el arrabal de la Guillotière, esta inscripcion que atestigua que Luis XI se alojó allí:

EL AÑO MIL CUATROCIENTOS SETENTA Y CINCO
se alojó AQUI EL NOBLE REY LUIS

LA VÍSPERA DE NUESTRA SEÑORA DE MARZO;

cuando en el arrabal de San Ireneo, se hayan buscado, sobre el arco que ocupaba la antigua ciudad, quemada por Neron, las ruinas de los palacios de Augusto y de Severo, los restos de los calabozos, que servian de mansion por la noche á los esclavos, y las minas del antiguo teatro, donde fueron asesinados, en el siglo II, diez y nueve mil cristianos, que tienen por todo epitáfio, ocho versos esculpidos en el pavimento de una iglesia; cuando se ha vuelto á bajar por el camino de *Etroits* (estrechos), donde J. J. Rousseau, pasó una noche tan deli-

ciosa, y en donde fué fusilado el general Montou-Duvernét, hacia el puente de la Mulatera, donde comienza el camino de hierro de Saint Etienne, que en su principio, atravesando la montaña, pasa por una bóveda tan estrecha, que se lee encima del arco que forma, esta inscripción.

ESTA PROHIBIDO PASAR POR ESTA BÓVEDA
so PENA DE ser APLASTADO. (4);

después de haber vuelto por la plaza de Bellecour, una de las más grandes de Europa, y en cuyo centro se pierde de vista una raquítica estatua de Luis XVI, lo mejor que puede hacerse, si se quiere hacer lo que yo he hecho, es tomar á las ocho de la noche, el carruaje que sale á las seis de la mañana para Ginebra, y en el que al llegar á la subida de Cerdon, despierta á uno el mayoral, para invitar á los viajeros á *andar un poco á pie*, para dar algún respiro á sus caballos: invitación que los viajeros aceptan con tanto más placer, cuanto que se encuentran entonces en medio de un paisaje tan grandioso y tan variado, que se creerían ya en un valle de los Alpes.

Sobre las diez llegamos á Nantua, situada á la estremidad de un lindo y pequeño lago, de aguas azules como zafiro, encajonado entre dos montañas, cual una preciosa joya que la naturaleza hubiese temido perder.

En esta pequeña aldea, fué donde el emperador Carlos el Calvo, muerto en Briost, con un veneno que le propinó un médico judío, llamado Sedecias, fué primero enterrado en un tonel cubierto de pez por dentro y por fuera, y forrado de cuero (2).

A algunas leguas más lejos, nos detuvimos en Bellegarde para comer, y terminada la comida, propuso uno de nosotros, ir á ver la desaparición del Ródano, distante de la posada unos diez minutos. Opúsose al principio el mayoral, pero nos declaramos en rebeldía abiertamente contra él. Nos amenazó con que no nos esperaría, pero le respondimos, que esto nos era igual, y que si lo verificaba, alquiláramos otro carruaje para continuar el camino, á costa de la administración Ladite y Gaillard. Como no tenía por su parte más que al postillon, cedió, y hasta este abandonó su partido, por haberle enseñado nosotros, con el dedo, una botella de vino que había encima de una mesa de la posada.

Bajamos por una cuesta muy pendiente, que encontramos junto al camino real, y en pocos minutos, estuvimos encima de la des-

(1) Parece que esta recomendación paternal, no ha bastado, y que la autoridad, se ha creído obligada á añadir una orden más severa, pues abajo de esta inscripción, se lee una segunda, concebida en estos términos:

Está prohibido pasar por esta bóveda, bajo pena de pagar multa.

(2) Anales de Saint-Bertin.

aparición del Ródano. Un puente que pertenece, un lado á la Saboya y el otro á la Francia, une ambas orillas del río, y en medio de él, están siempre dos aduaneros, uno sardo y otro francés, vigilando para que no pase nada de un estado á otro, sin pagar los derechos. Estos dos bizarros aduaneros, fumaban lo más amigablemente del mundo, enviando cada uno bocanadas de humo hacia la tierra extranjera; señal inequívoca de la buena inteligencia que unía á su magestad Carlos Alberto y á su magestad Luis Felipe.

En medio del puente, es en donde se encuentra uno mejor colocado para examinar el fenómeno que allí nos conducía.

El Ródano, que corre profundo y á borbotones, desaparece de repente entre las grietas transversales de una roca, para aparecer de nuevo á cincuenta pasos más allá: el espacio intermedio, queda perfectamente seco, de manera, que el puente sobre que nos encontramos, está situado, no sobre el río, sino sobre la roca que oculta el río. Lo que pasa en el abismo, donde el Ródano se precipita, es imposible saberlo; maderas, corchos, perros y gatos, se han arrojado por el sitio donde se mete, empero en vano se ha esperado verlos salir por el sitio donde vuelve á aparecer, el abismo no ha devuelto nunca nada de lo que se ha tragado.

Nos volvimos á la posada, donde encontramos nuestro conductor furioso.

—Señores, nos dijo, haciéndonos entrar con violencia en el carruaje, nos habeis hecho perder media hora.

—¡Bah! nos dijo el postillon, al pasar cerca de nosotros, limpiándose la boca con la manga de su chaqueta, esa media hora pronto la ganaremos.

En efecto, aunque la subida era asaz pendiente, nuestro hombre puso sus caballos al gran trote. Al poco rato, recobramos el tiempo perdido, llegando al fuerte de l'Ecluse. El fuerte de l'Ecluse, es la puerta de la Francia, del lado de la Ginebra: colocado sobre el camino, que pasa por debajo de él, domina todo el valle, en el fondo del cual ruga el Ródano; sobre las vertientes opuestas á la ciudad á medio tiro de cañon, existen sendas solamente conocidas de los contrabandistas, y que serian impracticables para un ejército.

Apenas entramos en el fuerte, la puerta se cerró detrás de nosotros, y como la de la muralla estuviese aun cerrada nos vimos completamente presos. Estas precauciones están mandadas desde los últimos sucesos de julio. Sin embargo, nos pidieron los pasaportes con toda la política que distingue á la gendarmería de línea, y como estaban todos en regla no hubo dificultad en abrirnos la puerta y dejarnos en libertad.

A las tres horas de camino y al salir de Saint-Genis, volviéose á nosotros el postillon y nos dijo:

—Señores, ya estamos fuera de Francia. Veinte minutos después nos hallábamos en Ginebra.

UNA VUELTA POR EL LAGO.

Ginebra es después de Nápoles, una de las ciudades más felizmente situada del mundo. Acostada negligentemente como si apoyase su cabeza en la base del monte Salve, estiendo sus pies hacia el lago que cada ola viene á besar, parece que no tiene otra ocupación que la de mirar con amor las mil villas ó quintas sembradas en la falda de su nevada montaña que se estiendo á su derecha ó coronan la cúspide de las verdes colinas que se prolongan á su izquierda. A un signo de su mano ve acudir desde el vaporoso fondo del lago sus ligeras barcas de velas triangulares, que se deslizan por la superficie del agua ligeras y blancas como las gaviotas, y sus pesados barcos de vapor rompiendo la espuma con su quilla, bajo un cielo tan hermoso delante de aguas tan bellas, parece que sus brazos le son inútiles y que no tiene más que respirar para vivir: sin embargo, esta odaliscas indolente, esa sultana perezosa en la apatencia, es la reina de la industria, es la mercantil Ginebra que cuenta ochenta y cinco millonarios entre sus veinte mil hijos.

Ginebra como indica su céltica etimología fué fundada hace unos dos mil quinientos años poco más ó menos; César en sus Comentarios latinizó la bárbara é hizo de Genen *Geneva*. Antonino á su vez cambió en su itinerario este nombre en el de *Genabum*, Gregorio de Tours en sus crónicas la llama *Janova*: los escritores del octavo al décimo quinto siglo la designaron bajo el de *Genevna*, en fin en 1536 tomó la denominación de Ginebra que no ha abandonado desde entonces.

Las primeras noticias que la historia ofrece sobre esta ciudad nos han sido transmitidas por César, éste nos dice que se estableció en Ginebra para oponerse á la invasión de los helvecios en las Galias, y que encontrando la posición favorable para un establecimiento militar se atrincheró allí. Entonces edificó en la isla que divide el Ródano á su salida del lago una torre que aun conserva su nombre. Ginebra pasó, pues, á la dominación romana y adoptó los dioses del Capitolio: construyóse un templo á Apolo en el sitio ocupado hoy por la iglesia de San Pedro, y una roca que salía del lago á distancia de cien pasos casi de la orilla, debió á su forma y á su situación en medio de las aguas el honor de ser consagrada por los pescadores al dios del mar. Hacia el principio

del siglo XVII se han encontrado en las escavaciones hechas en su base, dos pequeñas hachas y un cuchillo de cobre que servían para degollar los animales destinados al sacrificio. En nuestros días aquel altar de Neptuno se llama buenamente la piedra de Niton.

Ginebra vivió sometida á los romanos durante el espacio de cinco siglos. En 426 la irrupción de los bárbaros que se desbordó sobre la Europa la inundó con sus olas. Los burgundus la hicieron una de las capitales más importantes de su reino. Por este tiempo fué cuando el rey de los francos Hlode-wig envió á pedir su sobrina Hlod-Hilde al rey de los burgundus Gunde-Bal, para esposa; un esclavo romano cuyos antepasados quizá habían mandado en la Helvecia y la Galia en tiempo de Julio César fué á presentar humildemente á la joven el sueldo de oro que le enviaba el jefe de los francos: la joven habitaba el palacio de su tío situado donde está hoy día la arcada de Jour.

La dominación de ost-goths sucedió á los de burgundus, pero no poseyeron á Ginebra más que quince años; el rey de los francos se la tomó y la unió de nuevo al reino de Borgondie, quedando de capital hasta el año 838. A la muerte de Ludovico Pio le tocó en la división á Lod-llero, pasando de sus manos á las del emperador de Germania; conquistada luego por Carlos el Calvo que la legó á su hijo Ludovico quedando á la muerte de éste unida al reino de Arlés. Reconquistada después en 888 por Carlos el Gordo, vino á ser la capital del segundo reino de la Borgoña, hasta en 1032, época en la cual fué definitivamente reunida al imperio por Conrado el Sálico que se hizo coronar el mismo año por Here-Bert, arzobispo de Milan.

Sería demasiado largo seguirla en sus contiendas con los condes de Ginebra y los condes de Saboya; bastará decir que en 1401 pasó definitivamente á poder del último.

Una gran transformación social se verificaba en aquella época en toda la Europa. Los departamentos de Francia se habían emancipado desde el siglo XI; en el XII se habían erigido en repúblicas las ciudades de Lombardia, y á principios del XIV se habían libertado al poder del imperio los cantones de Schwitz, de Uri y de Untervalde, habiendo puesto la base de la confederación que debía un día reunir á toda la Helvecia. Ginebra, colocada en medio de este triángulo popular, sintió á su vez el fuego santo que la libertad le echaba á la cara.

En 1519 contrajo una alianza con Friburgo, y poco después se unió estrechamente con el canton de Berna, de cuya union nacieron niños que fueron grandes hombres, aparecieron apóstoles que proclamaron la libertad en medio de los suplicios. Bonnavard, sepultado por espacio de seis años en los calabozos del castillo de Chillon, se quedó en ellos atado á un pilar con una cadena; Pecolat se cortó la lengua con los dientes en medio de los tormentos, y se la es-

ciosa, y en donde fué fusilado el general Montou-Duvernét, hacia el puente de la Mulatera, donde comienza el camino de hierro de Saint Etienne, que en su principio, atravesando la montaña, pasa por una bóveda tan estrecha, que se lee encima del arco que forma, esta inscripción.

ESTA PROHIBIDO PASAR POR ESTA BÓVEDA
so PENA DE ser APLASTADO. (4);

después de haber vuelto por la plaza de Bellecour, una de las más grandes de Europa, y en cuyo centro se pierde de vista una raquítica estatua de Luis XVI, lo mejor que puede hacerse, si se quiere hacer lo que yo he hecho, es tomar á las ocho de la noche, el carruaje que sale á las seis de la mañana para Ginebra, y en el que al llegar á la subida de Cerdon, despierta á uno el mayoral, para invitar á los viajeros á *andar un poco á pie*, para dar algún respiro á sus caballos: invitación que los viajeros aceptan con tanto más placer, cuanto que se encuentran entonces en medio de un paisaje tan grandioso y tan variado, que se creerían ya en un valle de los Alpes.

Sobre las diez llegamos á Nantua, situada á la estremidad de un lindo y pequeño lago, de aguas azules como zafiro, encajonado entre dos montañas, cual una preciosa joya que la naturaleza hubiese temido perder.

En esta pequeña aldea, fué donde el emperador Carlos el Calvo, muerto en Briost, con un veneno que le propinó un médico judío, llamado Sedecias, fué primero enterrado en un tonel cubierto de pez por dentro y por fuera, y forrado de cuero (2).

A algunas leguas más lejos, nos detuvimos en Bellegarde para comer, y terminada la comida, propuso uno de nosotros, ir á ver la desaparición del Ródano, distante de la posada unos diez minutos. Opúsose al principio el mayoral, pero nos declaramos en rebeldía abiertamente contra él. Nos amenazó con que no nos esperaría, pero le respondimos, que esto nos era igual, y que si lo verificaba, alquiláramos otro carruaje para continuar el camino, á costa de la administración Laditte y Gaillard. Como no tenía por su parte más que al postillon, cedió, y hasta este abandonó su partido, por haberle enseñado nosotros, con el dedo, una botella de vino que había encima de una mesa de la posada.

Bajamos por una cuesta muy pendiente, que encontramos junto al camino real, y en pocos minutos, estuvimos encima de la des-

(1) Parece que esta recomendación paternal, no ha bastado, y que la autoridad, se ha creído obligada á añadir una orden más severa, pues abajo de esta inscripción, se lee una segunda, concebida en estos términos:

Está prohibido pasar por esta bóveda, bajo pena de pagar multa.

(2) Anales de Saint-Bertin.

aparición del Ródano. Un puente que pertenece, un lado á la Saboya y el otro á la Francia, une ambas orillas del río, y en medio de él, están siempre dos aduaneros, uno sardo y otro francés, vigilando para que no pase nada de un estado á otro, sin pagar los derechos. Estos dos bizarros aduaneros, fumaban lo más amigablemente del mundo, enviando cada uno bocanadas de humo hacia la tierra extranjera; señal inequívoca de la buena inteligencia que unía á su magestad Carlos Alberto y á su magestad Luis Felipe.

En medio del puente, es en donde se encuentra uno mejor colocado para examinar el fenómeno que allí nos conducía.

El Ródano, que corre profundo y á borbotones, desaparece de repente entre las grietas transversales de una roca, para aparecer de nuevo á cincuenta pasos más allá: el espacio intermedio, queda perfectamente seco, de manera, que el puente sobre que nos encontramos, está situado, no sobre el río, sino sobre la roca que oculta el río. Lo que pasa en el abismo, donde el Ródano se precipita, es imposible saberlo; maderas, corchos, perros y gatos, se han arrojado por el sitio donde se mete, empero en vano se ha esperado verlos salir por el sitio donde vuelve á aparecer, el abismo no ha devuelto nunca nada de lo que se ha tragado.

Nos volvimos á la posada, donde encontramos nuestro conductor furioso.

—Señores, nos dijo, haciéndonos entrar con violencia en el carruaje, nos habeis hecho perder media hora.

—¡Bah! nos dijo el postillon, al pasar cerca de nosotros, limpiándose la boca con la manga de su chaqueta, esa media hora pronto la ganaremos.

En efecto, aunque la subida era asaz pendiente, nuestro hombre puso sus caballos al gran trote. Al poco rato, recobramos el tiempo perdido, llegando al fuerte de l'Ecluse. El fuerte de l'Ecluse, es la puerta de la Francia, del lado de la Ginebra: colocado sobre el camino, que pasa por debajo de él, domina todo el valle, en el fondo del cual ruga el Ródano; sobre las vertientes opuestas á la ciudad á medio tiro de cañon, existen sendas solamente conocidas de los contrabandistas, y que serian impracticables para un ejército.

Apenas entramos en el fuerte, la puerta se cerró detrás de nosotros, y como la de la muralla estuviese aun cerrada nos vimos completamente presos. Estas precauciones están mandadas desde los últimos sucesos de julio. Sin embargo, nos pidieron los pasaportes con toda la política que distingue á la gendarmería de línea, y como estaban todos en regla no hubo dificultad en abrirnos la puerta y dejarnos en libertad.

A las tres horas de camino y al salir de Saint-Genis, volvióse á nosotros el postillon y nos dijo:

—Señores, ya estamos fuera de Francia. Veinte minutos después nos halláramos en Ginebra.

UNA VUELTA POR EL LAGO.

Ginebra es después de Nápoles, una de las ciudades más felizmente situada del mundo. Acostada negligentemente como si apoyase su cabeza en la base del monte Salve, estiendo sus pies hacia el lago que cada ola viene á besar, parece que no tiene otra ocupación que la de mirar con amor las mil villas ó quintas sembradas en la falda de su nevada montaña que se estiendo á su derecha ó coronan la cúspide de las verdes colinas que se prolongan á su izquierda. A un signo de su mano ve acudir desde el vaporoso fondo del lago sus ligeras barcas de velas triangulares, que se deslizan por la superficie del agua ligeras y blancas como las gaviotas, y sus pesados barcos de vapor rompiendo la espuma con su quilla, bajo un cielo tan hermoso delante de aguas tan bellas, parece que sus brazos le son inútiles y que no tiene más que respirar para vivir: sin embargo, esta odaliscas indolente, esa sultana perezosa en la apatencia, es la reina de la industria, es la mercantil Ginebra que cuenta ochenta y cinco millonarios entre sus veinte mil hijos.

Ginebra como indica su céltica etimología fué fundada hace unos dos mil quinientos años poco más ó menos; César en sus Comentarios latinizó la bárbara é hizo de Genen *Geneva*. Antonino á su vez cambió en su itinerario este nombre en el de *Genabum*, Gregorio de Tours en sus crónicas la llama *Janova*: los escritores del octavo al décimo quinto siglo la designaron bajo el de *Genevna*, en fin en 1536 tomó la denominación de Ginebra que no ha abandonado desde entonces.

Las primeras noticias que la historia ofrece sobre esta ciudad nos han sido transmitidas por César, éste nos dice que se estableció en Ginebra para oponerse á la invasión de los helvecios en las Galias, y que encontrando la posición favorable para un establecimiento militar se atrincheró allí. Entonces edificó en la isla que divide el Ródano á su salida del lago una torre que aun conserva su nombre. Ginebra pasó, pues, á la dominación romana y adoptó los dioses del Capitolio: construyóse un templo á Apolo en el sitio ocupado hoy por la iglesia de San Pedro, y una roca que salía del lago á distancia de cien pasos casi de la orilla, debió á su forma y á su situación en medio de las aguas el honor de ser consagrada por los pescadores al dios del mar. Hacia el principio

del siglo XVII se han encontrado en las escavaciones hechas en su base, dos pequeñas hachas y un cuchillo de cobre que servían para degollar los animales destinados al sacrificio. En nuestros días aquel altar de Neptuno se llama buenamente la piedra de Niton.

Ginebra vivió sometida á los romanos durante el espacio de cinco siglos. En 426 la irrupción de los bárbaros que se desbordó sobre la Europa la inundó con sus olas. Los burgunds la hicieron una de las capitales más importantes de su reino. Por este tiempo fué cuando el rey de los francos Hlode-wig envió á pedir su sobrina Hlod-Hilde al rey de los burgunds Gunde-Bal, para esposa; un esclavo romano cuyos antepasados quizá habían mandado en la Helvecia y la Galia en tiempo de Julio César fué á presentar humildemente á la joven el sueldo de oro que le enviaba el jefe de los francos: la joven habitaba el palacio de su tío situado donde está hoy día la arcada de Jour.

La dominación de ost-goths sucedió á los de burg-hunds, pero no poseyeron á Ginebra más que quince años; el rey de los francos se la tomó y la unió de nuevo al reino de Borgondie, quedando de capital hasta el año 838. A la muerte de Ludovico Pio le tocó en la división á Lod-llero, pasando de sus manos á las del emperador de Germania; conquistada luego por Carlos el Calvo que la legó á su hijo Ludovico quedando á la muerte de éste unida al reino de Arlés. Reconquistada después en 888 por Carlos el Gordo, vino á ser la capital del segundo reino de la Borgoña, hasta en 1032, época en la cual fué definitivamente reunida al imperio por Conrado el Sálico que se hizo coronar el mismo año por Here-Bert, arzobispo de Milan.

Sería demasiado largo seguirla en sus contiendas con los condes de Ginebra y los condes de Saboya; bastará decir que en 1401 pasó definitivamente á poder del último.

Una gran transformación social se verificaba en aquella época en toda la Europa. Los departamentos de Francia se habían emancipado desde el siglo XI; en el XII se habían erigido en repúblicas las ciudades de Lombardia, y á principios del XIV se habían libertado al poder del imperio los cantones de Schwitz, de Uri y de Untervalde, habiendo puesto la base de la confederación que debía un día reunir á toda la Helvecia. Ginebra, colocada en medio de este triángulo popular, sintió á su vez el fuego santo que la libertad le echaba á la cara.

En 1519 contrajo una alianza con Friburgo, y poco después se unió estrechamente con el canton de Berna, de cuya union nacieron niños que fueron grandes hombres, aparecieron apóstoles que proclamaron la libertad en medio de los suplicios. Bonnavard, sepultado por espacio de seis años en los calabozos del castillo de Chillon, se quedó en ellos atado á un pilar con una cadena; Pecolat se cortó la lengua con los dientes en medio de los tormentos, y se la es-

cupió al verdugo que le decía denunciase á sus cómplices; por último Berthelier, condenado al carcelo en la plaza de Ile, y apremiado á pedir perdón al duque, respondió: «los criminales deben pedir perdón, y no los hombres de bien. Que se lo pida á Dios el duque que me asesina» y puso su cabeza sobre el tajo.

La religión reformada hizo dar un gran paso á los pueblos, que fatigados con este paso descansan desde entonces; introdujose en Ginebra despues de haber recorrido gran parte de la Alemania y de la Suiza, y convirtió en poderosa auxiliar á la libertad, y añadió á los odios políticos los religiosos. El obispo Pedro de la Beaume abandonó á Ginebra en 1535 para no volver nunca mas á ella, y se proclamó la república.

En 1536 se estableció Calvino en Ginebra; le ofreció el consejo una plaza de profesor de teología. La austeridad de sus costumbres, la aspereza de su elocuencia, y la rigidez de sus principios, le dieron sobre sus conciudadanos una influencia que no pudo hacerle perder el suplicio de Servet, y cuando murió, en 1554, dejó á la pequeña ciudad de Ginebra, capital de un nuevo mundo religioso; era la Roma protestante.

El duque Carlos Manuel de Saboya hizo la última tentativa para recobrar á Ginebra en 1602, pero fracasó. Es conocida en los anales ginebrinos con el nombre de la *Escalada*, porque hizo escalar las murallas por un cuerpo escogido, y sorprendió por la noche la ciudad indefensa. Sus habitantes medio desnudos y medio armados le arrojaron de ella, y consagraron el aniversario de esta victoria con una fiesta nacional que aun se celebra hoy.

Los siglos XVII y XVIII, fueron siglos de descanso para Ginebra; durante este tiempo; su comercio que data de aquella época, tomó tal incremento, que aun hoy la industria es el todo y la propiedad nada. Si todos los ciudadanos del canton reclamasen su parte de terreno, apenas podria obtener cada uno diez pies cuadrados.

Napoleon halló á Ginebra reunida á la Francia, y durante doce años la cedió cual una franja bordada de oro á su manto imperial. Cuando en 1814 los reyes hicieron pedazos y se repartieron este manto, todos los pedazos cosidos por el imperio se les quedaron en las manos. El rey de Holanda tomó la Bélgica, el rey de Cerdeña la Saboya y el Piemonte, el emperador de Austria la Italia. Quedaba aun Ginebra que nadie podia tomar y que no querian dejarle á la Francia. Un congreso se la regaló á la Confederación Suiza, á la que fué agregada con el título de Canton XXII.

Entre todas las capitales de Suiza, Ginebra representa la aristocracia del dinero: es la ciudad del lujo, de las cadenas de oro, de los relojes, de los carruages, y de los caballos. Sus tres mil obreros abastecen á la Europa entera de alhajas. Sesenta y cinco mil onzas de oro y

cincuenta mil marcos de plata cambian de forma entre sus manos todos los años y sus salarios solos suben á dos millones ciento cincuenta mil francos.

El almacén mas elegante de bisutería en Ginebra, es el de Beante sin contradicción alguna; es difícil concebir en la imaginación una colección mas rica de esas mil maravillas que pierden un alma femenil, es para volver loca á una parisiense y hacer estremecer de envidia á Cleopatra en su sepulcro.

Estas alhajas pagan un derecho para entrar en Francia: pero por un corretage de un cinco por ciento, Mr. Beante se encarga de hacerlas llegar por contrabando. El trato entre el comprador y vendedor se hace con esta condición públicamente, como si no hubiese aduaneros en el mundo. Verdad es que Mr. de Beante tiene una destreza maravillosa para dejarlos burlados. Una anécdota entre mil vendrá en apoyo del cumplido que le hacemos.

Cuando era director general de aduanas el señor conde de Saint-Crick, oyó hablar con frecuencia de esta habilidad, gracias á la cual engañaban la vigilancia de sus agentes; resolvió para asegurarse mejor él mismo ver si era verdad todo lo que se decía. El mismo se fué á Ginebra y se presentó en el almacén de Mr. Beante, compró alhajas por valor de treinta mil francos, con condición de que se las pusiesen en su casa de París sin pagar derechos. Mr. de Beante aceptó la condición como hombre acostumbrado á esta clase de contratos; solamente presentó al comprador una especie de recibo privado por el cual se obligaba á pagar además de los treinta y cinco mil francos de la compra, el cinco por ciento de costumbre, éste se sonrió, cogió una pluma y firmó: *El conde de Saint-Crick, director general de las aduanas francesas*; y entregó el papel á Beante que miró la firma y se contentó con responder inclinando la cabeza: «Señor director de aduanas, los objetos que me habeis hecho el honor de comprarme llegarán al mismo tiempo que vos á París.» Picado Mr. de Saint-Crick, apenas se detuvo un momento á comer, envió á buscar caballos de posta, y se puso en camino una hora despues de concluido su trato.

Mr. de Saint-Crick al pasar la frontera, se dió á conocer á los empleados que se acercaron para registrar su carruage, contó al jefe de los aduaneros lo que le habia pasado, recomendó la vigilancia mas estrecha en toda la línea, y prometió una gratificación de cincuenta luises al empleado que cogiese las alhajas prohibidas; en tres dias no durmió ningun aduanero. Durante este tiempo Mr. Saint-Crick llegó á París, se apeó en su casa, abrazó á su muger y á sus hijos, y subió á su cuarto para quitarse la ropa de viage.

La primera cosa que vió sobre la chimenea, fué una caja elegante cuya forma le era desconocida. Se acercó y leyó: *Sr. conde de Saint-*

Crick, director general de aduanas, escrito en un escuson de plata que la servía de adorno, lo abrió y encontró las alhajas que habia comprado en Ginebra.

Beante se habia entendido con uno de los mozos de la fonda, que ayudando á hacer el equipage á los criados de Mr. Saint-Crick, puso entre las demas cosas la caja prohibida. Llegados á París, el ayuda de cámara, viendo la elegancia del estuche y la inscripción que tenia grabada, se apresuró á colocarla sobre la chimenea de su amo.

El director de aduanas era el primer contrabandista del reino.

Los demás objetos de contrabando que se encuentran en Ginebra, á mitad del precio que en París, son: telas de piqué, mantelerías y platos de loza inglesa; estos objetos están casi mas baratos que en Lóndres, pues para entrarlos en la ciudad en cuyas cercanías se fabrican, pagan un derecho mas considerable aun que el precio que cuesta su transporte á Ginebra. Por todas partes pagando el cinco por ciento se garantiza el paso en fraude de los objetos, lo que prueba cómo se ve la utilidad de la triple línea de aduaneros que pagamos para guardar la frontera.

Aunque Ginebra ha sido la cuna de hombres de ciencias y de artes, el comercio es la única ocupación de sus habitantes. Apenas hay alguno que esté al corriente de nuestra literatura moderna; el último dependiente de una casa de comercio creo yo que se creeria humillado si se pusiese su importancia en parangon con las de Lamartine y Victor Hugo, cuyos nombres tal vez no hayan llegado hasta él. La sola literatura que aprecia es la del gimnasio; así es que cuando llegué á Ginebra revolvia la población Jenni Vertpré, graciosa miniatura de mademoiselle Mars. La sala del teatro estaba llena todas las noches hasta los corredores, y un alboroto estuvo á punto de estallar porque se prohibió á los abonados la entrada entre bastidores. De esta manera las declaraciones de amor tenían que pasar públicamente desde las butacas; pero por esto no disminuyó su número. Alguna que otra cayó de rebote entre mis manos y noté que se necesitaba mas desinterés que virtud para resistir; eran por lo regular unas especies de facturas, en las cuales á una muger bonita la valaban al precio corriente de una perla fina.

La sociedad de los salones de Ginebra es en pequeño nuestra Chaussée d'Anfin, solamente que á pesar de sus fortunas adquiridas se conoce la primitiva economía por todas partes y á cada instante se tropieza con amas de gobierno. Nuestras damas en París tienen albums de un valor considerable, las de Ginebra alquilan un album para las soires y esto les cuesta diez francos.

Las únicas cosas que tiene que ver el extranjero de artes son: en la biblioteca un manuscrito de San Agustín en papyrus; una his-

toria de Alejandro por Quinto Curcio, encontrada entre los bagages del duque de Borgoña despues de la batalla de Granson, y las cuentas de la casa de Felipe el Hermoso escritas en tabletas de cera. En la iglesia de San Pedro el sepulcro del mariscal de Roban, amigo de Enrique IV y ardiente partidario de los calvinistas, muerto en 1638 en Koenigfelden, enterrado con su muger la hija de Sully.

Por último, la casa de Juan Jacobo Rousseau, que indica una lápida de mármol negro, colocada en la calle que lleva su nombre, sobre la cual está grabada esta inscripción:

AQUI NACIO J. J. ROUSSEAU EL 28 DE JUNIO DE 1712.

Los paseos en las cercanías de Ginebra son deliciosos; á todas horas del dia se encuentran elegantes carruages dispuestos á conducir al viajero á todas partes donde le lleve su capricho ó su curiosidad. Despues de visitar la ciudad subimos en una carretela y partimos para Ferney; dos horas despues habiamos llegado.

La primera cosa que distinguimos antes de entrar en el castillo es una pequeña capilla cuya inscripción es una obra maestra. No se compone mas que de tres palabras latinas:

DEO. EREXIT VOLTAIRE.

Tenia por objeto probar al mundo entero, demasiado inquieto en las desavenencias de las criaturas y el creador, que Voltaire y Dios se habian al fin reconciliado. El mundo supo esta noticia con satisfacción, pero siempre sospechó que Voltaire habia cedido el primero. Atravesamos un jardín, subimos una escalinata de dos ó tres escalones y nos encontramos en la antecámara; allí es donde se reúnen antes de entrar en el santuario los peregrinos que vienen á adorar al dios de la irreligion. El conserje les anuncia de antemano solemnemente que nada se ha cambiado en el mueblage y que van á ver el cuarto tal como lo habitaba Mr. Voltaire. Esta alocución pocas veces deja de producir su efecto. Y se ha visto á estas simples palabras, llorar á los abonados del Constitucional.

Nada hay mas prodigioso que el aplomo del conserje encargado de conducir al extranjero. Desde niño entró al servicio de este gran hombre, lo que hace que posea un repertorio de anécdotas relativas á él, que hacen permanecer con la boca abierta á los que las escuchan. Cuando entramos en su dormitorio una familia entera oia con avidez, colocados al rededor, las palabras que les dirigia. La admiración que tenia por el filósofo se extendia casi hasta el hombre que le lustraba los zapatos y empolvaba su peluca; era una escena de la cual es imposible dar una idea, á me-

nos de presentar á los mismos actores á los ojos del público: sépase solamente que cada vez que el conserge pronunciaba con un acento peculiar suyo el nombre de Mr. Aronnet de Voltaire, á estas palabras sacramentales llevaba la mano á su sombrero, y aquellos hombres, que tal vez no hubiesen sido para descubrirse delante de Cristo en el Calvario, imitaban religiosamente este movimiento de respeto.

Diez minutos despues, le tocó el instruirnos á nosotros. La sociedad pagó, entonces el chicherone nos pertenecía eselusivamente; nos paseó en un hermoso jardín, donde el filósofo tenía una vista hermosísima; nos enseñó el paseo cubierto, en el cual había hecho su magnífica tragedia de Irene. De repente nos abandonó, para acercarse á un árbol, cortó con su navaja un pedazo de su corteza y me la dió. Me la llevé sucesivamente á la nariz y á la boca, creyendo sería una madera estrangera, con un olor ó sabor particular. Nada de eso, era un árbol plantado por Mr. Aronnet de Voltaire. Tenía costumbre de dar á cada estrangero un pedazo igual. Este árbol tan digno, estuvo á punto de morir de un accidente, hacia cerca de tres meses, y aun parecía bien enfermo; un sacrilego se había introducido por la noche en el parque; y se había llevado tres ó cuatro pies cuadrados de la santa corteza.

—¿Será algun fanático de la Enriada el que habrá hecho esta infamia? dije yo al conserge.

—No señor, me contestó, yo creo mas bien que habrá sido algun especulador, que habrá recibido encargo del estrangero.

—Magnífico, dije.

Al salir del jardín, nuestro conserge nos llevó á su casa, quería enseñarnos el baston de Voltaire, que conservaba religiosamente despues de la muerte del gran hombre, y concluyó por ofrecérmelo por un luis: los malos tiempos le obligaban á separarse de esta preciosa reliquia. Yo le contesté que era muy caro, y que había conocido un suscriptor de la edicion de Touquet, al cual había cedido otro igual, hacia ocho años, por veinte francos.

Nos subimos al carruagé, y partimos para Coppet, y llegamos al castillo de madama Staël: allí no hay conserge hablador, no hay iglesia á Dios, no hay árbol del que se pueda llevar un pedazo de corteza, pero si un hermoso parque, donde todo el pueblo puede pasear con libertad, y una pobre muger, que vierte lágrimas verdaderas al hablar de su ama, y al enseñarnos el cuarto que habitó, y en donde nada queda de ella. La pedimos nos enseñase el bufete que estaba aun manchado de la tinta de su pluma, el lecho que debía estar aun caliente al exhalar su último suspiro, nada de esto ha sido sagrado para su familia. El cuarto ha sido convertido, creo que en un salón, los muebles no sé donde los han llevado, quizá no habria en todo el castillo un solo ejemplar de la Delina.

De esta habitacion pasamos á la de monsieur Staël, hijo; tambien allí la muerte había entrado, la muerte había encontrado donde cesearse, dos lechos estaban vacíos, una cama de hombre y una cuna de niño. Allí había muerto Mr. Staël y su hijo, llevándose tres semanas el uno y el otro.

Pedimos ver los sepulcros de la familia, pero una disposicion testamentaria de Mr. de Necker, ha prohibido la entrada á la curiosidad de los viajeros. Habíamos salido de Ferney con una provision de alegría, que parecía debía durarnos ocho dias; con las lágrimas en los ojos y el corazon oprimido, salimos de Coppet.

No teníamos tiempo que perder para tomar el vapor, que debía conducirnos á la Viena: le veíamos acercarse á nosotros, rápido, humeante y cubierto de espuma, como un caballo marino. En el momento en que creíamos que iba á pasar por delante de nosotros sin vernos, se paró de repente, vacilando con la sacudida, despues, puesto de lado, nos aguardó. Apenas pusimos los pies sobre el puente volvió á empezar su carrera. El lago de Lemán es la mar de Nápoles, es su azulado cielo, sus aguas azules, y mas aun, sus sombrías montañas, que parecen apiñadas las unas sobre las otras, cual si fueran los peldaños de una escalera del cielo: solamente, que cada peldaño ó escalón, tiene tres mil pies de alto. Despues, detrás de todo esto, aparece con su nevada frente el Monte Blanco, gigante curioso, que recrea su vista en el lago, por encima de los otros montes, que á su lado no son mas que cerros.

Así cuesta trabajo separar la vista de la orilla meridional del lago, para dirigirla sobre la orilla septentrional; No obstante, allí es donde la naturaleza ha derramado mas prodigamente las flores y los frutos de la tierra, que lleva en la punta de su falda: parques, viñedos, mieses, una aldea de diez y ocho leguas de largo, estendida de una á la otra punta de la orilla, castillos edificadas en todos los sitios, variados al capricho, y llevando escarpadas en sus frentes las fechas precisas de sus nacimientos; en Nyon, edificios romanos, construidos por César; en Vullans, un castillo gótico, levantado por Berta, la reina hiladora; en Morges, casas de campo ó villas, con preciosas azoteas, que cualquiera creeria, trasladadas enteras desde Sorrento ó desde Bayas; luego en el fondo Lausana, con sus esbeltos campanarios, con sus casas blancas, que parecen á lo lejos una bandada de cisnes, secándose sus plumas al sol, y que ha colocado sobre la orilla del lago la aldea de Oulchy, centinela encargada de avisar á los viajeros, que no pasen sin rendir homenaje á la reina de Vaux: nuestro barco se acercó á ella como un tributario, y depositó una parte de sus pasajeros sobre la orilla. Apenas había puesto el pie en el puerto, cuando divisé un jóven republicano, llamado Allier, á quien había conocido en la

época de la revolucion de julio, y que se había refugiado en Lausana hacia un mes, por haber sido condenado, por un folleto que escribió, á cinco años de prision.

Era un hallazgo para mí, pues ya había encontrado mi cicerone. Vino él á abrazarme así que me reconoció, aunque no habían mediado entre los dos relaciones de amistad. En aquel abrazo adiviné cuanto dolor había en aquella pobre alma errante; efectivamente estaba atacado del mal del país. Aquel hermoso lago de maravillosas orillas, aquella ciudad situada en una de las posiciones mas encantadoras del mundo, aquellas pintorescas montañas; todo esto no tenía mérito ni encanto á sus ojos; el aire estrangero le sofocaba.

Como este pobre muchacho no se hallaba en situacion de satisfacer mi curiosidad, pues cuando le hablaba en suizo me respondia en francés, se ofreció á presentarme á un excelente patriota, diputado de la ciudad de Lausana, que le había recibido como á un hermano de religion y que no le había consolado, por la única razon de que en el destierro nadie halla consuelo.

Mr. Pellis es uno de los hombres mas distinguidos que he encontrado en todo mi viage, por su instruccion, cortesania y patriotismo. Desde el momento que nos dimos la mano, nos hicimos hermanos, y durante los dos dias que permaneci en Lausana tuvo la bondad de suministrarme los mas preciosos datos y noticias sobre la historia, legislacion y arqueologia del canton. Era un hombre muy versado en estas tres cosas.

El canton de Vaux que linda con el de Ginebra, debe su prosperidad á una causa enteramente distinta de la de su vecino. Sus riquezas no son industriales sino territoriales; el terreno esta dividido de modo que todos poseen, así que de sus ochenta mil habitantes, los treinta y cuatro mil son propietarios.

El canton es, militarmente hablando, uno de los mejor organizados de la confederacion, y como todo vaudex es soldado, tiene siempre en tropas disponibles como en tropas de reservas, treinta mil hombres casi sobre las armas, que es la quinta parte de su poblacion. El ejército francés establecido bajo esta proporcion vendria á componerse de seis millones de soldados.

Las tropas suizas no reciben paga alguna, cumplen con servir en el ejército un deber de ciudadanos que no les parece gravoso. Todos los años pasan tres meses en un campamento para ejercitarse en las maniobras militares y acostumbrarse á las fatigas: de esta manera la Suiza encontraria siempre listo á su primer llamamiento de guerra un ejército de ciento ochenta mil hombres sin costarle absolutamente nada al gobierno. El presupuesto del nuestro, que presenta segun creo una fuerza efectiva de cuatrocientos mil hombres, sube á cerca de 306 000,000 de francos.

No puede ser oficial ninguno que no haya servido dos años. Los candidatos son nombrados por el consejo de Estado á propuesta del cuerpo de oficiales. El que ha llegado á la edad de veinte y cinco años sin haber servido en algun cuerpo de preferencia, entra á servir en el depósito hasta la edad de cincuenta y queda incapacitado para ser oficial. No puede casarse ningun ciudadano que no posea su uniforme, sus armas y la Biblia.

En cuanto al poder ejecutivo fúndase tambien en bases bastante sólidas y bastante claras; cada cinco años la cámara de los diputados se somete á una total renovacion y el consejo ejecutivo á una renovacion parcial. Todo ciudadano es elector; las elecciones se hacen en la iglesia, y los diputados prestan inmediatamente su juramento delante del escudo federal en donde están escritas estas dos palabras: *Libertad.—Patria.*

La catedral de Lausana parece haberse principiado hacia fines del siglo XV: iba ya á concluirse y solo quedaba por terminar la parte superior de uno de sus campanarios, cuando la reforma de Lutero interrumpió los trabajos en el año 1536. Su interior como el de todos los templos protestantes, está desnudo y despojado de todo ornato: en medio del coro hay un gran reclinatorio donde en la época en que el calvinismo hizo tan rápidos progresos, acudian los católicos á pedir á Dios que iluminase á sus extraviados hermanos. Acudieron allí por tan largo tiempo y en tan gran número que el mármol desgastado por el roce conserva aun estampadas la marca de sus rodillas.

El coro está rodeado de sepulcros casi todos notables, ya con respecto al arte, ya á causa de los ilustres restos que en ellos se guardaban, ya en fin á causa de las particularidades que se refieren en la muerte de los que allí yacen.

Los sepulcros góticos dignos de alguna atencion son los del pontífice Felix X, y de Oton de Granson á cuya estatua le faltan las manos. Ved aquí la causa de esta mutilacion.

En 1393, Jerardo de Estabayer, celoso de los obsequios que prodigaba á su muger la hermosa Catalina de Belp, el señor Oton de Granson, tomó el partido para vengarse de él y disimular la verdadera causa de su venganza de acusarle de ser el autor del envenenamiento de que estuvo á punto de perecer el conde Amadeo VIII de Saboya.

En su consecuencia presentó solemnemente su queja ante Luis Joinville, bajío de Vaux, y renovándola con grandes formalidades ante el conde Amadeo VIII, ofreció á su enemigo un combate á muerte como testimonio de la verdad de su acusacion. Oton de Granson, aunque debilitado por una herida aun mal cerrada, creyó de su honor no pedir un plazo y aceptó el reto. Convino que el combate tendria lugar el 9 de agosto de 1393 en Bourg en Bresse, y que cada uno de los combatientes se

presentaría armado de una lanza, dos espadas y de un puñal. Convinióse además que el vencido perdería las dos manos, á menos que no confesara si era Oton el crimen de que se hallaba acusado, y si era Jerardo de Estabayer la falsedad de la acusación.

Fuè vencido Oton: Jerardo de Estabayer le gritó que confesase que era culpable. Oton no respondió sino alargándole las dos manos que Jerardo le derribó de un solo golpe.

Veiz aquí por que faltan las manos á la estatua, como le faltan al cadáver, porque fueron quemadas por el verdugo como manos de un traidor (4).

Cuando se abrió el sepulcro de Oton, á fin de trasportar sus restos á la catedral de Lausana, se encontró su esqueleto dentro de su armadura con su casco en la cabeza y sus espuelas en los pies; la coraza rota en el pecho marcaba el sitio por donde le habia herido la lanza de Jerardo.

Los sepulcros modernos son los de la princesa Catalina Orlaw, y el de lady Strafford Caning; el lord Strafford obtuvo á causa de su profundo dolor, que su muger fuese enterrada en el templo. Escribió á Canova encargándole un sepulcro, recomendando al escultor lo hiciese lo mas pronto posible. Llegó el sepulcro al cabo de cinco meses, precisamente á la mañana siguiente del día en que lord Strafford acababa de pasar á segundas nupcias.

Desde allí Mr. Pellis, nuestro sabio y amable cicerone, nos ofreció hacernos ver la prision penitenciaria; al salir nos admiramos de la maravillosa vista que se descubre desde el llano de la catedral debajo de la cual recostada Lausana, disemina sus casas, siempre poco distantes las unas de las otras á medida que se van separando del centro. Mas allá de estas casas el lago azul terso como un espejo; al uno de los cabos de este lago, Ginebra, cuyos techos y cúpulas de zinck brillan heridas por los rayos del sol, cual los minaretes de una ciudad mahometana; en fin, en el otro extremo la garganta sombría del Valés que dominan con sus punteagudos peñascos cubiertos de nieve, el Diente de Morele y el Diente del Mediodía.

Este llano es el punto de reunion de la ciudad, pero como está descubierto al Occidente, viene siempre de la cima de los montes cubiertos de hielo que rodean el horizonte, un aire sutil, agudo, peligroso para los niños y para los ancianos. En su consecuencia, acaba de decidir el consejo de Estado, que sobre la vertiente meridional de la ciudad se haga un paseo destinado á la vejez y á la infancia, que débiles ambas, ambas tienen necesidad del sol y del calor. Este paseo costará ciento cincuenta mil francos; ¿no es propia esta decision de los éforos de Esparta?..

(4) El artista que ha hecho el sepulcro ha esculpido dos pequeñas manos sobre el almohadon de marmol que sostiene la cabeza de Oton.

En Suiza no hay ni galeras ni presidios, hay solamente casas penitenciarias. Una de estas es la que íbamos á visitar; así los hombres que íbamos á ver, eran galeotes. Con este pensamiento entramos allí; empero se parecen tan poco aquellas casas á las prisiones de Francia, que nos creimos buenamente en un hospicio.

Hallábanse los detenidos en recreo, es decir, que podían pasearse una hora en un hermoso patio que les está destinado; los vimos desde una ventana hablando por grupos. Hicieronnos notar que algunos llevaban vestidos con listas verdes y blancas y llevaban una especie de argolla al cuello; estos eran los galeotes.

Fuimos á otra ventana enfrente, y vimos en un jardín mugeres que se paseaban; era el jardín de las Madelonetas, y del San Lázaro vaudés.

Visitamos despues los cuartitos aislados en que duermen los detenidos; eran bonitas celdas que solo tenían de prision las rejas; cada celda estaba provista de los muebles necesarios para el uso de una persona. Tenian algunas hasta una pequeña biblioteca, porque se permite á los detenidos dedicar á la lectura las horas del recreo.

El objeto de estas casas penitenciarias, es, no solo separar de la sociedad los miembros que podrían serle perjudiciales, sino tienen tambien por resultado mejorar la moral de los encerrados allí. En general, los jóvenes franceses condenados á prision ó á presidio, salen de ellos mas corrompidos que cuando entraron; los condenados vaudeses, al contrario, salen mejores. Ved aquí sobre qué base lógica hace el gobierno descansar esta mejora. La mayor parte de los crímenes tiene por causa la miseria; esta miseria en que ha caído el individuo, proviene, de que no conociendo ningún estado, no ha podido, ayudado de su trabajo, crearse una existencia en medio de la sociedad. Secuestrarle de esta sociedad, retenerle aprisionado por un tiempo mas ó menos largo, y volverle á soltar en medio de ella, no es el modo de hacerle mejor; es privarle de la libertad y nada mas; vuelto á arrojar en medio del mundo en la misma posición que ha causado su primera caída, esta misma posición causará naturalmente otra segunda. El único medio de evitársela, es devolverle á los hombres que viven de su industria bajo un pie igual al suyo, es decir, con una industria y con dinero.

En consecuencia, las casas penitenciarias tienen por primer reglamento el que todo condenado que no sepa un oficio, ha de aprender uno necesariamente, el que él quiera elegir; el segundo reglamento es que las dos terceras partes del dinero que gane en este oficio durante su detención será para él. Un artículo añadido posteriormente completa esta filantrópica medida. Autoriza á los prisioneros

para poder enviar una tercera parte de este dinero á su padre ó á su madre, á su muger ó á sus hijos.

Así, la cadena de la naturaleza rota violentamente para el condenado por una sentencia judicial, se reanuda con nuevas relaciones. El dinero que envia á su familia le prepara en medio de ella una alegre vuelta. El interior de que su corazón tiene tanta necesidad, despues de haberse visto privado tan largo tiempo de él, le queda abierto, pues que en lugar de volver á el envilecido, pobre y desnudo, el miembro ausente de aquella familia, vuelve á entrar en ella purificado de su pasado crimen por el mismo castigo, y asegurado de su virtud en el porvenir por el dinero que posee y el oficio que ha aprendido.

Varios ejemplos vienen en apoyo de esta maravillosa institución, lo que recompensa á sus autores: hé aquí notas copiadas del registro de las casas que atestiguan este resultado.

«B..., nació en 1807 en Bellerive, mozo de molino—pobre—ha robado tres medidas de centeno, y ha sido condenado á dos años de presidio.—Su beneficio al cumplir el tiempo y entre los socorros enviados á su familia, era de setenta francos de Suiza (cien francos franceses, poco mas ó menos), además ha salido tejedor muy hábil.»

Debajo de estas líneas, el ministro de la iglesia de la aldea, al volver B..., ha escrito de su puño.

«A la vuelta á Bellerive, este joven escensivamente humillado por su detención, se escondió en casa de su padre, no atreviéndose á salir de su casa. Los jóvenes de la aldea fueron á buscarle un domingo á su casa, conduciéndole en medio de ellos á la iglesia.»

«L..., convicta de varios robos,—tres años de reclusión, salió con buenas disposiciones, al volver á su departamento, donde por las noticias favorables que habian corrido en el pueblo, relativas á su excelente conducta durante su detención, las jóvenes salieron á su encuentro, y despues de haberla besado, la llevaron en medio de ellas á la aldea; su beneficio, ciento trece francos de Suiza, (cosa de ciento ochenta francos de Francia) hilandera y sabiendo leer y escribir.»

«D..., condenada á diez años de reclusión, por infanticidio sin premeditación.—Entró no sabiendo nada, salió instruida,—costurera excelente, con un beneficio de novecientos francos de Suiza (mil doseientos francos de Francia poco mas ó menos) hoy día, ama de llaves de una de las mejores casas del cantón.»

«No hay alguna cosa de patriarcal en este gobierno que instruye al culpable, y en la juventud que le perdona! No es sublime la divisa federal puesta en práctica: uno para todos, todos para uno! Yo podia citar cien ejemplos iguales, inscritos en el registro de una casa de penitenciaria. Que se consulte los registros de

todos nuestros presidios y todas nuestras cárceles, yo desafío aun al mismo Mr. Appert, á que me cite cuatro hechos, que balancen moralmente con los que acabo de citar.

Al salir de la casa de penitenciaria, fuimos á tomar un sorbete, cuesta tres batc (nueve sueldos de Francia) y son los mejores que yo he tomado en mi vida. Se lo recomiendo á todos los viajeros que pasen por Lausana.

Una segunda recomendación gastronómica que los aficionados no me perdonarian haber olvidado, es la de la *ferra* del lago de Lemán, este excelente pescado no se encuentra mas que allí, y aunque tiene mucha semejanza con el *labaret*, del lago de Neuchâtel, y la *sombra de caballero*, del lago de Bourget, las sobrepaja á las dos en finura. No conozco mas que la saboga del Sena con quien se pueda comparar.

Despues que se ha visitado el paseo, la catedral y la casa de detención de Lausana; luego que se ha comido en el Leon de Oro la *ferra* del lago, y bebido el vino blanco de Vevay, y tomado en el café, que se encuentra en la misma calle que la fonda los sorbetes, lo mejor que se debe hacer es alquilar un carruaje y partir para Villeneuve. Durante el camino, se atraviesa Vevay, donde vivía Clara; el castillo de Blonay, que habitaba el padre de Julia; Clarens, donde se enseña la casa de Juan Jacobo; y por fin, al llegar á Chillon, se divisan á una legua y media, en la orilla opuesta las rocas escarpadas de la Meilleraie, desde cuya cúspide Saint-Preux contemplaba el limpio y profundo lago, en cuyas aguas estaba la muerte y el reposo.

Chillon, antigua prision de los duques de Saboya, es hoy día arsenal del cantón de Vaux, fué edificado en 1250. La cautividad de Bonnivard y su memoria, llamaron tanto la atención, que hasta se ha olvidado el nombre de un prisionero, que en 1798, se escapó de una manera casi milagrosa. Este desgraciado empezó á hacer un agujero en el muro, ayudado de un clavo arrancado de las suelas de sus zapatos, pero salió de su calabozo, para encontrarse en otro mas grande nada mas. Entonces necesitó con la fuerza de sus puños, romper una barra de hierro, que cerraba una tronera de tres ó cuatro pulgadas de ancho; la señal de sus zapatos, que ha quedado sobre el descanso de la tronera, atestiguan que los esfuerzos, que se vió obligado á hacer, fueron sobrenaturales. Sus pies, con cuya ayuda se resbalaba, han ahondado la piedra una pulgada. Esta tronera es la tercera á la izquierda entrando en el calabozo.

En el artículo de Ginebra hemos hablado de Bonnivard y de Berthelier: el primero dijo un día que por la independencia de su país daría su libertad, el segundo respondió que él daría su vida. Esta doble oferta fué oída, y cuando el verdugo vino á reclamar su cumplimiento encontró á los dos prontos á cumplir-

la. Berthelier marchó al cadalso, Bonnivard transportado á Chillon encontró una cantidad horrorosa. Sujeto por medio del cuerpo á una cadena, cuyo extremo iba á unirse á un anillo de hierro clavado en un pilar, permaneció así seis años no teniendo mas libertad que la de lo largo de la cadena, y sin poderse acostar mas que donde ella lo permitía, dando vueltas siempre como una bestia feroz al rededor de su pilar, ahondando con sus pisadas el suelo, atormentado por el pensamiento de que su cautividad no serviría tal vez de nada á la independencia de su país y que Ginebra y él estaban condenados á una esclavitud eterna. ¿Cómo en una noche tan larga, que ningún rayo de luz venía á interrumpir, en que el silencio no era turbado mas que por el ruido de las olas que batían el muro del calabozo, ¡Dios mio! ¿cómo el pensamiento no mató á la materia ó la materia al pensamiento? ¿Cómo una mañana el carcelero no encontró á su prisionero muerto ó loco, cuando una sola idea, una idea eterna debía despedazarle el corazón y desgarrarle el cerebro? Y durante este tiempo, durante seis años, durante esta eternidad, ni un grito, ni un quejido atestiguan sus carceles, excepto sin duda cuando el cielo desencajaba la tempestad, cuando la tempestad levantaba las olas, cuando la lluvia y el viento azotaban el muro, tal vez entonces su voz se perdía en la inmensa voz de la naturaleza; tal vez entonces vos solo, Dios mio, podiais distinguir su grito y su desesperacion: sus carceles no habian podido gozarse en su desesperacion y á la mañana siguiente le encontraban calmado y resignado pues la tempestad entonces se calmaba en su corazón como en la naturaleza. ¡Oh! sin esto, ¿sin esto, no se hubiera roto la cabeza contra su pilar? ¿No se hubiera estrangulado con su cadena? ¿Hubiese oído el día en que entraron en tumulto en su prision y que cien voces le decían á la vez:

—Bonnivard, eres libre.

—¿Y Ginebra?

—¡Libre!

Desde entonces la prision del mártir se ha convertido en un templo, el pilar en un altar. Todo el que tiene un corazón noble y ardiente por la libertad, se vuelve de su camino y viene á orar al sitio donde Bonnivard ha sufrido. Se hace uno conducir derecho á la columna donde por tanto tiempo estuvo encadenado; busca uno en su granítica superficie donde cada uno inscribe su nombre los caracteres que él ha grabado; se baja uno hácia el camino ahondado por sus pies para buscar su huella, se cuelga uno del anillo al cual estuvo atado, para probar si está sólidamente clavado aun con su argamasa de ocho siglos. Todas las ideas se pierden en aquel momento excepto la de que estuvo encadenado seis años.... ¡seis años! es decir la novena parte de la vida de un hombre!

Una tarde en 1816, en una de esas hermo-

sas noches que Dios ha hecho solo para la Suiza, una barca avanzaba silenciosamente dejando en pos de sí un rastro brillante por los quebrados rayos de la luna. Se dirigió hácia el muro blanquecino del castillo de Chillon, atracó en la orilla sin ningun ruido como un cisne que la sube; un hombre bajó, pálido el rostro, ojos penetrantes, con la frente erguida y despejada, envuelto en una capa que le tapaba los pies; sin embargo, se notaba que cojeaba un poco; pidió que le enseñasen el calabozo de Bonnivard: largo tiempo permaneció solo en él y cuando se entró despues que él salió del subterráneo, se encontró en el pilar donde habia estado encadenado el mártir, un nombre nuevo cuya copia exacta es la siguiente:

BYRON.

UNA PESCA DE NOCHE.

Llegamos al medio día á Villeneuve.

Villeneuve, que los romanos llamaban *Penilucus*, está situada á la estremidad oriental del lago de Lemán. El Ródano, que baja de la Furca, donde toma su nacimiento, pasa una media hora del camino de la pequeña aldea, que marca los límites del canton de Vaux, que adelantándose su puerta, se estiende cinco leguas mas allá, y separa el canton de Vaux del país Valésano.

Un celerifero, que espera á los pasajeros del barco de vapor, los conduce la misma tarde á Bex, donde duerme uno ordinariamente. La hora de delantera que habia ganado viniendo por tierra me permitió el recorrer hasta el punto en que el Ródano dividiéndose en dos ramales, se precipita gris y arenoso en el lago, para dejar en él todo su cieno y salir puro y azulado en Ginebra despues de haberle atravesado en toda su longitud.

Lnego que volví á Villeneuve, el carruage estaba dispuesto para marchar; cada uno habia tomado su sitio, y me habian dejado como ausente aquel que creian ser peor, y que yo por mi hubiese escogido como mejor. Me habian colocado con el conductor en el primer cabriolé, donde nada me libertaba del viento de la tarde, pero tampoco nada impedía el ver el pais.

Es un hermoso golpe de vista á través del horizonte azulado de los Alpes, este valle abierto sobre el lago en una anchura de dos leguas

y que va estrechándose hasta llegar á San Mauricio, á punto de que una puerta le cierra entre el Ródano y la montaña. A derecha é izquierda del rio, y de media en media legua parecen y desaparecen pueblitos vaudeses y valesanos, sin que la rapidez de nuestra marcha nos permitiese ver otra cosa que su atrevida y pintoresca situacion sobre la falda de la montaña; donde los unos casi á punto de resbalar-se sobre un rápido declive, escalonado de vidés, los otros fijos en una plataforma rodeado de abetos negros parecidos á nidos de pájaros ocultos en las ramas; algunos dominando un precipicio, y no dejando adivinar el camino que conduce á ellos. Luego en el fondo del paisaje, y dominando todo esto á la derecha el Diente de Morcle, rojo como un ladrillo que sale del horno, elevándose siete mil quinientos noventa pies sobre nuestras cabezas; á la derecha su hermano el Diente de Mediodía ostentando su cabeza blanca de nieve á ocho mil quinientos pies entre las nubes; ambos á dos tersamente iluminados por los últimos rayos del sol se destacan sobre un cielo azul. El Diente del Mediodía por una nube de un sonrosado claro, el Diente de Morcle por su color rojo encendido. Me aquí, de lo que yo gozaba en castigo de haber llegado tarde, mientras que los de adentro, cerrados herméticamente los cristales se alegraban de haber escapado del frio de la atmósfera que yo no sentia y al través de la cual me parecia encontrarme en un país de encantadoras.

Al anocheecer llegamos á Bex. El carruage se paró á la puerta de una de esas bonitas fondas que no se encuentran mas que en Suiza. En frente habia una iglesia cuya fundacion, como la de casi todos los monumentos religiosos del Valaix parecen por su estilo romano, haber sido obra de los primeros cristianos.

La comida nos esperaba. Encontramos el pescado tan delicado, que pedimos nos lo pusieran y lo encargamos para el almuerzo del día siguiente. Cito este hecho tan insignificante, porque este encargo me hizo asistir á una pesca que me era completamente desconocida y que no he visto hacer mas que en el Valés.

Apenas hubimos manifestado este deseo gastronómico, cuando la dueña de la posada llamó á un muchachon de diez y ocho á veinte años, que parecia desempeñaba las funciones de ayudante de cocina, limpia-botas, y hacia los recados como criado. Llegó medio dormido y recibió la orden, á pesar de expresivos bostezos, única especie de oposicion que se atrevia á hacer el pobre diablo á la interpelacion de ir á pescar algunas truchas para el almuerzo del señor, indicándome á mí con el dedo. Mauricio, este era el nombre del pescador, se volvió hácia mí, y me echó una mirada de pereza, tan llena de inesplicable reconvenccion que me conmovió al considerar lo que iba á sufrir para no desesperarse, viéndose obligado á obedecer. Sin embargo, dije yo, si esta

pesca debía incomodar mucho al muchacho (el semblante de Mauricio se iba animando á medida que mis frases tomaban un sentido favorable á sus deseos); si esta pesca, continué.... La dueña me interrumpió: Bah! bah! es negocio de una hora, el rio está á dos pasos; vamos, holgazan, toma tu linterna y tu hoz, añadió dirigiéndose á Mauricio, que habia vuelto á caer en la resignada apatia habitual en las gentes hechas para obedecer.—Despáchate.

—Tu linterna y tu hoz para ir á la pesca... Desde entonces Mauricio se perdió, pues me vino un deseo irresistible de ver una pesca que se hace como una corta de leñas. Mauricio exhaló un suspiro al pensar que ya no le quedaba mas esperanza que Dios, pero Dios le habia visto ya tantas veces en semejante situacion, sin procurar sacarle de ella, que no era probable hiciese entonces un milagro en su favor.

Tomó entonces con una energia que rayaba en desesperacion, una hoz que estaba colgada entre los instrumentos de cocina, y una linterna cuya forma merece una detallada descripcion.

Era un globo de cuerno como las lámparas que nosotros suspendemos en nuestras antesalas ó nuestras alcobas, al cual habian añadido un tubo de hoja de lata de la forma de un mango de escoba. Como este globo estaba herméticamente cerrado, la mecha que ardia en el interior de la linterna no recibia aire mas que por lo alto del conducto, evitándose así que fuese apagado por el viento ó por la lluvia.

—¿Con que venis? me dijo Mauricio despues de haber hecho sus preparativos, y viéndome que me preparaba á seguirle.

—Ciertamente, respondi: esa pesca me parece original.

—Sí, sí, murmuró entre dientes: es muy original, ver á un pobre diablo chapuzarse en el agua hasta la barriga, cuando deberia estar durmiendo en aquella misma hora sobre un buen monton de heno. ¿Queréis una hoz y una linterna? Así pescareis tambien y habrá eso mas de original.

Un *¿Qué haces por ahí todavía? pesado!* que salió del cuarto inmediato, me evitó responder con una negativa á la oferta de Mauricio, que encerraba en sí mas ironia que deseo de proporcionarme una diversion. Al mismo tiempo se oyeron inmediatos los pasos del ama de la posada que acompañaba su venida refunfuñando y no presagiando nada bueno para el que tardaba en salir. Lo conocí tan bien que á todo trance abrió rápidamente la puerta, salió y la volvió á cerrar sin aguardarme, tal prisa tenia de poner dos pulgadas de pino entre su pereza y la cólera de nuestra graciosa posadera.

—Soy yo, dije abriendo la puerta y siguiéndome con los ojos la linterna que lucia á

la. Berthelier marchó al cadalso, Bonnivard transportado á Chillon encontró una cantidad horrorosa. Sujeto por medio del cuerpo á una cadena, cuyo extremo iba á unirse á un anillo de hierro clavado en un pilar, permaneció así seis años no teniendo mas libertad que la de lo largo de la cadena, y sin poderse acostar mas que donde ella lo permitía, dando vueltas siempre como una bestia feroz al rededor de su pilar, ahondando con sus pisadas el suelo, atormentado por el pensamiento de que su cautividad no serviría tal vez de nada á la independencia de su país y que Ginebra y él estaban condenados á una esclavitud eterna. ¿Cómo en una noche tan larga, que ningún rayo de luz venía á interrumpir, en que el silencio no era turbado mas que por el ruido de las olas que batían el muro del calabozo, ¡Dios mio! ¿cómo el pensamiento no mató á la materia ó la materia al pensamiento? ¿Cómo una mañana el carcelero no encontró á su prisionero muerto ó loco, cuando una sola idea, una idea eterna debía despedazarle el corazón y desgarrarle el cerebro? Y durante este tiempo, durante seis años, durante esta eternidad, ni un grito, ni un quejido atestiguan sus carceles, excepto sin duda cuando el cielo desencañaba la tempestad, cuando la tempestad levantaba las olas, cuando la lluvia y el viento azotaban el muro, tal vez entonces su voz se perdía en la inmensa voz de la naturaleza; tal vez entonces vos solo, Dios mio, podiais distinguir su grito y su desesperacion: sus carceles no habian podido gozarse en su desesperacion y á la mañana siguiente le encontraban calmado y resignado pues la tempestad entonces se calmaba en su corazón como en la naturaleza. ¡Oh! sin esto, ¿sin esto, no se hubiera roto la cabeza contra su pilar? ¿No se hubiera estrangulado con su cadena? ¿Hubiese oído el día en que entraron en tumulto en su prision y que cien voces le decían á la vez:

—Bonnivard, eres libre.

—¿Y Ginebra?

—¡Libre!

Desde entonces la prision del mártir se ha convertido en un templo, el pilar en un altar. Todo el que tiene un corazón noble y ardiente por la libertad, se vuelve de su camino y viene á orar al sitio donde Bonnivard ha sufrido. Se hace uno conducir derecho á la columna donde por tanto tiempo estuvo encadenado; busca uno en su granítica superficie donde cada uno inscribe su nombre los caracteres que él ha grabado; se baja uno hácia el camino ahondado por sus pies para buscar su huella, se cuelga uno del anillo al cual estuvo atado, para probar si está sólidamente clavado aun con su argamasa de ocho siglos. Todas las ideas se pierden en aquel momento excepto la de que estuvo encadenado seis años.... ¡seis años! es decir la novena parte de la vida de un hombre!

Una tarde en 1816, en una de esas hermo-

sas noches que Dios ha hecho solo para la Suiza, una barca avanzaba silenciosamente dejando en pos de sí un rastro brillante por los quebrados rayos de la luna. Se dirigió hácia el muro blanquecino del castillo de Chillon, atracó en la orilla sin ningún ruido como un cisne que la sube; un hombre bajó, pálido el rostro, ojos penetrantes, con la frente erguida y despejada, envuelto en una capa que le tapaba los pies; sin embargo, se notaba que cojeaba un poco; pidió que le enseñasen el calabozo de Bonnivard: largo tiempo permaneció solo en él y cuando se entró despues que él salió del subterráneo, se encontró en el pilar donde habia estado encadenado el mártir, un nombre nuevo cuya copia exacta es la siguiente:

BYRON.

UNA PESCA DE NOCHE.

Llegamos al medio día á Villeneuve.

Villeneuve, que los romanos llamaban *Penilucus*, está situada á la estremidad oriental del lago de Lemán. El Ródano, que baja de la Furca, donde toma su nacimiento, pasa una media hora del camino de la pequeña aldea, que marca los límites del canton de Vaux, que adelantándose su puerta, se estiende cinco leguas mas allá, y separa el canton de Vaux del país Valésano.

Un celerifero, que espera á los pasajeros del barco de vapor, los conduce la misma tarde á Bex, donde duerme uno ordinariamente. La hora de delantera que habia ganado viniendo por tierra me permitió el recorrer hasta el punto en que el Ródano dividiéndose en dos ramales, se precipita gris y arenoso en el lago, para dejar en él todo su cieno y salir puro y azulado en Ginebra despues de haberle atravesado en toda su longitud.

Lnego que volví á Villeneuve, el carruage estaba dispuesto para marchar; cada uno habia tomado su sitio, y me habian dejado como ausente aquel que creian ser peor, y que yo por mi hubiese escogido como mejor. Me habian colocado con el conductor en el primer cabriolé, donde nada me libertaba del viento de la tarde, pero tampoco nada impedía el ver el país.

Es un hermoso golpe de vista á través del horizonte azulado de los Alpes, este valle abierto sobre el lago en una anchura de dos leguas

y que va estrechándose hasta llegar á San Mauricio, á punto de que una puerta le cierra entre el Ródano y la montaña. A derecha é izquierda del rio, y de media en media legua parecen y desaparecen pueblitos vaudeses y valesanos, sin que la rapidez de nuestra marcha nos permitiese ver otra cosa que su atrevida y pintoresca situacion sobre la falda de la montaña; donde los unos casi á punto de resbalar-se sobre un rápido declive, escalonado de vidés, los otros fijos en una plataforma rodeado de abetos negros parecidos á nidos de pájaros ocultos en las ramas; algunos dominando un precipicio, y no dejando adivinar el camino que conduce á ellos. Luego en el fondo del paisaje, y dominando todo esto á la derecha el Diente de Morcle, rojo como un ladrillo que sale del horno, elevándose siete mil quinientos noventa pies sobre nuestras cabezas; á la derecha su hermano el Diente de Mediodía ostentando su cabeza blanca de nieve á ocho mil quinientos pies entre las nubes; ambos á dos tersamente iluminados por los últimos rayos del sol se destacan sobre un cielo azul. El Diente del Mediodía por una nube de un sonrosado claro, el Diente de Morcle por su color rojo encendido. Me aquí, de lo que yo gozaba en castigo de haber llegado tarde, mientras que los de adentro, cerrados herméticamente los cristales se alegraban de haber escapado del frio de la atmósfera que yo no sentia y al través de la cual me parecia encontrarme en un país de encantadoras.

Al anocheecer llegamos á Bex. El carruage se paró á la puerta de una de esas bonitas fondas que no se encuentran mas que en Suiza. En frente habia una iglesia cuya fundacion, como la de casi todos los monumentos religiosos del Valaix parecen por su estilo romano, haber sido obra de los primeros cristianos.

La comida nos esperaba. Encontramos el pescado tan delicado, que pedimos nos lo pusieran y lo encargamos para el almuerzo del día siguiente. Cito este hecho tan insignificante, porque este encargo me hizo asistir á una pesca que me era completamente desconocida y que no he visto hacer mas que en el Valés.

Apenas hubimos manifestado este deseo gastronómico, cuando la dueña de la posada llamó á un muchachon de diez y ocho á veinte años, que parecia desempeñaba las funciones de ayudante de cocina, limpia-botas, y hacia los recados como criado. Llegó medio dormido y recibió la orden, á pesar de expresivos bostezos, única especie de oposicion que se atrevia á hacer el pobre diablo á la interpelacion de ir á pescar algunas truchas para el almuerzo del señor, indicándome á mí con el dedo. Mauricio, este era el nombre del pescador, se volvió hácia mí, y me echó una mirada de pereza, tan llena de inesplicable reconvenccion que me conmovió al considerar lo que iba á sufrir para no desesperarse, viéndose obligado á obedecer. Sin embargo, dije yo, si esta

pesca debía incomodar mucho al muchacho (el semblante de Mauricio se iba animando á medida que mis frases tomaban un sentido favorable á sus deseos); si esta pesca, continué.... La dueña me interrumpió: Bah! bah! es negocio de una hora, el rio está á dos pasos; vamos, holgazan, toma tu linterna y tu hoz, añadió dirigiéndose á Mauricio, que habia vuelto á caer en la resignada apatia habitual en las gentes hechas para obedecer.—Despáchate.

—Tu linterna y tu hoz para ir á la pesca... Desde entonces Mauricio se perdió, pues me vino un deseo irresistible de ver una pesca que se hace como una corta de leñas. Mauricio exhaló un suspiro al pensar que ya no le quedaba mas esperanza que Dios, pero Dios le habia visto ya tantas veces en semejante situacion, sin procurar sacarle de ella, que no era probable hiciese entonces un milagro en su favor.

Tomó entonces con una energia que rayaba en desesperacion, una hoz que estaba colgada entre los instrumentos de cocina, y una linterna cuya forma merece una detallada descripcion.

Era un globo de cuerno como las lámparas que nosotros suspendemos en nuestras antesalas ó nuestras alcobas, al cual habian añadido un tubo de hoja de lata de la forma de un mango de escoba. Como este globo estaba herméticamente cerrado, la mecha que ardia en el interior de la linterna no recibia aire mas que por lo alto del conducto, evitándose así que fuese apagado por el viento ó por la lluvia.

—¿Con que venis? me dijo Mauricio despues de haber hecho sus preparativos, y viéndome que me preparaba á seguirle.

—Ciertamente, respondi: esa pesca me parece original.

—Sí, sí, murmuró entre dientes: es muy original, ver á un pobre diablo chapuzarse en el agua hasta la barriga, cuando deberia estar durmiendo en aquella misma hora sobre un buen monton de heno. ¿Queréis una hoz y una linterna? Así pescareis tambien y habrá eso mas de original.

Un *¿Qué haces por ahí todavía? pesado!* que salió del cuarto inmediato, me evitó responder con una negativa á la oferta de Mauricio, que encerraba en sí mas ironia que deseo de proporcionarme una diversion. Al mismo tiempo se oyeron inmediatos los pasos del ama de la posada que acompañaba su venida refunfuñando y no presagiando nada bueno para el que tardaba en salir. Lo conocí tan bien que á todo trance abrió rápidamente la puerta, salió y la volvió á cerrar sin aguardarme, tal prisa tenia de poner dos pulgadas de pino entre su pereza y la cólera de nuestra graciosa posadera.

—Soy yo, dije abriendo la puerta y siguiéndome con los ojos la linterna que lucia á

cuarenta pasos de mí; yo soy el que ha detenido á este pobre muchacho preguntándole sobre la pesca, con que así no tenéis que reírle, y eché á correr cuanto pude tras el de la linterna, á quien ya apenas veía.

Como mis ojos se hallaban fijos en una línea horizontal, tanto temía perder de vista mi precioso faro, apenas había dado diez pasos cuando se me enredaron los pies en las cadenas que colgaban de nuestro celerífero, que con un ruido horrible caí rodando en medio del camino á cuyo extremo divisaba mi estrella polar. Esta caída, cuyo ruido llegó hasta Mauricio, lejos de detenerlo pareció darle más fuerza para correr, porque conocía que ahora tenía que temer dos cóleras en lugar de una. La malhadada linterna, cual un fuego fátuo se alejaba rápidamente á medida que corría uno tras de ella. Había perdido cerca de un minuto en caer, en levantarme y en palparme, á ver si me había roto algo. Durante este tiempo, Mauricio había adelantado terreno y comenzaba á perder la esperanza de alcanzarlo: hallábase amostazado con mi caída, dolorido todo el cuerpo con el golpe que había dado en el suelo con las rodillas y el carrillo izquierdo; conocía la necesidad de ir más despacio y no quería esponerme á dar un segundo porrazo. Todas estas reflexiones instantáneas, la vergüenza, el dolor, la sangre que se me subía á la cabeza, me hicieron salir de mis casillas; me paré en medio del camino, di una patada y con voz sonora aunque conmovida pronuncié una de esas terribles interjecciones que eran mi último recurso.

—Mauricio, paraos, aguardarme ¡caramba!

Parece que la desesperación había dado á aquella corta pero enérgica interjección un aire de amenaza tal, que oyéndola Mauricio se detuvo y la linterna pasó de su estado de agitación á un estado de inmovilidad que la hizo parecer una estrella fija.

—¡Caramba! le dije aproximándome á él y estendiéndole las manos y los pies con precaución delante de mí, es vd un demonio: oye vd. que doy un porrazo capaz de romper el empedrado de la aldea y echa vd. á correr para que yo no vea, mas de prisa con la linterna. Mirad, y le enseñaba mi pantalón roto; tocad, mirad, y le hacia ver mi carrillo arañado: me he hecho un mal terrible con las cadenas del celerífero que habeis dejado en el suelo delante de la puerta de la posada: eso es inaudito, al menos se ponen faroles. Mirad, mirad, ¡bonito me he puesto!

Mauricio miró todas mis rozaduras, escuchó todos mis lamentos, y cuando hubo concluido de sacudir el polvo de mis vestidos y estirpar una docena de chinitas incrustadas como un mosaico en la palma de mis dos manos:

—Eso es lo que se gana, me dijo, con ir de pesca á las nueve y media de la noche; y siguió con la mayor flema su camino.

Había verdad en el fondo de esta egoísta respuesta, así es que no juzgué á propósito devolver el argumento aunque era fácil contestarle. Continuamos pues, cerca de diez minutos casi, andando sin proferir una sola palabra, en el círculo de la vacilante luz que en derredor nuestro despedía la maldita linterna. Al cabo de este tiempo se paró Mauricio.

—Ya hemos llegado, dijo. En efecto, oía yo quebrarse en una especie de barranco las aguas de un arroyuelo, que bajaba de la vertiente occidental del monte Cheville, y que atravesando el camino por debajo de un puente que comenzaba á divisar iba á perderse en el Ródano, distante de allí unos doscientos pasos.

Mientras hacia estas observaciones yo, Mauricio hacía sus preparativos. Consistían estos en quitarse sus zapatos y sus botines, bajarse los pantalones y remangarse su camisa arrollándola y sujetándola con alfileres al rededor de la chaqueta. Este pelaje le daba el aire de un retrato de cuerpo entero de Holbein ó de Alberto Durer. Mientras yo lo contemplaba se volvió hácia mí.

—¿Queréis hacer lo mismo? me dijo.

—¿Vais á meteros en el agua!

—¿Cómo queréis tener truchas para vuestro almuerzo sino voy á buscarlas?

—Pero es que yo no quiero pescar.

—Pero venis para verme pescar, ¿no es verdad?

—Sin duda.

—Entonces quitaos vuestro pantalón. Al menos que no queráis meteros vestido en el agua. De gustos no hay nada escrito.

Entonces bajó el barranco pedregoso y escarpado en cuyo fondo mugía el torrente y donde debía verificarse la milagrosa pesca.

Le seguí dando traspiés sobre los guijarros que caían rodando al pisarlos, y agarrándome á él que estaba derecho y firme como una estaca. Apenas habíamos bajado como unos treinta pies en aquella rápida y movediza pendiente, cuando Mauricio vió que tendría muchísimo trabajo en andar yo por allí sin apoyarme en él.

—Tomad, me dijo, llevad la linterna.

La cogí sin dar lugar á que me lo dijese segunda vez. Entonces con la mano que le dejaba libre me agarré por debajo del brazo con una fuerza que yo creía imposible en cuerpo al parecer tan débil, fuerza de montañés que tantas veces he admirado en iguales circunstancias hasta en niños de diez años: me sostuve y me guió en esta peligrosa bajada su instinto de bueno y fiel guía, venciendo el rencor que hasta entonces me había mostrado, y lo hizo tan bien, que gracias á su ayuda llegué sin accidente alguno hasta la orilla del agua. Metí la mano en ella, estaba helada.

—¿Vais á echaros dentro? le dije á Mauricio.

—Sin duda, respondió cogiendo la linterna de mis manos, y metiendo un pie en el torrente.

—Pero esta agua está helada, le repliqué, deteniéndole por el brazo.

—Sale de la nevera á una media legua de aquí, me respondió sin comprender el verdadero sentido de mi exclamación.

—Pero es que yo no quiero que os metáis dentro del agua, Mauricio.

—¿No habeis dicho que queriais comer truchas mañana en vuestro almuerzo?

—Sí, sin duda, lo he dicho, pero sin saber que para satisfacer mi capricho, era preciso que un hombre... que vos, Mauricio, os metiéscis hasta la cintura en este torrente helado, á riesgo de moriros dentro de ocho dias de un ataque al pecho ó de una pulmonía. Vamos, volvámonos, volvámonos, Mauricio.

—Y el ama, ¿qué dirá?

—Yo me encargo de responderla, Mauricio, vámonos.

—No puede ser: y metió en el agua la otra pierna.

—¿Cómo! ¿Por qué no puede ser?

—Ya lo creo, porque no sois vos solo el que querrá truchas. Yo no sé por qué, pero á todos los viajeros les gustan las truchas, un mal pescado lleno de espinas! En fin, cada cual tiene su gusto.

—Y bien, ¿qué quiere decir eso?

—Quiere decir, que si no se necesitan para vos, se necesitarán para otros, y que ya que estoy aquí, es preciso echar el pecho al agua y pescar en seguida. Ya veis, otros viajeros hay á quienes les gusta el gamo, y dicen algunas veces: queremos comer gamo mañana al volver de las salinas. ¡Gamo! ¿Una carne mala, negra? Tanto valdría comer macho cabrío. En fin, no importa. Entonces, cuando desee esto el ama llama á Pedro, como ha llamado á Mauricio cuando habeis dicho, quiero comer truchas. Pedro es el cazador, así como yo soy el pescador. Y le dice á Pedro: Pedro, hace falta un gamo, como me ha dicho á mí: Mauricio, me hacen falta truchas. Pedro responde, está muy bien: coge la escopeta al hombro, sale á las dos de la madrugada, atraviesa por ventisqueros en cuyas grietas cabría esta aldea entera. Trepa por rocas en donde os romperiais cien veces la crisma, á juzgar por la buena maña con que habeis bajado por esta cuestecilla, y despues, á las cuatro de la tarde vuelve con una res á la espalda, ¡hasta que un dia no vuelva!

—¿Pues cómo?

—Si, Juan que estaba en la casa antes que Pedro, se mató y José que estaba tambien antes que yo, murió de una enfermedad como la llamábais hace poco, de una pulmonía... pues bien, eso no me impide pescar truchas y tampoco impide á Pedro cazar gamos.

—Pero yo había oído decir, le repliqué con asombro, que esos ejercicios eran placeres para los que se entregaban á ellos, placeres que degeneraban en una irresistible necesidad; que había pescadores y cazadores que

buscaban estos peligros como diversiones, que pasaban la noche en los montes para cazar los gamos á espera, que dormían en la orilla de los rios, para echar sus redes al amanecer.

—¡Ah! si, dijo Mauricio con un acento profundo de que yo le creía incapaz. Si, verdad es, hay algunos así.

—¿Pero cuál es?

—Los que cazan y pescan por su cuenta.

Dejé caer mi cabeza sobre el pecho, sin cesar de mirar á aquel hombre, que sin saberlo acababa de echar un juramento tan amargo en la desigual balanza de la justicia humana. En medio de aquellas montañas, en aquellos Alpes, en aquel país de las altas nieves, de las águilas y de la libertad, se abogaba así, sin esperanza de ganarla, por la gran causa de los que no poseen contra los que poseen. Allí tambien había hombres enseñados como los cormoranos y los perros de caza, á llevar á sus amos la pesca y la caza, á cambio de un pedazo de pan. Cosa extraña, por que ¿quién impedía á aquellos hombres el cazar y pescar? El hábito de obedecer... En los mismos á quienes se quiere dar la libertad, se encuentran los más grandes obstáculos para la misma.

Durante este tiempo Mauricio, que no se cuidaba de las reflexiones que me había suscitado su respuesta, se había metido en el agua hasta la cintura y comenzaba una pesca de que no tenía idea alguna yo, y que apenas hubiera creído posible á no haberla visto. Solo entonces comprendí de que le servían los instrumentos de que yo le había visto armarse en lugar de la caña ó de la red.

En efecto, aquella linterna con su largo tubo, hallábase destinada á explorar el fondo del torrente y por lo alto del tubo que quedaba fuera del agua, penetraba en lo interior del globo la cantidad de aire necesaria para mantener encendida la luz. De esta manera el fondo del rio se hallaba circularmente iluminado con un gran resplandor confuso y pálido que se iba debilitando á medida que se alejaba de su centro luminoso. Las truchas que se encontraban en el círculo que abrazaba aquel resplandor, no tardaban en aproximarse al globo, como hacen las mariposas y los murciélagos atraídos por la luz, tropezaban en la linterna y daban vueltas á su derredor. Entonces levantaba Mauricio poquito á poco la mano izquierda en que tenía la luz: las truchas fascinadas por el resplandor la seguían en su movimiento de ascension, despues en cuanto salía la trucha á flor de agua, con la mano derecha armada con la hoz beria al pescado en la cabeza, y siempre con tal destreza, que aturdido por la violencia del golpe, caía al fondo del agua, para volver á subir muy pronto muerto y ensangrentado; y pasar incontinentemente á un saco que llevaba al cuello colgado Mauricio, como el mor-

ral de un cazador. Atónito me encontraba: aquella inteligencia superior de que tan orgulloso me hallaba aun no hacia cinco minutos habia quedado confundida: porque es evidente que si la vispera aun, me hubiese encontrado en una isla desierta con truchas en el fondo de un rio por todo alimento, y no teniendo para pescarlas mas que una linterna y una hoz, esta inteligencia superior no me hubiera impedido probablemente el morir de hambre.

Mauricio no sospechaba siquiera la admiración que acababa de inspirarme y continuaba en aumentar mi entusiasmo con las repetidas pruebas de su habilidad, eligiendo como un propietario en su vivero las truchas que le parecían mas hermosas, dejando dar vueltas impunemente alrededor de la linterna á las pequeñas que no le parecían dignas de la salsa ó de la mayonesa y salsa blanca. En fin, ya no pude contenerme mas, me quité los pantalones, las botas y las medias, me planté un traje de pescador sobre el modelo de Mauricio, y sin pensar que el agua estaba á dos grados sobre cero, sin atender á que las piedras me destruían los pies, fui á coger de mano de mi acompañante la hoz y la linterna en el momento mismo en que se presentó una magnífica trucha. La atraje á la superficie con las precauciones que habia visto emplear á mi predecesor y en el momento en que la tuve á tiro, la apliqué en medio del lomo por miedo de que se me escapase un golpe tal con la hoz que hubiera podido partir un tronco.

La pobre trucha volvió á subir partida en dos pedazos.

Cogiola Mauricio, la examinó un instante, y la volvió con desdén á arrojar al agua diciendo: Esta es una trucha deshonrada.

Deshonrada ó no, yo contaba con almorzar aquella y no otra; en su consecuencia volví á pescar mis dos fragmentos que se marchaban cada cual por su lado, y me volví á la orilla: ya era tiempo. Tiritaba con todos mis miembros, y daba diente con diente.

Seguíome Mauricio. Tenia su contingente de pescado. Habíanle bastado tres cuartos de hora para pescar ocho truchas; nos vestimos, y tomamos rápidamente el camino de la posada.

—¡Cáspita! me decía yo al volver, si alguno de mis treinta mil conocimientos parisienses hubiese pasado, lo que hubiera sido posible, por el camino donde hace un instante me entregaba al ejercicio de la pesca, y me hubiese conocido y visto en medio de un torrente helado con el extraño traje que me habia visto obligado á adoptar, con una hoz en la mano y una linterna en la otra, estoy muy seguro de que dia por dia al cabo del tiempo necesario para su vuelta de Bex á Paris, y á la llegada de los periódicos de Paris á Bex, hubiera tenido la sorpresa de leer en el primer papel que me hubiese caído en las manos, que el autor de Antoni habia tenido la desgracia de volver-

se loco en su viage por los Alpes, lo que, no hubieran dejado de añadir, es una pérdida irreparable para el arte dramático.

Haciéndome todas estas reflexiones, que entretenían mi creciente congelación, pensaba yo en un pozo que habia en el fogón de la cocina y sobre el que, en el momento que yo habia salido de la posada, se estiraba á cuarenta y cinco grados de calor, un soberbio gato, cuya incombustibilidad habia admirado, y me decía: en cuanto llegue voy derecho al fogón de la cocina, echo de allí al gato y me pondré sobre su pozo.

En efecto, dominado por esta idea, que me daba ánimo dándome esperanza, apreté el paso, y como para calentarme provisionalmente los dedos, me habia provisto de la linterna, llegué sin novedad alguna, á pesar de mi acelerado paso, á la puerta de la posada en cuyo interior debia encontrar el bienaventurado pozo objeto en aquel momento de todas mis aspiraciones. Llamé como hombre que no tiene ni tiempo ni ganas de que le hagan aguardar. Vino á abrirnos la posadera misma, pasé por cerca de ella cual una aparición, atravesé el comedor como si me persiguiesen y me lancé en medio de la cocina.

¡Estaba apagado el fuego!....

En el mismo instante, oí al ama del hotel, que me habia seguido lo mas pronto que habia podido hacerlo, preguntar á Mauricio: ¿qué es lo que tiene ese caballero?

—Creo que tiene frio, respondió Mauricio.

Diez minutos despues me hallaba en una cama muy abrigada templada con un calentador y al alcance de mi mano un buen vaso de vino caliente, habiéndole parecido los síntomas de mi mal bastante alarmantes para atacarlos con tónicos y revulsivos.

Gracias á este enérgico remedio no tuve mas que un fuerte resfriado.

Pero tambien he tenido el honor de ser el primero en descubrir y comprobar un importante hecho para la ciencia y que me agradecerán seguramente el Instituto y la cocina parisiense; y es que en el Valais se pescan las truchas con una hoz y una linterna.

LAS SALINAS DE BEX.

A la mañana siguiente, despues de haber comido el trozo delantero de mi trucha me puse en camino para las salinas.

Mauricio con el que me habia enteramente reconciliado, me indicó una vereda que saliendo del jardín mismo de la posada conduce al establecimiento de explotación por un camino

mas corto y mas pintoresco. La primera cuesta, que es bastante penosa, pero en que á cada paso que se dá se ensancha el paisaje una vez subida, dá principio á una senda que atraviesa un bosque de hermosos castaños que escitan la golosina de los viajeros. A su vista me recordé mi antiguo oficio de merodeador, y con el auxilio de una gruesa piedra que arrojé con toda mi fuerza contra el tronco del árbol que hallé mas á mano, hice caer una verdadera lluvia de castañas. Como estaban encerradas en sus conchas erizadas de espinas, procedí inmediatamente á sacarlas por el método tan conocido de todos los colegiales, y consiste en hacerlas rodar con cuidado entre la tierra y la bota, hasta que la presión combinada con la rotación da un feliz resultado. A los diez minutos tenia ya mis bolsillos llenos y continuaba mi camino mascando las *castane molles*, cual pudiera haberlo hecho una ardilla ó un pastor de Virgilio.

Gran receta y admirable es esta contra el cansancio y el fastidio, y como tal la indico aquí á todo viajero terrestre que no halla en el camino distracción alguna. En cuanto á mí, este es el método que he empleado, y que me prometo emplear en mis nuevas escursiones. Para ocupar mi alma llevaba yo de reserva en mi cabeza tres ó cuatro odas de Victor Hugo ó de Lamartine que repetía en voz alta, volviéndolas á empezar cuando las habia concluido, terminando por no comprender el sentido de las palabras deliciosamente balagado con la embriaguez del número y de la armonía. Para dar trabajo á mi caballería atasqué todos mis bolsillos con cuantas castañas y nueces pudieran caber en ellos; despues, sacándolas una á una las iba mondando con la punta de mi cortaplumas, con la meticolosa paciencia y el cuidado de un artista que esculpiese la cabeza de Voltaire sobre un bastón de boj. Merced á estos dos recursos el tiempo y la distancia cesaban de dividirse por horas y por leguas. En fin, si alguna mala disposición del alma me quitaba la memoria, si los árboles que habia á la orilla del camino no me ofrecían su fruto, cogía y hacia rodar con el pie y con perseverancia alguna piedrecilla, y esto venia á ser absolutamente lo mismo para mí distracción.

Llegué á las salinas sin saber el tiempo que habia gastado en el camino. Los mineros mismos son los que por turno en las horas de descanso se encargan de acompañar á los viajeros. Me dirigí á uno de ellos; inmediatamente tomó sus disposiciones para nuestro pequeño viage: consistían estas en poner á cada cual en la mano un farolito encendido y en el bolsillo una pajueta, eslabon y yesca. Hechos estos preparativos y tomadas estas precauciones nos dirigimos hácia una entrada abierta á pico en la montaña y cuyo orificio coronado de una inscripción indicando el dia en que se habia dado el primer golpe de pico en la mon-

taña, presentaba una abertura de ocho pies de alto sobre cinco de ancho.

Entró el primero mi guía en el subterráneo, y yo le seguí: la galería por la que caminábamos penetra atrevidamente y en línea recta en la montaña abierta á pico por todas partes con la misma proporción de ancho y alto que hemos citado. De trecho en trecho inscripciones marcan los progresos anuales de los mineros, que tan pronto han tenido que horadar la roca viva donde se embotaban las mejor templadas herramientas y tan pronto una tierra blanda que á cada minuto amenazaba á los trabajadores con sepultarlos vivos en un hundimiento, y en la que no podían adelantar sino revistiendo la galería con madera sostenida por puntales. Esta galería tiene á ambos costados dos arroyuelos que corren por canales de madera. El que yo tenia á la derecha contenia el agua salada y el que tenia á mi izquierda agua sulfurosa, de que da cierta cantidad la montaña y que se separa cuidadosamente de la otra. En cuanto al terreno sobre que se camina es una prolongación de tablas resbaladizas de diez y ocho pulgadas de ancho y unidas por los extremos. Apenas se han andado diez pasos en esta galería, cuando se encuentra á su derecha una escalerita compuesta de algunos peldaños: conduce al primer depósito, que tiene nueve pies de alto sobre ochenta de circunferencia: el líquido que encierra contiene cinco ó seis partes de materias salinas sobre cien partes de agua.

A unos veinte y cinco pasos mas lejos y siempre en dirección de la misma galería, se llega al segundo depósito: subese á él como al primero por algunos escalones de madera que la humedad ha hecho muy resbaladizos: tiene como el otro nueve pies de profundidad, pero con doble circunferencia, y sus aguas contienen veinte y seis partes de materias salinas en lugar de cinco.

Uno de los ecos mas notables que he oído en mi vida, despues del de la Simoneta, cerca de Milan, que repite ciento tres veces las palabras que en él se dicen, es sin contradicción alguna el del segundo depósito. En el momento de bajar á la segunda galería, mi guía me cogió por el brazo, y sin prevenirme nada, dió un grito: creí que la montaña se venia encima de nosotros, tan terrible fué el ruido y el rumor de que se llenó la caverna; mas de un minuto pasó antes de que se perudiese el último estremecimiento de aquel eco tan violentamente despertado. Oíasele rugir sordamente al chocar en las cavidades de la roca, cual un oso sorprendido que se hunde en las últimas profundidades de su cueva. Hay algo de horroroso en esta atronadora repercusión del eco de la voz humana en un lugar á donde no debia llegar, y donde la del mismo Dios no deberia resonar sino en el dia del último juicio.

Volvimos á ponernos en camino, y á poco

tiempo mi guía abrió una balastrada redonda colocada á nuestra derecha, y poniendo el pie en el primer escalon de una escalera que se hundía perpendicularmente en un abismo, me preguntó si quería seguirle. Le invité á que bajase primero á fin de que yo pudiese apreciar la facilidad del camino: bajó en consecuencia todo el largo de una primera escala apoyada en un terraplen en donde empezaba una segunda escalera que conducía mas abajo aun. En aquel primer descanso me dijo: que el pozo en donde habíamos entrado contenía un manantial de agua salobre que los viajeros acostumbraban á visitar. No sentí curiosidad por el fenómeno que se me prometía, encontraba que el camino para llegar á él estaba bastante mal alumbrado y bastante trabajoso.

Sin embargo, una mala vergüenza pudo mas en mí, coloqué á mi vez el pie sobre el primer escalon: el guía que vió mi movimiento, lo imitó inmediatamente y comenzamos á bajar él por la segunda y yo por la primera escalera; él con la indiferencia de un hombre habituado á aquella expedición, y yo contando escrupulosamente uno á uno los escalones que bajaba.

Al cabo de cinco minutos de este ejercicio y habiendo llegado al escalon doscientos setenta y cinco, me detuve en medio de la escalera, y mirando hácia abajo vi á mi guía que arreglaba su bajada siempre por la mia, manteniéndose á igual distancia de mí como habíamos estado al empezar á bajar. El farol que llevaba iluminaba en derredor de él la húmeda y brillante pared de la roca: empero debajo de sus pies todo era oscuridad, y únicamente divisaba la punta de otra escalera que indudablemente me indicaba que aun no estábamos al fin de nuestra bajada. Viéndome parado se paró tambien mi guía: yo mirando hácia abajo, él mirando hácia arriba.

—¿Qué es eso? me dijo.

—Decídmelo, amigo, respondí: haciéndole al mismo tiempo una pregunta ¿nos falta mucho para llegar al fin de esta diversion?

—Hemos andado un poco mas de la tercera parte del camino.

—¿Ah! ¿con que aun tenemos que bajar sobre unos cuatrocientos cincuenta escalones?

Bajó el guía la cabeza para echar mejor su cálculo, y después de un instante la volvió á levantar.

—Cuatrocientos cincuenta y siete, dijo. Hay cincuenta y dos escaleras seguidas, las primeras cincuenta y una á catorce pies cada una y la última á diez y ocho.

—Lo que hace, segun decís, una profundidad de cuatrocientos cincuenta y siete pies debajo de mí.

—Cabal.

—De modo que si se rompiese la escalera...

—Caeríais de una altura de cien pies mas que si cayeseis desde la veleta de la torre de Strasburgo.

Aun no habia acabado estas palabras cuando convencido yo de que no estaban de mas mis dos manos para prevenir en cuanto de mí dependiese aquel accidente, solté el farol para agarrarme con toda mi fuerza á la escalera flexible, á la que me habia pegado como una lapa sobre una roca del mar. Tuve el placer de ver rodar por aquellos abismos mi farol y oír al cabo el sordo ruido que produjo su caída en el agua y que me anunció que acababa de llegar á donde nosotros íbamos.

—¿Qué es eso, me dijo el guía?

—Un vahido, nada mas.

—¿Qué diablos! cuidado con eso, que no es nada sano en este país.

Tal era tambien mi parecer: en consecuencia sacudí la cabeza como un hombre que se despierta y me puse á bajar con mas precaucion aun que antes si esto era posible: como me habia quedado sin luz, me reuní á mi guía que brillaba orgullosamente sobre su escalera cual un gusano de luz sobre la yerba y continuamos bajando. Al cabo de diez minutos habíamos llegado al pie de la escalera cincuenta y dos, sobre un reborde gredoso, y un pie mas abajo se hallaba el agua. Buscaba yo en su superficie mi desventurado farol: á lo que parece se habia sumergido.

Al llegar allí me apercibi de una cosa en que no me habia dejado pensar mi anterior preocupacion de espiritu, y es que apenas podía respirar; parecíame que aquellas estrechas paredes me apretaban el pecho como en una pesadilla y me ahogaban. En efecto, el aire exterior no llegaba hasta nosotros sino por la abertura de la puerta de entrada y nos hallábamos, como ya he dicho, á setecientos treinta y dos pies bajo el nivel de la galería; y como la galería misma está á novecientos pies casi de la cumbre de la montaña, tenia en aquel momento mil quinientos ó mil seiscientos pies de tierra sobre la cabeza: con menos hay para ahogarse.

El mal estar que sentía perjudicó mucho á la atención que debía prestar á mi guía, que me esplicó los diversos trabajos de minas que habia habido que hacer para llegar hasta donde nos hallábamos. Recuerdo, sin embargo, que me dijo que la esperanza de hallar un manantial mas abundante habia determinado aun el hacer una escavacion mas profunda, que se verificaba con el auxilio de una sonda que habia llegado ya á ciento cincuenta pies, cuando se encontró detenida por un obstáculo que no pudo vencer y en el que todos los instrumentos y barrenas de acero se embotaron. Pensaron los trabajadores que algun enemigo de la explotacion habia mientras comían ó descansaban los mineros echado una bala de cañon en el tubo y que en esta bala consistía el obstáculo.

Sin embargo, tal como está este manantial que es el mas fuerte de todos, pues que contiene veinte y ocho partes de materias salinas

sobre cien partes de agua, es bastante abundante. Cada cinco años se vacía el pozo y se reduce por la mezcla del agua ordinaria el liquido que de él se saca á veinte y dos partes de materia salina únicamente, grado que necesita esta agua para poderla hacer hervir. Los demas manantiales al contrario, que mas débiles no contienen mas que seis partes de materia salina sobre ciento de agua, refuerzan su principio salino corriendo á través de espinos en donde se elabora una evaporacion de la parte acuosa que aumenta en otro tanto la materia salina.

Dadas estas esplicaciones mi guía volvió á poner el pie sobre la escalera, y confieso que con cierto placer le vi comenzar su salida, que inmediatamente fué seguida de la mia. Las dos se verificaron sin el menor accidente, y con placer me hallé sobre el terreno mas sólido de la galería. Continuamos penetrando en aquel inmenso corredor horadado en linea tan recta que cada vez que nos volvíamos podíamos ver la entrada iluminada por los rayos del sol, disminuyendo gradualmente de anchura y de altura al paso y medida que nos alejábamos de ella. A cuatro mil pies de la entrada la galería hace un recodo; antes de doblarle me volví por última vez: brillaba aun la luz á la estremidad de este largo tubo, pero débil y aislada cual una estrella en la noche: di un paso y desapareció.

Al cabo de otros cuatro mil pies casi se llega al filon de la sal fosil; allí se ensancha el subterráneo y se encuentra uno bien pronto en una inmensa cavidad circular. Todo lo que los hombres han podido arrancar á los anchos costados de la montaña, se lo han arrancado; en tanto que la tierra ha conservado un principio salino, la han escavado avariciosamente para llegar al fin. Así véense por todas partes nuevas galerías comenzadas, abandonadas después, parecidas á nichos de santos ó celdas de ermitaños. Hay algo de triste en aquella pobre cantera vacía, cual una casa saqueada de que se han dejado abiertas todas las puertas.

Algunos pasos de allí, un rayo de luz exterior ilumina una gran rueda vertical de treinta y seis pies de diámetro puesta en movimiento por una corriente de agua dulce que cae de la montaña. Esta rueda mueve bombas destinadas á extraer de los pozos el agua salada y el agua sulfurosa, y á llevarla á la altura de las canales que la sacan fuera de la mina. Este rayo de luz llegaba á nosotros por un respiradero casi circular abierto con el objeto de renovar el aire interior de la mina y que va á parar verticalmente á la cumbre de la montaña. Mi guía me aseguró que con el auxilio de aquel inmenso telescopio se podía aun en buen tiempo distinguir las estrellas á las doce del día. Precisamente no habia ninguna nube en el cielo aquel día; miré con la mas escrupulosa atencion durante diez minutos, al cabo de los cuales me convencí de que habia en la

asercion del valesano mucho amor propio nacional.

Mi situacion debajo del respiradero habia tenido al menos un resultado, el de llenarme el pecho de un aire puro mas que el que absorbía hacia media hora, asi es, que hecha mi provision, continué mi camino con mas ánimo. Bien pronto se paró mi guía para preguntarme si preferia irme por la salida de arriba ó la salida de abajo: preguntéle qué diferencia habia entre aquellas dos salidas: me respondió que por la primera habia cuatrocientos escalones que subir y por la segunda setecientos escalones que bajar. Inmediatamente me decidí por subir los cuatrocientos escalones: me acordaba de mi pozo, y por entouces me habia satisfecho bastante un experimento de aquella especie.

Llegados á lo último de la escalera, descubrimos al pie de la galería la luz del sol. Confieso que me agradó mucho aquella vista; habia andado tres cuartos de legua por la mina, y encontraba el camino muy curioso, pero un poco de espuesto.

La salida hácia que nos dirigimos desemboca un valle angosto é inculto. Nos dirigimos por un sendero bastante rápido, que nos llevó á parar al cabo de media hora á la puerta por donde habíamos entrado. Aquel era el momento de ajustar mis cuentas con el guía; tenia que pagarle un viage y un farol; calculé ambas cosas en seis francos, y conocí por su agradecimiento que quedaba generosamente recompensado.

A las once de la mañana ya estaba yo en Bex de vuelta. Era muy temprano todavía y determiné continuar la jornada. Martigny, en donde me proponia hacer noche, no distaba mas que cinco leguas y media, asi es que no me paré en la posada mas que para cargar mi saco y coger mi baston. El primer pueblo que se encuentra saliendo de Bex es San Mauricio. Debe este nombre al gefe de la legion Tebana, que allí padeció el martirio con seis mil seiscientos soldados (1), antes que renegar de la religion de Jesucristo.

(1) Segun el autor del libro de *Gestis Francorum* y 666 segun la leyenda del monge de Aganac. Adon, arzobispo de Viena, en su *Compendio de la Vida de los Santos*, sigue tambien esta última opinion. Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, celebró en el año 590 esta gloriosa muerte con un poema, del que extractamos los siguientes disticos:

Turbine sub mundi cum persequerantur iniqui
Christicolasque daret saeva procella neei,
Frigore depulso succedens corda peregrini
Rupibus in gelidis fervida bella fide.
Quo, fue Maurici, ductor legionis opimae,
Traxisti fortes subdura colla viros,
Quos positus gladiis armarunt dogmata Tauli
Nominis pro Christi dulcitus esse mori.
Pectore belligero poterant qui vincera ferra
Invitant jugulis vulnera rata suis.
Hortantes se elade sua sic, ire sub astra:
Alter in alterius caede natavit herus
Adjuxit rapidas Rhodani fons sanguinis undas
Tinxit et alpinas tra cruenta nives.

San Mauricio fué mirado en todos tiempos como la puerta del Valés; en efecto, las dos cordilleras de montañas en medio de las cuales se estiende el valle, se aproximan y reunen de tal manera, que por la noche se puede cerrar este desfiladero con una puerta. César había comprendido de tal manera la importancia de este paso que había hecho añadir fortificaciones á su fortaleza natural á fin de tener siempre á su disposición el paso de los Alpes. En aquella época, San Mauricio se llamaba Tarnade, del nombre de un castillo vecino, *Castrum Tauredunense*, que quedó completamente enterrado en 562 cuando se desmoronó el monte Tauredunum.

Varias inscripciones sepulcrales afirman la antigüedad de San Mauricio, al mismo tiempo que acreditan lo inespugnable de su posición, pues los romanos, que temían más que todo la violación de los sepulcros, tenían cuidado de colocar las cenizas de las personas á quienes apreciaban, al abrigo de la venganza de sus enemigos. La familia de los Severos, sobre todo, parece haber adoptado un lugar para su fúnebre morada. Las tres inscripciones que siguen dan fe de lo que hemos dicho, puesto que en la primera consta que Antonio Severo, había hecho transportar de Narbona á Tarnade el cuerpo de su hijo.

D. M.

Antonii II, Severi II, Narbone de-
Funtii qui vixit annos XXV.
Menses III. Diebus XXIV. Antonius
Severus pater infelix corpus
Deportatum hic condidit.

M. Pansio cor.
M. Filio Severo
H. Vir. Flamini
Julia Decumina
Marito

D. PANSIO M. FL
SEVERO ANNO XXXVI
JULIA DECUMINA
MATER
FIL. PIENTISSIMO.

Tarnade había permanecido siendo plaza

Tali sine polos felix exercitus intrans,
Janctus apostolicis plaudit honore choris
Cingitus angelico super astra beata senatu,
Mors suit unde prius lux fovet inde viros
Qui faciunt sacrum Paradisi crescere censum
Ilacredes Domini luce perennedati,
Sidereo chorus iste throno cum carne locandus.
Cum veniet judix, arbiter orbis eris.
Sic pia turba simul, festinans cernere Christum,
Ut ecelos peteret de nece fecit iter,

fuerte é importante bajo los emperadores, pues la legión Tebea mandada por San Mauricio y compuesta de seis mil seiscientos soldados, se encontraba allí de guarnición cuando Maximiano quiso hacerla sacrificar á los falsos dioses, y toda ella firme en la fé naciente, prefirió el suplicio á la abjuración. Poco después, como las vírgenes paganas que abrazan el cristianismo, Tarnade, bautizada con la sangre de los mártires, cambia de nombre y se denomina Agaune: la época precisa de este cambio se remonta al siglo IV, pues la carta Teodosiana que apareció por los años 380, la conserva aún su antiguo nombre, y diez años después rotulaba San Martín el relicario que contenía los huesos de los tebanos: *reliquias de los mártires de Agaune*. Por lo demás, la conversión de Tarnade se remonta á una época más lejana que la que hemos indicado aquí, sí es que hemos de dar crédito á una inscripción que ha llegado á ser la divisa de su casa consistorial: Era cristiana desde el año 58. *Cristiana sum. ab anno 58*.

La etimología de la palabra *Agaune* ha ocupado mucho la erudición de los sabios de la edad media: el monge de Agaune hace derivar este nombre de la palabra latina *Acaunus*, cuyo origen deducía de la céltica *Agaun*, que quiere decir, país de las rocas. Otros piensan que fué San Antonio cuando iba de embajador cerca del emperador Maximiano, que se hallaba en Tréveris el año 385, el que determinó este cambio antes de dar al sitio en que los tebanos habían sido muertos, un nombre relativo á su martirio. Este santo prelado nos hace saber en una de sus cartas, que el lugar en donde se sepultó Sanson con todos los filisteos, bajo las ruinas del templo, lleva el nombre de *Agaunus*, de la palabra griega *Agon*. Festo, en su Vocabulario, da la significación de esta palabra. *Agon*, era, según él, la víctima que los emperadores inmolaban antes de emprender sus expediciones, á fin de obtener el favor de los dioses: San Jerónimo dice siempre *Agones martirum*, cuando habla de los combates de los mártires: en fin, llamábase *agaunistici* á ciertos donatistas fanáticos que trataban de que los matasen. Nos parece que esta importante cuestión debe decidirse en favor de esta última versión.

Sea de esto lo que fuere, hacia el siglo IX se añadió el nombre del jefe de la legión asesinada, al nombre que espresaba la matanza; y *Agaune* se llamó *San Mauricio de Agaune*; quedando por último entre nosotros con solo el nombre de San Mauricio.

Los milagros obrados por las reliquias de los mártires les dieron tal reputación, que los obispos de las Galias, á quienes hacían falta santos en sus diócesis, enviaban á buscarlos á Agaune. Bien pronto los párrocos, celosos del privilegio de sus superiores, llevaron la indiscreción hasta el pedir para su iglesia, el uno un brazo, el otro una pierna; de modo

que probablemente, por muchos huesos santos que hubiera, hubiesen desaparecido todos en aquel pillage, si el emperador Teodosio no hubiese dado un edicto que prohibía bajo las penas más rigurosas abrir sus sepulcros. De este modo se salvaron del robo un millar de mártires y muchas botellas de su sangre. Para conservar este precioso depósito, donó Carlomagno á San Mauricio una cántara de ágata que ha conservado hasta nuestros días el tesoro de la villa. Dióle también al mismo tiempo una mesa de oro, de peso de sesenta marcos, y enriquecida de diamantes, destinada para la comunión; sirvió para los gastos del viage de Amadeo III, conde de Saboya, á la Tierra Santa.

Me he estendido sobre los recuerdos antiguos de San Mauricio, en atención á que al salir de la villa es imposible llevar ningún recuerdo moderno, y he procedido con ella lo mismo que con nuestros nobles actuales, á quienes por política llamo aún con sus antiguos nombres.

Apenas he salido de San Mauricio, divisé al mirar á la derecha, la pequeña ermita de Nuestra Señora de Bex, edificada, ó más bien elevada á la altura de ochocientos pies, contra la pared de una roca. Súbese á ella por una senda estrecha, sin barandilla, ancha en algunos parages menos de diez y ocho pulgadas. Está habitada por un ciego.

Mil pasos más lejos, á la derecha del camino, y después de andar diez minutos, se encuentra la capilla de Veroliez, construida en el mismo sitio en que padeció el martirio San Mauricio. En la época en que sucedió esto, el Rodano pasaba al pie del montecillo en que se verificó el suplicio, y la cabeza del santo cayó rodando hasta el río, en el que desapareció.

Ya eran las tres de la tarde, y yo quería llegar á comer á Martigny; deseaba dedicar algún tiempo en ver la cascada de Pissevache, que me habían ponderado como una de las maravillas de la Suiza. En efecto, á la media hora de camino, y al doblar un recodo, la divisé á lo lejos, cortándose sobre su negro peñasco, cual un río de leche que se precipitase de la montaña. El agua es siempre una cosa admirable en cualquier punto de vista; es en un paisaje lo que un espejo en una habitación; es el más animado de todos los objetos inanimados; pero una cascada es superior á todos. Es verdaderamente el agua viviente: cree uno que hasta tiene alma. Interesan á uno los espumosos esfuerzos que hace al estrellarse contra las rocas; se escucha su ruidosa voz que gime al precipitarse; se lamenta uno por su caída de que no le consuela la espléndida gasa que con sus rayos le echa el sol al pasar; después finalmente, se la acompaña con interés en su carrera más tranquila en medio del valle, cual se acompaña en el mundo la existencia reposada de un amigo cuya mañana han agitado violentas pasiones.

Pissevache baja de una de las más hermosas montañas del Valés, llamada Salanf: su caída es de una elevación de cerca de cuatrocientos pies.

EL BEEFSTEAK DE OSO.

Llegué al hotel de las postas de Martigny hacia las cuatro de la tarde.

—¡Vive Dios! dije al dueño de la casa colocando mi palo con punta de hierro en un ángulo de la chimenea, y colgando en la punta del palo mi sombrero de paja, hay desde Bex aquí una buena caminata.

—Seis leguas cortas del país, caballero.

—Si, que hacen doce de Francia casi.—¿Y de aquí á Chamuny?

—Nueve leguas.

—Gracias. Un guía para mañana á las seis.

—¿Irá el señor á pie?

—Siempre.

Al decir esto observé que mis piernas adquirirían gran consideración en el ánimo de nuestro fondista, era sin duda á costa de mi posición.

—¿El señor es artista? continuó el fondista.

—Una cosa así.

—¿El señor come?

—Todos los días, religiosamente.

En efecto, como las mesas redondas son bastante caras en Suiza y cada comida cuesta cuatro francos, precio fijado de antemano y del cual no hay nunca rebaja, hacia largo tiempo que yo trataba en mis proyectos económicos de sacar alguna ventaja de esto. Al fin de largas y profundas meditaciones llegué á encontrar un término medio entre la rigidez escrupulosa de los fondistas y mi conciencia. Era el no levantarme jamás de la mesa sin haber comido el equivalente de los seis francos: de esta manera mi comida no me costaba más que cuarenta sueldos. Solamente cuando me veían cebarme en un plato y me oían decir: *Mozo, otra cosa*, el fondista murmuraba entre dientes: hé aquí un inglés que habla divinamente el francés.

Bien veis ya que el dueño de la fonda de Martigny no estaba dotado de la ciencia fisiognomónica de su compatriota Lavater, pues que se atrevía á dirigirme esta pregunta impertinente cuando menos.

—¿El señor come?

Cuando hubo oído mi respuesta afirmativa contestó.

—Habeis tenido suerte, pues aun tenemos oso.

—¡Ah! ¡ah! dije yo medianamente satisfecho del asado.

San Mauricio fué mirado en todos tiempos como la puerta del Valés; en efecto, las dos cordilleras de montañas en medio de las cuales se estiende el valle, se aproximan y reunen de tal manera, que por la noche se puede cerrar este desfiladero con una puerta. César había comprendido de tal manera la importancia de este paso que había hecho añadir fortificaciones á su fortaleza natural á fin de tener siempre á su disposición el paso de los Alpes. En aquella época, San Mauricio se llamaba Tarnade, del nombre de un castillo vecino, *Castrum Tauredunense*, que quedó completamente enterrado en 562 cuando se desmoronó el monte Tauredunum.

Varias inscripciones sepulcrales afirman la antigüedad de San Mauricio, al mismo tiempo que acreditan lo inespugnable de su posición, pues los romanos, que temían más que todo la violación de los sepulcros, tenían cuidado de colocar las cenizas de las personas á quienes apreciaban, al abrigo de la venganza de sus enemigos. La familia de los Severos, sobre todo, parece haber adoptado un lugar para su fúnebre morada. Las tres inscripciones que siguen dan fe de lo que hemos dicho, puesto que en la primera consta que Antonio Severo, había hecho transportar de Narbona á Tarnade el cuerpo de su hijo.

D. M.

Antonii II, Severi II, Narbone de-
Funtii qui vixit annos XXV.
Menses III, Diebus XXIV. Antonius
Severus pater infelix corpus
Deportatum hic condidit.

M. Pansio cor.
M. Filio Severo
H. Vir. Flamini
Julia Decumina
Marito

D. PANSIO M. FL
SEVERO ANNO XXXVI
JULIA DECUMINA
MATER
FIL. PIENTISSIMO.

Tarnade había permanecido siendo plaza

Tali sine polos felix exercitus intrans,
Janctus apostolicis plaudit honore choris
Cingitus angelico super astra beata senatu,
Mors suit unde prius lux fovet inde viros
Qui faciunt sacrum Paradisi crescere censum
Ilacredes Domini luce perennedati,
Sidereo chorus iste throno cum carne locandus.
Cum veniet judix, arbiter orbis eris.
Sic pia turba simul, festinans cernere Christum,
Ut ecelos peteret de nece fecit iter,

fuerte é importante bajo los emperadores, pues la legión Tebea mandada por San Mauricio y compuesta de seis mil seiscientos soldados, se encontraba allí de guarnición cuando Maximiano quiso hacerla sacrificar á los falsos dioses, y toda ella firme en la fé naciente, prefirió el suplicio á la abjuración. Poco después, como las vírgenes paganas que abrazan el cristianismo, Tarnade, bautizada con la sangre de los mártires, cambia de nombre y se denomina Agaune: la época precisa de este cambio se remonta al siglo IV, pues la carta Teodosiana que apareció por los años 380, la conserva aún su antiguo nombre, y diez años después rotulaba San Martín el relicario que contenía los huesos de los tebanos: *reliquias de los mártires de Agaune*. Por lo demás, la conversión de Tarnade se remonta á una época más lejana que la que hemos indicado aquí, sí es que hemos de dar crédito á una inscripción que ha llegado á ser la divisa de su casa consistorial: Era cristiana desde el año 58. *Cristiana sum. ab anno 58*.

La etimología de la palabra *Agaune* ha ocupado mucho la erudición de los sabios de la edad media: el monge de Agaune hace derivar este nombre de la palabra latina *Acaunus*, cuyo origen deducía de la céltica *Agaun*, que quiere decir, país de las rocas. Otros piensan que fué San Antonio cuando iba de embajador cerca del emperador Maximiano, que se hallaba en Tréveris el año 385, el que determinó este cambio antes de dar al sitio en que los tebanos habían sido muertos, un nombre relativo á su martirio. Este santo prelado nos hace saber en una de sus cartas, que el lugar en donde se sepultó Sanson con todos los filisteos, bajo las ruinas del templo, lleva el nombre de *Agaunus*, de la palabra griega *Agon*. Festo, en su Vocabulario, da la significación de esta palabra. *Agon*, era, según él, la víctima que los emperadores inmolaban antes de emprender sus expediciones, á fin de obtener el favor de los dioses: San Jerónimo dice siempre *Agones martirum*, cuando habla de los combates de los mártires: en fin, llamábase *agaunistici* á ciertos donatistas fanáticos que trataban de que los matasen. Nos parece que esta importante cuestión debe decidirse en favor de esta última versión.

Sea de esto lo que fuere, hacia el siglo IX se añadió el nombre del jefe de la legión asesinada, al nombre que espresaba la matanza; y *Agaune* se llamó *San Mauricio de Agaune*; quedando por último entre nosotros con solo el nombre de San Mauricio.

Los milagros obrados por las reliquias de los mártires les dieron tal reputación, que los obispos de las Galias, á quienes hacían falta santos en sus diócesis, enviaban á buscarlos á Agaune. Bien pronto los párrocos, celosos del privilegio de sus superiores, llevaron la indiscreción hasta el pedir para su iglesia, el uno un brazo, el otro una pierna; de modo

que probablemente, por muchos huesos santos que hubiera, hubiesen desaparecido todos en aquel pillage, si el emperador Teodosio no hubiese dado un edicto que prohibía bajo las penas más rigurosas abrir sus sepulcros. De este modo se salvaron del robo un millar de mártires y muchas botellas de su sangre. Para conservar este precioso depósito, donó Carlomagno á San Mauricio una cántara de ágata que ha conservado hasta nuestros días el tesoro de la villa. Dióle también al mismo tiempo una mesa de oro, de peso de sesenta marcos, y enriquecida de diamantes, destinada para la comunión; sirvió para los gastos del viage de Amadeo III, conde de Saboya, á la Tierra Santa.

Me he estendido sobre los recuerdos antiguos de San Mauricio, en atención á que al salir de la villa es imposible llevar ningún recuerdo moderno, y he procedido con ella lo mismo que con nuestros nobles actuales, á quienes por política llamo aún con sus antiguos nombres.

Apenas he salido de San Mauricio, divisé al mirar á la derecha, la pequeña ermita de Nuestra Señora de Bex, edificada, ó más bien elevada á la altura de ochocientos pies, contra la pared de una roca. Súbese á ella por una senda estrecha, sin barandilla, ancha en algunos parages menos de diez y ocho pulgadas. Está habitada por un ciego.

Mil pasos más lejos, á la derecha del camino, y después de andar diez minutos, se encuentra la capilla de Veroliez, construida en el mismo sitio en que padeció el martirio San Mauricio. En la época en que sucedió esto, el Ródano pasaba al pie del montecillo en que se verificó el suplicio, y la cabeza del santo cayó rodando hasta el río, en el que desapareció.

Ya eran las tres de la tarde, y yo quería llegar á comer á Martigny; deseaba dedicar algún tiempo en ver la cascada de Pissevache, que me habían ponderado como una de las maravillas de la Suiza. En efecto, á la media hora de camino, y al doblar un recodo, la divisé á lo lejos, cortándose sobre su negro peñasco, cual un río de leche que se precipitase de la montaña. El agua es siempre una cosa admirable en cualquier punto de vista; es en un paisaje lo que un espejo en una habitación; es el más animado de todos los objetos inanimados; pero una cascada es superior á todos. Es verdaderamente el agua viviente: cree uno que hasta tiene alma. Interesan á uno los espumosos esfuerzos que hace al estrellarse contra las rocas; se escucha su ruidosa voz que gime al precipitarse; se lamenta uno por su caída de que no le consuela la espléndida gasa que con sus rayos le echa el sol al pasar; después finalmente, se la acompaña con interés en su carrera más tranquila en medio del valle, cual se acompaña en el mundo la existencia reposada de un amigo cuya mañana han agitado violentas pasiones.

Pissevache baja de una de las más hermosas montañas del Valés, llamada Salanf: su caída es de una elevación de cerca de cuatrocientos pies.

EL BEEFSTEAK DE OSO.

Llegué al hotel de las postas de Martigny hacia las cuatro de la tarde.

—¡Vive Dios! dije al dueño de la casa colocando mi palo con punta de hierro en un ángulo de la chimenea, y colgando en la punta del palo mi sombrero de paja, hay desde Bex aquí una buena caminata.

—Seis leguas cortas del país, caballero.

—Si, que hacen doce de Francia casi.—¿Y de aquí á Chamuny?

—Nueve leguas.

—Gracias. Un guía para mañana á las seis.

—¿Irá el señor á pie?

—Siempre.

Al decir esto observé que mis piernas adquirirían gran consideración en el ánimo de nuestro fondista, era sin duda á costa de mi posición.

—¿El señor es artista? continuó el fondista.

—Una cosa así.

—¿El señor come?

—Todos los días, religiosamente.

En efecto, como las mesas redondas son bastante caras en Suiza y cada comida cuesta cuatro francos, precio fijado de antemano y del cual no hay nunca rebaja, hacia largo tiempo que yo trataba en mis proyectos económicos de sacar alguna ventaja de esto. Al fin de largas y profundas meditaciones llegué á encontrar un término medio entre la rigidez escrupulosa de los fondistas y mi conciencia. Era el no levantarme jamás de la mesa sin haber comido el equivalente de los seis francos: de esta manera mi comida no me costaba más que cuarenta sueldos. Solamente cuando me veían cebarme en un plato y me oían decir: *Mozo, otra cosa*, el fondista murmuraba entre dientes: hé aquí un inglés que habla divinamente el francés.

Bien veis ya que el dueño de la fonda de Martigny no estaba dotado de la ciencia fisiognomónica de su compatriota Lavater, pues que se atrevía á dirigirme esta pregunta impertinente cuando menos.

—¿El señor come?

Cuando hubo oído mi respuesta afirmativa contestó.

—Habeis tenido suerte, pues aun tenemos oso.

—¡Ah! ¡ah! dije yo medianamente satisfecho del asado.

¿Y es bueno el oso para comer?

El fondista se sonrió con un lento movimiento de cabeza de arriba á abajo que podía traducirse así: cuando lo hayais probado no tendreis ganas de comer otra cosa.

—Muy bien, continué yo, ¿Y á qué hora es vuestra mesa redonda?

—A las cinco y media.

Saqué mi reloj, no eran mas que las cuatro y diez minutos. —Bien, dije para mí, aun tendré tiempo de ir á ver el antiguo castillo.

—¿Quiere el señor que alguno le acompañe para que pueda explicarle la época á que pertenece? me dijo el fondista contestando á mi aparte.

—Gracias, ya encontraré el camino yo solo, en cuanto á la época á la cual se remonta vuestro castillo, es la de Pedro de Saboya llamado el Grande, el que si no me engaño, lo hizo edificar hácia fines del siglo XII.

—El señor sabe nuestra historia tan bien como nosotros.

Le di las gracias por la intencion, pues era fácil comprender que quería adularme con aquel cumplido.

—¡Oh! replicó, es que nuestro pais ha sido famoso en otro tiempo.

Tenia un nombre latino, ha sostenido grandes guerras y ha servido de residencia á un emperador romano.

—Sí, repliqué yo, dejando caer al descuido la ciencia de mis labios como el profesor del *Villano caballero*, si, Martigny es el *Octodurum* de los celtas, y sus actuales habitantes son los descendientes de los veragrianos de que hablan César, Plinio, Estrabon y Tito Livio, que hasta los llaman semi-germanos. Casi cincuenta años antes de Jesucristo, Sergio Galba, lugar-teniente de César, fué situado aqui por los seduneses: el emperador Maximiano quiso hacer allí que su ejército sacrificase á los falsos dioses, lo que dió motivo el martirio de San Mauricio y de toda la legion Tebana: en fin, cuando se encargó á Petronio, prefecto del pretorio, dividir las Galias en diez y siete provincias, separó el Valés de la Italia é hizo de vuestra ciudad la capital de los Alpes Peninos, que debian formar junto con la Tarentasia, la sétima provincia vienesa. — ¿No es esto, mi huésped?

El fondista estaba atónito de admiracion. Yo vi que habia producido efecto, me adelanté hácia la puerta, y él se arrimó á la pared con el sombrero en la mano y pasé muy erguido delante de él talareando:

Venid, gentil señora,
Venid, que ya os aguardo...

Aun no habia bajado diez escalones cuando oí gritar á voces á mis espaldas al mozo:

—Preparad el número 3 para su excelencia. El número 3 era el cuarto en que habia dor-

mido Maria Luisa cuando pasó por Martigny en 1829.

Así mi pedantismo habia producido el fruto que deseaba. Me valió la mejor cama de la posada, y desde que habia salido de Ginebra me tenían desesperado las camas. Es preciso decir que las camas suizas se componen pura y simplemente de un jergon y un colchonillo de cerda, sobre los cuales se estiende una especie de tohalla muy corta que condecoran con el nombre de sábana, tan corta que en la estremidad inferior no puede doblarse debajo del colchon ni arrollarse en derredor de la almohada en la cabeza: de manera que los pies y la cabeza pueden gozar de ella alternativamente, pero nunca al mismo tiempo. Agregad á esto que de todas partes salen las cerdas fuertes y erizadas pasando las telas del colchon, lo que produce sobre la piel del viajero el mismo efecto casi que si se hubiese acostado sobre un inmenso cepillo de limpiar la cabeza.

Lisongeado con la esperanza de pasar una buena noche, me fui á dar una vuelta de hora y media por la poblacion y sus cercanias, tiempo suficiente para ver todo lo mas notable que tiene la antigua capital de los Alpes Peninos.

Cuando regresé ya todos los viajeros estaban en la mesa; eché una mirada rápida é inquieta sobre los convidados, vi que las sillas se tocaban y que todas estaban ocupadas: no tenia sitio.

Un estremecimiento corrió por todo mi cuerpo, y me volví para buscar al fondista, estaba detras de mí. Hallé en su rostro una expresion melistofélica. —Sonreíase.

—¡Y yo! le dije; ¡y yo! ¡desgraciado!...

—Venid, me contestó indicándome con la mano una mesita aparte. Aqui teneis vuestro sitio: un hombre como vos no debe comer con toda esa gente.

—¡Oh dignísimo octodurensel! ¡y yo sospechaba de él!

La mesita estaba maravillosamente servida. Cuatro platos, en medio de los cuales habia un beefsteak que hubiera dado envidia al mejor bistec inglés... formaba el primer servicio...

Mi huésped vió que me llamaba la atencion y acercóse misteriosamente á mi oído:

—No todos podrán comer un beefsteak como ese, me dijo.

—¿Y de qué es ese beefsteak?

—De filetes de oso.

Lo mismo me habria importado que me hubiese dicho que era de filetes de vaca.

Miraba maquinalmente aquel plato tan ponderado, que me acordaba de aquellos pobres animales que siendo niño habia visto por las calles atados con una cadena en la nariz, que un hombre tenia por una punta, y les hacia bailar pesadamente; ó montar en un palo como el niño de Virgilio; oia el agudo sonido del

tamboril que tocaba el mismo hombre, y el silbido de la flauta en que soplabá; y todo esto no me daba mucha simpatía por la carne tan celebrada que tenia delante. Habia puesto el bistec sobre mi plato, y por el modo triunfante con que se habia clavado mi tenedor, conocí que á lo menos poseia aquella buena cualidad que hacia tan desgraciados á los carneros de Mlle. Scudéry. No obstante, vacilaba yo siempre dándole vueltas y revueltas por ambos lados, cuando mi huésped, que me miraba sin comprender mi embarazo, me decidió diciéndome por última vez:

—Próballo y ya me diréis luego si es cosa rica.

En efecto, corté un pedazo del tamaño de una aceituna, lo impregné de manteca tanto como pude, y separando los labios me lo metí entre los dientes, casi mas por vergüenza que con esperanza de vencer mi repugnancia. El fondista, en pie detras de mí, seguía todos mis movimientos con la benévola impaciencia de un hombre que goza con la sorpresa que va á causar. Grande fué la mia, muy grande. Sin embargo, no me atreví á manifestar de pronto mi opinion, temia haberme engañado: volví á cortar silenciosamente un segundo pedazo de doble tamaño que el primero, y le hice tomar el mismo camino y con las mismas precauciones que el otro; así que lo hubé tragado exclamé:

—¡Cómo! ¿esta es carne de oso?

—Sí señor, de oso.

—¿De veras?

—Os doy mi palabra de honor.

—Pues bien, es excelente.

En aquel mismo instante llamaron á mi huésped los de la mesa redonda, que seguro ya de que yo haria los honores á su plato favorito me dejó frente á frente de mi plato de beefsteak.

Habian desaparecido ya las tres cuartas partes cuando volví á tomar el hilo de la conversacion que le habian interrumpido.

—Debeis saber, me dijo, que el animal á que habeis hecho los honores era una famosa bestia. —Hice un signo de aprobacion con la cabeza.

—¿Pesaba trescientas veinte libras!

—Buen peso, contesté sin dejar un punto de comer.

—No se ha obtenido sin trabajo, me contestó.

—Bien lo creo, contesté llevándome el último trozo á la boca.

—Este animal se comió la mitad del cazador que lo mató.

El pedazo que antes me llevé á la boca se me salió de ella como impelido por un resorte.

—El diablo os lleve, dije volviéndome hácia donde estaba él. ¿Os parece regular venir con esas chanzas á un hombre que está comiendo?

—No son chanzas, es la pura verdad todo lo que os digo.

TOMO I.

Senti entonces que el estómago se me revolvía.

—Era, continuó mi huésped, un pobre labrador del Fouly, llamado Guillermo Mona. El oso de que ya no queda mas que el pedazo que teneis en el plato, venia todas las noches á robarle sus peras, porque para esa clase de fieras todo es bueno. Sin embargo, se dirigia con preferencia á un peral cargado de peras de agua. ¿Quién hubiera creído que un animal habia de tener los mismos gustos que el hombre y habia de ir á elegir en un cercado las peras mas sabrosas? Desgraciadamente el labrador de Fouly preferia entre todas las frutas estas peras. Al principio creyó eran los chicos los que venian á robarle; y en su consecuencia cargó su escopeta con sal y se puso en acecho. Hácia las once un rugido hizo retemblar la montaña.

—Calla, hay un oso en las cercanias, dijo el labrador. Diez minutos despues un segundo rugido se hizo oír, pero tan espantoso y tan cerca, que Guillermo pensó que no tendria tiempo para volver á su casa y se echó en el suelo sin mas esperanza que la de que el oso no venia por él sino por sus peras. —Efectivamente, el animal apareció casi de repente al extremo de la cerca dirigiéndose en linea recta hácia el peral en cuestion; pasó á diez pasos de Guillermo, subió lentamente al árbol cuyas ramas crugian bajo el peso de su cuerpo, y se puso á comer de tal manera que era evidente que dos visitas iguales harian inútil la tercera. Cuando el oso se hartó bajó lentamente como si sintiese alejarse, pasó al lado del cazador á quien la escopeta cargada de sal no servia de nada en aquellas circunstancias, y se retiró tranquilamente á la montaña. Todo esto habia durado poco mas ó menos una hora, durante la cual el tiempo habia parecido mas largo al hombre que al oso.

Sin embargo, el hombre era un valiente... y dijese en voz baja al ver alejarse al oso: —Está bien, vete, vete, pero no siempre pasará igual, ya nos veremos. —A la mañana siguiente uno de sus vecinos fué á verle y le encontró ocupado serrando un pedazo de hierro.

—¿Qué estás haciendo? le dijo.

—Me divierto, le contestó Guillermo.

El vecino tomó en la mano el pedazo de hierro, lo miró y lo revolvio como un hombre que ya conoce su uso, y despues de haber reflexionado un instante, exclamó:

—Guillermo, si quieres ser franco, me confesarás que este pedazo de hierro está destinado á atravesar una piel mas dura que la del gamo.

—Tal vez, contestó Guillermo.

—Ya sabes que soy buen chico, dijo Francisco (este era el nombre del vecino); pues bien, si quieres para los dos el oso; dos hombres valen mas que uno.

—Eso es segun, dijo Guillermo; y continuó serrando su tercer pedazo de hierro.

5

—Escucha, continuó Francisco, yo te dejaré la piel y la prima, y la carne la dividiremos (1).

—Quiero mejor todo, dijo Guillermo.

—Pero tú no me puedes impedir el buscar la huella del oso en las montañas, y si la encuentro, el de emboscarme á su paso.

—Eres libre, puedes hacerlo.—Y Guillermo que habia acabado de serrar el tercer trozo se puso silbando á medir una carga de pólvora doble de la que ordinariamente se echa en una escopeta.

—Parece que llevas tu fusil de municion, dijo Francisco.

—Cierto, tres pedazos de hierro son mas seguros que una bala de plomo.

—Pero estropea la piel.

—Cierto, pero mata mas pronto.

—¿Cuándo piensas cazarlo?

—Mañana te lo diré.

—Por última vez, ¿quieres ó no?

—No.

—Te prevengo que voy á buscar la huella.

—Sea enhorabuena.

—Iremos juntos.

—Cada uno por sí.

—Adios, Guillermo.

—Buena fortuna, vecino.

Y el vecino al marcharse vió á Guillermo cargar su fusil de municion y poner los tres pedazos de hierro. En seguida, le vió colocar su arma en un rincón de la tienda. Al oscurecer, al volver á pasar por delante vió á Guillermo tranquilamente fumando su pipa sentado en un banco cercano á la puerta; Francisco se aproximó de nuevo.

—Mira, le dijo, no estoy resentido. Ya he encontrado la huella del oso, ya ves que no te necesito para nada. Sin embargo, vengo á proponerte aun otra vez el que sea para los dos.

—Cada uno de por sí, dijo Guillermo.

Es el vecino el que me ha contado esto antes de ayer, continuó el fondista. Me decía, concebis, capitán, porque yo soy capitán de la milicia, concebis lo que era el pobre Guillermo. Todavía le veo sentado en el banco delante de su casa, con los brazos cruzados y fumando en su pipa, como ahora os estoy viendo.... ¿Y cuando pienso!... en fin...

—¿Y luego? le pregunté interesándome vivamente en su narracion, que revelaba todas mis simpatias de cazador.

—Después, continuó el fondista, el vecino no supo ya nada de lo que hizo Guillermo hasta la noche.

A las diez y media su muger le vió tomar su fusil, rodearse un saco de tela gris en el brazo y salir. No se atrevió á preguntarle dónde iba, pues Guillermo no es hombre que da chentás á su muger.

Francisco por su lado habia encontrado

(1) El gobierno concede una prima de ochenta francos por cada oso que se mata.

verdaderamente las huellas del oso; las habia seguído hasta que se perdían en el cercado de Guillermo, y no teniendo derecho de apostarse en las tierras de su vecino, se escondió entre el bosque de abetos que se halla entre el jardín de Guillermo y la montaña.

Como la noche era clara vió salir á Guillermo por la puerta trasera. Guillermo avanzó hasta el pie de una roca gris que habia rodado hasta el jardín desde la montaña vecina y que estaba á unos veinte pasos del peral. Se paró, miró al rededor á ver si alguien le espía. desarmó su saco, se metió dentro no dejando fuera mas que la cabeza y los dos brazos, se apoyó contra la roca confundiendo con la roca por el color de su saco y la inmovilidad de su persona, que el vecino que sabia dónde estaba no le podia distinguir. Un cuarto de hora se pasó esperando al oso. Al fin un rugido prolongado lo anunció. Cinco minutos después Francisco lo vió.

Pero fuese por astucia ó porque hubiese ofatado al segundo cazador, no siguió el camino acostumbrado, sino que describió un círculo, y en lugar de pasar á la izquierda de Guillermo, como la vispera, pasó esta vez á la derecha fuera de tiro de Francisco, pero á diez pasos todo lo mas del fusil de Guillermo.

Guillermo no se movió. Hubiérase podido creer que no veia la fiera salvaje que habia venido á buscar y que parecia despreciarle pasando tan cerca de él. El oso, que tenia el viento contrario, no pudo conocer la presencia de un enemigo y continuó velozmente su camino hacia el árbol. Empero en el momento en que se levantaba sobre sus patas traseras y abrazaba el tronco con sus patas delanteras presentando al descubierto el pecho sin que sus espaldas pudieran protegerle, como un relámpago brilló al lado de la peña y el valle retumbó al tiro de fusil de doble carga y á los rugidos que lanzaba el animal mortalmente herido.

Acaso no hubo una sola persona en todo el pueblo que no oyese el tiro de Guillermo y los rugidos del oso.

El oso huyó pasando sin descubrir á Guillermo que ya habia metido los brazos y la cabeza en el saco, confundiendo de nuevo con la roca. El vecino contemplaba aquella escena apoyado en su rodilla y sobre la mano izquierda, estrechando la carabina con su mano derecha, pálido y conteniendo la respiracion. Es un gran cazador, y sin embargo, me confesó que en aquel momento hubiera mejor querido estar en su cama que allí. Pero lo peor fué cuando vió que el oso herido, después de haber hecho un círculo buscaba el camino de la vispera y que conducia á donde él estaba. Hizo la señal de la cruz, pues todos los cazadores son piadosos, encomendó su alma á Dios, y se aseguró que su carabina estaba montada. El oso no estaba mas que á cincuenta pasos de él, rugia de dolor, se paraba para

revolearse y morderse la herida y volvía á correr.

Cada vez se iba aproximando mas. Ya no estaba mas que á treinta pasos. Dos segundos mas y venia á estrellarse contra el cañon de la escopeta del vecino. De repente se para, aspira con ansia el aire que venia del lado del pueblo, lanza un rugido terrible y vuelve á entrar en el cercado.

—Ten cuidado, Guillermo, ¡ten cuidado! gritó Francisco lanzándose en persecucion del oso, olvidándolo todo para pensar en su amigo, pues conoció que si Guillermo no habia tenido tiempo de volver á cargar su fusil estaba perdido; el oso le habia ofateado.

No habia dado mas que diez pasos cuando oyó un grito. Era un grito humano, un grito de terror y de agonía á la vez: un grito en el que, el que lo lanzaba habia reunido todas las fuerzas de su pulmon, todas sus oraciones á Dios, todas sus demandas de socorro á los hombres.—¡Favor!!!

Después nada, ni una queja, ni un lamento siguió al grito de Guillermo.

Francisco no corria, volaba: la pendiente del camino aceleraba su carrera. A medida que se acercaba se distinguia mas clara y distintamente la monstruosa fiera, que se agitaba en la sombra pateando el cuerpo de Guillermo y destrozándolo en pedazos.

A cuatro pasos de ellos se hallaba Francisco, y tan cebado en su presa se hallaba el oso, que pareció no verlo. No se atrevia á tirar por miedo de matar á Guillermo, si no estaba muerto; porque de tal modo temblaba, que no estaba seguro de no errar el tiro. Cogió una piedra y se la tiró al oso.

Volvióse furioso el animal contra su nuevo enemigo: estaban tan cerca el uno del otro que el oso se puso de pies para ahogarle: sintió rozar el pecho del oso en el cañon de su carabina. Maquinalmente apoyó el dedo sobre el gatillo y salió el tiro.

Cayó el oso de espaldas, la bala le habia atravesado el pecho y roto la columna vertebral.

Francisco le dejó arrastrarse aullando sobre sus manos, y corrió á socorrer á Guillermo. No era ya un hombre, ni tan siquiera un cadáver. Era un monton de huesos y carne magullada, la cabeza habia sido casi enteramente devorada (1).

Entonces conoció por el movimiento de las luces que pasaban detrás de las ventanas, que estaban despiertos muchos habitantes de la aldea, llamó diferentes veces indicando con sus gritos el sitio donde se hallaba. Acudieron al-

(1) Yo afirmo que no he tratado de inspirar horror y que nada he exagerado; no hay un solo valesano que ignore la catástrofe que acabo de contar, y cuando subimos por segunda vez al valle del Ródano para tomar el camino del Simplon, por todas partes con muy corta diferencia en los detalles, nos contaron esta terrible y reciente aventura.

gunos labradores con armas, porque habian oido los gritos y los tiros de fusil. Bien pronto toda la aldea se reunió en el cercado de Guillermo.

Su muger vino con los demás; ¡horrible fué aquella escena! Todos los que allí estaban lloraban como niños.

Abrióse una suscripcion que produjo setecientos francos en todo el valle del Ródano, Francisco cedió el premio que le correspondia, é hizo vender á beneficio de la viuda la piel y la carne del oso. En fin, todos se apresuraron á ayudarla y socorrerla. Todos los posaderos han consentido tambien en que se abra una lista de suscripcion, y si el señor quiere poner su nombre en ella....

—¡Ya lo creo! dadme pronto esa lista.

Acababa de escribir mi nombre, y de reunir á él mi ofrenda cuando un robusto moceton rubio de alta estatura entró: era el guia que debia acompañarme al dia siguiente á Chamuney, y que venia á preguntarme la hora y modo con que queria viajar. Mi respuesta fué tan corta como terminante.

—A las cinco de la mañana y á pie.

EL COLLADO DE BALMA.

Fué mi guia exacto como el despertador de un reloj. A las cinco y media atravesábamos la aldea de Martigny, donde no vi nada notable mas que tres ó cuatro niños raquíticos sentados á la puerta de la casa paterna vegetando estúpidamente al sol. Al salir del lugar atravesamos el Drauce que baja del monte de San Bernardo por el valle de Entremont y va á entrar en el Ródano entre Martigny y la Batia. Poco después dejamos el camino y tomamos una senda que se internaba en el valle, apoyándose á la derecha sobre la vertiente oriental de la montaña.

Así que hubimos caminado cerca de media legua, casi, mi guia me invitó á volverme y contemplar el paisaje que se desplegaba á nuestros ojos.

Comprendí entonces á primera vista la importancia política que César debia dar á la posesion de Martigny, ó para servirme del nombre que él le da en sus *Comentarios*, de *Vetoduro*. Colocada como está esta poblacion, debia ser el centro de sus operaciones sobre la Helvecia por el valle de Tarnada; sobre las Galias, por el camino que seguíamos nosotros y que conduce á Saboya; y en fin, sobre la Italia por el *Ostiolum montis Jovis*, hoy el Gran San Bernardo, donde él habia hecho trazar una via romana que iba de Milan á Mayenza.

Hallábamnos en el centro de aquellos cuatro caminos y podíamos verlos huir cada cual por su lado, siguiéndolos con la vista mas o menos lejos, segun nos lo permitian los fantásticos accidentes de la gran cadena de los Alpes en medio de la cual nos veíamos.

El primer objeto que atraía la vista como punto central de aquel vasto cuadro, era desde luego la antigua ciudad de Martigny donde vivian desde tiempo de Anibal aquellos semigermanos de que hablan César, Estrabon, Plinio, y Tito Livio; que debió á sus ventajas topográficas el terrible honor de ver pasar por medio de sus murallas los ejércitos de aquellos tres colosos del mundo moderno: César, Carlo-Magno, y Napoleon.

La vista no se aparta de Martigny mas que para seguir el camino del Simplon, que internándose osadamente en el valle del Ródano, sigue de Martigny á Riddes una linea tan recta, que parece una cuerda tirante cuyos postes son los campanarios de aquellos dos pueblos. A su izquierda, el Ródano naciente, y niño aun, serpentea en el fondo del valle ondulado y brillante cual una cinta plateada que flota en la cintura de una esbelta joven, mientras que sobre el se levanta por cada lado aquella doble cadena de Alpes, que se abre en el collado de Ferret, se ensancha para encerrar en toda su longitud al Valés, y que va á unirse cincuenta leguas mas lejos en el sitio en que la Furca, punto intermediario entre aquellos dos ramales graníticos. Véanse á su derecha é izquierda las anchas bases de Gallenstock y del Muthhorn.

Volviendo la vista del horizonte al sitio que nosotros ocupábamos, descubrimos á la izquierda, pero para perderse luego detras del viejo castillo de Martigny, el camino que conduce á Ginebra por el valle de San Mauricio; y á la derecha, visible por mas de una legua el camino casi costeano el Dranza, torrente ruidoso y lleno de guijarros que ella atraviesa de tiempo en tiempo para pasar caprichosamente, de un lado á otro; el camino del Gran San Bernardo, y al que sucede saliendo de San Pedro una senda que conduce al Hospicio.—En fin, detras de nosotros al continuar nuestro camino, encontrábamos el camino rápido y escarpado, por el que trepábamos, y que desde luego parece dominar sin interrupcion el sombrío pico de la Cabeza Negra, mientras que pegando á la cima de la Forelas, cree uno deber escalar inmediatamente aquella especie de Pelion amontonado sobre el Ossa, se detiene admirado de que separe aquellas dos cúspides que parecen acercarse á una distancia de dos leguas, y mas cuando se abre entre ellas inopinadamente un valle cuya existencia no se podia siquiera sospechar.

Por habituado que yo estuviese ya á no formar juicio de las distancias por el testimonio de mis ojos en medio de aquellas masas colosales, no por eso dejé de asombrarme al

descubrir de repente á mis pies y cual si faltase la tierra á mis pasos, aquella profunda grieta de la tierra.

Inmediatamente, debajo de mi, y á dos pies de profundidad, veia torcerse y relucir, delgado como uno de aquellos hilos que el viento arrebató á fines de verano, el torrente que escapándose de la hermosa nevera de Trient, serpentea caprichosamente por todo lo largo del valle, y va á horadar una montaña desde la base á la cima para ir á arrojarse en el Ródano entre la Yerrerria y Vernaya. Algunas casas esparcidas en sus orillas y con sombríos techos, parecen colosales escarabajos, paseándose pensadamente por la llanura, en tanto que de los extremos opuestos de aquella especie de aldea se escapan dos caminos que apenas se pueden distinguir á la simple vista, y que conducen á Chamuny, uno por la Cabeza Negra y otro por el collado de Balma. Este último es, el que nosotros debíamos tomar.

Bajamos al valle. Mi guia me aconsejó que hiciese alto en una pequeña barraca olvidada por la aldea á orillas del camino, y pomposamente condecorada con el titulo de posada. Este descanso allí era preciso para prepararnos á hacer las otras dos terceras partes del camino que nos faltaba, no debiendo encontrar otra casa en tres leguas hasta el collado de Balma. Lo que comprendi claramente, que tenia gana de beber mi guia.

Nos dieron una botella de vino del pais, con la cual un parisiense no habria querido sazonar una ensalada, y nos la hicieron pagar á precio de vino de Burdeos, y que mi valioso apuró deliciosamente hasta la última gota. Felizmente hallé lo que se encuentra en Suiza en todas partes, una taza de excelente leche, en la cual eché algunas gotas de kirchenwasser (1). Bastante pobre era este almuerzo para un hombre á quien le quedaban aun que caminar seis leguas del pais. Mi guia adivinó la causa de mi preocupacion viéndome mojar tristemente un pedazo de pan duro y negro como piedra pómez en aquella bebida ágría, me animó un poco asegurándome que en la venta del collado de Balma encontraríamos con qué comer bien. Rogué á Dios que le escuchase, y continuamos nuestro camino.

Al cabo de media hora de andar nos hallamos en la entrada de un bosque de pinos, en donde yo habia visto ya antes que se perdía el camino. ¡No me habia engañado mi guia! allí era donde debia comenzar la verdadera fatiga. Sin embargo, como tanto tendré que hablar en lo sucesivo de sitios escarpados y peligrosos, no hago mencion de este mas que por recuerdo. Empezamos á costear la pendiente rápida del collado, teniendo á nuestra derecha un precipicio de quinientos á seis-

(1) Licor hecho con guindas silvestres.

cientos pies de profundidad, y mas allá del precipicio una montaña cortada á pico, que los habitantes del pais apellidan la Aguja de Illiers, que acababa de adquirir una celebridad reciente por la caída mortal que en 1831 habia dado un inglés que quiso llegar á su cúspide. Mi guia me hizo ver á las dos terceras partes de la altura de la Aguja el lugar en que le habia faltado el pie á aquel desgraciado, y el gran espacio que habia corrido rebotando de roca en roca, cual un alud viviente: despues al fin me señaló en el fondo del precipicio el lugar en que se habia estrellado, convertido en masa de carne informe y asquerosa, sin forma alguna humana.

Esta clase de historias, poco graciosas en sí, lo son aun mucho menos todavia contadas en el lugar mismo en que han sucedido, y es poco cómodo para un viajero, por flemático que sea, el saber que en el mismo sitio que ocupa se le ha resbalado á otro el pie, y que ese otro se la ha matado. Además, los guias no son muy avaros de tales relaciones, son como un consejo indirecto que dan á los viajeros para que no se arriesguen á ir sin ellos.

Sin embargo, allí mismo donde aquel inglés se habia matado, corria un pastor á todo correr seguido de su rebaño de cabras, saltando de roca en roca, y haciendo desgajar á cada brinco alguna piedra que en su caída arastraba otras. Caian estas haciendo rodar pequeños peñascos, los cuales arrancaban otros mas grandes; en fin, toda esta avalancha bajaba aumentando su rapidez hasta el declive de la montaña, sonando como una lluvia de granizo sobre un tejado; y despues de un intervalo de silencio, iba á precipitarse con un ruido sordo en el agua que corre en el fondo del barranco, cortado á pico que separa las dos montañas. Este pastor nos acompañó por la vertiente opuesta á la que nosotros seguíamos, redoblando su destreza y velocidad por espacio de una media legua, sin mas motivo al parecer que el prolongar el gusto que veia nos causaba con su agilidad y temeridad de montañés.

Hacia algun tiempo que el aire iba refrescando; nosotros continuábamos siempre subiendo, y ya habíamos llegado casi á siete mil pies sobre el nivel del mar; las grandes capas de nieve anunciaban que nos acercábamos á las regiones heladas donde la nieve no se derrite jamás. Habíamos dejado debajo de nosotros en la subida del bosque Magnen, las hayas y pinos; allí donde habíamos llegado no crecían mas que yerbas de pasto. De tiempo en tiempo soplabá un vientecillo frio que helaba de repente en mi frente el sudor que el cansancio volvia inmediatamente á producir. Con una verdadera alegría supe por mi guia que íbamos á descubrir la posada del Collado de Balma; algunos minutos despues vi efectivamente que en medio de lo quebrado de la montaña que separa el valle de Chamouny del de Trient, se

destacaba bajo un cielo azul, el techo rojo de aquella bienaventurada casa; despues sus paredes blancas que parecían salir de la tierra á medida que íbamos subiendo, y por último, los escalones de la puerta, en los cuales estaba sentado un perro castaño, que graciosamente se dirigió hácia nosotros con los ojos brillantes y la cola inquieta, para invitarnos á que fuésemos á descansar en la casa de su amo.— ¡Gracias, mi perro, gracias! ¡ya vamos!

Tanta priesa tenia yo de hallar fuego y una silla, que me precipité en la venta sin tener tiempo siquiera de echar una mirada sobre el famoso valle de Chamouny, que desde el umbral de la puerta se desarrollaba á la vista en toda su estension y en toda su belleza.

Habiendo aplacado un poco el frio y el hambre, que son los dos mas grandes enemigos de un viajero, volví á sentir mi curiosidad.

Hice que mi guia me condujese teniendo mis ojos cerrados, hasta el sitio mas favorable para abarcar de un solo golpe de vista la doble cadena de los Alpes, y bien pronto me hallé colocado sobre un punto bastante elevado para no perder nada de su estension. Entoncez abrí los ojos, y cual si se hubiese alzado el telon de una magnífica decoracion, me estremecí con un placer mezclado de espanto al verme tan pequeño en medio de tan grandes cosas, contemplé todo el conjunto de aquel inmenso panorama, cuyas nevadas cúpulas dominando la rica vegetacion de los valles, parecían el palacio de verano del dios del invierno.

En efecto, en tanto cuanto podia alcanzar la vista, no habia mas que picos descarnados, de cada cual de ellos colgaban, como la cola arrastrando de un manto, las brillantes ondulaciones de un mar de hielo. Luchaban por lanzarse mas cerca del cielo, la aguja de Jour, la aguja verde del pico del Gigante, y las neveras de Argenticres de Bossons ó de Tacconay, competían sobre cuál bajaria mas terrible y amenazadora al fondo del valle. Luego en el horizonte que cierra como si fuese la última cúspide de aquella cadena de su masa oculta, y que huye hácia los Pirineos dominando picos y agujas, recostado cual un oso blanco sobre los témpanos de hielo del mar del Polo, el hermano del Chimborazo y del Imaus, el rey de las montañas de Europa, el Monte Blanco, este último escalon de la escalera de la sicra, con cuyo auxilio se aproxima el hombre al cielo.

Una hora permanecí anonadado en la contemplacion de aquel cuadro, sin notar que hacia cuatro grados de frio.

Por lo que toca á mi guia, que habia visto cien veces ya aquel espléndido espectáculo, corria para entrar en calor á cuatro patas con el perro, y le hacia ladrar tirándole por la cola.

Por último se me acercó para darme parte de una idea que le acababa de venir á la imaginacion.

—Si quereis quedaros á dormir aqui, me dijo con el acento de un hombre que no sentiria el doblar su propina doblando las jornadas, no os faltará una buena cena y una buena cama.

¡Torpe! Si me hubiese dejado tranquilo, hubiérame visto obligado á quedarme allí, aunque Dios sabe cómo sería la cama y cena que me prometía.

Levantéme asustado á la idea del peligro que había corrido.

—No, no, le dije, marchémonos.

—Es que no estamos mas que á la mitad del camino justo de Martigny á Chamouny.

—No estoy cansado.

—Es que hay cuatro horas.

—Tres y media.

—Es que todavía tenemos que andar cinco leguas y no quedan mas que tres horas de día.

—Haremos las otras dos últimas de noche.

—Es que os perdeis un hermoso paisaje.

—Ganaré una buena cama y una buena cena.

—Vamos, adelante.

Mi guía que había apurado sus mejores razones se guardó para sí ya las demas y se puso en camino suspirando. ¡Nos marchamos!

Todo lo que pude ver mientras permitió la luz del día distinguir los objetos no fueron mas que detalles del gran cuadro que tanto me había sorprendido en su conjunto, detalles maravillosos para quien los ve, pero cansados, creo, para aquel á quien yo tratase de pintárselos. Por otra parte, entra en el plan de estas impresiones, si es que estas impresiones tienen un plan, hablar mas de los hombres que de las localidades.

Ya era de noche cuando llegamos á Chamouny. Habíamos caminado nueve leguas del país, que sin exageracion equivalen á doce ó catorce de Francia; era, pues, una jornada buena.

Así ya no me ocupé mas que de tres cosas, que recomiendo á todos los que quieran recorrer el camino que yo he recorrido.

Primera.—Tomar un baño.

Segunda.—Cenar.

Tercera.—Hacer que llegue á quien va dirigida, una carta de convite para comer al día siguiente con este sobre:

A Mr. Jaime Balmat (1), Monte Blanco.

Ahora voy á decir en dos palabras, y des de mi cama á mis lectores, quién es Jaime Balmat, apellidado Monte Blanco, si acaso no ha llegado á noticia suya la celebridad de este señor.

(1) Jaime Balmat es el Cristóbal Colon de Chamouny.

JAIME BALMAT.

LLAMADO MONTE BLANCO.

Hay dos cosas consagradas que todo viagero que pase por Chamouny, debe indispensablemente ver, y son la Cruz de Flegera y el mar de Hielo. Estas dos maravillas están colocadas enfrente una de otra á derecha é izquierda de Chamouny, y á ninguna de estas cimas puede llegarse sin subir primero la base de una ú otra de las dos cadenas de montañas en cuyo centro está situado el pueblo. Y llegado al fin de la subida se domina el valle á la altura de cuatro mil quinientos pies poco mas ó menos.

El mar de Hielo que alimenta la nevada cumbre del Monte Blanco baja entre la aguja de Charmoz y el Pico del Gigante, y se adelanta hasta la mitad del valle. Allí, despues de haber llenado cual una inmensa serpiente el intervalo que separa las dos montañas entre las cuales se arrastra, abre su verdegrea garganta y de la que sale á borbotones y con gran ruido el helado torrente de Arveyron. La subida que conduce al viagero sobre esta inmensa grupa, va como se ve, por el costado mismo del Monte Blanco, cuya mole colosal no puede abarcar la vista porque se le toca.

La Cruz de Flegera, al contrario, está colocada en la vertiente de la cadena de las montañas opuestas á la del Monte Blanco. Así á medida que se va subiendo, sino fuese por la fatiga, se creeria que el coloso que se ve delante es el que se baja poco á poco y con la docilidad de un elefante que se echa en el suelo al mandato de su cornac, para dejarse ver del mismo. Llegados al fin á la cima en donde se encuentra la cruz, el viagero descubre delante de sí, y tan claro cual si no los separase mas que la distancia de algunos centenares de pasos, todos los accidentes de nieves, hielos, rocas y bosques, que la naturaleza caprichosa puede acumular en su desorden ó en su fantasía.

La primera subida que se hace de ordinario es la de la Cruz de Flegera; esto al menos me dijo el guía que me envió el síndico, porque debe saberse que en Chamouny los guías están sujetos á un sindicato que arregla los turnos de servicio, para que ninguno de ellos haga fortuna á costa de sus camaradas, intrigando con los viageros. Como yo no tenia ninguna particular predileccion por el mar de Hielo, dejé para la mañana siguiente la visita que contaba hacerle, y partimos.

El camino de la Cruz de Flegera es bastante fácil; hay de vez en cuando un paso escar-



Chamouny.



Jose Zambrano

—Si quereis quedaros á dormir aqui, me dijo con el acento de un hombre que no sentiria el doblar su propina doblando las jornadas, no os faltará una buena cena y una buena cama.

¡Torpe! Si me hubiese dejado tranquilo, hubiérame visto obligado á quedarme allí, aunque Dios sabe cómo sería la cama y cena que me prometía.

Levantéme asustado á la idea del peligro que había corrido.

—No, no, le dije, marchémonos.

—Es que no estamos mas que á la mitad del camino justo de Martigny á Chamouny.

—No estoy cansado.

—Es que hay cuatro horas.

—Tres y media.

—Es que todavía tenemos que andar cinco leguas y no quedan mas que tres horas de día.

—Haremos las otras dos últimas de noche.

—Es que os perdeis un hermoso paisaje.

—Ganaré una buena cama y una buena cena.

—Vamos, adelante.

Mi guía que había apurado sus mejores razones se guardó para sí ya las demás y se puso en camino suspirando. ¡Nos marchamos!

Todo lo que pude ver mientras permitió la luz del día distinguir los objetos no fueron mas que detalles del gran cuadro que tanto me había sorprendido en su conjunto, detalles maravillosos para quien los ve, pero cansados, creo, para aquel á quien yo tratase de pintárselos. Por otra parte, entra en el plan de estas impresiones, si es que estas impresiones tienen un plan, hablar mas de los hombres que de las localidades.

Ya era de noche cuando llegamos á Chamouny. Habíamos caminado nueve leguas del país, que sin exageracion equivalen á doce ó catorce de Francia; era, pues, una jornada buena.

Así ya no me ocupé mas que de tres cosas, que recomiendo á todos los que quieran recorrer el camino que yo he recorrido.

Primera.—Tomar un baño.

Segunda.—Cenar.

Tercera.—Hacer que llegue á quien va dirigida, una carta de convite para comer al día siguiente con este sobre:

A Mr. Jaime Balmat (1), Monte Blanco.

Ahora voy á decir en dos palabras, y des de mi cama á mis lectores, quién es Jaime Balmat, apellidado Monte Blanco, si acaso no ha llegado á noticia suya la celebridad de este señor.

(1) Jaime Balmat es el Cristóbal Colon de Chamouny.

JAIME BALMAT.

LLAMADO MONTE BLANCO.

Hay dos cosas consagradas que todo viagero que pase por Chamouny, debe indispensablemente ver, y son la Cruz de Flegera y el mar de Hielo. Estas dos maravillas están colocadas enfrente una de otra á derecha é izquierda de Chamouny, y á ninguna de estas cimas puede llegarse sin subir primero la base de una ú otra de las dos cadenas de montañas en cuyo centro está situado el pueblo. Y llegado al fin de la subida se domina el valle á la altura de cuatro mil quinientos pies poco mas ó menos.

El mar de Hielo que alimenta la nevada cumbre del Monte Blanco baja entre la aguja de Charmoz y el Pico del Gigante, y se adelanta hasta la mitad del valle. Allí, despues de haber llenado cual una inmensa serpiente el intervalo que separa las dos montañas entre las cuales se arrastra, abre su verdinegra garganta y de la que sale á borbotones y con gran ruido el helado torrente de Arveyron. La subida que conduce al viagero sobre esta inmensa grupa, va como se ve, por el costado mismo del Monte Blanco, cuya mole colosal no puede abarcar la vista porque se le toca.

La Cruz de Flegera, al contrario, está colocada en la vertiente de la cadena de las montañas opuestas á la del Monte Blanco. Así á medida que se va subiendo, sino fuese por la fatiga, se creeria que el coloso que se ve delante es el que se baja poco á poco y con la docilidad de un elefante que se echa en el suelo al mandato de su cornac, para dejarse ver del mismo. Llegados al fin á la cima en donde se encuentra la cruz, el viagero descubre delante de sí, y tan claro cual si no los separase mas que la distancia de algunos centenares de pasos, todos los accidentes de nieves, hielos, rocas y bosques, que la naturaleza caprichosa puede acumular en su desorden ó en su fantasía.

La primera subida que se hace de ordinario es la de la Cruz de Flegera; esto al menos me dijo el guía que me envió el síndico, porque debe saberse que en Chamouny los guías están sujetos á un sindicato que arregla los turnos de servicio, para que ninguno de ellos haga fortuna á costa de sus camaradas, intrigando con los viageros. Como yo no tenia ninguna particular predileccion por el mar de Hielo, dejé para la mañana siguiente la visita que contaba hacerle, y partimos.

El camino de la Cruz de Flegera es bastante fácil; hay de vez en cuando un paso escar-



Chamouny.



Jose Zambrano

pado, algun precipicio, y tal vez unas rápidas pendientes, pero aun que yo no sea un hábil montañés, como se verá en su tiempo y lugar, sali con honor. En cuanto al camino que tenia que andar era un paseo en comparacion de las correrias que habia hecho ya, y tres horas nos bastaron para llegar á la cima. Desde alli se ve de frente lo que el dia antes se veia de perfil llegando por el collado de Balma que entonces sirve de punto de partida en el vasto panorama que se va á recorrer.

Ilé indicado ya cuán difícil es el apreciar exactamente la distancia de las montañas, y de las ilusiones de óptica que causan la exagerada proporción de los objetos que ve uno delante de sí. Desde la Cruz de Flegera divisámos como á distancia de una legua de nosotros la casita blanca de tejado rojo que hay en la quebradura del collado de Balma, la que no obstante está cuatro leguas distantes de allí, distancia, si estuviere en una llanura, la impediria seguramente descubrir las primeras agujas y nevera que se ven al hacerse cargo uno de las alturas que se tienen delante, son las de Tour. Se eleva esta á siete ú ocho mil pies sobre el nivel del mar. Sigue inmediatamente despues la nevera de Arguntieres y la aguja del mismo nombre, que se levanta negra y puntiaguda á la altura de doce mil y noventa pies, despues la aguja Verde, cuya cima cubierta de nieve se presenta cual el gigante de la fábula, que detiene á las águilas en su vuelo y esconde en las nieves su altiva frente. Esta aguja tiene seiscientos pies de altura mas que la anterior.

Luego de frente y apoyándose en el pie de la aguja rojiza del Dru y á los lados del Montauvert, desarrolla el mar de Hielo su inmensa salina, cuyas sólidas ondas, apenas visibles desde aquel sitio, parecen pequeñas montañas cuando se contemplan desde su base. Las cinco agujas que siguen despues son las de Charmoz, del Grepont, de la Bletierra, del Mediodía y del Monte-Maldito. La mas pequeña tiene nueve mil pies.

Por último, se ve la cumbre mas elevada del Mont-Blanc, que tiene de alto catorce mil ochocientos noventa y dos pies, segun Andres de Gy, á catorce mil seiscientos setenta y seis. De su costado nacen, y bajan al valle las neveras de Bosson y de Taconnay.

Al frente de aquella familia de gigantes, cuyas cabezas blanquea la nieve, propónese uno esta cuestion:

—¿La cima de estos montes ha estado en todo tiempo cubierta de nieve como lo está en este momento?

Tratemos de resolverla.

Dos teorías se disputan la formacion de la tierra: la neptuniana y la volcánica.

Todas las investigaciones geológicas tienden á probar que las diferentes capas terrestres resultan de un estado primitivamente fluido. La tierra, tañto en las alturas mas elevadas

como en las mas profundas escavaciones, ofrece á la investigacion de los sabios materias cristalinas; luego no pueden existir cristalizaciones salinas sin liquidez. Por su parte en los extractos mas refractarios se hallan impresiones vegetales y animales, que prueban muy bien que aquellas sustancias han sido si no fluidas, ablandadas á lo menos á punto de no dejar duda de que han recibido las señales que han conservado. En fin, la disposicion generalmente reconocida de diferentes materias terrosas sobrepuestas las unas á otras y estendidas en capas paralelas, donde quiera, donde no se ha verificado un cataclismo, no deja duda alguna sobre este punto. Ahora esta fluidez es el resultado de un calor intenso ó el de un liquido primordial. ¿Es debida al sistema volcánico ó al sistema neptuniano, al fuego central ó al Océano universal? ¿Está equivocado Hutton, ó se engaña Werner?

Como cada una de estas teorías puede defenderse con el auxilio de las razones de que se han armado sus autores, y que seria aquí muy prolijo repetir, los geólogos modernos embarazados en la eleccion, se han ocupado únicamente en recoger los hechos y comprobar los resultados; los hechos recogidos, los resultados comprobados prueban que sea primitiva, ó subsiguientemente, la tierra estuvo enteramente cubierta de agua. Las montañas calcáreas del Derbyshire y las de Graven en el Yorkshire contienen á la altura de dos mil pies sobre la mar, restos fósiles de zoófitos y escamas de pescados. La parte mas elevada de los Pirineos está cubierta de rocas calcáreas donde se descubren señales de animales marinos. La piedra de cal misma, que no ha podido conservar aquellos vestigios, disuelta en un ácido, exala un olor cadaverico sin duda debido á la materia que contiene. A siete mil pies de altura, tres leguas encima de las casas de Stchelberg, mas elevado que el valle de Botun, cubierto hoy por las nevadas, se encuentran hermosas petrificaciones de ammonitas entre los escombros de una hundida montaña, en el lugar que llaman Kriegsmatten. El Monte Perdido á diez mil y quinientos pies sobre el nivel del mar, ofrece iguales restos, en fin, Mr. de Humboldt los ha descubierto tambien en los Andes, á catorce mil pies de elevacion.

Ademas las tradiciones de la Biblia están acordes con las investigaciones de la ciencia. Moisés habla de un diluvio, y Cuvier lo confirma: el profeta y el sabio están acordes para contar á los hombres, á mas de tres mil años de distancia, el mismo milagro geológico; y la Academia registra como una verdad incontestable esta hermosa frase del Génesis, que Voltaire tomaba por el diluvio de la poesia:

Spiritus Dei ferebatur super aquas.

Partamos pues de este punto
Toda la tierra estuvo cubierta de agua.

Esta agua soportaba, como soporta hoy la tierra, las diez y seis leguas de atmósfera que nos rodean. Bien pronto, ora por que se volatilizase por efecto del fuego interior, este taller de Vulcano, ora por que se evaporase por la acción del sol, ese ojo de Dios, comenzó á disminuir el agua del diluvio. X

Entonces las partes mas elevadas de la tierra despuntaron sobre la superficie. El Chimborazo, el Imatís y el Monte Blanco aparecieron uno tras otro, cual débiles islas en medio del Océano universal. Su contacto con el aire, la luz y el calor les dotó de fertilidad, y como la capa de aire que los rodeaba debía ser casi semejante á la que nos rodea, aparecieron en ellos las plantas, los árboles, los animales y los hombres. Las tradiciones antiguas no hablan mas que de montañas elevadas. Dios crió á Adán y Eva en el Edén. Prometeo formó el primer hombre en el Cáucaso.

Sin embargo, por una ú otra de las causas de que hemos hablado, y tal vez por su combinación, las aguas se iban siempre retirando, y á mas de las cimas se descubrían ya las faldas de los montes. Al paso que la capa de aire que habia producido la fertilidad, iba bajando gravitando sobre la superficie del agua que se retiraba, la cima de los montes quedaba en una atmósfera mas fria, y que repeliendo á los hombres les obligaba á bajar á las regiones mas templadas. La tierra primitiva que sus abuelos habian visto cubierta de flores y pastos, se convirtió en estéril, seca y desquebrajada; las aguas del cielo viniendo á juntarse á las de la tierra, que se retiraban incensantemente, arrastraron consigo el suelo vegetal, la roca primitiva apareció en su desnuda y árida escabrosidad, y llegó un día en que los hombres vieron con admiración la capa de nieve temporal, que blanqueaba las cimas que habian sido su cuna. En fin, cuando el agua dejó en seco el fondo del valle y los cerros llegaron á la atmósfera rarificada, que por lo débil de su densidad se levanta sobre los otros principios acríformes; aquella nieve temporal se convirtió en eterna, y el hielo, invadiendo á su vez las comarcas que el agua fugitiva abandonaba, bajó cual un conquistador de las montañas á los valles amenazando tragárselos á su vez.

Además, aquí como en todas partes, la tradición popular está acorde con su ignorancia ingeniosa, con la investigación de la ciencia.

Escuchad á un labriego de la Furca, y os contará que esta montaña es el paso ordinario del Judío Errante cuando vuelve de Italia á Francia, solamente la primera vez que la pasó os dirán la halló cubierta de mieses, la segunda de pinos y la tercera de nieves.

Después que he contemplado á mi placer aquel inmenso cuadro, nos bajamos á Chamouny; á la mitad del camino casi, eché de ver que habia perdido mi reloj. Quise volver atrás á buscarlo, pero mi guía me dijo que eso corria

de su cuenta, no debiendo perderse cosa alguna en el valle de Chamouny. Paréme en un lugar en el que se descubria una vista casi tan hermosa como la de la Cruz de Flegera, y aguardé á mi compañero, á quien al cabo de media hora vi salir contento y triunfante de un bosque de pinos que acabábamos de pasar. Habia encontrado el reloj y me lo enseñaba, agitando por la parte de la cadena; de seguro que estaba mas contento que yo. Le ofreci una recompensa que rehusó. Este incidente nos hizo perder unos cuarenta minutos, y no llegamos al lugar hasta las cuatro de la tarde.

Al acercarnos á la posada, vi sentado en el banco delante de la puerta á un anciano de unos setenta años, que se levantó y vino á recibirme al hacerle una seña el mozo de la posada que hablaba con él. Conoci que era mi convidado, y me dirigí hácia él alargándole la mano.

No me habia engañado; era Jaime Balmat, el intrépido guía que en medio de mil peligros habia llegado el primero á la punta mas elevada del Monte Blanco, habia abierto el camino para Saussure. El valor habia precedido á la ciencia.

Le di las gracias de haberme hecho el honor de aceptar mi convite. El buen hombre creyó que me burlaba de él, no comprendia que él fuese para mi un ser tan extraordinario como Colon, que encontró un mundo ignorado, ó como Vasco de Gama que volvió á hallar otro perdido.

Convidé á mi guía con su decano, y aceptó con tanta sencillez como habia rehusado mi dinero. Nos sentamos á la mesa; yo habia encargado de antemano la comida por la lista; mis comensales parecieron satisfechos y contentos.

Los postres suscitó la conversacion sobre los hechos de Balmat. El anciano, á quien el vino de Montmeillan habia puesto alegre y hablador, no deseaba otra cosa. El renombre de Monte Blanco que ha conservado, prueba además está orgulloso por los recuerdos que yo invocaba. No se hizo de rogar cuando le invité á que me contase todos los detalles de su peligrosa empresa. Únicamente me alargó su vaso, que llené, así como tambien el de mi guía.

—Con vuestro permiso, mi amo; me dijo levantándose.

—En hora buena, y á vuestra salud, Balmat. Brindamos.

—¡Pardiez! me dijo al sentarse, sois un excelente muchacho.

Y apurando después su vaso paladeó el vino, cerrando y abriendo los labios, y echándose sobre la espalda de la silla procuró recordar sus ideas, que el último vaso que acababa de beber no habia acelerado mucho probablemente.

—Mi guía por su parte se acomodó en su asiento para escuchar mas cómodamente una relacion que ya habia oído mas de una vez.

Hizolo con la mayor facilidad, pues haciendo dar media vuelta á la silla en que estaba sentado, se encontró con los pies cerca del fuego, con el codo sobre la mesa, apoyando la cabeza con la mano izquierda y teniendo un vaso en la derecha.

En cuanto á mi, tomé mi album y mi lapicero, y me preparé á escribir. Así pondré á la vista de mi lector la relacion pura y sencilla de Balmat.

—¡Hum! Esto era en 1780: yo tenia veinte y cinco años, lo que hace tenga ahora, tal como me veis, setenta y dos bien cumplidos.

Entonces estaba yo bien....era un moce-ton á toda prueba, con pantorrillas de diablo y un estómago infernal. Habria pasado tres dias seguidos sin comer.... ya una vez me sucedió habiéndome perdido en el Buet. Comí un poco de nieve, y nada mas.

Algunas veces mirando el Monte Blanco, decia yo entre mí:

—Buen mozo, por mas que hagas, ha de llegar un dia en que monte sobre tus espaldas.... Este pensamiento me bullia siempre dia y noche en la cabeza. De dia me subia al Brébent, de donde se ve el Monte Blanco como os estoy viendo, y pasaba horas enteras buscando un camino. ¡Bah! ¡bah! decíame por último, si no lo hay me lo haré; lo que es preciso es subir. De noche era otra cosa; apenas habia cerrado los ojos, cuando ya estaba caminando; subia al monte cual si hubiese un camino real, y me decia: ¡Caramba! ¡pues no era yo poco bestia en pensar que era tan difícil subir al Monte Blanco! Luego el camino se estrechaba poco á poco; pero á lo menos quedaba una buena senda como aquella de Flegera, y yo iba siempre adelante caminando. Por último, llegaba á sitios desconocidos donde el sendero se perdía y la tierra estaba movediza, y yo me hundía hasta las rodillas. Me era igual, trabajaba. ¡Qué tonto es uno cuando sueña! Después de mucho trabajo salia de aquellos lodazales y entonces se hacia el monte tan escabroso que era menester andar á gatas; ya entonces era otra cosa. Caminaba de dificultad en dificultad. Ponia los pies sobre las puntas de roca y las sentia menearse como los dientes cuando se van á caer. Entonces sudaba y temblaba como un azogado, ¡era una pesadilla! No importaba, yo continuaba siempre mi camino. Era como un lagarto aferrado en una pared: veía que el suelo se movía debajo de mí, pero esto me importaba poco, yo no miraba mas que al aire, esforzándome para llegar, pero me faltaban las piernas; pues aunque las tenia bien firmes, ya no podia doblarlas. Entonces clavaba en las piedras las uñas, y viendo que iba á caer me decia: ¡Amigo Jaime, si no llegas á asirte de esta rama que tienes encima de la cabeza, estás perdido! Tocaba con las puntas de los dedos aquella maldita rama y me desollaba las rodillas lo mismo que los deshollinadores, tenia agarrada la rama, y es-

taba firme. ¡Ay, Dios mio! Toda mi vida me acordaré de la noche en que tuve este sueño. Mi muger me despertó dándome un puñetazo. Imaginaos que me habia colgado de su oreja y yo tiraba, tiraba como si fuese un pedazo de goma elástica. Entonces me dije: Jaime, vamos, es menester determinarte; y saltando de la cama, vestíme y calcé mis polainas.—¿A dónde vas? me preguntó mi muger.—A buscar cristal; le respondí.—Mira, no estés inquieta si no vuelvo esta tarde. Si á las nueve de la noche no he llegado, será señal de que me quedaré fuera. Tomé, pues, un palo bien fuerte con garfios, doble mayor que uno de esos regulares, llené mi calabaza de aguardiente, y metiéndome un pedazo de pan en el bolsillo me puse en camino.

Yo habia probado subir por la Mar de Hielo, pero el Monte-Maldito me habia cerrado el paso. Entonces me volví por la Aguja del Gónter, pero para ir desde allí hasta la cúpula del mismo, habia una especie de espina de un cuarto de legua de largo sobre dos pies de ancho: y por debajo mil ochocientos pies de profundidad.—¡Gracias!

Por esta vez resolví cambiar de camino, tomé el de la montaña de la Cote; al cabo de tres horas habia llegado á la nevera de Bossons; la atravesé, pero no era esto lo mas difícil. Cuatro horas después me hallé en las Grandes-Mulas; llanura en que hoy se está con tanta comodidad, y yo os lo aseguro, esto era ya algo. Habia ganado bien el almuerzo, me comí una corteza de pan y bebí un traguito.—¡Buena!

En la época de que os hablo, todavia no se habia formado en las Grandes-Mulas el relleno que hay ahora, y se estaba mal allí, y además me tenia bastante inquieto la duda de si mas arriba encontraría lugar en donde pasar la noche; en vano buscaba á derecha é izquierda, pues nada veía. Al fin continué mi camino en gracia de Dios.

Al cabo de andar dos horas y media hallé un hermoso sitio, despejado y seco; sobresalía una peña entre la nieve, y me ofrecia una superficie de seis á siete pies, que era todo lo que necesitaba, no para dormir, sino para aguardar el amanecer de un modo menos duro que en la nieve. Eran las siete de la tarde, corté mi segundo pedazo de pan, bebí otro trago y me instalé sobre la peña en donde iba á pasar la noche, en lo cual empleé muy poco tiempo, pues que la cama costaba poco de hacer.

A eso de las nueve vi acercarse la oscuridad que subia del valle cual un humo denso y que veía se adelantaba lentamente. A las nueve y media me alcanzó y rodeó completamente, no obstante, veía encima de mí los últimos rayos del sol poniente, que á poco abandonaron la elevada cima del Monte Blanco. Seguílos con la vista mientras pude verlos. Al fin desaparecieron y anocheó. Vuelto hácia

Chamouny, como estaba, tenía á mi izquierda la inmensa llanura de nieve que sube á la cúpula de Góúter, y á la derecha de mí un precipicio de ochocientos pies de profundidad. Yo no quería dormirme de miedo de caer soñando, y así me senté sobre mi morral y empecé á patear y darme con la una á la otra mano para mantener el calor. Bien pronto salió pálida la luna entre un cerco de nubes, y que del todo la cubrieron sobre las once. Al mismo tiempo veía bajar de la Aguja del Góúter una maldita niebla, que así que estuvo sobre mí empezó á escupirme nieve á la cara. Entonces envolví la cabeza con el pañuelo y me burlé de ella. A cada minuto oía la caída de los aludes que rodando retumbaban como los truenos. Las neveras crugían, y á cada crugido sentía estremecerse la montaña. Yo no tenía hambre ni sed, y experimentaba un extraño dolor de cabeza que me cogía desde la nuca hasta las cejas. Durante este tiempo la niebla continuaba. Mi aliento se había helado sobre el pañuelo: la nieve había empapado mis vestidos, y muy pronto me pareció que estaba desnudo. Redoblé la rapidez de mis movimientos y me puse á cantar para alejar una porción de ideas tontas que me ocurrían; mi voz se perdía entre la nieve, y ninguno me respondía; en medio de aquella naturaleza helada todo estaba muerto, y mi voz me hacía á mi mismo una maldita impresión. Calléme porque tenía miedo.

A las dos el cielo empezó á blanquear hacia el Oriente, y con los primeros rayos del día sentí renacer el valor.

Salió el sol luchando con las nubes que cubrían el Monte Blanco, esperaba siempre que al fin las dispersara, poco despues de cuatro horas se espesaron mas y mas, y el sol fué debilitándose, y conocí por último que me sería imposible ya aquel día ir mas lejos. Entonces, para no perderlo todo, me puse á explorar los alrededores, y pasé todo el día visitando neveras y buscando los mejores pasos. Como venía la noche y con ella la niebla, volví á bajar hasta el *Pico del Pájaro* donde me cogió la noche. Paséla mucho mejor que la anterior, porque ya no estaba sobre el hielo y pude dormir un poco. Me desperté tiritando, y tan pronto como amaneció, volvíme á bajar hacia el valle, porque había dicho á mi muger que no estaría fuera mas que tres días. Hasta que llegué al pueblo de la Cote, no se desheleron mis vestidos.

No había aún dado cien pasos fuera de las últimas casas, cuando encontré á Francisco Paccard, á José Carier y á Juan Miguel Tournier. Eran tres guías, que llevaban su palo, su morral y su vestido de viaje. Preguntéles á dónde iban, y me respondieron que á buscar unos cabritos que habían dado á guardar á unos muchachos. Como los cabritos no valen mas que cuarenta sueldos, creí por su respuesta que me querían engañar, y pensé que intentaban

hacer el viaje que yo no había podido verificar, tanto mas, cuanto que Mr. de Saussure había ofrecido un premio al primero que llegase á la cima del Monte Blanco. Una ó dos preguntas que me hizo Paccard sobre el lugar en donde podría dormirse en el *Pico del Pájaro* me confirmaron en mi opinion.

Respondíles que todo estaba lleno de nieve y que me parecía imposible hacer alto allí: entonces, los vi hacerse una seña de inteligencia, y yo hice como que no lo veía. Retiráronse aparte, se consultaron, y concluyeron por proponerme si quería subir con ellos. Acepté, pero no quise faltar á la palabra que había dado á mi muger de volver á los tres días. Volví á mi casa á decirle que no tuviese cuidado, y mudarme las medias y polainas, y tomar algunas provisiones.—A las once de la noche, sin haberme acostado, volví á marcharme, y al cabo de una hora encontré á mis compañeros en el *Pico del Pájaro*, cuatro leguas mas abajo del lugar en que había pasado la noche anterior: dormían como marmotas; los desperté, y al instante se levantaron y nos pusimos los cuatro en camino. Aquel día atravesamos la nevera de Taconnay, subimos hasta las *Grandes-Mulas*, donde yo la antesvispera había pasado tan famosa noche; luego tomando hacia la derecha, llegamos á eso de las tres á la cima de Góúter. Y á uno de nosotros, á Paccard, le había faltado el aire un poco mas arriba de las *Grandes-Mulas*, y se había quedado acostado sobre la ropa de uno de sus compañeros.

Llegados á la cúspide de la cúpula vimos menearse en la Aguja del Góúter una cosa negra que no podíamos distinguir. No sabíamos si era un gamo ó un hombre. Gritamos y nos respondieron, y despues, al cabo de un instante, como estábamos callados por oír un segundo grito, llegaron á nosotros estas palabras:

¡Hola! ¡los otros! aguardad, queremos subir con vosotros.

Los aguardamos en efecto, y mientras los aguardábamos vimos llegar á Paccard que había recobrado sus fuerzas. Al cabo de media hora nos alcanzaron los otros, que eran Pedro Balmat y Maria Coutet, que habían apostado con mis compañeros que llegaría antes que ellos á la cúpula del Góúter, y habían perdido la apuesta. Durante este tiempo, yo me había aventurado á la descubierta para utilizar los momentos, andando un cuarto de legua, á caballo podría decir, en la espina ó lomo que une á la cúpula del Góúter con la cima del Monte Blanco. Aquello era un camino de volatineros, pero érame igual, me parece que habría llegado al cabo si no me hubiese venido á cerrar el camino el *Pico Rojo*. Como era imposible pasar mas adelante, volvíme hacia el sitio en que había dejado á mis camaradas; pero ya no hallé mas que mi morral, pues aquellos, desesperanzados de trepar hasta la punta del Monte Blanco, se habían vuelto di-

ciendo.—Balmat es ligero, y nos alcanzará. Halléme solo y vacilé un momento entre el deseo de irme con ellos, y las ganas de intentar mi ascension. Habíame incomodado su abandono, pues un no sé qué, me decía que esta vez saldría adelante con mi empresa. Decidíme, pues, por este último partido: cargué con mi morral y me puse en camino; eran ya las cuatro de la tarde.

Atravesé la grande llanura y llegué hasta la nevera de la Brinva, desde donde descubrí á Cormayor, y el valle de Aosta en el Piamonte. Cubría la niebla la cima del Monte Blanco y no contento con subir á ella, menos por miedo de perderme, que seguro de que no viendome mis compañeros no quisiesen creer que había llegado hasta allí. Aproveché el poco tiempo de día que me quedaba para buscar un abrigo; pero al cabo de una hora, no habiendo podido hallarlo, y acordándome de la otra noche que os he contado, resolví volverme á mi casa. Púsemme á caminar, pero al llegar á la grande llanura, como aun no sabía guardarme la vista con un velo verde, como supe despues, la nieve me fatigó los ojos, tanto que no podía ya distinguir nada, y tenía vértigos que me hacían ver grandes manchas de sangre.

Sentéme para reponerme, y dejé caer la cabeza entre las manos. Al cabo de una media hora, tenía ya buena la vista, pero había llegado la noche y no tenía tiempo que perder. Me levanté, y adelante.

No había yo dado cien pasos, cuando senti palpando con mi palo que se hundía bajo mis pies el hielo, y me hallaba á orillas de la grieta. Ya sabes tú, Pedro Payot (este era el nombre de mi guía), la grieta grande en que murieron los tres, y de donde han sacado á Maria Coutet.

—¿Qué historia es esa? pregunté yo interrumpiéndole.

—Yo os la contaré mañana, contestó Payot, y luego, dirigiéndose á Balmat, le dijo, vamos, tío Jaime, continuad, que os escuchamos.

Balmat continuó:

—¡Ah! ya te conozco, la dije. El caso es, que aquella misma mañana la habíamos pasado por un puente de hielo cubierto de nieve. Lo busqué; entonces no pude hallarlo, porque la noche iba oscureciéndose mas y mas, y se fatigaba mi vista también cada vez mas. Volvíme el dolor de cabeza de que antes he hablado; no tenía ninguna gana de comer ni beber, y violentas palpitaciones me atormentaban el corazon. Sin embargo, era preciso decidirse á permanecer junto á la grieta hasta el amanecer. Puse mi morral sobre la nieve, coloqué como una cortina mi pañuelo sobre la cara, y me preparé lo mejor posible á pasar una noche como la otra. Sin embargo, como me hallaba cerca de dos mil pies mas alto, el frio era mucho mas intenso, y una fria y menuda nieve, me helaba hasta los huesos; sentía una pesadez y una gana irresistible de dormir,

ocurríanme pensamientos tan tristes como la muerte, y yo bien sabia que estos tristes pensamientos y esta gana de dormir, eran mala señal, y que si tenía la desgracia de llegar á cerrar los ojos, podría ser muy bien que no los volviese á abrir mas. Desde el sitio en donde estaba, descubría á diez mil pies debajo de mí las luces de Chamouny, en donde mis camaradas estaban abrigados al rededor de la lumbre ó en la cama. Decíame yo: Tal vez ninguno de ellos piensa en mí, y si por ventura piensa alguno, dice sin duda al tiempo de atizar la lumbre ó de taparse esta oreja con la manta de su cama:—A estas horas aquel imbécil de Balmat, estará corriendo para entrar en calor.

—¡Buen ánimo, Balmat!—No era ánimo lo que me faltaba, sino fuerza! El hombre no es de hierro y yo conocía bien que no estaba allí muy cómodamente. En fin, en los cortos intervalos de silencio, que interrumpía de minuto en minuto la caída de los aludes y el crugido de las neveras, oía ladrar un perro en Cormayor, aunque distaba aquel pueblo legua y media del sitio en que yo me hallaba; con esto me distraía.—Era el único ruido de la tierra que llegaba hasta mí. Sobre la media noche calló el maldito del perro, y volvíme á quedar en ese diablo de silencio como lo hay en los cementerios, porque no cuento por nada el ruido de las neveras y de los aludes. Aquel ruido es la voz de la montaña que se queja, y lejos de tranquilizar al hombre le espanta.

A eso de las dos vi aparecer en el horizonte la misma linea blanca de que ya os he hablado. El sol la seguía como la primera vez; como la primera vez también el Monte Blanco se había calado su peluca, lo que le sucede cuando está de mal humor, y entonces no basta restregarse las manos. Yo conocía su carácter, y así me di por avisado, volví á bajar al valle, contristado, pero no desanimado por aquellas dos inútiles tentativas, por que ahora estaba bien cierto de que á la tercera vez sería mas feliz. Al cabo de cinco horas hallábame ya de vuelta en el lugar; eran las ocho de la mañana. En mi casa todo iba bien; mi muger me ofreció de comer, tenía mas sueño que hambre; ella quiso que durmiese en el cuarto pero temía yo que me importunasen las moscas, fuíme á encerrar en el pajar, en donde me eché y dormí veinte y cuatro horas sin despertarme.

Tres semanas pasaron sin mudanza favorable de tiempo, y sin disminuir ni en un ápice mis vivos deseos de hacer la tercer tentativa. El doctor Paccard, pariente del guía de quien he hablado, deseaba acompañarme en esta, y convenimos en partir juntos el primer día bueno que hubiese. Al fin, el día 8 de agosto de 1786 nos pareció bastante seguro, para arriesgarnos al viaje. Fui á encontrar á Paccard y le dije:

—Vamos, doctor, ¿estais bueno? ¿No teneis miedo al frio, á la nieve ni á los precipicios? Hablad.

—Contigo no tengo miedo de nada, me respondió.

—Pues ea, que ya es hora de preparar por esos riscos.

El doctor me dijo que estaba listo; pero en el momento de cerrar la puerta creó que el valor le faltó un poco, porque la llave no podía sacarla de la cerradura. Daba vueltas y revueltas, hasta que me dijo:

—Mira, Balmat, haremos bien en tomar otros dos guías.

—No señor, le respondí, ó yo subiré solo con vos ó subireis con los otros; quiero ser el primero y no el segundo.

Reflexionó un instante, sacó la llave, se la metió en el bolsillo y me siguió maquinalmente con la cabeza baja. Al cabo de un rato me néo la cabeza.

—Bueno, me dijo, me fio de tí, Balmat...

—Adelante y en gracia de Dios.

Después se puso á cantar, pero no muy afinado. El doctor no iba muy contento. Entonces le cogí del brazo y le dije:

—Es necesario que nadie sepa nuestro proyecto mas que nuestras mugeres.

Una tercera persona entró en la confianza, y esta fué la tendera en cuya tienda nos habíamos visto obligados á comprar jarabe para mezclar con el agua, siendo demasiado fuertes para aquel viaje el vino ó el aguardiente. Como ella sospechaba alguna cosa, se lo manifestamos todo, invitándola á mirar al día siguiente á las nueve de la mañana hácia el lado de la cúpula del Góiter, á cuya hora debíamos hallarnos allí ya, si no nos sucedía alguna desgracia ó contratiempo.

Arreglados nuestros asuntos y despedidos de nuestras mugeres, partimos á las cinco de la tarde, tomando el uno por la derecha y el otro por la izquierda del Arro, á fin de que nadie pudiese sospechar nuestro proyecto y nos reunimos en el lugar de la Cote. Aquella misma noche fuimos á dormir encima de la Cote entre la nevera de Bossons y la de Tacconay. Yo me habia llevado una manta, de la cual me serví para abrigar al doctor envolviéndolo como á una criatura, y gracias á esta precaucion pasó bastante buena noche: en cuanto á mí dormí de un tirón hasta cerca de la una y media. A las dos apareció la línea blanca, y pronto después salió el sol hermoso y brillante, sin nubes ni niebla, prometiéndonos en fin, un famoso día. Desperté al doctor y nos pusimos en camino.

Al cabo de un cuarto de hora entramos en la nevera de Tacconay. El doctor temblaba un poco al dar los primeros pasos en aquel mar, entre aquellas aberturas cuya profundidad no puede medir la vista, sobre aquellos puentes de hielo que se sienten crujir debajo de uno, y que si llegasen á hundirse os hundirían

también con ellos; pero poco á poco cobró aliento viéndome á mí, y salimos del paso sanos y salvos. Inmediatamente empezamos á trepar por las Grandes-Mulas, que pronto dejamos detrás. Enseñé al doctor el lugar donde yo habia pasado la primera noche, hizo un gesto muy significativo, callóse unos diez minutos; y deteniéndose de pronto:

—¿Crees tú, Balmat, me preguntó, que llegaremos hoy á la cima del Monte Blanco?

Yo comprendí bien de lo que trataba y le tranquilicé riendome, pero sin prometerle nada. Subimos aun así por espacio de dos horas desde la llanura habia comenzado á correr un vienteccillo, que cada vez se hacia mas vivo á medida que adelantábamos; pero así que llegamos al saliente de una roca que llaman la Mula Pequeña una ráfaga de viento se llevó el sombrero del doctor. Al voto redondo que echó, volvíme y vi su sombrero que iba revoloteando hácia la parte de Cormayor. Comtemplábase marcharse con los brazos abiertos.

—¡Oh! despedíos de él para siempre, doctor, le dije, ¡ya no volveréis á verlo mas! ¡Se va hácia el Piamonte! ¡Buen viaje!

Parecía que el viento habia tomado gusto á la burla, pues apenas habia dicho esto, cuando otra ráfaga nos obligó á echarnos en el suelo boca abajo para no irnos tras del sombrero, y en diez minutos no nos pudimos levantar. El viento azotaba la montaña y pasaba silbando sobre nuestras cabezas, y llevando torbellinos de nieve grandes como una casa. El doctor se hallaba desalentado, y yo no pensaba mas que en la tendera que á aquella hora debia estar mirando la cúpula del Góiter: así á la primer tregua que nos dió el viento me puse en pie; pero el doctor no quiso seguirme si no á gatas. Así llegamos á una punta desde donde podíamos descubrir el pueblo. Allí saqué mi antejo de larga vista, y á doce mil pies debajo de nosotros en el valle, distinguí á nuestra buena comadre, á la cabeza de mas de cincuenta personas que se disputaban los anteojos unos á otros para mirarnos. Una consideracion de amor propio decidió al doctor á ponerse en pie; al momento que lo hubo hecho vimos que los del pueblo nos reconocian, al doctor por su levita y á mí por mi traje habitual. Los del valle nos hicieron señas con los sombreros, y yo les respondí con el mio. El doctor no pudo, por que el suyo estaba ausente con licencia absoluta.

Paccard habia gastado toda su energia en levantarse, y ni mis esfuerzos ni el estímulo que debian darle las señas de los del valle, podian determinarle á continuar subiendo mas. Después de haber agotado en vano toda mi elocuencia, y cuando vi que perdía el tiempo, le dije que procurase estar lo mas caliente que pudiese, moviéndose mucho; me escuchaba sin oírme y respondia *si, si*, para desembarazarse de mí. Comprendí que debia tener frio, yo mismo estaba abotagado; de-

jéle la botella y me marché solo, diciéndole que volvería á buscarlo. *Si, si*, me respondió. Recomendéle de nuevo que no estuviere quieto en un solo sitio, y marchéme. Aun no habia dado treinta pasos cuando volviendo la cabeza lo vi, que en vez de correr y saltar, se habia sentado de espaldas al viento, lo cual no dejaba de ser una excelente precaucion.

De allí en adelante el camino no presentaba una gran dificultad, pero á medida que iba subiendo el aire se hacia menos respirable. Veíame obligado á pararme de diez en diez pasos como un tísico, me parecia que ya no tenia mas pulmones y que mi pecho estaba vacío. Doblé entonces mi pañuelo á manera de corbata, me lo até sobre la boca, y empecé á respirar al través de él, con lo cual me alivié un poco. Sin embargo, cada vez sentia mas y mas frio, tardé una hora para andar un cuarto de legua. Caminaba con la cabeza baja, pero viendo que me hallaba en una punta que no conocia, levanté la cabeza, y vi que al fin habia llegado á la cumbre del Monte Blanco.

Entonces volví los ojos en mi derredor, temblando por sí acaso me engañaba, y de miedo de ver otra aguja ó alguna nueva punta, porque no habria tenido fuerza para subirla; las articulaciones de mis piernas parecian sostenerse solamente con el auxilio de mi pantalón.—Pero no, no. Yo habia llegado al término de mi viaje, habia llegado allí á donde nadie habia llegado, ni aun las águilas ni los gamos; habia llegado solo y sin mas socorro que mi fuerza de voluntad; parecia que era dueño de cuanto me rodeaba: yo era el rey del Monte Blanco, yo era la estatua de aquel inmenso pedestal.—¡Ah!

Entonces me volví hácia Chamouny, agitando mi sombrero á la punta de mi palo, y por medio de mi antejo, vi que los del pueblo respondian á mis señas. Mis vasallos del valle me habian visto, y todo el pueblo se hallaba en la plaza.

Pasado aquel primer momento de exaltacion, pensé en mi pobre doctor. Bajé hácia él tan aprisa como pude, llamándole por su nombre, y asustado, no oyéndole, respondí; al cabo de un buen rato, le vi á lo lejos rondando como una bola, sin hacer movimiento alguno, á pesar de los gritos que yo le daba, y que seguramente llegaban á sus oídos. Le hallé con la cabeza entre las piernas, encogido y hecho un ovillo. Toquéle en la espalda, y levantó maquinalmente la cabeza: dijele que habia llegado á la cúspide del Monte Blanco, y parece que esto le fué bastante indiferente, pues no me respondió mas que para preguntarme dónde podria echarse á dormir.

Le dije que él habia subido para llegar á lo mas alto de la montaña, y que subiria. Le sacudí para volverlo en sí, le cogí por debajo de los sobacos y le hice dar algunos pa-

sos. Estaba entumecido y lo mismo le daba ir á un lado que á otro, y lo mismo subir que bajar. Sin embargo, el movimiento que yo le obligué á hacer le restableció un poco la circulacion de la sangre, y entonces me preguntó si por acaso tenia en mi faltriquera unos guantes como los que yo llevaba en mis manos. Eran estos de piel de liebre, que yo me habia hecho espresamente para mi escursion sin separacion entre los dedos. En la situacion en que yo mismo me hallaba, le hubiese negado los dos á mi hermano; le di, pues, uno.

A las seis, poco mas, estábamos en la cima del Monte Blanco, y aunque el sol despedia un vivo resplandor, el cielo nos parecia de un azul, subido y veíamos brillar en él algunas estrellas. Cuando dirigiamos los ojos hácia abajo, no veíamos mas que hielos, nieves, rocas, agujas, picos descarnados. La inmensa cadena de montañas que recorre el Delfinado y se estiende hasta el Tirol, ostentaba sus cuatrocientas neveras resplandecientes de luz. Apenas el verdor parecia ocupar lugar en la tierra. Los lagos de Ginebra y de Neuchâtel no eran mas que unos puntos azules casi imperceptibles. A nuestra izquierda se estendia la Suiza montañosa, y mas allá la Suiza de las praderas parecida á una rica alfombra verde; á nuestra derecha todo el Piamonte y la Lombardia hasta Génova; enfrente teníamos la Italia. Paccard no veia nada, yo se lo contaba; en cuanto á mí, yo no padecía, no estaba cansado ni sentia apenas aquella dificultad de respirar que poco antes casi me habia hecho desistir de mi empresa. Así estuvimos mas de treinta minutos.

Eran las siete de la noche, no nos quedaban mas que dos horas y media de día, por lo que era preciso partir. Cogí á Paccard por debajo del brazo y haciendo con mi sombrero la última seña á los del valle, empezamos á bajar. Ningun camino trazado nos dirigia, el viento era tan frio que la nieve no estaba derretida ni aun en la superficie, sin hallar mas señal que los agujeros que habian hecho nuestros palos al subir. Paccard no era mas que un niño, sin energia y sin voluntad á quien yo guiaba en el buen camino, llevándolo á cuestas en el malo. Cuando pasamos la grieta empezaba á anochecer, y en la grande llanura era ya de noche. Paccard se detenía á cada paso, declarando que no queria andar mas, y á cada paso, le hacia yo andar no por persuasion, porque de esto nada entendia si no á la fuerza. A las once salimos al fin de las regiones heladas y pusimos el pie sobre tierra firme; hacia ya una hora que habíamos perdido toda reverberacion del sol: entonces permití á Paccard que se parase, y me preparaba á envolverle de nuevo en la manta, cuando advertí que ya no se valia de las manos. Hicéselo observar, y me respondió que no era extraño, pues que no las sentia. Quitéle sus guantes, y sus manos estaban blancas y como muertas, y yo mismo tenía

paralizada la mia en que me habia puesto su guante fino de piel en vez del de liebre que yo dejé. Decíale que entre los dos teníamos tres manos heladas, pero esto le importaba poco, puesto que no pedía mas que donde acostarse y dormir. Dijome que me frotase con nieve la parte entumecida; el remedio no estaba lejos. Hicelo así empezando por él y acabando por mí. Luego pronto volvió á entrar en reaccion la sangre, y con ella volvió el calor; pero con unos dolores tan agudos cual si nos hubiesen picado las venas con agujas. Envolví á mi pobre muñeco en la manta, y lo acosté al abrigo de una roca, comimos un bocado, bebimos un trago, y arriándonos mucho el uno contra el otro, cuanto pudimos, nos dormimos.

A la mañana siguiente á las seis, Paccard me despertó. — ¡Qué extraño es esto! me dijo Balmat: oigo cantar los pajarillos y no veo la luz, sin duda no podré abrir los ojos.

Advertid que los tenia bien abiertos. Respondite, que sin duda alguna se engañaba y que debía ver muy bien. Entonces me pidió un poco de nieve que derritió con aguardiente en el hueco de la mano, y se frotó los párpados; pero no por esto vió mas, solamente que los ojos le escocian mas fuertemente.

—Veamos, parece que me he vuelto ciego, Balmat. Y ahora, ¿cómo haré para bajar?

—Agarraos á la correa de mi morral y venid detrás de mí, este es un medio.

Así bajamos y así llegamos al pueblo de Cotte. Allí, como temia que mi muger no estuviese alarmada, dejé al doctor que se fué á su casa, palpando con su palo, mientras yo volví á la mia, y entonces, y solo entonces, vi cómo venia. Yo mismo no me reconocia. Tenia los ojos encarnados, la cara negra y los labios amarrotados; cada vez que reia ó bostezaba me brotaba la sangre de los labios y megillas, y por último no podia mirar á la luz.

Cuatro dias despues sali para Ginebra, á fin de hacer saber á Mr. de Saussure que yo habia llegado á escalar el Monte Blanco pero ya lo sabia, pues se lo habian dicho unos ingleses. Vinose inmediatamente conmigo y probamos la ascension; pero el tiempo no nos dejó subir mas arriba de la montaña de Cotte, y hasta al año siguiente no se pudo completar su gran proyecto.

—¿Y el doctor, Paccard, dije yo, ha quedado ciego?

—¡Ah sí, ciego! Hace once meses que ha muerto, á la edad de setenta y nueve años, y aun leia sin gafas. No tenia mas que los ojos sumamente encarnados.

—¿De resultas de la subida?

—No señor, no.

—¿Pues entonces, de qué?

—El buen hombre empinaba un poco el codo...

Al decir esto Balmat apuró su tercera botella.

EL MAR DE HIELO.

Habia citado á Payot para el dia siguiente á las diez de la mañana, el paseo que deviamos de hacer era de seis á siete leguas de ida y vuelta; vino á buscarnos cuando acabamos de almorzar, habia estado la víspera y cuando nos dejó, fué á acompañar á Balmat un corto trecho, y le habia dejado muy satisfecho de mí, y me prometió venir á visitarme al anoecer.

A la salida del pueblo, Payot se quedó atrás para hablar con una muger que encontró; como el camino se dividia á los cien pasos nos paramos ignorando cual de los dos caminos era preciso tomar; apenas Payot nos vió indecisos, vino á nosotros, y nos dijo para escusarse de la duda momentánea en que nos habia puesto.

—Estaba hablando con Maria.

—¿Quién es esa Maria?...

—Es la única muger de la tierra que haya jamás subido al Monte Blanco.

—¿Cómo es eso, esa muger? Me volví para mirarla.

—Sí, esa muger es un huron, imaginaos que en 1814 los habitantes de Chamouny se dijeron una mañana; bueno y hermoso es el conducir todos los dias á los estrangeros á la cumbre del Monte Blanco por gusto suyo, ¡si subiésemos un dia solo por el nuestro! Dicho y hecho, convinieron que al domingo siguiente, si habia buen tiempo, los que quisiesen hacer parte de la caravana se reunirían en la plaza. A la hora citada, Jaime Balmat, que habiamos hecho nuestro capitan, nos encontró á todos reunidos; éramos en todos siete incluso él: los cuales eran Victor Terraz, Miguel Terraz, Maria Frasseron, Eduardo Balmat, Jaime Balmat y yo. Al tiempo de marchar, nos sorprendió al ver dos mugeres que llegaban para hacer la ascension con nosotros. La una de ellas llamada Eufrosina Ducrop, daba el pecho á un niño de siete meses. Balmat no quiso recibirla en la compañía; la otra que es la que acabais de ver, no estaba aun casada, y se llamaba Maria Paradis. Jaime Balmat se aproximó á ella, la tomó las dos manos y la miró fijamente.

—¿Pero qué, hija mia, estais decidida á venir con nosotros?

—Sí.

—¿Es que no necesitamos lloriqueos, lo entendéis?

—No haré mas que reir en todo el camino.

—No exijo eso, puesto que siendo yo un lobo viejo de la montaña, no me comprometeria á hacerlo, únicamente se os pide el que seais valiente y tengais ánimo; si os sentis con valor para marchar, dirigios á mí y aunque hu-

biese que llevaros sobre mis espaldas, os prometo que ireis á donde vayan los demas; ¿lo entendéis?

—Bien, contestó Maria tendiéndole la mano.

Arreglados todos de este modo emprendimos el viage.

Al anoecer, como de costumbre, se acostaron en las Grandes-Mulas: como las jóvenes tienen el sueño agitado, y que soñando hubiesen podido caer en el barranco, del cual os ha hablado Balmat, la pusimos entre nosotros, cubriéndola con vestidos y mantas; pasó por consiguiente una noche bastante buena.

Al dia siguiente, al amanecer todo el mundo estaba levantado; cada uno sacudió sus orejas, se sopló los dedos y emprendimos la marcha; muy pronto llegamos á un sitio escarpado, y nos encontramos delante de una especie de pared de mil doscientos á mil cuatrocientos pies de altura, y cuando digo una pared, bastará que os explique el modo con que lo subimos para que convengais que nada exagero en esto. Jacobo Balmat, que sabia el primero, no podia bajarse bastante para dar la mano al segundo de nosotros; entonces le alargó la pierna, sosteniéndose con su palo metido en el hielo, hasta que el segundo guia, agarrándose á su pierna, procuró coger el baston. En seguida Balmat tomando otro baston de las manos del segundo guia, lo ponía mas alto y recomenzaba la misma manobra, que esta vez, se estendia del segundo al tercero, y á medida que subian despues, del tercero á los demás, formando un camino pegado al hielo como un reguero de hormigas contra la pared de un jardin.

—Y Maria, interrumpi yo, ¿á quien alargaba la pierna?

—¡Ah! Maria subió la última, contestó Payot; ademas nosotros no estábamos para mirar nada. Unicamente nos haciamos cargo, que si el primer baston llegaba á romperse, calamitos todos y á medida que subiamos, reflexionáramos mas y mas sobre esto; en fin, no hubo que deplorar ninguna desgracia, y ni aun á Maria le sucedió nada; pero apenas llegamos arriba, fuese cansacio de la subida, ó por medio de reflexion, sintió que sus piernas le flaqueaban; entonces se aproximó riendo á Balmat, y le dijo en voz baja á fin de que los otros no le oyesen: Mas despacio Jaime el aire me falta, haced como que sois vos el que está cansado. Balmat siguió mas despacio, Maria se aprovechó de esta pausa para comer nieve á puñados, en vano la dijimos que la crudeza de la nieve la haria daño en el estómago. Era como si hablásemos al aire. Al cabo de diez minutos empezó á desfallecer; Balmat no bien lo vió llamó á otro guia, la tomaron en los brazos y la ayudaron á andar. En aquel momento, Victor Terraz se sentó y dijo: que ya no podia dar un paso mas. Balmat me hizo señas para que fuese á tomar el brazo de Maria en lugar suyo,

se fué hácia Terraz que ya empezaba á dormirse y le sacudió vigorosamente.

—¿Qué me quereis? dijo Terraz.

—Quiero que vengas.

—Y yo quiero quedarme, soy libre de hacerlo.

—Te engañas.

—¿Me quereis decir por qué?

—Porque hemos salido siete y todos saben que somos siete los que hemos salido, y en llegando á la llanura nos podrán distinguir desde Chamouny las gentes del pueblo; verán entonces que no somos mas que seis, creerán que ha sucedido alguna desgracia á alguno, y como no sabrán á cuál, pondrán en consternacion á siete familias.

—Teneis razon, Balmat, dijo Terraz levantándose.

No se unieron á nosotros los dos rezagados hasta llegar á la punta del Monte Blanco, Maria estaba casi desmayada; sin embargo, se reanimó un poco y dirigió la vista al inmenso horizonte que se descubria, la digimos riendo que la dábamos por dote todo el pais que pudiese descubrir. Entonces Balmat añadió: ya que está dotada es necesario casarla: señores, ¿quién es el guapo que quiera casarse aqui?

—Nadie se presentó, escepto Miguel Terraz que me pidió media hora para reflexionarlo.

Como no podiamos estar mas que diez minutos poco mas ó menos, no se pudo aceptar la proposicion; así es, que en seguida que hubimos visto aquello, Balmat nos dijo: hijos míos, esto es muy bueno, muy hermoso, pero el tiempo pasa. En efecto, el sol se marchaba, y nosotros hicimos lo mismo.

A la mañana siguiente cuando descendimos á Chamouny nos encontramos todas las mugeres del pueblo que esperaban á Maria para preguntarle detalles sobre su viage, ella contestó que habia visto tantas cosas que seria muy largo contarlas; pero que si tenian curiosidad de conocerlas, no tenian que hacer, mas que hacer ellas mismas el viage. Ni una siquiera aceptó.

Desde este tiempo, Maria ha quedado la heroína de Chamouny como Jaime es el héroe y dividen entre sí la curiosidad de los estrangeros y el sobrenombre de Monte Blanco. A cada nueva ascension va á establecerse un poco mas arriba de la aldea de Cote, y allí prepara una comida que los viajeros nunca dejan de aceptar á la vuelta, y huésped y convidados con el vaso en la mano brindan por los peligros del viagero y el buen éxito de las nuevas ascensiones.

—¿Suelen suceder algunas desgracias? pregunté.

—A Dios gracias, me respondió Payot, nunca ha habido mas que guias que han muerto. Dios ha preservado siempre á los viajeros.

—Efectivamente, Balmat hablaba ayer de un barranco en que cayó Contet; pero me parece que entendi que lo habian sacado.

—Es verdad, aunque vió la muerte bien cerca, está hoy día tan sano y fuerte como yo; pero otros tres quedaron sepultados con doscientos pies de nieve sobre el cuerpo; así en las noches claras se ven revolotear tres llamas encima del barranco donde están sepultados; son sus almas que reviven, pues no es una sepultura cristiana un ataúd de hielo y una mortaja de nieve.

—¿Y cuáles son los detalles de ese suceso?

—Escuchad, caballero, me dijo Payot, con una repugnancia marcada, probablemente antes de salir de Chamouny encontraréis á Coutet, él mismo os la contará; en cuanto á mí no era de la expedición. Vi que la impresión que le dejaba el recuerdo de este accidente era tan profunda y triste que no tuve valor para insistir; por otra parte él se apresuró á distraer mi atención de este objeto, haciéndome notar una fuente que corre á la derecha del camino.

—Es la fuente de Caillet, me dijo.

La miré con atención, y como no encontré nada de extraordinario, metí la mano pensando que sería un manantial mineral; estaba fría, entonces la probé creyendo sería ferruginosa; tenía el gusto del agua ordinaria.

—Y bien, dije levantándome: ¿qué es la fuente de Caillet?

—Es la fuente que Mr. de Floriant ha inmortalizado haciendo pasar en su orilla la primera escena de su novela Claudina.

—¡Ah! ¡ah! diablo, y no tiene otro atractivo á la curiosidad de los viajeros?

—No señor, sino es el que está situada á la mitad del camino de la subida de Chamouny al Mar de Hielo.

—¿A mitad de camino?

—¡Justo!

—Amigo mío, ¿quereis que os dé un consejo?

—Con mucho gusto, caballero.

—Pues bien, es, el de no olvidar jamás por la inmortalidad de vuestra fuente el añadir como ahora mismo habeis hecho, el segundo título al primero; vereis á cuál de los dos se muestra mas sensible el viajero.

En efecto, el camino de Montauvert es uno de los mas execrables que yo he hecho, pero sobre todo, hacia fines del año. Cuando la gente de á pie y las mulas lo han estropeado, las partes estrechas del camino se van desiguallando y dejando de ser plana la superficie convirtiéndose en un plano inclinado, es como si se marchase por un tejado de una altura de dos mil pies; un paso en falso, una distracción, un punto de apoyo que falte, le hace á uno rodar hasta el torrente de Abeyron que se oye rugir en el fondo del precipicio precediéndole siempre como para enseñarle á uno el camino, las piedras que al mas leve movimiento pierden su equilibrio y cuyo peso las arrastra. Por este feliz camino tiene uno que trepar mas bien que subir durante tres horas casi. Despues se descubre una casa perdida

entre los árboles; es la venta de las Mulas; veinte pasos mas allá se alza una casita dominando el Mar de Hielo, es la posada para los viajeros. Si notemiese el pasar por parcial por la especie humana, añadiría tambien que allí son tratados mejor los cuadrúpedos, que los vípedos, en atención á que para aquellos hay su cuadra, paja, avena, heno y salvado, lo cual para ellos equivale á una comida de cuatro principios, mientras que los vípedos no pueden conseguir en la posada mas que leche, pan y vino, lo que no equivale á un mal desayuno.

Por otra parte, la primera necesidad que se siente al llegar á la cima, no es el hambre, sino el deseo de abarcar de una sola ojeada aquella vasta naturaleza que os rodea: á derecha é izquierda el pico de Charmoz y la Aguja del Dru, que se lanzan hácia el cielo cual si fuesen los pararrayos de la montaña, enfrente el mar de hielo, un océano congelado en medio del trastorno de una tempestad, con sus olas de mil formas, que se levantan á sesenta ú ochenta pies de alto, y sus grietas que se hunden á cuatrocientos ó quinientos pies de profundidad. Al cabo de un instante de esta vista ya no os halláis en Francia ni estais en Europa, os encontráis en el Océano Artico, mas allá de la Nueva Zelanda, sobre un mar polar, á las inmediaciones de la bahía de Baffin ó del estrecho de Bering.

Quando Payot creyó que habíamos contemplado bastante de lejos el cuadro que se desarrollaba debajo de nosotros, juzgó que ya era tiempo de hacernos poner los pies en el lienzo: en su consecuencia comenzó á bajar hácia el Mar de Hielo que entonces dominá-bamos á la altura de sesenta pies, por un camino mucho mas estrecho que el de Montauvert, á tal punto que dudé un momento de si sería mejor servirme de mi palo como de un balancin para sostener el equilibrio ó como de un punto de apoyo. En cuanto á Payot, caminaba como por un camino real, sin cuidarse de mirar atrás para ver si yo le seguía.

—Decidme, valiente, le grité yo al cabo de un minuto, dándole un epíteto que en aquel momento no me podía convenientemente aplicar á mí mismo; decidme, ¿qué no hay otro camino?

—¡Tomad! ¿y os habeis sentado? me dijo: ¿qué diablos habeis ahí?

—¡Ah! ¿que qué hago? le respondí: se me va la cabeza, y ¡vive Dios! ¿creéis que yo he nacido encima de la vela de algun campanario? Vaya, me gusta la chanza! Vamos, venid á darme la mano, no tengo amor propio ni vanidad.

Payot volvió á subir hácia mí y me alargó la punta de su palo, gracias á este auxilio bajé felizmente hasta la roca, situada á siete pies casi encima de un círculo de arena fina que rodea el Mar de Hielo. Llegado allí exhalé un ¡ah! muy prolongado, tanto por respirar como

por la satisfacción que tenía de hallarme en una plataforma, pues recobrando el amor propio á medida que el peligro se había alejado, traté de probar á Payot que si yo trepaba mal, saltaba bien, y con aire desembarazado y sin decir nada, á fin de gozar el efecto que produciría en él mi agilidad, salté desde la roca á la arena.

Lanzamos dos gritos que no hicieron mas que uno, él, porque me veía hundir, y yo por que me sentía hundirme; pero como no habia soltado mi palo, lo coloqué atravesado como lo habia hecho alguna vez y en iguales circunstancias con mi fusil cazando en las lagunas. Este movimiento instintivo me salvó, pues Payot tuvo tiempo de alargarme su palo, que primero agarré con una mano y luego con la otra, y tirando hácia sí como se saca un pez con la caña, volvió á colocarme sobre la roca.

Quando estuve en pié

—¿Estais loco? me preguntó: ¿quién os hace saltar en un sumidero?

—¡Vive Dios! idos al diablo vos y vuestro maldito país, en que no se puede dar un paso sin estar espuesto á romperse la cabeza ó á quedar sepultado. ¿Conozco yo acaso vuestros sumideros?

—¡Bueno! otra vez los conoceréis, me respondió tranquilamente Payot; solo tendré el gusto de decir que si no hubieseis atravesado el palo, os hubierais hundido debajo de la nevera, de donde no hubierais vuelto á salir probablemente hasta el verano que viene, por el torrente de Arveyron. ¿Ahora quereis venir al jardín?

—¿Qué jardín es ese?

—Es una pequeña lengua de tierra vegetal, en forma de triángulo, que está situada al Norte de la nevera de Taletre y que forma la parte mas baja de esas altas puntas de montañas llamadas las Rojas. ¿Las veis allá abajo?

—Sí, muy bien. ¿Y qué se hace allí?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué se vá?

—Para decir que se ha estado.

—Pues amigo mío, yo no lo diré, y hemos concluido.

—¿Pero á lo menos bien quereis dar una vueltecita por el Mar de Hielo?

—Estoy á vuestra disposición, por que sé correr patines.

—No importa; dadme siempre el brazo, no sea que hagais alguna nueva imprudencia.

—¡Yo! no lo creais, he salido de una, y no volveré á meterme en otra. Estad seguro que os seguiré como vuestra sombra.

Le cumplí, ó mas bien me cumplí religiosamente la palabra: anduvimos, yendo él delante y yo detras, casi un cuarto de legua sobre aquel mar, cuya estension no puede medirse hasta hallarse en medio de sus olas, cuyos horribles crujidos parecen quejas desconocidas que suben desde el centro de la tierra hasta

su superficie. Yo no sé si acaso por efecto de una organizacion mas impresionable y nerviosa que la de los demas, en medio de aquellos grandes trastornos de la naturaleza, aun que se me demostró que no corría riesgo alguno real, esperimé una especie de espanto físico al verme tan pequeño y perdido en medio de tan grandes cosas; un sudor frio cubrió mi frente, palidecí, se me alteró la voz, y si no me hubiese evitado aquel mal estar alejándome de los sitios que lo producian hubiese concluido por desmayarme. Así aunque no tenía ningun miedo, puesto que no habia peligro alguno, sin embargo, no pude permanecer en medio de aquellas grietas abiertas á mis pies y de aquellas olas heladas suspendidas sobre mi cabeza: tomé el brazo de mi guía y le dije:

—Vámonos.

Payot me miró.

—En efecto, ¿estais pálido?

—No me siento bien.

—¿Qué teneis?

—Me mareo.

Payot se echó á reir y yo tambien.

—Vamos, añadió, no estais muy malo cuando os reis, bebed un trago y eso os responderá.

En efecto, apenas hube puesto el pié en tierra se me pasó la indisposición. Payot me propuso el seguir la orilla del Mar de Hielo hasta llegar á la Piedra de los Ingleses. Preguntéle qué piedra era aquella.

—¡Ah! me dijo, la hemos llamado así porque los dos primeros viajeros que llegaron hasta aquí, sorprendidos por la lluvia, se han refugiado debajo de la bóveda que forma, y han comido allí. Estos dos viajeros eran unos ingleses que en una escursión habian descubierto á Chamouny, cuya existencia se ignoraba, por hallarse colocado este lugar en un valle, donde sin necesidad de comercio exterior se encuentra todo lo necesario para la vida. Ignorábase de tal modo que hombres habitaban aquel país desconocido, que entraron en él armados de pies á cabeza, junto con sus criados, pensando tener que habérselas con salvajes; en lugar de esto hallaron una gente que los recibió de buen corazón, y que ignorantes ellos mismos de las bellezas que los rodeaban no habian pensado jamás en explorar la sólida corriente de aquella Mar de Hielo cuya estremidad bajaba hasta el valle; el reconocimiento nos ha hecho consagrarles esta piedra donde encontraron un abrigo, porque viniendo aquí y diciendo los primeros al mundo entero lo que habian visto, han hecho la fortuna de este país.

Al acabar estas palabras Payot me enseñó una roca formando bóveda sobre la que estaba grabada esta inscripción recordando los nombres de los viajeros y el año de su viage.

Después de haber dado una vuelta en derredor de la piedra, tomamos el camino de la posada. Al entrar en el único cuarto de que se compone vi á un hombre de rodillas y con las manos en el suelo, que soplabá el fuego con la boca: Payot me detuvo en la puerta;

—¿Queriais ver á Maria Coutet? me dijo.

—¿Quién es Maria Coutet? respondí, tratando de acordarme.

—El guía que se vió arrastrado por un alud.

—Si, si, seguramente, tengo deseos de verlo.

—Pues bien, es ese que sopla el fuego; desde que estuvo á punto de helarse se ha vuelto friolero como una marmota.

—¿Cómo! ¿es ese el hombre que cayó en la grieta de la gran llanura?

—El mismo.

—¿Crecis que querrá contarme su desgracia?

—Ciertamente, aunque no sea una cosa alegre, es una cosa curiosa, y nosotros estamos aquí para satisfacer la curiosidad de los viajeros.

Aparenté no advertir la especie de amargura con que pronunció estas palabras. Llamé al amo de la posada, á fin de que trajese una botella de vino y tres vasos, los llené, y tomando uno en cada mano, me dirigí á Coutet.

Al oírme ir hácia él se levantó. Presentéle el vaso, que aceptó con una sonrisa que en el mundo no he visto tan cordial como en los habitantes de la Saboya.

—A vuestra salud, le dije, amigo mio, y que Dios quiera que no nos hallemos nunca mas en un peligro igual como el que habeis corrido!...

—¿Querreis hablar de mi cabriola en la grieta? respondió Coutet.

—Precisamente.

—Lo cierto es (Coutet interrumpió la frase para apurar su vaso), lo cierto es que pasé un mal cuarto de hora, continuó dejando el vaso sobre la mesa y enjugándose la boca con el revés de su mano.

—¿Tendreis la bondad de decirme algunos detalles sobre este acontecimiento? le repliqué.

—Todos cuantos querais, caballero.

—Sentémonos entonces.

Dile el ejemplo que fué imitado, llené los vasos de los dos guías, y Coutet comenzó su relacion.

MARIA COUTET.

En 1820, llegaron á Chamouny el coronel inglés Anderson y el doctor Hamel, enviado por el emperador de Rusia para hacer experiencias meteorológicas sobre las montañas mas elevadas del globo. Apenas llegaron manifestaron su intencion de subir al Monte Blanco, y dispusieron todos los preparativos necesarios para aquella expedicion; ya se habian verificado antes nueve ascensiones sin suceder desgracia alguna (1).

El dia señalado, hallaron listos los diez guías. Tocábame á mí el turno de ser guía en jefe: tomé el mando, pues, de la pequeña caravana: los que marchaban á mis órdenes eran Julian Devoisson, David Jolliguet, los hermanos Pedro y Mateo Balmat, Pedro Carriez, Augusto Terre, David Coutet, José Folliguet, Jaime Coutet, Pedro Fabret; trece entre todos, incluso los dos viajeros.

Posimonos en marcha á las ocho de la mañana con buen tiempo, en apariencia, llegamos á las tres de la tarde á las Grandes-Mulas, donde nos detuvimos, porque sabiamos que nos faltaria bastante dia para llegar á la cima del Monte Blanco, y que en lo mas alto no encontraríamos sitio favorable para hacer alto de noche. Nos sentamos por consiguiente en una especie de rellano donde todavia encontramos los restos de la cabaña que allí habia hecho construir Mr. de Saussure, y preparamos la comida, invitando á los viajeros á que comiesen para veinte y cuatro horas, pues á medida que irian subiendo, debian perder no solamente

(1) Los que las habian efectuado fueron:
8 de agosto de 1786, Jaime Balmat, de Chamouny.

8 de agosto de 1786, el doctor Pascard, de Chamouny.

3 de agosto de 1787, Mr. Saussure, de Ginebra.
9 de agosto de 1787, el coronel Beaufoy, inglés.

3 de agosto de 1788, Mr. Woodley, inglés.
10 de agosto 1802, el baron de Boorhesen, de Curlandia.

10 de agosto de 1802, Mr. Forneret, de Lausana.

18 de setiembre de 1812, Mr. Rhodas, de Hamburgo.

4 de agosto de 1818, el conde Matezeski, polaco.

19 de junio de 1819, el doctor Ronsalaer, americano.

19 de junio de 1819, Mr. Howard, americano.
13 de agosto de 1819, el capitán Undrell, inglés.

Las ascensiones que han tenido lugar despues han sido hechas:

18 de agosto de 1822, por Mr. Federico Clissold, inglés.

4 de setiembre 1822, por Mr. Jackson, inglés.
26 de agosto de 1825, por el doctor Edmundo Clarke, inglés.

26 de agosto de 1825, por el capitán Markham Sherwill, inglés.

te el apetito, sino aun toda posibilidad de comer. Después de la comida se habló de las anteriores ascensiones, de las grandes dificultades, felizmente vencidas. Estos antecedentes, nos daban esperanza y buen humor: el tiempo se pasó sin sentir, oyendo la relacion de los que ya habian hecho el viage. Llegó la noche sin que hubiese un solo instante de duda, miedo ó fastidio; entonces nos estrechamos unos contra otros, sobre una capa de paja echando unas mantas; se hizo una tienda de campaña con las sábanas, y cada cual pasó una noche tanto buena como mala.

Al dia siguiente por la mañana me desperté el primero, y levantéme en seguida, di algunos pasos fuera de nuestra tienda, una ojeada me bastó para ver que habiamos perdido el tiempo por aquel dia, y volví á entrar meneando la cabeza.

—¿Qué hay de nuevo, Coutet? me preguntó Devoisson.

—Hay, respondí, que el viento ha cambiado y viene de Mediodía.

En efecto, el viento soplabá de aquel lado arrojando delante la nieve como una polvareda. Al ver esto nos miramos unos á otros, y de comun acuerdo determinamos no pasar mas adelante. Esta resolucioin se llevó adelante á pesar de las instancias del doctor Hamel, que queria ensayar si se podría continuar el viage; todo lo que pudo conseguir de nosotros fué que aguardariamos á la mañana siguiente para bajar al lugar. El dia se pasó tristemente, al principio no nevaba mas que en la cumbre del Monte Blanco, pero poco á poco empezó á bajar la nieve hasta el sitio, en que estábamos, cual una amiga que cree deber venir hasta nuestra puerta para avisarnos del peligro.

Llegó la noche. Las mismas precauciones fueron tomadas que el dia anterior, y la pasamos como habiamos pasado la primera. Amaneció el dia; nos mostró el tiempo tan amenazador como la víspera; nos reunimos en consejo y al cabo de diez minutos de deliberacion resolvimos volvernos á Chamouny: dimos parte de esta resolucioin al doctor Hamel que se opuso formalmente. Estábamos á sus órdenes, nuestro tiempo y nuestra vida eran suyos, porque los pagaba: no insistimos, pues, únicamente echamos á suerte para saber quienes de nosotros se volverian á Chamouny para buscar mas viveres; designó la suerte á José Folliguet, á Jaime Coutet y á Pedro Fabret, que partieron inmediatamente.

A las ocho de la mañana, el doctor Hamel cansado de la tenacidad del tiempo, no solo no se contentó con permanecer mas en donde estábamos, si no que se empeñó en continuar el viage. Si á alguno de nosotros se le hubiese ocurrido esta idea lo hubiésemos tomado por un loco y le hubiésemos amarrado las piernas á fin de que no pudiese dar un paso: pero el doctor ignoraba los peligrosos caprichos de la

montaña; nos contentamos, pues, con contestarle que hacer dos leguas solamente, á pesar de los avisos que el cielo y la tierra nos daban, era desafiar á la Providencia y tentar á Dios. El doctor Hemel dió una patada en el suelo y se volvió hácia el coronel Anderson; murmurando la frase *cobardes*.

Desde entonces no se pudo vacilar: cada uno se puso á hacer sus preparativos de marcha silenciosamente: al cabo de cinco minutos pregunté al doctor si estaba pronto á seguirnos; hizo señal que si con la cabeza, porque aun nos guardaba rencor; partimos sin aguardar á los compañeros que habian bajado al pueblo.

Contra toda probabilidad, el principio de nuestra marcha se hizo sin ningun accidente. Llegamos así al pequeño llano, y despues de haber trepado la cúpula del Gouter bajamos hácia la gran llanura. Llegados allí teniamos á nuestra izquierda un barranco que tiene por lo menos sesenta pies de anchura y ciento veinte de largo; á la derecha la cuesta del Monte Blanco que se elevaba en vertiente rápida á la altura de mil pies sobre nuestras cabezas; á nuestros pies doce ó quince pulgadas de nieve reciente y fresca caía durante la noche y en la cual nos hundiamos hasta las rodillas. Acabábamos de entrar en las ventiscas y el viento amenazaba ser cada vez mayor y mas fuerte á medida que subiamos; nuestra marcha sobre una sola linea se hacia de esta manera: Augusto Terre marchaba el primero, Pedro Carriez el segundo, y Pedro Balmat el tercero; despues seguian detrás Mateo Balmat, Julian Devoisson y yo; á seis pasos de distancia, poco mas ó menos, nos seguian David Coutet y José Folliguet, y detrás avanzaban los últimos á fin de que se aprovecharan del camino que nosotros les trazábamos, el coronel Anderson y el doctor Hamel (1). La precaucion que habiamos tomado para salvarnos, fué probablemente la que nos perdió: al marchar en linea recta cortábamos como con la reja de un arado aquella nieve blanda y reciente que todavia no tenia consistencia; por otra parte, la pendiente era demasiado rápida para mantener el equilibrio, así es que debió resbalarse.

En efecto, de repente oímos un ruido sordo como el de un torrente oculto, y al mismo instante desde el alto del pico hasta el sitio en que nuestros pasos habian abierto un camino de diez ó doce pulgadas de profundidad, la nieve hizo un movimiento; inmediatamente vi cuatro de los cinco hombres que me precedian

(1) Este órden de marcha no era inspirado por las circunstancias, y si solo una costumbre de los guías adoptada para preservar en lo posible de todo peligro al viajero. De esta manera se concibe que si hay algun barranco oculto en el camino ó se rompe alguna capa de hielo demasiado delgada, el accidente que pueda ocurrir lo sufren uno de los once guías que preceden al viajero y no éste que marcha sin peligro ni cuidado por una senda abierta y trillada.

caer con los pies al aire; uno solo me pareció quedaba de pie; despues senti que las piernas me flaqueaban y cai gritando con toda mi fuerza: ¡La avalancha! ¡estamos perdidos!!!... Me senti arrastrado con tal rapidez que rodando como una bola debí haber corrido el espacio de cuatrocientos pies en el intervalo de un minuto. En fin, conoci que el terreno me faltaba y que mi caída era perpendicular; me acuerdo que dije entonces: ¡Dios mio, tened piedad de mí! y que al mismo tiempo me encontré en el fondo de un barranco tumbado en un monton de nieve, en donde casi al mismo tiempo y sin conocerlo oi precipitarse otro de mis compañeros.

Quedé un instante aturdido por la caída, despues oi encima de mí una voz que se lamentaba, era la de David Coutet.

—¡Oh mi hermano, mi pobre hermano! decía, mi hermano está perdido.

—No, le grité, hème aquí, David y otro conmigo; Mateo Balmat ha muerto?

—No, valiente, no, me respondió Balmat, estoy vivo y hème aquí para ayudarte a salir. Y en el mismo instante se dejó resbalar á lo largo del barranco y cayó cerca de mí.

—¿Cuántos se han perdido? le pregunté.

—Tres, puesto que hay uno contigo.

—¿Cuáles son?

—Pedro Carriez, Augusto Terre y Pedro Balmat.

—Y á esos señores, ¿les ha pasado algo?

—No, á Dios gracias.

—Pues bien, probemos á sacar de aquí al que yo he visto caer conmigo y que no debe estar lejos.

En efecto, al volvernos descubrimos un brazo que salía fuera de la nieve; era el de nuestro pobre camarada. Tirámosle del brazo para descubrir su cabeza que estaba tapada con la nieve; aun no había perdido el conocimiento, únicamente no podía hablar y tenía la cara amoratada como un asfixiado; no obstante, al cabo de algunos segundos se puso en pie, mi hermano nos echó una hacha con la que abrimos escalones en el hielo; llegados á cierta altura, nuestros camaradas nos alargaron sus palos, y tiraron de nosotros.

Apenas estuvimos fuera del barranco, vimos al coronel Anderson y el doctor Hamel, que nos dieron las manos diciendo:

—Vamos, valor, ya se han salvado dos, también salvaremos á los demás.

—Los demás están perdidos para siempre, respondió Mateo Balmat, porque aquí es donde yo los he visto desaparecer; nos condujo entonces hácia el centro del barranco y vimos que no había esperanza alguna de salvarlos; nuestros desgraciados amigos debían tener sobre su cabeza mas de doscientos pies de nieve.

Mientras escarbábamos con nuestros palos, contó cada uno lo que había sentido. Cuando caímos, Mateo Balmat fué el único que se

quedó en pie. Era un mozo de prodigiosa fuerza, de modo que así que vió que la nieve recién caída resbalaba, clavó su palo en la nieve helada, que había debajo, y levantándose á fuerza de puños, en menos de dos minutos vió pasar por debajo de sus pies aquel alud de media legua que arrastraba á su hermano y á sus amigos con un ruido como el trueno; por un instante creyó que él solo se había salvado, porque de diez que éramos él solo permanecía de pie.

Los primeros que se levantaron fueron los dos viajeros.

Balmat les gritó:

—¿Y los demás?

En aquel momento David de Coutet se puso en pie.

—A los demás los he visto rodar por el barranco. Corriendo hácia ellos tropezó con el pie á David Follignuet que estaba aun aturdido de la caída. Aquí hay otro, me dijo; pero cinco solamente faltan y entre ellos mi hermano, mi pobre hermano! Y como yo le oi le respondí desde el fondo de mi barranco: Aquí estoy, hermano, aquí estoy.

Todo cuanto buscamos y cuanto hicimos fué inútil, como presumíamos ya antes; pero sin embargo, no pudimos determinar á abandonar á nuestros pobres camaradas, aunque hacia ya dos horas que los buscábamos. A medida que el día se adelantaba el viento se hacia mas helado; nuestros palos, que nos habían servido para sondear, estaban llenos de hielo, y nuestros zapatos duros como madera.

Entonces Balmat, desesperado de ver que nuestros esfuerzos á nada conducían, volvióse hácia el doctor Hamel.

—Y bien, señor, le dijo: ved ahora si somos cobardes. ¿Queréis ir mas lejos todavía? estamos prontos.

El doctor respondió dando orden para volver á Chamouny; en cuanto al coronel Anderson, retorciase los brazos y lloraba como un niño.

—He hecho la guerra, decía, he estado en Waterloo, he visto las balas que arrancaban de las filas largas hileras de hombres, pero de hombres que estaban allí para morir.... mientras que aquí.... Las lágrimas le cortaban la palabra. —No, añadía aquel buen militar, yo no salgo de aquí de ningún modo hasta que se hayan encontrado los cadáveres á lo menos. Lo sacamos de allí á la fuerza, porque la noche se acercaba y era ya tiempo de bajar.

Al llegar á las Grandes-Mulas encontramos á los otros guías que subían provisiones; traían consigo dos viajeros mas que contaban reunirse con el doctor Hamel y el coronel Anderson; contámosles nuestra desgracia, y nos volvimos tristemente hácia el lugar, á donde llegamos á las once de la noche.

Afortunadamente los tres infelices que ha-

bian perecido no eran casados, pero Carriez mantenía una familia entera con su jornal.

En cuanto á Pedro Balmat tenía una madre, pero la pobre muger no estuvo largo tiempo separada de su hijo, murió á los tres meses despues de su muerte.

VUELTA A MARTIGNY.

Quando hubo terminado su relación busqué con la vista al amo de la posada y fuíle á pagar la botella de vino que nos había suministrado. No encontrándole di diez francos á Maria Coutet y le encargué que pagase la cuenta. Cinco minutos despues ya estábamos en camino para volvernos.

Al cabo de media hora de camino se detuvo Payot.

—Mirad, me dijo enseñándome una pendiente muy rápida, aquí se deja uno caer abajo solo cuando hay nieve; entonces se llega á Montebert en dos minutos y medio, mientras que por el camino ordinario se emplean tres horas.

—¿Cómo se hace esa operacion?

—Es la cosa mas fácil del mundo. Se cortan cuatro troncos de pinos y se les coloca en cruz; se sienta uno en cima y se deja caer tranquilamente, y con otro palo que se lleva en la mano como un remo para evitar tropezar en los árboles y en las malezas.

—¡Diablo! pues esa es una manera de viajar muy agradable, sobre todo para el fondillo de los pantalones.

—Algunas veces suelen quedarse en el camino, y nada mas.

—¿Y en verano se puede viajar así?

—No; ya veis esa sendita.

—Auchá como una rueda de Malboroug.

—Si; pues por aquí se acorta media hora de camino.

—¿Y podremos toíarla?

—Seguramente.

—Tomémosla, pues.

Payot, me miró con aire de duda.

—Parece que el vino de Montebert os da valor.

—No, lo que hace es hundirme el estómago; me muero de hambre.

—¿Queréis que os dé la mano?

—No vale la pena; pasad delante de mí, eso me bastará.

Payot se puso en camino no comprendiendo mi tenacidad, y sin embargo era sencilla. Un precipicio no hace que me desvanezca y vacile sino cuando está cortado á pico. Enton-

ces, cuando miro desde lo alto experimento un malestar indefinible y no puedo caminar, pero aun cuando el camino fuese mas estrecho, desde que mi vista descansa sobre alguna piedra ó terreno, por rápido ó quebrado que sea escapo á su influencia. Así es que, cerca de un cuarto de hora despues, con grande honor mio, habíamos llegado á los manantiales de Larbion.

Sale el agua al pie de la nevera de Bois, y forma la estremidad inferior del Mar de Hielo, por una abertura de ochenta á cien pies de alto; esta caverna, como ya lo hemos dicho, tiene la apariencia de la garganta de un pescado; los arcos de nieve que la sostienen están encorvados y tienen la forma de muchas quijadas, que colocadas las unas tras las otras se hunden hácia la garganta de donde sale el manantial ágil y agitado como la lengua puntiguda de una serpiente: algunos de estos arcos pueden apenas sostenerse derechos y amenazan aplastar en su caída al que entrase en la caverna, cosa posible no llenando el agua su cavidad.

Un accidente de este género aconteció en 1830, en el mismo sitio donde nos halláramos. Habiéndose detenido muchos viajeros delante de la caverna, uno de ellos, para arrancar de la bóveda uno de los arcos de hielo, disparó un pistoletazo. En efecto, cayó pronto uno de ellos con ruido terrible obstruyendo con su caída la entrada de la caverna y cerrando el paso al agua. Quisieron los viajeros examinar entonces el recipiente que había naturalmente formado detrás de este dique: pero en el momento que se preparaban para verlo, el agua, que había duplicado su fuerza al reunirse, rompió la pared de hielo que la contenía, arrastrando consigo el dique y los viajeros que le habían levantado: uno de ellos fué arrojado violentamente hácia la orilla, y se salvó con una pierna rota; otro fué arrastrado por la corriente, sin que los guías pudiesen prestarle socorro ninguno.

Payot me daba todos estos detalles, conduciéndome á Chamouny por el camino mas corto. Habíamos andado ya casi un cuarto de legua desde el sitio que había sido testigo de este accidente y nos encontramos en una especie de isla entre el Arbe y Arbion, cuando se detuvo buscando con los ojos, con inquietud el puente que tenía costumbre de hallar en el sitio en que nos encontrábamos. En los Alpes esta especie de parages son en general muy movibles y sobre todo muy inconstantes: frecuentemente son un árbol arrojado al traves de una corriente ó precipicio cuyas dos puntas descansan en las dos orillas sin tener nada que fije su equilibrio, lo que tiene probabilidades de que para una vez que se pueda pasar por él bien, se caiga uno dos.

El puente había sido precipitado probablemente de un puntapie en la corriente por algun viajero perezoso ó ingrato: en fin, sea por

esta causa, sea por cualquiera otra, el hecho es que el puente no estaba.

—Y bien, ¿qué hacemos? dijo Payot.

—¿Qué hay? le respondi.

—Hay, hay... por vida de... continuó mirando á todas partes en tanto que yo, ignorante de lo que buscaba, seguía con mis ojos los suyos llenos de inquietud.

—¿Qué hay, pues? veamos.

—Hay, que no hay puente.

—¿Bah! ¿y eso os alarma?

—No me alarma precisamente, por que en volviéndonos atrás... pero hay que perder media hora.

—Querido amigo, en cuanto á mi os declaro que siento demasiada hambre para perderla.

—Entonces, ¿cómo hareis?

—Sabéis que si trepo mal, salto bien.

—¿Saltareis diez pies?

—¿Valiente cosa!

—¡Oh!

—No hay otro sendero, es verdad?

—No, señor.

—Pues adios, Payot.

Al mismo tiempo tomé carrera y salté por encima del arroyo.

Volvíme á ver á mi hombre que tenía su sombrero en una mano, y se rascaba la oreja con la otra.

—Sabéis que os aguardo á comer; marchó delante y os tendré dispuesta la comida: hasta la vista, valiente mio.

Payot se puso silenciosamente en camino volviéndose atrás y subiendo las orillas del Ar-bion que yo bajaba. Al paso con que caminábamos los dos debía apenas haber llegado al puente al mismo tiempo que yo llegaba á Chamouny.

Mientras llegaba la hora de comer, yo consigné en el papel los detalles que me había dado Maria Coutet sobre el accidente ocurrido en la ascension del doctor Hamel: mi huésped era el tío de Miguel Terre, uno de los tres que habían perecido en la gruta.

Cuando concluía entró Payot: el pobre diablo estaba hecho un mar de sudor: la comida estaba lista y nos pusimos á la mesa.

Vi durante la comida que con la hazaña que acababa de hacer había crecido considerablemente en la opinion de mi guia: en general, los hombres de la naturaleza no hacen caso si no de lo digno de la naturaleza: poco les importa los talentos de nuestras ciudades que en un momento de peligro no pueden servirles de socorro alguno, y que no les sirven ordinariamente de ninguna utilidad. La fuerza, la destreza, la agilidad; he aquí las tres diosas de su culto, y los que las poseen son para ellos hombres de genio.

Así, fuera de mis mareos que no comprendian, yo les era un hombre simpático; desde que había tenido ocasion de dar delante de ellos una prueba cualquiera de fuerza ó de destreza, se acercaban á mi más familiarmente,

te, empero con mas respeto: seguros desde entonces de que yo podía comprenderlos, me contaban esas cosas intimas que no tenían costumbre de decir sino á los hombres de su naturaleza; menos envidiosos por las cualidades físicas que en tan alto grado poseen, que nosotros por las cualidades morales, mi superioridad sobre ellos, probada algunas veces, no los humillaba, al contrario, espresaban una sencilla admiracion, cuyos murmullos, lo confesaré, lisongearon algunas veces mas mi amor propio que los aplausos de un teatro entero.

Hacia el fin de la comida llegó Balmat como me lo había prometido; tratame cristales encontrados por él en la montaña, que me dió por valor de una docena de francos; quise pagárselos, pero se negó á ello con tanta obstinacion que vi no haria mas que incomodarle insistiendo.

Durante la noche me habló de los viajeros ilustres que había sucesivamente acompañado, y me nombró á los señores Sansure, Dolomieu, Chateaubriant y Carlos Nodier. Tenia buena memoria, segun pude juzgar por el retrato que me hizo de estos dos últimos.

A las diez me separé de aquellas buenas gentes que probablemente no volveré á ver jamás, pero que estoy seguro conservan una buena memoria de mi; Payot no podia servirme de guia á la mañana siguiente, porque estaba de boda. Me ofreció en su lugar su hijo, que acepté.

A la mañana siguiente me despertó el muchacho sobre las cinco. La jornada era pesada; debíamos volver á Chamouny por la Cabeza Negra, que eran diez leguas del país. El hijo de Payot no debía acompañarme sino hasta la frontera de Saboya. Mi guia valesano, que no había conservado porque había perdido todos sus derechos desde el momento en que había puesto los pies en los estados del rey de Cerdeña, volvió á continuar sus servicios al volverse á hallar en su tierra.

El muchacho, demasiado débil para una carrera tan larga, me traía un mulo que debía montar yo á la ida y él al volverse; de esta manera no hacíamos mas que cinco leguas cada uno por nuestro lado.

Cabalgamos en ellas y partimos con nuestros grandes palos con su punta de hierro, parecidos á los de los bucyeteros romanos con los que conducen sus ganados á caballo.

Al cabo de un cuarto de legua salió un aduanero de una pequeña casita, junto á la cual íbamos á pasar, y nos aguardó en el camino: cuando nos juntamos en él nos pidió los pasaportes, é íbamos á obedecer su orden cuando nos detuvo el guardia diciéndonos que no eran los nuestros, sino los de las mulas los que pedía. Sacó de su bolsillo un certificado comprobando que era Durotrote y la Gris. Yo montaba la primera, y confieso que desde que supe su nombre vi que había sido pues,

to con mucha propiedad. En cuanto á la Gris, advinase que el color de su pelo le había valido este gracioso nombre de bautismo.

Durante casi tres cuartos de hora seguimos el mismo camino que habíamos hecho ya para venir del condado de Valme á Chamouny; en fin, doblamos á la izquierda despues de habernos vuelto para despedirnos de estas magnificas vistas que íbamos á perder, y nos metimos en la garganta de Montets. A medida que íbamos entrando en ella cambiaba completamente el carácter del país. Una tierra inculta, gris y pedregosa, surcada de barrancos, se extendía delante de nosotros; divisamos de lejos como grupos de pobres haraposos en las aldeas de Treluchau bajo, y de Treluchau alto; además, aquellas admirables chozas no proporcionan asilo á sus habitantes mas que tres ó cuatro meses al año; en los demás van á buscarlo sobre una altura al abrigo de los aludes. De trecho en trecho, y sembrados sobre el camino se levantan cruces que indican que allí donde se hallan, un guia, un viajero y alguna vez una familia entera, han perecido; aquellos simbolos de la muerte tampoco se hallan al abrigo de la destruccion; la mayor parte se hallan hechos pedazos por las piedras que caen rodando de la montaña.

Bien pronto entramos en la garganta de Valorima (valle de los Osos) llamada así en oposicion del valle de Chamouny (valle de los Gamos); detuvimonos para desayunar y vimos que allí debían tener mucho miedo por las grandes precauciones que habían tomado. Los techos de las casas, que el viento amenazaba levantar, están sostenidos por enormes piedras colocadas sobre sus tejas como los pedazos de mármol que sirven de prensa-papeles en una mesa de despacho. La iglesia está rodeada de antecuartos como un castillo del siglo XV á fin de que pueda sostener los asaltos que la dan todos los inviernos los aludes al desprenderse de las montañas; en fin, muchas casas están como ciertas cabañas indianas sostenidas por postes, de manera que el agua pueda subir á la altura de muchos pies sin llegar á su suelo, y pasar por debajo sin arrebatarlos.

La garganta del Valorima está estendida una legua casi, aun mas allá de la aldea de este nombre; pasa el camino por medio de un bosque de pinos mas espesos que lo están ordinariamente los bosques de las montañas, y cerca del torrente de los Paisanos, que en su lengua siempre espresiva llaman agua negra. Efectivamente, aunque esta agua fuese perfectamente inodora, y la mas limpia, es tal el efecto que hace á la vista la bóveda de pinos que la sombra, que justifica el nombre que ha recibido. Tres veces se pasa por puntos diferentes este caprichoso torrente. Despues se pasa de una montaña á otra, y se encuentra uno en la base de la Cabeza Negra.

Algunos pasos antes de llegar allí se encuentra á la derecha del camino un monumen-

to de la escentricidad inglesa; es una enorme piedra de la forma de una seta, cuya cabeza se apoya por un lado en una Peña de la montaña, y por la otra forma una especie de bóveda. Esta piedra pertenece en toda propiedad á una jóven miss y á un jóven lord que la han comprado al rey de Cerdeña. Una inscripcion atestigua esta posesion, que está grabada sobre un escudo de piedra que corona su base. Las armas de los dos compradores reunidas sobre una placa de cobre, y coronadas por una corona de conde, habían sido puestas encima de la inscripcion como un sello sobre certificacion ó patente. Pero parece que este metal tiene cierto valor en Saboya, porque hace ya muchísimo tiempo que ha desaparecido la placa. Nuestro guia nos dijo que del lado de Sierres, estos mismos ingleses habían tambien comprado dos árboles gemelos bajo cuya sombra habían reposado. He recurrido á las Cartas itálicas para penetrar el sentido de la sonrisa de mi guia al pronunciar esta palabra. Esta piedra se llama Balmarossa.

A medida que se sube á la Cabeza Negra, el camino es cada vez mas y mas salvaje. Los pinos cesan de hallarse tan apretados como en el bosque, y parecen tiradores en guerra. Diríase que un ejército de gigantes queriendo escalar la montaña ha sido detenido por una mano invisible, y hecho rodar desde su cúspide. La mayor parte de los árboles han sido hechos pedazos por esos aludes de piedra, y enormes trozos de granito se han detenido de repente á los pies de aquellos que han ofrecido á aquellas masas una resistencia proporcionada á su peso multiplicado por su impulsión. El camino por su parte participa de aquella naturaleza salvaje. Cada vez es mas y mas escarpado y se va angostando para pasar sobre un abismo; de manera, que en un punto cinco ó seis pasos tienen la anchura de medio pie. Este sitio es llamado por las gentes del país el *Mal paso*.

Pasada ya esta especie de desfiladero, el camino es ya practicable, aun para los carruages, y baja por una pendiente bastante suave hacia la ciudad de Trient. Allí llegamos para comer; únicamente escogimos otra posada que la que habíamos estado antes cuatro dias, no hicimos mas que mudar de sitio; en cuanto á la comida no fué mas comfortable que la primera.

Cien pasos mas allá de la aldea nos encontramos el mismo camino que habíamos seguido viniendo de Martigny: lo tomamos para volver á él. A las siete de la tarde ya nos hallábamos de vuelta en la capital de Valais.

Parece que la vispera había habido en Martigny una espantosa tormenta de que no habíamos oido el ruido á diez leguas de allí. Este accidente atmosférico llegó á mi conocimiento en tanto que me apuntaban en el libro de la posada, donde todo viajero escribe su nombre y la causa de su viage. El último que

había firmado comprobaba el diluvio que había sufrido un inglés y que hace honor á su humor.

—Mr. Damont.—Negociante.—Viagero por gasto.—Cinco muchachas y una lluvia á charrones.

EL SAN BERNARDO.

En el momento en que acababa de escribir sobre el registro mi nombre, mi profesion y motivo de mi viaje, volví la cabeza y vi detrás de mí á mi antiguo amigo el dueño de la posada, que me saludó con un aire tan cómicamente triste, que vi bien que alguna desgracia nos amenazaba al uno ó al otro, ó tal vez á los dos. En efecto, el pobre hombre tenía tanta gente en su casa que no sabía donde acomodarme. El mismo había cedido su cama á un viagero y contaba acostarse en el pajar. Trató tímidamente de probar que el olor de la paja era muy sano, y que yo estaría muy bien con él en el pajar, mejor que en el cuarto de otro en una cama; pero yo acababa de andar doce leguas á pie, circunstancia que me hacía muy poco accesible á este género de discurso, por muy lógico que pareciese ser: en su consecuencia dije á mi guía que me llevase al hotel de la Torre.

Intentó el último esfuerzo por detenerme en su casa mi huésped. Quedábale un cuarto grande donde había empaquetado una sociedad de cinco viageros; uno mas no debía aumentar mucho la cantidad: me preguntó, pues, si me contentaría como ellos y con ellos con un colchon puesto en tierra, y con mi respuesta afirmativa se dirigió, yendo yo detrás, hacia el cuarto donde había un ruido espantoso. Nuestros viageros se batían á almohadazos para conquistar los unos á los otros un sitio de tres pies de ancho por seis de largo: lo grande del cuarto no me pareció á primera vista que ofreciese cinco veces aquella medida geométrica. Pensé para mí que había llegado en mal momento para la petición que veníamos á hacer: probablemente mi huésped hizo la misma reflexión porque se volvió hacia mí con un aire de embarazo tan notable que quería decir no se atreva, y que me encargara yo de la comision. Toqué suavemente á la puerta y noté que provisionalmente la batalla se daba á oscuras: los proyectiles habían apagado las luces: desde entonces tomé mi resolución.

Apagué la luz de mi huésped, lo que hizo quedar el corredor en una oscuridad tan completa como en la que estaba el cuarto: le re-

comendé que no entregase bajo ningún pretexto la segunda llave del cuarto, y le suplí, qué que me dejase salir á mi solo del negocio: no quería otra cosa.

Continuaba el combate siempre, y las carcajadas de los combatientes hacían tal ruido, que entré en el cuarto, cerré la puerta con dos vueltas y me metí despues la llave en el bolsillo, sin que ninguno de ellos se apercibiese de que acababa de aumentarse la guarnicion de la plaza.

Apenas había dado dos pasos, cuando recibí un colchonazo que me metió el sombrero hasta las narices. Felizmente se juzgará que yo no había entrado allí para recibir y no dar: así es que no tuve mas que bajarme para coger un arma, y me puse á dar á mi vez con un vigor tal, que debió probar á mi adversario que acababa de llegar un refuerzo de tropas de refresco. Bien pronto me apercibí de que me hallaba apoyado contra un ángulo, posicion, como todo el mundo sabe, muy favorable en estrategia para una defensa individual. La mia hizo tan grandes maravillas, que comprendí en lo fojo de los golpes que me daban que perdían la esperanza de arrojarme de la plaza, y el combate se trasportó á otra parte. Aprovechéme de aquel momento para tender en el suelo mi colchon. Una capa sin propietario aparente, y en la cual me envolvi las piernas, me pareció deber suplir admirablemente las mantas que la criada no había traído aun, y que, gracias á la precaucion que yo había tomado de cerrar la puerta con dos vueltas y meterme la llave en el bolsillo, me parecía muy difícil que pudiese traer; me envolvi lo mas confortablemente posible, me eché sobre mi cama de campaña, y volviendo la cara hacia la pared, aguardé la tempestad que no debía tardar en estallar cuando alguno de los combatientes se apercibiese de que había un colchon de déficit.

En efecto, poco á poco se restableció la calma; los gritos fueron menos ruidosos: cada cual pensó en establecer su vivac sobre el campo de batalla; yo sentí un colchon apoyarse en mis pies, y otro á mi derecha. Cada cual empaquetó el suyo como pudo entre los de sus compañeros, y se acostó; uno solo andaba rondando, buscando aun algun tiempo por los rincones: despues impacientado de no encontrar nada, le ocurrió una luminosa idea, y exclamó al punto: Caballeros, ¿hay uno de vosotros que se ha echado sobre dos colchones?—Esta acusacion fué rechazada por un grito unánime de indignacion, en el cual me abstuve, sin embargo, de tomar parte.

Nuestro hombre echóse á buscar mitad riendo y mitad jurando. Despues, no encontrando nada, concluyó por donde debía haber empezado; llamó para tener luz, oímos los pasos de la criada de la posada que se aproximaba; vi brillar la luz por el agujero de la cerradura, y metí instintivamente la mano en

mi bolsillo para asegurarme de que permanecía en él la bienaventurada llave.

Nuestro hombre fué á la puerta; hallábase cerrada.

—Abrid y dadnos la luz.

—Caballero, la llave está por dentro.

—¡Ah!

La mano del que buscaba me interceptó un instante la luz que venia del corredor; despues se bajó, pasó la mano por el suelo, y por la chimenea.

—¿Quién diablos ha cerrado la puerta por dentro, caballeros?

Todos callaban, y la muchacha continuaba aguardando.

—¡Pardiez! ¿No teneis una segunda llave de la posada?

—Sí, señor.

—Pues bien, id á buscarla.

La muchacha obedeció; era un momento de prueba. Si el amo de la posada no había seguido mis instrucciones yo era hombre perdido: reinaba el mas profundo silencio interrumpido solo por las impacientes patadas de nuestro desgraciado compañero que murmuraba entre dientes:

—¿No volverá esa bribonzuela! ¿Qué estará haciendo? Ya veis como no encuentra ahora la llave. ¡Ah! mil gracias á Dios no es poca fortuna.

Esta última exclamacion se la arrancó como es fácil de adivinar, la vuelta de la muchacha que se había vuelto á parar delante de nuestra puerta.

—Despachad, vamos.

—Caballero, parece que lo hacen á propósito, no se encuentra la llave.

—¿Anda el diablo en esto?

—Sí, sí.

—Reiros, caballeros, divertida es la cosa, vive Dios, para mí sobre todo. Pues os prevengo que necesito un colchon por grado ó por fuerza.

Un hurra de los propietarios respondió á aquella amenaza y cada cual se aferró á su cama.

—¿Cuántos colchones habeis traído?

—Cinco.

—Ya veis, señores, que de seguro uno de vosotros tiene dos.

Respondieronle con una negativa mas absoluta y mas energética aun que la primera.

—Muy bien: pero voy á verlo. Id á buscar me una caja de fósforos.

Había en esta petición un proyecto cuya ejecucion no veía yo claro, pero cuyo posible resultado me hizo estremecer. La muchacha volvió con los fósforos.

—Está bien, meted una de las cerillas por el agujero de la cerradura.

Obedeció.

—Ahora encended la punta que pasa por vuestro lado. Muy bien, así.

Seguía yo la operacion con el interés que

TOMO I.

puede comprenderse: vi brillar al otro lado de la cerradura la llamita azul, que desapareció un instante en el interior de la puerta y volvió á aparecer á nuestro lado brillante cual una estrella. ¡Vaya una estúpida invencion la de los fósforos!

Al caso yo no sabía como salir del apuro y si mis nuevos camaradas tomarían á mal la chanza: á todo evento me volví hacia la pared á fin de tener tiempo de preparar un discurso de recepcion.

Durante este tiempo la llama del fósforo se fijó en el pábilo de la vela; iluminóse el cuarto. Oí á cada cual sentarse sobre su colchon para pasar la revista. En el mismo instante se escapó de las bocas de todos un grito de sorpresa y una voz tonante como la del juicio final, hizo oír estas terribles palabras:

—Somos seis.

—Siguió á la primera voz, una segunda.

—Señores, á pasar lista.

—Sí, la lista.

El que mas interesado se hallaba en pasarla era el que había perdido su cama y comenzó inmediatamente.

—Primero: yo Julio de Lamark, presente.

—Caron, médico, presente.

—Carlos Soissons, propietario, presente.

—Eugusto Reimonenq, estudiante, presente.

—Honorato de Sussy...

—Volvime vivamente:

—A propósito, mi querido Sussy, le dije alargándole la mano, puedo daros noticias de vuestra hermana la señora duquesa de O.... la he visto hace ocho dias en Ginebra: estaba lindísima.

Júzguese del singular efecto que produjo mi interrupcion. Todos los ojos se clavaron en mí.

—Caramba, si es Dumas, exclamó Sussy.

—El mismo en persona, mi querido amigo: ¿quereis presentarme á estos caballeros? Tendría mucho gusto en hacer su conocimiento.

—Ciertamente.

Sussy me cogió de la mano.

—Caballeros tengo el honor...

Cada cual se levantó sobre su cama y saludó.

—Ahora, caballeros, dije volviéndome hacia aquel á quien había usurpado el colchon, permitidme que os devuelva vuestra cama, con una condicion sin embargo, la de que me autorizareis, para hacer traer otro colchon al lado de los vuestros.

Afirmativa y unánime fué la respuesta. Abri la puerta: diez minutos despues tenía un colchon de que era el legitimo arrendatario.

Aquellos señores iban como yo al Gran San Bernardo. Habían tomado dos carruages. Me ofrecieron un lugar con ellos: acepté. La muchacha de la posada recibió orden de despertarnos por la mañana á las seis. La jornada era larga, hay diez leguas desde Martigny al

hospicio y solo las siete primeras se pueden hacer en ruedas. Cada uno de nosotros comprendía la importancia de un buen sueño, así dormimos de un tirón hasta la hora indicada. A las siete nos empaquetamos cuatro en uno de esos estrechos carricoches sobre los que ponen dos tablas atravesadas y á que dan el pomposo título de charabanes: y los otros dos nos acomodamos en uno de esos pequeños carruages suizos en que cada uno va á un lado como en artolas. Yo por mi desgracia me habia colocado en el charaban.

Aun no habíamos dado diez pasos cuando por el modo con que guiaba su caballo hice esta observación á nuestro cochero:

—Amigo, creo que estais borracho.

—Es verdad, pero no hay miedo, mi amo.

—Muy bien, al menos sabemos á que aternos.

Las cosas fueron grandemente mientras caminamos por el llano y no hicimos mas que reír de las ligeras curvas que caballo y carruaje describian; pero cuando despues de haber pasado Martigny-le Bourg y Saint-Branchier empezamos á entrar en el valle de Entremont, y descubrimos que el camino iba siendo cada vez mas escabroso y estrecho, con una pared de roca muy empinada por un lado, y por el otro un profundo precipicio, se nos fué quitando las ganas de reír, aunque las curvas continuaban siendo siempre las mismas, y le llamamos segunda vez la atención, mas de una manera mas enérgica.

—Oid, mayoral, ó demonio, ¿os habeis propuesto que volquemos?

Dió un latigazo al caballo capaz de hacerle saltar el pellejo, y nos respondió con su estribillo favorito:

—No hay miedo, mi amo.

Solo que esta vez añadió, sin duda para animarnos:

—Por aquí pasó Napoleón.

—Ese es un hecho histórico sobre cuya verdad no tengo intención de discutir; pero Napoleón iba en un mulo y le acompañaba un guía que no estaba borracho.

—¿Era un mulo?

—Estais muy mal enterado, no era sino una mula, sabedlo....

Caminamos como el viento; nuestro guía continuó hablando, volviendo la cabeza hacia nosotros, sin cuidarse de echar al camino una mirada siquiera.

—Si, en una mula; por cierto que era su conductor Martin Groseiller, de San Pedro, y que debió á eso su fortuna....

—¿Pero hombre!....

—No hay miedo.—Pues como iba diciendo, el primer cónsul le envié de Paris una casa y cuatro fanegas de tierra. ¡Arre, arre!

Una rueda de nuestro charaban tocaba tan de cerca á la orilla, que caía al derrumbadero que Lamarck y de Sussy que estaban al lado de la tabla, cuyo extremo sobresalía de la anchura

del carruage, se ballaban suspendidos perpendicularmente sobre un abismo de mil quinientos pies de profundidad.

Demasiado pesada era la chanza, así es que yo me arrojé á tierra á riesgo de romperme las piernas contra las ruedas, y detuve al caballo por la brida. Nuestros compañeros que nos seguian en el segundo carruage y que no comprendian nada de lo que nos venia sucediendo desde el principio del viage, lanzaron un grito que no habíamos oido; nos creían perdidos.

—No hay miedo, Napoleón ha pasado por aquí, no hay miedo.

Y cada palabra de este eterno estribillo iba acompañada de una lluvia de latigazos, de los que una parte caian sobre el caballo y otra sobre mí: furioso el animal se levantó de manos reculando, y el carruage se encontró de nuevo suspendido encima del espantoso barranco. Crítico era el momento; nuestros compañeros de carruage lo juzgaron mejor que nadie, así es que tomaron una resolución violenta é instintiva; se abrazaron al cochero, lo levantaron en alto de su asiento, y lo arrojaron al camino donde cayó pesadamente enredado como Hipólito en sus riendas que no habia soltado de la mano. El caballo, que era de un natural muy pacífico, se tranquilizó inmediatamente; aquellos señores aprovecharon aquel momento de descanso para saltar á tierra, y cada uno de nosotros, excepto el maldito cochero, se encontró sano y salvo y sobre sus piernas en medio del camino.

Dejamos á nuestro hombre que se levantase y llevase su caballo y carruage como pudiese, y nos pusimos á caminar á pie: esto era mas cansado pero mas seguro. A las dos comimos en Liddes, donde segun nuestro contrato debíamos mudar de caballo y cochero; estábamos demasiado interesados en que se cumpliese escrupulosamente esta cláusula para no dedicar todos nuestros cuidados á su ejecución. Hecho este cambio nos volvimos á poner en camino completamente tranquilizados con el buen paso de nuestro cuadrúpedo y la pacífica traza de su amo, que entre paréntesis, era el escribano del lugar. En efecto, llegamos sin accidente alguno á San Pedro, donde concluye el camino hasta donde pueden llegar los carruages.

A los alrededores de aquella aldea hizo su última estacion el ejército francés cuando pasó el Gran San Bernardo, mas allá del cual le aguardaban los llanos de Marengo. Las gentes del país nos enseñaron los diferentes puntos que habian ocupado la infantería, la caballería y la artillería; nos explicaron como los cañones desmontados de sus cureñas y sujetos en el hueco de troncos de pinos, eran llevados á brazos por hombres que se relevaban de cien en cien pasos. Algunos de aquellos paisanos habian visto ejecutar aquella obra de gigantes y se jactaban con orgullo de haber tomado parte en ella; se acordaban del rostro del pri-

mer cónsul, del color de su vestido y hasta de las palabras mas insignificantes que habia pronunciado delante de ellos. Así me encontré yo en el extranjero vivo y en todo su poder el recuerdo de aquel hombre, que para nuestra actual generacion que no le ha visto, parece ser un héroe fabuloso producto de alguna imaginacion homérica.

Esta visita de localidad nos detuvo hasta las siete de la tarde. Cuando volvimos á San Pedro, el cielo estaba encapotado y prometia agua para la noche. Renunciamos, pues, á nuestro primer proyecto de ir á dormir al hospicio, y al volver á la posada pedimos que nos preparasen cena y cuartos.

No era esto cosa fácil; habian llegado muchas sociedades de viajeros, y detenidos como nosotros por el tiempo que amenazaba de la proximidad de la noche, se habian apoderado de los cuartos y hecho un saqueo de las provisiones; para nosotros seis no quedaba mas que un pajar y una tortilla.

La tortilla fué devorada; despues procedimos á la inspeccion de nuestra alcoba.

Verdaderamente, solo un posadero suizo pudo tener la idea de hacer acostar á cristianos en semejante zahurda; el agua de la lluvia se filtraba por el techo de tablas; silbaba el viento en las rendijas de los postigos mal encajados, única cosa con que cerraban las ventanas; en fin, las ratas, á quienes habia hecho huir nuestra presencia, probaban royendo, cuyo ruido no podian equivocar oídos tan experimentados como los nuestros, su derecho de propiedad sobre el local de que nos habíamos apoderado; y su intencion de reconquistarlo, mal que nos pesase, en cuanto que apagásemos las luces.

Al ver aquel infame pajar, propuso uno partir valerosamente para el hospicio aquella misma noche. Verdad es, dijo, que hay tres horas de fatiga y de lluvia; pero al cabo de ellas, ¡qué perspectiva! Una cena espléndida, buena lumbre, una celda bien cerrada y buena cama.

La proposición fué recibida con entusiasmo; bajamos, y enviamos á buscar un guía. Al cabo de diez minutos llegó y le dijimos que buscásemos otros dos camaradas y nos proporcionásemos seis mulos, pues queríamos ir aquella misma noche á dormir al Gran San Bernardo.

—¡Al Gran San Bernardo! ¡diablo! dijo, y se fué á la ventana, miró el tiempo, se aseguró de que seria malo toda la noche, estendió la mano á la acción del viento, á fin de juzgar en qué dirección soplabá, y volvió hacia nosotros meneando la cabeza.

—¿Con que decis que os hacen falta tres hombres y seis mulos?

—Si.

—¿Para ir esta noche á San Bernardo?

—Si.

—Bueno, vais á verlos.

Y nos volvió la espalda para ir á buscarlos.

Sin embargo, las demostraciones que habia dejado escapar nos causaron algun recelo; lo volvimos á llamar.

—¿Qué! ¿hay algun peligro? le dijimos.

—¡Toma! el tiempo no es bueno; pero puesto que quereis ir al San Bernardo, se tratará de llevaros allí.

—¿Respondéis de ello?

—El hombre no puede prometer si no lo que puede hacer; se pondrán todos los medios, sin embargo, si quisieran seguir mi consejo mejor serian seis guías que tres.

—Bien, vengan seis; pero volviendo al peligro, ¿qué es lo que hay? Parece que no está tan adelantada la estacion para que hayamos de temer los aludes.

—Si, si no nos separamos del camino.

—¿Y quién se separa del camino cuando no está cubierto de nieve?

—Pues hombre, tendria que ver que á 26 de agosto....

—¡Oh! lo que es nieve, descuidad que la tendremos, y hasta las rodillas... ¿Veis esa lluvia tan menuda aquí? pues á una legua de San Pedro conforme vayamos subiendo hacia la hospedería eso será nieve. Asomóse otra vez á la ventana, y añadió volviendo:

—Y caerá en abundancia.

—¡Ah! ¡bah! ¡bah! al San Bernardo.

—Pero señores, repliqué yo, es preciso....

—Al San Bernardo: los que quieran que levanten el dedo.

De seis manos levantáronse cuatro. Quedó adoptada, pues, la partida.

—Ved, continuó nuestro guía, si fuereis montañeses, yo diria: bueno, pongámonos en marcha; pero yo creo sois parisienses, y el parisiense, con perdon vuestro, es muy delicado, teme el frio, y así que pone los pies en la nieve ya está tiritando.

—¡Bien! no nos apearemos de los mulos.

—Eso decis ahora, pero tendreis que hacerlo á la fuerza.

—No importa; marchad á avisar á vuestros compañeros y á buscar á las caballerías.

—Con vuestro permiso, señores, ya sabreis que los viages por la noche se pagan al doble.

—Muy bien. ¿Y cuánto tiempo necesitais?

—Un cuarto de hora.

—Despachaos.

Al punto que nos quedamos solos tomamos las disposiciones mas esquisitas de comodidad para el camino; cada cual añadió á lo que llevaba encima alguna otra cosa mas, como blusa, leviton ó capa, llenó su calabaza de un excelente ron que proporcionaba Soissons, Repartieronse fraternalmente los cigarros, y unos fósforos en su caja encarnada que habia de la chimenea pasaron por aclamacion desde allí al bolsillo de Sussy. Despues colocóse cada cual al derredor del fuego, lo aumentamos con toda la leña que pudimos encontrar, é hicimos provision de calor para el viage.

Entró nuestro guía.

—¡Bien! calentaos, nos dijo, eso no puede hacer mal nunca.

—¿Estais ya listos?

—Sí, nuestro amo.

—Pues entonces á montar.

Bajamos y hallamos á la puerta nuestras caballerías, cada cual montó la suya, y movido de un sentimiento de emulacion, intentó hacer poner á su mulo á la cabeza de la columna. Todos saben, por poco que hayan montado en mulo una vez en su vida, que una de las cosas mas difíciles de este mundo es hacer pasar á un mulo delante de su compañero: esta lucha nos detuvo cerca de un cuarto de hora divertidos, tanta necesidad sentiamos de resistir con anticipacion la fatiga que nos esperaba: al fin Lamark se encontró de gefe de fila y soltando la brida á su mulo, consiguió por medio de sus mañas y baston ponerle al trote, gritando:

—No hay miedo, ¡Napoleon ha pasado por aqui!

Cuando un mulo toma el trote, trote tambien toda la caravana, y de rechazo los guías que van á pie, están obligados á correr á galope. Esto les inspira generalmente por esta especie de paseo una repugnancia de que han conseguido hacer partícipes á sus animales; así que la cabeza de la columna, por ligera que parecia ir, no tardó en detenerse de repente y en imponer sucesivamente su inmovilidad á cada individuo, sea hombre ó animal de los que van detrás. Despues se vuelve á poner gravemente en marcha toda la línea, prolongándose á medida que se comunica el movimiento de su cabeza á su cola.

—Con vuestro permiso, dijo el guía de Lamark, que habia alcanzado á su mulo, y que por miedo de una nueva carrera le habia cogido la brida á pretexto de que era malo el camino, no es por aqui por donde ha pasado Napoleon; todavia no estaba hecho entonces este camino, es al lado opuesto de la montaña, y si fuese de dia, veriais que osados y fuertes debian ser los que pasaban por alli con caballos y cañones.

Todo el mundo era de su parecer, no tuvo contestacion.

—Señores, mirad; nuestro guía es profeta, dijo uno de nosotros.

En efecto, como hacia ya media hora casi que íbamos subiendo, el frio era cada vez mas intenso, y lo que en el llano era agua, allí nieve helada.

—¡Ah! ¡vive Dios! ¡nevar el 26 de agosto! Será curioso de contarse á nuestros parisien-ses. Señores, soy de parecer que nos apeemos, y nos batamos con bolas de nieve, en memoria de que Napoleon ha pasado por aqui.

Todos se echaron á reir de el recuerdo que les suscitaba aquella palabra sacramental; en cuanto al peligro que podia al mismo tiempo recordar hallábase completamente olvidado.

—Con vuestro permiso, señores, ya les he

dicho que Napoleon pasó por el otro camino; en cuanto á batiros con bolas de nieve, no os lo aconsejaré, ós haria perder tiempo, y no os sobraría; pensad que dentro de un cuarto de hora ya no vereis, ni para guiar vuestras caballerías.

—¡Bien! entonces nuestras caballerías nos guiarán á nosotros.

—Y es lo mejor que podeis hacer no contrariarlas: Dios ha hecho cada cosa para cada cosa, el parisiense para Paris, y el mulo para la montaña. He aqui lo que siempre he dicho á mis viajeros: dejad al animal suelto, dejadle. Aqui como estamos aun en la llanura de Pron, no hay gran mal; pero en pasando el puente de Hudri, encontrareis un caminito como la maroma de un volatinero, y como la nieve no os dejará probablemente distinguir, abandonaos al mulo y descuidad.

—¡Bravo! ¡bien dice el guía! echemos un trago.

—¡Alto!

Cada cual llevó el frasco á sus labios, y la calabaza pasó al guía. En las montañas se bebe en el mismo vaso y en la misma calabaza y no se tiene asco del que seis pasos mas allá puede salvaros la vida.

El calor del ron puso alegres á todos, y aunque la noche y la nieve fuesen cada vez mas espesas, volvióse á poner en camino bulliciosamente la caravana riendo y cantando.

Productame una impresion singular, en medio de aquel pais desolado, de aquella nieve, de la noche cada vez mas sombría, aquella fila de mulos, de ginetes y guías, que subian alegremente por la montaña sombría, silenciosa y terrible, sin un eco siguiera para devolverles sus cantos y gritos. Parece que no fui yo solo el que esperimientó esta impresion, porque poco á poco fueron siendo menos ruidosos los cantos y mas escasas las careñadas: oyéronse algunas malas palabras aisladas. Finalmente, una terrible interjeccion... ¡muchachos, sabeis que no hace calor? pronunciada vigorosamente, pareció ser de tal modo el resumen de la opinion general, que no se levantó voz alguna para combatir al preopinante.

—Un trago, y vaya un cigarro.

—¡Bravo! ¿de quién es la idea?

—Yo, Julio Thierry de Lamark.

—En llegando al hospicio se le dará un voto de gracias.

—Sussy, los fósforos.

—Señores, tengo que sacar las manos de mis bolsillos, y se hallan allí tan calientes que desean quedarse. Que venga alguno á cogernos de la faltriquera.

Un guía nos hizo este favor, sus camaradas encendieron las pipas en el fósforo, nosotros nuestros cigarros en sus pipas, y continuamos nuestro camino otra vez, no viendo nada mas que el punto luminoso que llevaba en la boca cada cual, y que brillaba á cada aspiracion; ¡tan oscura estaba la noche!

Esta vez ya no habia canciones ni gritos; el ron habia perdido su influencia: el mas profundo silencio reinaba en toda la línea, y no era interrumpido si no por el ruido de las voces con que nuestros guías arreaban á los animales, ya á gritos, ya sacudiéndolos.

En efecto, nada de todo lo que nos rodeaba brindaba á la alegría, el frio era cada vez mas intenso y la nieve caia en abundantes copos: no tenia mas luz la noche, que un reflejo mate y blanquizo; el camino se estrechaba mas y mas, obstruyéndole de cuando en cuando algunos peñascos que obligaban á nuestros mulos á tomar unas veredas en la misma vertiente del precipicio, cuya profundidad no podiamos medir si no por el ruido del Dranze que corria en su fondo: hasta este ruido que á cada paso iba debilitándose, nos probaba que el abismo iba siendo mas y mas profundo y escarpado. Por la nieve que veiamos en el sombrero y vestido del que iba delante, juzgá-bamos cada uno que debiamos llevar encima igual cantidad, ademas sentiamos al través de la ropa su contacto menos penetrante, pero mas helado que el de la lluvia: en fin, nuestro gefe de columna se paró.

—A fé mia, dijo, estoy helado, y voy á echar pie á tierra.

—Ya os lo habia dicho que tendriais que aparos, replicó nuestro guía.

Efectivamente cada cual conocia la necesidad de entrar en calor por medio del movimiento; echamos pie á tierra, y como apenas se veia, aconsejárnos los guías que nos agarrásemos á las colas de los mulos, que de este modo nos ofrecian la doble ventaja de ahorrarnos la mitad de la fatiga, y sondear el camino. Ejecutóse puntualmente esta manobra, pues comprendiamos la necesidad de abandonarnos al instinto de nuestros animales y á la sagacidad de sus conductores.

Entonces reconoci la verdad de la relacion de Balmat; pues sentia en mi el dolor de cabeza de que me habia hablado, sus desvanecimientos vertiginosos, y aquella irresistible gana de dormir, á la que hubiese cedido sobre mi mulo, y que solo la precision de andar á pie podia combatir. Parece que nuestro doctor mismo la sentia tambien pues propuso hacer un alto.

—¡Adelante, adelante, señores! dijo vivamente nuestro guía, os prevengo que el que se detenga no volverá á andar mas.

Habia en el acento con que pronunció estas palabras una conviccion tan profunda, que nos volvimos á poner en marcha sin hacer ninguna objecion. Uno de nosotros, no sé cual, intentó volvernos á nuestra antigua alegría con aquellas palabras sagradas que hasta entonces no habian dejado de producir su efecto:—*No hay miedo, Napoleon ha pasado por aqui.* Mas esta vez la chanza habia perdido su eficacia; ninguna risa respondió á ella y el desusado silencio con que fué recibida la dió un

carácter mas triste que el de un lamento. Caminamos así maquinalemente y tirados por nuestros mulos, cerca de media hora, metiéndonos en la nieve hasta las rodillas mientras que corria de nuestra frente un helado sudor.

—¡Una casa! dijo de repente Sussy.

—¡Ah!

Cada cual soltó la cola de su mulo, asombrados de que los guías nada hubiesen dicho de aquella parada, de aquel descubrimiento.

—Con vuestro permiso, señores, dijo el guía. ¿Con que no sabeis que casa es esa?

—Aunque fuese la casa del diablo, con tal que podamos quitarnos en ella esta maldita nieve, y ponernos los pies en seco.... Entremos.

La cosa no era difícil, no habia en aquella casa ni puertas ni ventanas. Llamamos, pero nadie respondió.

—¡Sí, sí! Hamad, dijo nuestro guía, y si despertais á los que ahí duermen buena la habeis hecho.

Efectivamente, nada respondia, y la casa parecia desierta: sin embargo, por muy espuesta que estuviese á todos los vientos, nos ofrecia un abrigo contra la nieve; resolvimos quedarnos allí un rato.

—Si hubiese una chimenea encenderiamos fuego, dijo una voz.

—¿Y la leña?

—Busquemos la chimenea.

De Sussy alargó los brazos.

—¡Señores, una mesa! dijo.

Estas palabras fueron seguidas de una especie de grito, mitad de terror, mitad de asombro.

—Y bien, ¡qué hay!

—Hay que un hombre está tendido sobre esa mesa... aqui está una pierna.

—¡Un hombre!

—Entonces dadle un tiron á ver si se despierta.

—¡Hola, amigo; ¡eh!...

—Señores, dijo uno de los guías, separándose del grupo de sus camaradas que habian permanecido fuera, y asomando la cabeza por la ventana; señores, cuidado con semejantes chanzas, y en este sitio. Podria ocasionarnos alguna desgracia á todos, á vosotros y á nosotros.

—¿Pues en donde estamos?

—En uno de los depósitos de los muertos del Gran San Bernardo... Retiró su cabeza de la ventana y volvió otra vez á reunirse con sus compañeros, sin añadir nada mas; pero pocos oradores pueden jactarse de haber producido un efecto tan grande con tan pocas palabras. Cada uno de nosotros se quedó clavado en el sitio en que se hallaba.

—A fé mia, señores, que es preciso ver esto. Es una de las curiosidades del camino, dijo de Sussy, y encendió un fósforo.

Chispeó la cerilla, y difundió por un mo-

mento su débil luz, á cuyo resplandor divisamos tres cadáveres, el uno efectivamente tendido sobre la mesa, y los otros dos acurrucados en los dos ángulos del fondo: despues se apagó el fósforo y todo volvió á quedar otra vez á oscuras.

Repetimos de nuevo la operacion. Únicamente esta vez cada uno encendió en el fósforo un pedazo de papel enrollado, y con él en la mano derecha y otros muchos preparados en la izquierda, se comenzó á escudriñar toda la habitacion.

Seria preciso haberse hallado en la posicion en que nos hallábamos para tener una idea de la impresion que produjo en nosotros la vista de aquellos desdichados; seria preciso haber mirado aquellos rostros negros y horriblemente contruidos á la vacilante y dudosa luz de nuestras improvisadas velas, para conservarles en la memoria, cual quedaron en la nuestra. Seria necesario haber tenido que temer para uno mismo, y en igual momento, la terrible suerte de aquellos antecesores que teniamos á nuestros ojos, para comprender que se nos erizaron los cabellos, que el sudor corrió de nuestra frente, y que por necesidad que experimentáramos de descanso y de fuego, no sentimos ya mas que un deseo: el de abandonar lo mas pronto posible aquella posada de la muerte.

Volvimos á ponernos en camino, mas silenciosos y mas sombríos que antes de aquel alto, pero tambien llenos de la energía que nos habia dado la vista de semejante espectáculo; por espacio de una hora nadie habló una palabra, ni aun los guías. La nieve, el camino, el mismo frio, creo que habian desaparecido: de tal modo se habia apoderado de nuestra alma una sola idea; tanto oprimia nuestro corazon y apresuraba nuestra marcha un solo temor.

Al fin, nuestro guia gefe, dió uno de esos gritos habituales en los montañeses, y que por su agudo sonido se dejan oír á extraordinarias distancias, y que designan por su modulacion si el que llama así pide auxilio, ó avisa sencillamente su llegada.

El grito se alejó como si nada pudiese detenerle sobre aquella vasta sábana de nieve, y como ningun eco nos le volvió á enviar, entró otra vez en el silencio la montaña. Anduvimos aun casi unos doscientos pasos mas, cuando oimos los ladridos de un perro.

—¡Aquí, Bandera, aquí! gritó nuestro guia.

Al mismo tiempo vimos venir hácia nosotros á un enorme alano, de la única raza conocida bajo el nombre de raza de San Bernardo, y reconociendo á nuestro guia, se puso de pie apoyando las patas delanteras en su pecho.

—¡Bien, Bandera, bien, pobre animal! Señores, con perdon nuestro-este es un antiguo conocido mío, que se alegra mucho de verme. ¿No es verdad, Bandera? ¿eh? ¡hermoso perro!... ea, basta, basta... vamos andando.

Felizmente el camino no era largo: diez minutos despues nos encontramos de repente delante del hospicio, que por aquella parte no se puede descubrir ni aun de dia, hasta que casi ha llegado uno encima. Un castaño nos esperaba en su puerta; puerta de dia y de noche abierta gratuitamente para todo el que llega allí á demandar hospitalidad, que en aquel sitio de desolacion es frecuentemente la vida.

Fuimos recibidos por el hermano que estaba de guardia, y llevados á una habitacion donde nos esperaba una excelente lumbre. Mientras nos calentábamos, nos estaban preparando las celdas, el cansancio habia hecho desaparecer el apetito, así preferimos el sueño á la cena.

Nos sirvieron á cada uno cuando estuvimos en la cama una taza de leche caliente. El hermano que me trajo la mia me dijo, que me hallaba en el cuarto en que Napoleon habia comido; por lo que á mí toca, creo que fué en el que mejor he dormido.

Al día siguiente á las diez ya estábamos todos en pie, y hacíamos el inventario del cuarto consular que me habia tocado; nada le distinguía de los demas; ni una pequeña inscripcion recordaba allí el paso del moderno Carlo-Magno.

Nos asomamos á la ventana; el cielo estaba despejado, el sol resplandeciente y la tierra cubierta de un pie de nieve.

Es difícil formarse una idea de la áspera tristeza del paisaje que se descubre desde las ventanas del hospicio, situadas á siete mil doscientos pies sobre el nivel del mar, y colocadas en medio del triángulo que forman la punta del Dronaz, el monte Velan y el Gran San Bernardo. Hay un lago, alimentado por el derretimiento de las nieves á algunos pasos del convento, que lejos de alegrar la vista la entristece mas; sus aguas, que parecen negras en medio de su marco de nieve, son demasiado frias para alimentar ninguna clase de pescados, y están demasiado heladas para atraer ninguna clase de pájaros. Es una imagen en pequeño del Mar Muerto, tendido á los pies de Jerusalem destruida. Todo lo que tiene alguna apariencia de vida animal ó vegetal, está escalonado sobre el camino, según sus fuerzas le han permitido subir; únicamente el hombre y el perro han llegado á la cima.

Con este triste cuadro á la vista, y solo donde nosotros estábamos, se puede formar una idea del sacrificio de aquellos hombres que han abandonado los risueños valles del país de Aosta y de la Tarantesa, la casa paterna, que quizá reflejaba en las azules ondas del pequeño lago de Orta, que brilla ardiente, húmedo y profundo como los ojos de una española enamorada; la familia amada, la bendecida esposa con su dote de felicidad y de amor; para venir con un baston en la mano y un perro por amigo, á colocarse en la nevada ruta de los viajeros, como estatuas vivientes de sa-

crificio y del amor al prójimo. Allí es donde se tiene lástima de la fastuosa caridad del hombre de las ciudades, que cree haber hecho todo por sus hermanos cuando ha dejado caer ostensiblemente de la punta de sus dedos en el bolsillo de una bella postulante una moneda de oro, que le pagan con una reverencia y una sonrisa. ¡Oh! si fuese posible que en medio de una de esas noches voluptuosas de nuestro invierno parisiense; cuando el baile hace saltar á las mugeres cual un torbellino de diamantes y de flores, cuando los hermosos versos de Victor Hugo sobre la caridad, han atraído una lágrima juvenil en unos ojos chispeantes de placer; si fuese posible, que se apagasen las luces, que cayesen un lienzo de pared, que los ojos pudiesen atravesar el espacio, y que se viese de repente en medio de la noche, sobre un angosto sendero, al borde de un precipicio, amenazado por el alud, envuelto en una tempestad de nieve á uno de esos ancianos de cabellos blancos, que van repitiendo á grandes gritos: ¡Por aquí, hermanos! ¡Oh! ciertamente el mas orgulloso de su limosna, enjugaría su frente húmeda con el sudor de la vergüenza, y caería de rodillas diciendo: ¡Dios mío!....

Vinieron á decirnos que nos aguardaban en el refectorio.

Bajamos á él con el corazon oprimido. El hermano iba delante de nosotros para enseñarnos el camino: pasamos junto á la capilla y oimos el canto del oficio divino. Continuamos nuestro camino, y á medida que se alejaba el canto, risas estrepitosas llegaban á nosotros del otro extremo del corredor. ¡Risas!... esto nos pareció extraño en semejante lugar. Abrimos por fin la puerta y nos encontramos entre una multitud de jóvenes de ambos sexos que tomaban té y hablaban de Mlle. Taglioni.

Nos miramos por un momento asombrados, y luego nos echamos á reir como ellos. Habiamos visto á aquellas damas en nuestro mundo parisiense. Acercámonos á ellas con los mismos modales que en un salón, hicimos los cumplimientos que exige el buen tono de la elegante sociedad, ocupamos los sitios que nos estaban reservados, la mesa y la conversacion se hizo general, ganando en alegría lo que perdía en etiqueta. Al cabo de diez minutos nos habiamos completamente olvidado de donde estábamos.

Verdad es que nada podia contribuir á recordárnoslo. El salón que llamaban refectorio estaba muy distante de corresponder á la idea austera que espresa este nombre. Era un lindo comedor, adornado con mas profusion que gusto; adornaba uno de sus ángulos un piano; veíanse varios cuadros en las paredes; encima de la chimenea se veía con profusion un reloj, floreros y algunos de esos juguetes de lujo que no se encuentran si no en el tocador de las señoras; en fin, reinaba en todas estas cosas un cierto carácter mundano, que nos fué

explicado con una sola palabra, cada uno de aquellos muebles era regalo hecho á los religiosos por alguna sociedad agradecida, que habia querido probar á los buenos padres, que á su vuelta á París, no se habian olvidado de la hospitalidad que habia recibido de ellos.

Mientras el almuerzo, nos dió el hermano que nos hacia los honores algunas noticias históricas sobre el monte de San Bernardo, que quizá no será inoportuno el consignar aquí.

Antes de la fundacion de la hospederia el Gran San Bernardo se llamaba Mont-Joux, por corrupcion de estas dos palabras latinas: *Mons-Jovis*, monte de Júpiter, viniéndole este nombre de un templo dedicado á aquel dios, bajo la invocacion de Júpiter *panin*. No se sabe cual fué la época fija de la creacion de este templo, cuyas ruinas están visibles aun. Desde luego la ortografía de la palabra *panin*, que Tito Livio escribe incorrectamente *pennin*, podria hacer creer que se remonta al paso de Anibal, y que este general, llegado con felicidad á la cima de los Alpes hubiera puesto la primera piedra votiva de un templo á Júpiter *Cartaginés*. Sin embargo, los *ex-votos* que han sido hallados haciendo escavaciones en estas ruinas, indican que los peregrinos que iban allí á cumplir algun voto eran romanos. ¿Al presente parece que estos fuesen á orar al pie de la estatua del dios de sus enemigos? Esto es imposible. No pudiera haber sido al contrario edificado el templo por los mismos romanos, cuando los desastres de Asdrubal en Cerdeña obligaron á su hermano, afeminado en Cápua y batido por Marcelo, á abandonar la Italia cuyas tres cuartas partes habia conquistado para refugiarse bajo el amparo de Antioco? En el primer caso su creacion remontaria al año 533, y en el segundo al 555 de la fundacion de Roma. En cuanto á la época en que fué abandonado su culto, se podria fijar con probabilidad en el reinado de Teodosio el Grande, no habiéndose hallado en las ruinas del templo ninguna medalla posterior al reinado de los hijos de este emperador.

La fundacion de la hospederia data sin duda alguna del principio del siglo IX, pues se hace mencion de la hospederia de Mont-Joux en la cesion de tierras que hizo Lod-her, rey de Lorena, á Ludovico, su hermano, en 859; existian pues, antes que el arcidiano de Aosta viniese á establecerse en él, en 970, canónigos regulares de San Agustín para su servicio, y cambiase su nombre pagano de Mont-Joux, en el cristiano de San Bernardo. Desde aquella época hasta el día ha habido cuarenta y tres superiores.

Nueve siglos han pasado, y ni el tiempo ni los hombres han cambiado nada en las reglas del monasterio, ni los deberes hospitalarios de los canónigos.

La cordillera de los Alpes, sobre la que se halla situado el San Bernardo, fué testigo de

cuatro pasajes. de Anibal, Carlo-Magno, Francisco I, y Napoleon. Anibal y Carlo-Magno pasaron el Mont-Cenis; Francisco I, y Napoleon, por el mismo sitio en donde se halla edificado el hospicio. Carlo-Magno y Napoleon lo atravesaron para vencer. Anibal y Francisco I, para ser vencidos.

Ademas de las damas de que ya he hablado teniamos al almuerzo una inglesa y su madre. Hacia tres años recorrian la Italia y los Alpes á pie, llevando su equipage en una cesta, y haciendo sus ocho ó diez leguas por día; quisimos saber el nombre de estas intrépidas viageras, y lo buscamos en el registro de los extranjeros; la mas jóven habia firmado, *Luisa, ó la hija de las montañas.*

Habiamos entrado para buscar este registro en la sala contigua al refectorio, adornada como éste, con varios regalos hechos á los buenos padres. Encierra ademas dos cuadros que contienen diversos objetos antiguos encontrados en las escavaciones del templo de Júpiter; los que se hallan mejor conservados son dos estatuas pequeñas, la una de Júpiter y la otra de Hércules: una mano enferma con la serpiente de Esculapio enroscada, y llevando en los dedos como señal de enfermedad, una rana y un sapo: en fin, muchas láminas de bronce en las que están los nombres de los que iban á implorar el auxilio del dios.

Yo copié muchos de estos *ex-votos*, y los reproduzco aquí sin alterar nada en el orden de los renglones.

J. O. M. Paenino: T. Macrinus demonstratus. V. S. L.

Jovi optimo maximo votum solvit libente Paenino nominibus aug Pro ritu et reditu Jovi Paeninosabineius C. Julius Primus censor ambianus. V. S. L. V. S. L.

Interrumpíome en esta ocupación el ruido que hacian nuestros convidados. Mientras yo copiaba mis inscripciones se habia marchado á decir misa el monje que nos habia hecho los honores del almuerzo, sin tomar nada. Nuestro doctor se habia colocado de centinela á la puerta del refectorio, de Sussy se habia puesto al piano, y nuestras damas, inclusa la hija de las montañas, bailaban la galop al rededor de la mesa.

En el momento de mas animacion del baile, entreabrió el doctor la puerta, y asomando la cabeza:

—Señoras, dijo á las bailarinas; aqui hay un hermano lego que pregunta si gustais ver el gran depósito de los muertos.

Esta proposicion paró la galop de repente: las señoras consultaron un momento entre sí: el disgusto combatió con la curiosidad, la curiosidad venció: partimos.

Al llegar á la puerta exterior declararon que

no pasarían de allí; habia pie y medio de nieve, y el depósito está situado á unos cuarenta pasos casi del hospicio. Pusimos los hombres unos sillones sobre unos palos, y ofrecimos llevar á nuestras bellas curiosas todo el camino: aceptaron.

No sin bastantes gritos y risotadas causadas por el balanceo y movimiento de la silla, y los tropezones de los que las llevábamos, llegaron á la ventana abierta eternamente, y por la cual se sumerge la vista en la vasta bóveda del gran depósito del San Bernardo. Imposible es ver un espectáculo mas curioso y horrible á la vez.

Figuraos una gran sala baja y abovedada de treinta y cinco pies cuadrados, casi iluminada por una sola ventana, y cuyo suelo está cubierto de una capa de polvo de pie y medio. Polvo humano.

Este polvo, que parece cual las espesas olas del Mar Muerto, arrojar á su superficie los objetos mas pesados, está cubierto de multitud de huesos.

¡Huesos humanos!

Y sobre estos huesos, de pie, recostados en la pared, agrupados con la caprichosa inteligencia de la casualidad, conservando cada uno la espresion y la actitud en que la muerte les ha sorprendido, los unos de rodillas, los otros con los brazos estendidos, estos con los puños cerrados y la cabeza baja, aquellos con la frente y las manos levantadas al cielo; ciento cincuenta cadáveres, ennegrecidos por el hielo, con los ojos vacíos y los dientes blancos, y enmedio de ellos una muger que ha creído salvar á su hijo dándole el pecho, y que parece enmedio de aquella infernal reunión, una estatua del amor maternal.

Todo esto encerrado en aquel cuarto; polvo, huesos ó cadáveres, segun la época de que datan, y en la ventana de aquel cuarto, iluminada por un sol alegre, cabezas de mugeres jóvenes y bellas, la vida animada desde veinte años apenas, contemplando la vida estinguída hace siglos. ¡Ahl! ¡qué espectáculo tan extraño!.. ¡En cuanto á mi, toda mi vida estaré viendo á aquella pobre madre que da de mamar á su hijo!

¿Qué decir despues de esto del San Bernardo? Tambien hay una iglesia en que está el sepulcro de Dessaix, una capilla dedicada á Santa Faustina, una lápida de mármol negro, donde hay grabada una inscripción en honor de Napoleon. Hay otras mil cosas tambien. Pero creedme, haced que os las enseñen antes de ir á ver á aquella pobre madre que está dando de mamar á su hijo.

LOS BAÑOS DE AIX.

La ciudad de Aosta es una linda y pequeña población que tiene pretensiones de no pertenecer ni á la Saboya ni al Piamonte; defienden sus habitantes que su tierra formaba parte de aquella parte del imperio de Karl el Grande, que habia heredado de los señores de Stralingen. En efecto, aunque suministran un contingente militar, no pagan contribucion alguna y han conservado la franquicia de caza, por lo demas obedecen, bien ó mal, al rey de Cerdeña. El carácter de la ciudad de Aosta es todo italiano, á escepcion del abominable idioma que allí se habla, y que creo es saboyano corrompido: por todas partes en el interior de las casas, las pinturas al fresco reemplazan á los papeles ó artonados, y los fondistas no se descuidan nunca de servirnos á la mesa una especie de pasta y una clase de crema, que destrozan pomposamente con el título de macarrones y sambasones. Agréguese á esto el vino de Asti y las chuletas á la milanese, y se tendrá completa una mesa valdiostense.

La ciudad de Aosta se llamaba al principio Cordella, del nombre de Cordellus Latiellus, jefe de una columna de galos cisalpinos, llamados Salassos, que vinieron á establecerse allí.

En tiempo de Augusto se apoderó de ella una legion romana, mandada por Terencio Varron, y construyó á la entrada de la ciudad, en memoria de aquel suceso, un arco de triunfo, aun hoy en pie y entero sobre el que se leen estas dos inscripciones modernas:

El Salasso defendió largo tiempo sus hogares; Su cumbió: Roma victoriosa Depuso aquí sus laureles.

Al triunfo de Octavio Augusto César. Derrotó completamente á los Salassos. El año de Roma DCCXXIV. (24 años antes de la era cristiana).

Al fin de la calle de la Trinidad hay otras tres arcadas antiguas, construidas de mármol gris formando tres entradas, de las que una no tiene uso alguno hoy: la de en medio, como la mas alta, estaba reservada para el paso del emperador y del cónsul: sobre la columna que lo sostiene se lee esta inscripción:

El emperador Octavio Augusto fundó estos muros. Edificó la ciudad en tres años, Y la dió su nombre el año de Roma DCCXXVII.

A poca distancia de este monumento se

encuentran todavía algunos restos de un anfiteatro de mármol ceniciento.

La iglesia ofrece los diferentes caracteres de las épocas en las que ha sido fundada y restaurada. El pórtico es de arquitectura romana modificada por el gusto italiano: las ventanas son ojivales y pueden datar del principio del siglo XIV. El coro tiene un pavimento de mosaico antiguo representando la diosa Isis rodeada de los meses del año, y contiene muchos hermosos sepulcros de mármol, sobre uno de los cuales está recostada la estatua de Tomás, conde de Saboya: un pequeño bajo relieve gótico de un esquisito trabajo está colocado delante del altar. Allí ha esculpido el autor con toda la sencillez del arte del siglo XV la vida de Jesucristo desde su nacimiento hasta su muerte.

Todos estos edificios, incluso las ruinas de un convento de la orden de San Francisco, patrono de la ciudad, pueden visitarse en dos horas: al menos este es el tiempo que nosotros le consagramos.

Al volver á la posada encontramos allí á un veturino (especie de mayoral) que el huésped habia hecho llamar durante nuestra ausencia. Aquel hombre se comprometia á llevarnos en el mismo día á Pre-Saint Dicier, y nos comprometió á todos los seis en un carruaje donde hubiéramos ido bastante incómodos cuatro, asegurándonos que nos hallariamos muy bien cuando nos hubiéramos arreglado. Cerró en seguida la portezuela, y esclavo de su palabra no se detuvo á pesar de nuestros gritos si no á tres leguas de Aosta, un poco mas allá de Villanueva.

Debimos este momento de respiro á un accidente que habia sucedido ocho dias antes. Una porción de hielo al caer en un lago, cuyo nombre he escrito tan bien en mi album que me es imposible el leerlo ó interpretarlo, habia hecho subir doce ó quince pies la masa de agua que habia salido fuera de su cauce. El torrente habia tomado para correr un camino distinto y encontrando sobre este camino una casita la habia arrastrado consigo: cincuenta y ocho vacas, ochenta cabras y cuatro hombres perecieron en la inundacion: se encontraron un cadáver hecho pedazos á lo largo de las orillas de este nuevo rio, que habia atravesado el camino real y habia ido á precipitarse en el Dora. Troncos de árboles, tablas, piedras se habian amontonado á la ligera para formar una especie de puente, y este puente es el que no se atrevia á atravesar nuestro conductor con su carruaje cargado, lo que nos proporcionó la felicidad de salir un instante de nuestra jaula.

No conozco monje, cartujo, trapense, der-vich, fakir, fenómeno viviente, animal curioso de los que se enseñan por dos cuartos, que haga una abnegacion mas completa de su libre albedrío que el desgraciado viagero que se mete en un coche público. Desde entonces

cuatro pasajes. de Anibal, Carlo-Magno, Francisco I, y Napoleon. Anibal y Carlo-Magno pasaron el Mont-Cenis; Francisco I, y Napoleon, por el mismo sitio en donde se halla edificado el hospicio. Carlo-Magno y Napoleon lo atravesaron para vencer. Anibal y Francisco I, para ser vencidos.

Ademas de las damas de que ya he hablado teniamos al almuerzo una inglesa y su madre. Hacia tres años recorrian la Italia y los Alpes á pie, llevando su equipage en una cesta, y haciendo sus ocho ó diez leguas por día; quisimos saber el nombre de estas intrépidas viageras, y lo buscamos en el registro de los extranjeros; la mas jóven habia firmado, *Luisa, ó la hija de las montañas.*

Habiamos entrado para buscar este registro en la sala contigua al refectorio, adornada como éste, con varios regalos hechos á los buenos padres. Encierra ademas dos cuadros que contienen diversos objetos antiguos encontrados en las escavaciones del templo de Júpiter; los que se hallan mejor conservados son dos estatuas pequeñas, la una de Júpiter y la otra de Hércules: una mano enferma con la serpiente de Esculapio enroscada, y llevando en los dedos como señal de enfermedad, una rana y un sapo: en fin, muchas láminas de bronce en las que están los nombres de los que iban á implorar el auxilio del dios.

Yo copié muchos de estos *ex-votos*, y los reproduzco aquí sin alterar nada en el orden de los renglones.

J. O. M. Paenino: T. Macrinus demonstratus. V. S. L.

Jovi optimo maximo votum solvit libente Paenino nominibus aug Proitu et reditu Jovi Paeninosabineius C. Julius Primus censor ambianus. V. S. L. V. S. L.

Interrumpíome en esta ocupación el ruido que hacian nuestros convidados. Mientras yo copiaba mis inscripciones se habia marchado á decir misa el monje que nos habia hecho los honores del almuerzo, sin tomar nada. Nuestro doctor se habia colocado de centinela á la puerta del refectorio, de Sussy se habia puesto al piano, y nuestras damas, inclusa la hija de las montañas, bailaban la galop al rededor de la mesa.

En el momento de mas animacion del baile, entreabrió el doctor la puerta, y asomando la cabeza:

—Señoras, dijo á las bailarinas; aqui hay un hermano lego que pregunta si gustais ver el gran depósito de los muertos.

Esta proposicion paró la galop de repente: las señoras consultaron un momento entre sí: el disgusto combatió con la curiosidad, la curiosidad venció: partimos.

Al llegar á la puerta exterior declararon que

no pasarían de allí; habia pie y medio de nieve, y el depósito está situado á unos cuarenta pasos casi del hospicio. Pusimos los hombres unos sillones sobre unos palos, y ofrecimos llevar á nuestras bellas curiosas todo el camino: aceptaron.

No sin bastantes gritos y risotadas causadas por el balanceo y movimiento de la silla, y los tropezones de los que las llevábamos, llegaron á la ventana abierta eternamente, y por la cual se sumerge la vista en la vasta bóveda del gran depósito del San Bernardo. Imposible es ver un espectáculo mas curioso y horrible á la vez.

Figuraos una gran sala baja y abovedada de treinta y cinco pies cuadrados, casi iluminada por una sola ventana, y cuyo suelo está cubierto de una capa de polvo de pie y medio. Polvo humano.

Este polvo, que parece cual las espesas olas del Mar Muerto, arrojar á su superficie los objetos mas pesados, está cubierto de multitud de huesos.

¡Huesos humanos!

Y sobre estos huesos, de pie, recostados en la pared, agrupados con la caprichosa inteligencia de la casualidad, conservando cada uno la espresion y la actitud en que la muerte les ha sorprendido, los unos de rodillas, los otros con los brazos estendidos, estos con los puños cerrados y la cabeza baja, aquellos con la frente y las manos levantadas al cielo; ciento cincuenta cadáveres, ennegrecidos por el hielo, con los ojos vacíos y los dientes blancos, y enmedio de ellos una muger que ha creído salvar á su hijo dándole el pecho, y que parece enmedio de aquella infernal reunión, una estatua del amor maternal.

Todo esto encerrado en aquel cuarto; polvo, huesos ó cadáveres, segun la época de que datan, y en la ventana de aquel cuarto, iluminada por un sol alegre, cabezas de mugeres jóvenes y bellas, la vida animada desde veinte años apenas, contemplando la vida estinguída hace siglos. ¡Ahl! ¡qué espectáculo tan extraño!.. ¡En cuanto á mi, toda mi vida estaré viendo á aquella pobre madre que da de mamar á su hijo!

¿Qué decir despues de esto del San Bernardo? Tambien hay una iglesia en que está el sepulcro de Dessaix, una capilla dedicada á Santa Faustina, una lápida de mármol negro, donde hay grabada una inscripción en honor de Napoleon. Hay otras mil cosas tambien. Pero creedme, haced que os las enseñen antes de ir á ver á aquella pobre madre que está dando de mamar á su hijo.

LOS BAÑOS DE AIX.

La ciudad de Aosta es una linda y pequeña población que tiene pretensiones de no pertenecer ni á la Saboya ni al Piamonte; defienden sus habitantes que su tierra formaba parte de aquella parte del imperio de Karl el Grande, que habia heredado de los señores de Stralingen. En efecto, aunque suministran un contingente militar, no pagan contribucion alguna y han conservado la franquicia de caza, por lo demas obedecen, bien ó mal, al rey de Cerdeña. El carácter de la ciudad de Aosta es todo italiano, á escepcion del abominable idioma que allí se habla, y que creo es saboyano corrompido: por todas partes en el interior de las casas, las pinturas al fresco reemplazan á los papeles ó artonados, y los fondistas no se descuidan nunca de servirnos á la mesa una especie de pasta y una clase de crema, que destrazan pomposamente con el título de macarrones y sambasones. Agréguese á esto el vino de Asti y las chuletas á la milanese, y se tendrá completa una mesa valdiostense.

La ciudad de Aosta se llamaba al principio Cordella, del nombre de Cordellus Latiellus, jefe de una columna de galos cisalpinos, llamados Salassos, que vinieron á establecerse allí.

En tiempo de Augusto se apoderó de ella una legion romana, mandada por Terencio Varron, y construyó á la entrada de la ciudad, en memoria de aquel suceso, un arco de triunfo, aun hoy en pie y entero sobre el que se leen estas dos inscripciones modernas:

El Salasso defendió largo tiempo sus hogares; Su cumbió: Roma victoriosa Depuso aquí sus laureles.

Al triunfo de Octavio Augusto César. Derrotó completamente á los Salassos. El año de Roma DCCXXIV. (24 años antes de la era cristiana).

Al fin de la calle de la Trinidad hay otras tres arcadas antiguas, construidas de mármol gris formando tres entradas, de las que una no tiene uso alguno hoy: la de en medio, como la mas alta, estaba reservada para el paso del emperador y del cónsul: sobre la columna que lo sostiene se lee esta inscripción:

El emperador Octavio Augusto fundó estos muros. Edificó la ciudad en tres años, Y la dió su nombre el año de Roma DCCXXVII.

A poca distancia de este monumento se

encuentran todavía algunos restos de un anfiteatro de mármol ceniciento.

La iglesia ofrece los diferentes caracteres de las épocas en las que ha sido fundada y restaurada. El pórtico es de arquitectura romana modificada por el gusto italiano: las ventanas son ojivales y pueden datar del principio del siglo XIV. El coro tiene un pavimento de mosaico antiguo representando la diosa Isis rodeada de los meses del año, y contiene muchos hermosos sepulcros de mármol, sobre uno de los cuales está recostada la estatua de Tomás, conde de Saboya: un pequeño bajo relieve gótico de un esquisito trabajo está colocado delante del altar. Allí ha esculpido el autor con toda la sencillez del arte del siglo XV la vida de Jesucristo desde su nacimiento hasta su muerte.

Todos estos edificios, incluso las ruinas de un convento de la orden de San Francisco, patrono de la ciudad, pueden visitarse en dos horas: al menos este es el tiempo que nosotros le consagramos.

Al volver á la posada encontramos allí á un veturino (especie de mayoral) que el huésped habia hecho llamar durante nuestra ausencia. Aquel hombre se comprometia á llevarnos en el mismo día á Pre-Saint Dicier, y nos comprometió á todos los seis en un carruaje donde hubiéramos ido bastante incómodos cuatro, asegurándonos que nos hallariamos muy bien cuando nos hubiéramos arreglado. Cerró en seguida la portezuela, y esclavo de su palabra no se detuvo á pesar de nuestros gritos si no á tres leguas de Aosta, un poco mas allá de Villanueva.

Debimos este momento de respiro á un accidente que habia sucedido ocho dias antes. Una porción de hielo al caer en un lago, cuyo nombre he escrito tan bien en mi album que me es imposible el leerlo ó interpretarlo, habia hecho subir doce ó quince pies la masa de agua que habia salido fuera de su cauce. El torrente habia tomado para correr un camino distinto y encontrando sobre este camino una casita la habia arrastrado consigo: cincuenta y ocho vacas, ochenta cabras y cuatro hombres perecieron en la inundacion: se encontraron un cadáver hecho pedazos á lo largo de las orillas de este nuevo rio, que habia atravesado el camino real y habia ido á precipitarse en el Dora. Troncos de árboles, tablas, piedras se habian amontonado á la ligera para formar una especie de puente, y este puente es el que no se atrevia á atravesar nuestro conductor con su carruaje cargado, lo que nos proporcionó la felicidad de salir un instante de nuestra jaula.

No conozco monje, cartujo, trapense, der-vich, fakir, fenómeno viviente, animal curioso de los que se enseñan por dos cuartos, que haga una abnegacion mas completa de su libre albedrío que el desgraciado viagero que se mete en un coche público. Desde entonces

sus deseos, sus necesidades, su voluntad quedan á merced del conductor, de quien se convierte en una especie de propiedad. No le dará mas aire si no lo estrictamente necesario para que no muera asfixiado; no le dejarán tomar mas alimento que el preciso para que pueda llegar vivo á su destino. En cuanto á puntos pintorescos del camino por donde se pasa, en cuanto á los objetos curiosos que haya que visitar en las ciudades donde se hace parada, le será prohibido hasta hablar de ellos si no quiere hacerse insultar por el conductor: decididamente los carruages públicos son una admirable invención... para los cofres y las maletas.

Declaramos al propietario de nuestro veterinario que solamente cuatro de nosotros nos hallábamos dispuestos á volver á entrar en su máquina: en cuanto á los otros dos se hallaban muy decididos á terminar á pie las ocho leguas que nos quedaban por hacer: yo era uno de estos últimos.

Ya estaba bastante oscura la noche cuando llegamos á Pre-Saint Dacier; allí encontramos á nuestros camaradas de carruge un poco mas fatigados que nosotros: quedó convenido que al día siguiente pasaríamos el pequeño San Bernardo á pie.

A la mañana siguiente el que primero abrió los ojos dió gritos de admiración que despertaron á toda la caravana: habíamos llegado de noche, como he dicho, y no teníamos idea alguna de la magnífica vista que se descubría desde las ventanas de la posada: en cuanto al posadero acostumbrado á esta vista, no había pensado ni aun en hablarnos de ella.

Nos encontrábamos al pie del Monte Blanco, pero sobre la falda opuesta á Chamouny. Cinco neveras bajaban de la nevada cresta de nuestro antiguo amigo que cerraban el horizonte cual una pared: este inesperado punto de vista al que nada nos había preparado era tal vez lo que mas hermoso habíamos encontrado durante todo nuestro viaje: sin escluir yo á Chamouny.

Bajamos para preguntar á nuestro huésped el nombre de aquellas neveras y de aquellos picos: mientras nos los explicaba pasó cerca de nosotros un cazador con una carabina en la mano y dos gamos á la espalda: eran una madre y su choto; los dos habían sido muertos recientemente.

El posadero que vió que éramos gente curiosa se aprovechó de ello y nos propuso hacernos ver los baños del rey: así supimos que Pre-Saint Dacier poseía un manantial de agua mineral: tuvimos la imprudencia de aceptar la invitación.

Nuestro huésped nos llevó entonces á una mala casuca de yeso que nos fué preciso visitar desde el sótano hasta el tejado: no nos perdonó ni una cacerola de la cocina, ni una esponja de las que usó en el baño. Creímos al fin que habíamos concluido el inventario cuando al salir nos hizo notar bajo el peristilo un

clavo en el que S. M. se dignaba colgar su sombrero.

Me escapé dando al diablo al rey de Cerdeña, de Chipre y de Jerusalem: mi apóstrofe hizo caer naturalmente la conversacion sobre política, y como entre nosotros seis había representantes de cuatro diferentes opiniones se entabló una discusión: al llegar á la aldea de San Mauricio aun íbamos disputando y habíamos andado sin sentir ocho leguas. El que menos ronco se encontraba se encargó de pedir la comida.

Terminada esta operación como nos quedaban aun cuatro horas de día, nos colocamos en dos carretas, y grave y pausadamente se pusieron en camino y no se detuvieron si no cuando sonaban las once en el hotel de la Cruz Roja en Monstier.

Aquel pueblecito nada tiene de notable si no las salinas. Las visitamos al día siguiente por la mañana.

Hállase situado el establecimiento á una legua casi del manantial que explota; este manantial al salir de la tierra contiene una parte y media de materia salina sobre cien partes de agua. Durante su curso la evaporación del agua hace la proporción de las sales mucho mas considerable en el momento en que el líquido se somete á la acción de la bomba. Esta bomba levanta á una altura de treinta pies el agua que se distribuye en una multitud de canalitos, de donde vuelve á caer sobre millares de cuerdas. En este estado extremo de división la evaporación de la parte acnosa es mucho mas grande aun que la que anteriormente se ha verificado: y como las partes salinas no han desaparecido por esta evaporación, resulta que se tiene al fin un agua muy cargada de sales que en seguida se pone á hervir en las calderas.

Podría obtenerse directamente la sal haciendo hervir el agua tal como sale del manantial; pero entonces sería mucho mas grande el gasto del combustible.

La totalidad que resulta de la explotación es de quince mil kilogramos haciendo parte de los cuarenta mil que se consumen en Saboya y que el rey vende á sus súbditos á seis cuartos la libra: en Bex la sal recogida por el mismo mecanismo se vende á seis maravedises por el gobierno.

El mismo día á las cuatro de la tarde nos hallábamos en Chamberí. Nada diré del interior de los monumentos públicos de la capital de la Saboya; no pude entrar en ninguno de ellos en atención á que llevaba sombrero gris. Parece que un despacho del gabinete de las Tuilerías había provocado las mas severas medidas contra el sedicioso fieltro, y que el rey de Cerdeña no había querido por una cosa tan fútil esponerse á una guerra con su muy querido y caro hermano Luis Felipe de Orleans: como yo insistía reclamando enérgicamente contra la injusticia de semejante disposición,

los carabineros reales que estaban de guardia á la puerta del palacio, me dijeron burlonamente que si absolutamente me obstinaba, había en Chamberí un edificio á cuyo interior les era permitido llevarme: era la cárcel. Como el rey de Francia á su vez no hubiera querido probablemente esponerse á una guerra contra su muy caro hermano Carlos Alberto por un personaje tan poco importante como su bibliotecario, respondí á mis interlocutores que eran muy amables para ser saboyanos y de mucho talento para ser carabineros.

Nos marchamos inmediatamente despues de la comida, sobre cuya cuenta rebajamos diez y ocho francos sin que esto pareciese perjudicar los intereses de nuestro huésped ó fondista llamado Chevalier, y llegamos una hora despues á las puertas de Aix. La primera palabra que oímos al pararnos en la plaza fué un viva á Enrique V pronunciado con una fuerza de órgano que nada dejaba que desear. Saqué inmediatamente la cabeza por la portezuela pensando que en un país donde tan susceptible es el gobierno, no podría dejar de prenderse al legitimista que de una manera pública acababa de manifestar su opinión. Me engañaba; ninguno de los diez ó doce carabineros que se paseaban por la plaza hizo un movimiento hostil: es verdad que aquel caballero llevaba sombrero negro.

Las tres posadas de Aix se hallaban atestadas de gente: el cólera había llevado allí á una multitud de cobardes, y la situación política de París á una multitud de descontentos: de esta manera Aix se encontraba siendo la cita de la aristocracia de nobleza y de la aristocracia del dinero: la una se hallaba representada por Mad. la marquesa de Castries, la otra por el baron de Roschildt: Mad. de Castries es, como se sabe, una de las mujeres mas graciosas y de mas talento de París.

Pero esa multitud no había hecho aumentar ni el precio de los alojamientos ni el de los alimentos. Encontré en casa de un tendero una habitación bastante bonita por treinta cuartos al día, y en casa de mi fondista una comida excelente por tres francos. Estos pequeños detalles, muy poco interesantes para muchas personas, les consigno aquí para algunos proletarios como yo que tal vez les darán importancia.

Quise dormir; pero en Aix es una cosa imposible antes de la media noche: mis ventanas daban á la plaza, y la plaza era el punto de reunión de una treintena de sus ruidosos elegantes que miden por el ruido que hacen el placer que experimentan. No pude distinguir en medio de aquella baranda sino un solo nombre: verdad es que fué repetido casi unas cien veces en el intervalo de media hora: este nombre era el de Jacotot. Naturalmente pensaba que el que llevaba este nombre sería un eminente personaje, y bajé con ánimo de hacer su conocimiento.

Hay dos cafés en la plaza, el uno estaba vacío, en el otro no se podía entrar; el uno se arruinaba, el otro se llenaba de oro. Preguntéle á mi huésped de qué procedía esta preferencia: me respondió que era Jacotot el que atraía á la multitud. No me atreví á preguntar quién era Jacotot por miedo de aparecer demasiado lugareño. Dirigime hácia el café lleno de gente: todas las mesas se hallaban ocupadas; había un lugar vacío en una de ellas; me apoderé de él llamando al mozo.

No me respondieron. Entonces saqué toda la voz que me permitían mis pulmones y renové mi interpelación que no tuvo mas resultado que la primera.

—Poco tiempo haber llegado vos á Aix, me dijo con un pronunciado acento alemán uno de mis vecinos que estaba bebiendo cerveza.

—Esta tarde, caballero.
Hizo un gesto como para decirme: ahora comprendo; y volviendo la cabeza hácia el lado de la puerta del café no pronunció mas que esta sola palabra: ¡Jacotot!

—¡Voy, señor, voy! respondió una voz.
Jacotot se presentó en el mismo instante: no era otra cosa sino el mozo del café. Paróse delante de nosotros; la sonrisa se hallaba estereotipada sobre aquella buena y redonda cara estúpida que es preciso haber visto una vez para poderse formar de ella una idea. Mientras que le pedía un vaso de cerveza, veinte voces ó veinte gritos á la vez decían:

—Jacotot, un cigarro.
—Jacotot, el periódico.
—Jacotot, fuego.
Jacotot á medida que le pedían cada cosa la sacaba al instante de su bolsillo; hubo un momento en que pensé si sería el eucantado bolsillo de Fortunatus.

En el mismo momento salió otra voz de un sombrío corredor perteneciente al café.
—Jacotot, veinte luises.

Jacotot colocó su mano encima de sus ojos, á guisa de pantalla, y miró quien le dirigía esta última petición, y habiéndole probablemente conocido por hombre de garantía, echó mano al maravilloso bolsillo y sacó un puñado de oro, que le entregó sin añadir nada á su habitual estribillo; ya voy, señor, ya voy, y desapareció para ir á buscarme un vaso de grosella.

—¿Con que perdeis, Pablo? dijo un jóven que se hallaba en una mesa al lado de la mia.

—Tres mil francos.
—¿Vos jugar? me dijo mi alemán.
—No, señor.
—¿Por qué?
—No soy bastante pobre para desear ganar, ni bastante rico para poder perder.

Miróme fijamente, bebióse un vaso de cerveza, echó una bocanada de humo, colocó un codo sobre la mesa, apoyó su cabeza en su mano, y me dijo gravemente:

—Tener razon vos, jóven. ¡Jacotot!....

—Voy, señor, voy.

—Otra botella traer y otro cigarro.

Jacotot le trajo su sexto cigarro y su cuarta botella; encendió el uno y destapó la otra.

En tanto que por mi lado, yo tomaba mi grolla, dos de nuestros compañeros vinieron á tocarme en la espalda; habían organizado para la mañana siguiente con una docena de amigos que habían encontrado en Aix, una partida de baño al lago de Bourget, situado á una media legua de la ciudad, y venían á preguntarme si quería ser de los suyos. No había necesidad de preguntar esto; sólo me informe de los medios de transporte; me respondieron que no tuviese el menor cuidado porque ellos lo habían dispuesto y preparado todo. Con esta seguridad me fui á acostar. A la mañana siguiente me desperté con el ruido que había debajo de mi ventana. Mi nombre había por el momento reemplazado al de Jacotot, y una treintena de voces lo alzaban hasta mi segundo piso con toda la fuerza de sus pulmones. Echéme abajo de la cama creyendo que se había prendido fuego á la casa, y corrí á la ventana. Treinta ó cuarenta burros cabalgados por otros tantos ginetes ocupaban en dos filas todo lo ancho de la plaza. Era un golpe de vista para encantar á Sancho Panza. Llamábanme, en fin, para que viniese á ocupar mi lugar en las filas. Pedí cinco minutos, que me fueron concedidos, y bajé. Habíanme reservado con una delicadeza y atención, que se apreciará despues, una soberbia burra llamada *Cristina*. El marqués de Montairon, que montaba un hermoso caballo con buenas crines, había sido nombrado por unanimidad general, y mandaba toda la brigada. Dió la señal de partir por esta alocucion tan familiar á todos los coronales de coraceros.

—Adelante, cuatro en fondo, al trote si quereis, y al galope si podeis.

Echamos en efecto á andar seguido cada cual de un pilluelo que pinchaba con una vara la grupa de nuestros burros. Diez minutos despues nos hallábamos en el lago de Bourget. Solamente, y habiendo partido en número de treinta y cinco, habíamos llegado doce, quince habían caído en el camino, los otros ocho no habían podido jamás hacer salir á sus burros del paso; en cuanto á *Cristina* caminaba como el caballo de Perseo.

Son una verdadera maravilla los lagos de Suiza y de Saboya con sus azuladas y transparentes aguas, que dejan ver su fondo á ochenta pies de profundidad. Es preciso haber llegado á sus orillas aun manchados como lo estábamos con los baños del fangoso Sena, para formarse una idea del placer con que nos precipitamos en ellos.

Al extremo opuesto de donde nos hallábamos, se elevaba un edificio bastante notable. Pregunté á uno de nuestros compañeros en el momento en que subía á la superficie del agua, tal era aquel edificio. Apoyó las manos sobre

mi cabeza y los pies sobre mis espaldas, y me envió á quince pies de profundidad, y aprovechando el momento en que yo sacaba la cabeza á la superficie del lago, es Hautecombe, me dijo, la sepultura de los duques de Saboya y de los reyes de Cerdeña. Le di las gracias.

Propusieron ir á almorzar allí y visitar en seguida los sepulcros reales y la fuente intermitente. Nuestros barqueros nos dijeron que en cuanto á esta última curiosidad tendríamos que privarnos de ella en atención á que hacia ocho dias que el manantial no corría, bajo pretexto de que había veinte y seis grados de calor. No por eso fué menos aceptada la proposición por unanimidad. Sin embargo, uno de ellos hizo una reflexion muy sensata, y era que treinta y cinco mocetones como éramos no sería fácil que encontrasen bastantes huevos y leche, únicos comestibles probables en una pobre aldea de la Saboya. En su consecuencia, un pilluelo y dos burros fueron despachados á Aix; el pilluelo era portador de una palabra para Jacotot á fin de que nos enviase el mejor desayuno posible; debía ser pagado por los que cayesen de sus burros al volver.

Llegamos, como es fácil conocer, á Hautecombe antes que nuestros proveedores; mientras les aguardábamos nos dirigimos á la capilla donde se hallan los sepulcros. Esta es una iglesia pequeña, bonita, y aunque moderna, está construida sobre un plan de forma gótica. Si las paredes estuviesen ennegrecidas por ese sombrío barniz que los siglos dan al pasar, se la tomaría en su exterior por una construcción de fines del siglo XV.

Al entrar se tropieza con un sepulcro: es el del fundador de la capilla, el del rey Carlos Félix; parece que despues de haber confiado á la iglesia los cuerpos de sus antepasados, él, el último de su raza, quiso, cual un hijo piadoso, velar en la puerta sobre los restos de sus padres, cuya serie subía á más de siete siglos.

A cada lado del camino que conduce al coro hay colocados soberbios sepulcros de mármol sobre los que se ven tendidos los duques y las duquesas de Saboya. Los duques con un león á sus pies, tipo del valor; las duquesas con un lebre, símbolo de la fidelidad. Otros hay que habiendo marchado por la santa vía en lugar de la vía sangrienta, se hallan representados con un cilicio en el cuerpo y con sandalias á los pies en señal de padecimiento y humildad; casi todos estos monumentos son de un esquisito trabajo y de una excelente y sencilla ejecución: por encima de cada tumba, y como para con ello dar un mentis al carácter y á la costumbre, un hermoso medallón oval ó cuadrado representa, ejecutado por artistas modernos, una escena de guerra ó penitencia sacada de la vida de aquel que cubre bajo la piedra que corona. Allí podeis ver el héroe despojado

de la armadura de mal gusto que le cubre sobre su sepulcro, combatiendo vestido á la griega con una espada ó un dardo en la mano en la posición académica de Rómulo y Leonidas. Estos señores eran demasiado orgullosos para copiar y tenían demasiada imaginación para hacer las cosas que vieron. ¡Dios los tenga en el cielo!

Vimos algunos religiosos orando por las almas de sus antiguos señores. Son monges de una abadía del Cister perteneciente á la capilla y que tenían el encargo de cuidarla. La fecha de la fundación de esta abadía sube al principio del siglo XII, y de ella han salido dos papas; Godofredo de Chatillon, electo en 1244 bajo el nombre de Celestino VI, y Juan Gayetano de los Ursinos elegido bajo el de Nicolás III en 1277.

En tanto que visitábamos el convento y que tomábamos estas noticias, llegaron nuestras provisiones, y un espléndido almuerzo se organizó debajo de los castaños, á trescientos pasos de la abadía. Tan pronto como recibimos esta bienaventurada noticia, nos despedimos de los reverendos padres y nos encaminamos á la pradera donde estaba el desayuno. Al ir allí dejamos á nuestra izquierda la fuente intermitente. Tuve curiosidad de visitar el sitio donde se halla; allí encontré inmóvil con su cigarro en la boca y las manos á la espalda á mi alemán de la vispera; aguardaba hacia tres horas á que corriese el manantial; se habían olvidado de decirle que hacia ocho dias que se hallaba seco.

Me reuní con mis camaradas recostados como los romanos alrededor del festín: no tuve mas que echar una ojeada sobre él para hacer entera y complida justicia á Jacotot: era digno de su alta reputación.

Quando hubimos terminado el desayuno, bebido el vino y roto las botellas, pensamos en volver y se acordó el convenio hecho por la mañana, á saber: que los que se dejasen caer de sus burros pagarían la parte de los que se mantuviesen firmes y no cayesen. Hecha la cuenta se encontró que el desayuno no costaba una gran cosa.

A nuestra vuelta encontramos á Aix en revolución. El que tenía caballos los había hecho enganchar. Los que no los tenían acudían á los carruages; los que no podían hallarlos se precipitaban á los despachos de las diligencias: algunos hombres se disponían á marchar á pie: las señoras, nos cercaban con las manos juntas en ademán suplicante para obtener nuestros burros: á todas las preguntas que les hacíamos no respondían mas que estas palabras:

—¡El cólera, caballero, el cólera!

Viendo que no podíamos obtener ninguna noticia de aquella espantada población, llamamos á Jacotot.

Vino con los ojos llenos de lágrimas y le preguntamos que había.

El hecho era que un herrero que había llegado la vispera y jaetándose de haber burlado al gobierno sardo en la cuarentena de seis dias impuesta á todos los estrangeros, se halló atacado despues de almorzar de vahidos y cólicos. El desdichado había tenido la imprudencia de quejarse; su vecino reconoció al instante mismo los síntomas del cólera asiático. Todos se levantaron dando horribles gritos, y varias personas escapándose, gritaron en la plaza: ¡El cólera! ¡el cólera! como se grita ¡fuego! ¡fuego!

El enfermo, que estaba acostumbrado á semejantes indisposiciones y que de ordinario se curaba con té ó simplemente con agua caliente, era á quien menos se le daba de toda aquella gritería. Iba á marcharse muy tranquilo á su casa para curarse, cuando encontró á la puerta los cinco médicos del establecimiento de los baños. Desgraciadamente para él, en el instante en que iba á saludar á la facultad saboyana, un violento dolor le arrancó un grito, y la mano que echaba á su sombrero, descendió naturalmente sobre el abdomen, asiento del dolor. Mirárouse los cinco médicos, cambiaron una mirada, como dando á entender que el caso era muy grave. Dos de ellos agarraron al paciente cada uno por un brazo, le tomaron el pulso, y le declararon colérico en primer grado.

El herrero, que se acordaba de las aventuras de Mr. de Pourceaugnac, les manifestó con mucha mansedumbre que á pesar de todo el respeto que debía á su profesión y su ciencia, creía conocer mejor que ellos su situación, en la que se había encontrado ya veinte veces, y que los síntomas que ellos tomaban por la epidemia, lo eran solo de indigestion, no de otra cosa: y que por consiguiente les suplicaba, tuviesen la bondad de dejarle libre el paso, por que se marchaba á su casa á decir que le hiciesen una taza de té. Pero los médicos declararon que no estaba en su poder el acceder á tal petición, pues estaban encargados por el gobierno de velar sobre el estado sanitario de la población, y que así les pertenecía de derecho todo bairista que se pusiese enfermo en Aix. El pobre herrero hizo el último esfuerzo, y pidió que le dejasen cuatro horas siquiera para curarse á su manera, y que si pasado este término no estaba bueno enteramente, consentia en entregarse en cuerpo y alma en manos de la ciencia. Esta le replicó que el cólera asiático, el mismo del que estaba atacado el enfermo, hacia tales progresos que en cuatro horas ya estaria muerto.

Durante esta discusión habianse hablado los médicos algunas palabras al oído, y uno de ellos que había salido de allí volvió á poco acompañado de cuatro carabineros reales y un sargento que preguntó, retorciéndose los bigotes, en donde estaba el infame colérico. Enseñároule el enfermo; dos carabineros le

agarraron por los brazos, y otros dos por las piernas, y el sargento sacó su sable y echó á andar marcando el paso. Los cinco médicos siguieron al acompañamiento: el infeliz herrero arrojaba espumarajos de rabia, gritaba, siempre aferrándose en qué no tenía nada, y mordía cuanto estaba al alcance de sus dientes. Decían ya que eran los síntomas del cólera asiático en el segundo grado: la enfermedad progresaba atrozmente.

A los que le vieron pasar no les quedó duda alguna y se admiró la abnegación de los dignos médicos, que iban á desafiar el contagio; pero todos se dispusieron á huir de él lo más pronto posible. En este estado de terror pánico, habíamos encontrado nosotros la ciudad.

Llegóse el alemán en aquel momento y dándole á Jacotot, en la espalda le preguntó si el susto de todos era por que el manantial del agua intermitente no corría. Jacotot volvió á empezar la relación que acababa de hacernos. El alemán escuchó con su habitual cachaza, y cuando hubo terminado, se contentó con decir: ¡Ah! y se encaminó hacia el establecimiento.

—¿A dónde vais, caballero? ¿á dónde vais? le gritaron de todas partes.

—Yo, á ver al enfermo, respondió nuestro hombre, continuando su camino. A poco rato volvió con la misma flemma con que se había ido, y todos le rodearon preguntándole que hacían con el cólico.

—Le apren, respondió.

—¿Cómo le apren!

—Si, si, le apren el ventre. Y acompañó estas palabras con un gesto que no dejaba ninguna duda sobre el género de operación que indicaba.

—¿Con que entonces ya ha muerto?

—¡Oh! si, sin duda, ya, dijo el alemán.

—¿Del cólera?

—No de una indigestion, ¡pobre hombre! habeba almorzado mocho, y su almuerzo le hacia daño, le han posto en uno baño caliente, y su almuerzo le ha ahogado: fe aquí todo.

Y esta era la verdad. A la mañana siguiente fue enterrado el herrero, y al otro ya nadie pensaba en el cólera, solo los médicos aseguraban que había muerto de la epidemia reinante.

Al otro día me dispensé de la partida de baño. Tenía que estar en Aix muy poco tiempo, quería visitar en detalle las Thermas romanas y los baños modernos.

La ciudad de Aix se remonta á la más remota antigüedad. Sus moradores, conocidos con el nombre de *aguensses*, se hallaban bajo la inmediata protección del procónsul Domicio, como lo prueba el primer nombre que llevaron las aguas: *aguae domitianae*. En tiempo de Augusto eran el punto de reunión de todos los enfermos opulentos de Roma.

Después de haber sido cuatro veces quemada, la primera en el siglo III, la segunda y la tercera en el XIII, y la última en el XVII,

después de haber pasado en el año de 1000, el 5 de los idus de mayo, de la posesión de Rodolfo rey de la Borgoña Transjurana, á la de Beroldo de Sajonia; después de haber sido por mucho tiempo un objeto de disputas y causa de guerra entre las casas de los duques de Saboya y de los condes de Ginebra, Aix quedó por fin, por medio de un tratado celebrado en 1293, bajo la dominación de los primeros.

Las diferentes revoluciones acaecidas después del paso de los bárbaros, á quienes se debe atribuir la primera destrucción de las Thermas romanas, hasta el último incendio de 1639, habian hecho olvidar la virtud medicinal de los baños de Aix.

Por otra parte tambien, las aguas llovedizas al bajar de las montañas que cercan la ciudad, arrastraban consigo porciones de tierra vegetal y fragmentos de roca, formando así una capa de tierra de ocho ó diez pies y cubriendo las antiguas construcciones romanas. A principios del siglo XVII, fué cuando un médico de una aldea del Delfinado, llamado Cabias, hizo notar los manantiales termales de los que no se cuidaban los habitantes de Aix.

Los experimentos químicos que hizo en ellos, por incompletos que fuesen, le revelaron el secreto de su eficacia para ciertas enfermedades. De vuelta á su país, recetó el uso de estas aguas á la primera ocasión que se le presentó, y acompañó el mismo, para hacer su aplicación, á los primeros enfermos ricos que quisieron someterse á este tratamiento. Su cura dió margen á la publicación de un folleto titulado: *De las curas maravillosas y propiedades de las aguas de Aix*. Esta publicación se hizo en Lion el año 1624, y dió á los baños una nombradía, que se ha ido acrecentando cada vez mas y mas.

Los monumentos que quedan del tiempo de los romanos, son un arco, ó por mejor decir, una arcada, restos de un templo de Diana, y los fragmentos de las Thermas.

Háse encontrado además en las excavaciones para sepulturas en la iglesia de Bourget, un altar de Minerva, piedra de sacrificio, urna en que se recogía la sangre de la víctima, y por último el cuchillo de piedra afilada con que se la degollaba.

El cura ha hecho desaparecer todos estos objetos en un momento de celo religioso.

El arco romano ha sido objeto de una larga controversia, los unos han pretendido encontrar en él la entrada de las Thermas, situada á poca distancia del sitio en que está levantado, los otros han hecho de él un monumento funeral; otros, en fin, un arco de triunfo.

Una inscripción confirma al menos el nombre del que edificó el monumento, si bien no dice el objeto con que lo levantó:

L POMPEIUS CAMPANUS.
VIUS FECIT.

De aquí ha tomado el nombre de arco de Pompeyo.

El templo de Diana está mucho menos completo. Parte de sus piedras han proporcionado las losas magníficas que forman las escaleras del Circulo (4); y las que han quedado enteras desaparecieron en la obra de un mal teatrillo al que han servido de cimientos. Una de las cuatro paredes de la biblioteca del Circulo está formada por el muro de este antiguo monumento. Se ha tenido el buen juicio de no cubrirla con tapicería alguna, para que de este modo los curiosos puedan examinar despacio las piedras colosales que han servido para esta construcción. Las más pequeñas tienen dos pies de altura y cuatro ó cinco de ancho. Están puestas unas encima de otras sin ninguna argamasa, y parecen sostenerse únicamente por el peso del equilibrio.

Los restos de las Thermas romanas están situados bajo la casa de un particular llamado Mr. Perrier. Ya hemos dicho antes que las aguas arrastrando tierra habian cubierto estas construcciones antiguas. Habian desaparecido enteramente quedando ignoradas de todos cuando las encontró Mr. Perrier al hacer las excavaciones para echar los cimientos de su casa.

Cuatro gradas de una escalinata antigua, revestidas de mármol blanco, conducen en primer lugar á una piscina octógona de veinte pies de longitud, rodeada por todos lados de gradas en que se sentaban los bañistas; estas gradas y el fondo de la piscina están revestidas de mármol blanco. Por debajo de cada grada pasan conductos de calor, y detrás de la más alta de las gradas se hallan las bocas por las cuales se derramaba el vapor en la habitación. En el fondo de la piscina estaba colocado el inmenso lavabo de mármol que contenía el agua fría en que se metían los antiguos inmediatamente después de haber tomado los baños de vapor. El lavabo fué roto en la excavación, pero la tierra acarreada por los aluviones y de que habia estado lleno, ha conservado la forma exacta de la cuba que lo abarcaba y en la que se habia secado.

Debajo de la piscina está el recipiente que contenía el agua caliente, cuyo vapor subía á la habitación situada encima. Debía contener un inmenso volumen, pues la pared del conducto que comunica con él, se halla corroída á siete pies de altura.

Solo la parte superior de este depósito se halla descubierta, pero examinando los chapiteles cuadrados de las columnas que salen de la tierra, y procediendo de lo conocido á lo desconocido, según las reglas de arquitectura, están sepultadas estas columnas nueve pies en el suelo; están construidas de ladrillos, y cada uno de estos lleva el nombre del fabricante que los suministró, y se llamaba Glarianus. Si-

(4) El Circulo es el parage donde se reúnen por la noche los bañistas.

guiendo el mismo camino que debía seguir el agua, se entra en el corredor por el que se escapaba el vapor; las bocas de calor que se ven en el techo son las mismas cuyo orificio opuesto se encuentra detrás de la grada más allá de la piscina.

Al final de otro corredor se encuentra una salita de baño particular para dos personas: tiene ocho pies de largo sobre cuatro de ancho, y la misma pieza forma el baño. Está revestida por todas partes de mármol blanco, y sostenida por columnas de ladrillos, entre cuyos chapiteles circulaba el agua termal. Bajábase de lado por escaleras de la misma longitud y anchura que el baño. Debajo de estas escaleras pasaban caloríferos á fin de que se pudiesen poner encima los pies desnudos sin incomodidad, y de que la frescura del mármol no enfriase el agua del baño.

Por lo demás todas estas excavaciones que cualquiera creeria hechas por el propietario del terreno con algun fin científico, no tenían más objeto que el de hacer una bodega; los corredores que acabamos de describir conducen á ella en línea recta.

Volviendo á subir vemos en el jardín un meridiano antiguo; se diferencia muy poco de los nuestros.

Los edificios modernos son el Circulo y los baños.

El Circulo es el edificio en que se reúnen los bañistas. Por veinte francos se da una tarjeta personal, que franquea la entrada á los salones. Compónense estos salones de un gabinete de reunión, en donde las señoras hacen sus labores, ó se ocupan en la música, una sala de baile y de conciertos, una pieza de billar, y una biblioteca de que ya hemos hablado con motivo del templo de Diana.

Hay contiguo á este edificio un gran jardín que ofrece un magnífico paseo. El horizonte se pierde por un lado á cinco ó seis leguas en una azul lontananza, y por el otro se termina con el Diente del Gato, la altura más elevada de los alrededores de Aix, llamada así por su color blanco y aguda forma.

El edificio donde se toman los baños se comenzó en 1772, y se terminó en 1784, por orden y á costa de Victor Amadeo. Una inscripción grabada sobre la fuente del monumento atestigüa esta liberalidad del rey sardo.

Vedla aquí:

VICTOR AMEDEUS III REX FELIX AUGUSTUS
PP. HASCE THERMALES AGUAS A ROMANIS
OLIM E MONTIBUS DERIVATAS AMPLIATIS
OPERIBUS IN NOVAM
MELIOREM QUE FORMAM REDIGI
JUSSIT APTIS AD AE GRORUM USUM
AEDIFICIS PUBLICE SALUTIS GRATIA
EXTRACTIS ANNO MDCCLXXXIII.

En la primera sala entrando á la derecha,

están los dos caños rotulados á donde van los bañistas tres veces al día á llenar el vaso de agua que deben beber. Uno de estos caños tiene el rótulo de *azufre* y el otro el de *alumbre*; el uno tiene treinta y cinco grados de calor y el otro treinta y seis.

El agua de azufre pesa un quinto menos que el agua ordinaria, y una moneda de plata puesta en contacto con ella se oxida en dos segundos.

Las aguas termales comparadas con el agua común, dan por resultado que el agua ordinaria, elevada por medio de la ebullición á ochenta grados de calor, pierde en dos horas sesenta grados poco mas ó menos por su contacto con el aire atmosférico, mientras que el agua termal, depositada á las ocho de la noche en un baño, no ha perdido á las ocho de la mañana, es decir, doce horas despues, mas que catorce ó quince grados, lo que deja á los baños ordinarios un calor suficiente de diez y ocho ó diez y nueve grados.

Los baños que toman los enfermos están regularmente á treinta y cuatro ó treinta y seis grados. De este modo se ve que no hay nada que añadir ni quitar al calor del agua, que se encuentra en armonía con el de la sangre; esto dá á las aguas de Aix una superioridad notable sobre las demas, pues en todas partes son ó demasiado calientes ó demasiado frias. Si son demasiado frias hay que calentarlas, y bien se echa de ver cuánta cantidad de gas debe desprenderse durante esta operación. Si por el contrario son demasiado calientes, hay necesidad de enfriarlas por una combinación con el agua fria, ó por el contacto del aire, y en uno y otro caso se concibe cuánto pierden de su eficacia con la mezcla ó la evaporación.

Poseen tambien una ventaja natural estas aguas termales sobre las de los demas establecimientos, y es que los manantiales calientes, que por lo regular salen en los parages bajos, se hallan allí á treinta pies sobre el nivel del establecimiento; pueden así con la facultad que les dan las leyes de la gravedad, elevarse sin medio de presión á la altura necesaria para aumentar ó disminuir su acción en la aplicación de los chorros.

En ciertas épocas, y sobre todo cuando la temperatura atmosférica baja de doce á nueve grados sobre cero, cada una de las aguas, cuyo manantial parece, sin embargo, ser el mismo, presenta un fenómeno particular. El agua de azufre arrastra una materia viscosa, que haciéndose sólida ofrece todos los caracteres de la gelatina animal perfectamente hecha: tiene su gusto y cualidades nutritivas, mientras que el agua de alumbre arrastra una cantidad casi igual de gelatina puramente vegetal.

El martes de carnaval del año 1822, se sintió un terremoto en toda la cordillera de los Alpes; treinta y siete minutos despues del sacudimiento salió una multitud considerable

de gelatina animal y vegetal por los tubos del azufre y del alumbre.

Seria demasiado largo describir los diferentes gabinetes y los varios aparatos de los chorros que allí se administran. El calor de los chorros varia, pero el de los gabinetes es siempre el mismo; es decir, de treinta y tres grados. Solamente uno de estos gabinetes, llamado el *Inferno*, tiene una temperatura mucho mas elevada; esto procede de que la columna de agua caliente es mas fuerte, y que cerradas una vez las puertas y las ventanas no se puede respirar el aire exterior sino unicamente el que se desprende de la evaporación. Esta atmósfera, verdaderamente infernal, aumenta la circulación de la sangre hasta ciento cuarenta y cinco pulsaciones por minuto; el pulso de un inglés muerto tísico, dió hasta doscientas diez pulsaciones, es decir, tres y media por segundo. Allí era donde habian llevado al herrero. El sombrero de aquel infeliz estaba aun colgado en una percha.

Se puede bajar hácia los manantiales por una entrada situada en la misma ciudad; es una abertura con una verja de tres pies de ancho, llamada el *Agujero de las serpientes*, porque su situación al Mediodía y el vapor que sale de esta especie de respiradero atraen de once á dos una multitud de culebras. No se pasa nunca por allí en aquel momento del día sin ver muchos de aquellos reptiles solazándose á aquel doble calor. No son nada venenosos, y los muchachos los domestican y se sirven de ellos, como nuestros limpia-botas y quita-manchas ambulantes, para sacar algunas monedas á los viajeros.

Hallándome dispuesto á visitar las curiosidades de Aix, tomé la dirección de la cascada de Gresy, situada á los tres cuartos de legua, poco mas ó menos, de la ciudad. Un incidente ocurrido en 1813 á la baronesa de Broc, una de las damas de honor de la reina Hortensia ha hecho á esta cascada tristemente célebre. Esta cascada, por lo demas, nada ofrece de particular sino los embudos que ha horadado en la roca, y en uno de los cuales pereció aquella hermosa jóven. En el momento en que yo fui, el agua estaba baja y dejaba en seco la boca de tres embudos que tienen de quince á diez y ocho pies de profundidad, y en cuyas paredes interiores ha abierto el agua una comunicación desgastando la roca. De esta manera baja hasta el lecho de un arroyo que huye á treinta pies de profundidad casi, entre dos orillas, tan próximas, que fácilmente se puede saltar de un brinco: Visitaba la reina Hortensia esta cascada acompañada de Mad. Parquin y de Mad. Broc, cuando esta última, atravesando sobre una tabla el mas grande de estos embudos, creyó apoyar su sombrilla sobre la tabla, y la puso á un lado; la falta de un punto de apoyo la hizo doblar el cuerpo á un lado, se volvió la tabla; Mad. Broc dió un

grito y desapareció en el abismo: tenia veinte y cinco años

La reina la ha hecho levantar un sepulcro en el mismo sitio en que sucedió esta desgracia. En él se lee esta inscripción:

AQUÍ
MAD. LA BARONESA DE BROC,
A LOS 25 AÑOS DE EDAD, PERECIO
EN PRESENCIA DE SU AMIGA
EL 10 DE JUNIO DE 1815.
VOSOTROS
QUE VISITAIS ESTOS LUGARES,
NO OS ADELANTEIS SINO
CON PRECAUCION SOBRE ESTOS
ABISMOS.
PENSAD EN LOS
QUE OS
AMAN.

Hállase al volver, sobre uno de los lados del camino, en la orilla del torrente, el manantial ferruginoso de *San Simon* descubierta por Mr. Despine, hijo, uno de los médicos de Aix. Ha hecho construir encima una fuente clásica en la cual ha hecho grabar el nombre mas clásico un de la diosa *Hygie*, y debajo de esta palabra estas otras: FUENTE DE SAN SIMON. Ignoró si la etimología de este nombre tiene alguna relacion con el profeta de nuestros dias.

Se aplican las aguas de esta fuente á la curación de afecciones del estómago y de enfermedades linfáticas. Yo la probé al pasar, y me pareció de muy agradable sabor.

Volvi á la hora crítica de comer. Cuando hubimos concluido, cada cual se separó, y noté que nadie se quejó del mas pequeño dolor de cólico, y en cuanto á mí, estaba cansado de mis correrías de todo el día, y me acosté.

Despertáronme á media noche con un gran ruido y un gran resplandor. Mi cuarto se llenó de bañistas. Cuatro llevaban hachones encendidos, venian á buscarme para subir al Diente del Gato.

Hay chanzas que no hacen gracia á los que son objeto de ellas, sino cuando los mismos se hallan en cierto grado de humor y de broma: Sin duda los que despues de una cena animada por la charlatanería y el vino y con los espíritus bien calientes por ambos, temian que el sueño no concluyese con la orgia, propusieron pasar juntos lo que quedaba de noche y emplearlo en hacer una ascension para ver salir la aurora desde la cima del Diente del Gato, debieron ser muy apoyados por los demas; pero yo que me habia metido en la cama muy tranquilo y cansado, con la esperanza de una noche muy pacífica, y me habia despertado sobresaltado por una invitación tan incongruente, no recibí, como es fácil de concebir,

con mucho entusiasmo la proposición. Pareció este muy extraordinario á mis trepadores que calcularon no estaba bien despierto, y para hacerme volver en mí enteramente, me agarraron entre cuatro y me pusieron en medio del cuarto. Entretanto otro, mas previsor aun, vertía en mi cama toda el agua que yo habia tenido la imprudencia de dejar en mi jofaina. Si este medio no hacia mas divertido el paseo propuesto, le hacia al menos casi indispensable. Tomé, pues, mi partido, como si la cosa me gustase mucho, y cinco minutos despues estuve listo para ponerme en camino. Eramos doce ó catorce entre todos, contando con dos guías.

Al pasar por la plaza vimos á Jacotot que cerraba su café, y al alemán que fumaba su último cigarro y vaciaba su última botella. Deseo nos Jacotot que nos divirtiéramos mucho, y el alemán nos gritó: Bon viage...—¡Gracias!... Atravesamos el pequeño lago de Bourget para llegar al pie de la montaña que íbamos á escalar: estaba azul, trasparente y tranquilo como siempre, y parecia tener en su fondo tantas estrellas como se contaban en el cielo. A su extremo occidental se divisaba la torre de Hautecombe, derecha como una fantasma blanca, mientras que entre ella y nosotros se deslizaban en silencio barquillas de pescadores, llevando un hachón encendido en la popa, cuyo resplandor se reflejaba en el agua.

Si yo me hubiese podido quedar allí solo por horas enteras meditando en una barca abandonada, seguramente no hubiera echado de menos ni el sueño ni la cama. Pero yo no habia salido de casa para eso; habia salido para divertirme. Así me divertía!... ¡Qué cosa tan singular es este mundo, en donde se pasa siempre al lado de una incomodidad cuando se busca un placer!...

A las doce y media empezamos á subir; era cosa bastante curiosa ver aquella marcha con hachones. A las dos ya estábamos á las tres cuartas partes del camino, pero lo que nos quedaba era tan difícil y tan peligroso que nuestros guías nos hicieron hacer un alto para esperar los primeros rayos del día.

Así que aparecieron volvimos á continuar nuestro camino, que se hizo á poco tan escabroso, que nuestro pecho tocaba casi en el suelo, sobre el que marchábamos en fila uno tras de otro.

Cada uno desplegó entonces su fuerza y destreza agarrándose con las manos á los matorrales y arbustos, y apoyándose con los pies en las quebras de la roca y desigualdades del terreno. Oíamos como rodaban por la pendiente de la montaña escarpada como un tejado, las piedras que nosotros desprendíamos, y cuando las seguíamos con la vista, las veíamos bajar hasta el lago, cuya sábana azul se extendía á un cuarto de legua debajo de nosotros. Nuestros mismos guías no podían prestarnos socorro alguno, ocupados exclusiva-

mente en descubrirnos el camino mejor; solamente de tiempo en tiempo nos recomendaban no mirásemos atrás por miedo de los desvanecimientos y los vértigos: estas recomendaciones hechas con una voz breve y cerrada nos probaban que el peligro era muy real.

De repente uno de nuestros camaradas, el que iba inmediato á ellos, lanzó un grito que nos hizo estremecer á todas las carnes. Había querido poner el pie en una piedra arrancada ya por el peso de los que le precedían y que se habían servido de ella como de punto de apoyo; la piedra se había desprendido; al propio tiempo las ramas á que se agarraba, no siendo bastante fuertes para sostener solas el peso de su cuerpo, se le habían desgajado entre sus manos.

—¡Detenedle! ¡detenedle! gritaron los guías; pero era mas fácil decirlo que hacerlo. Cada cual tenía ya gran trabajo en sostenerse á sí mismo. Así es que pasó rodando cerca de nosotros sin que ni uno sólo le pudiese detener. Ya le creíamos perdido, y seguíamos con la vista, sin aliento y con el sudor del terror en la frente, cuando se encontró tan cerca de Montaigu, que iba el último de todos, que este pudo, alargando la mano, cogerle por los cabellos. Hubo un momento en que dudamos si los dos iban á caer juntos. Este momento fué corto, pero fué terrible; y yo respondo de que ninguno de los que allí se ballaron olvidará en mucho tiempo el instante en que vio aquellos dos hombre oscilando sobre un precipicio de dos mil pies de profundidad, no sabiendo si iban á precipitarse, ó si llegarían á afianzarse en la tierra.

Por fin, llegamos á un bosquecillo de pinos que sin hacer menos rápido el camino, lo hizo mas cómodo por la facilidad que estos árboles nos ofrecían de agarrarnos en sus ramas, ó apoyarnos en sus troncos. La ladera opuesta de este bosquecillo tocaba casi en la peña viva cuya forma ha hecho dar á la montaña el singular nombre que lleva; una especie de escalera que forman varios agujeros irregulares hechos en la piedra, conduce á la cima.

Solamente dos intentaron este último escalamiento, no por que fuese mas difícil el paso que todo lo que acabábamos de hacer, sino porque no nos prometía una vista mas estensa; y la que teníamos delante de los ojos estaba muy lejos de indemnizarnos de nuestro cansancio y rozaduras: les dejamos preparar á su campanario y nos sentamos para quitarnos las piedrecillas y sacarnos las espinas. Entretanto llegaron ellos á la cima de la montaña, y como en prueba de tomar posesion, encendieron una hoguera y fumaron sus cigarros.

Al cabo de un cuarto de hora bajaron, guardándose bien de apagar el fuego que habían encendido por las ganas que tenían de ver si desde abajo se descubría el humo.

Después de tomar un bocado nos pregun-

taron los guías si queríamos volver por el mismo camino, ó bien tomar otro mucho mas largo, pero mas fácil, y elegimos unánimemente este último. A las tres ya estábamos de vuelta en Aix, y puestos en medio de la plaza tuvieron aquellos señores el orgulloso placer de divisar aun el humo de su fanal. Preguntéles si me era permitido, ahora que ya me había *divertido* bien, el irme á la cama. Como casi todos tenían probablemente necesidad de hacer otro tanto, respondiéndose que no había dificultad alguna.

Yo creó que hubiera dormido treinta y seis horas seguidas como Balmat, si no me hubiese despertado un gran rumor. Abri los ojos, aun era de noche; asoméme á la ventana y vi á toda la gente de la ciudad en la plaza. Todo el mundo hablaba á un tiempo, quitábanse unos á otros los anteojos, y todos miraban hacia arriba á pique de forcearse la columna vertebral; creí que había eclipse de luna.

Volvíme á vestir apresuradamente para tener tambien mi parte en el fenómeno, y bajé á la plaza armado de un antejo de larga vista. Toda la atmósfera estaba colorada por un reflejo rojizo, el cielo parecía inflamado, ardía el Diente del Gato.

Al mismo tiempo sentí que me apretaban la mano, volvime y vi á nuestros dos camaradas, los del fanal: me hicieron con la cabeza una seña y se alejaron. Preguntéles á donde iban, y el uno acercó sus manos á la boca á manera de bocina y me gritó:—A Ginebra. Comprendí el negocio, eran mis perillanes que habían pegado fuego al Diente del Gato, y Jacotot les había secretamente avisado que el rey de Cerdeña apreciaba mucho sus bosques. Eché una mirada sobre la hermana menor del Vesubio: era un bonito volcan de segundo orden.

Un incendio nocturno en las montañas, es una de las cosas mas magníficas que pueden verse. El fuego suelto libremente en un bosque, estendiéndose por todos lados como una serpiente enroscada en el tronco de un árbol que encuentra en su camino, enderezándose contra él, vibrando sus lenguas como para lamer las hojas, lanzándose por cima de su copa como un plumero, volviendo á bajar á lo largo de sus ramas y acabando por encenderlas todas como las de un árbol de pólvora preparado para algun público festejo; he aquí lo que nuestros reyes no pueden hacer en sus funciones. *¡He aquí lo que es hermoso!* Después este árbol quemado sacude ardientes sus hojas; cuando pasa sobre él un golpe de viento se las arrebata cual una lluvia de fuego, cuando cada una de estas chispas, enciende una hoguera al caer, y todas las hogueras ensanchándose marchan delante las unas de las otras, acabando por juntarse y confundirse en un inmenso hogar: cuando una legua de terreno arde así y cuando cada árbol que arde matiza el color de la llama según su esencia, la varía según su forma; cuando las piedras calcina-

das se despenden y ruedan haciendo pedazos todo en su camino, cuando el fuego silba como el viento y cuando el viento brama como la tempestad! ¡oh entonces eso es lo espléndido, eso es lo maravilloso! Nerón era hombre que lo entendía, en materia de placeres cuando quemó á Roma.

Sacóme de mi éxtasis un coche que atravesaba la plaza escoltado por cuatro carabineros reales. Reconoci ser el de nuestros Ruggieros, que vendidos por los guías, denunciados por el maestro de postas habían sido alcanzados por los gendarmes de Carlos Alberto, antes de haber podido salir de las fronteras de Saboya. Querían llevarlos á la cárcel; pero todos nosotros respondimos de ellos: en fin, con la fianza general y sus palabras de honor de no salir de la ciudad, quedaron en libertad de disfrutar del espectáculo que debían pagar.

El fuego duró tres días.

Al cuarto les trajeron una cuenta de TREINTA Y SIETE MIL QUINIENTOS Y TANTOS FRANCO.

Encontraron un poco cara la cuenta por algunas malas fanegas de bosque, que no podía explotarse por su situacion; en consecuencia escribieron á nuestro embajador en Turin, para que tratase si era posible de lograr alguna rebaja. Este se portó tan bien que á los ocho dias se redujo la cuenta á setecientos ochenta francos.

Mediante el pago de esta suma quedaban ya en libertad para salir de Aix. No se lo hicieron decir dos veces; pagaron, se hicieron dar sus recibos, y partieron inmediatamente por miedo de que al otro dia no saliesen con que se había olvidado algun pico.

No he querido nombrar á los dos culpados que gozan en Paris de gran crédito y consideracion, y no trato de perjudicarlos.

Los ocho dias que trascurrieron despues de su partida, no ofrecieron mas que dos novedades. La primera fué un concierto execrable que nos dieron, una que se llamaba primer contralto de la Opera comica, y uno que se anunciaba por primer baritono de la ex-guardia real. La segunda fué la mudanza del alemán, que tomó un cuarto junto al mio: vivia antes en la casa de Roissard situada precisamente enfrente del agujero de las Serpientes, y una mañana se había encontrado una culebra dentro de una de sus botas.

Como se cansa uno de las giras borricales, aunque no se caiga mas que dos ó tres veces; como el juego es una cosa muy poco divertida, cuando no se comprende ni el placer de ganar, ni el pesar de perder; como yo había visitado ya todo lo curioso y notable de Aix y sus inmediaciones; y como finalmente la señora primer contralto y el señor primer baritono nos amenazaban con un segundo concierto; resolví distraer tan estúpida existencia yendo á visitar la gran Cartuja, que no está situada creo mas que á diez ó doce leguas de

Aix. Contaba volver desde allí á Ginebra desde donde queria continuar mis escursiones, por los Alpes, comenzando por el Oberland. En consecuencia de esto, hice mis preparativos de marcha, alquilé un carruage mediante el precio de costumbre, diez francos al dia, y el 10 de setiembre por la mañana, fui á despedirme de mi vecino el alemán; me ofreció para fumar un cigarro y beber un vaso de cerveza, cumplido que creo no había hecho á nadie hasta entonces.

Mientras sentado uno enfrente de otro trincábamos juntos, con los codos apoyados en la mesita, echándonos recíprocamente á la cara bocanadas de humo, vinieron á anunciarme de que el carruage me estaba aguardando. Levantóse y me acompañó hasta el umbral de la puerta. Llegado allí me preguntó:

—¿A dónde ir vos?

—Se lo dije.

—¡Ah! ¡ah! continuó: vos ir ver los cartujos: ¡oh! ser muy divertidos.

—¿Por qué?

—Si, si, comen en tinteros y duermen en armarios.

—¿Qué diablos quiere decir eso?

—Vos ver la cosa.

Estrechó mi mano, me deseó un *bon viage*, me cerró su puerta, de consiguiente nada pude sacar mas de él.

Fui á tomar una jicara de chocolate; á despedirme de Jacotot. Aunque yo no hacia gran gasto, Jacotot, me miraba con respeto, porque le habían dicho que yo era autor. Cuando supo que me marchaba, me preguntó si no escribiría algo sobre los baños de Aix. Respondíle que no era muy probable, pero si posible. Entonces me pidió que en este caso no me olvidase de hablar del café cuyo primer mozo era él, lo que no dejaría de traer provecho á su amo; no solamente me comprometí á ello, sino que le prometí hacerle á él personalmente tan célebre como me fuese posible. El pobre mozo se puso enteramente pálido al saber que quizá algun dia se leería su nombre impreso en un libro.

La sociedad que yo dejaba al alejarme de Aix, era una singular miscelánea de todas las posiciones sociales y de todas las opiniones políticas. Sin embargo, la aristocracia de nacimiento, traqueteada por do quiera, rechazada palmo á palmo por la aristocracia de dinero, que la sucede como en un campo segado brota una segunda mies, se hallaba allí en mayoría. Es decir que el partido carlista era el mas fuerte.

Inmediatamente despues seguía el partido de la propiedad, representado por ricos comerciantes de Paris, negociantes de Lion y fabricantes de fundicion del Delfinado; todas estas buenas gentes se creían muy desgraciados porque el Constitucional no llega á Saboya (1).

(1) Los únicos periódicos que allí se reciben son la Gaceta y la Cotidiana.

Había también algunos representantes en aquella dieta enfermiza del partido bonapartista. Al momento se les conocía por el descontento que forma el fondo de su carácter, y por estas palabras sacramentales que sin venir á cuento sacaban en todas las conversaciones. — ¡Ah! ¡si Napoleón no hubiese sido vendido! — Gentes honradas que no ven más allá de la punta de su espada, que sueñan para José ó para Luciano un nuevo regreso de la isla de Elba y que no saben que Napoleón fue uno de esos hombres que dejan familia y no heredero (1).

El partido republicano era evidentemente el más débil; si mal no me acuerdo, componíase de mí tan solo. Y aun como yo no aceptaba ni todos los principios revolucionarios de *La Tribuna*, ni todas las teorías americanas de *El Nacional*, y como decía que Voltaire había hecho malas tragedias, y me quitaba el sombrero al pasar por delante de un crucifijo, me tomaban por un mero utopista, y nada más.

Entre las mugeres era más sensible la línea de demarcación. El arrabal de San German y el de San Honorato eran los únicos que caminaban juntos, pues la aristocracia de nacimiento y la de gloria son hermanas; la aristocracia del dinero no es más que una bastarda. En cuanto á los hombres, el juego los reunía á todos; en torno de un tapete verde no hay castas, y el que apunta más alto es el más noble. Rotschild ha sucedido á los Montmorency, y si mañana abjura, pasado mañana nadie le disputará el título de primer barón cristiano.

Caminaba yo hacia Chamberí haciendo en mí interior todas estas distinciones, y como aun llevaba mi sombrero gris, no me atreví á detenerme; solamente noté, al pasar que un fondista que había tomado por exergo de su muestra, estas palabras: «A las armas de Francia» había conservado las tres flores de lis de la rama primogénita, que la mano del pueblo ha borrado tan brutalmente en el escudo de la rama segunda.

A tres leguas de Chamberí pasamos por debajo de una bóveda que atraviesa una montaña, podrá tener como unos ciento cincuenta pasos de longitud. Comenzado este camino por Napoleón, ha sido concluido por el gobierno actual de Saboya.

A poco de haberle pasado se encuentra la aldea de las Escalas; después á un cuarto de legua de allí una pequeña población, mitad francesa, mitad saboyana. Un arroyo traza las fronteras de los dos reinos: un puente sobre el río está custodiado en un extremo por un centinela sardo y en el otro por uno francés.

Ni el uno ni el otro tienen derecho para pisar el territorio de su vecino, así que cada

(1) No ha sido buen profeta Dumas. A los pocos años de escribir sus Impresiones, la Francia por el voto universal ha restablecido el trono imperial, y colocado en él á Luis Napoleón III.

uno se pasea gravemente hasta la mitad del puente; llegados á la línea de losas que forman la curva del arco, se vuelven recíprocamente la espalda y empiezan otra vez esta maniobra todo el tiempo que están de facción. Por lo demás, volví á ver con placer el pantalón rojo y la escarapela tricolor que anunciaban un compatriota.

Llegamos á San Lorenzo, en donde se deja el carruaje y se toman caballerías para ir á la Cartuja, que aun dista cuatro leguas del país. No encontramos ni un solo mulo, pues estaban yo no sé en que feria. Esto nos importaba bastante poco á Lamark y á mí que somos bastante buenos andarines: pero no era cosa indiferente para una señora que nos acompañaba; sin embargo tomó su partido. Hicimos venir un guía que cargase con nuestros tres paquetes que reuní en uno solo. Eran las siete y media y no teníamos más que dos horas y media de día, y cuatro de marcha.

El valle del Delfinado en donde se sumerge la Cartuja es digno de ser comparado á las más sombrías gargantas de la Suiza; la misma riqueza natural, la misma lozanía de vegetación, el mismo grandioso aspecto; solo el camino tan escabroso lo mismo que aquellos por los lados de las montañas, es más practicable que los Alpes y conserva siempre cerca de cuatro pies de anchura. No es por tanto peligroso de día, y todo salió á las mil maravillas, mientras no sobrevino la noche. Esta se adelantó, apresurada por una terrible tempestad. Preguntamos á nuestro guía donde podríamos guarecernos: no había una sola casa en el camino, fué preciso continuar nuestro viaje; aun nos hallábamos en la mitad del camino de la Cartuja.

El resto de la subida fué horrible. La lluvia comenzó muy pronto, y con ella la más profunda oscuridad. Nuestra compañera se agarró al brazo del guía. Lamark tomó el mío, y marchamos de dos en dos, pues el camino no era bastante ancho para dejarnos ir de frente; á la derecha teníamos un precipicio cuya profundidad no conocíamos, y en su fondo oíamos bramar un torrente. La noche estaba tan oscura que no veíamos el suelo en que poníamos el pie, ni divisábamos el vestido blanco de la dama que servía de guía, sino al resplandor de los relámpagos, que felizmente eran bastante repetidos para que hubiese tanta luz como tinieblas. Agregad á esto un acompañamiento de truenos cuyos estampidos multiplicaba el eco. Diríase que aquello era el prólogo del juicio final.

El tañido que oímos de la campana del convento, nos anunció al fin que ya nos acercábamos á él. Media hora después, un relámpago nos dejó ver tendido á veinte pasos de nosotros el gigantesco cuerpo de la antigua cartuja. En su interior no se oía el menor ruido más que el tañido de la campana; ni una luz brillaba en sus cincuenta ventanas; hubié-

rarse dicho que era un antiguo claustro abandonado, en donde jugaban malignos espíritus.

Llamamos: vino un hermano á abrirnos. Ibamos á entrar, cuando vió á la señora que estaba con nosotros; volvió á cerrar inmediatamente, cual si el mismo Satanás en persona hubiese venido á visitar el convento. Está prohibido á los cartujos el recibir ninguna muger; una sola se ha introducido en traje de hombre, y cuando después de su marcha supieron había sido infringida su regla, hicieron todas las ceremonias del exorcismo en las habitaciones y celdas en que había puesto los pies. Solo el permiso del papa puede abrir las puertas al enemigo femenino del género humano. La misma duquesa de Berry tuvo que recurrir á este medio en 1829, para visitar la Cartuja.

Muy embarazados nos hallábamos cuando se volvió á abrir la puerta. Salió un hermano lego con una linterna, y nos llevó á un pabellón situado á cincuenta pasos del claustro. Allí es donde se aloja á toda viajera, que como la nuestra viene á llamar á la puerta de la Cartuja, ignorando las severas reglas de los discípulos de San Bruno.

El pobre monge que nos sirvió de guía y que se llamaba el hermano Juan María, me pareció la criatura más dulce y obsequiosa que he visto en mi vida. Su cargo era el de recibir á los viajeros, servirles, y enseñarles el convento. Comenzó por ofrecernos unas cucharadas de un licor hecho por los monges, y destinado á hacer entrar en calor á los viajeros entumecidos por el frío ó la lluvia; en este caso nos hallábamos nosotros, y jamás se había presentado ocasión más á propósito de hacer uso del santo elixir. En efecto, apenas habíamos bebido algunas gotas nos pareció que habíamos tragado fuego, y nos pusimos á correr por el cuarto como unos endemoniados pidiendo agua: si el hermano Juan María hubiese tenido la idea de acercarnos en aquel momento una luz á la boca, creo que hubiésemos escupido llamas como Caco.

Entretanto se encendía el inmenso hogar y la mesa se cubría de leche, pan y manteca; los cartujos no solamente comen siempre de vigilia, sino que obligan á hacer lo mismo á los que los visitan.

En el momento en que acabábamos este refrigerio más que frugal, tocó á mailines la campana del convento. Pregunté al hermano Juan María si me sería permitido asistir á ellos. Respondióme que el pan y la palabra de Dios pertenecían á todos los cristianos. Entré, pues, en el convento.

Soy yo tal vez uno de los hombres sobre quienes más influye la vista de los objetos exteriores, y entre estos objetos los que más me impresionan, son creo, los monumentos religiosos. La gran Cartuja, sobre todo tiene un carácter sombrío que no se encuentra en ninguna parte. Además, sus habitantes forman

la única orden monástica que han dejado viva en Francia las revoluciones; es todo lo que queda en pie de las creencias de nuestros padres, es la última fortaleza que ha conservado la religión, en la tierra de la incredulidad. Aun así cada día la indiferencia la mina por dentro como el tiempo por fuera. De cuatrocientos que eran los cartujos en el siglo XV, no son más que veinte y siete en el XIX, y como hace seis años no han reclutado ningún hermano, los dos novicios que desde aquella época han entrado, no han podido soportar el rigor del noviciado; es probable que la orden se irá destruyendo á medida que la muerte llame á la puerta de las celdas, que cuando estén vacías nadie vendrá á ocupar, y que el más joven de aquellos hombres sobreviviendo á todos, y conociendo que también va á morir á su vez, cerrará la puerta del claustro por dentro, é irá á tenderse el mismo aun vivo en la sepultura que sus manos hayan cavado, por que al día siguiente no quedarán brazos para llevarle á ella muerto.

Ha debido verse ya por lo que he escrito anteriormente, que yo no soy uno de esos viajeros que se entusiasman friamente, que admiran donde su guía les dice que admiren, ó que fingan haber sentido ante hombres ó localidades recomendadas anteriormente á su admiración, sensaciones que están muy lejos de su alma. No, yo me he despojado de mi sensaciones, las he dejado desnudas para presentarlas á mis lectores; lo que he experimentado lo he contado débilmente tal vez, pero no he contado más que lo que he sentido. Pues bien ¿se me creerá, quizá, si digo ahora que jamás he sentido en mi corazón una sensación igual á la que se apoderó de mí cuando vi al extremo de un inmenso corredor gótico de ochocientos pies de largo, abrirse la puerta de una celdilla, salir de ella y aparecer, bajo las bóvedas ennegrecidas por el tiempo, á un cartujo de blanca barba, vestido con aquel hábito llevado por San Bruno, y sobre el cual han pasado ocho siglos sin cambiar ni un solo pliegue? Adelantóse el santo varón, grave, reposado en medio del círculo vacilante de luz proyectado por el farol que llevaba en la mano, en tanto que delante y detrás de él, todo estaba sombrío y oscuro. Cuando se dirigió hacia mí, sentí que me flaqueaban las piernas y caí de rodillas; vióme en esta postura, se aproximó con aire de bondad, y levantando su mano sobre mi cabeza inclinada me dijo: «Yo os bendigo, hijo mío, si creéis, y también os bendigo si no creéis.»

Ríanse cuanto se quiera de lo que voy á decir, pero en aquel momento no hubiera dado aquella bendición por un trono.

Cuando hubo pasado me levanté: iba á la iglesia y le seguí: allí me esperaba un nuevo espectáculo.

Toda la pobre comunidad, que ya no se componía más que de diez y seis padres y

once legos, se hallaba reunida en una pequeña iglesia, alumbrada por una lámpara, envuelta en un velo negro. Un cartujo decía misa y todos los demás la oían, no sentados, no de rodillas si no prosternados, con las manos y con la frente pegada sobre el mármol; las capuchas caídas dejaban ver sus desnudos y afeitados cráneos. Había jóvenes y ancianos. Cada uno de ellos había venido allí impulsado por diversos sentimientos: los unos por la fe, los otros por la desgracia; estos por las pasiones, aquellos tal vez por el crimen. Los había cuyas arterias de las sienas palpitaban cual si discurriese fuego por sus venas; estos lloraban: había otros que apenas sentían la circulación de su helada sangre; estos oraban. ¡Oh! estoy seguro que hubiera sido una hermosa historia para escribirse la historia de todos aquellos hombres.

Cuando se acabaron los maitines, pedí recorrer el convento de noche; temía que la luz me trajese otras ideas y yo quería verlo en la disposición de espíritu en que me encontraba. El hermano Juan María tomó una lámpara, me dió á mi otra, y empezamos nuestra visita por los claustros. He dicho ya que estos claustros son inmensos, tienen la misma longitud que la iglesia de San Pedro de Roma, encierran cuatrocientas celdas que estuvieron todas habitadas á la vez en otro tiempo y de las que hay ahora vacías trescientas setenta y tres. Cada monje ha grabado sobre su puerta su pensamiento favorito, ya suyo, ya sacado de algun autor sagrado.

Ved aquí los que me parecieron mas notables.

AMOR, QUI SEMPER ARDES ET NUMQUAM
EXTINGUERIS,
ACCENDE ME TOTUM IGNE TUO.

EN LA SOLEDAD DIOS HABLA AL CORAZON DEL
HOMBRE,
Y EN EL SILENCIO EL HOMBRE HABLA AL
CORAZON DE DIOS.

FUGE, LATE, TACE.

GUARDATE DE FIARTE EN TU DEBIL RAZON.
DIOS TE HA HECHO PARA AMARLE, NO PARA
COMPRENDERLE.

SUENA UNA HORA..... ¡YA PASÓ!

Entramos en una de las celdas vacías, el monje que la habitaba había muerto hacia cin-

co dias. Todas son iguales, todas tienen dos escaleras, una para subir á un piso y otra para bajar de él á otro. El piso superior se compone de un pequeño desván, y el intermedio de un cuarto de chimenea junto al que hay un gabinete de trabajo. Todavía había abierto un libro en el mismo sitio en que el moribundo había echado los ojos por la última vez; eran las *Confesiones de San Agustín*. El cuarto de dormir está contiguo á esta primera habitación; su mueblaje se compone de un reclinatorio y una cama con un gergon y sábanas de lana. La cama tiene puertas que se doblan, que pueden cerrarse sobre el que duerme, y esto me hizo comprender cuál era el pensamiento del alemán al decirme que los cartujos dormían en un armario.

El piso inferior no contiene mas que un taller con instrumentos de tornero ó de carpintería, cada cartujo puede dedicar dos horas al día á cualquier trabajo manual, y una hora al cultivo del huertecito contiguo á su taller; esta es la única distracción que se les permite.

Al subir visitamos la sala del capítulo general y vimos allí todos los retratos de los generales de la orden de San Bruno, su fundador (1), muerto en 1104, hasta el de Inocencio el Albanil, muerto en 1707; desde este último hasta el padre Juan Bautista Mortes, general actual de la orden, se halla interrumpida la serie de los retratos. El año 92, en el momento de la devastación de los conventos, abandonaron los cartujos la Francia, llevándose consigo cada uno un retrato. Despues volvieron otra vez á su casa y trajeron cada uno el suyo, y los que murieron en la emigración habían tomado sus precauciones para que no se estraviase el depósito de que se habían encargado; en el dia no falta ninguno en la coleccion.

De allí pasamos al refectorio, hay dos: el primero es el de los legos, y el segundo el de los sacerdotes. Beben en vasos de barro y comen en platos de madera. Estos vasos tienen dos asas para poder levantarlos á dos manos como hacian los primeros cristianos; y los platos tienen la forma de una escribanía, sirviendo el recipiente de en medio para la salsa, y poniendo en derredor las legumbres ó pescado, único alimento que les es permitido. Al ver la forma del plato me acordé otra vez del alemán cuando me dijo que los cartujos comían en un fintero.

El hermano Juan María me preguntó si quería ver el cementerio, aunque era de noche. Lo que miraba como un obstáculo, era para mí un motivo mas para decidirme á aquella visita. Acepté, pues; mas en el momento que abría la puerta por donde se entraba, me detuvo, cogiéndome el brazo con una mano, y mostrándome con la otra á un cartujo que ca-

vaba su sepultura. A su vista permaneci un instante inmóvil, despues pregunté á mi guía si podría hablar á aquel hombre. Respondióme que nada se oponía á ello, le supliqué que se retirara si eso era permitido. Lejos de parecerle indiscreta mi petición pareció causarle gran gusto. Estaba cayéndose de cansado. Quedéme, pues, solo.

No sabía como llegarme á mi enterrador. Di algunos pasos hácia él; reparando en mí volviase hácia mi lado, apoyóse sobre su azadon y aguardó á que le dirigiese la palabra. Redoblóse mi embarazo: sin embargo un silencio mas largo hubiera sido ridiculo.

—Padre mio, le dije, muy tarde os ocupais en tan triste tarea; pareceme que despues de las mortificaciones y fatigas del dia debierais sentir la necesidad de consagrar al descanso las pocas horas que os deja la oración, tanto mas, padre, añadi sonriéndome, al ver que era joven, que este trabajo que hacéis me parece que no es urgente.

—Aquí, hijo mio, me dijo el monje con un acento paternal y triste, no son los mas viejos los que mueren primero, ni se camina en orden de edad al sepulcro; ademas, cuando la mia esté concluida quizás permitirá Dios que baje á ella.

—Perdonad, padre mio, repliqué; aunque tengo el corazón religioso conozco poco las reglas y prácticas santas; y así puedo engañarme en lo que voy á decir; pero me parece que la abnegación que vuestra orden hace de las cosas del mundo no debe llevarse hasta el deseo de abandonarlas.

—El hombre es dueño de sus acciones, respondió el cartujo, pero no de sus deseos.

—Muy sombrío es vuestro deseo, padre mio!

—Segun mi corazón.

—¿Habéis padecido mucho!

—Padezco siempre.

—Creía que en esta morada solo habitaba el sosiego.

—El remordimiento entra en todas partes.

Miré mas fijamente á aquel hombre y reconocí en él al que había visto en la iglesia postrado y sollozando: él tambien me reconoció.

—¿Estábais esta noche en los maitines? me dijo.

—Al lado vuestro, si no me engaño.

—¿Me habéis oído gemir?

—Y os he visto llorar.

—¿Y qué habéis pensado de mí entonces?

—Que Dios había tenido compasión de vos pues os concedía lágrimas.

—Si, si, desde que me las ha devuelto espero tambien que se canse su venganza.

—¿No habéis tratado de mitigar vuestros pesares confiándooslos á alguno de vuestros hermanos?

—Aquí lleva cada cual la carga proporcionada á sus fuerzas; la que otro le añadiese le haría sucumbir.

—Sin embargo eso os hubiera aliviado.

—Lo creo como vos.

—Siempre es algo, continué, un corazón que nos compadece y una mano que estrecha la nuestra!

Cogí su mano y se la apreté; desprendióse de la mia, y cruzando sus brazos sobre el pecho, me miró fijamente, como para leer por mis ojos en lo mas profundo de mi corazón.

—¿Es interés ó indiscreción?... me dijo, ¿sois bueno, ó simplemente curioso? ...

Oprimióseme el corazón....

—¡Vuestra mano por última vez, padre mio.... y adios!

Me alejé de allí.

—Escuchad, replicó.

Me paré. Llegóse á mí.

—No se dirá que se me ha ofrecido un medio de consuelo y que le he rechazado; que Dios os ha traído junto á mí, y que yo os he alejado. Habéis hecho por un miserable lo que nadie ha hecho seis años há; le habéis estrechado la mano. ¡Gracias!... Le habéis dicho que el contar sus pesares seria aliviarlos, y por estas palabras os habéis comprometido á escucharlos. Ahora no vayais á interrumpirme á la mitad de mi relación y á decirme: ¡Basta!... Escuchadla hasta el fin, porque todo lo que hace tanto tiempo tengo en el corazón, tiene necesidad de salir de él.

Se lo prometí. Nos sentamos sobre el roto sepulcro de uno de los generales de la orden; apoyó un instante su cabeza entre sus dos manos; este movimiento hizo caer su capucha, de modo que cuando levantó la cabeza pude verle á todo mi placer. Vi entonces que era un joven de barba y ojos negros, á quien la vida ascética había vuelto pálido y flaco, quitando algo á su hermosura, pero añadiendo espresion á su fisonomía. Era la cabeza de Giaour, tal como me la había figurado por los versos de Byron.

—Inútil es, me dijo, que sepais el país donde he nacido, y el lugar en que habitaba. Hace siete años que han pasado los sucesos que voy á contar; yo tenia entonces veinte y cuatro años.

Yo era rico y de una familia distinguida; fui arrojado al mundo al salir del colegio; entré en él con un carácter resuelto, una cabeza ardiente, un corazón lleno de pasiones, y con la convicción de que nada podía resistir mucho tiempo á un hombre que tenia perseverancia y oro. Mis primeras aventuras no hicieron mas que confirmarme en mi opinion.

A principios de la primavera de 1825 se hallaba de venta una casa de campo contigua á la de mi madre; fué comprada por el general M.... Había conocido al general en el gran mundo cuando aun era soltero. Era un hombre grave y severo, á quien la vista de los campos de batalla había habituado á contar á los hombres como unidades y á las mugeres como cerros. Creí que se habría casado con la

(1) La fundación de la orden se remonta á 1084.

viuda de algun mariscal con quien pudiera hablar de las batallas de Marengo y Austerlitz, y esperé muy poca distraccion de semejante vecindad. Vino á hacernos su visita de instalacion, y á presentar á mi madre su esposa, que era una de las criaturas mas divinas que formó el cielo.

Caballero, conoceis el mundo, su estraña moral, sus principios de honor, que consisten en respetar la fortuna del vecino, que no le sirve mas que de placer, y que permite robarle su esposa que hace su felicidad. Desde el momento en que vi á Mad. de M... olvidé el carácter de su marido, sus cincuenta años, la gloria de que se habia cubierto, cuando nosotros estábamos aun en la cuna; las veinte heridas que habia recibido mientras nosotros mamábamos todavia; olvidé la desesperacion de sus últimos dias y el ridiculo que iba á echar sobre los restos de una vida tan hermosa; todo lo olvidé para no pensar mas que en una cosa: en poseer á Carolina.

Las haciendas de mi madre y la del general estaban, como he dicho, casi contiguas; esta posicion era un pretexto para nuestras frecuentes visitas. El general me habia tomado cariño, y yo, ingrato, no veia en la amistad de aquel anciano, sino el medio de robarle el corazon de su muger.

Carolina estaba en cinta, y el general se mostraba mas orgulloso de su futuro heredero, que de todas las batallas que habia ganado. Con este motivo su amor hácia su consorte tenia algo ademas de paternal y mejor. En cuanto á Carolina, se portaba con su marido exactamente como debe portarse una esposa para que sin hacerle feliz, no tenga que reconvenirle en nada. Yo habia advertido esta disposicion de sentimientos con el golpe de vista seguro de un hombre interesado en acechar la menor circunstancia, y estaba bien convencido de que madama M... no amaba á su marido. Sin embargo, cosa que me pareció muy estraña, recibia mis atenciones con politica, pero con frialdad. No buscaba mi presencia, prueba de que no le causaba ningun placer; no la huia tampoco, prueba de que no la inspiraba ningun temor. Mis ojos constantemente clavados en ella, se encontraban con los suyos cuando la casualidad hacia que los levantase de su bordado ó de las teclas de su piano; pero parecia que mis miradas habian perdido el poder fascinador que antes de Carolina habian reconocido en ellas otras mugeres.

Pasóse así el verano. Mis deseos se habian convertido en un amor verdadero. La frialdad de Carolina era un desafio: lo acepté con toda la violencia de mi carácter: como me era imposible hablarla de amor á causa de la sonrisa de incredulidad con que acogia mis primeras palabras, resolví escribirla. Envolvi mi carta un dia en su labor, y cuando al dia siguiente la desdobló para trabajar, yo seguí sus movimientos con los ojos. A pesar de estar

hablando con el general, vi que miraba el sobre sin sonrojarse y que guardaba el billete en su bolsillo sin conmoverse: únicamente se asomó una sonrisa imperceptible á sus labios.

En todo aquel dia vi que tenia intencion de hablarme, pero me alejé de ella. Por la noche se puso á trabajar con otras señoras al rededor de una mesa. El general leia un periódico, y yo me senté en un oscuro rincon desde donde podia mirarla, sin que lo reparasen, buscóme con los ojos en el salon y me llamó.

—Caballero, me dijo. ¿tendriais la bondad de dibujarme dos letras góticas para una punta de mi pañuelo; una C y una M?

—Si señora, con el mayor placer.

—Pero, las necesito esta noche, ahora mismo. Venid. Separó de su lado á una de las señoras, y me enseñaba el asiento vacio. Cogí una silla y fui á sentarme. Ofrecióme ella misma una pluma.

—Me falta papel, señora.

—Aqui hay, me dijo y me presentó una carta cerrada en un sobre inglés. Yo creí que era una contestacion á la mia, y abrí con tanta frialdad como pude el sobre que me ocultaba la escritura, reconocí mi billete. Entretanto se habia ella levantado é iba á salir.

Yo la llamé.

—Señora, la dije alargando ostensiblemente la mano hácia ella, sin duda me habeis dado sin reparar una carta con sobre á vos. Con el sobre tengo bastante para dibujar las letras.

Vió ella que su marido levantaba los ojos de su periódico; se dirigió precipitadamente á mí, me cogió el billete de entre las manos, y mirándole dijo con indiferencia:

—¡Ah! sí, es una carta de mi madre.

El general volvió otra vez á fijar sus ojos en el *Courier Français*: yo me puse á dibujar la cifra pedida, Carolina salió del salon.

Quizá os fastidian todos estos detalles, me dijo el cartujo interrumpiéndose, y os asombrarán oyéndolos de boca de un hombre que viste este traje y que abre un sepulcro. Es que el corazon es la última cosa que se desprende de la tierra, y la memoria lo último que se desprende del corazon.

—Esos detalles son verdaderos, le dije, y por consiguiente interesantes. ¡Continuad!

—Al dia siguiente á las seis de la mañana fui despertado por el general. Venia en traje y con todos los arneses de cazador, á proponerme una correria por los llanos.

Al pronto me turbó un poco su inesperada presencia; me tranquilizaron al momento su aire tan reposado, y su voz que habia conservado perfectamente el tono de la natural bondad que le caracterizaba. Acepté la proposicion y partimos.

La conversacion versó sobre cosas indiferentes, hasta el momento en que preparados á empezar la caza nos detuvimos á cargar las escopetas.

Mientras ejecutábamos esta operacion, me miró élfijamente. Esta mirada me intimidó.

—¿En que pensais, general? le dije.

—¡Pardiez! me respondió, pienso en que sois muy loco en haberos enamorado de mi muger.

Adivinése el efecto que produciria en mi semejante apóstrofe.

—¡Yo, general!... respondile estupefacto...

—Si, no vayais ahora á negarlo.

—General, os juro...

—No mintais, caballero; la mentira es indigna de un hombre de honor, y yo espero que lo seais.

—¿Pero quien os ha dicho eso?

—¿Quién? ¡pardiez! ¿quién?... Mi muger.

—¡Madama M...!

—No me vayais á decir que se equivoca. Tomad esa carta que la habeis escrito ayer.

Y me alargó un papel que no me costó trabajo reconocer.

Un copioso sudor inundaba mi frente: cuando vió que vacilaba en cogerlo, lo arrojó, le dió la forma de un taco, y cargó con él su escopeta.

Así que hubo concluido, me agarró por un brazo y me dijo:

—¿Es verdad todo lo que habeis escrito ahí? ¿son tales cual lós pintais los tormentos que padecéis? ¿Se parecen á un infierno vuestros dias y vuestras noches? Decidme esta vez la verdad.

—¿Tendria yo alguna disculpa si así no fuese, general?

—Pues bien, hijo mio, replicó con su tono de voz desacostumbrado, entonces es preciso partir, abandonararnos, viajar por Italia ó Alemania, y no volver si no curado.

Le alargué la mano y me la estrechó cordialmente.

—¿Con que quedamos convenidos en eso?

—Si, general, mañana me marcho.

—No tengo necesidad de deciros que si necesitais dinero, cartas de recomendacion...

—Gracias.

—Escuchad, yo os ofrezco todo eso como lo haria un padre: no os incomodeis. ¿Lo rehusais decididamente? pues bien, á cazar, y no se hable mas de esto.

A los diez pasos saltó una perdiz, disparóla un tiro el general, y vi humear mi carta entre la yerba.

A las cinco volvimos á la quinta, yo habia querido marcharme, pero se empeñó el general en que le acompañase.

—Aqui teneis, señoras, dijo al presentarnos en el salon, á este jóven que viene á despedirse: mañana sale para Italia.

—¿De veras? ¿con que este caballero nos deja? dijo Carolina levantando los ojos de su labor. Encontráronse con los míos, ella sostuvo tranquilamente mis miradas por espacio de dos ó tres segundos, y luego volvió á continuar su trabajo.

Cada cual habló á su vez de tan repentino viage; del que ni una sola palabra habia yo indicado los dias anteriores; pero nadie penetró la causa.

Madama M... hizo los honores en la mesa con una gracia y finura inimitables: por la noche di mi último adios á todos, el general me acompañó hasta la puerta del parque, y no sé si al salir de allí tenia á su muger mas odio que amor.

Viagé un año; vi á Nápoles, Roma y Venecia, y asombrábame cada dia de sentir desprenderse de mi corazon una pasion que yo juzgaba eterna. Llegué, en fin, á no acordarme ya de ella, sino como una de las mil aventuras de que se halla llena la vida de un jóven, con que recrea uno su memoria de cuando en cuando y que al fin olvida completamente.

Regresé á Francia por Mont-Cenis, y hallándome en Grenoble vine á visitar la Cartuja en compañía de un jóven con quien habia hecho amistad y reunidome en Florencia. Vi este monasterio en que vivo seis años hace, y dije riéndome á Manuel, así se llamaba mi compañero, que si yo hubiese conocido este claustro cuando me hallaba tan enamorado, me hubiera hecho monje en él.

Volví á Paris, en donde renové mis antiguas relaciones; mi vida se reanudó en el mismo hilo por el que se habia roto, cuando concei á madama M... Parecíame que todo cuanto acabo de contaros no era mas que un sueño. Una novedad hallé, y fué que harta é incomodada mi madre de verse sola en el campo, habia vendido nuestra hacienda y comprado una casa en Paris.

Habia yo vuelto á ver al general, quien se mostró muy contento de mi, ofreciéndome hacer presentes mis respetos á su esposa, lo que acepté, cierto y seguro de mi indiferencia. Al entrar en su cuarto, sin embargo, sentí una ligera opresion. Habia salido madama M... fuera de casa. La emocion que yo habia experimentado era tan poca cosa, que no me dió ningun cuidado.

Algunos dias despues fui á pasear al bosque de Bolonia, y al revolver de una alameda me encontré al general y á su esposa. Huir de ellos hubiera sido una afectacion, y ademas, ¿por qué habia yo de temer el ver de nuevo á madama M...?

Fui pues á su encuentro: hallé á Carolina mas linda que cuando la habia dejado, pues entonces la molestaban ya los principios del embarazo, al paso que ahora se hallaba con toda la lozania de la salud.

Dirigióme la palabra con un tono de voz mas afectuoso que lo que acostumbraba; me dió la mano, y cuando se la tomé senti que se estremecia al estrecharla en la mia. Sentí un temblor en todo el cuerpo, la miré y bajó los ojos. Puse mi caballo al paso y marché al lado de ella.

El general me convidó á volver á su quin-

ta, para la cual marchaba dentro de poco con su muger. Insistió tanto mas cuanto que nosotros no poseíamos ya la nuestra. Rehusé la oferta, pero Carolina se volvió hácia mí, y me dijo: «Venid.» Hasta entonces no había vuelto yo á oír su voz; nada respondí cayendo en un profundo éstasis: aquella muger no era la misma que yo había visto un año antes.

Volvióse á su marido y le dijo:

—Este caballero teme sin duda fastidiarse con nosotros: dale permiso para que traiga algún amigo, y de ese modo puede ser que se determine.

—Pardiez, respondió el general, él es muy dueño.—Ya lo sabeis.

—Gracias, general, contesté yo sin saber casi lo que decía; pero tengo compromisos...

—Que preferis á los nuestros, dijo Carolina; jeso es muy amable!

Acompañando estas palabras con una de las miradas por las cuales un año antes hubiera yo dado mi vida, me hizo aceptar.

Habia yo continuado viendo en París á aquel jóven que conocí en Florencia. Vino á mi casa la vispera de la partida y me preguntó á donde iba. No tenía motivo alguno para ocultárselo y se lo dije.

—¡Hombre, que cosa tan rara! me contestó, á poco mas vamos juntos.

—¿Conoces tú al general?

—No, pero debía presentarme un amigo mio, que ha tenido que marcharse al interior de Normandía á recoger la herencia de no sé que tío que se le ha muerto; y lo siento tanto mas, cuanto que tu compañía me habria hecho mas grata mi estancia.

Acórdeme entonces de la oferta de que pudiese llevar á cualquier amigo, que el general me había hecho, y pregunté á Manuel:

—¿Quieres que yo te presente?

—Tienes bastante franqueza en la casa para eso?

—Completa.

—Pues entonces acepto.

—Bien está. Está pronto para mañana á las ocho, pues iré á buscarte.

A la una llegamos á la quinta del general. Las señoras estaban paseando en el parque, donde fuimos á buscarlas y al momento nos incorporamos con ellas.

Parecióme que madama M... se puso pálida al vernos y me dirigió la palabra con una emoción en la que no me pude equivocar. El general recibió cordialmente á Manuel, al paso que su muger le recibió con visible frialdad.

—Ya veis, dijo á su marido, señalándole con imperceptible arqueo de cejas á Manuel que estaba vuelto de espaldas, que este caballero tenía necesidad para venirnos á ver del permiso que le hemos dado; por lo demas, le doy las gracias dos veces.

Antes que hubiese encontrado alguna cosa que contestar me volvió la espalda y habló á otra persona.

Sin embargo, este mal humor no duró mas que el tiempo estrictamente necesario para que yo me felicite de él, en vez de quejarme. En la mesa fui colocado junto á ella, y no reparé que conservase el menor resentimiento. Estuvo encantadora.

Despues de haber tomado el café propuso el general un paseo por el parque. Ofrecí mi brazo á Carolina, que lo aceptó, notándose en toda ella esa languidez y abandono que los italianos llaman *morbidezza*, y que nuestra lengua no tiene espresion que la explique bien.

En cuanto á mí, estaba loco de felicidad. Aquella pasión, que había necesitado un año para apagarse, le había bastado un dia para apoderarse otra vez de mi alma; jamás había yo amado á Carolina cual entonces la amaba.

Nada cambió en los dias sucesivos la conducta de Mad. M.... para conmigo; solamente noté que huía de hallarse conmigo á solas; vi yo en esta precaucion una prueba mas de su debilidad, y mi amor se aumentó, si era posible que se aumentase.

El general participó un dia á su muger la noticia de que tenía precision de ir á París á arreglar un asunto, vi brillar en los ojos de esta un rayo de alegría, y me dije á mi mismo:—¡Oh! Gracias, Carolina, gracias; porque esa ausencia no te pone contenta sino por la libertad que te dá. ¡Oh! nuestros serán todas las horas, todos los instantes, todos los segundos de esta ausencia.

El general marchó despues de comer; le acompañamos hasta el fin de la alameda que había delante de la quinta, y Carolina tomó á la vuelta según costumbre mi brazo; apenas podía sostenerse, sintiendo al parecer oprimido su corazón y respirando con dificultad; yo la hablaba de mi amor y ella no se incomodaba, y luego, cuando su boca me prohibió continuar, estaban sus ojos impregnados de una languidez tal, que hubiera sido imposible darle una espresion acordé con sus palabras.

La tarde se pasó como un sueño. Yo no sé á que se jugó, pero si me recuerdo muy bien de que me hallaba á su lado, junto á ella, que sus rizos tocaban mi rostro á cada movimiento que hacia, y que mi mano se encontró veinte veces con la suya. ¡Oh! fué una noche ardiente; corría fuego por mis venas.

Llegó la hora de retirarnos. Nada faltaba ya á mi felicidad, sino haber oído de boca de Carolina estas palabra que yo le había repetido veinte veces en voz baja: ¡te amo, te amo! Entré en mi cuarto alegre y orgulloso cual si fuera el rey del mundo, porque mañana, quizás mañana, la mas bella flor de la creación, el mas rico diamante de las minas humanas, ¡Carolina iba á ser mia! ¡mia!... En estas dos palabras se cifraban todos los goces del cielo y de la tierra.

Repetílas andando por mi cuarto de un lado para otro como un insensato. Me ahogaba.

Me acosté y no pude dormir. Me levanté, fui á la ventana, la abrí. El tiempo estaba magnifico, el cielo resplandecía con las estrellas, el aire parecia embalsamado; todo era hermoso y feliz como yo, porque cuando uno es feliz es hermoso.

Pensaba yo que quizás me calmarían el silencio y la tranquila naturaleza. Aquel era el parque por donde nos habíamos paseado todo el dia. Podía encontrar en sus calles las huellas de sus lindos pies, á que acompañaban los mios; podía besar los sitios donde se había sentado. Salí afuera.

En toda la ancha fachada de la casa no se veían mas que dos ventanas con luz y eran las de su cuarto. Me apoyé contra un árbol y clavé los ojos en sus cortinas.

Vi su sombra: aun no estaba acostada; veía, abrasada acaso como yo, tal vez por pensamientos y deseos de amor.... ¡Carolina, Carolina!...

Permanecía inmóvil y parecia escuchar; de repente se lanzó hácia la puerta próxima á la ventana. Junto á la suya apareció otra sombra; tocáronse sus dos cabezas: se apagó la luz: di un grito, y me quedé sin poder respirar.

Creí no haber visto bien, creí que era un sueño.... pero mis ojos se clavaron sobre aquellas sombrías cortinas que mi vista no podía traspasar....

El monge cogió mi mano y casi me la deslizo entre las suyas.—¡Ah! caballero, caballero, me dijo: ¿habeis estado celoso?

—¿Los habeis muerto? le dije.—Al oirme se echó á reír de una manera convulsiva, interrumpiendo aquella risa con sollozos: de repente despues, cruzando sus manos sobre la cabeza y dando un brinco hácia atrás, lanzó gritos inarticulados:

Levantéme y lo cogí por el cuerpo.

—Vamos, vamos, le dije, ánimo.

—¡Oh! ¡amaba tanto á esa muger! ¡La hubiera dado mi vida hasta su último aliento, mi sangre hasta su última gota, y mi alma hasta su último pensamiento! Esa muger me habrá perdido en este mundo y en el otro, caballero ¡porque moriré pensando en ella, en vez de pensar en Dios!

—¡Padre mio!

—¡Oh! ¿no veis que siempre estoy así, que hace seis años que estoy encerrado vivo en este sepulcro esperando que la muerte que le habita mataría mi amor, y no se ha pasado un solo dia sin arrastrarme por mi celda; ni una noche que en los claustros no resonasen mis gritos; que los dolores del cuerpo no han hecho disminuir nada la rabia del alma?....

Abrióse el hábito y me enseñó el pecho destrozado por el cilicio, que á raiz de la carne llevaba.—Mirad, mirad, me dijo....

—Entonces, ¿los habeis muerto? le repliqué.

—¡Oh! mucho peor que eso fué lo que hice. No había mas que un medio de aclarar mis du-

das: era aguardar hasta que amaneciese, si era preciso, en el corredor á donde daba la puerta de su cuarto y ver quién salía.

Yo no sé cuántas horas pasé allí, la desesperacion y la alegría calculan mal el tiempo. Una linea blanca comenzaba á aparecer en el horizonte, cuando se abrió la puerta: oí la voz de Carolina, y aunque hablaba en voz baja, llegaron á mí estas palabras:

«¡Adios! mi querido Manuel, ¡hasta mañana!»

Cerróse otra vez la puerta; Manuel pasó cerca de mí, no sé cómo no oyó los latidos de mi corazón.... ¡Manuel!....

Volví á entrar en mi cuarto y caí en el suelo, revolviendo en mi imaginacion todos los medios de venganza; y llamando á Satanás en mi ayuda para que me inspirara uno: yo creo que me oyó. Concebí un proyecto; desde entonces me quedé tranquilo. Bajé á la hora de almorzar. Carolina estaba delante de un espejo, entrelazando su cabello con madreselva. Acerquéme por detrás, y de pronto vi ella en la luna mi cabeza sobre la suya: estaba yo tan pálido al parecer que se estremeció y se volvió.

—¿Qué tenéis? me dijo.

—Nada, señora, he dormido mal.

—¿Y qué ha causado vuestro desvelo? añadió sonriéndose.

—Una carta que recibí ayer noche al dejáros, y que me llama á París.

—¿Y por mucho tiempo?

—Por un dia.

—Un dia pronto se pasa.

—Es un año ó una hora.

—¿Y en cuál de esas dos clases colocais el de ayer?

—Entre los dias felices; en toda una vida no se tiene mas que uno como ese, señora, porque cuando la felicidad llega á ese grado, no pudiendo aumentarse ya mas, empieza á decrecer. Cuando los antiguos llegaban á este término tiraban al mar algún objeto precioso, á fin de conjurar á las malas divinidades. Creó que yo debería haber hecho como ellos anoche.

—¡Sois un niño! me contestó ella dándome el brazo para ir al comedor. Busqué con los ojos á Manuel; se había marchado muy de mañana á cazar. ¡Oh! ¡estaban bien tomadas las medidas para que no se sorprendiera ni siquiera una mirada!

Despues del almuerzo pregunté á Carolina las señas de su almacén de música, pues tenía, la dije yo, que comprar algunas piezas. Cogió un pedazo de papel, escribió las señas, y me lo dió; no tenía yo necesidad de mas. Hice ensillar mi caballo, en lugar de tomar mi tilbury: me urgía ir de prisa. Carolina vino hasta el pie de la escalera para verme marchar: mientras ella me pudo ver, fui al paso, al llegar al primer recodo, eché mi caballo á todo escape; anduve diez leguas en dos horas.

Así que llegué á París, fui á casa del banquero de mi madre. Tomé treinta mil francos; desde allí me dirigí á casa de Manuel. Llamé á su ayuda de cámara; salió este, cerré la puerta del cuarto donde nos hallábamos solos, y le dije:

—Tom, ¿quieres ganarte veinte mil francos?

—Tom abrió tanto ojo.

—¿Veinte mil francos? dijo.

—Sí, veinte mil francos.

—¿Si quiero ganarlos yo?... Seguramente que quiero....

—Si yo no me equivoco, le repliqué, harías tú por la mitad de esa suma una acción aun peor que la que te voy á proponer.

Tom se sonrió.

—No me aduleis, señor, me dijo.

—No, porque te conozco.

—Hablad, pues.

—Escucha: saqué de mi bolsillo el papel que me había dado Carolina y se lo enseñé. —¿Recibe tu amo cartas de esta letra? le dije.

—Sí, señor.

—¿En dónde las guarda?

—En su cómoda.

—Necesito todas esas cartas. Ahí tienes cinco mil francos adelantados, los otros quince mil te los daré cuando me traigas toda la correspondencia.

—¿Y en dónde me esperais?

—En mi casa.

Una hora despues entró Tom.

—Aquí las teneis, caballero, dijo presentándome un paquete de cartas:

Comparé las letras, eran iguales, dile los quince mil francos, se marchó. Entonces me encerré. Acababa de dar oro por aquellas cartas, y á la sazón hubiera dado sangre porque hubiesen sido dirigidas á mi.

Manuel era el amante de Carolina hacia dos años, la había conocido soltera, y marchándose cuando se casó, llamaba suyo al niño de que tan orgulloso se mostraba el general. Desde aquella época la dificultad de hacerse presentar en casa de su querida le había impedido volverse á ver. Pero un día, como ya he dicho, encontré á Mr. M... con su muger, y fui escogido por ella y por su amante para disfrazar su amor. Fui el encargado de volver á llevar á Manuel junto á Carolina; y las atenciones, los cuidados y aun la ternura que hacía mi se afectaban era para no escilar las sospechas del general, que según la confesion que anteriormente le había hecho su muger, ya no debía ni podía temerme. Ya veis que la intriga estaba bien urdida, y que yo había sido bien burlado y muy estúpido. Pero ahora me había llegado mi turno..

Escribí á Carolina.

«Señora: ayer noche á las once estaba yo en el jardín cuando Manuel entró en vuestro cuarto, y le he visto entrar en él. Esta mañana á las cuatro estaba yo en el corredor cuando ha salido, y le he visto salir. Hace una hora

que he comprado á Tom por veinte mil francos, vuestra correspondencia con su amo.»

El general no debía estar de vuelta en la quinta hasta dentro de dos ó tres días, y así estaba yo seguro, de que la carta no caería en sus manos.

A la mañana siguiente á las once, vi entrar á Manuel en mi cuarto pálido y cubierto de polvo. Me encontró en la cama así como me había echado la vispera, sin haber podido dormir un solo instante. Se dirigió hácia mi.

—¿Sin duda sabeis á lo que vengo? me dijo.

—Lo presumo, caballero.

—¿Teneis unas cartas mías?

—Sí, señor.

—¿Vais á devolvermelas?

—No, señor.

—¿Qué tratáis de hacer con ellas?

—Ese es mi secreto.

—¿Con que rehusais?...

—Rehuso.

—No me obligueis á deciros lo que sois.

—Ayer era un espía, hoy soy ladrón; ya veis que yo mismo me lo digo antes que vos.

—¿Y si yo lo repitiesco?

—Teneis demasiado buen gusto para hacerlo.

—¿Me dareis entonces una satisfaccion?

—Sin duda.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Pero os prevengo que va á ser un desafío implacable, un desafío á muerte.

—Me permitireis hacer mis disposiciones testamentarias, que no serán muy largas. —Toqué la campanilla. Entró mi ayuda de cámara, hombre de esperiencia con quien podía contar.

—José, le dije, voy á batirme con este caballero y es posible que me mate. —Abrí mi cómoda. —Así que sepas mi muerte, confiadme, tomarás estas cartas, y se las llevarás al general M... y esos diez mil francos que están en el mismo cajón son para ti. Toma la llave.

Di la llave á José, que me saludó y marchóse.

—Caballero, le dije á Manuel, ahora estoy á vuestra disposicion.

Manuel estaba pálido como la muerte, y de cada uno de sus cabellos caía una gota de sudor.

—¿Es una infamia lo que haceis! me dijo.

—Ya lo sé.

—¿Si me matais, replicó acercándoseme, volvereis al menos esas cartas á Carolina?

—Eso dependerá de ella.

—¿Qué ha de hacer para recobrarlas?...

—Es preciso que venga á buscarlas.

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿Conmigo entonces?

—¡No! sola.

—Nunca.

—No os comprometais por ella.

—No consentirá.

—Puede ser. Volveos á la quinta y consultadlo juntos; tres días os doy.

Reflexionó un instante, y salióse precipitadamente fuera de la habitacion.

Al tercer día me anunció José que una señora cubierta con un velo quería hablarme en secreto. La hice entrar, era Carolina. La indiqué por señas que tomase asiento: se sentó; yo me quedé en pie junto á ella.

—¿Ya veis, señor, me dijo, que he venido?

—Hubierais cometido una imprudencia, señora, á no haberlo.

—He venido confiada en vuestra delicadeza.

—Habeis hecho mal, señora.

—¿Con qué me devolvereis esas malhadadas cartas?

—Sí, señora, pero con una condicion.

—¿Cuál es?

—¡Oh! la adivináis.

Envolvióse la cabeza con las cortinas de mi ventana, haciendo los mayores estremos como una muger desesperada, por que había comprendido en el tono de mi voz que sería inflexible.

—Escuchad, señora, continué yo, los dos hemos jugado en un juego muy extraño; vos con astucia, yo con firmeza; yo he ganado la partida; á vos toca saberla perder.

Retorciose las manos y sollozaba.

—¡Oh! vuestra desesperacion y vuestras lágrimas no harán nada, señora; os habeis encargado de secar un corazón, y lo habeis logrado.

—¿Pero, y si yo prometiese, contestó, por medio de un juramento al pie del altar, no volver á ver ya mas á Manuel?

—¿No estais obligada por juramento hecho al pie del altar á ser fiel al general?

—¿Cómo! no quereis otra cosa por esas cartas... con que ni oro ni sangre por... sino...

—¡Nada!... lo dicho.

Desarrolló la cortina que envolvía su cabeza y me miró cara á cara. ¡Oh! ¡qué hermosa estaba aquella cabeza pálida con los ojos centellantes de cólera y los cabellos sueltos, destacándose sobre las cortinas encarnadas!

—¡Oh! dijo, apretando los dientes, caballero, vuestra conducta es muy atroz.

—¿Y qué direis de la vuestra, señora? Un año había estado yo para apagar mi amor y lo había logrado, volviendo á entrar en Francia para veneraros: ya no me acordaba yo de mis pasados tormentos, y no descaba sino abrigar otro amor, cuando os encontré de nuevo; entonces no fui yo quien os buscó, fuisteis vos quien me buscó á mi. Removisteis con vuestro dedo la ceniza de mi corazón, y procurasteis encender con su soplo las chispas del antiguo fuego. Y cuando estuvo encendido otra vez, cuando le visteis brillar en mi voz, en mis ojos, en mis venas, en todo mi cuerpo.... ¿para qué fui bueno? ¿para qué serví? Para lle-

var á vuestros brazos al hombre á quien amabais y para ocultar detras de mi capa vuestros besos adúlteros. Hice todo esto. ¡Cuán ciego estaba! Pero vosotros tambien estabais ciegos sin pensar que no tenia yo mas que levantar la capa para que el mundo entero os viese....

Ea, señora, á vos misma toca decidir lo que he de hacer ahora.

—Pero caballero, ¡oh, no os amo!

—Tampoco es amor lo que os pido..

—Será una violacion.

—¡Llamadlo como os dé la gana.

—¡Oh! no es posible que seais tan cruel cual fingis serlo. Tendreis lástima de una muger que se arrodilla á vuestras plantas.

Arrojóse á mis pies.

—¿Y tuvisteis vos compasion de mí, cuando yo estaba á las vuestras?

—Pero yo soy una muger... y vos un hombre...

—¿Y sufría yo menos por eso?

—Devolvedme esas cartas, caballero, os lo suplico por Dios...

—Ya no creo mas en él...

—Por el amor que me teneis...

—Está apagado.

—Por lo que mas améis en este mundo...

—Ya no amo nada.

—Pues bien, baced lo que gustéis de esas cartas, me dijo levantándose, pero no accodere jamás á lo que de mí exijis. Y se lanzó fuera de la habitacion.

—Teneis de término hasta mañana á las diez, señora, la grité desde la puerta, cinco minutos mas tarde ya no será tiempo.

Al otro día á las nueve y media entró Carolina en mi cuarto y se acercó á mi cama.

—Vedme aquí, me dijo.

—¿Y bien?

—Haced de mí todo lo que querais...

Un cuarto de hora despues me levanté, fui á la cómoda, saqué á la ventura una carta del cajón en que estaban todas y se la presenté.

—¿Cómo! me dijo palideciendo ¡una sola!

—Las otras os serán entregadas del mismo modo; cuando las querais, señora, podeis venir á recogerlas...

—¿Y volvió? exclamé yo interrumpiendo al monge.

—Dos días seguidos.

—¿Y al tercero?

—La encontraron asfixiada con Manuel.

AVENTICUM.

A la mañana siguiente al amanecer fuimos á visitar la capilla de San Bruno: hallase situa-

Así que llegué á París, fui á casa del banquero de mi madre. Tomé treinta mil francos; desde allí me dirigí á casa de Manuel. Llamé á su ayuda de cámara; salió este, cerré la puerta del cuarto donde nos hallábamos solos, y le dije:

—Tom, ¿quieres ganarte veinte mil francos?

—Tom abrió tanto ojo.

—¿Veinte mil francos? dijo.

—Sí, veinte mil francos.

—¿Si quiero ganarlos yo?... Seguramente que quiero....

—Si yo no me equivoco, le repliqué, harías tú por la mitad de esa suma una acción aun peor que la que te voy á proponer.

Tom se sonrió.

—No me aduleis, señor, me dijo.

—No, porque te conozco.

—Hablad, pues.

—Escucha: saqué de mi bolsillo el papel que me había dado Carolina y se lo enseñé. —¿Recibe tu amo cartas de esta letra? le dije.

—Sí, señor.

—¿En dónde las guarda?

—En su cómoda.

—Necesito todas esas cartas. Ahí tienes cinco mil francos adelantados, los otros quince mil te los daré cuando me traigas toda la correspondencia.

—¿Y en dónde me esperáis?

—En mi casa.

Una hora despues entró Tom.

—Aquí las teneis, caballero, dijo presentándome un paquete de cartas:

Comparé las letras, eran iguales, dile los quince mil francos, se marchó. Entonces me encerré. Acababa de dar oro por aquellas cartas, y á la sazón hubiera dado sangre porque hubiesen sido dirigidas á mi.

Manuel era el amante de Carolina hacia dos años, la había conocido soltera, y marchándose cuando se casó, llamaba suyo al niño de que tan orgulloso se mostraba el general. Desde aquella época la dificultad de hacerse presentar en casa de su querida le había impedido volverse á ver. Pero un día, como ya he dicho, encontré á Mr. M.... con su muger, y fui escogido por ella y por su amante para disfrazar su amor. Fui el encargado de volver á llevar á Manuel junto á Carolina; y las atenciones, los cuidados y aun la ternura que hacía mi se afectaban era para no escilar las sospechas del general, que según la confesion que anteriormente le había hecho su muger, ya no debía ni podía temerme. Ya veis que la intriga estaba bien urdida, y que yo había sido bien burlado y muy estúpido. Pero ahora me había llegado mi turno..

Escribí á Carolina.

«Señora: ayer noche á las once estaba yo en el jardín cuando Manuel entró en vuestro cuarto, y le he visto entrar en él. Esta mañana á las cuatro estaba yo en el corredor cuando ha salido, y le he visto salir. Hace una hora

que he comprado á Tom por veinte mil francos, vuestra correspondencia con su amo.»

El general no debía estar de vuelta en la quinta hasta dentro de dos ó tres días, y así estaba yo seguro, de que la carta no caería en sus manos.

A la mañana siguiente á las once, vi entrar á Manuel en mi cuarto pálido y cubierto de polvo. Me encontró en la cama así como me había echado la vispera, sin haber podido dormir un solo instante. Se dirigió hácia mi.

—¿Sin duda sabeis á lo que vengo? me dijo.

—Lo presumo, caballero.

—¿Teneis unas cartas mías?

—Sí, señor.

—¿Vais á devolvermelas?

—No, señor.

—¿Qué tratáis de hacer con ellas?

—Ese es mi secreto.

—¿Con que rehusais?...

—Rehuso.

—No me obligueis á deciros lo que sois.

—Ayer era un espía, hoy soy ladrón; ya veis que yo mismo me lo digo antes que vos.

—¿Y si yo lo repitiesco?

—Teneis demasiado buen gusto para hacerlo.

—¿Me dareis entonces una satisfaccion?

—Sin duda.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Pero os prevengo que va á ser un desafío implacable, un desafío á muerte.

—Me permitireis hacer mis disposiciones testamentarias, que no serán muy largas. —Tocó la campanilla. Entró mi ayuda de cámara, hombre de esperiencia con quien podía contar.

—José, le dije, voy á batirme con este caballero y es posible que me mate. —Abri mi cómoda. —Así que sepas mi muerte, confiadme, tomarás estas cartas, y se las llevarás al general M.... y esos diez mil francos que están en el mismo cajón son para tí. Toma la llave.

Di la llave á José, que me saludó y marchóse.

—Caballero, le dije á Manuel, ahora estoy á vuestra disposicion.

Manuel estaba pálido como la muerte, y de cada uno de sus cabellos caía una gota de sudor.

—¿Es una infamia lo que haceis! me dijo.

—Ya lo sé.

—¿Si me matais, replicó acercándoseme, volvereis al menos esas cartas á Carolina?

—Eso dependerá de ella.

—¿Qué ha de hacer para recobrarlas?...

—Es preciso que venga á buscarlas.

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿Conmigo entonces?

—No! sola.

—Nunca.

—No os comprometais por ella.

—No consentirá.

—Puede ser. Volveos á la quinta y consultadlo juntos; tres días os doy.

Reflexionó un instante, y salióse precipitadamente fuera de la habitacion.

Al tercer día me anunció José que una señora cubierta con un velo quería hablarme en secreto. La hice entrar, era Carolina. La indiqué por señas que tomase asiento: se sentó; yo me quedé en pie junto á ella.

—¿Ya veis, señor, me dijo, que he venido?

—Hubierais cometido una imprudencia, señora, á no haberlo.

—He venido confiada en vuestra delicadeza.

—Habeis hecho mal, señora.

—¿Con qué me devolvereis esas malhadadas cartas?

—Sí, señora, pero con una condicion.

—¿Cuál es?

—¡Oh! la adivináis.

Envolvióse la cabeza con las cortinas de mi ventana, haciendo los mayores estremos como una muger desesperada, por que había comprendido en el tono de mi voz que seria inflexible.

—Escuchad, señora, continué yo, los dos hemos jugado en un juego muy extraño; vos con astucia, yo con firmeza; yo he ganado la partida; á vos toca saberla perder.

Retorciose las manos y sollozaba.

—¡Oh! vuestra desesperacion y vuestras lágrimas no harán nada, señora; os habeis encargado de secar un corazón, y lo habeis logrado.

—¿Pero, y si yo prometiese, contestó, por medio de un juramento al pie del altar, no volver á ver ya mas á Manuel?

—¿No estais obligada por juramento hecho al pie del altar á ser fiel al general?

—¿Cómo! no quereis otra cosa por esas cartas... con que ni oro ni sangre por... sino...

—¡Nada!... lo dicho.

Desarrolló la cortina que envolvía su cabeza y me miró cara á cara. ¡Oh! ¡qué hermosa estaba aquella cabeza pálida con los ojos centellantes de cólera y los cabellos sueltos, destacándose sobre las cortinas encarnadas!

—¡Oh! dijo, apretando los dientes, caballero, vuestra conducta es muy atroz.

—¿Y qué direis de la vuestra, señora? Un año había estado yo para apagar mi amor y lo había logrado, volviendo á entrar en Francia para veneraros: ya no me acordaba yo de mis pasados tormentos, y no descaba sino abrigar otro amor, cuando os encontré de nuevo; entonces no fui yo quien os buscó, fuisteis vos quien me buscó á mí. Removisteis con vuestro dedo la ceniza de mi corazón, y procurasteis encender con su soplo las chispas del antiguo fuego. Y cuando estuvo encendido otra vez, cuando le visteis brillar en mi voz, en mis ojos, en mis venas, en todo mi cuerpo.... ¿para qué fui bueno? ¿para qué serví? Para lle-

var á vuestros brazos al hombre á quien amabais y para ocultar detras de mi capa vuestros besos adúlteros. Hice todo esto. ¡Cuán ciego estaba! Pero vosotros tambien estabais ciegos sin pensar que no tenía yo mas que levantar la capa para que el mundo entero os viese....

Ea, señora, á vos misma toca decidir lo que he de hacer ahora.

—Pero caballero, ¡oh, no os amo!

—Tampoco es amor lo que os pido..

—Será una violacion.

—¡Llamadlo como os dé la gana.

—¡Oh! no es posible que seais tan cruel cual fingis serlo. Tendreis lástima de una muger que se arrodilla á vuestras plantas.

Arrojóse á mis pies.

—¿Y tuvisteis vos compasion de mí, cuando yo estaba á las vuestras?

—Pero yo soy una muger... y vos un hombre...

—¿Y sufría yo menos por eso?

—Devolvedme esas cartas, caballero, os lo suplico por Dios...

—Ya no creo mas en él...

—Por el amor que me teneis...

—Está apagado.

—Por lo que mas améis en este mundo...

—Ya no amo nada.

—Pues bien, baced lo que gustéis de esas cartas, me dijo levantándose, pero no accodere jamás á lo que de mí exijis. Y se lanzó fuera de la habitacion.

—Teneis de término hasta mañana á las diez, señora, la grité desde la puerta, cinco minutos mas tarde ya no será tiempo.

Al otro día á las nueve y media entró Carolina en mi cuarto y se acercó á mi cama.

—Vedme aquí, me dijo.

—¿Y bien?

—Haced de mí todo lo que querais...

Un cuarto de hora despues me levanté, fui á la cómoda, saqué á la ventura una carta del cajón en que estaban todas y se la presenté.

—¿Cómo! me dijo palideciendo ¡una sola!

—Las otras os serán entregadas del mismo modo; cuando las querais, señora, podeis venir á recogerlas...

—¿Y volví? exclamé yo interrumpiendo al monge.

—Dos días seguidos.

—¿Y al tercero?

—La encontraron asfixiada con Manuel.

AVENTICUM.

A la mañana siguiente al amanecer fuimos á visitar la capilla de San Bruno: hallase situa-

da á una media legua encima de la Cartuja sobre la punta de una escarpada roca: nada ofrece de notable mas que lo pintoresco de los sitios y lo atrevido de su situacion. En lo interior unas detestables pinturas al fresco representan seis generales de la órden, y en lo exterior, encima de la puerta hay grabada esta inscripcion, cuya última frase no me ha parecido muy inteligible: la copio aqui tal como está.

SACELLUM
SANCTI BRUNONIS
HIS EST LOCUS IN CUIUS
GRATIANAPOLITANUS EPISCOPUS
VIDIT DEUM
SIBI DIGNUM CONSTRUENTEM
HABITACULUM.

Bajando de la capilla entramos en una gruta donde corren dos manantiales, cerea el uno del otro. El uno es de agua casi tibia, el otro está helado.

El camino por el que volvimos presenta un carácter grandioso y salvaje: me paré para admitir uno de aquellos puntos y hacer notar á mi compañero de viaje cuan bien dispuestos parecían aquellos parages por la naturaleza para que un pintor hiciese sin cambiar nada en ellos un precioso paisaje: mi guía se echó á reír.

Como no había nada extravagante en lo que decía, y ni tampoco era á él á quien yo dirigía la palabra, me volví para preguntarle la causa de su hilaridad.

—¡Ah! me dijo, es que vuestra reflexion me hace recordar una graciosa aventura.

—¿Qué ha sucedido aqui?

—En este mismo punto.

—¿Se puede saber?

—Ciertamente no hay misterio ninguno: ha sucedido á un paisajista de Grenoble que había venido aqui á hacer pinturas; mozo de talento á fe mia: había encontrado este punto de su gusto, había establecido aqui su pequeña barraca: era cosa graciosa por demas: figuraos una tienda cerrada, con una abertura únicamente por arriba. Establecia un mecanismo que tapaba el agujero, de modo que la luz entraba por espejos tanto que yo no sé como lo hacia; pero todo el país á quinientos pasos al rededor se reflejaba solo y en pequeño sobre su papel: llamaba á eso una cámara, una cámara....

—¿Oscura?

—Eso es: en efecto una vez dentro de la barraca, no se veía mas ni cielo ni tierra, no se distinguía mas que el paisaje representado al natural sobre el papel, con los árboles, las piedras, la cascada, en fin todo, tan bien que cuando no hacia aire yo hubiera podido dibujar los árboles tan bien como él. Hete

aqui pues que un dia que estaba en su máquina dibujando con ardor, ve en un rincón de su paisaje una cosa que se movía: bueno, dijo, esto animará el cuadro. Entonces como queria dibujar la cosa que se movía hete aqui que mira, y despues que se refriega los ojos ¿sabeis qué era lo que se movía en un rincón del paisaje?

—No.

—Pues bien, era un oso, no mas grande que una nuez, es verdad, porque el diablo del espejo lo achica todo, pero de una hermosa estatura visto por fuera: el oso se dirigía hácia su lado y crecia sobre el papel á medida que se adelantaba hácia él. Ya era grande como un huevo: á fe mia que tuvo miedo, tiró el papel, paleta y pinceles, y encomendándose á las piernas llegó á la Cartuja medio muerto. Desde aquella época ha vuelto muchas veces, pero jamás ha podido reducirse á alejarse mas de quinientos pasos de los edificios, y entonces antes de comenzar mira y remira en todos los rincones de su paisaje para ver si hay algun cuadrúpedo.

Prometí dar parte de la aventura á mis camaradas de taller: en efecto no dejé de hacerlo á mi vuelta y la anécdota alcanzó gran boga.

Bien pronto volvimos á pasar cerea de la gran Cartuja: nada quise ver durante el dia de aquel interior que tanta impresion me había causado durante la noche, y sin detenernos bajamos hasta San Lorenzo del Puente, donde encontramos nuestro carruaje: aquella misma noche nos hallábamos en Aix y á la mañana siguiente sobre el camino de Ginebra.

Mientras se comía en Anneci, corrí á la iglesia de la Visitacion, en la que están depositadas las reliquias de San Francisco de Sales: esperando á que abriesen la verja del coro examiné á cada uno de sus lados dos bustos pequeños, el uno de San Francisco, el otro de Santa Chantal, cuyos pedestales huecos y cerrados con un cristal dejaban ver fragmentos de huesos adorados como reliquias.

Al cabo de cinco minutos llegó el sacristan corriendo sin poder respirar, y me abrió el coro: al entrar en él la primera cosa que me chocó fué una vasta y doble verja por la que se podía penetrar en un grande aposento abovedado y sombrío. Aquella verja es la puerta de comunicacion de la iglesia con el convento de la Visitacion, y como, asi como he dicho, da al coro; las religiosas pueden asistir al sacrificio de la misa separadas de los demas fieles y sin estar espuestas á las miradas de los seglares.

Una caja de bronce y de plata colocada sobre el altar encierra los huesos de San Francisco: el cuerpo está revestido con los ornamentos pontificales; las manos, modeladas en cera, están cubiertas con guantes, y una de estas manos está adornada con el anillo pontifical: el rostro está oculto bajo una mascarilla

de plata. La caja, que vale diez y ocho mil francos, ha sido regalada en 1820 por el conde Francisco de Sales y su muger la condesa Sofia. Muchos parientes de este santo existen aun en las inmediaciones de Anneci, habiéndose verificado su muerte en 1625.

En una capilla lateral hay otra caja que sirve de sepulcro á Santa Chantal, que llaman generalmente y con mas familiaridad que veneracion, la madre Chantal. Su caja es un poco menos rica y menos pesada que la del santo, asi es que no vale mas que quince mil francos. La donó á la iglesia la reina Maria Cristina, esposa de Carlos Felix de Saboya.

Por la tarde estábamos en Ginebra, donde no paramos mas que la noche; al dia siguiente á las siete nos embarcamos para ir por nuestro hermoso lago azul: al medio dia abrazaba yo en Laasana á mi buen amigo Mr. Pellis, y á la una ya corría hácia Mudon en una de esas carretelas de un solo caballo, tan cómodas y elegantes si se comparan con nuestros flacres y berlinas.

Este modo de viajar, que es el mas agradable de todos, no puede ponerse en práctica mas que por los caminos reales, por que la fragilidad de la caja no resistiria á los vaivenes en los caminos de travesía. El precio diario del caballo, carruaje y cochero, es diez francos, pero como se debe pagar la misma cantidad por el retorno cuando se vuelve de vacío, es preciso calcular sobre veinte, amen de la *trinkgeld* (1) del cochero que queda á la generosidad del viajero, que suele pagarlo mezuquina ó generosamente segun le ha servido bien ó mal el cochero. Esa *trinkgeld* suele comunmente ser de dos francos por dia. Añádanse á esto tres francos por el almuerzo, cuatro por la comida y dos por la cama, y se verá que en veinte y cuatro horas se ha de gastar una suma total de treinta y un francos, que con los gastos imprevistos la hacen subir á treinta y cinco.

Ahora que he dado estos detalles, que es muy importante conocer en un país cuyos habitantes la mitad del año comen de lo que han ganado en la otra mitad, y en donde los posaderos y fondistas consideran á los viajeros como aves de paso á los que cada uno de ellos necesita arrancar una pluma; volvamos á la carretela que trota por el camino real de Laasana á Morat, y al través de cuyas cortinas de cuero empiezo á divisar á Madon.

Mudon, el *Mudonium* de los romanos, no ofrece nada de notable mas que un edificio cuadrado del siglo tercero y una fuente del decimosesto, que representa á Moises con las tablas de la ley en la mano.

Nos detuvimos para comer en Payerna; allí se halla el sepulcro de la reina Berta; ha sido descubierto en una escavacion hecha debajo de la bóveda de la torre de San Miguel que

(1) Agujetas ó propina.

pertenecía á la antigua iglesia abacial, donde se la había sepultado segun una tradicion popular que indicaba aquel lugar como el de su sepultura. El sarcófago estaba tallado en una piedra arenisca, que había conservado perfectamente los huesos de la viuda de Rodolfo. El consejo de estado del canton de Vaud, despues de haber examinado el proceso verbal de aquella escavacion, convencido de que aquellos huesos eran realmente los de la reina, muerta en 970, los hizo transportar á la iglesia parroquial, y mandó cubrir el monumento con una lápida de mármol negro, en la que se lee esta inscripcion:

PIAE MEMORIAE
BERTHAE
RUD. II BURGUND. MIN. REG. CONIUG. OET.
CUIUS NOMEN IN BENEDICTIONEM
COLUS IN EJEMPLUM.
ECCLESIAS FUNDAVIT, CASTRA MUNIT,
VIAS APERUIT, AGROS COLUIT,
PAUPERES ALUIT,
TRANSJURANAE PATRIAE
MATER ET DELICIAE.
POST IX SECVLA
EIUS SEPULC. UT TRADITUR DETECTUM.
A. R. S. MDCCCXVIII.
BENEFICIOR. ERGA PATRES MEMORES.
FILII RITE RESTAURARE,
S. P. Q. VAUDENSIS.

A la piadosa memoria de Berta, la muy buena consorte de Rodolfo II rey de Borgoña y menor, de la cual es bendecido el nombre y sirve de ejemplo la rucga. Fundó iglesias, fortificó castillos, cultivó campos, alimentó los pobres. Madre y delicia de la patria Transjurana, habiéndose encontrado su sepulcro despues de nueve siglos, segun se dice, en el año de gracia MDCCCXVIII, reconocidos á los beneficios de los abuelos, los hijos lo restauraron religiosamente.

El senado y el pueblo vaudés. (R)

Otro monumento hay no menos visitado que el anterior, el cual por su parte espone el fondista á la curiosidad de los viajeros, y es la silla de montar de la reina. Todavía se ve el agujero en donde solia colocar la rucga citada en el epitafio cuando recorría su reino. Además, las tradiciones de aquella época han quedado en la mente de todos como recuerdos de la edad de oro, y cada vez que se quiere hablar de un siglo afortunado, se dice: *Esto es del tiempo en que hilaba la reina Berta.*

Dos horas despues de haber salido de Payerna entramos en Avenches, que con el nombre de *Aventicum* era la capital de Helvecia en tiempo de los romanos. Entonces era do-

ble mayor su territorio que ahora. Las barcas del lago Morat atracaban al pie de sus murallas: tenía un circo donde rugían leones y combatían esclavos, baños donde las esclavas del Níger y del Indo trenzaban las perfumadas cabelleras de las damas romanas, y las entretregian con cintas blancas ó encarnadas, y un capitolio en donde los vencidos daban gracias á los dioses por el triunfo de sus vencedores. Comprometida por una de aquellas revoluciones romanas, parecidas á los terremotos que salen del Vesubio por caminos subterráneos á destruir á Foligno, alcanzaron las mortales disensiones entre Galba y Vitelio. Ignorando la muerte del primero quiso permanecer fiel; entonces Albano Cecina, gobernador general de Helvecia, marchó contra ella á la cabeza de una legión que llevaba el nombre de *la Terrible*. Dueño de Aventico creyó coger en un rico romano llamado Julio Alpino, al jefe del partido vencido, y á pesar de los testigos que deponían de la inocencia del anciano, á pesar de los llantos de Julia su hija, consagrada á Vesta, y á quien llamaban la hermosa sacerdotisa, Alpino murió en un suplicio. Julia no pudo sobrevivir á su padre; la erigieron un sepulcro con el epitafio siguiente que consagra aquel amor filial.

JULIA ALPINULA HIC JACET,
INFELICIS PATRIS INFELIX PROLES.
EXORARE PATRIS NECEM NON POTUI:
MALE MORI IN FATIS ILLI ERAT.
VIXI ANNOS XXIII.

Aquí reposa Julia Alpinula,
hija infeliz de un desgraciado padre.
No pude con mis ruegos evitar su muerte;
era su destino morir de mano airada.
Ha vivido veinte y tres años.

La piedra en que se hallaba grabada esta inscripción ha sido comprada por un inglés.

Entonces fué arruinada Aventicum. *Widonissa*, que es la moderna Windich (4) y la antigua capital, no tuvo importancia alguna hasta el momento en que habiéndose retirado á ella Tito Flavio Savino, después de haber desempeñado en Asia el encargo de intendente receptor de las contribuciones, dejando allí después de su muerte á su viuda y dos hijos, llegó á ser emperador el menor de los dos. Este era Vespasiano.

Apenas se vió sentado en el trono romano cuando cual piadoso hijo se acordó de la humilde ciudad materna que había dejado en las montañas de la Helvecia. Volvió un día á ella sin corona y sin lictores, bajó de su carro á algunos estadios de la población, y por uno de los caminos conocidos desde su infancia, se fué á la casa en que había nacido, se dió á co-

(4) Pequeña aldea de la Argovia.

nocer de las gentes que la habitaban y pidió el cuarto que había sido el suyo durante quince años, y desde aquel cuarto que le había visto tan ignorante de su tan grande porvenir, decretó el esplendor de Aventico. Todo se animó de pronto á su poderosa voz. Volvió á levantarse el circo, y resonó de nuevo con los rugidos y lamentos que tenía ya olvidados. Nuevos edificios mas suntuosos aun que los antiguos salieron de las canteras de mármol de Crevola; alzóse mas suntuosamente un templo á Neptuno, y sobre sus columnas toscanas coronadas de un arquitrave, fueron esculpidos los caballos marinos de Anfítrite y las fabulosas sirenas de Ulises. Después, en fin, cuando la ciudad volvió á verse hermosa y adornada, y como una coqueta se contempló de nuevo en las azuladas aguas del lago Morat, el emperador la regaló para completar su femenino afeite, un cinturón de murallas, que sacó á gran coste de las canteras de Nardé-Nolex (4), y por segunda vez volvió *Aventicum* á ser la capital del país, *gentis caput*, título que conservó hasta el reinado de Constantino Cloro.

En el año 307 de Jesucristo los germanos se arrojaron sobre la Helvecia y penetraron en *Aventicum*, endonde hicieron un inmenso botín. A los gritos de los habitantes que se llevaban esclavos, acudió el emperador con su ejército, rechazó á los germanos mas allá del Rin, edificó sobre las orillas de este río y de un lago la ciudad de Constanza; erizó de fuertes y soldados la cadena de montañas que rodean la Argovia, para impedir una segunda irrupción. Pero el socorro había llegado demasiado tarde para *Aventicum*: la ciudad estaba arruinada por la segunda vez, y Ammiانو Marcelino que pasó allí en 355, es decir cuarenta y ocho años después, la encontró desierta. Sus monumentos estaban casi destruidos y derribadas sus murallas.

Así permaneció mutilada y solitaria hasta que en 607 el conde Wilhen de Borgoña edificó su castillo romano sobre los cimientos del capitolio del emperador Galba.

Poco tiempo después (en 646) durante la guerra entre Teodorico y Teodoberto, *Aventicum* fué tomada de nuevo; el castillo, que apenas se acababa de construir, demolido, y la ciudad tan completamente arruinada que la comarca tomó el nombre de *Aechtland*, ó país desierto, y lo conservó hasta 1076, época en que Bonardo, obispo de Lausana, hizo edificar la nueva ciudad con las ruinas de la antigua, y del nombre de *Aventicum*, la llamó Avenches.

La ciudad moderna conserva aun para el viajero que la pregunta, su historia pasada grabada en páginas de piedra y de mármol. Con el auxilio de una investigación un poco seria se reconocen á cual de sus dos edades pertenecen sus ruinas. El anfiteatro, que se halla

(4) Neuchâtel.

edificado sobre punto elevado á un extremo de la ciudad, conserva aun escavado en sus cimientos el subterráneo donde se encerraban los leones; pertenece evidentemente á la primera época, es decir que se remonta el reinado de Augusto. Un helveciano y un romano esculpidos en el muro del recinto del circo, prueban dándose la mano que fué edificado poco tiempo después de la pacificación de la Helvecia.

Las dos columnas del templo de Neptuno, que se conservan en pie todavía, son de mármol blanco, datan del reinado de Vespasiano. Esto es todo lo que resta de una especie de bolsa ó academia levantada, por la compañía de marineros y á sus espensas, así como lo prueba esta inscripción grabada en su roto frontispicio.

IN HONOREM DOMUS DIVINAE
NAUTAE AVRANI ARAMICI
SCOLAM DE SVO INSTRUXERUNT,
L. D. D. D.

En la época en que yo visité aquellas columnas, una cigüeña había establecido su nido sobre la mas alta de las dos, y allí criaba sus cigüeños bajo la protección del gobierno vandés. La multa de setenta francos impuesta á cualquiera que mate uno de aquellos animales, le daba tal confianza, que aunque nos acercamos no hizo el menor movimiento siquiera, y continuó gravemente partiendo en dos pedazos con el pico y las patas á una pobre rana, de que dió un pedazo á cada uno de sus hijos con una equidad enteramente maternal.

Los otros restos antiguos dignos de alguna atención son una cabeza colosal de Apolo, una cabeza de Júpiter, y un león de mármol. Estos restos se hallan encerrados en el anfiteatro.

En cuanto á las ánforas, urnas funerarias, estatuas pequeñas de bronce, y medallas descubiertas en las escavaciones, el viajero las hallará rotuladas con bastante orden y gusto en casa del síndico Toller. Invito además á los aficionados á que miren con atención una pequeña estatua que el sencillo magistrado les enseñará bajo el nombre de *Paris* dando la manzana. Si verdaderamente es un *Paris*, y si todas las proporciones de aquella figurita son exactas, se explica perfectamente el obstinado amor de Elena. No fué la hermosa el único don que *Venus* en su reconocimiento, concedió al pastor frigio!

Algunos centenares de pasos fuera de las murallas, y á orillas del camino, á la izquierda hay una casita construida á espensas de la ciudad, donde se conserva un mosaico bastante hermoso, que parece haber sido el fondo de un baño.

Para ver todas estas curiosidades nos bas-

taron una y media ó dos horas: después salimos para Morat.

CÁRLOS EL TEMERARIO.

Morat es célebre en los fastos de la nación suiza por la derrota de Carlos el Temerario, duque de Borgoña. Aquella ciudad había levantado delante de una de sus puertas, como trofeo en conmemoración de su victoria, un osario construido con los cráneos y huesos de ocho mil borgoñones. Tres siglos se mantuvo en pie este templo de la muerte, mostrando sobre aquellos huesos emblanquecidos la huella de los terribles mandobles que habían descargado los vencedores, y llevando esta inscripción triunfal en su frontispicio:

DEO OPT. MAX.
CAROLI INCLITI ET FORTISSIMI
BURGUNDICE DUCIS EXERCITUS
MURATUM OBSIDENS AB HELVETHIS
CAESUS HOC SUI MONUMENTUM RELIQUIT.
ANNO MCCCCLXXVI (1)

Un regimiento borgoñon lo destruyó en 1798 cuando la invasión de los franceses en la Suiza, y para borrar todo vestigio de la afrenta paternal arrojó los huesos en el lago, que vomita algunos á sus orillas cada vez que le agita una tempestad.

En 1822 la república de Friburgo hizo levantar en el sitio en donde había estado el osario una sencilla columna de piedra cuadrangular de unos treinta pies de altura casi, y que lleva grabada esta inscripción en el lado que mira al camino:

VICTORIAM
XXII. JUN. MCCCCLXXVI,
PATRUM CONCORDIA
PARTAM
NOVO SIGNAT LAPIDE
RESPUBLICA FRIBURG.
MDCCCXXII (2).

Si se quiere abarcar de una ojeada el cam-

(1) A Dios, óptimo, máximo. Sitiando á Morat el ejército del muy inculto y muy fuerte Carlos, duque de Borgoña, fué destruido por los suizos y dejó este recuerdo de su derrota. Año 1476.

(2) La república de Friburgo consagra con esta nueva lápida la victoria alcanzada en 22 de junio de 1476 por los esfuerzos de sus padres. 1822.

po de batalla de Morat, será preciso detenerse cerca de cien pasos de aquel osario; entonces se tendrá en frente á la ciudad construida en anfiteatro sobre las márgenes del lago que le baña los pies: á la derecha las alturas de Gurmels, detras de las cuales corre el Sarina, á la izquierda el lago de Morat que domina el monte Villq, cubierto todo de viñedos, separándolo del lago de Neufchatel, detras la aldea de Faoug, y en fin á los pies el terreno mismo en donde pasó el acto mas sangriento de la trilogía fúnebre del duque Carlos, que comenzó en Granson y concluyó en Nancy.

Una derrota había probado al duque que si había conservado el sobrenombre del Temerario había perdido el de Invencible. Había desde entonces en su blason ducal una mancha que no podía labarse mas que con sangre: un solo pensamiento, pensamiento de venganza, reemplazaba en él la convicción de su fuerza; siempre era el mismo su valor, pero no era la misma su confianza. Nadie desconfía de su armadura hasta que falsea. Sin embargo el orgullo de Carlos era arrastrado á su destrucción por la voz de su orgullo y caminaba en la tempestad cual una nave perdida que se estrella en todas las rocas. Había en seis meses reunido un ejército tan numeroso como el que había sido destruido; pero los nuevos soldados que lo componían, sacados los unos de Picardía, otros de Borgoña, estos de Flandes, aquellos de Artois, eran extraños los unos á los otros y divididos entre sí. En otro tiempo la constante fortuna del duque los hubiera reunido por una confianza común; pero llega: los días adversos comenzaban para él y aquellos hombres marchaban al combate con indisciplina y murmurando.

Por su parte los suizos, según costumbre, se habían dispersado inmediatamente después de la victoria de Granson. Cada cual había seguido su bandera en su canton, por que había llegado la estación del *Alpage*, y las nieves que se derretían llamaban á las montañas á los soldados pastores y sus rebaños.

Cuando en 10 de junio de 1476 el duque de Borgoña vino á sentar su campo en la aldea de Faoug, situada hácia la estremidad occidental del lago, la Suiza no tenía para oponerle mas que mil doscientos hombres y por toda muralla de defensa la aldea de Morat. Así desde que Berna, su hermana, supo que el duque de Borgoña se adelantaba con todas sus fuerzas, marcharon mensajeros para todos los cantones, y encendieron hogueras en las montañas como señales de guerra y el grito de *á las armas*, resonó por todos los valles.

Adriano de Bubemberg, que mandaba la guarnición de Morat, vió avanzar aquel ejército treinta veces mas numeroso que el suyo, sin dar señal alguna de temor; reunió á los soldados y habitantes, les espuso la necesidad que iban á tener los unos de los otros, la precisión en que estaban de no formar mas que

una familia armada á fin de que se ayudasen mutuamente como hermanos, y cuando los vió en estas disposiciones, les dictó el juramento de sepultarse hasta el último, bajo las ruinas de su ciudad. Tres mil voces juraron al mismo tiempo, después una sola voz juró á su vez imponer la muerte á cualquiera que hablase de rendirse. Esta voz era la de Adriano Bubemberg. Tomadas estas precauciones escribió á los berneses. «El duque de Borgoña está aqui con todo su poder, con sus afeminados italianos y algunos traidores alemanes; pero los señores del ayuntamiento, consejeros y ciudadanos de Berna pueden estar sin miedo, no apresurarse y calmar el ánimo de todos los demas confederados. Yo defenderé á Morat.»

Durante este tiempo, el duque cercaba la ciudad con las alas de su ejército, mandadas por el gran bastardo de Borgoña y por el conde de Romont. El primero se extendía por el camino de Avenelus y de Estavayer, el segundo por el camino de Arberg, el duque formaba el centro, y desde la magnífica habitación de madera que se había hecho construir sobre las alturas de Courgeboux, podía apresurar ó contener sus movimientos como un hombre que abre ó cierra los brazos. La ciudad estaba libre solo por una parte: la del lago, cuyas ondas venían á bañar sus muros, y sobre cuya superficie se deslizaban silenciosamente todas las noches lanchas cargadas de hombres, de socorros y municiones de guerra.

En el otro lado del Sarina y detrás del duque, los suizos no solamente organizaban la defensa, si no tambien el ataque. Las pequeñas poblaciones de Laupen y de Gumener habían sido puestas en estado de resistir á un golpe de mano, y Berna protegida por ellas, se había hecho el punto de reunion de los confederados.

Bien vió el duque, que no tenía tiempo que perder; hizo intimar la rendición á la ciudad; y á su negativa, por medio de su comandante, el conde Romont hizo descubrir setenta gruesas bombardas, que al cabo de dos horas habían derribado un lienzo de muralla bastante ancho para dar el asalto. Los borgoñeses viendo desmoronarse la muralla corrieron hácia la ciudad gritando: *Ciudad tomada*; pero sobre la brecha encontraron una segunda muralla mas difícil de derribar que la primera, muralla viviente, muralla de hierro, contra la que los once mil hombres del conde de Romont vinieron á estrellarse cinco veces en el espacio de ocho horas. En el primer asalto perecieron setecientos soldados, y el gefe de la artillería fué muerto de un arcabuzazo.

El duque de Borgoña, se volvió cual un jabali herido, y se replegó sobre el Laupen y Gumener. El choque resonó hasta en Berna, que un instante tuvo gran miedo viéndose amenazada tan de cerca; envió sus banderas con seis mil hombres al socorro de las dos

ciudades. Este refuerzo llegó para ver tomar la retirada al duque Carlos.

La cólera del borgoñon había llegado á su colmo. Sitiado él mismo en cierto modo, entre las tres poblaciones que él mismo bloqueaba, pareciase á un leon defendiéndose en un triángulo de fuego. Nadie osaba aconsejarle; cuando llamaba á sus capitanes, se le acercaban con miedo, y los que por la noche estaban de centinela en la puerta de su tienda, le oían con terror gritar y romper sus armas.

La artillería tronó sin interrupción durante diez días, agujereando las murallas y arrojando la villa, sin cansar ni un momento la constancia de sus habitantes. Dos asaltos dirigidos por el duque en persona fueron rechazados. El Temerario subió dos veces sobre la brecha, dos veces volvió á bajar de ella. Adriano de Butemberg se hallaba en todas partes y parecia haber hecho pasar su alma al cuerpo de sus soldados: después de haber empleado todo el día en rechazar los furiosos ataques de su enemigo, escribía tranquilo por la noche á sus aliados: «Señores, no os precipiteis y estad tranquilos; mientras tengamos sangre en las venas defenderemos á Morat.»

Sin embargo, los cantones se habían puesto en camino y se reunían. Ya los hombres de Oberland, de Brienna, de Argovia, de Uri, y de Entlibuch habían llegado, y á ellos se había agregado el conde Osvaldo de Thiestein, trayendo á los del pais del archiduque Segismundo. El conde Luis Eptingen se había acampado bajo las murallas de Berna con el contingente que Estrasburgo se había comprometido á dar; y que enviaba como aliada de palabra: en fin, el duque Renato de Lorena había hecho su entrada ya en la ciudad á la cabeza de trescientos caballos, llevando cerca del suyo un oso monstruoso, maravillosamente domesticado, y al que daba á lamer su mano epal si fuese un perro.

Ya no se aguardaba mas que los de Zurich; llegaron el 21 de junio por la tarde. Estaban acompañados de los hombres de Turgovia, de Baden y demas bayliages libres.

Esto era mas que los confederados esperaban, y así iluminóse la ciudad de Berna, y se pusieron mesas en las puertas de las casas en obsequio de los recién llegados.

Diéronseles dos horas de descanso, después por la tarde, todo el ejército confederado se puso en marcha lleno de ánimo y esperanza entonando cada canton su himno de guerra.

Por la mañana asistió el ejército á maitines en Gumener, y luego recibió el orden de batalla á espalda de la montaña opuesta á la en que había colocado el duque sus tiendas.

Hans de Hallowyl, noble y valiente caballero de Argovia, mandaba la vanguardia. Berna le había recibido entre sus ciudadanos para recompensar los altos hechos de armas en que se había distinguido en los ejércitos del rey de Bohemia y en la última guerra de Hungría

contra los turcos. Tenía á sus órdenes los montañeses del Oberland, del Entlibuch, antiguos liguros y ochenta voluntarios de Friburgo, que para reconocerse en la pelea habían cortado ramas de tilo, y puéstolas cual penachos en sus cascos y sombreros. Después de estos venían mandando el cuerpo de batalla Hans Waldman de Zurich y Guillermo Herter, capitán de las tropas de Estrasburgo, á quien se había dado esta parte de mando para honrar en su nombre á los fieles aliados que había traído en socorro de la confederación. Tenían bajo sus órdenes todos los cantones agrupados en derredor de sus banderas, cada una de las cuales estaba defendida por ochenta hombres escogidos entre los valientes, armados de corazas, de picas y hachas de armas. Por último, Gaspar Hertenstein de Lucerna, conducía la retaguardia. Mil hombres colocados á mil pasos á cada costado del ejército, protegían en guerrilla su marcha por entre los bosques que cubrían la pendiente de la cuesta que seguían yendo de Gumener á Laupen. Todo el ejército de los confederados reunidos, podía ser de treinta á cuarenta mil hombres. El duque de Borgoña mandaba casi tambien con poca diferencia igual número de soldados; pero su campo parecia mucho mas considerable á causa de la gran cantidad de mercaderes y mugeres de mala vida que arrastraba en su seguimiento.

El día anterior había habido alarma entre aquella muchedumbre. Había corrido la voz de que los suizos habían pasado el Sarina. Súpolo el duque con grande alegría, y habiase puesto de repente en movimiento todo su ejército y había salido al encuentro del enemigo hasta la cresta de la montaña; pero la lluvia que sobrevino obligó á cada cual á volverse á cuarteles.

A la mañana siguiente el duque hizo ejecutar el mismo movimiento. Esta vez pudo ver al otro lado de la colina á sus enemigos atrincherados en el bosque. El cielo estaba encapotado y era espesa la lluvia. Los suizos, entretenidos en armar caballeros, no hacían movimiento alguno. El duque, después de haber aguardado dos ó tres horas, juzgó perdida la jornada y se retiró á su campamento. Los generales, por su parte, viendo mojada la pólvora, tirantes las cuerdas de los arcos y rendida de cansancio la gente, dieron la señal de retirada. Este era el momento que aguardaban los confederados. Apenas vieron el movimiento que hacia el ejército del duque, cuando Hans de Hallowyl gritó á su vanguardia:—De rodillas, hijos, y oremos á Dios.—Obedecieron todos. Este movimiento fué imitado por los demas cuerpos, y la retaguardia, y la voz de treinta y cuatro mil hombres orando por su libertad y su patria se elevó hácia Dios.

En aquel instante, fuese casualidad ó protección del cielo, rasgóse el velo de nubes que encapotaba el cielo, para dejar paso á un rayo de sol que fué á reflejarse en las armas

de aquella muchedumbre arrodillada. Entonces se levantó Hans de Hallewyl, desenvainó su espada, y volviendo la cabeza hacia la parte de donde venía el rayo de luz exclamó: «Valientes, Dios nos envía la claridad de su sol; pensad en vuestras mugeres y en vuestros hijos!...»

Con un solo movimiento se levantó todo el ejército gritando á una sola voz: ¡Granson! ¡Granson! y rompiendo la marcha llegó con bastante orden sobre la cresta de la colina poco antes ocupada por los soldados del duque. Allí un gran número de perros de montaña que iba delante del ejército tropezó con una porción de perros de caza que pertenecían á los caballeros borgoñones, y como si aquellos animales hubiesen participado del odio de sus amos, se arrojaron los unos sobre los otros. Los perros de los confederados, acostumbrados á hacer frente á los toros y á los osos, no tuvieron gran trabajo para vencer á sus enemigos, que echaron á correr hacia su campo; esto fué mirado por los confederados como buen agüero. Los suizos se dividieron en dos cuerpos para intentar dos ataques. Desde la víspera se habían destacado ya mil ó mil doscientos hombres del cuerpo del ejército, y atravesando el Sarina un poco mas arriba de su reunión con el Aar, se habían adelantado observando el conde Romont, á quien debían inquietar, para impedirle por este medio socorrer al duque Carlos. Hallewyl que mandaba uno de aquellos cuerpos, reunió á su vanguardia, y Waldman que tenía el otro, combinaron sus movimientos de modo de atacar los dos al mismo tiempo; y partiendo del mismo punto se abrieron como una V, y se fueron á atacar. Hallewyl la derecha y Waldman la izquierda del campo, defendido en toda su circunvalación por fosos y atrincheramientos, entre los cuales se veían las ennegrecidas bocas de un gran número de bombardas y de gruesas culbrinas. Aquella línea permaneció muda y sombría hasta el momento en que los confederados se encontraron á medio tiro de cañon. Entonces una faja inflamada pareció formar una cintura en el campamento, y grandes gritos dados por los suizos anunciaron que la muerte había destrozado sus filas.

Sobretudo, la tropa de Hallewyl fué la que mas padeció en la primera carga. En seguida corrió á su auxilio Renato de Lorena con trescientos caballos. En el mismo momento abrióse una puerta del campamento, y una tropa de caballeros borgoñones, salió y dió una carga lanza en ristre. Como no estaban mas que á cuatro espacios de lanza los unos de los otros, una bala mató el caballo de Renato de Lorena, que desmontado rodó por el lodo: se le creyó muerto. Entonces le tocó á Hallewyl acudir en su socorro y le salvó. Waldman por su parte se había adelantado hasta las orillas del foso; pero habiase visto obligado á retroceder ante el fuego de la artillería borgoñesa; se

fué á rehacer su gente tras de una colina, y volvió de nuevo á atacar al enemigo.

Entonces fué cuando corrieron á decir al duque que los suizos le atacaban. Creía tan poco semejante audacia, que las primeras descargas no le habían hecho salir de su tienda, pensando que continuaban los suyos haciendo fuego contra la ciudad.

El mensajero que le llevó esta noticia lo halló en su cuarto medio desarmado y sin espada en el costado, y con la cabeza y manos desnudas. No quiso creer al pronto la noticia; pero cuando el mensajero le dijo que él había con sus propios ojos, visto á los suizos que atacaban el campamento, se encolerizó profiriendo furiosas palabras y dándole un puñetazo. En el mismo instante entró un caballero con una herida en la frente y la armadura toda ensangrentada. Vióse entonces Carlos obligado á rendirse á la evidencia. Púsose su casco y sus manoplas, saltó sobre su caballo de batalla que había permanecido ensillado, y cuando le advirtieron que se olvidaba de tomar la espada, enseñó la pesada maza de hierro que colgaba del arzon de la silla, diciendo que aquella arma era cuanto necesitaba para pegar á semejantes animales. Al decir estas palabras puso á galope su caballo, subió corriendo al punto mas elevado del campo, y desde allí, levantándose sobre los arzones, abarcó con una ojeada el campo de batalla. Apenas hubieron reconocido por la bandera dual que le seguía el sitio donde se podía hallar, corrieron hacia él el duque de Somerset, jefe de los ingleses, y el conde de Marle, hijo mayor del condestable de Saint-Pol, y le preguntaron que era lo que debían hacer. *Lo que veais que yo haga*, respondió el duque lanzando su caballo hacia un punto que los enemigos acababan de forzar. Era todavía aun Hallewyl que con su vanguardia, rechazado de un flanco no había cesado de dar vueltas alrededor de los atrincheramientos; encontrando al fin un punto mas débil se había apoderado de él, y volviendo en seguida los cañones de los enemigos, contra los enemigos mismos, metralaba casi á boca de jarro á los borgoñones con su propia artillería. Hacía aquel punto se dirigía el duque, y esta acción se verificaba por el punto por donde pasaba hoy el camino de Friburgo.

Carlos cayó como un rayo en medio de la pelea; su arma era el arma del carnicero, pues á cuantos daba, caían rodando á sus pies por el suelo cual toros bajo una maza. El combate acababa de restablecerse con cierta apariencia de fortuna para el duque, cuando en el extremo derecho se oyeron muchos gritos y un gran tumulto. Hertenstein y su retaguardia, habiendo continuado el movimiento circular indicado al ejército suizo para su plan de batalla, había logrado dar ya la vuelta al campo enemigo, y le atacaba por el mismo sitio en que se reunía con el lago. Defendía este punto

el gran bastardo; hizo frente valerosamente al asalto, y tal vez lo hubiese rechazado si no se hubiese introducido un gran desorden en sus tropas.

Adriano de Bubemberg había salido de la ciudad con dos mil hombres y acababa de cogerte entre dos fuegos.

Sin embargo, el duque Carlos no había podido recobrar la artillería que se hallaba en manos de los suizos; á cada descarga se llevaban estos filas enteras; pero los que estaban con él eran la flor del ejército, y nadie pensaba en retroceder. Eran los arqueros de á caballo, los hombres de armas de su casa y los ingleses; tal vez habrían aun permanecido firmes mucho mas tiempo, si el duque Renato que se había reforzado, no se hubiese presentado escoltado de los condes de Eptingen, de Thierstein y de Gruyère á arrojarse con sus trescientos caballos en medio de aquella carnicería. El duque de Somerset y el conde de Marle cayeron al primer choque. La bandera del duque era de la que quería apoderarse Renato, su enemigo capital: tres veces lanzó su caballo tan cerca de ella que no tenía mas que alargar la mano para cogerla, y tres veces se encontró entre ella y él un nuevo caballero que le fué preciso matar: al fin logró alcanzar á Jacobo de Maes que la llevaba, mató su caballo, y mientras que el ginete se hallaba cogido debajo del moribundo animal, y en lugar de defenderse, este estrechaba contra su pecho la bandera de su señor, Renato logró encontrar con la punta de su espada de dos manos una coyuntura de la armadura, y dejándose caer con todo su peso sobre el puño de la espada clavó en el suelo á su enemigo. Durante este tiempo un hombre de la comitiva, deslizándose por entre las piernas del caballo, arrancaba de las manos de Jacobo Maes la bandera que el leal caballero no soltó hasta despues de espirar.

Desde entonces fué como en Granson, no una retirada, sino una derrota; porque Waldman, vencedor tambien en el punto que había atacado, vino aun á aumentar el desorden. El duque Carlos y los soldados que le quedaban estaban cercados por todas partes: el conde Romont, moleestado por los que se habían destacado contra él, ignorando ademas lo que sucedía á su espalda, no podía acudir á desembarazarle. No quedaba ya mas que una esperanza; abrir brecha en aquella muralla viviente, cuyo espesor no podía calcularse, y despues de llegar al otro lado, huir á todo escape hacia Lausana. Rodearon, pues, á su duque diez y seis caballeros, y enristrando las lanzas atravesaron con él por todo el ejército confederado. Cuatro cayeron en el camino: fueron los señores de Grimberges, de Rosimbois, de Mailly y de Montaignu. Los doce que permanecían firmes en sus sillas, lograron llegar á Morges con su señor, haciendo en dos horas una carrera de doce leguas. Esto

era cuanto le quedaba al Temerario de su rico y poderoso ejército.

En el momento en que el duque cesó de resistir nada mas acaeció ya. Los confederados recorrieron el campo de batalla hiriendo á cuantos quedaban en pie y acabando de matar á los que habían cuido: no se dió cuartel mas que á las mugeres; los borgoñones que intentaron escaparse por el lago fueron perseguidos por medio de barcas. El agua estaba cargada de cadáveres y enrojecida con la sangre, y durante mucho tiempo, los pescadores, al sacar sus redes, recogieron fragmentos de armadura y trozos de espada.

El campamento del duque de Borgoña y todo lo que contenía cayó en poder de los suizos. Los vencedores regalaron al duque Renato en testimonio de admiración por su valor durante la jornada, la tienda de Carlos con las colgaduras, tapices y armas preciosas que se encerraban en ella. La artillería se dividió entre los confederados que habían enviado tropas, y cada cantón que había enviado gente obtuvo algunas piezas como trofeos de la batalla. Morat tuvo doce. Yo visité el lugar donde se conservan estos antiguos recuerdos de aquella gran derrota. Estos cañones no están fundidos de una pieza, están compuestos de varios anillos entrantes y salientes soldados unos con otros, modo de fabricacion que debia quitarles mucho de su solidez.

En 1828 ó 29, Morat pidió cañones á Friburgo para celebrar estrepitosamente la fiesta de la confederacion. La metrópoli del canton, no sé por qué causa, no accedió á esta demanda, los jóvenes se acordaron de los cañones del duque de Borgoña y los sacaron del arsenal donde dormían hacia ya cuatro siglos, les pareció digno de ellos el celebrar el aniversario de su nuevo pacto de libertad con los trofeos de la victoria que debían á la confederacion antigua. Los arrastraron con grande algazara á la esplanada que está á la izquierda del camino al entrar en la ciudad; pero á los primeros disparos una bombardas y una culbrina se reventaron, y cidió ó seis personas de las que servian estas dos piezas fueron muertos ó heridos.

FRIBURGO.

En Morat no nos detuvimos mas que dos horas: este tiempo bastaba ademas para visitar lo que la ciudad ofrece de curioso. Sobre las tres de la tarde volvíme á subir en nuestro carruaje y nos pusimos en camino para Fri-

de aquella muchedumbre arrodillada. Entonces se levantó Hans de Hallewyl, desenvainó su espada, y volviendo la cabeza hacia la parte de donde venía el rayo de luz exclamó: «Valientes, Dios nos envía la claridad de su sol; pensad en vuestras mugeres y en vuestros hijos!...»

Con un solo movimiento se levantó todo el ejército gritando á una sola voz: ¡Granson! ¡Granson! y rompiendo la marcha llegó con bastante orden sobre la cresta de la colina poco antes ocupada por los soldados del duque. Allí un gran número de perros de montaña que iba delante del ejército tropezó con una porción de perros de caza que pertenecían á los caballeros borgoñones, y como si aquellos animales hubiesen participado del odio de sus amos, se arrojaron los unos sobre los otros. Los perros de los confederados, acostumbrados á hacer frente á los toros y á los osos, no tuvieron gran trabajo para vencer á sus enemigos, que echaron á correr hacia su campo; esto fué mirado por los confederados como buen agüero. Los suizos se dividieron en dos cuerpos para intentar dos ataques. Desde la víspera se habian destacado ya mil ó mil doscientos hombres del cuerpo del ejército, y atravesando el Sarina un poco mas arriba de su reunion con el Aar, se habian adelantado observando el conde Romont, á quien debian inquietar, para impedirle por este medio socorrer al duque Carlos. Hallewyl que mandaba uno de aquellos cuerpos, reunido á su vanguardia, y Waldman que tenia el otro, combinaron sus movimientos de modo de atacar los dos al mismo tiempo; y partiendo del mismo punto se abrieron como una V, y se fueron á atacar. Hallewyl la derecha y Waldman la izquierda del campo, defendido en toda su circunvalacion por fosos y atrincheramientos, entre los cuales se veian las ennegrecidas bocas de un gran número de bombardas y de gruesas culbrinas. Aquella linea permaneció muda y sombría hasta el momento en que los confederados se encontraron á medio tiro de cañon. Entonces una faja inflamada pareció formar una cintura en el campamento, y grandes gritos dados por los suizos anunciaron que la muerte habia destrozado sus filas.

Sobretudo, la tropa de Hallewyl fué la que mas padeció en la primera carga. En seguida corrió á su auxilio Renato de Lorena con trescientos caballos. En el mismo momento abrióse una puerta del campamento, y una tropa de caballeros borgoñones, salió y dió una carga lanza en ristre. Como no estaban mas que á cuatro espacios de lanza los unos de los otros, una bala mató el caballo de Renato de Lorena, que desmontado rodó por el lodo: se le creyó muerto. Entonces le tocó á Hallewyl acudir en su socorro y le salvó. Waldman por su parte se habia adelantado hasta las orillas del foso; pero habiase visto obligado á retroceder ante el fuego de la artillería borgoñesa; se

fué á rehacer su gente tras de una colina, y volvió de nuevo á atacar al enemigo.

Entonces fué cuando corrieron á decir al duque que los suizos le atacaban. Creia tan poco semejante audacia, que las primeras descargas no le habian hecho salir de su tienda, pensando que continuaban los suyos haciendo fuego contra la ciudad.

El mensajero que le llevó esta noticia lo halló en su cuarto medio desarmado y sin espada en el costado, y con la cabeza y manos desnudas. No quiso creer al pronto la noticia; pero cuando el mensajero le dijo que él habia con sus propios ojos, visto á los suizos que atacaban el campamento, se encolerizó profiriendo furiosas palabras y dándole un puñetazo. En el mismo instante entró un caballero con una herida en la frente y la armadura toda ensangrentada. Vióse entonces Carlos obligado á rendirse á la evidencia. Púsose su casco y sus manoplas, saltó sobre su caballo de batalla que habia permanecido ensillado, y cuando le advirtieron que se olvidaba de tomar la espada, enseñó la pesada maza de hierro que colgaba del arzon de la silla, diciendo que aquella arma era cuanto necesitaba para pegar á semejantes animales. Al decir estas palabras puso á galope su caballo, subió corriendo al punto mas elevado del campo, y desde allí, levantándose sobre los arzones, abarcó con una ojeada el campo de batalla. Apenas hubieron reconocido por la bandera dual que le seguia el sitio donde se podia hallar, corrieron hacia él el duque de Somerset, jefe de los ingleses, y el conde de Marle, hijo mayor del condestable de Saint-Pol, y le preguntaron que era lo que debian hacer. *Lo que veais que yo haga*, respondió el duque lanzando su caballo hacia un punto que los enemigos acababan de forzar. Era todavía aun Hallewyl que con su vanguardia, rechazado de un flanco no habia cesado de dar vueltas alrededor de los atrincheramientos; encontrando al fin un punto mas débil se habia apoderado de él, y volviendo en seguida los cañones de los enemigos, contra los enemigos mismos, metralaba casi á boca de jarro á los borgoñones con su propia artillería. Hacia aquel punto se dirigia el duque, y esta accion se verificaba por el punto por donde pasa hoy el camino de Friburgo.

Carlos cayó como un rayo en medio de la pelea; su arma era el arma del carnicero, pues á cuantos daba, caian rodando á sus pies por el suelo cual toros bajo una maza. El combate acababa de restablecerse con cierta apariencia de fortuna para el duque, cuando en el extremo derecho se oyeron muchos gritos y un gran tumulto. Hertenstein y su retaguardia, habiendo continuado el movimiento circular indicado al ejército suizo para su plan de batalla, habia logrado dar ya la vuelta al campo enemigo, y le atacaba por el mismo sitio en que se reunia con el lago. Defendía este punto

el gran bastardo; hizo frente valerosamente al asalto, y tal vez lo hubiese rechazado si no se hubiese introducido un gran desorden en sus tropas.

Adriano de Bubemberg habia salido de la ciudad con dos mil hombres y acababa de cogerle entre dos fuegos.

Sin embargo, el duque Carlos no habia podido recobrar la artillería que se hallaba en manos de los suizos; á cada descarga se llevaban estos filas enteras; pero los que estaban con él eran la flor del ejército, y nadie pensaba en retroceder. Eran los arqueros de á caballo, los hombres de armas de su casa y los ingleses; tal vez habrian aun permanecido firmes mucho mas tiempo, si el duque Renato que se habia reforzado, no se hubiese presentado escoltado de los condes de Eptingen, de Thierstein y de Gruyère á arrojarse con sus trescientos caballos en medio de aquella carnicería. El duque de Somerset y el conde de Marle cayeron al primer choque. La bandera del duque era de la que queria apoderarse Renato, su enemigo capital: tres veces lanzó su caballo tan cerca de ella que no tenia mas que alargar la mano para cogerla, y tres veces se encontró entre ella y él un nuevo caballero que le fué preciso matar: al fin logró alcanzar á Jacobo de Maes que la llevaba, mató su caballo, y mientras que el ginete se hallaba cogido debajo del moribundo animal, y en lugar de defenderse, este estrechaba contra su pecho la bandera de su señor, Renato logró encontrar con la punta de su espada de dos manos una coyuntura de la armadura, y dejándose caer con todo su peso sobre el puño de la espada clavó en el suelo á su enemigo. Durante este tiempo un hombre de la comitiva, deslizándose por entre las piernas del caballo, arrancaba de las manos de Jacobo Maes la bandera que el leal caballero no soltó hasta despues de espirar.

Desde entonces fué como en Granson, no una retirada, sino una derrota; porque Waldman, vencedor tambien en el punto que habia atacado, vino aun á aumentar el desorden. El duque Carlos y los soldados que le quedaban estaban cercados por todas partes: el conde Romont, moleestado por los que se habian destacado contra él, ignorando ademas lo que sucedia á su espalda, no podia acudir á desembarazarle. No quedaba ya mas que una esperanza; abrir brecha en aquella muralla viviente, cuyo espesor no podia calcularse, y despues de llegar al otro lado, huir á todo escape hacia Lausana. Rodearon, pues, á su duque diez y seis caballeros, y enristrando las lanzas atravesaron con él por todo el ejército confederado. Cuatro cayeron en el camino: fueron los señores de Grimberges, de Rosimbois, de Mailly y de Montaigne. Los doce que permanecian firmes en sus sillas, lograron llegar á Morges con su señor, haciendo en dos horas una carrera de doce leguas. Esto

era cuanto le quedaba al Temerario de su rico y poderoso ejército.

En el momento en que el duque cesó de resistir nada mas acaeció ya. Los confederados recorrieron el campo de batalla hiriendo á cuantos quedaban en pie y acabando de matar á los que habian cuido: no se dió cuartel mas que á las mugeres; los borgoñones que intentaron escaparse por el lago fueron perseguidos por medio de barcas. El agua estaba cargada de cadáveres y enrojecida con la sangre, y durante mucho tiempo, los pescadores, al sacar sus redes, recogieron fragmentos de armadura y trozos de espada.

El campamento del duque de Borgoña y todo lo que contenia cayó en poder de los suizos. Los vencedores regalaron al duque Renato en testimonio de admiracion por su valor durante la jornada, la tienda de Carlos con las colgaduras, tapices y armas preciosas que se encerraban en ella. La artillería se dividió entre los confederados que habian enviado tropas, y cada cantón que habia enviado gente obtuvo algunas piezas como trofeos de la batalla. Morat tuvo doce. Yo visité el lugar donde se conservan estos antiguos recuerdos de aquella gran derrota. Estos cañones no están fundidos de una pieza, están compuestos de varios anillos entrantes y salientes soldados unos con otros, modo de fabricacion que debia quitarles mucho de su solidez.

En 1828 ó 29, Morat pidió cañones á Friburgo para celebrar estrepitosamente la fiesta de la confederacion. La metrópoli del cantón, no sé por qué causa, no accedió á esta demanda, los jóvenes se acordaron de los cañones del duque de Borgoña y los sacaron del arsenal donde dormian hacia ya cuatro siglos, les pareció digno de ellos el celebrar el aniversario de su nuevo pacto de libertad con los trofeos de la victoria que debian á la confederacion antigua. Los arrastraron con grande algazara á la esplanada que está á la izquierda del camino al entrar en la ciudad; pero á los primeros disparos una bombardas y una culbrina se reventaron, y cidió ó seis personas de las que servian estas dos piezas fueron muertos ó heridos.

FRIBURGO.

En Morat no nos detuvimos mas que dos horas: este tiempo bastaba ademas para visitar lo que la ciudad ofrece de curioso. Sobre las tres de la tarde volvíme á subir en nuestro carruaje y nos pusimos en camino para Fri-

burgo. Al cabo de media hora de camino por una llanura llegamos al pie de una colina que nos invitó á subir á pie nuestro cochero, con pretexto de hacernos admirar el punto de vista, pero segun yo creo, para que no se cansase mucho su caballo. Yo, ordinariamente, siempre me dejaba engañar con estas supercherias, sin dar á entender que las adivinaba. Y si no hubiese sido por mis compañeros de viage, hubiera hecho todo el camino á pie. Esta vez á lo menos la invitacion del cochero no carecía de un motivo plausible. La vista que abarca todo el campo de batalla, la ciudad y los dos lagos de Morat y Neuchatel es magnífica; el punto mismo en que nos encontramos era en donde habia hecho alzar su tienda el duque de Borgoña. Media hora de camino nos llevó despues á la cresta de la montaña, y apenas la hubimos pasado, cuando sobre la vertiente opuesta á la que acabamos de subir, reconocí el lugar donde habia hecho el piadoso alto todo el ejército de los confederados. El resto del camino no ofrece nada de notable mas que el lindo valle de Gotteron, que viene á reunirse con el camino á una legua arles de Friburgo y que se extiende hasta las puertas de la ciudad. Sobre la cima opuesta á la que nosotros seguíamos, nos hizo observar el guia la ermita de Santa Magdalena, que nos invitó á visitar al dia siguiente, y en el fondo del valle un acueducto romano que sirve hoy para llevar una parte de las aguas del Sarina á las herrerías de Gotteron.

La puerta por la que se entra en Friburgo viniendo de Morat, es una de las construcciones mas atrevidas que se pueden ver. Suspéndida como se halla encima de un precipicio de doscientos pies de profundidad, no habia mas que destruirla para hacer intomable la ciudad por aquel lado. Friburgo todo, parece el resultado de una apuesta hecha por un arquitecto fantástico despues de una opipara comida. Es la ciudad mas jorobada, digámoslo así, que he visto: se ha tomado el terreno tal cual Dios lo habia hecho, los hombres han edificado encima y nada mas. Apenas se ha pasado de la puerta que se baja, no por una calle, sino por una escalera de veinte y cinco á treinta escalones, se encuentra entonces uno en un vallecito empedrado, adornado de casas por ambos lados. Antes de subir á la catedral que se encuentra enfrente hay dos cosas que ver; una fuente á la derecha y un tilo á la izquierda. La fuente es un monumento del siglo XV. Curioso por su sencillez, representa á Sanson derribando un leon. El Hércules judío, lleva al costado, medida en su cinturón, á guisa de espada, su quijada de burro. El tilo es á la vez un recuerdo histórico y un monumento del mismo siglo: ved aquí la tradicion á que se refiere su existencia.

Hemos dicho que los ochenta jóvenes que Friburgo habia enviado á la batalla de Morat

habian colocado sobre los cascos y sombreros una rama de tilo para conocerse en medio de la refriega. El que mandaba estas gentes cuando vió ganada la accion despachó á uno de ellos á Friburgo á llevar la noticia á sus compatriotas. El joven suizo corrió sin descansar un momento como el griego de Marathon, y como él llegó moribundo á la plaza pública en donde cayó gritando, *victoria*, y agitando en su mano la rama de tilo que le habia servido de penacho. Esta rama religiosamente plantada por los friburgueses en el mismo sitio en donde habia caído su compatriota, produjo el árbol colosal que se ve allí hoy.

El campanario de la iglesia es uno de los mas elevados de la Suiza, tiene trescientos ochenta pies de altura. Por lo general en los Alpes hay pocos de estos monumentos; despues de la torre de Babel los hombres han renunciado á luchar contra Dios; las montañas sojuzgan á los templos; ¿quién es el loco que se atrevería á construir un campanario al pie del Monte Blanco ó del Yung-frau?—El pórtico es uno de los mas bien trabajados que hay en Suiza: representa en sus labores el juicio final en todos sus detalles. Dios castigando ó recompensando á los hombres que el sonido de la trompeta del juicio despierta y que los ángeles separan en dos secciones: la de los buenos, que inmediatamente entra en un castillo que representa el paraíso: la de los condenados, en la boca de una serpiente que representa el infierno; entre los condenados hay tres papas que se reconocen por sus tiaras. Al pie del bajo relieve se lee una inscripcion que indica que la iglesia se halla bajo la invocacion de San Nicolás, testimonio de la fé que los de Friburgo tienen en la intercesion del santo que han elegido por patrono, y del crédito de que piensan goza su patron con el Eterno Padre.

La inscripcion es esta:

PROTEGAN HANC URBEM ET SALVABO EAM
PROPTER.
NICOLAUM SERVUM MEUM (1).

El interior de la iglesia no ofrece nada notable mas que un pulpito gótico de bastante buen trabajo: en cuanto al altar mayor es del gusto de la estatuaria del tiempo de Luis XV, y se parece considerablemente al Parnaso de Mr. Titon du Tellet.

Como comenzaba á hacerse tarde, dejamos para el dia siguiente la visita que contábamos hacer á las demas curiosidades de la ciudad.

Friburgo es la ciudad católica por excelencia, creyente y rencorosa como en el siglo XVI. Esto da á sus habitantes un colorido de edad media muy característico. Para ellos no hay diferencia entre el pontificado de Gregorio VII

(1) Protegeré y salvaré esta ciudad por mediacion de mi siervo Nicolás.

del de Bonifacio VIII, ni distincion entre la iglesia democrática ó aristocrática: mañana en su caso descolgarian el arcabuz de Carlos IX ó volverían á encender la hoguera de Juan Huss.

El dia siguiente por la mañana envié al cochero á que esperase en el camino de Berna, y pedí á mi huésped que nos buscara un mozo para acompañarnos á la ermita de Santa Magdalena, porque los caminos se hallaban impracticables para poder ir en carruaje.

Nos dió por guia á un sobrino suyo, muchacho moztetudo, sacristan de profesion, y guia en los ratos perdidos. En Friburgo nos quedaba aun por ver la puerta Bourgilbon, antigua construccion romana. Nos pusimos en camino guiados por nuestro *cicerone*. Pasamos para ir allí por cerca del tilo de Morat, cuya historia supe entonces, y bajamos despues por una calle de ciento veinte escalones que nos condujo á un puente que hay sobre el Sarina. En medio de aquel puente debe volverse la vista para mirar cómo se levanta Friburgo á manera de anfiteatro, como una ciudad fantástica: entonces se reconocerá bien la ciudad gótica hecha para la guerra y colocada en la cima de una escarpada montaña como el nido de una ave de rapiña; se verá el gran partido que ha sacado el genio militar de una localidad que parecia mas bien hecha para retiro de gamos que para morada de hombres, y cómo se ha formado en murallas un círculo de rocas.

A la izquierda de la poblacion, y como una cabellera echada hácia atrás, se ve una selva de abetos negros muy viejos, brotando de entre las quebraduras de las rocas, de donde sale el Sarina como una ancha cinta destinada á sostenerla; el Sarina con sus aguas grises serpentea un instante por el valle y desaparece en el primer recodo. Mas allá del riachuelo y sobre la montaña opuesta á la ciudad, se descubre sobre una especie de arbal en forma de anfiteatro la puerta Bourgneon, á la cual se llega por un camino abierto en la Peña de la montaña. Esta vista recompensa mal el trabajo que cuesta el llegar hasta allí; es una construccion romana, pesada, maciza y cuadrada, como todas las que quedan de aquella época. Cerca de ella y á la izquierda del camino, hay una capilla bastante linda construida en 1700, en cuyas hornacinas exteriores se han colocado catorce estatuas de santos que datan de 1650, entre los cuales hay dos ó tres de algun mérito. En lo interior de la capilla no hay cosa alguna digna de notarse mas que los numerosos testimonios de la fé de los habitantes. Las paredes están llenas de *ex-votos* que atestiguan los milagros de la Virgen Maria, bajo cuya invocacion se halla colocado aquel templo: los milagros en que se ha revelado su divina proteccion, están referidos y consignados en sencillas pinturas y en inscripciones mas sencillas todavia. La una representa á un anciano próximo á espirar, que de repente recobra la

salud con la aparicion de la Virgen Maria; la otra á una muger que va á ser aplastada bajo las ruedas de un carro que arrastra un caballo desbocado, y que una mano invisible detiene; otra tercera, á un hombre á punto de ahogarse, y que las aguas sacan ileso á la orilla obediendo á la voz de la Virgen, y por último, uno en que se ve á un niño que cae en un precipicio y á quien preservan del golpe mortal de la caída las alas de un ángel.

He copiado la inscripcion escrita debajo de este cuadro, y que traslado aquí literalmente.

EL 26 DE JULIO DE 1799 HE CAIDO DESDE LO
ALTO DE LA ROCA
DE LA CASA DE LOS HERMANOS BOURGER AL
SUBIR
A MONTTORGE HASTA LA SARINA, JOSEPH
HIJO DE JUAN VEINSANT KOLLY BURGEOT DE
FRIBURGO, DE EDAD DE CINCO AÑOS, PRESER-
VADO POR DIOS
I POR LA SANTA VIRGEN, SIN HACERSE DAÑO
ALGUNO.

Me hice conducir al sitio donde se habia verificado esta caída: el niño cayó de una altura de cerca de ciento ochenta pies.

Al volvernos por el camino de Berna, nuestro sacristan nos enseñó el punto que acababan de elegir los ingenieros para echar un puente que uniese la poblacion con la montaña situada enfrente. Este puente tendrá ochocientos cincuenta pies de longitud, y sobre una elevacion de noventa sobre los techos de las casas mas altas del valle. La idea de que Friburgo iba á hermosearse con un monumento tan moderno me contristó como parecia regocijar á sus habitantes. Esta especie de columpio que llaman puente colgante de alambre, desdecía mucho y de una manera estraña, á lo que me parece, con la gótica y severa ciudad que os trasporta á través de los siglos á los tiempos de creencia y feudalismo. La vista de algunos presidiarios con vestidos hilados de negro y blanco, que trabajaban bajo la vigilancia de un cómitre no contribuyó á iluminar aquel cuadro, que en mis ideas de arte y nacionalidad me entristeció tanto como pudiera hacerlo la vista de una casaca de color castaño en Constantinopla, ó de un calzon corto en las orillas del Ganges.

A las tres alcanzamos nuestro carruaje que nos estaba esperando con el cochero con una inmovilidad y una paciencia admirable, nos colocamos en él con nuestro sacristan delante y caminamos hácia la ermita de la Magdalena. Despues de media hora de camino, poco mas ó menos, paróse el carruaje y tomamos un atajo.

Al salir de Friburgo hacia un tiempo magnífico, lo cual no habia impedido que el mo-

nacillo de San Nicolás se hubiese armado de un enorme paraguas, que por la predilección que le mostraba, parecía ser el compañero ordinario de sus expediciones: era un criado muy servicial, vestido de percal azul, con algunos remiendos de lienzo gris, y cuando lo llevaba desplegado, tenía siete u ocho pies de diámetro; venerable paraguas-padre, cuya especie no se encuentra ya más que en la Bretaña ó en la baja Normandía. Al principio nos habíamos reído de la precaución de nuestro guía, que vivo y jorral como un suizo-alemán nos había mirado largo tiempo con inquietud antes de saber lo que provocaba nuestra hilaridad, y que pasando un cuarto de hora, habiendo concluido por acertar la causa exclamó en voz alta: ¡Ah! sí, ser por mi paraguas. Ya comprendo.

Al cabo de diez minutos, cuando comenzábamos á subir con un calor de veinte y cinco grados la escarpada cuesta que conduce á la puerta Bourguillon, recibiendo á plomo sobre nuestras cabezas los rayos del sol, vimos á nuestro guía que desplegaba su mecanismo y que trepaba tranquilamente por una senda lateral á la sombra de aquella especie de máquina de guerra, y abrigado bajo su techo como un Santísimo Sacramento bajo un pábilo. Entonces comenzamos á conocer que el afecto que tenía á su compañero de viaje no era tan desinteresado como pensamos al principio. Nos paramos siguiendo con envidiosa vista su ascension bajo la sombra móvil que le rodeaba como la atmósfera á la tierra. Así que llegó á la altura donde nosotros estábamos detúvose á su vez, nos miró un momento con asombro como para preguntarnos la causa de haber hecho alto, y viendo después que nos pasábamos mutuamente unos á otros una botella de kirchenwässer y que nos jugamos la frente con nuestros pañuelos, dijo hablando á solas cual si respondiese á una cuestión anterior:—¡Ah! sí, *cha comprendo, tenéis por el sol calor.*

Después siguió su ascension del mismo modo con la misma calma con que había empezado.

Al llegar al carruaje, del mismo modo que un ginete cuida su caballo antes de pensar en sí mismo, dobló cuidadosamente nuestro guía á su querido paraguas, por quien empezaba ya á tener una veneración casi tan profunda como la suya; arregló simétricamente los pliegues unos sobre otros, y habiéndole pasado por la anilla de latón que lo sujetaba, volvió á colocarle en el ángulo que formaba la banqueta de la carretela, guardándole todas las consideraciones, que según él le eran tan debidas como á nosotros.

Adivínase que cuando nos volvimos á bajar para caminar á pie los tres cuartos de legua que nos quedaban para llegar á la ermita por una senda de atajo, lo primero que bajó fué el paraguas, y que no empezamos á andar hasta que su propietario estuvo bien seguro

de que no había sufrido el menor detrimento. No dejaba de haber razón para este exámen, pues mientras habíamos andado en la carretela se había nublado el cielo, y un trueno lejano que retumbaba en el valle se acercaba cada vez más. Bien pronto cayeron gruesas gotas de agua; mas como estábamos á la mitad del camino, á igual distancia de nuestro carruaje que á la del objeto de nuestra excursion, echamos á correr hácia unos árboles detrás de los cuales presuñamos que se hallaba situada la ermita. Al cabo de cincuenta pasos la lluvia caía á torrentes, y á otros tantos teníamos empapada enteramente nuestra ropa en agua. Volvimos entonces la cabeza, y descubrimos á nuestro sacristan tranquilamente cubierto con su paraguas como debajo de un vasto cobertizo. Venía hácia nosotros poniendo la punta de los pies sobre la superficie de las piedras de que estaba sembrado el camino, y que formaban un archipiélago de pequeñas islas en medio de la sábana de agua que cubría todo aquel llano; de modo que cuando se reunió con nosotros no necesitamos más que una mirada para convencernos que la persona de nuestro guía se había conservado intacta desde la cabeza á los pies; ni una gota de agua corría de su cabellera, ni manchaba los zapatos lustrados una sola mancha de barro. Al llegar á cuatro pasos de donde nosotros estábamos, detúvose y se quedó atónito al vernos calados y gotcando, tiritando, y como bastase el aspecto del tiempo para pensar cual debíamos estar nosotros, reflexionó un momento, y cual si hablase á solas según solía, exclamó:—¡Ah! sí, *cha entiendo, estar vosotros mojados, esto ser la tempestad.*

¡Bribonzuelo! de buena gana le habríamos ahogado, y aun creo que alguno de nosotros propuso el hacerlo; afortunadamente nos libró de este mal pensamiento el tañido de una campana que se oyó á pocos pasos de nosotros, y que parecía salir de debajo de la tierra. Era la de la ermita, de la que nos hallábamos á algunos pasos. La tempestad había sido rápida y violenta como una tempestad de montaña, había cesado la lluvia y el cielo estaba otra vez puro. Sacudimos nuestra ropa, y dejando aquel lugar de abrigo, nos dirigimos hácia la gruta mientras que el sacristan buscaba un sitio aireado donde pudiese secarse su paraguas. Bien pronto nos hallamos delante de la obra más maravillosa quizás de cuantas ha concluido la paciencia de un hombre desde el principio de los siglos.

En 1760, un labrador de Gruyère, llamado Juan Dupré, resolvió hacerse ermitaño y abrirse él mismo una ermita, cual jamás pudieron creer que pudiese existir los padres del desierto. Después de haber buscado mucho tiempo un sitio conveniente á su fin, creyó haber hallado en el lugar mismo en donde estábamos una masa de rocas bastante sólida á la vez y fácil de trabajar para poner en obra su proyecto.

Aquella masa cubierta en su cima de tierra vegetal sobre la que se alzan magníficos árboles, presenta al Mediodía una superficie cortada perpendicularmente, y domina á la altura de doscientos pies poco más ó menos, el valle de Gotteron. Dupré trabajó sobre la roca no solo para abrir en ella una simple gruta, si no para tallar una habitación completa con todas sus dependencias, imponiéndose además por penitencia no alimentarse más que de pan y agua todo el tiempo que durase su trabajo. Al cabo de veinte años no se hallaba todavía su obra terminada, cuando fué interrumpida por la trágica muerte del pobre anacoreta. Ved aquí como la singularidad del voto, la persistencia con que lo cumplía Dupré, el atrevimiento de aquella escavacion en lo interior de la montaña, atraían á la Magdalena un gran número de visitas; y como de los dos caminos que conducían á ella, el más corto y pintoresco, el del valle de Gotteron, era este el que siempre preferían los curiosos, había un pequeño inconveniente. Llegado al pie de la ermita era necesario atravesar el Sarina; pero Dupré mismo se encargó de vencer aquella dificultad, haciendo construir una barca y dejando el pico por el remo cada vez que algunas personas deseaban visitar la ermita. Un día una bandada de jóvenes estudiantes vino á su vez á reclamar el auxilio del piadoso barquero, y cuando se hallaban con él en medio del río, uno de ellos burlándose del terror de otro de sus camaradas, á pesar de las amonestaciones del ermitaño, puso sus pies sobre los dos bordes de la barca, y la imprimió dejándose pesar tan pronto á babor como á estribor, un movimiento tan brusco que la hizo volcar. Los estudiantes que eran jóvenes y vigorosos lograron llegar á la orilla á pesar de la rápida corriente; pero el anciano se ahogó y la ermita quedó sin concluir.

Llegamos, en fin, á la gruta, bajando cuatro ó cinco escalones por una especie de poterna que atraviesa una roca de ocho pies de gruesa. Aquella poterna nos condujo á una terraza tallada en la misma piedra que sobrecarga encima de ella como los diferentes pisos de ciertas casas góticas que avanzan sucesivamente sobre la calle. A la derecha se nos presentó una puerta y entramos por ella. Nos encontramos en la capilla de la ermita, de unos cuarenta pies de largo y treinta de ancho y con veinte de elevación. Dos veces al año un sacerdote de Friburgo viene á decir allí la misa, y entonces aquella iglesia subterránea, que recuerda las catacumbas donde los cristianos celebraron sus primeros misterios, se llena de gentes de los pueblecillos inmediatos: toda su riqueza consiste en algunos bancos de madera y algunas santas imágenes. A los dos lados del altar hay dos puertas talladas también en la roca, la una conduce á la sacristía, cuartito cuadrado de unos diez pies de ancho y otros tantos de alto, y la otra al

campanario. Este campanario extraordinario cuya modesta pretension enteramente opuesta á la de sus compañeros, no ha sido jamás la de levantarse sobre el nivel de la tierra, si no la de llegar á su superficie, se parece desde lo alto á un pozo y desde abajo á una chimenea: su campana está colgada en medio de los árboles que coronan la cumbre del monte, á cuatro ó cinco pies sobre la tierra, y el tubo por donde pasa la cuerda con que se toca tiene setenta pies de largo. Volviendo á entrar en la capilla y casi en frente del altar, se halla una puerta que conduce á un cuarto: en este cuarto, hay una escalera de diez y ocho escalones, que sirve para bajar á un jardínito; desde aquel cuarto se pasa á una leñera, y desde la leñera á la cocina.

A pesar de la abstinencia á que se había condenado el digno anacoreta, no había descuidado esta parte de casa tan necesaria á los individuos de la especie á que pertenecía, y parece que por una predilección bien desinteresada, fué una de las partes más cuidadas de la ermita. Cuando entramos en ella, pudimos por un momento creernos en una de aquellas grutas que pinta en las montañas de Escocia el genio de Walter Scott y que poblaba una bruja desgredada con un hijo idiota. En efecto, debajo de la espaciosa campana de la chimenea, cuyo hmo salía por un conducto de ochenta y ocho pies de alto, perpendicularmente horadado en la roca, hallábase sentada una vieja mondando unas legumbres que esperaba ya con la boca abierta una olla *hirviendo*, mientras que enfrente de ella un moceton de veinte y seis años sentado sobre una piedra, estendía sus pies sin cuidarse de que los metía en un mar de agua, que la tempestad había vertido por la chimenea, preocupado únicamente por ver si había algo que poder comer en los desperdicios que tiraba su madre y que él examinaba con la tímida glotonería de un mono. Nos detuvimos un momento á la puerta para contemplar aquella escena, alumbrada solamente por el rojizo reflejo del fuego del hogar, en él chispeaba un pino entero cortado verde con ramas y hojas, que ardía desde la raíz hasta la punta; era preciso tener el pincel de Rembrandt para trasladar al lienzo aquel extraño cuadro con su ardiente colorido y su pintoresca expresión, el solo podría hacer comprender su poesía, y el solo hubiera sabido copiar aquella luz viva y resinosa, reflejándose entera en la arrugada cara de la vieja, jugueteando en los plateados rizos de sus cabellos, mientras que hiriendo solo de perfil la cabeza del manco dejaba la mitad oscura, y cubierta de resplandor la otra mitad.

Habíamos entrado sin que nos sintieran, pero á un movimiento que hicimos, la madre alzó los ojos sobre nosotros, y aistando su mirada deslumbrada por el centro mismo de luz ante el cual se hallaba, puso una mano sobre

sus ojos á modo de pantalla, y nos vió de pie, y arrimados á la puerta; alargó el pié hacia su hijo, y empujándole bruscamente le sacó de la ocupación que le absorbía. Presumo que le dijo en mal alemán, que nos enseñase la ermita, pues el joven tomó del fogón una tea de pino inflamada, y se levantó con una languidez enfermiza. Quedó un instante de pie en medio de aquel charco casi compacto por la reunión del olin y la ceniza que el agua al caer había arrastrado consigo; después nos miró con un aire estúpido, bostezó, extendió los brazos y se vino á nosotros. Nos dirigió algunos sonidos guturales é ininteligibles que no pertenecían á ningún idioma humano, pero como estendía el brazo donde tenía la tea del lado de los otros cuartos, comprendimos que nos invitaba á visitarlos; le seguimos. Nos condujo hacia un corredor de ochenta pies de largo y catorce de ancho, del que no pudimos comprender el uso. Este corredor estaba alumbrado por cuatro ventanas talladas á modo de troneras, más ó menos macizas, según el grueso exterior de la roca. El idiota acercó la antorcha á la puerta y nos la mostró con el dedo sin otra explicación que las sílabas: ¡heul! ¡heul! que repetía cada vez que nos quería indicar alguna cosa trazada con lápiz casi borrado. Encontramos con mucha pena formas de letras; sin embargo, pudimos leer el nombre de María Luisa, la hija de los Césares de Alemania, que en aquella época, muger del emperador y madre del rey, había visitado esta ermita en 1843 y había escrito su nombre, casi borrado hoy día en la historia como lo estaba sobre la puerta.

Pasamos desde aquel corredor al cuarto del ermitaño, que compone la última pieza de aquel bizarro aposento. Su cama de madera, sobre la cual hay tendido un colchón y una manta, sirve hoy de alcoba á la anciana, y enfrente de aquel lecho algunos haces de paja estendidos sobre el húmedo pavimento, insuficiente para un caballo en una cuadra y para el nicho de un perro, sirven de cama al idiota. Allí es donde pasan estos desgraciados su vida, no viviendo mas que de la limosna que les dan los curiosos que van á visitar su extraña habitación.

La profundidad de la abertura que hizo el ermitaño en la roca es de trescientos sesenta y cinco pies; se paró en esta cifra en memoria de los días que tiene el año. La bóveda tiene por todas partes catorce pies de altura.

Al volver por el cuarto contiguo á la capilla bajamos los diez y ocho peldaños de la escalera que nos condujo al jardín, donde crecen algunas legumbres miserables que cultiva el joven que nos servía de guía. Un gesto demostrativo acompañado de su sílaba habitual: ¡heul! ¡heul! nos hizo volver la cabeza hacia una escavación de la roca; es la entrada de una fuente de excelente agua que llaman la *Cueva del ermitaño*.

Habíamos visto en todos sus detalles aque-

la singular construcción. Mientras la visitamos, el tiempo se había aclarado; vimos que lo mejor que podíamos hacer, era subir en el carruaje y tomar el camino de Berna. Atravesamos la poterna, nos pasamos á buscar nuestro guía, muy preocupados por los primeros síntomas de un hambre que prometía hacerse voraz. Encontramos á nuestro sacristán de San Nicolás sentado á la sombra de un árbol con una piedra delante sobre la cual se veían los restos de un almuerzo. El tunante acababa de almorzar maravillosamente, según pudimos juzgar por los huesos de pollo de que estaba sembrada la tierra á su alrededor y por una calabaza, que colocada sin tapon al lado de su paraguas atestigüaba haberse vaciado en un vaso mas elástico y de mas capacidad; en cuanto á nuestro hombre tenía los ojos levantados al cielo como dando gracias al Criador, como criatura que era, por todos los dones que de él había recibido.

La vista de esto nos atormentó horriblemente el estómago.

Le preguntamos si no habria medio de procurarse en los alrededores algun comestible del género de aquellos que acababa de absorber. Nos hizo repetir varias veces nuestra frase; por fin, después de haber reflexionado un instante nos dijo con aquella tranquila perspicacia que formaba el fondo de su carácter: —Si hambre tener, comprender yo, es el ejercicio.

Después se levantó sin contestar de otro modo á nuestra pregunta, cerró su navaja, metió la calabaza en su bolsillo, recogió el paraguas y se encaminó hacia el sitio donde nos aguardaba el carruaje, tan flemáticamente como si á su estómago lleno no le siguiesen dos estómagos vacíos.

Quando ya nos hubimos unido á nuestro cochero nos consultamos para arreglar nuestras cuentas con el guía; se decidió que le daríamos un thaler (seis francos de nuestra moneda según creo), por el medio día que nos habia consagrado; saqué de mi bolsillo un thaler y se lo puse en la mano. Nuestro sacristán tomó la pieza y la volvió alternativamente de sus dos caras, examinó su grueso, á fin de asegurarse bien de que no estaba ni gastada ni borrosa, la metió en su bolsillo y tendió de nuevo la mano. Esta vez yo se la tomé con mucha cordialidad, y apretándosela con toda mi fuerza le dije en el mejor alemán que pude: *Gut reis mein freund*. El pobre diablo hizo un gesto de endemoniado, y mientras que despegaba ayudado con su mano izquierda los dedos de la mano derecha, murmurando algunas palabras que no pudimos comprender, subimos en el carruaje. Al cabo de un cuarto de legua se nos vino á la imaginación una idea, y fué la de preguntar á nuestro cochero si habia entendido lo que habia dicho nuestro guía.

—Si, señores, nos contestó.

—¿Y bien?

—Ha dicho que un thaler es poca cosa para un hombre que como él habia soportado en un solo día el calor, el hambre y la lluvia.

Ya se adivina cuál fué la impresión que debió hacer tal reconvencción á unos hombres tostados por el sol, mojados hasta los huesos y muertos de inanición. Así es que nos quedamos en la insensibilidad mas completa; solamente la traducción de aquellas palabras nos llevó naturalmente á preguntar á nuestro cochero si habria alguna posada en el camino que debíamos recorrer hasta llegar á Berna. Su respuesta fué desesperante.

Dos horas después, se paró y nos preguntó si queríamos visitar el campo de batalla de Laupen.

—¿Hay alguna posada en el campo de batalla de Laupen?

—No señor, es una gran llanura donde Rodolfo de Erlac, á la cabeza del pueblo, venció á los nobles el año 1339....

—Bien, muy bien; ¿y cuántas leguas hay aun hasta Berna?

—Cinco.

—Un thaler de *trinckgeld*, si llegamos en dos horas.

El cochero puso su caballo á galope con un ardor que la noche no logró menguar, y hora y media después, desde lo alto de las montañas de Bumplitz, vimos esparcidas por el llano y brillando como gusanos de luz sobre el césped las luces de la capital del canton bernés.

Al cabo de diez minutos, nuestro carruaje se paraba en el patio de la fonda del Alcon.

LOS OSOS DE BERNA.

Una zambra producida por muchos centenares de voces, nos despertó al día siguiente al amanecer, nos asomamos á la ventana: se celebraba el mercado delante de la posada.

El mal humor que nos habia causado el despertar tan de madrugada, se disipó pronto á la vista del hermoso y pintoresco cuadro de aquella plaza pública, llena de cazadores y labradores con sus trages nacionales.

Una de las cosas que mas me habian desilusionado en Suiza, era la invasión de nuestras modas, no solamente en las clases de la sociedad, las primeras siempre en abandonar las costumbres de sus antepasados, sino tambien en el pueblo, conservador religioso de las tradiciones paternales. Me hallé bien indemnizado de mi retardo por la casualidad que reuní ante mis ojos y con toda su coquetería á las

mas lindas paisanas de los cantones vecinos de Berna. Allí estaba la Vaudesa con sus cabellos cortos cubiertos por un aneho sombrero de paja punteagudo, que cubre sus sonrosadas mejillas; la muger de Friburgo que rodea tres veces con las trenzas de sus cabellos la desnuda cabeza, con lo que forma su único peinado; la Vallesana que viene por el monte Gemmi, con su sombrerito á lo marquesa, bordado de terciopelo negro, del que cuelga hasta sobre sus espaldas, una ancha cinta bordada de oro; en fin, en medio de ellas es la mas graciosa de todas, la Bernesa con su gorrito de paja amarilla, cargado de flores como un canastillo, colocado coquetamente de medio lado sobre la cabeza, de donde se escapan por detras dos largas trenzas de cabellos rubios; su lazo de terciopelo negro en el cuello, su camisa, de anchas mangas con pliegues, y su corpiño bordado de plata.

Berna, tan grave, tan triste; Berna la antigua ciudad, parecia que aquel día se habia puesto tambien sus joyas y vestidos de fiesta y derramaba por las calles á sus mugeres, cual suele una coqueta derramar sobre su vestido de baile sus flores naturales. Sus arcos sombríos y abovedados que se adelantan sobre la planta baja de sus casas, estaban animados por una muchedumbre ligera y alegre, destacándose por los colores vivos de sus ropas sobre la media tinta de sus ennegrecidas piedras; después grupos de jóvenes con gorros de cuero en sus grandes y rubias cabezas, y con una especie de blusas azules llenas de pliegues en las caderas, verdaderos estandartes de Alemania, que hacian á uno creerse á veinte pasos de Leipsick ó de Iena, hablaban inmóviles, ó paseaban de dos en dos con la pipa de espuma de mar en la boca, y colgada de la cintura la bolsa del tabaco adornada de la cruz federal. Nosotros gritamos *bravo* desde nuestras ventanas, palmoteando como lo hubiéramos hecho en un teatro al levantarse el telón y ver una hermosa decoración en escena. Después, encendiendo nuestros cigarros en prueba de fraternidad, nos fuimos derechos hacia dos de aquellos jóvenes para preguntarles el camino de la catedral.

En lugar de enseñarnoslo con la mano, como hubiera hecho un parisiense ocupado, uno de ellos nos respondió en francés, pero con un ligero acento tudesco: «Por ahí» y haciendo aligerar el paso á su compañero, se puso á andar delante de nosotros.

Al cabo de cincuenta pasos nos paramos enfrente de uno de esos antiguos relojes complicados, á cuyos adornos consagraba á veces toda su vida un artista del siglo XV. Nuestro guía se sonrió.—¿Queréis esperaros? nos dijo. Van á dar las ocho.

En efecto, en aquel mismo instante, el gallo que estaba encima del campanario sacudió las alas, y cantó tres veces con su voz automática. A aquella llamada salieron los cuatro

sus ojos á modo de pantalla, y nos vió de pie, y arrimados á la puerta; alargó el pié hacia su hijo, y empujándole bruscamente le sacó de la ocupación que le absorbía. Presumo que le dijo en mal alemán, que nos enseñase la ermita, pues el joven tomó del fogón una tea de pino inflamada, y se levantó con una languidez enfermiza. Quedó un instante de pie en medio de aquel charco casi compacto por la reunión del olin y la ceniza que el agua al caer había arrastrado consigo; después nos miró con un aire estúpido, bostezó, extendió los brazos y se vino á nosotros. Nos dirigió algunos sonidos guturales é ininteligibles que no pertenecían á ningún idioma humano, pero como estendía el brazo donde tenía la tea del lado de los otros cuartos, comprendimos que nos invitaba á visitarlos; le seguimos. Nos condujo hacia un corredor de ochenta pies de largo y catorce de ancho, del que no pudimos comprender el uso. Este corredor estaba alumbrado por cuatro ventanas talladas á modo de troneras, más ó menos macizas, según el grueso exterior de la roca. El idiota acercó la antorcha á la puerta y nos la mostró con el dedo sin otra explicación que las sílabas: ¡heul! ¡heul! que repetía cada vez que nos quería indicar alguna cosa trazada con lápiz casi borrado. Encontramos con mucha pena formas de letras; sin embargo, pudimos leer el nombre de María Luisa, la hija de los Césares de Alemania, que en aquella época, muger del emperador y madre del rey, había visitado esta ermita en 1843 y había escrito su nombre, casi borrado hoy día en la historia como lo estaba sobre la puerta.

Pasamos desde aquel corredor al cuarto del ermitaño, que compone la última pieza de aquel bizarro aposento. Su cama de madera, sobre la cual hay tendido un colchón y una manta, sirve hoy de alcoba á la anciana, y enfrente de aquel lecho algunos haces de paja estendidos sobre el húmedo pavimento, insuficiente para un caballo en una cuadra y para el nicho de un perro, sirven de cama al idiota. Allí es donde pasan estos desgraciados su vida, no viviendo mas que de la limosna que les dan los curiosos que van á visitar su extraña habitación.

La profundidad de la abertura que hizo el ermitaño en la roca es de trescientos sesenta y cinco pies; se paró en esta cifra en memoria de los días que tiene el año. La bóveda tiene por todas partes catorce pies de altura.

Al volver por el cuarto contiguo á la capilla bajamos los diez y ocho peldaños de la escalera que nos condujo al jardín, donde crecen algunas legumbres miserables que cultiva el joven que nos servía de guía. Un gesto demostrativo acompañado de su sílaba habitual: ¡heul! ¡heul! nos hizo volver la cabeza hacia una escavación de la roca; es la entrada de una fuente de excelente agua que llaman la *Cueva del ermitaño*.

Habíamos visto en todos sus detalles aque-

la singular construcción. Mientras la visitamos, el tiempo se había aclarado; vimos que lo mejor que podíamos hacer, era subir en el carruaje y tomar el camino de Berna. Atravesamos la poterna, nos pasamos á buscar nuestro guía, muy preocupados por los primeros síntomas de un hambre que prometía hacerse voraz. Encontramos á nuestro sacristán de San Nicolás sentado á la sombra de un árbol con una piedra delante sobre la cual se veían los restos de un almuerzo. El tunante acababa de almorzar maravillosamente, según pudimos juzgar por los huesos de pollo de que estaba sembrada la tierra á su alrededor y por una calabaza, que colocada sin tapon al lado de su paraguas atestigüaba haberse vaciado en un vaso mas elástico y de mas capacidad; en cuanto á nuestro hombre tenía los ojos levantados al cielo como dando gracias al Criador, como criatura que era, por todos los dones que de él había recibido.

La vista de esto nos atormentó horriblemente el estómago.

Le preguntamos si no habria medio de procurarse en los alrededores algun comestible del género de aquellos que acababa de absorber. Nos hizo repetir varias veces nuestra frase; por fin, después de haber reflexionado un instante nos dijo con aquella tranquila perspicacia que formaba el fondo de su carácter: —Si hambre tener, comprender yo, es el ejercicio.

Después se levantó sin contestar de otro modo á nuestra pregunta, cerró su navaja, metió la calabaza en su bolsillo, recogió el paraguas y se encaminó hacia el sitio donde nos aguardaba el carruaje, tan flemáticamente como si á su estómago lleno no le siguiesen dos estómagos vacíos.

Quando ya nos hubimos unido á nuestro cochero nos consultamos para arreglar nuestras cuentas con el guía; se decidió que le daríamos un thaler (seis francos de nuestra moneda según creo), por el medio día que nos habia consagrado; saqué de mi bolsillo un thaler y se lo puse en la mano. Nuestro sacristán tomó la pieza y la volvió alternativamente de sus dos caras, examinó su grueso, á fin de asegurarse bien de que no estaba ni gastada ni borrosa, la metió en su bolsillo y tendió de nuevo la mano. Esta vez yo se la tomé con mucha cordialidad, y apretándosela con toda mi fuerza le dije en el mejor alemán que pude: *Gut reis mein freund*. El pobre diablo hizo un gesto de endemoniado, y mientras que despegaba ayudado con su mano izquierda los dedos de la mano derecha, murmurando algunas palabras que no pudimos comprender, subimos en el carruaje. Al cabo de un cuarto de legua se nos vino á la imaginación una idea, y fué la de preguntar á nuestro cochero si habia entendido lo que habia dicho nuestro guía.

—Si, señores, nos contestó.

—¿Y bien?

—Ha dicho que un thaler es poca cosa para un hombre que como él habia soportado en un solo día el calor, el hambre y la lluvia.

Ya se adivina cuál fué la impresión que debió hacer tal reconvencción á unos hombres tostados por el sol, mojados hasta los huesos y muertos de inanición. Así es que nos quedamos en la insensibilidad mas completa; solamente la traducción de aquellas palabras nos llevó naturalmente á preguntar á nuestro cochero si habria alguna posada en el camino que debíamos recorrer hasta llegar á Berna. Su respuesta fué desesperante.

Dos horas después, se paró y nos preguntó si queríamos visitar el campo de batalla de Laupen.

—¿Hay alguna posada en el campo de batalla de Laupen?

—No señor, es una gran llanura donde Rodolfo de Erlac, á la cabeza del pueblo, venció á los nobles el año 1339....

—Bien, muy bien; ¿y cuántas leguas hay aun hasta Berna?

—Cinco.

—Un thaler de *trinckgeld*, si llegamos en dos horas.

El cochero puso su caballo á galope con un ardor que la noche no logró menguar, y hora y media después, desde lo alto de las montañas de Bumplitz, vimos esparcidas por el llano y brillando como gusanos de luz sobre el césped las luces de la capital del canton bernés.

Al cabo de diez minutos, nuestro carruaje se paraba en el patio de la fonda del Alcon.

LOS OSOS DE BERNA.

Una zambra producida por muchos centenares de voces, nos despertó al día siguiente al amanecer, nos asomamos á la ventana: se celebraba el mercado delante de la posada.

El mal humor que nos habia causado el despertar tan de madrugada, se disipó pronto á la vista del hermoso y pintoresco cuadro de aquella plaza pública, llena de cazadores y labradores con sus trages nacionales.

Una de las cosas que mas me habian desilusionado en Suiza, era la invasión de nuestras modas, no solamente en las clases de la sociedad, las primeras siempre en abandonar las costumbres de sus antepasados, sino tambien en el pueblo, conservador religioso de las tradiciones paternales. Me hallé bien indemnizado de mi retardo por la casualidad que reuní ante mis ojos y con toda su coquetería á las

mas lindas paisanas de los cantones vecinos de Berna. Allí estaba la Vaudesa con sus cabellos cortos cubiertos por un anejo sombrero de paja punteagudo, que cubre sus sonrosadas mejillas; la muger de Friburgo que rodea tres veces con las trenzas de sus cabellos la desnuda cabeza, con lo que forma su único peinado; la Vallesana que viene por el monte Gemmi, con su sombrerito á lo marquesa, bordado de terciopelo negro, del que cuelga hasta sobre sus espaldas, una ancha cinta bordada de oro; en fin, en medio de ellas es la mas graciosa de todas, la Bernesa con su gorrito de paja amarilla, cargado de flores como un canastillo, colocado coquetamente de medio lado sobre la cabeza, de donde se escapan por detras dos largas trenzas de cabellos rubios; su lazo de terciopelo negro en el cuello, su camisa, de anchas mangas con pliegues, y su corpiño bordado de plata.

Berna, tan grave, tan triste; Berna la antigua ciudad, parecia que aquel día se habia puesto tambien sus joyas y vestidos de fiesta y derramaba por las calles á sus mugeres, cual suele una coqueta derramar sobre su vestido de baile sus flores naturales. Sus arcos sombríos y abovedados que se adelantan sobre la planta baja de sus casas, estaban animados por una muchedumbre ligera y alegre, destacándose por los colores vivos de sus ropas sobre la media tinta de sus ennegrecidas piedras; después grupos de jóvenes con gorros de cuero en sus grandes y rubias cabezas, y con una especie de blusas azules llenas de pliegues en las caderas, verdaderos estandartes de Alemania, que hacian á uno creerse á veinte pasos de Leipsick ó de Iena, hablaban inmóviles, ó paseaban de dos en dos con la pipa de espuma de mar en la boca, y colgada de la cintura la bolsa del tabaco adornada de la cruz federal. Nosotros gritamos *bravo* desde nuestras ventanas, palmoteando como lo hubiéramos hecho en un teatro al levantarse el telón y ver una hermosa decoración en escena. Después, encendiendo nuestros cigarros en prueba de fraternidad, nos fuimos derechos hacia dos de aquellos jóvenes para preguntarles el camino de la catedral.

En lugar de enseñarnoslo con la mano, como hubiera hecho un parisiense ocupado, uno de ellos nos respondió en francés, pero con un ligero acento tudesco: «Por ahí» y haciendo aligerar el paso á su compañero, se puso á andar delante de nosotros.

Al cabo de cincuenta pasos nos paramos enfrente de uno de esos antiguos relojes complicados, á cuyos adornos consagraba á veces toda su vida un artista del siglo XV. Nuestro guía se sonrió.—¿Queréis esperaros? nos dijo. Van á dar las ocho.

En efecto, en aquel mismo instante, el gallo que estaba encima del campanario sacudió las alas, y cantó tres veces con su voz automática. A aquella llamada salieron los cuatro

evangelistas uno por uno de su nicho, y cada cual tocó un cuarto de hora con el martillo que tenía en la mano; despues mientras sonaba la hora y al mismo tiempo que vibraba el primer golpe, se abrió una puertecita colocada debajo del cuadrante, y comenzó á desfilár una estraña procesion, dando vuelta en semicírculo en derredor de la base del monumento, y entró por una puerta paralela, que se cerró al dar la última campanada y al entrar el último personaje que terminaba la comitiva.

Nosotros habíamos observado ya la especie de veneracion que profesan á los osos los berneses: al entrar la tarde antes en la ciudad por la puerta de Friburgo habíamos visto destacarse entre la sombra las estatuas colosales de dos de aquellos animales, colocados como lo están los caballos domados por esclavos que se ven á la entrada del jardín de las Tullerías por la plaza de la Concordia. En el tránsito de cincuenta pasos que dimos para llegar al reloj, dejamos á nuestra izquierda una fuente que tenía un oso encima con una bandera en la mano, cubierto con la armadura de un caballero, marchando en dos pies con un osito en los pies vestido de pagé, y comiéndose un racimo de uvas ayudado de los pies de lanterneros. Habíamos pasado por la plaza de Greniers y observado sobre el frontispicio esculpido del monumento dos osos sosteniendo las armas de la ciudad, como dos unicornios el blason feudal; además uno de ellos derramaba con un cuerno de la abundancia los tesoros del comercio á un grupo de doncellas que se apresuraban á recogerlos, mientras que el otro alargaba graciosamente la pata á un guerrero vestido de romano del tiempo de Luis XV. Esta vez acabábamos de ver salir de un reloj una procesion de osos, unos tocando el clarinete, otros el violin, este el contrabajo, aquí el la trompa, y detras de estos otros con espada al costado y fusil al hombro marchando, graves y bien alineados, con bandera desplegada y sus cabos y sargentos. Preciso es confesar que teníamos con que divertirnos, y así estábamos llenos de alegría. Nuestros berneses acostumbrados á este espectáculo, se reian de vernos reir, y lejos de incomodarse parecían alegrarse de nuestro buen humor. Al fin les preguntamos en un momento de desquite á que venia aquella continua reproducción de unos animales que por su especie y por su forma no habían pasado hasta entonces por modelos de gracia ó de finura, y si tema la ciudad motivo para quererlos mas que por sus pieles y carnes.

Nos respondieron que los osos eran los patronos de la ciudad.

Me acordé entonces de que en el calendario suizo habia efectivamente un San Oso; pero yo siempre lo habia conocido por pertenecer por su forma á la especie de los bipedos, aunque por su nombre pareciese aproximarse mas á la de los cuadrúpedos. Además era el patron

de Soleure y no de Berna. Hice esta observacion urbanamente á mis guías.

Nos respondieron que por la poca costumbre de hablar en francés, nos habian respondido que los osos eran los patronos de Berna, que no eran mas que los padrinos; pero en cuanto á este título tenían un derecho incontestable, pues que de ellos habia recibido Berna su nombre. En efecto, *Ber* que en aleman se pronuncia *Ben*, quiere decir *oso*. Aquella graciosa chanza se complicaba mas y mas. El que hablaba mejor el francés de los dos que nos acompañaban; viendo que descálbamos la explicacion, nos ofreció darla mientras nos llevaba á la iglesia. Adivinase cuan agradecido aceptaria la proposicion, yo que siempre ando á caza de tradiciones y leyendas. Esto es lo que nuestro *cicerone* nos contó.

La ciudad de Berna fué fundada en 1131 por Bertoldo V, duque de Zeringen. Concluida apenas, rodeada de murallas y cerrada con puertas, ocupóse en buscar un nombre para la ciudad, con la misma solicitud que una madre busca uno para el hijo que acaba de dar á luz. Desgraciadamente, parece que no era la imaginacion la parte mas brillante del noble señor, por que no pudiendo lograr encontrar lo que buscaba reunió en un gran banquete á toda la nobleza de las cercanias. La comida duró tres dias, al cabo de los cuales nada de positivo se habia determinado para el bautismo del niño, cuando uno de los convidados propuso, para acabar de una vez, que al dia siguiente se hiciese una gran caceria en los montes circunvecinos, y que se diese á la ciudad el nombre del primer animal que se matase. Esta proposicion fué aprobada por aclamacion.

Al amanecer del dia siguiente pusieronse en camino todos. Al cabo de una hora de caza se oyeron grandes gritos de victoria. Corrieron todos hácia el sitio de donde salian: un arquero del duque acababa de matar á un ciervo.

Bertoldo pareció disgustado de que uno de los suyos hubiese empleado su destreza en un animal de aquella especie. Declaró en consecuencia, que no daría á su buena y fuerte ciudad de guerra el nombre de un animal que es el simbolo de la timidez. Algunos maliciosos pretendieron que el nombre de la victima ofrecia tambien el simbolo de otra cosa que su señor á propósito olvidaba mencionar, á pesar de ser la que mas repugnancia le inspiraba. Bertoldo era viejo, y tenía una muger jóven y bonita.

Fué declarado nulo el golpe del arquero y continuó la caza.

Al anocheecer los cazadores encontraron un oso.

Vive Dios, que era un animal cuyo nombre de ningun modo podia comprometer, ni el honor de un hombre ni el de una ciudad. El desgraciado animal fué muerto sin misericordia y con su sangre dió el bautismo á la naciente capital. Hoy hay aun á un cuarto de legua

de Berna, cerca de la puerta del cementerio de Muri-Stalden, una piedra que atestigua la autenticidad de esta etimologia, con una lácnica y espresiva inscripcion.

Vedla aquí en aleman antiguo.

ERST BAER FAM (4).

Nada habia que replicar contra el testimonio de semejante autoridad. Yo di entero crédito sobre su palabra á la historia de nuestro estudiante, que no es mas que el prefacio de otra mas original aunque vendrá en su lugar.

Durante este tiempo habíamos atravesado una calle y una gran plaza, y nos hallábamos al fin en frente de la catedral. Esta es un edificio gótico de un estilo bastante notable, aunque contrario á las reglas arquitectónicas de la época, pues no ofrece á pesar de su calidad de iglesia metropolitana, mas que un campanario y no una torre. El campanario está además truncado á la altura de ciento noventa y un pies, de manera que se parece á un pilon de azúcar colosal, á quien se hubiese quitado la parte superior. El edificio fué comenzado en 1424, segun los planos de Matias Heins, que obtuvo la preferencia sobre los de su competidor cuyo nombre se ignora. Este último disimuló su resentimiento por tal humillacion, y cuando el edificio llegaba á una elevacion bastante considerable, solicitó un dia de su rival el permiso de acompañarle hasta la plataforma. Matias sin desconfianza le concedió esta demanda con una facilidad que hacia mas honra á su amor propio que á su prudencia: pasó delante, empezó á enseñarle en todos sus detalles los trabajos, que su rival habia pensado dirigir algun dia. Deshaciase éste en tributar pomposos elogios al talento de su compañero, que queriendo probarle que los merecia, le invitó á seguirle á las demas partes del edificio, y le enseñó el camino mas corto, aventurándose, á setenta pies de elevacion sobre una tabla colocada entre dos paredes que formaban un ángulo. En el mismo instante, se oyó un gran grito: el infeliz arquitecto habia sido precipitado.

Nadie fué testigo de la desgracia de Matias si no fué su rival. Este contó haber tenido el dolor de haberle visto caer sin poder socorrerle cuando el peso de su cuerpo habia hecho volcar la tabla que no estaba á plomo sobre dos paredes mal niveladas. Ocho dias despues obtuvo el cargo del difunto, al que hizo levantar una magnífica estatua en el lugar mismo de la caída, lo cual le hizo adquirir en Berna una grande reputacion de modestia.

Entramos en la iglesia, que como todos los templos protestantes, no ofrece en su interior nada notable. Solo hay dos sepuleros á los lados del coro, el uno es del duque Zeringen, fundador de la ciudad, y el otro el de

Federico Steiger, que era magistrado de Berna cuando los franceses se apoderaron de ella en 1798.

Al salir de la catedral fuimos á ver el paseo interior, que creo le llaman la Terraza. Está elevada á ciento ochó pies sobre la parte baja de la ciudad: una muralla escarpada de la misma elevacion sostiene las tierras y las preserva de un hundimiento.

Desde aquella terraza se descubre una de las vistas mas bellas del mundo. A sus pies se ven como un tapiz de varios colores los techos de las casas por entre las cuales pasa serpenteando el Aar, rio caprichoso y rápido cuyas azuladas aguas toman su origen de las neveras del Finster-Aarhorn, y que corre por todos lados á Berna, ese castillo fuerte que tiene por puntos avanzados las montañas circunvecinas. En el segundo término se alza el Gürthen, colina de tres ó cuatro mil pies de elevacion, y que sirve de pasage á la vista para llegar á la gran cadena de neveras que cierra el horizonte cual una muralla de diamantes; especie de cenidor resplandeciente, mas allá del cual parece debe de existir el mundo de las *Mil y una noches*; faja de mil colores que por la mañana y á la luz del sol toma todos los matices del arco iris desde el subido azul hasta el de rosa claro; palacio fantástico que por la noche cuando están sumidos en la oscuridad la ciudad y el llano permanece iluminado algun tiempo aun por los últimos resplandores del dia, espirando lentamente en su cumbre.

Aquella magnífica plataforma, toda plantada de hermosos árboles, es el paseo interior de la ciudad. En los ángulos del paseo hay colocados dos cafés donde se encuentran excelentes helados, y entre estos dos cafés, y enmedio del parapeto de la Terraza, una inscripcion alemana grabada sobre una piedra, recuerda un acontecimiento casi milagroso.—Un caballo fogoso desbocado que montaba un estudiante, se precipitó con su ginete desde lo alto de la plataforma, quedó muerto el caballo, y solo con unas leves contusiones el estudiante. El animal y el hombre habian dado un salto perpendicular de ciento y ocho pies. Ved aquí la traduccion literal de aquella inscripcion.

«Esta piedra fué erigida en honor de la omnipotencia de Dios y para transmitir á la posteridad su recuerdo.—El señor Teobaldo Vein-zepfli saltó desde aquí abajo con su caballo el dia 23 de mayo de 1654; despues de este accidente sirvió treinta años á la iglesia, en calidad de pastor, y murió muy viejo y en olor de santidad el 23 de mayo de 1694.»

Una pobre muger condenada á galeras, seducida por este antecedente, intentó despues el mismo salto, para escaparse de los soldados que la perseguian; pero menos feliz que Vein-zepfli se estrelló sobre el suelo.

Despues de haber echado una última ojeada sobre aquella magnífica vista, nos dirigimos hácia la puerta de abajo á fin de dar la vuelta

(4) Aquí fué cogido el primer oso.

de Berna, por el Aemberg, bonita colina llena de viñedos que se alza á la otra parte del Aar, un poco sobre el nivel de la ciudad. Mientras caminábamos nos enseñaron una pequeña posada gótica que tiene una bota por muestra. Admirará con razon de verla en la puerta de un despacho de vino al conocer la tradición de esta muestra.

Enrique IV, en 1602, habia enviado á Berna á Bassompierre en calidad de embajador cerca de los trece cantones, para renovar la alianza jurada ya en 1582 por Enrique III y la confederacion. Bassompierre, por la franqueza de su carácter, y la lealtad de sus relaciones, consiguió allanar las dificultades de aquella negociacion y hacer de los suizos aliados y amigos fieles de la Francia. Al tiempo de marchar, y cuando acababa de montar á caballo á la puerta de la posada, vió adelantarse hácia él los trece diputados de los trece cantones, llevando un enorme *widercome* en la mano, y viniendo á ofrecerle el trago de despedida.

Llegados cerca de donde él estaba, lo rodearon, levantaron juntos á un mismo tiempo las trece copas, que contenia cada una el liquido de una botella, y brindando unánimes por la Francia, se las bebieron de un trago. Bassompierre, aturdido de tal atencion, no halló mas que un medio de devolvérsela. Llamó á su criado, hizolo bajar del caballo, mandóle que le sacase la bota, cogiéndola por la espuela, hizo vaciar en aquel vaso improvisado trece botellas de vino: despues empuñándolo á su vez para volver el brindis que acababa de recibir: *A la salud*, dijo, DE LOS TRECE CANTONES; y se bebió las trece botellas.

Los suizos encontraron que la Francia estaba dignamente representada.

A cien pasos mas llegamos á la puerta de abajo. Atravesamos el Aar por un puente de piedra bastante hermoso, y despues de media hora nos hallamos en la cumbre del Aemberg. Allí se encontró casi la misma vista que desde la terraza de la catedral, excepto que desde aquel segundo *belvédere*, Berna forma el primer término del cuadro.

Muy pronto, aunque magnífico y muy agradable, dejamos aquel paseo. Como no podíamos abrigarnos de los rayos del sol por árbol alguno, hacia un calor sofocante; al otro lado del Aar, por el contrario, veíamos un bosque magnífico cuyas calles estaban llenas de gente que se paseaba. Temíamos al pronto vernos reducidos á volvernos por donde habíamos venido para encontrar el puente que habíamos ya pasado; pero vimos algo mas abajo un barquichuelo con cuyo auxilio se verificaba el paso con gran provecho del barquero, pues nos vimos obligados á aguardar mas de un cuarto de hora para que nos tocase la vez. Este barquero es un antiguo servidor de la república á quien la ciudad ha concedido en recompensa de sus servicios, el privilegio esclusivo del transporte de los pasajeros que

quieren atravesar el Aar. Este transporte se hace mediante una retribucion de dos sueldos, sin que se exceptúen mas que dos clases de la sociedad, que no tienen ninguna relacion entre si, los soldados y las comadres del pais. Como yo habia hecho algunas preguntas á mi barquero, se creyó con derecho para hacerme tambien á su vez una reconociéndome por francés. Me preguntó si estaba por el rey nuevo ó por el antiguo. Mi respuesta fué tan categórica como su pregunta.—«Ni por el uno ni por el otro;» aludia el barquero á Carlos X y á Luis Felipe.

Los suizos son en general muy preguntones y muy indiscretos en sus preguntas, pero las hacen con tanta bondad que hacen desaparecer la impertinencia; despues, cuando uno les ha explicado sus cosas, ellos os cuentan á su vez las suyas con aquellos íntimos detalles que se reservan solo para los amigos de la casa. En una mesa redonda conoce uno á su vecino al cabo de un cuarto de hora como si hubiese vivido con él durante veinte años. Por lo demas, si uno quiere puede no contestar muy fácilmente á estas preguntas, que por lo comun son las que encuentran en el registro de las posadas; el nombre, la profesion, de donde se viene y á donde se vá. Este sistema es mucho más cómodo que el de pedir los pasaportes, pues así se puede indicar á los amigos que vienen despues del viajero ó que le preceden, el camino que se ha seguido y el tiempo que se permanece en cada punto.

A nosotros nos era lo mismo ir por una parte que por otra, con tal que visitásemos alguna curiosidad nueva; así seguimos á la demas gente que iba al paseo de Eugi, el mas concurrido en los alrededores de la ciudad.—En frente de la puerta de Aarberg habia una gran concurrencia, preguntamos el motivo, nos contestaron lacónicamente: *Los osos*. Nos acercamos á una especie de parapeto en detredor del cual se apoyaban como en la balastrada de un teatro doscientas ó trescientas personas ocupadas en contemplar las monadas de cuatro monstruosos osos separados en parejas, habiéndolos dos grandes fosos mantenidos con el mayor aseo, y embaldosados como el pavimento del comedor de una casa.

La diversion de los espectadores consistia lo mismo que en Paris, en tirar manzanas, peras y bollos á los habitantes de aquellos dos fosos; pero esta distraccion se complicaba con una combinacion que indicaré al señor director del Jardin de Plantas para que la adopte para mejor diversion de los aficionados.

La primera pera que vi tirar á los osos berneses se la tragó uno de ellos sin oposicion alguna exterior; pero no así la segunda. En el mismo instante en que se levantó lentamente á buscarla engolosinado por la primera, salió de un agujero de la pared otro convidado cuya forma no pude conocer por lo estrechísimo de su ligereza, y cogiendo la pera en las

narices mismas del estupefacto oso, se volvió á su madriguera con gran aplauso de la curiosa multitud. Un minuto despues apareció en la boca de la madriguera la cabeza fina de una zorra enseñando sus ojos vivos, y su negro y punteagudo hocico, acechando la ocasion de coger otra presa á costa del amo del palacio, del que la zorra parecia habitar un pabellon.

Aquello me dió ganas de renovar la esperiencia, y compré unos pastelillos, como el mejor manjar para escitar el apetito de los dos antagonistas. La zorra, que sin duda adivinó mi intencion, viéndome llamar á la bollera, fijó en mí sus ojos, y no me perdió de vista. Cuando habia hecho provision de viveres y me los hube colocado en la mano izquierda, tomé con la derecha un pastelillo y se lo enseñé á la zorra: la astuta hizo un ligero movimiento con la cabeza, cual si quisiese decirme: *Pierde cuidado, que te entiendo perfectamente*; y luego se relamió el labio con la seguridad de un machacho que está bastante seguro de conseguir su objeto para saborearlo de antemano. Sin embargo, contaba con darle una ocupacion mas difícil que la primera. El oso por su parte habia visto mis preparativos con cierto aire de inteligencia, y se columpiaba sentado sobre sus cuartos traseros graciosamente, con los ojos fijos, la boca abierta y las patas delanteras extendidas hácia mí. Durante este tiempo la zorra habia salido del todo de su madriguera, arrastrándose como un gato, y entonces me apercibi de que no habia sido su ligereza la única razon de no haberla conocido la primera vez de su salida, y era otra causa accidental. El pobre animal no tenia cola.

Tiré el pastelillo; el oso lo siguió con la vista, dejándose caer en cuatro pies para ir á buscarlo, pero al primer paso que dió, se lanzó de un brinco la zorra por encima de su espalda, tan bien calculado, que dió con el hocico sobre el pastelillo, y dando un gran rodeo, describió una curva para volverse á su madriguera. El oso enfurecido, aplicando á su venganza cuanto sabia de geometria, tomó la linea recta con una viveza de que nunca lo hubiera creído capaz: la zorra y él llegaron casi al mismo tiempo á la madriguera; pero la zorra llevaba la delantera, y los dientes del oso crujieron al cerrarse delante del agujero en el momento mismo en que acababa de desaparecer la ladrona. Entonces comprendí por qué la pobre diablo no tenia cola.

Repetí muchas veces esta esperiencia con gran satisfaccion de los curiosos y de la zorra, que de cada cuatro pastelillos atrapaba dos siempre.

Los osos que habitan el segundo foso son mucho mas jóvenes y mas pequeños. Pregunté la causa y supe que eran los sucesores de los otros, y que á su muerte debian heredar su lugar y su riqueza. Esto exige una espliacion.

Ilcemos dicho como despues de su funda-

cion por el duque Zeringen habia recibido Berna su nombre, la parte que habia tomado en su bautismo el género animal. Desde aquel tiempo fueron los osos las armas de la ciudad, y se resolvió no solamente colocar su effigie en el blason, en las fuentes, en los relojes y en todos los demas monumentos, sino tambien proporcionarse osos vivos que serian alimentados y alojados á costa de los habitantes. Esto no era difícil, no habia mas que alargar la mano á la montaña y escoger. Cogieronse dos osos pequeños, y traídos á Berna, fueron muy pronto un objeto de idolatria para sus habitantes por su gracia y gentileza.

Por esta época una vieja solterona muy rica que en los últimos años de su vida habia manifestado una particular aficion á estos amables animalitos, murió sin dejar mas herederos que algunos parientes bastante lejanos. Abrióse su testamento con las formalidades de estilo en presencia de todos los interesados. Debaba setenta mil libras de renta á los osos, y mil escudos dados por una sola vez al hospital de Berna para fundar una cama en favor de los miembros de su familia. Los presuntos herederos atacaron el testamento á pretexto de que habia habido coaccion: se nombró de oficio á los herederos señalados un abogado, que como era un hombre de gran talento probó la inocencia de los desgraciados cuadrúpedos á quienes se queria despojar de su herencia, que fué públicamente reconocida, y el testamento declarado válido y bueno y los legatarios fueron autorizados para entrar inmediatamente á la posesion de su legado.

La cosa era fácil, la fortuna de la testadora consistia en metálico contante. Entraron en el tesoro de Berna un millon y doscientos mil francos que formaban el capital, siendo el tesoro responsable de aquella cantidad por disposicion del gobierno y debiendo pagar los intereses á los apoderados de los herederos, que eran considerados como menores. Adivinase que hubo un gran cambio, y se mejoró el tren de casa de los herederos. Sus tutores tuvieron coche y casa propia, dando en nombre de los pupilos banquetes suntuosos y lucidos bailes. En cuanto á ellos personalmente el guarda tomó el titulo de ayuda de cámara, y no los pegó mas que con un junquito con puño de oro.

Desgraciadamente nada es estable en las cosas humanas! Apenas habian gozado de aquella comodidad desconocida á su especie algunas generaciones de osos, cuando estalló la revolucion francesa. La historia de nuestros héroes no se halla ligada tan íntimamente con aquella gran catástrofe que debamos remontarnos á las causas que la produjeron ó los resultados que de ella se derivaron; por tanto, no nos cuidaremos mas que de los acontecimientos en que representaron un papel los osos.

La Suiza estaba demasiado cerca de la

Francia para no sentir alguna oscilación del gran terremoto con que trastornaba al mundo el volcán revolucionario; sin embargo, quiso resistir aquella lava militar que surgió la Europa. El cantón de Vaud se declaró independiente: Berna reunió sus tropas; victoriosa primero en el encuentro de Neuenek fue vencida después en los combates de Strambrunn y de Granholz, y los vencedores mandados por los generales Brom y Schaunbourg hicieron su entrada triunfante en la capital. Tres días después hizo su salida el tesorero bernés.

Once milos cargados de oro tomaron el camino de París; dos de ellos llevaban la fortuna de los infelices osos, que moderadísimo en sus opiniones, fueron comprendidos en la lista de los aristócratas y tratados en consecuencia como tales. Bien les quedaba la casa que habían hecho á costa suya sus apoderados y que los franceses no se habían podido llevar, pero aquellos justificaban su título de propiedad, de modo que el último resto de su pasada opulencia fué arrastrado también en el naufragio de su fortuna.

Aquellos animales dieron entonces un grande ejemplo de filosofía á los hombres mostrándose tan magnánimos en la desgracia como humildes habían sido en la prosperidad, y así respetados por todos los partidos atravesaron los cinco años de revolución que agitaron á Suiza desde 1798 hasta 1803.

La Suiza había abatido sus montañas bajo la mano de Bonaparte, cual el Océano sus olas á la voz de Dios. El primer cónsul la recompensó proclamando el acta de mediación; y los diez y nueve cantones respiraron abrigados bajo el ala que la Francia extendía sobre ellos.

Apenas Berna estuvo tranquila se apresuró á reparar las pérdidas que habían tenido sus ciudadanos. Entonces fué pedir unos un empleo al gobierno; otros reclamar del erario los indemnizase, y algunos solicitar una recompensa nacional. Solamente aquellos que tenían mas derecho que nadie para obtenerlo todo, desdénaron toda gestión, esperaron con el silencio del derecho que les asistía que la república se acordase de ellos.

La república justificó su divisa sublime, *uno para todos, todos para uno*. Abrióse una suscripción en favor de los osos: produjo setenta mil francos: con esta cantidad tan módica en comparación de la que antes poseían, compróse el consejo de la ciudad un terreno que producía mil libras de renta. Los desgraciados animales después de haber sido millonarios ya no eran mas que electores. El derecho electoral está fijado en Ginebra en nueve francos y lo mismo en Berna, según creo.

Aun esta pequeña fortuna se encontró bien pronto reducida á la mitad motivada por un nuevo accidente, pero que esta vez estaba lejos de toda conmoción política. El foso que habitaban los osos estaba antes dentro de la

ciudad y tocando el muro de la prisión. Una noche, un preso condenado á muerte, pudo procurarse un punzón de hierro, se puso á hacer un agujero en la muralla: después de dos ó tres horas de trabajo, creyó oír que del lado opuesto del muro trabajaban también, ó cosa parecida; esto le dió nuevos bríos. Pensó que un desgraciado prisionero como él habitaba el calabozo contiguo y esperó que una vez reunido á él, la huida le sería mucho mas fácil estando dividido el trabajo. Esta esperanza crecía á medida que el trabajo adelantaba; el trabajador oculto obraba con una energía que parecía hacerle olvidar toda precaución; las piedras desprendidas por él rodaban estrepitosamente; su respiración se oía con fuerza. El condenado no sintió mas que la necesidad de redoblar sus esfuerzos, pues la imprudencia de su compañero podía de un momento á otro descubrir su fuga. Afortunadamente quedaba poca cosa que hacer para que el muro se abriese. Una piedra gruesa solamente resistía aún á todos sus ataques. De repente la sintió mover; cinco minutos después rodaba del lado opuesto. La frescura del aire exterior penetró hasta él; y vió que el socorro inesperado que había recibido venía de la parte de afuera, y no queriendo perder tiempo, pensó pasar por el estrecho abierto que acababan de ofrecerle de una manera tan inesperada. A la mitad del camino encontró uno de los osos que hacía por su lado todos los esfuerzos posibles para penetrar en el calabozo. Había oído el ruido que hacía el preso en el interior de la prisión, y por un instinto de destrucción natural en estos animales, se puso á secundarle lo mejor posible.

El condenado se encontró entre dos peligros: ser ahorcado ó devorado: el primero era seguro, el segundo era probable: escogió el segundo que le salió bien. El oso intimidado por el poder que ejerce siempre el hombre, aun sobre los animales mas feroces, le dejó huir sin hacerle daño.

A la mañana siguiente el carcelero al entrar en la prisión, encontró una extraña sustitución de persona, y el oso estaba acostado sobre la paja del prisionero.

El carcelero huyó sin tomar la precaución de cerrar la puerta; el oso le siguió gravemente, y encontrando todas las puertas abiertas llegó á la calle y se encaminó lentamente hacia la plaza del mercado de verduras. Se puede adivinar el efecto que produjo en la muchedumbre de vendedores el aspecto de este nuevo parroquiano. En un instante, la plaza se encontró desierta; pronto el recién venido pudo escoger entre las frutas y legumbres esparcidas las que eran mas de su agrado. No fué culpa suya, y en lugar de emplear su tiempo en ganar la montaña, donde probablemente nadie le hubiese impedido llegar, se puso á regalarse á su gusto con las peras, y manzanas, fruta á la cual todo el mundo sabe

tienen estos animales la mas grande afición. Su golosina le perdió.

Dos albéitares, cuyas tiendas daban á la plaza, encontraron un medio para hacer volver al fugitivo á su foso.

Hicieron calentar hasta hacer ascuas dos grandes tenazas, y acercándose al merodeador cada uno por su lado, le hicieron presa vigorosamente por las orejas, cuando se refocilaba mas en su banquetete. El oso conoció desde luego que estaba cogido, y por lo mismo no hizo resistencia alguna, sino que siguió humildemente á sus conductores, sin protestar contra la ilegalidad de los medios que se habían empleado para su captura, mas que con algunos gritos lastimeros.

Sin embargo, como se pensó que podría repetirse semejante accidente, que no siempre podría tener un desenlace tan pacífico, resolvió el consejo de Berna que los osos fuesen trasportados fuera de la ciudad, y que se les construyesen dos fosos en las murallas.

Estos son los fosos que habitan hoy, cuya construcción ha venido á reducir á la mitad su capital, pues que costó treinta mil francos, y para proporcionarse esta cantidad, fué necesario que dejasen una inscripción de hipoteca especial sobre sus bienes.

Así que he apuntado en mi album todos estos detalles, proseguimos nuestro camino para acabar nuestras visitas por los alrededores de Berna. Teníamos á la vista una magnífica alameda, y la seguimos como hacia toda la demás gente. Al cabo de una hora pasamos el río en una lancha y nos hallamos en el Reichenbach, entre un alegre y ruidoso ventorrillo suizo, y el viejo y monótono castillo de Rodolfo de Erlac: el uno nos ofrecía un buen desayuno, el otro un gran recuerdo; el hambre obtuvo la preferencia sobre la poesía: entramos en el ventorrillo.

Para los aficionados al wals y á la berza ácida, no hay cosa mas admirable que una taberna alemana. Desgraciadamente, yo no podía gozar mas que de uno de aquellos placeres.

Así que he concluido de almorzar muy medianamente, me lancé en medio de la sala del baile, ofreciendo mi mano á la primera paisana que hallé cerca, que aceptó sin cumplimiento, á pesar de que yo llevaba guantes, lujo desconocido en aquella alegre reunión. Empecé á bailar aprovechando el primer compás de un balanceado rápido wals, cual si mis estudios todos hubiesen sido dirigidos á este arte. Verdad es que debe decirse que secundaba admirablemente la orquesta, aunque compuesta enteramente de músicos de aldea, que no sé qué instrumentos tocaban aunque debo decir que no he oído jamás en París una orquesta tan adecuada á aquel baile.

Terminado el wals pedí á mi pareja en alemán muy inteligible que me permitiese darle un beso; es una de las frases de aquel

idioma cuya construcción y acento se me han quedado mas grabados en la memoria; la amable jóven me lo concedió con mucha gracia. En seguida fuimos á visitar el castillo Reichenbach. Hay sobre él una tradición medio histórica, medio poética, como todas las tradiciones suizas. Allí descansaba en los últimos días de su vida tan útil á la patria, tan honrado de sus conciudadanos, el viejo Rodolfo de Erlac de sus trabajos guerreros. Un día vino á visitarle su yerno Rudenz, como tenia de costumbre; se trató una discusión entre el viejo y el jóven sobre la dote que el primero debía de pagar al segundo. Rudenz se encolerizó, se arrebató, tomó la espada del vencedor de Laupen que estaba sobre la chimenea, hirió al infeliz viejo que espiró del golpe y se escapó. Pero los dos perros de Rodolfo, que estaban atados á cada uno de los lados de la puerta, rompieron sus cadenas, persiguieron al fugitivo por las montañas, y no volvieron sino cubiertos de sangre dos horas después. Nunca volvió á verse mas á Rudenz.

El jóven que nos contó esta anécdota se volvía á Berna; nos propuso hacer el viage con él: nosotros aceptamos. Por el camino le dijimos lo que habíamos visto y nos informamos si nos quedaba algo mas que ver. Nos dijo que habíamos visitado lo mas pintoresco de la ciudad; con todo, nos propuso dar una vuelta y entrar en Berna por la torre de Goliat.

Llábase la torre de Goliat, porque sirve de nicho á una estatua colosal de San Cristóbal.

Esta denominación no parecerá muy consecuenta al lector, como tampoco me lo pareció á mí, por lo que voy á explicar inmediatamente la analogía que existe entre el guerrero filisteo y el pacífico israelita.

Hacia fines del siglo XV, un señor rico y religioso, hizo donación á la catedral de Berna, de una considerable cantidad que debía emplearse en la compra de vasos sagrados. Ejecutóse exactamente esta disposición testamentaria y se compró una magnífica custodia que se encerró en el tabernáculo. Poseedores de aquella nueva riqueza redoblaron su vigilancia los dependientes de la iglesia, y discurrieron los medios de ponerla á cubierto de todo accidente. Colocar á un hombre por custodio en el santuario, no era posible: buscóse en la milicia celestial el santo que diese mas garantías de vigilancia y decision. Después de una ligera discusión, San Cristóbal que había llevado en hombros á Nuestro Señor, y cuya gigantesca talla demostraba grande fuerza, obtuvo la preferencia sobre San Miguel, á quien miraban como muy jóven para tener la prudencia necesaria para el empleo con que se le quería honrar. Se encargó al escultor mas hábil de Berna modelase la estatua que debían colocar cerca del altar para asustar á los ladrones, como se coloca un espantajo en los campos recién sembrados para asustar á los pájaros. Bajo este supuesto, así que estuvo concluida la obra,

debió seguramente merecer los votos de todos, y el mismo santo, si Dios le permitió ver desde el cielo el retrato que de él habían hecho en la tierra, debió asombrarse no poco del carácter guerrero que bajo el cincel creador del artista, había tomado su tranquila y pacífica persona.

En efecto, la santa imagen era de veinte y dos pies de alto, llevaba una alabarda en la mano, una espada al costado, y estaba pintada de azul y rojo de la cabeza á los pies, lo que le daba un aspecto formidable.

Con todas estas probabilidades de cumplir bien su misión, y después de haberle hecho oír un largo discurso sobre el honor que se le había concedido, y los deberes que imponía aquel honor, fué instalado el santo con mucha pompa detrás del altar mayor sobre el que sobresalía toda su espalda.

Dos meses después había sido robada la custodia.

Adivinase cuanta zambra causó en la iglesia este lance, y el descrédito que naturalmente debió de recaer sobre el pobre santo. Los mas exasperados decían que se había dejado sobornar; los mas moderados, que se había dejado intimidar; otros mas fanáticos todavía lanzaban con mas furor sus invectivas y estos eran los miguelistas, que habiendo quedado en minoría en la discusión, habían guardado su rencor religioso con toda la fidelidad de un odio político. ¡Bravo! apenas hubo una ó dos voces que se atravesasen á tomar la defensa del infiel guardian. En su consecuencia fué expulsado ignominiosamente del santuario que había guardado tan mal, y como Berna estaba entonces en guerra con Friburgo, se le encargó de proteger la torre de Lombach que se alzaba fuera de la ciudad delante de la puerta de Friburgo. Hizosele entonces en aquella puerta el nicho que ocupa aun hoy día y se le colocó en ella cual á un soldado en su garita, con la prevención de que fuese mas vigilante esta vez que la primera.

Ocho días después fué tomada la torre de Lombach.

Esta inaudita conducta trocó en desprecio el descrédito: el desventurado santo fué mirado desde entonces hasta por los hombres mas razonables, no solo como un cobarde, si no tambien como un traidor, y *desbautizado* de comun acuerdo. Se le despojó del nombre respetable que había comprometido, y para envilecerle con un nombre abominable se le llamó Goliat.

Delante de él, y en actitud amenazadora, hay una linda estatuita de David sosteniendo una honda en la mano.

PRIMERA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

EL LAGO DE THUN.

El segundo dia que pasamos en Berna, fué consagrado á visitar la ciudad, materialmente hablando, una escursión investigadora de la vispera había desflorado todo lo pintoresco y poético.

Después de la catedral de que hemos hablado, nos quedaban por ver aun en clase de monumentos, la iglesia del Espíritu Santo, el arsenal, la casa de la moneda, los pósitos, el hospital y el palacio del Estado en donde residen los *avoyses* (magistrados), y los tesoreros. Todas estas construcciones datan de 1718 á 1740, es decir, que todos los itinerarios se las recomiendan á los viajeros como construcciones magnificas y que todos los artistas las miran como unas pobres chozas.

A las siete y media de la tarde salimos de Berna, el camino desde allí á Thun es uno de los menos montuosos y mas cómodos de la Suiza. En general, los caminos de los cantones de Vaud, de Friburgo y de Berna, están admirablemente cuidados, y como el gobierno de estos cantones ha sido el primero que ha tenido segun creo, el pensamiento de que los caminos reales no solamente se construyan para los carruages, si no tambien para las gentes que caminan á pie, ha hecho colocar bancos de trecho en trecho, como en un pascu, y junto á ellos una columna truncada sobre la cual pueden dejar su carga los que van con ella á cuestras mientras descansan.

A las dos horas de nuestra salida nos envolvió la noche, pero con esa sombra trasparente que indica la salida de la luna. Estaba invisible, sin embargo todavia, para nosotros. Levantábase entre ella y nosotros la gran familia de neveras, espectros inmóviles y melancólicos que cerraban el horizonte y miraban dormir la llanura; sin embargo, bien pronto se coloraron sus cimas con un ligero reflejo de plata mate que cada vez fué siendo mas vivo. Entonces y directamente, detrás de la nevada cabeza del Eiger, apareció un globo de fuego, que se hubiera podido tomar por uno de los fanales de guerra que llamaban á las armas á la antigua Suiza. Bien pronto después volvió á tomar su forma esférica; pareció descansar ligeramente sobre la estremidad de la punta aguda como el fuego de San Telmo en la punta de un mástil; después, por último, meciéndose cual un globo aereostático que huye de la tierra, tomó su vuelo lento y silencioso hácia el cielo.

Así proseguimos nuestro camino en medio

de todos los fantásticos encantos de la noche, sin perder de vista ni un instante la muralla de nieve hácia donde avanzábamos, y de la que nos llegaban, aun que estuviésemos cerca de seis leguas distantes de ella, rumores desconocidos y lastimeros producidos por la caída de los aludes y los crujidos de las neveras. De tiempo en tiempo, nos hacia volver la cabeza á derecha ó izquierda un zumbido mas cercano; ¡era alguna cascada arrojando á una montaña su cinta de gusa, ó algun bosque de pinos sobre cuyas altas copas soplabla la brisa y que se quejaban las unas á las otras en una lengua que deben comprender los que la habitan. Las cosas al parecer mas inanimadas han recibido de Dios como nosotros, voces para alegrarse ó para llorar, acentos para alabar ó maldecir. Escuchad la tierra en una hermosa noche de verano, escuchad el mar durante una tempestad.

A las diez y media llegamos á Thun, desesperados por que haciendo tan buena noche no teníamos que andar aun cinco ó seis leguas.

Aquí iba á cambiarse nuestro modo de viajar, y los caminos reales iban á ceder su puesto á los lagos y á las montañas. Arreglamos nuestras cuentas con el cochero, que segun dijo, estaba desesperado por dejarnos. Comprendimos que esto queria decir de un modo muy cortés, que le diésemos algo mas para beber, y como era un excelente muchacho, no hubo en ello dificultad. Un cuarto de hora después volvió á decirnos muy consolado que había encontrado una señora y un caballero para su retorno á Lausana.

No ofrece Thun nada notable mas que su escuela de artillería, y como no hubiésemos ido á Suiza para ver disparar cañones, retuve mi asiento para Interlaken en el barco de posta, no porque fuera mas cómodo este medio de transporte, sino porque esperaba coger al vuelo en el camino alguna tradicion á los pasajeros. A la mañana siguiente á las nueve y media partimos.

Embárcase uno á la misma puerta de la posada, y por espacio de diez minutos, poco mas ó menos, se sube por el Aar que desciende de las neveras de Inister-Ahorn, y se precipita en las rocas de Handek desde una altura de trescientos pies, viene después á alimentar, atravesándolos en toda su anchura, á los dos lagos de Brienz y de Thun, separados uno de otro por la encantadora aldea de Interlaken, cuyo solo nombre indica su posición.

Después de estos diez minutos de marcha se entra en el lago.

Inmediatamente se ensancha el horizonte por todas partes, permaneciendo, sin embargo, mas limitado á la izquierda que á la derecha, porque á la izquierda le guarnece en toda su longitud una colina de bosque que desde la distancia á que se ve parece un muro alfombrado de yedra, mientras que por la derecha se prolonga el paisaje ofreciendo dos escalo-

nes de montañas, las segundas de las cuales parecían mirar por cima de las primeras. De tiempo en tiempo se abre este primer plano y presenta azulada la garganta de un valle que desde las orillas del lago parece tan ancho como un foso de ciudadela, y que á su entrada presenta la abertura de una legua.

La primera ruina que choea á la vista al entrar en el lago es la del castillo de Schadeau, que fué construido á principios del siglo XVII, por un descendiente de la familia de Erlac. Su vista no recuerda á los habitantes ninguna tradicion histórica, al paso que el Stratlingen situado á media legua mas allá, le anonada con sus recuerdos.

El jefe de esta casa, á creer á la crónica de Einigen, no es otro que un Tolomeo, descendiente por su madre de la sangre real de Alejandria, y por su padre de una familia patricia de Roma. Convertido al cristianismo por medio de un milagro, (había divisado estando de caza una cruz entre los cuernos de un ciervo que iba á matar) tomó en el bautismo el nombre de Theodo-Rick, y huyendo de las persecuciones del emperador Adriano, se presentó en la corte del duque de Borgoña, que estaba entonces en guerra con el rey de Francia. Cuando se hallaron á la vista ambos ejércitos, convino entre los jefes que un combate singular decidiría la cuestion: el duque de Borgoña nombró por su campeón á Theodo-Rick, fijándose el día del combate. Pero por la noche vió el mantenedor del rey de Francia en sueños al arcángel San Miguel peleando por su adversario. Dióle tal espanto esta vision, que al despertarse se declaró vencido. El duque de Borgoña, reconocido á Theodo-Rick por una victoria en que de una manera tan visible se había manifestado la intervencion divina, le dió en recompensa á su hija Demut y el Hühslund, dote que se componia de la Borgoña y del lago Vandálico (1). En la orilla de este lago y en la parte mas pintoresca fué donde el nuevo señor de este hermoso pais hizo edificar el castillo de Stratlingen.

Doscientos años después de estos sucesos, el señor Arnaldo de Stratlingen, descendiente de Theodo-Rick, fundó en honor de la milagrosa asistencia que San Miguel había dispensado á su antepasado, la iglesia del Paraíso, que dedicó á este santo. En el momento en que los trabajadores acababan de colocar la última piedra, se oyó una voz que dijo: «Aquí se halla un tesoro tan grande que nadie podrá pagar su valor.» Pusiéronse inmediatamente á buscar este tesoro, y se encontró en el altar mayor una rueda del carro del profeta Elias, y sesenta y siete cabellos de la Virgen. Había sido practicada la cavidad en el altar para introducir allí á los enfermos y endemoniados, que los dias de gran fiesta obtuvieron muchas veces su entera curacion.

(1) Lacus Vandálicus,

debió seguramente merecer los votos de todos, y el mismo santo, si Dios le permitió ver desde el cielo el retrato que de él habían hecho en la tierra, debió asombrarse no poco del carácter guerrero que bajo el cincel creador del artista, había tomado su tranquila y pacífica persona.

En efecto, la santa imagen era de veinte y dos pies de alto, llevaba una alabarda en la mano, una espada al costado, y estaba pintada de azul y rojo de la cabeza á los pies, lo que le daba un aspecto formidable.

Con todas estas probabilidades de cumplir bien su misión, y después de haberle hecho oír un largo discurso sobre el honor que se le había concedido, y los deberes que imponía aquel honor, fué instalado el santo con mucha pompa detrás del altar mayor sobre el que sobresalía toda su espalda.

Dos meses después había sido robada la custodia.

Adivinase cuanta zambra causó en la iglesia este lance, y el descrédito que naturalmente debió de recaer sobre el pobre santo. Los mas exasperados decían que se había dejado sobornar; los mas moderados, que se había dejado intimidar; otros mas fanáticos todavía lanzaban con mas furor sus invectivas y estos eran los miguelistas, que habiendo quedado en minoría en la discusión, habían guardado su rencor religioso con toda la fidelidad de un odio político. ¡Bravo! apenas hubo una ó dos voces que se atravesasen á tomar la defensa del infiel guardian. En su consecuencia fué expulsado ignominiosamente del santuario que había guardado tan mal, y como Berna estaba entonces en guerra con Friburgo, se le encargó de proteger la torre de Lombach que se alzaba fuera de la ciudad delante de la puerta de Friburgo. Hizosele entonces en aquella puerta el nicho que ocupa aun hoy día y se le colocó en ella cual á un soldado en su garita, con la prevención de que fuese mas vigilante esta vez que la primera.

Ocho días después fué tomada la torre de Lombach.

Esta inaudita conducta trocó en desprecio el descrédito: el desventurado santo fué mirado desde entonces hasta por los hombres mas razonables, no solo como un cobarde, si no tambien como un traidor, y *desbautizado* de comun acuerdo. Se le despojó del nombre respetable que había comprometido, y para envilecerle con un nombre abominable se le llamó Goliat.

Delante de él, y en actitud amenazadora, hay una linda estatuita de David sosteniendo una honda en la mano.

PRIMERA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

EL LAGO DE THUN.

El segundo dia que pasamos en Berna, fué consagrado á visitar la ciudad, materialmente hablando, una escursión investigadora de la vispera había desflorado todo lo pintoresco y poético.

Después de la catedral de que hemos hablado, nos quedaban por ver aun en clase de monumentos, la iglesia del Espíritu Santo, el arsenal, la casa de la moneda, los pósitos, el hospital y el palacio del Estado en donde residen los *avoynes* (magistrados), y los tesoreros. Todas estas construcciones datan de 1718 á 1740, es decir, que todos los itinerarios se las recomiendan á los viajeros como construcciones magnificas y que todos los artistas las miran como unas pobres chozas.

A las siete y media de la tarde salimos de Berna, el camino desde allí á Thun es uno de los menos montuosos y mas cómodos de la Suiza. En general, los caminos de los cantones de Vaud, de Friburgo y de Berna, están admirablemente cuidados, y como el gobierno de estos cantones ha sido el primero que ha tenido segun creo, el pensamiento de que los caminos reales no solamente se construyan para los carruages, si no tambien para las gentes que caminan á pie, ha hecho colocar bancos de trecho en trecho, como en un pascu, y junto á ellos una columna truncada sobre la cual pueden dejar su carga los que van con ella á cuestras mientras descansan.

A las dos horas de nuestra salida nos envolvió la noche, pero con esa sombra trasparente que indica la salida de la luna. Estaba invisible, sin embargo todavia, para nosotros. Levantábase entre ella y nosotros la gran familia de neveras, espectros inmóviles y melancólicos que cerraban el horizonte y miraban dormir la llanura; sin embargo, bien pronto se coloraron sus cimas con un ligero reflejo de plata mate que cada vez fué siendo mas vivo. Entonces y directamente, detrás de la nevada cabeza del Eiger, apareció un globo de fuego, que se hubiera podido tomar por uno de los fanales de guerra que llamaban á las armas á la antigua Suiza. Bien pronto después volvió á tomar su forma esférica; pareció descansar ligeramente sobre la estremidad de la punta aguda como el fuego de San Telmo en la punta de un mástil; después, por último, meciéndose cual un globo aereostático que huye de la tierra, tomó su vuelo lento y silencioso hácia el cielo.

Así proseguimos nuestro camino en medio

de todos los fantásticos encantos de la noche, sin perder de vista ni un instante la muralla de nieve hácia donde avanzábamos, y de la que nos llegaban, aun que estuviésemos cerca de seis leguas distantes de ella, rumores desconocidos y lastimeros producidos por la caída de los aludes y los crujidos de las neveras. De tiempo en tiempo, nos hacia volver la cabeza á derecha ó izquierda un zumbido mas cercano; ¡era alguna cascada arrojando á una montaña su cinta de gusa, ó algun bosque de pinos sobre cuyas altas copas soplabla la brisa y que se quejaban las unas á las otras en una lengua que deben comprender los que la habitan. Las cosas al parecer mas inanimadas han recibido de Dios como nosotros, voces para alegrarse ó para llorar, acentos para alabar ó maldecir. Escuchad la tierra en una hermosa noche de verano, esenchad el mar durante una tempestad.

A las diez y media llegamos á Thun, desesperados por que haciendo tan buena noche no teníamos que andar aun cinco ó seis leguas.

Aquí iba á cambiarse nuestro modo de viajar, y los caminos reales iban á ceder su puesto á los lagos y á las montañas. Arreglamos nuestras cuentas con el cochero, que segun dijo, estaba desesperado por dejarnos. Comprendimos que esto queria decir de un modo muy cortés, que le diésemos algo mas para beber, y como era un excelente muchacho, no hubo en ello dificultad. Un cuarto de hora después volvió á decirnos muy consolado que había encontrado una señora y un caballero para su retorno á Lausana.

No ofrece Thun nada notable mas que su escuela de artillería, y como no hubiésemos ido á Suiza para ver disparar cañones, retuve mi asiento para Interlaken en el barco de posta, no porque fuera mas cómodo este medio de transporte, sino porque esperaba coger al vuelo en el camino alguna tradicion á los pasajeros. A la mañana siguiente á las nueve y media partimos.

Embárcase uno á la misma puerta de la posada, y por espacio de diez minutos, poco mas ó menos, se sube por el Aar que descende de las neveras de Inister-Ahorn, y se precipita en las rocas de Handek desde una altura de trescientos pies, viene después á alimentar, atravesándolos en toda su anchura, á los dos lagos de Brienz y de Thun, separados uno de otro por la encantadora aldea de Interlaken, cuyo solo nombre indica su posición.

Después de estos diez minutos de marcha se entra en el lago.

Inmediatamente se ensancha el horizonte por todas partes, permaneciendo, sin embargo, mas limitado á la izquierda que á la derecha, porque á la izquierda le guarnece en toda su longitud una colina de bosque que desde la distancia á que se ve parece un muro alfombrado de yedra, mientras que por la derecha se prolonga el paisaje ofreciendo dos escalo-

nes de montañas, las segundas de las cuales parecían mirar por cima de las primeras. De tiempo en tiempo se abre este primer plano y presenta azulada la garganta de un valle que desde las orillas del lago parece tan ancho como un foso de ciudadela, y que á su entrada presenta la abertura de una legua.

La primera ruina que choea á la vista al entrar en el lago es la del castillo de Schadeau, que fué construido á principios del siglo XVII, por un descendiente de la familia de Erlac. Su vista no recuerda á los habitantes ninguna tradicion histórica, al paso que el Stratlingen situado á media legua mas allá, le anonada con sus recuerdos.

El jefe de esta casa, á creer á la crónica de Einigen, no es otro que un Tolomeo, descendiente por su madre de la sangre real de Alejandria, y por su padre de una familia patricia de Roma. Convertido al cristianismo por medio de un milagro, (había divisado estando de caza una cruz entre los cuernos de un ciervo que iba á matar) tomó en el bautismo el nombre de Theodo-Rick, y huyendo de las persecuciones del emperador Adriano, se presentó en la corte del duque de Borgoña, que estaba entonces en guerra con el rey de Francia. Cuando se hallaron á la vista ambos ejércitos, convino entre los jefes que un combate singular decidiría la cuestion: el duque de Borgoña nombró por su campeón á Theodo-Rick, fijándose el día del combate. Pero por la noche vió el mantenedor del rey de Francia en sueños al arcángel San Miguel peleando por su adversario. Dióle tal espanto esta vision, que al despertarse se declaró vencido. El duque de Borgoña, reconocido á Theodo-Rick por una victoria en que de una manera tan visible se había manifestado la intervencion divina, le dió en recompensa á su hija Demut y el Hübland, dote que se componia de la Borgoña y del lago Vandálico (1). En la orilla de este lago y en la parte mas pintoresca fué donde el nuevo señor de este hermoso pais hizo edificar el castillo de Stratlingen.

Doscientos años después de estos sucesos, el señor Arnaldo de Stratlingen, descendiente de Theodo-Rick, fundó en honor de la milagrosa asistencia que San Miguel había dispensado á su antepasado, la iglesia del Paraíso, que dedicó á este santo. En el momento en que los trabajadores acababan de colocar la última piedra, se oyó una voz que dijo: «Aquí se halla un tesoro tan grande que nadie podrá pagar su valor.» Pusiéronse inmediatamente á buscar este tesoro, y se encontró en el altar mayor una rueda del carro del profeta Elias, y sesenta y siete cabellos de la Virgen. Había sido practicada la cavidad en el altar para introducir allí á los enfermos y endemoniados, que los dias de gran fiesta obtuvieron muchas veces su entera curacion.

(1) Lacus Vandálicus,

Después de muchas revoluciones sucesivas en las demás partes del mundo, la pequeña Borgoña que se hallaba sometida siempre á los señores de la misma raza, fué erigida en reino. Hacia el siglo X reinaba en él, el rey Rodolfo y la reina Berta, cuya silla y sepulcro hemos visto en Payerna; pero las costumbres sencillas y religiosas que les habían inmortalizado, fueron muy pronto reemplazadas por el lujo y la impiedad. La comarca que les estaba sometida, tomó bajo sus sucesores el nombre de *Zur Goldemen Lutz* (mansión de oro y de placer), y el castillo de Spietz, que hicieron ellos edificar en las márgenes del lago, el de *Goldner Hof* (corte dorada). En fin, llegaron á tal grado en aquel pequeño reino la licencia y la impiedad, que la misericordia celestial se cansó y fué resuelta su pérdida. En consecuencia, habiendo Ulrico, último señor de esta raza, convidado á su corte el día de su matrimonio, á un paseo por el lago, Dios suscitó una tempestad, y de un solo golpe de viento hizo zozobrar á toda aquella pequeña flotilla. Por un momento estuvo el lago cubierto de flores y diamantes, después se lo tragó todo sin que una sola de las personas convidadas á aquella fiesta mortuoria obtuviese gracia delante de su juez.

El mismo día desaparecieron la rueda del carro y los sesenta y siete cabellos de la Virgen. Desde entonces no se ha vuelto á hablar más de ello. Una inscripción grabada sobre la roca indica el sitio del lago que fué testigo de este suceso.

Mientras un pasajero nos refería esta trágica historia, el cielo parecía prepararse para obrar un milagro del mismo género que el que había estinguido la familia real de los Stratlingen. Habíase oscurecido el día y las nubes se bajaban gradualmente y nos ocultaban las blancas cimas del Blumisalp y del Yungfrau, estendiéndose después sobre la cordillera de montañas que formaba el segundo término del cuadro, truncando sus formas para darlas los mas caprichosos y mas desconocidos aspectos; el Niesen, sobre todo, magnífica pirámide que se eleva en perfecta proporción, y á la altura de cinco mil pies, parecía prestarse con suma complacencia á los mas fantásticos juegos de aquellos caprichosos hijos del aire. Primero fué una nube que detenida por su aguda cima, se fijó en ella, y estendiéndose sobre sus anchas espaldas, tomó la ondulante forma de una peluca á lo Luis XIV; después, ensanchándose en círculo en su estremidad inferior, vino á unirse en su pecho y anudarse en él como una corbata. Por fin, aquella masa trasparente, espesándose y bajando poco á poco, cortó completamente la cabeza del gigante, é hizo de su poderosa base una mesa sobre la cual parecía puesto el mantel para una comida á la que Micromegas hubiese convidado á Gargantua.

Estaba yo muy ocupado en hacer todas estas observaciones, cuando acudió á nosotros

desde el valle, mas rápido mil veces que un caballo, una especie de cierzo visible que parecía cortar la tierra. Lo que le hacia tan visible, no era otra cosa que el polvillo nevoso que había levantado de las cimas de las montañas de donde bajaba. Hicéseto notar á nuestro piloto que me respondió con una voz breve, y aun sin volver siquiera hacia él, tan ocupado estaba el timón. «Si, si, bien lo veo, y os respondo que nos va á dar mucho que hacer sino tenemos tiempo de ponernos al abrigo detrás de esas rocas. Vamos, chicos, gritó á los remeros: ¡cuatro brazos á cada remo, y boguemos adelante!» Los barqueros obedecieron al instante, y nuestra pequeña embarcación tocó ligera la superficie del lago, cual una golondrina que moja la punta de sus alas en el agua.

Al mismo tiempo pasó sobre nosotros la primera ráfaga de viento mensajera de la tempestad que se venía encima, llevándose el sombrero del piloto. Este mostró tanta indiferencia á aquel accidente, que yo creí que no lo había notado, y le dije alargando el brazo hacia el parage en que flotaba sobre el agua el objeto, cual un barquichuelo perdido.

—Oid, amigo, ¿no veis?

—Si, si, me respondió, siempre sin mirar.

—Pero, ¿y vuestro sombrero?

—La administracion me dará otro. Es un caso previsto ya en la contrata, y a no ser así no me bastaría mi sueldo. Ya van cinco en este año.

—¡Muy bien! ¡entonces buen viaje!

Al mismo tiempo, el sombrero que al parecer hacia agua por el fondo, zozobró y desapareció.

Mientras contemplaba yo el naufragio del pobre sombrero, sentí disminuirse el movimiento de nuestra barca. Volvíme para averiguar la causa, y vi á dos marineros que habían dejado los remos y arrollaban con ligereza el toldo que tenía el barco. Esta maniobra hizo dar grandes gritos á las damas que veían acercarse la lluvia rápidamente y que habían contado con aquel abrigo para resguardarse de ella. El piloto se volvía hacia ellas.

—¿Queréis hacer lo mismo conmigo que con mi sombrero? les dijo...

—No.

—Pues bien: dejadnos maniobrar y estad tranquilos.

En efecto, veíase bien que no tendríamos tiempo de alcanzar el abrigo que las rocas nos ofrecían, aunque no estábamos mas que á cincuenta pasos; el viento nos vencía en ligereza, y nos anunció su aproximación por los agudos silbidos de sus primeras bocanadas cargadas de nieve. Saltó en aquel momento la barca cual si diese sobre una piedra que un muchacho hace rebotar; nos hallábamos en medio del buracan; nuestro pequeño océano tomaba la apariencia de tener una borrasca.

sin embargo, la cosa era mas seria de lo

que á primera vista podía creerse. En el mismo sitio en donde nos hallábamos, se había hundido en el fondo el último invierno un barco cargado de leña, y los barqueros se habían salvado, subiéndose sobre la pirámide que formaba su cargamento; habían pasado la noche sobre aquella eminencia que á la mañana siguiente se había encontrado rodeada de témpanos de hielo que la noche había consolidado al rededor como una isleta polar. Hasta después de veinte y cuatro horas en esta situación no vinieron á socorrerlos otros barqueros.

En cuanto á nosotros no teníamos ni aun esta probabilidad de salvacion; nos lo hizo comprender perfectamente el piloto, preguntándome á media voz:—¿Sabeis nadar?—Comprendí perfectamente, y á pretexto de que no tenía mas que mi blusa, y no quería esponerme á que se mojase, me desembaracé de la especie de vaina en la que me tenía metido, y estuve pronto á todo evento.

Sin embargo, no tuvimos mas disgusto que el miedo, y nuestro barco llevado por el viento que cogiéndole de través, tenía trazas de quererle volcar, atravesó así el lago en toda su anchura y abordó sin novedad á la punta de la Nesa, por bajo de la gruta de San Beat.

Al poner el pie en tierra di gracias á la tempestad, en vez de guardarle rencor; gracias á ella podía hacer una peregrinacion al *Saint-Beaten Hohle*, que de otro modo no hubiera tenido ocasion de visitar. Pagué mi pasaje al piloto, manifestándole, que no quedando ya mas que legua y media que andar para llegar á Neuchaus, en donde se encuentran carruages para Interlaken, haría á pie el resto del camino.

La tormenta duró aun media hora casi, hallamos abrigo dentro de una cabaña que hay al pie de la costa. Pasado este tiempo se despejó el cielo, el lago cesó de hervir, y nuestra embarcacion se puso otra vez en camino mientras yo comenzaba mi ascension acompañado de un chiquillo que se brindó á servirme de guia.

Por el camino supe que la gruta que íbamos á visitar había servido de estancia á San Beat, que vino á establecerse allí en el siglo III. La había conquistado á un dragon que tenía su residencia en ella, al que ordenó le dejase el sitio libre, lo que el dócil animal hizo al punto. Dice la leyenda que era oriundo de Inglaterra y de un ilustre nacimiento. Antes de haberse convertido y bautizado en Roma en tiempo del emperador Claudio, se llamaba Seutonio: salió de aquella ciudad con su compañero, que tambien se había mudado su nombre de Achates en el de Justo, á fin de ir á predicar el cristianismo á la Helvecia. Hizo prontamente alli numerosos neófitos, cuyo número aumentó con un milagro. Un día que unos barqueros se negaron á llevarle á Eineigen á la otra parte del lago en donde le esperaba una gran multitud del pueblo, tendió su

capa sobre el agua, y colocándose encima, hizo sobre tan frágil embarcacion las dos leguas que le separaban de la aldea donde era aguardado: desde entonces toda aquella comarca quedó sometida á la palabra del hombre cuya celestial mision se había manifestado con tal maravilla.

El camino de la gruta es difícil cual si el santo le hubiese escogido aludiendo al del cielo; hállase cortado por multitud de barrancos, contándose mi guia que en uno de ellos que me señaló, llamado por los habitantes la Flocksgraben, se había caído ya hacia algunos años, de noche, un hombre con su caballo. El infeliz se rompió las dos piernas, y fueron tantos y tales los gritos que dió que se oyeron á la otra parte del lago, una legua de distancia, mientras esperaba auxilio: muriéndose de sed como ordinariamente ocurre siempre en caso de fractura, y no pudiendo menearse del sitio en que había caído, había mojado parte de su capa en el arroyo que corría al pie del barranco, chupándola para apagar la sed y refrescar su boca.

Llegamos, sin embargo, sin que nos sucediera nada semejante hasta la abertura de la gruta, ó mas bien de las grutas, por que la caverna tiene dos orificios. De la mas baja de sus dos bóvedas sale el manantial de Beaten-Bach (arroyo de San Beat), que se precipita con estrépito entre las rocas. En la orilla de este arroyo fué donde espiró el santo á los noventa y ocho años de edad: su cráneo fué conservado en la caverna vecina y espuesto hasta 1528 á la veneracion de los fieles, habiendo en aquella época venido dos diputados del gran consejo de la ciudad de Berna, que acababa de adoptar la reforma, á llevarse aquella reliquia, mandándola enterrar en Interlaken. No por eso cesaron los católicos en sus peregrinaciones á la gruta, hasta que se lapió la entrada en 1566, volviéndola á abrir después. Esta bóveda puede tener unos treinta pies de profundidad y de cuarenta á cuarenta y cinco de ancho.

La gruta del arroyo, aunque menos veneranda, es mas curiosa, presentando las arcadas por donde llega el torrente, aunque bajando gradualmente, un camino practicable por espacio de seiscientos ó seiscientos cincuenta pies. No habíamos hecho ninguno de los preparativos necesarios para aventurarnos en aquel abismo, y por otra parte aunque los hubiésemos hecho, la cosa fué bien pronto imposible. En efecto, apenas tuvimos tiempo para visitar la boca de la gruta, cuando me pareció que se aumentaba por momentos gradualmente el ruido que se oía en la profundidad. Hicéseto notar á mi pequeño guia, que escuchó con atencion, después no me dijo mas que estas palabras.—Es la revista de Seefeld, ¡huyamos!—Eché á todo correr. Yo no sabía lo que era la revista de Seefeld pero corría con tan buena gana el muchacho, que eché á correr

detras de él sin saber á donde iba ni de lo que huía. Se detuvo y me detuve yo. Nos miramos y él se echó á reír.

Creí que el tunante se habia burlado de mí, y acababa de cogerle de una oreja para hacerle ver lo poco que me gustaban semejantes chanzas, cuando estendiendo la mano hácia la caverna me dijo.—¡Mirad!

Dirigi la vista en aquella direccion que me indicaba y presencié un fenómeno cuya esplicacion me pareció fácil. La boca de la gruta se habia llenado casi enteramente por el torrente cuyo volumen se habia mas que triplicado. El ruido del agua que se agolpaba, era el que habiamos oído, y su aumento era debido al agua de la tormenta que se habia filtrado por las hendiduras de las rocas, y aumentando el manantial; si nos hubiésemos adelantado solamente cien pasos mas en la caverna, no hubiéramos tenido tiempo de huir: en cuanto al nombre de revista *Séesfeld*, con el cual se designa este accidente que se renueva á cada tormenta, me esplicó mi guía que se derivaba á un tiempo del nombre del pasto que cubre la cima de la montaña que se llama *Séesfeld* y de la semejanza del ruido que hace, con el que harian las descargas de fusilería mezcladas con cañonazos. Me aseguró que esta especie de detonaciones se oian á dos leguas.

Dadas estas esplicaciones, nos despedimos de Beaten-Hohle y nos pusimos en camino para Neuhaus; á donde llegamos sanos y salvos, y donde encontré yo un carruaje que mediante la suma de un franco y cincuenta céntimos me llevó á Interlaken. Allí encontré á nuestros demas pasajeros, no muy repuestos aun de su miedo, que iban á ponerse á la mesa. Faltó uno cuando se pasó lista, aquel pobre diablo se sobrecogió tanto del miedo, que al poner el pie en tierra fué atacado de una calentura, que aun no se le habia quitado cuando volví cinco dias despues de mi expedicion á la montaña.

SEGUNDA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

EL VALLE DE LAUTERBRUNNEN.

Al llegar á Thun, he dicho creo, sin entenderme mas sobre este asunto, que allí es donde comienza el *Oberland*. Unos cuantos renglones sobre la significacion de esta palabra y sobre el pais que designa.

Oberland significa la tierra de arriba. Es para Berna lo que Dieppe para Paris, una ro-

mería. Con uno ó dos años de anticipacion se promete en las familias ir á ver las neveras lo mismo que en las calles de San Martin ó de San Dionisio se goza con igual anticipacion con la idea de ir á hacer una visita al mar. La reputacion de este magnifico pais se estiende mucho mas alla de la Suiza. Hay ingleses y franceses que salen de Londres y de Paris solamente para ver el *Oberland* y no otra cosa, y despues de haber hecho una excursion de siete ú ocho dias por las montañas que lo rodean, se tornan á su casa muy convencidos de que han visto todo lo que merece ser visto en la Suiza. Verdad es que si no es la parte mas curiosa, es al menos la mas brillante.

Interlaken se halla por su posicion, y es el punto de reunion de los viajeros que llegan para ver ó que se vuelven despues de haber visto. No es raro el hallarse uno á la mesa con los representantes de ocho ó diez naciones distintas; así la conversacion de los que comen es una especie de gerigonza en la que apenas puede comprender algunas palabras el filólogo mas diestro, propia para hacer olvidar á uno al cabo de quince dias su lengua materna.

Tambien allí empieza á ser mas grande la dificultad de comunicarse con los guías; muy pocos hablan francés de una manera inteligible. El que me dió el posadero me ha hecho estudiar en los cinco dias que le tuve conmigo un verdadero curso de patina.

Nos habian detenido toda la mañana los preparativos de viaje. No pudimos ponernos en camino para Lauterbrunnen sino á la una de la tarde.

Recomendáronnos mucho que no nos olvidásemos al pasar por Abatin, aldeita situada á un cuarto de hora de Interlaken, visitar las vidrieras pintadas que adornan una casa particular y que datan de tres siglos. Una de ellas me pareció bastante original para no pedir la esplicacion á su propietario; representaba un oso armado con una maza, y llevando dos rábanos en su cinto, y uno en la pata.

Ved aqui la tradicion á que se refiere esta estraña pintura. En 1250 el emperador de Alemania llamó á las armas á sus pueblos de Oberland, mandándoles que enviasen á su ejército cuantos hombres pudiesen poner sobre las armas. Habitaban entonces en Iseltwald, sobre las riberas del lago de Bieng, tres fuertes y poderosos gigantes: pasaban su vida cazando y se vestian con las pieles de los osos á quienes ahogaban entre sus brazos. Los pueblos de Oberland creyeron haber cubierto dignamente su contingente enviando aquellos tres hombres.

Cuando el emperador los vió llegar se enfadó mucho por que habia contado con un socorro mas eficaz. Los tres hombres que le enviaban, ni aun armados venian.

Los gigantes dijeron al emperador que no le diese cuidado el que fuesen pocos, pues

ellos tres solos le prometian hacer el servicio de un ejército entero, y que en cuanto á armas se las proporcionaria el primer bosque que encontrasen.

Efectivamente, penetraron en un bosque inmediato al campo de batalla una hora antes del combate, y cortaron cada uno una encina: limpiándolas de las ramas hicieron con ellas unas mazas, con las cuales se colocaron uno en el ala derecha, otro en la izquierda y otro en el centro del cuerpo del ejército. El éxito de la batalla probó que no habian presumido demasiado de su mérito, sus enormes mazas hicieron en las filas enemigas un destrozo que decidió muy pronto la victoria. El emperador agradecido les dijo entonces.—Pedirme lo que querais, que al momento lo tendreis. Consultáronse entre si los tres gigantes; despues dijo el mayor.—*Pedimos que á vuestra graciosa majestad plazca otorgarnos el derecho de arrancar en los plantios de Boningen, territorio del imperio, todas las veces que nos paseemos por las orillas del lago y tengamos sed, tres rábanos que llevaremos uno en la mano, y los otros dos en el cinturón.*

Su magestad se dignó concederles su petition: los tres gigantes llenos de jubilo regresaron á Iselwald, en donde disfrutaron del privilegio de comer rábanos imperiales todo el resto de su vida.

Un cuarto de legua mas allá de Mattin, y á la derecha del camino, las ruinas del castillo de Uspunnen, se van desmoronando por momentos; pertenecia en otro tiempo al señor de aquel nombre, que era muy considerado por el consejo de Berna. Habia intentado en varias ocasiones, dando infinitos pasos, lograr del viejo Walter de Wadenschwyl, unir el valle de Oberhasli, del que este era señor independiente, al territorio de la ciudad. Mientras el señor de Uspunnen se ocupaba en esto, el jóven Walter vió á su hija, se enamoró de ella y dió con su padre pasos que no tuvieron éxito. El señor de Uspunnen, furioso, prohibió á los jóvenes que se volbiesen á ver; pero los jóvenes que se ocupaban poco de los negocios de sus padres, desaparecieron un dia juntos dejando á los ancianos que arreglasen sus intereses y los de la ciudad de Berna.

Al año murió el viejo Walter.

Una tarde que el castellano de Uspunnen lloraba solitario y triste la pérdida de su hija única, llegaron á la puerta de su castillo á pedir hospitalidad dos peregrinos que volvan de Roma. Hizolos entrar. Los dos se llegaron á él, se arrodillaron á sus pies, y levantando las capuchas, le pidieron la bendicion paternal, única formalidad que faltaba todavia para su matrimonio. El anciano quiso negársela al pronto, pero entonces sacaron de su seno dos papeles que le presentaron: el uno era el perdón del papa, y el otro, una donacion al canton de Berna del valle de Oberhasli. El anciano no

pudo resistir á aquel doble ataque; por otra parte, le habian hecho padecer demasiado los fugitivos para no perdonarlos.

Al cabo de una media legua atravesamos el arroyo de Saxeten, sobre los restos de su puente, que la tempestad de la vispera habia hecho pedazos; despues entramos en el valle de Lauterbrunnen, subiendo siempre la corriente del Lutchine.

El vallecito de Lauterbrunnen, es seguramente uno de los mas deliciosos valles de la Suiza; en ninguna parte se desarrolló mas la lozania de la vegetacion, como en la base de las montañas. Donde quiera que hay un rinconcito de tierra, al punto dice una semilla: esta tierra es mia, y la cubre. ¿Cae rodando por acaso desde la cima de la montaña un peñasco desnudo y árido? pues apenas se ha detenido en el valle: el viento le cubre de polvo, llega la lluvia, y le adhiere sobre su superficie. Pronto verdeguea en él un poco de musgo, cae en él una bellota, brota un arbusto, estiendo sus mil rastreras raíces, que siguen enroscándose en los caprichosos contornos de la roca, hasta que por fin tocan á la tierra. Entonces, la masa de piedra queda prisionera para siglos, la encina que en lo sucesivo recibe ya su alimento de la madre comun, se agarra imperiosamente á ella, cual la garra de un águila sobre un canto, se desarrolla de dia en dia, y crece de año en año de tal modo, que se necesitará un dia nada menos que la cólera de Dios para desarraigar el gigante.

Despues de haber caminado media legua casi, por este paisaje, cuyos tonos primitivos ya tan naturalmente acentuados, toman nuevo vigor por los accidentes de sombra y de luz que vierten sobre sus diferentes partes las nubes y el sol, se llega cerca de la roca de los Hermanos, dominada por la Rothen-Fluth. Este pico rojizo, como ya lo indica su nombre, estaba coronado en otro tiempo por un torreón perteneciente á dos hermanos, Ulrico y Rodolfo. Los desunió el amor de una muger. Rodolfo que habia sido el despreciado, ocultó su pena, y encerró en si por algun tiempo su rencor. La vispera del dia en que debia hacerse el matrimonio, propuso al novio una cacería en la montaña; aceptó este sin desconfianza alguna la oferta de su hermano, y partió con él. Llegados al pie del peñasco que hemos indicado, y viendo la soledad que al rededor de ellos reinaba, Rodolfo dió á su hermano Ulrico una puñalada. Ulrico cayó muerto.

Entonces sacando de entre las zarzas un azadon que habia escondido la vispera, abrió el asesino un hoyo, arrojó en él su victima, y lo cubrió con tierra, y notando que se hallaba manchado de sangre, se dirigió al Lutchine que corre á algunos pasos del peñasco.

Luego que hubieron desaparecido las manchas que cubrian su vestido, se levantó y echó una mirada por última vez sobre el teatro del asesinato, por ver si le denunciaba alguna co-

sa. El cadáver de Ulrico, que acababa de enterar, estaba tendido sobre la arena.

Abrió Rodolfo un nuevo hoyo y arrojó en él segunda vez á su hermano, pero advirtiéndole que á medida que lo llenaba de tierra volvían á aparecer las manchas de sangre en su vestido. Acabado de llenar el hoyo se encontró todo ensangrentado.

Dudando de sí mismo, volvió á bajar segunda vez al arroyo, cuyas cristalinas aguas hicieron desaparecer de nuevo aquel aterrador prodigio, y despues, volviéndose casi delirante hacia el peñasco, dió un grito horroroso y huyó. El sepulcro habia vomitado otra vez el cadáver.

Por la tarde las gentes de Ulrico hallaron el cadáver de su amo, y le condujeron al castillo.

Rodolfo, no atreviéndose á pedir hospitalidad á nadie, murió de hambre en la montaña.

Una inscripcion abierta en la roca comprueba la verdad del suceso, pero sin entrar en los detalles que acabamos de contar, y que sin duda hubieron de parecer demasiado pueriles al severo historiador que la ha hecho grabar. Véjala aqui:

AQUI EL BARON DE ROTHEN-FLUTH FUE MUERTO POR SU HERMANO. OBLIGADO A HUIR, EL ASESINO TERMINO SU VIDA EN EL DESTIERRO Y LA DESESPERACION, Y FUE EL ULTIMO DE SU RAZA EN OTRO TIEMPO TAN RICA Y PODEROSA.

Casi enfrente de las ruinas del castillo de Rothen-Fluth á la otra parte del valle y como una pareja colosal, se alza el Scheinige-Platte; es una montaña cuya cima roja y de forma redonda conserva el rastro de las aguas primitivas. Desde la cima de esta roca que domina al valle á la altura de casi tres mil pies, fué precipitado por el genio de la montaña un cazador de gamos, cuya historia me contó mi guia con un acento que ofrecia una singular mezcla de duda y de credulidad. Aquel cazador que se entregaba á su profesion con todo el ardor que tienen por ella los montañeses, era un pobre diablo á quien la miseria habia obligado á tomar al principio este oficio, que despues se convirtió en una necesidad. Su destreza era reconocida y su reputacion se extendia del uno al otro confín del Oberland. Un dia, persiguiendo á una cierva preñada, el pobre animal, no pudiendo atravesar un precipicio, que en cualquiera otra ocasion hubiera atravesado de un salto, viendo la muerte delante y detras de ella, se tumbó á la orilla del abismo, y como un ciervo acosado se puso á dar gemidos. La vista de las angustias de la pobre madre no enterneció al cazador, que armó su ballesta, cogió una flecha de la aljaba y se preparó para atravesarla, pero al dirigir su vista al sitio en donde la acababa de ver sola un instante antes, divisó á un anciano sentado

teniendo á sus pies la cierva anhelante lamiéndole la mano. Aquel anciano era el genio de la montaña. A su vista bajó el cazador su ballesta, y el genio le dijo:

—Hombres del valle, á quienes Dios ha dado todos los dones que enriquecen la llanura, ¿por qué venis á atormentar así á los habitantes de la montaña? Yo no bajo adonde vosotros estais para robar las gallinas de vuestros corrales, y los bueyes de vuestros establos. ¿Por qué, pues, subis entonces aqui para matar los gamos de mis rocas y las águilas de mis nubes?

—Porque Dios me ha hecho pobre, respondió el cazador, y no me ha dado nada de lo que ha dado á los demas hombres, excepto el hambre. Entonces, como no tengo ni gallinas ni vacas, he venido á buscar los huevos del águila en su nido, y á sorprender á los gamos en su guarida. El águila y los gamos encuentran su alimento en la montaña; yo no puedo hallar el mio en el valle.

Entonces el anciano reflexionó un poco, despues haciendo una seña al cazador de que se le acercase, se puso á ordeñar á la cierva en una copita de madera; la leche tomó al punto la consistencia y forma de un queso; el anciano se lo dió al cazador:

—Ahí tienes, le dijo, con que aplacar tu hambre en lo sucesivo; en cuanto á tu sed, mi sudor suministra bastante agua para que tú tomes tu parte. Encontrarás siempre entero este queso en tu morral ó en tu armario, con tal que nunca le consumas todo; te lo doy con la condicion de que en adelante dejarás en paz á mis gamuzas y á mis águilas.

El cazador prometió renunciar á su estado, volvió á bajar á la llanura, colgó su ballesta en su chimenea, y vivió un año del queso milagroso que se hallaba intacto cada nueva comida.

Por su parte, los gamos habian vuelto tambien á tener confianza en los hombres, y dejaban hasta el valle en donde se les veia brincar alegremente, saliendo al encuentro á las cazabras que se encaramaban por la montaña.

Una tarde que el cazador estaba asomado á su ventana llegó un gamo tan cerca de su casa, que podia matarlo sin salir de ella. La tentacion era demasiado fuerte: descolgó su ballesta, y olvidando la promesa que habia hecho al genio, apuntó con su acostumbrada destreza al animal, que pasaba sin recelo, y lo mató.

Corrió al momento hácia el sitio donde habia caído el pobre animal, se lo cargó á la espalda, y habiéndoselo llevado á su casa, preparó un pedazo de él para cenar.

Despues que se lo hubo comido, se acordó del queso, que en aquella ocasion le iba á servir, no de comida, sino de postres. Fué, pues, al armario, y lo abrió: salió de él un enorme gato negro, con ojos y manos de hombre, que tenia el queso en la boca, y saltando por la

ventana, que se habia quedado abierta, desapareció con él.

No se inquietó por esto el cazador, se habian hecho tan comunes en el valle los gamos, que por un año no tuvo necesidad de irlos á buscar á la montaña. Sin embargo, poco á poco se fueron espantando, se hicieron mas raros, y al fin acabaron por desaparecer del todo. El cazador, que habia olvidado la aparicion del viejo, volvió á sus antiguas correrias por las rocas y las neveras.

Un dia se encontró en el mismo sitio en que tres años antes habia sacado de su guarida una cierva preñada. Sacudió el matorral de donde esta habia salido, y saltó tambien otra dando brincos. Tiróla una flecha, y el animal herido, fué á parar al borde del precipicio en donde se habia aparecido el anciano.

Seguíola el cazador, pero no llegó á tiempo para impedir que el animal que perseguia, en las convulsiones de la agonia no resbalase, cayéndose al abismo desde lo alto de la roca.

Para mirar adónde habia caído, inclinóse. En el fondo estaba el genio de la montaña; sus ojos se encontraron con los del cazador, que no pudo separarlos de él. Entonces sintió que se apoderaba de él un vértigo increíble, quiso huir y no pudo. El viejo le llamó tres veces por su nombre, y á la tercera el cazador lanzó un grito de angustia que se oyó en todo el valle y se precipitó en el abismo.

He designado con el nombre de Lutchine el riachuelo que costea el camino de Lauterbrunnen; he cometido un error, pues debiera haber dicho los dos de Lutchines (Zwey-Lutchinen), porque cerca de unos mil pasos encima de las montañas de que acabamos de hablar, se encuentra el punto donde se reunen al pié del Hunnenfluh el Lutchine Negro, que baja de la nevera de Grindelwald, y el Lutchine Blanco de la del Tschingel. Por algun trecho corren uno al lado del otro en el mismo álveo, sin mezclar sus aguas, que conservan á cada lado de la orilla su matiz propio, la una su tinte de yeso y la otra un color ceniciento. Allí el camino se divide en dos, lo mismo que el torrente, y se forma una senda en cada orilla, la una que conduce á Lauterbrunnen, y la otra á Grindelwald. Nosotros continuamos costeano el Lutchine Negro, y una hora despues ya estábamos en la posada de Lauterbrunnen.

Aprovechamos inmediatamente la media hora que el posadero nos declaró necesitaba para confeccionar nuestra comida, en ir á visitar el Stambach, una de las cascadas mas nombradas de la Suiza.

Desde lejos habiamos visto aquella inmensa colina semejante á una manga que se precipita de una altura de novecientos pies por un salto perpendicular, aunque ligeramente arqueado por el impulso que le dan los saltos superiores. Acercámonos á ella cuanto pudimos, es decir, hasta el borde del estanque que

ha socavado en la roca, no por la fuerza si no por la continuacion de su caída, pues aquella columna compacta en el momento de lanzarse desde la roca, no es mas que vapor cuando llega abajo. Es imposible figurarse una cosa mas graciosa que los ondulantes movimientos de aquella magnífica cascada; una palmera cuando se dobla, una muchacha que se cantonea, una serpiente que se desenrosca, no tienen mas ligereza que ella. Cada soplo del viento la hace ondular como la cola de un caballo gigantesco, y tanto, que de aquel volumen inmenso de agua que se precipita, y despues se divide, y despues se esparea, apenas caen algunas gotas en la balsa destinada á recibirla. La brisa se lleva lo demas, y va á sacudirla á un cuarto de legua de distancia sobre los árboles y las flores, cual un rocío de diamantes.

Gracias á los accidentes á que está sujeta esta bella cascada, rara vez han podido verla bajo la misma forma dos viajeros á diez minutos de intervalo uno de otro, tanta influencia tienen en ella los caprichos del aire, y tanta coquetaría pone en seguirlos. No varia solamente en su forma, sino tambien en su color; parece que á cada hora del dia cambia la tela de su vestido, tanto se reflejan los rayos del sol en sus diferentes matices, en su polvo liquido y en sus centellas de agua. A veces llegan de repente corrientes de un viento del Sur (fonwnd) que cogen á la cascada en el momento en que va á caer, la detienen suspendida, la rechazan hácia su origen é interrumpen enteramente su caída; despues las aguas corren de nuevo á precipitarse en el valle mas ruidosas y mas rápidas. A veces algunas bocanadas de viento del Norte helado congelan de un soplo aquellos copos de espuma que se condensa en granizo. Entretanto llega el invierno, cae la nieve, se adhiere á la pared de la roca desde donde se columpia, la cascada se convierte en hielo, aumenta de dia en dia las masas que se prolongan á su derecha é izquierda; terminando, en fin, despues de figurar dos enormes pilastras derribadas, que parecen el primer ensayo de una arquitectura audaz, que pudiese sus cimientos en el aire y edificaria de alto á bajo.

TERCERA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

PASO DE LA VENGENALP.

Al dia siguiente fui despertado al amanecer por mi guia con una cancion tirolesa bajo mi ventana.

sa. El cadáver de Ulrico, que acababa de enterar, estaba tendido sobre la arena.

Abrió Rodolfo un nuevo hoyo y arrojó en él segunda vez á su hermano, pero advirtiéndole que á medida que lo llenaba de tierra volvían á aparecer las manchas de sangre en su vestido. Acabado de llenar el hoyo se encontró todo ensangrentado.

Dudando de sí mismo, volvió á bajar segunda vez al arroyo, cuyas cristalinas aguas hicieron desaparecer de nuevo aquel aterrador prodigio, y despues, volviéndose casi delirante hacia el peñasco, dió un grito horroroso y huyó. El sepulcro habia vomitado otra vez el cadáver.

Por la tarde las gentes de Ulrico hallaron el cadáver de su amo, y le condujeron al castillo.

Rodolfo, no atreviéndose á pedir hospitalidad á nadie, murió de hambre en la montaña.

Una inscripcion abierta en la roca comprueba la verdad del suceso, pero sin entrar en los detalles que acabamos de contar, y que sin duda hubieron de parecer demasiado pueriles al severo historiador que la ha hecho grabar. Véjala aqui:

AQUI EL BARON DE ROTHEN-FLUTH FUE MUERTO POR SU HERMANO. OBLIGADO A HUIR, EL ASESINO TERMINO SU VIDA EN EL DESTIERRO Y LA DESESPERACION, Y FUE EL ULTIMO DE SU RAZA EN OTRO TIEMPO TAN RICA Y PODEROSA.

Casi enfrente de las ruinas del castillo de Rothen-Fluth á la otra parte del valle y como una pareja colosal, se alza el Scheinige-Platte; es una montaña cuya cima roja y de forma redonda conserva el rastro de las aguas primitivas. Desde la cima de esta roca que domina al valle á la altura de casi tres mil pies, fué precipitado por el genio de la montaña un cazador de gamos, cuya historia me contó mi guia con un acento que ofrecia una singular mezcla de duda y de credulidad. Aquel cazador que se entregaba á su profesion con todo el ardor que tienen por ella los montañeses, era un pobre diablo á quien la miseria habia obligado á tomar al principio este oficio, que despues se convirtió en una necesidad. Su destreza era reconocida y su reputacion se extendia del uno al otro confin del Oberland. Un dia, persiguiendo á una cierva preñada, el pobre animal, no pudiendo atravesar un precipicio, que en cualquiera otra ocasion hubiera atravesado de un salto, viendo la muerte delante y detras de ella, se tumbó á la orilla del abismo, y como un ciervo acosado se puso á dar gemidos. La vista de las angustias de la pobre madre no enterneció al cazador, que armó su ballesta, cogió una flecha de la aljaba y se preparó para atravesarla, pero al dirigir su vista al sitio en donde la acababa de ver sola un instante antes, divisó á un anciano sentado

teniendo á sus pies la cierva anhelante lamiéndole la mano. Aquel anciano era el genio de la montaña. A su vista bajó el cazador su ballesta, y el genio le dijo:

—Hombres del valle, á quienes Dios ha dado todos los dones que enriquecen la llanura, ¿por qué venis á atormentar así á los habitantes de la montaña? Yo no bajo adonde vosotros estais para robar las gallinas de vuestros corrales, y los bueyes de vuestros establos. ¿Por qué, pues, subis entonces aqui para matar los gamos de mis rocas y las águilas de mis nubes?

—Porque Dios me ha hecho pobre, respondió el cazador, y no me ha dado nada de lo que ha dado á los demas hombres, excepto el hambre. Entonces, como no tengo ni gallinas ni vacas, he venido á buscar los huevos del águila en su nido, y á sorprender á los gamos en su guarida. El águila y los gamos encuentran su alimento en la montaña; yo no puedo hallar el mio en el valle.

Entonces el anciano reflexionó un poco, despues haciendo una seña al cazador de que se le acercase, se puso á ordeñar á la cierva en una copita de madera; la leche tomó al punto la consistencia y forma de un queso; el anciano se lo dió al cazador:

—Ahí tienes, le dijo, con que aplacar tu hambre en lo sucesivo; en cuanto á tu sed, mi sudor suministra bastante agua para que tú tomes tu parte. Encontrarás siempre entero este queso en tu morral ó en tu armario, con tal que nunca le consumas todo; te lo doy con la condicion de que en adelante dejarás en paz á mis gamuzas y á mis águilas.

El cazador prometió renunciar á su estado, volvió á bajar á la llanura, colgó su ballesta en su chimenea, y vivió un año del queso milagroso que se hallaba intacto cada nueva comida.

Por su parte, los gamos habian vuelto tambien á tener confianza en los hombres, y dejaban hasta el valle en donde se les veia brincar alegremente, saliendo al encuentro á las cazbras que se encaramaban por la montaña.

Una tarde que el cazador estaba asomado á su ventana llegó un gamo tan cerca de su casa, que podia matarlo sin salir de ella. La tentacion era demasiado fuerte: descolgó su ballesta, y olvidando la promesa que habia hecho al genio, apuntó con su acostumbrada destreza al animal, que pasaba sin recelo, y lo mató.

Corrió al momento hácia el sitio donde habia caído el pobre animal, se lo cargó á la espalda, y habiéndoselo llevado á su casa, preparó un pedazo de él para cenar.

Despues que se lo hubo comido, se acordó del queso, que en aquella ocasion le iba á servir, no de comida, sino de postres. Fué, pues, al armario, y lo abrió: salió de él un enorme gato negro, con ojos y manos de hombre, que tenia el queso en la boca, y saltando por la

ventana, que se habia quedado abierta, desapareció con él.

No se inquietó por esto el cazador, se habian hecho tan comunes en el valle los gamos, que por un año no tuvo necesidad de irlos á buscar á la montaña. Sin embargo, poco á poco se fueron espantando, se hicieron mas raros, y al fin acabaron por desaparecer del todo. El cazador, que habia olvidado la aparicion del viejo, volvió á sus antiguas correrias por las rocas y las neveras.

Un dia se encontró en el mismo sitio en que tres años antes habia sacado de su guarida una cierva preñada. Sacudió el matorral de donde esta habia salido, y saltó tambien otra dando brincos. Tiróla una flecha, y el animal herido, fué á parar al borde del precipicio en donde se habia aparecido el anciano.

Seguíola el cazador, pero no llegó á tiempo para impedir que el animal que perseguia, en las convulsiones de la agonia no resbalase, cayéndose al abismo desde lo alto de la roca.

Para mirar adónde habia caído, inclinóse. En el fondo estaba el genio de la montaña; sus ojos se encontraron con los del cazador, que no pudo separarlos de él. Entonces sintió que se apoderaba de él un vértigo increíble, quiso huir y no pudo. El viejo le llamó tres veces por su nombre, y á la tercera el cazador lanzó un grito de angustia que se oyó en todo el valle y se precipitó en el abismo.

He designado con el nombre de Lutchine el riachuelo que costea el camino de Lauterbrunnen; he cometido un error, pues debiera haber dicho los dos de Lutchines (Zwey-Lutchinen), porque cerca de unos mil pasos encima de las montañas de que acabamos de hablar, se encuentra el punto donde se reunen al pié del Hunnefluh el Lutchine Negro, que baja de la nevera de Grindelwald, y el Lutchine Blanco de la del Tschingel. Por algun trecho corren uno al lado del otro en el mismo álveo, sin mezclar sus aguas, que conservan á cada lado de la orilla su matiz propio, la una su tinte de yeso y la otra un color ceniciento. Allí el camino se divide en dos, lo mismo que el torrente, y se forma una senda en cada orilla, la una que conduce á Lauterbrunnen, y la otra á Grindelwald. Nosotros continuamos costeano el Lutchine Negro, y una hora despues ya estábamos en la posada de Lauterbrunnen.

Aprovechamos inmediatamente la media hora que el posadero nos declaró necesitaba para confeccionar nuestra comida, en ir á visitar el Stambach, una de las cascadas mas nombradas de la Suiza.

Desde lejos habiamos visto aquella inmensa colina semejante á una manga que se precipita de una altura de novecientos pies por un salto perpendicular, aunque ligeramente arqueado por el impulso que le dan los saltos superiores. Acercámonos á ella cuanto pudimos, es decir, hasta el borde del estanque que

ha socavado en la roca, no por la fuerza si no por la continuacion de su caída, pues aquella columna compacta en el momento de lanzarse desde la roca, no es mas que vapor cuando llega abajo. Es imposible figurarse una cosa mas graciosa que los ondulantes movimientos de aquella magnífica cascada; una palmera cuando se dobla, una muchacha que se cantonea, una serpiente que se desenrosca, no tienen mas ligereza que ella. Cada soplo del viento la hace ondular como la cola de un caballo gigantesco, y tanto, que de aquel volumen inmenso de agua que se precipita, y despues se divide, y despues se espesce, apenas caen algunas gotas en la balsa destinada á recibirla. La brisa se lleva lo demas, y va á sacudirla á un cuarto de legua de distancia sobre los árboles y las flores, cual un rocío de diamantes.

Gracias á los accidentes á que está sujeta esta bella cascada, rara vez han podido verla bajo la misma forma dos viajeros á diez minutos de intervalo uno de otro, tanta influencia tienen en ella los caprichos del aire, y tanta coquetaría pone en seguirlos. No varia solamente en su forma, sino tambien en su color; parece que á cada hora del dia cambia la tela de su vestido, tanto se reflejan los rayos del sol en sus diferentes matices, en su polvo liquido y en sus centellas de agua. A veces llegan de repente corrientes de un viento del Sur (fonwnd) que cogen á la cascada en el momento en que va á caer, la detienen suspendida, la rechazan hácia su origen é interrumpen enteramente su caída; despues las aguas corren de nuevo á precipitarse en el valle mas ruidosas y mas rápidas. A veces algunas bocanadas de viento del Norte helado congelan de un soplo aquellos copos de espuma que se condensan en granizo. Entretanto llega el invierno, cae la nieve, se adhiere á la pared de la roca desde donde se columpia, la cascada se convierte en hielo, aumenta de dia en dia las masas que se prolongan á su derecha é izquierda; terminando, en fin, despues de figurar dos enormes pilastras derribadas, que parecen el primer ensayo de una arquitectura audaz, que pusiese sus cimientos en el aire y edificaria de alto á bajo.

TERCERA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

PASO DE LA VENGENALP.

Al dia siguiente fui despertado al amanecer por mi guia con una cancion tirolesa bajo mi ventana.

Desde Berna y con las primeras palabras tudescas que habíamos oído, nos habían acompañado por todas partes canciones populares peculiares del país. Es preciso haber viajado por Alemania para conocer cuán propagado se halla el genio musical en aquella tierra. Los niños se mecen entre los cantos nacionales, los aprenden al mismo tiempo que su lengua materna y los modulan con sus primeras palabras; y hombres sin método y sin maestro acercan á sus labios los instrumentos y sacan de ellos un partido armonioso, con un encanto que en vano se pediría algunas veces á nuestros más hábiles profesores. Ya no son allí los roncós cantares de los muchachos de la llanuras de Francia, ni los aullidos salvajes del guía de las montañas de la Saboya, son cantares que se corresponden, modulaciones infinitas reproducidas únicamente con algunas notas, octavas recorridas osadamente sin escala intermedia, piezas cantadas por seis personas y en que cada cual toma al primer golpe la parte que conviene á su voz, la sigue en todas las modulaciones adornándola á su capricho con notitas rápidas y chispeantes y que en fin, no ofrece ningún otro país, excepto la Italia; y todavía aun en un grado muy inferior en mi opinión.

Creuyendo mi guía que no le había oído comenzó una segunda tirolesa en un tono más alto. Abrió mi ventana y le escuché hasta el fin.

—Tenemos buen tiempo, Willer? le dije cuando hubo concluido.

—Si, si, me dijo volviéndose, ya se oyen silbar las marmotas, y esa es una buena señal. Solo si quisiérais partir ahora mismo llegaríamos á las tres á Grindelwald, de este modo habría tiempo de visitar la nevera hoy mismo.

—Estoy listo, respondí.

En efecto, no tenía más que ponerme mis polainas y echarme la blusa. Encontré á Willer á la puerta de la posada con el morral á la espalda, y mi bastón en la mano; me lo dió y nos pusimos en camino.

Así iba á emprender de nuevo mi vida de montañés, mi peregrinación de cazador, de artista y de poeta, con mi album en el bolsillo, mi escopeta al hombro y mi bastón con puntas de hierro en la mano. Viajar es vivir en toda la extensión de la palabra; es olvidar lo pasado y el porvenir por lo presente: es respirar á su placer, gozar de todo, apoderarse de la creación como de una cosa propia; es buscar en la tierra minas de oro que nadie ha explotado, y en el aire maravillas que nadie ha visto; es pasar después de la multitud y recoger sobre la yerba las perlas y diamantes que ignorante y negligente ha tomado por copos de nieve ó gotas de rocío.

Es seguramente cierto esto, como que muchos han pasado antes que yo, y no han visto las cosas que yo he visto, ni han oído las re-

laciones que á mí se me han contado, y no han vuelto llenos de esos mil recuerdos poéticos que mis pies han hecho trotar, separando, con gran pena á veces, el polvo de las pasadas edades.

Las investigaciones históricas que yo me he visto obligado á hacer, me han dado también una paciencia admirable para esas cosas. Yo ojeaba á mis guías como á manuscritos, demasiado feliz aun cuando aquellas tradiciones vivientes de lo pasado hablaban la misma lengua que yo. No se ofrecía en nuestro camino una ruina cuyo nombre no les obligase yo á recordar; ni había un solo nombre cuyo sentido no les hiciese explicarme. Esas historias eternas que quizá me harán el honor de atribuir á mi imaginación, porque ninguna crónica las cuenta ni en ningún itinerario se refieren, me han sido contadas más ó menos poéticamente, por los hijos de las montañas, que han nacido en la misma cuna que ellas; las habían oído á sus padres á quienes sus abuelos se las habían dicho. Tal vez quizá no se las repetirán á sus hijos, porque de día en día la sonrisa incrédula del viajero de gran talento, hace espirar en sus labios aquellas sencillas leyendas, que florecen como las rosas de los Alpes á la orilla de los torrentes, al pie de todas las neveras.

Desgraciadamente para mí no había nada igual en la ascensión de la Vengenalp (este era el nombre de la montaña que subíamos), y si alguna cosa hubiese podido indemnizarme, hubiera sido sin duda, la maravillosa vista que se desarrollaba ante nosotros á medida que íbamos sabiendo. A nuestros pies el valle de Lauterbrunnen, verde como una esmeralda, diseminaba sobre el césped sus casas encarnadas; enfrente el magnífico Stambach, cuyas cascadas superiores divisábamos entonces, merecía su nombre de polvo de agua, tan parecido era á un vapor flotante; á la izquierda el valle cerrado al cabo de dos ó tres leguas por la nevada montaña de donde se precipita el Schmadribach, cual si el mundo terminase allí: á la derecha el valle que acabábamos de recorrer, desarrollándose en línea recta en toda su extensión, y volviendo los ojos, con el auxilio del Lutchine, que les sirve de conductor hasta la aldea de Interlaken, de la que al través de aquella atmósfera azulada que solo pertenece á las montañas, se divisaban las casas y los árboles, semejantes á los juguetes que se encierran en una caja y con los que forman los niños encima de una mesa ciudades y jardines.

Al cabo de una hora hicimos un alto para combinar nuestra admiración y nuestro almuerzo; cosa muy fácil. Una roca saliente nos ofreció una mesa, un manantial su agua helada, y un nogal su sombra. Sacamos las provisiones del morral, y reconocí con gran placer á la primera ojeada que sobre ellas eché, que Willier era, por lo que toca á la prevision,

digno de ser nombrado para lo restante de camino comisario general de los viveres de toda la caravana.

Una nueva etapa de una hora nos condujo á la primera cumbre de la Vengenalp, cumbre cortada á pico á la que se llega por un camino tallado en la roca en ziz-zag. Una vez sobre la meseta, la pendiente de la subida es más suave, y el sendero, tomando por último un partido forma línea recta por espacio de una legua; después se encuentra una casita de campo en donde se hace alto. Habíamos llegado al pie de la Yungfrau.

Yo no sé si el nombre de esta joven dado á la montaña que tenía delante de mis ojos la adornaba para mí de una gracia mágica; pero si es que además de la causa por la que se le ha dado, está maravillosamente en armonía con sus proporciones elegantes y su blancura virginal. En todo caso, y en medio de aquella cadena de colosos, sus hermanos y hermanas, me ha parecido la privilegiada de los viajeros y de los montañeses. Enseñan los guías, sonriéndose, otras dos montañas colocadas sobre su poderoso pecho, llamadas por los geógrafos *puntas de plata* (1), y á las que los guías más sencillos han dado el nombre de *tetas*.

Enseñan á su derecha el Finster-Aarhorn, más elevado (2) que aquella, la Blumlisalp, más poderosa por su base, pero vuelven siempre á la virgen de los Alpes, de la que hacen la reina de las montañas.

Este nombre de virgen fué dado á la Yungfrau, porque ninguno ser creado había, desde la formación del mundo, manchado su capa de nieve, ni el pie del gamo, ni la garra del águila habían llegado á las altas regiones adonde ella levanta su cabeza. El hombre, sin embargo, resolvió hacerla perder el título que tanto tiempo y tan religiosamente había conservado. Un cazador de gamos, llamado Pouman, hizo por ella lo que Balmat había hecho por el Mont-Blanc; después de varias tentativas inútiles y peligrosas llegó á subir á su punta más elevada, y una mañana los montañeses asombrados vieron tremolar al altar una bandera encarnada sobre la cabeza de la desflorada doncella. Desde entonces la llaman la *frau*, porque según ellos, ya no tiene derecho de llevar el epíteto de *yung*, ultraje que equivale al que nosotros haríamos si arrancáramos de la frente ó del ferozo de una doncella el ramillete de azar, adorno simbólico con el que sus compañeras la condujesen al altar ó al sepulcro.

Sobre una de sus tetas, sobre la que mira al valle de Lauterbrunnen, un *lammergöyer* (3) devoró á un niño que se llevó de Grindelwald, sin que sus padres ni cuantos acudieron á sus gritos pudieran socorrerle.

(1) Silberhorn.

(2) Trece mil doscientos cuatro, la Yungfrau tiene doce mil ochocientos sesenta y cuatro.

(3) Gran buitre de los Alpes (*gyppaetos barbatus*).

A la derecha de la Yungfrau se levanta el Wetter-Horn, (pico del tiempo), llamado así, no porque sea contemporáneo del mundo, *intacta ævis congenita mundo*, sino porque pronostica el tiempo que hará según se halle cubierto ó despejado de nubes.

A su izquierda se extiende sobre una base de muchas leguas la Blumlisalp (montaña de las flores), cuyo nombre tan significativo como el de Wetter-Horn, me pareció presentar con su apariencia una analogía más difícil de explicar, pues la montaña de las flores está enteramente cubierta de nieve. Entonces recurrí á Willer, que me explicó así esta contradicción que hay entre el nombre y la montaña á la cual está aplicado.

—Nuestros Alpes, me dijo, no han estado siempre incultos cual lo están hoy. Las faltas de los hombres y los castigos de Dios han hecho descender las nieves sobre nuestras montañas y las neveras á nuestros valles; antes los ganados pacían adonde ahora no se atreven á subir el águila ni los gamos. Entonces la Blumlisalp estaba como sus hermanas y más brillante aun que ellas sin duda, pues la sola entre todas había merecido el nombre de montaña de las flores. Era de patrimonio de un pastor rico como un rey, que poseía un magnífico rebaño, en este rebaño había una ternera blanca, era el objeto de todo su afecto. Había hecho construir para ella sola un establo que parecía un palacio, y al que se subía por una escalera de quesos. Una noche de invierno vino á visitarle su madre que era pobre y habitaba en el valle; pero no habiendo podido tolerar las reconvenções que le hacía sobre su prodigalidad, la dijo que no tenía sitio para alojarla aquella noche y que así era menester que volviese á bajar otra vez á la aldea. En vano le suplicó le diese un rincón en la cocina junto al fogón, ó en el establo de su ternera; la hizo agarrar por sus pastores y echarla fuera. Silbaba en el aire una brisa húmeda y helada, y la pobre muger miserablemente vestida como estaba, se sintió penetrada de un intenso frío: entonces empezó á bajar hácia el valle entregando aquel hijo ingrato á todas las venganzas celestiales. Apenas fué pronunciada la maldición, cuando la lluvia que caía se convirtió en nieve tan espesa; que á medida que la madre bajaba y detrás del último pliegue de su vestido que arrastraba, parecía que la montaña se cubría como con una mortaja. Llegada al valle cayó agobiada del frío, de la fatiga y del hambre. Al día siguiente fué encontrada muerta, y desde entonces la montaña de las flores quedó cubierta de nieve.

Mientras Willer me daba esta explicación llegó hasta nosotros un ruido parecido al redoble del trueno, y mezclado de espantosos crugidos; creí que la tierra iba á abrirse bajo nuestros pies, y miré con inquietud á nuestro guía, diciéndole:

—¡Y bien!... ¿qué es esto?

Entonces estendió su mano hacia la Yungfrau y me enseñó una especie de cinta plateada y movable que se precipitaba de los costados de la montaña.

—¡Toma! una cascada, dije yo.

—¡No! es un alud, respondió Willer.

—¿Y eso es lo que produce ese estrépito tan espantoso?

—Eso mismo.

Yo no quería creerlo; parecíame imposible que aquel arroyuelo de nieve que desde lejos parecía una cinta de gasa flotante produjese un ruido tan aterrador. Volvi los ojos á todas partes para buscar la verdadera causa; pero entretanto se apagó, y cuando miré de nuevo á la Yungfrau, ya había cesado de correr la cascada.

Entonces Willer me dijo que descargase mi escopeta al aire, y lo hice.

La detonacion, que al pronto me pareció mas débil que en el llano, fué á estrellarse contra las montañas; nos fué devuelta repentinamente por su eco, y despues, á las últimas vibraciones sucedió un rugido sordo y crecientemente, parecido al que ya una vez me había causado sorpresa. Willer me enseñó entonces en la base de una de las tetas de la Yungfrau una segunda cascada improvisada, y como el ruido era idéntico, necesité reconocer que la causa era la misma.

En esto divisamos corriendo hacia nosotros á un especie de enano montañés, á un chico raquítico que traía en sus brazos un cañoncito: lo colocó á nuestros pies, se agachó, hizo la puntería con tanto cuidado como si la bala hubiese debido abrir brecha en la montaña, y acercando un pedazo de yesca sopló sobre el oído hasta que salió el tiro. Inmediatamente se renovó por tercera vez el mismo accidente. La precipitacion del pobre diablo había sido causada por la detonacion de mi carabina: tenía por oficio hacer caer aludes, y como yo lo había hecho por mi mismo, tenía que se le escapasen aquella vez los batz (1) que saca de propina por medio de su artillería á los viajeros que atraviesan la Vengenalp: yo le tranquilicé al momento pagándole el tiro de mi carabina al mismo precio que su cañonazo.

Despues de habernos detenido cerca de una hora contemplando aquel magnífico espectáculo, volvimos á ponernos en camino, continuando la subida por una cuesta muy suave hasta el momento en que nos hallamos en el punto mas elevado de la arista de la Vengenalp, habiendo dejado ya buen rato antes, tras de nosotros los pinos, que semejantes á los soldados rechazados en un asalto, nos ofrecieran al principio, reunidos en bosque, el aspecto de un ejército que se reúne; mas arriba diseminados segun su fuerza vegetativa la apariencia de tiradores que sostienen la re-

(1) Monedita suiza que equivale á tres sueldos.

tirada; y finalmente, en donde concluye su dominio, troncos caídos sin hojarasca ni corteza, semejante á cadáveres tendidos y desnudos en el campo.

Detuvimos antes de bajar la ladera opuesta para despedirnos del pais que acabábamos de recorrer, y para saludar al otro en que íbamos á entrar. Reparé entonces en que nos hallábamos por casualidad en el centro de un círculo de treinta pasos de circunferencia, y aunque en derredor de él estuviere la tierra cubiertas de rosas de los Alpes, de genciana purpura y de anapelo, bajo nuestros pies el suelo estaba seco y desnudo como lo está en nuestros bosques en los sitios en donde se acaba de hacer carbon. Pregunté la causa de aquello á Willer, quien se hizo de rogar mucho tiempo para contarme la siguiente tradicion, que no me refirió, debo hacerle justicia, si no advirtiéndome que no la creía.

Había en otro tiempo en el valle de Gadmín un hombre muy sabido en cosas de magia, que mandaba á los animales como á inteligentes servidores. Todas las noches del sábado al domingo, los reunía sobre las montañas mas altas, ya á los osos, ya á las águilas, ya á las serpientes, y allí, describiendo con su varita un círculo que no podían salvar, los llamaba silbando: y cuando estaban reunidos les daba sus órdenes que iban á ejecutar al momento por los cuatro ángulos de Oberland.

Una noche que había reunido á los dragones y serpientes, les mandó tales cosas, á lo que parece, que le rehusaron sus acostumbrados servicios. El mágico se enfadó y recurrió á encantos de que aun no había echado mano, porque se guardaba de recurrir á palabras que, aunque sabia que eran poderosas, las tenía como criminales. Apenas las hubo pronunciado vió que dos dragones se apartaban de los demas reptiles que le rodeaban y se dirigian hacia una caverna cercana. Creyó que por fin obedecian, pero al momento volvieron á aparecer trayendo sobre sus espaldas una enorme serpiente cuyos ojos brillaban como dos carbunclos, y que llevaba en su cabeza una coronita de diamantes: era el rey de los basiliscos. Acercáronse de aquel modo hasta el círculo, del que no podían pasar, pero llegados á él levantaron en alto á su soberano y le lanzaron por encima de la línea mágica, que salvó de este modo sin tocarla. El mágico no tuvo tiempo mas que para hacer la señal de la cruz y decir: Estoy perdido: al otro día se le encontró muerto en medio de su círculo infernal, en el que despues no ha crecido planta alguna.

Al momento dejamos aquel sitio maldito y nos dirigimos á Grínderwald, á donde llegamos felizmente sin haber encontrado al rey ni á la reina de los basiliscos (1). No nos detu-

(1) Los pastores creen aun en la existencia de serpientes que por la noche van á mamar de sus

vimos en la posada mas que para encargar la comida, y nos encaminamos en seguida á la nevera, que no dista mas que un cuarto de legua del pueblo.

He hablado ya de tantas nevevas, que no me estenderé en la descripcion de esta que no ofrece nada de particular. Unicamente contaré un suceso de que ella fué testigo y que servirá para hacer resaltar las costumbres particulares de la raza de hombres valientes y caritativos que ejercen su oficio de guías.

Súbese á la nevera de Grínderwald por medio de algunos escalones rústicamente formados en el suelo, y no me cuidaba yo mucho de hacer esta ascension, cuando Willer, que conocia mi flaco, me dijo que había en él una cosa interesante que ver. Seguíle al momento.

Despues de un escalamiento bastante penoso y que duró cerca de un cuarto de hora, nos encontramos en la superficie de la nevera, cuya pendiente se hace desde entonces mas suave; sin embargo, á cada paso es preciso costear grutas profundas cuyas paredes van á reunirse, oscureciendo su color, á cincuenta, sesenta y cien pies de profundidad. Willer saltaba por cima de aquellas quebrajas; yo concluí por imitarle, y despues de otro cuarto de hora de marcha llegamos á un gran agujero redondo como el brocal de un pozo. Willer echó en él una gruesa piedra que tardó algunos segundos en encontrar el fondo, y luego me dijo:—Cayéndose aqui dentro fué donde se mató en 1821, Mr. Mauron, pastor de Grínderwald.

Hé aqui cómo sucedió el accidente y las consecuencias que tuvo.

Mr. Mauron, uno de los mas hábiles exploradores de la comarca, consagraba todo el tiempo que le dejaba libre el ejercicio de sus funciones, en correrías en las montañas: bastante buen fisico y botánico distinguido, había hecho curiosas observaciones meteorológicas y poseía un herbario donde había reunido y clasificado por familias casi todas las plantas de los Alpes. Un dia que se entregaba á nuevas adquisiciones atravesó la nevera de Grínderwald, se paró en el sitio donde nosotros estamos para arrojar piedras en el agujero que tenemos delante de la vista. Despues de haber escuchado la caída de varias, quiso descubrir el interior del precipicio, y apoyando su baston ferrado sobre el borde opuesto á aquel sobre que él se encontraba, se inclinó sobre el abismo, el baston mal sujeto, resbaló y el pastor se precipitó. El guia corrió desalentado al pueblo, y contó el accidente del que había sido testigo.

Algunos dias se pasaron durante los cuales esta noticia fué la conversacion de toda la comarca, el pastor era querido, y como el sentimiento causado por su muerte fué tan

vacas; y pretenden preservarse de esto colocando un gallo blanco en medio de sus rebaños.

grande, se suscitaron sospechas sobre la fidelidad del guia que le había acompañado; estas sospechas pronto tomaron consistencia, y hasta se llegó á decir que el pastor había sido asesinado y arrojado en seguida en el agujero de la nevera; el objeto del asesinato había sido el de robarle la bolsa y su reloj.

Entonces todo el cuerpo entero de guías á quienes estas sospechas ofendian en uno de sus miembros, se reunió y decidió que uno de ellos, el que la suerte designase, bajaria, aun con peligro de su vida al fondo del precipicio que había servido de sepulcro á su desgraciado pastor; si el cadáver tenía encima su reloj y su bolsa, el guia era inocente.

La suerte le tocó á uno de los hombres mas fuertes y mas vigorosos de la comarca, llamado Burguenen.

El dia fijado, todo el pueblo se reunió en la nevera; Burguenen se hizo atar una cuerda á la cintura, una linterna al cuello, y tomando una campanilla en una mano para indicar al tocarla que necesitaba le subiesen, y su baston ferrado en la otra, á fin de preservarse del contacto cortante de los hielos, se dejó resbalar suspendido á un cable que cuatro hombres alargaban poco á poco. Dos veces estuvo á pique de asfixiarse, por la falta de aire, tocó y se le subió al nivel del agujero; pero al fin, á la tercera, se notó un peso mucho mas grande en el cabo de la cuerda. Burguenen reapareció trayendo el cuerpo mutilado del pastor.

El cadáver tenía su bolsa y su reloj. La piedra que cubre el sepulcro del pastor atestigua el accidente de que fué victima y el arrojó del que arriesgó su vida para dar á su cuerpo una sepultura cristiana.

Hé aqui la inscripcion:

AMADO MOURON, MIN. DE S. E.
EN LA IGLESIA POR SUS TALENTOS Y SU
PIEDAD.

NACIDO EN CHARDRONNE, EN EL CANTON DE
VAUD,

EL 3 DE OCTUBRE DE 1790.

ADMIRANDO EN ESTAS MONTAÑAS

LAS OBRAS MAGNIFICAS DE DIOS

CAYÓ EN UN ABISMO

DEL MAR DE HIELO

EL 31 DE AGOSTO DE 1821.

AQUI REPOSA SU CUERPO

SACADO DEL ABISMO, DESPUES DE DOCE DIAS
POR CH. BURGUENEN DE GRINDERWALD.

SUS PARIENTES Y SUS AMIGOS,

LLORANDO SU MUERTE PREMATURA,

LE HAN LEVANTADO ESTE MONUMENTO.

Burguenen calculó haber bajado á la profundidad de setecientos cincuenta pies.

EL FAULHORN.

Al día siguiente á las ocho de la mañana nos pusimos en camino para verificar la mas ruda ascension que hasta entonces habíamos intentado, teníamos la pretension de ir á dormir á la habitacion mas alta de Europa, es decir, á ocho mil ciento veinte y un pies sobre el nivel del mar; quinientos setenta y nueve pies mas alto del hospicio de San Bernardo, último límite de las nieves eternas.

El Faulhorn es, si no la mas alta, al menos una de las mas elevadas montañas de la cordillera que separa los valles de Thun, de Interlaken y de Brienz de los de Grindelwald y de Rosenlauwi.

Hace un año ó dos que un fondista, especulando con la curiosidad de los viajeros, tuvo la idea de establecer sobre la meseta que corta su cumbre, una pequeña hosteria que habita durante el estío. Así que llega el mes de octubre abandona su especulacion y su domicilio, desmonta las puertas y las ventanas á fin de no tener que hacer otras al año siguiente, y abandona su casa á todos los huracanes del cielo, que se desencadenan hasta que no dejan ni un madero en pie.

Nuestro huésped del valle tuvo gran cuidado de prevenirnos con anticipacion, como cofrade caritativo, que la vida animal era muy pobremente alimentada en las regiones superiores adonde íbamos á llegar, atendido á que el posadero estaba obligado á llevar todos sus comestibles de Grindelwald y de Rosenlauwi, haciendo el lunes las provisiones de toda la semana; medida que no tenia ningun inconveniente para los viajeros que le visitaban el martes, pero que debía tener en gran perplexidad á los que como nosotros la casualidad llevaba el domingo á su casa. Nos invitó en su consecuencia y por nuestro interés, segun nos dijo, á volvernos á acostar á su casa, donde encontraríamos como ya nos habíamos podido convencer, buena cama y buena mesa. Le dimos las gracias por el consejo, pero le dijimos que nuestra intencion era si bajáramos el mismo día, irnos derechos á Rosenlauwi y ganar de esta manera una jornada de marcha. Esta declaracion le hizo perder al instante una gran parte de la solicitud que acababa de demostrarnos tan tiernamente, y en el momento de nuestra marcha aun pareció mirarnos con la mas completa indiferencia, sentimiento de que nos dió una prueba, negándose á venderme un pollo fiambre que yo queria á todo evento llevar de compañero de camino.

Partimos, pues, bastante alarmados por nuestro porvenir gastronómico.

Toda mi esperanza descansaba en este pun-

to en mi escopeta, que llevaba terciada á la espalda, pero cada uno sabe cuán precaria es en Suiza para el viagero la probabilidad de comer con lo que mate. La caza, naturalmente rara, deserta enteramente de las inmediaciones de los caminos frecuentados. Separéme, pues, cuanto pude del camino abierto, y me fui seguido de mi guia golpeando en todos los matorrales, á ver si hacia saltar alguna pieza.

De trecho en trecho deteníase aquel y me decia:—¿Oís?

Escuchaba yo, y efectivamente llegaba á mis oídos una especie de silbido agudo.

—¿Qué es eso? preguntaba yo.

—Marmotas, contestó mi guia. Mirad, continuó, las marmotas son esquisitas.

—¿Diablos si pudiese alcanzar la que silba.

—¡Oh! no podreis. Se la desnella como un conejo, se pone en el asador, donde se la rocía con manteca fresca ó con crema, despues se echan encima algunas yerbas finas, y cuando se ha comido la carne y roído los huesos se chupa uno los dedos.

—Decid amigo, ¿entonces no me pesaria matar alguna?

—Imposible. O bien cuando se la quiere comer fiambre se la pone buenamente en una olla con sal, pimienta, y un puñado de perejil, echándole un poquito de vino; se la deja hervir durante dos horas, y luego se hace una salsa con aceite, vinagre y mostaza. Ya me contareis maravillas si llegais alguna vez á probarla.

—Pues bien, amigo, trataré de que sea esta tarde.

—¡Si, si, corriendo! Son tan indignos esos animales, como que saben lo excelentes que están asados ó cocidos. He ahí porque no se dejan acerear. Solo en el invierno se destrózan sus madrigueras y se les encuentra por docenas durmiendo en rueda.

Como yo no contaba esperar al invierno para probar la marmota, me puse en seguida á acechar la que silbaba, pero no bien me aproximé unos cuatrocientos pasos de ella, el silbido cesó, y probablemente el animalito se escondió en su madriguera, pues no volví á verla mas. Otra me dió la misma esperanza, pero me burló de la misma manera, y así de seguida cinco ó seis tentativas tan infructuosas como la primera me dieron á conocer la verdad de las palabras que el guia me habia dicho.

Volvíme al camino todo corrido, cuando saltó casi á mis pies un pájaro que no conocia. No estaba yo prevenido y se hallaba á cincuenta pasos cuando le disparé el tiro. Vi á pesar de la distancia que le habia tocado; mi guia me gritó que el pájaro iba herido. El pájaro continuó su vuelo, y yo me puse á correr tras de él para alcanzarlo.

Solo un cazador puede comprender por qué caminos se pasa cuando uno va corriendo tras de una pieza que va herida. No creo haberme presentado al lector como un intrépido

montañés; pues bien, yo bajaba á carrera tendida por una montaña tan pendiente como un tejado, tropezando con los matorrales en que me enredaba las piernas, dándome en los peñascos por encima de los que brincaba arrastrando conmigo un regimiento de piedras que á duras penas me seguian, sin mirar siquiera donde ponía mis pies; tan clavados tenia mis ojos en las curvas que describía revoloteando el desconocido pájaro que perseguia. Este cayó al fin á la otra parte del torrente; arrastrado por mi impulso, salté por encima sin calcular su anchura, y puse la mano sobre mi asado. Era un magnífico ortega blanco.

Se la enseñé al momento, dando un gran grito de triunfo, á mi guia; se habia quedado en el mismo sitio en donde yo habia disparado, y entonces fué cuando conocí el trecho que habia andado; creó que anduve un cuarto de legua en menos de cinco minutos.

Tratábase de volver otra vez á desandar el camino, cosa no muy fácil por varias razones; la primera era el torrente. Acérqueme á él y vi entonces que tenia de catorce á quince pies de ancho, espacio que yo habia salvado no hacia mas que un instante, y que sin embargo me parecia muy respetable ahora que la examinaba. Dos veces tomé carrera y dos veces me detuve á la orilla; oia yo reirse á mi guia; me acordé entonces de Payot, de quien me habia yo reido en iguales circunstancias, y me decidí á hacer lo que él, es decir, á subir por la cascada hasta que encontrase un puente ó fuese mas estrecho su cauce. Al cabo de un cuarto de hora advertí que tomaba una dirección contraria á la que yo necesitaba seguir, y que me habia apartado mucho de mi camino.

Volvíme entonces hácia donde estaba mi guia, me lo ocultaba una eminencia del terreno: aprovechéme de esta circunstancia, y cogiendo una rama de pino, sondé el torrente con ella, y bien convencido de que no tenia mas que dos ó tres pies de profundidad, bajé osadamente, lo vadeé y llegué á la otra orilla mojado hasta la cintura. Hallábame nada mas que á la mitad de mis trabajos; me faltaba aun que subir la montaña.

Al comenzar esta operacion apareció el guia en la cima, le grité que me trajera mi baston sin cuyo auxilio era evidente que quedaria en el camino: hubiera sido tal vez mas filantrópico decirle que me lo tirase, pero además de ignorar yo si le detendria algun obstáculo en el camino, no me pesaba el vengarme de cierta carcajada que aun resonaba en mis oídos y contra la que conservaba francamente rencor, y por la frescura del agua qua chorreaba de mis pantalones.

No por eso dejó de acudir Willer con toda la servicial obediencia que forma el fondo del carácter de aquellas buenas gentes; me auxilió con su esperiencia arrastrándose tras de su baston ó llevándose sobre sus hombros de modo que, al cabo de tres cuartos de hora po-

co mas ó menos, hube desandado el camino que habia recorrido antes en cinco minutos.

Sin embargo, como habíamos ido subiendo siempre comenzamos á hallar en nuestro camino grandes masas de nieve que el calor del verano no habia podido derretir; un viento frio pasaba á bocanadas cada vez que la montaña le ofrecia una salida; en cualesquiera otras circunstancias apenas hubiera yo reparado en ello, pero el baño local que acababa de tomar me lo hacia á cada momento muy sensible. Tiritaba, pues bastante de frío al llegar á la orilla de un pequeño lago situado á siete mil pies sobre el nivel del mar, lo que significa que mil ciento veinte y un pies mas arriba, es decir, en la cima del Faulhorn, tiritaba muchísimo.

Así, pues, me precipité en la barraca sin ocuparme de la hermosa perspectiva que habia ido á buscar. Sentí un fuerte dolor en el vientre, pero como no me habria sido lisonjero el verme atacado de una inflamacion aun en la mas elevada morada de Europa, reclamé en su consecuencia un gran fuego de mi huésped, que me preguntó cuantas libras de leña queria.

—¡Por Dios! dadme un haz, pese lo que pese. Tengo demasiado frio para calentarme por onzas.

El huésped fué á buscar un tronco muy gordo que suspendió de la romana, señalando el fiel diez libras.—Ahí teneis por treinta francos, me dijo.

Esto naturalmente debia parecer un poco caro á un hombre nacido en medio de un bosque en que se vende la leña á doce francos el carro, así hice un gesto muy significativo.

—¡Pardiez! caballero, me dijo el huésped que al parecer lo comprendió, es que está obligado uno á ir á buscarla á cuatro ó cinco leguas, y traerla á cuestras, lo que hace que la manutencion sea un poco cara aqui, en atencion á que no se puede guisar sin leña...

El giro de la última frase y su terminacion por una reticencia no me anunciaban nada bueno para lo demas del gasto, pero como en todo caso mi asado me costaba ya los treinta francos de leña que iba á encender para calentarme, desafié á mi huésped á que me contase el resto de la comida al mismo precio; bien entendido de que este desafio lo hice con voz baja, pues si lo hubiera hecho alto parecia-me que el hombre debía aceptar sin la menor vacilacion.

Hice, pues, serrar mi tronco en tres, me encerré con él en mi cuarto, encajé diez francos de leña en mi estufa y sacando de mi saco ropa blanca, un pantalon de paño y mi levita algodonada, empecé una toilette análoga á la localidad.

Apenas habia acabado cuando llamó á mi puerta Willer: me invitaba á que me despa-chase si queria gozar de la perspectiva en toda su estension del horizonte. El tiempo amenazaba tempestad, y esta prometia quitar-

nos de los ojos bien pronto el aspecto del inmenso panorama que íbamos á ver. Me apresuré á salir.

Subimos inmediatamente á una colina de unos quince pies de altura, contra la que se apoya la posada, y nos hallamos en la cima mas elevada del Faulhorn.

Volviéndonos hácia el Norte, teníamos en frente de nosotros toda la cadena de neveras que veíamos desde Berna, y que corriendo de Oriente á Occidente, á cuatro ó cinco leguas de nosotros, parecían cerrar el horizonte únicamente á algunos pasos de distancia. Parecían todos aquellos colosos de cabelleras y espaldas blancas, la personificación de los siglos agarrándose por las manos y rodeando al mundo: algunos mas gigantes que los demas, tales como el Walter-Horn, el Finster-Ahorn, la Yungfrau y la Blumlisalp, sobrepujaban en la cabeza á toda aquella familia patriarcal de ancianos, y de tiempo en tiempo nos daban el ruidoso espectáculo de un alud desprendiéndose de su frente, desplegándose sobre sus espaldas cual una cascada, y deslizándose entre las rocas que formaban sus armaduras cual una inmensa serpiente cuyas plateadas escamas brillan á los rayos del sol. Cada uno de aquellos picos lleva un nombre significativo que debe ya á su forma, ya á algunas tradiciones conocidas de las gentes del pais, tales como el Schveck-Horn, *pico truncado*, ó la Blumlisalp, *montaña de las flores*.

Volvíamos hácia el Mediodía, el paisaje cambiaba completamente de aspecto. Á tres pasos del lugar en donde nos hallábamos, la montaña hendida por algún cataclismo y cortada perpendicularmente, dejaba ver, extendiéndose á seis mil quinientos pies debajo de nosotros, todo el valle de Interlaken, con sus pueblecillos y sus dos lagos que parecían inmensos espejos, colocados en su marco verde para que Dios desde el cielo pudiese mirarse en ellos. Mas alta y en lontananza se destacaban en masas sombrías, sobre un horizonte azulado, el Pilato y el Righi, colocados á los dos lados de Lucerna, cual los gigantes de las *Mil y una noches* encargados de guardar alguna ciudad maravillosa, mientras que á sus pies se retorcía el lago de los Cuatro cantones; y detrás de ellos, tan lejos como la vista podía extenderse, resplandecía el lago azul de Zug, confundido con el cielo al que parecía tocar.

Tocóme Willer en la espalda, volví la cabeza, y siguiendo con los ojos la direccion de su dedo, vi que iba á asistir á uno de los espectáculos mas imponentes de la naturaleza despues de una tempestad en el mar, es decir, á una tempestad en la montaña. Las nubes que traía consigo la tempestad se desprendían unas de la cumbre del Walter-Horn, y otras de los lados de la Yungfrau, y avanzaban silenciosos, negros y amenazadores, cual dos ejércitos enemigos que marchan uno con-

tra otro y no quieren empeñar el fuego sino á una distancia mortal. Aunque vogaban con estrema rapidez, no se sentía el menor soplo de aire; hubiérase dicho que iban impulsadas las unas contra las otras por un doble poder atractivo; un silencio profundo, que no turbaba el grito de ningun ser, se habia estendido sobre la naturaleza, y toda la creacion entera parecia aguardar muda é inmóvil la crisis que le amenazaba.

Un relámpago, seguido de una detonacion espantosa, reproducida y prolongada por los ecos de las neveras, anunció que las nubes acababan de chocar, y que el combate habia comenzado. Aquella comocion eléctrica parecia devolver la vida á la creacion, que se despertó sobresaltadamente con todos los sintomas del terror. Un aire caliente y pesado pasó sobre nosotros, agitando á falta de árboles una gran cruz de madera mal fijada en la tierra; los perros de nuestros guías aullaron, y tres gamos, levantándose de no sé donde, se presentaron de repente, brincando sobre la cuesta de la montaña que se elevaba al lado de la nuestra. Una bala que les envió y fué á parar á la nieve á algunos pies cerca de ellos, no les llamó en lo mas minimo la atencion, el ruido del tiro ni les hizo siquiera volver la cabeza, tan entregados estaban al terror que les inspiraba el huracan.

Durante este tiempo las nubes se cruzaban, pasando una por encima de la otra, y lanzándose mutuamente relámpago por relámpago. Veíanse acudir de todos los puntos del horizonte, como regimientos presurosos por tomar parte en una batalla, nubes de formas y colores diferentes, que precipitándose en la refriega, acrecentaban la masa de los vapores que se reunian á ellos. Pronto todo el Mediodía se hallaba encendido; la parte del cielo donde estaba el sol, tomó un color de púrpura encendido; el paisaje se iluminó de una manera fantástica; el lago de Thun parecia arrastrar olas de llamas; el de Brientz se tiñó de verde, como una decoracion de la ópera iluminada por luces de color, y los de los Cuatro cantones y Zug perdieron su tinte azulado para tomar un blanco mate.

Bien pronto el viento redobló su violencia, los grupos de nubes se desgarraron, y azotados por él se separaron del centro comun, se diseminaron en todas direcciones, y como á una señal dada, se precipitaron sobre la tierra, desaparecieron diversas porciones de paisaje, como si sobre ellas se hubiese corrido un telon. Sentimos algunas gotas de lluvia, despues casi en el mismo tiempo fuimos envueltos en vapor; encendiése junto á nosotros el relámpago, y reflejó uno de sus rayos en el cañon de mi carabina, que solté cual si fuera un hierro ardiendo. Nos encontramos en medio de la tormenta. Dejéme oír un *sálvese el que pueda* general, y nos refugiamos en la

posada. Por espacio de diez minutos azotó la lluvia nuestras vidrieras, el huracan hizo temblar la casa cual si quisiera arrancarla de cuajo, y el rayo pareció literalmente tocar á nuestra puerta. Al fin paró la lluvia, aclaró el tiempo y nos aventuramos á salir. El cielo estaba sereno, el sol radiante; la tempestad que antes habíamos tenido sobre nosotros se hallaba entonces á nuestros pies, y el ruido del trueno subía en vez de bajar. A cien pies debajo de nosotros la tormenta, como un vasto mar, rodaba sus olas en cuya profundidad se encendía el relámpago, y luego de aquel Océano que cegaba los precipicios y los valles salían como grandes islas, las nevadas cabezas del Eiger, del Montek, de la Blumlisalp y de la Yungfrau. De repente se presentó un ser animado, bajando en medio de aquella olas de vapor y elevándose á su superficie; era una grande águila de los Alpes que buscaba el sol, y que descubriéndole por fin, subió magistrosamente hácia él, pasando á cuarenta pasos de mí, sin que pensase siquiera en enviarla una bala, tan atónito estaba en la contemplacion del magnífico espectáculo que me rodeaba. Tronó la tempestad durante el resto del día en el valle: sobrevino la noche.

Muerto de cansancio, y molestado aun por mis dolores, contaba con el sueño para restablecer mi equilibrio sanitario, que sentia violentamente desarreglado; pero contaba sin la huésped, ó por mejor decir sin mis huéspedes.

Apenas me hube acostado, cuando empezó sobre mi cabeza una barahunda infernal. Parecia que el fluido eléctrico derramado en el aire habia impresionado vigorosamente el sistema nervioso de nuestros guías é impulsádolos á la alegría. Los malditos se hallaban en número de doce reunidos en la especie de granero que formaba el primer piso de la casa, cuya planta baja habitaban los viajeros; y como el piso bajo y alto, no estaban separados si no por unas tablas de pino de una pulgada de grueso á lo mas, no perdíamos una sílaba de una conversacion que tal vez me hubiera parecido tan interesante como alegre, á no ser en idioma alemán. El ruido de los vasos que chocaban sin interrupcion, la introduccion de dos ó tres nuevos convidados de diferente sexo, la completa ausencia de luces, desterradas por temor á un fuego, me infundieron tan vivos recelos sobre la duracion y ruidosa progresion de aquella bacanal, que cogí el baston ferrado que tenia al lado de la cama, y pegué á mi vez unos cuantos porrazos en el techo, en señal de invitacion al silencio. Efectivamente, paró el estruendo, los alborotadores hablaron en voz baja, pero al parecer era para concertar mutuamente la resistencia, pues á pocos instantes una grande carcajada me dio á conocer el ningun caso que hacian de mi reclamacion. Agarré otra vez el baston y la renové acompañándola del mas abominable

juramento alemán que pude hallar en el repertorio tudesco. Esta vez no tardó la respuesta, pues uno de ellos cogió una silla, dió con ella en el suelo los mismos golpes que yo habia dado y para no diferenciarse en nada, me devolvió en francés el mas hermoso voto que he oido en toda mi vida. ¡Era un pronunciamiento completo!

Quedéme un instante aturdido de la respuesta, y despues me puse á pensar por que medio podria obligar á los rebeldes á rendirse. Mi silencio les hizo creer en mi derrota, y los gritos y la barahunda volvieron á comenzar de nuevo en las regiones superiores.

Sin embargo, acababa de acordarme de que el cañon de mi estufa tenia su orificio en un rincon del mismo granero en donde se solazaban mis enemigos. Lo caro de la leña habia hecho presumir al dueño que aquella estufa seria habitualmente un mueble de lujo, no habiéndole en consecuencia, inspirado esta conviccion récelo alguno sobre los resultados, supuesto que si no hay fuego sin humo, es incontestable tambien que mucho menos hay humo sin fuego.

Este recuerdo fué un rayo de luz, otro menos modesto la llamaria inspiracion del genio. Salté de la cama dando palmadas como un gefe árabe que llama á su caballo, y corriendo á la cocina, reuní cuanto heno pude hallar en ella, lo trasladé á mi fortaleza, cuyas puertas y ventanas atranqué por dentro y comencé al punto mis preparativos de venganza. Consistían, como sin duda habrá ya adivinado el lector en humedecer ligeramente la materia combustible á fin de que diese el humo mas denso posible; despues de adoptada anteriormente esta precaucion, atestar bien de ella la estufa, y por último dispuesta de este modo la artilleria, poner fuego á los combustibles. Así lo ejecuté, y volvíme muy tranquilo á esperar el resultado en mi cama, el resultado de una operacion tan hábilmente dispuesta, y de cuyo triunfo me daba garantías seguras la oscuridad que envolvía á mis enemigos.

En efecto, pasaron algunos minutos sin que hubiese cambio alguno en el proceder de mis guías, pero de pronto uno de ellos tosió, otro estornudó, y un tercero despues de un instante consagrado á la aspiracion nasal, afirmó que aquello olía á humo; al oír esto se levantaron todos de la mesa.

Aquel era el momento de redoblar mi fuego, y de aprovechar el desórden que se habia introducido en el ejército enemigo, para evitar volviése á rehacerse otra vez; precipitéme, pues, á la estufa, atestéla con carga doble, y luego cerrando la portezuela, esperé con los brazos cruzados, como un artillero al pie del cañon, el resultado de aquella segunda maniobra.

Fué tambien tan completa cual yo podia desear, ya no eran ni toses ni estornudos, sino gritos de rabia, aullidos de desesperacion;

los había dado un humazo como á las zorras. Cinco minutos despues tocaba á mi ventana un parlamentario; llegábame la vez de imponer mis condiciones, y usé de la victoria como verdadero héroe: como Alejandro, perdoné á la familia de Dario, y fué jurada la paz entre ella y yo, con la condicion de que ella no haria mas ruido, ni yo mas fuego.

Las cláusulas del tratado fueron religiosamente cumplidas por ambas partes, y comenzaba, no á dormirme sino á esperar que me dormiria, cuando los perros de los guias dieron un aullido prolongado que acabó por reasumirse en continuos ladridos.

Creí que los cuadrúpedos estaban de acuerdo con sus amos para hacerme condenar: así es que busqué en mi arsenal una arma intermedia entre vara y baston, y salí de mi cuarto con intencion de ir á la perrera y de sacudir vigorosamente el polvo á sus habitantes, cualquiera que fuese la raza á que perteneciesen.

Apenas puse el pie fuera, cuando Willer, á quien no veia, tan abominablemente oscura era la noche, sobre todo para mí que salia de un cuarto con luz, me agarró de un brazo haciéndome señas de que guardase silencio: obedeci escuchando con mis dos oídos sin saber lo que iba á oír. Un grito modulado de cierta manera subió de lo profundo del valle; pero tan lejano y tan debilitado por la distancia, que vino á espirar en el mismo sitio en donde nosotros nos hallábamos, y que veinte pasos mas distantes tal vez hubiera sido imposible percibir.

—Es un grito de agonía! dijeron á una voz los guias reunidos para escuchar. Hay viajeros perdidos en la montaña, encendamos las hachas, soltemos los perros, y al camino.

Pocas arengas produjeron jamás un efecto tan pronto sobre los oyentes como la que acabo de referir. Cada cual corrió á su puesto, los unos á la cocina para tomar ron, los otros al granero para buscar las hachas, otros, en fin, á la perrera para soltar á los animales; despues, reuniéndose todos, dieron á una sola voz un gran grito, que tenia por objeto anunciar á los viajeros que habían sido oídos y que iban á socorrerlos.

Había yo cogido mi hachon como los demas, no porque tuviese la presuncion de creer que de noche podria servir de mucho auxilio en caminos en que de dia me veia obligado algunas veces á andar á gatas; sino porque queria ver aquella escena nueva para mí en todos sus detalles. Desgraciadamente, apenas habiamos andado quinientos pasos, cada cual echó por su lado, permitiendo á mis valientes compañeros el conocimiento del terreno internarse por caminos casi impracticables. Yo ví, pues, que si iba mas adelante á buscar á los otros, los otros tendrian luego que venir á buscarme á mí, lo que haria perder tiempo inútilmente. Tomé entonces el partido menos

filantrópico, pero mas prudente, el de sentarme en una roca, desde donde sumergiendo mis miradas en el valle podia seguir las diferentes direcciones que tomasen aquellas luces oscilantes cual fuegos fatuos sobre un estanque.

Durante media hora parecieron perderse; tan diversas y locas direcciones tomaron, desapareciendo entre los barrancos, volviendo á presentarse sobre las cimas, siendo acompañadas todas estas evoluciones, además de los gritos de los hombres, de ladridos de los perros y pistolazos, que daban á aquel espectáculo una apariencia estraña y desordenada. Al fin se dirigieron hácia un centro comun, se reunieron en un espacio circunscrito de que ya no se apartaron, y luego, poniéndose en camino con cierto orden, se dirigieron hácia mi roca, acompañando entre dos filas á los viajeros encontrados, con el mismo orden que lo hace una patrulla que lleva á vagabundos al cuerpo de guardia.

A medida que se aproximaba la comitiva distinguía á la opaca luz que las antorchas reflejaban sobre él, un tropel confuso de hombres, mugeres, niños, mulos, caballos y perros, relinchando, ladrando y hablando en lenguas distintas. Era aquello el arca de Noé suelta en la torre de Babel.

Me incorporé á la caravana cuando pasó delante de mí, y llegamos á la posada. Al examinar aquella miscelanea, se hallaron diez americanos, un alemán y un inglés, todos en el peor estado posible, habiendo sido hallados los americanos en el lago, el alemán sobre la nieve y el inglés agarrado á una rama de un árbol, suspendido sobre un precipicio de tres mil pies.

El resto de la noche se pasó en la mas perfecta tranquilidad.

ROSENLA WI.

A la mañana siguiente á las ocho estábamos todo el mundo en batalla, caballería é infantería, en la llanura de Faulhorn; la caballería se componia de una señora francesa, del americano, de su muger y sus siete hijos, yendo á pie el mayor de todos, el inglés, los seis guias y yo. En cuanto al alemán se encontraba enteramente baldado aunque había pasado la noche sobre las baldosas de la cocina que se habían hecho calentar como un horno. No podia hacer ningun movimiento sin acompañarlo de terribles gritos, lo dejamos en Faulhorn, en donde si la Providencia no ha tenido por conveniente hacer un especial milagro, debe ha-

llarse aun, atendido lo poco favorable de aquella temperatura para la curacion de las pleuresias.

Dispuestos los preparativos indispensables, como el proveer las botas de vino y disponer cómodamente las caballerías, emprendimos la marcha con la alegría que sigue por reaccion á los lances apurados de que uno escapa sin detrimento de su persona.

Pensábamos visitar al paso la nevera de Rosenlawi é irnos á hacer noche en Meyringen, andando de esta manera una jornada buena, pero no difícil, yendo bien montadas las señoras que iban con nosotros y teniendo mis compañeros y yo unas piernas que podian competir ventajosamente en correr con los mas listos montañeses del Oberland.

He dicho mis compañeros, porque aun no habiamos andado quinientos pasos, ya nos considerábamos como los mejores amigos del mundo; pues nada intima tan pronto las amistades como el colegio, la caza y los viages. Además, yo había visto al americano en Paris en los salones de la princesa de Salm, y en cuanto al inglés, contra la naturaleza de sus compatriotas, era de un carácter muy alegre y bullicioso, formando contraste estas cualidades con su cara siempre impasible, aun en medio de todas las grandes gracias y bullas que hacia, contraste de que solo el actor Duboreau con su rostro frio y sus animados gestos ofrece á mi imaginación un tipo parecido.

Ya se adivina, que dispuestos como nos hallábamos á la alegría, nos divertimos mucho, sino con su fisonomía al menos con sus modales.

Yo no he visto nunca nada mas ágil, mas imprudente, y mas diestro en sus imprudencias que aquel cuerpo de fanteoicini, y aquella cabeza de clown: admirados estaban nuestros guias que miraban los saltos y pantomimas que hacia, y que en su silencio parecian decirle: «Corre, corre, que el dia menos pensado te romperás la cabeza.» El no hacia caso alguno de lo que pensasen, y continuaba saltando tranquilamente de roca en roca y pasando á pie cojo y á saltitos sobre los troncos que servian de puentes encima de los torrentes y riachuelos, y cogiendo grandes ramilletes de flores de las que las mas fáciles de alcanzar, por mi hubieran podido estar una eternidad allí, sin que me viniesen ganas de irlos á coger.

Aquella temeridad tenia tanto mas mérito atendiendo á que caminábamos por un terreno gredoso, siguiendo un detestable camino que hacia dos años solo se había abierto de Faulhorn á Rosenlawi, y que la lluvia de la noche y del dia anterior hacian aun mas peligroso. A cada momento resbalábamos los hombres ó tropezaban las caballerías, y las señoras daban unos gritos horribles justificados por el aspecto del sendero por donde las llevaban sus caballerías.

Un momento nos encontramos en una sen-

da tan estrecha, que los guias no podian llevar por la brida á las caballerías, y costéabamos un precipicio que tenia mil quinientos pies de profundidad. En medio de aquel destiladero se levantó de manos el mulo de la hija mayor del americano, y la pobre jóven, habiendo saltado fuera de la silla por el sacudimiento, se encontró sobre el cuello de su caballería oscilando como en un columpio, no sabiendo si caería á izquierda ó á derecha, es decir, en el camino ó en el precipicio. Felizmente un guia la empujó con su palo, y dando un espantoso alarido cayó del lado donde no corría mas riesgo que hacerse una contusión ó algun arañazo.

Este accidente puso en confusion la caravana, porque las señoras de miedo de caer saltaron á tierra, al saltar cayeron, y por todas partes se oian gritos á cual mas agudos. Todo el mundo se creia en peligro de muerte, y pedia socorros que seguramente ninguno necesitaba. Los perros ladraban, echaban tacaos los guias, los mulos aprovechaban aquel instante de descanso para pacer las yerbas que brotaban á orillas del precipicio, y el inglés plantado sobre una roca de veinte y cinco pies encima de nosotros, en una postura que hubiera desvanecido la cabeza de un gamo, silbaba tan tranquilamente el *God save the King*, (Dios salve al rey).

Al cabo de un instante se restableció la calma; se sacó á las señoras de entre las patas de los cuadrúpedos; atravesaron á pie una á una y dirigidas por los guias, el resto del mal camino, y diez minutos despues estaba toda la caravana sana y salva sobre un cesped liso y suave como el del tapiz verde del jardin de Versailles.

Aprovechamos esta circunstancia para almorzar y nos hicieron buena compañía las asustadas señoras, repuestas ya de su terror que para todas había sido un pánico menos para una. Despues continuamos el camino.

Pronto entramos en el Oberhasli y atravesamos por la plaza de los luchadores. El dia anterior mismo había habido ejercicios entre los montañeses, y nos pesó mucho no haber llegado á tiempo de asistir á aquel espectáculo.

Habiamos bajado ya á una atmósfera mas templada, y de trecho en trecho comenzamos á volver á ver pinares que se detienen en un punto determinado, cual si la vara de un mágico les hubiese trazado un encantado circulo para que no pudiesen pasar de allí. Aquellos troncos aislados nos ofrecieron una variedad á nuestros ejercicios, sirviendo de blanco á cuatro palos de montaña, que lanzados como dardos á treinta ó cuarenta pasos de distancia se clavaban en ellos todo lo largo de sus puntas de hierro. El americano era el mas listo de todos en este ejercicio, y el menos diestro era el inglés. Esto ocasionó entre los dos una disputa acalorada en la que los dejé enzarzados

para seguir, no con mi palo sino con el fusil, un gallo silvestre que se había levantado bastante lejos de mí, para poderle tirar. Inútil me fué el seguirlo y á los diez minutos volví á bajar por el otro lado del bosquecillo en donde había dejado á mis compañeros de viage.

Los divisé de lejos sentados á orillas de un torrente, y me acerqué á ellos sin poder comprender en que se ejercitaba el inglés, tan singular me pareció en lo que se ocupaba. Consistía su habilidad en llenarse la boca de agua, y despues hacerla salir por en medio de su carrillo. Yo al pronto creí que salía por la oreja, y admiréme de aquel nuevo juego de manos; pero cuando estuve mas cerca vi que el agua al salir tomaba un color encarnado que debía á su mezcla con la sangre.

He aquí lo que era. Furioso el inglés por su inferioridad en el manejo del palo, había apostado con el americano á que se colocaría á setenta pasos de él, y que no le alcanzaría con la punta del suyo. El americano aceptó la apuesta, y colocados á la distancia convenida, esclavo el inglés de su palabra, aguardó flemáticamente el golpe de aquel dardo de nueva especie que le había atravesado la mejilla, y roto un diente.

Este accidente trajo un poco de calma á la retaguardia de nuestra caravana, que al cabo de poco entraba por la gran puerta de la posada de Rosenlawi.

No nos detuvimos mas tiempo que para tomar un baño, y aun no fué necesario calentar agua pues era termal, y estando cerca el manantial llegaba tibia á la caja: despues nos encaminamos hácia la nevera, una de las mas famosas del Oberland.

Esta vez rodaba sobre nuestras cabezas una tempestad, hermana de la que el dia anterior habíamos tenido bajo nuestros pies; esta diferencia de posición nos era muy poco favorable; con todo, proseguimos la expedición sin cuidarnos de los prudentes consejos que nos daban los truenos, y llegamos sin desgracia al pie del Mar de hielo, situado á un cuarto de hora de la posada.

La nevera de Rosenlawi goza de merecida reputación, pues si no es la mas grande, es en mi opinión la mas bella de todo el Oberland. Radiante por todas partes con un tinte azulado, cuya causa ignoro, y que le es exclusivamente propio, ofrece todos los matices de aquel color desde el claro de la turquesa hasta el subido y brillante del zafiro. La abertura colocada en su base, y por la que sale hirviendo de Reicherbach, parece al pórtico del palacio de una encantadora, y sostienen su bóveda de encage guarnecido de los festones mas caprichosos, variados y elegantes, por medio de maravillosas columnas que por su esbeltez y transparencia se creeria ser obra de los genios. Cuando uno se inclina para mirar sus profundidades en donde corre en torbelli-

no el torrente, tanto se maravilla de aquella arquitectura fantástica, que tiene envidia á la diosa que habita semejante morada, y siente una celosa necesidad de precipitarse allí para compartirla con ella. Goethe hizo su Ondina sin duda en la entrada de una gruta semejante.

El ruido producido por los borbotones del agua que se estrella en la roca y que se resuelve en espuma, nos impedia hacia un cuarto de hora oír los truenos que sin embargo, redoblaban su fuerza. Habíamos olvidado completamente la formenta cuando nos la recordaron algunas gotas gruesas y tibias que comenzaron á caer; alzamos la cabeza, y el cielo parecia que se había bajado sobre el vasto embudo que formaba la montaña en cuyo fondo nos hallábamos nosotros, y de instante en instante se iba bajando mas por las vertientes, acercándose mas á nosotros, cual si debiese concluir por aplastar nuestras cabezas. La respiración nos faltaba cual si estuviésemos encerrados en una inmensa máquina neumática; nos parecia que no faltaba mas que un relámpago para inflamar la atmósfera ardiente que nos rodeaba. Al fin, el violento estampido de un trueno rompió aquel dosel de vapores y azotando el aire el huracán sacudió sobre nosotros sus vastas alas, destilando todas lluvias.

Estábamos demasiado lejos de la posada para ir á buscar allí un abrigo, y así refugiándose bajo la copa de un árbol construimos con nuestros palos y blasas una pequeña tienda para poner á cubierto á las señoras. Aquella cabañita sirvió desde luego al objeto para que la hicimos por un rato, pero al cabo de un cuarto de hora estando ya calada la tela, cesó de chorrear el agua por encima, comenzó á calar y empezaron á caer sobre nuestras cabezas cuatro ó cinco fuentecillas á manera de chorros. Fué preciso, pues, desafiando la lluvia y los truenos salir al descubierto y tratar de volvernos á la posada; esto es lo que hicimos, volvernos con barro hasta el tobillo y en ciertos trechos con agua hasta la rodilla. Llegamos chorreando como unos canalones.

Llamamos á Willer, encargado de los equipajes, pero cuando le pedimos la ropa blanca, nos respondió que sabiendo que nuestra intención era llegar á Meyringen en aquella misma noche, había aprovechado una proporción que se había ofrecido y mandado delante todo el bagage. Infelices de nosotros, no teníamos ni un pañuelo para mudarnos, y en cuanto á irnos á Meyringen era de todo punto imposible, pues los caminos estaban impracticables, hechos unos rios, por tanto ya no nos quedaba mas que un arbitrio el que adoptamos, y fué el hacernos calentar las camas y meternos en ellas en tanto que se ponían á secar los vestidos.

Comimos acostados como los emperadores romanos y nos dormimos luego despues.

Yo no sé cuanto tiempo hacia que no dormíamos; pero lo que sé bien es que estaba en lo mejor y mas profundo de mi sueño cuando se presentó la criada de la posada con un candelero en la mano.

—¿Qué hay? pregunté yo con el mal humor de un hombre á quien interrumpen en medio de una de las funciones que le son mas gratas.

—Nada, señor, sino que será preciso que os levanteis.

—¿Para qué?

—Es que la lluvia ha aumentado de tal manera las dos cascadas que dominan la posada, que el arroyo que pasa por delante de la puerta acaba de llevarse el puente, y es probable que se lleve tambien la casa....

—¿Cómo! ¿llevarse la casa?... ¿la casa en que estamos?

—¡Oh! si señor, ya se la llevó otra vez, no esta misma sino otra.

—¿Y mis vestidos?

—No tenéis tiempo mas que para poneroslos.

—Id, pues, á buscármelos.

Respondo de que nunca me he vestido con mas prontitud: aun no había acabado de ponerme las mangas de la blusa, cuando sin escuchar los gritos de la criada que bajaba la escalera, y encontrando la puerta de la cocina, me meti dentro de ella de un salto.

—¡Hola! dije en seguida, al sentirme mojado hasta la pantorrilla.

—¡Pero, señor! gritaba la criada.

Yo no la escuchaba y me disponía á abrir una puerta.

—Señor, que vais por ahí á dar en el arroyo.

Solté en seguida el picaporte, y saltando encima de los hornillos, quise salir por una ventana.

—Señor, que vais á saltar en la cascada.

—¡Diablo! grité yo entonces, decididamente estoy circunvalado: ¿por dónde queréis que me vaya? ¡Era preciso haberme dejado estar tranquilo en la cama! A lo menos habría salido embarcado.

—Pero, señor, podeis salir por la ventana del piso principal.

—¡Llevo el diablo! ¿por qué no me lo habéis dicho desde luego?...

—Si hace una hora que os lo estoy diciendo y no me escucháis y correis como un perdido.

—Es verdad, yo tengo la culpa, guíadme.

Volvimos á subir al primer piso y la criada me enseñó una tabla que por una punta se apoyaba en la ventana, y en la montaña por la otra, pareciase mucho al puente de Mahoma para que se arriesgase en él un buen cristiano sin reflexionarlo bien.

—Muchacha, la dije guiándole el ojo y rascándome la oreja; ¿qué, no hay otro camino?

—¿Os asusta? ¡Bah! vuestro amigo el inglés,

que tiene una fluxion, ya lo sabeis, la ha pasado por ahí de un salto.

—¿Ha pasado? buen provecho le haga; ¿y las señoras, han pasado por ahí?

—No, las han sacado los guizos.

—¿Y los guías donde están?

—En el monte á cortar pinos para atajar la cascada.

No había medio de retroceder: tomé con valor mi partido, solo que me salté á caballo en lugar de ir á pie. Cualquiera que me hubiese visto desde abajo, me hubiera tenido por un brujo que se iba á su aquelarre montado en un mango de escoba.

Cuando hube llegado á mi destino, y el verme en tierra me hizo recobrar el aliento que había perdido al pasar por la tabla, me dirigí hácia un punto en donde veía brillar hachones, y nunca olvidaré el extraño y magnífico espectáculo que se desplegó ante mis ojos.

La cascada que al llegar habíamos admirado por su gracia y ligereza, se había convertido en un espantoso torrente; sus aguas, que habíamos visto antes plateadas de espuma se precipitaban negras y turbias con el lodo, arrastrando consigo peñascos que hacían saltar como guijarros, y árboles seculares que hacían astillas cual si fuesen varitas de mimbre. Nuestros guías, desnudos hasta la cintura y armados de hachas, derribaban con todo el ardor de su naturaleza montañesa los pinos que guardaban las orillas, y haciéndolos caer de modo que formasen un dique. Cuatro ó cinco de ellos descansaban mientras se preparaban á reemplazar á sus compañeros y tenían en las manos hachones cuya vacilante luz iluminaba aquel cuadro. Pero muy pronto fué urgente el concurso de todos los brazos, los que alumbraban tuvieron que buscar donde colocarlos, teniendo que tomar otra vez las hachas. Viendo yo su embarazo y la urgencia del caso, cogí uno de aquellos hachones encendidos, y acercándome á un pino aislado que dominaba el terreno en que nos hallábamos, apliqué el fuego á una de sus ramas resinosas, y al cabo de diez minutos ardía ya desde el tronco hasta la copa, y estaba iluminada aquella escena por un candelabro en armonía con ella.

Yo no sabré explicar el carácter primitivo y grandioso que ofrecía el espectáculo de aquellos hombres luchando con los elementos. Aquellos árboles que en cualquiera otro país hubieran sido marcados con las cifras reales, cayendo unos sobre otros derribados por el hacha de los montañeses, seguros de no tener que dar de ellos cuenta á nadie, ofrecían una imagen de una de las primeras escenas del diluvio. En cuanto á mí, yo pegué fuego al árbol con cierta embriaguez, y cuando le vi caer di un verdadero grito de victoria: aquel fué tal vez el único momento de fatuidad que he tenido en toda mi vida. Sentía una convicción extraordinaria de mi fuerza, y creo que

habría derribado todo el bosque sin descansar.

Sin embargo, resonó el grito de *basta*, y quedaron levantadas todas las hachas y hijos los ojos en el torrente vencido ya, y encadenado. La destrucción cesó tan pronto como fué inútil.

Volvimos á la posada casi seguros de que no nos volverían á desalojar de ella; sin embargo, se quedaron dos hombres vigilando cerca del torrente para dar la alarma en caso de peligro. Ignoro si hicieron bien la guardia, pero lo que sé es que nos dormimos de un tirón hasta las ocho de la mañana.

Habíamos dormido tanto más tranquilos cuanto que sabíamos que la jornada del día siguiente, aunque larga, no era cansada, pues de las diez leguas que teníamos que hacer cuatro eran por el lago de Brienz y no teníamos nada en que ocuparnos en ver Meyringen por donde pasábamos, mas que tomar el desayuno y continuar la jornada.

El camino conservaba horribles rastros del huracán de la víspera, pues de trecho en trecho cortaban el camino los hondos surcos que habían dejado los torrentes improvisados por los que corrían unos arroyuelos bastante rápidos para entorpecer el paso, y de tiempo en tiempo encontrábamos árboles arrancados de cuajo cuyas raíces enredadas á las piedras del camino formaban una especie de barricada que los mulos de las señoras querían mejor comer que saltar, y así á cada momento se oían gritos espantosos de nuestras viageras, que á veces no carecían de motivo.

Al cabo casi de dos horas más de trabajo que de camino nos hallamos en la cima de la montaña, que separa el valle de Rosenlwi del de Meyringen. Un rellano cubierto de césped ofrece desde lejos su rico tapiz para hacer un alto al viagero, y cuando seducido por aquella sábana verde se aproxima para descansar, admira á medida que se adelanta de la coquetería de la montaña, que al pie del rellano donde primero no había visto más que un lugar de descanso, ostenta toda la riqueza inesperada del valle más lindo tal vez de la Suiza.

Es una cosa notable además el cuidado que se toma la naturaleza en mostrarse siempre bajo su más ventajoso aspecto, ya ostenta su gracia, ya su fuerza, ó su riqueza, ó su aspereza. En medio de tantos picos y rocas á cuya cima nadie puede alcanzar más que los gamos y las águilas, el hombre encuentra siempre una roca accesible, y desde allí con la vista abarca del modo más favorable las líneas del paisaje que se extiende bajo sus pies: parece que la naturaleza, coqueta como una mujer, indiferente al voto de los animales, necesita para lisonjear su orgullo los homenajes del hombre, y semejante á las reinas que conocen la debilidad de su sexo, no puede permanecer en su trono sin hacer sentir en él á un rey.

En aquel rellano de Meyringen deben nacer en el alma estas reflexiones mas que en cualquiera otra parte. Después de dos horas de camino por un país medianamente hermoso en donde no se encuentra para distraer la vista del fatigoso aspecto de un doble muro de montes, mas que en un salto de agua bastante elevado, pero tan delgado que le llaman la cascada de la cuerda, (Seilibach) divisase de repente sin preparación, cual si levantasen un telon, uno de los paisajes mas variados y maravillosos que jamás han recompensado al viagero de su fatiga, debería decir que se la había hecho olvidar.

Después de haber permanecido media hora absortos en la contemplación de aquel espectáculo que no sabría reproducir la pluma sobre el papel, ni el pincel sobre el lienzo, nos encaminamos hacia la cascada de Reichembach, cuya caída no podíamos ver todavía, aunque ya nos indicaba su sitio una polvareda de agua parecida al vapor que arroja la boca de un volcan.

Para llegar á ella tuvimos que subir una cuesta tan rápida que han tenido que hacer escalones para llegar á su cumbre. Desde el rellano que forma se mira al abismo á donde el agua precipita su caída: allí se estrella á ochenta pies debajo de los que la contemplan, y volviendo á subir luego en una polvareda da un rocío bastante espeso que obliga á meterse en una casita construida con el solo objeto de resguardar de aquella lluvia que viene de la tierra en vez del cielo.

Allí como en otras muchas partes de la Suiza se vende un gran número de juguetes de madera esculpidas con el cuchillo, que por la gracia de sus formas y bien rematado del trabajo, son mas preciosos que muchas de las obras que salen de nuestras manufacturas. Son azucareros con guirnaldas de yedra ó de encina con un gamo por tapadera, cucharas y tenedores esculpidos como los de la edad media, y en fin, copas que recuerdan las que disputaban por sus cantos los pastores de Virgilio. Estos objetos se suelen vender muy caros algunas veces: yo vi vender en cien francos un par de estas copas.

Desde la casita en donde está el almacén general, bajamos á otro rellano situado á cien pies debajo de aquella, y desde allí descubrimos la caída inferior del Reichembach en donde, por la particular situación de las rocas el agua se agita y rebota mas. Yo no he visto el Peneo de que habla Ovidio, ni sé si es exacto el cuadro que de él nos hace.

... Spumosis volvitur undis
Dejectaque gravi tenues agitania fumus.
Nobila conducit, summasque aspergine silvas
Implicit, et sonitu plus quam vicina fatigat.

pero lo que yo sé es que esta descripción se adapta tanto al Reichembach, que yo la plagio

del primer libro de las Metamorfosis para escusarme de hacer otra que probablemente sería menos exacta.

Entonces para llegar á Meyringen apenas faltan mas que diez minutos, y de Meyringen á Brienz dos horas. Llegados á este último pueblo alquilamos una barca y nos dirigimos hacia Geissbach que tiene el privilegio con el Reichembach de dividir el trono de las cascadas del Oberland. Yo no emitiré mi opinión sobre esta importante cuestión, porque cansa todo, hasta las cascadas, y hacia ya cinco ó seis días que había visto tanto que comenzaban á fastidiarme todos los nombres que terminaban en *bach*.

Sin embargo, como hubieran tenido por una herejía el que hubiese pasado por delante del Geissbach sin pararme, eché pie á tierra y comencé á subir la montaña desde cuya cima se precipita la cascada en doce caídas cuyo estruendo oíamos ya desde Brienz, esto es, desde una legua.

A la mitad de la subida casi encontramos, al regente Kærli y sus dos hijas que nos aguardaban para ofrecernos la hospitalidad en una hermosa casa de campo cuyo piso principal adornaba un piano ante el cual se sentó, y sus hijas se pusieron inmediatamente á cantar muchas canciones suizas y dos ó tres tirolesas. Aunque aquella hospitalidad y aquella música no fuesen enteramente desinteresadas, se nos habían ofrecido sin embargo con tanta amabilidad que no hubo medio de creer que cumplíamos con pagar al buen hombre, le dimos las gracias de todos modos. Tan encantado de nosotros, como nosotros parecíamos estarlo de él, nos regaló al marcharnos una estampa litografiada de su retrato y el de sus hijas. Está litografiado acompañando al piano á sus dos hijas cantando en pie detrás de él.

Una singularidad que recompensa el trabajo que se toma al subir el sendero bastante escabroso que conduce á las caídas superiores del Geissbach, es una gruta formada en la roca detrás de uno de los arcos que forma el agua en su caída. Se puede penetrar en ella sin mojarse absolutamente, gracias á la curva que describe la cascada por la rapidez de su salto, y desde allí se ve todo el paisaje, es decir, el lago, el lugar de Brienz y de Roth-Horn. Gózase de esta vista al través de una gasa de agua moviéndose ella misma, da una apariencia de vida á los objetos sobre que está tendida, estos á su vez se mueven detrás de ella, perfiles sin color, cual gigantescas sombras chinescas.

Después de haber dedicado cerca de una hora al regente Kærli y en visitar la cascada nos reembarcamos. Habiendo ofrecido doble propina á los barqueros si llegábamos en menos de cinco horas á Interlaken, voló nuestra barquilla. Pasamos cual aves de mar atrasadas, por delante de una hermosa isleta perteneciente á un general italiano al servicio de la

Francia hacia mucho tiempo, y desterrado de su país, según creo, se había retirado allí. Un poco más lejos nuestros guías nos mostraron el Tanzplaz, peñasco cortado perpendicularmente, en cuya cima hay una magnífica llanura cubierta de césped; allí iban á bailar en otro tiempo los habitantes de los inmediatos pueblos. Un día un joven y una muchacha que no podían conseguir de sus padres licencia para unirse, se citaron: se formó un gran wals, en el que tomaron parte como los demás, solamente que se advirtió que á cada vuelta que daban se acercaban al precipicio; al fin al dar la última vuelta se abrazaron mas estrechamente el uno al otro, se les vió besarse, y después, como si les hubiese arrebatado el ardor del baile, se acercaron al abismo y se precipitaron en él. Al día siguiente se les encontró en el lago muertos y abrazados aun. Desde entonces se ha mudado el sitio del baile en otro punto del valle.

A las cinco menos cuarto desembarcamos á diez minutos de distancia de Interlaken.

Nuestra expedición por el lago, en vez de cansarnos nos había dado fuerzas: podíamos después de comer todavía dar una vuelta por Hohbuhl, hermoso paseo situado detrás de Interlaken.

Hohbuhl es un jardín inglés que se extiende desde la base hasta la cima de un pequeño terreno de tres ó cuatrocientos pasos de alto; por entre las árboles se pueden ver al paso y á medida que se suben las partes aisladas del panorama que desde arriba se abarcan en todo su conjunto. Fuera de la maravillosa perspectiva que desde allí se goza no ofrece nada notable mas que un banco en el que grabaron sus nombres Enrique de Francia, Carolina de Berry y Francisco de Chateaubriand en las épocas en que pasaron por Interlaken.

Al volver, en la posada hallé á Willer que me preguntó por donde contaba salir del Oberland al día siguiente para ir á los pequeños cantones. Tres caminos podía elegir en las montañas: el monte Brunig, el Grimsel ó el Gemmi. Me decidí por el Gemmi que conocía por su fama. Al día siguiente tuve la satisfacción de conocerlo también de vista, lo que quiere decir que si alguna vez vuelvo á Interlaken saldré entonces por el Grimsel ó el Brunig.

EL MONTE GEMMI (1).

Debíamos partir de Interlaken á las cinco de la mañana en una carretela que debía con-

(1) Se pronuncia Ghemmi.

habría derribado todo el bosque sin descansar.

Sin embargo, resonó el grito de *basta*, y quedaron levantadas todas las hachas y hijos los ojos en el torrente vencido ya, y encadenado. La destrucción cesó tan pronto como fué inútil.

Volvimos á la posada casi seguros de que no nos volverían á desalojar de ella; sin embargo, se quedaron dos hombres vigilando cerca del torrente para dar la alarma en caso de peligro. Ignoro si hicieron bien la guardia, pero lo que sé es que nos dormimos de un tirón hasta las ocho de la mañana.

Habíamos dormido tanto más tranquilos cuanto que sabíamos que la jornada del día siguiente, aunque larga, no era cansada, pues de las diez leguas que teníamos que hacer cuatro eran por el lago de Brienz y no teníamos nada en que ocuparnos en ver Meyringen por donde pasábamos, mas que tomar el desayuno y continuar la jornada.

El camino conservaba horribles rastros del huracán de la vispera, pues de trecho en trecho cortaban el camino los hondos surcos que habían dejado los torrentes improvisados por los que corrían unos arroyuelos bastante rápidos para entorpecer el paso, y de tiempo en tiempo encontrábamos árboles arrancados de cuajo cuyas raíces enredadas á las piedras del camino formaban una especie de barricada que los mulos de las señoras querían mejor comer que saltar, y así á cada momento se oían gritos espantosos de nuestras viageras, que á veces no carecían de motivo.

Al cabo casi de dos horas más de trabajo que de camino nos hallamos en la cima de la montaña, que separa el valle de Rosenlwi del de Meyringen. Un rellano cubierto de césped ofrece desde lejos su rico tapiz para hacer un alto al viagero, y cuando seducido por aquella sábana verde se aproxima para descansar, admira á medida que se adelanta de la coquetería de la montaña, que al pie del rellano donde primero no había visto más que un lugar de descanso, ostenta toda la riqueza inesperada del valle más lindo tal vez de la Suiza.

Es una cosa notable además el cuidado que se toma la naturaleza en mostrarse siempre bajo su más ventajoso aspecto, ya ostenta su gracia, ya su fuerza, ó su riqueza, ó su aspereza. En medio de tantos picos y rocas á cuya cima nadie puede alcanzar más que los gamos y las águilas, el hombre encuentra siempre una roca accesible, y desde allí con la vista abarca del modo más favorable las líneas del paisaje que se extiende bajo sus pies: parece que la naturaleza, coqueta como una mujer, indiferente al voto de los animales, necesita para lisonjear su orgullo los homenajes del hombre, y semejante á las reinas que conocen la debilidad de su sexo, no puede permanecer en su trono sin hacer sentir en él á un rey.

En aquel rellano de Meyringen deben nacer en el alma estas reflexiones mas que en cualquiera otra parte. Después de dos horas de camino por un país medianamente hermoso en donde no se encuentra para distraer la vista del fatigoso aspecto de un doble muro de montes, mas que en un salto de agua bastante elevado, pero tan delgado que le llaman la cascada de la cuerda, (Seilibach) divisase de repente sin preparación, cual si levantasen un telon, uno de los paisajes mas variados y maravillosos que jamás han recompensado al viagero de su fatiga, debería decir que se la había hecho olvidar.

Después de haber permanecido media hora absortos en la contemplación de aquel espectáculo que no sabría reproducir la pluma sobre el papel, ni el pincel sobre el lienzo, nos encaminamos hacia la cascada de Reichembach, cuya caída no podíamos ver todavía, aunque ya nos indicaba su sitio una polvareda de agua parecida al vapor que arroja la boca de un volcan.

Para llegar á ella tuvimos que subir una cuesta tan rápida que han tenido que hacer escalones para llegar á su cumbre. Desde el rellano que forma se mira al abismo á donde el agua precipita su caída: allí se estrella á ochenta pies debajo de los que la contemplan, y volviendo á subir luego en una polvareda da un rocío bastante espeso que obliga á meterse en una casita construida con el solo objeto de resguardar de aquella lluvia que viene de la tierra en vez del cielo.

Allí como en otras muchas partes de la Suiza se vende un gran número de juguetes de madera esculpidas con el cuchillo, que por la gracia de sus formas y bien rematado del trabajo, son mas preciosos que muchas de las obras que salen de nuestras manufacturas. Son azucareros con guirnalda de yedra ó de encina con un gamo por tapadera, cucharas y tenedores esculpidos como los de la edad media, y en fin, copas que recuerdan las que disputaban por sus cantos los pastores de Virgilio. Estos objetos se suelen vender muy caros algunas veces: yo vi vender en cien francos un par de estas copas.

Desde la casita en donde está el almacén general, bajamos á otro rellano situado á cien pies debajo de aquella, y desde allí descubrimos la caída inferior del Reichembach en donde, por la particular situación de las rocas el agua se agita y rebota mas. Yo no he visto el Peneo de que habla Ovidio, ni sé si es exacto el cuadro que de él nos hace.

... Spumosis volvitur undis
Dejectaque gravi tenues agitantia fumus.
Nobila condecit, summasque aspergine silvas
Implicit, et sonitu plus quam vicina fatigat.

pero lo que yo sé es que esta descripción se adapta tanto al Reichembach, que yo la plagio

del primer libro de las Metamorfosis para escusarme de hacer otra que probablemente sería menos exacta.

Entonces para llegar á Meyringen apenas faltan mas que diez minutos, y de Meyringen á Brienz dos horas. Llegados á este último pueblo alquilamos una barca y nos dirigimos hacia Geissbach que tiene el privilegio con el Reichembach de dividir el trono de las cascadas del Oberland. Yo no emitiré mi opinión sobre esta importante cuestión, porque cansa todo, hasta las cascadas, y hacia ya cinco ó seis días que había visto tanto que comenzaban á fastidiarme todos los nombres que terminaban en *bach*.

Sin embargo, como hubieran tenido por una herejía el que hubiese pasado por delante del Geissbach sin pararme, eché pie á tierra y comencé á subir la montaña desde cuya cima se precipita la cascada en doce caídas cuyo estruendo oíamos ya desde Brienz, esto es, desde una legua.

A la mitad de la subida casi encontramos, al regente Kærli y sus dos hijas que nos aguardaban para ofrecernos la hospitalidad en una hermosa casa de campo cuyo piso principal adornaba un piano ante el cual se sentó, y sus hijas se pusieron inmediatamente á cantar muchas canciones suizas y dos ó tres tirolesas. Aunque aquella hospitalidad y aquella música no fuesen enteramente desinteresadas, se nos habían ofrecido sin embargo con tanta amabilidad que no hubo medio de creer que cumplíamos con pagar al buen hombre, le dimos las gracias de todos modos. Tan encantado de nosotros, como nosotros parecíamos estarlo de él, nos regaló al marcharnos una estampa litografiada de su retrato y el de sus hijas. Está litografiado acompañando al piano á sus dos hijas cantando en pie detrás de él.

Una singularidad que recompensa el trabajo que se toma al subir el sendero bastante escabroso que conduce á las caídas superiores del Geissbach, es una gruta formada en la roca detrás de uno de los arcos que forma el agua en su caída. Se puede penetrar en ella sin mojarse absolutamente, gracias á la curva que describe la cascada por la rapidez de su salto, y desde allí se ve todo el paisaje, es decir, el lago, el lugar de Brienz y de Roth-Horn. Gózase de esta vista al través de una gasa de agua moviéndose ella misma, da una apariencia de vida á los objetos sobre que está tendida, estos á su vez se mueven detrás de ella, perfiles sin color, cual gigantescas sombras chinescas.

Después de haber dedicado cerca de una hora al regente Kærli y en visitar la cascada nos reembarcamos. Habiendo ofrecido doble propina á los barqueros si llegábamos en menos de cinco horas á Interlaken, voló nuestra barquilla. Pasamos cual aves de mar atrasadas, por delante de una hermosa isleta perteneciente á un general italiano al servicio de la

Francia hacia mucho tiempo, y desterrado de su país, según creo, se había retirado allí. Un poco más lejos nuestros guías nos mostraron el Tanzplaz, peñasco cortado perpendicularmente, en cuya cima hay una magnífica llanura cubierta de césped; allí iban á bailar en otro tiempo los habitantes de los inmediatos pueblos. Un día un joven y una muchacha que no podían conseguir de sus padres licencia para unirse, se citaron: se formó un gran wals, en el que tomaron parte como los demás, solamente que se advirtió que á cada vuelta que daban se acercaban al precipicio; al fin al dar la última vuelta se abrazaron mas estrechamente el uno al otro, se les vió besarse, y después, como si les hubiese arrebatado el ardor del baile, se acercaron al abismo y se precipitaron en él. Al día siguiente se les encontró en el lago muertos y abrazados aun. Desde entonces se ha mudado el sitio del baile en otro punto del valle.

A las cinco menos cuarto desembarcamos á diez minutos de distancia de Interlaken.

Nuestra expedición por el lago, en vez de cansarnos nos había dado fuerzas: podíamos después de comer todavía dar una vuelta por Hohbuhl, hermoso paseo situado detrás de Interlaken.

Hohbuhl es un jardín inglés que se extiende desde la base hasta la cima de un pequeño terreno de tres ó cuatrocientos pasos de alto; por entre las árboles se pueden ver al paso y á medida que se suben las partes aisladas del panorama que desde arriba se abarcan en todo su conjunto. Fuera de la maravillosa perspectiva que desde allí se goza no ofrece nada notable mas que un banco en el que grabaron sus nombres Enrique de Francia, Carolina de Berry y Francisco de Chateaubriand en las épocas en que pasaron por Interlaken.

Al volver, en la posada hallé á Willer que me preguntó por donde contaba salir del Oberland al día siguiente para ir á los pequeños cantones. Tres caminos podía elegir en las montañas: el monte Brunig, el Grimsel ó el Gemmi. Me decidí por el Gemmi que conocía por su fama. Al día siguiente tuve la satisfacción de conocerlo también de vista, lo que quiere decir que si alguna vez vuelvo á Interlaken saldré entonces por el Grimsel ó el Brunig.

EL MONTE GEMMI (1).

Debíamos partir de Interlaken á las cinco de la mañana en una carretela que debía con-

(1) Se pronuncia Ghemmi.

ducirnos hasta Kanderstg, lugar en donde el camino cesa de ser practicable para los carruajes; era siempre ahorrar á nuestras piernas la mitad del camino; y como teníamos catorce leguas que hacer aquel día para ir á los baños de Louèche y en la última parte del camino pasar una de las más rudas montañas de los Alpes, estas seis leguas de atajo no eran cosa de despreciar. Así es que, fuimos tan exactos como los militares. A las seis ya estábamos internados en el valle de la Kander, donde subimos la orilla durante el espacio de tres ó cuatro leguas; en fin, á las diez de la mañana recuperábamos nuestras fuerzas al rededor de una mesa bastante bien servida de la fonda de Kanderstg para la ascension que debíamos emprender: á las once ajustamos nuestras cuentas con el cochero, y diez minutos despues estábamos en camino con nuestro bravo Willer, que no debía separarse de mí hasta Louèche.

Durante legua y media poco más ó menos, costeamos por un camino bastante fácil la base de la Blumlisalp, esta hermana colosal de la Jungfrau, que ha recibido ahora en cambio de su nombre de Montaña de las Flores, uno más expresivo y más en armonía, sobre todo con su aspecto, el de *Wild-Frau* (muger salvaje). Sin embargo, por cerca que estuviere del *Wild-Frau*, olvidé la tradición que le pertenece y en que una maldición maternal forma el desenlace, para pensar en otra leyenda y en otra maldición más terrible de la cual Werner ha hecho su drama del *Veinte y cuatro de febrero*. La posada donde debíamos llegar dentro de una hora era la posada de Schwarrbach.

¿Conocéis este drama moderno en el que Werner ha trasportado el primero la fatalidad de los tiempos antiguos, esa familia de labradores que la venganza de Dios persigue como si fuese una familia real, esos pastores Atridas que durante tres generaciones en día y hora fija, vengan los unos en los otros, hijos en padres, padres en hijos, los crímenes de hijos y de padres; este drama, que es necesario leer á media noche, durante la tempestad, á la luz de una lámpara moribunda; si no habeis jamás tenido miedo, sentireis entonces por la primera vez correr por vuestras venas el estremecimiento del miedo; este drama, en fin, que Werner lanzó en la escena sin osar tal vez ver su representación, no por adquirirse un título de gloria, sino para desembarazarse de un pensamiento devorador que mientras existiese le roía incesantemente como el buitre á Prometeo?

Escuchad lo que Werner dice él mismo en su prólogo á los hijos y á las hijas de Alemania: «Cuando acabo de purificarme delante del pueblo, despertado por la confesion sincera de mis errores (1) y mis faltas contra él, quie-

(1) Werner, de luterano que era, acababa de hacerse católico.

ro aun desprenderme de ese poema de horror que antes que mi voz lo cantase, turbaba como una nube borrasca mi razon oscurecida, y que cuando le cantaba resonaba en mis oídos como el grito agudo de el buho... de ese poema urdido durante la noche, parecido al eco del estertor de un moribundo, que aunque débil, llena de terror hasta las médulas de los huesos.»

¿Ahora quereis saber lo que es este poema? Voy á deciroslo en dos palabras.

Un labrador habita con su padre una de las cumbres más altas y escabrosas de los Alpes: el deseo de una compañera se hace sentir en el jóven Kuntz y á pesar del anciano se desposa con Trueda, hija de un pastor del canton de Berna que solo ha dejado al morir libros viejos, largos sermones y una hija hermosa.

El anciano Kuntz ve con pesar entrar una ama en la casa de que era dueño: de aquí querellas interiores entre el suegro y la nuera, querellas en las cuales, el marido, herido en la persona de su muger se irrita de día en día contra su padre.

Una tarde, era el 24 de febrero, vuelve alegre de una fiesta dada en Louèche. Entra con la alegría en la frente y cantando. Encuentra al anciano Kuntz regañando y á Trueda que llora. La desgracia interior velaba á la puerta que él acababa de pasar.

Cuanta más alegría tenía en su corazón, ahora es mayor su cólera. Sin embargo, su respeto hacía el anciano le cierra la boca, el sudor corre por su frente y se muere sus apretados puños, la sangre le hierve y sin embargo calla. El anciano se irrita cada vez más.

Entonces el hijo le mira riéndose con aquella risa amarga y convulsiva de un condenado: toma una hoz colgada en la pared:—La yerba va bien pronto á crecer, le dice, es necesario que yo afile este instrumento. Caro padre, podéis continuar vuestro regaño; yo voy á acompañaros con musica.—Despues, afilando su hoz con el auxilio de un cuchillo cantaba una linda canción de los Alpes, fresca y sencilla como una de esas flores que se abren al pie de las neveras:

En la cabeza un sombrero
Hornado de florecillas
La camisa de pastor
Con largas y bellas cintas.

Durante este tiempo, el anciano temblaba de rabia y prorumpia en amenazas.

El hijo seguía cantando siempre. Entonces el anciano, fuera de sí, arrojó á la muger uno de esos dietados injuriosos que enrojecen la faz de un marido. El jóven Kuntz se levantó furioso, pálido y temblando. El cuchillo, el cuchillo maldito con el cual aflaba su hoz se le escapó de las manos, y guiado sin duda por el demonio que vela por la perdicion del hombre,

fué á herir al anciano. El anciano cayó y volvió á levantarse para maldecir al parricida, despues volvió á caer y espiró.

Desde este momento la desgracia entró en la choza estableciéndose en ella como un huésped á quien no se puede arrojar. Kuntz y Trueda continuaron amándose sin embargo, pero con ese amor salvaje, triste y monótono sobre el cual se ha derramado sangre. Seis meses despues la jóven parió. Las últimas palabras del moribundo habian herido al niño en el seno de su madre. Y como Cain, llevaba en sí el signo de maldicion, una hoz sangrienta en el brazo.

Algun tiempo despues ardió la granja de Kuntz, la mortandad entró en sus ganados, la cima del Randerhorn se desmoronó como empujada por una mano vengadora; una avenida de nieve cubrió la tierra en una superficie de dos leguas, y debajo de aquella nieve estaban sepultados los fértiles campos del parricida. Kuntz, no teniendo ya ni granja ni tierras, de propietario que era se hizo posadero. En fin, cinco años despues de haber nacido el niño Trueda parió una niña. Los esposos creyeron la cólera de Dios desarmada, pues esta niña era hermosa y no tenía ninguna señal de maldicion sobre su cuerpo.

Una tarde, era el 24 de febrero, la niña tenía entonces dos años y el niño siete, los dos niños jugaban en el umbral de la puerta con el cuchillo que habia muerto á su abuelo; la madre acababa de degollar una gallina, y el niño con aquel placer de sangre tan peculiar en la juventud en quien la educacion no lo ha borrado, lo habia presenciado: Ven, dijo á su hermana, á jugar juntos, yo seré la cocinera y tú la gallina.—El niño tomó el cuchillo maldito, arrastró á su hermana detras de la puerta de la posada; cinco minutos despues la madre oyó un grito, acudió: la niña estaba bañada en sangre, su hermano acababa de cortarle el cuello. Entonces Kuntz maldijo á su hijo como su padre le habia maldecido á él.

El niño se escapó. Nadie supo qué fué de él.

A contar desde este día todo fué de mal en peor para los habitantes de la choza. Los peces del lago murieron, las cosechas fueron estériles, las nieves que ordinariamente se derretian en los grandes calores del estio cubrieron la tierra como una mortaja eterna; los viajeros que mantenian la pobre posada se hicieron cada vez más raros porque el camino llegó á ser cada vez más difícil. Kuntz se vió obligado á vender los últimos bienes que le quedaban en la choza, y se hizo inquilino de aquel á quien se la habia vendido, y vivió muchos años con el precio de aquella venta; despues, un día se encontró tan pobre que no pudo pagar el alquiler de aquellas miserables tablas que el viento y la nieve habian lentamente desunido, como para llegar hasta la cabeza del parricida.

TOMO I.

Una tarde, era el 24 de febrero, Kuntz entró en su casa de vuelta de Louèche; se habia puesto en camino por la mañana para suplicar al propietario que le perseguia le concediese algun tiempo. Este le habia enviado al bailio y el bailio le habia condenado á pagar en veinte y cuatro horas. Kuntz habia estado en casa de sus amigos ricos; les habia rogado, implorado y conjurado en nombre de lo que tuviesen más sagrado en el mundo, salvar á un hombre de la desesperacion. Ni uno de ellos le habia tendido la mano. Encontró un mendigo que partió su pan con él. Llevó aquel pan á su muger, lo arrojó sobre la mesa diciéndola: Come el pan entero, muger, yo he comido allá abajo.

Entonces habia una tempestad horrorosa, el viento rugia alrededor de la casa como un leon alrededor de un establo, la nieve caia cada vez más espesa como si la atmósfera fuese por fin á condensarse; las cornejas y los buhos, pájaros de muerte á quienes la destruccion alegre, se recogían en medio del desorden de los elementos como los demonios de la tempestad, y llegaban atrevidos por la claridad de la lámpara á golpear con la punta de sus pesadas alas los vidrios de la cabaña donde velaban los dos esposos que sentados el uno en frente del otro osaban apenas mirarse; y cuando se miraban, separaban inmediatamente la vista, espantados de los pensamientos que se lejan en sus frentes. En este momento llamó á la puerta un viajero, los dos esposos se estremecieron.

El viajero llamó por segunda vez, Trueda salió á abrir.

Era un hermoso jóven de veinte á veinte y cuatro años, con la blusa de cazador, con un morral y un cuchillo de monte al lado; llevaba alrededor del cuerpo un cinto para dinero y pendiente de él un par de pistolas. En una mano llevaba una linterna próxima á apagarse, y en la otra un largo palo con punta de hierro.

Al ver aquel cinto Kuntz y Trueda cambiaron una mirada rápida como un relámpago.

—Seais bienvenido, dijo Kuntz, y alargó la mano al viajero. ¿Os tiembla la mano? añadió.

—Es de frio, respondió éste mirándole con una expresion muy estraña.

Dicho esto sentóse, sacó de su morral pan, kirehenwaser, un pedazo de torta y una gallina asada, y convidó á sus huéspedes á cenar con él.

—Yo no como gallina, dijo Kuntz.

—Ni yo, dijo Trueda.

—Ni tampoco yo, dijo el viajero.

Todos tres cenaron únicamente con la torta; pero Kuntz bebió mucho.

Acabada la cena entró Trueda en una pieza contigua, estendió por el suelo un poco de paja, y salió á decir al extranjero: vuestra cama está lista.

—Buenas noches, dijo el viajero.

17

—Dormid en paz, respondió Kuntz.

El viajero entró en su cuarto, cerró la puerta y se puso de rodillas para orar.

Trueda se fué á echarse en su cama.

Kuntz dejó caer su cabeza entre sus dos manos.

Al cabo de un instante, púsose en pie el viajero, desató su cinto que le sirvió de almohada, y colgó de un clavo sus vestidos; pero como estaba mal clavado cayó en el suelo arrastrando consigo la ropa que debía sostener.

El viajero trató de clavarlo otra vez en la pared dándole con el puño, la fuerza y sacudida de aquellos golpes hicieron caer alguna cosa colgada en la parte exterior del cuarto. Kuntz se estremeció, buscando tímidamente con los ojos el objeto cuya caída acababa de distraerle de la meditación. Era el cuchillo dos veces maldecido que había muerto al padre por la mano del hijo, y á la hermana por la del hermano, que había caído cerca de la puerta del cuarto que ocupaba el forastero.

Kuntz se levantó para ir á recogerlo, y al bajarse su mirada penetró por el ojo de la llave en el cuarto de su huésped. Este dormía con la cabeza apoyada sobre el cinto. Kuntz se quedó con la vista clavada en la cerradura, y la mano sobre el cuchillo. La lámpara se apagaba en el cuarto del extranjero.

Kuntz se volvió hacia Trueda para ver si dormía, Trueda estaba apoyada sobre el codo con los ojos fijos, miraba á Kuntz. —Levántate y alumbrame puesto que no duermes, dijo Kuntz.

Trueda tomó la lámpara; Kuntz abrió la puerta, y los dos esposos entraron.

Kuntz puso la mano izquierda sobre el cinto. Tenía el cuchillo en la mano derecha. El extranjero hizo un movimiento. Kuntz hirió. El golpe estaba dado con tanta seguridad que la víctima no tuvo fuerza mas que para decir estas dos palabras: ¡Padre mio!

Kuntz acababa de matar á su hijo.

El jóven se había enriquecido en el extranjero, y volvía á partir su fortuna con sus padres.

He aquí el drama de Werner y la leyenda de Schwanbach.

Puede juzgarse hasta que punto tal recuerdo me preocupaba. El deseo de ver la posada que había sido el teatro de aquellos terribles sucesos me había sobre todo determinado á tomar el camino del Monte Gemmi. Había en verdad una legua mas allá de la posada, cierta bajada que las gentes mismas del país miran como una de las mas espantosas gargantas de los Alpes; lo que no me prometía para mi cabeza tan dispuesta á los vértigos una gran libertad para admirar el trabajo de los hombres que han abierto aquella bajada, y el capricho de Dios que ha levantado allí rocas contra las cuales se ha formado esta especie de escalera. A fuerza de pensar en la posada

y en el camino fácil que á ella conduce concluí por no reflexionar en el infernal camino por el que de ella se sale.

Mientras resolvía en mi imaginación todo aquel drama, ya habíamos subido á la montaña. Al llegar á su cumbre sentimos de pronto un aire frío. Mientras subimos había pasado sobre nuestras cabezas y no lo habíamos sentido. Llegados á la cima nada nos resguardaba de él, y bajaba en terribles bocanadas desde los pinos del Altels y del Gemmi, como para custodiar el dominio de la muerte y rechazar de ella á los vivos hacia el valle en donde pueden vivir.

Imposible era ademas inventar una decoración mas en armonía con el drama: detrás de nosotros, el delicioso valle de la Kander (Kander-Thal), jóven, risueño y verde: delante la nieve helada y las desnudas rocas: despues, en medio de aquel desierto, cual una mancha sobre una sábana mortuoria la maldita posada que presencié la escena que acabamos de contar.

A medida que me aproximaba era mas viva la impresión. Me disgustaba el cielo de un azul trasparente y el radiante sol que iluminaba aquella cabaña: hubiera querido ver la atmósfera oscurecida por las nubes: hubiera querido oír los silbidos de la tempestad desencadenada alrededor de aquella cabaña. Nada de esto había. Al menos, sin duda la facha salvaje de nuestros huéspedes creí que estaria en armonía con los recuerdos que le rodeaban. Tampoco: dos hermosas criaturas blancas y sonrosadas, un niño y una niña, jugaban sobre el dintel de la puerta abriendo agujeros en la nieve con un cuchillo. ¡Un cuchillo! ¿cómo tenían sus padres bastante imprudencia para dejar todavía un cuchillo allí en manos de sus hijos? Se lo arranqué vivamente: el pobre niño se lo dejó coger y se echó á llorar.

Entré en la cabaña, su dueño se dirigió á mí: era un hombre grueso de treinta y cinco á cuarenta años, muy robusto y muy alegre.

—Tomad, le dije, aquí teneis un cuchillo que he quitado á vuestro hijo que jugaba con su hermana. No dejéis semejante arma entre sus manos, ya sabéis lo que de ello podría resultar.

—Gracias, señor, me dijo mirándome con asombro, pero no hay peligro en esto.

—¡Desgraciado! ¡no hay peligro! y el 24 de febrero?

El dueño de la casa hizo un marcado gesto de impaciencia.

—¡Ah! dije, ¿habeis comprendido? Al mismo tiempo eché la vista en torno mio: la disposición de la cabaña era seguramente la misma que en tiempo de Kuntz. Nos hallábamos en la primera habitación: en frente de nosotros en un hueco había no la mala cama de Trueda, sino un bonito lecho suizo tan ancho como largo: á la izquierda estaba el cuarto donde había sido asesinado el viajero. Fui á la puer-

ta de aquel cuarto, lo abrí: había una mesa puesta esperando para comer á los viajeros que diariamente pasan. Miré al suelo, me pareció que iba á hallar en él las manchas de sangre.

—¿Qué buscáis, caballero? me dijo el dueño: ¿habeis perdido alguna cosa?

—¿Cómo! dije yo respondiéndole á mi pensamiento y no á su pregunta, ¿habeis tenido la idea de hacer un comedor de este cuarto?

—Porque no había de poner en él una cama como había hecho mi predecesor. Una cama es una cosa inútil aquí donde pocos viajeros se detienen á pasar la noche.

—Ya lo creo, despues del horrible suceso de que ha sido testigo esta cabaña...

—¡Vamos, otro que tal! murmuró con mal humor que no trató de ocultar el posadero.

—¿Pero cómo habeis tenido, continué diciéndole, valor de venir á habitar esta casa?

—No he venido á habitarla, señor mio, siempre ha sido mia.

—¿Pero y antes de ser vuestra?

—Era de mi padre.

—¿Con que sois el hijo de Kuntz?

—No me llamo Kuntz, me llamo Hantz.

—Si, habeis cambiado de nombre y habeis hecho bien.

—No he cambiado de nombre, y á Dios gracias espero no cambiar de él nunca.

—Comprendo, me dije interiormente, Werner no habrá querido.

—Mirad, caballero, espliquémonos, me dijo Hantz.

—Mucho me alegro de que prevengais mis deseos, yo no me hubiera atrevido á pedirlos detalles de acontecimientos que parece tan de cerca os tocan, mientras que ahora vais á decirme... ¿no es esto?

—Si, voy á deciros lo que he dicho veinte veces, cien veces, mil veces: voy á deciros lo que hace quince años me tiene condenado á mí y á mi muger, lo que concluirá por hacerme hacer un desatino.

—¡Ah! ¡los remordimientos! me dije á mí mismo á media voz.

—Porque, continuó con desesperación, semejante persecución cansaría la paciencia del mismo Calvino. No hay aquí tal 24 de febrero, ni Kuntz, ni asesinato: esta posada es tan segura como el regazo de una madre para su hijo: mejor que nadie lo sabe el tunante que es causa de todo esto, pues que ha permanecido aquí quince días.

—¿Kuntz?

—No señor, os digo que jamás ha habido aquí á veinte leguas á la redonda un solo hombre que se llame Kuntz, sino un miserable, un tal Werner.

—¿Cómo! ¿el poeta?

—¿Poeta?

—Si señor, el poeta: así es como le llaman todos.

—¡Pues bien! caballero, el poeta vino á ca-

sa de mi padre. ¡Mas hubiera valido para su descanso en el otro mundo, y para el nuestro en este, que se hubiera roto la cabeza al trepar la roca que vais á bajar! Vino en 1813, me acuerdo como si fuese hoy mismo, era un hombre de noble y honrada cara, caballero; imposible sospechar nada de él. Así, cuando pidió á mi pobre padre quedarse ocho ó diez días con nosotros, mi padre no tuvo dificultad en ello, únicamente le dijo:—No estareis muy bien, no tengo mas que un cuarto que daros. El otro, que tenia sus miras, respondió:—Bueno es. Entonces le instalamos aquí donde estais. Debíeramos de haber sospechado algo sin embargo, porque desde la primera noche se puso á hablar alto como un loco. Yo creí que se hallaba enfermo: me levanté para mirar por el ojo de la cerradura, daba miedo: se hallaba pálido, tenia los cabellos echados hacia atrás, los ojos tan pronto clavados en un punto, tan pronto convulsivamente agitados: había momentos en que permanecía inmóvil como una estatua, de repente gesticulaba como un endemoniado, despues escribía, escribía.... patitas de mosca que por lo regular siempre son mala señal; si bien esto no duró mas que quince días, ó mejor dicho quince noches, porque durante el día se paseaba alrededor de la casa. Yo soy el que le guiaba. En fin, despues de quince días nos dijo:—Buenas gentes, ya he concluido, os doy las gracias.—No hay de qué, contestó mi padre, puesto que os he ayudado muy poco. Pagó, debo decirlo, pagó bien y despues partió.

Un año se pasó tranquilamente sin que volviésemos á oír hablar de él. Una mañana, era en 1815 segun creo, dos viajeros entraron y miraron con atención el interior de nuestra posada.—Toma, dijo uno, hé ahí la hoz.—Toma, dijo el otro, hé ahí el cuchillo. Era una hermosa hoz nueva que acababa yo de comprar en Kanderstg, y un cuchillo viejo de cocina que no servía ya mas que para partir azúcar, y que estaba colgado de un clavo cerca de la puerta del gabinete; les miramos con sorpresa mi padre y yo, cuando uno de ellos se acercó y me dijo:—¿No es aquí, amigo, donde tuvo lugar el 24 de febrero aquel horrible asesinato?

Quedamos mi padre y yo estupefactos.

—¿Qué asesinato? dije yo.

—El asesinato cometido por Kuntz en su hijo. Entonces les contesté lo que acabo de responderos.

—¿Conoceis á Mr. Werner? continuó el viajero.

—Si señor, es un bravo y excelente sugeto, que ha pasado quince días aquí hace dos años, segun creo, y que no tiene mas que un defecto, que es escribir y hablar toda la noche en lugar de dormir.

—Pues bien, tomad lo que ha escrito en vuestra posada y sobre vuestra posada.

Entonces nos dió un librito que llevaba por título el 24 de febrero. Hasta ahí no había na-

da de malo: el 24 de febrero es un día como otro cualquiera y no tuve nada que decir; pero no bien lei treinta hojas, cuando el libro se me cayó de las manos. Eran mentiras; pero ¡qué mentiras! y sobre todo mentiras sobre nuestra pobre hostería; y todo eso para arruinar al desgraciado posadero. Si le habíamos llevado demasiado caro por los días que pasó, podía muy bien haberlo dicho, ¿no es verdad? No es uno un turco para ahogar á nadie; pero no, si no dijo nada; pagó y aun dió para beber, y luego el hipócrita va á escribir que nuestra casa.... ¡Si eso hace estremecer! ¡Si es una indignidad! ¡es una infamia! Así que venga un poeta aquí que yo le vea, no se me escapará de entre las manos. ¡Oh! el pagará por su camarada.

—Pero, ¿nada de lo que cuenta Werner ha pasado?

—Nada, nada absolutamente, es decir, ni la menor cosa. Mi huésped rabiaba.

—Entonces concibo que las preguntas que os hacen sobre esto, os deben ser sumamente impertinentes.

—Enfadadas decid, señor. Decid..... Y se agarraba los pelos con las manos, decid... ¡No encuentro palabra! Es hasta tal punto, que no pasa alma viviente que no me repita la misma canción mientras la hoz y el cuchillo estén ahí. Mirad, dicen, ahí está la hoz y el cuchillo. Mi padre los quitó un día porque ya se cansaba oír repetir siempre la misma cosa. Entonces era otra canción.—¡Ah! ¡ah! decían los viajeros, han retirado la hoz y el cuchillo, pero ved ahí el cuarto aun.—¡Diablo! sí, sí, tienes razón, es verdad. ¡Ah, caballero! era para desesperarse uno: han abreviado la vida de mi padre por más de diez años. Oír decir tales cosas sobre la casa en que uno ha nacido, oír las decir por todo el mundo, y en todos los días, y por lo regular dos veces más que una; esto es inaguantable, daría la barraca por cien escudos. Os la doy, y también el mobiliario, me marcharé, y así no oíré hablar más ni de Werner, ni de Kuntz, ni de la hoz, ni del cuchillo, ni del 24 de febrero, ni de nada.

—Vamos, vamos, patron, calmaos y dadnos de comer, esto valdrá más que el desesperaros.

—¿Qué es lo que queréis comer, respondió nuestro hombre, calmándose de repente, y levantando la punta de su delantal?

—Algo de volateria.

—Si, si, aves, ya podéis tratar de buscarlas. Cuando había gallinas era otra cosa, pero ahora. ¿No sabéis que aquel condenado puso una en su libro? ¿Una gallina! ¿Habeis visto cosa semejante? O no le debían gustar ó lo hizo por hacernos mal.

—Todo lo que queráis, poco me importa: disponed cualquier cosa, en tanto que voy á dar un paseo por esos alrededores.

—Dentro de media hora estará pronta la comida.

Sali lamentando muy sinceramente la deses-

peracion de aquel pobre hombre: porque la influencia de la palabra del poeta es tan poderosa, que donde quiera que la siembra lo llena á su placer de recuerdos felices ó funestos, y convierte los seres que lo habitan en ángeles ó demonios.

Comencé mi paseo: pero la relación de Hantz había disipado casi toda la ilusión del paisaje. El aspecto no dejaba de ser gigantesco y salvaje; pero el principio vivificante había desaparecido. El posadero había con un soplo destruido el fantasma del poeta, y lo había hecho desaparecer. Aquella naturaleza era impudente; pero despoblada é inanimada: había nieve, pero sin manchas de sangre; asemejábase á una mortaja; pero no envolvía ningún cadáver.

Este desencanto abrevió una hora lo menos mi paseo topográfico por la cima donde habíamos llegado, pues me limité á echar un vistazo hacia el Oriente por encima de las dos cumbres que han dado á la montaña el nombre de *Gemmi*, derivado probablemente de *Geminus*; y otro al Oeste por encima de la inmensa nevera de Lammero, siempre muerta y azul cual la vió Werner. El lago del Daube (*Daubensee*) y el derrambadero del Randerhorn los había visitado ya, uno á la ida, y debía costear el otro al volver. Volví al cabo de media hora, y mi huésped fué muy puntual, pues ya me lo hallé de pie al lado de una mesa con abundante comida.

Al marcharme ofrecí al pobre Hantz que haría todo lo posible para disipar la calumnia de que era víctima. He cumplido mi palabra, y si alguno de mis lectores pasa alguna vez por la venta de Schwabach, le quedaré muy agradecido si tiene la bondad de decir á Hantz que en este libro, sin el cual, jamás probablemente hubiera tenido noticia del poema de Werner: he referido con verdad el origen de él.

A distancia de un cuarto de hora, nos encontramos en la orilla del pequeño lago del Daube, que con el del San Bernardo y el del Taulhorn es uno de los más altos del mundo conocido. De ahí es que como los otros dos está también desierto, porque no se puede sufrir la temperatura de sus aguas, ni aun en el rigor del verano.

Después de haber pasado el lago, entramos en un pequeño despoblado, al fin del que hallamos una quinta abandonada. Willer me dijo que la bajada empezaba al pie de aquella casa. Curioso por ver aquel paso extraordinario, y recobrando la fuerza mis piernas, cansadas de andar durante tres horas por mal camino, apresuré el paso á medida que adelantaba, de modo que llegué corriendo á la casa de campo.

Di un grito, cerré los ojos, y me dejé caer de espaldas.

No sé si mis lectores habrán experimentado alguna vez la terrible sensación de un vértigo, ni si al medir con la vista un gran pre-

LOS BAÑOS DE LOUECHE.

Estaba tan fatigado al llegar á los baños de Louèche, que dejé para el día siguiente la visita que me proponía mi guía Willer y la comida que me ofrecía el posadero, reclamé en cambio la cama que ni el uno ni el otro pensaba mandarme hacer.

Al día siguiente entró Willer en mi cuarto á las nueve: era el momento de visitar los baños, pues los enfermos van á ellos antes de desayunarse. Mas gana tenía de dejarlos sumergirse á su placer en su piscina y de permanecer en la cama, á riesgo de perder aquella escena de ablución que me habían dicho ser muy curiosa, pero Willer fué inexorable, y tuve que contentarme con catorce horas de sueño.

A veinte pasos de la posada encontramos la gran fuente de San Lorenzo, que abastece los baños, pues otros doce ó quince manantiales de agua termal que brotan en las inmediaciones se pierden sin utilizarse en el Dala, y nadie ha pensado nunca en sacar algún partido de ellos.

El aspecto de los baños de Louèche es en todo distinto del que ordinariamente presentan los establecimientos de este género; la ablución, se hace no en gabinetes separados como en Aix, sino en común, mezclados hombres y mugeres, lo que presenta un golpe de vista enteramente patriarcal.

Figúrese un estanque de la Escuela de natación, y rodeado de una galería embaldosada con dos puentes perpendiculares uno á otro formando por su reunión una cruz latina, y en cada una de sus divisiones unos treinta bañistas apiñados, resultando para las cuatro un total de ciento veinte personas herméticamente encerradas en peinadores de franela, y no dejando ver á flor de agua más que una colección de cabezas empelucadas ó engorradadas á cual más grotescas. Agréguese á esto que cada una de aquellas cabezas tiene delante de sí una tabla de pino ó un corcho sobre la cual, con el auxilio de las manos, cuyos brazos no se ven, hace todo lo que tiene que hacer, come, bebe, hace calceta, juega á los naipes, y todo con tanta más soltura y facilidad como que posee además un asiento móvil que le sirve para cambiar de sitio, y con el que se coloca como le conviene, tan pronto en una esquina, tan pronto en otra, no teniendo para trasladarse más que mover su mesita que le sigue por medio de un hilo, y el taburete invisible atado á la parte del cuerpo que no se ve en la superficie del agua. Además, la frecuencia de esos cambios de posición, varía según el carácter de los bañistas. Hay tal per-

cipicio, han sentido alguna vez el irresistible impulso de arrojarse en él; no sé si se les han erizado los cabellos ni si han sentido correr el sudor por la frente, ni si se les han contraído los músculos de su cuerpo, estirándoseles después cual los de un cadáver galvanizado por la pila de Volta; pero si le han experimentado conocerán un puñal introducido en la carne: ni el plomo derretido en las venas, ni la fiebre que corre en las vértebras causan una sensación tan aguda como el de aquel estremecimiento que en un instante se apodera de todo el cuerpo, y por eso no necesito decir nada más. Había llegado corriendo hasta la orilla de una roca perpendicular de mil seiscientos pies de altura sobre el lugar de Louèche, y si doy un paso más, sin remedio me hubiera precipitado, en aquel profundísimo abismo.

Willer echó á correr tras de mí y me encontró sentado: apartó mis manos con las que me tapaba los ojos, y al ver que me desmayaba, me puso en los labios un frasco de kirchenwasser: sorbí un buen trago, y cogiéndome Willer por el brazo, me llevó hasta la puerta de la cabaña. Le vi entonces tan asustado al verme tan pálido, que recobrando mi fuerza moral sobre aquella sensación física, me eché á reír para calmar su terror; pero aquella risa era una risa estridente, como la de los condenados que moran en el lago helado del Dante.

Con todo al cabo de pocos minutos ya me había repuesto. Había sentido lo que en circunstancias semejantes experimento, un trastorno en todas mis facultades seguido de un completo reposo, porque la primera sensación es de la parte física que domina instintivamente á la moral, y la segunda es, la moral que recobra su poder racional sobre la física. Cierzo es que generalmente el segundo movimiento es más penoso y sensible que el primero, y que se padece más al recobrar la cabeza que cuando se halla uno trastornado.

Me puse en pie tranquilamente, y me dirigí de nuevo hacia el precipicio cuya vista había causado en mí el efecto que he tratado de escribir. Se presentaba una sendita de dos pies y medio de anchura, por la que comencé á caminar con paso en apariencia tan firme como el de mi guía, únicamente que por temor de que mis dientes se rompiesen unos con otros me puse en la boca el pañuelo hecho veinte pliegues.

Durante dos horas bajé siempre dando vueltas y teniendo siempre tan pronto á mi derecha como á mi izquierda un precipicio escarpadísimo y llegué á Louèche sin haber pronunciado ni una sola palabra.

—¡Infeliz! me dijo Willer, ya veis que esto no ha sido nada.

Saqué entonces mi pañuelo de la boca y se lo enseñé; todo él estaba cortado como con una navaja de afeitar.

da de malo: el 24 de febrero es un día como otro cualquiera y no tuve nada que decir; pero no bien lei treinta hojas, cuando el libro se me cayó de las manos. Eran mentiras; pero ¡qué mentiras! y sobre todo mentiras sobre nuestra pobre hostería; y todo eso para arruinar al desgraciado posadero. Si le habíamos llevado demasiado caro por los días que pasó, podía muy bien haberlo dicho, ¿no es verdad? No es uno un turco para ahogar á nadie; pero no, si no dijo nada; pagó y aun dió para beber, y luego el hipócrita va á escribir que nuestra casa.... ¡Si eso hace estremecer! ¡Si es una indignidad! ¡es una infamia! Así que venga un poeta aquí que yo le vea, no se me escapará de entre las manos. ¡Oh! el pagará por su camarada.

—Pero, ¿nada de lo que cuenta Werner ha pasado?

—Nada, nada absolutamente, es decir, ni la menor cosa. Mi huésped rabiaba.

—Entonces concibo que las preguntas que os hacen sobre esto, os deben ser sumamente impertinentes.

—Enfadadas decid, señor. Decid..... Y se agarraba los pelos con las manos, decid... ¡No encuentro palabra! Es hasta tal punto, que no pasa alma viviente que no me repita la misma canción mientras la hoz y el cuchillo estén ahí. Mirad, dicen, ahí está la hoz y el cuchillo. Mi padre los quitó un día porque ya se cansaba oír repetir siempre la misma cosa. Entonces era otra canción.—¡Ah! ¡ah! decían los viajeros, han retirado la hoz y el cuchillo, pero ved ahí el cuarto aun.—¡Diablo! si, si, tienes razón, es verdad. ¡Ah, caballero! era para desesperarse uno: han abreviado la vida de mi padre por mas de diez años. Oír decir tales cosas sobre la casa en que uno ha nacido, oír las decir por todo el mundo, y en todos los días, y por lo regular dos veces mas que una; esto es inaguantable, daría la barraca por cien escudos. Os la doy, y tambien el moviliario, me marcharé, y así no oír hablar mas ni de Werner, ni de Kuntz, ni de la hoz, ni del cuchillo, ni del 24 de febrero, ni de nada.

—Vamos, vamos, patron, calmaos y dadnos de comer, esto valdrá mas que el desesperaros.

—¿Qué es lo que queréis comer, respondió nuestro hombre, calmándose de repente, y levantando la punta de su delantal?

—Algo de volateria.

—Si, si, aves, ya podéis tratar de buscarlas. Cuando habia gallinas era otra cosa, pero ahora. ¿No sabéis que aquel condenado puso una en su libro? ¿Una gallina! ¿Habeis visto cosa semejante? O no le debian gustar ó lo hizo por hacernos mal.

—Todo lo que queráis, poco me importa: disponed cualquier cosa, en tanto que voy á dar un paseo por esos alrededores.

—Dentro de media hora estará pronta la comida.

Sali lamentando muy sinceramente la deses-

peracion de aquel pobre hombre: porque la influencia de la palabra del poeta es tan poderosa, que donde quiera que la siembra lo llena á su placer de recuerdos felices ó funestos, y convierte los seres que lo habitan en ángeles ó demonios.

Comencé mi paseo: pero la relacion de Hantz había disipado casi toda la ilusion del paisaje. El aspecto no dejaba de ser gigantesco y salvaje; pero el principio vivificante había desaparecido. El posadero habia con un soplo destruido el fantasma del poeta, y lo había hecho desaparecer. Aquella naturaleza era impudente; pero despoblada é inanimada: habia nieve, pero sin manchas de sangre: asemejábase á una mortaja; pero no envolvía ningun cadáver.

Este desencanto abrevió una hora lo menos mi paseo topográfico por la cima donde habíamos llegado, pues me limité á echar un vistazo hacia el Oriente por encima de las dos cumbres que han dado á la montaña el nombre de *Gemmi*, derivado probablemente de *Geminus*; y otro al Oeste por encima de la inmensa nevera de Lammero, siempre muerta y azul cual la vió Werner. El lago del Daube (*Daubensee*) y el derrambadero del Randerhorn los habia visitado ya, uno á la ida, y debia costear el otro al volver. Volví al cabo de media hora, y mi huésped fué muy puntual, pues ya me lo hallé de pie al lado de una mesa con abundante comida.

Al marcharme ofreci al pobre Hantz que haria todo lo posible para disipar la calumnia de que era víctima. He cumplido mi palabra, y si alguno de mis lectores pasa alguna vez por la venta de Schwabach, le quedaré muy agradecido si tiene la bondad de decir á Hantz que en este libro, sin el cual, jamás probablemente hubiera tenido noticia del poema de Werner: he referido con verdad el origen de él.

A distancia de un cuarto de hora, nos encontramos en la orilla del pequeño lago del Daube, que con el del San Bernardo y el del Taulhorn es uno de los mas altos del mundo conocido. De ahí es que como los otros dos está tambien desierto, porque no se puede sufrir la temperatura de sus aguas, ni aun en el rigor del verano.

Después de haber pasado el lago, entramos en un pequeño despoblado, al fin del que hallamos una quinta abandonada. Willer me dijo que la bajada empezaba al pie de aquella casa. Curioso por ver aquel paso extraordinario, y recobrando la fuerza mis piernas, cansadas de andar durante tres horas por mal camino, apresuré el paso á medida que adelantaba, de modo que llegué corriendo á la casa de campo.

Di un grito, cerré los ojos, y me dejé caer de espaldas.

No sé si mis lectores habrán experimentado alguna vez la terrible sensacion de un vértigo, ni si al medir con la vista un gran pre-

LOS BAÑOS DE LOUECHE.

Estaba tan fatigado al llegar á los baños de Louèche, que dejé para el día siguiente la visita que me proponia mi guia Willer y la comida que me ofrecia el posadero, reclamé en cambio la cama que ni el uno ni el otro pensaba mandarme hacer.

Al día siguiente entró Willer en mi cuarto á las nueve: era el momento de visitar los baños, pues los enfermos van á ellos antes de desayunarse. Mas gana tenia de dejarlos sumergirse á su placer en su piscina y de permanecer en la cama, á riesgo de perder aquella escena de ablucion que me habian dicho ser muy curiosa, pero Willer fué inexorable, y tuve que contentarme con catorce horas de sueño.

A veinte pasos de la posada encontramos la gran fuente de San Lorenzo, que abastece los baños, pues otros doce ó quince manantiales de agua termal que brotan en las inmediaciones se pierden sin utilizarse en el Dala, y nadie ha pensado nunca en sacar algun partido de ellos.

El aspecto de los baños de Louèche es en todo distinto del que ordinariamente presentan los establecimientos de este género; la ablucion, se hace no en gabinetes separados como en Aix, sino en comun, mezclados hombres y mugeres, lo que presenta un golpe de vista enteramente patriarcal.

Figúrese un estanque de la Escuela de natacion, y rodeado de una galeria embaldosada con dos puentes perpendiculares uno á otro formando por su reunion una cruz latina, y en cada una de sus divisiones unos treinta bañistas apiñados, resultando para las cuatro un total de ciento veinte personas herméticamente encerradas en peinadores de franela, y no dejando ver á flor de agua mas que una coleccion de cabezas empelucadas ó engorradadas á cual mas grotescas. Agréguese á esto que cada una de aquellas cabezas tiene delante de si una tabla de pino ó un corcho sobre la cual, con el auxilio de las manos, cuyos brazos no se ven, hace todo lo que tiene que hacer, come, bebe, hace calceta, juega á los naipes, y todo con tanta mas soltura y facilidad como que posee ademas un asiento movable que le sirve para cambiar de sitio, y con el que se coloca como le conviene, tan pronto en una esquina, tan pronto en otra, no teniendo para trasladarse mas que mover su mesita que le sigue por medio de un hilo, y el taburete invisible atado á la parte del cuerpo que no se ve en la superficie del agua. Ademas, la frecuencia de esos cambios de posicion, varia segun el carácter de los bañistas. Hay tal per-

cipicio, han sentido alguna vez el irresistible impulso de arrojarse en él; no sé si se les han erizado los cabellos ni si han sentido correr el sudor por la frente, ni si se les han contraído los músculos de su cuerpo, estirándoseles después cual los de un cadáver galvanizado por la pila de Volta; pero si le han experimentado conocerán un puñal introducido en la carne: ni el plomo derretido en las venas, ni la fiebre que corre en las vértebras causan una sensacion tan aguda como el de aquel estremecimiento que en un instante se apodera de todo el cuerpo, y por eso no necesito decir nada mas. Habia llegado corriendo hasta la orilla de una roca perpendicular de mil seiscientos pies de altura sobre el lugar de Louèche, y si doy un paso mas, sin remedio me hubiera precipitado, en aquel profundísimo abismo.

Willer echó á correr tras de mí y me encontró sentado: apartó mis manos con las que me tapaba los ojos, y al ver que me desmayaba, me puso en los labios un frasco de kirchenwasser: sorbí un buen trago, y cogiéndome Willer por el brazo, me llevó hasta la puerta de la cabaña. Le vi entonces tan asustado al verme tan pálido, que recobrando mi fuerza moral sobre aquella sensacion fisica, me eché á reír para calmar su terror; pero aquella risa era una risa estridente, como la de los condenados que moran en el lago helado del Dante.

Con todo al cabo de pocos minutos ya me habia repuesto. Habia sentido lo que en circunstancias semejantes experimento, un trastorno en todas mis facultades seguido de un completo reposo, porque la primera sensacion es de la parte fisica que domina instintivamente á la moral, y la segunda es, la moral que recobra su poder racional sobre la fisica. Cierzo es que generalmente el segundo movimiento es mas penoso y sensible que el primero, y que se padece mas al recobrar la cabeza que cuando se halla uno trastornado.

Me puse en pie tranquilamente, y me dirigí de nuevo hacia el precipicio cuya vista habia causado en mí el efecto que he tratado de escribir. Se presentaba una sendita de dos pies y medio de anchura, por la que comencé á caminar con paso en apariencia tan firme como el de mi guia, únicamente que por temor de que mis dientes se rompiesen unos con otros me puse en la boca el pañuelo hecho veinte pliegues.

Durante dos horas bajé siempre dando vueltas y teniendo siempre tan pronto á mi derecha como á mi izquierda un precipicio escarpadísimo y llegué á Louèche sin haber pronunciado ni una sola palabra.

—¡Infeliz! me dijo Willer, ya veis que esto no ha sido nada.

Saqué entonces mi pañuelo de la boca y se lo enseñé; todo él estaba cortado como con una navaja de afeitar.

sonaje apático que se está sus dos horas con la nariz vuelta hacia la pared y sin moverse de donde se ha colocado; tal político que se duerme leyendo un periódico cuya parte inferior se empapa en el agua y se encuentra descompuesta hasta el título cuando se despierta; tal entredador que se pasea en todas direcciones, teniendo siempre que decir algo al bañista mas distante: tropezándolo y derribándolo todo para llegar hasta él, hablando á un tiempo á su hijo que llora en el puente, á su muger que no sabe jamás donde encontrarle, y á su perro que ladra dando vueltas al rededor de la galería.

Los tres primeros estanques que visité me presentaron el mismo aspecto; únicamente el último, me ofreció un episodio que no olvidaré jamás.

En medio de aquellas ridiculas cabezas aparecía el rostro pálido y melancólico de una joven de diez y ocho años casi: no ocultaba sus negros cabellos bajo el gorro ó cofia de los demas bañistas; tenía cubierta su mesita no de vasos ni tazas, sino de rhododendron, jenciana y no me olvidéis (mio sotys) con que hacia un ramillete. El agua termal daba á estas plantas un brillo y una frescura que no podía dar á aquella joven; parecía una flor muerta y arrancada de su tallo, en medio de aquellas flores vivas con que adornaba su frente y su pecho, cantando como Ofelia, loca y dispuesta á morir, cuando solo su cabeza y sus manos salían aun del arroyo en que se ahogó.

Es muy posible que si yo hubiera hallado aquella joven en el paseo, en el baile, en el teatro, en cualquiera parte, en fin, fuera de aquella reunion, no hubiese fijado mi atención en ella; quizá su cuerpo me hubiera parecido desgarrado, ordinario su modo de andar, desagradable su voz: hubiera pasado delante de mí como por delante de un espejo, reflejándose en él, pero sin dejar recuerdo alguno; mas allí, en aquel cuadro esculpido por Callot, yo veré siempre en ella una virgen de Rafael.

Después de haberla mirado bien, cerré los ojos y me alejé sin preguntar su nombre ni su edad; y apenas habia andado cuatro pasos oí decir al médico, hablando de ella: *¡Dentro de un mes habrá muerto!*

Sofocado en aquella atmósfera tibia entre aquellas húmedas paredes, salí enteramente bañado de sudor. El cielo estaba cubierto de su velo azul, la tierra llevaba su trage de gala.

¡Dentro de un mes habrá muerto!

¡Muerta en medio de esta naturaleza tan joven, tan robusta y tan viva!

Pasé por delante del cementerio y volví á recordar estas palabras cual un eco:

¡Dentro de un mes estará muerta!

Así desde ahora ya pueden los padres de esta hija querida hacer venir al sepulturero y decirle:—Poneos á trabajar sin perder tiempo, orque esa hermosa joven que veis que Dios

nos habia dado con una sonrisa, la que causaba nuestra alegría en el pasado, nuestra felicidad en lo presente y nuestra esperanza en el porvenir, *¡dentro de un mes estará muerta.*

¡Muerta! es decir sin voz, sin aliento, sin miradas; ella cuya voz es tan armoniosa, cuyo aliento tan puro, cuyo mirar tan dulce!

Todos los días, por espacio de un mes veremos apagarse una chispa en sus ojos, un sonido en su boca, un latido en su corazón; después, al cabo de este mes, á pesar de nuestros cuidados, nuestras penas, nuestras lágrimas, llegará una hora en que se cerrarán sus ojos, en que su boca quedará muda, en que se hallará helado su corazón. El cuerpo será un cadáver, la que creemos nuestra hija será la hija de la tierra, y su madre nos la volverá á pedir....

¡Oh! ¡qué cosa tan maravillosa es la ciencia que puede así pronosticar al hombre uno de los dolores mas atroces de la humanidad! Pero, ¿no debería matarse al médico que deja escapar de sus labios semejantes palabras?

Tres cuartos de legua casi habia yo caminado tan preocupado con el recuerdo de aquella joven, que habia olvidado completamente mi camino y el objeto adonde debía conducirme, cuando Willer me cogió por el brazo y me dijo:—Ya hemos llegado.

Efectivamente, nos encontrábamos en una especie de gruta, teniendo encima de nosotros una cumbre de un peñasco perpendicular de ochocientos pies de altura, al pie del que corre el Dala, y á nuestra izquierda la primera de las seis escalas que establecen una comunicacion entre Louèche de los Baños, y la aldea de Albinnen, cuyos habitantes se verian obligados á dar un rodeo de tres leguas para ir al mercado, si no hubiesen abierto este camino aéreo.

Es preciso realmente ver este paso si se quiere formarse una idea de la maravillosa osadía de los habitantes de los Alpes. Después de haberse echado en el suelo por miedo de perder la cabeza para mirar á ochocientos pies de profundidad las espumosas aguas del Dala, es preciso levantarse, subir la primera escala, ayudarse con las manos y los pies para agarrarse á la punta de la peña sobre que está puesta la segunda, y llegado á aquella parte en el momento en que uno dice á su guia que ninguna criatura humana puede aventurarse en semejante camino, oirá una tirolésa cantada en los aires, y á cien pies encima de uno suspendido sobre el abismo, verá á un aldeano cargado de frutas, á un cazador con su gamuza ó á una muger con su hijo que se encaminan hacia donde el viajero se halla, con el mismo desembarazo y ligereza que si anduviesen por la verde falda de una de nuestras colinas.

Willer me preguntó si queria continuar mi camino de ascension. Le di las gracias. Se

echó á reir.—Esto no es nada, me dijo, ahí viene una muger. Ya la vereis trepar.

En efecto, una muchacha llegó de los baños siguiendo el mismo camino que nosotros habiamos traído, subió la escala que acabábamós de dejar, y pronto apareció en el estrecho rellano en que apenas habia sitio para los tres, después continuó su camino sin mas precaucion que recogerse por detrás su vestido, llevarlo adelante, y sujetárselo á la cintura con un alfiler, de modo que le sirviese de pantalón en vez de enaguas.

Mirábamos cómo subia, cuando apareció bajando un hombre en la cuarta escala. El caso era difícil no habiendo lugar para dos por aquel camino. ¿Cómo van á hacer ahora? pregunté á Willer.

—Ya vereis.

En efecto, aun no habia concluido de decirme lo, cuando ya lo habia visto.

El hombre, con una galanteria de que muy pocos de nuestros *dandys* serian capaces en semejantes circunstancias, habia dado media vuelta, y pasando por el revés de la escalera, bajaba por un lado mientras la muchacha subia por el otro; encontráronse en la mitad, dijéronse algunas palabras y continuaron su camino. Parecia increíble.

El hombre pasó junto á nosotros.

—¿Habeis visto á ese mozo? me dijo Willer al verle alejarse.

—¿Y qué?

—Esta tarde á las siete habrá bebido sus cuatro botellas de vino, saldrá de la taberna borracho perdido, y caerá treinta veces en el camino desde los baños hasta la primera escala, lo que no impedirá atravesar aquel pasaje y llegar á su casa sin novedad.

Diez años hace que el bribon tiene este oficio.

—Si, y el mejor día se matará.

—¿Quién? ¿él? ¿Pues ya!... bajando la escalera de su bodega quizá, pero aquí nunca. ¿Pues que no hay un Dios para los borrachos?

—Querido amigo, me parece que yo no estoy en gracia de ese Dios, porque empieza á mareármese la cabeza.

—Entonces bajaos pronto y no vayais á hacer como Mr. B...

—¿Quién es ese Mr. B?... le dije cuando me hallé en tierra firme.

—¡Ah! ¿M. B?... Venid por aquí; voy á contároslo.

Pusimonos en camino, y continuó Willer.

—Mr. B. era un agente de cambio.

—Si, le dije. Un vago recuerdo pasó por mi cabeza.

—Se habia arruinado y habia arruinado á su muger y á sus hijos, jugando sobre los fondos públicos: vos que sois de Paris, debeis saber lo que es eso.

—Muy bien.

—Pues se habia arruinado. ¡Bueno! ¿qué hace? asegura su vida, ¿comprendéis? su vida:

es decir, que si moria heredaba quinientos mil francos. Yo no concibo esto bien, por que es un embolismo de mil diablos; pero es igual, vos lo entenderéis acaso.

—Perfectamente.

—Tanto mejor. Pues hete aquí que viene á Suiza en compañía de otros. Un día almorzando dijo una señora: Vamos á ver las escalas. —¡Ah! sí, dijo Mr. B.... Vamos. Después del desayuno montan en sus mulos, bueno: toman un guia. Mr. B. que tenia su idea, dijo: Yo quiero ir á pie, y fué á pie.

Al llegar aquí, mirad, sobre aquella pequeña cuestecilla que parece nada... No os arriameis tanto á la orilla, que es muy resvaladiza y hay quinientos pies de profundidad debajo.

—¿En que estaba?

—En que al llegar aquí....

—¡Ah! sí. Pues hete que al llegar aquí, deja que se pasen delante todos los demas, se sienta y dice á su guia: Ve á buscarme una piedra muy gorda ¿entiendes? muy gorda.—Bueno. El otro va, no sospechaba nada. A los cinco minutos vuelve con un morrillo que le costaba trabajo de llevar.—Aquí teneis uno famoso, le dijo, si no os gusta sereis difícil de contentar.

Buenas tardes, ya no habia nadie. Únicamente se veia en la yerba un pequeño resbalón que iba desde el sitio en donde se habia sentado, hasta el borde del precipicio. No es menester preguntar si el guia dió gritos. Acudieron entonces todo el mundo. Un caballero de los que iban allí, le dijo: amigo mio, aquí tienes un luis, trata de mirar en el abismo. El guia no se lo hizo de rogar. Se agarró como pudo á estos matorrales tanto, que llegó á mirar por el agujero.

—¿Y bien? le dijo el caballero.

—¡Ah! vedle allí en el fondo, respondió el guia.

—Ya lo veo.

No habia duda, pues que le veia.

Entonces la sociedad volvió á los baños; se hicieron venir hombres para buscar el cuerpo: el guia los dirigió.

Cinco horas después trajeron dos cestos llenos de carne humana: eran los restos de Mr. B....

—¿Se habia matado con intencion de matarse?

—Jamás se ha sabido. La compañía de seguros le quiso entablar un pleito como á suicida, mas parece que Mr. B... ha ganado, pues ha heredado quinientos mil francos.

Yo habia ya oido contar esta historia en Paris, pero confieso que me habia hecho menos impresion que la que me causó en el mismo sitio en que sucedió, hasta tal punto que cuando Willer hubo concluido, me vi precisado á sentarme, las piernas me flaqueaban y corria el sudor por mi frente.

¡Estraña organizacion de nuestra sociedad que para el desarrollo de su industria, y de su

comercio da á un hombre la idea de semejante sacrificio, y le permite negociar hasta con su muerte!—por pesimista que sea, es preciso confesar que estamos muy cerca de la perfeccion.

Un cuarto de hora despues de esta relacion nos hallábamos en la plaza de Louèche de los Baños. Cerca de la fuente habia una gran reunion, unos viajeros hacian cocer una gallina en el agua termal. Esta operacion era demasiado curiosa para que yo no la siguiese hasta su fin; dije á Willer que fuese á pagar al posadero, y viniese á buscarme allí con mi bagaje.

Al cabo de veinte minutos me encontré comiendo un alon del animal en quien en honor de la verdad, debió decir se habia hecho en su punto la esperiencia: aquel alon me habia sido ofrecido por el propietario de la gallina, que viendo el interes que tomaba yo en el experimento, me habia juzgado digno de que apreciase sus resultados.

Por mi parte le ofrecí un vaso de kirchenwaser, que rehusó con mucho sentimiento, pues el pobre diablo no bebia mas que agua, y agua caliente.

Despues de estos cumplimientos nos pusimos en marcha para Louèche-le-Bourg. A la mitad del camino se detuvo Willer para enseñarme la aldea de Albinnen, á donde conduce el paso de las escalas que habiamos visitado dos horas antes. Esta aldea, está situada en la pendiente de una colina tan escarpada, que las calles parecen tejados; por lo que sus habitantes, segun me contó Willer, se ven obligados á herrar sus gallinas para impedir que se caigan.

A las tres llegamos á Louèche-le-Bourg, que no ofreció nada notable, y donde no nos detuvimos mas que á comer. A las cuatro atravesábamos el Ródano, y á las cuatro y media me despedía del buen Willer, para subir en una carretela de posta que debía llevarme la misma tarde á Brieg.

El camino que desde entonces seguimos era el que conduce al Simplon, al pie del cual se halla situado Brieg. Los vallesanos hicieron la carretera desde Martigny hasta esta ciudad, y los ingenieros franceses no comenzaron aquel maravilloso paso hasta mas de cien varas casi antes de las primeras casas.

Desde el momento en que me metí en este camino habia notado en el horizonte nubes amontonadas en la garganta del alto Vallés que se desplegaba delante de mí en toda su profundidad. Mientras duró el día lo tomé por una de esas tempestades parciales tan comunes en los Alpes; pero á medida que fué oscureciendo tomaron un color sombrío, que dió finalmente lugar á los resplandores de un inmenso incendio. Todo un bosque situado sobre la vertiente septentrional del Vallés estaba ardiendo, y hacia resplandecer á tres mil pies bajo de sí la helada cabellera del Finster-Ahorn y á la Yung-

frau. Quanto mas se cerraba la noche, mas rojo se volvia el fondo del cuadro, y mejor veia yo dibujarse los objetos en los terminos intermedios. Anduvimos así siete leguas caminando siempre hácia el incendio, que á cada instante nos parecia íbamos á alcanzar, y que se retiraba delante de nosotros. Por fin divisamos el perfil negro de Brieg, pareciendo al principio salir apenas de la tierra, luego poco á poco se fué agrandando sobre el ensangrentado telon del horizonte como una vasta recortadura negra. Bien pronto no vimos del incendio mas que una claridad fulminante á la estremidad de las cupulas de estaño que coronan los campanarios; y en fin, nos pareció que penetrábamos en un sombrío y prolongado subterráneo. Habiamos llegado, pasábamos la puerta, entrábamos en la ciudad muda, tranquila y dormida cual Pompea al pie de su volcan.

UBERGESLEN.

Brieg está situado en la punta occidental del Kunhorn, y forma la estremidad mas aguda de la union de los caminos del Simplon y del valle del Ródano. El primero ancho y hermoso, se adelanta hácia la Italia por la garganta del Ganter; el segundo, que no es mas que un mal sendero estrecho y caprichoso, atraviesa rápidamente la llanura para ir á escaparse en el lado meridional de la Yungfrau, se hunde en el Vallés hasta que la reunion del Mutthorn y del Galenstöck cierra este canton con la cima de la Furca, entonces vuelve á bajar desde esta cima con la Reuss, hasta que encuentra en Andermat el camino de Uri, en el que el pobre sendero entra como un arroyuelo en un río.

En este último desfiladero me metí á pie al día siguiente de mi llegada á Brieg; sali á las cinco de la madrugada de la ciudad, y tenia que andar doce leguas del país, lo que representa unas diez y ocho de Francia. Agrégase á esto que el sendero va siempre subiendo.

Las primeras casas que se encuentran en este sendero son de una pequeña aldea llamada Naters en alemán y Natria en latin. Este último nombre le viene, dice una leyenda, de un dragon que se llamaba así y se lo legó al morir. Habitaba aquel dragon en una pequeña caverna desde donde se lanzaba para devorar los animales y las gentes que tenian la desgracia de aparecer en el círculo que le permitia abrazar la abertura de su cueva; y era tal el terror que se habia difundido en las inmediaciones, que habia interceptado toda comunica-

cion entre el alto y bajo Vallés. Muchos montañeses, sin embargo, le habian atacado; pero como hasta el último todos habian sido victimas de su valor, nadie se atrevia hacia mucho tiempo á esponderse á una muerte que miraban como cierta.

En este tiempo fué condenado á la pena de muerte un cerrajero que habia asesinado á su muger. Despues de pronunciada la sentencia, el reo pidió combatir con el monstruo, y se accedió á su demanda, y se le ofreció ademas el perdon si salia vencedor del combate. Dos meses de tiempo pidió el cerrajero para prepararse.

Durante este tiempo forjó una armadura del acero mas puro que pudo encontrar, luego una espada que templó en el helado manantial del Aar; y en la sangre de un toro recién degollado.

El día y la noche que precedieron al combate, la pasó en oracion en la iglesia de Brieg; por la mañana comulgó como para subir al cadalso, y despues á la hora fijada se adelantó hácia la caverna del dragon.

Apenas le divisó el animal, salió de su roca desplegando sus alas, con las que se golpeaba el cuerpo con tanto ruido, que los mismos que se hallaban fuera de su alcance se espantaron. Marcharon los dos adversarios uno contra otro cual dos enemigos encarnizados, los dos cubiertos de su armadura, de acero el uno, y de escamas el otro.

Llegado á algunos pasos del dragon, bajó el cerrajero el puño de su espada, que era una cruz, y aguardó el ataque de su adversario. Este al parecer comprendía que no tenia que háberselas con un montañés comun.

Sin embargo, despues de un minuto de vacilacion se enderezó sobre sus patas traseras y trató de agarrar al condenado con las delantillas. La espada brilló cual un relampago y derribó una de las patas del monstruo. El dragon lanzó un rugido, y levantándose con el auxilio de sus alas dió vueltas alrededor de su antagonista y le cubrió de un río de sangre. De repente se dejó caer como para aplastarle con su peso, pero apenas estuvo al alcance de la terrible espada, cuando describió un nuevo círculo y le cortó una ala.

El animal mutilado cayó en tierra arrastrándose sobre sus tres patas, desangrándose por sus dos heridas, retorciéndose la cola y bramando como un loro-mal muerto por la maza del carnicero. Estrepitosas aclamaciones de alegría respondian de todas partes de la montaña á aquellos mugidos de agonía.

El cerrajero se adelantó valerosamente hácia el dragon cuya cabeza á flor de tierra seguia todos sus movimientos, cual lo hubiera hecho una serpiente; únicamente que á medida que se aproximaba el cerrajero, retiraba el monstruo su cabeza, que por último se encontró oculta bajo su gigantesco cuerpo. De repente y cuando creyó á su enemigo á su alcance

desplegó aquella terrible cabeza, cuyos ojos parecian arrojar fuego, y cuyos dientes fueron á romperse en la buena armadura del cerrajero. Sin embargo, la violencia del golpe derribó á éste, y en el mismo instante se echó encima de él el dragon.

Entonces hubo una terrible lucha en la que se confundian los gritos y los mugidos: de tiempo en tiempo se veía batir el ala ó levantarse la espada; se reconocia bien en ciertos momentos la armadura bruñida del cerrajero cortando las resplandecientes escamas del dragon; pero como el hombre no podia ponerse ca pie, ni la fiera volver á tomar su vuelo, no se hallaban bastante aislados nunca los combatientes, para poder distinguir quien era el vencedor ó el vencido. Esta lucha duró un cuarto de hora, que pareció un siglo á los espectadores. De repente salió del sitio del combate un grito tan extraño y tan terrible, que no se supo si pertenecia al hombre ó al monstruo.

La masa que se movia se bajó como una ola, tembló un instante todavía, despues en fin, quedó inmóvil. ¿El dragon devoraba al hombre? ¿el hombre habia muerto al dragon?

Acercáronse lentamente con precaucion; nada se removia: el hombre y el dragon estaban tendidos el uno sobre el otro. A veinte pasos en derredor suyo estaba cortada la yerba cual si un segador hubiese pasado por ella su hoz, y aquel lugar estaba empedrado de escamas que brillaban como polvos de oro.

El dragon estaba muerto, el hombre no estaba mas que desmayado. Se hizo al hombre volver en sí quitándole la armadura y echándole agua helada; luego se le llevó á la aldea, que recibió en conmemoracion de este combate el nombre de Naters (vibora).

El dragon fué arrojado al Ródano.

Yo vi al pasar por Naters la gruta del monstruo; es una escavacion de roca, abierta sobre la pradera donde se verificó el combate. Enseñáronme todavía el lugar en donde habitualmente se acostaba el dragon, y el rastro que habia dejado sobre la roca su cola de escamas.

Desde aquel sitio el sendero se une á la vertiente meridional de la cordillera de montañas que separa el Vallés del Oberland, y como es necesario hacer justicia á todo, aun el camino, confesaré que este es bastante practicable.

Detúveme en Lax despues de haber caminado diez leguas de Francia. casi, y entré en un café donde me desayuné al lado de un buen estudiante que hablaba bastante bien el francés, pero que no conocia de nuestra literatura moderna mas que el Telémaco, que me dijo haber leído seis veces. Le pregunté si habia por aquellas inmediaciones algunas leyendas ó tradiciones historicas: meneó la cabeza.

— ¡Qué ha de haber! me dijo, solamente se disfruta de una hermosa vista de la montaña

que tenemos delante de nosotros, y eso en los días que no hay niebla.

Políticamente le di las gracias y me puse á leer el *Noticioso Vaudés*. Los que hayan leído este periódico podrán calcular el apuro en que me veía. La primera cosa que encontré en él fué la sentencia de muerte de dos republicanos cogidos con las armas en la mano en el claustro de Saint-Mery.

Dejé caer mi cabeza entre mis manos y arrojé un profundo suspiro: ya no estaba yo en Lax ni en el Valles, habíame trasportado á París. Levanto la cabeza, me eché al hombro mi morral, y con mi bastón en la mano me puse en camino. ¡He aquí á lo que habíamos venido á parar al cabo de dos años!.....

¡Cabezas rodando por las losas de las Tullerías, ó por el empedrado de la Greve, cuenta de partida doble llevada á favor de la muerte entre el pueblo y la monarquía, y escrita con tinta roja por el verdugo!

¡Oh! ¿cuándo se cerrará ese libro? ¿cuándo se le arrojará sellado con la palabra *libertad* en la tumba del último mártir!

Caminaba y estos pensamientos hacían hervir mi sangre: caminaba sin calcular ni la hora ni la distancia, viendo en derredor mío aquellas sangrientas escenas de julio y de junio, oyendo los gritos, los cañonazos y las descargas; caminaba, en fin, cual un calenturiento que se levanta de su cama y anda agitado por el delirio, perseguido por los espectros de la agonía.

De este modo pasé por cinco ó seis pueblecillos: debieron de tomarme por el Judío errante, tan taciturno y apresurado iba. Por fin, me calmó una sensación de frescura; llovía á cántaros: aquella agua me hizo bien, no buscaba abrigo y continuaba mi camino, pero mas lentamente.

Atravesaba la aldea de Munster, recibiendo la lluvia sobre mi cabeza con la calma de Sócrates, cuando corrió hacia mí un muchacho de quince á diez y seis años, y me dijo en italiano:

— Señor, ¿vais á la nevera del Ródano?

— Sí, joven, le contesté inmediatamente en la misma lengua, que me había hecho estremecer de placer.

— ¿Quiere el señor un caballo?

— No.

— ¿Y un guía?

— Sí, si eres tú.

— De muy buena gana, caballero, por cinco francos os guiaré.

— Te daré diez: ven.

— Necesito ir á despedirme de mi madre y á buscar mi paraguas.

— ¡Bueno! yo voy andando poco á poco, tú me alcanzarás en el camino.

Me volvió la espalda el muchacho, echó á correr con todas sus fuerzas, y yo proseguí mi camino.

¡Estraña organización la de nuestra má-

quina! unas cuantas gotas de agua habían aplacado mi fiebre y mi cólera. Petion, amenazado por un motin, sacó la mano por su ventana, y se fué á acostar muy tranquilo, diciendo: esta noche no habrá nada: llueve.

Y nada hubo.

Si el 27 de julio hubiera llovido, no habría habido nada.... Se tiene mas miedo en Francia al agua que á las balas; no se sale sin paraguas, pero se baten sin coraza.

En efecto, pensaba yo, cuando oí galopar tras de mí á mi pequeño guía. El pobre diablo me alcanzaba al fin, yo le había hecho andar corriendo media legua.

— ¡Hola! ¿eres tú? le dije. Hablemos.

— Tomad primero mi paraguas.

— No, que el agua me gusta: pero toma tú mi morral.

— Con mucho gusto.

— ¿De donde eres?

— De Munster.

— ¿Y cómo es que hablas italiano en una aldea alemana?

— Por que he sido aprendiz de zapatero en Domo-d'Ossola.

— ¿Tu nombre?

— Frantz en alemán, y Francesco en italiano.

— Pues bien, Francesco, yo voy no solamente á la nevera del Ródano, sino que desde allí bajaré á los Pequeños cantones, atravesaré los Grisones, un rincón del Austria, iré á Constanza, seguiré el Rhin hasta Basilea, y volveré probablemente á Ginebra por Soleure y Neufchatel. ¿Quieres tú venir conmigo?

— Si quiero.

— ¿Y cuánto te daré al día?

— Lo que gustéis; siempre será mas de lo que gano en mi casa.

— Te daré cuarenta sueldos y te mantendré, y al fin del viage te habrás ganado unos setenta ú ochenta francos.

— ¡Esa es una fortuna!

— ¿Te conviene?

— ¡Y mucho!

— ¡Pues bien! al llegar á la aldea inmediata, harás decir á tu madre que tu viage en vez de durar tres días durará un mes.

— Gracias.

Francesco dejó su paraguas en el suelo, y dió uno voltereta.

Después conocí que este era su modo de expresar una estremá alegría. Acababa de hacer á uno feliz, y á poca costa como se ve.

Era además una admirable é ingenua confianza la de aquel muchacho que se unía con tanto candor y abandono á la compañía de un desconocido que pasando á pie por su pueblo le había encontrado por casualidad y se lo llevaba consigo por capricho. Solo hay una edad en que la desconfianza no puede turbar semejante resolución: un hombre hubiera exigido una prenda, aquel niño me la habría dado á mí si la hubiese tenido.

Al llegar á Obergeslen dijo á Francesco que había marchado por la mañana de Brieg, y respondiome que había andado diez y siete leguas italianas, por lo que juzgando que era lo bastante para un día, me paré en la posada.

Allí comenzó Francesco á prestarme sus servicios. Estaba él como en su casa, pues no habíamos caminado mas de dos leguas desde Munster, y conocia á todo el mundo en la posada, por lo que me dieron al momento el mejor cuarto y un fuego espléndido. Como me había dejado empapar hasta los huesos, antes que pensar en la comida, fué una toilette tanto mas deliciosa cuanto que estaba sazónada por el sentimiento egoísta y voluptuoso del hombre que oye llover sobre el tejado de la casa que le abriga.

Oí un gran ruido á la puerta; corri á la ventana y ví á un guía y un mulo que acababan de llegar á trote largo, precediendo cien pasos á lo mas, á cuatro viajeros que bajaban de la Furca cuando la tempestad había comenzado y que habían andado dos horas perdidos por la montaña.

Como venían entre aquellos cuatro viajeros dos damas que me parecieron jóvenes y bonitas, á pesar de sus cabellos caídos sobre el rostro y de sus mangas pegadas á los brazos, me di prisa á añadir tres ó cuatro leños á la chimenea, hice un paquete de todos mis efectos que se hallaban esparcidos por el cuarto, y me entré en el que estaba contiguo, llamé á Francesco y le encargué dijera al amo de la posada que podía disponer en favor de aquellas señoras de la habitación que me había dado, y que se encontraba caliente, cosa que me pareció esencial, para viajeros que llegaban en el estado en que acababa yo de verlos.

A los cinco minutos recibía por medio de Francesco las gracias de aquellas señoras y de sus caballeros que me pedían permiso para mudarse de traje antes de presentarse en persona á mostrarme su gratitud.

Cuando entraron en mi cuarto me ocupaba en los preparativos de mi comida, que me invitaron á interrumpir, para que participase de la suya. Acepté. Eran dos hombres de treinta y cuatro á treinta y seis años, el uno francés, alegre, de talento, buen compañero, con la cruz de la legión y un rostro franco, antiguo conocido de las calles y sociedades de París, en donde nos habíamos encontrado veinte veces como sucede entre gentes del mundo; el otro, pálido, grave y tieso, con una cinta amarilla y el rostro frío, hablando francés exactamente, pero con el acento necesario para probar su origen alemán; además completamente extraño á mis recuerdos. Aun no habían dado un paso en mi cuarto y ya había yo olfateado al compatriota y al extranjero; aun no habían hablado veinte palabras, y ya sabía quienes eran.

El francés se llamaba Brunton y me recor-

daba el nombre de uno de nuestros mas distinguidos arquitectos.

El alemán se llamaba Koefford y era gentil-hombre de cámara del rey de Dinamarca.

Después de los primeros cumplimientos de costumbre, supe que las señoras estaban visibles, y en su consecuencia, Mr. Koefford se encargó de presentarme á ellas mientras que Mr. Brunton bajaba á la cocina; indiquéle yo, por si acaso, cierta marmita que cocía en el fogón y de la que se escapaba un olor suculento, y me prometió ocuparse de ella.

En las señoras hallé las mismas diferencias nacionales que en sus maridos.

Mi viva y linda compatriota se levantó al verme, y ya me había dado gracias veinte veces antes que su compañera hubiese terminado la cortesía de etiqueta con que me saludó.

Esta era una muger alta y hermosa, blanca y fria, sin mas fuego en todo el cuerpo que la moribunda chispa que se apagaba en sus ojos.

Las dos habían arreglado el desorden del tocador, y vestían con traje de mañana propio de la estación.

Apenas Mr. Koefford entró, abrió dos ó tres guías de Suiza, desplegó un mapa, consultó un itinerario y muy pronto dejó á las señoras el cuidado de hacer los honores del cuarto que les había cedido.

En cualquiera parte del mundo en que se encuentren, hallan los parisienses un motivo de conversacion, con cuyo auxilio pueden estudiarse, y bien pronto conocerse.

La ópera es la piedra de toque de buena sociedad que prueba á los fashionables. La ópera forma con sus abonados un mundo aparte en donde se habla esa lengua de los primeros palcos, que solo tiene uso para transmitir de la *Chaussee-d'Antin* al noble arrabal de San German las fluctuaciones de la bolsa, las variaciones de la moda, y los cambios de ministerio de la belleza.

Tenia yo una ventaja sobre mi linda compatriota, y es que la conocía y ella no me conocía á mí: es evidente que trataba de saber á qué clase de la sociedad pertenecía yo, y no podía adivinarlo en el primer ensayo, cambió la conversacion y la hizo recaer sobre el arte en general.

A los diez minutos ya habíamos pasado revista á la literatura desde Hugo hasta Scribe, á la pintura desde Delacroix hasta Abel Pujol, y á la arquitectura desde Mr. Percier hasta monsieur Lebas. Yo conocía á los hombres mejor que las cosas, y hablaba mas sabiamente de los individuos que de sus obras. El espíritu de mi compatriota estaba siempre fluctuante.

Después de un momento de silencio, algunas preguntas que le dirigí sobre su salud hicieron virar de bordo la conversacion, que entró viento en popa en la medicina. Mi espíritu antagonista padecía de una nevralgia. Esta es, como todos saben, la enfermedad de

los que necesitan tener una. Cuando oís salir de la boca de una muger estas palabras: ¡tengo un horrible mal de los nervios! podeis inmediatamente traducirlas por estas: esa señora tiene de veinte y cinco á ochenta mil francos para gastar por año, palco en la ópera, no anda á pie nunca, y se levanta al medio día. Se ve, pues, que mi interlocutora se entregaba mas y mas. Yo mantuve la conversacion como hombre que sin tener nervios no niega que existan, y que sin tener el honor de conocerlos personalmente, ha oído hablar mucho de ellos.

Mad. Koefford, que habia permanecido simple testigo del combate mientras habíamos escaramuzado en un terreno nacional, viendo que la conversacion versaba en aquel momento sobre una cuestion de humanidad general, hizo un ligero esfuerzo que hizo salir el color á sus mejillas, y dejó caer algunas palabras en medio de nuestro diálogo: tambien tenia nervios la pobre muger, pero eran nervios del Norte. Esto me proporcionó la ocasion de establecer una distincion muy sutil y muy sabia sobre el modo de sentir segun los grados de latitud, y quedó demostrado claramente á aquellas señoras al cabo de algunos minutos, lo mucho que yo me habia ocupado de la diferencia de las sensaciones.

Vacilaba cada vez mas mi compatriota en fijar su juicio sobre mi especialidad. Para ser nada mas que artista, era yo demasiado hombre de mundo, y para no ser mas que un hombre de mundo era demasiado artista; hablaba demasiado bajo para agente de cambio, muy alto para médico; y dejaba hablar á mi interlocutora, con lo que probaba que no era abogado.

En aquel momento entró Mr. Brunton con el rostro cómicamente transformado, se dirigió en derechura á Mr. Koefford, abismado siempre en guias é itinerarios, y le dijo gravemente:

—¡Pobre amigo mio!

—¿Qué es eso? preguntó el gentil-hombre volviéndose en un solo tiempo.

—¡Habeis leído en vuestro Ebel, continuó Mr. Brunton que los habitantes de Obergessen fuesen antropófagos?

—No, dijo el gentil-hombre, pero voy á ver si eso está aqui.

Hojeó al instante su libro, llegó á la palabra Obergessen y leyó en alta voz:

«Obergessen ú Oberghestelen, penúltima aldea del alto Vallés, situada al pie del monte Grimsel, cuatro mil cien pies sobre el nivel del mar: sus casas son enteramente negras, este color proviene de la accion del sal sobre la resina que contiene la madera de alerce con que están construidas. Las crecidas del Ródano causan en ella frecuentes inundaciones durante el verano.»

—Yo no sé lo que quereis decir, continuó gravemente Mr. Koefford levantando los ojos,

ya veis que aqui en todo esto no hay una palabra sobre carne humana.

—Pues bien, amigo mio, hace ya mucho tiempo que os he dicho que vuestros compositores de itinerarios son unos ignorantes.

—¿Por qué?

—Bajad vos mismo á la cocina, levantad la tapadera de la marmita que hierve al fuego, y subireis á decirnos lo que habeis visto.

El gentil-hombre, que vió un hecho extraordinario que consignar en su libro de memorias, no se lo hizo decir dos veces. Se levantó y bajó á la cocina. Mad. Brunton y yo teníamos grandes ganas de reir. Su marido conservaba invariablemente ese rostro triste que saben tomar tan bien los hombres chanceros de buen tono. En cuanto á Mad. Koefford habia vuelto á caer en sus meditaciones, y acostada mas que sentada en su sillón, seguia con los ojos vagamente fijos en el cielo, algunas nubes de forma estraña, que le recordaban las de su patria.

En esto volvió á entrar Mr. Koefford pálido y enjugándose el sudor de la frente.

—¡Y bien! ¿qué hay en la marmita?

—¡Un niño! respondió dejándose caer sobre una silla.

—¡Un niño!

—¡Ángelito! dijo Mad. Koefford que habia escuchado sin oír ú oído sin comprender, y que veía sin duda pasar en sueños algun querubín de blancas alas y una aureola de oro.

Cuando se ha contado con una pierna de carnero asada ó una cabeza de ternera, y con esta esperanza se han acallado despues de una hora los murmullos de su estómago al olor de una marmita, y vienen á decirnos despues que la marmita no contiene mas que un niño, aunque este niño fuese un ángel, como le llamaba Mad. Koefford, es un equivalente demasiado triste para que el apetito no se subleve con el cambio. Ya iba yo á lanzarme fuera del cuarto cuando Mr. Brunton me detuvo por un brazo y me dijo:—Es inútil que vayas á verlo, os lo van á servir.

En efecto, muy pronto entró la criada trayendo en una fuente y tendido sobre un lecho de yerba un objeto que tenia la apariencia perfecta de un niño recién nacido desollado y cocido.

Las señoras dieron un grito y volvieron la cabeza, Mr. Koefford se levantó de su asiento, se aproximó con la muerte en el alma al primer servicio, y despues de haberlo mirado atentamente dijo con un profundo suspiro:—*¡Era una niña!*

—Señoras, dijo Mr. Brunton sentándose y afilando un cuchillo, he oído decir que en el sitio de Génova, durante el cual, lo sabeis, Massena convidó un dia á todo su estado mayor á comer un gato y doce ratones, habiase observado en medio de la miseria general de nuestras tropas, un regimiento que se mantenía tan fresco y tan dispuesto cual si no hubiera

habido hambre. Despues de rendida la ciudad preguntó el general en jefe al coronel sobre aquella estraña escepcion. Este confesó entonces ingenuamente que sus soldados habian venido á pedirle permiso para comer carne de austriacos, y que él no habia creído deberles rehusar tan ligero favor; añadió tambien que como coronel le enviaban los mejores pedazos con la regularidad de una atribucion de viveres ordinaria, y que á pesar de su primitiva repugnancia habia concluido por encontrar que los vasallos de S. M. I. eran un maujar muy agradable.

Redobláronse los gritos.

Entonces Mr. Brunton levantó muy delicadamente la espalda del objeto en cuestion, y se puso á atacarla con tanto apetito como Ceres cuando devoró la espalda de Pelope.

En aquel momento entró la criada, y viendo que solo Mr. Brunton estaba sentado á la mesa, dijo:

—¡Y bien! señoras, ¿qué, no comeis marmota?

Recobramos la respiracion; pero aun entonces que sabíamos el secreto, no nos chocaba menos la semejanza del cuadrúpedo con el vepedo, sobre todo sus manos y sus pies, articulados cual miembros humanos, bastando solos para impedirme el probar de aquel manjar que tanto me habia alabado Willer, subiendo el Faulhorn.

—¿Y no tenéis otra cosa? pregunté á nuestra camarera.

—Una tortilla, si gustais.

—Venga una tortilla, dijeron aquellas señoras.

—Pero ¿sabeis hacerla? Una tortilla, dije yo volviéndome á aquellas señoras, es en la cocina lo que el soneto en la poesia.

—Me parece al contrario, respondieron ellas, que es el A. B. C. del arte.

—Leed á Boileau y á Brillat-Savarin.

—¿Oid, muchacha? dijo Mr. Koefford.

—¡Oh! en cuanto á tortillas, todos los dias las hacemos, y á Dios gracias nunca se han quejado de ellas los viajeros. Lo vereis...

Marchó la muchacha á hacer su tortilla. Diez minutos despues trajo una especie de galleta chata y dura que cubria toda la superficie de un enorme plato. Desde la primera ojeada vi que nos habian robado, mas no por eso dejé de cortarla y servir un trozo á cada una de las señoras. Estas, apenas la habian llegado á los labios, tiraron los platos, yo intenté hacer la misma prueba: mis previsiones no me habian engañado, pues tanto hubiera valido morder la manta de una cama.

—¡Hija mia, le dije á la criada, esta tortilla es execrable.

—¿Cómo puede ser eso? si se le ha echado todo lo necesario.

—¿Qué decís, señoras mías?

—Decimos que esto es para desesperarse, y que nos moriremos de hambre.

—En los casos desesperados es menester dejar algo á la casualidad: ¿Quiéren estas señoras, que yo pruebe á hacer una?

—¿Una tortilla?

—Una tortilla, replique yo inclinándome modestamente.

Aquellas señoras se miraron.

Mr. Koefford dijo levantándose con viveza, y agarrándose á la única tabla de salvacion que veia flotar en las aguas, pues que este caballero tiene la bondad de ofrecernos...

—Con tal, repliqué yo, que Mr. Brunton y vos me sirvan de pinches.

—Con mucho placer, exclamaron aquellos dos señores con una espontaneidad que denotaba la confianza del hambre; con mucho placer, añadieron las señoras con una sonrisa de duda.

—Pues en ese caso, dije á la criada, venga manteca, huevos y nata fresca.

Encargué á Mr. Brunton que picase las yerbas, y á Mr. Koefford que batiese los huevos, agarré el mango de la sartén é hice la mezcla con una gravedad que encantó á aquellas señoras.

Ya la tortilla se freía en la manteca y todo el mundo me miraba con grande interés, cuando Mr. Brunton interrumpió el silencio general.

—Caballero, me dijo, ¿seria indiscrecion preguntaros á quien tenemos el honor de tener por cocinero?

—¡Oh! Dios mio, no señor.

—Es que estoy convencido de que os he visto en París.

—Y yo tambien.—Tened la bondad de pasarme la manteca.—Gracias.—Eché algunos pedazos sobre la tortilla que comenzaba á pegarse, á fin de que no se quemase.

—Estoy seguro que si me dijeseis vuestro nombre....

—Alejandro Dumas.

—¡El autor de *Antony!* exclamó, madama Brunton.

—El mismo, respondí yo echando en el plato la tortilla perfectamente hecha y poniéndola en la mesa.

—Sin escuchar ninguna felicitacion ni por el drama ni por la tortilla, alcé los ojos; la sociedad estaba estupefacta. Parecia que se habian formado de mi persona una idea mucho mas poética que la que les ofrecia el prospecto que acababa de darles. Por desgracia la tortilla se halló que estaba excelente. Las señoras se la comieron hasta el último pedazo.

EL PUENTE DEL DIABLO.

Al dejar á las señoras por la noche habia obtenido el permiso de ellas para visitarlas al dia siguiente. Me presenté, pues, en su habitacion tan pronto como supe que estaban visibles. Estaban ya enteramente repuestas de su trabajoso camino y de su mala comida; solo Mr. Koefford, que habia velado toda la noche en medio de sus mapas é itinerarios, parecia mucho mas cansado que la vispera.

Era un hombre original nuestro gentil-hombre: puntual como la etiqueta, montado como un reloj y arreglado como una balanza. Antes de salir de Copenhague, habia compulsado todos los viajeros que han escrito sobre la Suiza, consultado todos los mapas de los veinte y dos cantones y habia concluido por trazarse dia por dia, en el seno de la república helvética un itinerario del que no se habia apartado todavía ni en un cuarto de hora ni en un sendero.

Sobre este itinerario estaba escrito, 28 de setiembre, debia bajar al Oberland, atravesando el Grimsel. Verdad es que allí no se trataba de la tempestad que habia impedido este proyecto, por otra parte muy sencillo de ejecutarse como lo habia esperado Mr. Koefford.

Nos hallábamos á 29 de setiembre en vez de estar á 28, nos encontrábamos en el Valles en lugar de estar en el Oberland, y los guías declaraban que despues de la tempestad de la vispera, el unico paso practicable era el del puente Gemmi, y que era necesario renunciar al del Grimsel. La cosa era igual para Mr. Brunton y su esposa, pero trastornaba toda la existencia de Mr. Koefford.

Hice todo lo que pude para animarle, le dije que el paso del Gemmi era mucho mas curioso que el del Grimsel, y que á todo evento el retraso era únicamente de un dia.

—¿Y creéis, me dijo con aire de desesperado, que no es nada el retraso de un dia? ¿estar obligado á hacer el lunes lo que se creia hacer el domingo! ¿señalar una hora y dar otra como un reloj descompuesto!

Mad. Brunton, su marido y yo hicimos lo que pudimos para consolar al pobre gentil-hombre, pero se hallaba como Raquel llorando por sus hijos. En cuanto á su muger que conocia su carácter, no se atrevia á aventurar una palabra.

Sin embargo, como no habia que tomar otro partido, Mr. Koefford se decidió á sufrir un retraso de veinte y cuatro horas y á pasar por el Gemmi. Dejéle, pues casi tranquilo, si no enteramente resignado.

Despues de mi vuelta á Paris, he sabido por una carta del desgraciado amigo á Mr. Brun-

ton, que no habia llegado á Copenhague si no el 4.º de enero por la noche en lugar del 30 de diciembre. Habia faltado á hacer su visita de entrada de año al rey de Dinamarca y habia estado á pique de perder su llave de gentil-hombre.

En cuanto á mí, que felizmente no tenia que hacer visita á ningun rey, besé las manos de las señoras y me puse en camino con Francesco.

Era un buen muchacho y excelente compañero, jovial y de buen humor, siempre contento, mas fuerte que los jóvenes de nuestras ciudades con cinco años mas, vivo como una lagartija y listo como un gamo.

Anduvimos dos horas casi siguiendo siempre las escarpadas orillas del Ródano, que de rio se habia convertido en torrente, y de torrente se convirtió á poco despues en arroyuelo caprichoso y fantástico, anunciando desde su origen todos los espacios de su curso, como los caprichos de un niño anuncian en la aurora de la vida las pasiones del hombre.

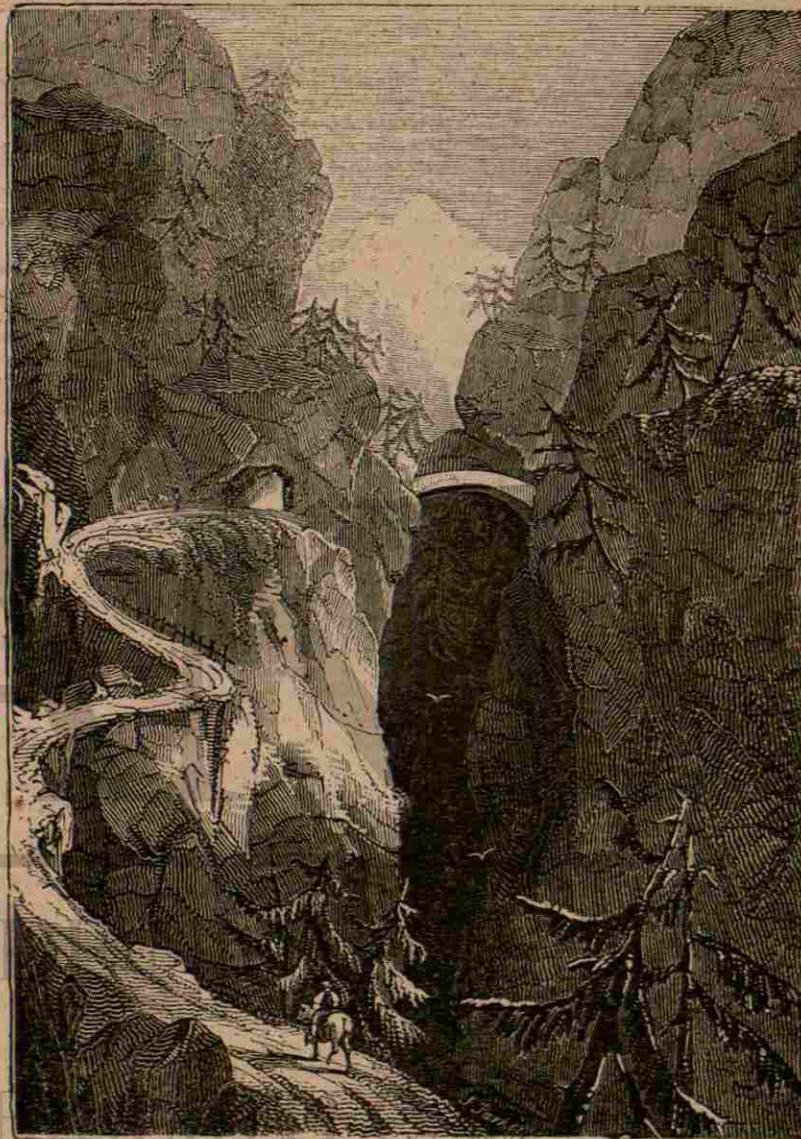
Al fin al doblar un sendero descubrimos delante de nosotros llenando todo el espacio comprendido entre el Grimsel y la Furca, el magnifico gigante de hielo, con la cabeza reclinada sobre la montaña, los pies colgando en el valle, y dejando escapar como el sudor de sus costados tres arroyos que reuniéndose á cierta distancia, toman en su union el nombre de Ródano, que no pierde jamás el rio hasta que vomita sus aguas en el mar por cuatro desembocaduras, de las que la mas pequeña tiene cerca de una legua de ancho.

Salté por cima de los tres arroyos, de los que el mayor no tiene doce pies de una á otra orilla; terminada esta hazaña comenzamos á subir la Furca.

Es una de las montañas mas desnudas y tristes de toda la Suiza. Los habitantes atribuyen su aridez á que el Judío errante escoge casi siempre este paso para ir desde Francia á Italia. Ya he dicho que cuenta una tradicion que la primera vez que el réprobo atravesó esta montaña la encontró cubierta de mieses, la segunda llena de pinos, y la tercera de nieve.

En este último estado la encontramos tambien nosotros. Llegados á su cima, observé que la nieve estaba salpicada de trecho en trecho, como una inmensa alfombra atigrada de manchas encarnadas; y vi al aproximarme, que eran producidas esas manchas por mantiales que brotaban en la superficie de la tierra: juzgué que debian de ser ferruginosos y las probe. No me habia equivocado: era el orin el que daba á la nieve aquella tinta rojiza que al pronto me habia asombrado.

Mientras examinaba este fenómeno y trataba de dar con la causa, se acercó á mí Francesco, y con cierto embarazo me pidió mi calabaza, que se habia encargado de hacer llenar por la mañana en Obergeslen, y en la cual



La Via-Mala.



habia echado vino en vez de kirchenwaser. Noté en el camino únicamente esta equivocación; no habia podido adivinar por que motivo Francesco habia faltado de aquel modo á las instrucciones que yo le habia dado; pero como el licor sustituido al que yo bebía habitualmente era un excelente vino tinto de Italia, no habia considerado aquella infracción de mis órdenes como una gran desgracia.

Al pedirme Francesco mi calabaza me hizo recordar otra vez aquel pequeño incidente que ya habia olvidado. Creí que una medida de higiene personal le hacia preferir el vino de Italia al agua de cerezas de los Alpes, y que iba á darme una prueba de esta preferencia, llevando á su boca mi calabaza: seguí de reojo sus movimientos, aparentando no mirarle, pero sin perder de vista ni una sola de sus acciones.

Nada de lo que yo habia sospechado sucedió: Francesco fué á colocarse sobre la cresta mas elevada de la montaña, y á caballo, por decirlo así sobre dos vertientes, hizo dos veces la señal de la cruz, una vez vuelto hácia el Occidente, y la otra vez hácia el Oriente; despues, vertiendo vino en el hueco de la mano, arrojó al aire el líquido, que volvió á caer en derredor de él cual una lluvia, de la que cada gota hacia sobre la nieve una manchita encarnada bastante igual en el color á las manchas grandes cuya causa acababa de descubrir. Al fin, terminada aquella especie de exorcismo, me devolvió Francesco la calabaza sin haber pensado siquiera arrimársela á los labios.

—¿Qué ceremonia infernal acabas de hacer? le dije volviéndome á colocar la calabaza en mi costado.

—¡Ah! me respondió, es una precaucion para que no nos suceda ningun accidente.

—¿Cómo es eso?

Si: estamos en el camino de Italia, ¿no es esto? por aquí pasan los vinos que bajan de San Gotardo y que envían á Suiza, Francia ó Alemania; estos vinos están encerrados en barricas y conducidos por muleros italianos que casi todos son borrachos. Como la Furca es la montaña mas fatigosa que tienen que subir en todo el camino, de ahí es que durante la subida les tienta el demonio de la borrachera, y logra ordinariamente su objeto, haciéndoles agujerear los toneles, que de este modo raras veces llegan llenos á su destino. Concebireis que semejantes hombres, depositarios infieles durante su vida, no pueden entrar en la morada de las gentes honradas despues de su muerte. Sus almas en pena vuelven, pues, á vagar por la noche en el mismo punto donde los ha vencido la tentación; ellas son las que empapadas aun en el vino robado, hacen al pasar sobre la nieve esas manchas encarnadas esparcidas por todos lados; ellas son las que para distraerse persiguen al viajero con la tempestad, las que hacen resbalar su pie al borde

del precipicio, y le estravian de noche con resplandores engañosos. ¡Pues bien! no hay mas que un medio de tener propicias á estas almas, y es el echarles, haciendo la señal de la cruz, algunas gotas de ese vino que tanto han querido durante su vida, y que ha sido para ellas causa de condenación eterna despues de su muerte. Ved por qué he hecho poner en la calabaza vino en lugar de kirchenwaser.

Me pareció tan satisfactoria esta esplicación que no hallé otra respuesta que renovar por mi cuenta la operación que Francesco acababa de hacer por la suya, y no dudó que á esta precaución diabólica debiésemos el llegar sin accidente alguno á Réalp, pequeña aldea situada en la base de la terrible montaña.

No hicimos alto en Réalp mas que una hora, y continuamos nuestro camino hasta Andermatt. Chateaubriand y Mr. de Fitz-James habian pasado por allí unos dias antes, y el posadero me enseñó con orgullo los nombres de los dos ilustres viajeros inscriptos en su registro.

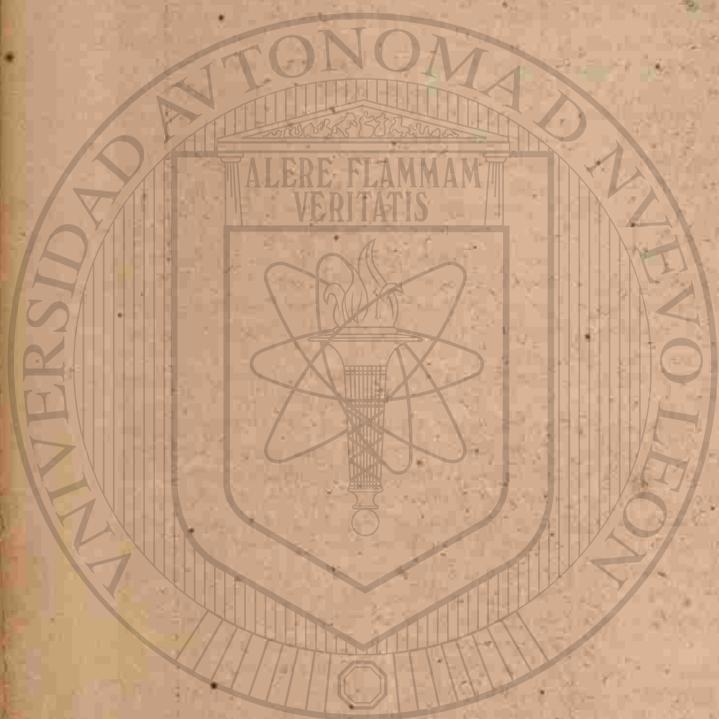
A la mañana siguiente me ajusté con un calesero que iba de retorno á Altorf. Toda nuestra discusión versó sobre el derecho que me reservaba de ir á pie cuando me diese la gana, el bueno del hombre no podia comprender que alquilase un carruaje con la condicion de no estar dentro de él. Por fin le hice comprender, gracias á mi intérprete Francesco, que deseando ver en detalle ciertos parages del camino, una carrera demasiado rápida no me permitia entregarme á esta investigación. Convenidos en esto nos pusimos en marcha tomando el camino nuevo de San Gotardo á Altorf.

Este camino, ventajoso sobre todo para el canton de Uri, fué construido por él con el auxilio de sus mas ricos hermanos; Berna, Zurich, Lucerna y Basilea le abrieron generosamente su bolsa á su primera invitación y le prestaron entre ellos y sin interés ocho millones, que paga religiosamente entregando una suma anual de quinientos mil francos.

Apenas anduve un cuarto de legua desde Andermatt, usé del privilegio de andar á pie, pues habiamos llegado á uno de los parages mas curiosos del camino, es un desfiladero formado por el Gallenstok y el Crispalt, lleno enteramente por las aguas del Reuss, que yo habia visto nacer la víspera en la cima de la Furca, y que cinco leguas mas lejos merece ya por el incremento que ha tomado el nombre de gigante que le han dado.

Al llegar á este sitio el camino tropieza contra la base granítica del Crispalt, y ha sido preciso horadar la roca para que pudiera pasar de un valle al otro. Esta galería subterránea de ciento ochenta pies de longitud, é iluminada por aberturas que dan sobre el Reuss, es llamada vulgarmente agujero de Uri.

Despues de haber dado algunos pasos del otro lado de la galería, me encontré en frente del puente del Diablo, debiera decir de los



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL D

puentes del Diablo, porque efectivamente hay dos, verdad es que uno solo está practicable, habiendo el nuevo hecho que abandonen el antiguo.

Dejó que mi carruage tomara el puente nuevo, y me impuse el deber de llegar, valiéndome de pies y manos al verdadero puente del Diablo, al cual el nuevo favorito ha venido á robar no solamente los pasajeros, sino tambien su nombre.

Los dos puentes están echados atrevidamente de una á otra orilla del Reuss, que salvan de un solo salto, y que corre bajo un solo arco; el del puente moderno tiene sesenta pies de alto y veinte y cinco de ancho; el del viejo no tiene mas que cuarenta y cinco sobre veinte y dos. No es el menos horroroso de pasar en atencion á que no tiene prefiles.

La tradicion á que debe su nombre es tal vez una de las más curiosas de toda la Suiza: héla aqui en toda su pureza.

El Reuss, que corre en un cauce abierto á sesenta pies de profundidad entre rocas cortadas á pico, interceptaba toda comunicacion entre los habitantes del valle de Cornera y los del valle de Goschenen, es decir, entre los Grisons y las gentes de Uri. Esta solucion de continuidad causaba tal perjuicio á los dos cantones limitrofes, que reunieron á sus más hábiles arquitectos, y partiendo gastos construyeron muchos puentes de una orilla á otra, pero nunca tan sólidos que pudiesen resistir mas de un año á las tempestades, á la crecida de las aguas ó á la caída de los aludes. Se habia hecho una última tentativa de este género al fin del siglo XIV, y terminado casi el invierno daba esperanzas esta tentativa de que aquella vez el puente resistiria á todos aquellos ataques, cuando una mañana vinieron á decir al bailio de Goschenen que la comunicacion se hallaba interceptada de nuevo.

—¡Solo el diablo podria hacernos un puente! exclamó el bailio.

No habia acabado apenas estas palabras cuando un criado anunció al señor Satanás.

—¡Hacedle entrar, dijo el bailio.

El criado se retiró, y dió paso á un hombre de unos treinta y cinco á treinta y seis años, vestido á la manera alemana, llevando un pantalon ajustado encarnado, un justillo negro acuchillado en las articulaciones de los brazos cuyas aberturas dejaban ver un forro de color de fuego. Tenia en la cabeza una toca negra, á la que una gran pluma encarnada con sus ondulaciones daba una gracia muy particular.

En cuanto á sus zapatos, adelantándose á la moda eran redondos de punta, como lo fueron cien años mas tarde, hácia la mitad del reinado de Luis XII, y un gran espolon semejante al del gallo, pegado visiblemente á su pierna, parecia destinado á servirle de espuela cuando le diese la gana de viajar á caballo.

Despues de los cumplimientos de costumbre, sentóse el bailio en un sillón, y el diablo en otro. El bailio puso sus pies sobre los morrillos de la chimenea, y el diablo colocó muy formalmente los suyos sobre las brasas.

—¡Y bien! buen amigo, dijo Satanás, ¿con qué necesitais de mí?

—Confieso, monseñor, respondió el bailio, que no nos seria inútil vuestra ayuda.

—Para ese maldito puente, ¿no es eso?

—¿Y bien?

—¿Os es, pues, necesario?

—No podemos pasarnos sin él.

—¡Ah! ¡ah! dijo Satanás.

—Vamos, sed buen diablo, replicó el bailio despues de un momento de silencio, hacednos uno.

—Yo venia á proponéroslo.

—¡Pues bien! no se trata, pues, mas que de entendernos.... sobre.....

El bailio vaciló.

—Sobre el precio, continuó Satanás mirando á su interlocutor con una singular expresion de malicia.

—Sí, respondió el bailio, conociendo que esto era lo que iba á embrollar el negocio.

—¡Oh! desde luego, continuó Satanás balanceándose sobre su silla y afilando sus garras con el cortaplumas del bailio, nos arreglaremos sobre el puente.

—Eso me tranquiliza, respondió el bailio, el último ha costado sesenta marcos de oro y doblaremos esta suma para el nuevo; esto es todo lo que podemos hacer.

—¿Qué necesidad tengo yo de vuestro oro, replicó Satanás, si lo hago cuando me da la gana? Mirad.

Cogió un carbon encendido del fuego, como quien coge una almendra de una caja de dulces.

—¡Malgad la mano, le dijo al bailio.

Vacilaba el bailio.

—No tengais miedo, continuó Satanás, y le puso entre los dedos una barra de oro del más fino, y tan frio cual si hubiera salido de la mina.

El bailio le dió varias vueltas: despues quiso devolvérselo.

—No, no, guardadlo, replicó Satanás, poniendo con aire de suficiencia una pierna sobre otra, es un regalo que os hago.

—Comprendo, dijo el bailio metiéndose la barra en su escarcela, que no costándoos trabajo alguno el hacer oro, querreis que os paguen en otra moneda, y como no sé cual os pueda agradar os rogaria que vos mismo pongais las condiciones.

Satanás reflexionó un instante.

—Deseo que me pertenezca el alma del primer individuo que pase por el puente, respondió.

—Sea, dijo el bailio.

—Redactemos el acta continuó Satanás.

—Dictad vos mismo.

El bailio tomó una pluma y un papel y se preparó á escribir.

Cinco minutos despues fué firmada por Satanás en nombre propio, y por el bailio en nombre y como apoderado de sus parroquianos, una escritura hecha conforme por duplicado y de buena fé. El diablo se comprometió formalmente por aquella acta á construir en la noche un puente bastante sólido para durar quinientos años, y el magistrado por su parte, concedia en pago de aquel puente el alma del primer individuo que la casualidad, ó la necesidad obligase á pasar el Reuss por el paso diabólico que Satanás debía improvisar.

Al dia siguiente al amanecer ya estaba construido el puente.

Muy pronto el bailio apareció en el camino de Goschenen: iba á comprobar si el diablo habia cumplido su promesa. Vió el puente, que encontró muy bueno, y en el extremo opuesto divisó á Satanás sentado en un guarda-canton esperando el precio de su trabajo nocturno.

—Ya veis que soy hombre de palabra, dijo Satanás.

—Y yo tambien, respondió el bailio.

—¿Cómo, mi querido Curtio! repuso el diablo asombrado, os sacrificariais por la salvacion de vuestros administrados!

—Precisamente no, continuó el bailio depositando á la entrada del puente un saco que habia traído sobre sus espaldas, y cuyos cordones inmediatamente se puso á desatar.

—¿Qué es eso? dijo Satanás tratando de adivinar lo que iba á pasar.

—Prrrrrrroooooon, dijo el bailio.

Y salió espantado del saco un perro con una sarten atada al rabo, y atravesando el puente, fué á pasar ladrando á los pies de Satanás.

—¡Eh! gritó el bailio, corred, corred, ved que se os escapa esa alma, que ya es vuestra.

Satanás estaba furioso: habia contado con el alma de un hombre, y se veia obligado á contentarse con la de un perro. Motivo habia para condenarse á no haberlo estado ya. Sin embargo, como era de buen trato, tomó el aire de hallar el caso muy chistoso, é hizo como que se reia mientras el bailio estuvo alli; pero apenas el magistrado hubo vuelto la espalda, comenzó á dar porrazos con pies y manos para demoler el puente que habia construido, pero habia hecho la obra con tal conciencia que se volvió con las uñas rotas y se melló los dientes antes de haber podido arrancar el más pequeño pedernal.

—¡Gran tonto he sido! dijo Satanás. Despues de hecha esta reflexion se metió las manos en los bolsillos y bajó por las orillas del Reuss, mirando á derecha é izquierda cual hubiera podido hacerlo un aficionado á la hermosa naturaleza. Sin embargo, aun no habia renunciado á su proyecto de venganza. Lo que buscaba con los ojos era un peñasco de una

forma y peso conveniente para trasportarle sobre la montaña que domina el valle, y dejarle caer desde quinientos pies de altura sobre el puente que le habia escamotado el bailio de Goschenen.

No habia andado aun tres leguas, cuando habia encontrado su negocio.

Era un soberbio peñasco tan grande como una de las torres de la catedral de Paris que arrancó de la tierra con tanta facilidad como un niño hubiera arrancado un rábano, se lo cargó al hombro, y tomando el sendero que conducia á lo alto de la montaña, se puso en marcha, sacando la lengua en señal de alegría y gozándose anticipadamente de la desolacion del bailio cuando al dia siguiente encontrase derribado su puente.

Cuando habria andado una legua, creyó Satanás distinguir una gran concurrencia del pueblo sobre el puente, dejó el peñasco en tierra, trepó sobre él, y colocado en su cumbre divisó distintamente al clero de Goschenen, con la cruz y estandarte y pendones á su cabeza á destruir la obra satánica y á consagrar á Dios el Puente del Diablo.

Vió bien Satanás que ya no podia hacer nada, bajó tristemente, y encontrando una pobre vaca, ya que no podia mas, la tiró del rabo y la hizo caer en un precipicio.

En cuanto al bailio de Goschenen, nunca mas volvió á oír hablar del arquitecto infernal; únicamente la primera vez que metió la mano en su escarcela se quemó los dedos con la barra de oro, que se habia convertido en asca otra vez.

El puente subsistió quinientos años como habia prometido el diablo.

Si se quiere buscar la verdad oculta tras los misteriosos pero transparentes velos de la tradicion, será, sobre todo cuando se trate de esos grandes trabajos atribuidos al linage humano, fácil el descubrirla. Asi en Suiza casi por todas partes hay calzadas del diablo, puentes del diablo, castillos del diablo, que despues de una investigacion un poco mas seria se reconoceran por obras de romanos. Contra el ejemplo de los griegos, que en sus invasiones destruian y robaban, los romanos en sus conquistas edificaban y enriquecian. Asi, tan pronto como fué sometida por César la Helvecia, se elevó una torre en Nyon (Noviodunum), un templo en Moudon (Mus Donium), y una via militar, allanando la cumbre del San Bernardo, que cruzó la Helvecia en su mayor anchura y fué á desembocar al Rhin, cerca de Maguncia. En el imperio de Augusto, las casas más nobles y más ricas de Roma adquirieron posesiones de la nueva conquista, y vinieron á establecerse en Vindich (Vindonisa), en Avenches (Aventicum), en Arbon (Arbox-felix), y en Coire (Curia). Entonces, para hacer más fáciles las comunicaciones entre aquellos ricos extranjeros, los arquitectos romanos, si no los primeros, al menos los más atrevidos del mun-

do, echaron de una montaña á otra y sobre espantosos precipicios esos puentes aéreos, tan sólidos, que casi en todas partes se les encuentra en pie.

La dominación romana en Helvecia duró, se sabe, cuatrocientos cincuenta años; después, un día aparecieron sobre las montañas nuevos pueblos, venidos no se sabe de donde, conquistadores nómadas, buscando una patria, se establecieron según su capricho con sus mugeres é hijos, donde creían estar bien, ahuyentando delante de sí con el hierro de su espada á los vencedores del mundo, cual los pastores ahuyentan los ganados con el palo de su cayado, y haciendo esclavas las poblaciones que Roma había adoptado por sus hijas. Los que el soplo de Dios impelió hacia la Helvecia eran los burgundos y los allemanni; se establecieron desde Ginebra hasta Constanza y desde Basilea hasta el San Gotardo. Aquellos hombres incultos y salvajes como los bosques de donde salían, se quedaron sobrecogidos de espanto ante los monumentos que había dejado la civilización romana. Incapaces de producir semejantes cosas; su orgullo se sublevó á la idea de que fueran el producto propio de los hombres, y toda obra que les pareció superior á sus fuerzas, fué atribuida por ellos á la complaciente cooperación del enemigo de los hombres, que aquellos necesariamente habían debido pagar á costa de sus cuerpos ó de sus almas. De ahí todas las maravillosas leyendas que heredó la edad media y que ha legado á sus hijos.

Una legua después del puente del Diablo, y bajando siempre el Reuss, se encuentra un segundo puente echado sobre este río, con cuyo auxilio se pasó de una orilla á otra en el sitio llamado el *Salto del Fraile*. Tiene este nombre de que un fraile que había robado á una doncella y la llevaba en sus brazos, perseguido por sus dos hermanos, cuyos caballos le ganaban en ligereza, se lanzó sin soltar su carga de una orilla á la otra, á riesgo de estrellarse con ella en el precipicio. Los hermanos de la joven no se atrevieron á seguirle, y el fraile se quedó dueño de la que amaba. El salto dado por este otro Claudio Frollo era de veinte y dos pies de ancho, y el abismo que salvaba de ciento veinte de profundidad.

Un cuarto de hora antes de llegar á Altorf, divisamos al otro lado del río la aldea de Attenghausen, y á espaldas del campanario de aquella aldea, las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Acabáramos de abandonar el terreno de la fábula por el de la historia. En lo sucesivo ya no mas leyendas diabólicas ni tradiciones monacales, sino toda una epopeya entera, grande, bella y maravillosa, ejecutada por una nación, sin otro socorro que el de sus hijos, y de la que leeremos bien pronto la primera página en Bürglen, sobre el altar de la capilla levantada en el punto mismo donde nació Guillermo Tell.

WERNER STAUFFACHER.

Un año ha pasado desde que nos despedimos de nuestros lectores á las orillas del Reuss, después de haberles hecho atravesar con nosotros el *Puente del Diablo* y el *Salto del Fraile*. Si no nos es infiel la memoria nos quedamos cerca de la villa de Attenghausen, á espaldas de cuya torre divisáramos las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Desde entonces hemos hecho una larga y lejana escursión en otros pueblos y en el interior de otras comarcas, hemos traído nuevas impresiones y curiosos recuerdos, que también verán un día la luz pública, aunque por deferencia fraternal deban ceder la preferencia á los anteriores. Tornemos, pues, no á nuestra Suiza de los montes y ne-veras, sino á la Suiza de las praderas y los lagos; no al suelo de la fábula, sino al terreno de la historia. No tenemos mas que subir á lo alto de esa montaña que está enfrente de nosotros, y atravesando por ese cementerio lleno de rosales, y á la izquierda de la iglesia nos hallaremos á la puerta de una capillita edificada sobre el área que ocupaba la casa misma en que nació Guillermo Tell, y de que el cristian ha ido á buscarnos la Hlave.

Por sabida que sea la historia del héroe popular cuyo nombre acabamos de pronunciar, y por mucho que estemos familiarizados con esta historia, al hallarnos en el lugar en que estamos, no podemos dispensarnos de visitar los sitios que se despliegan á nuestra vista, y de entrar en algunos detalles sobre la revolución helvética, y seguir en su desarrollo la asociación que dió nacimiento á la mas estable república, no solamente de la era moderna, sino también de los antiguos tiempos. Además, no escribimos solamente para el lector comedor y sedentario que nos lee junto á la chimenea, apoyados los pies á los morrillos y arropado en su bata, sino también para el osado viajero que como nosotros, con el sombrero de paja en la cabeza, el morral á la espalda y el palo con punta de hierro en la mano, haya en lo sucesivo de seguir el camino que hemos andado y que le trazamos. Cualquiera que este sea, y á quien desde ahora damos nuestro fraternal saludo, se tendrá por dichoso en poderse sentar en lo alto de esta colina de rosas cerca de aquella iglesia y en frente de la casa en donde estamos, y de hallar en nosotros un resumen histórico, corto, pero sin embargo, exacto, de los sucesos que pasaron hace seis siglos, y de que puede abarcarlos casi todos en conjunto sobre este inmenso panorama que se estiende á nuestros pies cual un inmenso mapa.

Alberto de Austria, perteneciente á la casa de Habsburgo, subió al trono imperial en 1298. A la época de su advenimiento al trono en la Helvecia (1), no existían aun ni asociaciones, ni cantones, ni dietas. El emperador únicamente poseía en medio de estas comarcas á título de gefe de los condes de Habsburgo, un considerable número de pueblos, fortalezas y tierras que hoy hacen parte de los cantones de Zurich, Lucerna, Yug, Argovia, etc. Los otros condes á quienes pertenecía lo restante del país eran los de Saboya y de Neuchâtel y de Rapperschwyld.

Difícil seria escribir la historia individual de aquella nobleza rica, disoluta y revoltosa, siempre en guerra ó en placeres, agotando la sangre y el oro de sus vasallos, y cubriendo todas las cimas de las montañas de torres y fortalezas, desde donde, cual las águilas desde su nido, se dejaban caer en la llanura para arrebatar el objeto de sus depredaciones y ponerlo en seguridad tras los muros de sus castillos. Y no se crea que los que esto hacían eran únicamente los señores, pues del mismo modo vivían los poderosos obispos de Basilea, de Constanza, de Coira y de Lausana; y los ricos abades de Saint Gall y de Ensielden seguían el ejemplo de sus mitrados gefes como la pequeña nobleza el de los grandes barones.

En medio de aquella tierra cubierta de esclavos y de opresores, tres distritos habían quedado libres. Eran los de Uri, de Schwitz y de Unterwald, que previendo los desgraciados días y peligrosas circunstancias que estaban ocultas en el porvenir, se habían reunido desde 1291, y comprometidos á defender á todo trance, mutuamente contra todos, familias y bienes, y ayudarse, si llegaba el caso, con las armas ó los consejos. De esta alianza tomaron el nombre de Eidsgenossen (2), que se les dió, que quiere decir *aliados con juramento*. Alarmado ya Alberto con esta primera demostración hostil, quiso forzarlos á renunciar á la protección del emperador, su único soberano, y sujetarlos á la mas inmediata y mas directa de los condes de Habsburgo, á fin de que si alguno de sus hijos no era elegido para el trono imperial, conservase á lo menos la soberanía de estos países, que sin esto salían de la noble dinastía de los duques de Austria.

Mas Uri, Schwitz y Unterwald habían visto demasiado las depredaciones infames que se cometían en derredor de ellas, para dejarse engañar. Rechazaron abiertamente las indicaciones que se les hicieron en 1303 por los diputados de Alberto, y suplicaron que no se les privase de la protección del emperador reinante, esto es, que no se les separase del imperio.

Alberto les hizo responder que su deseo

era el adoptarles como hijos de su real familia; ofreció feudos á los ciudadanos principales y habló de una creación de diez caballeros en cada distrito. Aquellos viejos montañeses contestaron que no pedían nuevos favores, si no conservar sus primitivos fueros. Viendo entonces Alberto que no podía alcanzar nada por la corrupción de aquellos hombres, quiso ver lo que podría hacer por la tiranía, y en consecuencia les envió dos bailios austriacos cuyo carácter despótico y arrebatado tenía bien conocido.

El uno era Herman Guesler de Brounig, y el otro, el caballero Beringuer de Landenberg. Establecieron estos nuevos bailios en el mismo país de los confederados lo que nunca se habían permitido hacer sus antecesores. Landenberg tomó posesion del castillo real de Sarnen en el alto Unterwalden, y Guesler, no hallando morada digna de él en el país que le había tocado en suerte, mandó construir una fortaleza á que dió el nombre de *Urijoch* ó *Joug de Uri*. Desde entonces se empezó á poner en ejecución el plan de Alberto que de este modo pensaba determinar á los confederados á separarse ellos mismos del imperio y ponerse bajo la protección de la casa de Austria. Aumentáronse, pues, los portazgos, castigáronse con crecidas multas las mas leves faltas, y los ciudadanos se vieron tratados con altivez y desprecio.

Un día que Herman Guesler recorría el canton de Schwitz, paróse delante de una casa que acababa de construir Werner Stauffacher. —No es una vergüenza, dijo encarándose con el escudero que le acompañaba, no es una vergüenza que esos siervos miserables edifiquen para sí tan hermosas viviendas, cuando serian demasiado buenas para ellos unas chozas?

—Dejadla acabar del todo, menseñor, contestó el escudero, y entonces mandad esculpir sobre la puerta las armas de la casa de Habsburgo, veremos si su dueño se atreve á reclamarla.

—Tienes razon, dijo Guesler, y metiendo espuela al caballo, prosiguió su camino. La muger de Werner que estaba en el umbral de la puerta, oyó la conversacion, y mandó á los trabajadores que parasen la obra y se fuesen á sus casas. Obedecieron.

Cuando Werner llegó, miró con estrañeza aquella casa solitaria, y preguntó á su muger por que se habían ido los albañiles y quien lo había mandado.

—Yo, respondió ella.

—¿Y por qué? muger.

—Por que los vasallos y siervos no necesitan mas que una choza.

Werner lanzó un suspiro, y entró en la casa. Tenia hambre y sed, aguardaba tener preparada la comida, sentóse á la mesa. Su muger le sirvió pan y agua, y se sentó á su lado.

—¿Qué es esto, muger? qué, ¿ya no hay caza

(1) La Helvecia no tomó el nombre de Suiza hasta después de la Confederación.

(2) Etimología del nombre de *Huguetot*.

do, echaron de una montaña á otra y sobre espantosos precipicios esos puentes aéreos, tan sólidos, que casi en todas partes se les encuentra en pie.

La dominación romana en Helvecia duró, se sabe, cuatrocientos cincuenta años; después, un día aparecieron sobre las montañas nuevos pueblos, venidos no se sabe de donde, conquistadores nómadas, buscando una patria, se establecieron según su capricho con sus mugeres é hijos, donde creían estar bien, ahuyentando delante de sí con el hierro de su espada á los vencedores del mundo, cual los pastores ahuyentan los ganados con el palo de su cayado, y haciendo esclavas las poblaciones que Roma había adoptado por sus hijas. Los que el soplo de Dios impelió hacia la Helvecia eran los burgundos y los allemanni; se establecieron desde Ginebra hasta Constanza y desde Basilea hasta el San Gotardo. Aquellos hombres incultos y salvajes como los bosques de donde salían, se quedaron sobrecogidos de espanto ante los monumentos que había dejado la civilización romana. Incapaces de producir semejantes cosas; su orgullo se sublevó á la idea de que fueran el producto propio de los hombres, y toda obra que les pareció superior á sus fuerzas, fué atribuida por ellos á la complaciente cooperación del enemigo de los hombres, que aquellos necesariamente habían debido pagar á costa de sus cuerpos ó de sus almas. De ahí todas las maravillosas leyendas que heredó la edad media y que ha legado á sus hijos.

Una legua después del puente del Diablo, y bajando siempre el Reuss, se encuentra un segundo puente echado sobre este río, con cuyo auxilio se pasó de una orilla á otra en el sitio llamado el *Salto del Fraile*. Tiene este nombre de que un fraile que había robado á una doncella y la llevaba en sus brazos, perseguido por sus dos hermanos, cuyos caballos le ganaban en ligereza, se lanzó sin soltar su carga de una orilla á la otra, á riesgo de estrellarse con ella en el precipicio. Los hermanos de la joven no se atrevieron á seguirle, y el fraile se quedó dueño de la que amaba. El salto dado por este otro Claudio Frollo era de veinte y dos pies de ancho, y el abismo que salvaba de ciento veinte de profundidad.

Un cuarto de hora antes de llegar á Altorf, divisamos al otro lado del río la aldea de Attenghausen, y á espaldas del campanario de aquella aldea, las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Acabáramos de abandonar el terreno de la fábula por el de la historia. En lo sucesivo ya no mas leyendas diabólicas ni tradiciones monacales, sino toda una epopeya entera, grande, bella y maravillosa, ejecutada por una nación, sin otro socorro que el de sus hijos, y de la que leeremos bien pronto la primera página en Bürglen, sobre el altar de la capilla levantada en el punto mismo donde nació Guillermo Tell.

WERNER STAUFFACHER.

Un año ha pasado desde que nos despedimos de nuestros lectores á las orillas del Reuss, después de haberles hecho atravesar con nosotros el *Puente del Diablo* y el *Salto del Fraile*. Si no nos es infiel la memoria nos quedamos cerca de la villa de Attenghausen, á espaldas de cuya torre divisáramos las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Desde entonces hemos hecho una larga y lejana escursión en otros pueblos y en el interior de otras comarcas, hemos traído nuevas impresiones y curiosos recuerdos, que también verán un día la luz pública, aunque por deferencia fraternal deban ceder la preferencia á los anteriores. Tornemos, pues, no á nuestra Suiza de los montes y neveras, sino á la Suiza de las praderas y los lagos; no al suelo de la fábula, sino al terreno de la historia. No tenemos mas que subir á lo alto de esa montaña que está enfrente de nosotros, y atravesando por ese cementerio lleno de rosales, y á la izquierda de la iglesia nos hallaremos á la puerta de una capillita edificada sobre el área que ocupaba la casa misma en que nació Guillermo Tell, y de que el cristian ha ido á buscarnos la Hlave.

Por sabida que sea la historia del héroe popular cuyo nombre acabamos de pronunciar, y por mucho que estemos familiarizados con esta historia, al hallarnos en el lugar en que estamos, no podemos dispensarnos de visitar los sitios que se despliegan á nuestra vista, y de entrar en algunos detalles sobre la revolución helvética, y seguir en su desarrollo la asociación que dió nacimiento á la mas estable república, no solamente de la era moderna, sino también de los antiguos tiempos. Además, no escribimos solamente para el lector comedor y sedentario que nos lee junto á la chimenea, apoyados los pies á los morrillos y arropado en su bata, sino también para el osado viajero que como nosotros, con el sombrero de paja en la cabeza, el morral á la espalda y el palo con punta de hierro en la mano, haya en lo sucesivo de seguir el camino que hemos andado y que le trazamos. Cualquiera que este sea, y á quien desde ahora damos nuestro fraternal saludo, se tendrá por dichoso en poderse sentar en lo alto de esta colina de rosas cerca de aquella iglesia y en frente de la casa en donde estamos, y de hallar en nosotros un resumen histórico, corto, pero sin embargo, exacto, de los sucesos que pasaron hace seis siglos, y de que puede abarcarlos casi todos en conjunto sobre este inmenso panorama que se estiende á nuestros pies cual un inmenso mapa.

Alberto de Austria, perteneciente á la casa de Habsburgo, subió al trono imperial en 1298. A la época de su advenimiento al trono en la Helvecia (1), no existían aun ni asociaciones, ni cantones, ni dietas. El emperador únicamente poseía en medio de estas comarcas á título de gefe de los condes de Habsburgo, un considerable número de pueblos, fortalezas y tierras que hoy hacen parte de los cantones de Zurich, Lucerna, Yug, Argovia, etc. Los otros condes á quienes pertenecía lo restante del país eran los de Saboya y de Neuchâtel y de Rapperschwyld.

Difícil seria escribir la historia individual de aquella nobleza rica, disoluta y revoltosa, siempre en guerra ó en placeres, agotando la sangre y el oro de sus vasallos, y cubriendo todas las cimas de las montañas de torres y fortalezas, desde donde, cual las águilas desde su nido, se dejaban caer en la llanura para arrebatar el objeto de sus depredaciones y ponerlo en seguridad tras los muros de sus castillos. Y no se crea que los que esto hacían eran únicamente los señores, pues del mismo modo vivían los poderosos obispos de Basilea, de Constanza, de Coira y de Lausana; y los ricos abades de Saint Gall y de Ensielden seguían el ejemplo de sus mitrados gefes como la pequeña nobleza el de los grandes barones.

En medio de aquella tierra cubierta de esclavos y de opresores, tres distritos habían quedado libres. Eran los de Uri, de Schwitz y de Unterwald, que previendo los desgraciados días y peligrosas circunstancias que estaban ocultas en el porvenir, se habían reunido desde 1291, y comprometidos á defender á todo trance, mutuamente contra todos, familias y bienes, y ayudarse, si llegaba el caso, con las armas ó los consejos. De esta alianza tomaron el nombre de Eidsgenossen (2), que se les dió, que quiere decir *aliados con juramento*. Alarmado ya Alberto con esta primera demostración hostil, quiso forzarlos á renunciar á la protección del emperador, su único soberano, y sujetarlos á la mas inmediata y mas directa de los condes de Habsburgo, á fin de que si alguno de sus hijos no era elegido para el trono imperial, conservase á lo menos la soberanía de estos países, que sin esto salían de la noble dinastía de los duques de Austria.

Mas Uri, Schwitz y Unterwald habían visto demasiado las depredaciones infames que se cometían en derredor de ellas, para dejarse engañar. Rechazaron abiertamente las indicaciones que se les hicieron en 1303 por los diputados de Alberto, y suplicaron que no se les privase de la protección del emperador reinante, esto es, que no se les separase del imperio.

Alberto les hizo responder que su deseo

era el adoptarles como hijos de su real familia; ofreció feudos á los ciudadanos principales y habló de una creación de diez caballeros en cada distrito. Aquellos viejos montañeses contestaron que no pedían nuevos favores, si no conservar sus primitivos fueros. Viendo entonces Alberto que no podía alcanzar nada por la corrupción de aquellos hombres, quiso ver lo que podría hacer por la tiranía, y en consecuencia les envió dos bailios austriacos cuyo carácter despótico y arrebatado tenía bien conocido.

El uno era Herman Guesler de Brounig, y el otro, el caballero Beringuer de Landenberg. Establecieron estos nuevos bailios en el mismo país de los confederados lo que nunca se habían permitido hacer sus antecesores. Landenberg tomó posesion del castillo real de Sarnen en el alto Unterwalden, y Guesler, no hallando morada digna de él en el país que le había tocado en suerte, mandó construir una fortaleza á que dió el nombre de *Urijoch* ó *Joug de Uri*. Desde entonces se empezó á poner en ejecución el plan de Alberto que de este modo pensaba determinar á los confederados á separarse ellos mismos del imperio y ponerse bajo la protección de la casa de Austria. Aumentáronse, pues, los portazgos, castigáronse con crecidas multas las mas leves faltas, y los ciudadanos se vieron tratados con altivez y desprecio.

Un día que Herman Guesler recorría el canton de Schwitz, paróse delante de una casa que acababa de construir Werner Stauffacher. —No es una vergüenza, dijo encarándose con el escudero que le acompañaba, no es una vergüenza que esos siervos miserables edifiquen para sí tan hermosas viviendas, cuando serian demasiado buenas para ellos unas chozas?

—Dejadla acabar del todo, menseñor, contestó el escudero, y entonces mandad esculpir sobre la puerta las armas de la casa de Habsburgo, veremos si su dueño se atreve á reclamarla.

—Tienes razon, dijo Guesler, y metiendo espuela al caballo, prosiguió su camino. La muger de Werner que estaba en el umbral de la puerta, oyó la conversacion, y mandó á los trabajadores que parasen la obra y se fuesen á sus casas. Obedecieron.

Cuando Werner llegó, miró con estrañeza aquella casa solitaria, y preguntó á su muger por que se habían ido los albañiles y quien lo había mandado.

—Yo, respondió ella.

—¿Y por qué? muger.

—Por que los vasallos y siervos no necesitan mas que una choza.

Werner lanzó un suspiro, y entró en la casa. Tenia hambre y sed, aguardaba tener preparada la comida, sentóse á la mesa. Su muger le sirvió pan y agua, y se sentó á su lado.

—¿Qué es esto, muger? qué, ¿ya no hay caza

(1) La Helvecia no tomó el nombre de Suiza hasta después de la Confederación.

(2) Etimología del nombre de *Huguetot*.

en la montaña, pesca en el lago, ni vino en la dispensa?

—Cada cual debe vivir según su condición, los vasallos y siervos no deben alimentarse más que de pan y agua.

Werner arqueó las cejas, comió el pan y bebió el agua.

Acostáronse ambos esposos, y antes de dormirse Werner, cogió en sus brazos á su muger y quiso abrazarla; pero esta rechazó sus caricias.

—¿Por qué me rechazas, muger? preguntó el marido.

—Por que los vasallos y los siervos no deben engendrar hijos para que sean siervos y vasallos cual sus padres.

Werner saltó de la cama, volvióse á vestir en silencio, descolgó de la pared una larga espada, que estaba allí colgada, se la echó al hombro, y salióse sin pronunciar una palabra. Marchó sombrío y meditabundo hasta Brünen. Llegado allí se ajustó con unos pescadores, pasó el lago, y dos horas antes de amanecer estaba en Attenghausen y llamaba á la puerta de la casa de su suegro Walter Furst. Bajó á abrirle aquel anciano, y aunque le asombró ver llegar á su yerno á aquella hora de la noche, no le preguntó el motivo y mandó á un criado que pusiese en la mesa un cuarto de gamo y una botella de vino.

—Gracias, padre, dijo Werner, he hecho un voto.

—¿Y cuál?

—De no comer más que pan y no beber más que agua hasta un momento tal vez muy lejano todavía.

—¿Y cuál?

—El en que seamos libres.

Walter Furst se sentó enfrente de Werner. —Buenas palabras son las que acabas de decir, pero tendrás valor para repetir las ante otros más que el anciano á quien apellidas tu padre?

—Las repetiré en presencia de Dios que está en el cielo, y delante del emperador que es su representante en la tierra.

—¿Bien dicho, hijo mio! Mucho tiempo hace que aguardaba de ti esta visita y semejante respuesta; empezaba ya á creer que no llegaría ni una ni otra.

Llamaron de nuevo; Walter Furst fué á abrir. Hallábase de pie á la puerta un joven armado de un palo que parecía una maza; un rayo de luna iluminó en aquel momento sus facciones pálidas y desencajadas.

—¡Mechtal! exclamaron á la vez Walter Furst y Stauffacher.

—¿Qué pretendes? ¿qué vienes á pedir? preguntó Walter Furst, asustado de su palidez.

—¡Asilo y venganza! respondió Mechtal con voz sombría.

—Tendrás lo que pides, respondió Walter Furst, si la venganza depende de mí como el asilo.

—¿Qué te ha sucedido, pues, Mechtal?

—Trabajaba yo en mi campo y tenía unidos en mi arado los dos mejores bueyes de mi rebaño, cuando llegó á pasar un lacayo de Landenberg, que parándose después un instante se acercó y dijo:

—Esos bueyes son demasiado buenos para un vasallo, y es preciso que cambien de dueño.

—Estos bueyes son míos, contesté, y como los necesito, no quiero venderlos.

—¿Y quién te habla de comprarlos, villano? Al decir estas palabras sacó un cuchillo de monte y cortó el tiro.

—Si me tomáis esta yunta, ¿cómo me compensaré para labrar mis tierras?

—Los villanos como tú ya pueden arrastrar por sí mismos el arado si quieren comer pan de que no son dignos.

—Vamos, le dije, aun es tiempo, seguid vuestro camino y os perdono.

—¿Y en dónde tienes tu arco ó ballesta para hablar de ese modo?

—Junto á mí había un arbolillo y lo rompí.

—No tengo necesidad ni de arco ni de ballesta, dije, ya veis que estoy armado.

—Si das un paso más te echo fuera las tripas como á un gamo, me respondió.

De un solo brinco me planté junto á él con el palo levantado diciéndole:

—Yo, si poneis la mano sobre mi yunta, os aplasto como á una res de un golpe.

Alargó el brazo y tocó el yugo, creo que con la punta de los dedos; dejó caer el palo y con el cayó el criado de Landenberg. Le había roto el brazo cual si fuese un mimbre.

—Y habeis hecho muy bien; era justicia, exclamaron los dos hombres.

—Lo sé y no me arrepiento, continuó Mechtal; pero también he debido fugarme. Abandoné mis bueyes, y me oculté todo el día en el bosque del Røstock, y después, al llegar la noche pensé en vos, Walter, que sois bueno y hospitalario. Tomé el paso de Surehen, y aquí estoy.

—Bien venido seas, Mechtal, dijo Walter Furst alargándole la mano.

—Pero no es esto todo, continuó el joven, necesitaríamos enviar un hombre inteligente á Sarnen, para que se informase de lo que ha pasado desde ayer, y qué medidas de venganza ha tomado Landenberg contra mí.

En aquel momento oyéronse pasos, pesados por el cansancio; un instante después llamó un hombre otra vez á la puerta diciendo: «Abrid, que soy Ruder.»

Mechtal abrió la puerta para arrojar en los brazos del criado de su padre; pero le encontró tan pálido y tan abatido, que retrocedió espantado.

—¿Qué hay, Ruder? preguntó Mechtal con trémula voz.

—¡Desgraciado de vos, mi querido amo! ¡Desgraciado el que veo tranquilo con seme-

jantes crímenes! ¡Desgraciado de mí que os traigo tan malas nuevas!

—No le ha sucedido nada á mi padre? dijo Mechtal? ¡Han respetado su edad y sus canas? ¡La vejez es sagrada!...

—¡Respetar ellos alguna cosa! ¿Hay algo de santo para ellos!

—¡Ruder!... exclamó Mechtal juntando las manos.

—Le han cogido y han querido hacerle decir dónde estáis, y como no lo sabía... ¡pobre viejo! ¡le han sacado los ojos!

Mechtal lanzó un terrible grito, y Werner y Walter se miraron mutuamente con los cabellos erizados y cubiertas de sudor sus frentes.

—Mientes, exclamó Mechtal, cogiendo á Ruder por el cuello, ¡mientes! es imposible que hombres cometan semejantes crímenes. ¡Oh! ¡mientes, dime que mientes!

—¡Ah! respondió Ruder.

—¿Dices que le han sacado los ojos? ¡Y esto porque yo había huido como un cobarde! ¡Han sacado los ojos al padre porque no quería entregarles al hijo, han metido una punta de hierro en los ojos de un anciano... y esto en medio del día, á la luz del sol y delante de Dios!

¡Y vuestras montañas no se han desplomado sobre sus cabezas! ¡y nuestros lagos no han salido de madre para sumergirlos! ¡y no ha habido un rayo que los exterminase!... ¡Ya no les bastan nuestras lágrimas, y nos hacen llorar sangre!... ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tened misericordia de nosotros!

Mechtal cayó como un árbol arrancado de cuajo, y se revolcó por el suelo y mordió la tierra.

Werner se acercó á Mechtal.

—No llores como un niño, no te arrastres como una fiera: levántate como hombre, nosotros vengaremos á tu padre, Mechtal.

El joven se encontró de pie de repente cual si un resorte le hubiese hecho ponerse derecho.

—Werner, habeis dicho que le vengaremos.

—¡Le vengaremos! respondió Walter.

—¡Oh! dijo Mechtal, arrojando un grito que se parecía á lo risa de un loco.

En aquel momento se dejó oír á cierta distancia el estribillo de una alegre canción y los primeros rayos del día dejaron ver á un nuevo personaje que se presentó en una revuelta del camino.

—Entraos, dijo Ruder dirigiéndose á Mechtal.

—Quédate, dijo Walter, es un amigo.

—Que pudiera sernos útil, añadió Werner. Mechtal dejóse caer agobiado en un banco.

Entretanto se iba aproximando más el forastero, que era un hombre de unos cuarenta años casi, vestido con una especie de gaban pardo que no le pasaba de las rodillas, trage entre seglar y monástico; sin embargo, sus cabellos largos, barba y bigotes cortados como los de los hombres libres, indicaban que si perte-

necía al claustro era muy accidentalmente. Su andar era más bien el de un soldado que el de un monge, y se le hubiera podido tomar por un soldado, si en vez de espada no hubiese llevado colgado del cinto un tintero, pluma y pergaminos en una especie de aljaba desprovista de flechas. Completo estaba su vestido por un pantalón azul muy ajustado y unos borceguies atacados por delante, y también por el largo palo con punta de hierro, sin el que rara vez viajan los montañeses.

Desde que había divisado el grupo que se formó delante de la puerta, había dejado de cantar, y se aproximaba con aquella franqueza que da la certidumbre de hallar personas conocidas. En efecto, á algunos pasos de distancia ya le dirigió la palabra Walter Furst.

—Bien venido seas, Guillermo, le dijo.

¿A dónde vas tan de mañana?

—¡Dios os guarde, Walter! Voy á cobrar unos réditos del *Fraumunster* (1) de Zurich, del cual soy cobrador, como sabeis.

—¿Puedes detenerte un cuarto de hora con nosotros?

—¿Para qué?

—Para escuchar lo que va á decirte ese joven....

Guillermo se volvió hácia Mechtal, y viéndole llorar se aproximó entonces á él y le alargó la mano.

—Dios enjague vuestras lágrimas, hermano, le dijo.

—¡Dios vengue la sangre! contestó Mechtal... y le contó todo lo que acababa de suceder.

Guillermo escuchó aquella relación con una gran compasión y una profunda tristeza.

—¿Y qué habeis resuelto? preguntó Guillermo cuando aquel hubo acabado.

—Vengarnos y libertar nuestro país, respondieron los tres.

—Dios se ha reservado la venganza de los crímenes y la libertad de los pueblos, dijo Guillermo.

—¿Y qué nos ha dejado á los hombres entonces?

—Las oraciones y la resignación que las aceleran.

—Guillermo, no vales la pena de ser tan valiente arquero, si respondes como un monge cuando te se habla como á un ciudadano.

—Dios ha hecho los montes para los corzos y los gamos, y los corzos y los gamos para el hombre; por eso ligereza á la caza y destreza al cazador. Walter, os habeis engañado llamándome un valiente arquero, yo no soy más que un pobre cazador.

—¡Adios, Guillermo, vete en paz!

—¡Dios sea con vosotros, hermanos!

Guillermo se alejó. Los tres le siguieron en silencio con la vista, hasta que hubo desaparecido en el primer recodo del camino.

—No hay que contar con él, dijo Werner

(1) Convento de mugeres.

Stauffacher, y es lástima, porque hubiera sido un poderoso aliado.

—Dios nos reserva á nosotros solos la libertad de nuestro país. ¡Alabado sea Dios!

—¿Y cuándo ponemos manos á la obra? dijo Mechtal. Tengo prisa, mis ojos derraman lágrimas... y sangre los de mi padre.

Cada uno de los tres somos de un diferente distrito: tú, Werner, de Schwitz; tu Mechtal, de Unterwalden; y yo de Uri. Elijamos cada uno de entre nuestros amigos diez hombres con quienes podamos contar: juntémonos con ellos en el Grutli... Dios puede lo que quiere, y los que marchan por su camino, treinta hombres valen por un ejército....

—¿Y cuándo nos reuniremos? preguntó Mechtal.

—En la noche del domingo al lunes, respondió Walter Furst.

—Allí estaremos! respondieron Werner y Mechtal, y se separaron los tres amigos.

CONRADO DE BAUMGARTEN.

Entre los diez hombres del canton de Unterwalden que debían acompañar á Mechtal en la noche del 17 de noviembre había un joven de Wolfranchiess, llamado Conrado de Baumgarten; acababa de casarse por amor con la mas hermosa doncella de Abrellen, y solo le había hecho entrar en la conjuración el deseo de libertar su patria; porque era dichoso.

Así es que no quiso decir á su joven esposa el motivo que de ella le alejaba, fingiendo que tenía un negocio en la aldea de Brinnen, y dijola el 16 por la noche que dejaba la casa hasta el día siguiente. Palideció la joven al oírle.

—¿Qué tienes, Rosita? preguntóla Conrado. Es imposible que una cosa tan sencilla te cause tal impresion.

—Conrado, respondió la joven, ¿no podrias dilatar este viaje?

—Imposible.

—¿No puedes llevarme contigo?

—Imposible.

—Entonces vete.

Conrado la miró.

—¿Serias celosa, pobre niña?

Rosita se sonrió tristemente.

—Pero no, es imposible, continuó diciendo: pero alguna cosa te ha sucedido que me ocultas.

—Tal vez hago mal en tener miedo, respondió Rosita.

—¿Y qué puedes tú temer en esta aldea en

medio de nuestros parientes, de nuestros amigos?

—¿Conoces á nuestro joven señor? Conrado.

—Si, sin duda, contestó éste arrugando las cejas. ¿Y bien!

—¿Y bien! me ha visto en Abulen antes de que fuese tu muger.

—¿Y te ama? exclamó Conrado apretando los puños y clavando fijamente en ella su vista.

—Me lo ha dicho.

—¿Hace ya tiempo?...

—Si, y yo lo había olvidado ya; pero ayer le encontré en el camino de Stanz y me repitió las mismas palabras.

—¿Bien, bien! murmuró Conrado. ¡Insolentes señores!... No era bastante mi amor á la patria, habeis querido tambien que se uniese el odio contra vosotros. Apresuraos á acumular nuevos crímenes sobre vuestras cabezas; ¡va á llegar pronto el día de la venganza!

—¿A quién amenazas así? dijo Rosa. ¿Olvidas que es nuestro amo?

—Si, de sus vasallos, de sus siervos y lacayos; ¡pero yo! Rosa, soy de libre condicion, ciudadano de Stanz, señor de mis tierras y de mi casa, y si no tengo el derecho de administrar justicia como él; al menos tengo el derecho de hacerme la yo mismo.

—Ya ves que tenía razon para temer, Conrado.

—Si.

—¿Entonces no te marcharás?...

—He dado mi palabra y es preciso que la cumpla.

—¿Me permitirás que te acompañe?

—Ya te he dicho que era imposible.

—¿Dios y Señor mio! murmuró Rosita.

—Escucha, replicó Conrado, quizás no tenemos razon para asustarnos.

Yo no he dicho á nadie que me debía de ir; nadie lo sabe: Yo no estaré ausente mas que hasta mañana al mediodía. Me creerán á su lado, y te respetarán.

—¿Dios lo quiera!

Conrado abrazó á Rosita, y se separó de ella.

La cita era en Grutli, como hemos dicho, y nadie faltó á ella.

Allí, en una pequeña llanura que forma una estrecha pradera, rodeada de zarzas, al pie de las rocas del Seelisberg, la tierra presentó al cielo uno de los mas sublimes espectáculos en la noche del 17 de noviembre de 1307: el de tres hombres prometiendo por su honor y á riesgo de su vida, dar la libertad á todo un pueblo. Walter Furst, Werner Stauffacher y Mechtal, estendieron los brazos y juraron á Dios, *ante quien son iguales los reyes y los pueblos, vivir y morir por sus hermanos, emprender y soportarlo todo en comun; no sufrir mas, pero tampoco cometer injusticias; respetar los derechos y propiedades del conde de Habsburgo; no hacer mal alguno á los bailios imperiales, pero poner coto á su*

tiranía; pidiendo á Dios si aquel juramento le era grato, lo diese á conocer con algun milagro. Al mismo instante saltaron tres fuentes de agua viva á los pies de los tres gefes. Los conjurados gritaron entonces: «¡Gloria al Señor!» y levantando las manos todos hicieron á su vez el juramento de restablecer la libertad como hombres de corazon. Se dilató la ejecucion de aquel designio hasta la noche del 4.º de 1308. Despues cada cual tomó el camino de su valle y de su cabaña.

Por mucha diligencia que hizo Conrado era ya mediodía, cuando al salir del Dallenwyl, divisó la aldea de Wolfranchiess, y cerca de la aldea la casa en donde Rosita le esperaba. Todo parecia tranquilo; sus temores se calmaron con aquella vista, su corazon cesó de palpar, y se detuvo para respirar. En aquel momento le pareció que su nombre zumbaba en sus oídos llevado por una ráfaga de viento: estremeciöse, y continuó su camino.

Al cabo de algunos minutos volvió á oír segunda vez la misma voz que le llamaba. Tembló, por que aquella voz era lastimera y creyó reconocer la voz de Rosita. Aquella voz venia del camino, precipitöse, pues, hácia el pueblo.

Apenas había dado veinte pasos cuando vió venir hácia él una muger desgreñada y afligida que desde que le vió pronunció su nombre, y que sin fuerzas para seguir mas adelante cayó en medio del camino. Conrado no dió mas que un salto para llegar hasta ella. Había reconocido á Rosita.

—¿Qué tienes, querida mia? exclamó.

—¡Huyamos! ¡huyamos! murmuró Rosita, tratando de levantarse.

—¿Y por qué es preciso que huyamos?

—Por que ha venido ¡Conrado! ha venido mientras que no estabas tú allí....

—¡Ha venido!

—Si, y abusando de tu ausencia y de que estaba sola....

—¡Habla! ¡habla! pronto.

—Ha exigido que le preparase un baño.

—¡Insolente! ¿Y tú has obedecido?

—¿Qué podía yo hacer, Conrado?... Entonces me ha hablado de su amor.... ha puesto en mi sus manos.... entonces he huído llamándote en mi auxilio.... he corrido como una loca.... despues, cuando te he visto me han abandonado las fuerzas y he caido como si faltase la tierra á mis pies.

—¿Y él donde está ahora?

—En casa.... en el baño.

—¡Inseusato! exclamó Conrado echando á correr hácia Wolfranchiess.

—¿Qué vas á hacer, desgraciado?

—Espérame, Rosita, vuelvo....

Rosita cayó de rodillas con los brazos estendidos hácia el punto en donde Conrado había desaparecido. Así permaneció durante un cuarto de hora inmóvil y muda cual la estatua de la oracion, despues se levantó de repente y

dió un alarido. Era que Conrado volvía pálido y con una hacha ensangrentada en la mano.

—¡Huyamos, Rosita, dijo él á su vez; huyamos, por que no estaremos seguros sino al otro lado del lago! Huyamos sin seguir camino.... lejos de las sendas, lejos de las poblaciones... Huyamos, si no quieres que yo muera de miedo, no por mi vida, si no por la tuya!....

Al decir estas palabras la arrastró consigo al través de la pradera.

Rosita no era una de esas flores delicadas y endebles como las que suelen criarse en nuestras ciudades; era una noble montañesa, fuerte y animosa en los peligros, acostumbrada al sol y á la fatiga. Conrado y ella pronto habían llegado á la falda de la montaña; Conrado quiso entonces descansar, pero ella le enseñó con el dedo la sangre que cubria el hierro de su hacha.

—¿Qué sangre es esa? le preguntó.

—La suya.... respondió Conrado.

—¡Huyamos! exclamó Rosita, y volvió á ponerse en camino.

Entonces se internaron en lo mas intrincado del bosque, trepando los flancos de la montaña por senderos conocidos solo de los cazadores. Conrado quiso pararse muchas veces; pero Rosita le animó siempre asegurándole que no estaba cansada. Al fin una media hora antes de anochecer llegaron á la cumbre de una de las alturas de Roestock, desde donde oyeron los balidos de los ganados que regresaban á Seidor y Bauen, y descubrieron delante de estas dos aldeas, echado en el fondo del valle, el lago de los Waldstetten tranquilo y puro cual un espejo. A aquel aspecto Rosita quiso adelantar su camino; pero sus fuerzas eran inferiores á su voluntad, y á los primeros pasos que dió empezó á tambalearse Conrado exigió que descansase algunas horas y le preparó una cama con hojas y musgo, en la cual se acostó, mientras él velaba á su lado.

Conrado sintió espirar uno á uno todos los clamores del valle, vió apagarse una á una todas las luces que parecían estrellas caidas al suelo. Luego á los discordantes ruidos de los hombres sucedieron los armoniosos ruidos de la naturaleza, y á las efimeras luces encendidas por manos mortales, aquel espléndido polvo de estrellas que levantan los pasos de Dios. La montaña como el Océano, tiene también voces inmensas que de repente se levantan en medio de la noche de la superficie de los lagos, del seno de los bosques ó de lo profundo de las neveras. En sus intervalos se oye el ruido continuo de las cascadas ó el borascoso estruendo de los aludes, y todos estos ruidos hablan al montañés una lengua sublime que le es familiar á la que responde por sus gritos de terror ó por sus cantos de agradecimiento, por que aquellos ruidos le presagian la calma ó la tempestad.

Así Conrado había seguido con inquietud

Stauffacher, y es lástima, porque hubiera sido un poderoso aliado.

—Dios nos reserva á nosotros solos la libertad de nuestro país. ¡Alabado sea Dios!

—¿Y cuándo ponemos manos á la obra? dijo Mechtal. Tengo prisa, mis ojos derraman lágrimas... y sangre los de mi padre.

Cada uno de los tres somos de un diferente distrito: tú, Werner, de Schwitz; tu Mechtal, de Unterwalden; y yo de Uri. Elijamos cada uno de entre nuestros amigos diez hombres con quienes podamos contar: juntémonos con ellos en el Grutli... Dios puede lo que quiere, y los que marchan por su camino, treinta hombres valen por un ejército....

—¿Y cuándo nos reuniremos? preguntó Mechtal.

—En la noche del domingo al lunes, respondió Walter Furst.

—Allí estaremos! respondieron Werner y Mechtal, y se separaron los tres amigos.

CONRADO DE BAUMGARTEN.

Entre los diez hombres del canton de Unterwalden que debían acompañar á Mechtal en la noche del 17 de noviembre había un joven de Wolfranchiess, llamado Conrado de Baumgarten; acababa de casarse por amor con la mas hermosa doncella de Abrellen, y solo le había hecho entrar en la conjuración el deseo de libertar su patria; porque era dichoso.

Así es que no quiso decir á su joven esposa el motivo que de ella le alejaba, fingiendo que tenía un negocio en la aldea de Brinnen, y dijola el 16 por la noche que dejaba la casa hasta el día siguiente. Palideció la joven al oírle.

—¿Qué tienes, Rosita? preguntóla Conrado. Es imposible que una cosa tan sencilla te cause tal impresion.

—Conrado, respondió la joven, ¿no podrias dilatar este viaje?

—Imposible.

—¿No puedes llevarme contigo?

—Imposible.

—Entonces vete.

Conrado la miró.

—¿Serías celosa, pobre niña?

Rosita se sonrió tristemente.

—Pero no, es imposible, continuó diciendo: pero alguna cosa te ha sucedido que me ocultas.

—Tal vez hago mal en tener miedo, respondió Rosita.

—¿Y qué puedes tú temer en esta aldea en

medio de nuestros parientes, de nuestros amigos?

—¿Conoces á nuestro joven señor? Conrado.

—Si, sin duda, contestó éste arrugando las cejas. ¿Y bien!

—¿Y bien! me ha visto en Abulen antes de que fuese tu muger.

—¿Y te ama? exclamó Conrado apretando los puños y clavando fijamente en ella su vista.

—Me lo ha dicho.

—¿Hace ya tiempo?...

—Si, y yo lo había olvidado ya; pero ayer le encontré en el camino de Stanz y me repitió las mismas palabras.

—¿Bien, bien! murmuró Conrado. ¡Insolentes señores!... No era bastante mi amor á la patria, habeis querido tambien que se uniese el odio contra vosotros. Apresuraos á acumular nuevos crímenes sobre vuestras cabezas; ¡va á llegar pronto el día de la venganza!

—¿A quién amenazas así? dijo Rosa. ¿Olvidas que es nuestro amo?

—Si, de sus vasallos, de sus siervos y lacayos; ¡pero yo! Rosa, soy de libre condicion, ciudadano de Stanz, señor de mis tierras y de mi casa, y si no tengo el derecho de administrar justicia como él; al menos tengo el derecho de hacerme la yo mismo.

—Ya ves que tenía razon para temer, Conrado.

—Si.

—¿Entonces no te marcharás?...

—He dado mi palabra y es preciso que la cumpla.

—¿Me permitirás que te acompañe?

—Ya te he dicho que era imposible.

—¿Dios y Señor mio! murmuró Rosita.

—Escucha, replicó Conrado, quizás no tenemos razon para asustarnos.

Yo no he dicho á nadie que me debía de ir; nadie lo sabe: Yo no estaré ausente mas que hasta mañana al mediodía. Me creerán á su lado, y te respetarán.

—¿Dios lo quiera!

Conrado abrazó á Rosita, y se separó de ella.

La cita era en Grutli, como hemos dicho, y nadie faltó á ella.

Allí, en una pequeña llanura que forma una estrecha pradera, rodeada de zarzas, al pie de las rocas del Seelisberg, la tierra presentó al cielo uno de los mas sublimes espectáculos en la noche del 17 de noviembre de 1307: el de tres hombres prometiendo por su honor y á riesgo de su vida, dar la libertad á todo un pueblo. Walter Furst, Werner Stauffacher y Mechtal, estendieron los brazos y juraron á Dios, *ante quien son iguales los reyes y los pueblos, vivir y morir por sus hermanos, emprender y soportarlo todo en comun; no sufrir mas, pero tampoco cometer injusticias; respetar los derechos y propiedades del conde de Habsburgo; no hacer mal alguno á los bailios imperiales, pero poner coto á su*

tiranía; pidiendo á Dios si aquel juramento le era grato, lo diese á conocer con algun milagro. Al mismo instante saltaron tres fuentes de agua viva á los pies de los tres gefes. Los conjurados gritaron entonces: «¡Gloria al Señor!» y levantando las manos todos hicieron á su vez el juramento de restablecer la libertad como hombres de corazon. Se dilató la ejecucion de aquel designio hasta la noche del 4.º de 1308. Despues cada cual tomó el camino de su valle y de su cabaña.

Por mucha diligencia que hizo Conrado era ya mediodía, cuando al salir del Dallenwyl, divisó la aldea de Wolfranchiess, y cerca de la aldea la casa en donde Rosita le esperaba. Todo parecia tranquilo; sus temores se calmaron con aquella vista, su corazon cesó de palpar, y se detuvo para respirar. En aquel momento le pareció que su nombre zumbaba en sus oídos llevado por una ráfaga de viento: estremeciöse, y continuó su camino.

Al cabo de algunos minutos volvió á oír segunda vez la misma voz que le llamaba. Tembló, por que aquella voz era lastimera y creyó reconocer la voz de Rosita. Aquella voz venia del camino, precipitöse, pues, hácia el pueblo.

Apenas había dado veinte pasos cuando vió venir hácia él una muger desgreñada y afligida que desde que le vió pronunció su nombre, y que sin fuerzas para seguir mas adelante cayó en medio del camino. Conrado no dió mas que un salto para llegar hasta ella. Había reconocido á Rosita.

—¿Qué tienes, querida mia? exclamó.

—¡Huyamos! ¡huyamos! murmuró Rosita, tratando de levantarse.

—¿Y por qué es preciso que huyamos?

—Por que ha venido ¡Conrado! ha venido mientras que no estabas tú allí....

—¡Ha venido!

—Si, y abusando de tu ausencia y de que estaba sola....

—¡Habla! ¡habla! pronto.

—Ha exigido que le preparase un baño.

—¡Insolente! ¿Y tú has obedecido?

—¿Qué podía yo hacer, Conrado?... Entonces me ha hablado de su amor.... ha puesto en mí sus manos.... entonces he huído llamándote en mi auxilio.... he corrido como una loca.... despues, cuando te he visto me han abandonado las fuerzas y he caido como si faltase la tierra á mis pies.

—¿Y él donde está ahora?

—En casa.... en el baño.

—¡Inseusato! exclamó Conrado echando á correr hácia Wolfranchiess.

—¿Qué vas á hacer, desgraciado?

—Espérame, Rosita, vuelvo....

Rosita cayó de rodillas con los brazos estendidos hácia el punto en donde Conrado había desaparecido. Así permaneció durante un cuarto de hora inmóvil y muda cual la estatua de la oracion, despues se levantó de repente y

dió un alarido. Era que Conrado volvía pálido y con una hacha ensangrentada en la mano.

—¡Huyamos, Rosita, dijo él á su vez; huyamos, por que no estaremos seguros sino al otro lado del lago! Huyamos sin seguir camino.... lejos de las sendas, lejos de las poblaciones... Huyamos, si no quieres que yo muera de miedo, no por mi vida, si no por la tuya!....

Al decir estas palabras la arrastró consigo al través de la pradera.

Rosita no era una de esas flores delicadas y endebles como las que suelen criarse en nuestras ciudades; era una noble montañesa, fuerte y animosa en los peligros, acostumbrada al sol y á la fatiga. Conrado y ella pronto habían llegado á la falda de la montaña; Conrado quiso entonces descansar, pero ella le enseñó con el dedo la sangre que cubria el hierro de su hacha.

—¿Qué sangre es esa? le preguntó.

—La suya.... respondió Conrado.

—¡Huyamos! exclamó Rosita, y volvió á ponerse en camino.

Entonces se internaron en lo mas intrincado del bosque, trepando los flancos de la montaña por senderos conocidos solo de los cazadores. Conrado quiso pararse muchas veces; pero Rosita le animó siempre asegurándole que no estaba cansada. Al fin una media hora antes de anochecer llegaron á la cumbre de una de las alturas de Roestock, desde donde oyeron los balidos de los ganados que regresaban á Seidor y Bauen, y descubrieron delante de estas dos aldeas, echado en el fondo del valle, el lago de los Waldstetten tranquilo y puro cual un espejo. A aquel aspecto Rosita quiso adelantar su camino; pero sus fuerzas eran inferiores á su voluntad, y á los primeros pasos que dió empezó á tambalearse Conrado exigió que descansase algunas horas y le preparó una cama con hojas y musgo, en la cual se acostó, mientras él velaba á su lado.

Conrado sintió espirar uno á uno todos los clamores del valle, vió apagarse una á una todas las luces que parecían estrellas caidas al suelo. Luego á los discordantes ruidos de los hombres sucedieron los armoniosos ruidos de la naturaleza, y á las efímeras luces encendidas por manos mortales, aquel espléndido polvo de estrellas que levantan los pasos de Dios. La montaña como el Océano, tiene también voces inmensas que de repente se levantan en medio de la noche de la superficie de los lagos, del seno de los bosques ó de lo profundo de las neveras. En sus intervalos se oye el ruido continuo de las cascadas ó el borascoso estruendo de los aludes, y todos estos ruidos hablan al montañés una lengua sublime que le es familiar á la que responde por sus gritos de terror ó por sus cantos de agradecimiento, por que aquellos ruidos le presagian la calma ó la tempestad.

Así Conrado había seguido con inquietud

el vapor que empañando el espejo del lago, había comenzado á levantarse sobre la superficie, y que subiendo lentamente por el valle había ido á condensarse al rededor de la nevada cabeza del Axemberg. Había vuelto muchas veces ya los ojos con ansiedad hácia el punto por donde iba á salir la luna, cuando apareció pálida y rodeada de un círculo nebuloso que velaba su débil resplandor. De tiempo en tiempo soplaban algunas brisas que llevaban consigo un sabor húmedo y de tierra, y Conrado volviéndose hácia Occidente, y aspirándolas con el instinto de los lebreles, murmuraba en voz baja.—Si, si, os conozco bien, mensajeros de la borrasca, y os doy gracias al aviso, que no desaprovecharé. En fin, una bocanada de viento trajo los primeros vapores de los lagos de Neufchatel y de los pantanos de Morat: Conrado vió que era tiempo de partir, y se inclinó hácia Rosita.

—Amada mia, no tengas miedo, murmuró á su oído, soy yo que te despierto.

Rosita abrió los ojos y echó sus brazos al cuello de Conrado.

—¿En dónde estamos? dijo Rosita. Tengo frío.....

—Es preciso partir, el cielo está borrascoso á apenas tenemos tiempo para llegar á la gruta de Rikenbach en donde hallaremos un abrigo: cuando haya pasado el huracan nos iremos á Bauen, desde donde cualquier barquero nos llevará á Brunnen ó á Sissigen.

—Pues no perdamos un tiempo precioso, Conrado. ¿No valdría más irnos en seguida al lago? Si nos persiguiesen.....

—Tanto les valdría buscar el rastro de un gamo, ó del águila, respondió con indiferencia Conrado. Está tranquila por eso, hija mia, vámonos, por que ya está encima la tormenta.

En efecto, oyóse un trueno lejano que recorrió con su estruendo las sinuosidades del valle y fué á perderse en los desnudos flancos del Axemberg.

—Tienes razon, dijo Rosa, no hay un instante que perder, huyamos, Conrado, huyamos.

A estas palabras, agarráronse de la mano, y corrieron tan á prisa como les permitía lo escabroso del terreno, en direccion á la gruta del Rikenbach.

Pero el huracan se había declarado al mismo tiempo que los primeros albores del día, y se aproximaba bramando: de diez en diez minutos surcaban el cielo multitud de relámpagos, y bajando las nubes sobre la cabeza de los fugitivos les robaban por un instante la vista del valle, y deslizándose por lo largo de la montaña, los dejaron impregnados de una fría y penetrante humedad que les helaba el sudor de su frente. De repente y en uno de aquellos intervalos de silencio en que la naturaleza parece que reconcentra en sí todas sus fuerzas para la lucha que va á sostener, oyéronse á lo lejos los ladridos de un perro de caza.

—Es Napft, exclamó Conrado parándose.

—Habrá roto su cadena y aprovechado su libertad para cazar en la montaña, respondió Rosita.

Conrado la hizo señal de que callase, y escuchó con aquella atencion propia de un cazador y de un montañés acostumbrado á adivinarlo todo, salvacion y peligros, por los mas leves indicios. Volviéronse á oír de nuevo los ladridos, Conrado se estremeció.

—Si, si, murmuró. Napft está de caza ¿pero sabes tú bien la caza que busca?

—¿Qué nos importa!

—¿Qué importa la vida á los que huyen para conservarla! Somos perdidos, Rosita: el infierno ha sugerido á esos demonios una idea: no sabiendo donde encontrarme han saltado á Napft y fládose á su instinto.

—¿Pero qué puede hacerle creer....

—Escucha y observa con que lentitud se aproximan los ladridos, lo tienen atado para no perder la pista, pues de otra suerte Napft ya estaria á nuestro lado. Pero de ese modo tardarán mas de una hora antes de alcanzarnos.

Napft ladró de nuevo, pero sin aproximarse de una manera sensible, al contrario, hubiérase dicho que su voz se hallaba mas lejana que la primera vez que se había dejado oír.

—Pierde nuestro rastro, dijo Rosita con alegría; mira, la voz se aparta.

—No, no, respondió Conrado. Napft es demasiado bueno para engañarse: esto es que el viento sopla contrario: oye, oye. El violento estampido de un trueno interrumpió los ladridos que acababan de oírse mas de cerca, pero apenas se apagó el eco del trueno volvieron á oírse de nuevo.

—¡Huyamos! exclamó Rosita, ¡huyamos hácia la gruta!

—¿Y ahora de qué nos servirá la gruta? Si antes de dos horas no ponemos entre los que nos persiguen y nosotros el lago, somos perdidos.

Diciendo esto la cogió de la mano y se la llevó casi atrastrando.

—¿A dónde vas, á dónde vamos? Mira que pierdes la direccion del lago, exclamó Rosita.

—Ven, ven, es menester que burlemos la astucia de esos cazadores de hombres. De aquí al lago hay tres leguas: si fuésemos á él en linea recta, antes de veinte minutos ya no podrías andar mas, pobre criatura; ven, ven.

Rosita sin responder recogió todas sus fuerzas y adelantóse rápidamente en la direccion que su marido había escogido; caminar así casi diez minutos despues: de repente se hallaron á orillas de uno de aquellos barrancos tan frecuentes en las montañas. Aquel lo había producido un terremoto, en tiempos que hasta los bisabuelos habían olvidado ya, y un precipicio de veinte pies de ancho, y una lengua de largo casi formaba una profunda cintura á la montaña.

Era una de aquellas arrugas que anuncian

la vejez de la tierra, pero llegados allí Conrado dió un terrible grito. El frágil puentecillo que pasaba de uno á otro lado, se había roto por una roca que se había desplomado rodando desde la cima de Røstock. Rosita comprendió toda la desesperacion de aquel grito de su marido, y creyéndose perdida, dejóse caer de rodillas.

—No, no, todavia no es hora de orar, exclamó Conrado con los ojos brillantes de alegría. ¡Animo, Rosita, ánimo! Dios no nos abandona enteramente.

Al decir estas palabras había corrido hácia un pino que las tempestades habían desnudado de sus ramas, y que vegetaba solitario y despojado á orillas del precipicio: había comenzado la obra de su salvacion, cortándolo con su hacha con toda su fuerza: el árbol, atacado por un enemigo encarnizado y mas poderoso que las tempestades, gimió desde la raiz hasta la punta; verdad es que jamás leñador alguno había descargado tan fuertes golpes.

Rosita animaba á su marido, escuchando al mismo tiempo los ladridos de Napft, que con estos contratiempos que los habían detenido ya se iba adelantando mas y mas.

—Animo, querido mio, le decía, ánimo, mira como tiembla el árbol ya, y se bambolea. ¡Oh cuán fuerte eres, Conrado mio! ya cae. ¡Dios mio! yo te doy gracias: ¡nos hemos salvado!

En efecto, el pino, cortado por su base, y cediendo al impulso que le había dado Conrado, había caído al través del precipicio, ofreciendo un puente intransitable para cualquiera que no fuese un montañés, pero muy bastante para el pie de un cazador.

—No temas nada, Conrado, exclamó Rosita lanzándose la primera, no temas nada y sígueme.

Pero Conrado, en lugar de seguirla, no atreviéndose á mirar el peligroso paso, echóse al suelo, y con su pecho sujetaba el árbol para que no vacilase bajo las plantas de su querida.

Oíanse entretanto los ladridos de Napft ya distante un cuarto de hora apenas. Conrado, de pronto sintió que el movimiento que los pasos de Rosita imprimía en el árbol habían cesado, se aventuró á mirar, y la vió que tendiéndole los brazos le escitaba á que fuese á reunirse con ella.

Conrado se lanzó inmediatamente sobre aquel vacilante puente con paso tan firme como si anduviese por un puente de piedra, y llegado á donde estaba su muger, volviéndose, y de un puntapie arrojó el árbol en el precipicio. Rosita lo siguió con la vista, y al verle hacerse pedazos contra las rocas y rebotar de profundidad en profundidad, apartó los ojos y palideció. Conrado, al contrario, lanzó uno de aquellos gritos de alegría que arrojan el león ó el águila despues de una victoria: despues pasó su brazo en derredor de la cintura de Ro-

sita, y se internó en una de aquellas sendas por donde no pasan mas que las fieras. Sus perseguidores, guiados por Napft, llegaron cinco minutos despues á orillas del precipicio.

Entretanto la tempestad arceciaba, los relámpagos continuaban sin interrupción, el trueno no cesaba un instante de retumbar, el agua caía á torrentes, los gritos de los cazadores y los ladridos de Napft, todo era perdido en aquel caos. Al cabo de un cuarto de hora detúvose Rosita.

—No puedo andar mas, dijo, dejando caer los brazos y flaqueándole las rodillas, decia á su esposo:

—Huye solo, Conrado, huye, te lo suplico.

Conrado miró en derredor de sí para conocer á qué distancia se encontraba del lago, pero el tiempo era oscurísimo, y bajo el velo de la tempestad todos los objetos habían tomado un tinte tan uniforme, que le fué imposible orientarse; levantó la vista al cielo y no vió mas que relámpagos y rayos: el sol había desaparecido como un rey arrojado de su trono por una conmocion popular. La pendiente del terreno daba á conocer bastante el camino que se debía seguir; pero en este camino era fácil encontrar alguno de aquellos accidentes en el terreno tan comunes en los montes, que solo pueden salvar las alas del águila ó las ligeras piernas de los gamos. Conrado dejó tambien á su vez caer sus brazos, y lanzó un gemido cual un atleta medio vencido.

En aquel momento, descendiendo de la cumbre del Røstock, se dejó oír un extraño y prolongado murmullo; la montaña osciló tres veces semejante á un hombre borracho, y atravesó el espacio una niebla cálida como el vapor que se levanta del agua hirviendo.

—¡Es una manga! exclamó Conrado, ¡es una manga!.... y cogiendo á su esposa entre los brazos, acurrucóse con ella bajo la bóveda que formaba una inmensa roca, apretando despues á su esposa con un brazo aferrándose con el otro á las asperezas de la roca.

Apenas se hallaron bajo aquel abrigo, cuando se estremecieron las ramas superiores de los pinos, movimiento que se comunicó despues á las ramas inferiores; un silbido que dominó al ruido del huracan se apoderó á su vez del espacio; el bosque se dobló cual un campo de espigas; oyéronse horriblos crugidos; despues se vieron volar hechos pedazos los troncos de los árboles mas robustos; desarraigábanse unos, levantábanse otros como si la mano de un demonio les cogiese al pasar por la cabellera, y huían ante el soplo de la manga dando volteretas y rodando cual un tropel insensato de gigantes y horriblos fantasmas. Encima de ellos un espeso monton de ramas hechas pedazos, y matorrales volaban arrastrados por el mismo impulso, y debajo saltaban en torbellino millares de peñascos arrancados de la montaña como polvo. Afortunadamente la roca, bajo la que se habían abri-

gado, estaba unida por vínculos de siglos al inmenso esqueleto de la montaña, y permaneció inmóvil, protegiendo á los fugitivos, que hallándose en el centro mismo del huracan, siguieron con espantada vista la marcha de aquel aterrador fenómeno que adelantándose en línea recta, y derribando todos los obstáculos se dirigió hácia Banen: pasó sobre una casa que desapareció con él, llegó al lago, separó la niebla en dos paredes que parecían sólidas, encontró una barca que sumergió, y fué á estrellarse contra las rocas del Axemberg, dejando el espacio que había recorrido vacío y devastado como el cauce de un río que queda seco.

—Vamos, la manga nos ha abierto un camino, exclamó Conrado.

—Puede ser también que el huracan nos haya librado de nuestros enemigos, dijo Rosita reuniendo todas sus fuerzas para seguir á Conrado.

—Si, respondió este, si, si yo no hubiese arrojado el puente, porque se habrán hallado sobre la misma línea nuestra, y entonces es probable que hubiéramos visto pasar sus cadáveres por encima de nuestras cabezas: pero se han visto obligados á dar un rodeo para evitar el precipicio. La manga les habrá dado tiempo para alcanzarnos: mira ahí tienes la prueba..... mira.

En efecto, comenzaban á oírse los ladridos de Napft.

Conrado conociendo entonces que le faltaban las fuerzas á Rosita, la cogió en sus brazos y cargando con aquel peso continuó mas ligero aun que si ella le hubiese seguido á pie.

A las pocas palabras que hablaron en voz baja los dos esposos, se siguió un silencio de muerte de diez minutos. Conrado había adelantado tanto que ya descubría ahora el lago á unos quinientos pasos al través de la lluvia y de la niebla: Rosita tenía clavados los ojos sobre el extraño valle que acababan de recorrer. De repente Conrado la sintió estremecerse, y al mismo tiempo se oyeron gritos de alegría: eran los de los soldados que les perseguían, y que al fin los habían visto. Napft vino á saltar al lado de su amo, pues al reconocerle había tirado con tanta fuerza que había roto la cadena que le sujetaba: colgaban aun algunos eslabones en el collar.

—Si, si, murmuró Conrado, eres un perro fiel, Napft, pero tu fidelidad nos pierde sent que una traición. Ahora ya no es una cacería es una carrera. Desesperado entonces dirigióse Conrado en línea recta hácia el lago, seguido á trescientos pasos de distancia de ocho ó diez arqueros del señor de Wolfranchiess; pero al llegar á la orilla, presentóse un nuevo obstáculo: el lago estaba agitado como un mar tempestuoso, y á pesar de los ruegos de Conrado, ningún barquero quería arriesgar la vida por salvar la suya.

Conrado corria como un loco, llevando siem-

pre en brazos á Rosita medio desmayada, y que á voces pedía protección, perseguido siempre por los arqueros que á cada paso se adelantaban en su alcance.

De repente saltó un hombre desde una roca al camino.

—¿Quién pide socorro? preguntó.

—Yo, yo, respondió Conrado, para mí y para esta muger que aquí veis. ¡Una barca, por Dios, una barca!

—Venid, dijo el desconocido saltando á una barquilla que estaba amarrada á una argollita.

—¡Oh! sois mi salvador.

—El salvador es aquel que derramó en la cruz su sangre por los hombres; Dios me ha traído á vuestro encuentro; dirigidle vuestras acciones de gracias y sobre todo vuestras oraciones, porque vamos á tener necesidad de que no nos pierda de vista.

—Pero al menos es preciso que sepais á quien salvais.

—Estais en peligro; no necesito saber mas: venid.

Saltó en la barca Conrado y colocó en ella á Rosita.

El desconocido desplegó una pequeña vela y colocándose en el timon, desató la cadena que sujetaba la barca á la orilla. Inmediatamente se lanzó saltando de ola en ola, animándose al soplo del viento como un caballo con la espuela y la voz de su jinete. Apenas se hallaban los fugitivos á cien pasos del punto de donde se habían embarcado, cuando llegaron los arqueros.

—¡Venis demasiado tarde, mis amos! murmuró el desconocido; ahora estamos fuera de vuestras manos; pero no es esto todo, continuó volviéndose á Conrado. Echaos, jóvenes, echaos. ¿No veis que echan mano á los arcos? Una flecha es mas ligera que la mejor barca aunque se la lleve el demonio de la tempestad misma. Boca abajo os digo, boca abajo al instante. Conrado obedeció. Al mismo tiempo se dejó oír un silbido sobre sus cabezas. En el mástil de la barca quedó clavada temblando una flecha; las otras fueron á perderse en el lago.

El extranjero miró con reposada curiosidad la flecha cuya acerada punta se había clavado enteramente en el mástil.

—Si, si, murmuró á media voz, en nuestros montes, se hacen buenos arcos de fresno, de tejo y de roble: si la mano que los maneja y el ojo que dirige la flecha que arrojan, estuviesen mas ejercitados, podría dar cuidado el servirles de blanco: además no es cosa fácil alcanzar al gamo que corre, al pájaro que vuela, ó á la barca que surca las olas. Volveos á echar, jóvenes, que nos mandan otra segunda descarga.

En efecto, clavóse una flecha en la proa, y atravesando otras dos la vela se quedaron enganchadas por las plumas. El piloto las miró desdeñosamente.



Arnoldo de Mechtal.

—Ahora, dijo á Conrado y á Rosita, ya podéis sentaros en los bancos de la barca como si estuviérais en los del paseo del domingo: antes que tengan tiempo de sacar la tercer flecha de su aljaba ya estaremos fuera de tiro. Solamente con una ballesta se podría hacer llegar hasta aquí... ¡Mirad si me engañaba!

En efecto, la tercera descarga cayó en el surco que dejaba la barca. Los fugitivos estaban ya á salvo de la cólera de los hombres, y ya no tenían que temer mas que la de Dios; pero el desconocido parecía tan aguerrido contra la primera como contra la segunda.

Una mediahora despues de haber saltado en la barca Conrado y su muger desembarcaban en la opuesta orilla. Napft á quien habian olvidado los habia seguido á nado.

Antes de separarse del extranjero pensó Conrado de cuanta utilidad podia ser aquel hombre en la conjuración de que él hacia parte; comenzó, pues, por contarle lo que se habia resuelto en el Grutli; pero á la primera palabra le detuvo el extranjero.

—Me habeis llamado en vuestro socorro, y he acudido como hubiera querido que hubiesen acudido al mio, si me hubiese hallado en igual posicion á la vuestra, no me pidais nada mas, porque no lo haré.

—Pero á lo menos, esclamó Rosita, decidnos cual es vuestro nombre: que podamos llevarlo en nuestro corazon al lado del de nuestros padres y de nuestras madres, porque como á ellos os debemos la vida.

—Si, si, vuestro nombre, dijo Conrado, no teneis motivo alguno para ocultárnoslo.

—No, sin duda, respondió sencillamente el forastero, amarrando su barca á la orilla del lago. Yo he nacido en Burglen, soy cobrador del Fraumunster de Zurich, y me llamo Guillermo Tell.

Al decir estas palabras saludó á los dos esposos y tomó el camino de Flulen.

GUILLERMO TELL.

Al dia siguiente al en que pasaron estos sucesos anunciaron al bailio Herman Guessler de Brounig un mensajero del caballero Beringuer de Landenberg. Dió orden de que le hiciesen entrar.

El mensajero contó la aventura de Mechtal, y la venganza de Landenberg.

Apenas habia acabado cuando anunciaron la llegada de un arquero del señor de Wolfranchiess.

El arquero contó la muerte de su amo y de qué manera se habia escapado el asesino,

gracias al socorro que le habia dado un hombre llamado Guillermo de Burglen, aldea situada bajo la jurisdicción de Guessler. El bailio prometió que se haria justicia de aquel hombre.

Acababa de empeñar su palabra cuando anunciaron á un soldado de la guarnición de Schwanau.

El soldado contó que el gobernador del castillo, habiendo atentado al honor de una doncella de Art, habia sido sorprendido en la caza por los dos hermanos de la jóven, y muerto por ellos, refugiándose los asesinos despues en la montaña, donde se les habia inútilmente perseguido.

Levantóse entonces Guessler, y juró que si el jóven Mechtal que habia roto el brazo á un criado de Landenberg, ó Conrado de Baumgarten que habia muerto al señor de Wolfranchiess en el baño, ó los dos mancebos que habian asesinado al gobernador del castillo de Schwanau caian en sus manos, serian castigados con la pena de muerte. Con esta respuesta iban á retirarse los mensajeros, pero Guessler les invitó á que le acompañasen antes á la plaza pública de Altprf.

Llegado allí, mandó plantar un mástil en el suelo, y sobre aquel mástil colocó su sombrero, cuyo fondo estaba rodeado con la corona ducal de Austria: despues hizo pregonar á son de trompeta, que cualquier noble, ciudadano ó villano que pasase por delante de aquella insignia del poder de los condes de Habsburgo, tuviese que descubrirse en señal de fé y homenaje; entonces despidió á los mensajeros, mandándoles que contasen lo que acababan de ver, invitando á los que les habian mandado á que hiciesen otro tanto en sus respectivas jurisdicciones: lo que añadia era el medio mejor para reconocer á los enemigos del Austria; en fin, colocó una guardia de doce arqueros en la plaza, mandándoles que prendiesen al primero que rehusase cumplir sus órdenes.

Tres dias despues fueron á prevenirle que habian arrestado á un hombre por haberse negado á descubrirse ante la corona de los duques de Austria.

Guessler montó á caballo al instante, y se fué á Altorf acompañado de sus guardias. El culpable estaba amarrado al mismo mástil en que se hallaba fijado el sombrero del gobernador, y á lo que podia juzgarse por su jubon de paño verde de Basilea, y por la pluma de águila que llevaba en el sombrero, era un cazador de la montaña. Llegado delante de él, mandó Guessler que le quitasen las cuerdas con que le tenían atado. Cumplida esta orden, el cazador que sabia bien que no estaba libre, dejó caer sus brazos y miró al gobernador con una indiferencia tan distante del miedo como de la arrogancia.

—¿Es verdad, le dijo Guessler, que te has negado á saludar ese sombrero?



Arnoldo de Mechtal.

—Ahora, dijo á Conrado y á Rosita, ya podéis sentaros en los bancos de la barca como si estuvieseis en los del paseo del domingo: antes que tengan tiempo de sacar la tercer flecha de su aljaba ya estaremos fuera de tiro. Solamente con una ballesta se podría hacer llegar hasta aquí... ¡Mirad si me engañaba!

En efecto, la tercera descarga cayó en el surco que dejaba la barca. Los fugitivos estaban ya á salvo de la cólera de los hombres, y ya no tenían que temer mas que la de Dios; pero el desconocido parecía tan aguerrido contra la primera como contra la segunda.

Una media hora despues de haber saltado en la barca Conrado y su muger desembarcaban en la opuesta orilla. Napft á quien habian olvidado los habia seguido á nado.

Antes de separarse del extranjero pensó Conrado de cuanta utilidad podia ser aquel hombre en la conjuración de que él hacia parte; comenzó, pues, por contarle lo que se habia resuelto en el Grutli; pero á la primera palabra le detuvo el extranjero.

—Me habeis llamado en vuestro socorro, y he acudido como hubiera querido que hubiesen acudido al mio, si me hubiese hallado en igual posicion á la vuestra, no me pidais nada mas, porque no lo haré.

—Pero á lo menos, esclamó Rosita, decidnos cual es vuestro nombre: que podamos llevarlo en nuestro corazon al lado del de nuestros padres y de nuestras madres, porque como á ellos os debemos la vida.

—Si, si, vuestro nombre, dijo Conrado, no teneis motivo alguno para ocultárnoslo.

—No, sin duda, respondió sencillamente el forastero, amarrando su barca á la orilla del lago. Yo he nacido en Burglen, soy cobrador del Fraumunster de Zurich, y me llamo Guillermo Tell.

Al decir estas palabras saludó á los dos esposos y tomó el camino de Flulen.

GUILLERMO TELL.

Al dia siguiente al en que pasaron estos sucesos anunciaron al bailio Herman Guessler de Brounig un mensajero del caballero Beringuer de Landenberg. Dió orden de que le hiciesen entrar.

El mensajero contó la aventura de Mechtal, y la venganza de Landenberg.

Apenas habia acabado cuando anunciaron la llegada de un arquero del señor de Wolfranchiess.

El arquero contó la muerte de su amo y de qué manera se habia escapado el asesino,

gracias al socorro que le habia dado un hombre llamado Guillermo de Burglen, aldea situada bajo la jurisdicción de Guessler. El bailio prometió que se haria justicia de aquel hombre.

Acababa de empeñar su palabra cuando anunciaron á un soldado de la guarnición de Schwanau.

El soldado contó que el gobernador del castillo, habiendo atentado al honor de una doncella de Art, habia sido sorprendido en la caza por los dos hermanos de la jóven, y muerto por ellos, refugiándose los asesinos despues en la montaña, donde se les habia inútilmente perseguido.

Levantóse entonces Guessler, y juró que si el jóven Mechtal que habia roto el brazo á un criado de Landenberg, ó Conrado de Baumgarten que habia muerto al señor de Wolfranchiess en el baño, ó los dos mancebos que habian asesinado al gobernador del castillo de Schwanau caian en sus manos, serian castigados con la pena de muerte. Con esta respuesta iban á retirarse los mensajeros, pero Guessler les invitó á que le acompañasen antes á la plaza pública de Altprf.

Llegado allí, mandó plantar un mástil en el suelo, y sobre aquel mástil colocó su sombrero, cuyo fondo estaba rodeado con la corona ducal de Austria: despues hizo pregonar á son de trompeta, que cualquier noble, ciudadano ó villano que pasase por delante de aquella insignia del poder de los condes de Habsburgo, tuviese que descubrirse en señal de fé y homenaje; entonces despidió á los mensajeros, mandándoles que contasen lo que acababan de ver, invitando á los que les habian mandado á que hiciesen otro tanto en sus respectivas jurisdicciones: lo que añadia era el medio mejor para reconocer á los enemigos del Austria; en fin, colocó una guardia de doce arqueros en la plaza, mandándoles que prendiesen al primero que rehusase cumplir sus órdenes.

Tres dias despues fueron á prevenirle que habian arrestado á un hombre por haberse negado á descubrirse ante la corona de los duques de Austria.

Guessler montó á caballo al instante, y se fué á Altorf acompañado de sus guardias. El culpable estaba amarrado al mismo mástil en que se hallaba fijado el sombrero del gobernador, y á lo que podia juzgarse por su jubon de paño verde de Basilea, y por la pluma de águila que llevaba en el sombrero, era un cazador de la montaña. Llegado delante de él, mandó Guessler que le quitasen las cuerdas con que le tenían atado. Cumplida esta orden, el cazador que sabia bien que no estaba libre, dejó caer sus brazos y miró al gobernador con una indiferencia tan distante del miedo como de la arrogancia.

—¿Es verdad, le dijo Guessler, que te has negado á saludar ese sombrero?

—Sí, monseñor.
 —¿Y por qué?
 —Porque nuestros padres me han enseñado á no descubrirme mas que delante de Dios, de los ancianos y del emperador.
 —Pero esta corona representa el imperio
 —Os engañais, monseñor, esa corona es la de los condes de Habsburgo y de los duques de Austria. Ponedla en las plazas de Lucerna, y de Friburgo, de Zug, de Bienna, y del pais de Glaris, y no dudo que sus habitantes le rendirán el homenaje que exigis, pero nosotros que hemos recibido del emperador Rodolfo el privilegio de nombrar nuestros jueces, de gobernarlos por nuestras leyes, y de no depender mas que del imperio, debemos respetar todas las coronas, pero rendir homenaje solamente á la del emperador.
 —Pero al subir al trono romano el emperador Alberto no ha ratificado esas libertades concedidas por su padre.
 —Ha hecho mal, monseñor, y ved por qué Uri, Schwitz y Unterwalden han hecho alianza entre sí, y se han comprometido con juramento á defender mutuamente á todo trance sus personas, familias y bienes, y á auxiliarse unos á otros por los consejos y por las armas.
 —¿Y crees tú que cumplirán su juramento? dijo Guessler sonriéndose.
 —Lo creo, respondió tranquilamente el cazador.
 —¿Y que morirán antes que quebrantar su juramento?
 —Desde el primero hasta el último.
 —Será preciso verlo.
 —Mirad, monseñor, continuó el cazador, que tenga cuidado el emperador Alberto, no es afortunado en expediciones de este género. Se acordará del sitio de Berna, donde fué cogida su bandera imperial, y de Zurich, en donde no se atrevió á entrar á pesar de estar abiertas todas sus puertas; no obstante, con estas dos ciudades la cuestion no era por su libertad, sino por los limites de su territorio. Ya sé que vengó estas dos derrotas contra Glaris; pero Glaris era débil y fué sorprendida sin defensa, mientras que nosotros, y los demas confederados estamos prevenidos y armados.
 —¿Y dónde has tenido tú tiempo de aprender las leyes y la historia, si no eres mas que un simple cazador como puede verse por tu traje?
 —Sé nuestras leyes, porque es la primera cosa que nuestros padres nos enseñan á respetar y defender; y sé tambien la historia porque entiendo algo de letras, habiendo sido educado en el convento de Nuestra Señora de las Ermitas, por esto tengo el empleo de cobrador de las rentas del Fraumunster de Zurich. En cuanto á la caza no es mi oficio, sino mi diversion como la de todo hombre libre.
 —¿Y cómo te llamas?
 —Mi nombre de bautismo es Guillermo, y Tell el de mis abuelos.

—¡Ah! respondió Guessler con alegría. ¿No eres tú el que has dado socorro á Conrado de Baumgarten y á su esposa en la última tempestad?
 —Yo di paso en mi barca á un jóven y á una muger que huian perseguidos; pero no les he preguntado su nombre.
 —¿No eres tú tambien el que citan como el mejor cazador de toda la Helvecia?
 —A cincuenta pasos arrancaría una manzana puesta sobre la cabeza de su propio hijo, dijo una voz que salió de entre la muchedumbre.
 —¡Dios perdone esas palabras y al que las haya dicho! exclamó Guillermo, pero de seguro que no han salido de la boca de un padre.
 —¿Con que tienes hijos? dijo Guessler.
 —Cuatro. Tres niños y una niña: Dios ha bendecido mi casa.
 —¿Y á cuál quieres mas?
 —A todos los amo igualmente.
 —Pero por alguno tendrás mayor ternura.
 —Por el mas pequeño tal vez, porque es el mas débil y tiene mas necesidad de mí, teniendo apenas siete años.
 —¿Y cómo se llama?
 —Walter.
 Guessler se volvió hácia uno de los guardias que le habian seguido á caballo.—Corred á Burglen, le dijo, y traedme al niño Walter.
 —¿Y para qué, monseñor? preguntó Tell.
 Guessler hizo una seña y el guardia partió al galope.
 —Ya lo verás, dijo Guessler volviéndose hácia el grupo y hablando tranquilamente con los escuderos y guardias que le acompañaban. Guillermo se quedó en pie en el mismo sitio en que estaba, con el sudor en la frente, los ojos fijos, y los puños cerrados.
 Al cabo de diez minutos volvió el guardia trayendo al niño sentado sobre el arzon de la silla: despues llegando junto á Guessler lo bajó á tierra.
 —Aquí está el pequeño Walter, dijo el guardia.
 —Está bien, respondió el gobernador.
 —¿Mi hijo! exclamó Guillermo. El niño se arrojó en sus brazos.
 —¿Me llamabas? padre, dijo el niño palmeando de alegría.
 —Y tu madre, ¿cómo te ha dejado venir? murmuró Guillermo.
 —No estaba en casa: no habia allí mas que mis hermanos y yo. ¡Oh qué envidia van á tenerme! Han dicho que tú me quieres á mí mas que á ellos.
 Guillermo exhaló un suspiro y estrechó á su hijo contra su corazón.
 Guessler miraba aquella escena con los ojos brillantes de gozo y de ferocidad; despues, cuando se hubieron acariciado bien padre é hijo dijo señalando á una encina que habia en el otro extremo de la plaza.
 —Atad á ese niño á ese árbol.

—¿Para qué? gritó Guillermo estrechándole en sus brazos.
 —Para probarte qué hay entre mis guardias arqueros que sin tener tu reputacion, saben tambien dirigir una flecha.
 Guillermo abrió la boca como sino comprendiese, aunque la palidez de su cara y las gotas de sudor que corrían por su frente anunciaban que lo habia comprendido.
 Guessler hizo una seña, y los soldados se acercaron á él.
 —¡Atar mi hijo para probar la destreza de tus soldados! ¡Oh! no lo intentes, gobernador, Dios no te dejaría hacerlo.
 —Eso es lo que veremos, dijo Guessler, y repitió la orden.
 Los ojos de Guillermo brillaron como los de un leon; miró en derredor de sí para ver si hallaba un paso para escapar, pero estaba rodeado por todas partes.
 —¿Qué quieren hacerme? padre, preguntó asustado el niño Walter.
 —¿Qué quieren hacerte, hijo mio? ¿qué quieren hacerte? ¡Oh! esos tigres con rostro humano, quieren degollarte.
 —¿Y por qué, padre? dijo el niño llorando; yo no he hecho mal á nadie.
 —¡Verdugos! ¡verdugos! ¡verdugos! gritó Guillermo rechinando los dientes.
 —Vamos, concluyamos, dijo Guessler.
 Los soldados se echaron sobre él, y le arrancaron su niño; Guillermo se arrojó á los pies del caballo de Guessler.
 —Monseñor, le dijo juntando sus manos en ademan suplicante: monseñor, yo soy el que os ha ofendido, á mí me debeis castigar, monseñor, castigadme, matadme; pero devolved ese niño á su madre.
 —Yo no quiero que te maten, gritaba el niño agitándose en los brazos de los arqueros.
 —Monseñor, continuó Guillermo, mi muger y mis hijos abandonarán la Helvecia y os dejarán su casa, tierras y ganados; se irán á mendigar de pueblo en pueblo, de casa en casa, y de choza en choza, pero en nombre del cielo perdonad á mi hijo.
 —Hay un medio de salvarlo, Guillermo, dijo Guessler.
 —¿Cuál, exclamó Tell, levantándose y cruzando los brazos: ¿cuál es? decidlo, decidlo luego, y si lo que queréis exigir de mí está al alcance humano, lo haré.
 —No te exigiré nada que no te crea capaz de hacer.
 —Ya os escucho.
 —Hace poco que se ha dejado oír una voz de que eras tan diestro cazador, que á ciento cincuenta pasos de distancia quitarías una manzana de la cabeza de tu hijo sin causarle lesion alguna.
 —¡Oh! Maldita era esa voz. Yo creí que solo Dios y yo la habíamos oído.
 —¡Y bien! Guillermo, continuó Guessler, si consientes en darme esa prueba de destreza,

te perdono por haber contravenido á mis órdenes, no saludando á ese sombrero.
 —Imposible, monseñor, imposible; sería tentar á Dios.
 —Entonces voy á probarte que tengo arqueros menos tímidos que tú:—Atad al niño.
 —Esperad, monseñor, esperad; aunque sea una cosa muy terrible, muy cruel, y muy infame, lo reflexionaré.
 —Cinco minutos te doy.
 —A lo menos durante ese tiempo volvedme á mi hijo.
 —Soltad al niño, dijo Guessler. El niño echó á correr hácia su padre.
 —¿Con que nos ha perdonado, padre? dijo el niño enjugándose los ojos con sus manecitas llorando y riendo á la vez.
 —¿Cómo perdonado? ¿Sabes tú lo que quieren? ¡Oh Dios mio! ¿cómo es posible que en la cabeza de un hombre quepa semejante pensamiento! Quieren.... ¡pero no, no lo quieren! es imposible que quieran semejante cosa. Quieren, pobre niño, que á ciento y cincuenta pasos yo quite una manzana de tu cabeza con una flecha.
 —¿Y por qué no quieres tú eso, padre? respondió el niño sencillamente.
 —¿Por qué? ¿y si no diese en la manzana, y si la flecha te tocara á tí?....
 —¡Oh! tú sabes bien que no hay peligro de eso, respondió el niño sonriendo.
 —¡Guillermo! gritó Guessler.
 —Aguardaos, monseñor, aguardaos, aun no han pasado los cinco minutos.
 —Te equivococas: el tiempo ha pasado. Guillermo, decidete.
 El niño hizo un gesto animando á su padre.
 —Bien, murmuró Guillermo á media voz... ¡Oh! ¡nunca! ¡nunca!
 —Volved á coger el niño, dijo Guessler á los soldados.
 —Ya quiere mi padre, dijo el niño; y arrancándose de los brazos de Guillermo, echó él mismo á correr hácia el árbol.
 Guillermo se quedó anonadado con los brazos caidos y la cabeza sobre el pecho.
 —Dadle un arco y flechas, dijo Guessler.
 —Yo no soy arquero, respondió Guillermo saliendo de su estupor; yo no soy arquero, sino ballestero.
 —Es verdad, es verdad, gritó la muchedumbre.
 Guessler se volvió entonces á los soldados que habian arrestado á Guillermo, como para interrogarlos.
 —Sí, sí, dijeron ellos, traia ballesta y flechas.
 —¿Y qué han hecho de ellas?
 —Se las hemos quitado cuando se le ha desarmado.
 —Que se le devuelvan, dijo Guessler. Fueron á buscarlas y las entregaron á Guillermo.
 —Ahora una manzana, dijo Guessler.—

trayéndole una cestita llena de ellas: Guessler escogió una.

—¡Oh! ¡esa no! gritó Guillermo, esa no: á la distancia de ciento cincuenta pasos apenas podría verla. Verdaderamente no tenéis compasión en escogerla tan pequeña.

Dejóla caer Guessler, y tomó otra que era una tercera parte mas gorda.

—Vamos, Guillermo, voy á darte gusto, le dijo el gobernador, ¿qué me dices de esta?

Guillermo la tomó, la miró, y suspirando se la devolvió.

—Vamos, ya estamos convenidos; ahora midamos la distancia.

—¡Un instante! ¡un instante! dijo Guillermo. Una distancia leal, monseñor, pasos de dos pies y medio nada mas. Esta es la medida en los tiros y desafíos, ¿no es verdad, señores arqueros?

—Se hará como deseas, Guillermo. Se midió la distancia contando ciento cincuenta pasos de dos pies y medio.

Guillermo siguió al que calculaba el espacio, midió el mismo tres veces la distancia; despues, viendo que se habia hecho lealmente, volvió al sitio donde tenia la ballesta y sus dardos. —Una flecha sola, gritó Guessler.

—Dejádmela escoger al menos, dijo Guillermo: no es cosa de poca importancia la elección de la flecha: ¿no es esto, señores arqueros? Flechas hay que se desvian del camino, ya por que el hierro es muy pesado, ya por que la madera tiene algun nudo, ya por que han sido mal emplumadas.

—Es verdad, dijeron los arqueros.

—Pues bien, escogedla, repuso Guessler; pero una sola, ¿lo entiendes?

—Si, si, murmuró Guillermo, ocultándose otra en el seno, si, si, una sola: está dicho.

Guillermo examinó todas aquellas flechas con la mas escrupulosa atención, tomólas y las dejó unas despues de otras, probólas en la ballesta para ver si entraban bien en el encaje, púsolas en equilibrio sobre un dedo, para ver si el hierro pesaba mas de un lado, lo que hubiera hecho bajar la puntería. En fin, encontró una que reunia todas las cualidades necesarias, pero aun despues de haberla encontrado, continuó aun largo tiempo haciendo que buscaba entre las que habian quedado, pero solo para ganar mas tiempo.

—¿Y bien? dijo Guessler con impaciencia.

—Ya estoy listo, monseñor, dijo Guillermo: voy á encomendarme á Dios.

—¿Eso tambien?

—Ya que no he podido obtener piedad en los hombres, á lo menos pido misericordia á Dios. Esto es una cosa que no se niega ni al reo sobre el cadalso.

—Reza.

Guillermo se puso de rodillas, y pareció absorto en su oracion.

Entretanto ataban al niño al árbol: quisieron vendarle los ojos, pero él lo rehusó.

—¡Y eso! ¡y eso! dijo Guillermo interrumpiendo sus rezos ¿no le vendais los ojos?

—Pide veros, gritaron los arqueros.

—Y yo no quiero que me vea, exclamó Guillermo, yo no quiero ¿lo ois? sin eso no hay nada de lo dicho, ni de lo convenido, hará algun movimiento al ver llegar la flecha, y yo mataría á mi hijo. Walter, déjate vendar los ojos, te lo pido de rodillas.

—Que me los venden, respondió el niño.

—Gracias, dijo Guillermo, enjugándose el sudor de su frente y mirando en su derredor como enagenado, gracias, eres un excelente muchacho.

—Vamos, animo, padre, le gritó Walter.

—Si, si, respondió Guillermo poniendo una rodilla en tierra y armando la ballesta. Monseñor, dijo despues volviéndose á Guessler, aun es tiempo, evitadme un crimen y á vos un remordimiento. Decid que todo esto era para castigarme, para probarme, y que ahora que veis lo que he sufrido, me perdonais ¿No es así, monseñor? ¿No es verdad que me concedis vuestra gracia? continuó arrastrándose sobre sus rodillas. En nombre del cielo, en nombre de la Virgen Maria, en nombre de los santos, ¡perdon! ¡perdon!

—Vamos, date prisa, respondió Guessler y teme causar mi paciencia. ¿No estamos ya convenidos? Vamos, cazador, demuestra tu habilidad.

—¡Dios mio! tened, piedad de mí, murmuró Guillermo levantando los ojos al cielo. Entonces cogiendo su ballesta colocó la flecha, apoyó la culata sobre el hombro, levantó lentamente la punta, despues poniéndola á la altura que quiso, aquel mismo hombre que poco antes temblaba como la hoja agitada por el viento, se quedó inmóvil como un arquero de mármol. No se oia ni un soplo, las respiraciones se habian suspendido y todos los ojos estaban fijos. Salió el tiro, resonó un grito de alegría; la manzana estaba clavada en la encina y el niño sin lesion alguna. Guillermo quiso levantarse, pero vaciló, dejó caer la ballesta y volvió á caer en el suelo desmayado.

Cuando Guillermo volvió en si estaba en los brazos de su hijo. Cuando le hubo besado mil veces, volvióse al gobernador y encontró sus ojos chispeando de cólera.

—He hecho lo que me habeis mandado, monseñor? le dijo.

—Si, respondió Guessler, eres un valiente arquero. Así perdono como he prometido tu falta de respeto á mis órdenes.

—Y yo, monseñor, os perdono mis angustias de padre.

—Pero tenemos otra cuenta que arreglar juntos. Tú has dado socorro á Conrado de Baumgarten, que es homicida y asesino, y tú debes ser castigado como cómplice suyo.

Guillermo miró en derredor de sí cual un hombre que se vuelve loco.

—Arqueros, conducid á este hombre á la

cárcel, pues para castigar el asesinato y la alta traicion se necesita un proceso en forma.

—¡Oh! debe de haber una justicia en el cielo, dijo Guillermo; y se dejó tranquilamente llevar á un calabozo.

En cuanto al niño fué fielmente devuelto á su madre.

GUESSLER.

La noticia de todo lo que habia sucedido en este dia, divulgóse en seguida por los pueblos de las inmediaciones, y ocasionó una grande efervescencia. Guillermo era querido de todos, porque la mansedumbre de su genio, sus virtudes domésticas, y el interés que se tomaba en las desgracias y calamidades de los demas, le habian conquistado la estimacion y aprecio de pobres y ricos. Su extraordinaria habilidad escitaba una siniestra admiracion, por lo que le consideraban como un ser privilegiado. Así son los pueblos primitivos: precisados á alimentarse con el resultado de su destreza y á defenderse con su propia fuerza, estas dos circunstancias son las que hacen mas notable al hombre y las que le colocan en el rango de un semidios. Hércules, Teseo, Cástor y Polux no subieron por otra escalera para llegar al Olimpo.

Como á cosa de media noche dieron parte á Guessler de que si no se ponía remedio seria muy posible que estallase una rebelion. Guessler calculó que lo mejor para evitarlo seria sacar á Guillermo del canton de Uri y conducirle á una fortaleza de los duques de Austria situada al pie del monte Righi entre Kussnach y Weggis. En su vista, juzgando que el viage seria mas seguro embarcándolo que llevándolo por tierra, mandó disponer una barca, y una hora antes de amanecer ordenó llevar á ella al prisionero. Este, el gobernador, seis guardias y tres marineros componian toda la tripulacion.

Cuando Guessler llegó á Fluchen, punto del embarque, encontró exactamente cumplidas sus órdenes. Guillermo atado de pies y manos fué arrojado á la cala del barco; á su lado y como cuerpo del delito se hallaba el arma terrible que como instrumento de su muchísima habilidad habia suscitado tantos temores en el corazón del gobernador. Los arqueros sentados en los bancos inferiores le custodiaban, dos marineros de pie junto al pequeño mástil estaban prontos á izar las velas y el piloto aguardaba en la orilla la llegada del baidio.

—¿Tendremos buen viento? preguntó Guessler.

—Hasta ahora es favorable.

—¿Y el cielo?

—Anuncia un dia magnifico.

—Marchemos pues, sin perder tiempo.

—Al momento.

Guessler se sentó en la popa del barco, el piloto se puso al timon, los marineros desplegaron la vela y el barco comenzó á deslizarse por el espejo del lago, ligero y gracioso como un cisne.

Mas á pesar de la calma del lago y del estrellado cielo, que no dejaban de ser felices presagios, veíase algo de siniestro en aquella barca que surcaba silenciosa como un espíritu sobre las aguas.

El gobernador se hallaba sumergido en sus pensamientos, los soldados respetaban su silenciosa meditacion, y los barqueros, obedeciendo á su pesar, ejecutaban tristemente las maniobras que mandaba el piloto. De pronto atravesó por el espacio una luz meteórica, y desprendiéndose del cielo, pareció ir á sumergirse en el lago. Los dos marineros se miraron mutuamente, y el del timon hizo la señal de la cruz.

—¿Qué es eso, piloto? preguntó Guessler.

—Nada, aun nada; pero hay algunos que creen que una estrella que cae del cielo es una advertencia que nos envia el alma de alguno de los muertos que hemos amado en vida.

—¿Y esa advertencia es de buen ó mal agüero?

—El cielo ordinariamente no nos presagia nada próspero, porque la felicidad siempre es bien acogida.

—Cómo, ¿seria esa estrella un signo funesto?

—Hay antiguos navegantes que creen que cuando sucede una cosa parecida al tiempo de embarcarse, vale mas no hacerlo, si es posible.

—Si, pero cuando es muy urgente continuar el camino....

—Entonces no hay mas sino fiarse en la tranquilidad de la conciencia y poner la vida en manos de Dios.

Seguió un profundo silencio á estas palabras y la barca siguió volando por el lago cual si tuviese las alas de un aleyon. Sin embargo, desde que se habia visto el meteoro, el piloto no dejaba de dirigir la vista alarmado hacia el Oriente, pues de allí debían llegar los mensajeros de malas nuevas. Al cabo de poco mostróse evidentemente; se verificó un cambio en la atmósfera: á medida que comenzaba á parecer el dia palidecian las estrellas del cielo, no en medio de una luz mas clara como ordinariamente sucede, sino cual si una mano invisible hubiese corrido sobre ellas un velo de vapores entre la tierra y el cielo. Momentos antes de la aurora, arreció el viento, el lago tomó un color ceniciento, y el agua sin que la agitate la mas leve brisa, comenzó á formar bombitas como si quisiese hervir.

—Arriad la vela, gritó el piloto.

trayéndole una cestita llena de ellas: Guessler escogió una.

—¡Oh! ¡esa no! gritó Guillermo, esa no: á la distancia de ciento cincuenta pasos apenas podría verla. Verdaderamente no tenéis compasión en escogerla tan pequeña.

Dejóla caer Guessler, y tomó otra que era una tercera parte mas gorda.

—Vamos, Guillermo, voy á darte gusto, le dijo el gobernador, ¿qué me dices de esta?

Guillermo la tomó, la miró, y suspirando se la devolvió.

—Vamos, ya estamos convenidos; ahora midamos la distancia.

—¡Un instante! ¡un instante! dijo Guillermo. Una distancia leal, monseñor, pasos de dos pies y medio nada mas. Esta es la medida en los tiros y desafíos, ¿no es verdad, señores arqueros?

—Se hará como deseas, Guillermo. Se midió la distancia contando ciento cincuenta pasos de dos pies y medio.

Guillermo siguió al que calculaba el espacio, midió el mismo tres veces la distancia; despues, viendo que se habia hecho lealmente, volvió al sitio donde tenia la ballesta y sus dardos. —Una flecha sola, gritó Guessler.

—Dejádmela escoger al menos, dijo Guillermo: no es cosa de poca importancia la elección de la flecha: ¿no es esto, señores arqueros? Flechas hay que se desvian del camino, ya por que el hierro es muy pesado, ya por que la madera tiene algun nudo, ya por que han sido mal emplumadas.

—Es verdad, dijeron los arqueros.

—Pues bien, escogedla, repuso Guessler; pero una sola, ¿lo entiendes?

—Si, si, murmuró Guillermo, ocultándose otra en el seno, si, si, una sola: está dicho.

Guillermo examinó todas aquellas flechas con la mas escrupulosa atención, tomólas y las dejó unas despues de otras, probólas en la ballesta para ver si entraban bien en el encaje, púsolas en equilibrio sobre un dedo, para ver si el hierro pesaba mas de un lado, lo que hubiera hecho bajar la puntería. En fin, encontró una que reunia todas las cualidades necesarias, pero aun despues de haberla encontrado, continuó aun largo tiempo haciendo que buscaba entre las que habian quedado, pero solo para ganar mas tiempo.

—¿Y bien? dijo Guessler con impaciencia.

—Ya estoy listo, monseñor, dijo Guillermo: voy á encomendarme á Dios.

—¿Eso tambien?

—Ya que no he podido obtener piedad en los hombres, á lo menos pido misericordia á Dios. Esto es una cosa que no se niega ni al reo sobre el cadalso.

—Reza.

Guillermo se puso de rodillas, y pareció absorto en su oracion.

Entretanto ataban al niño al árbol: quisieron vendarle los ojos, pero él lo rehusó.

—¡Y eso! ¡y eso! dijo Guillermo interrumpiendo sus rezos ¿no le vendais los ojos?

—Pide veros, gritaron los arqueros.

—Y yo no quiero que me vea, exclamó Guillermo, yo no quiero ¿lo ois? sin eso no hay nada de lo dicho, ni de lo convenido, hará algun movimiento al ver llegar la flecha, y yo mataría á mi hijo. Walter, déjate vendar los ojos, te lo pido de rodillas.

—Que me los venden, respondió el niño.

—Gracias, dijo Guillermo, enjugándose el sudor de su frente y mirando en su derredor como enagenado, gracias, eres un excelente muchacho.

—Vamos, animo, padre, le gritó Walter.

—Si, si, respondió Guillermo poniendo una rodilla en tierra y armando la ballesta. Monseñor, dijo despues volviéndose á Guessler, aun es tiempo, evitadme un crimen y á vos un remordimiento. Decid que todo esto era para castigarme, para probarme, y que ahora que veis lo que he sufrido, me perdonais ¿No es así, monseñor? ¿No es verdad que me concedis vuestra gracia? continuó arrastrándose sobre sus rodillas. En nombre del cielo, en nombre de la Virgen Maria, en nombre de los santos, ¡perdon! ¡perdon!

—Vamos, date prisa, respondió Guessler y teme causar mi paciencia. ¿No estamos ya convenidos? Vamos, cazador, demuestra tu habilidad.

—¡Dios mio! tened, piedad de mí, murmuró Guillermo levantando los ojos al cielo. Entonces cogiendo su ballesta colocó la flecha, apoyó la culata sobre el hombro, levantó lentamente la punta, despues poniéndola á la altura que quiso, aquel mismo hombre que poco antes temblaba como la hoja agitada por el viento, se quedó inmóvil como un arquero de mármol. No se oia ni un soplo, las respiraciones se habian suspendido y todos los ojos estaban fijos. Salió el tiro, resonó un grito de alegría; la manzana estaba clavada en la encina y el niño sin lesion alguna. Guillermo quiso levantarse, pero vaciló, dejó caer la ballesta y volvió á caer en el suelo desmayado.

Cuando Guillermo volvió en si estaba en los brazos de su hijo. Cuando le hubo besado mil veces, volvióse al gobernador y encontró sus ojos chispeando de cólera.

—He hecho lo que me habeis mandado, monseñor? le dijo.

—Si, respondió Guessler, eres un valiente arquero. Así perdono como he prometido tu falta de respeto á mis órdenes.

—Y yo, monseñor, os perdono mis angustias de padre.

—Pero tenemos otra cuenta que arreglar juntos. Tú has dado socorro á Conrado de Baumgarten, que es homicida y asesino, y tú debes ser castigado como cómplice suyo.

Guillermo miró en derredor de sí cual un hombre que se vuelve loco.

—Arqueros, conducid á este hombre á la

cárcel, pues para castigar el asesinato y la alta traicion se necesita un proceso en forma.

—¡Oh! debe de haber una justicia en el cielo, dijo Guillermo; y se dejó tranquilamente llevar á un calabozo.

En cuanto al niño fué fielmente devuelto á su madre.

GUESSLER.

La noticia de todo lo que habia sucedido en este dia, divulgóse en seguida por los pueblos de las inmediaciones, y ocasionó una grande efervescencia. Guillermo era querido de todos, porque la mansedumbre de su genio, sus virtudes domésticas, y el interés que se tomaba en las desgracias y calamidades de los demas, le habian conquistado la estimacion y aprecio de pobres y ricos. Su extraordinaria habilidad escitaba una siniestra admiracion, por lo que le consideraban como un ser privilegiado. Así son los pueblos primitivos: precisados á alimentarse con el resultado de su destreza y á defenderse con su propia fuerza, estas dos circunstancias son las que hacen mas notable al hombre y las que le colocan en el rango de un semidios. Hércules, Teseo, Cástor y Polux no subieron por otra escalera para llegar al Olimpo.

Como á cosa de media noche dieron parte á Guessler de que si no se ponía remedio seria muy posible que estallase una rebelion. Guessler calculó que lo mejor para evitarlo seria sacar á Guillermo del canton de Uri y conducirle á una fortaleza de los duques de Austria situada al pie del monte Righi entre Kussnach y Weggis. En su vista, juzgando que el viage seria mas seguro embarcándolo que llevándolo por tierra, mandó disponer una barca, y una hora antes de amanecer ordenó llevar á ella al prisionero. Este, el gobernador, seis guardias y tres marineros componian toda la tripulacion.

Cuando Guessler llegó á Fluchen, punto del embarque, encontró exactamente cumplidas sus órdenes. Guillermo atado de pies y manos fué arrojado á la cala del barco; á su lado y como cuerpo del delito se hallaba el arma terrible que como instrumento de su muchísima habilidad habia suscitado tantos temores en el corazón del gobernador. Los arqueros sentados en los bancos inferiores le custodiaban, dos marineros de pie junto al pequeño mástil estaban prontos á izar las velas y el piloto aguardaba en la orilla la llegada del baidio.

—¿Tendremos buen viento? preguntó Guessler.

—Hasta ahora es favorable.

—¿Y el cielo?

—Anuncia un dia magnífico.

—Marchemos pues, sin perder tiempo.

—Al momento.

Guessler se sentó en la popa del barco, el piloto se puso al timon, los marineros desplegaron la vela y el barco comenzó á deslizarse por el espejo del lago, ligero y gracioso como un cisne.

Mas á pesar de la calma del lago y del estrellado cielo, que no dejaban de ser felices presagios, veíase algo de siniestro en aquella barca que surcaba silenciosa como un espíritu sobre las aguas.

El gobernador se hallaba sumergido en sus pensamientos, los soldados respetaban su silenciosa meditacion, y los barqueros, obedeciendo á su pesar, ejecutaban tristemente las maniobras que mandaba el piloto. De pronto atravesó por el espacio una luz meteórica, y desprendiéndose del cielo, pareció ir á sumergirse en el lago. Los dos marineros se miraron mutuamente, y el del timon hizo la señal de la cruz.

—¿Qué es eso, piloto? preguntó Guessler.

—Nada, aun nada; pero hay algunos que creen que una estrella que cae del cielo es una advertencia que nos envia el alma de alguno de los muertos que hemos amado en vida.

—¿Y esa advertencia es de buen ó mal agüero?

—El cielo ordinariamente no nos presagia nada próspero, porque la felicidad siempre es bien acogida.

—Cómo, ¿seria esa estrella un signo funesto?

—Hay antiguos navegantes que creen que cuando sucede una cosa parecida al tiempo de embarcarse, vale mas no hacerlo, si es posible.

—Si, pero cuando es muy urgente continuar el camino....

—Entonces no hay mas sino fiarse en la tranquilidad de la conciencia y poner la vida en manos de Dios.

Seguió un profundo silencio á estas palabras y la barca siguió volando por el lago cual si tuviese las alas de un alicyon. Sin embargo, desde que se habia visto el meteoro, el piloto no dejaba de dirigir la vista alarmado hacia el Oriente, pues de allí debían llegar los mensajeros de malas nuevas. Al cabo de poco mostróse evidentemente; se verificó un cambio en la atmósfera: á medida que comenzaba á parecer el dia palidecian las estrellas del cielo, no en medio de una luz mas clara como ordinariamente sucede, sino cual si una mano invisible hubiese corrido sobre ellas un velo de vapores entre la tierra y el cielo. Momentos antes de la aurora, arreció el viento, el lago tomó un color ceniciento, y el agua sin que la agitate la mas leve brisa, comenzó á formar bombitas como si quisiese hervir.

—Arriad la vela, gritó el piloto.

Los dos marineros comenzaron á ejecutar la maniobra, pero antes de obedecer la órden del piloto se levantaron algunas pequeñas olas rizadas de espuma que viniendo rápidamente de Brunnen parecían salir al encuentro de la barca.

—¡El viento! ¡el viento! gritó el piloto, arriad en banda.

Pero bien por la torpeza de los marineros, ó bien que algun nudo mal hecho estorbaba la ejecución de la maniobra, el viento se había echado sobre la embarcación antes de estar arriadas las velas. Sorprendida la barca se estremeció cual el caballo al oír el rugido del león. Después también cual el caballo pareció levantarse de manos, hasta que volviéndose por sí misma como si quisiera esquivar las fuerzas de tan terrible contrario, presentó el flanco á su enemigo. La vela, que poco antes estaba floja, se infló con violencia tal que parecía iba á reventarse, y á poco no sumerge la barca.

En tan apurado trance el piloto picó con su cuchillo el cable que sujetaba la vela, que ondeó al viento un momento como un pabellón izado en la punta del mástil, y libre por último de todo estorbo, comenzó á volar cual un pájaro arrebatado por las ráfagas del viento, y la barca se volvió á levantar tranquilamente recobrando su equilibrio. Entonces comenzó á dejarse ver el nuevo día, y el piloto tornó á tomar el timón.

—Compañero, dijo Guessler, el presagio no mentía y á fé que no ha tardado en realizarse.

—Sí, sí, la boca de Dios no miente como la de los hombres y nunca sale bien el despreciar sus consejos.

—¿Crecis que no habrá mas que esa pequeña borrasca, ó calculais que esa ráfaga de viento es únicamente el preludio de una tempestad mas violenta?

—A veces sucede que los espiritus del aire y de las aguas se valen de la ausencia del sol para dar estas fiestas sin el permiso del señor, y entonces al salir la aurora callan y se calman los vientos y se marchan á donde huyen las tinieblas. Pero por lo regular es la voz de Dios la que hace soplar á las tempestades, y es necesario que se cumpla su voluntad en todo; por lo mismo infelices de aquellos contra quienes Dios las suscita.

—Mas tú debes tener presente que tu vida corre igual riesgo que la mia.

—Sí, monseñor, ya sé que todos somos iguales ante la muerte, pero Dios es omnipotente y salva ó hace perecer al que quiere salvar ó hacer morir. El fué quien dijo al apóstol que caminase sobre las olas, y el apóstol caminó cual sobre la tierra; ese mismo prisionero á quien llevais tan atado tiene mas seguridad de salvarse, si está en gracia del Señor, que cualquiera hombre libre maldito por el cielo.—Rema un poco, Frantz, rema un poco para que podamos presentar la proa al viento:

porque segun veo, aun no estamos libres.... ya vuelve, ya vuelve!

En efecto, crecían las olas y se levantaban cada vez mas espumosas que las primeras, y aunque la barca esquivaba el viento que llegaba tras de ellas, la hacia saltar sin embargo, dando botes lo mismo que aquellas piedrecillas que los muchachos hacen saltar sobre la superficie del agua.

—Si el viento nos es contrario para ir á Brunnen, lo tendremos favorable para volvernos á Altorf, dijo Guessler alarmándole ya el riesgo que corría.

—Sí, sí, ya lo he pensado, respondió el piloto; y por eso he mirado tantas veces hácia ese lado. Mirad el tiempo, monseñor; esas nubes que pasan entré el Dodiberg y el Tillis, vienen del San Gotardo, y siguen el curso del Reuss, traen un viento contrario al que levanta esas olas, y antes de cinco minutos se estrellarán el uno contra el otro.

—¿Y entonces?

—Entonces será preciso que Dios nos mire con misericordia ó que nosotros nos encomendemos á Dios.

No pasó mucho tiempo sin cumplirse la profecía del piloto; los dos vientos se encontraron; brilló un relámpago y el estampido de un trueno marcó el instante del combate. Inmediatamente el lago tomó parte en la revuelta de los elementos; sus olas impulsadas y rechazadas por vientos opuestos se hincharon cual si las hiciese hervir en su interior un volcán sub-marino, y arrastraban la barquilla cual si fuese tan ligero su peso como un copo de espuma de los que formaban las olas.

—Somos perdidos, exclamó el piloto; los que no estén ocupados en la maniobra que se encomienden á Dios.

—¿Qué estás diciendo, profeta de desgracia? exclamó Guessler. ¿Por qué no decias antes el peligro que corriamos?

—Ya lo he hecho al primer aviso del cielo, pero vos no habeis querido escucharme.

—Debias haberte vuelto á pesar mio.

—Yo he creído que debía obedeceros, como vos debeis obedecer al emperador y como el emperador ha de obedecer á Dios.

Al decir esto, estrellóse contra la barca una ola furiosa que saltando sobre ella la dejó un palmo de agua dentro.

—Agua fuera, señores soldados, gritó el piloto, que bastante cargados vamos; pronto, pronto, que otra ola nos haría ir á pique. Aunque la muerte es inminente, bueno es que luchemos para evirla.

—¿No encuentras medio alguno de salvarnos? ¿no te queda ya esperanza?

—La esperanza nunca falta, monseñor, porque la misericordia divina vale mas que toda la ciencia del hombre.

—¿Cómo has tomado sobre tí semejante responsabilidad no sabiendo mejor tu oficio, picaro?

—En cuanto á mi oficio, monseñor, cuarenta años hace que lo ejerzo y tal vez no hay en la Helvecia mas que un piloto mejor que yo.

—Entonces, ¿por qué no se halla aquí para ocupar tu lugar?....

—Aquí está, monseñor, dijo el piloto.

Guessler le miró con la mayor estrañeza. —Mandad que desaten al prisionero, pues si hay un hombre que pueda salvarnos en este apuro no hay duda alguna que es solo él.

Guessler hizo un gesto de asentimiento y una ligera sonrisa de triunfo asomó á los labios de Guillermo.

—¿Has oído? le dijo el viejo marinero mientras con un cuchillo le cortaba las cuerdas con que le tenían amarrado.

Guillermo manifestó que sí, estendió los brazos como quien recobraba la libertad, y marchó á sentarse junto al timón en el lugar del piloto, que pronto á obedecer se reunió con los otros dos marineros.

—¿Tienes otra vela, Rudenz? preguntó Tell.

—Sí, ¿pero de qué nos puede servir ahora? —Si la tienes, tráela para izarla inmediatamente.

Rudenz le miró con el mayor asombro.

—Vosotros al remo, continuó Guillermo dirigiéndose á los marineros, y cuando yo os lo diga, remad. Al mismo tiempo empujó el timón y sorprendida la barca por aquella maniobra, osciló un instante, y después cual un caballo que reconoce la maestría del jinete, dió una rápida vuelta. ¡Remad! gritó Guillermo á los marineros; y encorvándose estos sobre los remos hicieron seguir al barco la dirección tomada á pesar de las olas.

—¡Bien! ¡bien! murmuró el viejo Rudenz, ya ha reconocido á su amo y le obedece.

—¡Es decir, que ya estamos en salvo! exclamó Guessler.

—¡Jum! ¡jum! respondió Rudenz clavando los ojos en los de Tell, todavía no, pero al menos estamos en buen camino, porque ya adivino lo que Guillermo quiere hacer. Esto es, Guillermo. ¿Tienes razon por vida mia! Entre las dos montañas de la orilla derecha debe haber una corriente de aire que si llegamos á cogerla nos pondrá á la otra parte en diez minutos.

—Has acertado; porque sería la primera vez que hubiese una tempestad así en el lago sin que tomase su parte el viento de Oeste; ahí lo tienes, ya silba como si fuese el rey del lago.

Guillermo se volvió en efecto hácia el punto que el viejo indicaba con el dedo en donde un valle separaba dos montes, saliendo por el camino una corriente de aire que soplabá con violencia y formaba una especie de camino por el lago. Entró en aquel liquido sendero el barco, y virando de popa al viento cesaron de remar, los marineros se prepararon á izar desplegada que estuvo, la vela, la barca comenzó á andar con rapidez hácia la base del Axemberg.

Al cabo de dos minutos, como lo había anunciado Rudenz, y antes que Guessler y los soldados hubiesen vuelto de su asombro y admiración, ya tocaban á la orilla del lago. Entonces Tell mandó plegar la vela, y como si se bajase para amarrar alguna cuerda, colocó la mano izquierda en la ballesta, volvió con la derecha el timón, la barca viró en seguida, y Guillermo saltó ligero como un gamo sobre una roca que asomaba sobre la superficie del agua, en tanto, que cediendo la barca al violento impulso que le había impreso su salto, comenzaba á retroceder. Con otro salto llegó Guillermo á tierra, y antes que Guessler ó sus arqueros hubiesen podido dar un grito, ya había desaparecido en el bosque.

Pasado el asombro que había causado la fuga de Guillermo, el gobernador mandó desembarcar para ir en persecución del fugitivo, y fué cosa fácil, porque auxiliados de los remos llegaron á ganar la orilla. Saltó á tierra un marinero, y amarrando una cadena se hizo el desembarco sin accidente alguno, á despecho de las olas todavía embravecidas.

Inmediatamente, enviaron un soldado á Altorf con órden de enviar escuderos y caballos á Brünnen, en donde iba á aguardarlos el gobernador.

Llegado apenas al pueblo, Guessler hizo anunciar á voz de pregon y son de trompeta, que recibiría cincuenta marcos de plata el que entregase á Guillermo, quedando exento del pago de impuestos él y sus hijos hasta la tercera generacion, recompensa que prometió también por Conrado de Baumgarten.

Hácia el medio día llegaron los caballos y escuderos. Guessler, ocupado solo de su venganza, no quiso detenerse y salió inmediatamente para Art, donde tenía también que tomar fuertes medidas contra los asesinos del gobernador de Schwanau. A las tres salía de aquel pueblo y costeano las orillas del lago de Zoug, llegó á Immensee, que atravesó sin detenerse, y tomó el camino de Kussnach.

Estos acontecimientos que acabamos de contar se verificaron en un día frio y sombrío del mes de noviembre (el 19), ya tocaba á su fin y Guessler deseoso de llegar antes de la noche á la fortaleza, metía espuelas á su caballo que se había internado en la hondonada de Kussnach. Al llegar á su estremidad acertó un poco el paso, y llamó á su escudero. Este, á quien el respeto había mantenido á lo lejos, se adelantó siguiéndole á alguna distancia los guardas y arqueros: así caminaron durante algun tiempo sin hablar. En fin, volviéndose Guessler hácia su escudero le miró cual si hubiese querido leer hasta en el fondo de su alma. Después, de repente le dijo:

—Niklaus, ¿estás decidido por mí?

El escudero se estremeció.

—¿Y bien? continuó Guessler.

—Perdonad, monseñor, pero no aguardaba esa pregunta....

—¿Qué no estás preparado á contestar? ¿no es verdad? Bueno, tómate tiempo porque es una respuesta con reflexion la que te pido.

—No se hará aguardar, monseñor: salvos mis deberes con Dios y el emperador, estoy á vuestras órdenes.

—¿Estás pronto á ejecutarlas?

—Estoy pronto.

—Esta noche marcharás á Altorf, tomarás allí cuatro hombres con los cuales irás esta noche á Bürglen, y allí únicamente les dirás lo que han de hacer.

—¿Y qué es lo que han de hacer, monseñor?

—Se apoderarán de su muger y de cuatro hijos. Así que estén en su poder, los harás llevar á la fortaleza de Kussnach, donde los aguardaré, y una vez allí....

—Si, os comprendo, monseñor.

—Preciso será que Tell se entregue á si mismo, por que cada semana que tarde en hacerlo, costará la vida á uno de sus hijos, y la última á su muger.

Aun no habia acabado Guesler esta palabra, cuando dió un grito, dejó caer las riendas y estendió los brazos, y cayó del caballo: el escudero echó precipitadamente pie á tierra para socorrerle; pero ya no era tiempo, tenia atravesado el corazon con una flecha.

Era la que Guillermo Tell habia escondido bajo su vestido cuando en la plaza pública de Altorf, Guesler obligó á quitar una manzana sobre la cabeza de su hijo.

En la noche del domingo al lunes siguiente se reunieron en el Grulli los conjurados: la muerte de Guesler habia provocado esta reunion extraordinaria.

Muchos de ellos eran de parecer de que debia adelantarse el dia de la libertad, y de este número eran Conrado de Baumgarten y Mechtal.

Pero Walter Furst y Werner Stauffacher se opusieron, diciendo que encontrarian al caballero de Landenberg alerta sin duda, y lo que haria la empresa mil veces mas aventurada, mientras que al contrario si permanecia tranquilo el pais despues de la muerte de Guesler, atribuirian aquella muerte á una venganza particular, y no se ocuparian mas que en buscar al matador.

—Pero entretanto ¿qué será de Guillermo? exclamó Conrado, ¿qué será de su familia? Guillermo me ha salvado la vida y no se ha de decir de mí que le abandono....

—Guillermo y su familia están en seguridad, dijo una voz entre la muchedumbre de los conjurados.

—No tengo nada ya que decir.... respondió Conrado.

—Ahora, dijo Walter Furst combinemos el plan de la insurreccion.

—Si los ancianos me permiten hablar, dijo adelantándose un jóven del alto Unterwalden llamado Zagheli, propondré una cosa....

—¿Cuál? preguntaron los ancianos.

—Encargarme de la toma del castillo de Rossberg.

—¿Y cuántos hombres pides para eso?

—Cuarenta.

—Considera que el castillo de Rossberg es uno de los mejor fortificados de toda la jurisdiccion:

—Tengo medios para penetrar en él....

—¿Y cuáles son?

—No puedo decirlos, respondió Zagheli.

—¿Estás seguro de encontrar los cuarenta hombres que te hacen falta?

—Estoy seguro.

—¡Bien! se acepta tu oferta.

Zagheli volvió á meterse entre la muchedumbre.

—Si se quiere abandonarme á mi la empresa, dijo entonces Stauffacher, yo me encargo del castillo de Schwanau.

—Y yo, añadió Walter Furst, tomaré la fortaleza de Uri.

Estas dos últimas proposiciones fueron acogidas con unánime aprobacion. Cada conjurado se comprometió durante las cinco semanas que debian trascurrir todavia, á reclutar soldados entre sus amigos mas valientes, y antes de separarse se adoptaron las tres banderas bajo las cuales debian marchar. Uri escogió para la suya una cabeza de toro con un anillo roto en memoria del yugo que iban á romper; Schwitz una cruz en recuerdo de la pasion de N. S. Jesucristo, y Unterwalden dos llaves en honor de San Pedro, que era muy venerado en Sarnen.

Así como lo habian previsto los ancianos, la muerte de Guesler fué considerada como la espresion de una venganza particular. Las pesquisas inútiles dirigidas contra Guillermo se fueron paralizando al ver que no producian resultados, y todo quedó en calma y tranquilidad en los tres cantones hasta el dia en que debia estallar la conjuracion.

En la noche del 31 de diciembre, el gobernador del castillo de Rossberg hizo la ronda como tenia de costumbre, visitó las guardias, colocó los centinelas, dió el santo y contraseña é hizo tocar á la queda.

Pareció entonces dormido el castillo como los huéspedes que encerraba, fué cesando el ruido poco á poco, y solo los centinelas colocados en lo alto de los torreones interrumpian aquel silencio con el ruido de sus pasos y con los gritos de alerta repetidos de cuarto en cuarto de hora.

Sin embargo, á pesar de aquella apariencia de sueño se abrió con precaucion una ventanita que daba á los fosos del castillo; asomó su tímida cabeza una jóven de diez y ocho á diez y nueve años, y á pesar de la oscuridad de la noche trató de penetrar con su vista en la profundidad de los fosos del castillo. Al cabo de algunos minutos de una investigacion que la oscuridad hacia inútil, dejó caer el nombre de Zagheli.

Este nombre fué dicho tan bajo, que hubiera podido tomarse por un suspiro de la brisa ó por un murmullo del arroyo. Sin embargo, fué oido, y una voz mas fuerte y mas atrevida, aunque prudente todavia, respondió con el nombre de Anneli.

La jóven permaneció un momento inmóvil con la mano sobre el pecho como para ahogar los latidos. El nombre de Anneli se dejó oír por segunda vez.

—Si, si, murmuró ella inclinandose hácia el sitio desde donde parecia hablarle el espíritu de la noche, si, querido mio.... pero perdóname.... tengo un miedo tan grande....

—¿Qué puedes tú temer? dijo la voz. Todo duerme en el castillo, los centinelas solos velan en lo alto de las torres.... yo no puedo verte y apenas te oigo ¿cómo quieres pues, que ellos nos oigan y vean?

La jóven no respondió, pero dejó caer alguna cosa. Era la punta de una cuerda á la que ató Zagheli una escala de que Anneli tiró, y fijó á uno de los barrotes de su ventana. Un instante despues entraba el jóven en su cuarto. Anneli quiso retirar la escala de cuerda.

—Aguarda, querida, la dijo Zagheli, prendame, aguarda un poco, porque aun me hace falta escalar; sobre todo no te asustes por nada de lo que veas que va á suceder, por que tu menor palabra, el menor grito tuyo seria mi muerte.

—¿Pero que hay?... en nombre del cielo... dijo Anneli. ¡Ah! estamos perdidos... mira... mira... y le señalaba á un hombre que aparecia en la ventana.

—No, no, Anneli, no estamos perdidos, son amigos.

—¡Pero yo, yo estoy deshonrada! exclamó la jóven ocultando su cabeza entre las manos.

—Al contrario, Anneli, son los testigos que van á asistir al juramento que hago de tomarte por esposa tan pronto como la patria este libre.

La jóven se arrojó en los brazos de su amante. Subieron uno tras otro los veinte jóvenes, despues Zagheli retiró la escala y cerró la ventana.

Los veinte jóvenes se esparcieron por el interior del castillo. La guarnicion sorprendida durmiendo, no hizo ninguna resistencia; los conjurados encerraron á los alemanes en la cárcel del castillo, vistieron sus mismos uniformes y la bandera de Alberto continuó ondeando sobre la fortaleza, que al dia siguiente abrió sus puertas á la hora acostumbrada.

A medio dia el centinela colocado en lo alto de la torre, divisó dirigirse á la fortaleza á todo escape á muchos caballeros. Dos conjurados se colocaron á la puerta, y los demas se formaron en el patio. Diez minutos despues, el caballero de Landenberg pasaba el puente levadizo; que se levantó en cuanto entró. El caballero estaba prisionero lo mismo que la guarnicion.

El plan de Zagheli habia salido completamente bien. Hemos visto que de los cuarenta hombres necesarios para su empresa habian escalado con él el castillo veinte, y se habian apoderado de él. Los otros veinte habian tomado el camino de Sarnen.

En el momento en que Landenberg salia del castillo real de Sarnen para ir á misa, presentaronle á aquellos veinte hombres trayéndole como regalos de costumbre, corderitos, cabras y gallinas. El gobernador les mandó entrar en el castillo y continuó su camino.

En cuanto hubieron llegado al umbral de la puerta sacaron de debajo de sus vestidos hierros afilados que colocaron en las puntas de sus palos y se apoderaron del castillo. Entonces uno de ellos se presentó en la plataforma é hizo oír tres veces el prolongado sonido de la trompa montañesa. Era esta la señal convenida; comenzaron á oirse de calle en calle los gritos y el estruendo de la rebelion.

Corrieron inmediatamente á la iglesia para apoderarse de Landenberg, pero prevenido á tiempo saltó sobre un caballo y tomó la fuga hácia el castillo de Rossberg. Esto era lo que habia previsto Zagheli.

Durante el resto de aquel dia se tuvieron con el bailio imperial los mayores cuidados, y se le guardaron las mas grandes consideraciones. Por la noche solicitó subir á la plataforma del castillo para tomar el aire. Zagheli le acompañó. Podia descubrir desde allí todo el pais sometido todavia la vispera á su jurisdiccion, y separando sus ojos de la bandera en que las llaves de Unterwalden habian reemplazado al águila de Austria; los fijó en la direccion de Sarnen y permanecia inmóvil y pensativo.

Pensativo é inmóvil se hallaba tambien Zagheli en el otro ángulo del parapeto, clavados los ojos en otro punto. Aquellos dos hombres aguardaban el uno socorro para la tirania y el otro un refuerzo para la libertad.

Al cabo de un instante brilló una hoguera en la cumbre del Axemberg, y Zagheli lanzó un grito de alegría.

—¿Qué es esa hoguera? dijo Landenberg.

—Una señal.

—¿Y qué quiere decir esa señal?

—Que Walter Furst y Guillermo Tell han tomado el castillo de Orijoch.

En aquel mismo instante gritos de alegría que resonaron por toda la fortaleza confirmaron lo que Zagheli acababa de decir.

—Todos los Alpes se han convertido en volcanes, exclamó Landenberg: ved el Righi que se inflama.

—Si, si, respondió Zagheli saltando de alegría, tambien el Righi enarbola la bandera de libertad.

—¿Cómo! murmuró Landenberg: ¿es otra señal acaso?

—Si, Werner Stauffacher y Mechtal han to-

mado el castillo de Schwanau. Volveos ahora hacia este lado, monseñor.

Landenberg dió un grito de sorpresa al ver al Pilato coronarse á su vez con una diadema de fuego.

—Ved, continuó Zagheli, ved lo que anuncia á los de Uri y de Schwitz, que sus hermanos de Unterwalden no se han quedado atrás y que han tomado ya el castillo de Rossberg y hecho prisionero al bailio imperial.

Nuevos gritos de alegría volvieron á resonar por toda la fortaleza.

—Y qué contais hacer conmigo? dijo Landenberg dejando caer su cabeza sobre su pecho.

—Contamos con haceros jurar que jamás volveréis á entrar en las tres jurisdicciones de Schwitz, de Uri y de Unterwalden, que jamás tomareis las armas contra los confederados, que jamás escitareis al emperador á que nos haga la guerra, y cuando hayais hecho este juramento seréis libre de retiraros á donde queráis.

—Y me será permitido dar cuenta de mi misión á mi soberano?

—Sin duda, respondió Zagheli.

—Está bien, dijo Landenberg. Ahora deseo bajar á mi habitación; semejante juramento exige ser meditado, sobre todo cuando se quiere cumplir.

EL EMPERADOR ALBERTO.

Parecía esta vez la casualidad favorecer de todos modos á los confederados. El día 4.º de enero de 1308 empezó para la Helvecia la nueva era de su libertad, y el 45 del mismo mes, antes aun que hubiese llegado al emperador la noticia de la insurrección, conocía ya la derrota de su ejército en Thuringe. Mandó inmediatamente levantar tropas, declaró que marcharía él mismo á su cabeza e hizo con su actividad ordinaria todos los preparativos de esta nueva campaña; apenas estaban terminados cuando de Unterwalden, llegó el caballero Beringuer de Landenberg y contó lo que acababa de pasar.

Escuchó Alberto esta relación con impaciencia e incredulidad; pero después cuando no hubo lugar á dudas, estendió los brazos en la dirección de los tres cantones y juró sobre su espada e imperial corona, esterminar hasta el último de aquellos miserables que habían tomado parte en la insurrección.

Landenberg hizo cuanto pudo para apartarle de sus proyectos de venganza: pero todo

fué inútil y declaró que él mismo en persona marcharía contra los confederados, y señaló para la marcha del ejército el día 24 de febrero.

La vispera de este día se le presentó Juan de Suabia, su sobrino, hijo de Rodolfo su hermano menor. El emperador había sido nombrado tutor de aquel niño durante su menor edad; pero hacia ya dos años que su edad le emancipaba de la tutela, y sin embargo Alberto rehusaba constantemente devolverle su herencia; venia á intentar una nueva reclamación última antes de la marcha de su tío. Hincóse de rodillas á sus pies respetuosamente y le volvió á pedir la corona ducal de sus padres: el emperador se sonrió, dijo algunas palabras á uno de los oficiales de su guardia, salióse y muy pronto volvió con una corona de flores. El emperador la colocó sobre la rubia cabeza de su sobrino. Y como este le mirase asombrado le dijo:

—Esta es la corona que conviene á tu edad; diviértete en deshojarla en el regazo de las damas de mi corte, y déjame el cuidado de gobernar tus estados. Juan se puso pálido, levantóse temblando, arrancó la corona de su cabeza y la pisoteó y se marchó.

A la mañana siguiente cuando el emperador montaba á caballo, un hombre armado completamente con la visera calada, vino á colocarse á su lado, Alberto miraba á aquel desconocido, y viendo que permanecía en el puesto que había tomado, le preguntó quien era y que derecho tenía para marchar en su comitiva.

—Yo soy Juan de Suabia, hijo de vuestro hermano, respondió el caballero alzándose la visera, ayer reclamé mi soberanía y me la rehusasteis con razón, es preciso que la cabeza que debe llevar corona sepa lo que es el peso de un casco, y es preciso que haya maneado la espada el brazo que ha de llevar un cetro. Dejadme acompañaros, señor, y á mi vuelta dispondréis de mí lo que queráis. Alberto echó una ojeada rápida y profunda sobre su sobrino. ¡Me habré engañado! murmuró; y sin darle ni negarle la licencia, se puso en camino Juan de Suabia le siguió.

El 4.º de marzo de 1308 llegó el ejército imperial á las márgenes del Reuss. Estaban preparadas lanchas para el paso del ejército, y ya el emperador iba á embarcarse en una de ellas, cuando se opuso Juan de Suabia, diciendo que estaban cargadas en demasía, y que el emperador no debía esponerse á los peligros que corría un simple soldado: al mismo tiempo le ofreció lugar en un barquichuelo en que se hallaban solamente, Walter de Eschembach, su ayo y tres de sus amigos, Rodolfo de Wart, Roberto de Balm y Conrado de Tegelfeld. El emperador se sentó cerca de ellos, tomó cada cual su caballo por la brida para que pudiese seguir á su amo nadando, y atravesando rápidamente la barquilla el río

llegó á la orilla opuesta, en donde desembarcó el emperador con su comitiva.

A algunos pasos del río sobre una pequeña altura, alzabase una encina secular. A su sombra fué á sentarse Alberto á fin de vigilar el paso de su ejército, y desatándose el casco lo arrojó á sus pies.

En aquel momento Juan de Suabia mirando en derredor de sí, y viendo á todo el ejército detenido en la otra orilla, montó á caballo, enristró su lanza, fingió hacer algunas maniobras del arma, tomó carrera, dirigiéndose á galope hacia el emperador, y le atravesó la garganta con su lanza. En el mismo instante, Roberto de Balm le hundió su espada en el pecho por la juntura de la coraza, y Walter de Eschembach le partió la cabeza con su hacha de armas. A Rodolfo de Walter y Conrado de Tegelfeld les faltó el valor, y se quedaron con la espada en mano, pero sin herir.

Apenas hubieron visto los conjurados caer al emperador mirándose mutuamente, y sin proferir una palabra, tomó la fuga cada cual por su lado, asustados unos de otros. Entretanto, agonizando Alberto, revolcábase sin socorro: una pobre muger que por allí pasaba acudió á sostenerle, y el jefe del imperio germánico exhaló el último suspiro en brazos de una mendiga que contuvo su sangre con harapos.

En cuanto á los asesinos anduvieron errantes por el mundo. Zurich les cerró sus puertas; los tres cantones les negaron asilo. Juan, el parricida, logró llegar á Italia sabiendo la corriente del Reuss en cuyas márgenes había consumado el crimen. En Pisa lo vieron disfrazado de monge, después se perdió hacia el lado de Venecia, y no volvió mas á oírse hablar ya de él. Eschembach vivió treinta y cinco años oculto bajo el traje de pastor en un rincón de Wurtemberg, y no se dió á conocer sino á la hora de la muerte. Conrado de Tegelfeld desapareció cual si la tierra se lo hubiese tragado, murió no se sabe ni cómo ni cuándo. Rodolfo de Wart fué entregado por un pariente suyo, y fué cogido y enroddado vivo y abandonado aun sin acabar de morir á la voracidad de las aves de rapiña. Su muger, que no había querido separarse de él, permaneció arrodillada junto á la rueda, desde lo alto de la cual la hablaba durante el suplicio exhortándole y consolándole hasta que exhaló el último suspiro.

Entre los hijos de Alberto (4), dos se encargaron de su venganza, y fueron Leopoldo de Austria e Inés de Hungría; Leopoldo poniéndose á la cabeza de sus tropas, Inés presidiendo los suplicios. Sesenta y tres caballeros inocentes fueron decapitados en Farneghen, solo por ser parientes ó amigos de los culpados. Inés no solo asistió á la ejecución, sino que se colocó tan cerca de los reos, que

(4) El emperador Alberto tuvo veinte y un hijos. Ninguno de sus hijos le sucedió como emperador.

pronto corrió la sangre hasta sus pies y rodaron cabezas en torno suyo. Entonces le hicieron reparar que iban á mancharse sus vestidos.

—¡Dejad! ¡dejad! respondió, me baño con mas placer en esta sangre que lo haría en el rocío del mes de mayo. Terminado el suplicio fundó con los despojos de los muertos el rico convento de Königsfelden, (campo del Rey) en el mismo punto en que había sido asesinado su padre, y allí se retiró para terminar sus días en la penitencia, la soledad y la oración.

Durante este tiempo preparábase para la guerra el duque Leopoldo, y por sus órdenes se preparó el conde Oton de Strassberg á pasar el Brunig con cuatro mil combatientes: mas de mil hombres fueron armados por los gobiernos de Walhausen, de Rohemburgo y de Lucerna, para sorprender á Unterwalden por la parte del lago. El duque marchó contra Schwitz con la flor de sus tropas, llevando tras sí carros cargados de cuerdas para ahorcar á los rebeldes.

Los confederados reunieron apresuradamente mil y trescientos hombres, de los cuales había cuatrocientos de Uri y trescientos de Unterwalden. El mando de este cuerpo se confirió á un jefe veterano, Rodolfo Reding de Biberek, en cuya experiencia tenían gran confianza los tres cantones.

El 44 de noviembre tomó posición aquel pequeño ejército sobre la falda de la montaña del Sattal, teniendo á sus pies pantanos intransitables, y detrás de los pantanos el lago Eggeria.

Cada cual acababa de elegir su posición para pasar la noche cuando se presentó una nueva tropa de cincuenta hombres. Eran los desterrados de Schwitz, que venian á pedir á sus hermanos les admitiesen en la defensa común, aunque culpables. Rodolfo Reding tomó el parecer de los mas prudentes y mas ancianos. Unánime fué la respuesta que no debía comprometerse la santa causa de la libertad admitiendo entre los defensores gente manchada. Se prohibió á los desterrados que combatesen en el distrito de Schwitz. Se retiraron, caminaron una parte de la noche para tomar posición en un bosque de pinos situado en lo alto de una montaña en el territorio de Zug.

El día siguiente al amanecer los confederados vieron brillar las lanzas de los austriacos. Por su parte los caballeros al descubrir el pequeño número de los que debían disputarles el paso, echaron pie á tierra y no queriendo cederles el honor de comenzar el ataque marcharon á su encuentro. Los confederados les dejaron trepar por la montaña, y cuando los vieron fatigados por el peso de sus armaduras se precipitaron sobre ellos como un alud. Todo cuanto trató de resistir á aquella especie de asalto fué derribado al primer choque, y aquel torrente de hombres, fué en el mismo empuje á abrirse paso entre las fi-

las de la caballería, que cayó de rechazo sobre las demás tropas de infantería, ¡tan terrible y desesperado fué aquel choque! Al mismo tiempo oyéronse grandes gritos de la retaguardia. Vióse bajar rodando por la montaña peñascos que parecían desprendidos por sí solos, y rebotando, y entrando en las filas hacían pedazos hombres y caballos. Diríase que la montaña se animaba, y tomando parte por los montañeses sacudía su melena como un león. Miráronse los soldados aterrados, y viendo que no podían devolver muerte por muerte se llenaron de un terror profundo y retrocedieron. En aquel momento la vanguardia, derrotada bajo las rústicas y ferradas mazas de los pastores, se replegó en desorden. El duque Leopoldo se creyó envuelto por numerosas tropas, dió la orden ó mejor el ejemplo de la retirada, y uno de los primeros abandonó el campo de batalla, y aquella misma noche lo vieron en Vintherthur pálido y consternado. El conde de Strásberg se apresuró á repasar el Brunig al saber la derrota de los austriacos.

Esta fué la primera victoria que alcanzaron los confederados. La flor de la nobleza imperial cayó á los golpes de pobres pastores y miserables villanos y sirvió para fertilizar aquella noble tierra de la libertad. La batalla tomó el espresivo nombre de *Mongensteru*, porque empezó á la luz del lucero de la mañana.

Así se hicieron célebres los hombres de Schwitz, y á datar de esta victoria fueron llamados suizos los confederados, de la palabra *Schwitzer*, que quiere decir hombre de Schwitz. Uri, Schwitz y Unterwalden fueron el centro á que vinieron á agruparse á su vez los demás cantones, que el tratado de 1815 fijó en veinte y dos.

En cuanto á Guillermo Tell, que involuntariamente había tomado una parte tan activa en esta revolución, después de hallar su huella otra vez en el campo de batalla de Laupen, en donde peleó cual simple ballestero con setecientos hombres de los Pequeños cantones, se le pierde de vista de nuevo para no volver á encontrarlo hasta la hora de su muerte, que tuvo lugar á lo que se cree en la primavera de 1354.

Al derretirse las nieves del invierno creció mucho el Schaccen y arrastró tras sí una casa. En medio de los restos Tell vio flotar una cuna y oyó los gritos de un niño; precipitose inmediatamente en el torrente, alcanzó la cuna y la dirigió hacia la orilla; pero en el momento en que él iba á salir perdió el sentido del choque de un madero y desapareció. Hay hombres elegidos cuya muerte corona su vida.

El hijo mayor del sabio Matteo publicó en 1760 un extracto de un escritor danés del siglo XII llamado *Saxo Grammaticus*, que cuenta el hecho de la manzana y la atribuye á un rey de Dinamarca. Al momento la escuela positiva,

esa faja negra de la poesía, declaró que Guillermo Tell no había existido nunca, y gozoso con este descubrimiento, intentó quitar al solemne día de la libertad suiza los más brillantes rayos de su aurora; pero el buen pueblo de Walstetten guardó un santo respeto á la religiosa tradición de sus padres, y permaneció devoto á sus antiguos recuerdos. Allí el poema ha permanecido vivo y sagrado cual si acabase de verificarse (1), y por escéptico que uno sea, le es imposible dudar de la verdad de esta tradición cuando al recorrer aquellas comarcas ve como los descendientes de Walter Furst, de Stauffacher y de Mechtel oran á Dios porque les conserve su libertad, delante de la capilla consagrada al nacimiento de Guillermo y á la muerte de Guesler.

PAULINA.

Volvió por último el sacristán y nos abrió la reja delante de la cual he detenido á mis lectores para referirles la antigua leyenda que acaban de leer. Las capillas de Guillermo Tell están construidas todas sobre un mismo plano, en el interior hay algunas malas pinturas, que no tienen ni aun el mérito de datar de una época en que la sencillez era una escuela. La que nosotros visitábamos estaba adornada con toda la historia de Tell y de Mechtal: el techo representaba el paso del mar Rojo por los israelitas; yo no he podido comprender jamás la analogía que había entre Moisés y Guillermo Tell, sino es que ambos libertaron un pueblo; y como el sacristán tampoco sabía más que yo sobre este artículo, me veo precisado á dejar en la oscuridad que lo cubre el pensamiento simbólico del artista.

Presentáronme un libro en el cual cada viajero que pasa escribe su nombre y su pensamiento; es necesario leer muchos nombres y pensamientos reunidos para ver qué nombres y pensamientos tan raros hay. Al pie de la última página reconocí la firma de un amigo mío llamado Alfredo de N. que aquella misma mañana había pasado por allí; interrogué al sacristán y supé que seguía el mismo camino que yo y que había vuelto á bajar á Altorf.

(1) Los archivos de Altorf conservan el nombre de ciento y once personas que asistieron en 1330 á la creación de la capilla Tellen Plate, (piedra de Tell) y que habían conocido personalmente á Guillermo Tell. Además su familia en la rama masculina no se ha extinguido hasta 1684, y en la línea femenina en 1729.—Juan Martín y Verónica Tell son los nombres de los dos últimos miembros de la familia.

Conveníame aquello: Alfredo es casi de mi edad; es un artista distinguido que estudiaba en los talleres de Mr. Ingres la pintura, que quería ejercer, cuando de no sé qué tío que en vida no le dió jamás un duro, heredó á su muerte 2,500 libras de renta. Alfredo había continuado la pintura, solo que iba al taller en coche, y se había cortado el cabello, barba y bigotes, de modo que era un hombre como los otros, teniendo además un buen corazón y talento.

Compréndese que un compañero de viaje así debía serme muy grato, á mi sobre todo que hacia ya algunos días que me veía obligado á contentarme con Francisco, excelente muchacho sin duda, pero á quien el cielo había dotado más de virtudes sólidas que de cualidades agradables; muy capaz para sostenerme en los malos caminos cuando el miedo de dar un tropezón reunía todas mis facultades pensadoras sobre el punto en donde era preciso poner el pie, pero muy incapaz de distraerme en los buenos caminos, en los que en cuanto mi cuerpo estaba seguro de conservar su equilibrio, recobraban mi lengua y mi espíritu su completa libertad, y con ella aquel furor de preguntar que tengo siempre en mis viajes. Pero había una cosa que jamás pude hacer comprender á Francisco hasta entonces, que tampoco comprendió luego, y es preciso que le haga esta justicia, el hacerle traducir en italiano las respuestas á las preguntas que yo le mandaba hacer en alemán á mis guías. Hacia, es verdad, la pregunta, escuchaba la respuesta con gran atención, y muchas veces con placer, pero se la guardaba religiosamente para sí. La única explicación que á mi mismo me he dado de aquel mutismo, es, que Francisco se figuraba que mis continuas preguntas tenían por objeto su instrucción particular.

Al salir de la capilla nos detuvimos un instante sobre la colina que domina el lago de los Cuatro Cantones, ofrece no solamente una deliciosa vista, sino también un magnífico panorama de historia; porque alrededor de aquel lago, cuna de la libertad suiza, han sucedido todos los acontecimientos de esta epopeya que acabamos de contar, y que gracias á la poesía de Schiller y á la música de Rossini, se ha hecho tan popular entre nosotros, que casi está tentado uno por creer que forma parte de nuestras crónicas nacionales.

Bajando hacia Altorf, atravesamos el Schaccen por un puente cubierto; se halla en el mismo punto en que se ahogó Guillermo Tell al salvar al niño que arrastraba la avenida con su cuna.

En diez minutos llegamos á Altorf. Las dos primeras cosas que nos chocaron al llegar á la plaza fueron: una grande torre cuadrada, y paralela á ella una fuente bastante bonita: La torre está construida en el mismo lugar donde Guesler hizo plantar el mástil para poner su sombrero adornado con la corona ducal del

Austria. La fuente en el que estuvo atado el niño Walter cuando su padre le quitó de la cabeza la manzana. La torre está pintada por dos lados: en uno de los frescos representa la batalla de Morgarten ganada al duque Leopoldo el 15 de noviembre de 1315, y el otro toda la historia de la libertad suiza. La fuente sirve de pedestal á un grupo de dos estatuas, la una es Guillermo Tell con la ballesta y la otra Walter con la manzana. Mi guía me aseguró que en su juventud se recordaba haber visto aun el árbol á que estuvo atado el niño; pero aquel árbol que tenía nada menos que quince años daba sombra á la casa del general Bessler. El buen veterano gustaba, á lo que parece del sol, hizo cortar el tilo que le robaba sus rayos, y en su lugar levantó la fuente que hay hoy, que según el parecer de mi guía, que reasume el de los demás vecinos de Altorf presenta mejor golpe de vista. Medí la distancia que hay de la torre hasta la fuente y si la tradición es exacta, Guillermo dió á ciento y diez y ocho pasos la famosa prueba de habilidad que le ha valido su poética reputación.

Entramos para comer en la posada del Cisne, que está también en la plaza. Mientras el posadero nos calaba la sopa, y ponía á asar unas chuletas, vino su hija á preguntarnos en alemán si deseáramos ver la cárcel en donde estuvo Guillermo Tell, á lo que Francisco contestó en seguida y con el mayor desembarazo que no. Desgraciadamente para Francisco mis oídos comenzaban á acostumbrarse á alemán, habían comprendido la pregunta. Rectifiqué, pues, la respuesta diciendo á la muchacha que estaba dispuesto á seguir á mi nueva guía, y para no dejar duda de mi deseo á Francisco, interrumpiendo su indolencia, le ordené que viniese conmigo para servirme de intérprete, pues hacia ya tiempo que no me servía como guía, siendo él tan forastero como yo mismo en el país por donde viajábamos. Obedeció, aunque con profundo disgusto, pues nuestra curiosidad iba á satisfacerse á espensas de nuestros estómagos, y Francisco era más comilón que curioso. Siguióme con el rostro del hombre que se sacrifica por cumplir con sus deberes. Al ir á salir por la puerta vimos que nos llevaban la sopa á la mesa, último golpe dado al estoicismo del pobre mozo que me enseñó la soperá, y respirando voluptuosamente la atmósfera odorífica que nos rodeaba, no dijo más que esta palabra, en que estaba todo su pensamiento: ¡La minestra!...

—Va bene, respondí yo, é troppo bollente; al nostro ritorno sarà eccellente!...

—Die Kalte suppe ist ein selir schlechte; ding. La sopa fría es cosa muy mala, murmuró Francisco en su lengua propia; pero casualmente yo no entendía palabra alguna de las que había dicho, y me hice sordo á tan política interpretación.

La hija del posadero nos llevó á una pequeña cueva que sirve hoy de despensa, en

las de la caballería, que cayó de rechazo sobre las demás tropas de infantería, ¡tan terrible y desesperado fué aquel choque! Al mismo tiempo oyéronse grandes gritos de la retaguardia. Vióse bajar rodando por la montaña peñascos que parecían desprendidos por sí solos, y rebotando, y entrando en las filas hacían pedazos hombres y caballos. Diríase que la montaña se animaba, y tomando parte por los montañeses sacudía su melena como un león. Miráronse los soldados aterrados, y viendo que no podían devolver muerte por muerte se llenaron de un terror profundo y retrocedieron. En aquel momento la vanguardia, derrotada bajo las rústicas y ferradas mazas de los pastores, se replegó en desorden. El duque Leopoldo se creyó envuelto por numerosas tropas, dió la orden ó mejor el ejemplo de la retirada, y uno de los primeros abandonó el campo de batalla, y aquella misma noche lo vieron en Vintherthur pálido y consternado. El conde de Strásberg se apresuró á repasar el Brunig al saber la derrota de los austriacos.

Esta fué la primera victoria que alcanzaron los confederados. La flor de la nobleza imperial cayó á los golpes de pobres pastores y miserables villanos y sirvió para fertilizar aquella noble tierra de la libertad. La batalla tomó el espresivo nombre de *Mongensteru*, porque empezó á la luz del lucero de la mañana.

Así se hicieron célebres los hombres de Schwitz, y á datar de esta victoria fueron llamados suizos los confederados, de la palabra *Schwitzer*, que quiere decir hombre de Schwitz. Uri, Schwitz y Unterwalden fueron el centro á que vinieron á agruparse á su vez los demás cantones, que el tratado de 1815 fijó en veinte y dos.

En cuanto á Guillermo Tell, que involuntariamente había tomado una parte tan activa en esta revolución, después de hallar su huella otra vez en el campo de batalla de Laupen, en donde peleó cual simple ballestero con setecientos hombres de los Pequeños cantones, se le pierde de vista de nuevo para no volver á encontrarlo hasta la hora de su muerte, que tuvo lugar á lo que se cree en la primavera de 1354.

Al derretirse las nieves del invierno creció mucho el Schaccen y arrastró tras sí una casa. En medio de los restos Tell vio flotar una cuna y oyó los gritos de un niño; precipitose inmediatamente en el torrente, alcanzó la cuna y la dirigió hacia la orilla; pero en el momento en que él iba á salir perdió el sentido del choque de un madero y desapareció. Hay hombres elegidos cuya muerte corona su vida.

El hijo mayor del sabio Matteo publicó en 1760 un extracto de un escritor danés del siglo XII llamado *Saxo Grammaticus*, que cuenta el hecho de la manzana y la atribuye á un rey de Dinamarca. Al momento la escuela positiva,

esa faja negra de la poesía, declaró que Guillermo Tell no había existido nunca, y gozoso con este descubrimiento, intentó quitar al solemne día de la libertad suiza los más brillantes rayos de su aurora; pero el buen pueblo de Walstetten guardó un santo respeto á la religiosa tradición de sus padres, y permaneció devoto á sus antiguos recuerdos. Allí el poema ha permanecido vivo y sagrado cual si acabase de verificarse (1), y por escéptico que uno sea, le es imposible dudar de la verdad de esta tradición cuando al recorrer aquellas comarcas ve como los descendientes de Walter Furst, de Stauffacher y de Mechtel oran á Dios porque les conserve su libertad, delante de la capilla consagrada al nacimiento de Guillermo y á la muerte de Guesler.

PAULINA.

Volvió por último el sacristán y nos abrió la reja delante de la cual he detenido á mis lectores para referirles la antigua leyenda que acaban de leer. Las capillas de Guillermo Tell están construidas todas sobre un mismo plano, en el interior hay algunas malas pinturas, que no tienen ni aun el mérito de datar de una época en que la sencillez era una escuela. La que nosotros visitábamos estaba adornada con toda la historia de Tell y de Mechtal: el techo representaba el paso del mar Rojo por los israelitas; yo no he podido comprender jamás la analogía que había entre Moisés y Guillermo Tell, sino es que ambos libertaron un pueblo; y como el sacristán tampoco sabía más que yo sobre este artículo, me veo precisado á dejar en la oscuridad que lo cubre el pensamiento simbólico del artista.

Presentáronme un libro en el cual cada viajero que pasa escribe su nombre y su pensamiento; es necesario leer muchos nombres y pensamientos reunidos para ver qué nombres y pensamientos tan raros hay. Al pie de la última página reconocí la firma de un amigo mío llamado Alfredo de N. que aquella misma mañana había pasado por allí; interrogué al sacristán y supé que seguía el mismo camino que yo, y que había vuelto á bajar á Altorf.

(1) Los archivos de Altorf conservan el nombre de ciento y once personas que asistieron en 1330 á la creación de la capilla Tellen Plate, (piedra de Tell) y que habían conocido personalmente á Guillermo Tell. Además su familia en la rama masculina no se ha extinguido hasta 1684, y en la línea femenina en 1729.—Juan Martín y Verónica Tell son los nombres de los dos últimos miembros de la familia.

Conveníame aquello: Alfredo es casi de mi edad; es un artista distinguido que estudiaba en los talleres de Mr. Ingres la pintura, que quería ejercer, cuando de no sé qué tío que en vida no le dió jamás un duro, heredó á su muerte 2,500 libras de renta. Alfredo había continuado la pintura, solo que iba al taller en coche, y se había cortado el cabello, barba y bigotes, de modo que era un hombre como los otros, teniendo además un buen corazón y talento.

Compréndese que un compañero de viaje así debía serme muy grato, á mi sobre todo que hacia ya algunos días que me veía obligado á contentarme con Francisco, excelente muchacho sin duda, pero á quien el cielo había dotado más de virtudes sólidas que de cualidades agradables; muy capaz para sostenerme en los malos caminos cuando el miedo de dar un tropezón reunía todas mis facultades pensadoras sobre el punto en donde era preciso poner el pie, pero muy incapaz de distraerme en los buenos caminos, en los que en cuanto mi cuerpo estaba seguro de conservar su equilibrio, recobraban mi lengua y mi espíritu su completa libertad, y con ella aquel furor de preguntar que tengo siempre en mis viajes. Pero había una cosa que jamás pude hacer comprender á Francisco hasta entonces, que tampoco comprendió luego, y es preciso que le haga esta justicia, el hacerle traducir en italiano las respuestas á las preguntas que yo le mandaba hacer en alemán á mis guías. Hacia, es verdad, la pregunta, escuchaba la respuesta con gran atención, y muchas veces con placer, pero se la guardaba religiosamente para sí. La única explicación que á mi mismo me he dado de aquel mutismo, es, que Francisco se figuraba que mis continuas preguntas tenían por objeto su instrucción particular.

Al salir de la capilla nos detuvimos un instante sobre la colina que domina el lago de los Cuatro Cantones, ofrece no solamente una deliciosa vista, sino también un magnífico panorama de historia; porque alrededor de aquel lago, cuna de la libertad suiza, han sucedido todos los acontecimientos de esta epopeya que acabamos de contar, y que gracias á la poesía de Schiller y á la música de Rossini, se ha hecho tan popular entre nosotros, que casi está tentado uno por creer que forma parte de nuestras crónicas nacionales.

Bajando hacia Altorf, atravesamos el Schaccen por un puente cubierto; se halla en el mismo punto en que se ahogó Guillermo Tell al salvar al niño que arrastraba la avenida con su cuna.

En diez minutos llegamos á Altorf. Las dos primeras cosas que nos chocaron al llegar á la plaza fueron: una grande torre cuadrada, y paralela á ella una fuente bastante bonita: La torre está construida en el mismo lugar donde Guesler hizo plantar el mástil para poner su sombrero adornado con la corona ducal del

Austria. La fuente en el que estuvo atado el niño Walter cuando su padre le quitó de la cabeza la manzana. La torre está pintada por dos lados: en uno de los frescos representa la batalla de Morgarten ganada al duque Leopoldo el 15 de noviembre de 1315, y el otro toda la historia de la libertad suiza. La fuente sirve de pedestal á un grupo de dos estatuas, la una es Guillermo Tell con la ballesta y la otra Walter con la manzana. Mi guía me aseguró que en su juventud se recordaba haber visto aun el árbol á que estuvo atado el niño; pero aquel árbol que tenía nada menos que quince años daba sombra á la casa del general Bessler. El buen veterano gustaba, á lo que parece del sol, hizo cortar el tilo que le robaba sus rayos, y en su lugar levantó la fuente que hay hoy, que según el parecer de mi guía, que reasume el de los demás vecinos de Altorf presenta mejor golpe de vista. Medí la distancia que hay de la torre hasta la fuente y si la tradición es exacta, Guillermo dió á ciento y diez y ocho pasos la famosa prueba de habilidad que le ha valido su poética reputación.

Entramos para comer en la posada del Cisne, que está también en la plaza. Mientras el posadero nos calaba la sopa, y ponía á asar unas chuletas, vino su hija á preguntarnos en alemán si deseáramos ver la cárcel en donde estuvo Guillermo Tell, á lo que Francisco contestó en seguida y con el mayor desembarazo que no. Desgraciadamente para Francisco mis oídos comenzaban á acostumbrarse al alemán, habían comprendido la pregunta. Rectifiqué, pues, la respuesta diciendo á la muchacha que estaba dispuesto á seguir á mi nueva guía, y para no dejar duda de mi deseo á Francisco, interrumpiendo su indolencia, le ordené que viniese conmigo para servirme de intérprete, pues hacia ya tiempo que no me servía como guía, siendo él tan forastero como yo mismo en el país por donde viajábamos. Obedeció, aunque con profundo disgusto, pues nuestra curiosidad iba á satisfacerse á espensas de nuestros estómagos, y Francisco era más comilón que curioso. Siguióme con el rostro del hombre que se sacrifica por cumplir con sus deberes. Al ir á salir por la puerta vimos que nos llevaban la sopa á la mesa, último golpe dado al estoicismo del pobre mozo que me enseñó la soperá, y respirando voluptuosamente la atmósfera odorífica que nos rodeaba, no dijo más que esta palabra, en que estaba todo su pensamiento: ¡La minestra!...

—*Va bene*, respondí yo, *é troppo bollente; al nostro ritorno sarà eccellente!*...

—*Die Kalte suppe ist ein selir schlechte ding. La sopa fría es cosa muy mala*, murmuró Francisco en su lengua propia; pero casualmente yo no entendía palabra alguna de las que había dicho, y me hice sordo á tan política interpretación.

La hija del posadero nos llevó á una pequeña cueva que sirve hoy de despensa, en

cuyo techo hay dos argollas á las cuales nos aseguró sencillamente la doncella que habian estado atadas las manos de Guillermo Tell la noche que siguió á su rebelion á la autoridad de Guesler y que precedió á su embarque en el lago de los Cuatro Cantones. De las puertas de encima que cerraban el calabozo ya no quedan mas que los goznes, que tambien nos hicieron ver.

Escuché esta tradicion, tal vez muy apócrifa, con lamisma fé con que la muchacha la contaba, y merezco ser contado, lo confieso, entre una clase de viajeros olvidada por Sterne: la de los crédulos. Mi imaginacion se ha hallado siempre bien en no querer indagar el fondo de esta especie de cosas. ¿Por qué despojar ademas los lugares de la poesia de los recuerdos, la mas intima de todas las poesias? ¿Por qué no creer que la pieza donde ahora se guardan manzanas es el calabozo en que cinco siglos antes estuvo encadenado un héroe? Desde entonces he visto en Pizzo la prision de Murat: he pasado una noche en la misma cama donde el soldado real sudó su agonia: he puesto el dedo en el agujero de las balas que se metieron en la pared despues de haberle atravesado el cuerpo, y de esto no podia caberme duda porque era un suceso de ayer, y los niños que lo vieron apenas son hombres hoy; pero dentro de cincuenta años, de ciento, de cinco siglos, suponiendo que la fortaleza humedecida quede en pie, todas esas señales vivas todavia hoy, no serán ya mas que tradiciones como la de Guillermo Tell; tal vez pondrán en duda el oscuro nacimiento, la caballeresca carrera, la muerte fatal *del re Joachimo*, y esta historia de héroes que hemos conocido se mirará como un cuento soldadesco referido á la hoguera de un vivac de soldados. Bienaventurados los que creen; ellos son los elegidos de la poesia.

—Si, añadirán los escépticos; pero tambien comen la sopa fria y las costillas quemadas.

A esto no tengo nada que responder sino que el álgebra es una cosa muy hermosa pero que jamás he comprendido nada de ella.

Acabada la comida pregunté al posadero si habia en la posada un jóven francés llamado *Alfredo de N.*

—Cuando llegasteis acababa de marcharse.

—¿Sabéis á donde ha marchado?

—A Fluelen donde habia de antemano mandado prevenir una barca.

—Entonces la cuenta y nos vamos.

Este fué un nuevo golpe para Francesco; me hizo repetirlo dos veces antes de decidirse á traducirlo en alemán. El pobre muchacho habia tomado todas sus disposiciones necesarias para pasar el resto del dia y la noche en Altorf. Le prometí que dormiria admirablemente en Brunnen, cuya hosteria me habian ponderado mucho; esta promesa le hizo estremer, porque todavia teniamos que andar cinco leguas antes de llegar al abrigo que yo

le prometia; verdad es que cuatro y media debiamos hacerlas en el barco, pero el pobre Francesco, tan ignorante en geografia como descuidado é indiferente en historia, no sabia esto y ya compadecía á sus piernas, cuando yo le saqué de su error. Recobró al punto su buen humor, trájome alegremente el morral y el palo de camino, pagamos y nos despedimos de la capital del canton de Uri.

Francesco era con todo un excelente muchacho, fuera de la mania de que viajaba por gusto suyo, lo que ocasionaba equivocaciones continuas tomando disposiciones que muchas veces á mi no me acomodaban y que yo deshacia. De aquí su asombro cuando contrariaba sus disposiciones con una palabra inesperada. En tales casos habia un momento de lucha entre mi voluntad y su asombro; casi inmediatamente cedia pasivamente como una pobre criatura acostumbrada á la obediencia, y su buena indole le hacia recobrar al instante su jovialidad, haciendo nuevos proyectos que tambien debian desbaratarse á su vez.

Alfredo nos llevaba dos leguas de delante, ademas caminaba en carruage, lo que nos daba poca probabilidad de alcanzarlo: anduvimos mas aprisa y al cabo de un cuarto de hora entrábamos ya en Fluelen. Estaba á unos cien pasos del rio, cuando divisé á mi viajero, que iba á poner el pie en la barca.

Le llamé por su nombre con toda la fuerza de mis pulmones: volvióse y aunque visiblemente me habia reconocido, no por eso dejó de embarcarse, antes al contrario, parecióme que todavia tenia mas prisa á medida que yo me aproximaba. Llamélo segunda vez: saludóme sonriendo y meneando la cabeza; pero tomando al mismo tiempo un remo de mano de uno de los marineros, sirvióse de él para separar la barca de la orilla. En el movimiento que hizo descubri entonces solamente á una muger que se ocultaba á su espalda. Comprendi al punto la causa de aquella aparente groseria y le tranquilicé con un respetuoso saludo, para que viese que yo no quedaba incomodado con su proceder, y era fácil de adivinar que me dirigia por mitad á su misteriosa vecina. Al mismo tiempo detuve á Francesco, que no comprendiendo nada de nuestra pantomima, continuaba corriendo hácia la embarcacion y gritando en alemán para que se parasen á los marineros. Alfredo me dió las gracias con la mano, y la barca se alejó graciosamente, dirigiéndose hácia la base del Axemberg, en donde está la capilla de *Tellen Plate*. En cuanto á Francesco, le autorizé para que hiciese prepararnos habitacion y camas en Fluelen, mision que desempeñó con la mas viva satisfaccion, con la no menos que tuve yo en ir á tenderme perezosamente á la orilla del lago.

Siempre es una excelente cosa el acostarse, pero esta accion se hace á veces con circunstancias maravillosas. Echarse sobre una

tierra histórica y orilla de un lago que se pierde entre montañas; ver deslizarse por el agua, como un fantasma, una barca, en la que hay una persona que nos suscita recuerdos de otra época, y hábitos de otra localidad, sentir mezclarse lo pasado á lo presente, por diferentes que sean uno de otro; estar en persona en Suiza y en espíritu en Francia, ver con los ojos de la imaginacion la calle de la Paz, y con los del cuerpo el lago de Lucerna; confundir en aquella infinita meditacion, sin objeto, silios y objetos; ver pasar en aquel caos figuras que llevan luz en si mismas, como los ángeles de Martyna, es un sueño del dia que puede compararse á los mas hermosos de la noche, mayormente si se verificase cuando oscurece la tarde, cuando el sol se oculta tras de una colina que se inflama como la del Horeb, y en donde el crepusculo empapado todo de frescura, de silencio y de rocío, hace temblar en el Oriente las primeras estrellas de la noche: entonces comprendéis instintivamente, que el mundo camina para si mismo, y no para el hombre, que no es mas que un espectador convidado por la bondad de Dios á aquel espléndido espectáculo, y que la tierra no es mas que un fragmento inteligente del sistema universal. Entonces pensais de repente con terror cuan poco espacio ocupais en la tierra; pero pronto, obrando el espíritu sobre la materia, vuestro pensamiento se estiende á la grandeza de los objetos que abarca: unis lo presente con lo pasado, los mundos á los mundos, el hombre á Dios, y os decis á vos mismo asombrado de tanta debilidad y tanta grandeza; ¡Señor, cuan pequeño me hicieron vuestras manos y cuan grande me ha hecho vuestro espíritu!

Hallábame sumergido en lo mas profundo de estos pensamientos, cuando la voz de Francesco me hizo volver á una esfera de cosas mas inferiores: venia á anunciarme que por pequeño que la mano de Dios me hubiese hecho, no habia lugar para mi en la posada de Fluelen, y viendo que aquella noticia producía en mi alma un efecto desagradable, me presentó en seguida á un mozo de Lausana, cochero de oficio, el cual ponía á mi disposicion el coche y caballos que habian traído á Alfredo, si queria volver á Altorf ó por si me decidia á dar la vuelta al lago por la orilla izquierda, por la cual hay un camino casi regular. Ninguna de las dos proposiciones me convenia, pero le hice una que no se esperaba, era la de que me alquilase por toda la noche el interior del coche, que aceptó como buen suizo, dispuesto siempre á sacar partido de todo. Convenimos en el precio por un franco y medio, y Francesco se fué en seguida á buscar paja para llenar el fondo del coche; mi blusa debia reemplazar las sábanas, y mi capa servirme de colcha.

Habiéndome quedado solo con el propietario de mi improvisada habitacion, le pre-

gunté sobre Alfredo y sobre la persona que le acompañaba; pero no sabia absolutamente nada, sino que la señora estaba enferma, que parecia amar prodigiosamente á su compañero de viage y se llamaba *Paulina*.

Cuando me convencí bien de que no sabia nada mas, me desnudé, me eché en el lago, para hacer mi *toilette* de noche, y me fui á acostar á mi carruage.

HISTORIA DE UN BURRO, DE UN HOMBRE, DE UN PERRO Y DE UNA MUGER.

A la mañana siguiente me despertó al amanecer el cochero que enganchaba los caballos al carruage, y como no tenia que ir á la misma parte él que yo, traté de saltar inmediatamente de mi cama, y encontré al buen Francesco dispuesto á seguirme. La barca que yo habia alquilado desde el dia anterior nos esperaba ya con dos marineros y el patron; embarcámonos y comenzamos á navegar; una hora despues desembarcábamos en la tierra de Guillermo Tell. Segun los marineros que venian con nosotros nos hallábamos en la misma roca en donde habia saltado el intrépido cazador, valiéndose de la libertad que Guesler le habia hecho dar en medio de la tormenta.

A un cuarto de legua poco menos de la capilla de *Tellen Plate*, sobre la misma margen del lago y á espaldas de la aldea de Sissigen, se presenta un valle que tres leguas mas adelante cierra el Ross-Stock; la cumbre escarpada de este cerro sirvió de senda á los veinte y cinco mil rusos mandados por Suwarow, que bajaron al lugar de Muotta el 28 de octubre de 1799. Entonces fué cuando se vieron desfilar ejércitos enteros por donde poco antes los cazadores de gamos se quitaban los zapatos y caminaban descalzos agarrándose con las manos por no caer. Allí fué donde tres pueblos procedentes de tres naciones diversas se reunieron en el nido de las águilas, como para poner á Dios por juez de sus diferencias. Hubo un momento en que todas aquellas heladas montañas se inflamaron como volcanes, las cascadas bajaron enrojadas de sangre al llano, y cayeron sobre el valle aludes de hombres, siendo tan copiosa la mies de la muerte en un sitio en donde hasta entonces no habian subido los vivientes, que los buitres, para quienes la muerte habia trabajado, en tan abundante botín desdeñaban la carne y no comian mas que los ojos de los cadáveres, llevándoselos para alimentar sus polluelos.

Trataba de pararme y visitar aquel valle en que Massena y Suwarow habian luchado como titanes, pero los marineros me dijeron que subiendo por la Muota, volveria á encontrarme entre Inhenboli y Schwitz, tendria mejor camino, y continué hacia el Grutti, pasando siempre por un pais tan fértil en recuerdos históricos que los unos se suceden sin interrupcion á los otros.

Llegamos á Grutti, subimos la cuesta no muy pesada de la colina, y llegamos á un rellano que es una deliciosa pradera: allí es donde, en la noche del 17 de noviembre de 1307, Werner Stauffacher del canton de Schwitz, Walter Furst del de Uri, y Arnaldo de Mechtal del de Unterwalden, seguidos de diez hombres cada cual, juraron libertar á su patria impetrando de Dios un milagro para conocer si aceptaba su juramento. Aun se ven los tres manantiales que brotaron á los pies de los tres gefes. Cinco siglos hace que están corriendo, y segun los antiguos profetas de las montañas se secarán el dia en que la Suiza pierda su libertad. El primero contando por la izquierda es el de Walter Furst, el segundo el de Werner Stauffacher, y el tercero el de Mechtal.

Dispuse almorzar en la misma rotonda que cubre las tres fuentes, que segun me esplicó el cicerone de aquel pequeño pedazo de mundo, se debe á la *munificencia* del rey de Prusia: observé una cosa que no dejaba de hacer honor al patriotismo de mis camaradas, y es que respetando sin duda el agua de las fuentes solo gastaron vino puro. No sé si se pusieron alegres por la satisfaccion de haber cumplido algun deber, pero lo cierto es que pasaron el lago con mucha algazara, acompañando el movimiento del remo con una tirolesa cuyo estribillo oí yo aun en la otra parte del Brunnen diez minutos despues de haberme separado de ellos.

Aquel sitio no ofrece nada notable, asi no nos paramos en él mas que para preguntar á un hombre que fumaba sentado en un banco en el umbral de la última casa, si era aquel el camino de Schwitz. Respondiéronos que sí, y para corroborar su aserto, nos enseñó á trescientos pasos mas adelante á un hombre con un burro que iba delante de nosotros y por el camino que nosotros debiamos andar hasta Ibach. Mientras hablábamos, el hombre y el burro se habian ocultado á nuestra vista en un recodo del camino, y ya no pensábamos en ellos, cuando al llegar al sitio en donde los habiamos perdido de vista, vimos que el burro volvía á gran galope anunciando su vuelta con toda la valentia de un vibrante rebuzno. Detrás de él, pero no con tanta velocidad, venia corriendo el dueño usando la elocuencia mas persuasiva para detener al fugitivo. Como el idioma en que conjuraba á su burro era el mio materno, hizome tanto efecto como poco le hacia el terco animal á quien se dirigia. Al pasar por mi lado cogile por el ramal

que iba arrastrando por el suelo, mas ni por esas se paró, continuó caminando; mas yo que no queria quedar desairado por un burro, me esforcé en detenerle y comencé á tirar con toda mi fuerza. No sé quien hubiera vencido al fin si Francesco no hubiese acudido en mi socorro descargando una lluvia de palos en la parte posterior de mi adversario. El argumento fué concluyente, porque el burro se rindió y lo entregamos á su dueño, que llegaba jadeando y sudando á mares por todo su cuerpo.

Al pronto creimos que renovaria nuestras razones de palo al pícaro animal; pero con poca admiracion le vimos dirigirle la palabra con un acento de ternura tan fuera de propósito, que no pude menos de reconvenirle por su mauséndice diciendo, que echaria á perder el carácter de su asno si lo mimaba de aquel modo, consintiéndole tales caprichos.

—¡Oh! no es un capricho, no, es que se ha espantado.

—¿Y de qué?

—Del fuego que los muchachos han encendido en la carretera.

—¡Vaya! pues es chistoso que un burro tenga miedo á la lumbre.

—¿Qué queréis? no puede hacer mas el pobre animal.

—Pero si fueseis montado en él cuando le da ese miedo, si no sois buen ginete, os arrojaria al suelo por las orejas y os rompería la cabeza.

—¡Oh! si señor, sin duda alguna, por esto no le monto jamás.

—Entonces de bastante os sirve.

—Pues mirad, aquí donde lo veis, sabed que ha sido el mejor animal del mundo, dócil, trabajador, valiente.... no habia otro como él en todo el canton.

—Vuestra condescendencia lo habrá echado á perder.

—No señor, no, fué una desgracia.

—Arre, burro; grité yo viendo que se paraba otra vez.

—Aguardaos, señor mio.... es que no quiere pasar por el agua.

—¿Cómo! el agua tambien le espanta.

—Sí, tambien.

—¿Es decir que se espanta de todo? —Efectivamente es muy miedoso. —Arre, borrico.

Acabábamos de llegar á un arroyuelo de unos diez pies de anchura que dividia el camino, y Perico, que así se llamaba nuestro héroe de cuatro patas, se plantó en la orilla del agua que le causaba miedo, sin querer entrar en ella de modo alguno. Su resolucion era muy terminante, y en valde se cansaba su amo en tirarle del ramal, pues Perico estaba terco y mas terco. Fui á donde estaba el pobre hombre, y le ayudé á tirar del borrico; pero Perico parecia clavado en el suelo, sobre todo, con sus pies traseros. Francesco empu-

zó á empujarle por detrás, pero no por esto daba un paso el condenado animal, al fin me empuñé con tanta rabia y tiré tan fuertemente, que se rompió el ramal. Este incidente produjo resultados muy diferentes en los dos y que merecen la pena de referirse. El amo del burro se cayó de espaldas al arroyo, yo fui dando tropezones mas de diez pasos y me cai en el polvo, y Francesco faltándole el punto de apoyo, gracias al cuarto de conversion que hizo Perico al verse libre, cayó de cara cuan largo era en el arroyo.

—Ya me lo esperaba yo que no pasaria, dijo el mansísimo amo, mientras se sacudia los calzones empapados en agua.

—Pero ¿sabéis que ese burro es un infante rinoceronte? respondí yo limpiándome el polvo.

—*Diavolo di sommaro*, murmuró Francesco en tanto que iba á lavarse la cara en el agua llena de lodo.

—Mil gracias, buen señor, siento que os hayais incomodado.

—No hay de que: solo siento que no hayamos hecho pasar á ese demonio.

—Que queréis, cuando se ha hecho todo lo posible....

—Pero ahora, ¿cómo diablos os compondreis?

—Daré un rodeo.

—¿Y dejareis que Perico se salga con la suya?

—¡Pues si no quiere pasar!

—¡Oh! no, eso no, repliqué yo: aunque lo haya de pasar yo á cuestras, el burro pasará.

—¡Qué! pesa mucho para eso.

—Cogerlo por el ramal, pues me ocurre una excelente idea.

Hizolo así el buen hombre.

—Bien, añadí yo: ahora aproximadlo todo lo mas que se pueda al arroyo.

—¿Está bien así?

—Perfectamente! ¿Mas acabado de lavarle, Francesco?

—Sí, ilustrísimo señor.

—Dame tu palo y pasa por delante de Perico. Hizolo así Francesco mientras el amo estaba haciendo fiestas á su asno.

Yo me aproveché de aquel momento para ponerme al otro lado del animal, y mientras recibia las caricias de su amo, le pasé por debajo de la barriga nuestros dos palos de camino. Francesco comprendió inmediatamente mi intencion, volviöse de espaldas como un mozo de cuerda de los que trasportan objetos de peso muy abultados, y se colocó en los hombros las dos puntas delanteras de nuestros palos, mientras yo cogia las otras dos. *¡Al aire!* dije, y Perico se vió levantar del suelo: *¡adelante, marchen!* y comencó á caminar triunfalmente cual si fuese en una silla de manos.

Bien que lo nuevo del modo le hubiese aturdido, bien que acaso reconociese la supe-

rioridad de nuestros conocimientos dinámicos, la verdad es que Perico no opuso la menor resistencia y lo depositamos sano y salvo á la otra orilla del arroyo.

—¡Ay, Dios mio! dijo el amo del asno cuando lo vió otra vez en el suelo, nunca hubieras pensado una cosa semejante: ¿no es cierto, Perico?

—Y bien, le dije yo entonces al labriego, contadme el percance sucedido á vuestro burro, y de donde proviene que el fuego y el agua le causan miedo; pues me parece que acreedor soy á esta confianza, despues del servicio que acabo de prestaros.

—¡Ah! señor! me respondió el labrador, colocando su mano sobre el cuello de su animal; la cosa sucedió hará dos años para el próximo noviembre: habia ya mucha nieve en la montaña, y una noche que habia yo vuelto como hoy á Brunnen con Perico: en aquel tiempo, ¡pobre animal! no tenia miedo á nada, y nosotros nos calentábamos, mi hijo que aun no habia muerto en aquella época, mi nuera Fidel y yo.

—Perdonad, le interrumpí, pero cuando comienzo á oír una historia deseo perfectamente conocer los personajes.

—Decidme, ¿quién es Fidel?

—Con perdon vuestro, es mi perro, un soberbio animal.

—Muy bien, amigo, ya os escucho.

—Calentámonos, pues, oyendo silbar el viento entre los pinares, cuando llamaron á la puerta; corrí á abrir. Eran dos jóvenes de Paris que habian salido de Santa Ana sin guia y que se habian perdido en la montaña. Estaban fiesos de frío; les hice acercarse á la lumbre, y mientras entraban en calor, Mariana preparó un cuarto de gamuza. Eran gente franca, aunque medio helados, alegres y divertidos, verdaderos franceses, en fin. Lo que les habia salvado es, que llevaban consigo lo necesario para hacer fuego, haciendo dos ó tres hogueras en diferentes sitios para calentarse, y prosiguiendo despues su viaje calentándose y volviendo á enfriarse, hasta que llegaron á la casa. Concluida la cena los llevé al cuarto que les habia preparado; no era elegante por cierto, pero era cuanto teniamos; calentito como un horno, porque tenia una puerta que daba al establo, y la gente aprovecha el calor de los animales. Cuando fui á buscar paja para hacer la cama, dejé abierta la puerta de comunicacion, y Perico que siempre estaba suelto, porque era manso como un cordero, entró detrás de mí en el cuarto, siguiéndome como un perro, comiendo paja de la que yo llevaba debajo del brazo.—Teneis un famoso animal, me dijo uno de los viajeros.—Efectivamente, yo no sé si lo habeis reparado; pero Perico es soberbio en su género.

Yo hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Cómo se llama? preguntó el mayor de los dos.

—Se llama Perico. Podéis llamarlo, no es arisco, y vendrá.

—¿Cuánto puede valer un burro como este?

—¡Toma! veinte ó treinta escudos.

—Eso no es nada.

—Efectivamente, para lo que trabaja es nada. Vamos, Perico, amigo mio, es preciso dejar descansar á estos señores, y para no incomodar mas á aquellos señores, me fui por la cuadra. Un instante despues les ot dar grandes carcajadas; bueno, dije yo, Dios bendice la choza donde la gente está alegre.

Al día siguiente; sobre las siete, se despertaron los dos huéspedes; mi hijo se había ido ya á cazar. ¡Pobre Francisco! era su pasión.... en fin, Mariana había preparado el desayuno. Nuestros huéspedes comieron con apetito de viajeros: despues quisieron ajustar cuentas, les dijimos que era lo que quisiesen, dieron un luis en oro á Mariana, que quiso devolvérselo, pero ellos se opusieron; eran ricos á lo que parece.

—Ahora, amigo, es menester otra cosa; necesitamos que nos presteis á Perico hasta Brunnen, dijo uno de los dos.

—Con muchísimo gusto, le respondi; lo dejareis en la posada del Aguila en donde lo recogeré cuando yo vaya á buscar provisiones. Perico está á vuestra disposicion, podéis montarlo un rato cada uno, los dos á un tiempo, pues es muy firme, y así ireis descansados.

—Pero replicó el otro compañero, como pudiera suceder alguna desgracia al borrico...

—¿Qué queréis que le suceda? les dije. El camino es bueno desde aquí á Ibach, y desde Ibach á Brunnen es excelente.

—Pero no se sabe lo que puede suceder. Vamos á dejaros el valor del burro.

—Es inútil, tengo confianza en vosotros.

—Sin esta condicion no nos lo llevamos.

—Haced lo que queráis; sois los amos.

—Habeis dicho poco ha que el asno valia treinta escudos.

—A lo menos.

—Ahí tenéis cuarenta. Dadnos recibo. Si al llegar á Brunnen entregamos sano y salvo vuestro burro al posadero del Aguila, nos devolvéis esta cantidad, quedándoos con ella si le sucediere alguna desgracia á Perico.

Nada mejor podían decir que esto. Mi nuera, que sabia leer y escribir, porque era hija del maestro de escuela de Goldausles, dió un recibo circunstanciado. Aparejamos á Perico y se marcharon. Es menester hacer justicia á la pobre bestia; no queria marchar. Nos miraba con un aire triste que me causó pena, fui á cortar un pedazo de pan y se lo di. El pan le gusta mucho: era el medio de hacer de él cuanto se queria; de modo que no tuve mas que decirle ¡vamos! y echó á andar. En aquel tiempo era obediente como un perrillo.

—Mucho ha cambiado con la edad.

—¡Está desconocido! pero no por la edad, sino por el accidente que le sucedió.

—¿Qué le sucedió durante el viage?

—¡Una cosa horrible! ¿No es verdad, pobre Perico?

—Veamos el accidente.

—Jamás lo adivinariais. Es preciso imaginaros que aquellos calaveras parisienses tuvieron una idea; pero qué ideal una idea endiablada, y fué la de irse calentando durante todo el camino, en vez de hacerlo de rato en rato, como en el día anterior. Para esto pensaron en Perico; despues he sabido cómo lo hicieron, porque me lo contó un vecino de Ried que trabajaba en el bosque y que los vió. Primero pusieron yerba mojada sobre la albarda del jumento, luego una capa de nieve, despues otra de yerba, y encima un haz de leña á que prendieron fuego con un fósforo, de modo que no tenían mas que seguir á Perico para calentarse, y que alargar la mano para encender sus cigarros, exactamente como si estuviesen delante de una chimenea. ¿Qué decís de la invencion?

—Que reconozco perfectamente á mis parisienses.

—Tambien hubiera debido reconocerlos yo, pues ya habia tenido que tratar con ellos en tiempo del general Massena.

—¿Cómo! ¿Habitábais entonces esta comarca?

—Recien llegado del canton de Vaux acababa de establecerme aquí, por esto hablo el francés.

—¿Y habeis visto el famoso combate de Muotta-Thal?

—Es decir, lo vi y no lo vi; pero esa es otra historia, esta es la mía.

—Es verdad, y todavía estamos en la de Perico.

—Como íbamos diciendo, durante una legua anduvo bien la cosa, habian atravesado la aldea de Schonembuch, calentándose y sin detenerse mas que para añadir leña al fuego. Toda la gente salió á las puertas para verlos pasar; nunca se habia visto una cosa igual; pero poco á poco el calor del fuego fué derritiendo la nieve, y ya se habian secado las dos capas de yerba sin que los parisienses hubiesen reparado que el fuego se acercaba á la piel de Perico, que fué el primero que lo notó. Comenzó por dar respingos, despues por rebuznar, despues por trotar, por ir á galope; de suerte que los jóvenes no podian seguirle; y cuanto mas de prisa andaba, mas la corriente del aire encendia la hoguera. En fin, el pobre animal se tumbó en el suelo revolcándose como un loco, levantándose y volviéndose á tumbar. La albarda llegó á quemarse y el pobre burro se asaba, se levantaba y se volvia á echar; en fin, á fuerza de rodar por tierra, llegó á la vertiente del rio, y como estaba muy en cuenta, fué á caer dentro de él.

Los dos calaveras continuaron su camino sin cuidarse de él: estaba pagado el importe del burro.

Al cabo de dos horas encontraron á Perico:

estaba apagado, pero como las márgenes del Muotta son escarpadas, no pudo salir del rio y se quedó todo aquel tiempo en el hielo: quisieron acercarlo á la lumbre; pero así que la vió echó á correr como un rabioso, y no paró hasta llegar á casa, en donde estuvo seis semanas malo.

Desde aquel tiempo no puede sentir ni el fuego ni el agua.

Como yo habia visto repugnancias mas extraordinarias que las de Perico, comprendi perfectamente la suya, y tornó desde entonces en mi aprecio, y á tener toda la consideracion que le habian hecho perder sus dos escapatorias.

HISTORIA DEL HOMBRE.

Charlando á mas y mejor, llegamos á Ibach, y como el desayuno se hacia esperar mucho, propuse á mi hombre que tomásemos un bocadito, el que admitió la oferta con la misma franqueza con que se le hacia, y nos pusimos á la mesa.

—A propósito, le dije, mientras nos hacian una tortilla, habeis dejado escapar cierta palabra, que yo he recogido.

—¿Cuál, mi amo? me respondió él, que empezaba ya á familiarizarse con mis maneras.

—Habeis dicho que habiais conocido á los franceses del tiempo de Massena.

—Un poco, respondió despues de haber apurado su vaso haciendo castañetear su lengua en el paladar.

—¿Y habeis tenido trato con ellos?

—¡Oh! con uno entre otros. ¡Qué ganapan! y era un capitán, sin embargo.

—¿No podríais contarme eso?

—Si tal. Imaginaos.... pero ya está aquí la tortilla....

Efectivamente nos traian el plato indispensable, único á veces de las malas posadas, y en la precipitacion con que mi convidado saludaba su presencia, habria sido una crueldad el distraerle de los cuidados que al parecer estaba dispuesto á tributarle.

—¡Diablo! dije yo, mucho me pesa que probablemente no sigamos mas lejos por el mismo camino, pues hubiéramos hablado de la famosa batalla.

—¡Oh! sí, una de las mas famosas: ¿Vais á Schwitz?

—Sí, pero no en seguida; quisiera antes ver la Muotta-Thal.

—¡Pues bien! Estamos entonces como deseamos, precisamente vivo yo allí; desde mi ventana se ve hasta la aldea de Muotta, en

donde fué lo mas caliente de la refriega. Venios á dormir á mi casa, no estareis muy cómodamente, pero allí hay un cuartito.

—A fè mia, le dije yo, acepto la oferta como me la haceis, sin cumplimientos.

—Teneis razon, donde hay incomodidad no hay placer. Vereis á Mariana que es una excelente muchacha que me cuida mucho, no tendreis gamuza, porque el cazador no está allí ya:—El anciano exhaló un suspiro: ¡pobre Francisco!.... En fin, encontrareis gallinas, buena manteca y esquisita leche. ¡Vamos!

—Estoy seguro de que estaré muy bien.

—Muy bien no, pero se tratará de que estéis lo menos mal. ¡A vuestra salud!

—A la vuestra, amigo, y á la de las personas de vuestro afecto.

—Gracias: me hacéis recordar que me he olvidado de Perico....

—Yo he pensado en él, yo, y probablemente á estas horas estará comiendo mejor que nosotros.

—Vaya, gracias. Mirad, todo lo que me queda en este mundo es Mariana, Fidel y Perico: cuando vuelvo á mi casa, Perico rebuzna, Fidel me sale á mi encuentro, y Mariana aparece en el dintel de la puerta. Los que llegan son bien recibidos de los que esperan. Cuando se vive aislados, como nosotros vivimos, uno se hace amigo de los animales, cuyas buenas ó malas costumbres se conocen: las buenas les vienen de la naturaleza y las malas de sus relaciones con nosotros. Cuando se sabe esto se les disimulan las malas, porque, ¿á qué empeñarse en que los animales sean mas perfectos que los hombres? Si Perico no hubiese conocido jamás á los parisienses, y esto sea dicho con vuestro perdon....

—Continuad, continuad, yo no soy de París.

—No tendria el carácter maleado como lo tiene.

Y era verdad lo que decia, la civilizacion todo lo corrompe, hasta á los burros.

Durante este diálogo, habian desaparecido la tortilla y el queso, y en la botella no quedaba ya mas que para el último brindis; echámoslo, y partimos en seguida.

—¿Y nuestro capitán? dije yo al momento que hubimos pasado la última casa.

—¡Ah! sí, el capitán! Era la mañana del 29 de setiembre, día de la batalla; me acuerdo como si fuera ayer y hace ya treinta y cuatro años. ¡Cómo pasa el tiempo! ocho días hacia que acababa de casarme, y tenia alquilada la casa que hoy ocupo. Habia yo dormido en Ibach, cuando al salir de la posada fui detenido por cuatro granaderos, me llevaron delante del general: yo no sabia qué querian hacer de mí.

—¿Hablas francés? me dijo él.

—Sí: es mi lengua.

—¿Y hace mucho tiempo que vives en este país?

—Se llama Perico. Podéis llamarlo, no es arisco, y vendrá.

—¿Cuánto puede valer un burro como este?

—¡Toma! veinte ó treinta escudos.

—Eso no es nada.

—Efectivamente, para lo que trabaja es nada. Vamos, Perico, amigo mio, es preciso dejar descansar á estos señores, y para no incomodar mas á aquellos señores, me fui por la cuadra. Un instante despues les ot dar grandes carcajadas; bueno, dije yo, Dios bendice la choza donde la gente está alegre.

Al día siguiente; sobre las siete, se despertaron los dos huéspedes; mi hijo se había ido ya á cazar. ¡Pobre Francisco! era su pasión.... en fin, Mariana había preparado el desayuno. Nuestros huéspedes comieron con apetito de viajeros: despues quisieron ajustar cuentas, les dijimos que era lo que quisiesen, dieron un luis en oro á Mariana, que quiso devolvérselo, pero ellos se opusieron; eran ricos á lo que parece.

—Ahora, amigo, es menester otra cosa; necesitamos que nos presteis á Perico hasta Brunnen, dijo uno de los dos.

—Con muchísimo gusto, le respondi; lo dejareis en la posada del Aguila en donde lo recogeré cuando yo vaya á buscar provisiones. Perico está á vuestra disposicion, podéis montarlo un rato cada uno, los dos á un tiempo, pues es muy firme, y así ireis descansados.

—Pero replicó el otro compañero, como pudiera suceder alguna desgracia al borrico...

—¿Qué queréis que le suceda? les dije. El camino es bueno desde aquí á Ibach, y desde Ibach á Brunnen es excelente.

—Pero no se sabe lo que puede suceder. Vamos á dejaros el valor del burro.

—Es inútil, tengo confianza en vosotros.

—Sin esta condicion no nos lo llevamos.

—Haced lo que queráis; sois los amos.

—Habeis dicho poco ha que el asno valia treinta escudos.

—A lo menos.

—Ahí tenéis cuarenta. Dadnos recibo. Si al llegar á Brunnen entregamos sano y salvo vuestro burro al posadero del Aguila, nos devolvéis esta cantidad, quedándoos con ella si le sucediere alguna desgracia á Perico.

Nada mejor podían decir que esto. Mi nuera, que sabia leer y escribir, porque era hija del maestro de escuela de Goldausles, dió un recibo circunstanciado. Aparejamos á Perico y se marcharon. Es menester hacer justicia á la pobre bestia; no queria marchar. Nos miraba con un aire triste que me causó pena, fui á cortar un pedazo de pan y se lo di. El pan le gusta mucho: era el medio de hacer de él cuanto se queria; de modo que no tuve mas que decirle ¡vamos! y echó á andar. En aquel tiempo era obediente como un perrillo.

—Mucho ha cambiado con la edad.

—¡Está desconocido! pero no por la edad, sino por el accidente que le sucedió.

—¿Qué le sucedió durante el viage?

—¡Una cosa horrible! ¿No es verdad, pobre Perico?

—Veamos el accidente.

—Jamás lo adivinariais. Es preciso imaginaros que aquellos calaveras parisienses tuvieron una idea; pero qué ideal una idea endiablada, y fué la de irse calentando durante todo el camino, en vez de hacerlo de rato en rato, como en el día anterior. Para esto pensaron en Perico; despues he sabido cómo lo hicieron, porque me lo contó un vecino de Ried que trabajaba en el bosque y que los vió. Primero pusieron yerba mojada sobre la albarda del jumento, luego una capa de nieve, despues otra de yerba, y encima un haz de leña á que prendieron fuego con un fósforo, de modo que no tenían mas que seguir á Perico para calentarse, y que alargar la mano para encender sus cigarros, exactamente como si estuviesen delante de una chimenea. ¿Qué decís de la invencion?

—Que reconozco perfectamente á mis parisienses.

—Tambien hubiera debido reconocerlos yo, pues ya habia tenido que tratar con ellos en tiempo del general Massena.

—¿Cómo! ¿Habítábais entonces esta comarea?

—Recien llegado del canton de Vaux acababa de establecerme aquí, por esto hablo el francés.

—¿Y habeis visto el famoso combate de Muotta-Thal?

—Es decir, lo vi y no lo vi; pero esa es otra historia, esta es la mía.

—Es verdad, y todavía estamos en la de Perico.

—Como íbamos diciendo, durante una legua anduvo bien la cosa, habian atravesado la aldea de Schonembuch, calentándose y sin detenerse mas que para añadir leña al fuego. Toda la gente salió á las puertas para verlos pasar; nunca se habia visto una cosa igual; pero poco á poco el calor del fuego fué derritiendo la nieve, y ya se habian secado las dos capas de yerba sin que los parisienses hubiesen reparado que el fuego se acercaba á la piel de Perico, que fué el primero que lo notó. Comenzó por dar respingos, despues por rebuznar, despues por trotar, por ir á galope; de suerte que los jóvenes no podian seguirle; y cuanto mas de prisa andaba, mas la corriente del aire encendia la hoguera. En fin, el pobre animal se tumbó en el suelo revolcándose como un loco, levantándose y volviéndose á tumbar. La albarda llegó á quemarse y el pobre burro se asaba, se levantaba y se volvia á echar; en fin, á fuerza de rodar por tierra, llegó á la vertiente del rio, y como estaba muy en cuenta, fué á caer dentro de él.

Los dos calaveras continuaron su camino sin cuidarse de él: estaba pagado el importe del burro.

Al cabo de dos horas encontraron á Perico:

estaba apagado, pero como las márgenes del Muotta son escarpadas, no pudo salir del rio y se quedó todo aquel tiempo en el hielo: quisieron acercarlo á la lumbre; pero así que la vió echó á correr como un rabioso, y no paró hasta llegar á casa, en donde estuvo seis semanas malo.

Desde aquel tiempo no puede sentir ni el fuego ni el agua.

Como yo habia visto repugnancias mas extraordinarias que las de Perico, comprendi perfectamente la suya, y tornó desde entonces en mi aprecio, y á tener toda la consideracion que le habian hecho perder sus dos escapatorias.

HISTORIA DEL HOMBRE.

Charlando á mas y mejor, llegamos á Ibach, y como el desayuno se hacia esperar mucho, propuse á mi hombre que tomásemos un bocadito, el que admitió la oferta con la misma franqueza con que se le hacia, y nos pusimos á la mesa.

—A propósito, le dije, mientras nos hacian una tortilla, habeis dejado escapar cierta palabra, que yo he recogido.

—¿Cuál, mi amo? me respondió él, que empezaba ya á familiarizarse con mis maneras.

—Habeis dicho que habíais conocido á los franceses del tiempo de Massena.

—Un poco, respondió despues de haber apurado su vaso haciendo castañetear su lengua en el paladar.

—¿Y habeis tenido trato con ellos?

—¡Oh! con uno entre otros. ¡Qué ganapan! y era un capitán, sin embargo.

—¿No podríais contarme eso?

—Si tal. Imaginaos.... pero ya está aquí la tortilla....

Efectivamente nos traian el plato indispensable, único á veces de las malas posadas, y en la precipitacion con que mi convidado saludaba su presencia, habria sido una crueldad el distraerle de los cuidados que al parecer estaba dispuesto á tributarle.

—¡Diablo! dije yo, mucho me pesa que probablemente no sigamos mas lejos por el mismo camino, pues hubiéramos hablado de la famosa batalla.

—¡Oh! sí, una de las mas famosas: ¿Vais á Schwitz?

—Sí, pero no en seguida; quisiera antes ver la Muotta-Thal.

—¡Pues bien! Estamos entonces como deseamos, precisamente vivo yo allí; desde mi ventana se ve hasta la aldea de Muotta, en

donde fué lo mas caliente de la refriega. Venios á dormir á mi casa, no estareis muy cómodamente, pero allí hay un cuartito.

—A fè mia, le dije yo, acepto la oferta como me la haceis, sin cumplimientos.

—Teneis razon, donde hay incomodidad no hay placer. Vereis á Mariana que es una excelente muchacha que me cuida mucho, no tendreis gamuza, porque el cazador no está allí ya:—El anciano exhaló un suspiro: ¡pobre Francisco!.... En fin, encontrareis gallinas, buena manteca y esquisita leche. ¡Vamos!

—Estoy seguro de que estaré muy bien.

—Muy bien no, pero se tratará de que estéis lo menos mal. ¡A vuestra salud!

—A la vuestra, amigo, y á la de las personas de vuestro afecto.

—Gracias: me hacéis recordar que me he olvidado de Perico....

—Yo he pensado en él, yo, y probablemente á estas horas estará comiendo mejor que nosotros.

—Vaya, gracias. Mirad, todo lo que me queda en este mundo es Mariana, Fidel y Perico: cuando vuelvo á mi casa, Perico rebuzna, Fidel me sale á mi encuentro, y Mariana aparece en el dintel de la puerta. Los que llegan son bien recibidos de los que esperan. Cuando se vive aislados, como nosotros vivimos, uno se hace amigo de los animales, cuyas buenas ó malas costumbres se conocen: las buenas les vienen de la naturaleza y las malas de sus relaciones con nosotros. Cuando se sabe esto se les disimulan las malas, porque, ¿á qué empeñarse en que los animales sean mas perfectos que los hombres? Si Perico no hubiese conocido jamás á los parisienses, y esto sea dicho con vuestro perdon....

—Continuad, continuad, yo no soy de París.

—No tendria el carácter maleado como lo tiene.

Y era verdad lo que decia, la civilizacion todo lo corrompe, hasta á los burros.

Durante este diálogo, habian desaparecido la tortilla y el queso, y en la botella no quedaba ya mas que para el último brindis; echámoslo, y partimos en seguida.

—¿Y nuestro capitán? dije yo al momento que hubimos pasado la última casa.

—¡Ah! sí, el capitán! Era la mañana del 29 de setiembre, día de la batalla; me acuerdo como si fuera ayer y hace ya treinta y cuatro años. ¡Cómo pasa el tiempo! ocho días hacia que acababa de casarme, y tenia alquilada la casa que hoy ocupo. Habia yo dormido en Ibach, cuando al salir de la posada fui detenido por cuatro granaderos, me llevaron delante del general: yo no sabia qué querian hacer de mí.

—¿Hablas francés? me dijo él.

—Sí: es mi lengua.

—¿Y hace mucho tiempo que vives en este país?

—Cinco años.
—¿Y le conoces bien?
—¡Toma! ya lo crep.
—Bien está, capitán, continuó volviéndose a un oficial que aguardaba sus órdenes; ahí teneis al hombre que os hace falta. Si os dirige bien, haced darle una recompensa; y si os vende, hacedlo fusilar.

—¿Lo oyes? dijo el capitán.
—Sí, mi oficial, respondí yo.
—Pues bien, ea, adelante y en marcha.
—¿Y a dónde?
—Ahora te lo diré.
—Pero en fin....
—Vamos, pocas razones, ó te pego.

No había nada que responder á esto. Internámonos en el valle, y cuando hubimos pasado por Schonemburch, en donde estaban las avanzadas francesas:—Ahora, dijo el capitán mirándome á la cara; es preciso tomar á izquierda ó á derecha y llevarnos mas arriba de la aldea de la Muotta; allí tenemos alguna cosa que hacer: ten cuidado de que no caigamos en manos de alguna partida enemiga, porque te prevengo que al primer tiro: cogió un fusil de manos de un soldado que llevaba dos, lo hizo voltear como un junco, y dejando caer la culata á dos pulgadas de mi cabeza añadió: te mato.

—Pero, señor, dije yo, no será culpa mia si...
—Ya estas prevenido, arréglate como puedas; ni una palabra mas y marchemos.

Hubo silencio en las filas y nos internamos en la montaña: como era necesario ocultar nuestra marcha á los rusos, que ocupaban á Muotta, gané los pinares que estais viendo y que llegan hasta mas allá de mi casa. Llegado cerca de ella le dije al capitán:

—Mi oficial, ¿teneis la bondad de permitirme que avise á mi muger?

—¡Ah! tunante, me dijo el capitán dándome un culatazo en las espaldas, ¿quieres vendernos?

—Yo, mi oficial... ¡Oh!

—Silencio, y marchemos.

Ya veis que no se podía replicar nada. Pasamos á cincuenta pasos de mi casa, sin que pudiera decir una palabra á mi pobre muger; rabiaba yo que era una compasión. En fin, por un claro descubrimos á Muotta: yo se la enseñé con el dedo, no me atrevia ya á hablar. Veíase á los rusos que avanzaban por el camino.

—Bien, dijo el capitán. Ahora se trata de que nos lleves lo mas cerca posible de esos canallas.

—Eso es bien fácil, dije yo, pues hay un sitio en que el bosque baja hasta cincuenta pasos del camino.

—¿Y es el mismo en que estamos?

—No, otro: hay un llano entre los dos; pero el segundo bosque impedirá que nos vean salir del primero.

—Llévanos á ese punto, y cuidado con que

nos vean, por que al primer movimiento que hagan te mato.

Volvíamos otra vez atrás, pues yo deseaba tomar todas las precauciones posibles para que no fuésemos vistos, convenido como estaba de que el maldito capitán haría lo que decia. Al cabo de un cuarto de hora llegamos á la ladera: había como un medio cuarto de legua de un bosque á otro. Al parecer todo estaba tranquilo en derredor nuestro: nos internamos en el espacio vacío y todo iba bien hasta entonces: mas cádate que al llegar á unos veinte pasos del otro bosque, salió de él un fuego horroroso....

—¡Toma! dije yo al capitán, parece que los rusos han tenido la misma idea que nosotros.

No tuve tiempo de decir mas: me pareció que la montaña entera caía sobre mi cabeza: era la culata del fusil del capitán. Yo vi fuego y sangre: luego no vi nada mas y caí al suelo.

Cuando volví en mí, era de noche; no sabía en donde me hallaba, ignoraba lo que me había pasado, no me acordaba de nada, solamente sentía horrorosamente pesada mi cabeza.

Echéme mano á ella, sentí mis cabellos pegados á la frente, vi mi camisa llena de sangre, en mi derredor había cadáveres, entonces me acordé de todo.

Quise levantarme; pero me pareció que la tierra temblaba, y me vi obligado á recostarme hasta que poco á poco fui volviendo enteramente en mí. Me acuerdo que á algunos pasos del sitio en que me encontraba corria un manantial; fui de rodillas arrastrando hasta él, lave mi herida, tragué un poco de agua que me hizo mucho bien, pensé entonces en mi pobre muger y en la inquietud en que por mí debería estar, esto me volvió mi ánimo, hice-me cargo en donde me hallaba, y aunque vacilante todavía me puse en camino.

Parece que la tropa á que yo servia de guia se había retirado por el mismo camino que yo la había enseñado, pues en todo lo largo de la ruta encontré cadáveres, que disminuían sin embargo en cantidad, á medida que yo adelantaba; en fin, llegó el momento en que no encontré ninguno, ya sea porque la columna hubiese cambiado de direccion, sea porque hubiese llegado al sitio en que el enemigo hubiese cesado de perseguirla. Anduve todavía un cuarto de hora: al fin descubrí mi casa. Entre el bosque y ella había un espacio vacío donde hacíamos paecer nuestros animales y á los dos tercios de aquel espacio descubrí al resplandor de la luna una cosa semejante á un hombre tendido. Diríjeme al objeto en cuestion, á algunos pasos ya no me quedó duda alguna: era un militar, veía brillar sus charreteras: me incliné hácia él: era mi capitán.

Entonces llamé como tenia costumbre de hacerlo cuando volvía para anunciar desde

lejos mi regreso; mi muger conoció mi voz y salió, corrió hácia ella, y cayó casi muerta en mis brazos, había pasado un día terrible y lleno de inquietud. Habíanse batido en los alrededores de la casa; ella había oído todo el día el fuego de la fusilería y los cañonazos que retumbaban en el valle.

Interrumpila para enseñarla el cuerpo del capitán.

—¿Está muerto? exclamó.

—Muerto, ó no, respondí yo, es preciso llevarle á casa; si está vivo, todavía tal vez lo-gramos salvarle: si está muerto enviaremos á su regimiento sus papeles, que pueden ser de importancia, y sus charreteras que valen algo: ve á preparar nuestra cama.

Rosa corrió á la casa, yo cogí al capitán en mis brazos y lo llevé descansando mas de una vez, pues aun no me hallaba muy fuerte; por fin, bien ó mal, llegué, desnudamos al capitán y vimos que tenia tres bayonetazos en el pecho; pero sin embargo, no estaba muerto.

¡Cáspita! me hallaba bastante apurado, por que no soy médico; pero calculé que el vino que hace bien en el interior, no podía hacer mal en lo esterior, y así vacié una botella del mejor, en una sopera, empaque hilas y se las apliqué sobre sus heridas. Entretanto mi muger, que como todas las labradoras de los Alpes conocia ciertas yerbas medicinales, se fué á coger algunas á la luz de la luna, hora en que tienen aun mas virtud.

Parece que mis hilas hacian provecho al capitán, porque al cabo de diez minutos exhaló un suspiro, y al cabo de un cuarto de hora abrió los ojos, pero sin ver nada todavía. Si me hubiesen dado cuanto oro podía haber en mi cuarto no me habría puesto mas contento. En fin, tomaron vida y espresion sus miradas, y despues de haber vagado alrededor de la habitacion se fijaron en mí: vi que me reconoció.

—Y bien capitán, le dije muy gozoso, ¿y si me hubiésteis muerto?

Al oír yo esto, di un brinco. La palabra era magnífica por su espíritu evangélico....

—Quince dias despues, continuó el anciano, se incorporó el capitán con su regimiento, y al dia siguiente un ayudante de campo me trajo quinientos francos de parte del general Massena, con los que compré la casa que tenia alquilada, y el prado que está alrededor.

—¿Y cómo se llamaba el capitán?

—No lo he preguntado.

Así este anciano había sido asesinado por un hombre, y había salvado la vida á su asesino, y no había tenido en el corazón ni bastante resentimiento por el mal que había recibido, ni bastante orgullo por el bien que había hecho, para desear saber el nombre de aquel que le debía la vida, y á quien él había estado á punto de deber la muerte.

—Pues yo seré mas curioso que lo que vos lo habeis sido, respondí, porque quiero saber cómo os llamais.

—Santiago, Elsener, para serviros, dijo el anciano quitándose su sombrero para saludarme, y descubriendo al mismo tiempo y sin pensarlo, la cicatriz que le había hecho la culata del fusil del capitán.

En este momento Perico se puso á rebuznar; cinco minutos despues Fidel vino corriendo, y en el primer recodo del camino descubrimos á Mariana que nos aguardaba en el umbral de la puerta.

—¡Hija mia, dijo Santiago, te traigo un buen señor que viene á pedirnos cena y cama.

—Sea bien venido, dijo Mariana, la casa es pequeña y la mesa estrecha; pero sin embargo, hay lugar para el viajero; y me tomó el morral y el palo para llevarlos á mi cuarto.

—¿Qué tal? ¿cómo habla! dijo Santiago sonriéndose, al verla alejarse; es que esta pobre Mariana ha recibido una educacion de una señorita; esa pobre Mariana es la hija del maestro de escuela de Goldan.

—¿Pero, dije yo recordando la catástrofe sucedida en 1806 al pueblo que Santiago acababa de nombrar, no habitaba su familia en aquel pais cuando al caer la montaña aplastó la poblacion?

—Si tal; me respondió Santiago; pero Dios ha preservado al padre y á los hijos: solamente la madre pereció.

—¿Tendria á bien vuestra nuera referirme los detalles de este suceso?

—Todo cuanto querais, aunque ella era muy jóven cuando sucedió; pero su padre se lo ha contado tantas veces que se acuerda como si la cosa hubiese pasado ayer:—Bájate, Fidel.

Perdonad, señor, es su modo de hacer los honores de la casa.

En efecto, Fidel saltaba junto á mí como si hubiéramos sido conocidos antiguos; tal vez olfateaba al cazador.

—Ahora, me dijo Santiago, si no estais muy fatigado, y gustais subir á la colina que está detrás de mi casa, abarcareis de una sola ojeada el campo de batalla de Muotta-Thal y entretanto Mariana hará lo que tiene que hacer.

Seguí á mi guia llamando á Fidel, que anduvo tras de nosotros unos veinte pasos casi, pero al llegar allí se detuvo meneando la cola, nos miró un rato; despues, viendo que continuábamos nuestro camino, se volvió atrás parándose á mirarnos á cada diez pasos; por último, fué á echarse en el umbral de la puerta, tomando los últimos rayos del sol poniente.

—Parece que Fidel no es de los nuestros, le dije á Santiago, pues todo me parecia tan unido en aquella familia, que buscaba la razon de las cosas mas sencillas, seguro de encontrar siempre un misterio de intimidad.

—Sí, sí, me respondió el anciano, Fidel en tiempo de mi pobre Francisco nos queria á todos igualmente aquí, porque todo el mundo era feliz; pero desde que le hemos perdido, se ha unido á su viuda; parece que ella es la que

mas ha padecido; sin embargo, yo era el padre. En fin, Dios nos lo había dado, Dios nos lo ha quitado; ¡hágase su voluntad!

Seguí con respeto á aquel anciano tan sencillito, tan resignado en su dolor, y llegamos á la cima de la colina, desde donde se descubria una parte del valle, desde Muotta hasta Schonemburch: á la derecha divisábamos la cumbre de la montaña, que desde 1799 se llama el *Paso de los Rusos*; dos leguas mas allá de Muotta, el monte Prigel cerraba el valle y lo separaba del Klon, que comienza en la otra falda de la montaña y baja hasta Noefels. Dominábamos el mismo sitio en que había venido á estrellarse sobre nuestras bayonetas la salvaje reputación de Suwarow, y en que el gigante del Norte, corriendo desde Moscou, se vió obligado á batirse él mismo en retirada, después de haber escrito á Korsakoff y á Jellachich, que habían sido derrotados por Lecourbe y por Molitor: «Vengo á reparar vuestras faltas: manteneos firmes como murallas. Me responderéis con vuestra cabeza de cada paso que deis hácia atrás.»

Quince dias después, el que había escrito esta carta, derrotado y huyendo después de haber dejado en las montañas ocho mil hombres y diez piezas de artillería, atravesaba el Reuss por un puente hecho apresuradamente con dos pinos que sus oficiales habían unido con sus fajas.

Permaneci allí casi cerca de una hora examinando todo aquel valle tan atormentado entonces, y hoy tan tranquilo. En el primer término tenía la casa, levantándose en medio de la verde alfombra sombreada por un enorme nogal, con su chimenea que elevaba en espiral su humo, tan tranquila se hallaba la atmósfera; en segundo término la aldea de Muotta, bastante cerca de mí para que viese sus casas, pero bastante distante para distinguir sus habitantes. En fin, en el horizonte el monte Prigel, cuya nevada cima tomaba un sonrosado tinte de los últimos rayos del sol.

Hay una gran semejanza entre el marino y el montañés, y es que uno y otro son religiosos; esto consiste en el poder del gran espectáculo que tienen incesantemente delante de sus ojos: en los eternos peligros que los rodean, y en esos grandes gritos de la naturaleza que se hacen oír en el mar y en la montaña.

A nosotros, habitantes de las ciudades, nada llega grande; la voz del mundo cubre la de Dios; y para encontrar un poco de poesía nos es preciso el ir á buscar en medio de las olas, esas montañas del Océano, ó en medio de las montañas, esas olas de la tierra. Entonces, por poco poetas ó religiosos que hayamos nacido, lo que frecuentemente es lo mismo, sentimos despertarse en nuestro corazón una fibra que se estremece, sentimos vibrar en nuestra alma una voz que canta, y comprendemos bien que esa fibra y esa voz no estaban ausentes, sino adormecidas, que era el mundo

el que pesaba sobre ellas, y que á las alas de la poesía y de la religión, como á las de las águilas, les falta la soledad y la inmensidad. Entonces se comprende perfectamente la resignación del montañés y del marinero, ora camine errante por las neveras, ora bogue en el Océano. Allí el espacio es demasiado grande para que sienta profundamente la pérdida de una persona amada; solo cuando entra en su cabaña ó en su casa de campo, echa de ver que hay una madre de menos en el hogar entre él y su hijo, ó que falta un niño á la mesa entre él y su muger, entonces sus ojos, que había levantado altos y resignados en tanto que había podido ver el cielo á donde había ido el alma, al perder de vista el cielo, se inclinan llorosos á la tierra que encierra el cuerpo.

El anciano me dió un golpecito en el hombro: Fidel venía á anunciarnos que la cena estaba lista.

HISTORIA DEL PERRO.

—Colocaos ahí, me dijo el anciano, acercando una silla á donde estaba mi cubierto preparado. Ese era el sitio de mi pobre Francisco.

—Escuchad, padre, le dije, si no tuviérais un alma poderosa, un corazón lleno de religión, si no fuérais un hombre cortado según el espíritu de Dios, no os preguntaría ni lo que era vuestro hijo ni cómo ha muerto; pero creéis, y por consiguiente esperáis. ¿Cómo Francisco os ha dejado aquí abajo, para ir á esperáros en el cielo?

—Teneis razon, respondió el anciano, y me haceis un bien hablándome de mi hijo. Cuando no estamos mas que los tres, Fidel, mi hija y yo, quizá le olvidamos alguna vez, ó aparentamos olvidarlo para no afligirnos unos á otros, pero así que entra un forastero nos recuerda su edad, desde que deja su bastón donde Francisco dejaba su carabina, y cuando ocupa en el hogar ó en la mesa el asiento que ordinariamente ocupaba el que nos ha abandonado, entonces nos miramos los tres y vemos que la herida no está aun cicatrizada y que necesita todavía mas lágrimas. ¿No es cierto, Mariana? ¿no es así, mi pobre Fidel?

La viuda y el perro se acercaron á un mismo tiempo al anciano: la una le alargó la mano, el otro colocó su cabeza sobre sus rodillas. Algunas lágrimas silenciosas corrieron por las mejillas del padre y de la muger; el perro dió un lastimero aullido.

—Si, continuó el anciano, un dia entró de vuelta de Speringen, que está á cinco leguas

de aquí, por la parte de Altorf; traía en brazos á éste (el anciano estendió la mano colocándola en la cabeza de Fidel), que no era entonces mas grande que el puño. Lo había encontrado en un monton de estiércol, adonde lo habían arrojado con otros dos hermanos suyos; pero los otros habían caído sobre el empedrado y se habían matado. Se le hizo calentar leche y empezóse á alimentarle como á un niño con una cuchara; no era muy cómodo, pero el animalito estaba allí, y no era cosa de dejarlo morir de hambre.

Al abrir Mariana al dia siguiente la puerta halló en el umbral una hermosa perra que se entró adentro como si estuviera en su casa, dirigiéndose inmediatamente al cesto en donde estaba Fidel, y le dió de mamar. Era su madre, que guiada por el instinto había seguido el mismo camino que Francisco, y así que el cachorro mamó volvió á tomar el camino de Speringen. A las cinco horas tornó para el mismo objeto, volvióse á marchar como antes, y al dia siguiente al abrir la puerta se la encontró otra vez tendida en el umbral.

Durante seis semanas, y dos veces cada dia, hizo la perra su viage de ida y vuelta de Speringen, es decir, veinte leguas de camino, pues su amo le había dejado un hijo en Sessigen, y Francisco había traído el otro aquí, de modo que se dividía entre sus dos cachorros. En todos los animales de la creación desde la perra hasta la muger, el corazón de una madre es siempre una cosa sublime. Al cabo de este tiempo no se la vió mas que cada dos dias, pues Fidel comenzaba á poder comer; después no vino mas que cada semana, y por último, ya no se la vió mas que á muy largas épocas, á la manera de una vecina del campo que hace sus visitas.

Francisco era un osado cazador de las montañas, era muy rara la vez que la carabina que veis ahí colgada sobre la chimenea disparase una bala que se perdiese. Casi cada dos dias le veíamos bajar con una gamuza al hombro, y de cuatro guardábamos una, vendiendo las otras tres; era una renta de cien luises por año. Nosotros hubiéramos querido mejor que Francisco solo hubiese ganado la mitad en otro oficio; pero Francisco era mas cazador por gusto que por oficio, y sabeis lo que es esta pasión en nuestras montañas.

Un dia pasó por nuestra casa un inglés, Francisco acababa de matar á un soberbio lammergerjer (buitre de los Alpes), el pájaro tenía diez y seis pies de una á otra parte de las alas, le preguntó si se podría coger otro igual vivo; Francisco respondió que era preciso cogerlo en el nido, y que esto solo se podía hacer en el mes de mayo, cuando las águilas están en huecos. Ofreció el inglés doce luises por dos aguiluchos, dejó las señas de un negociante de Ginebra, corresponsal suyo, que se encargaria de remitirselos, dió á Francisco dos luises por señal, y le dijo que el nego-

ciante le daría el resto al entregarle los aguiluchos.

Ya habíamos olvidado Mariana y yo la visita del inglés cuando á la primavera siguiente nos dijo Francisco una tarde al volver á casa:

—Ya he encontrado un nido de águila.

Nos estremecimos Mariana y yo, y sin embargo era una cosa muy sencilla lo que nos decía, y nos la había repetido con mucha frecuencia.

—¿Y en dónde? le pregunté.

—En el Frolen-Alp.—El anciano estendió el brazo hácia la ventana.—Es, dijo, esa gran montaña de nevada cumbre que desde aquí veis.

Hiciele seña con la cabeza de que la veía.

Tres dias después salió Francisco como de costumbre con su carabina, y le acompañé durante unos cien pasos, porque yo mismo iba á Zug, y no debía de regresar hasta el dia, siguiente. Mariana nos miraba á los dos: Francisco la vió en la puerta, se despidió de ella con la mano, la gritó, *hasta la noche*, y se internó en el bosque de hayas por cuya orilla hemos pasado hoy.

Vino la noche sin que Francisco pareciese, pero esto no alarmó mucho á Mariana porque sucedía frecuentemente que Francisco se quedase á dormir en la montaña.

—Perdonad, padre mio, os equivocais, interrumpió la viuda; todas las veces que Francisco tardaba, me afligia yo mucho, y cual si hubiese tenido un presentimiento de lo que iba á suceder, aquella noche estaba mas alarmada que de costumbre. Además me hallaba sola, no estábais allí para tranquilizarme; Fidel, á quien Francisco no se había llevado consigo, se escapó por la mañana para reunirse con su amo; al anochecer había nevado, y el viento era frio y triste. Miraba en la chimenea bailar llamas azules parecidas á los fuegos fatuos que corren en los cementerios, tirilaba continuamente, tenía miedo y no sabia de qué. Los bueyes inquietos en el establo mugieron tristemente como cuando ronda un lobo en la montaña. De repente oí estallar una cosa detrás de mí: era ese espejito que vos nos habíais dado el dia de la boda, el cual se hizo pedazos por sí solo, cual todavía lo veis. Me levanté y fui á ponerme de rodillas delante del crucifijo; apenas había comenzado á rezar se me figuró oír en la montaña el aullido de un perro que se lamentaba; puseme en pié, sentí correr un estremecimiento por todo mi cuerpo. En aquel momento el crucifijo que estaba mal colgado se cayó, se rompió uno de sus brazos de marfil; me bajé para recogerle, pero oí un segundo aullido, mas inmediato: ¡Jejé el Cristo en el suelo; fué un sacrilegio sin duda, pero había creído reconocer la voz de Fidel. Corrí á la puerta, puse la mano sobre la llave no atreviéndome á abrir, clavados los ojos sobre aquella cruz de madera negra, en

la que no quedaban mas que la calavera y los dos huesos; ya no era un signo de esperanza, era un simbolo de muerte. Hallábame así trémula, yerta, cuando una violenta ráfaga de viento abrió la ventana y apagó la lámpara. Di un paso para ir á cerrar aquella ventana y volver á encender la lámpara, cuando en aquel mismo instante, resonó en la misma puerta un tercer aullido; lancéme á ella, la abrí, entró Fidel enteramente solo; empezó á saltar como de costumbre, pero en vez de acariciarme me agarró el vestido y tiraba de él. Adiviné que Francisco se encontraba en peligro de muerte, y sin cerrar puerta ni ventana me eché fuera; Fidel caminaba delante de mí, seguile.

Al cabo de una hora ya no tenia zapatos, mis vestidos estaban hechos girones, la sangre corría por mi rostro y por mis manos; andaba con los pies descalzos sobre la nieve, los jarales y el duro pedernal; nada sentía. De cuando en cuando me daban ganas de gritar á Francisco que ya iba á su socorro, pero no podía, ó mas bien no me atrevia.

Por todas partes donde pasaba Fidel, por allí pasaba yo tambien; no sé decirlos por dónde ni cómo; porque nada sé. Despenóse de la montaña un alud: oí un estruendo semejante al del trueno, senti vacilar todo como en un terremoto. Me agarré á un árbol, el alud pasó. Fui arrastrada por un torrente, senti que iba rodando algun tiempo, despues fui á tropezar contra un peñasco al que me así, y sin saber cómo me hallé de pie y fuera del agua: vi brillar los ojos de un lobo en un matarral que habia en el camino, dirigime en derecha al matarral, sintiéndome con valor para ahogar al animal si se atrevia á atacarme, pero el lobo tuvo miedo y echó á huir. En fin, al amanecer, guiada siempre por Fidel, llegué á orillas de un precipicio, sobre el que se cernia un águila, vi en el fondo una cosa como un hombre tendido, y dejándome resbalar por un peñasco en cuesta, caí junto al cadáver de Francisco.

El primer momento fué todo del dolor, yo no averiguaba como se habia matado, si no que me echaba sobre él, palpaba su corazón, sus manos, su rostro; todo estaba frio, todo estaba muerto; creí que iba á morirme, pero pude llorar.

No sé cuanto tiempo permaneci así: alcé por fin la cabeza y miré en derredor mio.

Junto á Francisco habia un águila hembra ahogada, sobre la punta de un peñasco un aguilucho vivo triste é inmóvil cual un pájaro esculpido, y en el aire el macho describiendo eternos círculos y dejando oír de cuando en cuando un chillido agudo y lastimero. En cuanto á Fidel, sin aliento y muriéndose tambien, se habia echado al lado de su amo y lamia su rostro cubierto de sangre.

Francisco habia sido sorprendido por el padre y la madre: atacado por ellos, sin duda,

en el momento en que acababa de apoderarse de su hijo y forzado á desahirse del peñasco por el que trepaba, se habia caido ahogando al águila que se habia arrojado sobre él y cuyas garras estaban aun marcadas en su espalda.

Ved por que queremos tanto á Fidel, continuó el anciano: á no ser por él, el cuerpo de Francisco hubiera sido pasto de los lobos y de los buitres, mientras que gracias á él descansaba tranquilamente sepultado en una tumba cristiana, sobre la que de tiempo en tiempo, cuando la resignacion nos falta, podemos ir á rezar....

Comprendi que Santiago y Mariana necesitaban quedarse solos, y en vez de ponerme á la mesa, me salí de la habitacion.

HISTORIA DE LA MUGER.

A las diez me llevó el anciano al cuarto que habia preparado para mí; sobre una mesa cerca de mi cama habia un manuscrito, tinta y plumas.

—Aquí teneis, me dijo Santiago, me habeis pedido detalles sobre el hundimiento de Goldau, y yo no he querido hablar á mi hija de este accidente que la hubiera recordado la muerte de su madre, sobre todo en unos momentos en que ya tenia el corazón bastante quebrantado; pero aquí encontrareis una relacion exactissima de aquella catástrofe, escrita por su padre, mi antiguo amigo, llamado José Vigeld. Podeis copiarla y vereis que Dios fué quien preservó á Mariana para que pudiera ser algun día el consuelo de un viejo que ya no tiene hijo.

Dí gracias á mi huésped; pero tenia bastantes recuerdos para ocupar la noche y aplacé para el día siguiente por la mañana este nuevo trabajo.

Me despertó un rayo de sol que empezó á danzar alegremente sobre mis ojos cerrados, y quierás que no, me los hizo abrir. Al pronto creí que habia tenido sueños incoherentes y raros: Massena, Francisco, Fidel, Santiago, Mariana y las águilas se habian embrollado de tal modo en mi sueño que me costó todo el trabajo imaginable para compaginar en mi memoria todos estos recuerdos y hacer brillar la luz en aquel caos. Hecha esta operacion, recordé que aun me quedaba que oír otra catástrofe de familia que anotar nombres terribles, la del hundimiento de Ruffiberg.

Doy á mis lectores la relacion en toda su sencillez, por que la he copiado, ó mas bien traducido literalmente del manuscrito de mi

huésped. No carecerá de interés quizás; ahora que, gracias al bello talento de Mr. Daguerre, se puede ver en el diorama una pintura tan exacta y tan dramática de este suceso.

«El verano de 1806 habia sido muy tempestuoso, continuadas lluvias habian empapado la montaña; pero sin embargo habiamos llegado al 2 de setiembre sin que nada pudiese hacer presagiar el peligro que nos amenazaba. Hácia las dos de la tarde dije á Luisa, la mayor de mis hijas, que fuese á buscar agua á la fuente; tomé el cántaro y marché, pero al cabo de un instante volví diciéndome que la fuente habia dejado de correr. Como no tenia mas que atravesar el jardín para cerciorarme de aquel fenómeno, fui yo mismo y vi que efectivamente el manantial se habia secado; quise dar dos ó tres golpes de azadon en la tierra para averiguar la causa de aquella desaparicion, cuando me pareció sentir temblar el suelo bajo mis pies, solté el azadon en el momento en que acababa de clavarlo en la tierra. Mas cuál fué mi asombro cuando lo vi moverse solo! Al mismo tiempo echó á volar una nube de pájaros dando agudos chillidos; levanté los ojos y vi desprenderse los peñascos y rodar á lo largo de la montaña; creí que me hallaba acometido de un vértigo. Me volví para ir á mi casa. Detrás de mí se habia formado un foso cuya profundidad no podia medir. Salté por encima, como hubiera hecho en un sueño, y corrí hácia mi casa; parecíame que la montaña se resbalaba sobre su base y me perseguia. Al llegar delante de mi puerta vi á mi padre, que acababa de llevar de tabaco su pipa; habia predicho frecuentemente este desastre. Le dije que la montaña vacilaba como un hombre borracho, é iba á caer sobre nosotros; él miró por su lado.—¡Bah! dijo: aun me dará tiempo para encender mi pipa; y se entró en la casa. En aquel momento pasó por el aire una cosa que hizo sombra; alcé los ojos, y era un peñasco lanzado como una bala de cañon, que fué á destruir una casa situada á cuatrocientos pasos de la aldea. Entonces apareció mi muger, revolviendo la esquina de la calle, con tres de nuestros hijos; corri á ella, cogí dos en mis brazos y le grité que me siguiera.

—¡Y Mariana!.... exclamó ella lanzándose hácia la casa: Mariana que se ha quedado dentro con Francisca. Detúvela por un brazo, pues en el mismo momento la casa daba vuelta sobre sí como una devanadera. Mi padre que ponía el pié en el umbral fué arrojado á la otra parte de la calle. Yo tiré de mi muger y la obligué á seguirme. De repente se oyó un ruido espantoso, y una nube de polvo cubrió el valle. Mi muger me fué arrancada violentamente: me volví, habia desaparecido con su hijo: era una cosa incomprendible, infernal; la tierra se habia abierto y vuelto á cerrar bajo sus pies, y no hubiera sabido adonde habia pasado, á no haberse quedado una de sus ma-

nos fuera del suelo. Arrojáme sobre aquella mano que la tierra apretaba como unas tenazas, y no queria abandonar aquel sitio; sin embargo, mis hijos gritaban y me llamaban en su auxilio; me levanté como un loco, cogí uno debajo de cada brazo, y eché á correr. Tres veces senti que la tierra se movia bajo mis pies y caí con mis hijos; tres veces me volví á levantar; al fin ya no me fué posible permanecer de pie; queria agarrarme á los árboles, y los árboles caian; queria apoyarme en un peñasco, y el peñasco huía como si se hallase animado. Puse á mis hijos en tierra y me eché sobre ellos; un instante despues parecia habia llegado el último día de la creacion; la montaña toda entera caía hecha pedazos.

«Así permaneci con mis pobres hijos todo el día y una parte de la noche; creiamos ser los últimos seres vivientes del mundo, cuando oimos gritos á algunos pasos de nosotros; era un jóven de Basingen, que se habia casado aquel mismo día. Volvia de Art con toda la comitiva de la boda. En el momento de entrar en el Goldau se habia quedado atrás para coger en un jardín un ramo de rosas para su novia. Aldea, boda, novia, todo habia desaparecido de repente, y corría como una sombra por entre las ruinas, con su ramo de rosas en la mano, gritando: ¡Catalina! Yo le llamé, se vino á nosotros, nos miró, y viendo que no estaba con nosotros la que buscaba, volvió á echarse á correr como un loco.

«Levantámonos mis hijos y yo; mirando alrededor nuestro percibimos al reflejo de la luna un gran crucifijo que habia permanecido en pie; foimos hácia él; un anciano estaba acostado cerca de la cruz, reconocí á mi padre, le creí muerto y me precipité sobre él; se despertó; la ancianidad es indiferente.

«Le pregunté entonces si sabia algo de lo que habia pasado en la casa en donde él habia entrado en el momento de la catástrofe; pero me dijo que no habia visto nada mas que á Francisca, la cocinera, que, habia cogido de la mano á Mariana gritando: ¡Hoy es el día del juicio! ¡huyamos! ¡huyamos! Pero que en aquel momento todo habia quedado trastornado, y él mismo se vió arrojado en medio de la calle; no sabia nada mas, pues habiéndole dado una piedra en la cabeza quedó aturdido con la violencia del golpe: cuando recobró el sentido habia pensado en la cruz, se habia ido á ella, habia orado, y se habia quedado dormido: entonces le confió mis hijos, y me puse á vagar por entre todos aquellos escombros, tratando de adivinar el sitio donde estaba nuestra casa.

«En fin, orientándome por la cruz y la cima del Rossberg, creí saber dónde me hallaba; subí á una pequeña colina formada por la tierra que cubria los restos de una casa, me agaché como cuando se habla con trabajadores que están en una mina, y llamé con toda mi fuerza. Al momento oí una voz de niño

que respondía con quejidos; reconocí la voz de Mariana. No tenía piqueta ni azadón; me puse á cabar con las manos, y como la tierra estaba movediza, muy pronto hice un agujero de cuatro ó cinco pies de profundidad. Toqué el tejado destrozado, y arranqué las tejas que lo cubrían. Luego que pudo pasar mi cuerpo, me dejé resbalar á lo largo de un madero; y como se había hundido el techo me hallé en el interior de la casa, llena de piedras y astillas de madera. Llamé segunda vez y oí quejarse al lado de la cama; era la niña que había sido arrojada debajo de la cama; toqué su cabeza y una parte de su cuerpo; quise traerla hacia mí, pero estaba cogida entre las tablas de la cama, que se había hecho pedazos al hundirse el techo. La cama le había roto una pierna.

Levanté las maderas de la cama con un esfuerzo casi sobrenatural, y la niña salió de debajo á gatas, ayudándose con las manos. La tomé en mis brazos, y me dijo que no se hallaba sola, que Francisca debía de estar en alguna parte. Llamé á Francisca, y la pobre muchacha no pudo responder mas que con gemidos; coloqué la niña en el suelo, y comencé á buscar. Separada violentamente de Mariana, á quien había cogido de la mano en el momento de la desgracia, se había quedado suspendida entre las ruinas, con la cabeza hacia abajo, el cuerpo oprimido por todas partes, y el rostro magullado. Despues de muchos esfuerzos había logrado sacar una mano y enjugarse los ojos llenos de sangre. En esta horrenda situación oyó los gemidos de Mariana. Llamóla, la niña respondió: preguntóla en donde estaba, y Mariana dijo que se hallaba echada boca arriba cogida, sin poderse mover, por la cama, pero que tenía las manos libres, y que á través de una hendidura se descubría el cielo y aun los árboles. Entonces la niña preguntó á Francisca si permanecerían mucho tiempo de aquel modo y si no vendrían á socorrerlas; pero Francisca, llena de su primera idea, de que era llegado el día del juicio, la dijo que ellas solas sobrevivían á la creación, y que muy pronto iban á morir y ser felices en el cielo: entonces la jóven y la niña se pusieron á orar. Mientras oraban, tocó una campana la oración, y dieron en un reloj las siete. Francisca reconoció la campana y el reloj de Sternerberg. Existían, aun, pues, seres vivientes y casas en pie; podían aguardar socorros; en consecuencia, trató de consolar á la niña; pero Mariana comenzaba á tener hambre, y pedía llorando su sopa; pronto se debilitaron sus gemidos, y Francisca no volvió á oírlos mas. Creyó que la pobre niña había muerto, y rogó al ángel que acababa de dejar la tierra, se acordase de ella en el cielo. Pasáronse así muchas horas. Francisca tenía un frío insoporable, su sangre que no podía circular á causa de la presión de sus miembros, se le agolpaba al pecho y la ahogaba. Sentíase morir á su vez.

Entonces fué cuando Mariana, que solo

se hallaba dormida, se despertó y empezó á quejarse de nuevo; aquella voz humana, por débil é impotente que fuese reanimó á la pobre Francisca, que hizo esfuerzos inauditos, logrando al fin sacar una pierna, con lo que se encontró aliviada. Despues la sobrecogió un gran sopor, y acababa de ceder á su influencia, cuando mi Marianita oyó mi voz y me respondió. Encontré por fin á Francisca, y con una pena increíble logré sacarla de entre los escombros en que se hallaba. Creía tener rotos los brazos y piernas, y pedía agua, porque lo que mas le hacía padecer, decía, era la sed. La llevé junto á Mariana, debajo del agujero que yo había hecho, y por el que se veía el cielo; la pregunté si descubría las estrellas; pero me respondió que creía estar ciega. Entonces la dije que permaneciese quieta en aquel sitio en que estaba, y que yo iba á volver al momento para socorrerla; pero me cogió de un brazo y me rogó que no la abandonase. Respondíle que nada tenía que temer, que todo estaba tranquilo; ahora que iba á comenzar por sacar de allí á Mariana, y que al momento volvería y la traería agua. Consintió en ello.

Desaté entonces el delantal que tenía ella, y me lo até al cuello; puse á Mariana en el delantal, cogí las otras dos puntas con los dientes, y gracias á este expediente que me dejaba libres las manos, logré subir por el madero, por donde había bajado. Corrí al pie de la cruz: en el camino vi pasar junto á mí como una sombra al desdichado jóven que buscaba á su novia; llevaba siempre su ramo de rosas en la mano.

—¿Habéis visto á Catalina? me dijo.

—Venid conmigo, al lado de la cruz, le respondí.

—No, continuó él, es preciso que la encuentre.

Y desapareció en medio de los escombros llamando siempre á su novia.

Hallé al pie del crucifijo, no solo á mi padre y á mis hijos, sino á tres ó cuatro personas que instintivamente habían ido á buscar un refugio al pie de la cruz.... Depositó á su lado á Mariana recomendándosela á sus hermanos, mayores que ella, referí á los que allí estaban que Francisca se había quedado sepultada entre los escombros, y que no sabía cómo sacarla de ellos. Me dijeron que una sola casa separada del pueblo había quedado en pie, y que allí podría encontrar una escalera y cuerdas. Corrí allí: se hallaba abierta y abandonada por sus propietarios que habían huido; sin embargo, oí ruido sobre mi cabeza, y llamé. ¿Eres tú, Catalina? dijo una voz que reconocí por la del novio, me partía el corazón; entré en el patio para no volver á ver mas á aquel desgraciado jóven, hallé una escalera que cargué sobre mi espalda, una calabaza que llené de agua, y volví á prestar socorro á Francisca.

«La frescura del aire la había devuelto no poco las fuerzas, y estaba de pie y me aguardaba. Introduje la escalera, que era bastante larga para tocar en el suelo, bajé cerca de Francisca, le di la calabaza, que vació con ansia, despues la ayudé á subir por la escalera, guiándola, porque no veía, conseguí sacarla fuera de la especie de sepulcro en que había permanecido catorce horas. Durante cinco días estuvo ciega, y todo el resto de su vida sujeta á ataques convulsivos y accesos de terror.

«Apareció el sol, y nada puede dar una idea del espectáculo que iluminó. Tres aldeas habían desaparecido; dos iglesias y cien casas estaban enterradas; cuatrocientas personas sepultadas vivas; un trozo de la montaña había caído rodando hasta el lago Louvertz, y cediéndose en parte había levantado una ola de cien pies de altura y de una legua de extensión, que había pasado sobre la isla de Schwaban arrastrando las casas y los habitantes. La capilla de Olterr, construida de madera, fué hallada flotando sobre el lago como por milagro; la campana de Goldau, arrebatada por el aire, fué á caer á un cuarto de legua de la iglesia.

Diez y siete personas solo sobrevivieron á esta catástrofe.

«Escrito en Art en honor de la Santísima Trinidad, el 10 de enero de 1807, y dado á mi hija Mariana para que no olvide nunca, cuando yo no exista para recordarlo, que si el Señor nos ha castigado con una mano nos ha sostenido con la otra.

JOSEPH VIGELD.»

Mi huésped entró en mi cuarto cuando terminaba yo de copiar las últimas líneas del manuscrito de su suegro. Venía á anunciarme que estaba listo el desayuno.

Era la cena de la víspera á que nadie había pensado tocar.

UN CONOCIMIENTO DE POSADA.

El día estaba magnífico. Por muchas ganas que tuviese de quedarme mas tiempo en compañía de aquella excelente familia, tenía mis horas contadas, y fui á despedirme de Pericó, á quien llevé un pedazo de pan: tambien me despedí de Fidel prometiéndole un collar, estreché la mano al anciano que quería á la fuerza acompañarme otra vez hasta Schonemburch, y encargué á Mariana que no me olvidase en sus oraciones.

En el momento de doblar el ángulo en donde la víspera habíamos hallado á Fidel, me volví á mirar todavía otra vez aquella casita que blanqueaba sobre el verde musgo. El anciano estaba sentado sobre su banco de madera, Mariana de pie, me miraba alejarme de allí, y Fidel estaba tendido á los primeros rayos del sol matinal; todo esto se destacaba en una atmósfera pura, con un aspecto reposado y tranquilo, capaz de hacer creer que la desgracia se había debido olvidar de aquel rinconcito de tierra. Seguramente lo hubiera creído así, si no hubiese hecho mas que pasar por delante de aquella casa; pero había entrado en ella, se había desarrollado ante mis ojos toda la vida real de sus habitantes con su alegría y sus lágrimas. La cabaña tiene su drama como el palacio, únicamente que el dolor de la aldea es silencioso, y el de la ciudad ruidoso; el aldeano llora en la iglesia, y el hombre de la ciudad en la calle; el pobre se queja á Dios de los hombres, y el rico se queja de Dios á los hombres.

No nos paramos en Schwitz mas que el tiempo únicamente necesario para el desayuno, pues nada ofrece la ciudad notable mas que el honor de haber dado su nombre á la confederación, y la forma estraña de las dos montañas sobre que está apoyada: despues nos pusimos nuevamente en camino para Sewen, en donde tomamos un barco, dejamos á la izquierda el castillo de Schwaban, quemado por Stauffacher en 1308, y fuimos á abordar, al cabo una hora casi de navegación, al punto mismo en que se había precipitado en el lago una parte de la montaña. Desde el momento en que descubrimos los restos del Ruifflberg, me habían dado ganas de atravesarlo, y desde lejos la cosa me parecía de las mas fáciles, porque en los Alpes no se puede juzgar ni de la distancia, ni del volumen de los objetos. Mis barqueros me habían dicho que me arrepentiría de aquella empresa, pero yo no había querido creerles, de modo que, llegado á la orilla, una mal entendida vergüenza me impidió volverme atrás, y me aventuré á penetrar en medio de aquellas gigantescas ruinas de la naturaleza.

Es preciso haber visto aquel horrible caos para formarse una idea de él: no son mas que rocas arrancadas de sus bases, árboles sacados de raíz, colinas sin formas ni verdor. Todas las veces que seguimos aquellos valles caprichosos y sin continuidad, era cosa de creer que como el Cain de Byron visitáramos el cadáver del mundo. En medio de aquel trastorno de la creación, nos era imposible adoptar un camino, proponernos un objeto, orientarnos en nuestro camino; á cada momento era preciso doblar penascos perpendiculares que no se podían saltar, agarrarse con las manos á las ramas y raíces de los árboles, volverse sin saber á donde conducían aquellas vueltas, ni si el camino adoptado tenía salida.

que respondía con quejidos; reconocí la voz de Mariana. No tenía piqueta ni azadón; me puse á cabar con las manos, y como la tierra estaba movediza, muy pronto hice un agujero de cuatro ó cinco pies de profundidad. Toqué el tejado destrozado, y arranqué las tejas que lo cubrían. Luego que pudo pasar mi cuerpo, me dejé resbalar á lo largo de un madero; y como se había hundido el techo me hallé en el interior de la casa, llena de piedras y astillas de madera. Llamé segunda vez y oí quejarse al lado de la cama; era la niña que había sido arrojada debajo de la cama; toqué su cabeza y una parte de su cuerpo; quise traerla hacia mí, pero estaba cogida entre las tablas de la cama, que se había hecho pedazos al hundirse el techo. La cama le había roto una pierna.

Levanté las maderas de la cama con un esfuerzo casi sobrenatural, y la niña salió de debajo á gatas, ayudándose con las manos. La tomé en mis brazos, y me dijo que no se hallaba sola, que Francisca debía de estar en alguna parte. Llamé á Francisca, y la pobre muchacha no pudo responder más que con gemidos; coloqué la niña en el suelo, y comencé á buscar. Separada violentamente de Mariana, á quien había cogido de la mano en el momento de la desgracia, se había quedado suspendida entre las ruinas, con la cabeza hacia abajo, el cuerpo oprimido por todas partes, y el rostro magullado. Después de muchos esfuerzos había logrado sacar una mano y enjugarse los ojos llenos de sangre. En esta horrenda situación oyó los gemidos de Mariana. Llamóla, la niña respondió: preguntóla en dónde estaba, y Mariana dijo que se hallaba echada boca arriba cogida, sin poderse mover, por la cama, pero que tenía las manos libres, y que á través de una hendidura se descubría el cielo y aun los árboles. Entonces la niña preguntó á Francisca si permanecerían mucho tiempo de aquel modo y si no vendrían á socorrerlas; pero Francisca, llena de su primera idea, de que era llegado el día del juicio, la dijo que ellas solas sobrevivían á la creación, y que muy pronto iban á morir y ser felices en el cielo: entonces la joven y la niña se pusieron á orar. Mientras oraban, tocó una campana la oración, y dieron en un reloj las siete. Francisca reconoció la campana y el reloj de Sternerberg. Existían, aun, pues, seres vivientes y casas en pie; podían aguardar socorros; en consecuencia, trató de consolar á la niña; pero Mariana comenzaba á tener hambre, y pedía llorando su sopa; pronto se debilitaron sus gemidos, y Francisca no volvió á oírlos más. Creyó que la pobre niña había muerto, y rogó al ángel que acababa de dejar la tierra, se acordase de ella en el cielo. Pasáronse así muchas horas. Francisca tenía un frío insoporrible, su sangre que no podía circular á causa de la presión de sus miembros, se le agolpaba al pecho y la ahogaba. Sentíase morir á su vez.

Entonces fué cuando Mariana, que solo

se hallaba dormida, se despertó y empezó á quejarse de nuevo; aquella voz humana, por débil é impotente que fuese reanimó á la pobre Francisca, que hizo esfuerzos inauditos, logrando al fin sacar una pierna, con lo que se encontró aliviada. Después la sobrecogió un gran sopor, y acababa de ceder á su influencia, cuando mi Marianita oyó mi voz y me respondió. Encontré por fin á Francisca, y con una pena increíble logré sacarla de entre los escombros en que se hallaba. Creía tener rotos los brazos y piernas, y pedía agua, porque lo que más le hacía padecer, decía, era la sed. La llevé junto á Mariana, debajo del agujero que yo había hecho, y por el que se veía el cielo; la pregunté si descubría las estrellas; pero me respondió que creía estar ciega. Entonces la dije que permaneciese quieta en aquel sitio en que estaba, y que yo iba á volver al momento para socorrerla; pero me cogió de un brazo y me rogó que no la abandonase. Respondíle que nada tenía que temer, que todo estaba tranquilo; ahora que iba á comenzar por sacar de allí á Mariana, y que al momento volvería y la traería agua. Consintió en ello.

Desaté entonces el delantal que tenía ella, y me lo até al cuello; puse á Mariana en el delantal, cogí las otras dos puntas con los dientes, y gracias á este expediente que me dejaba libres las manos, logré subir por el madero, por donde había bajado. Corrí al pie de la cruz: en el camino vi pasar junto á mí como una sombra al desdichado joven que buscaba á su novia; llevaba siempre su ramo de rosas en la mano.

—¿Habéis visto á Catalina? me dijo.

—Venid conmigo, al lado de la cruz, le respondí.

—No, continuó él, es preciso que la encuentre.

Y desapareció en medio de los escombros llamando siempre á su novia.

Hallé al pie del crucifijo, no solo á mi padre y á mis hijos, sino á tres ó cuatro personas que instintivamente habían ido á buscar un refugio al pie de la cruz.... Depositó á su lado á Mariana recomendándosela á sus hermanos, mayores que ella, referí á los que allí estaban que Francisca se había quedado sepultada entre los escombros, y que no sabía cómo sacarla de ellos. Me dijeron que una sola casa separada del pueblo había quedado en pie, y que allí podría encontrar una escalera y cuerdas. Corrí allí: se hallaba abierta y abandonada por sus propietarios que habían huido; sin embargo, oí ruido sobre mi cabeza, y llamé. ¿Eres tú, Catalina? dijo una voz que reconocí por la del novio, me partía el corazón; entré en el patio para no volver á ver más á aquel desgraciado joven, hallé una escalera que cargué sobre mi espalda, una calabaza que llené de agua, y volví á prestar socorro á Francisca.

«La frescura del aire la había devuelto no poco las fuerzas, y estaba de pie y me aguardaba. Introduje la escalera, que era bastante larga para tocar en el suelo, bajé cerca de Francisca, le di la calabaza, que vació con ansia, después la ayudé á subir por la escalera, guiándola, porque no veía, conseguí sacarla fuera de la especie de sepulcro en que había permanecido catorce horas. Durante cinco días estuvo ciega, y todo el resto de su vida sujeta á ataques convulsivos y accesos de terror.

«Apareció el sol, y nada puede dar una idea del espectáculo que iluminó. Tres aldeas habían desaparecido; dos iglesias y cien casas estaban enterradas; cuatrocientas personas sepultadas vivas; un trozo de la montaña había caído rodando hasta el lago Louvertz, y cediéndole en parte había levantado una ola de cien pies de altura y de una legua de extensión, que había pasado sobre la isla de Schwaban arrastrando las casas y los habitantes. La capilla de Olterr, construida de madera, fué hallada flotando sobre el lago como por milagro; la campana de Goldau, arrebatada por el aire, fué á caer á un cuarto de legua de la iglesia.

Diez y siete personas solo sobrevivieron á esta catástrofe.

«Escrito en Art en honor de la Santísima Trinidad, el 10 de enero de 1807, y dado á mi hija Mariana para que no olvide nunca, cuando yo no exista para recordarlo, que si el Señor nos ha castigado con una mano nos ha sostenido con la otra.

JOSEPH VIGELD.»

Mi huésped entró en mi cuarto cuando terminaba yo de copiar las últimas líneas del manuscrito de su suegro. Venía á anunciarme que estaba listo el desayuno.

Era la cena de la víspera á que nadie había pensado tocar.

UN CONOCIMIENTO DE POSADA.

El día estaba magnífico. Por muchas ganas que tuviese de quedarme más tiempo en compañía de aquella excelente familia, tenía mis horas contadas, y fui á despedirme de Pericó, á quien llevé un pedazo de pan: también me despedí de Fidel prometiéndole un collar, estreché la mano al anciano que quería á la fuerza acompañarme otra vez hasta Schonemburch, y encargué á Mariana que no me olvidase en sus oraciones.

En el momento de doblar el ángulo en donde la víspera habíamos hallado á Fidel, me volví á mirar todavía otra vez aquella casita que blanqueaba sobre el verde musgo. El anciano estaba sentado sobre su banco de madera, Mariana de pie, me miraba alejarme de allí, y Fidel estaba tendido á los primeros rayos del sol matinal; todo esto se destacaba en una atmósfera pura, con un aspecto reposado y tranquilo, capaz de hacer creer que la desgracia se había debido olvidar de aquel rinconcito de tierra. Seguramente lo hubiera creído así, si no hubiese hecho más que pasar por delante de aquella casa; pero había entrado en ella, se había desarrollado ante mis ojos toda la vida real de sus habitantes con su alegría y sus lágrimas. La cabaña tiene su drama como el palacio, únicamente que el dolor de la aldea es silencioso, y el de la ciudad ruidoso; el aldeano llora en la iglesia, y el hombre de la ciudad en la calle; el pobre se queja á Dios de los hombres, y el rico se queja de Dios á los hombres.

No nos paramos en Schwitz mas que el tiempo únicamente necesario para el desayuno, pues nada ofrece la ciudad notable mas que el honor de haber dado su nombre á la confederación, y la forma extraña de las dos montañas sobre que está apoyada: después nos pusimos nuevamente en camino para Sewen, en donde tomamos un barco, dejamos á la izquierda el castillo de Schwaban, quemado por Stauffacher en 1308, y fuimos á abordar, al cabo una hora casi de navegación, al punto mismo en que se había precipitado en el lago una parte de la montaña. Desde el momento en que descubrimos los restos del Ruifflberg, me habían dado ganas de atravesarlo, y desde lejos la cosa me parecía de las más fáciles, porque en los Alpes no se puede juzgar ni de la distancia, ni del volumen de los objetos. Mis barqueros me habían dicho que me arrepentiría de aquella empresa, pero yo no había querido creerles, de modo que, llegado á la orilla, una mal entendida vergüenza me impidió volverme atrás, y me aventuré á penetrar en medio de aquellas gigantescas ruinas de la naturaleza.

Es preciso haber visto aquel horrible caos para formarse una idea de él: no son mas que rocas arrancadas de sus bases, árboles sacados de raíz, colinas sin formas ni verdor. Todas las veces que seguimos aquellos valles caprichosos y sin continuidad, era cosa de creer que como el Cain de Byron visitábamos el cadáver del mundo. En medio de aquel trastorno de la creación, nos era imposible adoptar un camino, proponernos un objeto, orientarnos en nuestro camino; á cada momento era preciso doblar penascos perpendiculares que no se podían saltar, agarrarse con las manos á las ramas y raíces de los árboles, volverse sin saber á donde conducían aquellas vueltas, ni si el camino adoptado tenía salida.

De tiempo en tiempo, sofocados por la vista de aquellas masas en el fondo de las que parecía arrastrarnos, nos agarrábamos á una de ellas, la trepábamos hasta la cima, y encontrábamos mas allá del desierto en que nos habíamos metido, la naturaleza viva y alegre de las praderas, de los lagos y de las montañas; entonces respirábamos cual los nadadores que suben á la superficie del agua, hacíamos nuestra provisión de aire, y nos sumergíamos de nuevo en el fondo de aquellas olas de tierra que habían tragado tres aldeas que pisaban nuestros pies, con todos sus habitantes sepultados. Francesco no comprendía nada del capricho que había tenido yo de pasar por en medio de aquellos escombros, cuando podía haber tomado el camino de Art, y confieso que yo mismo, como ya en iguales circunstancias me había sucedido, comenzaba á encontrar bastante estúpida esa curiosidad que me arrastra siempre á donde hay mas fatiga que sufrir.

En fin, despues de cuatro horas de caminar por medio de aquella tierra convulsiva, tocamos en su estremidad, y divisamos á un cuarto de légua el lindo campanario de Art, que se destacaba sobre el lago de Zug, y que no estaba separado de nosotros mas que por una encantadora pradera del mas delicioso verde. Se adivina con cuanto placer y delectación pisamos aquel mullido tapiz, despues de haber andado dando tropezones cinco ó seis horas por vueltas y revueltas, subidas y bajadas, en medio de peñascos, de árboles y de tierra desmoronada. Así al llegar á Art, en lugar de pedir la comida pedí una cama, y encargué que por ningún pretexto me despertaran.

Cuando abrí los ojos, los rayos de la luna iluminaban mi cuarto con una luz tan dulce, que no pude resistir al deseo de levantarme y asomarme á la ventana. Daba sobre el lago de Zug que brillaba como un espejo de plata; á la izquierda el monte Righi, casi cortado á pico, se alzaba magestuosamente hasta las estrellas, que parecían trémulas flores coronando su cima; á la derecha las casas de San Adriano y de Walchwyl dormían á todo lo largo de la ribera, abrigadas por la montaña de Zug. Ni una nube manchaba el cielo, ni un soplo agitaba el aire, ni un ruido se despertaba en el espacio: el mundo dormido flotaba en el éter cual un bagel que boga, y dejaba ver en su confianza que Dios le miraba andar.

Entonces me ocurrió una idea fatal para Francesco: era la de aprovechar aquella hermosa noche y aquel fresco resplandor para ponerme en camino, á fin de llegar muy de mañana á Lucerna. No tenía mas que un inconveniente, era el hambre que comenzaba á dejarse sentir. Quise volverme á la cama para tratar de volver á dormirme otra vez; pero como ya había tomado el descanso necesario, no pude volver á cerrar los ojos; además

aquella mágica claridad de la luna que bañaba todo el paisaje de una tinta azulada, me atraía irresistiblemente. Salté segunda vez de la cama, y me metí con mi traje mas que ligero por los corredores de la posada, buscando el cuarto del amo y llamando á todas las puertas, á fin de estar seguro por este medio de hallar el suyo. Mi pesquisa fué por largo tiempo inútil, sea que los cuartos estuviesen deshabitados, sea que sus inquilinos tuviesen el sueño pesado. En fin, comenzaba ya á desesperar del éxito de mi escursión, cuando del último cuarto á donde llamé, me respondieron en alemán: *Varten sie da binich*.—Esperad, aquí estoy.

Trataba yo de aguardar, pues la lengua que se me hablaba, y que yo reconocía por la de mi huésped, resonaba demasiado dulcemente en mis oídos; quedéme, pues, en el corredor aguardando á que se abriese la puerta, lo que no tardó, presentándose en ella un mozo alto, rubio, restregándose los ojos y preguntando si era ya hora de partir.

—Para mí sí, respondí sonriéndome, pero tal vez no para vos, caballero; por que creo que los dos nos hemos equivocado, yo tomados por el posadero, y vos tomándose á mí por vuestro guía. Tened la bondad de disimular. Quise retirarme y añadí:

—Perdonad, me dijo, pero ¿podría al menos saber á quien he tenido el honor de recibir?

—A Mr. Alejandro Dumas.

—Creed que me alegro muchísimo.

—¿Me permitis la misma pregunta?

—A Mr. Eduardo Vielers, abogado de Bruselas.

—Celebro muchísimo haber tenido la alta honra....

Y nos hicimos una cortesía como si nos encontráramos en un salón; sin embargo, el conocimiento había tenido algo de mas original, atrevido el traje en que nos hallábamos y que por lo parecido tenía el aire de uniforme.

—Ahora, caballero, continué yo, ¿me atrevería sin ser indiscreto, preguntaros una cosa?

—Hacedlo.

—¿Teneis hambre por casualidad?

—¡Um! hizo el bruscón consultándose, me parece que sí.

—Es que yo me acosté ayer sin cenar, por que me estaba muriendo de sueño cuando llegué.....

—Y yo, caballero, por que llegué demasiado tarde, y no había mas que huevos en la posada.

—No os gustan los huevos, segun parece.

—Ni olerlos.

—¿De manera, que estais en ayunas?

—Lo mismo que vos.

—¡Y bien! es preciso comer.

—Comamos.

—Despues, si gustais, nos aprovecharemos de esta hermosa noche para ponernos en camino.

—Con mucho gusto. ¿Pero qué comemos?

—Dios proveerá: primero vamos á poner nos nuestros pantalones.

La proposición era oportuna, y así fué adoptada sin discusión: cinco minutos despues estábamos medio *presentables*, era todo cuanto se necesitaba en aquel momento.

—Ahora, dije yo, mi querido abogado, vos que habláis alemán como Lutero, encargaos de despertar al huésped, y preguntadle si no habrá medio de echar mano de las gallinas que han puesto los huevos; con ellas haremos un guisado. Yo voy á despertar á mi guía, y á ver si puede servirnos para alguna cosa.

Fui al cuarto de los criados; reconocí á Francesco por su triunfante modo de roncar. Le tiré por las piernas, despertó y me conoció.

—¡Ah! esclencia, dijo estendiendo los brazos ¡ha! que hermoso sueño tenía.

—¿Y qué era, muchacho?

—Soñaba que me dejabais dormir.

La reconvencción me llegó al corazón, y si Francesco al dirigirmela no se hubiera dejado deslizar de la cama, creo que la compasión hubiera vencido al egoísmo; pero el pobre muchacho se había dado demasiada prisa en obedecerme, y pagó la pena de su prontitud.

Cuando volví, encontré á mi nuevo conocido en conversación con el posadero. Las noticias eran desastrosas: no había decididamente en toda la casa nada mas que huevos.

—¡Pero qué! dije yo á mi abogado; ¿teneis una antipatía invencible por la tortilla?

—La detesto.

—¿Y por el pescado?

—El pescado es otra cosa, lo adoro.

—Pero es que no hay pescado en la posada, interrumpió el huésped.

—¿Cómo que no hay? ved lo que dice mi *Itinerario*. Art, grande y hermosa aldea del canton de Schwitz en la margen del lago de Zug, entre el Righi y el Ruffiberg.—Posada del Aguila Negra.—Se está allí muy bien.—Buen pescado.... Mirad, buen pescado, aquí está impreso.

—¡Oh! sí, en el lago, ha querido decir. Allí si que hay veteles, truchas y ferras soberbias.

—Pues bien, vamos á pescarlas.

—Si no tengo redes.

—Sin redes.

—Ni tengo cañas.

—Sin cañas.

—¿Pues con qué?

—Con la carabina.

—Y para contarme esos cuentos, habeis venido á despertarme? me dijo el posadero.

—Si, amigo mio, y todavía añadiré otra cosa; preparad todo lo que haga falta para un buen goiso á la marinera, encargaos de las

cebollas, del vino y la manteca, yo me encargo del pescado.

—¡Vamos! será preciso verlo, dijo el buen hombre preparando su cacerola.

—Enhorabuena. ¿Es vuestra la barquilla que está en el lago?

—Sí.

—¿Me autorizais á tomarla?

—Sí.

—¿Queréis prestarme ese hornillo de barro en que está sentado mi guía?

—Sí.

—¡Y bien! es cuanto necesito: gracias. Ahora, Francesco, enciende fuego en el hornillo, recoge ramas de pino, toma una cuerda, y en camino.

—¡Buena pesca! dijo el posadero en tono gangoso.

Cogí mi carabina, hice seña al abogado de que me siguiera y salimos.

En un salto estuvimos á la orilla del lago: até con la cuerda el hornillo á la proa de la barca, lo cargué de nuevas ramas de pino: Francesco se sentó en el banco de enmedio con un remo en cada mano, Mr. Vielers desató la cadena que tenía amarrada la barca á la orilla, y vino á reunirse conmigo; hice seña á nuestro remero de que pusiera mano á la obra, y comenzamos á resbalar por el lago.

Estaba como ya he dicho, liso como un espejo, y tan limpio que veíamos perfectamente á la profundidad de casi veinte pies. El agua reflejaba la trémula llama de nuestro hornillo que parecía arder enmedio del elemento destinado á apagarla. De tiempo en tiempo veíamos como un relámpago plateado que pasaba por debajo de nuestra barca, y yo enseñaba con el dedo á mi camarada de pesca aquel presagio de buen éxito, pues era la escama chispeante de un habitante del lago, que despertado por aquel resplandor desacomtumbrado pasaba rápidamente por el círculo de luz que nosotros llevábamos delante. Poco á poco pareció que los peces no solamente se familiarizaban con nosotros, sino que atraídos por la curiosidad subían desde el fondo del agua, hasta pararse á la distancia de algunos pies de su superficie inmóviles y como adormecidos: podíamos reconocer su forma y su especie, pero ninguno subía bastante cerca de nosotros que quisiese arriesgarme á desperdiciar una bala. Hice seña á Francesco que dejase de remar, y eché nuevas ramas en el hornillo: duplicóse la llama, los peces atraídos como por encanto, se elevaban con un movimiento de aletas tan imperceptible, que no reparábamos que subían á la superficie, si no por el aumento de su dimensión; en fin, entraron en el foco de luz reflejado por el agua, y les vimos brillar como si cada una de sus escamas fuese un diamante; podíamos elegir á nuestro gusto y capricho. Mi compañero me mostraba una soberbia trucha, pero ya había echado mis cálculos sobre

un lavareto magnífico, pues conocía su especie por haber tenido con ella en el lago de Ginebra relaciones de que no había tenido motivo sino de alegrarme. Hacia él, pues, dirigí el cañon de mi carabina; el abogado me miraba contentiendo la respiración; Francesco se había colocado á gatas junto á nosotros, y parecía tener gran interés en lo que iba á suceder; únicamente el lavareto parecía ignorar que era el objeto de la atención general. Subía insensiblemente como si después de haber atravesado el primer foco reflejado por el agua hubiese querido llegar hasta la verdadera llama que ardía en el aire; por fin juzgué que estaba á buena altura, solté el gatillo, y salió el tiro.

No pudimos menos de estremecernos nosotros á aquella detonación, cual si hubiese sido inesperada; toda la montaña se había conmovido hasta lo más profundo; hubiérase dicho que el trueno vagaba por las costas del Righi y del Ruffiberg; oímos cómo se alejaba de eco en eco por la parte de Zug, y después se disminuía, y por último se apagaba. Volvimos entonces los ojos otra vez al lago, todos nuestros curiosos habían desaparecido; únicamente á una gran profundidad descubriase un punto plateado que enseñe á mis compañeros: era nuestro lavareto que subía panza arriba. Al cabo de algunos segundos flotaba en la superficie del agua, de modo que no tuvimos más que alargar la mano para cogerle; la bala le había llevado media cabeza.

Volvímonos triunfantes á la posada; nuestro huésped nos aguardaba delante de sus fogones; no había, sin embargo, creído deber adelantarse hasta empezar su guisado.

—¿Qué tal? le dije yo enseñándole el pescado; ¿qué decís de esto, buen hombre?

—Digo, que siempre hay algo que aprender en toda edad, respondió con aire de profunda humildad y mirando la magnífica pieza que le trujimos.

—Pues bien, mientras acabamos de vestirnos haced un fricassé y procurad condimentarlo bien.

Ignoro si era necesaria la recomendación; pero lo que sé es, que el guisado estaba excelente, y que el lavareto era de tan decente dimensión que hubo para todo el mundo, aun sobró para el guía de mi nuevo amigo, que había llegado durante la comida.

Concluida la cena, ajustamos nuestras cuentas con el huésped; y como luego comenzase á aparecer una ligera tinta anaranjada en la cima del Ruffiberg, pensamos que ya era hora de ponernos en camino. A la puerta de la posada mi compañero tiró por la izquierda y yo por la derecha.

—¿A dónde diablos vais? me dijo.

—Toma! á Lucerna.

—¿A Lucerna!..... de allí vengo yo.

—Toma, toma, toma!..... Entonces, ¿por qué no llevamos el mismo camino?

—Vamos enteramente opuestos, vueltos de espaldas.

—Entonces, buen viaje.

—¡Guardeos Dios!

—Si pasáis por Bruselas.....

—Si vais á París.....

—Está dicho. ¡Adios!

—¡Adios!

Y nos separamos para no volvernos á ver probablemente más que en el valle de Josaphat.

—¿Y bien? dije yo á Francisco, ¿qué piensas de esto, muchacho?

—A fe mía, señor, me respondió, pienso que tenéis costumbres muy singulares; dejáis los caminos buenos para tomar los malos, dormís de día para caminar de noche, y pescáis con una carabina.

LAS GALLINAS DE M. CHATEAUBRIAND.

Saliendo de la posada del Aguila y tomando el camino que se estiende á la izquierda del lago de Zug, nos encontramos sobre un terreno que pertenece esclusivamente á la historia. El camino que seguimos fué seguido por Guessler y va á parar á su sepulcro. No nos detuvimos en Immensee, adonde llegamos á las siete de la mañana, si no el tiempo preciso para hacer un alto, y tomamos inmediatamente el camino de Kussnach, cuyo nombre, amorosamente poético beso de la tarde, está tan poco en armonía con el recuerdo de muerte que trae á la memoria. A cosa de un cuarto de legua de Immensee, nos metimos en el camino abierto en el barranco á cuyo extremo velaba Guillermo Tell: su ancho es lo apuradamente suficiente para que pueda pasar un carruaje, y se halla encajonado por ambos lados por unas rocas de doce pies de altura, sobre las que se elevan árboles cuyas ramas uniéndose y entrelazándose forman un arco sobre la cabeza del viajero. A su extremo se levanta una capilla construida en el mismo sitio en que espiró Guessler. Enfrente de la capilla un sendero lateral se separa del camino. Sube á unos veinte pasos casi, y se detiene al pie de un árbol. A dar crédito á la tradición, detrás de este árbol, cuyo tronco cubierto de musgo se descubre á la izquierda yendo de Immensee, fué donde se ocultó Tell, y contra él apoyó su ballesta para asegurarse más del tiro.

Admitiendo esta distancia entre el tirador y el blanco, Guillermo había disparado á veinte y siete pasos.

La capilla no contiene nada de particular que la distinga de las otras. Está adornada de las efigies de San Nicolás de Bari y de San Carlos Borromeo, y lo mismo que en las demás, me presentaron en esta un libro en que los peregrinos ponen sus nombres: en la penúltima página hallé el de Mr. Chateaubriand.

Desde Martigny había yo visto aparecer de tiempo en tiempo en los libros de las posadas este grande y hermoso nombre confundido entre los apellidos oscuros de los viajeros. En Andermat había dibujado un viajero encima de este nombre una lira coronada de laureles. El posadero me lo había enseñado como un nombre de príncipe, y yo le había designado diciéndole que era un nombre de rey. Farfullé allí mi firma muy lejos y muy debajo de la suya, cual debía hacerlo un cortesano respetuoso, y me puse otra vez en camino.

Saliendo del bosquecillo en que está situada la capilla de Tell, descubrimos á mano izquierda las ruinas de la fortaleza á donde se dirigía Guessler cuando fué muerto. Tomamos el sendero que conduce allí, y en menos de diez minutos llegamos á aquel castillo destruido por Stauffacher en el mes de enero del año 1308, y que no ofrece nada notable más que el recuerdo que suscita. El sendero que conduce á él atraviesa enteramente, entra por un lado y sale por otro, y lleva en derrechura á Kussnach. Nos embarcamos allí para Lucerna.

El lago de los Cuatro cantones pasa generalmente por el lago más hermoso de toda la Suiza, y en efecto, lo caprichoso de su forma da á sus diferentes perspectivas mucho de imprevisto. Sin embargo, hasta entonces yo le había preferido al lago de Brienz con su cinturón de neveras; pero al llegar enfrente de Lucerna me vi en la necesidad de confesar que en ninguna parte se había todavía presentado á mis ojos una vista tan completa en su conjunto y sus detalles.

En efecto, enfrente de mí, en el fondo de su pequeño golfo, se elevaba Lucerna rodeada de fortificaciones que datan del siglo XVI, y que dan un aspecto extraño á esta ciudad, en un país en que las verdaderas murallas están construidas por la mano de Dios, y tienen catorce mil pies de altura; á su derecha y á su izquierda, como dos centinelas, como dos gigantes, como el genio del bien y del mal, se elevan el Righi, rey de las montañas (1), revestido de su manto de verdura bordado de aldeas y cabañas, y el Pilato (2), esqueleto huesoso y descarnado coronado de nubes, donde duermen las tempestades. Jamás ha abarcado un golpe de vista un contraste tan completo como el que ofrecen estos dos montes. El uno cubierto de vegetación desde su base hasta su cumbre, abriga ciento cincuenta cabañas, y alimenta tres mil vacas; el otro,

(1) *Regina montium.*

(2) *Mons Pilatus.*

cual un mendigo, vestido apenas con algunos retazos de verdura sombría que dejan entrever sus costados desnudos y destrozados, no está habitado sino por las tempestades y las águilas, las nubes y los buitres; el primero no tiene más que tradiciones risueñas, el segundo no recuerda más que leyendas infernales, así es que el camino que costea su base es el que Walter Scot ha escogido para teatro de la terrible escena con que principia su novela de Carlos el Temerario.

El viento que soplaba de Brünnen y que hinchaba nuestra pequeña vela, nos hacía deslizarse tan dulcemente por medio de aquel paisaje delicioso, que yo, recostado en la proa, no sentía el movimiento, y estaba dispuesto á creer que la ciudad era la que venía hacia nosotros, durando esta ilusión hasta los últimos momentos en que, creciendo, parecía salir del agua. Doblamos una torre, que, sirviendo en otro tiempo de faro (Lucerna), dió su nombre á la ciudad, y abordamos al muelle. Una posada que encontramos en nuestro camino era la del Caballo Blanco, allí nos detuvimos.

La primera noticia que supe, y en efecto, era la más importante, era que Mr. de Chateaubriand habitaba en Lucerna. Recuérdese que nuestro gran poeta, el que consagró su pluma á la dinastía caída, se desterró voluntariamente después de la revolución de julio, y no volvió á París hasta que fué llamado por el arresto de la duquesa de Berri. Paraba en la fonda del Aguila.

Me vesti inmediatamente con intención de ir á hacerle una visita; yo no le conocía personalmente. En París no me hubiese atrevido á presentarme á él; pero fuera de Francia, en Lucerna, y en el estado de aislamiento en que se hallaba, pensé que le causaría algún placer el ver á un compatriota. Fui, pues, decidido á la fonda del Aguila, pregunté á un mozo por Mr. de Chateaubriand, y me respondió acababa de salir para dar de comer á sus gallinas; se lo hice repetir creyendo haber oído mal, pero por segunda vez me dió la misma contestación. Dejéle mi nombre, reclamando al mismo tiempo el favor de ser recibido al día siguiente, pues comenzaba á hacerse ya tarde, y las correrías que había hecho desde Brigy, junto con lo poco que había dormido en las tres ó cuatro últimas jornadas, me hacían sentir que no tendría demasiado con lo restante de día y de noche para reponerme enteramente: en cuanto á Francesco toda ciudad era Capua para él.

Al día siguiente recibí una carta de Mr. de Chateaubriand, remitida desde la vispera, pero que no me la habían dado por miedo de despertarme; era una invitación para ir á almorzar á las diez: eran ya las nueve, y no había tiempo que perder; salté de la cama y me vestí.

Hacia mucho tiempo que deseaba yo ver á Mr. de Chateaubriand; mi admiración hacia él

era como la religion de un niño; era el hombre cuyo genio habia sido el primero en separarse del camino trillado para abrir á nuestra jóven literatura la senda que despues ha seguido: él solo habia suscitado contra sí mas odios que todo el cenáculo entero: era la roca, azotada durante cincuenta años por las olas de la envidia, removidas aun contra nosotros; era la lima en que se habian desgastado los dientes cuyos restos habian procurado mordernos.

Así, cuando puse el pie en el primer tramo de la escalera, estuvo á punto de faltarme el aliento.

Enteramente desconocido parecíame que no hubiera pesado tanto sobre mí aquella inmensa superioridad, pues dejaba de existir el punto de comparacion para medir nuestras dos alturas, y no tenia el recurso de decir como Strombole al monte Rosa:

«Yo no soy mas que una colina, pero encierro un volcan.»

Al llegar á la puerta me detuve: el corazón me palpitaba con violencia, y habria vacilado menos creo, en llamar á la puerta de un conclave. Tal vez en aquel momento Mr. de Chateaubriand creia que yo le hacia aguardar por impolitica, mientras no me atrevia á entrar por veneracion. En fin, el que subia el mezo, no podia permanecer mas tiempo á la puerta, llamé y salió á abrirme el mismo Mr. Chateaubriand.

Ciertamente debió formar una opinion muy singular de mis modales, si no atribuyó mi cordedad á su verdadera causa; pues yo tartamudeaba como un señorito de provincia, sin saber si debía pasar delante ó detras de él, y creo que, como Mr. Parceval ante Napoleon, si me hubiese preguntado mi nombre, no hubiera acertado á responderle. El seguramente se hizo cargo de mi agitacion, y procuró tranquilizarme alargándome la mano.

Mientras el almuerzo, hablamos de la Francia: tocó sucesivamente las cuestiones políticas que se agitaban en aquella época desde la tribuna hasta el club; y todo con esa brillantez del hombre de genio que profundiza las cosas y los hombres, que estima en su verdadero valor las convicciones y los intereses, y que no se hace ilusion sobre nada. Me convencí completamente de que Mr. de Chateaubriand juzgaba desde entonces como perdido el partido á que pertenecía, que cifraba toda su esperanza en el republicanismo social, y continuaba adicto á su causa mas porque se hallaba desgraciada que por que juzgase que era la mejor. Esto es propio de todas las almas grandes; necesitan consagrarse á alguna cosa; cuando no es á las mugeres, es á los reyes, cuando no á los reyes, es á Dios.

No pude menos de llamar la atencion de Mr. de Chateaubriand, sobre que sus teorías realistas por la forma, eran republicanas en el fondo.

—¿Os asombráis de eso? me dijo sonriendo.—Confeséle que sí.

—Yo lo creo, eso me asombra á mí mas aun, continuó; pues he rodado sin querer como un peñasco que arrebató el torreute, y ahora me encuentro mas próximo á vos que á mí!... ¿Habeis visto el leon de Lucerna?

—Todavía no.

—Iremos á visitarle, es el principal monumento de la ciudad: ¿ya sabeis el motivo por que se erigió?

—En triste conmemoracion del 10 de agosto.

—Sí.

—¿Y qué tal cosa es? ¿merece la pena de verlo?

—Es muy bueno, es un hermoso recuerdo.

—Es un dolor que la sangre vertida en defensa de la monarquía fuese comprada á una república, y que la muerte de la guardia suiza no fuese mas que el pago exacto de una letra de cambio.

—Nada tiene de extraño eso en una época en que tantas personas dejaban protestar sus pagarés.

Ya se ve que aquí diferiamos en ideas, y tal es la desgracia de las opiniones, resultado de principios opuestos; siempre que la necesidad los aproxima, se entienden sobre las teorías, pero se separan en la práctica, y en el terreno de los hechos.

Llegamos en frente del monumento situado á corta distancia de la ciudad en el jardin del general Pflüfer. Es un peñasco cortado á pico, cuya base está bañada por un estanque redondo: en aquel se ba cavado una gruta de cuarenta y cuatro pies de longitud sobre cuarenta y ocho de elevacion, y en ella un jóven escultor de Constanza, llamado Ahorn, ha construido sobre un modelo de yeso de Thorwalden, un leon colosal herido de una lanza, cuya astilla se ha quedado en la herida, y que espira cubriendo su cuerpo con el escudo de las flores de lis que ya no puede defender. Encima de la gruta se leen estas palabras:

HELVETIORUM FIDELI AC VIRTUTI

y debajo de ella los nombres de los oficiales y soldados que perecieron el 10 de agosto; los primeros en número de veinte y seis, y los segundos de setecientos sesenta. Este monumento tenia mayor interés por la nueva revolucion que acababa de verificarse, y por la nueva fidelidad que habian desplegado los suizos. Sin embargo, ¡cosa rara! el inválido que cuida del leon nos habló mucho del 10 de agosto; pero no nos dijo ni una palabra del 29 de julio; habiase olvidado ya la mas reciente de las dos catástrofes, y la cosa era sencilla: en 1830 no habia arrojado mas que al rey, y en 1790 habia arrojado el trono.

Ensené á Mr. de Chateaubriand los nombres de aquellos que habian hecho tanto honor á su fama, y preguntéle cuáles serian

si se elevára en Francia un monumento semejante, los nombres de los nobles que se podrian inscribir en la losa funeraria de la monarquía para formar juego con aquellos nombres populares.

—Ni uno, me respondió.

—¿Comprendeis eso?

—Perfectamente, los muertos no se hacen matar.

La historia de la revolucion de julio estaba toda entera en estas palabras: la nobleza es el verdadero escudo de la monarquía; mientras que este se ha llevado en el brazo ha rechazado la guerra estrangera y sofocado á la civil, pero desde el dia en que su cólera lo haro imprudentemente se ha hallado sin defensa. Luis XI habia dado muerte á los grandes vasallos. Luis XIII á los grandes señores, y Luis XVI á los aristócratas, de suerte que cuando Carlos X llamó en su auxilio á los de Armagnacs, Montmorencys y Lauzans, su voz no evocó mas que sombras y fantasmas.

—Ahora, me dijo Mr. de Chateaubriand, si habeis visto todo lo que queriais ver: vamos á dar de comer á mis gallinetas.

—Ahora me recordais una cosa, es que cuando me he presentado ayer en vuestra posada, me dijo un mozo que habiais salido para dedicaros á esa campestre ocupacion. ¿Vuestro proyecto de retiro llegará hasta el extremo de hacerse labriego?

—¿Por qué no? un hombre cuya vida hubiese sido agitada como la mía por el capricho, la poesia, las revoluciones y el destierro sobre las cuatro partes del mundo, seria muy feliz, no con poseer una casita en las montañas, pues no me gustan los Alpes, sino con una dehesa en Normandia, ó una alquería en Bretaña. Creo decididamente que tal es mi vocacion en los dias de mi ancianidad.

—Permitidme que no lo crea. Recordad á Carlos V en Yuste; no sois de esos emperadores que abdican ó de esos reyes á quienes se destrona; sois de esos principes que mueren bajo un dosel, que se entierran como Carlos-Magne, con los pies sobre su escudo, la espada al costado, la corona en la cabeza, y el cetro en la mano.

—Estad alerta, hace mucho tiempo que no me han adulado, y seria capaz de caer en el lazo. Vamos á dar de comer á mis gallinetas.

Por mi honor que hubiera querido caer de rodillas delante de aquel hombre que tan grande y tan sencillo encontraba.

Pasamos por el puente de la Côte que conduce á la parte de la ciudad que está separada por un brazo del lago; es el puente cubierto mas largo de la Suiza despues del de Rapperchwyll, tiene mil trescientos ochenta pies, y está adornado con doscientos treinta y ocho pasos sacados del Antiguo y del Nuevo testamento.

Nos paramos á los dos tercios casi de su estension, y á corta distancia de un sitio cu-

bierto de cañaverales. Mr. de Chateaubriand sacó de su bolsillo un pedazo de pan que se habia guardado del almuerzo, y comenzó á hacerlo migas en el lago: al momento salieron de la especie de isla que formaban los cañaverales inmediatamente una docena de gallinas de agua y vinieron presurosas á disputarse la comida que les preparaba á aquella hora la mano que habia escrito *el Genio del Cristianismo, los Mártires y el último de los Abencerrajes*. Miré largo tiempo sin decir nada, el singular espectáculo de aquel hombre echado sobre el parapeto del puente, con los labios contraindos por una sonrisa, pero los ojos tristes y graves. Poco á poco su ocupacion se convirtió enteramente en maquinal, su rostro tomó una expresion de profunda melancolia, sus pensamientos pasaron sobre su ancha frente como nubes por el cielo, habia entre ellos recuerdos de patria, de familia, de tiernas amistades, mas sombríos que los otros. Adiviné que aquel era el momento que se habia reservado para pensar en la Francia.

Respeté aquella meditacion todo el tiempo que duró. Al fin hizo un movimiento y exhaló un suspiro. Me aproxime á él, se acordó de que me hallaba allí, y me alargó la mano.

—Pero si os apesadumbra tanto el no estar en París, le dije yo, ¿por qué no volveis á él? ¿Nada os destierra de allí, todo os llama!

—¿Qué quereis que haga yo allí? me dijo. Hallábame en Cotterets cuando sucedió la revolucion de julio: volví á París, vi un trono en la sangre, y otro en el lodo; abogados componiendo una carta, y un rey dando apretones de manos á los traperos. Era para morir de tristeza, sobre todo cuando está uno lleno de las grandes tradiciones de la monarquía, por eso me fugué.

—Por algunas palabras que se os han escapado esta mañana, habia yo creído que reconociais la soberanía popular.

—Sí, sin duda, bueno es que de tiempo en tiempo la monarquía se empape en su origen que es la eleccion; pero esta vez ha saltado una rama del árbol, un eslabon de la cadena, era necesario elegir á Enrique V, y no á Luis Felipe.

—Deseais una cosa muy triste para ese pobre niño, respondí yo; los reyes del nombre de Enrique son desgraciados en Francia; Enrique I fué envenenado, Enrique II muerto en un torneo, Enrique III y Enrique IV fueron asesinados.

—Pues bien, vale mas en todo esto morir por el puñal que en el destierro: es mas pronto y se padece menos.

—¿Pero vos, no volvereis á Francia? Veamos.

—Si la duquesa de Berri despues de haber hecho la locura de presentarse en la Vendée, hace la tontería de dejarse prender, volveré á París para defenderla ante sus jueces, ya que mis consejos no han podido impedir que fuese allí.

—¿Y si no?

—Si no, continuó Mr. de Chateaubriand, desmigando otro pedazo de pan, continuaré en dar de comer á mis gallinetas.

Dos horas despues de esta conversacion me alejaba de Lucerna en una barca conducida por dos remeros: habia visto todo lo que queria ver de la ciudad, y ademas llevaba un recuerdo que no contaba hallar alli, el de una entrevista con Mr. de Chateaubriand; habia estado al lado todo un dia del gigante literario de nuestra época, con el hombre cuyo nombre resuena tan alto como el de Goethe y Walter-Scott. Habiale yo medido como aquellas montañas de los Alpes que se elevaban brillantes con su blancura ante mis ojos, habia subido á su cumbre, habia bajado al fondo de sus abismos, habia dado la vuelta á su base de granito, y le habia encontrado mas grande todavia de cerca que de lejos, en la realidad que en la imaginación, en la palabra que en las obras. Desde aquel tiempo la impresion que habia recibido no ha hecho mas que acrecentarse, y nunca mas hetratado de volver á ver á Mr. de Chateaubriand por miedo de no encontrarle tal como le habia visto, y que este cambio no causase detrimento al culto que le habia consagrado. En cuanto á él es probable que ha olvidado no solo los detalles de mi visita, si no aun la visita misma, y esto es muy sencillo: yo era el peregrino y él era el dios.

EL RIGHI.

A las cuatro llegamos á Wegghis, sitio elegido por mis barqueros, despues de una madura deliberacion para comenzar mi ascension á la montaña mas famosa de la Suiza, por el magnifico panorama que se descubre desde su cima.

Hallábase ya muy adelantado el dia, y asi no nos paramos en la posada mas que el tiempo para buscar un guia. Desgraciadamente habiamos llegado tarde. Como prometia hacer un tiempo magnifico al dia siguiente, habia habido abundancia de viajeros, lo que habia producido escasez de guias, tanto que el último habia salido hacia una hora con un inglés. Aconsejónos el posadero que fuéramos á alcanzar al *gentleman* prometiéndonos que si éramos buenos andarines lo conseguiriamos á la mitad del camino de la subida, lo que nos permitira aprovecharnos para la última parte de la montaña, que es la mas dificultosa, de la compañía de su cicerone.

Nos aprovechamos del consejo, y nos pusimos en camino inmediatamente. El camino que sale de la misma puerta de la posada, estaba visiblemente trazado para que temiéramos perdernos. A doscientos pasos de la casa se internaba en un hermoso bosque de nogales y de encinas, que nos acompañaron así por espacio de una media legua, despues entramos en un terreno árido y de color de orin, devastado así por la erupcion de 1795.

Esta singular erupcion, cuya causa se ha tratado por mucho tiempo de averiguar, y cuya solucion se ha encontrado en nuestros dias, amenazó un instante á los habitantes de Wegghis con la misma calamidad que á los de Herculano, con la diferencia de que, en lugar de ser tragados por las lavas estuvieron á pique de serlo por el lodo. El 16 de julio de 1795 al amanecer, los habitantes de Wegghis, que toda la noche habian estado de pie alarmados por ruidos cuya causa ignoraban, vieron abrirse grietas trasversales á un tercio de la altura de la montaña, en el punto en que las capas de piedra del Rossberg, desconchadas por el valle de Goldau, van á apoyarse en las capas calcáreas del Righi. De estas grietas brotó una corriente de fango de color ferruginoso, que se extendió cual una ancha sábana de un cuarto de legua de anchura y de diez á veinte pies de alto, siguiendo las desigualdades del terreno, y adelantándose con bastante lentitud para dar tiempo á los habitantes de salvar lo que tenian de mas precioso. Este lodo enteramente parecido á la lava, excepto que su fusion no era producida por el calor, se amontonaba sobre los objetos que le oponian un obstaculo y saltaba por encima de ellos, cuando no los arrastraba por delante. La erupcion duró así siete dias, y por todas partes donde pasó, la fresca verdura del Righi desapareció bajo un tinte ferruginoso, que visto desde el lago, forma aun una costra inmensa á los lados de la montaña. Ademas, la industria de los habitantes ha reconquistado ya á la vegetacion una parte de este desierto, y concluirá por recuperarlo enteramente; entonces, cual los pescadores de Torre del Greco y de Resina, dormirán de nuevo acostados en la base de un volcan tan peligroso como el de Nápoles, porque el fenómeno, del que estuvieron á punto de haber sido victimas á fines del siglo pasado, lo causa la filtracion de las aguas que penetran desde la cumbre del Righi en el interior de la montaña, encuentran una capa de tierra situada entre dos capas de roca, y le quitan su consistencia, de modo que, cediendo á la presion de la mas superior, esta tierra desleida pasa al estado de lodo. Estos sintomas son tanto mas alarmantes cuanto que son los que anunciaron la caída del Rossberg, y que aquella vez no seria ya una capa de la montaña la que se precipitaria en el valle, sino la montaña entera resbalaria sobre su base, cual un buque sobre el declive en que se le ha cons-

truido en el astillero, y que cegando el lago de Lucerna, inundaria todas las comarcas de al rededor.

Acabábamos de pasar aquella llanura desolada y nos acercábamos á la pequeña ermita de Santa Cruz, que forma la mitad del camino, cuando vimos venir hácia nosotros muy veloz y dando zancadas tan exactamente como pudiera hacerlo un compás que anduviese, á un jóven que fácilmente conocimos ser nuestro inglés. Le seguia su guia, haciéndole medio en aleman, medio en francés, todas las observaciones que creia propias para hacerle desandar el camino para continuar su ascension interrumpida; pero él, sordo é impasible, continuaba bajando aumentando la rapidez á medida que bajaba, de modo que era de temer que antes de quinientos pasos echase á correr. Al primer golpe vimos que el temor de perder su jornal inspiraba al guia sus oficiosas y apremiantes instancias, de modo que le pregunté si queria abandonar la fortuna del inglés y agregarse á la nuestra. La proposicion fué aceptada en el instante mismo. Paróse y dejó á su viagero acabar su camino. Este, sin inquietarse por el abandono de su guia, continuó bajando la montaña en la misma progresion, lo que nos dió esperanzas de que al paso que iba, se hallaria en Wegghis antes de media hora.

Preguntamos al guia si sabia qué género de asunto llamaba con tanta urgencia á su juicio errante hácia el lago; pero nos dijo que por fuerza debia padecer de aquella enfermedad porque le habia acometido súbitamente, habiéndole costado mucho trabajo el decidirle á que subiera al Righi, y para decidirle habia tenido necesidad de prometerle que alli probablemente se encontraría solo. Entonces, y bajo esta promesa habia tomado su partido y puesto en marcha, preguntando de quinientos en quinientos pasos si habia llegado: al responderle que no, volvió á ponerse en camino con una resignacion de cuáker, al oír la respuesta negativa; en fin, á la mitad del camino habia creído que una porcion de gentes le precedia. Esta noticia al parecer le causó estupor, quedóse un instante inmóvil y encendido, despues, de repente, dando media vuelta se habia puesto en camino para Wegghis. En vano el guia le habia dicho que ya que estaba á la mitad del camino le era mas corto el continuar subiendo. El inglés habia pensado sin duda entre sí, que al dia siguiente tendria que bajar, y esta enfadosa conviccion le habia inspirado la resolucion desesperada de que sin nosotros hubiera sido victima su guia.

El episodio mas curioso de la subida del Righi es un camino formado por cuatro trozos de roca, que es imposible adivinar cómo se han colocado derechos los unos sobre los otros, de modo que forman un arco.

Es evidente que la mano de los hombres no ha entrado por nada en este caprichoso inci-

dente de la naturaleza. Mi guia, segun la costumbre de los aldeanos suizos, no dejó de atribuirle al eterno enemigo del género humano; pero por mas que le pregunté, no sabia con qué objeto habia tenido el diablo aquel capricho.

Desde aquel momento caminamos por llano, viendo bajarse las montañas vecinas y desplegarse el panorama á medida que nos elevábamos: sin embargo, la noche comenzaba á amontonarse en las profundidades, mientras todos los picos se hallaban todavia iluminados con una viva luz; por lo demas el sol parecia bajar visiblemente, y la sombra subia como una marea. Muy pronto no hubo ya mas que las cimas de las montañas que parecian formar islas en aquel mar de tinieblas; despues se sumergieron á su vez las unas tras de las otras. Muy pronto nos alcanzó á nosotros tambien el diluvio. Durante algun tiempo vimos todavia resplandecer la cabeza del Pilato, mil cuatrocientos ó mil quinientos pies mas elevado que el Righi.

Por fin, el resplandor de aquel último farol, se apagó, y cuando llegábamos al Staffel los Alpes enteros estaban sumergidos en la oscuridad. Habiamos gastado dos horas y cuarto en hacer la subida.

Al poner el pie en la posada, creimos entrar en la torre de Babel, veinte y siete viajeros de once naciones diferentes nos habiamos reunido para ver desde el Righi la salida del sol; entretanto estaban muertos de hambre ó poco menos; el posadero no esperaba tanta gente, no habia hecho provision de viveres bastante. Así la sociedad me hizo una recepcion fria, pues era una boca mas que venia á caer en medio de una guarnicion hambrienta. Cada cual votaba y juraba en su lengua, lo que hacia el mas abominable concierto que jamás habia oido.

Desde que supe de lo que se trataba, calculé que seria valiente y magnánimo en mí el vengarme de la acogida que me habia hecho la sociedad dándole una prueba de filantropia; en su consecuencia saqué de mi morral de caza un soberbio ánade que yo habia matado al doblar la punta de Niederdos antes de llegar á Wegghis; no era una gran cosa, pero en fin, en tiempo de escasez, todo es precioso. Pensé entonces que el inglés habia tenido alguna revelacion del hambre que reinaba en las altas regiones, y que por eso habia dado tan precipitadamente la vuelta al valle.

En aquel momento oimos á unos cincuenta pasos de la posada el sonido de una trompa de los Alpes, era una galanteria de nuestro huésped, que á falta de otra cosa, nos obsequiaba con una serenata.

Salimos para escuchar aquel famoso *Van de las Vacas*, que cuentan da al suizo el mal de la patria: para nosotros extranjeros, no era mas que una especie de melodía bastante monótona, que á mí en particular me sugirió

—¿Y si no?

—Si no, continuó Mr. de Chateaubriand, desmigando otro pedazo de pan, continuaré en dar de comer á mis gallinetas.

Dos horas despues de esta conversacion me alejaba de Lucerna en una barca conducida por dos remeros: habia visto todo lo que queria ver de la ciudad, y ademas llevaba un recuerdo que no contaba hallar alli, el de una entrevista con Mr. de Chateaubriand; habia estado al lado todo un dia del gigante literario de nuestra época, con el hombre cuyo nombre resuena tan alto como el de Goethe y Walter-Scott. Habiale yo medido como aquellas montañas de los Alpes que se elevaban brillantes con su blancura ante mis ojos, habia subido á su cumbre, habia bajado al fondo de sus abismos, habia dado la vuelta á su base de granito, y le habia encontrado mas grande todavia de cerca que de lejos, en la realidad que en la imaginación, en la palabra que en las obras. Desde aquel tiempo la impresion que habia recibido no ha hecho mas que acrecentarse, y nunca mas hetratado de volver á ver á Mr. de Chateaubriand por miedo de no encontrarle tal como le habia visto, y que este cambio no causase detrimento al culto que le habia consagrado. En cuanto á él es probable que ha olvidado no solo los detalles de mi visita, si no aun la visita misma, y esto es muy sencillo: yo era el peregrino y él era el dios.

EL RIGHI.

A las cuatro llegamos á Wegghis, sitio elegido por mis barqueros, despues de una madura deliberacion para comenzar mi ascension á la montaña mas famosa de la Suiza, por el magnifico panorama que se descubre desde su cima.

Hallábase ya muy adelantado el dia, y asi no nos paramos en la posada mas que el tiempo para buscar un guia. Desgraciadamente habiamos llegado tarde. Como prometia hacer un tiempo magnifico al dia siguiente, habia habido abundancia de viajeros, lo que habia producido escasez de guias, tanto que el último habia salido hacia una hora con un inglés. Aconsejónos el posadero que fuéramos á alcanzar al *gentleman* prometiéndonos que si éramos buenos andarines lo conseguiriamos á la mitad del camino de la subida, lo que nos permitira aprovecharnos para la última parte de la montaña, que es la mas dificultosa, de la compañía de su cicerone.

Nos aprovechamos del consejo, y nos pusimos en camino inmediatamente. El camino que sale de la misma puerta de la posada, estaba visiblemente trazado para que temiéramos perdernos. A doscientos pasos de la casa se internaba en un hermoso bosque de nogales y de encinas, que nos acompañaron así por espacio de una media legua, despues entramos en un terreno árido y de color de orin, devastado así por la erupcion de 1795.

Esta singular erupcion, cuya causa se ha tratado por mucho tiempo de averiguar, y cuya solucion se ha encontrado en nuestros dias, amenazó un instante á los habitantes de Wegghis con la misma calamidad que á los de Herculano, con la diferencia de que, en lugar de ser tragados por las lavas estuvieron á pique de serlo por el lodo. El 16 de julio de 1795 al amanecer, los habitantes de Wegghis, que toda la noche habian estado de pie alarmados por ruidos cuya causa ignoraban, vieron abrirse grietas trasversales á un tercio de la altura de la montaña, en el punto en que las capas de piedra del Rossberg, desconchadas por el valle de Goldau, van á apoyarse en las capas calcáreas del Righi. De estas grietas brotó una corriente de fango de color ferruginoso, que se extendió cual una ancha sábana de un cuarto de legua de anchura y de diez á veinte pies de alto, siguiendo las desigualdades del terreno, y adelantándose con bastante lentitud para dar tiempo á los habitantes de salvar lo que tenian de mas precioso. Este lodo enteramente parecido á la lava, excepto que su fusion no era producida por el calor, se amontonaba sobre los objetos que le oponian un obstaculo y saltaba por encima de ellos, cuando no los arrastraba por delante. La erupcion duró así siete dias, y por todas partes donde pasó, la fresca verdura del Righi desapareció bajo un tinte ferruginoso, que visto desde el lago, forma aun una costra inmensa á los lados de la montaña. Ademas, la industria de los habitantes ha reconquistado ya á la vegetacion una parte de este desierto, y concluirá por recuperarlo enteramente; entonces, cual los pescadores de Torre del Greco y de Resina, dormirán de nuevo acostados en la base de un volcan tan peligroso como el de Nápoles, porque el fenómeno, del que estuvieron á punto de haber sido victimas á fines del siglo pasado, lo causa la filtracion de las aguas que penetran desde la cumbre del Righi en el interior de la montaña, encuentran una capa de tierra situada entre dos capas de roca, y le quitan su consistencia, de modo que, cediendo á la presion de la mas superior, esta tierra desleida pasa al estado de lodo. Estos sintomas son tanto mas alarmantes cuanto que son los que anunciaron la caída del Rossberg, y que aquella vez no seria ya una capa de la montaña la que se precipitaria en el valle, sino la montaña entera resbalaria sobre su base, cual un buque sobre el declive en que se le ha cons-

truido en el astillero, y que cegando el lago de Lucerna, inundaria todas las comarcas de al rededor.

Acabábamos de pasar aquella llanura desolada y nos acercábamos á la pequeña ermita de Santa Cruz, que forma la mitad del camino, cuando vimos venir hácia nosotros muy veloz y dando zancadas tan exactamente como pudiera hacerlo un compás que anduviese, á un jóven que fácilmente conocimos ser nuestro inglés. Le seguia su guia, haciéndole medio en alemán, medio en francés, todas las observaciones que creia propias para hacerle desandar el camino para continuar su ascension interrumpida; pero él, sordo é impasible, continuaba bajando aumentando la rapidez á medida que bajaba, de modo que era de temer que antes de quinientos pasos echase á correr. Al primer golpe vimos que el temor de perder su jornal inspiraba al guia sus oficiosas y apremiantes instancias, de modo que le pregunté si queria abandonar la fortuna del inglés y agregarse á la nuestra. La proposicion fué aceptada en el instante mismo. Paróse y dejó á su viagero acabar su camino. Este, sin inquietarse por el abandono de su guia, continuó bajando la montaña en la misma progresion, lo que nos dió esperanzas de que al paso que iba, se hallaria en Wegghis antes de media hora.

Preguntamos al guia si sabia qué género de asunto llamaba con tanta urgencia á su juicio errante hácia el lago; pero nos dijo que por fuerza debia padecer de aquella enfermedad porque le habia acometido súbitamente, habiéndole costado mucho trabajo el decidirle á que subiera al Righi, y para decidirle habia tenido necesidad de prometerle que alli probablemente se encontraria solo. Entonces, y bajo esta promesa habia tomado su partido y puesto en marcha, preguntando de quinientos en quinientos pasos si habia llegado: al responderle que no, volvió á ponerse en camino con una resignacion de cuáker, al oír la respuesta negativa; en fin, á la mitad del camino habia creído que una porcion de gentes le precedia. Esta noticia al parecer le causó estupor, quedóse un instante inmóvil y encendido, despues, de repente, dando media vuelta se habia puesto en camino para Wegghis. En vano el guia le habia dicho que ya que estaba á la mitad del camino le era mas corto el continuar subiendo. El inglés habia pensado sin duda entre sí, que al dia siguiente tendria que bajar, y esta enfadosa conviccion le habia inspirado la resolucion desesperada de que sin nosotros hubiera sido victima su guia.

El episodio mas curioso de la subida del Righi es un camino formado por cuatro trozos de roca, que es imposible adivinar cómo se han colocado derechos los unos sobre los otros, de modo que forman un arco.

Es evidente que la mano de los hombres no ha entrado por nada en este caprichoso inci-

dente de la naturaleza. Mi guia, segun la costumbre de los aldeanos suizos, no dejó de atribuirle al eterno enemigo del género humano; pero por mas que le pregunté, no sabia con qué objeto habia tenido el diablo aquel capricho.

Desde aquel momento caminamos por llano, viendo bajarse las montañas vecinas y desplegarse el panorama á medida que nos elevábamos: sin embargo, la noche comenzaba á amontonarse en las profundidades, mientras todos los picos se hallaban todavia iluminados con una viva luz; por lo demas el sol parecia bajar visiblemente, y la sombra subia como una marea. Muy pronto no hubo ya mas que las cimas de las montañas que parecian formar islas en aquel mar de tinieblas; despues se sumergieron á su vez las unas tras de las otras. Muy pronto nos alcanzó á nosotros tambien el diluvio. Durante algun tiempo vimos todavia resplandecer la cabeza del Pilato, mil cuatrocientos ó mil quinientos pies mas elevado que el Righi.

Por fin, el resplandor de aquel último farol, se apagó, y cuando llegábamos al Staffel los Alpes enteros estaban sumergidos en la oscuridad. Habiamos gastado dos horas y cuarto en hacer la subida.

Al poner el pie en la posada, creimos entrar en la torre de Babel, veinte y siete viajeros de once naciones diferentes nos habiamos reunido para ver desde el Righi la salida del sol; entretanto estaban muertos de hambre ó poco menos; el posadero no esperaba tanta gente, no habia hecho provision de viveres bastante. Así la sociedad me hizo una recepcion fria, pues era una boca mas que venia á caer en medio de una guarnicion hambrienta. Cada cual votaba y juraba en su lengua, lo que hacia el mas abominable concierto que jamás habia oido.

Desde que supe de lo que se trataba, calculé que seria valiente y magnánimo en mí el vengarme de la acogida que me habia hecho la sociedad dándole una prueba de filantropia; en su consecuencia saqué de mi morral de caza un soberbio ánade que yo habia matado al doblar la punta de Niederdos antes de llegar á Wegghis; no era una gran cosa, pero en fin, en tiempo de escasez, todo es precioso. Pensé entonces que el inglés habia tenido alguna revelacion del hambre que reinaba en las altas regiones, y que por eso habia dado tan precipitadamente la vuelta al valle.

En aquel momento oimos á unos cincuenta pasos de la posada el sonido de una trompa de los Alpes, era una galanteria de nuestro huésped, que á falta de otra cosa, nos obsequiaba con una serenata.

Salimos para escuchar aquel famoso *Van de las Vacas*, que cuentan da al suizo el mal de la patria: para nosotros extranjeros, no era mas que una especie de melodía bastante monótona, que á mí en particular me sugirió

una idea enteramente formidable, la de que si habia algun viajero perdido en la montaña, los sonidos de la trompa le indicarian su camino. Comunicó esta reflexion al que tenia mas inmediato á mí; era un inglés grueso que en tiempo ordinario debia tener aire bastante jovial, pero que en las circunstancias en que nos hallábamos, presentaba todas las apariencias de una profunda melancolia. Reflexionó un instante, despues le pareció que mis temores eran fundados, porque se separó de la sociedad, fué á arrancar la trompa de las manos del pastor que la tocaba, y se la bajó al posadero diciéndole:

—Amigo, guarda este instrumento para que vuestro mozo no alborote mas con él.

—Pero, milord, esto es costumbre, la música es grata á los viajeros.

—En los tiempos de abundancia, será posible: pero nunca en tiempos de escasez;—y volviéndose á mí añadió: Estad tranquilo, ya le he hecho guardar su trompa de caza.

—A fé mia, milord, que creo que ya es tarde, pues si no me engaño descubro allá á lo lejos una especie de sombra que me parece otro recién llegado.

—¡Oh! exclamó el inglés. ¿Creeis eso?

—¡Toma! miradlo.

En efecto, á los primeros rayos de la luna vimos adelantarse á un joven bastante desembarazado que se dirigia de propósito hácia nosotros, haciendo dar vueltas sobre su dedo índice á su palo de camino. A medida que adelantaba, iba yo descubriendo en él el verdadero tipo de comisionista viajero parisiense. Tenia un sombrero gris puesto bastante sobre las orejas, patillas y barba, corbata á la colin, gabán de terciopelo, y un pantalon á lo cosaco; esto, como se vé, es el traje de rigor. Al llegar á nosotros, acaso para probar su ciencia adquirida en el servicio de la milicia nacional, y su vocacion natural por los primeros papeles de la ópera cómica, se detuvo á diez pasos de nosotros, tomó su palo á guisa de fusil, y comenzó á mandar y obedecer al mismo tiempo.

—¡Al hombre! ¡presenten! *salutem omnibus*. Buenos días á todo el mundo; ¿y qué hay de nuevo?

—Lo que hay, mi querido compatriota, contesté yo, es que si llegais con el secreto de la multiplicacion de los panes y de los peces, habreis hecho bien en quedaros en Wegghis.

—¡Bah, bah! cuando hay para tres hay para cuatro.

—Si, pero cuando hay para cuatro, no hay para veinte y ocho.

—Tanto peor, á fé mia; en la guerra como en la guerra; una vez en Lucerna no he querido irme sin ver el Righi; únicamente como no habia guia en el pueblo, he venido enteramente solo. Ya me conocen los montes, como que soy de Montmartre; sin embargo,

como es de noche, creo que me habria perdido á no oír el sonido de la trompeta vuestra.—¿Sois vos, buen señor, el que sopláis en la máquina? continuó dirigiéndose al inglés.

—No, señor, no, no ser yo.

—Perdonad, milord, es que teneis traza de tener excelente respiracion.

—Es posible, pero no soy aficionado á la música.

—Haceis mal, porque la música dulcifica las costumbres.—¡Hola! ¡ah de casa! ¿qué tenemos para cenar? ¡hola! ¡hola! y se entró en la posada.

—¡Qué alegre es ese amigo vuestro! me dijo un alemán que no habia hablado todavia.

—Perdonad, pero este joven no solo no es mi amigo, sino que ni aun le conozco: es un compatriota y nada mas.

—Decid, ¿qué manera es esta de ayudarme á buscar? interrumpió el recién llegado saliendo á la puerta con la boca llena mordiendo una tostada con manteca.

—No reparéis en esto, milord, añadió volviéndose al inglés, lo que yo cómo no perjudica á nadie, es una tostada que he hallado en la alacena, y que el ladrón del posadero reservaba para su cara mitad; felizmente que yo he ido á dar un vistazo por la cocina.

—¡Y bien! y ¿qué noticias traeis? le dije.

—Tenemos lo preciso para no morir de hambre (el inglés dió un suspiro).

—Parece que milord tiene buen apetito.

—¡Un hambre del diablo!

—Entonces, dijo el comisionista viajero, pido á la sociedad el permiso de hacer partes para que haya comida para todos; yo en estas circunstancias sé repartir un huevo pasado por agua entre cuatro.

—Estos señores y señoras ya tienen la comida lista, gritó el posadero.

El posadero habia echado el pecho al agua. La sopa no habia llegado á adquirir proporcion con los convidados para que hubiese para todos, y la carne se perdía en un bosque de peregril: sin embargo, el comisionista, que en calidad de trinchador se habia sentado en medio de la mesa, supo dividir con tanta habilidad, que todos tuvimos bastante para ver que no valian un bledo la sopa y la carne.

Luego nos presentaron el asado con cuatro platos. El primero se componía de huevos en tortilla, el segundo de huevos duros, el tercero de huevos estrellados, y el cuarto de huevos revueltos. El asado consistía en veinte pajaritos y mi ánade. Este fué dividido en ocho pedazos por el comisionista, que equivalian á otros ocho pajaritos, y pasando el plato al inglés nos dijo: Señores y señoras, cada uno que tome un pajarito ó un pedazo de ánade, á su eleccion; el pan á discrecion. El inglés tomó dos pajaritos.

—Decid, señor milord, dijo el comisionista, si todo el mundo hace como vos, no habrá

mas que para la mitad de la mesa. El inglés hizo como que no comprendia.—¡Bravo! ¿con que no entiendes el francés? dijo el comisionista haciendo una bolita de miga de pan del tamaño de una avellana, y colocándola entre el pulgar y el índice, como los chicos que juegan á las bolas.—Aguarda, voy á hablarte en tu lengua.—¡Goddem! sois un buitres;—y disparó la bolita de pan, que fué á pegar derecha en las narices del milord.

El inglés alargó la mano, cogió una botella, como para servirse de beber, se la tiró á la cabeza al comisionista, que aguardándose ya aquella respuesta, la cogió al aire como hace un eseamoteador con una naranja.

—Gracias, milord, le dijo: en este instante tengo mas hambre que sed, y mas hubiera querido que me hubiéseis enviado vuestro pajarito que vuestra botella: sin embargo, no quiero negarme al brindis que me ofrecéis.—Y vertió algunas gotas de vino en su vaso ya lleno.

—Brindo por el placer de encontraros en otro parage donde no seamos mas que cuatro en vez de veinte y ocho, y donde en lugar de botellas de vino, podamos enviarnos balas de plomo á la cabeza.

—Con la mayor satisfaccion, respondió el inglés, levantando el vaso y apurándolo hasta la última gota.

—Vamos, señores, vamos, dijo entonces uno de los comensales, basta de esto, que hay señoras delante.

—¡Toma! dijo el comisionista: ¡tenemos otro compatriota!

—Os equivocais, señor mio, no tengo ese honor, soy polaco.

¡Bueno! el ser polaco.

Lo mismo es que ser francés.

—¿Quién quiere tortilla? y el comisionista viajero se puso á dividir la tortilla en veinte y ocho partes, con el mismo desembarazo que si nada hubiese pasado.

Hay una cosa muy notable: todos los pueblos tienen desasío; pero en ninguno se propone y acepta tan ligeramente como en Francia, ni se sale al campo con mas indolencia. Coger la espada ó la pistola es un asunto serio para todos; pero para un parisiense es motivo de broma. Veis dos hombres que se pasean por el bosque de Vincennes, á cincuenta pasos uno de otro; el uno tararea un aria de la *Cenerentola*; el otro hace apuntaciones en un librito de memorias. Creeis que el primero es algun amante que espera alguna cita, y el segundo un poeta que busca consonantes; pues no: aquellos dos señores aguardan á que deícidas sus amigos si se han de dar de estocadas, ó si se levantarán la tapa de los sesos. En cuanto al modo no les concierne á ellos; este es negocio de los testigos. En esto no hay acaso un gran valor; pero á lo menos hay un gran desprecio de la vida.

Es que tambien hace cincuenta años que todos hemos visto la muerte tan de cerca y con tal frecuencia, que nos hemos acostumbrado á ella: nuestros abuelos la han desafiado sobre los cadalsos, nuestros padres en los campos de batalla, y nosotros en las calles: puede decirse que las tres generaciones han ido delante de la muerte cantando. Esto depende de que hace un siglo hemos tocado el fondo de todas las cuestiones sociales y religiosas. Nosotros nos hemos hecho tan escépticos en política, que ya no hay medio de creer en la conciencia; somos tan sábios en anatomía que no hay medio de esperar en el alma. De aquí resulta que no teniendo la vida creencia, ni la muerte terror, lejos de ser un castigo la muerte, se convierte á veces en una libertad.

Pero no nos hallábamos aquí en este caso, y nos hemos dejado arrastrar de generalidades fuera de toda situacion individual. Mr. Alcides Jollivet, este es el nombre de nuestro comisionista viajero, tal vez no habia examinado jamás la vida por este desengañado aspecto. Lejos de eso, parecia que la Providencia le habia concedido una existencia de algodón y seda, y cual si temiera verla terminar de una manera imprevista, queria aprovechar los instantes que le quedaban, y su alegría y jovialidad se habian aumentado de una manera sensible despues de la disputa. En cuanto al inglés, al contrario, se habia puesto mas sombrío, y su mal humor se mostraba especialmente contra el plato de huevos revueltos que tenia delante, que casi completamente habia devorado. Además, cuando nos sirvieron los postres, que magestuosamente se componian de ocho platos de nueces y tres de queso, se convenció de que ya no habia que aguardar otra cosa mas, se levantó de la mesa y desapareció.

Diez minutos despues entró el posadero á decirnos que no habia camas mas que para las señoras; pero el inglés traidoramente se habia escurrido en la primera cama que halló, de manera que fué forzoso que dos señoras durmiesen juntas. Jollivet propuso que echásemos un cántaro de agua fria en la cama del inglés; pero la muger del alemán y su hija le detuvieron, diciéndole que ellas tenían la costumbre de dormir en una misma cama.

Así que las señoras se hubieron retirado vino á mí el comisionista viajero diciéndome.

—Cuento con vos, por que ya debeis calcular que esto no es cosa concluida.

—¡Bah! respondí yo, es preciso esperar que esto no tendrá consecuencia.

—¿Qué consecuencias! aunque no fuese más que por amor propio nacional. ¡Oh! no sabeis cuanto detesto yo á los *goddem*. Ellos han hecho morir á nuestro emperador. Así jamas he querido yo viajar por Inglaterra por cuenta de casa alguna.

—¿Y esto, por qué?

—Porque hay demasiados ingleses.

Era escusa á la que no había nada que replicar.

—Fuesen polacos, en hora buena, continuó: esta es una nación de valientes. ¿En dónde estará el nuestro?

—Acaba de salir.

—No tienen más que una falta, que ya puede decirse ahora que no nos oye, y es que todos tienen vuestros nombres que necesita uno romperse la cabeza para pronunciarlos, de modo que uno se halla embarazadísimo cuando habla con ellos.

—Estar errado vos, contestó el alemán que nos escuchaba, no haber cosa más fácil en el mundo: dáis un estornudo, y añadís luego *ki*, y nada más.

En aquel momento entró el polaco, que había ido á buscar su capa.

—Señor, le dijo Jollivet, ¿sería una indiscreción en mí el rogaros que seáis mi padrino en caso de tener un desafío?

—Perdonad, amigo mío, contestó con altivez, pero no suelo mezclarme en cuestiones de taberna. Y se fue á tender su capa en el suelo y acostóse encima.

—¡Vaya! que es político el hijo del Vistula, dijo Jollivet; ¡y yo que había hecho ya quince leguas para volar al socorro de la Polonia cuando supe que ya habían tomado á Varsovia! Me servirá de lección.

—Yo estar de buena gana de testigo vuestro, dijo el alemán; mejor hacer mal por que por él me he quedado sin pajarito.

—¡Bravo, cabeza de hierro! exclamó Jollivet: ¿queréis que pasemos la noche bebiendo ponche? Yo lo hago un poco cargado.

—¡Ben! ¡ben! esto me gusta, respondió el alemán.

—¿Y vos? me dijo Jollivet.

—¡Gracias! más me estimo el dormir, respondió.

—Libertad, libertad, yo me voy á la cocina.

—Pues yo me acuesto.

—Buenas noches.

Estendi mi capa en el suelo, despues me eché sobre ella; por mucho que necesitase dormir no lo hice tan pronto que no viese volver al comisionista con una cacerola llena de ponche cuyas azuladas llamas iluminaban su alegre rostro.

A la mañana siguiente nos despertó la trompa de los Alpes; levantámonos, y como no teníamos que hacer tocador, en seguida estuvimos listos para irnos al Righi-Culm, un cuarto de hora antes de amanecer.

Cuando llegamos á la cima mas elevada, todos los Alpes se hallaban aun sumidos en la noche, pero aquella noche de una maravillosa pureza nos ofrecia una espléndida salida del sol. En efecto, despues de algunos minutos dejó verse hácia Oriente una línea purpurina, y al mismo tiempo se comenzó á descubrir al

Mediodía la gran cordillera de los Alpes como un recorte de plata sobre un cielo azul y estrellado, mientras á Norte y Poniente se perdía la vista en la niebla que se alzaba de las praderas de la Suiza. Sin embargo, aunque el sol no apareció todavía, las tinieblas se disipaban poco á poco, la línea purpurina del Oriente se encendía mas y mas, las nieves de la gran cadena de los Alpes resplandecian, y la niebla, evaporándose por todas partes donde no había agua, se estacionaba sobre los lagos y acompañaba el tortuoso curso del Reuss, que se retuerce por las praderas como una inmensa serpiente.

En fin, despues de diez minutos de crepúsculo, durante los cuales luchó la noche con el día, el Oriente pareció arrastrar olas de oro, los grandes Alpes se cubrieron de un tinte anaranjado, y mientras que á sus pies una segunda cadena mas baja, que los rayos del sol no habían podido alcanzar, destacaba sobre la primera su perfil de un azul oscuro, la niebla se rasgó en anchos copos, que arrastró el viento Norte dejando ver los lagos como inmensos cauces de leche. Entonces fué solamente cuando salió el sol de detrás de la nevera del Glarner, bastante pálido al principio para que se pudiese fijar en él la vista, pero casi en seguida, y como un rey que reconquista su imperio, volvió á tomar su manto de llamas y lo sacudió sobre el mundo, que se animó con su vida, se iluminó con su resplandor.

Hay descripciones que la pluma no puede transmitir, hay cuadros que el pincel no puede hacer, es preciso apelar á los que lo han visto y contentarse con decir que no hay espectáculo mas magnífico en el mundo como la salida del sol sobre aquel panorama en cuyo centro se encuentra uno, no siendo necesario mas que dar una vuelta sobre el talon para abarcar de una ojeada tres cadenas de montañas, catorce lagos, diez y siete ciudades, cuarenta pueblos, y setenta neveras sembradas sobre siete leguas de circunferencia.

—Me es igual, me dijo dándome Jollivet un golpe en la espalda: hubiera sido un diablo el ser muerto, y sobre todo por un inglés, antes de haber visto lo que acabamos de ver.

Sobre las siete nos pusimos en camino para volver á Lucerna.

ALCIDES JOLLIVET.

Eran las cuatro de la tarde casi, y disponia yo lo necesario para que á la mañana siguiente tuviese un barco que me llevase á

Stamtadt, cuando entró en mi cuarto mi nuevo amigo Jollivet.

—Poco á poco, me dijo. No os marchareis así: sabéis que tengo que ajustar unas cuentas con mi *goddem*.

—¡Bah! ¡bah! le dije, creía que ya habiais olvidado aquella ridicula cuestion.

—¡Gracias! ¿con que os tiran una botella á la cabeza sin decir allá va eso, y lo dejareis así? Entonces no conoceis á Alcides Jollivet.

—Veamos, sentaos y hablemos.

—Con mucho gusto; pero si yo os hiciese subir una copita de kirsch....

—Lo tengo yo muy bueno; aguardad un poco.

—No, no os incomodeis que yo lo veo.... ¿y vasos?... También tenemos vasos: ahora predicad, que yo ya os escucho.

—Y bien, querido compatriota, ¿creéis que el insulto que habeis hecho ó recibido es bastante serio para matar á un hombre ó para que un hombre os mate? ¡Veamos!

—Escuchad, dijo Jollivet paladeando su copita, yo soy un buen muchacho, (es famoso el kirsch que teneis), yo no soy capaz de afligir ni á un niño, yo no soy quimerista porque no sé batirme, ¿dónde lo habeis comprado?

—Aquí mismo.

—¿En el Caballo Blanco?

—Sí.

—¡Ah! el tío Franc no me ha dado nunca de esta clase: me quejaré á Catalina. Convento en que si la disputa hubiese sido con un francés, la cosa pasaria de otro modo; porque entre compatriotas nadie debe meterse, y las cosas se hablan y arreglan; pero con un inglés.... ¡Ya veis! ademas yo no puedo sufrir á esos ingleses, hicieron morir á mi emperador. ¡Con un inglés! ya es otra cosa, tanto mas que allí habia alemanes, rusos, polacos, del Africa y la América, ¿qué sé yo? y luego se diria en las cuatro partes del mundo que los franceses han quedado debajo! ¡Oh! ¡eso no, no será! En Francia bueno que retroceda un francés ante otro francés, nada hay que decir; pero en el extranjero!... cada uno de nosotros representa la Francia; si lo que me ha sucedido á mi os hubiera sucedido á vos, os batiriais, y si no, me batiria yo en vuestro lugar. Mirad, en Milan, el año pasado, un viagero comisionista de Paris, de la calle de San Martin, se quedó sin dinero, se lo prestó un italiano dándole recibo, y al cumplir el plazo no le pagó: al día siguiente llegué yo á la ciudad: se hablaba de esto entre los comerciantes, y se murmuraba de los franceses. Alto allá, dije yo, es un amigo mio que me ha encargado de pagar, yo me he retardado dos dias, y mia es, no suya la culpa, me he detenido en Turin para divertirme, y he hecho mal, son quinientos francos, ahí van, poned vuestro recibo y dadme su pagaré.

—¿Y vuestro amigo os los ha reembolsado despues?

—No, no os habia sucedido á vos, os batiriais, y si no, me batiria yo en vuestro lugar. Mirad, en Milan, el año pasado, un viagero comisionista de Paris, de la calle de San Martin, se quedó sin dinero, se lo prestó un italiano dándole recibo, y al cumplir el plazo no le pagó: al día siguiente llegué yo á la ciudad: se hablaba de esto entre los comerciantes, y se murmuraba de los franceses. Alto allá, dije yo, es un amigo mio que me ha encargado de pagar, yo me he retardado dos dias, y mia es, no suya la culpa, me he detenido en Turin para divertirme, y he hecho mal, son quinientos francos, ahí van, poned vuestro recibo y dadme su pagaré.

—¿Y vuestro amigo os los ha reembolsado despues?

—No, no os habia sucedido á vos, os batiriais, y si no, me batiria yo en vuestro lugar. Mirad, en Milan, el año pasado, un viagero comisionista de Paris, de la calle de San Martin, se quedó sin dinero, se lo prestó un italiano dándole recibo, y al cumplir el plazo no le pagó: al día siguiente llegué yo á la ciudad: se hablaba de esto entre los comerciantes, y se murmuraba de los franceses. Alto allá, dije yo, es un amigo mio que me ha encargado de pagar, yo me he retardado dos dias, y mia es, no suya la culpa, me he detenido en Turin para divertirme, y he hecho mal, son quinientos francos, ahí van, poned vuestro recibo y dadme su pagaré.

—¿Y vuestro amigo os los ha reembolsado despues?

—No, no os habia sucedido á vos, os batiriais, y si no, me batiria yo en vuestro lugar. Mirad, en Milan, el año pasado, un viagero comisionista de Paris, de la calle de San Martin, se quedó sin dinero, se lo prestó un italiano dándole recibo, y al cumplir el plazo no le pagó: al día siguiente llegué yo á la ciudad: se hablaba de esto entre los comerciantes, y se murmuraba de los franceses. Alto allá, dije yo, es un amigo mio que me ha encargado de pagar, yo me he retardado dos dias, y mia es, no suya la culpa, me he detenido en Turin para divertirme, y he hecho mal, son quinientos francos, ahí van, poned vuestro recibo y dadme su pagaré.

—¿Y vuestro amigo os los ha reembolsado despues?

—No, no os habia sucedido á vos, os batiriais, y si no, me batiria yo en vuestro lugar. Mirad, en Milan, el año pasado, un viagero comisionista de Paris, de la calle de San Martin, se quedó sin dinero, se lo prestó un italiano dándole recibo, y al cumplir el plazo no le pagó: al día siguiente llegué yo á la ciudad: se hablaba de esto entre los comerciantes, y se murmuraba de los franceses. Alto allá, dije yo, es un amigo mio que me ha encargado de pagar, yo me he retardado dos dias, y mia es, no suya la culpa, me he detenido en Turin para divertirme, y he hecho mal, son quinientos francos, ahí van, poned vuestro recibo y dadme su pagaré.

—¡Mi amigo! yo no le conocia; solamente él era de la calle de San Martin y yo de la de San Dionisio. El viajaba por negocios de vino, yo por sederia; son quinientos francos menos en mi bolsillo, pero quedó sin mancha el nombre francés.

—Sois un excelente jóven, le dije apretándole la mano.

—Si, si, y me alegro de haberlo hecho: yo no tengo talento, no he recibido una grande educacion; no hago dramas como vos, porque os he reconocido al fin, ademas vuestro nombre es conocido en el *boulevard de San Martin*; pero tampoco hay ninguno que pueda darme lecciones en punto á aritmética: sé que dos y dos son cuatro, y que una botella tirada á la cabeza vale un pistoletazo.

—En efecto, es verdad; teneis razon.

—Es una felicidad, y no ha costado poco trabajo sacaros la verdad del cuerpo.

—Escuchad, le dije clavando en él mis ojos, yo no os conocia: á primera vista, disimuladme, no me habeis inspirado ni el interés ni la confianza que en este momento.

—No lo extraño, porque no gasto cumplimientos y tengo modales de viagero comisionista, ¿qué quereis? es mi condicion; pero el corazon es sólido, sin embargo, y por el honor nacional me dejaria hacer pedazos.

—En cuanto á lo que habeis dicho de nuestra conducta en el extranjero, soy de vuestra opinion. En un desafio fuera de Francia, un testigo... es un segundo, un padrino, es un hermano; y si el hombre á quien representa no se bate, es preciso que se bata él. Así, reflexionado; cuando me hayais mezclado en el asunto, si no lo terminais, tendré que hacerlo yo.

—Y bien! estad tranquilo, id á buscar al inglés, y arreglad las cosas con él como mejor os convenga, me direis despues lo que es preciso hacer, y lo haré.

—¿Qué arma preferis?

—Ni sé manejar la espada ni la pistola, la única arma que manejo bien es la vara de medir; en esta no temo hallar quien me dé lecciones. Os parecerá chanza.

—No estamos aquí para chancearnos.

—¿Tendreis serenidad en el campo?

—No puedo responder de esto, se me sube la sangre á la cabeza. Será preciso que estalle; pero os respondo que será hácia adelante.

—Por vida de... vaya un desafío tonto, exclamé yo dando una patada: Vamos, vamos andando; y cuánto él quiera, ¿lo ois? desde la aguja de hacer calceta hasta el cañon.

—¿En dónde vive?

—En la *Balanza*.

—¿Y cómo se llama?

—Sir Roberto Losly Baronet.

—Pasad por el *Aguila* y llevad con vos al alemán, es un excelente sugeto y no me pesará que lo presencie.

—Está bien, aguardadme aquí.

—Escuchad, si os es lo mismo, subiré á mi cuarto á decir dos palabras á mi mugercita.

—¿Sois casado?

—¿Casado? Vaya, vaya.

—¡Muy bien!

—Mirad, cuando volvais dad tres golpes en el techo con el palo de viage y bajaré.

—¡Bien! Dejadme solo el tiempo de arreglarme un poco.

—¡Bah! estais asi bien.

—Querido amigo, hay ciertas proposiciones que no pueden hacerse sin ir con camisa de chorrera y guantes blancos.

—Teneis razon, que todo os salga bien. Y no cedais ni un paso, ni retrocedais una pulgada. Una satisfaccion ó una bala.

—Perded cuidado....

Me vesti pensando en aquella singular mezcla de espresiones vulgares y de elevados sentimientos. Ese tipo, que en vano se buscaria en cualquier otro pais, y que es tan comun en Francia, me era ya conocido: pero jamás me habia puesto al alcance de estudiarlo tan de cerca. Desde este momento á mas del interés real que me inspiraba aquel valiente joven, tenia cierta curiosidad de anatomista. El autor dramático es como el médico, en todas las cosas ve el lado artistico á pesar suyo, y al mismo tiempo que el alma se interesa, tambien á su pesar su talento estudia. Triste, es, sin duda, decirlo, pero en uno y en otro hay seca una parte del corazon; en el médico la que toca á la ciencia, en el poeta la que toca á la imaginacion.

Encontré al alemán en la posada del Aguila; habia dado su palabra, y en general las gentes de su nacion no se vuelven atrás; me acompañó á ver al inglés. —En la posada de la *Balanza*, preguntamos por sir Roberto, nos dijeron que estaba en el jardin, entramos en él. Apenas habiamos andado veinte pasos cuando lo encontramos en una calle. Ejercitábase en el tiro de la pistola, su criado cargaba las armas. Nos acercamos á él lentamente y sin ruido, y llegados á diez pasos de distancia nos paramos. El inglés era muy fuerte en el manejo de la pistola; acertaba á una oblea pegada en la pared á veinte y cinco pasos de distancia.

—¡Cristo! murmuró el alemán.

—¡Diablos! exclamé yo.

—Perdon, señores, dijo sir Roberto, no os habia visto, estaba ejercitando mi mano.

—No la teneis, mal por los últimos tiros que acabais de disparar.

—No, no, yo estar bastante contento.

—Celebramos el encontraros en tan feliz disposicion, asi concluiremos mas pronto el negocio que nos trae.

—Si, si, venis por lo de la botella, ¿no es esto? Muy bien; muy bien, os esperaba.

—Entonces, señor mio, no será larga la negociacion.

—No, será muy corta. Vuestro camarada desea balirse y yo tambien.

—Entonces, señor mio, enviadnos vuestros testigos, pues convenidos en el punto principal, ya no hay mas que arreglar las armas, lugar y hora.

—Si, si; á las siete estaran mis testigos en vuestro cuarto.

—Está bien, hasta la vista.

—Adios.—John, vuelve á cargar las pistolas, y antes de salir del jardin, teniamos la prueba de que milord continuaba su ejercicio.

—¿Sabeis, dije á mi compañero, que nuestro adversario tira muy bien la pistola?

—Ya, respondió el alemán.

—Quisiera tener pistolas de tiro, para ver al menos lo que sabe hacer nuestro hombre, vamos á casa de un armero, quizá las hallaremos.

—Yo tengo, respondió el alemán.

—¿Y son buenas?

—De la marca de *Kuchensister*.

—Perfectamente, vamos á buscarlas.

—Vamos.

Volvimos á la posada del Aguila, el alemán sacó de su caja las pistolas, eran buenas; ademas, el nombre del autor estaba escrito en letras de plata; incrustadas en el cañon á un lado.

—Ya os conozco, dije probando los gallos; no sois tan brillantes como nuestros juguetes de Paris, ni tan delicadas como vuestras hermanas de Londres; pero sois buenas y seguras, y con tal que la mano que os apunta no tiemble, encajais una bala tan lejos y tan recta como si hubiéseis salido de los talleres de Versalles ó de las fábricas de Manchester. ¿Me permitis que me las lleve? pregunté al alemán.

—Podeis hacerlo.

—Hasta mañana á las siete.

—Hasta mañana.

Regresé á la posada bastante alarmado. El asunto se iba volviendo sério. El inglés habia estado tranquilo, digno y cortés. Era evidente que era un hombre que no solamente se habia, sino que tambien sabia batirse. La ofensa era reciproca, por consiguiente no le tocaba á él elegir ó rehusar las armas; la suerte debia decidirse, y si la suerte decidiese sobre las condiciones del desafio, y propusese para sitio del combate una isleta inhabitada del golfo de Kussnach. Arreglados estos preliminares se retiraron aquellos señores.

Llamé á Alcides como habiamos convenido dando con mi palo en el techo: Alcides respondió con el talon de su bota, y cinco minutos despues bajó. Se habia tambien vestido con esmero, porque habia oido lo que le dije el dia anterior, y quiso probarme que no lo habia olvidado; desgraciadamente su traje no estaba bien elegido para la ocasion en que iba á servirle. Llevaba un fraque con botones de metal cincelado, unos pantalones rayados, una corbata de seda negra y el cuello blanco.

—Vais á volver á subir á vuestro cuarto y mudaros enteramente de vestido.

—¿Qué demonios haceis?

—Tomo el camino mas corto.

—Pero vais á romperos la cabeza, querido amigo.

—¡Yo! no soy tan niño; sé gimnástica, y me aprovecho de ella.

Al decir esto soltó la barra de hierro con que se sostenia, solo con una mano, y cayó en mi balcon.—Vedme aqui y sin balancin.

—Por vida mia, que me causais miedo.

—¿Y eso, por qué?

—Porque sois un niño travieso y nada mas.

—¡Bah! en la ocasion seré hombre, perded cuidado. Y bien ¿qué hay de nuevo?

—He visto á nuestro inglés.

—¡Ah!

—Se batirá.

—Tanto mejor.

—Lo hemos encontrado en el jardin.

—¿Y qué hacia alli? porque ha pasado el tiempo de la fresa.

—Tiraba la pistola.

—Es una diversion como cualquiera otra.

—¿No me preguntais cómo tira?

—Mañana lo sabré.

—¿Y vos? veamos, tomad esta pistola que está cargada.

—¿Para qué?

—Para que yo vea lo que sabeis hacer.

—No paseis pena por eso, si nos batimos tiraré bastante cerca para no errarle.

—¿Con que estais muy decidido?

—Ya empezais á estar pesado.

—Bueno, no hablemos mas de esto.

—¿Y á qué hora?

—A las ocho, poco mas ó menos.

—Cuando me llamáreis bajaré, entretanto me vuelvo á mis amorios.

Y al decir estas palabras se puso á trepar como una ardilla por el ángulo de mi ventana, y volvió á subir al balcon entrando en su cuarto.

Empleé el resto de la tarde en proporcionarme espades y en prevenir un cirujano. Francesco se encargó por su parte de tener lista una lancha, y la alquilé para todo el dia. Al dia siguiente á las siete, el alemán estaba en mi cuarto, venian detrás de él los testigos de sir Roberto. Como yo lo habia previsto, se determinó que la suerte decidiese sobre las condiciones del desafio, y propusese para sitio del combate una isleta inhabitada del golfo de Kussnach. Arreglados estos preliminares se retiraron aquellos señores.

Llamé á Alcides como habiamos convenido dando con mi palo en el techo: Alcides respondió con el talon de su bota, y cinco minutos despues bajó. Se habia tambien vestido con esmero, porque habia oido lo que le dije el dia anterior, y quiso probarme que no lo habia olvidado; desgraciadamente su traje no estaba bien elegido para la ocasion en que iba á servirle. Llevaba un fraque con botones de metal cincelado, unos pantalones rayados, una corbata de seda negra y el cuello blanco.

—Vais á volver á subir á vuestro cuarto y mudaros enteramente de vestido.

—¿Y eso, por qué? Todo es nuevo, flamante.

—Si, estais elegante, pero las rayas del pantalon, los botones de vuestro fraque y el cuello de vuestra camisa, son otros tantos blancos que es inútil presentar á vuestro adversario. Poneos si teneis un pantalon oscuro, una levita negra, y meted dentro el cuello de la camisa.

—Si, todo eso tengo; pero me voy á retrasar mucho.

—Tranquilizaos, nos sobra el tiempo.

—¿Y en dónde vá á ser el lance?

—En la isleta de Kussnach.

—Dentro de un instante vuelvo á bajar.

En efecto, cinco minutos despues volví con el vestido indicado.

—Ya estoy aqui dijo: trage completo de un conductor de coches fúnebres, no me falta mas que una gasa en el sombrero; pero no vale la pena de retardar el viage por eso: vamos, que no quisiera por nada en el mundo llegar el último.

La lancha estaba á cincuenta pasos de la posada, y los barqueros no aguardaban mas que á nosotros, el cirujano ya estaba á bordo. Apenas estuvimos en el lago vimos la lancha de sir Roberto á unos quinientos pasos delante de nosotros.

Un Luis de gratificacion, dijo Jollivet á los barqueros, si llegamos á la isla antes que aquella barca.

Dobláronse los barqueros sobre sus remos, y la barquilla se deslizó por las aguas cual una golondrina: la promesa hizo milagros: llegamos los primeros.

Era una isleta de casi setenta pasos de longitud, en medio de la cual el abate Reynal, en uno de sus accesos de libertad filosófica, habia hecho levantar un obelisco de granito para consagrar la memoria de los patriotas de 1308. Primero habia solicitado de los magistrados de Unterwalden erigir aquel monumento en el Grutli; pero le dieron las gracias y le dijeron que era inútil, por que la memoria de sus antepasados no corria riesgo de perderse entre sus descendientes. Habir, pues, contentado con la isla de Kussnach, y alli habia hecho levantar su monumento, atravesado para mayor solidez con una barra de hierro. Desgraciadamente esta precaucion que debia eternizar el monumento, fué la causa de su ruina. Atraído por el hierro, un rayo hizo pedazos algunos años despues el obelisco.

No podia cogerse un lugar mas á propósito para la escena que se preparaba. Era una lengua de tierra mas larga que ancha, en medio de la que se hallaban los restos del monumento del abate Reynal, solitaria enteramente, porque en las crecidas del lago, causadas por el deshielo de las nieves, el agua la cubria enteramente.

Acababa yo de examinarla en todas sus partes, cuando llegó la barca del inglés. Se quedó á la orilla del lago sir Roberto, y sus

testigos se adelantaron hácia nosotros: di un paso para salirles al encuentro; pero Jollivet me detuvo por el brazo. Hice señas al alemán de que al momento iba á donde él estaba, y se adelantó en consecuencia á recibir á aquellos señores.

—Una palabra sola, dijo Jollivet.

—¿Cuál?

—Prometedme que si la suerte nos concede la facultad de arreglar las condiciones del combate, aceptaréis las mías, estas serán las de un hombre que no tiene miedo: estad tranquilo.

—Os lo prometo.

—Marchaos ya.

Adelantéme hácia nuestros adversarios. Sir Roberto les había prohibido espresamente hacer concesion alguna, de modo que no tuvimos que ocuparnos mas que de los preparativos del combate. Echamos una moneda de cinco francos al aire. Aquellos señores eligieron pistola si salía cara; nosotros espada si salía cruz; la pieza quedó de cara y se adoptó la pistola.

Eché segunda vez al aire la moneda para saber si se valdrian de las pistolas del inglés, que le eran familiares, ó de las del alemán, que ni uno ni otro habían visto nunca; la suerte favoreció también á nuestros contrarios.

En fin, apelóse por tercera vez á la suerte para saber á quién tocaba fijar las condiciones del combate, y la suerte nos fué favorable. Fui á buscar á Jollivet.

—Os batís á pistola, le dije.

—Muy bien.

—Sir Roberto tiene el derecho de elegir sus armas.

—Me es igual.

—Ahora os toca fijar el modo de batirse.

—¡Ah! dijo Jollivet levantándose. ¡Bien! en ese caso vamos á reirnos. Quiero,—puedo decir quiero, porque me habeis dado vuestra palabra—quiero que marchemos el uno contra el otro con una pistola en cada mano, y que la disparemos á discrecion.

—Pero mi querido amigo....

—Estas son mis condiciones y no aceptaré otras.

Nada tenía que decir; yo había comprometido mi palabra. Trasmittí mi mision á los testigos de sir Roberto. Fueron á decirselo. Despues de algunas palabras volvió uno de ellos. Sir Roberto acepta, dijo. Saludámonos recíprocamente.

Fui á buscar las pistolas á la barca y las traje; comenzaba ya á cargarlas cuando Jollivet me cogió por el brazo:

—Dejádselas cargar á nuestro amigo el alemán; tengo que deciros dos palabras.

Para esto nos separamos un poco.

—No tengo á nadie en el mundo, y si soy muerto, por consiguiente nadie me llorará, si no es una pobre muchacha que me ama con todo su corazón.

—¿La habeis escrito?

—Si, aquí está la carta. Si soy muerto, haced que llegue á sus manos; si salgo herido y no pueden trasportarme á Lucerna, id á buscarla vos mismo, y enviádmela á donde me halle.

—Es decir que vive en esta ciudad.

—Es Catalina, la hija del ama de la posada. La tengo dada palabra de casamiento, y entretanto la pobre muchacha.... ya me comprendéis.

—Se hará lo que queráis.

—Gracias. Vamos, ¿estamos ya listos, angelitos?

Me volví hácia nuestros adversarios, que aguardaban ya.

—Yo creo que si, respondi.

—Venga la mano, me dijo Jollivet, y me la apreté.

—Sangre fria.

—Perdéd cuidado.

En aquel momento se acercó á nosotros el alemán con las pistolas cargadas. Llevamos los dos á Alcides Jollivet á la estremidad de la isleta, y viendo que los padrinos de sir Roberto ya se habían separado de él, nos volvimos á colocar enfrente de ellos, dejando á los dos combatientes á cincuenta y cinco pasos de distancia uno de otro; nos miramos para ver si podía darse la señal, y viendo que nada se oponía á ello, dimos tres palmadas, y al tercer golpe los adversarios se pusieron en marcha.

Seguramente una de las sensaciones mas agudas que se pueden experimentar, es la de ver á dos hombres llenos de vida y de salud, que debieran vivir todavía largos años, que se adelantan el uno contra el otro llevando la muerte en cada mano. En semejante circunstancia el papel de actor es yo creo menos penoso que el de espectador, y estoy seguro que el corazón de aquellos hombres que de un momento á otro podía cesar de latir, se hallaba menos violentamente oprimido que el nuestro. Mis ojos se hallaban clavados como por fascinamiento en aquel jóven, que el día antes miraba solamente como un calavera de bastante mal gusto, y por quien me interesaba en aquella hora como por un amigo. Habíase echado sus cabellos hácia atrás; su cara había perdido aquella espresion burlesca que le era habitual; sus negros ojos, cuya hermosura solo entonces reparé, estaban clavados atrevidamente en su adversario, y sus labios entreabiertos dejaban ver sus dientes violentamente apretados. Su andar había perdido su modo vulgar; iba derecho y con la cabeza erguida, y el peligro le daba una poesía que nunca había sospechado yo en él. El espacio que los separaba iba desapareciendo; ambos llevaban el paso mesurado, igual; ya no se hallaban mas que veinte pasos el uno del otro. El inglés disparó su primer tiro. Sobre la frente de Jollivet pasó una cosa cual una nubecilla.

pero no por esto dejé de andar. A quince pasos tiró el segundo pistoletazo el inglés, y aguardó. Alcides hizo un movimiento, cual si se tambalease, pero siguió siempre adelante. A medida que se iba acercando, su pálido rostro tomaba una espresion terrible; al fin se detuvo á una vara de su enemigo: pero no creyéndose bastante cerca, dió todavía un paso mas y luego otro.

Era imposible soportar aquel espectáculo.

—¡Alcides! le grité: ¿vais á asesinar á un hombre? tirad al aire, ¡voto á Dios! ¡tirad al aire!

—Esto es muy cómodo de aconsejar, respondió el viagero comisionista, desabrochándose la levita, y enseñando su pecho ensangrentado. Vos no teneis como yo dos balas en el cuerpo.

A estas palabras alargó el brazo, é hizo saltar la tapa de los sesos al inglés á boca de jarro.

—Me es igual, dijo entonces sentándose sobre una de las ruinas del obelisco, creo que tendré para rascar algun tiempo, pero al menos he dado pasaporte para la eternidad á uno de esos picaros ingleses que han hecho morir á mi emperador....

PONCIO PILATO.

Sir Roberto quedó muerto en el acto. Se había trasportado á Alcides Jollivet á Kussnach: yo había ido á Lucerna para prevenir á Catalina, y seguro de que iba á tener el enfermo quien le cuidase mejor y aun mas eficazmente que yo, alejéme en mi barca que el viento impelia hácia la estremidad opuesta del lago donde se había verificado el duelo. Nada podía separar de mi memoria de lo que había sido testigo por la mañana, do quiera que se fijasen mis ojos no veía mas que circulos de sangre. Francesco y yo guardábamos silencio, cuando uno de los barqueros dijo de improviso á su compañero:

—¿No te había dicho que le sucedería una desgracia?

—¿A quién? dije yo estremeciéndome.

—Al inglés.

—¿Cómo podeis pensar eso?

—¡Oh! ¿veis? eso nunca falta.

—¿El qué?

—Cuando se ha visto el Poncio-Pilato, mirad.

Lo miré.

—Si, si. El inglés ha querido subir al monte el viernes, apesar de todo cuanto se le ha

dicho, porque los ingleses son gentes que no creen en nada.

—Adelante, ¿y qué?

—Se ha encontrado con el *maldito* vestido de juez como acostumbra todos los viernes.

—¿Estais loco, amigo mio?

—No, no está loco, dijo seriamente Francesco, lo que ha dicho es verdad; pero estais obligado á creerlo.

—Tal vez lo creeria si lo comprendiese; pero no lo comprendo.

—¿Sabeis cómo llaman á ese monte rojo y descarnado que tiene tres cumbres en memoria de las tres cruces del Calvario?

—Se llama el Pilato.

—¿Y de donde le llaman así?

—De una palabra latina: *Pilatus*, que quiere decir peinado, porque teniendo siempre nubes en su cima, parece que lleva la cabeza cubierta: además está comprobado muy bien por el proverbio que os he oido á vos mismo decir esta mañana cuando os he preguntado qué tiempo tendríamos.

Si Pilato se pone el sombrero
Hará un tiempo hermoso y sereno.

—No señor, no estais bien enterado, dijo el barquero.

—Entonces, ¿de dónde le viene ese nombre?

—De que sirve de sepulcro al que condenó á muerte á Cristo.

—¿A Poncio Pilato?

—Si, si.

—Vamos pues, el P. Brottier dice que está enterrado en Viena, y Flaviano que ha sido arrojado al Tiber.

—Todo eso es verdad.

—¿Luego entonces hay tres Pilato?

—No, no; no hay mas que uno, siempre el mismo, únicamente que viaja.

—¡Diablo! eso me parece bastante curioso; ¿y se puede saber esa historia?

—No es ningun misterio; cualquiera aldeano os la contará.

—¿Y vos, la sabeis tambien?

—Me han arrullado con ella en la cuna, pero estas historias son buenas para nosotros que somos unos imbéciles, no sirven para vosotros que no las creéis.

—La prueba de que las creo es que habrá cinco francos para beber si me la contais.

—¿De veras?

—Ahi estan.

—¿Qué haceis de estas historias, que á tan buen precio pagais?

—¿Qué os importa?

—Al caso, eso me atañe.

—Pues señor, sabeis que el verdugo de Nuestro Señor habiendo sido llamado á Roma desde Jerusalem por el emperador Tiberio....

—No, yo no sabia eso.

—¡Bien! pues por eso os lo cuento.... Vien-

testigos se adelantaron hácia nosotros: di un paso para salirles al encuentro; pero Jollivet me detuvo por el brazo. Hice señas al alemán de que al momento iba á donde él estaba, y se adelantó en consecuencia á recibir á aquellos señores.

—Una palabra sola, dijo Jollivet.

—¿Cuál?

—Prometedme que si la suerte nos concede la facultad de arreglar las condiciones del combate, aceptaréis las mías, estas serán las de un hombre que no tiene miedo: estad tranquilo.

—Os lo prometo.

—Marchaos ya.

Adelantéme hácia nuestros adversarios. Sir Roberto les había prohibido espresamente hacer concesion alguna, de modo que no tuvimos que ocuparnos mas que de los preparativos del combate. Echamos una moneda de cinco francos al aire. Aquellos señores eligieron pistola si salía cara; nosotros espada si salía cruz; la pieza quedó de cara y se adoptó la pistola.

Eché segunda vez al aire la moneda para saber si se valdrian de las pistolas del inglés, que le eran familiares, ó de las del alemán, que ni uno ni otro habían visto nunca; la suerte favoreció también á nuestros contrarios.

En fin, apelóse por tercera vez á la suerte para saber á quién tocaba fijar las condiciones del combate, y la suerte nos fué favorable. Fui á buscar á Jollivet.

—Os batís á pistola, le dije.

—Muy bien.

—Sir Roberto tiene el derecho de elegir sus armas.

—Me es igual.

—Ahora os toca fijar el modo de batirse.

—¡Ah! dijo Jollivet levantándose. ¡Bien! en ese caso vamos á reirnos. Quiero,—puedo decir quiero, porque me habeis dado vuestra palabra—quiero que marchemos el uno contra el otro con una pistola en cada mano, y que la disparemos á discrecion.

—Pero mi querido amigo....

—Estas son mis condiciones y no aceptaré otras.

Nada tenía que decir; yo había comprometido mi palabra. Trasmittí mi mision á los testigos de sir Roberto. Fueron á decirselo. Despues de algunas palabras volvió uno de ellos. Sir Roberto acepta, dijo. Saludámonos recíprocamente.

Fui á buscar las pistolas á la barca y las traje; comenzaba ya á cargarlas cuando Jollivet me cogió por el brazo:

—Dejádselas cargar á nuestro amigo el alemán; tengo que deciros dos palabras.

Para esto nos separamos un poco.

—No tengo á nadie en el mundo, y si soy muerto, por consiguiente nadie me llorará, si no es una pobre muchacha que me ama con todo su corazón.

—¿La habeis escrito?

—Si, aquí está la carta. Si soy muerto, haced que llegue á sus manos; si salgo herido y no pueden trasportarme á Lucerna, id á buscarla vos mismo, y enviádmela á donde me halle.

—Es decir que vive en esta ciudad.

—Es Catalina, la hija del ama de la posada. La tengo dada palabra de casamiento, y entretanto la pobre muchacha.... ya me comprendéis.

—Se hará lo que queráis.

—Gracias. Vamos, ¿estamos ya listos, angelitos?

Me volví hácia nuestros adversarios, que aguardaban ya.

—Yo creo que si, respondi.

—Venga la mano, me dijo Jollivet, y me la apreté.

—Sangre fria.

—Perdéd cuidado.

En aquel momento se acercó á nosotros el alemán con las pistolas cargadas. Llevamos los dos á Alcides Jollivet á la estremidad de la isleta, y viendo que los padrinos de sir Roberto ya se habían separado de él, nos volvimos á colocar enfrente de ellos, dejando á los dos combatientes á cincuenta y cinco pasos de distancia uno de otro; nos miramos para ver si podía darse la señal, y viendo que nada se oponía á ello, dimos tres palmadas, y al tercer golpe los adversarios se pusieron en marcha.

Seguramente una de las sensaciones mas agudas que se pueden experimentar, es la de ver á dos hombres llenos de vida y de salud, que debieran vivir todavía largos años, que se adelantan el uno contra el otro llevando la muerte en cada mano. En semejante circunstancia el papel de actor es yo creo menos penoso que el de espectador, y estoy seguro que el corazón de aquellos hombres que de un momento á otro podía cesar de latir, se hallaba menos violentamente oprimido que el nuestro. Mis ojos se hallaban clavados como por fascinamiento en aquel jóven, que el día antes miraba solamente como un calavera de bastante mal gusto, y por quien me interesaba en aquella hora como por un amigo. Habíase echado sus cabellos hácia atras; su cara había perdido aquella espresion burlesca que le era habitual; sus negros ojos, cuya hermosura solo entonces reparé, estaban clavados atrevidamente en su adversario, y sus labios entreabiertos dejaban ver sus dientes violentamente apretados. Su andar había perdido su modo vulgar; iba derecho y con la cabeza erguida, y el peligro le daba una poesía que nunca había sospechado yo en él. El espacio que los separaba iba desapareciendo; ambos llevaban el paso mesurado, igual; ya no se hallaban mas que veinte pasos el uno del otro. El inglés disparó su primer tiro. Sobre la frente de Jollivet pasó una cosa cual una nubecilla.

pero no por esto dejé de andar. A quince pasos tiró el segundo pistoletazo el inglés, y aguardó. Alcides hizo un movimiento, cual si se tambalease, pero siguió siempre adelante. A medida que se iba acercando, su pálido rostro tomaba una espresion terrible; al fin se detuvo á una vara de su enemigo: pero no creyéndose bastante cerca, dió todavía un paso mas y luego otro.

Era imposible soportar aquel espectáculo.

—¡Alcides! le grité: ¿vais á asesinar á un hombre? tirad al aire, ¡voto á Dios! ¡tirad al aire!

—Esto es muy cómodo de aconsejar, respondió el viagero comisionista, desabrochándose la levita, y enseñando su pecho ensangrentado. Vos no teneis como yo dos balas en el cuerpo.

A estas palabras alargó el brazo, é hizo saltar la tapa de los sesos al inglés á boca de jarro.

—Me es igual, dijo entonces sentándose sobre una de las ruinas del obelisco, creo que tendré para rascar algun tiempo, pero al menos he dado pasaporte para la eternidad á uno de esos picaros ingleses que han hecho morir á mi emperador....

PONCIO PILATO.

Sir Roberto quedó muerto en el acto. Se había trasportado á Alcides Jollivet á Kussnach: yo había ido á Lucerna para prevenir á Catalina, y seguro de que iba á tener el enfermo quien le cuidase mejor y aun mas eficazmente que yo, alejéme en mi barca que el viento impelia hácia la estremidad opuesta del lago donde se había verificado el duelo. Nada podía separar de mi memoria de lo que había sido testigo por la mañana, do quiera que se fijasen mis ojos no veía mas que circulos de sangre. Francesco y yo guardábamos silencio, cuando uno de los barqueros dijo de improviso á su compañero:

—¿No te había dicho que le sucedería una desgracia?

—¿A quién? dije yo estremeciéndome.

—Al inglés.

—¿Cómo podeis pensar eso?

—¡Oh! ¿veis? eso nunca falta.

—¿El qué?

—Cuando se ha visto el Poncio-Pilato, mirad.

Lo miré.

—Si, si. El inglés ha querido subir al monte el viernes, apesar de todo cuanto se le ha

dicho, porque los ingleses son gentes que no creen en nada.

—Adelante, ¿y qué?

—Se ha encontrado con el *maldito* vestido de juez como acostumbra todos los viernes.

—¿Estais loco, amigo mio?

—No, no está loco, dijo seriamente Francesco, lo que ha dicho es verdad; pero estais obligado á creerlo.

—Tal vez lo creeria si lo comprendiese; pero no lo comprendo.

—¿Sabeis cómo llaman á ese monte rojo y descarnado que tiene tres cumbres en memoria de las tres cruces del Calvario?

—Se llama el Pilato.

—¿Y de donde le llaman así?

—De una palabra latina: *Pilatus*, que quiere decir peinado, porque teniendo siempre nubes en su cima, parece que lleva la cabeza cubierta: además está comprobado muy bien por el proverbio que os he oido á vos mismo decir esta mañana cuando os he preguntado qué tiempo tendríamos.

Si Pilato se pone el sombrero
Hará un tiempo hermoso y sereno.

—No señor, no estais bien enterado, dijo el barquero.

—Entonces, ¿de dónde le viene ese nombre?

—De que sirve de sepulcro al que condenó á muerte á Cristo.

—¿A Poncio Pilato?

—Si, si.

—Vamos pues, el P. Brottier dice que está enterrado en Viena, y Flaviano que ha sido arrojado al Tiber.

—Todo eso es verdad.

—¿Luego entonces hay tres Pilato?

—No, no; no hay mas que uno, siempre el mismo, únicamente que viaja.

—¡Diablo! eso me parece bastante curioso; ¿y se puede saber esa historia?

—No es ningun misterio; cualquiera aldeano os la contará.

—¿Y vos, la sabeis tambien?

—Me han arrullado con ella en la cuna, pero estas historias son buenas para nosotros que somos unos imbéciles, no sirven para vosotros que no las creéis.

—La prueba de que las creo es que habrá cinco francos para beber si me la contais.

—¿De veras?

—Ahi estan.

—¿Qué haceis de estas historias, que á tan buen precio pagais?

—¿Qué os importa?

—Al caso, eso me atañe.

—Pues señor, sabeis que el verdugo de Nuestro Señor habiendo sido llamado á Roma desde Jerusalem por el emperador Tiberio....

—No, yo no sabia eso.

—¡Bien! pues por eso os lo cuento.... Vien-

do pues, que por sus crímenes lo iban á condenar á muerte, se aborció de las rejas de su prision, de modo que cuando lo fueron á buscar para ejecutar la sentencia lo encontraron muerto: descontento el verdugo de hallar hecho su trabajo, le ató una piedra al cuello y arrojó el cadáver al Tiber. Apenas estuvo en él, cesó el Tiber de correr hácia el mar y retrocediendo á su nacimiento, cubrió las campiñas é inundó á Roma. Al mismo tiempo estallaron sobre la ciudad tempestades horribísimas, la lluvia y el granizo azotaban las casas, cayó un rayo y mató á un esclavo que llevaba la litera del emperador Augusto (1), el que tuvo tanto miedo que hizo voto de edificar un templo á Júpiter Tonante. Si vais á Roma, lo lo vereis, todavía existe. Pero como este voto no detenía á los elementos se consultó al oráculo: el oráculo respondió que hasta que no pescasen en el río el cuerpo de Poncio Pilato continuaria la desolacion, y la abominacion.—No habia nada que decir.

Convocaron los pescadores y navegantes; mas ninguno quiso sumergirse para buscar al canalla que tal zambra movia en el fondo del agua. Al fin se vieron obligados á ofrecer la vida á un reo de muerte si salia con la empresa. Aceptó el condenado, y habiéndole atado por el cuerpo con una sogá se chapuzó dos veces en el río; pero inútilmente. A la tercera vez viendo que no subia tiraron de la cuerda y volvió á subir á la superficie del agua el reo; pero agarrando á Pilato de la barba. El pescador estaba muerto; pero en su agonía sus crispados dedos no habian soltado la presa que habia hecho en el maldito. Separaron los dos cadáveres, hicieron un entierro magnífico al reo y se acordó que el ex-procónsul de Judea fuese llevado á Nápoles y arrojado en el Vesubio. Dicho y hecho; pero apenas se halló el cuerpo en el cráter cuando mugió la montaña, se estremeció la tierra, arrojó cenizas el volcan, corrió la lava y Nápoles quedó destruido, sepultado el Herculano y abrasada Pompeya. En fin, como no se dudaba que estas desgracias las ocasionaba el cuerpo de Pilato, se propuso una gran recompensa al que lo sacase de su nueva tumba. Un decidido ciudadano se presentó, y un día que la montaña estaba mas tranquila, se despidió de sus amigos y marchó á su empresa, prohibiendo que nadie le siguiese, para esponerse solo. La noche de su partida todo el mundo veló; pero ningun ruido se sintió; el cielo permaneció puro, y el sol salió con toda su magnificencia y cual no se habia visto hácia largo tiempo; dirigiéronse entonces al monte en procesion, y hallaron el cadáver de Pilato á la orilla del cráter del volcan, sin que nunca, nunca jamás, se haya vuelto á oír hablar del que allí lo habia sacado.

(1) Espero que se me creará bastante instruido en historia para que no se me acuse de hacer matar en tiempo de Tiberio á un esclavo que llevaba la litera de Octavio.

Entonces como no se atrevian á echar á Pilato al Tiber por miedo á las inundaciones, ni arrojarlo al Vesubio por causa de los temblores de tierra, lo metieron en una barca que se sacó al puerto de Nápoles, y abandonada á merced de las olas, pues tan difícil era, á que él fuese á buscar sepultura á donde mejor le conviniese. Soplabá el viento de Oriente y el barco se dirigió á Occidente; pero al cabo de ocho ó diez días sopló de Mediodía, y el barquillo navegó hácia el Norte. Por último, entró en el golfo de Leon, halló una de las bocas del Ródano, y subió río arriba, hasta que hallándose cerca de Viena en el Delfinado el arco de un puente antiguo cubierto por el agua, se hundió la barca.

Entonces se renovaron los mismos prodigios, alborotóse el Ródano, y saliendo de madre, cubrió los vecinos campos: el granizo destruyó las casas y viñedos á donde no llegaron las aguas del río, y los rayos cayeron en las habitaciones de los hombres. Los vieneses, que no sabian á qué atribuir aquel cambio de la atmósfera, edificaron templos, hicieron peregrinaciones, dirigiéronse á los adivinos mas hábiles de Francia é Italia, y ninguno pudo decir la causa de las desgracias que afligian aquellas comarcas. En fin, la desolacion de doscientos años. Al cabo de este tiempo, se oyó decir que el judío errante iba á pasar por allí, y como era un hombre muy hábil, en atencion á que no pudiendo morir tenia toda la ciencia de los pasados tiempos, los principales del país determinaron acechar su paso, y consultarle sobre los desastres, cuya causa ignoraban. De que el judío errante ha pasado por Viena no cabe duda alguna.

—¡Pardiez! ¿qué duda ha de haber? dijo interrumpiendo el barquero.

—Ya lo veis, repuso radiante mi hombre.

—Y la prueba, continuó, es un romance que se ha hecho con un grabado representando su verdadero retrato, y en el que hay estas coplas:

Al pasar por la ciudad
De Viena en el Delfinado
Diz que al errante judío
Los vieneses consultaron.

—Si, se les ve en el fondo pintados con el sombrero en la mano... dijo el barquero.

—Pues bien... Meri y yo hemos pasado una noche y un día en buscar lo que los ciudadanos de Viena podian tener que decir al judío errante: cosa muy sencilla, nada, debieron preguntarle qué significaban los truenos, la lluvia y el granizo...

—Justamente.

—¡Bien! amigo, os estoy agradecido: he aqui aclarado un famoso punto histórico: vamos, vamos adelante.

—Rogaron, pues, al judío que les librase de tanta plaga: el judío errante consintió, convi-

dáronle á comer; pero como no podia detenerse mas de cinco minutos en cada lugar, y hacia ya cuatro que hablaba con los habitantes de Viena, bajó hácia el Ródano, echóse al agua vestido y todo, y á poco volvió á aparecer con Pilato á cuestras: la gente le siguió llenándole de bendiciones. Sin embargo, como él caminaba muy aprisa, los que le seguian le dejaron á dos leguas de la ciudad, diciéndole, que si alguna vez le llegaban á faltar los cinco sueldos que constituyen su único patrimonio, ellos se los darian de renta. El judío errante les dió las gracias y continuó su camino bastante embarazado de lo que haria de su antiguo conocido Poncio Pilato, con él á cuestras.

Dió la vuelta al mundo pensando donde podria colocarlo, y sin poder hallar nunca un sitio conveniente porque por todas partes se podian repetir las desgracias que habia ya causado; por último, atravesando por el monte que veis, el cual en aquella época se llamaba *Fracmont (Mons fractus)*, creyó que podria hacer su negocio. En efecto, casi en la cumbre, en medio de un espantoso desierto y sobre un álveo de rocas y penascos se estiende un pequeño lago que no alimenta ser viviente alguno, sus orillas no tienen ni cañas ni árboles. El judío errante subió á la cima del Esél, que desde aqui veis, y es el mas agudo de los tres picos, desde donde en los días serenos se descubre hasta la catedral de Strasburgo, y desde allí arrojó á Poncio Pilato al lago.

Apenas estuvo en él cuando se oyó en Lucerna un estruendo al que no estaban acostumbrados, parecia que rugian en la montaña todos los leones del Africa, todos los osos de la Siberia y todos los lobos de la Selva Negra. Desde aquel día las nubes que antes solian pasar de largo se detuvieron encima de ella, y llegaban de todos lados cual si se hubiesen dado cita allí; esto hacia que descargasen sobre *Fracmont* todas las tempestades y dejasen tranquilo lo restante de la comarca. De esto proviene el refran que me deciais:

Cuando Pilato se pone el sombrero
estará el tiempo hermoso y sereno.

—Es claro, y aunque así no fuese, prefero esta historia á la otra.

—¡Oh! ¡pero es que es una historia verdadera!

—Pero si os digo que la creo.

—Es que teneis aire de...

—Yo no tengo aire de nada.

—Enhorabuena, porque sino, seria inútil continuar.

—Vamos, continuad, cuando digo que lo creo de todas veras.

—Esto duró sobre unos mil años: Pilato hacia siempre de las suyas; pero como la montaña dista de la poblacion tres ó cuatro leguas, no habia gran incomodidad, y lo dejaban es-

tar; únicamente cuando se acercaba al monte algun aldeano ó aldeana que no estuviese en gracia de Dios, Pilato le echaba la garra y buenas noches.

En fin, un día (esto fué al principio de la reforma, hace ya tres ó cuatrocientos años), pasó por allí un templario español que venia de Tierra Santa y que buscaba aventuras, el que habiendo oido hablar de Poncio Pilato, quiso habérselas con él. Pidió al avoyer (magistrado) que le permitiese tentar su aventura, y como no se deseaba otra cosa, se lo permitieron con el mayor gusto. La vispera del día señalado para la expedicion, el caballero templario confesó y comulgó, pasó la noche en oracion, y el primer viernes de mayo de 1534, ahora me acuerdo del año, se puso en camino hácia el monte, acompañándolo hasta Stenibach todo el pueblo en masa. Stenibach es este lugarcillo que acabamos de pasar. Algunos mas valientes que los demas le siguieron hasta Nergiwel; pero allí le abandonaron todos, y solo continuó su camino llevando por todas armas su espada. Apenas llegado al monte encontró un torrente furioso que le cerraba el camino: lo sondeó con una rama de un árbol, y vió que era muy profundo para vadearlo; buscó paso por todas partes, y no pudo encontrarlo; entonces se puso en oracion, y al terminar su oracion levantó los ojos y vió un magnífico puente colocado allí por la mano del Señor, por el cual pasó atrevidamente al otro lado. Apenas habia dado tres pasos, cuando volviendo la vista hácia atrás para ver el milagroso puente, ya habia desaparecido aquella obra.

Una legua mas adelante, y cuando acababa de penetrar en una garganta estrecha y rápida, que conducia á la llanura de la montaña en donde está el lago, oyó sobre su cabeza un horrible ruido, al mismo tiempo sintió vacilar en su base la masa de granito, y vió venir hácia él un alud, que precipitándose semejante al rayo, llenaba toda la garganta y rodaba dando saltos cual si fuese un río de nieve. El pobre templario no tuvo tiempo mas que para doblar la rodilla y decir: «Señor, Dios mio, tened piedad de mí.» Mas apenas hubo proferido estas palabras, cuando partiéndose de por medio aquella grande mole, pasó por sus lados con un estrépito horroroso, y fué á sepultarse en el abismo de la montaña.

El último y mas terrible obstáculo fué el que tuvo que vencer al llegar al rellano. Era el mismo Pilato en traje de guerra, llevando por arma en la mano un pino sin ramas que le servia de clava.

El encuentro fué terrible, y si subis á la montaña, todavía podreis ver el sitio donde pelearon los dos adversarios. Todo un día y toda una noche combatieron y lucharon, y la roca ha conservado las huellas de sus pies. En fin, triunfó el campeón de Dios, y generoso en su victoria ofreció á Pilato una capi-

tulacion que fué aceptada. El vencido se comprometió á mantenerse tranquilo en el lago seis días de la semana, con condicion de que el séptimo, que sería el viernes, pudiese salir vestido de juez tres veces si quería. Como el cumplimiento del pacto se puso sobre un pedazo de la verdadera cruz, Pilato se vió obligado á ejecutarlo punto por punto.

En cuanto al vencedor, bajó de la montaña y no volvió á encontrar mas ni el alud ni el torrente que eran obras del demonio, y que habian desaparecido con su poder.

Entonces el consejo de Lucerna tomó la decision de que nadie fuese al monte el viernes, porque en este día la montaña pertenecía al réprobo, y el templario habia previsto que los que llegasen á verlo morirían dentro del año.

Durante trescientos años se observó esta costumbre, y ningún estrangero podia subir al Pilato sin permiso de la autoridad, y este permiso no se daba jamás para el viernes, en cuyo día no iban tampoco los pastores, que prestaban juramento cada año de hacerlo así. Hasta el año 1799, durante la guerra de los franceses, se llevó á efecto la prohibicion; pero desde entonces acá va quien quiere y cuando quiere á ver á Pilato; pero hay muchos ejemplos de que el verdugo de Cristo no ha renunciado á sus derechos.

Así, cuando el jueves último el inglés envió á buscar un guia para decirle que estuviese listo al día siguiente por la mañana, éste le contó la historia que acabais de oír; pero sir Roberto se rió y burló de ella, y sin escuchar á nadie emprendió su subida, á pesar de que el guia le previno que él no pasaria del lago.

En efecto, un cuarto de legua antes de llegar á la meseta del monte, Nicklaus, que es un hombre prudente y muy religioso, se detuvo, y se puso á rezar. El inglés continuó su camino, y dos horas despues volvió pálido y descajado el rostro. Por más que dijo que aquello provenia del hambre que tenia por haber dejado á Nicklaus el pan, el vino y las pollas, en vano comió y bebió con gran apetito; lo cierto es, que Nicklaus quedó convencidísimo de que no el hambre, sino el susto de haber encontrado á Pilato era lo que le tenia pálido y desfigurado, y que de consiguiente, debia morir dentro de aquel mismo año. El guia pensó que debia avisar á sir Roberto y manifestarle el peligro que corria para que arreglase sus asuntos; el inglés se echó á reír; pero habeis visto si Nicklaus tenia razon.

Al acabar esta última frase, mi barquero levantó el remo y desembarcamos en Stanz. Al punto me puse en camino para Stanz, á donde llegué despues de una hora de camino.

Lo primero que hice al entrar en la posada de la Corona fué escribir á Mery, y decirle que ya sabia lo que los habitantes de Viena te-

nian que decir al judío errante, y que de todo le daría parte á mi regreso á Paris.

UNA PALABRA POR OTRA.

La primer cosa que vimos al salir de la posada de la Corona para dar un paseo por la ciudad, fué la estatua de Arnoldo Winkelried teniendo contra el pecho las lanzas que le atravesaron. El sacrificio de este mártir es uno de los bellos y grandes recuerdos de la Suiza, que no se ha negado jamás. Leopoldo de Austria, hijo del duque que habia sido batido en Morgarten, habia jurado vengar la derrota paternal. Habia llamado á sí para aquella cruzada de despotismo á toda la grande nobleza, y se habia puesto á su cabeza. Su vanguardia estaba mandada por el baron de Reinach que la dirigia subido en un carro cargado de cuerdas, gritando á los habitantes que antes de ponerse el sol cada uno tendria una al cuello. Entre este ejército iba un cuerpo de segadores, no para combatir sino para destruir las mieses de los campos, y deteniéndose en las aldeas á la hora en que descansaban los labriegos, se hacian traer la comida de los segadores. Sin embargo, al llegar á Simpach tardaron en traerles el almuerzo, y entonces los pidieron otra vez con amenazas. Paciencia, les respondió aquel á quien se lo pedian: ahora lo traen los de Lucerna. En efecto, en aquel momento se veia á los lucerneses bajar por el camino de Adelwil para reunirse con sus hermanos de Schwitz, de Uri, de Unterwalden, de Zug y de Glaris, que los aguardaban en un campo rodeado de fosos y resguardado por la espalda por la montaña y los recibieron con grandes gritos de alegría.

Entonces vió Leopoldo que habia llegado el momento de dar la batalla, y queriendo saber con que hombres tenia que habérselas, envió para examinarlos á un capitán viejo y valiente, llamado el conde de Haremburgo. Adelantóse éste hasta los fosos del campamento, y cual si los suizos estuviesen seguros del resultado, le dejaron examinar á su placer la fuerza numérica y sus medios de ataque y defensa.

Aquella tranquila confianza asustó mas al conde que una estrepitosa demostracion de guerra. Volvió lentamente á su campo, donde Leopoldo le esperaba á caballo, cubierto de sus arneses de guerra, escepto la cabeza en que no tenia el casco todavía. Tenia cerca de él tambien á caballo y con sus hábitos eclesiásticos, el dean del cabildo de Strasburgo. Interrogado por su señor, el conde de Harem-

burgo, respondió que creia seria bueno aguardar un refuerzo, y que aquellas gentes que se creian tan despreciables, le parecian resueltos y muy terribles. «¡Corazon de liebre!» dijo con desden el prelado, y volviéndose á Leopoldo: «Monseñor, le dijo: ¿cómo quereis que os haga servir á esos villanos? ¿cocidos ó asados? escoged.»

A este tiempo vió llegar el duque un nuevo consejero; era su bufon; era de Uri, y habia obtenido de su amo una licencia para ir á ver á sus compatriotas. Habia sido testigo de la salida de los suizos de su canton y del entusiasmo y el juramento que habian hecho de morir todos hasta el último, si preciso era, por defender la sagrada herencia de sus padres. Fué del mismo parecer que el conde de Haremburgo y suplicó al príncipe que no se diese la batalla; pero una nueva chanzoneta del prelado fué mas fuerte que todas las consideraciones de la prudencia. Leopoldo pidió su casco, lo colocó sobre su cabeza y gritó: — ¡Marchemos!

Apenas los suizos hubieron visto en camino á los austriacos, salieron de su campamento y marcharon á su encuentro. Los dos ejércitos, el uno fuerte con cuatro mil caballeros perfectamente armados, y el otro de mil trescientos aldeanos sin corazas, se pararon á un tiro de ballesta uno de otro.

Los segadores se habian derramado por la falda de la montaña, y habian comenzado cantando su obra de destruccion.

El terreno sobre que iba á trabarse el combate era desigual y pedregoso y estaba cerrado entre el lago y la falda de la montaña, desventajoso para que pudiese maniobrar la caballeria. El duque mandó á su nobleza echar pié á tierra: su gendarmeria hizo otro tanto; entonces se bajó del caballo el mismo duque, y se colocó en la primera fila: muchos quisieron hacerle montar á caballo y que tomase un puesto menos peligroso; uno de ellos fué el anciano conde de Haremburgo; pero el duque les impuso silencio diciendo: «combato por mis derechos y por mi herencia: «No quiera Dios que perezcais vosotros y que viva yo feliz. Para todos nosotros el bien y el mal, para todos la misma muerte ó la misma victoria.»

Los dos ejércitos hicieron entonces un nuevo y mismo movimiento para aproximarse; pero por medio de una maniobra diferente, los caballeros austriacos marcharon de frente con lanzas en ristre impeliendo delante de ellos aquella muralla; los suizos por el contrario, segun su costumbre, formaron un triángulo y empujaron uno de sus ángulos vivientes contra el batallon que querian romper, pero mal protegidos por sus armas defensivas, y no llevando por ofensivas mas que unas alabardas cortas, cuya longitud era una tercera parte menor que la de las lanzas austriacas, no pudieron romper el muro de hombres que les presentaban sus enemigos. En vano volvieron

dos veces á la carga. En vano la segunda vez se puso á la cabeza Pedro de Goldennigen con la bandera del canton; Pedro de Goldennigen, cayó estrechando entre sus brazos el estandarte que no pudieron arrancarle, y que aun se puede ver tinto en su sangre en las casas consistoriales de Lucerna. Entonces fué cuando Arnoldo de Winkelried que llevaba coraza, y uno de los gefes, se quitó la armadura, montó sobre un caballo, se puso á la cabeza del obstinado triángulo, que volvió á la carga por tercera vez, y que por vez tercera se encontró con la incontrastable barrera de hierro contra la cual habian encontrado la muerte ya cincuenta confederados. Inmediatamente habiendo arrojado su espada estendió los brazos, abarcó en ellos una porcion de lanzas, y reuniéndolas sobre su pecho se dejó caer con todo su peso sobre las puntas. Esta caída abrió brecha para los suyos, y el ángulo penetró cual el hacha en una encina. Desde entonces los austriacos se vieron embarazados para pelear por la misma longitud de sus lanzas, y los suizos con sus espadas cortas y con sus pequeñas alabardas llevaban toda la ventaja en un combate que se hacia cuerpo á cuerpo. Bien vió el conde de Haremburgo que todo estaba perdido, pero intentó hacer un último esfuerzo, y corriendo hácia la montaña en donde estaban los segadores, los llamó para llevarlos á otra siega, y poniéndose á su cabeza él mismo con una hoz les dió el ejemplo entrando en un campo de hombres tan apiñado de espigas.

Aquel ataque imprevisto, el arma estraña con que se hacia, el valor del anciano guerrero que lo dirigia, todo arrojó el terror por un momento en las filas de los suizos. El duque, aprovechó aquel momento, y viendo por un claro que acababa de abrirse, que la bandera de Austria iba á caer en poder de los confederados, se precipitó hácia ella, llegó en el momento en que acababa de caer el oficial que la llevaba, y se la cogió de sus moribundas manos; en el momento todos los esfuerzos se volvieron contra él, y antes que los señores de su comitiva llegasen en su auxilio, ya habia caído lleno de heridas, sujetando con los dientes y las manos, los girones de su bandera que no habia soltado sino con la vida.

Al lado del duque cayeron seiscientos setenta y seis caballeros, de los cuales trescientos cincuenta llevaban el casco coronado. El cadáver del duque fué transportado á la abadía de Königsfelden en el mismo carro donde iba subido el baron de Reinach, que aun estaba lleno de las cuerdas que debian amarrar aquellos mismos aldeanos que le habian vencido.

Cerca de la estatua de Winkelried, que consagra este gran recuerdo, se levanta la iglesia de Stanz, que trae á la memoria un combate mas moderno y no menos encarnizado. En 1798 los soldados franceses atacaron el Un-

terwalden: Stanz resistió con encarnizamiento: fueron vencidos los suizos, dejaron el campo de batalla en medio del que se elevaba la capilla de Winkelried, cubierto de muertos, entre los cuales se hallaron diez y siete doncellas, que habian combatido con sus hermanos y sus amantes, y se refugiaron en la iglesia llena de mugeres y ancianos; pero aquella débil fortaleza fué bien pronto tomada; los franceses, á pesar del vivo fuego que se les hacia desde dentro, penetraron en ella, y á la primera descarga que hicieron cayó el sacerdote que elevaba al cielo la Ostia santa, atravesado el pecho con una bala que hizo en el altar un agujero que todavía existe. El mártir moderno se llamaba Wister Lusen.

Detras de la iglesia hay una capilla edificada en el mismo sitio donde se enterraron los muertos, en número de cuatrocientos catorce, entre los cuales habia ciento y dos mugeres, y veinte y cinco niños. En ella se ha puesto esta inscripcion:

DEN ERSCHLAGEMEN FROMMEN UNTERWALDEN,
VON 173 VON IHREY EDELDEKEN UND VERVA-
DEN GEYDME.

Dedicada á las piadosas victimas de la man-
tanza de Unterwalden, por ciento setenta y
tres de sus amigos y parientes.

Fuimos á hacer una última visita á la capilla de Winkelried y nos pusimos en camino para Sarnen, á donde llegamos á las dos de la tarde.

Al venir habíamos dejado á la izquierda el camino de Wil, por el que se va á Wolfranchiess, patria de Conrado de Baumgarten, donde se verificó la aventura trágica del baño. Como de este recuerdo no queda mas que el recuerdo mismo, no creimos necesario el incomodarnos para ir á buscar en la tradicion los detalles que ha conservado la historia. Por otra parte Sarnen los tiene tan importantes ó mas, pues á la cima del monte que domina á la poblacion estaba el castillo de Landenberg, que fué sorprendido por los aldeanos que fingian llevar regalos, el día 4.º de enero de 1308, y en el centro de la villa está la casa de Mr. Land-Weibel, construida en el mismo punto donde sacaron los ojos al anciano Mechtal.

Mientras la visitábamos oímos algunos tiros disparados regularmente: y al instante recordé que era domingo y que en Suiza una de las mas grandes diversiones de aquel dia es el tiro de escopeta. Habia oido celebrar mucho á los tiradores de Entlibuch y de Mechtal, y tenia deseos de ver por mis propios ojos si era justa su celebridad. Envié á Francesco á buscar mi carabina y le encargué me la llevase al tiro, donde yo le esperaba.

No me fué difícil encontrar mi camino; los mismos disparos me guiaban, y á los diez mi-

nutos me hallaba ya en la carrera de los tiradores. Delante de ellos á trescientos pasos de distancia, en el mismo pie del monte estaba el blanco, y cerca de este, una cabañita en donde se escondia el encargado de marcar el punto del círculo donde habia dado el tiro, y de tapar el agujero con un pedazo de madera que embutia con un martillo.

Al verme me saludaron los tiradores con la política propia de los suizos, y tuve necesidad de rogarles que no se incomodasen, y que continuasen su ejercicio. Me aproximé á ellos, y como yo mirase con mucho interés el blanco de cada tiro, uno que acababa de cargar su escopeta me la ofreció. Lo que yo habia visto de su destreza me daba esperanza de luchar ventajosamente con ellos. Sobre tres tiros el que mas se habia acercado al centro se habia quedado á seis pulgadas de él, y por poco que valiese el arma que me ofrecian, estaba seguro de hacerlo tan bien como ellos.

Antes de servirme del arma que acababan de darme quise examinarla, pero en el momento en que iba á mover el gatillo, el tirador á quien pertenecia, me puso la mano en el brazo para impedirme. Como yo no comprendia su intencion, pregunté en francés si habia en aquella honrosa reunion quien supiese hablar italiano ó inglés, entonces un hombre de Linthal que se encontraba casualmente, y que entre los grisonos habia aprendido algunas palabras del patuá milanés, trató de hacerme entender que el gatillo era tan suave que en el momento en que pusiese el dedo encima saldria el tiro. Como la conversacion se prolongaba, y todos tenian clavados los ojos en mí, abrevié echándome la escopeta al hombro. Entonces advertí que estaba cubierto el rastrillo con un saquito de piel, y como yo no comprendiese de qué podia servir, quise quitarlo; pero el tirador me puso de nuevo la mano en el brazo esplicándome en su mal alemán, de que yo no comprendia ni una palabra, la utilidad de aquel pequeño utensilio. Cuando hubo terminado, mi hombre de Linthal empezó á traducirme la recomendacion en mal italiano. Como yo no comprendia ni el uno ni el otro, y me veia como Mr. de Pourceaugnac entre sus dos médicos, respondí en alemán á uno: *Ser gü!*, y en italiano al otro: *Va bene*. Metí el saquito de cuero en el bolsillo de mi chaleco, me abotoné la blusa, y me dispuse para tirar.

Apenas habia echado mano al gatillo cuando ya habia salido el tiro: la bala pasó á lo menos á treinta pies por cima del blanco. El hombre de la cabaña que no podia adivinar lo que me habia sucedido, ni tampoco que fuese yo el que habia tirado, salió de su escondite, y fué á buscar en el blanco el golpe que se habia guardado muy bien de dar allí; pero como no lo halló volvió la espalda á los tiradores, y para el torpe tirador hizo una mueca que me hizo sentir el no tener en la escopeta

una carga de perdigones. Aquella demostracion fué acogida con aplausos y risas de la muchedumbre.

Una burla, de cualquiera parte que venga, es siempre una cosa muy pesada para el que la recibe, y mas humillante, sobre todo, si se le hace en medio de gentes de una condicion inferior, y en un pais cuya lengua no se comprende, pues no se puede devolver chanza por chanza. Me separé para hacer lugar á otro tirador, mordéndome los labios y examinaba la escopeta que tan mala jugada me habia hecho, cuando se me acercó mi hombre de Linthal, que habia seguido con interés todos mis movimientos y parecia haberme tomado bajo su proteccion. Llevóme á un lado y viendo que debia sustituir el gesto á la palabra, armó la escopeta que tan mal me habia servido, y soplando sobre el gatillo, solo con el soplo la descargó.

Entonces comprendí cuán finas eran aquellas armas, y que nada hay comparable á las escopetas de tiro suizas, y que para facilitar la destreza, no hay mas que tocar con el dedo ligeramente para dispararlas. Cuando conocí que ya principiaba á entenderle, me acompañó hasta cerca del que iba á tirar, y vi que el rastrillo de su escopeta estaba cubierto también con un saquito como el que tenia yo en el bolsillo. Hizo una seña al que estaba inmediato, lo levantó: partió el tiro casi al mismo instante, y fué á dar á un pie del centro en el blanco. El hombre burlon de la cabañita volvió á salir, é hizo un saludo muy espresivo al que acababa de dar aquella prueba de habilidad, y se volvió á su barraca.

—*¿Avele capito?* me dijo mi protector.

—*¡Pardiez!* lo he comprendido. Perfectamente. El saquito de cuero sirve para impedir que salga el tiro si por ventura se dispara sin quererlo, y si yo hubiese dejado atar el mio en vez de metérmelo en el bolsillo como un imbécil que soy, el tiro no hubiera salido antes de tiempo, ni pasado por la humillacion de ver que un suizo se burlase....

—*Va bene, va bene*, respondió mi hombre, *voi avele capito*.

—*¡Perfectamente!* Vámonos á empezar. Ahí está vuestro saquito, colocadlo en su lugar y no lo quiteis hasta que yo os dé la seña.

—*Siete sicuri*.

—Muy bien; carguemos otra vez.

Yo quise ayudarle en esta operacion, pero me dió á entender que era de demasiada importancia para abandonar el menor detalle á una mano profana. En efecto: comenzó por limpiar el oído con una pajita, despues tomó la pólvora necesaria contando literalmente los granos uno á uno, que debian componer la carga, echó despues un taco de cuero, pasó por el cañon un trapo grasiento, é hizo entrar la bala atacándola con un macito: despues sacó la pajita del oído, y colocando el saquito sobre el rastrillo me devolvió la escopeta.

Es una cosa muy rara que nada puede predominar á la cuestion de amor propio. Me encontraba en medio de una reunion de aldeanos cuya opinion debia serme tanto mas indiferente, cuanto que ninguno de ellos sabia mi nombre ni mi pais, é importábame muy poco el recuerdo de mi destreza ó torpeza que allí dejase. Sin embargo, cuando me acerqué á la carrera donde se tiraba, el corazon me palpitaba cual en los primeros tiempos de mi carrera dramática cuando oia en una primera representacion la seña para alzar el telon.

Habia un gran silencio y nadie se cuidaba de sí, para pensar en mí únicamente y para ver lo que haria. Habian visto que uno de los mas afamados tiradores de la comarca me habia prestado su arma, despues de habernos hablado algunas palabras en lengua estrangera; habian visto también la atencion que habia puesto en la carga de la escopeta, lo que era prueba de que no seria carga perdida: en fin, en el modo con que cogí la escopeta, vieron que me era familiar.

Desde entonces era evidente que el primer tiro se me habia ido, lo que equivalia á no haber tirado, y aguardaron el segundo para juzgar.

Así tomé todas las precauciones necesarias: aparté del hombro todo lo que podia impedir que la culata encajase bien en él, elegí la linea de abajo á alto, y colocado delante del blanco céntrico, hice seña de que quitasen el saquito, y cuando estuve seguro de mi punteria apenas hube tocado el gatillo, salió el tiro, pero esta vez estaba tranquilo. Coloque mi escopeta descansando sobre ella y me quedé esperando.

El hombre de la barraca salió de su escondite, miró el blanco, y tomando una bandera que estaba oculta detrás de él y volviéndola hácia nosotros la agitó tres ó cuatro veces en seña de homenaje y saludo. En aquel momento todos aplaudieron palmoteando, y mi fiador me tocó en el hombro.

—*¿Qué hay?*

—*¡Habeis dado en el centro!*

—*¿De veras?*

—*Palabra de honor.*

Miré en torno mio, y en los ojos de todos vi que era verdad. En aquel momento llegó Francesco con mi carabina.

—*Toma, le dije, ve y da este thaller á aquel que apunta los tiros y en cambio del blanco que me traerás.*

Francesco obedeció, en tanto los tiradores me rodeaban para examinar mi carabina, hermosa arma de Lefauchaux, arreglada por Devernier, que se cargaba por la culata. Esta nueva invencion les era enteramente desconocida, de modo que no podian comprender el mecanismo de su construccion, la examinaban con toda la atencion de aficionados. Lo que mas les daba que hacer era lo corto del cañon, y no podian creer que tuviese mucho al-

cance. Entonces metí en el cañon un cartucho, y apuntando rápidamente á un pino aislado que se alzaba á doble distancia que el blanco, hice fuego.

Ni un tirador se quedó allí, todos echaron á correr para ver el resultado de un tiro que ellos dudaban que pudiese alcanzar tan lejos, saliendo de un cañon de siete pulgadas. El primero que llegó cerca del pino dió un grito que fué repetido por todos, la bala había entrado dentro del tronco mas de una pulgada, en términos que en el agujero que había hecho entraba pulgada y media de baqueta. Durante este tiempo volvió Francesco por otro lado trayéndome el blanco, desconejado por la bala.

Este incidente interrumpió el ejercicio: mi carabina causaba la admiracion de toda aquella agente, y casi hubieran creído que poseía un arma encantada á no haber principiado por hacer fuego con una de las snyas.

Mi protector se hallaba lleno de alegría; hubiérase dicho que le tocaba una gran parte de la gloria que acababa de adquirir, se aproximó otra vez, y poniéndome la mano sobre el hombro

—¿Sois cazador? me dijo.

—He nacido en medio de un bosque.

—¿Habeis cazado gamos?

—Nunca.

—Bueno, si acaso venis á Glaris, acordaos de Próspero Lehman, y venid á pedirle que os haga matar uno.

—Entendámonos, bien, si me lo prometeis cuento con ir por allí.

—Sereis muy bien recibido.

—No hay mas que hablar.

—Ahora, si quereis, dejadme tirar dos ó tres balas con vuestra carabina.

—¿Cómo dos! diez si quereis. Aquí teneis cartuchos en abundancia, ya sabeis el modo de servirlos de ellos; me la devolvereis á la posada del *Cuerno de Caza*, en donde estoy alojado. Me voy para comer.

Al decir esto me despedí de los tiradores, petrificados de asombro de que se pudiesen inventar armas mejores que las de Berna y Lausana.

Al cabo de dos horas trajo mi carabina Lehman, que habia gastado hasta mi último cartucho, y acertado dos ó tres veces en el blanco, de modo que se hallaba estasiado ante el arma que me devolvía. Le enseñé mi escopeta de dos cañones, que era del mismo sistema, y acercándome á la ventana disparé á dos golondrinas que maté.

Esta última prueba trastornó enteramente los cascos del pobre cazador, y se concibe muy bien sabiendo que en Suiza no se conoce nuestra manera de cazar por los llanos, y que allí no se tira nunca mas que á punto fijo, y que aun en ciertas partes, como el Appenzell y la Turgovia, apoyan el fusil sobre una horquilla para tirar al blanco. La caza al vuelo ó

á la carrera les es absolutamente desconocida, y un parroquiano de las llanuras de San Dionisio les escitaria en este punto su admiracion.

Pasé la noche con mi nuevo amigo, cuyo idioma empezaba á comprender: me contó sus cacerías por los montes de que era rey, y me renovó la invitacion de hacerme tomar parte activa en una de ellas. Yo le habia dado mi palabra ya, y le repetí, que aun cuando debiera desviarme de mi camino, no dejaria de ir á Glaris. El debia marchar al dia siguiente al Lenthal y yo á Lucerna; pero convenimos en que me despertaria á las cuatro de la mañana el dia siguiente, á fin de no separarnos sin haber consagrado nuestra amistad con un vaso de agua de cerezas.

Al dia siguiente, como habiamos convenido, me despertó Lehman, y cuando bajé al comedor hallé á todos nuestros tiradores de la vispera reunidos. Venian á despedirse de mí como de un hermano; la caza es una verdadera francmasoneria.

Me separé de aquellas buenas gentes, que sin duda no volveré á ver mas en mi vida; pero que aunque ignoran mi nombre estoy seguro que han conservado mi recuerdo, y me puse en camino. El camino no me ofreció nada notable hasta llegar á Aljonach, en donde me detuve un rato en la posada con el hombre mas jovial que he visto. En fin, me puse en camino para Lucerna, contando con tomar un barco en Hergiswel ó en Steinbach.

Al salir de Glaris, el camino no sirve para ruedas hasta Winkel. No me sorprendió poco el hallarme en una revuelta del camino con un caballero con su criado que habiéndose metido con su carruage en un camino abominable, habian volcado y trataban de levantarlo. Me fui hácia ellos preguntándome en mi interior qué diablo de idea aquel hombre razonable habia tenido en tratar de andar por tales parages, y confieso que no hallaba satisfactoria respuesta.

En cambio en el que parecia amo reconoció al inglés que cuatro ó cinco dias antes habia visto bajar tan aprisa del Righi dejando el guia á mi disposicion. Viendo que podia serle de alguna utilidad, preguntéle en mal inglés por qué casualidad le hallaba con un carruage en aquel camino de herradura. El inglés, que era un jóven alto, seco y pálido, se puso muy encarnado, tartamudeó algunas palabras que me hicieron creer al pronto que era tartamudo, y despues, reprimiéndose poco á poco llegué á comprender en medio de las vacilaciones de su lengua, que le habian dicho que podia pasar con su carruage.

—¿Y quién os ha dicho eso?

—Los suizos.

—Lo extraño, respondí yo, los habitantes de este pais son poco dados á este género de chanzas. ¿Qué les habeis preguntado?

—Si podria pasar por encima de estos montes un carruage, y les he señalado con el de-

do aquel mas alto que está alla abajo en el fondo.

—Si, el Brung.

—No sé cómo se llama.

—¿Y qué os han respondido?

—Se han echado á reir y me han contestado que sí.

—¿En qué lengua les habeis preguntado eso?

—En aleman.

—¿Con que hablais el aleman?

—Un poco.

—¿Y cómo habeis dicho? *Ascolta, Francesco, il signor inglese va parlare tedesco.*

—He dicho: *Kanor cinen vogel über die-ser Berg fahren.*

—¿Qué es lo que significa la palabra *vogel*? dije yo á Francesco.

—Significa pájaro.

—¿Cómo! dijo el inglés.

—Y bien, ya me habia figurado esto, respondí yo: habeis tomado una palabra por otra; *vogel* por *wager*, y habeis preguntado si un pájaro puede pasar por encima de esos montes.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! exclamó el inglés.

—De modo que, los suizos, que han creído que os burlábais de ellos, se han echado á reir y os han respondido que sí.

—Y bien, ¿qué hemos de hacer?

—Levantar vuestro carruage y volver á tomar el camino de Lucerna.

HISTORIA DE UN INGLÉS QUE TOMÓ UNA PALABRA POR OTRA.

Cuando se levantó el carruage, el cochero tomó á los caballos por la brida y los guió á pie. El inglés, Francesco y yo marchamos delante, y como el camino era mas cómodo para pedáneos que para cuatro ruedas, llegamos á Steinbach un cuarto de hora antes que el coche. Empleamos aquel cuarto de hora en buscar un carretero para que compusiese el destrozo que se hubiese hecho en el carruage del inglés. Pero el carretero en Steinbach era un personaje desconocido, un mito fantástico, un ente de razon, pues no habia memoria allí de haber visto carruage alguno, y el del inglés habia escitado la curiosidad general. El inglés, que parecia muy tímido, estaba abatido por su mala ventura, su rostro se ponía alternativamente pálido y colorado, su lengua tartamudeaba, y era tan grande su cortedad que llegué á juzgar que era yo la causa. Así me apresuré á decirle, que si no nos necesitábamos, estábamos prontos á despedirnos de él. Hizo entonces esfuerzos tan

desconcertados para detenernos, que yo me confirmé mas y mas en mi opinion, y saludándole, continué mi viage.

Me detuve en Winkel; habia andado casi siete ú ocho leguas francesas, y no sentia descansar un rato. Envié á Francesco á que buscara un carricoche cualquiera en que meterme hasta Lucerna que distaba aun dos ó tres millas de Alemania, que equivalen á cuatro ó cinco leguas de Francia. Mientras andaba corriendo el pueblo, yo investigaba por la posada, y con no poco trabajo descubrí una polla cebada que el posadero contaba guardar para mejor ocasion, y que no me quiso ceder hasta que para decidir la cuestion me puse á desplumarla yo mismo. Con aquel asado y dos platos de huevos de diferente modo condimentados, me lisonjeaba con la perspectiva de una comida bastante confortable.

En el momento en que me llevaban la comida al comedor, mi inglés llegó con su carruage medio desmantelado, y al entrar preguntó si habia algo que comer, á lo que respondió el posadero, que un francés recién llegado lo habia tomado todo. Esta noticia pareció causar tan sensible dolor á nuestro *gentleman*, que olvidando inmediatamente los poco atentos modales con que habia agradecido el trabajo que yo me habia tomado para ayudarle á levantar su carruge, bajé á invitarle á participar de mi comida. Despues de haberse alternativamente puesto colorado y pálido cinco ó seis veces lo menos, y despues de haberse limpiado el sudor que le corria por la frente, á pesar de correr un aire muy fresco, aceptó, y se puso á la mesa con una torpeza tan grande, que llegué á pensar que nunca habia comido en buenas mesas. En esto llegó Francesco y me dijo en Italiano que no habia podido encontrar ni una mala carreta.

—Entonces nos veremos obligados á continuar nuestro viage á pie.

—¡Oh Dios mio! si señor, dijo Francesco.

—Lleve el diablo este pais; nada se encuentra si no lo trae uno consigo, y aun así, añadi señalando el carruage del inglés que iban á componer, lo que uno trae se rompe.

—Pero, dijo mi convidado, si yo me atreviese....

—¿A qué?

—A ofrecerme un lugar en mi carretela.

—¿Atrevoos, pardiez!

—¿Aceptariais?

—¿Cómo si aceptaré! con mil amores.

—De eso queria hablaros esta mañana cuando nos hemos encontrado; pero me encontraba tan embarazado....

—¿De qué?

—De mi posicion.

—¿Cómo? ¿por que habeis volcado? ¡Vaya! esa es una desgracia que puede sucederle á cualquiera, sobre todo yendo por malos caminos: no hay por que tener enbarazo por eso.

cance. Entonces metí en el cañon un cartucho, y apuntando rápidamente á un pino aislado que se alzaba á doble distancia que el blanco, hice fuego.

Ni un tirador se quedó allí, todos echaron á correr para ver el resultado de un tiro que ellos dudaban que pudiese alcanzar tan lejos, saliendo de un cañon de siete pulgadas. El primero que llegó cerca del pino dió un grito que fué repetido por todos, la bala había entrado dentro del tronco mas de una pulgada, en términos que en el agujero que había hecho entraba pulgada y media de baqueta. Durante este tiempo volvió Francesco por otro lado trayéndome el blanco, desconejado por la bala.

Este incidente interrumpió el ejercicio: mi carabina causaba la admiracion de toda aquella agente, y casi hubieran creído que poseía un arma encantada á no haber principiado por hacer fuego con una de las snyas.

Mi protector se hallaba lleno de alegría; hubiérase dicho que le tocaba una gran parte de la gloria que acababa de adquirir, se aproximó otra vez, y poniéndome la mano sobre el hombro

—¿Sois cazador? me dijo.

—He nacido en medio de un bosque.

—¿Habeis cazado gamos?

—Nunca.

—Bueno, si acaso venis á Glaris, acordaos de Próspero Lehman, y venid á pedirle que os haga matar uno.

—Entendámonos, bien, si me lo prometeis cuento con ir por allí.

—Sereis muy bien recibido.

—No hay mas que hablar.

—Ahora, si quereis, dejadme tirar dos ó tres balas con vuestra carabina.

—¿Cómo dos! diez si quereis. Aquí teneis cartuchos en abundancia, ya sabeis el modo de servirlos de ellos; me la devolvereis á la posada del *Cuerno de Caza*, en donde estoy alojado. Me voy para comer.

Al decir esto me despedí de los tiradores, petrificados de asombro de que se pudiesen inventar armas mejores que las de Berna y Lausana.

Al cabo de dos horas trajo mi carabina Lehman, que habia gastado hasta mi último cartucho, y acertado dos ó tres veces en el blanco, de modo que se hallaba estasiado ante el arma que me devolvía. Le enseñé mi escopeta de dos cañones, que era del mismo sistema, y acercándome á la ventana disparé á dos golondrinas que maté.

Esta última prueba trastornó enteramente los cascos del pobre cazador, y se concibe muy bien sabiendo que en Suiza no se conoce nuestra manera de cazar por los llanos, y que allí no se tira nunca mas que á punto fijo, y que aun en ciertas partes, como el Appenzell y la Turgovia, apoyan el fusil sobre una horquilla para tirar al blanco. La caza al vuelo ó

á la carrera les es absolutamente desconocida, y un parroquiano de las llanuras de San Dionisio les escitaria en este punto su admiracion.

Pasé la noche con mi nuevo amigo, cuyo idioma empezaba á comprender: me contó sus cacerías por los montes de que era rey, y me renovó la invitacion de hacerme tomar parte activa en una de ellas. Yo le habia dado mi palabra ya, y le repetí, que aun cuando debiera desviarme de mi camino, no dejaria de ir á Glaris. El debia marchar al dia siguiente al Lenthal y yo á Lucerna; pero convenimos en que me despertaria á las cuatro de la mañana el dia siguiente, á fin de no separarnos sin haber consagrado nuestra amistad con un vaso de agua de cerezas.

Al dia siguiente, como habiamos convenido, me despertó Lehman, y cuando bajé al comedor hallé á todos nuestros tiradores de la vispera reunidos. Venian á despedirse de mí como de un hermano; la caza es una verdadera francmasonería.

Me separé de aquellas buenas gentes, que sin duda no volveré á ver mas en mi vida; pero que aunque ignoran mi nombre estoy seguro que han conservado mi recuerdo, y me puse en camino. El camino no me ofreció nada notable hasta llegar á Aljonach, en donde me detuve un rato en la posada con el hombre mas jovial que he visto. En fin, me puse en camino para Lucerna, contando con tomar un barco en Hergiswel ó en Steinbach.

Al salir de Glaris, el camino no sirve para ruedas hasta Winkel. No me sorprendió poco el hallarme en una revuelta del camino con un caballero con su criado que habiéndose metido con su carruage en un camino abominable, habian volcado y trataban de levantarlo. Me fui hácia ellos preguntándome en mi interior qué diablo de idea aquel hombre razonable habia tenido en tratar de andar por tales parages, y confieso que no hallaba satisfactoria respuesta.

En cambio en el que parecia amo reconoció al inglés que cuatro ó cinco dias antes habia visto bajar tan aprisa del Righi dejando el guia á mi disposicion. Viendo que podia serle de alguna utilidad, preguntéle en mal inglés por qué casualidad le hallaba con un carruage en aquel camino de herradura. El inglés, que era un jóven alto, seco y pálido, se puso muy encarnado, tartamudeó algunas palabras que me hicieron creer al pronto que era tartamudo, y despues, reprimiéndose poco á poco llegué á comprender en medio de las vacilaciones de su lengua, que le habian dicho que podia pasar con su carruage.

—¿Y quién os ha dicho eso?

—Los suizos.

—Lo extraño, respondí yo, los habitantes de este pais son poco dados á este género de chanzas. ¿Qué les habeis preguntado?

—Si podria pasar por encima de estos montes un carruage, y les he señalado con el de-

do aquel mas alto que está alla abajo en el fondo.

—Si, el Brung.

—No sé cómo se llama.

—¿Y qué os han respondido?

—Se han echado á reir y me han contestado que sí.

—¿En qué lengua les habeis preguntado eso?

—En aleman.

—¿Con que hablais el aleman?

—Un poco.

—¿Y cómo habeis dicho? *Ascolta, Francesco, il signor inglese va parlare tedesco.*

—He dicho: *Kanor cinen vogel über die-ser Berg fahren.*

—¿Qué es lo que significa la palabra *vogel*? dije yo á Francesco.

—Significa pájaro.

—¿Cómo! dijo el inglés.

—Y bien, ya me habia figurado esto, respondí yo: habeis tomado una palabra por otra; *vogel* por *wager*, y habeis preguntado si un pájaro puede pasar por encima de esos montes.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! exclamó el inglés.

—De modo que, los suizos, que han creído que os burlábais de ellos, se han echado á reir y os han respondido que sí.

—Y bien, ¿qué hemos de hacer?

—Levantar vuestro carruage y volver á tomar el camino de Lucerna.

HISTORIA DE UN INGLÉS QUE TOMÓ UNA PALABRA POR OTRA.

Cuando se levantó el carruage, el cochero tomó á los caballos por la brida y los guió á pie. El inglés, Francesco y yo marchamos delante, y como el camino era mas cómodo para pedáneos que para cuatro ruedas, llegamos á Steinbach un cuarto de hora antes que el coche. Empleamos aquel cuarto de hora en buscar un carretero para que compusiese el destrozo que se hubiese hecho en el carruage del inglés. Pero el carretero en Steinbach era un personaje desconocido, un mito fantástico, un ente de razon, pues no habia memoria allí de haber visto carruage alguno, y el del inglés habia escitado la curiosidad general. El inglés, que parecia muy tímido, estaba abatido por su mala ventura, su rostro se ponía alternativamente pálido y colorado, su lengua tartamudeaba, y era tan grande su cortedad que llegué á juzgar que era yo la causa. Así me apresuré á decirle, que si no nos necesitábamos, estábamos prontos á despedirnos de él. Hizo entonces esfuerzos tan

desconcertados para detenernos, que yo me confirmé mas y mas en mi opinion, y saludándole, continué mi viage.

Me detuve en Winkel; habia andado casi siete ú ocho leguas francesas, y no sentia descansar un rato. Envié á Francesco á que buscara un carricoche cualquiera en que meterme hasta Lucerna que distaba aun dos ó tres millas de Alemania, que equivalen á cuatro ó cinco leguas de Francia. Mientras andaba corriendo el pueblo, yo investigaba por la posada, y con no poco trabajo descubrí una polla cebada que el posadero contaba guardar para mejor ocasion, y que no me quiso ceder hasta que para decidir la cuestion me puse á desplumarla yo mismo. Con aquel asado y dos platos de huevos de diferente modo condimentados, me lisonjeaba con la perspectiva de una comida bastante confortable.

En el momento en que me llevaban la comida al comedor, mi inglés llegó con su carruage medio desmantelado, y al entrar preguntó si habia algo que comer, á lo que respondió el posadero, que un francés recién llegado lo habia tomado todo. Esta noticia pareció causar tan sensible dolor á nuestro *gentleman*, que olvidando inmediatamente los poco atentos modales con que habia agradecido el trabajo que yo me habia tomado para ayudarle á levantar su carruge, bajé á invitarle á participar de mi comida. Despues de haberse alternativamente puesto colorado y pálido cinco ó seis veces lo menos, y despues de haberse limpiado el sudor que le corria por la frente, á pesar de correr un aire muy fresco, aceptó, y se puso á la mesa con una torpeza tan grande, que llegué á pensar que nunca habia comido en buenas mesas. En esto llegó Francesco y me dijo en Italiano que no habia podido encontrar ni una mala carreta.

—Entonces nos veremos obligados á continuar nuestro viage á pie.

—¡Oh Dios mio! si señor, dijo Francesco.

—Lleve el diablo este pais; nada se encuentra si no lo trae uno consigo, y aun así, añadi señalando el carruage del inglés que iban á componer, lo que uno trae se rompe.

—Pero, dijo mi convidado, si yo me atreviese....

—¿A qué?

—A ofrecerme un lugar en mi carretela.

—¿Atrevoos, pardiez!

—¿Aceptariais?

—¿Cómo si aceptaré! con mil amores.

—De eso queria hablaros esta mañana cuando nos hemos encontrado; pero me encontraba tan embarazado....

—¿De qué?

—De mi posicion.

—¿Cómo? ¿por que habeis volcado? ¡Vaya! esa es una desgracia que puede sucederle á cualquiera, sobre todo yendo por malos caminos: no hay por que tener enbarazo por eso.

—¡Ah! gracias, porque me tranquilizais. Me aliviáis de un gran peso.

—¿Cómo! ¿os intimidó yo? Vamos, sois muy bueno.

—¿Queréis quitaros vuestro fraque?

—Gracias, no tengo calor.

—Estáis sudando á mares.

—Es que la sopa estaba muy caliente.

—Debiais haber soplado, ó esperar á que se enfriase.

—Os habeis comido ya la vuestra y queria alcanzaros.

—¿Teniamos tiempo! ¿Por qué no me lo habeis dicho que queriais que fuésemos los dos iguales? os habria aguardado. ¿Pero conoceis el italiano?

—Sí, señor.

—Entonces, si no teneis inconveniente, hablemos esa lengua en vez de hablar inglés, pues apenas de cuatro palabras comprendo una.

—No sé si podré.

—Vamos, hacéd la prueba: *Volete ancora un pezzo di cuesta perdice.*

Y bien, ¿qué teneis?

—Nada, nada, dijo el inglés poniéndose como un carmesi y dando en el suelo una patada... nada.

—Pero hombre, si os ahogais. Aguardad, aguardad, os daré unos golpes en la espalda... Bebed encima, bebed bien.... va pasando, ya estais mejor ¿no es verdad?

—Sí señor.

—Y bien ¿qué habeis tenido? veamos.

—Vuestra pregunta me ha sorprendido.

—No tenia nada de irregular, os preguntaba si queriais mas perdiz aun.

—Sí, pero me lo preguntabais en italiano, he querido responderos en la misma lengua, y me he atragantado.

—Amigo mio, os aconsejo que dejeis esta timidez, que al fin y al cabo debe incomodaros mucho.

—Es muy seguro, me respondió el inglés con un aire profundamente triste.

—Bueno, pues es preciso curaros.

—Imposible, desde que tengo uso de razon soy así, y he hecho todo lo que he podido para vencer esta desgraciada organizacion, y he concluido por renunciar aun hasta á la esperanza. Por eso viajo; he hecho tantos disparates en Inglaterra, que me vi obligado á salir de Londres, pero esta desgraciada costumbre me sigue en todas partes. Ella ha sido causa de que os hiciera una groseria esta mañana, por ella he comido la sopa casi hirviendo, y por ella he estado á punto de ahogarme hace poco cuando queria responderos en italiano, que es la cosa mas fácil del mundo. Os aseguro que soy muy desgraciado.

—Pero á lo menos sois rico, segun parece.

—Tengo cien mil libras de renta.

—¡Pobre jóven!

—Sí señor, sí. De buena gana daría seten-

ta y cinco mil, ochenta mil, lo daría todo por ser un hombre como los demas, por que con lo que yo sé me crearia una posicion honrosa, y adquiriria fama tal vez, mientras que ahora con mis cien mil libras de renta y mi tontería debo morir de esplin.

—¡Bah! ¡bah!

—Pues es como os lo digo. No sabeis, no podeis saber tampoco que cosa es estar uno convencido de que vale algo, tanto á lo menos como la mayor parte de los hombres, y ver gentes sobre las cuales tiene uno la conciencia de superioridad, que le llevan la ventaja en todas partes, que pasan por instruidos y yo por ignorante, por de talento ellos, y yo por imbécil, que se hacen dueños de las casas de donde me echan y en donde desearia uno de buena gana estar siempre. Mas tarde, si me atrevo á contaros mis penas, comprendereis cuanto he sufrido con mis cien mil libras de renta, que el diablo cargue con ellas, ya que no me han acarreado mas que disgustos y humillaciones.

—Contadme esto en seguida; esto os aliviará.

—No me atrevo todavía.

—Vamos, ya os arreglareis para eso.

—Mirad y ved cuan colorado me pongoso lo de pensarlo.

—Efectivamente, lo estais como un tomate.

—Pues bien, cuando me sucede esto no tengo mas remedio que echar á correr.

—No corrais por qué yo iria detrás.

—¿Para qué?

—Para saber vuestra historia: yo estoy formando coleccion de ellas.

En aquel momento entró el posadero. La comida se habia terminado, y la carretela estaba arregada y así pedi la cuenta de nuestro gasto. El inglés sacó un bolsillo lleno de oro, que pasó de una á la otra mano, y yo le pregunté.

—¿Qué vais á hacer?

—Me parece....

—Me parece que yo os he convidado, y puesto que soy el anfitrión yo debo pagar y no vos; ademas quiero poder alabaros de que he dado de comer á un hombre que tiene cien mil libras de renta.

—Muy bien, pero á condicion de que cenarais conmigo.

—Con el mayor gusto, pero me permitireis de que yo me encargue del ponche.

—¿Y eso por qué?

—Porque quiero hacerlo de modo que suelte vuestra lengua. ¿No os habeis emborrachado nunca?

—Nunca.

—¿Pues bien! probadlo, es un excelente remedio contra el esplin.

—¿Lo creeis así?

—De veras.

—No me atreveré nunca.

—¿Qué bueno sois! vamos; vamos al carruaje.

—Al carruaje, y á gran galope hasta Lucerna, dijo el inglés con aire resuelto.

—No, no, al paso, si gustais, porque yo no tengo costumbre de volcar, y esto turbaria mi digestion.

—Pues bien, al paso, que tambien me gusta ir al paso.

Sentámonos los dos en la testera. Francesco subió al pescante con el cochero, y nos pusimos en camino.

Al llegar á Lucerna el inglés y yo teniamos ya tal intimidad que apenas se ponía colorado al hablarme, y hasta se habia atrevido á hacerme una ó dos preguntas.

Nos apeamos en el *Caballo blanco*, y mi primer cuidado fué preguntar al tío Franz por la salud de Jollivet: no podia éste ir mejor, y estaba fuera de cuidado. Ninguna de las balas habia penetrado en el pecho, la una habia resbalado por encima de una costilla, y habia salido por cerca de la columna vertebral, y la otra habia únicamente rozado los pectorales. Eché una mirada en torno mio, y no vi á Catalina: no tuve la indiscrecion de preguntar dónde estaba, y me fui en seguida á mi cuarto, que estaba desocupado. Mi compañero de viage se quedó detrás para encargar la cena.

Hay en las posadas suizas una cosa excelente que se buscaria en vano en las francesas, y son los baños, grande y delicioso remedio para el cansancio. Esto es mucho mas hospitalario, si se observa, como yo lo tengo visto, que los suizos no toman parte en este goce que reservan esclusivamente para los extranjeros. En cuanto á mí, mi pieza de estudio y trabajo por lo comun era el baño; allí escribia mis notas diarias, y no sé si lo cómodo y agradable que me hallaba en tales casos ha dado ese tinte de benevolencia hácia los hombres, y de admiracion por las cosas, que me encuentro ahora desde la primera hasta la última página de mi album.

Del baño me habia pasado á la cama, y en ella dormia lo mas profundamente del mundo, cuando vinieron á despertarme para decirme que la cena estaba lista. Costóme un poco reponerme; me habia olvidado completamente del inglés, de su carruaje y de la cena, que entonces, lo confieso, habria deseado que no me los hubieran recordado.

Sin embargo, me levanté y bajé, y al atravesar la cocina vi en movimiento todas las cocineras, los asadores al aire y las cacerolas en revolucion. Pregunté si habia alguna boda en la posada, y si podria en ella bailar si tal habia; pero me respondieron que todos aquellos preparativos eran para nosotros. Hubo un momento en que llegué á creer que para honrarme, el inglés debia haber convidado al ayuntamiento de Lucerna, pero me desengañé al entrar en el comedor; no habia mas que dos cubiertos en la mesa.

Nos sirvieron una comida para quince personas, y como nosotros, haciendo un gran

esfuerzo, comimos apenas lo que pudieran tres, nuestras sobras, por tres dias consecutivos; debieron abastecer la posada del *Caballo Blanco*.

El inglés soportó valerosamente el asalto, comenzaba evidentemente á acostumbrarse á mi trato; habia comenzado por ponerse colorado al volverme á ver, pero paulatinamente fué desapareciendo aquel rubor, que no era natural de sus mejillas. Al fin de la cena, cuando se trajo el ponche, estaba ya bastante natural, y gracias á algunos vasos de vino de Champagne, que le habia decidido á beber, comenzaba á hablar casi como hablamos todo el mundo. Vi que habia llegado la mejor ocasion para abordar los negocios serios.

—Y bien, le dije al tiempo de llenarle de ponche el vaso. ¿Qué hemos hecho del esplin? Me parece que se ha quedado en el fondo de la segunda botella de vino de Champagne.

—Sí, me respondió con el acento propiamente melancólico de un hombre que empieza á estar alegre. Si estuviérais siempre conmigo, creo que acabaria por retirarse y quedaria libre para lo porvenir. ¡Pero lo pasado! lo pasado existiria siempre.

—¿Tan terrible es, pues, lo pasado?

—¡Ah! exclamó el inglés lanzando un suspiro.

—Vamos, vamos, confesémonos.

—Llenadme otro vaso de ponche.

—¡Ah! va; pero hablad despacito, si gustais, para que no os pierda ni una palabra.

—Si no tuviese este miedo, dijo el inglés vacilando.

—¿Qué, todavía!

—Trataria de contaros esto en francés.

—¿Cómo en francés! ¿Con que sabeis el francés?

—A lo menos lo he aprendido, me respondió cambiando de idioma, y dándome la prueba por respuesta.

—Amigo mio, sois poligloto en primer grado, y me haceis sudar hablandoos en italiano, que yo chapurreo únicamente, ó bien inglés que no hablo ni una palabra, cuando sabeis el francés como un lijo de la Turena. Hablad, pues, hablad. Me parece á mí que os burlais con esas ideas de timidez, de esplin y de misantropia. Desde ahora os prevengo que vuelvo á mi lengua materna, y que no salgo ya mas de ella: por otra parte, quien debe de hablar sois vos y yo únicamente oír. Todo lo mas que haré será servir os ponche en el vaso: vamos, ahora ya no os daré mas que al fin de cada capítulo. A la salud vuestra, y para que Dios os desate la lengua como al jóven Ciro. ¿Sabeis el persa?

—¡Iba á aprenderlo cuando tuve la desgracia de heredar de mi tío las cien mil libras de renta, causa de todos mis pesares.

—Comenzemos por el principio. Pues señor, habia una vez..... ahora os toca continuar.

—Primero es menester que sepais mi nombre.

—Tendré mucho placer en saberlo.

—Me llamo Williams Blimdel. Mi padre era un modesto labrador de las cercanías de Londres, que no habiendo recibido grande educación, sintió toda su vida el haber permanecido en su primitiva ignorancia. Así en vez de dedicarme á la labranza como era muy razonable, tuvo la fatalidad de hacerme sabio, y me envió á la universidad con intencion de que fuese sacerdote. Mi llegada causó una sensación particular, por que yo siempre he sido alto y delgado, y teniendo el pelo de color de algodón; aunque habitualmente pálido, á la menor emoción me he puesto siempre colorado como un pimiento, y por esta razon he sido recibido con risas y cuchicheos por mis camaradas, principiando desde aquel dia mis infortunios. La certeza de que yo era un objeto de burla entre mis condiscipulos, el conocimiento de mi torpeza y timidez, y por fin, el aislamiento necesario por esto, fueron causa de que durante diez años que estuve en la universidad, no tomase parte en ninguno de los juegos que son la recompensa de los trabajos de los niños. Lejos de esto, ocupaba estudiando mis horas de recreo, y mis compañeros, que no podían dar con el verdadero motivo de mi soledad, juzgaban que yo no lo hacia mas que para captarme la benevolencia de mis maestros; me acusaban de hipócrita, mientras yo á mis solas lloraba á lágrima viva oyendo sus gritos de alegría, y haciéndome pagar con crueles burlas los triunfos que sobre ellos conseguía.

Al principio suporté todas estas tribulaciones con constancia y resignacion; pero al cabo de diez y ocho meses ó dos años, se me hizo intolerable aquella vida, y hubiera muerto, creo, si la casualidad no me hubiese reparado un consuelo.

Las ventanas de nuestra escuela, elevadas á seis pies del suelo, á fin de que ningún objeto exterior distrajese el estudio de los alumnos, daban sobre un jardín consagrado, así como el nuestro, á la diversion de un colegio de señoritas. Mientras en una parte oia yo gritos estrepitosos, oia á veces en la otra parte cantos deliciosos. Sin embargo, pasaron diez y ocho meses, como he dicho, sin que me ocurriese la idea de mirar por aquella ventana y distraer mis voluntarias penitencias por el espectáculo de la diversion de mis jóvenes vecinas, y cuando me ocurrió esta idea pasé aun una porcion de tiempo antes de llevar á cabo aquella idea, sin disfrutar mas placer que una distraccion maquinal, que embotaba momentáneamente el recuerdo de mis dolores: mas al fin fuéme necesaria aquella distraccion, y apenas el maestro salia, dando el descanso de una hora y cerraba la puerta de la escuela, donde siempre me quedaba solo, ponía los bancos sobre la mesa, las sillas sobre los ban-

cos, y subiéndome encima, echaba mis miradas distraídas sobre aquel enjambre de niñas que salía de la colmena y venía á zumbiar hasta bajo las paredes de mi encierro. Entonces sentía que la naturaleza se habia engañado haciéndome hombre, y que si yo hubiese sido de un sexo diferente, todos mis defectos hubieran sido virtudes, mi debilidad física una gracia, mi cortedad pudor, y solo mi pelo amarillento y mi rostro tan pronto pálido como colorado, á nada venía bien; pero al menos aquellas jóvenes tenían velos, bajo los cuales ocultaban los suyos.

Su recreo empezaba y concluía un cuarto de hora antes que el nuestro, y esto me servía de regla; cuando las veía entrar á las unas detras de las otras, y desaparecía detras de la puerta el vestido azul celeste de la última, bajaba yo de mi pedestal, ponía cada cosa en su lugar, y cuando los maestros y mis camaradas volvían, me encontraban echado sobre los libros, y ni sospecha tenían de que hubiese interrumpido mi trabajo.

Hacia ya dos ó tres meses que me procuraba esta distraccion todos los dias, conocía de vista á todas las educandas, estaba al corriente de sus hábitos, y hasta diría de sus caracteres; eran para mí cual flores vivas en un tapiz riquísimo. Sin embargo, tan indiferentes me eran unas como otras, y mi afecto se repartía entre todas como sobre hermanas.

Un dia, entre todos aquellos rostros jóvenes conocidos, vi uno nuevo que no habia nunca visto: era el de una niña sonrosada con cabellera rubia, con cabeza como la de un querubín. Aquella encantadora carita estaba llena de lágrimas. La pobre niña acababa de separarse de su familia, y creía no poder consolarse nunca mas. El primer dia sus compañeras quisieron distraerla en vano; la herida estaba todavia demasiado fresca, y debía verter toda aquella sangre del corazón que se llaman lágrimas. Este episodio de mi novela me conmovió profundamente, veía yo un punto de semejanza entre aquella pobre niña y yo; pensaba que cual yo iba á llevar una vida triste y aislada, y sabiendo lo que yo habia padecido, la tenía compasion, por lo que iba á padecer.

El dia siguiente trepé á lo alto de mi pirámide con mas afan que tenía de costumbre hacerlo. Mi mirada abarcó todo el jardín: las muchachas jugaban como de costumbre, y la recién llegada estaba sentada al pie de un árbol entre otras dos niñas, que para consolarla se habian traído los mas lindos juguetes y sus mas ricas muñecas. La pobre reclusa no lloraba ya, pero tampoco jugaba. Toda la hora de recreo la pasó escuchando los consuelos de sus dos amigas, á las cuales dió la mano al irse. Al dia siguiente, su lindo rostro no conservaba mas que débiles rastros de tristeza, y comenzó á tomar parte en los juegos de sus nuevas amigas: en fin al cabo de ocho dias

habia olvidado con la ligereza de la infancia aquel nido maternal, fuera del cual, débil avecilla, habia creído que no podría vivir.

No habia mas que yo cuya desgraciada organizacion no supiese hallar mas que penas donde descubrian los demas placeres. Con esta certidumbre se aumentaban mas y mas mi tristeza y cortedad, y continué la dolorosa existencia que habia empezado y de la cual no tenia fuerza para salir.

Sin embargo, un rayo dorado y alegre acababa de iluminar una parte de mi existencia. Entre mis veinte y cuatro horas sombrías tenía una hora de sol; era la hora que pasaban jugando las niñas bajo mi ventana. La última que habia entrado, á quien oia llamar Jenny, era ya tan loca y tan risueña como sus compañeras; y aunque al principio me supo mal que no hubiese conservado aquella tristeza que la unia mas íntimamente conmigo, concluí al fin por perdonarla al verla tan dichosa. Todos los dias aguardaba aquella hora de recreo con impaciencia. Apenas habia llegado, cuando yo ocupaba ya mi sitio acostumbrado. Hubiera podido decir que no vivía mas que durante aquella hora, y que lo demas del tiempo aguardaba la vida.

Llegaron las vacaciones: las vi llegar casi con terror: eran seis semanas, durante las cuales no iba á ver á Jenny. La idea de volver al seno de mi familia que me amaba tanto, de volver á ver á mi padre, que desde la muerte de mi madre habia concentrado en mí todo su afecto, no eran mas que un débil consuelo á mis penas. Solo entre los demas compañeros que estaban llenos de alegría por la llegada de esta época, persistía triste y pensativo. Sin embargo, estaba muy distante de pensar en el exceso de pesar que me amagaba. Yo habia siempre presumido que la época de las vacaciones era la misma en ambos establecimientos, y calculaba el número de dias que me quedaban para ver á Jenny, cuando una mañana al subir á mi acostumbrado tablado hallé vacío el jardín.

No comprendí al pronto la causa, creí que á mí se me habia adelantado la hora y retrasado á las niñas; esperé que se abriese la puerta, por donde solía salir aquella bandada de palomas; pero permaneció cerrada y el jardín desierto. Entonces comprendí la verdad, mi corazón se comprimó, y corríeron por mis ojos silenciosas lágrimas. No pudiendo ya calcular la hora por la retirada de las pensionistas, me estuve allí llorando, al volverse á abrir la puerta para la segunda leccion me sorprendieron con los ojos llenos de lágrimas sobre mi tablado. Quise bajar aprisa, se me resbaló un pie, caí de cabeza sobre la esquina de un banco; levantáronme desmayado, me llevaron á la enfermería, con la cabeza abierta por esta herida, de la que conservo esta cicatriz que todavia veis.

Mis maestros me amaban en razon inversa

del odio que me tenían mis compañeros. Para ellos era yo un niño dócil, humilde y trabajador: nunca me habian tenido que castigar por perezoso, travieso ó desobediente, y la facilidad que yo tenía en aprender y retener lo que aprendía, les hacia esperar que seria con el tiempo una lumbrera de la Iglesia.

No calculaban que mi timidez, pues no vivian en el mundo, podría ser tan fatal, y no hacian nada para hacérmela perder. De ahí es que mi desgracia causó un general pesar á todos mis profesores, prodigáronse los mayores cuidados; y gracias á la general benevolencia que me manifestaron pude tomar mis vacaciones al mismo tiempo que los demas estudiantes.

Llegado á casa de mi padre, el buen hombre, que no tenía en el mundo á nadie mas que á mí, vió el bello ideal de la perfeccion en su hijo, y le hacian concebir este error las brillantes notas de mis profesores: hasta me encontré alto y mas hermoso, ¡pobre padre! Mi reputacion de sabio me habia precedido á mi casa. Todos los mozos, criados y sirvientes no me llamaban mas que el doctor, y mi padre para hacerme digno de este titulo por las apariencias, como me creía serlo de hecho, me mandó hacer casaca negra, chaleco negro, calzon corto negro, color que parecia hecho á propósito para exagerar la longitud de mi talla y lo exiguo de mi persona.

Sin embargo, yo continué triste y pensativo en medio de los labriegos y de los criados: no porque fuese tanto mi embarazo entre ellos como entre mis superiores ó iguales, si no porque no podia olvidar la cabeza rubia de Jenny que veía todos los dias á la misma hora. Aquella hora la pasaba solo en mi cuarto, al pie de un árbol ó á la orilla de algun arroyo, la dedicaba enteramente al recuerdo del jardín, que yo veía siempre con su césped, sus flores, sus árboles, y con toda aquella gozosa infancia que lo poblaba. Viéndome preocupado mi padre, quiso llevarme á Londres para distraerme. Nuestra hacienda solo distaba una jornada, aunque larga, de la capital, y engan- chando el caballo á un carricoche, llegamos á Londres en dia y medio.

Allí volvieron á empezar mis tribulaciones. Mi padre no habia dejado para honrarme mas, de hacerme poner el traje que me habia hecho hacer, y que despues de mucho tiempo no era de moda en Londres—ni aun para las personas de una edad avanzada. Todos los muchachos que encontraba llevaban un vestido análogo á su edad, solamente yo iba hecho una caricatura grotesca de otra época. Conoció cuan ridiculo estaba, y esto aumentó mi sorpresa, no sabia que hacer de mis brazos tan largos, ni de mis piernas tan delgadas: mi rostro pasaba en un cuarto de hora de la palidez mas clara al carmesí mas subido. Mi padre no comprendía nada de lo que pasaba en mí, y trabajo le costaba en no detener á los

transeuntes y decirles:—Mirad este gallardo mozo que no tiene mas que quince años, ya lo veis, es un pozo de ciencia.

El segundo día de nuestra llegada pasábamos por la calle del Regente (*Regent Street*) para ir á San James; producía yo mi efecto acostumbrado en cuantos me rodeaban, corriéndome el sudor por la frente como de costumbre, cuando á través de la nube con que la vergüenza cubría mi rostro, me pareció reconocer á Jenny en un coche que venía corriendo hácia nosotros. Era en efecto la misma cabeza rubia con las mejillas sonrosadas, el color blanco, y su límpida mirada. Acercábase aquella visión, no había duda, era ella... era Jenny... Detúveme por que no podía dar un paso adelante, me pareció que toda mi sangre se agolpaba á mi cara, y estendí los brazos hácia el coche, gritando con voz ahogada.—Jenny, Jenny.—Me vió sin oírme, y enseñándome inmediatamente á su padre que estaba á su lado, exclamó riendo:—Papá, mira que raro va aquel muchacho vestido de negro... El coche pasó arrastrado por el galope de dos caballos magníficos, llevándose mi visión y dejándome el alma profundamente traspasada por el efecto que había producido en la jóven que sin saberlo ella tanta influencia había adquirido sobre mi vida.

Aquel encuentro fué el único suceso notable que ocurrió durante las vacaciones. Pasó el tiempo de su duración, y llegó el día de volver á la universidad. Mi padre no dejó de añadir á mi equipage el maldito traje negro que tan fatal me había sido, y volví para continuar aquella educación que el autor de mis días no había recibido, y con la que contaba tanto para dar á su hijo una consideración de la que gracias á su ignorancia no había gozado él en toda su vida.

Fui acogido por mis maestros con el mismo afecto, y con la misma antipatía por mis camaradas. Entramos á la escuela, y como de costumbre fuéronse todos al patio al llegar la hora de recreo, y yo solo quedé fijo en mi pupitre sobre mis libros. Apenas estuvo cerrada la puerta, reconstruí mi tablado; sin embargo, el corazón me palpitaba horriblemente. ¿Las vacaciones del colegio contiguo se habían acabado? ¿Y si se habían acabado habría vuelto Jenny? Quedé un largo rato de pié sobre la mesa sin atreverme á subir; decidíme, en fin, llegué á la cumbre de mi pirámide, eché los ojos al jardín, respiré; corrieron lágrimas de mis ojos, Jenny estaba entre sus compañeras, había vuelto, tenía delante de mí diez meses de felicidad.

Así se pasaron cinco años durante los cuales se acabó mi educación. Sabía el griego como Homero, y el latín como Cicerón, hablaba el francés, el italiano y un poco el alemán, y era uno de los sobresalientes en matemáticas y en álgebra. Todas estas cosas reunidas y además todavía mi desgraciado carácter, me habían

determinado á seguir la carrera del profesorado. El director del establecimiento en donde yo había estado siete años me propuso asociarme á su empresa, y, salvo el beneplácito de mi padre, acepté, sin darme cuenta en el fondo de mi corazón que lo que me determinaba, era el deseo de seguir viendo á Jenny, que nunca me había visto mas que en el malhadado día en que mi grotesco aspecto había escitado su hilaridad.

Con todos estos proyectos en la cabeza, salí para pasar las últimas vacaciones, no deviendo volver á la institución sino en clase de profesor.

Pero como decís los franceses el hombre propone y Dios dispone.

—¿Estamos al fin del primer capítulo? interrumpí yo.

—Justamente, respondió sir Williams.

—¡Pues bien! entonces un vaso de ponche, esto os dará fuerzas para abordar las terribles situaciones que preveo en el porvenir.

Sir Williams lanzó un suspiro, y bebió un vaso de ponche.

Llegué á la granja de mi padre con la firme resolución de llevar á cabo el proyecto que acabo de contaros, cuando cambiaron completamente el estado de mis negocios dos acontecimientos inesperados: murió mi pobre padre, y me llegó un tío de la India.

Poco había oído hablar yo de este tío, que todo el mundo creía muerto hacia muchísimo tiempo, y llegó justamente para cerrar los ojos de su hermano. Como hacia ya mas de treinta años que mi padre y él se habían separado, no fué muy grande su dolor; pero yo estaba inconsolable. Muchas veces me había hecho sufrir la ignorancia de mi padre, la posición inferior que ocupaba en la sociedad, y de ahí el trato y costumbres patriarcales que había conservado; pero muerto aquel respetable anciano, desapareció la parte material y se borró todo recuerdo ante su sombra tan querida y amante. Recordaba entonces, con agudo dolor, las menores desazones que le había dado, y lloraba amargamente cuando me asaltaba su memoria. Mi tío no podía comprender este exagerado dolor; pero como, según él, era indicio de un buen corazón, y no tenía otro pariente en el mundo, puso en mí la pequeña parte de afecto que podía separar de la gran cantidad de amor que se tenía á sí mismo. Un día que yo me hallaba mas triste que de costumbre, me ofreció dar un paseo con él. Le acompañé maquinalmente, pero por preocupado que estuviese, le vi tomar el camino de su castillo, distante una legua y media de nuestra hacienda, el cual había quedado entre mis recuerdos de niño, como un palacio de encantadoras que veía siempre resplandeciente á través del velo movedizo de los corpulentos árboles que se alzaban en torno de él.

Llegados á una puertecilla del parque, vi que mi tío sacaba una llave de su bolsillo y

que abría aquella puerta. Le detuve, preguntándole lo que hacía.

—Voy á entrar, me dijo.

—¿Cómo! ¡vais á entrar! ¡pero este castillo!

—Es de un amigo mio.

—Pero tío, contesté poniéndome encarnado como un carmesí, pero yo no conozco á vuestro amigo... tampoco vengo prevenido para visitar á un gran señor... os dejo, me voy... me escapó.

—Vamos, vamos, dijo mi tío agarrándome por el brazo, yo creo que eres loco. El propietario de este castillo es un buen hombre que no gasta cumplimientos, un hombre como yo, que te recibirá perfectamente, y de quien espero quedarás muy contento.

—¡Imposible, tío, imposible! Os lo suplico. ¿Pero qué haceis?...

—Mi tío había cerrado ya la puerta.

—¡He venido sin vestir!

—Mi tío se metió la llave en el bolsillo.

—¿Y si hubiese señoras?... ¡ay! ¡me moriría de vergüenza!

—Mi tío iba delante silbando el *God save the king*. Me fué preciso seguirlo: las piernas me flaqueaban, la sangre se me arrebato á la cabeza, y al través de una nube veía objetos por delante de los que pasaba. Al llegar á la puerta vi á un caballero que llevaba una casaca verde llena de bordados con unas enormes charreteras y un gran sable. Lo tomé por un general y lo hice un saludo hasta el suelo. Mi tío pasó por delante de él sin quitarse el sombrero, dejándome aturdido de su impolítica. Sin embargo, no se ofendió el caballero de la casaca verde, el que nos siguió á corta distancia. Luego encontramos en el vestibulo un hombre negro en traje oriental tan rico, que me recordó á uno de los reyes magos que visitaron al niño Jesus, y buscaba yo interiormente en mi memoria de qué manera se aproximaba uno á los rajah de la India, para hacerlo delante de aquel personaje, y ya iba á arrodillarme, y á ponerme las manos en la cabeza, cuando mi tío se quitó su levita y se la tiró sin cumplimento alguno al secretario de Vish-nou. Esta última acción trastornó todas mis ideas, y yo no sabía en donde me hallaba, vivía mecánicamente, creía soñar. Mi tío continuaba andando y yo detrás de él. En fin, llegamos á un delicioso pabellon que se componía de una habitación completa de las mas grande elegancia.

—¿Qué te parece esta habitación? dijo mi tío.

—Me parece el palacio de un rey, respondí todo asombrado.

—¿Con que te conviene?

—¿Cómo, tío mio!

—Quiero decir que si vivieras gustoso aquí.

Quedé sin saber qué decir, con la boca abierta y la cabeza completamente perdida. Mi tío tomó naturalmente mi silencio de admiración por consentimiento, y añadió tocándome en el hombro:

—Pues bien, esta habitación es la tuya.

—Pero tío, dije reuniendo todas mis fuerzas, ¿pero este castillo de quién es?

—Mio, pardiez.

—¿Luego, sois rico, tío?

—Tengo cien mil libras de renta.

Al pronto me parecía que mi cabeza iba á estallar; apoyé mi frente en el mármol de la chimenea. En cuanto á mi tío, encantado del inesperado efecto que me había causado, se retiró diciéndome, que si tenía necesidad de algo no tenía mas que tocar la campanilla, y que el negro y su cazador estaban á mis órdenes.

Si os he dado una idea de la timidez de mi carácter podéis representaros mi situación: media hora me quedé abismado con el peso de tan imprevisto acontecimiento, y por último me levanté. Al primer paso que di, vi mi persona reproducida en tres ó cuatro espejos inmensos, y confesaré con toda humildad, que cuanto mas me vi, mas indigno me hallé de habitar el lugar en que me encontraba. No solo mi traje era comun, sino que, como se había hecho el año anterior, y á pesar de mis veinte y un años crecía uno, el fraque me venía corto de mangas, y los pantalones de pierna. Lo era tanto tambien mi chaleco, que cual un justillo de Alberto Duretto ó de Holbein, dejaba ver la camisa entre él y el pantalon, sino tambien las hebillas de los tirantes. Todo esto estaba bien, todo esto era bueno naturalmente en la pobre granja de mi padre, pero en un palacio encantado hacia tanto contraste con los objetos que me rodeaban, que yo buscaba un sitio donde esconderme, y apenas lo hube hallado me metí en él como una liebre en su madriguera, y me quedé allí á meditar.

No sé cuanto tiempo permanecí así: el cazador que yo había tomado por un rajah vino á anunciarme que estaba la comida en la mesa, y me esperaba mi tío. Bajé; por fortuna se hallaba solo y respiré.

Al fin de la comida, cuando le trajeron su ponche y el negro le encendió la pipa, despidió á los criados y quedamos solos los dos. Mi tío, que parecía estar preocupado; aspiró y arrojó el humo de su pipa sin hablar palabra alguna, pero de repente, rompiendo el silencio:

—¡Y bien, Williams! me dijo.

Yo que no estaba preparado, di un brinco en mi silla.

—¡Y bien, tío! contesté tartamodeando.

—Es necesario que nos ocupemos un poco de tí, hijo mio. Cuando yo llegué, tu pobre padre tenía bastante en ocuparse de él. Yo me eché á llorar y no pude preguntarle qué pensaba hacer de tí. Vamos, ahora ¿por qué lloras? Tú que sales del colegio debieras ser mas filósofo. Ayer le tocó á mi hermano, mañana á mí; dentro de ocho días á tí tal vez; es menester tomar la vida por lo que vale, por lo que dura: ¿no ves? todas tus lágrimas no resu-

citarían al pobre Jack-Blundel; así créeme: enjúgale los ojos, bebe un baso de ponche, toma una pipa y hablemos como dos hombres.

Di las gracias á mi tío en cuanto al ponche y á la pipa, y me enjúgué los ojos tratando de no llorar mas.

—Ahora veamos cuáles son tus proyectos para el porvenir, dijo mi tío mirándome de reojo.

—Yo queria dedicarme á la educacion, y creo que los estudios que he hecho me hacen capaz de esta santa mision.

—¡Ta!... ta!... ta!... dijo mi tío. Eso estaba bueno cuando eras el hijo de un pobre labrador, pero ahora eres el sobrino de un rico nabab, y la cuestion muda de aspecto. Yo no tengo hijos, y gracias á Dios, como no cuento casarme, no los tendré jamás, y todo lo que yo poseo ha de ir á parar á tí. Curioso sería ver un maestro de escuela con cien mil libras de renta. Comprende que esto es imposible. Vamos, piquemos mas alto, señor gentleman.

—¿Qué quereis, querido tío? yo no puedo deciroslo; yo no soy mas que un pobre sábio que no sé nada de mundo, y no sé de la vida mas que trabajar y estudiar, y con el permiso vuestro, lo mejor que puedo hacer es seguir mis primeras ideas.

—Tus primeras ideas! ¡estás loco! Con tu fortuna ó con la mia, que para el caso es igual, segun seas avaro ó vanidoso puedes aspirar á los mas ricos partidos de Londres, ó bien enlazarte á una familia noble que esté arruinada y te dé importancia.

—Yo casarme, tío! exclamé.

—¿Y por qué no? ¿has hecho voto de castidad?

—¿Casarme yo?... podré casarme, podré unirme con.... El nombre de Jenny estaba ya en mis labios: era la primera vez que concebía la idea de tanta felicidad. Poseer aquella niña rubia y encantadora, que por sus años habia sido todo para mí.... ¡Casarme con Jenny!... ¡hacerla mi esposa!... ¡era esto posible!... Mi tío me decía que con sus riquezas podia aspirar á todo, y la esperanza solamente me daba ya mas felicidad que la que yo podia soportar. Sentí que me ahogaba, que iba á ponerme malo, y me salí de aquella pieza y me fui corriendo al jardin buscando la frescura del aire. Mi tío creyó que estaba loco, y pensando que cuando me hubiese pasado aquel arrebató volveria, pidió mas tabaco y mas ponche, llenó por segunda vez su pipa, y por sexta su vaso, y continuó fumando y bebiendo.

¡Oh! mi tío era un hombre de muy buen sentido.

Cuando yo hube dado dos ó tres vueltas por el jardin corriendo, y entregado á mis delirios, volví á entrar en el pabellon mas segado; encontré á mi tío en el mismo sitio acabando de fumar su tercera pipa, y el se-

gundo bol, con la misma calma y voluptuosidad.

—Y bien, me dijo: ¿insistes siempre en ser maestro?

—Aunque esta es mi voluntad real y verdadera, creo que Dios no lo quiere, pero yo me acuerdo haber visto alguna vez á algunos de esos jóvenes que llaman gentes de mundo, hechos para frecuentar la sociedad, y para agrandar á las mugeres, os confesaré, tío, que cuanto mas me acuerdo de ellos, mas me parecen de otro género que yo, susceptibles de una perfeccion á que yo no puedo llegar.

Mi tío se echó á reir.—Ves tú, Williams, me dijo, así que se le hubo pasado el acceso de la risa. Toda la diferencia que hay entre ellos y tú consiste en que ellos tienen la cabeza llena de términos de caza, de corridas de caballos y de apuestas, y tú de términos latinos, griegos y hebreos. Cuando hayas olvidado lo que sabes para saber lo que saben ellos, tú harás un caballero tan inútil, tan impertinente, y por consiguiente tan *presentable* como cualquiera de ellos. Tú déjame únicamente hacer, y yo me encargo de tu educacion.

Di las gracias á mi tío por sus bondades, y cuando dieron las ocho en el reloj le pedi licencia para subir á mi cuarto á dormir, pues no solia recogerme tarde. Mi tío me hizo con la mano una señal de que podia retirarme, volví á encender la pipa que se habia apagado en aquel acceso de alegría, y llamó al rajah para que fuese á buscar otro bol de ponche.

Adivinase fácilmente que si me retiré á mi cuarto no fué para dormir. Parte de la noche la pasé soñando con los ojos abiertos, cuando llegó el sueño continuaron los mismos que tenia despierto.

Al dia siguiente á las nueve, me despertó un caballero muy elegante, que acompañado por el ayuda de cámara de mi tío, entró en mi alcoba seguido de un *groom* que llevaba un paquete.

—El sastre, dijo el ayuda de cámara.

Miré á la persona que me anunciaba con aquel título, y confieso que, si no me la hubieran presentado, nunca habria creído que un hombre de exterior tan distinguido tuviese un oficio tan humilde. Aun estaba yo en dudas sobre lo que el criado habia dicho, cuando el sastre á quien yo miraba sin decir una palabra, creyó que le tocaba á él dirigirme la soya.

—Espero vuestras órdenes.

—¿Para qué?

—Para probaros algunos vestidos que traigo ya hechos, y para tomarle la medida de los que me haga el honor de encargarme.

—Y bien, le dije, tened la bondad de dejarlos ahí, yo me los probaré.

—Milord, perdonad, me dijo el sastre: necesito probármelos yo mismo, porque si el pantalon fuese ancho ó estrecho de una pulga-

da, si el chaleco no bajase justo hasta su punta y si el fraque hiciese una sola arruga, seria yo hombre deshonorado.

—Pero... continué yo vacilando, ¿entonces voy á tener precision de levantarme?...

—No tenéis precision, milord, y mi deber es esperar á que os levanteis cuando queráis.

En efecto se quedó de pie y aguardaba.

Como vi que efectivamente estaba decidido á esperarme, y no me atrevia á decirle que pasase al cuarto del lado, decidíme, aunque costándome mucho, á levantarme delante de él. Echó una rápida mirada sobre mí, y volviéndose á su *groom*, dijo:

—El número 4.º, milord es de primera talla.

El *groom* sacó un vestido negro completo; el sastre me lo probó, y hubiera dicho que estaba hecho espesamente para mí, por lo milagrosamente que venia á mi larga persona.

Despues, habiéndome tomado inmediatamente las medidas necesarias para surtirme el guardarropa, se retiró. Yo le acompañé hasta la puerta, dándole gracias por el trabajo que se habia tomado.

Volví á entrar en el cuarto para ver el cambio que hacia en mí el nuevo traje. Estaba desconocido, y comencé á creer que mi tío tenia razon, y que si alguna vez conseguia vencer mi desgraciada timidez, único origen de todos mis males, llegaria á ser un hombre como los demas.

Estaba, debo confesarlo, bastante contento de mi exámen, cuando entró un criado seguido de un *gentleman* en traje completo de baile: como yo no estaba preparado para esta visita ceremoniosa, me turbé prodigiosamente, y no sabia si debia adelantarme hácia el forastero, cuando el ayuda de cámara anunció á

—El maestro de baile del señor!

El recién llegado se dirigió á mí con la mayor gracia, echó una benévola mirada al discípulo que él iba á formar, y deteniendo su ojeada en la parte superior de mi persona, me dijo:

—Milord, estoy encantado por haber sido elegido para enseñar un par de piernas tan hermosas.

Yo no estaba acostumbrado á oír alabanzas sobre mi físico, así que me desconcertó completamente. Quise responder, empecé á tartamudear, traté de dar un paso, y enredé tanto las piernas que causaban la admiracion de mi maestro, que á poco mas caigo cuan largo era: él me detuvo.

—¡Bien! ¡bien! dijo. Veo que no habeis recibido ningún principio, vale mas así, porque no habrá que quitar vicio alguno.

—El caso es que tengo, las rodillas y las puntas de los pies, algo vueltas hácia dentro: en cuanto á lo restante del cuerpo.... creo que poseo.... que.... que....

—¡Buena, bueno! exclamó mi optimista, veo

que milord no tiene la palabra espedita; ¡tanto mejor! eso me prueba que la inteligencia ha pasado á las estremidades. Estad tranquilo, milord, que si la hay la desarrollaremos; si no la hay, haremos que baje. Vamos, milord, empecemos.

Mucho me costaria decir lo que pasó en aquella primera leccion; todo lo que recuerdo es, que me sirvió de mucho mi profunda ciencia de las matemáticas para conservar mi equilibrio y guardar el centro de gravedad en las cinco posturas.

Cuando mis pies salieron del instrumento de tortura en que hicieron su aprendizaje, se negaban literalmente á sostener mi cuerpo, por delgado que fuese, y cojeaba de ambas piernas cuando fui al comedor donde me esperaba mi tío para almorzar.

—¡Hola, hola! me dijo mirándome de pies á cabeza. Williams, por mi nombre que parecees un verdadero *dandy*. Tus pies dicen que ya has tomado una leccion de baile, pero tus brazos se mantienen tontos aun; pero con algunas lecciones de esgrima se corregirán.

—¿Cómo! ¿tambien quereis, tío, que aprenda á manejar la espada? ¿y eso, para qué?

—Para batirte, si se burlan de tí, ¡pardiez! —Al decirme esto sentí un estremecimiento por todo el cuerpo.—¿Por ventura no eres valiente?

—No sé, tío, porque nunca lo he pensado.

—Pero si insultasen á una muger á quien tu amases, ¿qué harías?

—Si insultasen á.... Jenny, iba á decir, pero me contuve. Si, si, tío, me batiria, estad tranquilo, respondí con viveza.

—¡En hora buena! Pero hoy has hecho ya ejercicio por la mañana, debes tener gana, almorcemos.

Sentámonos á la mesa, almorzamos, al acabar de tomar el té, llegó el maestro de armas. Era uno de los mas acreditados de Londres. Desde luego no estuvo tan satisfecho de mis brazos como el maestro de baile lo habia estado de mis piernas: pero yo hice tantos esfuerzos con el solo pensamiento de que acaso un dia podian insultar á Jenny en mi presencia y que yo tendria la dicha de defenderla, que cuando se fué quedó mas contento de lo que yo podia esperar.

Como vais viendo, estaba yo en buen camino de mejorar, cuando una mañana notando que mi tío tardaba en levantarse mas de lo regular, subí á su cuarto y lo encontré muerto.

Por la noche habia muerto de una apoplejia fulminante.

Sir Williams se detuvo al decir esto, y esta vez no le llené el vaso de ponche, y solo le alargué la mano.

Esta muerte fué para mí un golpe terrible, prosiguió Williams, y no pensé ni un instante en la inmensa fortuna de que me dejaba heredero, no viendo mas que el aislamiento á

que me condenaba. Mi tío, sin hacerme olvidar á mi padre, era quizás el único hombre que por su originalidad hubiera podido curarme la enfermedad moral que padecía; pero su muerte la hizo incurable, y para entregarme enteramente á mi dolor despedí al maestro de esgrima y al de baile.

Seria preciso tener mi fatal organizacion para comprender cuán aislado y solo me hallé desde entonces en adelante. En mi vida habia sabido mandar nada á nadie, y los que continuaron cuidado la casa fueron el general y rajah, que así les llamaba mi tío desde el día de mi engaño. Ambos eran fieles criados, me servían escrupulosamente, y no tuve que hacer mas que vivir, de manera que pasados dos ó tres meses, yo era ya otra vez el mismo hombre que antes, á escepcion de mi manera de vestir.

El castillo que mi tío habia comprado estaba adornado con ricos muebles, y sobre todo con una biblioteca bastante buena en la cual pasaba yo la mitad del día. Otras veces tomaba las obras de Xenofonte ó de Homero y me iba á reclinar sobre el césped de un bosquecillo que formaba los lindes de mi propiedad, absorbiéndome á veces tanto en el sitio de Troya, ó con la retirada de los diez mil, que el rajah ó el general tenían que irme á buscar para comer.

Un día que, como de costumbre, me estaba recostado en un árbol leyendo uno de mis autores favoritos, sacóme de mi preocupación el sonido de una trompa de caza que resonó no lejos de allí: levanté la cabeza, y al mismo instante pasó por delante de mí una zorra, deslizándose entre las yerbas. Oí en seguida el ladrido de los perros que acababan de encontrar la pista, luego salieron todos corriendo y pasaron por el mismo lugar que la zorra. Como yo pensé que los perros estarían seguidos de los cazadores, me retiraba para no ser visto, cuando resonó la trompa á ciento cincuenta pasos, y salieron de un bosque contiguo todos los cazadores llevados á galope por sus caballos.

Habia entre ellos una muger que iba delante de todos guiando su corcel con la destreza de una amazona; llevaba largo el vestido, un sombrerito de hombre en la cabeza, y en su rededor un velo verde. Yo miraba atónito la valentía de aquella señora, de que yo aunque hombre me creía incapaz, cuando acercándose hacia mí, se le enganchó el velo á una rama, cayéndosele el sombrero, apareciéndoseme la hermosa cabeza y la rubia cabellera, cabellos que tenia tan conocidos. Sentí que las piernas me faltaban, y me apoyé contra un árbol..... Era Jenny que pasó como una vision sin detenerse, dejando á un picador el cuidado de recoger el sombrero, tan arrebatada iba en su carrera. Un minuto despues todo habia desaparecido, y á no ser por los ladridos de los perros, y el ruido de los

cazadores, hubiera creído que soñaba; pero volviendo de repente la vista desde el punto en donde habia pasado, vi en la punta de una rama un pedaza de velo verde. Corrí hacia él en seguida, y gracias á mi estatura pude cogerlo; lo besé, le puse sobre mi corazón, volví á besarlo, estaba loco de contento y era feliz como nunca lo habia sido.

En esto llegó á avisarme el rajah, pues tambien me habia distraído: aquella vez lo mismo le hubiera sucedido á cualquiera. Volvíamos juntos á casa, cuando al pasar por cerca de un soto, vimos á la otra parte á un hombre tendido en el suelo y junto á él un caballo que arrastraba la silla; por el traje del caído conocí que era uno de los cazadores, el cual, habiéndose separado del camino, no vió en el que seguía á galope tendido, un salto de lobo que habia al otro lado del seto, y al quererlo salvar se le espantó el caballo y quedó tendido en el suelo. Le levantamos al momento, y como estábamos á cuatro pasos del parque, lo llevamos al castillo; mientras el general iba en busca de un médico, el rajah fué á buscar el caballo.

Afortunadamente los cuidados del médico eran poco necesarios, pues á las primeras gotas de agua que le eché en la cara, y á poca de hacerle aspirar sales, volvió en sí el jóven cazador; cuando llegó el médico ya estaba en pié el enfermo. Fuese que el doctor creyese necesaria una precaucion, fuese que no quisiese perder el viage, mandó una sangria, encargando que el enfermo guardase dos ó tres horas de reposo. Yo ofrecí á mi huésped mandar un criado para que fuese á calmar la inquietud de su familia. Como esta vivía á dos horas de distancia no mas, aceptó, y escribió á su hermana, que habiéndose perdido en el camino, se habia quedado á comer en una quinta vecina, y que por lo mismo tranquilizase á su padre, si acaso hubiese concebido algun temor por su tardanza. Acabada la carta, la cerró, puso el sobre y me la dió. Al darla al criado que debia llevarla, lei maquinalmente el sobre y vi el nombre de miss Jenny Burdett: aquel jóven era su hermano!.... La carta se me cayó de las manos..... tartamudeé una escusa..... y me salí del cuarto con pretexto de órdenes que tenia que dar.

Cuando volví á entrar, sir Enrique se hallaba ya del todo bueno, pero en compensacion, yo era el que me hallaba malo. El modo de encontrarle, el miedo que espermenté de que el accidente fuese de consideracion, el placer que sentí al ver que me habia equivocado, todo me habia hecho olvidar un momento mi timidez, pero ya la habia vuelto á recobrar, mayor que nunca, al saber el estrecho vinculo de parentesco de sir Enrique con la que tanto tiempo habia absorbía todos mis pensamientos. No obstante, por urbanidad ó por precaucion, me pareció que sir Enrique no se habia apercebido de nada, y todo el tiempo de

la comida, hizo el gasto de la conversacion con una facilidad elegante, que yo hubiera dado la mitad de mis riquezas y de mi vida por poseer. Despues se despidió de mí á las nueve, disculpándose y rogándome le perdonase la molestia que decia me habia ocasionado, y solicitando licencia para volver á darme las gracias por mi hospitalidad.

Cuando se marchó, respiré; toda nuestra conversacion de dos horas, confusa en mi cabeza, comenzaba á ordenarse. Segun lo que sir Enrique me habia dicho de su familia, vi que su padre sir Tomás Burdett, poseía doscientas mil libras de renta, y suponiendo, con toda probabilidad, que quisiese guardar la mitad para sí, podria dar treinta y cinco mil francos á cada uno de sus tres hijos. Por la fortuna podia yo aspirar á la mano de Jenny, es decir, á ser el hombre mas venturoso del mundo, segun mi parecer. Por otra parte el hermano de Jenny me habia dejado columbrar que su padre, forzado por la gota á permanecer tres meses del año sentado en su poltrona, y acostumbrado á la distraccion de sus hijos durante sus dolencias, trataba casarlos lo mas cerca de su vecindad. Como se ha visto, nuestras dos quintas no distaban entre sí mas que cinco ó seis millas, y tambien por aquel lado podia concebir esperanzas. Desgraciadamente, como yo me hallaba solo, debia dar todos los pasos por mí mismo, y me sentí á punto de desmayarme á la sola idea de hallarme cara á cara con Jenny, de hablarla, de darla el brazo para acompañarla á la mesa ó en el paseo: por otra parte, si no me presentaba, Jenny era la mayor de las dos hijas de sir Tomás, podia llegar antes que yo otro pretendiente mas osado y robarme mi felicidad haciendo á Jenny esposa suya. Jenny esposa de otro! ¡Oh! esta idea era capaz de hacerme volver loco.

Pasé toda la noche entre veleidades de valor y timidez, y por último logré dormirme á las dos de la madrugada, agobiado con mas fatiga que si hubiese luchado con un ángel como Jacob.

Fui despertado por el rajah, que entró en mi alcoba á darme una carta; la abrí con un temblor de presentimiento. Me la escribía sir Tomás; habia sabido el accidente de su hijo y los cuidados que yo le habia prodigado, y me decia que á no hallarse malo todavia de su último ataque de gota, habria venido en persona á darme las gracias, pero que deseando cumplir cuanto antes, lo que él miraba como un deber de toda su familia, me convidaba á comer al día siguiente.

Si hubiese leído mi sentencia de muerte no me hubiese puesto mas pálido. La carta se escapó de mis manos y me dejé caer sobre la almohada con tanto abatimiento, que el rajah creyó que me ponía malo. Le pregunté con voz apagada si esperaban respuesta, y me respondió que ya se habia marchado el que habia traído la carta, lo cual me animó un poco:

no tenia necesidad de tomar una resolucion instantánea.

Aquel día se pasó en alternativas de ánimo y temor; yo me decia á mí mismo que aquella invitacion abría la puerta á mis deseos, lo que habria llenado de contento á cualquiera otro hombre en mi lugar y con mis sentimientos, y que por ella entraba en la casa bjo un excelente pretexto, el de un servicio hecho á un individuo de la familia; temblaba porque sabia que las mugeres se forman la idea de un hombre por el modo de presentarse la primera vez que lo ven. No sé me ocultaba de que si alguna buena cualidad tenia no era de aquellas que resaltan á la vista; muy al contrario, para hallar en mí algun mérito se necesitaba conocerme y tratarme con mucha intimidad. Recordaba tambien lo poco favorable que me habia sido la mirada de Jenny en nuestro encuentro de Londres seis años antes, pues aunque no debia temer que me reconociera por haber olvidado aquella circunstancia, la tenia yo muy presente, y este recuerdo era peor que un remordimiento.

Llegó la hora de comer. Me puse maquinalmente á la mesa, pero no pude comer. Pensaba que al día siguiente á la misma hora me hallaria en casa de Jenny, delante de ella, y que mi suerte se decidiria por una desgracia ó una felicidad eterna, y esto por una torpeza ó tontería que yo fuese á cometer, y no podria evitar. Semejante estado era inaguantable. Pedí papel y tintero, y contesté á Sir Tomás, que una indisposicion repentina me privaba del honor de aceptar su convite. Llamé al general y le mandé llevar la carta; pero apenas habia marchado, sentí oprimirse el pecho. Subí á mi cuarto, me eché sobre la cama y me puse á llorar.

Si, á llorar, á verter lágrimas amargas, lágrimas de despedida á la felicidad de que no era digno, pues no me sentía con fuerza para cogerla del árbol de la vida; lágrimas de dolor, porque perdida aquella ocasion de ver á Jenny, tal vez ya no la volveria á encontrar mas; lágrimas de vergüenza en fin, porque conocía que era vergonzoso para un hombre ser así el esclavo de una necia timidez y de su debilidad miserable.

Pasé una noche horrorosa, y formé veinte proyectos á cual mas ridiculos. Quería escribir á Jenny directamente y confesarle mi amor, contarla mi debilidad, decirle que no habia mas que dos probabilidades para mí en el mundo, vivir á su lado, vivir eternamente feliz, ó vivir lejos de ella, y morir en la desesperacion. ¡Oh! conocía que una carta así la escribiria yo dolorosa, elocuente y apasionada, conocía que la escribiria con mis lágrimas. ¡Pero, cómo hacerle entregar esta carta? y aun entregada, si Jenny la tomaba por el lado ridiculo, ¿no era un hombre perdido? ¿no me condenaba á no presentarme jamás ante su familia, y mucho menos ante ella? ¿No valia

mas dar tiempo al tiempo y arrojarse en brazos de la suerte que parecía favorecerme? La casualidad es con frecuencia nuestro mejor amigo, y resolví confiarme á ella.

Así se pasó aquel día y recobré algun valor, y cuanto mas se aproximaba la hora de ir á casa de sir Tomas, mas ridiculo y exagerado hallaba el miedo del día anterior. Creía que si no hubiese rehusado su invitacion, hubiera tenido valor para ir á ella.

Después, cuando dieron las diez de la noche, pensé que el día siguiente á la hora aquella, ya estaria concluido todo, que ya habria visto á Jenny, que seria amigo de su familia, podria visitarla cuando se me antojase, y sin duda ella me habria animado con alguna palabra, y en fin, que quizás á aquella hora seria un hombre en el colmo de la alegría, en lugar de ser el hombre mas desgraciado de la tierra.

El resultado de este raciocinio fué la formal resolucion de admitir el primer convite que se me hiciese. Besé el pedacito de velo, me acosté. Esta victoria sobre mi mismo, me produjo una noche tranquila, y me desperté alegre y casi dichoso. El día estaba magnifico, y apenas habé almorzado tomé mi Xenofonte, y por el camino acostumbrado me dirigí á mi árbol. A su sombra me hallaba, y abismado en lo mas profundo de mi lectura, cuando sentí que me tocaban en la espalda. Era sir Enrique.

—Y bien, mi querido filósofo, me dijo, siempre salvaje y retirado, os prevengo que hay conspiracion contra vuestra misantropia, porque ninguno de nosotros ha creído en vuestra enfermedad.

Yo quise tartamudear algunas disculpas.

—No, continuó sir Enrique, nos habeis tomado por gente de gran ceremonia. Os habeis engañado, y la prueba es, de que en persona vengo á deciros espresamente que en casa se os espera sin etiqueta á comer.

—¡Cómo! exclamé yo: ¡hoy!

—Hoy, y os prevengo que no se os admite excusa alguna, y que se os esperará sin comer hasta que vengais, y que si no venis no se comerá. Ahora ved, si quereis cargar con la responsabilidad de que ayune una familia entera.

—No, de ningun modo.... ya iré, respondí haciendo un esfuerzo y suspirando.

—En hora buena, dijo sir Enrique. Eso es hablar en razon. ¿Qué leiais? ¿una novela de Walter-Scott, poesias de Tomás Moore, ó un poema de Byron?

—No, respondí, no, leia.... Yo no sé qué maldita vergüenza me detuvo en el momento en que iba á pronunciar el nombre del gran capitán, á quien sin embargo profesaba yo una veneracion casi divina. De modo que le alargué el libro.

Sir Enrique dejó caer una mirada en él.

—¡Griegos! exclamó: querido vecino, ¿cómo

quereis que yo lo lea? Desde que salí del colegio no he vuelto á ver ni una vez siquiera á esos autores cuya coleccion tan malos ratos me tiene dados, empezando por el divino Homero, y concluyendo por el sublime Platon. Sin jactancia puedo decir que soy incapaz de distinguir el alfa de omega.

Quise levantarme.

—No, no os incomodeis, continuó sir Enrique, yo no hago mas que pasar.

—¡Cómo! exclamé, ¿no me aguardais? ¿qué, no vamos juntos? ¿no me presentais á vuestra familia?

—No me habeis de eso, me respondió sir Enrique: estoy desesperado de que no hayais venido ayer, pero hoy tengo una apuesta considerable en una riña de gallos. No puedo faltar porque me esperan, pero estad tranquilo, que yo me daré prisa, y llegaré á los postres.

Si no hubiese estado sentado me habria caído. Todo mi valor me habia venido con la idea de que sir Enrique me presentaria en el salon de aquellas señoras, de las que no conocia mas que á Jenny.... Dejé caer mi Xenofonte con un sentimiento profundo de desaliento. Sir Enrique no se apercibió de ello, se despidió con la misma soltura con que se habia llegado á mí, dejándome consternado con la promesa que yo habia hecho, y que ya no tenia medio de retractar.

Permanecí así una hora agobiado y anonadado, y no salí del abatimiento sino para pensar que no me quedaba mas que el tiempo preciso para vestirme si queria llegar á casa de sir Tomás á hora de comer. Me levanté vivamente, y volví corriendo á la quinta. Encontré en la escalinata el *general* y el *rajah*, que viéndome correr desde lejos, acudian á ver qué me sucedia. Habianme creído perseguido por algun perro rabioso.

Subí á mi cuarto, revolvi todo el guardarropa, y por último, hice eleccion de un pantalón de color de tierra, claro, un chaleco de seda abrochado, y un fraque de verde-botella. Era la eleccion de colores que me pareció mas armoniosa. Mandé al *rajah* que me hiciese ensillar el caballo, deseoso de estarme solo un rato para ensayar ante el espejo el saludo de entrada que me habia enseñado el maestro de baile: y vi con satisfaccion que aun me acordaba de él bastante para hacerlo bien, si no se me iba la cabeza al tiempo de saludar. No obstante, no me tranquilizó del todo este ensayo, porque sabia la distancia infinita que hay de la teoria á la práctica. Hallábame en mi sétimo ú octavo ensayo, cuando volvió el *rajah*, y me dijo que el caballo estaba ensillado. Miré el reloj, y ya no podia esperarme mas, porque eran las cuatro; tenia que andar cinco millas, y no siendo muy fuerte en equitacion, no podia caminar mas que al trote. En consecuencia apelé á todo mi valor y bajé con paso bastante resuelto, tratando de silbar

una cancion, y dándome con el látigo en las pantorrillas.

—Preveo, dije yo, interrumpiendo al narrador, que van á suceder cosas tales, que no estará de mas un vaso de ponche, para daros ánimo para contarlas.

—¡Ay! contestó sir Williams, presentando el vaso, por mucho que preveais, jamás os aproximareis á la realidad.

Monté, pues, mi caballo, continuó sir Williams, y emprendí mi camino; durante una hora la preocupacion que me causaba la necesidad de conservar mi equilibrio, no me dejó ocuparme en otra cosa, pero á medida que iba tomando mi aplomo se hacia mas cruel que nunca mi inquietud. Sin embargo, de vez en cuando algun respingo de mi caballo me recordaba el cuidado de mi seguridad. Tales movimientos provenian de que como mi maestro de baile me habia quitado radicalmente la costumbre de llevar los pies hacia dentro y enseñádome lo contrario, formaba con mis talones y el vientre del caballo un ángulo agudo, cuyo punto extremo eran mis espuelas, resultando que por poco escarceador que fuese el caballo, debia por último cansarse del continuo cosquilleo, y tomar un trote que no me dejaba pensar mas que en la critica posicion en que me colocaba. Pero apenas volvia á ponerse al paso se verificaba una reaccion mucho mas terrible que el peligro pasado, la cual subia de punto á medida que me aproximaba á la quinta de sir Tomas, que ya comenzaba á divisar á un cuarto de legua de distancia medio oculta entre una arboleda. Al mismo tiempo oí el sonido de una campana, y creí que era la de la comida. La idea de tener que disculpar mi tardanza me llenó de tal ansiedad, que olvidándome de que no me tenia firme en mi caballo sino por una especie de transaccion, y que no debia hacerle correr, le metí las espuelas en los hijares y le sacudí con el látigo en el cuello. El resultado de este rigor fué rápido como un relámpago, pues el caballo que hacia algun tiempo estaba contenido, tomó inmediatamente el galope; á los cien pasos perdí un estribo; á los doscientos otro: solté las riendas y me aferré al arzon delantero, pudiendo de esta suerte conservar el equilibrio. Los árboles corrian veloces y las casas daban vueltas como locas. Sin embargo, en medio de todo esto veia la quinta de sir Tomas que parecia salir á mi encuentro con una rapidez increíble. Al fin pasó de repente el torbellino que me arrastraba, pero continuando el impulso que me daba el galope, vine á apearme de un salto por las orejas. Creime perdido, pero sintiéndome caer poco á poco, sobre un plano inclinado, me hallé en pie entre las aclamaciones de lady Burdett y de su hija, que habiéndome visto desde lejos, y contentas del deseo que de llegar pronto manifestaba el andar de mi caballo, se habian asomado á la ventana, para verme ejecu-

tar mi último juego de equitacion gimnástica.

Al verme en terreno firme vi que mis piernas estaban mas dispuestas á servirme que las de mi cuadrúpedo. Tranquiliéceme, pues, un poco y volví en mí, alcé los ojos, y me hallé delante de sir Tomás Burdett: su vista me dió aquella fuerza febril que debe dar á un reo la vista del verdugo. Adelantéme bastante animosamente hácia él, y cambiados los primeros saludos, me hizo pasar adelante, y entramos en su casa. Ya no habia nada que decir; era preciso tener osadía. Pasé con firme paso por una serie de habitaciones cuyas puertas estaban abiertas, para llegar al salon de la biblioteca en donde me esperaban: lady Burdett, fué la primera que vi, á su lado estaba Jenny. Entré, y á una distancia regular coloqué mis piernas en tercera, y al llevar hácia atrás el pie derecho, lo puse con todo el peso de mi cuerpo y con toda la fuerza de mi aplomo geométrico, sobre el pulgar del pie izquierdo del baron, que lanzó un grito, porque justamente tenia la gota en él: me volví rápidamente para darle mis excusas, pero sir Tomás me tranquilizó inmediatamente con su calma digna que me hizo admirar la fuerza estoica que le dió su buena educacion para sufrir aquel penoso accidente. Nos sentamos.

El aire gracioso de lady Burdett, el angelical rostro de Jenny, y la conversacion florida y amena de sir Tomás me animaron un poco, y pronuncié algunas palabras. La biblioteca era rica, y los libros estaban primorosamente encuadernados, comprendí que el baron era un hombre instruido y acorde conmigo en literatura en cuanto á las opiniones que yo habia emitido. Luego hablé de la magnífica coleccion de clásicos griegos que publicaba á la sazón el librero Longmann. En medio de los elogios que yo hacia, vi en un estante una edicion de Xenofonte en diez y seis tomos: como la mas completa que yo conocia no formaba mas que dos, escité tan vivamente mi curiosidad aquella novedad bibliográfica, que olvidando mi cortedad habitual me levanté para examinar las materias desconocidas que podian llenar aquellos catorce tomos de suplemento.

Sir Burdett, comprendiendo mi intencion, se levantó para prevenirme que lo que yo veia no era mas que una tabla, sobre la cual habian clavado tomos figurados para continuar la simetria de la biblioteca. Yo por el contrario creí que me queria ofrecer uno de aquellos tomos, y deseando evitarle toda molestia me precipité sobre el tomo octavo, y por mas que me dijo el baron, di un tiron tan fuerte que arranqué la tabla dejándola caer sobre una mesa y derribó un tintero de porcelana cuyo contenido se vertió sobre una magnífica alfombra turca. Al ver aquello lancé un grito desesperado. En vano sir Tomás Burdett y las señoras me decian que no habia mal ninguno y que no era cosa de cuidado, no quise oír na-

da, y echándome en el suelo, saqué el pañuelo y me obstiné en limpiar la tinta con él. Terminada esta operación me metí el pañuelo en el bolsillo, y no sintiéndome con fuerzas para volverme á mi sillón, me dejé caer sobre el inmediato.

Un quejido sofocado que salió de debajo del almohadon me causó nueva alarma: sin duda acababa de sentarme sobre un ser animado, y era seguro que por débil que fuera debería cuidar de su conservación, y no dejaría que yo añadiese impunemente el peso de mi humanidad al almohadon. En efecto, empezó á agitarse mi sillón con movimientos convulsivos semejantes á los que sacuden el monte Etna, cuando se remueve Encelado. Lo mejor hubiese sido levantarme inmediatamente y dejar libre al animal que tan injustamente oprimía. Entró entonces la hija menor de sir Tomás en busca de su *Mizifuf*. Comprendí yo que estaba sentado sobre el estraviado animal, de quien solo podía dar razon y de su paradero, pero era ya demasiado tarde para levantarme.

Eran demasiados estragos en diez minutos para un hombre solo, un baron cojo, una alfombra manchada, un gato, digo un perro estropeado por todos los dias de su vida. Me decidí al menos á ocultar á la vista de todos mi último crimen. Mi apurada posición me hizo feroz; y sentíme de firme añadiendo á mi peso la fuerza que hacia con mis brazos sobre el sillón, pero tenía que habérmelas con un animal que quería disputar caramente su existencia, así su oposición fué digna del ataque; sentí al animal replegarse, doblarse, y retorcerse cual una serpiente. En el fondo de mi corazón no podía menos de hacer justicia á la bella defensa, pero si él combatía por su vida yo combatía por mi honor y á los ojos de Jenny. Sentía que las fuerzas comenzaban á faltar á mi adversario, y esto redoblaba las mías. Desgraciadamente la dignidad que debía conservar la parte superior de mi persona me quitaba una gran parte de mis ventajas: hice un falso movimiento. Mi enemigo logró sacar una pata y sentía que me entraban en la carne cuatro uñas, cuatro alfileres, cuatro agujones. Fijé entonces mi opinion, era un gato. Sea satisfacción de saber con que clase de enemigo tenía que habérmelas, ó sea poder sobre mi mismo, fué imposible á los circunstantes el conocer en mi rostro lo que pasaba hacia la parte posterior de mi persona, y el dolor del arañazo de *Mizifuf* había aliviado á mi corazón de un gran peso. Ya no era un ser débil y sin defensa el que yo injustamente aplastaba, era un enemigo que me habia herido, y de quien me vengaba con toda justicia; no era un cobarde asesinato el que cometía, sino un duelo franco y leal en que cada combatiente usaba las armas que habia recibido de la naturaleza, y en que el vencido no tenía que culparse sino á sí propio de su derrota. Esperí-

menté entonces toda la fuerza que da una situación crítica, la conciencia de su derecho. Sentí cual Hércules el poder de ahogar al Leon de Nemea, hice otro esfuerzo, y vi que habia logrado mi objeto. Avisaron para ir á comer: si hubiesen llegado cinco minutos antes, me perdía.

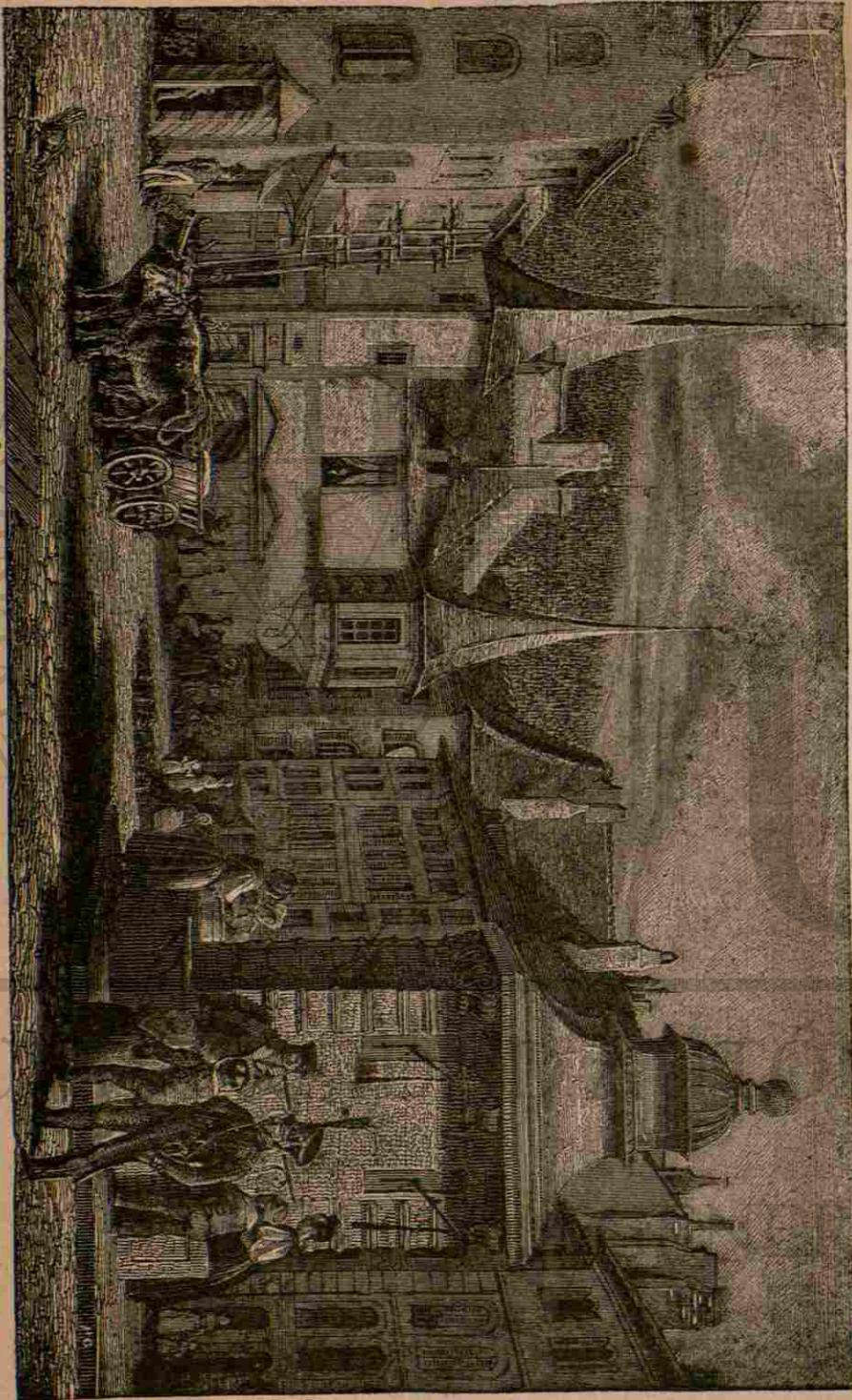
El sentimiento de mi victoria me dió una especie de exaltación, gracias á la cual tuve valor de ofrecer el brazo á lady Burdett. Después de haber vuelto á pasar por las habitaciones que antes he citado llegamos al comedor. Lady Burdett me hizo colocarme entre ella y Jenny, á quien aun no habia dirigido la palabra de cordialidad, y sir Tomás y miss Dinah, su hija pequeña, se sentaron enfrente de nosotros.

Después del percance del *Xenofonte*, mi rostro estaba hecho una aseca, y ya comenzaba á serenarme y tranquilizarme cuando otro accidente nuevo vino á sacarme los colores. Habia acercado lo mas que pude á la punta de la mesa el plato de sopa que lady Burdett me acababa de dar, cuando al inclinarme para responder al cumplido que miss Dinah me hacia por el buen gusto de mi chaleco, me apoyé en el plato, y verti sobre mis pantalones la sopa tan caliente aun, que nadie habia comido una cucharada porque estaba hirviendo.

El dolor me arrancó un grito, y la sopa inundó mis pantalones chorreando hasta las botas. A pesar de mi servilleta, y de haber acudido en mi auxilio con las suyas lady Burdett y miss Jenny, el efecto del líquido abrasador fué prodigioso; tenía yo la parte inferior de mi cuerpo como en un horno, pero recordando el dominio que sir Tomás habia tenido sobre sí cuando le di un pisotón en su pie gotoso, contuve mis quejas y sufrí mi tormento en silencio, en medio de las reprimidas carcajadas de las señoras y de los criados.

No os hablaré de mis torpezas en el primer servicio: la salsera boca abajo, la sal vertida sobre la mesa, y un pollo que me dieron á trinchar por deferencia ó traición, y cuyas coyunturas no pude encontrar por mas que hice, vinieron á dar á sir Burdett y á su familia, una idea poco ventajosa del convidado que habian admitido á su mesa. Por fin llegó el segundo servicio, y allí era donde me esperaba la tercera serie de mis desgracias, á las que definitivamente debía sucumbir.

Trajerón entre otros platos un *pudding* con ron encendido; lady Burdett habia tenido la habilidad de servirme un pedazo sin que se apagase, y yo tenía ganas de alimentar, por medio de un pedazo clavado en la punta del tenedor y bien embebido con el alcohol, la llama que ardía en el altar que delante tenía: en aquel momento miss Dinah, que parecia haber jurado mi perdición, me pidió le alargase un plato de pichones que habia junto á mí. Presuroso en obedecerla al punto, me metí el pe-



Vista de Neuchâtel.

dazo de pudding encendido en la boca, y tanto hubiera valido tragar las ascuas de Porcia. No hay palabras con que haceros comprender semejante agonía: los ojos se saltaban de sus órbitas, y daba una especie de rugido nasal, que por fuerza debia ser desgarrador al oido. Por fin, á despecho de mi resolucion, de mi valor y de mi vergüenza, me vi obligado á arrojar en el plato la causa primera de mi tormento. Sir Tomas, su muger y sus hijas, experimentaban, lo veia bien, una compasion real por mi infortunio, y buscaban algun remedio, porque tenia el interior de la boca completamente quemado: el amo proponia el aceite comun, otro agua, y un tercero, que era todavia miss Dinah, afirmó que lo mejor era el vino blanco en tales circunstancias. Adoptó la mayoria esta opinion, y al momento me trajo su criado un vaso lleno del licor pedido. Por obediencia, mas bien que por conviccion, me lo llevé á la boca, y lo llevé maquinalmente, pareciéndome que habia puesto vitriolo en mis quemaduras; pues, fuera por chanza ó por equivocacion, el despensero me habia enviado un vaso de aguardiente el mas fuerte. Como no estaba acostumbrado á licores fuertes, no podia tragar aquel gargarismo infernal, que me abrasaba la lengua y el paladar, y conoci, que á pesar mio, iba á arrojar el aguardiente, lo mismo que lo habia hecho con el pudding. Llevé ambas manos á la boca y las crucé convulsivamente sobre mis labios, pero el liquido impelido por las convulsiones de la naturaleza, se lanzó violentamente á través de mis dedos como al través de los agujeros de una regadera, y roció á las señoras y todos los platos de la mesa. Resonaron al punto por todas partes grandes carcajadas, y en vano sir Tomas comprendió á sus criados y lady Burdett á sus hijas. Yo mismo conocia que era imposible no reirse, y esta conviccion aumentaba todavia mi martirio: subióseme á la cabeza el sudor de la vergüenza, sentia destilar una gota de agua de cada uno de mis cabellos, y entonces perdi completamente el espíritu. Para poner fin á aquella intolerable transpiracion, saqué mi pañuelo del bolsillo, y sin acordarme ni ver que aun estaba todo empapado de la tinta del Xenofonte, me enjugué con él la cara, que al punto se halló embadurnada de negro en todas direcciones. Entonces ya nadie pudo contenerse: lady Burdett se dejó caer casi desmayada de risa sobre su silla: sir Tomas cayó en convulsion sobre la mesa, y las hijas casi se ahogaban. En aquel momento dirigí mis ojos á un espejo que tenia delante, me vi.... Conoci que todo estaba perdido, me lancé desesperado fuera del comedor, me precipité en el jardin: en aquel momento volvia sir Enrique: viendo huir un hombre á todo correr, me tomó por un ladrón y corrió tras de mí gritándome que me detuviese; pero la vergüenza me daba alas, salté el foso como un gamo espantado, y atravesando campos en linea recta, sin seguir ca-

mino alguno trazado, me dirigí hácia Williams-house, y vine á caer jadeando, muerto de fatiga y sin fuerzas á la puerta de mi quinta.

Estuve enfermo tres meses, durante los que la familia de Sir Burdett tuvo el buen gusto de no enviar ni un recado para saber de mi salud. Apenas pude levantarme hice traer un carruaje con caballos de posta, y abandoné la Inglaterra sin despedirme de nadie, llevando conmigo por unico consuelo, este pedazo de velo que conservaré toda mi vida, y que quiero coloquen en mi féretro despues de mi muerte.

Ahora ya adivinareis por qué me habeis visto el otro dia bajar tan rápidamente el Righi, y es que supe á la mitad del camino que entre los viajeros que me precedian habia un compatriota que podria conocer mi nombre y mis aventuras. Ved aqui la vida que llevo; huyendo siempre de toda sociedad, devorado por la idea de que todas las desgracias las debo á mí mismo, y agobiado por la conviccion de que no hay felicidad posible para mí en este mundo.

Desgraciadamente no habia nada que replicar á esto. Esto era claro como el dia y cierto como el Evangelio. En su consecuencia, en vez de perderme en vulgaridades filosóficas, hice traer un segundo bol de ponche, y al cabo de una media hora, tuve la satisfaccion de ver á sir Williams, si no consolado, al menos fuera del estado de sentir momentáneamente toda la estension de su desventura.

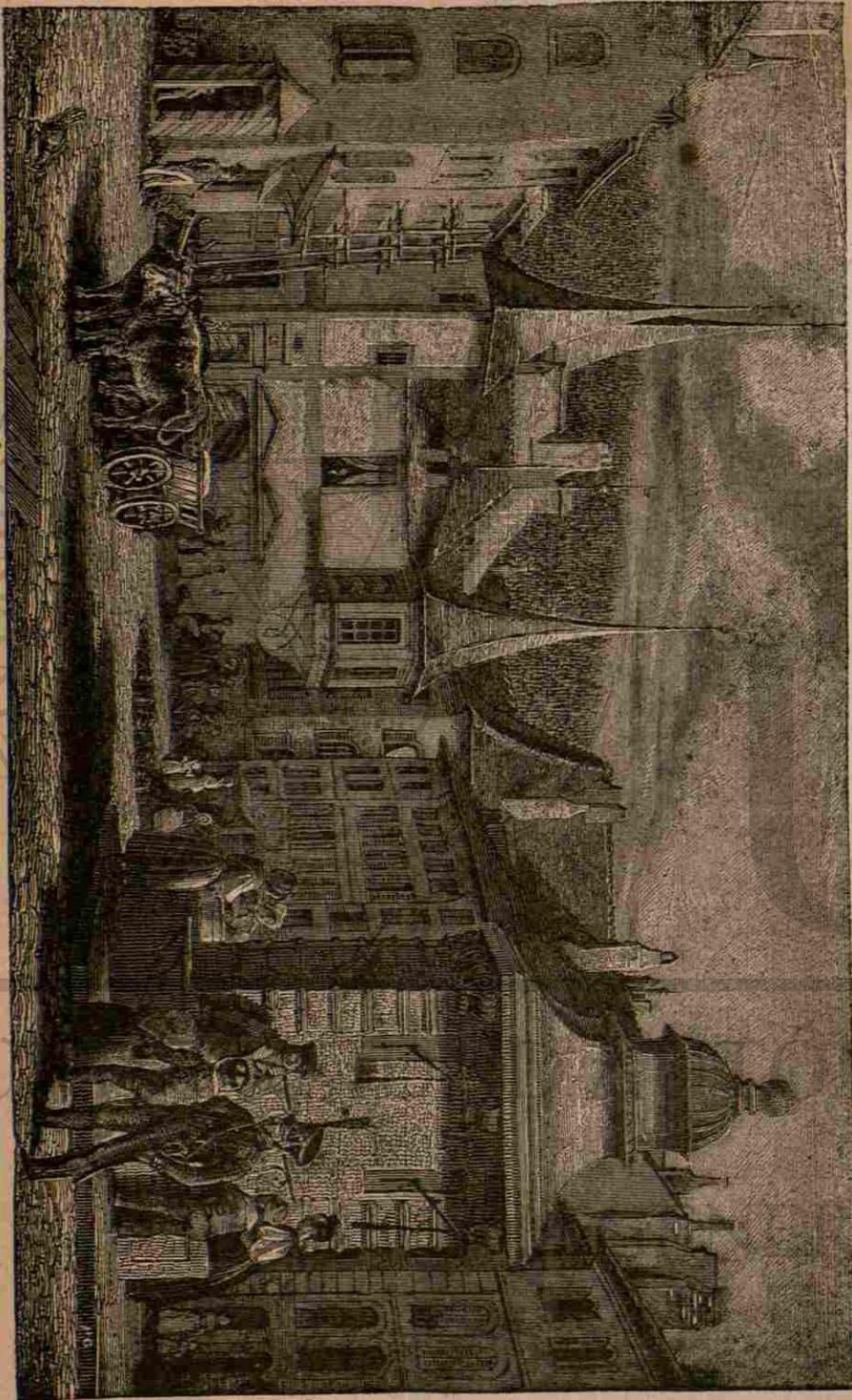
ZURICH.

Al dia siguiente muy temprano entré en el cuarto de sir Williams, y le encontré profundamente aterrado. El remedio de la vispera habia producido un efecto enteramente contrario al que yo aguardaba. Sir Williams tenia el ponche triste, y no habia mas que hacer que dejarle morir tranquilamente del esplin.

—¡Hola! me dijo al verme y tendiéndome los brazos: ¿sois vos, querido amigo? ¿con que no me habeis abandonado?

—¡Cómo abandonado! me parece que todo al contrario, os he sacado de debajo de la mesa cuando el exceso de vuestras desgracias os han hecho rodar de vuestra silla, os he metido tiernamente en la cama y os he deseadado todos los sueños que debieran salir esta noche por la puerta dorada. No podia hacer mas.

—Si, podiais hacer mas, y acabais de hacerlo; podiais volver esta mañana á verme, y habeis vuelto. ¿Consentiriais en continuar el viage conmigo?



Vista de Neuchâtel.

dazo de pudding encendido en la boca, y tanto hubiera valido tragar las ascuas de Porcia. No hay palabras con que haceros comprender semejante agonía: los ojos se saltaban de sus órbitas, y daba una especie de rugido nasal, que por fuerza debia ser desgarrador al oido. Por fin, á despecho de mi resolucion, de mi valor y de mi vergüenza, me vi obligado á arrojar en el plato la causa primera de mi tormento. Sir Tomas, su muger y sus hijas, experimentaban, lo veia bien, una compasion real por mi infortunio, y buscaban algun remedio, porque tenia el interior de la boca completamente quemado: el amo proponia el aceite comun, otro agua, y un tercero, que era todavia miss Dinah, afirmó que lo mejor era el vino blanco en tales circunstancias. Adoptó la mayoria esta opinion, y al momento me trajo su criado un vaso lleno del licor pedido. Por obediencia, mas bien que por conviccion, me lo llevé á la boca, y lo llevé maquinalmente, pareciéndome que habia puesto vitriolo en mis quemaduras; pues, fuera por chanza ó por equivocacion, el despensero me habia enviado un vaso de aguardiente el mas fuerte. Como no estaba acostumbrado á licores fuertes, no podia tragar aquel gargarismo infernal, que me abrasaba la lengua y el paladar, y conoci, que á pesar mio, iba á arrojar el aguardiente, lo mismo que lo habia hecho con el pudding. Llevé ambas manos á la boca y las crucé convulsivamente sobre mis labios, pero el liquido impelido por las convulsiones de la naturaleza, se lanzó violentamente á través de mis dedos como al través de los agujeros de una regadera, y roció á las señoras y todos los platos de la mesa. Resonaron al punto por todas partes grandes carcajadas, y en vano sir Tomas comprendió á sus criados y lady Burdett á sus hijas. Yo mismo conocia que era imposible no reirse, y esta conviccion aumentaba todavia mi martirio: subióseme á la cabeza el sudor de la vergüenza, sentia destilar una gota de agua de cada uno de mis cabellos, y entonces perdi completamente el espíritu. Para poner fin á aquella intolerable transpiracion, saqué mi pañuelo del bolsillo, y sin acordarme ni ver que aun estaba todo empapado de la tinta del Xenofonte, me enjugué con él la cara, que al punto se halló embadurnada de negro en todas direcciones. Entonces ya nadie pudo contenerse: lady Burdett se dejó caer casi desmayada de risa sobre su silla: sir Tomas cayó en convulsion sobre la mesa, y las hijas casi se ahogaban. En aquel momento dirigí mis ojos á un espejo que tenia delante, me vi.... Conoci que todo estaba perdido, me lancé desesperado fuera del comedor, me precipité en el jardin: en aquel momento volvia sir Enrique: viendo huir un hombre á todo correr, me tomó por un ladrón y corrió tras de mí gritándome que me detuviese; pero la vergüenza me daba alas, salté el foso como un gamo espantado, y atravesando campos en linea recta, sin seguir ca-

mino alguno trazado, me dirigí hácia Williams-house, y vine á caer jadeando, muerto de fatiga y sin fuerzas á la puerta de mi quinta.

Estuve enfermo tres meses, durante los que la familia de Sir Burdett tuvo el buen gusto de no enviar ni un recado para saber de mi salud. Apenas pude levantarme hice traer un carruaje con caballos de posta, y abandoné la Inglaterra sin despedirme de nadie, llevando conmigo por unico consuelo, este pedazo de velo que conservaré toda mi vida, y que quiero coloquen en mi féretro despues de mi muerte.

Ahora ya adivinareis por qué me habeis visto el otro dia bajar tan rápidamente el Righi, y es que supe á la mitad del camino que entre los viajeros que me precedian habia un compatriota que podria conocer mi nombre y mis aventuras. Ved aqui la vida que llevo; huyendo siempre de toda sociedad, devorado por la idea de que todas las desgracias las debo á mí mismo, y agobiado por la conviccion de que no hay felicidad posible para mí en este mundo.

Desgraciadamente no habia nada que replicar á esto. Esto era claro como el dia y cierto como el Evangelio. En su consecuencia, en vez de perderme en vulgaridades filosóficas, hice traer un segundo bol de ponche, y al cabo de una media hora, tuve la satisfaccion de ver á sir Williams, si no consolado, al menos fuera del estado de sentir momentáneamente toda la estension de su desventura.

ZURICH.

Al dia siguiente muy temprano entré en el cuarto de sir Williams, y le encontré profundamente aterrado. El remedio de la vispera habia producido un efecto enteramente contrario al que yo aguardaba. Sir Williams tenia el ponche triste, y no habia mas que hacer que dejarle morir tranquilamente del esplin.

—¡Hola! me dijo al verme y tendiéndome los brazos: ¿sois vos, querido amigo? ¿con que no me habeis abandonado?

—¡Cómo abandonado! me parece que todo al contrario, os he sacado de debajo de la mesa cuando el exceso de vuestras desgracias os han hecho rodar de vuestra silla, os he metido tiernamente en la cama y os he deseadado todos los sueños que debieran salir esta noche por la puerta dorada. No podia hacer mas.

—Si, podiais hacer mas, y acabais de hacerlo; podiais volver esta mañana á verme, y habeis vuelto. ¿Consentiriais en continuar el viage conmigo?

—¡Cómo si consiento! sin duda: en primer lugar tenéis un excelente carruaje, luego, cuando no estáis cortado no carecéis de talento, y por último, bajo todos aspectos me pareceréis un excelente compañero de viaje. Caminaremos mientras haya tierra que nos sostenga, y cuando no la haya tomaremos un buque.

—¡Gracias! si hay un hombre que pueda salvarme la vida sois vos.

—No deseo otra cosa.

—Así saldremos de Lucerna hoy.

—Entendámonos: es preciso separarnos momentáneamente.

—Pues cómo?

—Tengo una visita que hacer.

—Yo la haré con vos.

—Imposible, amigo mio; voy a ver a un valiente joven que acaba de batirse con uno de vuestros compatriotas que le había alojado dos balas en el pecho, y a quien ha muerto; de modo que, en el estado en que se halla, si viese a un inglés.... ya veis, con eso de que habeis hecho morir a su emperador, sería capaz de causarle un trastorno.

—Ya comprendo.

—Así, os vais a Zug, mañana nos reunimos, y soy enteramente vuestro en lo restante del viaje, con tal que vayais a donde yo quiera.

—Iré a cualquier parte, yo no voy a punto determinado.

—Pues bien, no hay mas que hablar, hasta mañana en Zug.

—Y qué, ¿no tomareis el té conmigo?

—Si, a condición de que yo os lo he de ofrecer.

—Comprendo que queréis que alternemos.

—Sí, mucho.

—Pero yo tengo un excelente té como no lo encontraréis en toda la Suiza.

—A esto no tengo réplica que oponer; tomemos el té.

Tomado el té, me acompañó sir Williams hasta el puerto, nos citamos por última vez para Zug, y en seguida saltamos Francesco y yo en la barca que nos aguardaba. Dos horas despues nos hallábamos en Küssnach.

Me informé del dueño de la posada de la salud del herido; me dieron las señas de su cuarto, subí a él, y empujando con cuidado la puerta, entré sin hacer ruido. Estaba en la cama y dormía en brazos de Catalina, que se hallaba sentada junto a él, cuyo pesar y vigilias revelaban su palidez. Le hice señas que no despertase al enfermo, y me senté junto a una mesa para escribir mi nombre. Entre tanto abrió él los ojos y me reconoció.

—¡Cómo! ¡vive Dios! me dijo, ¡sois vos y no me despertan! ¿en qué estabas pensando, Catalina?... Mira, ese es mi mejor amigo, abrázale por mí, querida, tráele aquí, junto a la cama, y déjales hablar un rato, y cuando vuelvas a subir no olvides una taza de cal-

do de pollo, comienzo ya a tener apetito. Catalina, religiosa observadora de las órdenes de Jollivet, vino a presentarme su megilla, me llevó junto a su amante y se fue.

—¿Con que habeis vuelto a pensar en mí? está muy bien; gracias, me dijo Jollivet. Ya veis que esto va mucho mejor. ¡Ah! ¿os quedáis hasta la boda?

—¿Cómo hasta la boda? ¿pues quién se casa?

—Yo.

—¿Y con quién?

—Con Catalina.

—Y bien, os doy la enhorabuena, sois un excelente hombre.

—Y aun es poca recompensa para lo que la debo, particularmente despues de lo mucho que me ha cuidado. ¿Queréis creer que aun no se ha desnudado una sola noche siquiera? duermo sentada en ese sillón en que estais, y con la cabeza en mi almohada. Cuando digo que duermo, no duermo, porque cuantas veces me despertó la encuentro con los ojos abiertos.

—Estará muy dichosa con vuestro proyecto.

—Aun no la he dicho nada; esta es una resolución que yo he tomado entre mí. Así, mirad dentro de quince días, segun dice el médico, ya estaré levantado; dentro de tres semanas puede quedar hecho todo; quedaos hasta entonces ó volved. Si es preciso esperaros, se os esperará.

—Imposible, querido amigo. ¿Dónde estaré yo dentro de tres semanas? Ni un mes me queda a mí que permanecer en Suiza; me llaman con urgencia de Francia. Yo no coloco como vos muestras de mis dramas en el extranjero, y así tengo obligación de hacer mi despacho en mi domicilio.

—¡Bah! bah! bah! ¿qué son quince días mas ó menos? ¿Con que consentisteis en ser testigo de mi desafío, y os negareis a serlo de mi casamiento? Además, con que os aguardáreis únicamente cinco ó seis meses, podríais todavía ser padrino. Mira, Catalina, continuó Jollivet dirigiéndose a su querida que entraba con una taza en la mano, ayúdame.

—¿A qué? respondió Catalina.

—A hacerle que se quede hasta la boda.

—¿Hasta qué boda?

—Hasta la de Catalina Frantz y Alcides Jollivet, que si no hay impedimento por parte de la futura, se hará antes de un mes a fé de hombre de honor.

Catalina dió un grito, dejó caer la taza, y fué a echarse medio desmayada sobre la cama de Jollivet.

—Y bien! ¿qué es eso? ¿qué tienes? ¿estás loca?

—¡Oh! exclamó Catalina, con que mi hijo ya tendrá padre!... El cielo te bendiga, Alcides, por el bien que me haces. Dios sabe que jamás te hubiera pedido semejante cosa, pero sabe tambien que así que te hubieras ido yo habria muerto. ¡Ah! Señor, Señor, ¡cuán gran-

de, cuán bueno, cuán misericordioso sois!

Dijo Catalina estas últimas palabras con tanto reconocimiento, con tan profundo fervor, y tan conmovida voz, que se agolparon las lágrimas a mis ojos. Jollivet quiso echarla de hombre fuerte, pero triunfó la naturaleza y llorando echó sus brazos al cuello de Catalina.

—Adios, hijos míos, les dije acercándome a ellos. Tendréis mil cosas que deciros; yo os dejo, sed muy felices.

—¡Diablo! exclamó Jollivet, declaro que me faltará algo si no asistís a mi boda.

—¡Oh! volved, me dijo Catalina. Ya me habeis traído una vez la dicha, pues en vuestra presencia me ha dicho lo que acaba de decirme: volved y me la traereis todavía.

—Imposible, amigos míos, todo lo que puedo hacer es pasar lo restante del día con vosotros.

—Entonces, dijo Jollivet, tomando su partido, de un mal pagador es preciso sacar lo que se pueda. Encarga la comida, Catalina, y cuida de que salga buena.

—¡Pero tenemos tiempo! yo voy a dar una vuelta, quedaos juntos; dentro de una hora volveré.

—¡Bien! marchaos; tenéis razon de que tenemos necesidad de estar solos un instante.

Volví a la hora dicha, pasé el resto del día con aquellas excelentes gentes, y no sé si el cielo vió jamás dos corazones mas felices que los que yo dejé palpitando uno sobre el otro en aquella miserable posada de Atea.

Al partir de Küssnach, fui obligado a tomar otra vez un camino ya conocido, y volver a pasar por el mismo barranco de Guillermo Tell. En Inmensea me despedí de la cuna de la libertad suiza, y tomé una barca para Zug, a donde llegué al cabo de una hora de travesía. Entré a parar a la fonda del Cierro, donde había citado al inglés, pero como se había visto obligado a dar la vuelta al lago por Cham, no había llegado todavía.

Aguardándole subí a la azotea de la posada, desde donde se descubre un punto de vista magnífico, que se sumerge primero en el lago que resplandece al Mediodía como un mar de fuego, se alarga a la derecha sobre la Suiza de las praderas, se prolonga hasta perderse de vista tras de Cham y de Bounas, tropieza a la izquierda con las masas colosales del Righi y del Pilato, que parecen dos gigantes guardando un desfiladero, y despues desliziándose por entre su base, se hunde en el valle de Sarnen que cierra el Brunig, sobre el cual se lanzan en agujas blancas y de encages calados las agudas y nevadas cimas de la cordillera de la Yungfrau.

Llevando humildemente mis ojos de este magnífico espectáculo, y sobre el camino real, divisé el carruaje de sir Williams, que caminaba pausadamente arrastrado por sus dos caballos de lujo, y el cochero con librea. Até al

momento mi pañuelo a la punta del baston de camino, y le hice flotar cual una bandera: no tardó en ser visto, y sir Williams contestó haciendo poner sus caballos al galope. Cinco minutos despues se hallaba conmigo, y detrás de él vino el posadero con protesto de preguntarnos a que hora queríamos comer, pero para ver si estábamos dispuestos a oírle la catástrofe de la sumersión en el lago de una parte de la población. Como nosotros teníamos tanta gana de escuchar esta relacion, como él de hacerla, pronto se arregló la cosa.

El invierno de 1435 había sido tan frio, que á escepcion de la cascada de Schaffausen, se heló todo el Rhin desde Coira hasta el Océano. Todos los lagos que contenian agua mansa ofrecian una superficie tan sólida como la del suelo. El mismo lago de Constanza, el mayor de todos los de la Suiza, fué atravesado a caballo y en carros; con mucha mas razon los de Zug y Zurich que apenas tiene el uno la octava y el otro la cuarta parte de su extensión. Entonces bajaron hasta las ciudades, los animales de las montañas, y las autoridades prohibieron matar la caza, escepto los lobos y los osos. Permanecieron en este estado las cosas unos tres meses, cuando comenzando el hielo a derretirse, se notó que la tierra se abria profundamente en varios parages, y sobre todo en la parte de la población mas próxima a la orilla. Hacia la tarde dos calles enteras y una parte de los muros se separaron del resto: resbalaban rápidamente en el lago y desaparecieron; sesenta personas que no habían creído el riesgo tan próximo, permaneciendo en sus casas amenazadas, desaparecieron con ellas.

De este número fué el primer magistrado y toda su familia, á escepcion de un niño que se encontró al otro día flotando, como Moisés, en una cuna. Este niño fué luego landman del canton y conservó este empleo hasta la edad de ochenta y un años. Nos aseguró el posadero, que á cierta hora del día, cuando el sol dejaba de inflamar el lago, se descubria aun á unos cuarenta pies debajo del agua limpia y azul, restos de murallas y entre ellos una torre. En cuanto á este hecho, tuvimos que fiarnos de su palabra, no habiendo sido nuestra mirada muy penetrante, al parecer, para divisar hasta tal profundidad.

Teníamos aun dos horas largas antes de comer, segun nos dijo el huésped, y así las empleamos en reconocer la ciudad. Nuestra primera visita fué al arsenal.

Como casi todos los arsenales de Suiza, contiene armas y armaduras curiosas, algunas de ellas históricas. Reliquias sobre las que vela secretamente el amor nacional, y que no han llegado todavía á diseminarse en los gabinetes de los aficionados, las ofertas de los preñados desesperados de verse rechazados ante los recuerdos que las ligan con las ciudades en que se encuentran. Una de estas reliquias es

la bandera de Zug, teñida aun con la sangre de Pedro Colin y de su hijo, que se hicieron matar defendiéndola el año 1422 en la batalla de Bellimone.

Al salir del arsenal entramos en la iglesia de San Oualdo; no ofrece nada notable mas que un grupo, ó por mejor decir tres estatuas muy sencillas, Santa Cristina mártir, Santa Apolonia y Santa Agueda; Santa Apolonia tiene en una mano una tenaza con un diente, y Santa Agueda un libro sobre el que presenta á la piedad de los fieles los dos pechos cortados de la virgen.

A algunos pasos de esta iglesia se eleva la de San Miguel, que está contigua al cementerio. Desde Alorf me habian hablado ya del cementerio de Zug. En efecto, jamás he visto un lujo semejante de cruces doradas; parece aquello la música de un regimiento. Pero lo que acompaña á tantos metales son las flores que entre ellos se entrelazan. Estoy cierto de que jamás cementerio alguno ha inspirado menos ideas tristes; mas bien se creeria fácilmente que todas las sepulturas son canastillos preparados para bautizos y bodas, mas que lechos funerarios en que duermen los huéspedes de la muerte. He visto niños que corrian como abejas de un sepulcro á otro, y que salian con sus cabezas adornadas con las rosas y claveles que habian brotado sobre el sepulcro de su madre.

A unos veinte pasos, debajo de un cobertizo á que se da el nombre de capilla, se ofrece á los ojos del viajero un espectáculo enteramente opuesto, un osario en cuyos estantes se hallan colocadas sobre quinientas calaveras unas encima de otras. Cada una de estas calaveras descansa sobre dos huesos cruzados, y sobre estos cráneos que han tomado el amarillento tinte del marfil, hay un pequeño rótulo pegado con gran cuidado, que conserva el nombre, é indica el estado de la persona á la que pertenecian aquellos restos.

¡Qué mina de chistosas chanzas hubieran encontrado allí los enterradores de Hamlet!

Como vistas estas maravillas una vez, no ofrece Zug otra cosa particular, nos volvimos á la posada en donde con gran chasco del fondista, dió sir Williams á su cochero la orden de tener enganchados los caballos, que no habian andado mas que cuatro leguas por la mañana, para llevarnos á Horghen despues de haber comido; así ahorrábamos media jornada, y podíamos estar al día siguiente á las once en Zurich. La ejecucion siguió al proyecto inmediatamente, y tres horas despues de haber dejado el lago de Zug, resplandeciente con los últimos rayos del sol, descubrimos á través de las hojas de los árboles, el de Zurich, estremecido por la brisa de la tarde y plateado por el resplandor de las estrellas.

Nada nos detenia en Horghen, especie de puertecillo que sirve de pósto á las mercan-

cias de Zurich que pasan á Italia por el San Gothardo. En su consecuencia partimos al amanecer, segun estaba convenido, y despues de haber seguido el delicioso camino que costea por la derecha la orilla del lago y por la izquierda la base del Alvis, llegamos á medio día á Zurich, que se intitula modestamente la Atenas de Suiza.

Esto consiste de que en esta ciudad nacieron los ciento cuarenta poetas cuya lista muy completa y muy ignorada trae Rogerio Manes, el Mecenaz del siglo catorce: verdad es que en el diez y ocho se han agregado los mas conocidos nombres de Gessner, Lavater y Zimmermann.

Los zuriquenses se hacen notar en general por una curiosidad sencilla, que al principio sorprende, porque se toma por indiscrecion; despues muy pronto notais que tiene su origen en esa honradez franca que no teniendo nada que ocultar á los demas no admite que los demas puedan tener secreto para nosotros.

Mientras almorzábamos, hablando en italiano, tuvimos un ejemplo de esto.

Un honrado habitante de Zurich con vestido de color de castaña, calzon corto y media listada, con sombrero de grandes alas, hebillas en los zapatos, y una gran cadena de reloj en su bolsillo, se levantó del rincón de la chimenea en donde se hallaba sentado, dió algunos pasos hacia nosotros, se detuvo para mirarnos á todo su sabor y placer, y despues se puso á medir la habitacion de lo largo á lo ancho, echando una mirada sencillamente curiosa sobre sir Williams y sobre mí cada vez que pasaba por junto á la mesa; verdad es que aunque comiamos en la misma mesa, formábamos singular contraste.

En fin, ya no pudo contenerse mas, y parándose justamente frente á nosotros, apoyó sus dos manos sobre el puño de su baston, y sin mas preámbulo

—¿Quiénes sois? nos dijo en francés.

Nos sorprendió la pregunta en un país en donde se viaja sin pasaporte, y estuvimos un rato sin contestar, dudando se nos hubiese dirigido á nosotros; el zuriqués se impacientaba de nuestro silencio, é indicando con un meneo de cabeza que á nosotros nos dirigia la palabra

—Os pregunto que quiénes sois, continuó.

—¿Quiénes somos nosotros? respondí yo.

—Si, vosotros.

—¡Pardiez! somos viajeros. *Will you á wing of this fowl*, proseguí en inglés para desorientar á nuestro hombre ofreciendo un alon de polla á mi compañero.

—*Yes, very wel I thank you*, me respondió Williams alargándome su plato.

Quedóse cortado el zuriqués oyendo este nuevo lenguaje que no entendia; reflexionó un instante, pasándose la mano por la barba, y luego volvió á recorrer con mesurado an-

dar la línea que habia adoptado. Por último, parándose otra vez.

—¿Y por qué viajais? nos preguntó.

—Por gusto, respondí yo.

—¡Ah! ¡ah! contestó el zuriqués, echando á andar otra vez. Luego volvió á pararse.

—¿Don que sereis rico?

—¿Quién, yo...? le contesté, no pudiendo volver del asombro que me causaba aquella serenidad.

—Si.

—¿Me preguntais si soy rico?

—Si.

—Pues no, señor, no soy rico.

—Pues si no sois rico, ¿cómo os componéis para viajar? porque en los viages se gasta mucho dinero.

—Verdad es, respondile, sobre todo en Suiza, en donde los fordistas son algo ladrones.

—¡Hum! hizo el zuriqués volviendo á su paseo.

—Pero en fin, ¿cómo os gobernais? continuó parándose otra vez.

—Toma, ganó algun dinero.

—¿En qué?

—En qué!

—Si.

—Y bien! por la mañana, cuando me siento bien dispuesto, cojo una pluma y un cuaderno de papel, escribo cuantas ideas tengo en la cabeza, y cuando esto forma un tomo ó un drama, lo llevo á una librería ó á un teatro.

El zuriqués dejó caer su labio inferior en señal de desprecio, y se puso á medir la habitacion reflexionando al parecer muy profundamente en lo que yo le habia dicho, y luego, repitiendo el mismo juego de escena prosiguió:

—¿Y cuánto os viene á producir eso al año?

—Uno con otro de veinte y cinco á treinta mil francos.

El zuriqués me miró un instante fija y sarcónicamente para asegurarse de que no me burlaba de él, y luego, como el enfermo de aprension, volvió otra vez á pasear murmurando:

—¡Veinte y cinco á treinta mil francos! ¡hum!... ¡veinte y cinco á treinta mil francos! ¡hum!... ¡hum!... sin mas inversion de fondos que papel y una pluma... ¡hum! ¡hum!... ¡hum!... ¡linda cosa, muy linda, sumamente linda!...

Paróse otra vez, y me preguntó:

—¿Y vuestro compañero?

—Tiene cien mil libras de renta.

Y tornó el zuriqués á pasear hasta la tercera vuelta que se paró como esperando que nosotros le hiciéramos tambien algunas preguntas: pero viendo que nos habiamos puesto otra vez á comer pollo y hablar en italiano:

—Yo, dijo, me llamo Fritz Haguemann, tengo cinco mil trescientos francos de renta, una muger con quien me casé por inclinacion, cuatro hijos, dos varones y dos hembras, soy

ciudadano de Zurich, y estoy abonado en la biblioteca, lo que me da derecho á sacar de ella los libros.

—¿Y teneis tambien derecho para acompañar á ella á los extranjeros?

—¡Yo lo creo! dijo el ciudadano paboneándose, y los que yo acompañe, ya pueden jactarse de que serán muy bien recibidos por el bibliotecario Mr. Orell, ó por su segundo Mr. Horner.

—Pues bien, le dije, mi querido señor Haguemann, supuesto que ya nos conocemos como si fuésemos amigos diez años ha, ¿no podríais en obsequio de la amistad acompañarme á la biblioteca? deben existir en ella tres cartas autógrafas de Juana Gray á Bullinger, y una de Federico á Müller, que me alegraré mucho leer.

—¿Y cómo sabeis todo eso?

—¿Cómo lo sé? Es que un amigo mio, un sabio, lo que no le impide ser un hombre de bastante talento, escepcion que le hace desmerecer algo entré sus compañeros, Buchon, ¿le conoceis? os lo nombro porque os gusta que os pongan los puntos sobre las i i.

—No le conozco.

—No importa. Pues bien, Buchon ha venido el año pasado á Zurich, leyó esas cartas y me habló de ellas.

—¡Ah! ¡ah! ¡bien! ¡bien! decid, ¿me las haréis ver, no es verdad?

—Con muchísimo gusto; y celebraré infinito haber venido de Paris para esto.—*Le/ us go, sir, are you coming?* dije al levantarme.

—*Yes*, respondió sir Williams.

Nos encaminamos á la biblioteca conducidos por nuestro respetable introductor.

No nos habia mentado ni sobre su influjo ni sobre la amabilidad de Mr. Horner. Nos mostró cuanto la biblioteca de Zurich poseia de mas curioso, es decir, una parte de la correspondencia de Zwingle, manuscritos de Lavater, tres cartas de Juana Gray, demasiado largas para reproducirlas aqui, y una de Federico, muy original y muy corta que pondremos á la vista de nuestros lectores. Fue escrita con esta ocasion.

El profesor Mr. Müller publicó en 1784 con el cuidado y la religion de un verdadero alemán, una coleccion de antiguas canciones suizas, sencillas y vigorosas como el pueblo que las cantaba. El editor, á quien es preciso no confundir con el historiador J. de Müller, obtuvo de Federico el Grande permiso de dedicarlas aquellas canciones nacionales, y se las envió creyendo causarle un gran placer; pero este era un género de literatura que el rey filósofo apreciaba medianamente, de modo que contestó á Mr. Müller la carta siguiente.

«Sabio querido y fiel: juzgais demasiado favorablemente esas poesias de los siglos doce trece y catorce que han visto la luz pública por vuestra diligencia, y creéis tan dignas de enriquecer la lengua alemana; á mi parecer

no valen un cartucho de pólvora, y no merecían ser sacadas del olvido en que yacían sepultadas. Lo cierto, si, es, que en mi biblioteca particular no toleraré tales necedades, y antes las tiraré por la ventana. Así, el ejemplar que me enviáis, aguardará tranquilamente su suerte en la biblioteca pública, y en cuanto á saliros garante de muchos lectores, es lo que á pesar de toda su benevolencia por vos no podrá garantirós vuestro rey.—FEDERICO.

LOS MUDOS QUE HABLAN Y LOS CIEGOS QUE LEEN.

Al salir de la biblioteca nos fuimos á visitar el hospicio de los sordo-mudos, fundado por Mr. Scher. Algunas conversaciones por señas que yo habia tenido antes de marchar con un jóven de gran talento, sordo-mudo, y profesor en el Instituto Real de París, me habían familiarizado con las tentativas hechas hasta este día para mejorar el estado de aquellos infelices, y llamarnos á tomar su parte en los bienes que promete la sociedad y en los deberes que impone. Ese mismo habia tenido la complacencia antes de mi salida de París de darme algunas notas con este motivo, rogándome examinara con cuidado el Instituto de Zurich, en donde me habia asegurado que se habia conseguido hacer hablar á los alumnos. Me valgo hoy de aquellas notas para dar á mis lectores algunos detalles bastante curiosos, y bastante ignorados, creo, sobre esta singular y excepcional educacion (1).

En Esparta estaban colocados los sordo-mudos en la clase de los seres incompletos ó deformes á quienes era inútil dejar vivir, pues no podían servir de ninguna utilidad á la república. En su consecuencia, tan pronto como se echaba de ver su enfermedad, eran entregados á la muerte. En Roma, las leyes los desheredaban de una parte de los derechos civiles: los declaraban inhábiles para administrar sus bienes, les daban tutores y los separaban de la sociedad. La religion cristiana todo amor y caridad, reconoció hombres en estos infelices seres, á quienes, avara la naturaleza, no habia dado mas que tres sentidos, y les abrió los claustros donde comenzaron á recibir los primitivos gérmenes de educacion; sin embargo, era una educacion muy

(1) Este jóven es Mr. F. Bertier, que ha debido á sus conocimientos especiales en la materia el honor de ser elegido por el Instituto histórico, para formar una memoria sobre la educacion de los sordo-mudos de todas épocas y de todos los países.

grosera é imperfecta, pues un autor del siglo XV cita como una maravilla á un sordo-mudo que ganaba su vida tejiendo redes para pescar.

Pedro de Ponce, benedictino español del convento de Sahagun en Leon, que murió en 1548, fué el primero que tuvo la idea de que los sordo-mudos, aunque privados de los órganos de la palabra y del oído podían recibir y transmitir ideas. La casualidad le habia proporcionado cuatro ilustres discípulos; eran los dos hermanos, y la hermana del cardenal de Velasco, y el hijo del gobernador de Aragon. El método que habia empleado y que desgraciadamente se ignora, pues no dejó ningún tratado sobre la materia, tuvo un éxito tal, que de todas partes acudieron á él discípulos de una clase inferior; entre estos últimos algunos hicieron tan grandes progresos, que sostenían en público discusiones sobre astronomía, física y lógica; también dicen los autores contemporáneos, que habrían pasado por gentes hábiles y sábias á los mismos ojos de Aristóteles. En el mismo siglo y hacia la misma época, es decir, de 1350 á 1376, un filósofo italiano llamado Gerónimo Cardán, se ocupó, pero secundariamente, de esta empresa, y sus escritos son los primeros en que se encuentra consignada la posibilidad de enseñar á leer y escribir á los sordo-mudos.

En 1620, treinta y seis años después de la muerte de Pedro Ponce y cuarenta y cuatro después de la de Gerónimo Cardán, apareció en España un libro bajo el título de *Arte para enseñar á hablar á los mudos*. Era un francés, secretario del condestable de Castilla, que con el objeto de aliviar la posición del hermano de este condestable, que quedó mudo á la edad de cuatro años, habia dirigido sus trabajos hacia este nuevo género de profesorado. En el libro que de él se conserva, y que hemos dicho es el primero, se atribuyó Pedro Bonet la invencion de su método; además, lo que es imposible negar, es que no habia sido el primero que ha introducido en su obra el alfabeto manual que adoptó después con algunas modificaciones, el sábio y buen abate de l'Epée.

Hacia el año 1660 J. Waller, profesor de matemáticas de la universidad de Oxford intentó hacer por Inglaterra lo que Pedro Bonet habia hecho por España, es decir, poner á los sordo-mudos en estado de comprender los pensamientos de otro, y expresar los suyos por gestos ó por escrito. El mismo se felicita de su buen éxito en la carrera á que se habia consagrado, en una carta dirigida al doctor Véverley. «En poco tiempo, dice (1), mis discípulos habian adquirido mucho mas saber que lo que se pudiera suponer en hombres

(2) *Transacciones filosóficas de Londres*. Octubre de 1698. *Historia de la educacion de los sordo-mudos*.

de su posición, y se hallaban en estado, si los hubiesen cultivado, de adquirir todos los conocimientos que se transmiten por la lectura.»

Algun tiempo después, un médico suizo, llamado Conrado Amman, publicó un tratado titulado *el Sordus loquens*, y mas tarde una disertación sobre la palabra, tratado que fué traducido al francés por Beauvais de Preau.

Al principio del siglo XVIII penetró la cuestión en Alemania. Xerger dirigió una carta con fecha de 1704 á Etmüller sobre la manera de instruir á los sordo-mudos. Setenta y cuatro años después el elector de Sajonia fundaba una escuela en Leipsick, y nombraba su director de Kinsiken.

Entretanto se habia atrasado la Francia. El portugués Rodrigo Pereira, que se habia presentado en París como inventor de un nuevo método dactilológico, y que habia recibido del rey una pensión y el título de secretario intérprete, ofreció vender el secreto de aquel método, pero habiéndose juzgado exorbitante el precio que pidió, se negó el gobierno á su compra. Rodrigo de Pereira no emprendió jamás la educacion sin haber hecho jurar antes á sus discípulos no revelar su secreto; que guardado religiosamente murió con él. Por esta época, una circunstancia casual reveló al abate l'Epée su método.

Habiéndole un día llamado sus deberes de eclesiástico á casa de una señora que vivia en la calle de los Fosos de San Victor, encontró á sus dos hijas cosiendo, y notó que estaban tan profundamente atentas á su labor, que no levantaron los ojos al ruido que él hizo al entrar. Entonces el buen abate se aproximó á ellas, y las dirigió la palabra; pero fué inútilmente; las jóvenes parecían no oírle. No pudiendo creer que se burlasen de él, se sentó junto á ellas, y aguardó. Diez minutos después entró la madre, y en dos palabras quedó todo explicado; las jóvenes eran sordo-mudas.

Aquel encuentro le pareció al abate l'Epée una revelacion del cielo sobre la cristiana senda que debia seguir; pidió permiso para encargarse de la educacion de aquellas dos señoritas, comenzada por el padre Vanin, y sin mas recurso que el de las estampas, pues no conocia ninguno de los métodos adoptados, emprendió su obra de paciencia y de caridad. Pero no queriendo atenerse á dos discípulas particulares, comenzó cursos públicos, llamando en su socorro á todas las inteligencias y pidiendo auxilio á los sabios de Europa en la tarea que habia emprendido.

Durante uno de estos ejercicios públicos, vino á ofrecerle un desconocido un libro español que trataba de la materia. El abate de l'Epée, que ignoraba la lengua en que estaba escrito, iba ya á rehusar aquella adquisicion, cuando abriéndolo á la ventura, vino á dar con el alfabeto manual de Pedro Bonnet gra-

bado en madera. Aquel libro era el arte de enseñar á hablar á los mudos.

Desde entonces el abate de l'Epée partió de un punto, y caminó hacia un resultado. De catorce mil libras de renta que tenia, no se reservó mas que dos para sus necesidades personales, y consagró el resto para las de sus discípulos. Por fin, después de diez años de pretensiones al rey, Luis XVI concluyó por concederle de su bolsillo secreto una pensión anual, y el uso de una casa contigua al convento de los Celestinos. Dos años después de la muerte del abate de l'Epée, por los decretos de 24 y 29 de julio de 1794, se convirtió esta casa en Instituto Real. Años antes habia fundado Mr. Scher la escuela de Zurich que ibamos á visitar, y que está contigua á la de los ciegos, fundada por Mr. Faulk casi en la misma época.

En aquel momento habia en el instituto diez y ocho ó veinte sordo-mudos, de los que algunos, además del alfabeto manual, poseían también la reproducción labial. Como este género de instruccion está poco adoptado en Francia, habiéndosele juzgado inútil, daremos algunos detalles sobre él á nuestros lectores.

La reproducción labial es la facultad que adquieren los discípulos de leer sobre los labios de los que les hablan, y de repetir palabra por palabra las expresiones que estos han pronunciado. Nos presentaron á un muchacho de quince años, de mirada inteligente y rostro melancólico, quien al entrar volvió los ojos á su profesor, y luego, dirigiéndolos á nosotros nos dijo en francés, pero sin ningún acento: —Buenos días, señores.

Dirigimosle entonces la palabra, y á todas las preguntas que le hicimos, nos respondió volviendo inmediatamente los ojos á su maestro, con aquel mismo tono dulce y monótono, sin ningún cambio de entonacion, cualquiera que fuese la diferencia en el pensamiento que expresaban sus palabras. Nos parecia aquello cosa de milagro, no era mas que simplemente mecánico. Leía la respuesta que debia darnos alto, en los labios de su maestro, que la decía enteramente bajo, y la reproducía con la mas grande exactitud.

Todavía, á pesar de esta esplicacion no dejaba la cosa de tener algo de asombroso. ¿Por medio de qué mecanismo se ha logrado hacer repetir á un autómeta sonidos que no oye, y que por consiguiente, su oído no puede juzgar? Pero á la evidencia, sin embargo, fué preciso rendirse. Nuestro jóven mudo, reprodujo testualmente todas las frases que le dirigimos en francés, inglés ó italiano, pero siempre con el mismo tono monótono y melancólico, semejante á un eco vivo y cercano; y también nos repetía lo que con la espalda vuelta á él dijimos delante de un espejo en el cual iba á buscar sobre la imagen de nuestros labios la sombra de nuestra palabra.

Cuando hubimos terminado con el mudo, se hizo llamar á un ciego: entró con su fisonomía despejada y esa expresión de bienaventuranza que se lee en el rostro de casi todos los desgraciados privados de la vista; era como el otro un jóven de catorce á quince años: llevaba en la mano un abultado libro, que fué á dejar sobre una mesa con la misma soltura en el andar que si viera perfectamente; despues llegado allí se volvió como por instinto hacia su maestro.

—¿Qué tengo que hacer? le dijo sonriéndose.

—Mi querido hijo, le dijo el maestro, aquí hay dos extranjeros, uno francés y otro inglés, que han oido hablar de nuestro instituto y vienen á visitarlo; ¿quieres leer alguna cosa?

—Con mucho gusto, dijo el niño.

—¿Qué libro traes?

—No lo sé, el primero que he tomado en la biblioteca.

—Mira el título.

El ciego abrió el libro, pasó su dedo sobre los renglones escritos en la primera página y respondió:

—Son las confesiones de San Agustín.

—¿En latín?

—Sí.

—¡Bien! lee algo á estos señores: en cualquier parte donde quieras, poco importa.

Salteó el niño unas cuarenta páginas, y luego buscando con el dedo un párrafo, leyó por espacio de cinco á seis minutos, siguiendo siempre con el dedo los caracteres, esto tan veloz como pudiera haberlo hecho con sus ojos.

Yo no sé de qué mecanismo se valen en París para los ciegos, pues no he visto nunca ningun instituto de este género, pero los de Zurich aprenden por un método tan sencillo como fácil. El papel está picado con un alfiler por un lado, de suerte, que las letras resaltan en relieve en el otro; pasando el dedo sobre este relieve, lee el ciego por el tacto, y reemplaza un sentido por el otro.

Nosotros mismos escribimos también con un alfabeto preparado para esta clase de ejercicios, muchas frases en diferentes lenguas, que el ciego leyó inmediatamente sin vacilar, pero conservando en todos los idiomas el acento alemán.

Terminada esta prueba le trajeron un papel de solfa escrita del mismo modo, y cantó varios cánticos de iglesia, y algunas canciones nacionales. En fin, volvimos á hacer con respecto á una canción la misma experiencia que habíamos hecho con una frase, y la descifró á la primera vez, solfeando con ayuda de sus dedos siempre tan exacto cual hubiera podido hacer un músico profesor con la música que se le presentase por primera vez. Había pasado el tiempo con mucha velocidad, en medio de aquellos estudios tan nuevos para nosotros, y solo nuestro estómago había contado

las horas; sonó la de comer, y nos despedimos de nuestros mudos y de nuestros ciegos.

Al volver á la posada nos encontramos la mesa lista; despues de la comida, preguntamos al huésped si no había algun café en la ciudad, y nos respondió que había algunos, pero que si queríamos haría venir del mas inmediato todo lo que quisiéramos, y al mismo tiempo los periódicos ingleses y franceses que en él se recibían. Aceptamos.

Diez minutos despues nostrajeron el *Nacional* y el *Times*. Cada cual echó mano al suyo, nos arrellanamos en nuestras butacas, el codo sobre la mesa en que humeaba nuestro moka, y con los pies estirados hacia la chimenea, comenzamos á devorar nuestro pasto político con el ansia de viajeros privados de noticias hacia dos ó tres meses.

De repente, en medio de nuestra lectura lanzó sir Williams un grito angustioso. Me volví hacia su lado; le vi muy pálido.

—¿Qué hay? le dije, ¿qué teneis?

—Leed, me contestó alargándome el diario inglés.

Fijé la vista en donde me señalaba, y leí.

«Ayer 3 de agosto ha firmado el rey el contrato de boda de miss Jenny Burdett con sir Arturo Lesly, miembro de la cámara.»

Quise tratar de dar algun consuelo á sir Williams, pero interrumpiéndome y dándome la mano:

—Necesito estar solo, me dijo; no me atrevería á llorar en presencia vuestra.

Estreché la mano de aquel excelente é infeliz jóven, y me retiré á mi habitación.

PROSPERO LEHMANN.

Al día siguiente á las siete, entró el camarero en mi habitación y me entregó una carta de sir Williams: se excusaba de marcharse sin despedirse de mí, que decía tanto me había compadecido de sus dolores antiguos, pero temía cansar mi paciencia con sus nuevos dolores, y se marchaba para soportar él solo todo su peso. Estaba acompañada esta carta de un pequeño sello de oro que me suplicaba conservase en recuerdo suyo. Hice algunas preguntas al criado, pero no sabía nada mas sino que sir Williams había pasado una parte de la noche en escribir, y había hecho enganchar sus caballos á las tres de la mañana, y abandonado á Zurich.

Empleé el día en visitar la catedral, que dicen fué fundada por Carlo-Magno, el gabinete de historia natural, y el sepulcro de Lavater,

muerto, como se sabe, al querer sacar á un amigo suyo de manos de los soldados franceses que le maltrataban. Massena, que ha dejado en Zurich una reputación sin mancha, hizo cuanto pudo, pero inútilmente, para descubrir al matador.

A las seis me embarqué en el lago. Recordaba la promesa que había hecho á Próspero Lehmann en el tiro de Sarnen, y como me hallaba bastante cerca de Glaris, pensé que era llegado el momento de cumplirla.

Para mí no hay nada mas encantador que el viajar por los lagos de Suiza en una hermosa mañana de primavera ó de otoño, sobre todo, cuando un poco de brisa dispensa á los marineros de servirse de los remos; se desliza entonces la barquilla como por magia; y sin mas esfuerzos que los de un cisne al desplegar sus alas. Frecuentemente parece que son las orillas las que huyen y el barco el que permanece inmóvil. Hallábame yo tendido en la popa del mio con los ojos fijos en las nubes de la tarde, que se arrollaban y desarrollaban en fantásticas formas, en el fondo de las que iban naciendo unas tras de otras todas las estrellas del cielo: iluminábase al mismo tiempo la tierra. Los millares de casas diseminadas en ambos lados del lago, rodeadas de cercados de viñedos, encendían sus fanales nocturnos, y como el lago reflejaba á la vez las luces de la tierra y las luces del cielo, parecía que la barca flotaba en el éter. Poco á poco se fueron confundiendo á mi vista todos los objetos de aquel gran espectáculo; mi pensamiento dejó de conservarlos en el lugar que los había fijado la naturaleza. Vi edificarse palacios en el cielo, nubes bajar á la tierra, estrellas desfilan en el fondo del lago, y me dormí esperando arribar durante mi sueño al puerto de algun mundo desconocido.

Despertéme helado: abrí los ojos: ya no había cielo, ni estrellas, ni casas; no quedaba de todo aquello mas que el lago muy agitado, las nubes desgajándose en lluvia, y una brisa del Norte que felizmente nos empujaba hacia Rapperschwyl, á donde llegamos en muy lamentable estado sobre las diez de la noche.

Felizmente, la posada del Pavo Real á que fuimos á parar, es una de las buenas posadas de Suiza; allí hallamos buena cama, buena lumbré y buena cena; era mas de lo que necesitábamos para reponernos. Pregunté á mi huésped si podría proporcionarme para el día siguiente un cabriolé y un caballo para ir á Glaris. Consultó aquel un instante con una especie de mozo de cuadra que ponía lumbré en sus zuecos para calentarse los pies, y el resultado de la consulta fué que tendría lo que deseaba.

Como lo que tenía que ver en Rapperschwyl, á saber, las torres y el puente, no podía verse mas que á la luz del sol; en atención á la tempestad que continuaba, ni siquiera había luna, me despedí de la concurrencia que eran

labradores que hablaban de granos y de ganados, y me marché á acostar.

Al día siguiente, el tiempo no estaba aun seguro, sin embargo, se había echado el viento, el aguacero de la vispera se había convertido en una lluvia menudita que en rigor no impedía ver los objetos, de modo que me dirigí hacia el puente que hay sobre el lago, y que es la primera maravilla del pueblo.

Fué construido en 1358 por Leopoldo de Austria, que habiendo comprado el viejo Rapperschwyl y la March, quiso establecer una comunicación entre la villa y la orilla izquierda del lago. Resultó de esta dual voluntad, un puente de madera descansando sobre ciento ochenta pilares y cuya longitud es de mil setecientos cuatro pies, que con el reloj en la mano, tardé en andar veinte minutos.

En el camino de este puente es de donde se ve á Rapperschwyl bajo su aspecto mas pintoresco: sus torres góticas le dan un cierto aire formidable, que no deja de ser imponente, y que completa la poterna baja y abovedada que forma una de las puertas del canton de San Gall.

Al volver á la posada encontré dispuesto el desayuno y el cabriolé: devoré velozmente el uno y salté inmediatamente en el otro. Nuestro conductor se sentó en las varas y salimos á todo escape del caballo; que aunque al parecer no estaba muy acostumbrado á la profesión de caballo de tiro nos llevó sanos y salvos á Vesen, en donde nos paramos á pasar la tarde y la noche.

Salimos al día siguiente muy temprano, dejando el lago de Wallenstadt á la izquierda, y siguiendo el camino que hay á orillas del Linth. Al cabo de una media hora de marcha casi, me quedé dormido muy santamente leyendo la historia del Vallés del padre Schkinner, y no sé cuanto tiempo hacia que duraba mi sueño, cuando me desperté sobresaltado por un vaiven del carruaje, y por los alaridos de Francesco. Abrí los ojos, el conductor no estaba en las varas, nuestro cabriolé caminaba como el viento entre un precipicio de mil quinientos pies de profundidad y una montaña casi cortada á pico: nuestro caballo se había desbocado, fatigado de arrastrar el carruaje á que no estaba hecho: al menos esto comprendí por sus relinchos.

La situación era bastante precaria, nuestro conductor al abandonar su puesto había soltado también las riendas, iban arrastrando por el suelo, enredándose en las piedras, ocasionando á cada enredo vaivenes no muy seguros en un camino de doce pies de ancho á lo mas. Volver á coger las riendas con la mano era imposible, pues á cada momento las patas del caballo hacían relucir las herraduras á diez ó doce pulgadas de nuestras caras; saltar del cabriolé era cosa impracticable, pues á la izquierda, arrastrados por el impulso, rodábamos inevitablemente al precipicio, y por la dere-

Cuando hubimos terminado con el mudo, se hizo llamar á un ciego: entró con su fisonomía despejada y esa expresión de bienaventuranza que se lee en el rostro de casi todos los desgraciados privados de la vista; era como el otro un joven de catorce á quince años: llevaba en la mano un abultado libro, que fué á dejar sobre una mesa con la misma soltura en el andar que si viera perfectamente; después llegado allí se volvió como por instinto hacia su maestro.

—¿Qué tengo que hacer? le dijo sonriéndose.

—Mi querido hijo, le dijo el maestro, aquí hay dos extranjeros, uno francés y otro inglés, que han oído hablar de nuestro instituto y vienen á visitarlo; ¿quieres leer alguna cosa?

—Con mucho gusto, dijo el niño.

—¿Qué libro traes?

—No lo sé, el primero que he tomado en la biblioteca.

—Mira el título.

El ciego abrió el libro, pasó su dedo sobre los renglones escritos en la primera página y respondió:

—Son las confesiones de San Agustín.

—¿En latín?

—Sí.

—¡Bien! lee algo á estos señores: en cualquier parte donde quieras, poco importa.

Salteó el niño unas cuarenta páginas, y luego buscando con el dedo un párrafo, leyó por espacio de cinco á seis minutos, siguiendo siempre con el dedo los caracteres, esto tan veloz como pudiera haberlo hecho con sus ojos.

Yo no sé de qué mecanismo se valen en París para los ciegos, pues no he visto nunca ningún instituto de este género, pero los de Zurich aprenden por un método tan sencillo como fácil. El papel está picado con un alfiler por un lado, de suerte, que las letras resaltan en relieve en el otro; pasando el dedo sobre este relieve, lee el ciego por el tacto, y reemplaza un sentido por el otro.

Nosotros mismos escribimos también con un alfabeto preparado para esta clase de ejercicios, muchas frases en diferentes lenguas, que el ciego leyó inmediatamente sin vacilar, pero conservando en todos los idiomas el acento alemán.

Terminada esta prueba le trajeron un papel de solfa escrita del mismo modo, y cantó varios cánticos de iglesia, y algunas canciones nacionales. En fin, volvimos á hacer con respecto á una canción la misma experiencia que habíamos hecho con una frase, y la descifró á la primera vez, solfeando con ayuda de sus dedos siempre tan exacto cual hubiera podido hacer un músico profesor con la música que se le presentase por primera vez. Había pasado el tiempo con mucha velocidad, en medio de aquellos estudios tan nuevos para nosotros, y solo nuestro estómago había contado

las horas; sonó la de comer, y nos despedimos de nuestros mudos y de nuestros ciegos.

Al volver á la posada nos encontramos la mesa lista; después de la comida, preguntamos al huésped si no había algún café en la ciudad, y nos respondió que había algunos, pero que si queríamos haría venir del mas inmediato todo lo que quisiéramos, y al mismo tiempo los periódicos ingleses y franceses que en él se recibían. Aceptamos.

Diez minutos después nos trajeron el *Nacional* y el *Times*. Cada cual echó mano al suyo, nos arrellanamos en nuestras butacas, el codo sobre la mesa en que humeaba nuestro moka, y con los pies estirados hacia la chimenea, comenzamos á devorar nuestro pasto político con el ansia de viajeros privados de noticias hacia dos ó tres meses.

De repente, en medio de nuestra lectura lanzó sir Williams un grito angustioso. Me volví hacia su lado; le vi muy pálido.

—¿Qué hay? le dije, ¿qué teneis?

—Leed, me contestó alargándome el diario inglés.

Fijé la vista en donde me señalaba, y leí.

«Ayer 3 de agosto ha firmado el rey el contrato de boda de miss Jenny Burdett con sir Arturo Lesly, miembro de la cámara.»

Quise tratar de dar algún consuelo á sir Williams, pero interrumpiéndome y dándome la mano:

—Necesito estar solo, me dijo; no me atrevería á llorar en presencia vuestra.

Estreché la mano de aquel excelente é infeliz joven, y me retiré á mi habitación.

PROSPERO LEHMANN.

Al día siguiente á las siete, entró el camarero en mi habitación y me entregó una carta de sir Williams: se excusaba de marcharse sin despedirse de mí, que decía tanto me había compadecido de sus dolores antiguos, pero temía cansar mi paciencia con sus nuevos dolores, y se marchaba para soportar él solo todo su peso. Estaba acompañada esta carta de un pequeño sello de oro que me suplicaba conservase en recuerdo suyo. Hice algunas preguntas al criado, pero no sabía nada mas sino que sir Williams había pasado una parte de la noche en escribir, y había hecho enganchar sus caballos á las tres de la mañana, y abandonado á Zurich.

Empleé el día en visitar la catedral, que dicen fué fundada por Carlo-Magno, el gabinete de historia natural, y el sepulcro de Lavater,

muerto, como se sabe, al querer sacar á un amigo suyo de manos de los soldados franceses que le maltrataban. Massena, que ha dejado en Zurich una reputación sin mancha, hizo cuanto pudo, pero inútilmente, para descubrir al matador.

A las seis me embarqué en el lago. Recordaba la promesa que había hecho á Próspero Lehmann en el tiro de Sarnen, y como me hallaba bastante cerca de Glaris, pensé que era llegado el momento de cumplirla.

Para mí no hay nada mas encantador que el viajar por los lagos de Suiza en una hermosa mañana de primavera ó de otoño, sobre todo, cuando un poco de brisa dispensa á los marineros de servirse de los remos; se desliza entonces la barquilla como por magia; y sin mas esfuerzos que los de un cisne al desplegar sus alas. Frecuentemente parece que son las orillas las que huyen y el barco el que permanece inmóvil. Hallábame yo tendido en la popa del mio con los ojos fijos en las nubes de la tarde, que se arrollaban y desarrollaban en fantásticas formas, en el fondo de las que iban naciendo unas tras de otras todas las estrellas del cielo: iluminábase al mismo tiempo la tierra. Los millares de casas diseminadas en ambos lados del lago, rodeadas de cercados de viñedos, encendían sus fanales nocturnos, y como el lago reflejaba á la vez las luces de la tierra y las luces del cielo, parecía que la barca flotaba en el éter. Poco á poco se fueron confundiendo á mi vista todos los objetos de aquel gran espectáculo; mi pensamiento dejó de conservarlos en el lugar que los había fijado la naturaleza. Vi edificarse palacios en el cielo, nubes bajar á la tierra, estrellas desfilan en el fondo del lago, y me dormí esperando arribar durante mi sueño al puerto de algun mundo desconocido.

Despertéme helado: abrí los ojos: ya no había cielo, ni estrellas, ni casas; no quedaba de todo aquello mas que el lago muy agitado, las nubes desgajándose en lluvia, y una brisa del Norte que felizmente nos empujaba hacia Rapperschwyl, á donde llegamos en muy lamentable estado sobre las diez de la noche.

Felizmente, la posada del Pavo Real á que fuimos á parar, es una de las buenas posadas de Suiza; allí hallamos buena cama, buena lumbré y buena cena; era mas de lo que necesitábamos para reponernos. Pregunté á mi huésped si podría proporcionarme para el día siguiente un cabriolé y un caballo para ir á Glaris. Consultó aquel un instante con una especie de mozo de cuadra que ponía lumbré en sus zuecos para calentarse los pies, y el resultado de la consulta fué que tendría lo que deseaba.

Como lo que tenia que ver en Rapperschwyl, á saber, las torres y el puente, no podía verse mas que á la luz del sol; en atención á la tempestad que continuaba, ni siquiera había luna, me despedí de la concurrencia que eran

labradores que hablaban de granos y de ganados, y me marché á acostar.

Al día siguiente, el tiempo no estaba aun seguro, sin embargo, se había echado el viento, el aguacero de la vispera se había convertido en una lluvia menudita que en rigor no impedía ver los objetos, de modo que me dirigí hacia el puente que hay sobre el lago, y que es la primera maravilla del pueblo.

Fué construido en 1358 por Leopoldo de Austria, que habiendo comprado el viejo Rapperschwyl y la March, quiso establecer una comunicación entre la villa y la orilla izquierda del lago. Resultó de esta dual voluntad, un puente de madera descansando sobre ciento ochenta pilares y cuya longitud es de mil setecientos cuatro pies, que con el reloj en la mano, tardé en andar veinte minutos.

En el camino de este puente es de donde se ve á Rapperschwyl bajo su aspecto mas pintoresco: sus torres góticas le dan un cierto aire formidable, que no deja de ser imponente, y que completa la poterna baja y abovedada que forma una de las puertas del canton de San Gall.

Al volver á la posada encontré dispuesto el desayuno y el cabriolé: devoré velozmente el uno y salté inmediatamente en el otro. Nuestro conductor se sentó en las varas y salimos á todo escape del caballo; que aunque al parecer no estaba muy acostumbrado á la profesión de caballo de tiro nos llevó sanos y salvos á Vesen, en donde nos paramos á pasar la tarde y la noche.

Salimos al día siguiente muy temprano, dejando el lago de Wallenstadt á la izquierda, y siguiendo el camino que hay á orillas del Linth. Al cabo de una media hora de marcha casi, me quedé dormido muy santamente leyendo la historia del Vallés del padre Schkinner, y no sé cuanto tiempo hacia que duraba mi sueño, cuando me desperté sobresaltado por un vaiven del carruaje, y por los alaridos de Francesco. Abrió los ojos, el conductor no estaba en las varas, nuestro cabriolé caminaba como el viento entre un precipicio de mil quinientos pies de profundidad y una montaña casi cortada á pico: nuestro caballo se había desbocado, fatigado de arrastrar el carruaje á que no estaba hecho: al menos esto comprendí por sus relinchos.

La situación era bastante precaria, nuestro conductor al abandonar su puesto había soltado también las riendas, iban arrastrando por el suelo, enredándose en las piedras, ocasionando á cada enredo vaivenes no muy seguros en un camino de doce pies de ancho á lo mas. Volver á coger las riendas con la mano era imposible, pues á cada momento las patas del caballo hacían relucir las herraduras á diez ó doce pulgadas de nuestras caras; saltar del cabriolé era cosa impracticable, pues á la izquierda, arrastrados por el impulso, rodábamos inevitablemente al precipicio, y por la dere-

cha habríamos sido aplastados entre la rueda y la montaña. Francesco se encomendaba á todos los santos del paraíso en alemán é italiano, y había perdido la cabeza de tal modo que no oía una palabra de lo que yo le decía. Entonces resolví salvarme yo solo del apuro, pues no había ayuda alguna que esperar de él. Logré bajar la capota del cabriolé, y agarrando uno de los bastones de viage con su punta levanté la brida, que afortunadamente cogí. Era mucho, pues gracias á ella esperaba mantener al caballo en medio del camino hasta Nafels, que divisaba á un cuarto de legua; no tenía que temer mas que una cosa y era que se dislocase el carruaje, no acostumbrado en su vejez á un ejercicio tan violento. Felizmente no fué así: nos acercamos á la villa con la celeridad de un torbellino, y yo esperaba encontrar un obstáculo en que se estrellase la rabiosa carrera de nuestro bucéfalo, pero entró en la calle sin desgracia alguna, y continuó su camino sin tener en cuenta el cambio de localidad.

Sin embargo, la cosa no podía durar así á menos de arriesgar el aplastar á los perros y muchachos que hallásemos en nuestro camino. Descubrí, pues, una casa que salía mas afuera en la calle que las otras, y decidí que acabase allí nuestro viage. En efecto, cuando me encontré al alcance proporcionado, tiré violentamente de las riendas con la mano derecha, el caballo siguió el impulso dado, y sin ver nada, fué á dar con la frente contra la pared como un ariete. El golpe fué tan violento que se levantó de manos, retrocediendo casi con la misma prontitud con que se había adelantado; pero en ese movimiento pasó por debajo de una muestra; aproveché la ocasión; solté riendas y palo, y gritando á Francesco que hiciera otro tanto, me agarré con las dos manos al hierro que sostenía la muestra, dejándome sacar del cabriolé, como una espada de su vaina, quedé colgado como Absalon, solo que como no era por los cabellos, no tuve mas que soltar el hierro para encontrarme inmediatamente en tierra, de la que gracias á la dimension de mis piernas, no estaba distante mas que dos ó tres pies. En cuanto al cabriolé, al caballo y á Francesco habían continuado su camino triunfal en medio de los gritos de *Halt ab! halt ab!* cuyo único resultado era dar á su carrera nueva velocidad.

Me eché á correr inmediatamente tras de ellos gritándoles: ¡para! ¡para! y muy alarmado además, no por el carruaje ni el caballo, sino por el pobre Francesco, que en el estado en que se hallaba, no podía siquiera ayudarse á sí mismo. Cinco minutos había yo corrido, cuando al revolvér una esquina encontré, máquina, animal y hombre tendidos muellmente sobre un monton de leña que afortunadamente habían encontrado á la puerta de una tahona. El cabriolé era lo que se hallaba en peor estado, se le había roto una

vara, y hecho mil pedazos el estribo. Mientras examinábamos el destrozo, llegó el conductor reclamando el precio. Esta pretension suscitó una grave dificultad, visto que por mi parte dije que si alguno tenía que quejarse era yo sin disputa, que gracias á la torpeza y traicion del cocheró había estado á punto de romperme la cabeza.

Habiéndose acalorado la disputa, tuvimos que recurrir á un juez. Oidas ambas partes el juez mandó que se examinara el caballo, que al instante fué reconocido por los peritos por un potro de dos años que nunca se le había puesto á tirar. Resultó de este exámen un fallo digno del rey Salomon: yo fui condenado á pagar quince francos de alquiler, mi cocheró fué condenado á un mes de cárcel, y el dueño de la posada del Pavo Real á componer su carricoche. Media hora bastó al bailío de Nafels para tomar conocimiento del hecho, oír á las partes y pronunciar su sentencia. Antes de separarme de aquel escelente juez, le pregunté su nombre y las señas de su casa, prometiéndole participar aquel hecho á todos mis amigos y conocidos, y apuntando despues todo religiosamente en mi album, recogimos nuestros sacos y bastones, y continuamos nuestro camino á pie. Estábamos afortunadamente nada mas que á dos leguas de Glaris.

Al entrar en la poblacion me acerqué al primer grupo que vi y pregunté si conocian al cazador Lehmann. Todo el mundo me contestó afirmativamente, pero como no vivía en el mismo Glaris, sino en una casita en el camino de Mitlodi, se ofreció á guiarnos á ella un aldeano que llevaba aquella direccion. No me paré, pues, en Glaris mas que el tiempo necesario para mirar las pinturas al fresco que adornan una casa que hay al frente de la posada, y que representan un combate entre un cruzado y un sarraceno, una muger echando un ramo de flores por una ventana, y un leon en pie en una jaula. Luego salimos del pueblo, y á los diez minutos de camino, me enseñó mi guia una linda casita, junto á la cual pastaban dos vacas, y á Lehmann que con su muger é hija se estaba calentando á los últimos rayos del sol del estío bajo un emparrado. En efecto, al momento reconocí á mi oso de los Alpes, y saltando una zanja de orilla del camino, me dirigí á su encuentro. Así que me vió se vino hácia mí.

—¡Sea enhorabuena! me dijo, eso es ser hombre de palabra, ya empezaba á desconfiar de vos.

—Muy mal hecho, respondí, pues con la promesa de una caza de gamuzas me hubierais hecho ir al interior del Tirol. Pero todo el día me atormenta la idea de que el tiempo no será favorable.

—Si tal, dijo Lehmann, ¿veis las montañas del fondo que están todas llenas de la nieve que ha caído esta mañana? señal de buen tiempo para cuatro ó cinco dias.

—¿Y nos aprovecharemos de él?

—Desde mañana, si queréis.

—¡Bien! ahora tengo que comunicaros una noticia.

—¿Cual es?

—Que Francesco y yo traemos una hambre como lobos.

—¡Tanto mejor! así encontrareis mejor nuestra pobre cocina. Ea, ea, dijo en alemán á su muger é hija, pronto, una pierna de gamuza al asador y huevos á la sarten. No es una suntuosa comida, continuó volviéndose á mí, pero á lo menos no se muere uno de hambre. ¿Queréis venir ahora á ver vuestra habitacion?

—¿Cómo! ¡mi habitacion!

—Si señor, luego que supo mi muger que debiais venir, os preparó vuestra habitacion: teneis nuestra cama de boda, la colcha bordada, y los dos únicos cuadros que hay en la casa, y que representan un señor y una señora que creo conocereis.

Llévome Lehmann á un precioso cuartito ante cuyas ventanas se estendia un magnifico balcon lleno de tientos, y esculpido al gusto del renacimiento. Desde esta azotea estendiase la vista en el Occidente, sobre la cordillera de Glarnich, seguía el valle, abarcaba la villa de Glaris entera, y subiendo por el lint hasta su nacimiento, se detenía por la blanca cima del Dodi, que se eleva en el horizonte como un baluarte inespugnable y helado.

—Y ahora, me dijo Lehmann, voy á dejaros hacer vuestro tocador de viajero. En este armario teneis kirsch y azúcar, agua en estos jarros, y toallas en estos cajones; si necesitais algo mas, dad una patada en el suelo, y subiremos.

Permanecí un instante en el balcon y me entré luego, acordándome de los dos cuadros de que me había hablado mi huésped, y que representaban un señor y una señora, ambos conocidos míos. Vi pues en dos marcos de madera negra, y conocí, aunque no estaban los nombres debajo, los retratos iluminados de Talma y Mlle. Mars, aquel en traje de Sila, y esta en el de la *Escuela de los viejos*. Decididamente mi oso era un hombre de los mas civilizados.

¡Mlle. Mars y Talma en una cabaña de la Suiza, en un estraviado valle del Linth! ¡Los dos genios dramáticos mas grandes de nuestra época, reunidos en un cuarto preparado para mí! Era cosa de hacerme creer en el refinamiento de una hospitalidad admirable en un cazador de los Grisones. Pero fuera cual fuera la causa de su presencia; no dejo por esto de trastornar enteramente mis pensamientos; desapareció la gran decoracion de montañas, borrose la perspectiva del valle, el teatro cambió de decoracion, y yo me encontré, en espíritu, en la sala de la calle de Richelieu, sentado en una luneta de orquesta, y viendo la primera representacion de la *Escuela de los viejos*.

¡Qué triunfo aquel! me acuerdo perfecta-

mente; pues aunque la obra era muy buena, y fué espléndidamente ejecutada, jamás me habían parecido mejor Talma y Mlle. Mars. Se les llamó á la escena y tambien al autor: su hermano le arrastró por fuerza á un palco; allí se abrazaron mutuamente, el patio estalló en aplausos: era un espectáculo magnifico!

En aquella época conocia yo un poco á Casimiro, y me alegraba infinito por él: nunca he tenido envidia, y sobre todo en aquella época me era enteramente desconocida. Sin embargo, estaba triste y me mortificaba mucho una idea. Atormentábame hacia cuatro años la necesidad de trabajar para el teatro; había estudiado profundamente nuestros grandes maestros, profesábales admiracion profunda, pero sentia al mismo tiempo en mí una imposibilidad completa de hacer algo conforme á las reglas que me habían prescripto seguir, así es que faltaba rara vez á una representacion nueva, esperando hallar siempre en los modernos un punto de partida para un mundo nuevo, una brujula para la estrella oculta, aunque yo buscaba en el cielo un viento que me impeliere en medio de ese océano de pasiones humanas, que llaman drama.

Algo había, de lo que yo anhelaba encontrar, en la obra que acababa de representarse á mi vista. La fuerza, la verdad y la naturalidad con que Talma y Mlle. Mars, habían ejecutado algunos de sus papeles, me confirmaban en la realidad de que se podía crear una manera mas franca en su forma, mas libre en su marcha, mas verdadera en sus detalles; pero todas estas percepciones, no eran todavia mas que los pájaros por el aire y las algas en el Océano, que anunciaban á Cristóbal Colon, estar próximo á una tierra, mas sin decirle á donde se hallaba esta.

Seis meses despues, los actores ingleses, llegaron á Paris. Tres años antes los habían recibido en el teatro de la puerta de San Martin, con silbidos y patatas. Esto era lo que entonces se llamaba espíritu nacional. A la sazón representaban en el Odeon, y la sociedad mas escogida de Paris, tenia que hacer cola para ir á colmar de aplausos á Smithson y á Kemble. En aquella época, vergonzoso me es confesarlo, no conocia yo á Shakespeare si no por las imitaciones de Ducis. Había visto representar el Hamlet á Talma, y por trágico que fuese el actor en esta pálida copia, la obra en sí no me había causado mas que un median placer; mucho trabajo me costó, pues, el decidirme á ver otra vez la misma produccion ejecutada por Kemble, cuya reputacion no era igual ni con mucho á la de nuestro gran trágico.

Dificil me sería contar lo que pasó en mí desde la primera escena. Aquella verdad en el diálogo, del que no entendia entonces una palabra, pero cuya espresion me indicaba el simple acento de los interlocutores, aquella naturalidad en la accion, que se cuidaba poco

de ser trivial, con tal de guardar armonía con el pensamiento, aquel dejarse llevar de las actitudes que aumentaba la ilusión, haciendo creer que el actor, poseído de su papel, olvidaba la presencia de un público, y en medio de todo la poesía, esa diosa que domina siempre en la obra de Shakespeare, y que Smithson interpretaba tan maravillosamente, trastornaba del todo las ideas adquiridas, y me dejaba divisar, como al través de una niebla, la cima resplandeciente de las ideas innatas. En fin al llegar á la escena en que toda la corte reunida asiste á la representación fijada de la tragedia, cuyo asunto real proporcionó la muerte del rey de Dinamarca: cuando despues de haber visto en su fingida demencia al joven Hamlet, tenderse á los pies de su querida jugando con su abanico y mirando á su madre al través de las varillas, observé que conforme se desarrollaba la intriga infernal, daba progresivamente á su rostro la expresión marcada y profunda de una inteligencia superior: cuando le vi arrastrarse de derecha á izquierda de la escena, acercarse á la reina con la boca abierta y ojos centelleantes, en el momento en que reparando que aquella ya no puede soportar el espectáculo de su propio crimen, y se turba y aparta su vista, y va á desmayarse, se endereza de repente gritando: «Light! light! poco faltó para que yo me levantara y gritara lo mismo que él: «Luz! luz!...»

Cinco años habian pasado desde aquella época. Talma habia muerto. Kemble viajaba por América, Smithson despues de haber dado el impulso y el ejemplo á todas las actrices que luego se han adquirido un nombre en el drama moderno, se habla confundido y perdido en la vida privada como una estrella que se apaga en el cielo. Yo mismo despues de haber intentado realizar mis hermosos sueños, y de encontrar cual otro Vasco de Gama, un mundo perdido, disgustado ya al principio de mi carrera, asi como otros lo han estado al fin de su vida, venia á buscar entre las montañas, fuerza para continuar esta lucha, en que cual Sísifo, es preciso rechazar incesantemente el peñasco de la medianía que cae sobre uno. Mlle. Mars, siempre bella, siempre joven, siempre comprendida y amada del público, quedaba únicamente en pie sobre su pedestal, hallaba en su talento fuerzas para resistir á todo, aun á la fortuna, y para colmo de satisfaccion podia viajando por Suiza, encontrar su retrato en el interior de una cabaña.

Estaba en esto de mis reflexiones filosóficas cuando entró Lehmann; dirigime hácia él precipitadamente.

—¿Cómo pues habeis adquirido esos dos retratos?

—Se los compré á un buhonero; me respondió.

—¿Por qué habeis preferido estos?

—Porque eran los retratos del emperador Napoleon y de la emperatriz Josefina.

—El buhonero os ha engañado completamente, esos retratos son de Talma y de Mlle. Mars.

—¿De veras, eh?... ¡ah! pues cuando pase otra vez ya tendré yo muy buen cuidado de devolvérselos.

—Guardaos bien de hacerlo, le dije, al contrario, conservadlos mucho; verdad es que esos retratos no son los del emperador ni de la emperatriz; pero sí los de un gran rey y una gran reina que cual Napoleon y Josefina no han dejado herederos.

Al acabar de comer me preguntó Lehmann si queria acompañarle á la montaña en donde iba á preparar la caza para el día siguiente; y aunque yo no comprendiese muy bien la posibilidad de preparar la caza de gamos, le respondí que estaba pronto á seguirle; entonces él llenó de sal su bolsillo y partimos.

La montaña en que debiamos cazar se llamaba Glarnich: es una nevera de dos cimas en que se atrincheran las gamuzas como en una fortaleza inespugnable. Tomamos el camino real hasta Mitlodi, allí doblamos á la derecha, seguimos la orilla de un riachuelo que no tiene nombre, despues le atravesamos saltando de peña en peña, y nos internamos en un bosque de pinos que se estiende en la base del Glarnich, y al cabo de una hora de marcha, llegamos á la opuesta ladera. Fuimos andando aun como una hora, sin seguir camino alguno trillado, llegando por fin á una especie de arista estrecha y escabrosa por la que Lehmann echó á andar sin mirar si yo le seguia.

Dejéle andar, hasta que viendo que continuaba su camino por aquella especie de puente de Mahoma le llamé.

—Y bien, me dijo volviéndose, ¿y por qué no me seguís?

—¡Toma! porque me rompería la cabeza.

—¿Lo creéis?

—Estoy más que seguro.

—¿Qué demonio!

—¡Vaya! ¿no hay otro camino?

—Sí, pero he tomado el más corto.

—Mal hecho, hubiera preferido andar una legua más.

—Ahora no vale la pena, ya hemos llegado, mirad, dijo señalándome con el dedo una esplanada verde situada á la otra parte del puente que atravesaba, voy allí.

—Idos, lo que es hoy me quedo aquí, mañana veremos si soy más valiente.

—¡Mañana! mañana tomaremos otro camino.

—¿Mejor que este?

—Camino real.

Ea pues, con Dios, con Dios, que yo me quedo descansando.

Tendime, fija la vista en Lehmann, que continuó su camino, atravesó sin novedad el

peligroso paso en que se habia metido, y luego que estuvo en la llanura sacó la sal de su bolsillo y se puso á sembrarla cual un Labrador el trigo. Le miré mientras pude verle sin comprender nada de aquella maniobra, y esperando preguntarle el significado á su regreso; pero á poco tomó una cuesta que le ocultó á mi vista. Esperé diez minutos más mirando al lado por donde habia desaparecido; pero de repente volvió á aparecer á una gran distancia, con una rama de árbol en la mano, y siguiendo para volver al puente, la cima del precipicio. Llegado al sitio de la arista, ató á la rama un pañuelo de algodón encarnado, la plantó en la grieta de una piedra, y se dirigió hácia mí.

—Ea, me dijo, ya he concluido.

—¿Y qué resultado dará esto?

—Que mañana el rocío derretirá la sal sembrada esta tarde, y como las gamuzas son muy aficionadas á yerba salada, se reunirán cinco ó seis ó acaso diez en el sitio donde las atraiga su golosina. Este sitio está á tiro de bala de una roca hasta donde puedo llegar sin ser visto. Al tiro se huirán por este lado, pero mi pañuelo les impedirá la fuga, y se verán obligadas á pasar todas unas tras de otras por junto al parage en que os emboscaré, de suerte que tendremos muy poca habilidad si cada uno no carga con una res.

Esta seguridad me infundió nuevos bríos para el día siguiente. Tomamos la vuelta de la casa, á donde llegamos muy entrada la noche. Como Lehmann amenazaba despertarme á las dos de la madrugada, me retiré á mi habitación, y hecha mi oración dramática á Talma y á Mlle. Mars, me dormí con el sueño del justo, y soñé que mataba seis gamuzas.

UNA CACERIA DE GAMUZAS.

Próspero Lehmann cumplió su palabra, entrando á las tres en mi cuarto, equipado ya para la cacería; yo salté de la cama, y en un momento estuve también listo. Titubeé un instante entre llevarme la carabina, que no fallaba, alcanzando muy lejos, y la escopeta, que me ofrecia la ventaja de un segundo tiro; al fin me decidí por la escopeta de dos tiros; encontré en la mesa los restos de la cena de la noche anterior, pero era demasiado temprano para que yo tuviese ganas de hacerles los honores. Contentéme con llenar mi calabaza de kirsch, y meter un pedazo de pan en el morral. Lehmann, al verlo que yo hací se echó á reír y me dijo:

—No os cargueis demasiado, que ya almorzaremos en la montaña, y metió en su morral un paquete que me pareció contenía gran surtido de provisiones confortables.

En seguida nos pusimos en marcha, pero tomando segun me habia dicho Lehmann, otro camino distinto del de la vispera, pues en lugar de seguir la carretera hasta Mitlodi, la atravesamos, yendo en línea recta por medio de la llanura; al cabo de media hora llegamos á un pueblecillo que mi compañero dijo llamarse Serrati. Luego que salimos de él, nos hallamos á orillas de un pequeño lago de aguas mansas, silenciosas y plateadas. La noche era turbada únicamente por un arroyuelo que descendiendo del Glarnich se arrojaba saltando sobre los guijarros en aquel magnífico espejo de las hadas. Le subimos contra la corriente hasta su nacimiento, y al llegar á él Lehmann se internó en la montaña haciéndome señas para que le siguiera, pues aunque muy apartados del sitio en que esperábamos encontrar la caza, hacia ya rato que no nos hablábamos por temor de que alguno de esos ecos extraños que hay en las montañas, y que transmiten la voz á una distancia á la que nos parece que no alcanzaria la detonación de una escopeta, no fuese indiscretamente á despertar antes de tiempo á los que ibamos á saludar así que se levantarán. Por lo demás, Lehmann como cazador prudente y ejercitado, habia tomado el viento de manera que con algunas precauciones por nuestra parte no podían sentirnos.

Caminamos así cosa de una media hora por caminos bastante difíciles, pero sin embargo, practicables; pasando de cuando en cuando por junto á vastas sábanas de nieve que evitábamos por temor del ruido que hubieran hecho al crujir bajo nuestros pies. El aire se iba refrescando sensiblemente conforme nos aproximábamos á la region de los hielos. En fin, al pie de una roca encontramos una cabaña medio enterrada. Lehmann empujó la puerta, y entró el primero, yo le seguí.

—Ya hemos llegado, me dijo, y aquí podemos hablar, pues no hay eco que nos venda: dentro de un cuarto de hora empezará á amanecer y entonces nos iremos cada uno á nuestro puesto.

—Y no valdría más, le contesté, ¿irnos á colocar ahora que es de noche? tendríamos una ventaja más, la de no ser vistos.

—Sí, pero podría suceder que una gamuza, al acudir á su cita, encontrase nuestras huellas; y entonces, no solo retrocedería, sino que daría la señal de alarma á sus compañeras, y habríamos andado inútilmente, lo que yendo tras de ellas no corremos riesgo de ser descubiertos por esta parte: y en cuanto al temor de ser vistos, no teneis más que seguirme é imitar todos mis movimientos, y os aseguro que por astutas que sean aun las ganaremos nosotros. Mientras tanto si queréis cer-

raremos la puerta, y nos ocuparemos de ciertos detalles, cuya oportunidad apreciareis mejor dentro de dos horas.

A estas palabras Lehmann tomó el eslabon y encendió una luz, abrió una especie de armario en el que había una cacerola, una sartén, y algunos platos, sacó el paquete de su morral, y depositó cerca de estos utensilios, vino, pan, queso y manteca.

—¡Hola! ¡hola! dije yo manifestando mi aprobación hacia tales preparativos.

—¿Comprendeis? me dijo. Haremos ante una de las mas deliciosas perspectivas de los Alpes, algo mas delicioso que el banquete de un rey, esto es, un almuerzo de cazadores; he pensado que os gustará esto mas que regresar á Glaris.

—¿Y habeis pensado que hemos de freir con esta manteca, que comeremos con nuestro pan?

—¡Toma! el almuerzo está aqui dentro en el cañon de la escopeta.

—¡Diablo! ¡y el mio está vacío!

—Cargad, en cuanto á mi es cosa hecha.

Introduje por una parte un cartucho con diez postas y por la otra dos balas.

—Ya estoy preparado, le dije.

Lehmann miró aquella escopeta que se cargaba con tanta ligereza y comodidad, me la cogió de la mano, y la volvió y revolvió meneando la cabeza.

—¿Quereis serviros de ella y dejarme vuestra carabina? le dije.

Vaciló un instante.

—No, me contestó devolviéndomela: mi carabina es un arma vieja, pero que ya conozco; hace diez años que no nos separamos sino para dormir, cada uno en su sitio; yo estoy tan seguro de ella, como ella lo está de mi, y todas las invenciones nuevas del mundo no son capaces de indisponernos. Guardaos, pues, vuestra escopeta, que yo me guardo la mia, y despachémonos á tomar nuestras posiciones porque las gamuzas deben estar ya en las suyas.

Salimos en seguida; una ligera tinta matinal comenzaba á blanquear el cielo; á nuestros pies se extendía el lago que dormía á la sombra, teniendo en una de sus estremidades el pueblecillo de Serrati, y en el otro el de Richisau; detras de nosotros se elevaba la cresta de la montaña, de la que en toda su longitud pendían como una cabellera blanca las estremidades inferiores de una ribera. Al cabo de veinte pasos encontramos el camino cortado por un ancho ángulo de un cuarto de legua de largo casi; un tronco de árbol estaba echado entre ambas orillas; miré en derredor nuestro, y viendo que no había otro paso, me agarré del brazo de Lehmann, y me comprendió perfectamente.

—Estad tranquilo, me dijo en voz baja, ese camino es para mi; el vuestro es mas fácil, seguid la ribera del arroyo, á su extremo en-

contrareis un gran peñasco que domina á una pequeña esplanada de veinte pasos, que está como una isla, rodeada de precipicios por todas partes; así que yo haya tirado, se dirigrán las gamuzas por aquel lado, y cuantas haya otras tantas saltarán del peñasco á la esplanada y de allí á un prado que ésta domina.

Ahora ocupad pronto vuestro punto de espera sin meter el menor ruido, y aguardadme.

—¿Podria esperarme aqui un instante para ver cómo pasais á la otra orilla sin balancin?

—Perfectamente, no es nada difícil, mirad.

Lehmann se quitó los zapatos, se echó la carabina á la espalda, y asiéndose con los pies desnudos á las asperezas del tronco, echó á andar por aquel estrecho y vacilante camino con tanta seguridad, cual pudiera haber tenido en el puente de las Artes de Paris.

Aquello era tan horroroso que solo con mirar aquel hombre sentia yo que se me iba la cabeza; erizáronseme los cabellos, todos los nervios de mi cuerpo se contrajeron como si quisieran anudarse, y no pudiendo permanecer en pie presenciando semejante espectáculo, me vi en la precision de sentarme.

En algunos segundos llegó Lehmann á la otra orilla sin novedad, y viéndome sentado al volverse, se quedó asombrado; yo conocí que no comprendía la razon de mi actitud. Al momento me levanté, y me puse en camino para mi destino. A los diez minutos llegué al peñasco, reconocí la esplanada que dominaba al arroyo que corría á mis pies, y confieso que no pude comprender el doble salto que debian dar las gamuzas, el primero era de veinte pies de altura, poco mas ó menos, y el segundo de quince ó diez y ocho de ancho.

Después que hube inspeccionado mi puesto, me situé en un sitio, y dirigiendo mi vista hacia el punto en que había dejado á Lehmann, le divisé, que después de haber dado una gran vuelta para tomar bien la direccion del aire, trepaba por la montaña mas bien á modo de serpiente ó jaguar que se arrastraba, que no como un hombre que ha recibido de Dios las piernas para andar y el hueso sublime para mirar al cielo.

De cuando en cuando se paraba repentinamente, quedábase inmóvil como el tronco de un árbol; entonces á fuerza de fijar la vista sobre el mismo objeto, se confundian todos ellos; yo no podia diferenciar ya al cazador de las rocas que le rodeaban, hasta que un nuevo movimiento me hizo distinguir la naturaleza animada de la naturaleza muerta. Luego volvió á andar con la misma maña y la misma precaución, aprovechándose de todos los accidentes del terreno que pudieran favorecer su marcha; ocultando esta á los ojos de la res descuidada á la que intentaba alcanzar; muchas veces le veia desaparecer detras de unas matas, le creia parado en el mismo sitio en que mis ojos le habían perdido de vista; quedábame mirando fijamente al parage en el

que creia que estaba; pero de repente á treinta ó cuarenta pasos, le volvía á ver andando de puntillas, en cuclillas ó boca abajo, según el terreno le permitia adoptar alguno de estos modos de locomocion: por fin, le vi detenerse detras de un peñasco, levantar la cabeza, acercar su escopeta al hombro, apuntar un rato, luego bajar otra vez la escopeta, atravesar un nuevo espacio de diez pies, ganar otra piedra, apoyar de nuevo en ella el cañon de la carabina, apuntar segunda vez, luego quedarse inmóvil como el peñasco que le servia de apoyo. Es necesario ser cazador para concebir lo que yo sentia en aquel momento: estaba sin aliento, mi corazón saltaba con tal fuerza que le oia palpar. Por último, un relámpago iluminó la montaña. Un segundo después llegó su estrépito hasta mí, pasó sobre mi cabeza, y fué á resonar como un trueno con los ecos del Glarnich. En cuanto á Lehmann se había quedado echado en el mismo sitio sin moverse después del tiro. No adivinaba yo la causa de su inaccion, cuando de repente le vi apoyar la culata de su escopeta sobre el peñasco, preparar segunda vez, apuntar con la misma atencion, siguiendo á este nuevo relámpago otra nueva detonacion; esta vez se levantó al momento, dando un grito y haciéndome señas para avisarme. En efecto, al mismo tiempo pasó sobre mí una sombra, cayó sobre la esplanada una gamuza, y de un brinco, tan rápido, que apenas me dió tiempo de verla, se lanzó á la otra orilla del arroyuelo. Estaba yo aun aturdido de tal velocidad, cuando una segunda sombra repitió la misma maniobra. Maquinalmente me eché la escopeta á la cara, al mismo punto pasó otra tercera sombra, y así que tocaba en la esplanada la disparé un tiro que al parecer la arrebató entre la llama y el humo. Eché á correr al momento á la orilla del arroyo, y vi á mi gamuza, que herida sin duda no había podido saltarlo, y se hallaba agarrada con los cascos de sus patas á las asperezas del muro inclinado que forma el peñasco. Aprovechéme de aquel instante, á pesar de lo rápido que era, y le disparé mi segundo tiro: al punto se soltó del ángulo á que se adhería rodando al fondo del precipicio. Arroqué mi escopeta, y bajé sin saber de qué manera, de árbol en árbol y de peña en peña, no acordándome de mareos ni mucho menos de mis vértigos; veia al animal luchando con las convulsiones de la agonía, con miedo que se me escapase, volviendo á subir ó encontrando alguna salida subterránea, ó por otro cualquiera medio. De manera que no me cuidé de nada mas que del modo de bajar hasta él sin acordarme cómo subiria luego, me dejé resbalar desde la altura de treinta pasos por el declive de la piedra, y me hallé inmediatamente junto á mi victima, sin mas novedad que la desaparicion de la parte posterior de mis calzones. Arroquéme furiosamente sobre ella, creyendo todavía que se me podria escapar;

no había cuidado, el pobre animal estaba ya muerto. Até en seguida las cuatro patas juntas, me la eché al hombro, y orgulloso con mi presa me apresuré á reunirme con mi compañero. Desgraciadamente era muy difícil; me encontraba en el fondo de un verdadero embudo, y por ningun lado era el declive tan fácil que pudiera yo subir solo y sin ayuda. Un instante estuve dando vueltas al rededor de mi foso, ni mas ni menos, como los osos del Jardin de las Plantas. Después, viendo no tenía medio alguno para mi ascension, me decidí á pasar por la vergüenza de llamar á Lehmann en mi ayuda. En el momento que yo abria la boca, oí que él me llamaba, y al momento le respondí. Un momento después apareció en el borde de la esplanada con dos gamuzas al hombro.

—¿Qué diablos haceis ahí? me dijo. ¿Por qué os habeis metido ahí dentro?

—¡Pardiez! ya lo veis, le respondí enseñándole mi gamuza, he bajado para buscar mi almuerzo, solamente que ahora no puedo subir.

—¡Caramba! parece que hemos hecho cada cual nuestro negocio; ahora solo se trata de sacaros de ahí.

—Si, sí, contesté, me parece que es lo mas urgente.

—Está bien, esperadme.

—¡Oh! podeis estar tranquilo, no me escapare.

Lehmann tomó el mismo camino casi que yo seguí, bajando por los peñascos con una agilidad asombrosa, de modo que el cabo de algunos segundos se halló al borde del declive por donde me había yo dejado resvalar.

—Ahora, me dijo echándome la punta de una cuerda, ¿quereis desembarazaros de vuestra gamuza, que siempre os pesará unas sesenta libras?

—Con mucho gusto.

—Pues atad las patas con esa cuerda, ella va á enseñaros el camino.

—En efecto, concluida esta operacion, tuve el gusto de ver á mi caza tirada por Lehmann, llegar á las regiones superiores, no sin dejar algunos fragmentos de su piel y hasta de su carne en todas las escabrosidades de la peña: esto me dió motivo para serias reflexiones.

—Lehmann! dije.

—¿Qué? dijo el cazador poniendo la mano sobre mi gamuza.

—Decid, ¿pensais serviros del mismo método para mi de que os habeis servido para el animal?

—¿Qué disparate, para vos hay que servirse de otra maniobra.

—¿Larga de disponer?

—Bastarán solo cinco minutos.

—Entonces, bien; obrad, amigo, obrad.

Lehmann se alejó y yo me puse á pasear silbando por el fondo de mi embudo: al cabo del tiempo indicado levanté la vista y no

vi á nadie: entonces me senté sobre una peña, que sin duda había rodado como yo á aquella especie de trampa, riéndome de la ridícula posición en que me encontraba. Al cabo de diez minutos me pareció que ya había esperado bastante, y levantándome, llamé á Lehmann: nadie me respondió; llamé por segunda vez, y me sucedió lo mismo.

Entonces sentí algún cuidado, no conocía á aquel hombre á quien con tanta confianza había hecho mi compañero de caza. Hallábame perdido en una montaña, que él solo frecuentaba en sus escursiones matutinas, enterado á veinte y cinco pies de profundidad en una especie de barranco del que era imposible escalar la cúspide; nadie sabía donde yo estaba, aquel hombre podía haber sido tentado por mis armas y por unos cincuenta lises que le había dado á guardar. Aquel hombre podía bajar tranquilamente á su casa, y en lo sucesivo cazar por otra parte; no me mataba, pero me dejaba morir. Este temor era estúpido, lo conozco bien, pero las ideas se nos vienen acordes con la situación en que nos encontramos, y la mía no dejaba de ser ridícula, sino para convertirse en terrible.

Sin embargo, resolví no permanecer así en mi agujero sin hacer al menos algunos esfuerzos para salir de él: busqué un parage donde algunas asperezas y dificultades más salientes de la roca me permitiesen apoyar mis pies y mis manos, y comencé á intentar escalar y subir; pero no tardé en convencerme de que era imposible: dos veces llegué á una altura de tres ó cuatro pies, pero al llegar allí volvía á bajar al fondo de mi barranco con gran detrimento de mis manos y de mis rodillas. No por eso comenzaba menos una tercera tentativa, cuando una voz me dijo:

—Si queréis subir así quitaos á lo menos vuestros zapatos.

Alcé la cabeza y vi á Lehmann, calculé lo ridículo que sería dejarle sospechar los temores que yo había tenido, y le contesté resueltamente, que como había tardado me estaba ensayando entretanto para ver como habría salido del paso sino hubiese podido contar con su socorro.

—No es culpa mía, repuso Lehmann, me ha sido preciso andar un cuarto de legua para hallar un pino á propósito para izaros, pero por fin le encontré; voy á bajaros la máquina, os montaré á caballo en una de las ramas, y yo os subiré tirando de la cuerda: no hay más que hacer.

Efectivamente, como se ve, el medio no podía ser más sencillo: dos palos atados en cruz formaban una base que impedía dar vueltas al tronco; me monté en él agarrándome con ambas manos como hace un torpe ginetete que se agarra al arzon de la silla, y á la voz de ¡vamos! comencé á subir hacia atrás con un movimiento sumamente suave y regular: al cabo de algunos segundos se concluyó

el movimiento, y me hallé sentado en tierra; me volví y descubrí á quince pasos á Lehmann que todavía agarraba la otra punta de la cuerda con cuyo auxilio me había subido otra vez á las altas regiones.

—Este es, me dijo, un nuevo modo de viajar, que probablemente no conociais.

—Efectivamente, le respondí, os declaro que no tengo gran vocación por él, pues tal vez no hallaré siempre un guía intrépido y decidido como vos.

Lehmann clavó sus ojos en mí fijamente un instante, pero sin comprender lo que quería decirle, y después no queriendo tomarse el trabajo de investigar por más tiempo la intención de aquella frase que le parecía poco inteligible, me dijo:

—¿No os habeis quejado de mareos?

—Yo lo creo; como que me hacen el hombre más infeliz del mundo.

—¿Queréis que os cure para siempre de ellos?

—¡Vos!

—Sí, yo.

—Ciertamente que lo deseo.

—Dadme el vaso de cuero.

—Allí está.

Acercóse Lehmann á una de las gamuzas, que no estaba aun enteramente muerta, y abriéndola la arteria del cuello, la hizo una sangría en mi vaso hasta llenar las tres cuartas partes.

—Bebed eso, me dijo.

—¡Sangre! exclamé yo con repugnancia.

—Si, sangre de gamo. Bebed, es el remedio más seguro que podéis hallar.

—No, gracias, yo mejor quiero quedarme con mis mareos; además ahora tengo más hambre que sed, y si os lo pide el corazón podéis guardaros para vos esa bebida.

—Gracias, me respondió sencillamente Lehmann, no tengo necesidad de ella; y vertió la sangre, y me devolvió el vaso; después cargándose á la espalda las dos gamuzas.

—Pues qué teneis hambre, me dijo, coged vuestra res, y vamos á almorzar. A propósito, ¿y qué habeis hecho de vuestra escopeta?

—Verdad es, respondí, se ha quedado allí arriba en la esplanada.

—No, no os incomodeis, dijo Lehmann, y lanzándose de roca en roca llegó á la esplanada, y volvió un instante después con el arma, que había encontrado en medio del camino.

Nos encaminamos á la cabaña. Como me lo había prometido Lehmann volví con gran apetito, de suerte que deseando ser de alguna utilidad para activar el trabajo, le pregunté si podía emplearme en alguna cosa: me enseñó entonces una hornilla compuesta de piedras que formaban reunidas un círculo, y me invitó á encender fuego. Al principio me humilló un poco el no tomar más parte en la confección de la comida que se preparaba, pero pensé que lo mejor era obedecer sin replicar; nada hay

que envilezca tanto al hombre como un estómago vacío.

Mientras me ocupaba en estas humildes tareas, Lehmann abrió una de las gamuzas y le sacó la asadura, es decir, el bocado más delicado y que en nuestras cacerías de corzos en los alrededores de París pertenece de derecho á los guardas que nos acompañan. Cinco minutos después, ya estaba cociendo con el condimento de manteca, vino, pimienta y sal, en la lumbre que había encendido y cuya utilidad empezaban á realzarme á mis ojos. Durante este tiempo Lehmann sacó de la cabaña el resto de las provisiones, y lo trajo á una pradera que domina al valle.

—Ahora, le dije, explicadme cómo habeis hecho para matar dos gamuzas con una escopeta de un solo tiro, mientras que yo con una de dos, no he matado más que una.

—¡Oh! la cosa es muy sencilla, me contestó Lehmann. Cuando por la mañana están las gamuzas pastando, colocan siempre una centinela á cincuenta ó sesenta pasos para que dé la alarma en caso de peligro. Debeis saber, que lo que menos asusta á estos animales son las armas de fuego, cuyo ruido confunden con el del trueno ó el de los aludes. Primero tiré al centinela, que cayó sin poder dar la alarma, y luego, volviendo á cargar la escopeta, disparé sobre el cuerpo del ejército, que había levantado la cabeza al primer tiro, pero que no se había inquietado. Al segundo, y al ver tendido á uno de sus camaradas, no sucedió lo mismo á las gamuzas, que huyeron, y viendo que se dirigían á nuestro lado, os hice señas para que os preparáseis á recibir las, lo que habeis hecho bien; además no hay que quejarse para un principiante.

—¿De veras? pero en vez de gastar cumplimientos, mirad si eso está ya cocido, os lo agradeceré más.

—¿Con que teneis hambre? me dijo Lehmann.

—Me estoy muriendo de necesidad.

—Entre tanto comed un pedazo de pan y queso.

—Gracias, soy demasiado goloso para eso. Lehmann, viendo que la cosa urgía, se levantó y volvió con la cacerola.

Entonces comencé uno de esos memorables desayunos de que se acuerda uno todas las veces que tiene hambre, y que yo no he olvidado ni olvidaré jamás en los días de mi vida.

Dos horas después volvíamos á entrar en Glaris, cargados con las tres gamuzas al hombro. Lehmann me había hecho tomar este camino con pretexto de ajustar un guía para el día siguiente, pero en realidad para lisongear mi vanidad de cazador.

Verdaderamente no sé si le agradeci más esta atención que el haberme sacado de mi agujero.

REICHENAU.

Pasé el resto del día ocupado en desollar nuestras gamuzas con cuyas pieles contaba hacerme una alfombra para mi alcoba. Prometiéndome Lehmann enviármelas á Ginebra con la primera proporción, y yo le di las señas de la fonda de la Balanza, donde contaba recogerlas á mi regreso de Schaffausen y de Neuchâtel.

Al amanecer del día siguiente me puse en camino, acompañado del guía que habíamos tomado la víspera en Glaris; Lehmann me acompañó hasta Schwauden, y allí entramos en casa de un amigo suyo á quien había avisado de antemano y en donde hallamos ya listo el almuerzo. Esta sorpresa tuvo por resultado una parada en el camino de tres horas, de modo que por muy diligentes que en el resto de la jornada anduvimos, nos vimos obligados á hacer noche en Rutti en vez de llegar hasta An como habíamos contado hacerlo.

Al salir de la aldea del Linthal, el camino deja de ser de ruedas, y es un sendero, que serpenteando á través de risueñas praderas, tiene á la derecha la cascada de Fitschbach, se encarama por una cuesta muy pinta en los costados del Schren, y después de una subida de media hora, conduce al Pantenbrücke. Ningun recuerdo histórico va unido á este puente, cuyo único mérito es su pintoresca situación; echado de una montaña á otra y estendiéndose sobre un barranco profundo domina estrecho y sin parapeto, á la altura de doscientos pies el torrente de Lininth, que hierve y espumea en el fondo de su lecho sombrío y encajonado. El paisaje solitario y quebrado en medio de que se halla, aumenta todavía el efecto del terror que produce el abismo, y que se experimenta á pesar de uno en medio de aquella soledad y de aquel caos.

Atravesamos el Pantenbrücke, nos internamos en el Selbsanft y costeano siempre el riachuelo de Limmern que pasamos junto á su nacimiento, yo saltándolo, y Francesco y mi guía levantándose los pantalones, nos metimos entre las nieves que habían caído tres días antes. Felizmente nuestro guía había andado veinte veces aquel camino para pasar del Linthal á los Grisons, de modo que, aun que habían desaparecido enteramente todo camino trillado, nos dirigí con un increíble instinto de montañés por medio de las nieves de las rocas y precipicios, hasta la cima de la montaña, desde donde divisamos todo el valle del Rhin. Tres horas después nos halláramos en Hanz, primera población que se encuentra sobre el Rhin; paramos en la fonda del Leon.

vi á nadie: entonces me senté sobre una peña, que sin duda había rodado como yo á aquella especie de trampa, riéndome de la ridícula posición en que me encontraba. Al cabo de diez minutos me pareció que ya había esperado bastante, y levantándome, llamé á Lehmann: nadie me respondió; llamé por segunda vez, y me sucedió lo mismo.

Entonces sentí algún cuidado, no conocía á aquel hombre á quien con tanta confianza había hecho mi compañero de caza. Hallábame perdido en una montaña, que él solo frecuentaba en sus escursiones matutinas, enterado á veinte y cinco pies de profundidad en una especie de barranco del que era imposible escalar la cúspide; nadie sabía donde yo estaba, aquel hombre podía haber sido tentado por mis armas y por unos cincuenta lises que le había dado á guardar. Aquel hombre podía bajar tranquilamente á su casa, y en lo sucesivo cazar por otra parte; no me mataba, pero me dejaba morir. Este temor era estúpido, lo conozco bien, pero las ideas se nos vienen acordes con la situación en que nos encontramos, y la mía no dejaba de ser ridícula, sino para convertirse en terrible.

Sin embargo, resolví no permanecer así en mi agujero sin hacer al menos algunos esfuerzos para salir de él: busqué un parage donde algunas asperezas y dificultades más salientes de la roca me permitiesen apoyar mis pies y mis manos, y comencé á intentar escalar y subir; pero no tardé en convencerme de que era imposible: dos veces llegué á una altura de tres ó cuatro pies, pero al llegar allí volvía á bajar al fondo de mi barranco con gran detrimento de mis manos y de mis rodillas. No por eso comenzaba menos una tercera tentativa, cuando una voz me dijo:

—Si queréis subir así quitaos á lo menos vuestros zapatos.

Alcé la cabeza y vi á Lehmann, calculé lo ridículo que sería dejarle sospechar los temores que yo había tenido, y le contesté resueltamente, que como había tardado me estaba ensayando entretanto para ver como habría salido del paso sino hubiese podido contar con su socorro.

—No es culpa mía, repuso Lehmann, me ha sido preciso andar un cuarto de legua para hallar un pino á propósito para izaros, pero por fin le encontré; voy á bajaros la máquina, os montaré á caballo en una de las ramas, y yo os subiré tirando de la cuerda: no hay más que hacer.

Efectivamente, como se ve, el medio no podía ser más sencillo: dos palos atados en cruz formaban una base que impedía dar vueltas al tronco; me monté en él agarrándome con ambas manos como hace un torpe ginetete que se agarra al arzon de la silla, y á la voz de ¡vamos! comencé á subir hacia atrás con un movimiento sumamente suave y regular: al cabo de algunos segundos se concluyó

el movimiento, y me hallé sentado en tierra; me volví y descubrí á quince pasos á Lehmann que todavía agarraba la otra punta de la cuerda con cuyo auxilio me había subido otra vez á las altas regiones.

—Este es, me dijo, un nuevo modo de viajar, que probablemente no conociais.

—Efectivamente, le respondí, os declaro que no tengo gran vocación por él, pues tal vez no hallaré siempre un guía intrépido y decidido como vos.

Lehmann clavó sus ojos en mí fijamente un instante, pero sin comprender lo que quería decirle, y después no queriendo tomarse el trabajo de investigar por más tiempo la intención de aquella frase que le parecía poco inteligible, me dijo:

—¿No os habeis quejado de mareos?

—Yo lo creo; como que me hacen el hombre más infeliz del mundo.

—¿Queréis que os cure para siempre de ellos?

—¡Vos!

—Sí, yo.

—Ciertamente que lo deseo.

—Dadme el vaso de cuero.

—Allí está.

Acercóse Lehmann á una de las gamuzas, que no estaba aun enteramente muerta, y abriéndola la arteria del cuello, la hizo una sangría en mi vaso hasta llenar las tres cuartas partes.

—Bebed eso, me dijo.

—¡Sangre! exclamé yo con repugnancia.

—Si, sangre de gamo. Bebed, es el remedio más seguro que podéis hallar.

—No, gracias, yo mejor quiero quedarme con mis mareos; además ahora tengo más hambre que sed, y si os lo pide el corazón podéis guardaros para vos esa bebida.

—Gracias, me respondió sencillamente Lehmann, no tengo necesidad de ella; y vertió la sangre, y me devolvió el vaso; después cargándose á la espalda las dos gamuzas.

—Pues qué teneis hambre, me dijo, coged vuestra res, y vamos á almorzar. A propósito, ¿y qué habeis hecho de vuestra escopeta?

—Verdad es, respondí, se ha quedado allí arriba en la esplanada.

—No, no os incomodeis, dijo Lehmann, y lanzándose de roca en roca llegó á la esplanada, y volvió un instante después con el arma, que había encontrado en medio del camino.

Nos encaminamos á la cabaña. Como me lo había prometido Lehmann volví con gran apetito, de suerte que deseando ser de alguna utilidad para activar el trabajo, le pregunté si podía emplearme en alguna cosa: me enseñó entonces una hornilla compuesta de piedras que formaban reunidas un círculo, y me invitó á encender fuego. Al principio me humilló un poco el no tomar más parte en la confección de la comida que se preparaba, pero pensé que lo mejor era obedecer sin replicar; nada hay

que envilezca tanto al hombre como un estómago vacío.

Mientras me ocupaba en estas humildes tareas, Lehmann abrió una de las gamuzas y le sacó la asadura, es decir, el bocado más delicado y que en nuestras cacerías de corzos en los alrededores de París pertenece de derecho á los guardas que nos acompañan. Cinco minutos después, ya estaba cociendo con el condimento de manteca, vino, pimienta y sal, en la lumbre que había encendido y cuya utilidad empezaban á realzarme á mis ojos. Durante este tiempo Lehmann sacó de la cabaña el resto de las provisiones, y lo trajo á una pradera que domina al valle.

—Ahora, le dije, esplicadme cómo habeis hecho para matar dos gamuzas con una escopeta de un solo tiro, mientras que yo con una de dos, no he matado más que una.

—¡Oh! la cosa es muy sencilla, me contestó Lehmann. Cuando por la mañana están las gamuzas pastando, colocan siempre una centinela á cincuenta ó sesenta pasos para que dé la alarma en caso de peligro. Debeis saber, que lo que menos asusta á estos animales son las armas de fuego, cuyo ruido confunden con el del trueno ó el de los aludes. Primero tiré al centinela, que cayó sin poder dar la alarma, y luego, volviendo á cargar la escopeta, disparé sobre el cuerpo del ejército, que había levantado la cabeza al primer tiro, pero que no se había inquietado. Al segundo, y al ver tendido á uno de sus camaradas, no sucedió lo mismo á las gamuzas, que huyeron, y viendo que se dirigían á vuestro lado, os hice señas para que os preparáseis á recibir las, lo que habeis hecho bien; además no hay que quejarse para un principiante.

—¿De veras? pero en vez de gastar cumplimientos, mirad si eso está ya cocido, os lo agradeceré más.

—¿Con que teneis hambre? me dijo Lehmann.

—Me estoy muriendo de necesidad.

—Entre tanto comed un pedazo de pan y queso.

—Gracias, soy demasiado goloso para eso. Lehmann, viendo que la cosa urgía, se levantó y volvió con la cacerola.

Entonces comencé uno de esos memorables desayunos de que se acuerda uno todas las veces que tiene hambre, y que yo no he olvidado ni olvidaré jamás en los días de mi vida.

Dos horas después volvíamos á entrar en Glaris, cargados con las tres gamuzas al hombro. Lehmann me había hecho tomar este camino con pretexto de ajustar un guía para el día siguiente, pero en realidad para lisongear mi vanidad de cazador.

Verdaderamente no sé si le agradeci más esta atención que el haberme sacado de mi agujero.

REICHENAU.

Pasé el resto del día ocupado en desollar nuestras gamuzas con cuyas pieles contaba hacerme una alfombra para mi alcoba. Prometiome Lehmann enviármelas á Ginebra con la primera proporción, y yo le di las señas de la fonda de la Balanza, donde contaba recogerlas á mi regreso de Schaffausen y de Neuchâtel.

Al amanecer del día siguiente me puse en camino, acompañado del guía que habíamos tomado la víspera en Glaris; Lehmann me acompañó hasta Schwauden, y allí entramos en casa de un amigo suyo á quien había avisado de antemano y en donde hallamos ya listo el almuerzo. Esta sorpresa tuvo por resultado una parada en el camino de tres horas, de modo que por muy diligentes que en el resto de la jornada anduvimos, nos vimos obligados á hacer noche en Rutti en vez de llegar hasta An como habíamos contado hacerlo.

Al salir de la aldea del Linthal, el camino deja de ser de ruedas, y es un sendero, que serpenteando á través de risueñas praderas, tiene á la derecha la cascada de Fitschbach, se encarama por una cuesta muy pinta en los costados del Schren, y después de una subida de media hora, conduce al Pantenbrücke. Ningun recuerdo histórico va unido á este puente, cuyo único mérito es su pintoresca situación; echado de una montaña á otra y extendiéndose sobre un barranco profundo domina estrecho y sin parapeto, á la altura de doscientos pies el torrente de Lininth, que hierve y espumea en el fondo de su lecho sombrío y encajonado. El paisaje solitario y quebrado en medio de que se halla, aumenta todavía el efecto del terror que produce el abismo, y que se experimenta á pesar de uno en medio de aquella soledad y de aquel caos.

Atravesamos el Pantenbrücke, nos internamos en el Selbsanft y costeano siempre el riachuelo de Limmern que pasamos junto á su nacimiento, yo saltándolo, y Francesco y mi guía levantándose los pantalones, nos metimos entre las nieves que habían caído tres días antes. Felizmente nuestro guía había andado veinte veces aquel camino para pasar del Linthal á los Grisons, de modo que, aun que habían desaparecido enteramente todo camino trillado, nos dirigí con un increíble instinto de montañés por medio de las nieves de las rocas y precipicios, hasta la cima de la montaña, desde donde divisamos todo el valle del Rhin. Tres horas después nos halláramos en Hanz, primera población que se encuentra sobre el Rhin; paramos en la fonda del Leon.

Al día siguiente salimos para Reichenau á donde llegamos á las doce.

Esta pequeña aldea del canton de los Grisones, no tiene nada de notable, sino la estraña anécdota que va unida á su nombre. A fines del último siglo habia el burgo-maestre Scharner de Coire establecido una escuela en Reichenau. Buscábase por todo el canton un profesor de francés, cuando se presentó un jóven á Mr. Boul, director del establecimiento, con una carta de recomendacion firmada por el bailio Luis Toost de Zitzere. Era francés, hablaba como su materno idioma el inglés y el alemán, y podia enseñar ademas de estas tres lenguas, las matemáticas, la física y la geografía. El hallazgo era demasiado raro y maravilloso para que el director del colegio lo dejase escapar; ademas, el jóven era modesto en sus pretensiones. Mr. Boul lo ajustó en mil cuatrocientos francos al año, y el nuevo profesor comenzó á ejercer inmediatamente sus funciones.

Aquel jóven profesor era Luis Felipe de Orleans, duque de Chartres, despues rey de Francia.

Confieso que senti una emocion mezclada de orgullo, al hacerme dar detalles sobre aquella singular vicisitud de una fortuna real, que no quiso mendigar el pan del destierro y lo habia comprado dignamente con su trabajo: en el mismo sitio, en aquel cuarto situado en medio del corredor, con su puerta de entrada de dos hojas, sus puertas laterales con flores pintadas, sus chimeneas colocadas en los ángulos, sus cuadros á lo Luis XV con marcos de arabescos de oro, y su techo artesonado. En 1832, época en que yo visitaba el colegio, existia un solo profesor, colega del duque de Orleans, y un solo estudiante su discípulo; el profesor es el novelista Zschokke, y el estudiante el burgo-maestre Tscharner, hijo del mismo que habia fundado la escuela. En cuanto al digno bailio Luis Toost, murió en 1827, y ha sido enterrado en Zitzere, lugar de su naturaleza.

Hoy ya no queda nada en Reichenau del colegio en que fué profesor un futuro rey de Francia, sino el cuarto de estudio que hemos descrito, y la capilla contigua al corredor con su tribuna y su altar, sobre el que se ve un crucifijo pintado al fresco. El resto del edificio se ha convertido en una especie de villa ó quinta perteneciente al coronel Pestaluzzi, y este recuerdo tan honroso para todo francés, que merece ser colocado entre nuestros recuerdos nacionales, amenazaria de desaparecer con la generacion de ancianos que se estingue, si no conociésemos un hombre de corazon de artista, noble y grande, que esperamos no deje olvidar nada de lo que es honroso para él y para la Francia.

Este hombre sois vos, monseñor Fernando de Orleans, vos que despues de haber sido nuestro camarada de colegio seréis tambien

nuestro rey (1); vos que desde el trono á donde subireis un día, tocareis con una mano á la vieja monarquía, y con otra á la jóven república: vos que heredareis las galerias que contienen las batallas de Taillebourg y de Fleurus, de Bobines y de Aboukir, de Azincourt y de Marengo; vos que no ignorais que las flores de lis de Luis XIV son los hierros de las lanzas de Clodoveo; vos que sabeis muy bien que todas las glorias de un pais son glorias, cualesquiera que sea el tiempo que las ha visto nacer y el sol que las haya hecho florecer: vos, en fin, que con vuestra diadema real podreis ligar dos mil años de recuerdos y formar con ello las fasces consulares de los lictores que marcharán delante de vos.

¡Cuán hermoso os será entonces, monseñor, recordaros ese pequeño puerto aislado, donde vuestro padre pasajero combatido por el mar del destierro, marinero arrojado por el viento de la proscripción, encontró un tan noble abrigo contra la tempestad! Grande será en vos, monseñor, el mandar que se levanten otra vez para la hospitalidad ese techo hospitalario, y sobre el mismo sitio en que se desmorona el antiguo edificio, se levante otro nuevo destinado á recibir á todo hijo de proscripción que llegue con el báculo del destierro en la mano á llamar á sus puertas cual vuestro padre, y esto, cualquiera que sean su opinion y su patria, ora sea amenazado por la cólera de los pueblos, ora perseguido por el odio de los reyes.

Porque, monseñor, el porvenir sereno y azulado para la Francia que ha completado su obra revolucionaria, está preñado de tempestades para el mundo; hemos sembrado tantas libertades en nuestras expediciones por Europa, que por todas partes brotarán de la tierra como las espigas en el mes de mayo, tanto que no se necesita mas que un rayo de nuestro sol para madurar las mieses mas lejanas; tornad los ojos, monseñor, sobre lo pasado y fijadlos despues sobre lo presente. ¿Habeis sentido jamás mas sacudimientos en los tronos y encontrado por los caminos reales tantos viajeros destronados? Bien veis, monseñor, que llegará un día en que necesitareis fundar un asilo aunque no sea mas que para los hijos de los reyes, cuyos padres no puedan como el vuestro, ser profesores en Reichenau.

(1) Dumas ha sido mal profeta. Fernando de Orleans pereció lastimosamente en 1842 de una caída de su carruaje habiéndose desbocado los caballos en Neully. Luis Felipe cayó del trono en 1848; la revolucion le arrojó con toda su familia de Francia, y despues de dos años de una republica efimera, en 1852 se restableció el imperio y ocupa el trono la dinastía de Napoleon.

PAULINA.

La misma noche fui á dormir á Coire, y al día siguiente, gracias á un carruaje que me proporcioné con gran trabajo en la capital de los Grisones, llegué hácia las once de la mañana á Ragatz. No era esta pequeña aldea la que me llamaba, porque no hay en ella nada notable, sino es el Tamina, que á algunos pasos de la posada del Salvage, sale furioso de la profunda garganta por la que rueda encajonado durante tres ó cuatro leguas, y va á arrojarse en el Rhin; eran los baños de Pfeffers, cuya situacion pintoresca atrae tantos curiosos, al menos como enfermos, la eficacia de sus aguas. Así marchamos inmediatamente para Valenz, á donde llegamos despues de una hora de subir por una cuesta pendiente, estrecha y llena de precipicios, y despues de haber caminado otra hora por medio de hermosas praderas. Una legua mas adelante parece que de repente falta la tierra, y á novecientos pies de profundidad en el fondo de una angosta quebradura, se descubre el techo cubierto de pizarras del establecimiento, que tiene el aspecto de un monasterio. Una pequeña senda abierta en la montaña y enarenada elegantemente presenta un camino fácil para la bajada y que puede durar unos diez minutos.

Los propietarios de estos baños son los frailes de un convento inmediato, sacan de ellos un producto de doce á quince mil francos. Como la estacion estaba ya bastante adelantada, no habia mas que cinco ó seis enfermos alemanes, y dos viajeros franceses. Viendo que el establecimiento participaba á la vez de fonda y hospicio previne que comeria y cenaria en él: me respondieron que dentro de una hora tendria mi cubierto en la mesa redonda ó en mi cuarto. Esperando por lo que me habian dicho que en el comedor encontraría dos compatriotas, encargué que me reservasen en él un puesto, y marché inmediatamente en busca de las curiosidades que me habian prometido ver.

Bajamos desde luego á un cuarto bajo destinado á servir de salon de los enfermos, que no solamente securan con los baños, si no que tambien toman las aguas en bebida. Como aquella sala no se hallaba aun concluida, no ofrecia interiormente nada de curioso; pero abrieron la puerta, y cambió la cosa de aspecto. Aquella puerta daba sobre una especie de abismo en cuyo fondo corria el Tamina arrastrando en su carrera rocas que redondeata frotándolas sobre su lecho de mármol negro. En frente, á cuarenta pasos casi, se abria el subterráneo que conduce á los manantiales termiales que se hallan en la orilla

opuesta: para llegar á aquellos manantiales se ha echado un puente de tablas bastante mal sujetas sobre las puntas de las rocas, el cual costeaando primero la orilla izquierda del rio, forma un recodo á los doce ó quince pasos, se estiende luego atravesando el precipicio, va á buscar un apoyo en la orilla derecha y presenta su superficie estrecha y resbaladiza á los que quieren internarse como Eneas en aquella especie de antro Cumco. Ademas aquel puente no tenia mas parapeto que los mismos conductos por los cuales llega el agua.

Mucho me miré antes de aventurarme en aquel tremendo y suspendido camino, cuando el mozo de los baños viendo mi temor, me dijo que no hacia diez minutos que una señora acababa de pasarlo sin la menor vacilacion. Compréndese que desde entonces ya no podia retirarme honrosamente; de modo que agarrándome á la tabla lo mismo que se agarra del palo el que se ahoga, me avancé tan bien con los pies y las manos, que llegué sin novedad alguna al otro lado del Tamina.

Continuamos entonces siguiendo aquel peligroso camino y nos internamos por aquella infernal garganta, oyendo rugir bajo nuestros pies el torrente que no nos atreviamos á mirar de miedo de algun vértigo. Era entonces la una de la tarde, de modo que cayendo los rayos del sol perpendicularmente sobre Pfeffers, penetraban á través de los barrancos de dos montañas que uniéndose en algun cataclismo formaron la bóveda de aquel extraño corredor, é iluminado en ciertos parages, dejaban visible la profunda oscuridad del resto del camino. De pronto mi guía me hizo notar dos sombras, que parecidas á Orfeo y á Euridice, asemejaban subir del infierno. Dirigianse hácia nosotros desde el fondo de la caverna, y cada vez que pasaban por debajo de aquellas troneras ó respiraderos se reflejaba en ellas una luz pálida, que nada tenia de viviente. Nos paramos para contemplar aquel episodio del poema del Dante, porque nada impedía que creyésemos fuesen Paolo y Francisca, que conjurados en nombre del amor, acudian como dice el poeta, con seguro y repetido vuelo semejante al de las palomas que se dejan caer.

A medida que iban viniendo hácia mí, ora entrando en la oscuridad, ó volviendo á salir á la claridad, tomaban diferentes y mas fantásticos aspectos. Se aproximaron al fin, y como el eco de sus pisadas se perdia en el estrépito del Tamina, hubiérase dicho que sus pies no tocaban al suelo. A algunos pasos de nosotros se detuvieron, y como cada uno de nuestros dos grupos se hallaba debajo de un rayo de luz, reconocí á Alfredo de N., el jóven pintor que habia intentado alcanzar en Fluden, y que se me habia escapado lanzando él mismo al lago su barco. Apoyábase en su brazo su misteriosa compañera, que al verme

y reconociéndome sin duda, se detuvo vacilando en continuar su camino; sin embargo, no había medio posible de evitar nuestro encuentro. Nos hallábamos en un pasaje más estrecho y más peligroso todavía que el de Layo y Edipo, y todo lo que podíamos hacer, era no disputar la frívola ventaja de los vanos honores del paso. En su consecuencia nos arrimamos contra la pared, y veíase obligada la pareja de los viajeros a pasar por delante de nosotros. Entonces Paulina, pues se recordará bien que este era el nombre que la había dado el conductor del carruaje de Lausana se echó a la cara el velo verde de su sombrero, y cambiando de lado para tomar el borde del precipicio, se deslizó delante de nosotros con tanta rapidez cual si fuese una fantasma; pero no tan rápidamente que no pudiese ver todavía su rostro gracioso pero pálido y casi moribundo. Creí reconocerla, y me estremecí, porque era evidente que aquella mujer herida en los gérmenes de la vida se hallaba atacada de una enfermedad orgánica que lentamente la conducía al sepulcro. En cuanto a Alfredo, al pasar delante de mí, me cogió la mano, y me la apretó sin darme otras pruebas que aquella cierta y muda señal de reconocimiento y de amistad. Nada comprendía de todo aquel misterio, el que sin embargo pensé que debía aclararse un día, y miré alejarse a mi amigo con su compañera, la que libre ya de terror y pareciendo pertenecer a otro mundo, caminaba, ó más bien se deslizaba sin miedo por aquel camino tan peligroso aun para las gentes del país, que enfrente de nosotros había una cruz que indicaba que un trabajador que pasaba cargado de piedras por el mismo sitio en que nos hallábamos se había caído y hecho pedazos en su caída. Permanecimos así inmóviles por un rato, hasta que los perdimos de vista, y después volvimos a tomar nuestro camino.

Continuaba este internándose por debajo de aquella bóveda, que en ciertos parages tiene más de setecientos pies de elevación. Después de cerca de un cuarto de hora de camino en que se retrasa uno por las precauciones que es indispensable tomar, abrió mi guía una puerta y entramos en la cueva del manantial. Aunque el agua que brota no tenga más que treinta y cinco, á treinta y siete grados de calor, el vapor encerrado en aquel estrecho espacio, hace insoportable y al mismo tiempo peligrosa aquella atmósfera; porque al abandonarla, se halla uno en otra helada. Cerramos con prontitud la puerta y volvimos á salir más admirados como suele suceder del camino que habíamos hecho, que del objeto á que nos habíamos dirigido.

No estando dispuesta todavía la comida me aproveché de aquel respiro para abrir la llave de un baño, y á fin de no perder un minuto me tendí debajo del chorro. La cosa es tanto más cómoda, cuanto que el agua llegando á

los baños, con el calor propio de estos, no tiene necesidad de mezclarse con otra.

Pasé mi tiempo en buscar en mi memoria en qué paseo, en qué teatro, ó en qué baile había visto yo aquella muger, que tanto temía dejarse conocer; pero sus facciones se perdían en un mar de recuerdos tan lejanos, que mis pesquisas fueron vanas. Me hallaba en lo más profundo de mis reminiscencias, cuando vinieron á anunciarme que estaba pronta la comida. Como contaba hallarla en la mesa, y poder continuar en ella mis investigaciones, no me ocupaba ya más de ello, y vistiéndome con toda la rapidez posible, seguí al portador de la noticia.

Entré en un inmenso comedor, donde había una mesa de treinta ó cuarenta cubiertos, la que en aquel entonces solo estaba ocupada por una tercera parte de personas. Los convidados eran, según he dicho anteriormente, cinco ó seis enfermos alemanes, y los dos padres que hacían los honores de la casa. Después de haber saludado á todo el mundo, como exige la etiqueta, pregunté si tendría el placer de comer con dos compatriotas. Me contestaron que efectivamente habían antes manifestado la intención de quedarse hasta la tarde en Pfeffers; pero que de repente habían cambiado de parecer, y acababan de marcharse en aquel instante, sin tomar otra cosa más que una taza de caldo, que se habían hecho llevar á su cuarto. Decididamente era por mí únicamente la misantropía de nuestros viajeros.

Me consolé de ella hablando todo el tiempo de la comida con un joven oficial suizo, que era el único de toda aquella digna sociedad que hablaba el francés. Desde luego me admiré de la pureza del lenguaje, pero al punto me reveló que aunque estaba al servicio de la confederación, era compatriota mío, y que había recibido su educación militar en tiempo del emperador. Por su rostro alegre y su excelente apetito, había creído durante una hora, que era un viajero como yo; pero me asombró muchísimo cuando al momento en que nos levantamos de la mesa vi acercarse á él dos criados, cogerlo por debajo de los sobacos, y llevarlo junto á la chimenea. Hallábase completamente paralizado de la pierna izquierda.

Cuando estubo sentado se volvió hacia mi lado, y reparando que yo le había seguido con ojos de asombro, sonrióse con melancolía.

—Aquí veis, me dijo, un pobre imposibilitado que viene á buscar en Pfeffers la salud que probablemente no volverá á recobrar.

—¿Y qué es lo que teneis? le dije, tan joven y tan vigoroso; ¿quizás un pistoletazo?... ¿un desafío?....

—Si, un desafío con Dios, un pistoletazo disparado desde las nubes.

—¡Calla! contesté. ¿Seriais el capitán Buchwalden?

—¡Ay! si....

—¿Vos fuisteis herido por el rayo en el Sentis?

—Instantemente.

—He oído hablar de esa terrible historia.

—Pues aquí teneis al héroe de ella.

—¿Seriais tan bueno que quisiéscis darme algunos detalles?

—Estoy á vuestra disposición.

Me senté cerca del capitán Buchwalden, y encendió este su pipa, yo mi cigarro, y comenzó en estos términos:

UN RAYO.

Si en lugar de estar enterrados en esta hoy, nos hallásemos en la cima de la más pequeña colina, os enseñaría el Sentis: lo reconoceriais fácilmente además, porque es el más alto de los tres picos que se levantan al Nordeste á algunas leguas detrás del lago de Wallenstadt. Su mayor altura es de siete mil setecientos pies sobre el nivel del mar: separa el cantón de Saint-Gall del de Appenzell, y al Norte y al Este permanece eternamente cubierto de nieves y de ventisqueros.

Encargado por la república de hacer observaciones meteorológicas sobre las diferentes montañas de la Suiza: el 29 de junio último salí de Alt-Saint-Johann con diez hombres y mi criado, para ir á plantar mi tienda sobre el más alto pico del Sentis. Aquellos diez hombres llevaban mis viveres, mi tienda, mi capote, mis mantas é instrumentos, de los que mi criado y yo nos habíamos reservado los mejores; mis guías, acostumbrados á pasar todos los días la montaña para ir desde Saint-Gall á Appenzell, me habían asegurado al ponernos en camino, que no nos ofrecería dificultad alguna la ascension; caminábamos, pues, con toda confianza: cuando casi á una tercera parte del camino, descubrimos que las recientes nevadas, caídas algunos días antes, cubrían enteramente los caminos trillados, de suerte que era preciso ir hacia adelante á la ventura. Nos arriesgamos por aquellas solitarias y resbaladizas cuestas, y desde los primeros pasos que dimos, adivinamos los peligros y fatigas reservadas á nuestro viage. En efecto, después de una media hora de camino encontramos que la nieve se iba congelando más y más, y nos fué preciso romperla para continuar nuestro camino; este indispensable trabajo, no solamente consumía todo nuestro tiempo, sino que todavía nos esponsa sin cesar más y más; porque, ¿cómo se

adivinan los torrentes y precipicios bajo de aquella desconocida alfombra sin vestigios, tendida sobre la montaña cual una mortaja? Sin embargo, Dios nos protegió: después de siete horas de una cruel marcha alcanzamos la cima de la montaña. Mandé inmediatamente á mis hombres que encendiesen una gran hoguera, sacasen los viveres de las cestas, y reanimasen sus fuerzas. Comprendereis que para obedecerme no se hicieron de rogar. En cuanto á mí, apenas tomé un vaso de vino: y desasosegado por el sitio en que podría establecer mi campamento, busqué un punto favorable para mis observaciones; no tardé en encontrarlo, señalé el centro con mi bastón ferrado, y volví cerca de mis hombres, que habían concluido su comida. Volvimos juntos al lugar señalado; les hice quitar la nieve en una circunferencia de treinta y cinco á cuarenta pies, desplegué mi máquina, verifiqué mi instalación, y tranquilo ya en cuanto á mi alojamiento, despedí á mis diez hombres que se volvieron á Alt-Saint-Johann, y me quedé solo con Pedro Gobat, mi criado; era un buen hombre, que hacia tres años me servía, y me era tan fiel y decidido, que podía contar con él en todo trance.

Hacia el anochecer vimos amontonarse en derredor nuestro una niebla tan espesa, fría y compacta, que limitaba nuestra vista á un radio de veinte y cinco á treinta pies. Duró dos días y dos noches, ocasionándonos un mal estar de que no os podeis formar ninguna idea; las nieblas de las montañas y del Océano, son peores que la lluvia, porque la lluvia no puede penetrar la lona de la tienda, mientras que estas nieblas penetran por todas partes, os hielan hasta el corazón, y estienen sobre todos los objetos un velo triste y sombrío, de que muy pronto se cubre el alma.

Durante la tercera noche me levanté varias veces alarmado con la obstinación de aquella niebla, para examinar el cielo; por fin, á las tres de la madrugada me pareció ver brillar algunas estrellas. Permanecí en pie para asegurarme: muy pronto un blanco resplandor apareció en el Oriente, una mano invisible descorrió las cortinas de vapores que me rodeaban, dilatose mi horizonte, y salió el sol sobre una cordillera de ventisqueros que parecían perderse entre sus rayos. El cielo permaneció así puro y despejado hasta las diez de la mañana, pero entonces empezaron las nubes á rodearme de nuevo. Me hallé sumergido todo el día en aquel caos de espesa niebla. A la puesta del sol se disiparon de nuevo los vapores y tuve un instante de un magnífico crepúsculo, pero casi de repente se apoderó la noche del espacio, y me acosté aguardando para la mañana siguiente un día más hermoso y más despejado.

Me equivocaba; este singular fenómeno se renovó todas las mañanas durante un mes; durante un mes tuve el valor de permanecer

asi, no teniendo mas que el sueño por refugio contra el fastidio, y por consuelo contra el aislamiento. Al fin, el 4 de julio cayó un diluvio, y el frio y el viento arreciaron á tal punto que Gobat y yo no pudimos dormir, y pasamos la noche en sujetar nuestra tienda con nuevas cuerdas arrolladas á las estacas que la sostenian. A las cuatro de la madrugada la montaña se rodeó de nieblas, que apesar del viento permanecieron muy espesas á nuestro alrededor. De tiempo en tiempo, por la sombra que hacian al pasar, adivinamos que opacas nubes atravesaban sobre nuestras cabezas, pero juzgábamos por estas mismas sombras, que el cierzo las arrastraba con tal rapidez, que no tendrían sin duda tiempo de formar tempestad.

Mientras tanto se adelantaron del Este á su vez mas espesas masas, pero marchando con lentitud contra el viento empujadas por una corriente superior. Llegadas sobre el Sentis, pareció que se detenian: la lluvia atravesó nuestra niebla, y comenzó á oírse el trueno en lontananza. Pronto los silbidos del viento se mezclaron á los estallidos del rayo, y todo anunció una terrible batalla en que iban á tomar parte el cielo y la tierra. De repente la lluvia se convirtió en granizo, y este granizo cayó con tal abundancia, que á los diez minutos quedó cubierta toda la cima de la montaña con una capa de dos pulgadas de granizos gruesos como garbanzos. Reconoci todos los síntomas de una furiosa tempestad, y me refugié en mi tienda con mi criado; cerré cuidadosamente todas las aberturas para que el huracan no tuviese por donde atacarla. Hubo un momento de silencio; profundo, y creyendo Gobat que habia pasado la tormenta quiso levantarse para ir á abrir la puerta; le detuve: conocí que aquella calma no era mas que un momento de reposo; la naturaleza fatigada respiraba un instante para volver á comenzar de nuevo la lucha. En efecto, á las ocho de la mañana retumbó otra vez el trueno, mas próximo y mas violento, haciéndose oír hasta las seis de la tarde, sin interrupcion. En este momento, cansado de la reclusion á la que la tempestad me habia condenado durante diez horas, salí para examinar el cielo; me pareció un poco mas tranquilo; entonces tomé una sonda de hierro y fui á algunos pasos de nuestra tienda á medir la profundidad de la nieve; desde el primero de julio habia disminuido de tres pies, diez pulgadas. Apenas habia tomado esta medida, cuando estalló el rayo sobre mi cabeza; arrojé lejos de mí el instrumento de hierro que me habia valido este nuevo rompimiento de hostilidades, y me refugié en mi tienda, donde hallé á Gobat arrodillado junto á la comida que habia preparado, pero aquel último trueno le habia quitado el apetito. Me preguntó mitad por señas y mitad verbalmente, si queria comer; pero como yo no me hallaba sin inquietud, le res-

pondí que no tenia hambre y me eché sobre una tabla que impedia algun poco la humedad y el frio de la tierra; entonces Gobat se aproximó á mí, y se acostó á mi lado. En aquel momento quedamos de repente sumergidos en una oscuridad igual á la noche; en aquel instante una densa y negra nube como una humareda, rodeaba el Sentis; la lluvia y granizo cayeron á torrentes, zumbaba y silbaba el viento, cruzábanse mil rayos como los cohetes de los fuegos artificiales, y habia una claridad como enmedio de un incendio. Queríamos hablarnos, pero no podíamos oírnos apenas, porque chocando unos con otros los estallidos del rayo, repetian todos sus golpes en los costados de la montaña, que enmedio de aquel horrible estruendo y de aquel caos infernal, parecia á veces estremecerse sobre su base. Entonces comprendí que nos hallábamos dentro del mismo circulo de la tormenta; oíamosla rugir y arrojar llamas á nuestro alrededor; y en fin, fue tal su violencia que asustado Gobat me preguntó si corriamos peligro de muerte. Traté de tranquilizarle diciéndole que lo mismo que nos sucedió habia sucedido á los señores Biot y Arago, durante sus observaciones en las montañas de los Pirineos: un rayo habia caído sobre su tienda, deslizándose empero por la tela, y alejándose sin tocarlos.

Apenas acababa esta relacion cuando estalló un trueno terrible; me pareció que nuestra tienda se hacia pedazos: Gobat lanzó un grito de dolor; al mismo tiempo vi correr desde la cabeza á sus pies un globo de fuego, y yo mismo me sentí herido sobre la pierna izquierda por una conmocion eléctrica; me volví hácia mi compañero, é iluminado por la luz de los relámpagos que penetraba á traves del rasgon de la lona, vi todo su cuerpo surcado por el rayo. El lado izquierdo del rostro le tenia marcado con manchas negras y rojizas, quemadas sus pestañas, cejas y cabellos; los labios de un color azul amoratado. Por algunos instantes se levantaba todavía su pecho, soplando como el fuelle de una fragua, pero pronto se aplastó, se apagó su respiracion, y senti todo el horror de mi posicion. Yo mismo sufría horriblemente, conocia demasiado los efectos del rayo para no comprender que me hallaba cruelmente herido de él: pero sin embargo lo olvidé todo para tratar de socorrer al hombre que veía morir, y que mas bien era mi amigo que mi criado. Le llamé y le meneé, no me respondia, y sin embargo su ojo derecho estaba abierto, brillante, lleno de inteligencia todavía, se hallaba vuelto hácia mí, y parecia implorar mi auxilio. El izquierdo se hallaba cerrado, levanté su párpado y estaba pálido y empañado; entonces creí que la vida se habia refugiado á la parte derecha, y conservé algunos instantes esta esperanza, porque traté de cerrar aquel ojo abierto que me miraba siempre,

pero volvía á abrirse otra vez mas ardiente y animado: tres veces renové esta esperiencia, tres veces la misma mirada rechazó el párpado. Tenia gran terror, me parecia que habia algo de infernal en lo que me pasaba: le puse entonces la mano sobre el corazon, no palpitaba ya, le pinché en los labios, en varias partes de su cuerpo con la punta de un compás, pero no salió sangre: Gobat permaneció inmóvil. Era la muerte, la muerte la que yo veía y en la que no podia creer, porque aquel ojo siempre abierto protestaba contra ella y la daba un mentis. No pude soportar mas tiempo aquella vista, le eché un pañuelo sobre el rostro, y atendi á mis propios dolores. Tenia paralizada mi pierna izquierda, y sentia en ella un estremecimiento de músculos, un hervor de sangre extraordinario: la circulacion se detenia y se agolpaba hácia mi corazon que palpitaba de un modo atroz: apoderóse de mí un temblor general y desordenado y me acosté creyendo que me iba á morir.

Al cabo de algunos instantes aumentó su violencia la tempestad, y fué tal el ímpetu del viento que se llevó como hojas secas las piedras que sujetaban mi tienda, y por consiguiente levantó la tela. Pensé rápidamente en la situacion en que me encontraría, si era arrastrado al precipicio: aquel último y único abrigo; esta idea me devolvió mis fuerzas sobrehumanas: cogi una de las cuerdas que la sujetaban á las piedras que el viento se habia llevado, y me arrojé al suelo, manteniéndola agarrada con mis dos manos; pero sintiendo faltarme las fuerzas me la arrollé á la pierna derecha, y apretando el cuerpo contra la tierra, esperé asi tres cuartos de hora casi á que el huracan se aplacase: durante todo este tiempo á pesar mio, tuve clavados los ojos en Gobat, á quien á cada momento esperaba ver moverse; pero salió fallida mi esperanza: estaba muerto.

Lo que en mí pasó durante aquellos tres cuartos de hora, ya veis, yo no puedo deciroslo. Unicamente podrán tener idea de ello, el naufrago que se ahoga, el viagero asesinado en un rincón de un bosque, el hombre que siente que la lava mina la roca sobre la cual ha buscado un refugio. Sentia mi pierna paralizada de tal modo que apenas podia moverla, estaba encadenado en mi puesto, condenado á morir lentamente, cerca del criado muerto, y la única probabilidad de socorro y de salvacion que tenia, era que un pastor extraviado por la montaña se aproximase á mi tienda, ó que algun viagero curioso subiese á la cima del Sentis y me encontrase medio muerto; pero estas probabilidades eran muy desesperadas, porque despues de treinta y dos dias que habia fijado mi morada sobre aquel pico, no habia divisado mas que gamuzas y buitres.

Mientras mi errante pensamiento corria tras de cualquier esperanza de salvacion, un agudo dolor hizo estremecer mi pierna paraliza-

da: parecíame que me clavaban dentro de las venas agujas de acero, era la sangre que hacia naturales esfuerzos para volver á su circulacion interrumpida, y que penetrando en los vasos iba á reanimar la sensibilidad entumecida de los músculos y de los nervios. A medida que la sangre iba ganando el terreno perdido, disminuía la opresion, las palpitaciones de mi corazon volvian á tomar alguna forma y alguna razon, y á cada dolor recobraba nuevas fuerzas: al cabo de un cuarto de hora, casi conseguí doblar la rodilla y mover el pie; pero cada probatura de esta clase me arrancaba un grito; sin embargo, desde aquel momento tomé mi resolucion, aguardé veinte minutos todavía para tomar mas fuerzas, desaté la cuerda que ataba mi pierna derecha á la tienda, y cuando creí poder tenerme en pie me levanté.

El primer instante fué de aturdimiento y de debilidad, pero al fin me repuse: me despojé de mi capoton de pieles y mis botines de cuero: me puse unas botas, y auxiliado de mi baston de montaña me arrastré fuera de la tienda. Cargué esta de nuevas piedras para asegurar lo mejor posible el abrigo en que iba á dejar á mi pobre compañero, esperando siempre que no estaria muerto, sino solamente aletargado, le arrojé con mis abrigos para preservarle de la lluvia y del frio: luego atádomé á la espalda la bolsa que contenia mis papeles, y pasándome el termómetro por bandolera, me puse en camino procurando orientarme en medio de aquel caos; pero era cosa imposible. Me encomendé á la misericordia del Señor, y en medio de una lluvia espantosa, rodeado de una niebla que no me permitia distinguir los objetos mas próximos, no haciendo un movimiento que no me costase un dolor, ni dando un paso que no fuese en vago, me aventuré á bajar con la ayuda de un baston ferrado, el escarpado y desnudo pico, sin saber hácia que punto me dirigia, ni si me hallaba á la linea de las quintas de Gemplut.

En efecto al cabo de unos diez minutos, hallé en medio de peñascos y precipicios, por todas partes abismos que adivinaba mas bien que veía. Sin embargo, continué siempre andando, me arrastré de roca en roca, me dejaba resbalar cuando la pendiente era demasiado rápida para ofrecerme un punto de apoyo; cada paso me metia en un laberinto cuya profundidad y salida no conocia, en fin, chorreando agua y sosteniéndome apenas, me hallé sobre una esplanada formada por dos rocas, la una sobre mi cabeza, la otra bajo mis pies, todo alrededor el vacío.

Entonces estuve á punto de que me abandonase el valor como ya lo habian hecho las fuerzas. Estremecióse todo mi cuerpo, mi sangre se heló, sin embargo, exploré atentamente la especie de pasadizo en que me veía encerrado, me adelanté hácia sus orillas, me agarro á las hendiduras de una roca, me sus-

pendo sobre el abismo, y busco ansioso con la vista un paso: á alguna distancia descubro alguna abertura vertical y sombría, una boca de caverna de tres pies de ancho casi, que baja no sé á donde, acaso á un precipicio: pero nada importa, estoy tan agobiado, tan dolorido, tan indiferente ya á todo, y tal vez tan deseoso de una muerte pronta, que conozco que si me hallara junto á aquella abertura, cerraría los ojos y me dejaría resbalar; pero está á veinte y cinco ó treinta pies distante de mí, y para llegar hasta ella, es preciso que vuelva á trepar los peñascos que con tanto trabajo he bajado. Hago el último esfuerzo, reúno todo mi valor, me arrastro, ando á gatas, y sin aliento, cubierto de sudor, llego al fin á la abertura, y sin mirar á donde conduce me siento en el declive, y sin otra oración que estas palabras: «¡Dios mío, tened piedad de mí!» cierro los ojos, y me dejo resbalar.

Bajo así por algunos segundos: de repente se deja sentir una impresión helada, y al mismo tiempo se detienen mis pies en un cuerpo sólido; abro los ojos: me hallo en el fondo de un barranco lleno de agua y formado por la aproximación de dos paredes; nada distingo, estoy en una caverna á donde vienen á repetirse el majido del viento y el estruendo del trueno. En medio de todos aquellos confusos ruidos, sin embargo, distingo el de una cascada que cae y vuelve á saltar. Pues que ella baja, hay un paso, y si hay un paso lo encontraré, y bajaré lo mismo que ella, aunque tuviese que saltar como el agua y estrellarme de roca en roca; mi último recurso es el lecho del torrente. Tan pronto sobre las manos como sobre los pies, sentado, de rodillas, arrastrando, agarrándome á las piedras, á las raíces, al musgo, bajo doscientos ó trescientos pasos, después me abandonan las fuerzas, mis brazos se quedan tiesos, mi pierna parálitica me pesa, conozco que voy á desmayarme, y convencido de que he hecho cuanto puede hacer un hombre para disputar su existencia á la muerte, lanzo un último grito de despedida al mundo y me dejo caer.

No sé cuantos minutos fui rodando como un peñasco desprendido de su base, porque casi inmediatamente perdí el conocimiento, con él el sentimiento del tiempo y el dolor.

Cuando volví en mí, me hallaba tendido á la orilla del torrente. Esperimenté una indefinible sensación de malestar. Sin embargo, me puse de pie. Durante mi desmayo una bocanada de viento había disipado la niebla que rodeaba la montaña, y mirando debajo de mí divisé á unos veinte pasos casi la estremidad de los peñascos, y mas allá una cuesta suave y cubierta de nieve. A aquel aspecto, que no podía creer, mi corazón recobra la vida, mis miembros su calor, mi sangre circula, me adelanto hasta el borde del peñasco, domino perpendicularmente aquella bienhadada cuesta, á doce ó quince pies casi: en cualesquiera otra

circunstancia de mi vida, y antes de que el rayo me hubiese quitado la facultad de un miembro, no hubiese dado mas que un salto, la nieve era un lecho estendido allí para recibirme; pero en aquel momento no podía determinar á dar aquel salto sin arriesgarme al mismo tiempo á hacerme pedazos. Miraba, pues, á todas partes, y á alguna distancia descubrí un sitio menos escarpado, me agarré á las desigualdades de la piedra, hice el último esfuerzo, y toqué al fin aquella nieve que era para mí lo que la tierra firme es para el navegante.

Fueron mis primeros instantes todos para el reposo, todos para la felicidad de vivir todavía, por estropeado y dolorido que me hallase, y después de aquel rato de descanso, y haber dado gracias á Dios, me puse á buscar una piedra cuadrada que me sirviese de trineo. No tardé en hallarla, me senté encima, y dándola yo mismo el empuje, me dejé resbalar por la cuesta, sirviéndome de mi bastón ferrado para dirigir mi carrera, que terminó en el sitio donde terminaba la nieve: de este modo anduve tres cuartos de legua en menos de diez minutos. Llegado á los matorrales, me levante, anduve algun tiempo á travéz de barrancos y de rocas, y de cuevas áridas ó cubiertas de musgo. Después, en fin, reconocí el sendero que habíamos seguido un mes antes, lo tomé, y hacía las dos de la tarde llegué á las casas de campo de Gemplut.

Entré en la primera choza, hallé dos hombres que reconocieron en mí al jóven oficial que había pasado por allí mismo para ir á hacer experimentos en la montaña. Les conté la desgracia que nos había sucedido, y á pesar de la tormenta que continuaba tronando, conseguí de ellos que partiesen al instante para llevar socorros á Gobat. Delante de mí se pusieron en camino, y cuando los heube perdido de vista bajé por mi lado hacia Alt-Saint-Johann, á donde llegué casi moribundo á las tres. Al mirarme delante de un espejo me asusté, tenía los ojos estraviados, y su esclerótica amarilla; el pelo, las cejas, y las pestañas se habían quemado; tenía los labios negros como el carbon: además de esto, sentía un horroroso dolor en la cadera izquierda, llevé á ella mi mano, y me quité el pantalón; me había tocado allí el fuego eléctrico, dejando como señal de su tránsito, una ancha y profunda quemadura.

Me acosté creyendo que podría dormir, pero apenas había cerrado los ojos, se apoderaron de mí imaginación ensueños mas aterradores todavía que la misma realidad: volví á abrirlos, pero la realidad sucedía á los ensueños, creí que me volvía loco: tenía fiebre y un delirio espantoso.

A las diez volvió el mensajero que había enviado al llegar á las casas de campo á Gemplut; nuestros dos hombres se hallaban á vuelta, habían encontrado á Gobat; estaba

muerto; por consiguiente habían vuelto los dos para buscar refuerzo á fin de traerse mi tienda, mis instrumentos y mis efectos. Al día siguiente 6 de julio, á las dos de la mañana, marcharon en número de doce de Alt-Saint-Johann, á donde estaban de vuelta á las tres, trayendo el cuerpo de mi pobre criado. El médico que se había llamado para mí hizo la inspección y la autopsia del cuerpo. Certificó que el cadáver tenía quemado el pelo, las cejas y la barba; que las narices y los labios tenían un rojo negruzco; que el costado izquierdo, y sobre todo la parte superior del muslo, estaba toda llena de equimosis profundas; que la piel de la estremidad superior estaba quemada, dura y encogida como un cuero, en una circunferencia de cuatro pulgadas; que las facciones del rostro no estaban alteradas, y conservaban mas bien la apariencia del sueño, que el aspecto de la muerte. En cuanto á la autopsia, mostró el corazón ingurgitado, sangre negra, así como los pulmones, que sin embargo se hallaban flexibles y sanos.

Mi estado por entonces no era mucho mejor: ocho días enteros fluctué entre la vida y la muerte; al fin se declaró alguna mejoría, pero estaba completamente parálitico de la pierna izquierda. En cuanto me hallé en estado de ser movido, me hice conducir aquí, en donde veis que la influencia de las aguas ha producido su efecto, pues en desquite sin duda del uso paralizado en mi pierna me ha devuelto el del estómago.

EL PORQUE NO HE CONTINUADO APRENDIENDO EL DIBUJO.

Pasé una parte de la noche en escribir la relación de mi jóven compatriota, y lo hice con tal prontitud para conservar en cuanto me fuese posible el colorido terrible y sencillo á la vez que había tomado al pasar por su boca: desgraciadamente lo que aumenta sobre todo el interés de semejante relación, es el ser hecha por el mismo que es el héroe de ella. Esta lucha del valor inteligente y de la ciega destrucción; este combate entre el hombre y la naturaleza, engrandece inmensamente al vencido, y Ajax afirmándose á la roca y gritando á la tempestad:—yo escaparé á pesar de los dioses, es mas magnífico que Aquiles arrastrando siete veces á Hector al derredor de los muros de Troya.

Al día siguiente no quise marchar sin haberme desayunado con el mayor Buchwalder, cuyo mayor dolor era la inacción á que le

condenaba su herida. Sin embargo, tenía gran esperanza de volver á sus trabajos para la primavera de 1833, porque empezaba ya á sostenerse sobre su pierna, y cada día sentía mas sensibilidad en ella: quiso darme una prueba acompañándome hasta la puerta de los baños; pero llegados allí nos hallamos en el círculo de Popilio, estando prohibido por la facultad espresamente de pasar de allí, y como la gran facilidad de locomoción que Dios ha concedido á mis piernas le recordase su desgracia, se despidió melancólicamente de mí con la antigua frase: *Y pede fausto*.

Después de haber andado algunos pasos, nos detuvimos para echar la última mirada á una roca perpendicular que domina desde una altura de cerca de mil pies, el curso del Tamina. Aquella roca, cortada como una sierra, parece el fragmento de una muralla gigantesca, en cuya cuspide se ve como una garita de centinela y se alza una cabañita cuyas dos terceras partes descansan en el suelo, la otra tercera suspendida sobre el precipicio. En esta última parte había una especie de trampa, y mientras inquiríamos el fin con que se había hecho aquella trampa, que vista á la distancia nuestra, parecía como un punto negro, dió salida á un objeto que al principio nos pareció un mango de escoba, y que descolándose de las regiones superiores, y cayendo en el lecho del río, vimos al llegar al río, que era un enorme pino sin ramas preparado para una construcción cualquiera. El árbol se enclavó recto en el río, osciló un instante, y quedóse tendido en el agua como en una cama. Las espumosas aguas lo levantaron como si fuese una pluma, y lo arrastraron como otros muchos que arrojaron luego y siguieron el mismo camino. Entonces comprendimos que los aldeanos para ahorrar el transporte hasta Ragatz, se confiaban al Tamina que lo cumplía concienzudamente merced á su rápida corriente.

Como aquel espectáculo, que en un principio nos había asombrado, no nos ofrecía gran variación, tomamos pronto un camino opuesto al que habíamos andado, que en vez de llevarnos al llano por una cuesta suave nos condujo por una escalera rápida cortada en la roca. Seguimos sus zigzag durante una media hora, y casi después nos hallamos al fin en la cabaña de los pinos.

Al volver á Malans, pasamos por junto al castillo de Warteinstein, que según dicen perteneció al convento de Pefeffers; atravesamos una montañita, que creo que se llama Bruder, llegamos al Zolbruck, y por último á Malans, en donde no vi cosa alguna notable, á no ser una lluvia cual no se ha visto nunca.

Esto no me impidió que hallase un hombre y un carriage; al principio me alarmé viendo que no cabían en él mas que dos personas, pero me tranquilizó el conductor diciendo que él iría sentado en las varas: preguntéle cuanto

pendo sobre el abismo, y busco ansioso con la vista un paso: á alguna distancia descubro alguna abertura vertical y sombría, una boca de caverna de tres pies de ancho casi, que baja no sé á donde, acaso á un precipicio: pero nada importa, estoy tan agobiado, tan dolorido, tan indiferente ya á todo, y tal vez tan deseoso de una muerte pronta, que conozco que si me hallara junto á aquella abertura, cerraría los ojos y me dejaría resbalar; pero está á veinte y cinco ó treinta pies distante de mí, y para llegar hasta ella, es preciso que vuelva á trepar los peñascos que con tanto trabajo he bajado. Hago el último esfuerzo, reúno todo mi valor, me arrastro, ando á gatas, y sin aliento, cubierto de sudor, llego al fin á la abertura, y sin mirar á donde conduce me siento en el declive, y sin otra oración que estas palabras: «¡Dios mío, tened piedad de mí!» cierro los ojos, y me dejo resbalar.

Bajo así por algunos segundos: de repente se deja sentir una impresión helada, y al mismo tiempo se detienen mis pies en un cuerpo sólido; abro los ojos: me hallo en el fondo de un barranco lleno de agua y formado por la aproximación de dos paredes; nada distingo, estoy en una caverna á donde vienen á repetirse el majido del viento y el estruendo del trueno. En medio de todos aquellos confusos ruidos, sin embargo, distingo el de una cascada que cae y vuelve á saltar. Pues que ella baja, hay un paso, y si hay un paso lo encontraré, y bajaré lo mismo que ella, aunque tuviese que saltar como el agua y estrellarme de roca en roca; mi último recurso es el lecho del torrente. Tan pronto sobre las manos como sobre los pies, sentado, de rodillas, arrastrando, agarrándome á las piedras, á las raíces, al musgo, bajo doscientos ó trescientos pasos, después me abandonan las fuerzas, mis brazos se quedan tiesos, mi pierna parálitica me pesa, conozco que voy á desmayarme, y convencido de que he hecho cuanto puede hacer un hombre para disputar su existencia á la muerte, lanzo un último grito de despedida al mundo y me dejo caer.

No sé cuantos minutos fui rodando como un peñasco desprendido de su base, porque casi inmediatamente perdí el conocimiento, con él el sentimiento del tiempo y el dolor.

Cuando volví en mí, me hallaba tendido á la orilla del torrente. Esperimenté una indefinible sensación de malestar. Sin embargo, me puse de pie. Durante mi desmayo una bocanada de viento había disipado la niebla que rodeaba la montaña, y mirando debajo de mí divisé á unos veinte pasos casi la estremidad de los peñascos, y mas allá una cuesta suave y cubierta de nieve. A aquel aspecto, que no podía creer, mi corazón recobra la vida, mis miembros su calor, mi sangre circula, me adelanto hasta el borde del peñasco, domino perpendicularmente aquella bienhadada cuesta, á doce ó quince pies casi: en cualesquiera otra

circunstancia de mi vida, y antes de que el rayo me hubiese quitado la facultad de un miembro, no hubiese dado mas que un salto, la nieve era un lecho estendido allí para recibirme; pero en aquel momento no podía determinar á dar aquel salto sin arriesgarme al mismo tiempo á hacerme pedazos. Miraba, pues, á todas partes, y á alguna distancia descubrí un sitio menos escarpado, me agarré á las desigualdades de la piedra, hice el último esfuerzo, y toqué al fin aquella nieve que era para mí lo que la tierra firme es para el navegante.

Fueron mis primeros instantes todos para el reposo, todos para la felicidad de vivir todavía, por estropeado y dolorido que me hallase, y después de aquel rato de descanso, y haber dado gracias á Dios, me puse á buscar una piedra cuadrada que me sirviese de trineo. No tardé en hallarla, me senté encima, y dándola yo mismo el empuje, me dejé resbalar por la cuesta, sirviéndome de mi bastón ferrado para dirigir mi carrera, que terminó en el sitio donde terminaba la nieve: de este modo anduve tres cuartos de legua en menos de diez minutos. Llegado á los matorrales, me levante, anduve algun tiempo á través de barrancos y de rocas, y de cuevas áridas ó cubiertas de musgo. Después, en fin, reconocí el sendero que habíamos seguido un mes antes, lo tomé, y hacía las dos de la tarde llegué á las casas de campo de Gemplut.

Entré en la primera choza, hallé dos hombres que reconocieron en mí al joven oficial que había pasado por allí mismo para ir á hacer experimentos en la montaña. Les conté la desgracia que nos había sucedido, y á pesar de la tormenta que continuaba tronando, conseguí de ellos que partiesen al instante para llevar socorros á Gobat. Delante de mí se pusieron en camino, y cuando los he perdido de vista bajé por mi lado hacia Alt-Saint-Johann, á donde llegué casi moribundo á las tres. Al mirarme delante de un espejo me asusté, tenía los ojos estraviados, y su esclerótica amarilla; el pelo, las cejas, y las pestañas se habían quemado; tenía los labios negros como el carbon: además de esto, sentía un horroroso dolor en la cadera izquierda, llevé á ella mi mano, y me quité el pantalón; me había tocado allí el fuego eléctrico, dejando como señal de su tránsito, una ancha y profunda quemadura.

Me acosté creyendo que podría dormir, pero apenas había cerrado los ojos, se apoderaron de mi imaginación ensueños mas aterradores todavía que la misma realidad: volví á abrirlos, pero la realidad sucedía á los ensueños, creí que me volvía loco: tenía fiebre y un delirio espantoso.

A las diez volvió el mensajero que había enviado al llegar á las casas de campo á Gemplut; nuestros dos hombres se hallaban á vuelta, habían encontrado á Gobat; estaba

muerto; por consiguiente habían vuelto los dos para buscar refuerzo á fin de traerse mi tienda, mis instrumentos y mis efectos. Al día siguiente 6 de julio, á las dos de la mañana, marcharon en número de doce de Alt-Saint-Johann, á donde estaban de vuelta á las tres, trayendo el cuerpo de mi pobre criado. El médico que se había llamado para mí hizo la inspección y la autopsia del cuerpo. Certificó que el cadáver tenía quemado el pelo, las cejas y la barba; que las narices y los labios tenían un rojo negruzco; que el costado izquierdo, y sobre todo la parte superior del muslo, estaba toda llena de equimosis profundas; que la piel de la estremidad superior estaba quemada, dura y encogida como un cuero, en una circunferencia de cuatro pulgadas; que las facciones del rostro no estaban alteradas, y conservaban mas bien la apariencia del sueño, que el aspecto de la muerte. En cuanto á la autopsia, mostró el corazón ingurgitado, sangre negra, así como los pulmones, que sin embargo se hallaban flexibles y sanos.

MI estado por entonces no era mucho mejor: ocho días enteros fluctué entre la vida y la muerte; al fin se declaró alguna mejoría, pero estaba completamente parálitico de la pierna izquierda. En cuanto me hallé en estado de ser movido, me hice conducir aquí, en donde veis que la influencia de las aguas ha producido su efecto, pues en desquite sin duda del uso paralizado en mi pierna me ha devuelto el del estómago.

EL PORQUE NO HE CONTINUADO APRENDIENDO EL DIBUJO.

Pasé una parte de la noche en escribir la relación de mi joven compatriota, y lo hice con tal prontitud para conservar en cuanto me fuese posible el colorido terrible y sencillo á la vez que había tomado al pasar por su boca: desgraciadamente lo que aumenta sobre todo el interés de semejante relación, es el ser hecha por el mismo que es el héroe de ella. Esta lucha del valor inteligente y de la ciega destrucción; este combate entre el hombre y la naturaleza, engrandece inmensamente al vencido, y Ajax afirmándose á la roca y gritando á la tempestad:—yo escaparé á pesar de los dioses, es mas magnífico que Aquiles arrastrando siete veces á Hector al derredor de los muros de Troya.

Al día siguiente no quise marchar sin haberme desayunado con el mayor Buchwalder, cuyo mayor dolor era la inacción á que le

condenaba su herida. Sin embargo, tenía gran esperanza de volver á sus trabajos para la primavera de 1833, porque empezaba ya á sostenerse sobre su pierna, y cada día sentía mas sensibilidad en ella: quiso darme una prueba acompañándome hasta la puerta de los baños; pero llegados allí nos hallamos en el círculo de Popilio, estando prohibido por la facultad espresamente de pasar de allí, y como la gran facilidad de locomoción que Dios ha concedido á mis piernas le recordase su desgracia, se despidió melancólicamente de mí con la antigua frase: *Y pede fausto*.

Después de haber andado algunos pasos, nos detuvimos para echar la última mirada á una roca perpendicular que domina desde una altura de cerca de mil pies, el curso del Tamina. Aquella roca, cortada como una sierra, parece el fragmento de una muralla gigantesca, en cuya cuspide se ve como una garita de centinela y se alza una cabañita cuyas dos terceras partes descansan en el suelo, la otra tercera suspendida sobre el precipicio. En esta última parte había una especie de trampa, y mientras inquiríamos el fin con que se había hecho aquella trampa, que vista á la distancia nuestra, parecía como un punto negro, dió salida á un objeto que al principio nos pareció un mango de escoba, y que desdoblándose de las regiones superiores, y cayendo en el lecho del río, vimos al llegar al río, que era un enorme pino sin ramas preparado para una construcción cualquiera. El árbol se enclavó recto en el río, osciló un instante, y quedóse tendido en el agua como en una cama. Las espumosas aguas lo levantaron como si fuese una pluma, y lo arrastraron como otros muchos que arrojaron luego y siguieron el mismo camino. Entonces comprendimos que los aldeanos para ahorrar el transporte hasta Ragatz, se confiaban al Tamina que lo cumplía concienzudamente merced á su rápida corriente.

Como aquel espectáculo, que en un principio nos había asombrado, no nos ofrecía gran variación, tomamos pronto un camino opuesto al que habíamos andado, que en vez de llevarnos al llano por una cuesta suave nos condujo por una escalera rápida cortada en la roca. Seguimos sus zigzag durante una media hora, y casi después nos hallamos al fin en la cabaña de los pinos.

Al volver á Malans, pasamos por junto al castillo de Warteinstein, que según dicen perteneció al convento de Pefeffers; atravesamos una montañita, que creo que se llama Bruder, llegamos al Zolbruck, y por último á Malans, en donde no vi cosa alguna notable, á no ser una lluvia cual no se ha visto nunca.

Esto no me impidió que hallase un hombre y un carruaje; al principio me alarmé viendo que no cabían en él mas que dos personas, pero me tranquilizó el conductor diciendo que él iría sentado en las varas: preguntéle cuanto

queria por el resfriado que iba á tomar infaliblemente, fijó el precio de cinco francos que pagué adelantados; tan seguro estaba de que el conductor ganaba bien su dinero.

No me engañé: tuvimos tan mal tiempo, que al pasar por Mayenfeld no tuve valor de visitar la gruta de Flesch, notable por sus estalactitas: pasando por San Luciano de Steick vimos la fortaleza que por aquella parte pone la Suiza al abrigo de un golpe de mano del Austria, que en aquella época habia manifestado algunas veleidades hostiles contra la república. Provisionalmente se habian montado seis cañones, que á todo evento tenian sus boecas en direccion al imperio, si bien los hacia menos formidables el no haber quien los custodiase, pues es verdad que se guardaban ellos solos. Diez minutos despues entramos en el principado de Lichtenstein.

Tenia muchas ganas de llegar cuanto antes al lago de Constanza, pero me vi obligado á parar en Vaduz porque llovía á torrentes, y el conductor y su caballo rehusaron dar un paso mas, á pretexto el caballo de que el lodo le llegaba al vientre, y el hombre de que estaba calado hasta los huesos, y hubiera sido una crueldad insistir.

Toda mi filantropía se necesitó para resolverme á entrar en la miserable venta en que se habia detenido mi carruage; no era ya una de aquellas hermosas casas de campo que no tienen de mal sino el ser tan frecuente y pesimamente parodiadas en nuestros jardines ingleses. Desde San Luciano de Steick habiamos salido ya de la república helvética; hallándonos en el pequeño principado de Lichtenstein, que aunque se envanece de ser libre, revela desde luego que es austriaco, por el desaseo de sus habitantes.

Apenas habia puesto el pie en el estrecho callejon que conducia á la cocina, que al mismo tiempo era la sala de descanso de los viajeros, cuando se me agarró ágríamente á la garganta el desagradable olor de la berza ácida, que me venia á anunciar de antemano la lista de una fonda cual habia de ser la comida. Yo diré de la berza lo que cierto cura de las calabazas: que si en la tierra no hubiese mas que berzas y yo, pronto dejaria de existir el mundo.

Comencé á pasar en revista todo mi repertorio tudesco aplicándolo á la comida de la venta, y no fué precaucion inútil, pues apenas acababa de sentarme á una mesa, en la que me cedieron un sitio dos carreteros, cuando me trajeron un plato lleno del consabido manjar, que felizmente preparado para semejante broma, rechacé con un *nicht gut*, tan netamente dicho, que debieron tomarme por un purísimo sajón, y todo el mundo sabe que los sajones son los que hablan con mas pureza el alemán.

Un alemán cree no haber oido bien, cuando se le dice que no gustan las berzas, y

cuando se los desprecia en su propio idioma este manjar nacional, para valerme de una expresion familiar á su lengua, se levantan de cólera como una montaña.

Así, pues, á mi repulsa siguió un corto silencio cual si hubiese echado una horrenda blasfemia, durante el cual, coordinando la ventera sus ideas trastornadas, pronunció en voz alterada algunas frases que no pude entender y que por la fisonomía con que las acompañaba tenian evidentemente este sentido.

—Entonces, sino os gustan las berzas, ¿qué es lo que os gusta?

—*Alles, dises ausgenommen*, respondi yo, lo que quiere decir para los que no son muy fuertes en philología—todo, excepto eso.

Parece que el disgusto habia producido sobre mí el mismo efecto que la indignacion sobre Juvenal, solo que en vez de inspirarme el verso, me habia inspirado el tono, lo que conocí, en lo sumisa y pronto que la ventera quitó de mi vista el plato.

Marchóse atónita la buena muger, y mientras volvía me divertí en hacer bolitas de pan que probaba y me supo á piedras de chispa, y un vino detestable que decian era del Rhin, pensando cual seria el segundo plato; mas viendo que tardaba la llamé:

—¡Vamos! dije:

—¿Y qué? me respondió la ventera.

—¡La cena!

—¡Ah! sí,—y me volvió á traer la berza.

Pensé yo que hasta el día del juicio fina me perseguiria con aquel plato si no se lo comía, llamé á un perro de los de la raza del monte de San Bernardo, que sentado sobre sus cuartos traseros, estaba junto al hogar y se lo di, de que se mostró muy satisfecho haciéndome muchas caricias.

—¿Y vos? me dijo la ventera.

—Yo comeré otra cosa.

—Pero yo no tengo otra cosa.

—¡Cómo! exclamé yo desde lo mas profundo de mi estómago. ¿No tenéis huevos?

—No.

—¿Ni chuletas?

—No.

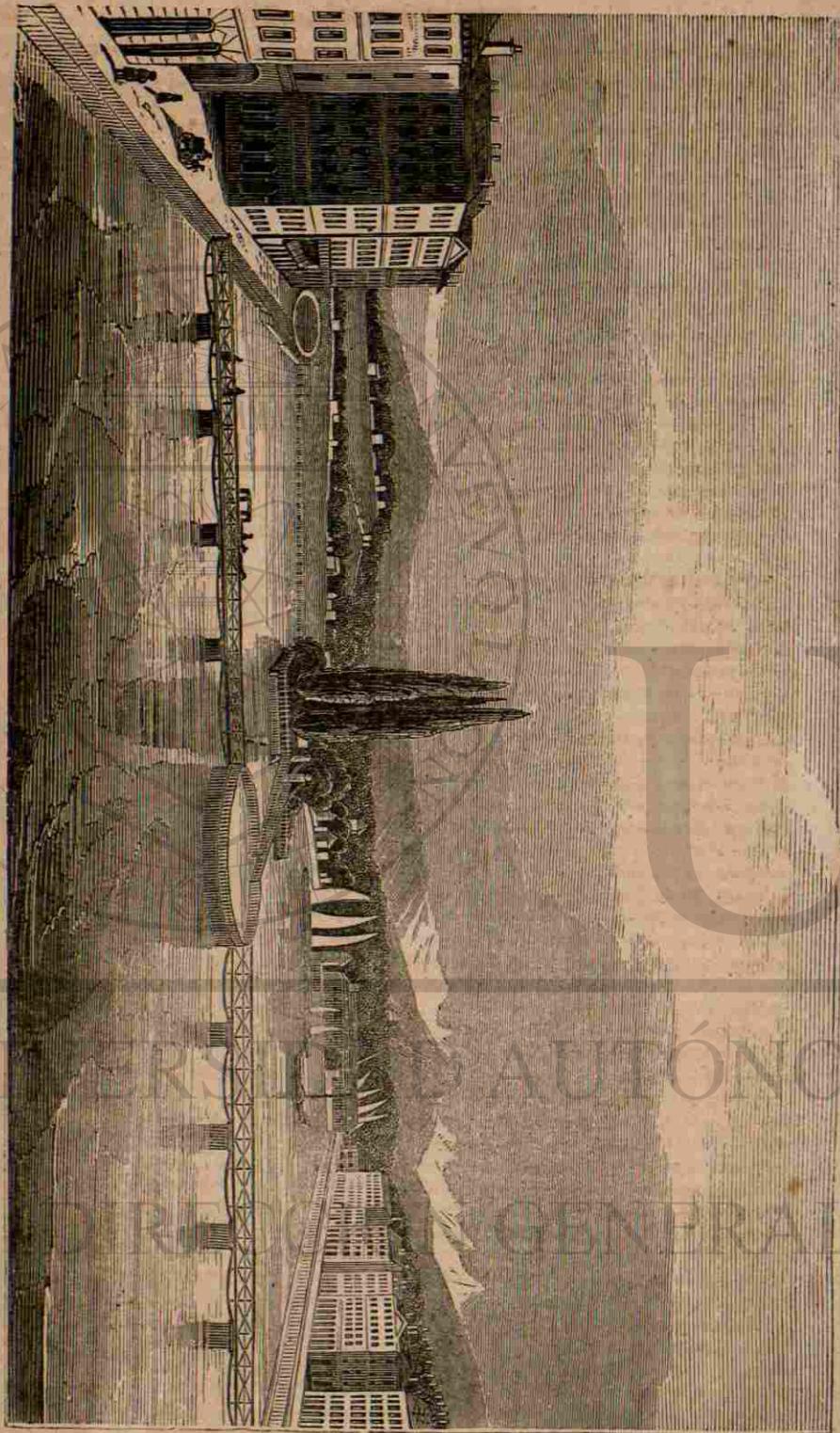
—¿Ni patatas?

—No.

—Ni.... ocurrióme una idea luminosa; recordé que me habian recomendado que no pasase por el principado de Lichtenstein, sin comer de sus setas, que son celebradas á veinte leguas á la redonda; pero cuando quise utilizar esta feliz idea, no me acordé de cómo se llamaban ni en alemán ni en italiano, y me quedé con la boca abierta: no queriendo acostarme sin cenar diciendo solo el pronombre los.... las...

—¿Eso cómo se llama en alemán, los.... las?.... respondió la ventera maquinalmente.

—Sí, ¡voto á tal! sí, los.... las.... En aquel momento volví los ojos maquinalmente á mi album de viage. Tomé entonces mi lapicero,



y sobre una hermosa hoja blanca me puse á dibujar del mejor modo que pude el precioso vegetal, que por el momento formaba todo el objeto de mis deseos, así es que mi dibujo tenía toda la semejanza con que la mano del hombre puede representar una obra de Dios. Mientras dibujaba, la huésped me seguía con los ojos con una inteligente curiosidad, de lo que saqué el mejor agüero.

Al acabar de dar el último toque con el lápiz al dibujo:

—¡Ah! ya, ya, ya, dijo.

La buena muger había comprendido. Lo había comprendido tan bien, que cinco minutos despues volvió con un paraguas abierto.

—Tomad, me dijo.

Clavé la vista sobre mi malhadado dibujo, era perfecta su semejanza con el paraguas.

—Entonces exclamé vencido como Turno, *adverse Marte*, volvedme á traer las berzas.

—Ya no hay mas. Dragon se ha comido las que quedaban.

Mojé mi pan con vino, me fui á acostar.

Antes de dormirme miré mi mapa; me sugirió una idea singular. Recomendé á mi guía que me despertase á las tres de la mañana para tener tiempo de ejecutarla. Salimos, pues, antes de amanecer, el sol no nos cogió sino en Austria.

Me detuve un momento sobre el puente de Felkrich á fin de echar un vistazo al Tirol, cuyas montañas azuladas se abren para dar paso al Ill, río tortuoso que toma su origen en el valle de Paznaun, y va á reunirse con el Rhin entre Oberied y Renti; despues continué mi correría conservando á mi izquierda el Rhin, y viendo nacer y enriquecerse sobre su orilla occidental aquellas magníficas laderas cubiertas de viñas, cuyo vino chispea en botellas de extraordinaria hechura, y se vacía en vasos de cristal azul, que se llaman *Ramer*, porque han conservado la forma de la copa en que bebía el emperador romano el día de su elección. Despues desde Defis iba siendo el terreno mas llano; las montañas se abrían á derecha é izquierda, como por medio de un puente; todavía no se divisaba el lago de Constanza; empero se le adivinaba al ver desarrollarse aquel inmenso valle que iba á perderse sobre un horizonte de llanuras. En Lauterac únicamente principiamos á divisar aquella magnífica sábana de agua, que parece una parte del cielo, cuyo marco es la tierra, para servir de espejo á Dios. Al fin llegamos á Bregenz donde me desayuné.

A pesar de mi cena de papagayo en la noche anterior, despaché tan militarmente como pude mi comida. Despues, dejando á mi hombre y su carruaje, dije adios al Austria y me metí en un barco que me llevó á la pequeña isla de Lindeau, en Baviera. Hizoseme cargo de conciencia no tocar en ella, trepé á una colina, desde cuya cumbre descubrí como el Robinson la isla entera, y volviendo á embarcarme

á fuerza de remos logré llegar á aquella lengua de tierra wurtemberguesa, que adelgazándose entre dos rios, va á lamer las aguas del lago; en Ill, tomando un carruaje en Obernoorf, no me detuve sino para cenar en Moesburgo en el gran ducado de Baden.

Había salido por la mañana de un principado libre, había atravesado una república, tocado un imperio, almorzado en un reino y al fin había venido á dormir en un gran ducado, todo esto en el espacio de diez y ocho horas.

Al día siguiente llegué á Constanza.

CONSTANZA.

Largo tiempo hacia que este nombre resonaba en mi oído melodiosamente, y largo tiempo hacia que cuando pensaba en esta ciudad, cerraba los ojos y la veía en mi imaginación. Cosas y lugares hay de los cuales uno se forma anticipadamente una idea fija, segun es mas ó menos sonoro el nombre que llevan. Entonces, si es una muger, la veis pasar en vuestros sueños esbelta, graciosa, aérea, con cabellos flotantes y vestidos diáfanos, la hablais y su voz es consoladora: si es una ciudad, veis en el horizonte amontonarse un gran número de casas de arquitectura asiligranada, palacios de ligeras columnatas y catedrales de atrevidos campanarios; caminais hácia la obra fantástica, llegais á sus murallas, entráis en sus calles, visitais sus monumentos, os sentais sobre sus sepulcros, sentís circular aquella población que es la sangre de sus venas, y oís aquel gran murmullo que es el latido de su corazón. A fuerza de ver así en vuestro sueño, virgen y ciudad acaban por ser realidad en vuestra imaginación. Sale un día el viagero de su país natal, los hombres que os estrechan la mano, la muger que os abraza contra su corazón, para ir á ver á Constanza ó la Guaccioli, por todo el camino lleváis radiante la frente, canta vuestra alma y estais alegre en una fiesta; al fin llegais delante de vuestra diosa, entráis en vuestra ciudad; una voz os dice: —¡Ahí la teneis.—¿Pero donde está? respondeis todo asombrado.

Es que cada hombre tiene doble vista, los ojos del cuerpo y los ojos del alma; la imaginación, hija de Dios, va siempre mas allá de la realidad, que es hija de la tierra.

Por fin, forzoso me fué el creer que me hallaba en Constanza: por otra parte, allí estaba el hermoso lago trasparente y tranquilo en que la ciudad se mira: allí estaban á su derecha sus montañas sembradas de castillos, y

sus llanuras á la izquierda, bordadas con diversas aldeas: la obra de la naturaleza se ofrecía á mi vista tan estensa y magnífica cual la había visto en mis dorados sueños; solo la obra del hombre había desaparecido como si la vara de un malévoló encantador la hubiese hecho desmoronarse.

Entonces viendo aquella ciudad moderna tan pobre, tan solitaria, tan triste, quise al menos cavar en su tumba y encontrar los restos de la ciudad antigua. Pedí que me hiciesen visitar aquella basílica en donde fué elegido papa Martín V y que me enseñasen el palacio donde tuvo su corte romana el emperador Sigismundo. Me llevaron á una pequeña iglesia bajo la advocación de San Conrado, me hicieron ver un grande edificio llamado la Aduana: aquello era la basílica y aquello era el palacio.

En la iglesia había un hermoso calvario pintado por Holbein, dos pequeñas estatuas que representan á San Conrado y á San Píldes; cada uno de estos santos tiene un armario abierto en el pecho, donde encierra el sacristán sus propias reliquias: en fin, me enseñaron en una cajita de plata los huesos de las santas Cándida y Florida, mártires las dos.

Habia en la Aduana, y debajo de un dosel que no se ha tocado desde el año 1413, dos sillones que pondría en un rincón cualquier prendero, y que sin embargo si se ha de dar fe á maese Fos Kastell, el Cicerón de por allá, sirvieron de tronos, dictado que conservan todavía:

A aquellas dos mitades de Dios, el Papa y el Emperador.

En frente, y sobre un estremo, hay unas figuras de cera que mueven los ojos, los brazos y las piernas, las cuales dicen representar á Juan Hus, á Gerónimo de Praga su amigo, y al dominico Juan Celestino Carceri, su acusador.

Ademas y como se sabe, la obra mas importante de aquel concilio que duró cuatro años, y que reunió en Constanza tantos principes, cardenales, caballeros y sacerdotes, que fueron menester, segun cuenta candorosamente una crónica manuscrita, dos mil setecientos ochenta y ocho cortesanos, fué el juicio y sentencia de Juan Hus, rector de la universidad, y predicador de la corte de Praga.

El gran número de discípulos que hacia con sus doctrinas alarmó al gefe de la cristiandad; un doctor tan audaz hacia presentir la separación que iba á quebrantar la unidad de la Iglesia.... Juan Hus anunciaba á Lutero.

Recibió la invitación de ir á Constanza para que se justificase de su herejía ante el concilio, y no rehusó obedecer; pero pidió un salvoconducto y ésta es la carta del emperador Sigismundo que se conserva entre los instru-

mentos del proceso, le fué concedido, como prenda de seguridad.

Era ademas aquel mismo Sigismundo que en Nápoles huyó con sus sesenta mil húngaros, dejando que Juan de Nevers se batiese con ochocientos caballos nada mas, contra Rayanto que tenia ciento noventa mil hombres.

Ved aqui la carta:

«Nos, Sigismundo, por la gracia de Dios, emperador romano siempre augusto, rey de Hungría, de Dalmacia y de Croacia, hacemos saber á todos los principes eclesiásticos, seculares, duques, margraves, condes, barones, nobles, caballeros, gefes, gobernadores, magistrados, prefectos, bailes, aduaneros, cobradores y demas funcionarios de las ciudades, villas, aldeas y fronteras, á todas las comunidades, á sus prepositos y á todos nuestros fieles vasallos que las presentes vieren:

«Venerables, serenísimos, nobles y queridos fieles:

«El honorable maestro Juan Hus de Bohemia, bachiller en Sagrada Escritura y maestro en artes y portador de la presente, debiendo de partir en estos dias próximos al concilio general que tendrá lugar en Constanza, lo hemos recibido y admitido bajo nuestra protección y la del santo imperio. Lo recomendamos á todos juntos y á cada cual en particular, encargándolos lo acogais benévolamente y trateis favorablemente al espresado maestro Hus si se os presentase, y que le deis auxilio y protección de buena voluntad en cuanto puedan serle útil para favorecer su viaje tanto por tierra cuanto por agua.

«Ademas, tambien es nuestra voluntad que le dejéis pasar, permanecer y volver libremente y sin obstáculo, así á él como á sus criados, caballos, carros, bagajes y demas efectos que le pertenecen, por cualquier camino, puerta ó puente, territorio, señorío, bailio, jurisdicción, villa, aldea, castillo y cualesquiera sitios y lugares, sin hacerle pagar impuestos, portazgos, peages, tributos ni contribución alguna. Por último, que le deis escolta para guardarle á él y á los suyos, si la necesitase.

«Todo esto en honor de nuestra magestad imperial. Dado en Spira á 9 de octubre de 1414, á los treinta y cuatro años de nuestro reinado húngaro, y á los cinco de nuestro reinado romano.»

Juan Hus llegó á Constanza provisto de este salvoconducto, el dia 3 de noviembre: compareció ante el concilio el 28 del mismo mes, fué puesto en prision en el convento de dominicos el sábado 26 de julio de 1415 y no salió sino para ir á la muerte. Levantóse la hoguera á un cuarto de legua de Constanza en un lugar llamado Brull: Juan Hus subió tranquilamente á ella y se puso de rodillas encima. Intimidado por última vez á que abjurase de su doctrina respondió que prefería morir á ser perjuro con

su Dios como el emperador Sigismundo lo era con él: despues al ver que el verdugo se acercaba para pegar fuego, gritó tres veces: «Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habeis padecido por nosotros, tened piedad de mí.» En fin cuando las llamas le ocultaron del todo, se oyeron estas últimas palabras del mártir. «Entrego mi alma en las manos de mi Dios y mi Salvador.»

Siguió á esta ejecución la de Gerónimo de Praga su discípulo y su defensor, conducido á la hoguera el dia 30 de mayo de 1417. Marchó al suplicio cual si fuese á un festin. El verdugo, segun costumbre, quiso encender la hoguera por detrás, pero Gerónimo le dijo: «Ven, maestro, enciende el fuego delante de mí, pues si yo le hubiese temido no estaria aquí á estas horas.»

Dos meses despues de esta ejecución murió Juan XXIII, que de acusador que habia sido ante los hombres pasó á ser acusado ante Dios.

«Quereis saber ahora lo que sucedió cuando se terminó el concilio y quiso salir de Constanza aquella corte romana, aquella comitiva pontifical, aquellos condes del imperio, aquellos barones caballeros? No otra cosa que lo que sucede á veces á un estudiante pobre, que va á comer de fonda sin llevar dinero. Ni el papa Martín, ni el emperador Sigismundo pudieron pagar las cuentas que les presentaron respetuosamente los habitantes de Constanza, lo que visto por los dichos habitantes se apoderaron, respetuosamente siempre, de la vagilla de plata del emperador, de los cálices del papa, de las armaduras de los condes, de los equipajes de los barones, y de los arneses de los caballeros.

«Adivinais cuál seria y cuán grande la desolación de aquella noble asamblea? Sigismundo se encargó de arreglarlo todo.

Con este objeto convocó á los magistrados y ciudadanos de Constanza en la aduana en donde se habia congregado el concilio; subió á la tribuna, dijo que él salia fiador de las deudas de todo el mundo.

—Está muy bien, respondieron los ciudadanos de la antigua república, pero que les faltaba quien fiase al fiador.

Entonces el emperador hizo traer fardos de paños, de sederías, de damascos y terciopelos, de alfombras, cortinas y cogines bordados de oro, y habiéndolos hecho valorar por peritos, los depositó en la aduana, comprometiéndose á desempeñarlos antes de un año, y para mayor seguridad de la deuda, y como prueba de que la reconocia hizo poner las armas imperiales en las cajas en donde se cerraron los fardos. Los ciudadanos dejaron marcharse á sus reales deudores.

Pasó un año sin que se volviese á oír hablar del emperador Sigismundo: al cabo de aquel año, se quiso vender los efectos dejados en prenda, pero entonces se prohibió por S. M.

proceder á la venta, en atención y por cuanto el sello imperial hacia de la propiedad del imperio aquellos fardos, y no del emperador. Hoy hace 447 años que se hizo esta notificación.

NAPOLÉON EL GRANDE Y CARLOS EL GORDO.

Si quereis ahora seguirme por las calles tortuosas de Milan, nos pararemos un poco delante de su cúpula milagrosa: pero como mas tarde le volveremos á ver y en detall, os invitaré á echar pronto á la izquierda, porque está próxima á verificarse una de aquellas escenas que pasan en un salon y resuenan por todo el mundo.

Entremos, pues, en el palacio Real, subamos la gran escalera, atravesemos algunos de sus aposentos que tan espléndidamente acaba de decorar el pincel de Appiani; nos abstendremos de contemplar esos frescos que representan las cuatro partes del mundo, y ante el techo en que se verifica el triunfo de Augusto; pero lo que ahora nos aguarda son cuadros vivos; y vamos á escribir la historia moderna.

Entreabramos suavemente la puerta de ese gabinete á fin de ver sin ser vistos.—Así, muy bien.—Veis á un hombre, ¿no es verdad? y lo reconocéis en la sencillez de su uniforme verde, por su pantalon de casimir blanco, y por sus botas que le llegan á la rodilla, mirad su cabeza modelada como un mármol antiguo, ese estrecho mechón de cabellos que va disminuyendo sobre su ancha frente, esos ojos azules cuya mirada se gasta en penetrar el velo del porvenir, esos labios apretados, que encierran dos hileras de perlas que envanecerian á una muger; ¡qué calma!—Es la conciencia de la fuerza, es la serenidad del león.—Cuando esa boca se abre, los pueblos escuchan, cuando esos ojos se inflaman, se convierten en un volcan los llanos de Austerlitz, y cuando se fruncen esas cejas tiemblan los reyes. A aquella hora ese hombre manda á ciento y veinte millones de hombres, diez pueblos cantan á coro el *Hosanna* de su gloria en diez lenguas diferentes, porque este hombre es mas que César, es tanto como Carlo-Magno.—Es Napoleón el Grande, el Júpiter Tonante de la Francia.

Despues de un instante de reposada tranquilidad, fija los ojos en una puerta que se abre, y por la cual entra un hombre vestido con casaca azul, y pantalon ceniciento y calza botas á lo húsar. Mirad, tiene una semejanza

sus llanuras á la izquierda, bordadas con diversas aldeas: la obra de la naturaleza se ofrecía á mi vista tan estensa y magnífica cual la había visto en mis dorados sueños; solo la obra del hombre había desaparecido como si la vara de un malévoló encantador la hubiese hecho desmoronarse.

Entonces viendo aquella ciudad moderna tan pobre, tan solitaria, tan triste, quise al menos cavar en su tumba y encontrar los restos de la ciudad antigua. Pedí que me hiciesen visitar aquella basílica en donde fué elegido papa Martín V y que me enseñasen el palacio donde tuvo su corte romana el emperador Sigismundo. Me llevaron á una pequeña iglesia bajo la advocación de San Conrado, me hicieron ver un grande edificio llamado la Aduana: aquello era la basílica y aquello era el palacio.

En la iglesia había un hermoso calvario pintado por Holbein, dos pequeñas estatuas que representan á San Conrado y á San Píldes; cada uno de estos santos tiene un armario abierto en el pecho, donde encierra el sacristán sus propias reliquias: en fin, me enseñaron en una cajita de plata los huesos de las santas Cándida y Florida, mártires las dos.

Habia en la Aduana, y debajo de un dosel que no se ha tocado desde el año 1413, dos sillones que pondría en un rincón cualquier prendero, y que sin embargo si se ha de dar fe á maese Fos Kastell, el Cicerón de por allá, sirvieron de tronos, dictado que conservan todavía:

A aquellas dos mitades de Dios, el Papa y el Emperador.

En frente, y sobre un estremo, hay unas figuras de cera que mueven los ojos, los brazos y las piernas, las cuales dicen representar á Juan Hus, á Gerónimo de Praga su amigo, y al dominico Juan Celestino Carceri, su acusador.

Ademas y como se sabe, la obra mas importante de aquel concilio que duró cuatro años, y que reunió en Constanza tantos principes, cardenales, caballeros y sacerdotes, que fueron menester, segun cuenta candorosamente una crónica manuscrita, dos mil setecientos ochenta y ocho cortesanos, fué el juicio y sentencia de Juan Hus, rector de la universidad, y predicador de la corte de Praga.

El gran número de discípulos que hacia con sus doctrinas alarmó al gefe de la cristiandad; un doctor tan audaz hacia presentir la separación que iba á quebrantar la unidad de la Iglesia.... Juan Hus anunciaba á Lutero.

Recibió la invitación de ir á Constanza para que se justificase de su herejía ante el concilio, y no rehusó obedecer; pero pidió un salvoconducto y ésta es la carta del emperador Sigismundo que se conserva entre los instru-

mentos del proceso, le fué concedido, como prenda de seguridad.

Era ademas aquel mismo Sigismundo que en Nápoles huyó con sus sesenta mil húngaros, dejando que Juan de Nevers se batiese con ochocientos caballos nada mas, contra Rayanto que tenia ciento noventa mil hombres.

Ved aqui la carta:

«Nos, Sigismundo, por la gracia de Dios, emperador romano siempre augusto, rey de Hungría, de Dalmacia y de Croacia, hacemos saber á todos los principes eclesiásticos, seculares, duques, margraves, condes, barones, nobles, caballeros, gefes, gobernadores, magistrados, prefectos, bailes, aduaneros, cobradores y demas funcionarios de las ciudades, villas, aldeas y fronteras, á todas las comunidades, á sus prepositos y á todos nuestros fieles vasallos que las presentes vieren:

«Venerables, serenísimos, nobles y queridos fieles:

«El honorable maestro Juan Hus de Bohemia, bachiller en Sagrada Escritura y maestro en artes y portador de la presente, debiendo de partir en estos dias próximos al concilio general que tendrá lugar en Constanza, lo hemos recibido y admitido bajo nuestra protección y la del santo imperio. Lo recomendamos á todos juntos y á cada cual en particular, encargándolos lo acogais benévolamente y trateis favorablemente al espresado maestro Hus si se os presentase, y que le deis auxilio y protección de buena voluntad en cuanto puedan serle útil para favorecer su viaje tanto por tierra cuanto por agua.

«Ademas, tambien es nuestra voluntad que le dejéis pasar, permanecer y volver libremente y sin obstáculo, así á él como á sus criados, caballos, carros, bagajes y demas efectos que le pertenecen, por cualquier camino, puerta ó puente, territorio, señorío, bailio, jurisdicción, villa, aldea, castillo y cualesquiera sitios y lugares, sin hacerle pagar impuestos, portazgos, peages, tributos ni contribución alguna. Por último, que le deis escolta para guardarle á él y á los suyos, si la necesitase.

«Todo esto en honor de nuestra magestad imperial. Dado en Spira á 9 de octubre de 1414, á los treinta y cuatro años de nuestro reinado húngaro, y á los cinco de nuestro reinado romano.»

Juan Hus llegó á Constanza provisto de este salvoconducto, el dia 3 de noviembre: compareció ante el concilio el 28 del mismo mes, fué puesto en prision en el convento de dominicos el sábado 26 de julio de 1415 y no salió sino para ir á la muerte. Levantóse la hoguera á un cuarto de legua de Constanza en un lugar llamado Brull: Juan Hus subió tranquilamente á ella y se puso de rodillas encima. Intimidado por última vez á que abjurase de su doctrina respondió que prefería morir á ser perjuro con

su Dios como el emperador Sigismundo lo era con él: despues al ver que el verdugo se acercaba para pegar fuego, gritó tres veces: «Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habeis padecido por nosotros, tened piedad de mí.» En fin cuando las llamas le ocultaron del todo, se oyeron estas últimas palabras del mártir. «Entrego mi alma en las manos de mi Dios y mi Salvador.»

Siguió á esta ejecución la de Gerónimo de Praga su discípulo y su defensor, conducido á la hoguera el dia 30 de mayo de 1417. Marchó al suplicio cual si fuese á un festin. El verdugo, segun costumbre, quiso encender la hoguera por detrás, pero Gerónimo le dijo: «Ven, maestro, enciende el fuego delante de mí, pues si yo le hubiese temido no estaria aquí á estas horas.»

Dos meses despues de esta ejecución murió Juan XXIII, que de acusador que habia sido ante los hombres pasó á ser acusado ante Dios.

«Quereis saber ahora lo que sucedió cuando se terminó el concilio y quiso salir de Constanza aquella corte romana, aquella comitiva pontifical, aquellos condes del imperio, aquellos barones caballeros? No otra cosa que lo que sucede á veces á un estudiante pobre, que va á comer de fonda sin llevar dinero. Ni el papa Martín, ni el emperador Sigismundo pudieron pagar las cuentas que les presentaron respetuosamente los habitantes de Constanza, lo que visto por los dichos habitantes se apoderaron, respetuosamente siempre, de la vagilla de plata del emperador, de los cálices del papa, de las armaduras de los condes, de los equipajes de los barones, y de los arneses de los caballeros.

«Adivinais cuál seria y cuán grande la desolación de aquella noble asamblea? Sigismundo se encargó de arreglarlo todo.

Con este objeto convocó á los magistrados y ciudadanos de Constanza en la aduana en donde se habia congregado el concilio; subió á la tribuna, dijo que él salia fiador de las deudas de todo el mundo.

—Está muy bien, respondieron los ciudadanos de la antigua república, pero que les faltaba quien fiase al fiador.

Entonces el emperador hizo traer fardos de paños, de sederías, de damascos y terciopelos, de alfombras, cortinas y cogines bordados de oro, y habiéndolos hecho valorar por peritos, los depositó en la aduana, comprometiéndose á desempeñarlos antes de un año, y para mayor seguridad de la deuda, y como prueba de que la reconocia hizo poner las armas imperiales en las cajas en donde se cerraron los fardos. Los ciudadanos dejaron marcharse á sus reales deudores.

Pasó un año sin que se volviese á oír hablar del emperador Sigismundo: al cabo de aquel año, se quiso vender los efectos dejados en prenda, pero entonces se prohibió por S. M.

proceder á la venta, en atención y por cuanto el sello imperial hacia de la propiedad del imperio aquellos fardos, y no del emperador. Hoy hace 447 años que se hizo esta notificación.

NAPOLEON EL GRANDE Y CARLOS EL GORDO.

Si quereis ahora seguirme por las calles tortuosas de Milan, nos pararemos un poco delante de su cúpula milagrosa: pero como mas tarde le volveremos á ver y en detall, os invitaré á echar pronto á la izquierda, porque está próxima á verificarse una de aquellas escenas que pasan en un salon y resuenan por todo el mundo.

Entremos, pues, en el palacio Real, subamos la gran escalera, atravesemos algunos de sus aposentos que tan espléndidamente acaba de decorar el pincel de Appiani; nos abstenremos de contemplar esos frescos que representan las cuatro partes del mundo, y ante el techo en que se verifica el triunfo de Augusto; pero lo que ahora nos aguarda son cuadros vivos; y vamos á escribir la historia moderna.

Entreabramos suavemente la puerta de ese gabinete á fin de ver sin ser vistos.—Así, muy bien.—Veis á un hombre, ¿no es verdad? y lo reconocéis en la sencillez de su uniforme verde, por su pantalon de casimir blanco, y por sus botas que le llegan á la rodilla, mirad su cabeza modelada como un mármol antiguo, ese estrecho mechón de cabellos que va disminuyendo sobre su ancha frente, esos ojos azules cuya mirada se gasta en penetrar el velo del porvenir, esos labios apretados, que encierran dos hileras de perlas que envanecerían á una muger; ¡qué calma!—Es la conciencia de la fuerza, es la serenidad del león.—Cuando esa boca se abre, los pueblos escuchan, cuando esos ojos se inflaman, se convierten en un volcan los llanos de Austerlitz, y cuando se fruncen esas cejas tiemblan los reyes. A aquella hora ese hombre manda á ciento y veinte millones de hombres, diez pueblos cantan á coro el *Hosanna* de su gloria en diez lenguas diferentes, porque este hombre es mas que César, es tanto como Carlo-Magno.—Es Napoleón el Grande, el Júpiter Tonante de la Francia.

Despues de un instante de reposada tranquilidad, fija los ojos en una puerta que se abre, y por la cual entra un hombre vestido con casaca azul, y pantalon ceniciento y calza botas á lo húsar. Mirad, tiene una semejanza

primitiva con el que le aguardaba; pero es mas alto, mas flaco, mas moreno—este es Luciano; el verdadero romano, el republicano de los antiguos tiempos, la barra de hierro de la familia (4).

Estos dos hombres, que no se habían vuelto á ver desde la jornada de Austerlitz, arrojaron el uno al otro una de aquellas miradas que penetran el alma; porque Luciano era el único que tenía en los ojos el mismo poder que Napoleón.

Se detuvo despues de haber dado tres pasos en el cuarto: Napoleón se dirigió hacia él y le alargó la mano.—Hermano mio, exclamó Luciano abrazando á su hermano mayor.—Hermano mio, cuán feliz soy al volverte á ver!

—Señores, dejadnos solos, dijo el emperador haciendo señal con la mano á un grupo. Los tres hombres que lo formaban, saludaron y salieron sin murmurar una frase ni responder una palabra. Sin embargo, aquellos tres hombres que obedecían á un gesto eran Duroc, Eugenio y Murat, un mariscal, un príncipe y un rey.

—Yo os he mandado llamar, Luciano, dijo Napoleón cuando se vió á solas con su hermano.

—Y veis como me he apresurado á obedeceros como á mi hermano mayor, respondió Luciano.

Napoleón frunció las cejas imperceptiblemente.

—No importa! Habéis venido, y era lo que yo deseaba, porque tengo que hablaros.

—Ya escuché, respondió Luciano inclinándose.

Napoleón tomó entre el pulgar y el índice uno de los botones de la casaca de Luciano, y mirándole fijamente le preguntó:

—¿Cuáles son vuestros proyectos?

—Mis proyectos, respondió Luciano admirado, son los de un hombre que vive retirado lejos del ruido del mundo y en la soledad; mis proyectos son terminar tranquilamente, si puedo, un poema que he principiado.

—Si, si, dijo irónicamente Napoleón, sois el poeta de la familia y haceis versos mientras yo gano batallas: tendré sobre Alejandro la ventaja de tener un flomero.

—¿Quién es mas dichoso de nosotros dos?

—Vos, ciertamente, respondió Napoleón soltando el boton con un gesto de mal humor, vos que no teneis el pesar de ver en la familia indiferentes ó tal vez rebeldes.

—Indiferentes! ¿recordais el 18 de brumario?... ¡rebeldes! ¿en dónde me habeis visto concitar la rebelion?

—Rebelion es el no servirme: el que no está conmigo es contra mí. Veamos, Luciano; tú sabes que eres el que mas quiero de todos

(4) El príncipe de Canino no había aun, cuando escribía yo estas líneas, publicado sus memorias.

los hermanos—le tomó la mano—el único que puede continuar mi obra; ¿quieres renunciar á la oposicion tácita que me haces...? ¿Cuándo todos los reyes de Europa están de rodillas, te creerías humillado de bajar la cabeza entre la muchedumbre de aduladores que acompañan mi carro triunfal? ¿Será acaso siempre la voz de mi hermano la que me grite siempre? —Cesar; ¡no olvidéis qué has de morir! Veamos, Luciano, ¿quieres seguir mi camino?

—¿Cómo entiende eso V. M? respondió Luciano, echando una mirada de desconfianza á Napoleón.

El emperador se dirigió en silencio á una mesa redonda que había en medio del gabinete, y colocando sus dos dedos sobre un gran mapa arrollado se volvió á Luciano y le dijo:

—He llegado á la cumbre de mi fortuna, Luciano: he conquistado la Europa: solo me resta dividirla á mi capricho: soy tan victorioso como Alejandro, tan poderoso como Augusto, tan grande como Carlo-Magno; quiero y puedo. Ahora bien... Cogió el mapa, lo desarrolló sobre la mesa con un gesto gracioso y negligente.—Eseoge el reino que mas te agrade, hermano mio; y comprometo mi palabra de emperador, que así que me lo señales con la punta del dedo, será tuyo ese reino.

—Y por qué me haces esta proposicion á mí, mas bien que á cualquiera de nuestros hermanos?

—Porque solo tú estás á la altura de mi alma.

—¿Cómo puede ser esto, no siendo los mismos nuestros principios?

—Cuatro años hace que no te he visto, y durante este tiempo esperaba que habrias variado.

—Te has equivocado, hermano mio; yo soy el mismo que era en 1799, y nunca trocaría yo mi silla curul por un trono.

—Necio é insensato! dijo Napoleón echando á andar y hablando consigo mismo, insensato y ciego que no ve que soy el enviado del destino para hacer que desaparezca ese carro de la guillotina que han tomado por un carro republicano... despues parándose de pronto y dirigiéndose á su hermano:—Pero déjame arrebatarle á la montaña y mostrarte los reinos de la tierra. ¿Cuál de ellos está en sazón para cumplir tu sublime sueño? Veamos.—¿Es el cuerpo germánico que no tiene de vivo mas que sus universidades, especie de pulso republicano que late en un cuerpo monárquico? ¿Es la España católica desde el siglo XIII únicamente, en la cual germina apenas la verdadera interpretacion de la palabra de Cristo? ¿Es la Rusia cuya cabeza piensa quizás pero cuyo cuerpo galvanizado un instante por el czar Pedro, ha recaído en su parálisis polar? No, Luciano, no; no han llegado todavía los tiempos; renuncia á tus locas autopías, dame la mano como hermano y como aliado, y mañana te hago gefe de un gran pueblo, reconozco

á tu muger por hermana mia y la devuelvo toda mi amistad.

—Esto es, respondió Luciano, no pudiendo convencerse, queréis comprarme.

El emperador hizo un movimiento.

—Dejadme decirlo todo á mi vez, porque este momento es solemne, y acaso no tendrá igual en todo el curso de nuestra vida. No me resentio porque me hayais juzgado mal; son tantos los hombres á quienes habeis hecho sordos y mudos tapándoles con oro la boca y los oídos, que creisteis hacer lo mismo conmigo. ¡Decís qué queréis hacerme rey! Bien, yo acepto si me prometeis de que mi reino no será una prefectura del imperio. Me dais un pueblo, le tomo, poco me importa cual sea, pero con la condicion de que yo le gobernaré segun sus ideas y necesidades; quiero ser su padre y no su tirano; quiero que me ame y no me tema, y el dia en que yo ciña en mi cabeza la corona de España, de Suecia, de Wurtemberg ó de Holanda, ya no seré francés, sino español, alemán ú holandés; mi nuevo pueblo será mi única familia. Pensadlo bien, entonces ya no seré mas hermano por la sangre sino por la gerarquía; vuestra voluntad se detendrá en mis fronteras: si venis contra mí, os esperaré á pie firme; me venecereis sin duda alguna, porque sois un gran capitán, y el dios de los ejércitos no es siempre el dios de la justicia; yo seré entonces un rey destronado, y mi nacion un pueblo conquistado, y libre de dar mi corona y mi pueblo á otro mas sumiso y reconocido. He dicho.

—Siempre el mismo, siempre el mismo, murmuró Napoleón, despues dando en el suelo una patada:—Luciano, olvidais que debéis obedecerme como á vuestro padre y á vuestro rey.

—Tú eres mi hermano mayor, y no mi padre, mi hermano y no mi rey; jamás doblaré mi cabeza bajo tu yugo de hierro, jamás, jamás.

Napoleón se puso espantosamente pálido, sus ojos tomaron una espresion terrible, y sus labios temblaron.

—Reflexiona lo que os he dicho, Luciano.

—Reflexiona tú lo que voy á decirte, Napoleón. Tú has asesinado á la república, porque la has herido sin osar mirarla cara á cara; el espíritu de libertad que tú crees ahogado bajo tu despotismo, crece, se derrama y propaga; tú crees arrojarlo delante de ti y él te persigue detrás: mientras seas victorioso estará mudo; pero si llega el dia de la adversidad, verás no puedes apoyarte en la Francia, á quien habrás hecho grande, pero esclava. Y tú, tú, Napoleón, caerás desde la cumbre de tu imperio, te harás pedazos—como este reloj—cogió el suyo, estrellándolo contra el suelo.—mientras nosotros, pedazos y restos de tu fortuna, nos veremos dispersos sobre la haz de la tierra por haber sido de la familia, y maldecidos por llevar tu nombre. Adios.

Luciano se salió.

Napoleón quedó inmóvil y con los ojos fijos: al cabo de cinco minutos se oyó el ruido de un coche que salía del patio del palacio: Napoleón tiró de la campanilla.

—¿Qué ruido es ese? preguntó al ugiere que entreabrió la puerta.

—El del coche del hermano de V. M. que se vuelve á Roma.

—Está bien, dijo el emperador, y su rostro recobró aquella calma impassible y glacial bajo la cual ocultaba, cual con una máscara, las mas vivas emociones.

Apenas habían pasado diez años, cuando se hallaba ya cumplida la profecía de Luciano. El imperio levantado por la fuerza había sido derribado por la fuerza. Napoleón se había hecho pedazos, y aquella familia de águilas, cuyo nido estaba en las Tullerías, se había diseminado fugitiva, proscrita, aleteando perdida por el mundo. Su madre, aquella Niobe imperial que había dado á luz un emperador, dos reyes, y tres archiduques, se había retirado á Roma, Luciano en su principado de Canino, Luis en Florencia, José en los Estados-Unidos, Gerónimo en Wurtemberg, la princesa Elena en Baden, madame Borghese en Piombino, y la reina de Holanda en el castillo de Arenenberg.

Como el castillo de Arenenberg dista solo media legua de Constanza tuvo gran deseo de ofrecer mi homenaje á los pies de aquella magestad destronada y de ver lo que quedaba de reina en una muger, cuando el destino le había arrancado la corona de las sienes, el cetro de la mano y de los hombros el manto, y sobre todo de aquella reina, hija graciosa de Josefina Beauharnais, de aquella hermana de Eugenio, de aquel diamante de la corona de Napoleón.

Había oido hablar tanto de ella en mi juventud como de una hermosa y buena hada muy graciosa y muy protectora, por las dotes que daba á las doncellas, por las madres á quienes volvía los hijos, y por los reos á quienes alcanzaba el perdón, que tenía un culto por ella. Anádase á esto el recuerdo de las canciones que cantaba mi hermana, las cuales se creían ser de esta reina, que se había fijado tanto en mi memoria como en mi corazón, que hoy mismo todavía que hace ya veinte años que he oido aquellos versos y aquella música los repetiría sin alterar una palabra y sin faltar á una nota. Es que reina que componga canciones y las cante no se ve mas que en los cuentos de las *Mil y una noches*, y esto lo recordaba mi alma como un dorado sueño.

Era muy de mañana para presentarme en el castillo en persona, dejé una tarjeta, me entré en una barca que me condujo á la isla Reichenau en una hora.

En una pequeña iglesia situada en medio de la isla están depositados los restos de Cár-

los el Gordo, quinto sucesor de Carlos el Grande, y su epitafio, que está en el coro debajo de un retrato que pasa por el suyo, refiere su historia. Esta es la traducción testual.

«Carlos el Gordo, sobrino de Carlo-Magno, entró poderosamente en la Italia que venció; obtuvo el imperio, y fué coronado César en Roma. Muerto despues su hermano Ludovico de Germania, fué señor por derecho de herencia, de la Germania y de la Gاليا. En fin, abandonado á la vez por el genio, por el ánimo y por el cuerpo, le arrojó un azar de la fortuna desde la cumbre de este grande imperio á este humilde retiro, en donde murió abandonado de todos los suyos, el año del Señor 888.»

Como no habia otra cosa que ver en la iglesia y en la isla, nos embarcamos y nos hicimos á la vela para Arenenberg.

Al entrar en el castillo de Volberg, que habita madama Parquin, lectora de la reina y hermana del célebre abogado de este nombre, encontré una invitación para comer con madama de Saint-Leu, y cartas de Francia. Una de ellas contenia la oda manuscrita de Víctor Hugo sobre la muerte del rey de Roma.

La lei por el camino yendo á pie á ver á la reina Hortensia (1).

El castillo de Arenenberg no es lo que se llama un sitio real, es una linda casa: podria pertenecer á Agüado, á Scribe, indiferentemente, mi emoción por tanto provenia de una causa moral que se agitaba en mi cerebro, y no de los objetos físicos que se presentaban á mi vista.

Esta emoción era tal que despues de haber deseado ardientemente ver á Madama de Saint-Leu, en el momento mismo en que iba á satisfacerse mi deseo, me paraba á cada paso para demorar la hora de la entrevista, mirando sin distinguir y más dispuesto á retroceder que á continuar mi camino; es que me hallaba á punto de ver realizarse un sueño, ó de perder una ilusión, y es que casi queria mas al instante marcharme con una fúda que retirarme mas tarde con un desencanto. De repente, á treinta pasos de mí, y al revolver una alameda, vi tres mugeres y un jóven: mi

(1) Fácilmente conocerán nuestros lectores que toda la primera parte de este viaje fué escrita en 1834, y por consecuencia antes de los sucesos de Strasburgo en que Luis Napoleón, hoy emperador, intentó subir al trono.

primer movimiento fué huir; pero era ya demasiado tarde, porque me habian visto: conocí lo ridiculo de semejante retirada, fijé los ojos en el grupo que se adelantaba, reconocí por instinto á la reina, me dirigí á ella.

Ciertamente que no sabia ella lo que pasaba en mi alma, y estaba lejos de pensar que en los dias de su poder jamás hombre alguno al entrar en su salon de recibo del palacio de la Haya, y al aproximarse al trono donde ella estaba sentada con toda la magestad del poder y con todo el esplendor de la hermosura, habia sentido una emoción igual á la que yo sentia. Todos los sentimientos generosos que encierra el corazón del hombre, el amor, el respeto, la compasión, se agolpaban á mis labios, estaba dispuesto á caer de rodillas, y sin duda lo hubiera hecho á estar ella sola.

Probablemente vió lo que pasaba en mí, porque me sonrió inefablemente alargándome la mano.

—Muy bueno sois, me dijo, en no querer pasar junto á una pobre proscrita sin venir á verla.

Así era yo el que favorecia, y ella la que mostraba agradecimiento: bien, corazón mio! esta vez no te has equivocado; jóven, esa es la reina de tu infancia, graciosa y buena, no te has equivocado! poeta, porque ese es el sonido de la voz y la mirada que dabas en sueños á la hija de Josefina; deja palpitar tu corazón libremente: una vez al menos se ha encontrado la realidad á la altura de un sueño; mira, escucha, sé feliz!

La reina se apoyó en mi brazo, y me condujo, porque yo no veia; así anduvimos no sé cuanto tiempo, y despues entramos en el salon. Lo primero que me hizo volver en mí y detuvo mis pensamientos, fué un magnífico retrato.

—¡Oh! ¡qué hermoso! exclamé.

—Si, respondió madama de Saint-Leu; es Bonaparte en el puente de Lodi.

—Ese cuadro debe ser de Gros, ¿no es verdad?

—Del mismo.

—Sacado del natural sin duda alguna: es tan maravillosa la semejanza del emperador, que es imposible que no sea así.

—Tres ó cuatro veces estuvo el emperador de modelo para él.

—¿Tuvo esa paciencia?

—Gros habia hallado un medio excelente para conseguirlo.

—¿Cuál?

—Le hacia sentar sobre las rodillas de mi madre.

No era un sueño para mí el estar con aquella hija de Josefina que me hablaba de su madre y de su padrastro Napoleón; que me hacia asistir á una escena de familia, que me enseñaba al león manso y domesticado, al emperador sobre las rodillas de la emperatriz, y delante de ellos á Gros, el pintor de Jaffa, de

Eylau y de Aboukir, pincel en mano y fijando en el lienzo aquella cabeza capaz de abarcar el mundo.

Me fui á sentar en un rincón, dejé caer mi cabeza entre las manos, y me abismé en un oceano de pensamientos. Cuando volví en mí y alcé los ojos, vi que Mad. de Saint-Leu me miraba y sonreía comprendiendo demasiado bien las causas de aquella falta de atención, para aguardar disculpas que de ningún modo yo pensaba en darle.

—¿Quereis seguirme? me preguntó.

—Seguramente.

—Venid.

—¿Y qué maravilla me vais á hacer ver?

—Mi relicario imperial.

Me llevó delante de un mueble cerrado con cristales como una biblioteca, en cada uno de cuyos estantes habia colocados objetos que habian pertenecido á Napoleón ó á Josefina.

Desde luego una cartera marcada con las iniciales J. N. contenia la correspondencia del emperador con la emperatriz. Todas las cartas eran autógrafas, fechadas en Marengo, Austerlitz, Jena, escritas sobre una cureña, los pies sobre la sangre, y todas contenian una palabra de la victoria. Ademas habia páginas de amor; pero de amor profundo, ardiente y apasionado como lo sentia Werter, René, Antoni. ¡Qué organización inmensa la de aquel hombre que encerraba á la vez tantas cosas en la cabeza y tantas en el corazón!

En seguida vimos el talisman de Carlo-Magno; este talisman es toda una historia. Escuchadla.

Cuando se abrió en Aquisgran el sepulcro donde habia sido enterrado el gran emperador, se encontró su esqueleto vestido con su traje romano: llevaba en su frente desecada su doble corona de Francia y de Alemania; á su lado junto á su limosnera de peregrino, estaba Joyosa, aquella buena espada que, según el monje de San Dionisio, hedia en dos pedazos á un caballero armado de todas armas: sus pies descansaban sobre el escudo de oro macizo que le habia regalado el papa Leon, y de su cuello se hallaba suspendido el talisman que le hacia invencible. El talisman era un pedazo de la vera Cruz que le habia enviado la emperatriz. Estaba encerrado dentro de una esmeralda, y esta esmeralda se hallaba suspendida de una cadena de gruesos eslabones de oro. Los habitantes de Aquisgran se lo regalaron á Napoleón cuando hizo su entrada en aquella ciudad, y en 1811 Napoleón se la puso jugando al cuello de la reina Hortensia, confesándola que en las jornadas de Austerlitz y de Wagram la habia llevado él mismo en el pecho como novecientos años antes Carlo-Magno.

Por último, allí se conservaba el cinto que ciñó su costado en las pirámides; el anillo de boda que él mismo habia puesto en el dedo de la viuda de Beauharnais, el retrato del rey de

Roma bordado por Maria Luisa, sobre el que habia descansado su última mirada. Aquel ojo de águila se habia cerrado sobre el mismo objeto que ahora tenia á la vista; su moribunda boca habia tocado aquella seda y humedecido-lo su último suspiro: y no hacia un mes aun que el hijo habia muerto tambien clavados los ojos en el retrato de su padre. El tiempo y la libertad nos revelarán tal vez el secreto providencial de esta doble muerte. Entretanto postremonos y adoremos.

Pedi ver la espada traída por Marchand de Santa Elena, legada por el duque de Reichstadt al príncipe Luis; pero la reina no habia recibido todavia aquel don mortuorio, y temia no recibirlo jamás.

Sonó la campana para la comida.

—¿Tan pronto? exclamé yo.

—Volvereis á ver todo esto mañana, me dijo la ex-reina.

Despues de la comida volvimos al salon, y al cabo de unos diez minutos anunciaron á madama Recamier. Esta era todavia reina; pero reina del talento y la hermosura, así la duquesa de Saint-Leu la recibió como á una hermana.

He oído discutir mucho sobre la edad de Mad. de Recamier; verdad es que yo no la he visto mas que de noche con un vestido negro y con el cuello y cabeza envueltos en un velo del mismo color; pero por la juvenil altivez, la belleza de sus ojos y bien torneadas manos apostaria que no tenia mas de veinte y cinco años.

Así es que me asombré cuando oí hablar á aquellas dos mugeres del Directorio y del Consulado como de cosas que habian visto. Por último, se rogó á Mad. de Saint-Leu que tocara el piano.

—¿Os gustará la música? me preguntó volviéndose á mi medio levantándose, y esperando mi respuesta.

—¡Oh! sí, respondí yo juntando las manos.

Cantó muchas canciones cuya música habia compuesto últimamente.

—Si no fuese osadia de mi parte os rogaria una cosa, la dije.

—¿Y bien qué me rogariais?

—Que canteis una de vuestras canciones antiguas...

—¿Cuál?

—Aquella que empieza.

*Vous me quittez pour marchez á la gloire.
Partid al campo, do la gloria os llama.*

—¡Dios mio! Apenas me acuerdo ya: la compuse en 1809. ¿Cómo es posible os acordéis vos que apenas habiais nacido cuando se hallaba en boga?

—Tenia ya cinco años y medio, y entre las canciones que mi hermana mayor cantaba, esta era mi canción favorita.

—No hay mas que un inconveniente, y es que ya no me acuerdo de la letra.

—Yo la recuerdo.
Me levanté en seguida y apoyándome sobre el respaldo de su silla comencé á dictar los versos siguientes.

*Vous me quittez pour marcher á la gloire;
Mon triste cœur suivra partout vos pas;
Allez, volez au temple de mémoire;
Sivez l'honneur, mais ne m'oubliez pas.*

«Me abandonais para marchar á la gloria, mi triste corazón os seguirá por todas partes; id, volad al templo de la memoria, seguid el honor, empero no me olvideis.»
—Si, eso es, en efecto, dijo la reina con tristeza. Yo continué.

*A vos devoirs comme á l'amour fidele,
Cherchez la gloire, évitez le trépás;
Dans les combas où l'honneur vous appelle.
Distinguez-vous, mais ne m'oubliez pas.*

«Fiel á vuestros deberes lo mismo que al amor, buscad la gloria y evitad la muerte; distinguos en los combates á donde os llama el honor, empero no me olvideis.»

*¡Que faire hélas! dans mes peines cruelles
Je crains la paix autant que les combats;
Vous y verrez tant de beautés nouvelles,
Vos leur plairez!... mais ne m'oubliez pas.
Oui, vous plairez et vous vainerez sans cesser
Mars et l'Amour suivront partout vos pas;
De vos succès gardez la douce ivresse.
Soyez heureux, mais ne m'oubliez pas.*

«¿Qué hacer ¡infeliz! en mis crueles penas? Temo la paz tanto como los combates; ¡vereis tantas nuevas bellezas! ¡las agradares!... empero no me olvideis.»

«Si, agradareis y vencereis sin cesar: Marte y el amor seguirán por do quiera vuestros pasos, guardad la dulce embriaguez de vuestros triunfos, sed dichoso, empero no me olvideis.»

La reina pasó la mano por sus ojos para enjugar una lágrima.

—¿Qué triste recuerdo! la dije yo.
—¡Oh! sí, muy triste! Sabeis que en 1808 empezaron á difundirse los rumores sobre el divorcio, rumores que traspasaron el corazón de mi madre viendo que el emperador iba á partir para Wagram; sobre esta partida pidió á Mr. de Segur que la hiciese una canción. Le presentó los versos que acabais de recitar, y mi madre me los dió para que yo los pusiese en música, y el día antes de la salida del emperador se los canté. ¡Pobre madre mía! me se figura aun que la estoy viendo siguiendo en la fisonomía de su esposo que me escuchaba meditabundo, la impresión que le causaba esta canción que tan adecuada era á la situación de entrambos.

El emperador escuchó hasta el fin, y cuando se estinguió el último eco del piano se dirigió hácia mi madre y la dijo:—Sois la criatura mejor que he conocido en el mundo; y besándola luego en la frente suspiró y se entró en su gabinete: mi madre derramó un torrente de lágrimas, porque desde entonces conoció que se hallaba condenada. Ahora ya concebireis el recuerdo que tiene para mi esa canción, y al recitármela acabais de tocar todas las cuerdas de mi corazón cual si fuese una clave.

—Mil perdones: ¿cómo no he adivinado esto? Ya no os pido mas...

—Si tal, dijo la reina volviéndose á colocar al piano, si tal. Sobre esa desgracia han venido á pasar tantas otras que es una de las que recuerdo con mas dulzura; porque el emperador amó siempre á mi madre, aunque separado de ella.

Dejó correr sus dedos sobre el piano, hizo oír un melancólico preludio, y cantó en seguida con toda su alma y con el mismo acento como debia cantar delante de Napoleon.

Dudo que jamás hombre alguno haya sentido lo que yo espermenté aquella noche.

UN PASEO EN EL PARQUE DE ARENEMBERG,

Madama la duquesa de Saint-Leu me habia convidado á desayunarme con ella el día siguiente á las diez; pero como yo habia pasado parte de la noche escribiendo mis notas, llegué algunos minutos mas tarde de la hora indicada. Iba á disculparme con la duquesa por haberla hecho esperar, lo que era mas imperdonable no siendo ya reina; pero me tranquilizó con afable bondad diciéndome que el almuerzo no seria hasta el mediodía, y que si me habia convidado para las diez era únicamente para tener mas tiempo de hablar conmigo, al mismo tiempo me propuso un paseo por el parque, yo respondí ofreciéndola mi brazo.

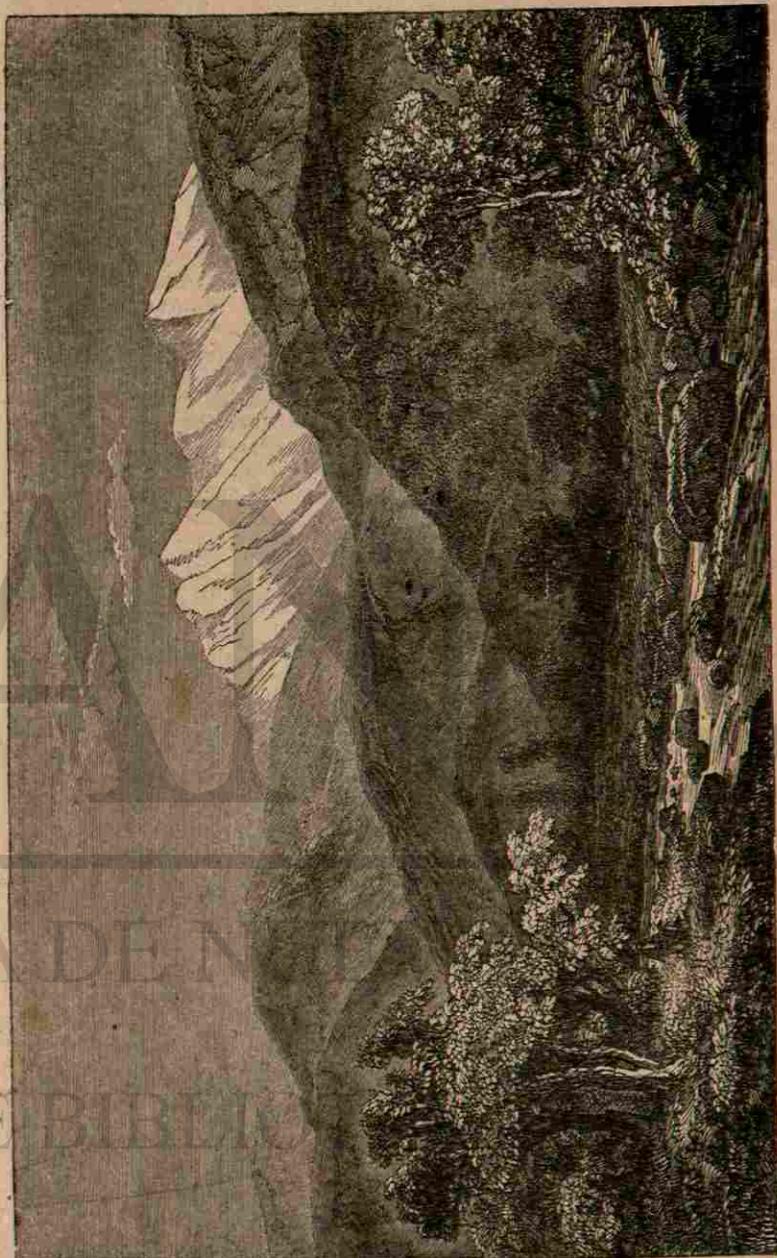
Anduvimos como unos cien pasos en silencio, yo lo rompí el primero.

—¿Teniais alguna cosa que decirme, señora duquesa?

—En verdad que sí, respondió mirándome, queria hablar de Paris, ¿qué habia de nuevo cuando salisteis?

—Mucha sangre en las calles, muchos heridos en los hospitales, no bastantes prisiones y demasiados prisioneros (1).

(1) Estas líneas fueron escritas antes de la amistad; no he querido borrarlas, porque de una re-



Valle de l'Arenenberg.



—No hay mas que un inconveniente, y es que ya no me acuerdo de la letra.

—Yo la recuerdo.
Me levanté en seguida y apoyándome sobre el respaldo de su silla comencé á dictar los versos siguientes.

*Vous me quittez pour marcher á la gloire;
Mon triste cœur suivra partout vos pas;
Allez, volez au temple de mémoire;
Sivez l'honneur, mais ne m'oubliez pas.*

«Me abandonais para marchar á la gloria, mi triste corazón os seguirá por todas partes; id, volad al templo de la memoria, seguid el honor, empero no me olvideis.»
—Si, eso es, en efecto, dijo la reina con tristeza. Yo continué.

*A vos devoirs comme á l'amour fidele,
Cherchez la gloire, évitez le trépás;
Dans les combas où l'honneur vous appelle.
Distinguez-vous, mais ne m'oubliez pas.*

«Fiel á vuestros deberes lo mismo que al amor, buscad la gloria y evitad la muerte; distinguos en los combates á donde os llama el honor, empero no me olvideis.»

*¡Que faire hélas! dans mes peines cruelles
Je crains la paix autant que les combats;
Vous y verrez tant de beautés nouvelles,
Vos leur plairez!... mais ne m'oubliez pas.
Oui, vous plairez et vous vainerez sans cesser
Mars et l'Amour suivront partout vos pas;
De vos succès gardez la douce ivresse.
Soyez heureux, mais ne m'oubliez pas.*

«¿Qué hacer ¡infeliz! en mis crueles penas? Temo la paz tanto como los combates: ¡veréis tantas nuevas bellezas! ¡las agradares!... empero no me olvideis.»

«Si, agradareis y vencereis sin cesar: Marte y el amor seguirán por do quiera vuestros pasos, guardad la dulce embriaguez de vuestros triunfos, sed dichoso, empero no me olvideis.»

La reina pasó la mano por sus ojos para enjugar una lágrima.

—¿Qué triste recuerdo! la dije yo.
—¡Oh! sí, muy triste! Sabeis que en 1808 empezaron á difundirse los rumores sobre el divorcio, rumores que traspasaron el corazón de mi madre viendo que el emperador iba á partir para Wagram; sobre esta partida pidió á Mr. de Segur que la hiciese una canción. Le presentó los versos que acabais de recitar, y mi madre me los dió para que yo los pusiese en música, y el día antes de la salida del emperador se los canté. ¡Pobre madre mía! me se figura aun que la estoy viendo siguiendo en la fisonomía de su esposo que me escuchaba meditabundo, la impresión que le causaba esta canción que tan adecuada era á la situación de entrambos.

El emperador escuchó hasta el fin, y cuando se estinguió el último eco del piano se dirigió hácia mi madre y la dijo:—Sois la criatura mejor que he conocido en el mundo; y besándola luego en la frente suspiró y se entró en su gabinete: mi madre derramó un torrente de lágrimas, porque desde entonces conoció que se hallaba condenada. Ahora ya concebireis el recuerdo que tiene para mi esa canción, y al recitármela acabais de tocar todas las cuerdas de mi corazón cual si fuese una clave.

—Mil perdones: ¿cómo no he adivinado esto? Ya no os pido mas...

—Si tal, dijo la reina volviéndose á colocar al piano, si tal. Sobre esa desgracia han venido á pasar tantas otras que es una de las que recuerdo con mas dulzura; porque el emperador amó siempre á mi madre, aunque separado de ella.

Dejó correr sus dedos sobre el piano, hizo oír un melancólico preludio, y cantó en seguida con toda su alma y con el mismo acento como debia cantar delante de Napoleon.

Dudo que jamás hombre alguno haya sentido lo que yo espermenté aquella noche.

UN PASEO EN EL PARQUE DE ARENEMBERG,

Madama la duquesa de Saint-Leu me habia convidado á desayunarme con ella el día siguiente á las diez; pero como yo habia pasado parte de la noche escribiendo mis notas, llegué algunos minutos mas tarde de la hora indicada. Iba á disculparme con la duquesa por haberla hecho esperar, lo que era mas imperdonable no siendo ya reina; pero me tranquilizó con afable bondad diciéndome que el almuerzo no seria hasta el medió día, y que si me habia convidado para las diez era únicamente para tener mas tiempo de hablar conmigo, al mismo tiempo me propuso un paseo por el parque, yo respondí ofreciéndola mi brazo.

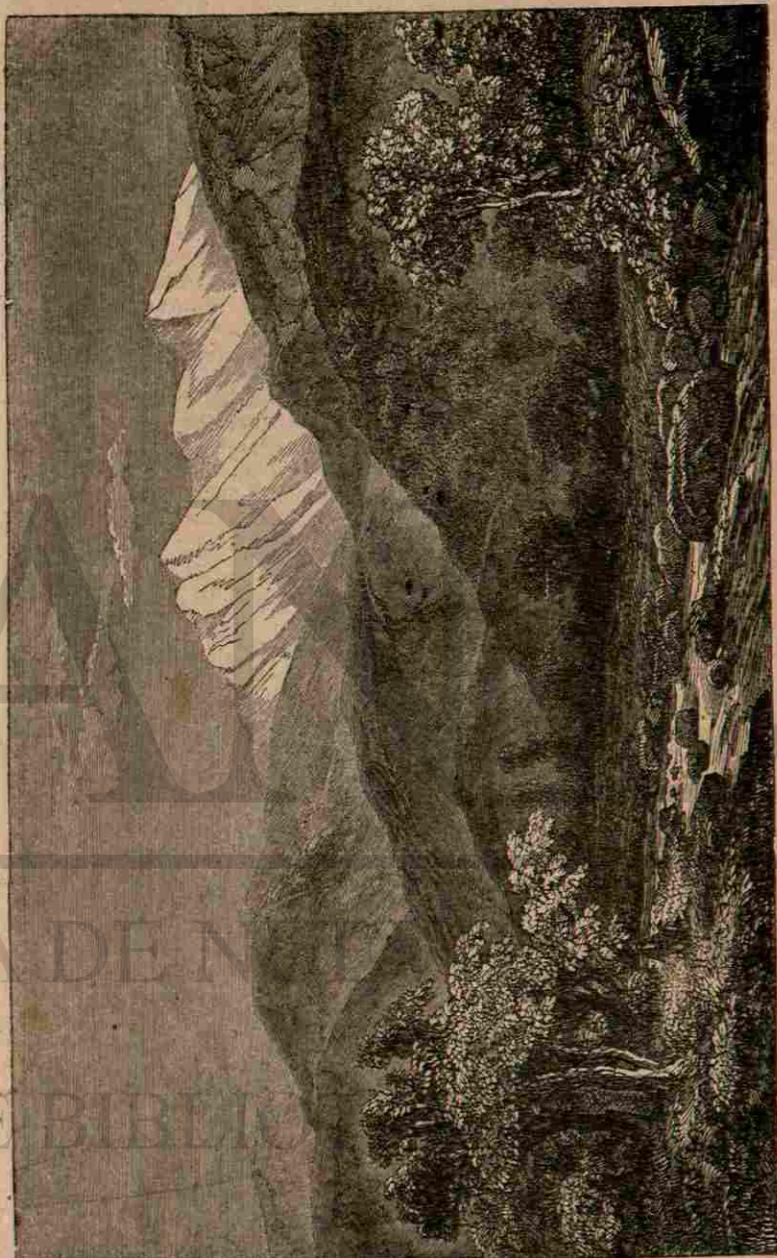
Anduvimos como unos cien pasos en silencio, yo lo rompí el primero.

—¿Teniais alguna cosa que decirme, señora duquesa?

—En verdad que sí, respondió mirándome, queria hablar de Paris, ¿qué habia de nuevo cuando salisteis?

—Mucha sangre en las calles, muchos heridos en los hospitales, no bastantes prisiones y demasiados prisioneros (1).

(1) Estas líneas fueron escritas antes de la amistad: no he querido borrarlas, porque de una re-



Valle de l'Arenenberg.



—¿Habeis visto los dias 5 y 6 de junio?

—Sí señora.

—Perdonadme, pero tal vez voy á ser muy indiscreta; por algunas palabras que os oí decir ayer, conocí que érais republicano.

Me sonreía.

—No os habeis equivocado, señora duquesa, y sin embargo, gracias al sentido y color que los periódicos del partido á que pertenezco y de quien participo todas las simpatías, aun que no todos sus sistemas, han hecho tomar á esta palabra, antes de aceptar la calificación que me dais os pediré el permiso de haceros una esposicion de mis principios. Esta profesion, dije, sería ridícula ante cualquiera otra muger, pero ante vos, señora duquesa, que como reina habeis oído tantas palabras austeras como espresiones frivolas en vuestra cualidad de muger, no tengo reparo, ni vacilo en deciros porque puntos toco al republicanismo social, y porque disidencia me alejo del republicanismo revolucionario.

—¿Entonces no estais de acuerdo entre vosotros?

—Nuestra esperanza es la misma, señora, pero los medios para alcanzarla son diferentes: algunos hay que hablan de cortar cabezas y repartir las propiedades; estos son locos é ignorantes. Os parecerá asombroso que para designarlos no me sirva de un término mas enérgico, pero es inútil, porque ni se les teme ni son de temer; se juzgan muy adelantados, y están atrasadisimos, pues datan de 1793 y estamos en 1832. El gobierno aparenta temerlos mucho, y sentiría que no existiesen, porque sus teorías son la aljaba de donde él saca sus armas: estos no son republicanos sino *republicueros*.

Otros hay que olvidan que la Francia es la hermana mayor de las naciones; que no se acuerdan que su pasado es rico en toda especie de recuerdos, y van á buscar entre las constituciones suiza, inglesa, y americana la mas á propósito á nuestro país: estos son soñadores y utopistas. Consagrados enteramente á sus teorías de gabinete y en medio de sus imaginarias aplicaciones, no consideran que una constitucion no puede ser duradera sino en cuanto nace de la situacion geográfica del pueblo, y en cuanto es, el resultado de su nacionalidad y es apropiada á sus costumbres. De ahí proviene que no habiendo en el mundo dos pueblos cuyas costumbres, nacionalidad y situacion geográfica sean idénticas, cuanto mas perfecta sea una constitucion, mas individual será tambien, y por consecuencia mas aplicable al país en donde se ha formado, que á cualquiera otro sea el que fuere; los que esto hacen no son todavia republicanos sino *republicuistas*.

convencion que eran antes, se han convertido en un elogio. Es preciso dejar á cada cosa el carácter del tiempo en que se publica.

Otros hay que creen que una opinion consiste en un traje azul y grandes barbas, chaleco grande, enorme corbata con puntas, sombrero puntiagudo, y son los parodiadores y ladradores; escitan á los motines, pero se guardan de tomar parte en ellos, levantan barricadas y dejan que otros mueran en ellas, y comprometen á sus amigos, se ocultan por todas partes como si fuesen los comprometidos: estos tales no son tampoco republicanos, sino *republicuillos*.

Peró hay otros, señora, para quienes el honor de la Francia es una cosa santa, que ellos quieren conservar inmaculada, hombres para quienes una palabra dada es un juramento sagrado, que no pueden sufrir ver infringir al rey ni al pueblo, cuya vasta y noble fraternidad se estiende á toda nacion que sufre y á toda nacion que se despierta de un sueño; estos han ido á derramar su sangre en Bélgica, en Italia y en Polonia, y han vuelto para hacerse matar ó prender en el claustro de San Mery: estos, señora, son los puritanos y los mártires. Llegará un dia en que no solamente serán llamados los desterrados y se abrirán las cárceles á los cautivos, sino que tambien se buscarán los cadáveres de los que han muerto para levantarles sepuleros; toda la falta que se les puede atribuir es la de haberse adelantado á su época, y de haber nacido treinta años demasiado pronto: estos, señora, son los verdaderos republicanos.

—¿No tengo necesidad de preguntaros si pertenecéis á estos últimos? me dijo la reina.

—Ah, señora, le respondí, no puedo lisonjearme del todo con este honor. Sin duda tengo por ellos todas mis simpatías; pero en vez de dejarme arrebatado por mis sentimientos, he apelado á la razon, y querido hacer en la política lo que Fausto en la ciencia; bajar y tocar el fondo. Un año entero he permanecido sumergido en los abismos de lo pasado, y si al principio tenia una opinion instintiva, he concluido por adquirir una conviccion razonada. Vi que la revolucion de 1830 nos habia hecho dar un paso, pero conocí tambien que este paso nos habia llevado desde la monarquía aristocrática á la de los ricos, y que esta monarquía del dinero era un trámite que era preciso gastar antes de llegar á la magistratura popular. Desde entonces, señora, sin hacer nada para aproximarme al gobierno, del cual me habia alejado, he dejado de serle enemigo, y le miro tranquilamente seguir un período cuyo fin no veré yo probablemente. Aplaudo lo que hace de bueno, protesto contra lo que hace de malo, pero todo sin entusiasmo, sin odio. Ni lo acepto ni lo recuso, lo tolero: no lo miro como una dicha; pero lo creo una necesidad.

—Pero, á vuestro modo de entender, no es probable un cambio.

—No, señora.

—Sin embargo, ¿si el duque de Reischstad

(hijo de Napoleón) no hubiese muerto y hubiese hecho una tentativa?

—Hubiera salido mal: yo así lo creo al menos.

—Es verdad: olvidaba que, según vuestras opiniones republicanas, Napoleón no debió ser para ellos más que un tirano.

—Perdonad, señora, yo lo miro bajo otro punto de vista; en mi opinión, Napoleón fue uno de esos hombres elegidos desde el principio de los tiempos, los cuales reciben de Dios una misión providencial.

A estos hombres se los juzga, no según la voluntad humana que les hace obrar, sino según la voluntad divina que los inspira, no según la obra que han hecho, sino según el resultado que ha producido. Cumplida su misión, Dios los vuelve a llamar, creen morir, solo van a dar cuenta.

—¿Qual era, pues, la misión del emperador en vuestro sentir?

—Una misión de libertad.

—¿Sabeis que, cualquiera que no fuese yo, os pediría pruebas de ello?

—Y os las daría a vos misma.

Cuando Napoleón, ó mas bien Bonaparte, apareció a nuestros padres, señora, la Francia salía no de una república sino de una revolución. En uno de sus accesos de fiebre política había adelantado tanto a las demás naciones que había roto el equilibrio del mundo; era preciso, pues, un Alejandro para aquel Bucéfalo; un Androcles para aquel león. El 13 de vendimiario los puso cara a cara: la revolución fue vencida. Los reyes que debieran haber reconocido un hermano en el cañón de la calle de Saint-Honoré, creyeron tener un enemigo en el dictador del 48 de brumario: tomaron por consúl de una república al que era ya jefe de una monarquía, y los insensatos en vez de aprisionarle con una paz general le hicieron una guerra europea. Entonces Napoleón llamó a sí todo cuanto había de joven, valiente y entendido en Francia y lo derramó por el mundo. Hombre de reacción para nosotros se encontró serlo de progreso para los demás, y por doquier que pasó arrojó al viento el grano de las revoluciones. La Italia, la Prusia, la España, el Portugal, la Bélgica, la Rusia misma, han llamado despues sucesivamente a sus hijos a la sagrada siega, y él como un labrador cansado de su trabajo los ha mirado con los brazos cruzados desde la cima de su roca de Santa Elena. Allí tuvo una revelación de su misión divina, dejó caer de sus labios la profecía de una Europa republicana.

—Y creéis, repuso la reina, que si el duque de Reichstad no hubiese muerto, hubiera continuado la obra de su padre?

—A mi parecer, señora, hombres como Napoleón, no tienen padres ni hijos: nacen como meteoros en el crepúsculo de la mañana, atraviesan de uno a otro horizonte el cielo que iluminan y van a perderse en el crepúsculo de la tarde.

—¿Sabeis que lo que decís es poco consolador para aquellos de su familia que conserven alguna esperanza?

—Así es, señora, porque nosotros no le hemos dado un lugar en nuestro cielo, sino a condición de que no dejaria heredero en el mundo.

—Y sin embargo, ha legado su espada a su hijo.

—El don le ha sido fatal, señora, y Dios ha anulado el testamento.

—¡Oh! me asustais, porque su hijo la ha legado al mio.

—Será pesada de llevar a un simple oficial de la Confederación suiza.

—Sí, tenéis razón; porque esta espada es un cetro.

—Tened cuidado, señora, de estraviaros, mucho temo que no vivais en esa atmósfera halagüeña y embriagadora que llevan en pos de sí los desterrados. El tiempo que corre para los demás parece estar detenido para los proscritos. Siempre ven a los hombres y a las cosas del mismo modo que las dejaron, y sin embargo los hombres cambian de faz, y las cosas de aspecto: la generación que ha visto pasar a Napoleón de vuelta de la isla de Elba se extingue, todos los días y aquella marcha milagrosa ya no es un recuerdo, sino un hecho histórico.

—Así creéis que no hay ya esperanza para la familia de Napoleón de volver a entrar en Francia.

—Si yo fuese el rey, la llamaria mañana.

—Yo no quiero decir de esta manera.

—Pues de otro modo tiene pocas probabilidades.

—¿Qué consejo daríais, pues, a un individuo de esta familia que soñase la resurrección de la gloria y del poder napoleónico?

—Le aconsejaria que despertase.

—¿Y si a pesar de este consejo, que para mí ver es el mejor, persistiese aun y os pidiese otro?

—Entonces, señora, le diria: que obtuviese se le levantara el destierro, comprase tierras en Francia, se hiciese elegir diputado, dispusiese por medio del talento de la mayoría de la cámara, y se sirviese de ella para derribar a Luis Felipe y hacerse elegir rey en su lugar (1).

—¿Y pensáis, repuso la duquesa de Saint-Leu con melancolía, que cualquiera otro medio sería vano?

—Estoy convencido de ello.

La duquesa suspiró.

En aquel momento la campanilla llamaba al almuerzo, y nos dirigimos al castillo pensativos y silenciosos: durante toda la vuelta no me dirigió ni una palabra la duquesa; pero

(1) El éxito ha comprobado la exactitud del plan de Alejandro Dumas.—Luis Napoleón vuelve del destierro, es diputado, presidente de la república y emperador.

al llegar al umbral de la puerta, se paró y me dijo mirándose con una expresión indefinible de angustia:

—¿Hubiera querido que mi hijo hubiese estado aquí, y oído todo cuanto me acabais de decir!

CONTINUACION Y DESENLACE DE LA HISTORIA DEL INGLÉS QUE HABIA TOMADO UNA PALABRA POR OTRA.

Despues de almorzar me despedí de la señora duquesa de Saint-Leu; encontré a Francesco en Sticborn a donde le había mandado de correo, y en donde me aguardaba ya con un carruaje: marchamos en seguida, sobre las ocho de la noche llegamos a la fonda de la Corona en Schaffausen.

El día siguiente me fui a pasear en cuanto me levanté, por la ciudad, y la primera cosa que se presentó a mis ojos en la plaza misma de la fonda, fué una estatua que representaba a un hombre del siglo XV, con el puño de la mano derecha cortado, circunstancia que, como se adivina, despertó inmediatamente mi curiosidad. Era evidente que a aquella mutilación debía de ir unida alguna leyenda. Buscaba con los ojos a alguno que pudiese ponerme al corriente de la historia particular del individuo representado, cuando descubrí en el umbral de la posada a un mozo de la fonda fumando flemáticamente en su pipa de espuma de mar, hojas secas de cualquier yerba que le habían vendido por tabaco. Me fui a él, pensando que a nadie podía dirigirme mejor para saber por qué causa habían cortado la mano de aquel personaje, cuya biografía deseaba conocer. Mi mozo se quitó gravemente la pipa de la boca, estendió la mano con dirección a la estatua, y me respondió: la historia está escrita. Confiado en esta indicación, me volví hacia el manco, lo miré desde la cabeza a los pies, pero no vi la mas mínima línea caligráfica: creí que mi hombre había querido burlarse de mí, y me volví con intención de darle las gracias por su atención.

—Y bien, ¿habeis leído? me dijo mi hombre con la misma calma.

—¿Cómo queréis que lea si no hay escrito nada?

—¿Habeis mirado por detras?

—No.

—Pues bien, mirad.

Volví en busca de la inscripción, y dando vuelta al pedestal vi unas letras medio borra-

das; felizmente adiviné el resto leída la primera palabra; era este verso de Virgilio.

Auri sacra fames, quid non mortalia pectora cogis?

Era una hermosa sentencia cuya verdad reconocia; pero que podia aplicarse a tantas circunstancias, que nada me revelaba de lo que deseaba saber: así, pues, me dirigí de nuevo a mi hombre.

—¿Y bien! me dijo.

—Lo he leído.

—¿Estareis contento?

—No.

—¿No habeis encontrado una inscripción?

—Sin duda; pero no dice por qué tiene el puño cortado aquel hombre.

—Entonces, me dijo desdenosamente el cocinero, es que no sabeis latin!

De aquí no pude sacarle, de modo que a mí pesar tuve que contentarme con aquella respuesta, un poco humillante para un hombre que sabe el Virgilio de memoria.

Ademas, como al decir del mismo cicerone no había otra cosa que ver en Schaffausen, volví a entrar en la fonda, de la que contaba marchar despues de mi desayuno. Aproveché el mozo este momento para traerme el libro de viajeros, a fin de que escribiese en él mi nombre. Al fijar maquinalmente la vista en la última página, reconocí el nombre de sir Williams Blundel que había pasado por allí hacia doce días. Mandé llamar al fondista desconfiando de la inteligencia del criado, para preguntarle acerca del inglés. La manera con que me había dejado sir Williams en Zurich, me tenia algo inquieto; esos caracteres tímidos y concentrados, tienen tristezas tanto mas profundas en cuanto se parecen a la calma, y desesperaciones mas mortales porque no tienen gritos y lágrimas: resultando de esto que sus heridas sangran interiormente, y sofocan casi siempre la expansión de los dolores. Deseaba saber qué aspecto tenia mi compañero de viaje, lo que había hecho durante su estancia en Schaffausen, y por último qué camino había tomado al marchar.

Entró el fondista: era un hombre gordo y al parecer de alegre humor. Sin embargo, por el pronto dió a su rostro tal expresión de dolor oficial que contrastaba con la fisonomía que le había dado la naturaleza en un momento de hilaridad que pensé que me iba a anunciar alguna desgracia. En efecto, antes de que yo hubiese abierto la boca, me interrumpió diciendo: ¡Ah! señor! si yo hubiese sabido ayer vuestro nombre, me hubiera apresurado inmediatamente a entregarle la carta de su amigo. Al decir esto, mi huésped lanzó un suspiro que ni bien era sollozo ni bien hipo.

—¿De qué amigo? le dije?

—¡Oh! era un joven muy amable y muy completo si no hubiese tenido aquella locura!

(hijo de Napoleón) no hubiese muerto y hubiese hecho una tentativa?

—Hubiera salido mal; yo así lo creo al menos.

—Es verdad: olvidaba que, según vuestras opiniones republicanas, Napoleón no debió ser para ellos más que un tirano.

—Perdonad, señora, yo lo miro bajo otro punto de vista; en mi opinión, Napoleón fue uno de esos hombres elegidos desde el principio de los tiempos, los cuales reciben de Dios una misión providencial.

A estos hombres se los juzga, no según la voluntad humana que les hace obrar, sino según la voluntad divina que los inspira, no según la obra que han hecho, sino según el resultado que ha producido. Cumplida su misión, Dios los vuelve a llamar, creen morir, solo van a dar cuenta.

—¿Qual era, pues, la misión del emperador en vuestro sentir?

—Una misión de libertad.

—¿Sabeis que, cualquiera que no fuese yo, os pediría pruebas de ello?

—Y os las daría a vos misma.

Cuando Napoleón, ó mas bien Bonaparte, apareció a nuestros padres, señora, la Francia salía no de una república sino de una revolución. En uno de sus accesos de fiebre política había adelantado tanto a las demás naciones que había roto el equilibrio del mundo; era preciso, pues, un Alejandro para aquel Bucéfalo; un Androcles para aquel león. El 13 de vendimiario los puso cara a cara: la revolución fue vencida. Los reyes que debieran haber reconocido un hermano en el cañón de la calle de Saint-Honoré, creyeron tener un enemigo en el dictador del 48 de brumario: tomaron por consúl de una república al que era ya jefe de una monarquía, y los insensatos en vez de aprisionarle con una paz general le hicieron una guerra europea. Entonces Napoleón llamó a sí todo cuanto había de joven, valiente y entendido en Francia y lo derramó por el mundo. Hombre de reacción para nosotros se encontró serlo de progreso para los demás, y por doquier que pasó arrojó al viento el grano de las revoluciones. La Italia, la Prusia, la España, el Portugal, la Bélgica, la Rusia misma, han llamado despues sucesivamente a sus hijos a la sagrada siega, y él como un labrador cansado de su trabajo los ha mirado con los brazos cruzados desde la cima de su roca de Santa Elena. Allí tuvo una revelación de su misión divina, dejó caer de sus labios la profecía de una Europa republicana.

—Y creéis, repuso la reina, que si el duque de Reichstad no hubiese muerto, hubiera continuado la obra de su padre?

—A mi parecer, señora, hombres como Napoleón, no tienen padres ni hijos: nacen como meteoros en el crepúsculo de la mañana, atraviesan de uno a otro horizonte el cielo que iluminan y van a perderse en el crepúsculo de la tarde.

—¿Sabeis que lo que decís es poco consolador para aquellos de su familia que conserven alguna esperanza?

—Así es, señora, porque nosotros no le hemos dado un lugar en nuestro cielo, sino a condición de que no dejaria heredero en el mundo.

—Y sin embargo, ha legado su espada a su hijo.

—El don le ha sido fatal, señora, y Dios ha anulado el testamento.

—¡Oh! me asustais, porque su hijo la ha legado al mio.

—Será pesada de llevar a un simple oficial de la Confederación suiza.

—Sí, tenéis razón; porque esta espada es un cetro.

—Tened cuidado, señora, de estraviaros, mucho temo que no vivais en esa atmósfera halagüeña y embriagadora que llevan en pos de sí los desterrados. El tiempo que corre para los demás parece estar detenido para los proscritos. Siempre ven a los hombres y a las cosas del mismo modo que las dejaron, y sin embargo los hombres cambian de faz, y las cosas de aspecto: la generación que ha visto pasar a Napoleón de vuelta de la isla de Elba se extingue, todos los días y aquella marcha milagrosa ya no es un recuerdo, sino un hecho histórico.

—Así creéis que no hay ya esperanza para la familia de Napoleón de volver a entrar en Francia.

—Si yo fuese el rey, la llamaria mañana.

—Yo no quiero decir de esta manera.

—Pues de otro modo tiene pocas probabilidades.

—¿Qué consejo daríais, pues, a un individuo de esta familia que soñase la resurrección de la gloria y del poder napoleónico?

—Le aconsejaria que despertase.

—¿Y si a pesar de este consejo, que para mí ver es el mejor, persistiese aun y os pidiese otro?

—Entonces, señora, le diria: que obtuviese se le levantara el destierro, comprase tierras en Francia, se hiciese elegir diputado, dispusiese por medio del talento de la mayoría de la cámara, y se sirviese de ella para derribar a Luis Felipe y hacerse elegir rey en su lugar (1).

—¿Y pensáis, repuso la duquesa de Saint-Leu con melancolía, que cualquiera otro medio sería vano?

—Estoy convencido de ello.

La duquesa suspiró.

En aquel momento la campanilla llamaba al almuerzo, y nos dirigimos al castillo pensativos y silenciosos: durante toda la vuelta no me dirigió ni una palabra la duquesa; pero

(1) El éxito ha comprobado la exactitud del plan de Alejandro Dumas.—Luis Napoleón vuelve del destierro, es diputado, presidente de la república y emperador.

al llegar al umbral de la puerta, se paró y me dijo mirándose con una expresión indefinible de angustia:

—¿Hubiera querido que mi hijo hubiese estado aquí, y oído todo cuanto me acabais de decir!

CONTINUACION Y DESENLACE DE LA HISTORIA DEL INGLÉS QUE HABIA TOMADO UNA PALABRA POR OTRA.

Despues de almorzar me despedí de la señora duquesa de Saint-Leu; encontré a Francesco en Sticborn a donde le había mandado de correo, y en donde me aguardaba ya con un carruaje: marchamos en seguida, sobre las ocho de la noche llegamos a la fonda de la Corona en Schaffhausen.

El día siguiente me fui a pasear en cuanto me levanté, por la ciudad, y la primera cosa que se presentó a mis ojos en la plaza misma de la fonda, fué una estatua que representaba a un hombre del siglo XV, con el puño de la mano derecha cortado, circunstancia que, como se adivina, despertó inmediatamente mi curiosidad. Era evidente que a aquella mutilación debía de ir unida alguna leyenda. Buscaba con los ojos a alguno que pudiese ponerme al corriente de la historia particular del individuo representado, cuando descubrí en el umbral de la posada a un mozo de la fonda fumando flemáticamente en su pipa de espuma de mar, hojas secas de cualquier yerba que le habían vendido por tabaco. Me fui a él, pensando que a nadie podía dirigirme mejor para saber por qué causa habían cortado la mano de aquel personaje, cuya biografía deseaba conocer. Mi mozo se quitó gravemente la pipa de la boca, estendió la mano con dirección a la estatua, y me respondió: la historia está escrita. Confiado en esta indicación, me volví hacia el manco, lo miré desde la cabeza a los pies, pero no vi la mas mínima línea caligráfica: creí que mi hombre había querido burlarse de mí, y me volví con intención de darle las gracias por su atención.

—Y bien, ¿habeis leído? me dijo mi hombre con la misma calma.

—¿Cómo queréis que lea si no hay escrito nada?

—¿Habeis mirado por detras?

—No.

—Pues bien, mirad.

Volví en busca de la inscripción, y dando vuelta al pedestal vi unas letras medio borra-

das; felizmente adiviné el resto leída la primera palabra; era este verso de Virgilio.

Auri sacra fames, quid non mortalia pectora cogis?

Era una hermosa sentencia cuya verdad reconocia; pero que podia aplicarse a tantas circunstancias, que nada me revelaba de lo que deseaba saber: así, pues, me dirigí de nuevo a mi hombre.

—¿Y bien! me dijo.

—Lo he leído.

—¿Estareis contento?

—No.

—¿No habeis encontrado una inscripción?

—Sin duda; pero no dice por qué tiene el puño cortado aquel hombre.

—Entonces, me dijo desdenosamente el cocinero, es que no sabeis latin!

De aquí no pude sacarle, de modo que a mí pesar tuve que contentarme con aquella respuesta, un poco humillante para un hombre que sabe el Virgilio de memoria.

Ademas, como al decir del mismo cicerone no había otra cosa que ver en Schaffhausen, volví a entrar en la fonda, de la que contaba marchar despues de mi desayuno. Aproveché el mozo este momento para traerme el libro de viajeros, a fin de que escribiese en él mi nombre. Al fijar maquinalmente la vista en la última página, reconocí el nombre de sir Williams Blundel que había pasado por allí hacia doce días. Mandé llamar al fondista desconfiando de la inteligencia del criado, para preguntarle acerca del inglés. La manera con que me había dejado sir Williams en Zurich, me tenia algo inquieto; esos caracteres tímidos y concentrados, tienen tristezas tanto mas profundas en cuanto se parecen a la calma, y desesperaciones mas mortales porque no tienen gritos y lágrimas: resultando de esto que sus heridas sangran interiormente, y sofocan casi siempre la expansión de los dolores. Deseaba saber qué aspecto tenia mi compañero de viaje, lo que había hecho durante su estancia en Schaffhausen, y por último qué camino había tomado al marchar.

Entró el fondista: era un hombre gordo y al parecer de alegre humor. Sin embargo, por el pronto dió a su rostro tal expresión de dolor oficial que contrastaba con la fisonomía que le había dado la naturaleza en un momento de hilaridad que pensé que me iba a anunciar alguna desgracia. En efecto, antes de que yo hubiese abierto la boca, me interrumpió diciendo: ¡Ah! señor! si yo hubiese sabido ayer vuestro nombre, me hubiera apresurado inmediatamente a entregarle la carta de su amigo. Al decir esto, mi huésped lanzó un suspiro que ni bien era sollozo ni bien hipo.

—¿De qué amigo? le dije?

—¡Oh! era un joven muy amable y muy completo si no hubiese tenido aquella locura!

continuó descomponiendo cada vez mas su semblante.

—Pero, ¿quién es ese loco? le interrumpí.

—¡Ay! ay! continuó el fondista: está curado ahora.

La muerte es un gran médico.

—Pero en fin, ¿quién se ha muerto? hablad.

—¿Cómo! ¿con que no lo sabeis? me dijo el fondista.

—Yo no sé nada: vamos.

—¿Ni tampoco sabeis que no se ha encontrado su cuerpo?

—¿Pero el cuerpo de quién? decid.

—El del otro nada importaba, porque no había parado aquí y se había ido al Halcon de Oro; podía el diablo llevarse su cuerpo, pero el de ese pobre Mr. Williams que se parecía á una jóven. ...

—¿Cómo! exclamé: ¿sir Williams ha muerto?

—Sí, mi querido amo.

—¿Dios mio! ¿y cómo ha muerto?

—Ahogado; á pesar de todo cuanto le dije.

—¿Muerto! ahogado!

—¡Ay! sí, aquí tenéis la carta que os ha escrito.

Alargué maquinalmente la mano, y tomé la carta, pero sin leerla; tan abismado me había dejado lo inesperado de aquella noticia.

—En vano le repetimos que era una locura, continuó el fondista: cuanto mas se le decía el peligro, mas terco se mostraba.

—Pero en fin, repliqué volviendo en mí, ¿cómo le sucedió esa desgracia? porque basido un accidente y no un suicidio, ¿no es verdad?

—¡Jum! jum!... Dios sabe el fondo de la verdad: pero en cuanto á mi estoy en que atentó contra su vida. ¿Queréis que os lo diga? me parece que aquel hombre tenía un grande pesar en el corazón.

—No os equivocais, amigo mio: pero dadme algunos detalles. ¿Cómo ha muerto? ¿ahogado, zozobró su barca, ó fué bañándose?

—No, señor, no, nada de eso; imaginaos... es toda una historia: oid.

—Pues bien, contádmela.

—Pues habeis de saber..... perdonad si tomo asiento.

—Sentaos, sentaos..... tan impaciente estoy que me olvidaba de ofrecéroslo.

—Como os iba diciendo, hace tres semanas que llegaron á Schaffausen dos elegantes ingleses, y fueron á parar no sé por qué á la fonda del Halcon de Oro; pero nada tiene de particular, porque el fondista es un intrigante. ¿Creeréis que va á esperar á los viajeros en la puerta de Constanza y que allí. ...

—Amigo, volvámonos á nuestro asunto que es lo que me importa; ¿qué sucedió despues que los ingleses estuvieron en la fonda del Halcon de Oro?

—En Schaffausen, hay pocas cosas que ver, pero á una legua ó legua y media de aquí te-

nemos el famoso salto del Rhin, del que habreis sin duda oido hablar, pues el rio se precipita á una profundidad de setenta pies.

—Amigo mio, todo eso lo sé: volvamos á los ingleses.

—Habían venido, pues, para ver el salto, y por consiguiente tomaron un guia que les acompañase, aunque no es necesario tomarlo, pues el camino tiene veinte y cuatro pies de ancho, pero el propietario del Halcon de Oro, les dijo: milores, es necesario tomar un guia. Ya comprendéis, como que el guia le da un tanto por los parroquianos que le proporcionan....

—¿Bueno! ya sé yo á que atenerme sobre el fondista del Halcon de Oro, y en prueba de ello veis que me he venido á vuestra fonda; pero os advierto que sino acabais pronto vuestra relacion, tendré necesidad de ir á pedir que me la haga vuestro compañero.

—¡Ya voy! ya voy, señor; pero permitidme que os diga que el otro no os la sabria contar como yo, porque no es mas que un charlatan que....

Levantéme con impaciencia, y el fondista conoció mi demostracion hostil; me hizo señas con la mano de que iba á acabar, y continuó.

—Estaban los dos ingleses delante del salto del Rhin, mas abajo del castillo de Lauffen; miraron algun tiempo el rio que de repente se cambia en una cascada, y se precipita de setenta pies de altura: estaban sin abrir la boca ni pestañear siquiera, cuando de pronto el mas jóven dijo al mas anciano: apuesto veinte cinco mil libras, á que bajo por la cascada en una barca. El mas viejo dejó caer aquella provocacion, cual si no la hubiese oido, tomó su lente, miró el agua espumante, bajó algunos pasos á fin de descubrir el abismo donde el rio se precipitaba, despues se volvió á su camarada y le dijo con la misma flemma tranquilamente: yo apuesto á que no.

Dos horas despues volvieron los dos amigos á Schaffausen, y se hicieron servir la comida como si nada hubiese pasado.

Despues de comer, el mas jóven mandó á llamar al fondista, y le preguntó en donde podría comprar una barca.

Al día siguiente fueron á buscar por los talleres, con el fondista, quien les vendiese una barca. No hallaron ninguna que les conviniese, encargaron una nueva: con las instrucciones que el inglés dió para su construccion, y por algunas palabras que se le escaparon, adivinó el constructor el objeto con que se le encargaba el barco. Sir Arturo Mortimer, que así se llamaba el mas jóven, no teniendo ningun motivo para ocultar su proyecto, le contó la apuesta. Peter hizo cuanto pudo para disuadirle, pero sir Arturo se impacientó y se levantó para ir á otro taller á hacer el encargo. Entonces Peter vió que era una resolucion invariable, que no pudiendo cambiarla nadie,

tanto valia que se aprovechase él de ella como otro; tomó el dibujo que le había hecho sir Arturo, y prometió la barca para el domingo siguiente.

El mismo día se difundió la voz por los alrededores de que un inglés había apostado saltar la cascada del Rhin; nadie podia creerlo, tan loca parecia la resolucion. Todo el mundo iba á preguntar la verdad á Peter, que contestaba enseñando su barca, que comenzaba ya á tomar forma. El inglés acudia á ver todos los días si adelantaba, hacia tranquilamente sus observaciones, las cosas marchaban lo mejor del mundo.

En esto llegó á Schaffausen sir Williams Blundel que vino á parar en mi casa. Parecia triste y abatido, le pedi sus ordenes: tartamudeó algunas palabras que no entendí: no importa, le hice llevar al mejor cuarto de la fonda, que es este mismo, y se le sirvió una comida, como no la hubiera visto jamás, os lo aseguro, en el Halcon de Oro. Cuando su ayuda de cámara bajó, le pregunté si su señor estaria mucho tiempo en Schaffausen; supe que marcharia al día siguiente por la mañana. Inmediatamente me ocurrió una idea para detener á sir Williams hasta el domingo siguiente: me parecia cosa fácil con decirle lo que se iba á verificar aquel día.

En consecuencia, cuando creí que estaria á los postres subí á su cuarto y entré discretamente y sin ruido. Tenia en la mano, sobre la cual apoyaba su frente, un pedazo de velo verde, y parecia abismado en tal tristeza que no reparó en mí. Le hice tres reverencias sin poderle sacar de su meditacion: en fin, viendo que necesitaba añadir la voz á la pantomima, le pregunté si estaba contento de la comida.

Mi voz le hizo estremecer, levantó la cabeza, me vió en pie delante de él, é inmediatamente ocultando el pedazo de velo en su bolsillo:

—Sí, muy contento, muy contento, me dijo.

En aquel momento reparé que no había probado nada de la comida: comprendí que tenía el esplen fué mas vivo mi deseo de distraerlo.

—El ayuda de cámara de milord ha dicho que su gracia marchaba mañana.

—Sí, esa es mi intencion.

—¿No sabe milord, tal vez, lo que aquí pasa?

—No, no lo sé.

—Si milord lo supiese se quedaria, sin duda alguna.

—¿Pues qué pasa?

—Una apuesta, milord; un compatriota de vuestra gracia ha apostado que saltará la cascada del Rhin en una barca.

—¿Y qué hay de admirable en eso?

—¿Qué hay de admirable? Que hay mas de ciento noventa y nueve probabilidades de que ha de perecer.

—¿Estais seguro? me preguntó sir Williams, mirándome de hito en hito.

—Segurísimo, milord.

—¿Cómo se llama mi compatriota?

—Sir Arturo Mortimer.

—¿En donde para?

—En la fonda del Halcon de oro.

—Hacedme acompañar hasta allí, quiero hablarle.

Tuve un momento de terror, pensé que sir Williams, descontento con la comida que no había tocado queria cambiar de fonda, y ya concebís que no era por la pérdida, sino por la humillacion; en consecuencia mandé al mas inteligente de los criados, aquel que os ha dado todos los detalles sobre la estatua á que le falta la mano: ¿no os acordais?...

—Sí, sí.

—¿Como hablaba inglés le mandé pues acompañarse á sir Williams á la fonda del Halcon de Oro y que se hiciese todo ojos y oídos. No tuve necesidad de recomendárselo dos veces; no solo acompañó á sir Williams hasta el cuarto de sir Arturo, sino que aun se puso á escuchar á la puerta.

Sir Arturo se disponia á comer, y por lo que mi criado pudo sacar del ruido de los tenedores, lo hacia con mas apetito que sir Williams. Recibió á su compatriota con gran politica, se levantó, le ofreció asiento y lo convidó á comer; Sir Williams aceptó el asiento pero no la comida.

Supe con placer esta última circunstancia, pues me probó que el inglés no había dejado de comer en mi casa por desprecio.

—Mirad, dijo sir Williams, despues de un instante de silencio, perdonad mi indiscrecion, pero por mi fondista de la Corona, acabo de saber que tenéis hecha una apuesta.

—Verdad es, señor, respondió sir Arturo.

Al decir esto se saludaron los dos ingleses; pues mi criado que es muy entendido, aunque parece que lo dudais, miraba lo que hacian por el ojo de la llave, de modo que nada se le escapó. Digo pues que los dos se saludaron.

—Está bien, repliqué yo; pero supongo que la conversacion no terminaria así, segun presumo.

—¿Quia! ya vereis.

—Esta apuesta, continuó sir Williams, consiste, segun me han dicho, en saltar la cascada del Rhin en una barca.

—Estais perfectamente enterado, caballero; volviéronse á saludar de nuevo los dos ingleses.

—¿Y bien! milord, dijo sir Williams, vengo á pedir os ser vuestro compañero de viage.

—¿Cómo interesado en la apuesta?

—No, señor, no, como aficionado.

—¿Entonces es únicamente por gusto?

—Por gusto, contestó sir Williams.

Dicho esto se saludaron los dos ingleses por tercera vez.

—Os advertiré que el barco no ha sido encargado mas que para una persona.

—Yo os pido permiso, milord, para pasar

por casa de Peter y darle nuevas órdenes, bien entendido que partiremos los gastos.

—Perfectamente, caballero; si quereis aguardar á que acabe de comer iremos juntos.

Sir Williams hizo una señal de que estaba á la disposicion de su compatriota, y Franz, tranquilo ya sobre ciertos temores que yo le habia hecho concebir, inmediatamente volvió á contarme lo que pasaba.

Desde entonces, continuó mi huésped, sir Williams pareció mas tranquilo, y comía y bebía como vos y como yo: todos los dias iba á hacer su visita á la barca, que adelantaba visiblemente, hasta que estuvo concluida el sábado por la mañana y espuesta al público á la puerta del taller de Peter, de suerte que nadie dudó de que se verificaria el salto el domingo.

Por la tarde despues de comer pidió sir Williams papel, tinta y plumas y pasó la noche escribiendo: á la mañana siguiente temprano, que era el dia de la apuesta, me hizo llamar y me entregó dos cartas, una para vos, que es la que os he dado, y otra para miss Jenny Burdett, y esta, segun sus instrucciones, debia enviarse á Inglaterra: arregló luego la cuenta de los gastos, que me pagó doble; dejó cien francos de propina á los criados, y se levantó para ir á ver á sir Arturo. En aquel momento entraron llorando su lacayo y su ayuda de cámara, venian para hacer la última tentativa para disuadir á su amo, pues segun se les habia dicho debia morir infaliblemente; pero sir Williams permaneció inalterable: en vano le suplicaron arrojándose á sus pies, abrazando sus rodillas. Sir Williams los hizo levantar, les puso en las manos un contrato de cien lises de renta á cada uno, y abrazándoles cual si fuesen sus hermanos, salió sin querer escuchar mas sus observaciones.

Los otros dos ingleses, le esperaban ya en el Halcón de Oro, donde estaba dispuesto un almuerzo. Sentáronse los tres *gentlemen* á la mesa, y sir Williams comió y bebió con buen apetito, pero sin afectacion. El almuerzo duró dos horas: á los postres el compañero de sir Arturo llenó una copa de vino de Champaña, y levantando la mano:

—A la pérdida de mi apuesta, dijo, y á que pueda contar esta tarde sobre esta misma mesa, las veinte y cinco mil libras, que espero tener la dicha de perder.

Los dos convidados respondieron á este brindis, y levantándose de la mesa se fueron al balcon.

La plaza estaba atestada de curiosos. Habian acudido de Constanza, de Appenzell, de Saint-Gall, de Aarau, de Zurich y del gran ducado de Baden. Apenas aparecieron en el balcon cuando todo el mundo les recibió con aclamaciones: saludaron, despues sir Williams mirando el reloj, dijo á su compañero:

—Milord, va á dar la hora; no hagamos esperar á los espectadores.

Sir Arturo pidió tiempo para encender un cigarro, y hecho esto, bajaron los tres ingleses.

La barca se hallaba amarrada á unos cien pasos de Schaffausen sobre la orilla izquierda del Rhin: cerca de la barca, el lacayo del segundo inglés tenia dos caballos de las riendas: el uno era para su amo que debia seguir la barca y el otro para él que debia acompañar á su amo. Sir Williams y sir Arturo se entraron en la barca: lord Murdey, que este era el nombre del tercer inglés, montó á caballo: á una señal convenida, Peter cortó la cuerda que sujetaba la barca. Alzóse un grito en ambas orillas cubiertas de espectadores, empero apenas se hubieron asegurado estos de que la apuesta se iba á verificar, echaron á correr á la caída del Rhin en vez de seguir el curso de la barca, para no perder nada del desenlace de aquel drama, cuya esposicion acababan de ver.

Sir Williams y su compañero se habian abandonado á la corriente del rio, sin valerse de los remos ni para adelantar ni para detenerse. Durante diez minutos casi su marcha fué tan lenta que sir Murdey los seguia con el caballo al paso; entonces se comenzaron á lo lejos á oír los rugidos de la catarata. Sir Arturo apoyó una mano sobre la espalda de Williams, y alargando la otra al lado donde se oía el ruido, le hizo señal sonriendo de que escuchase. Entonces un barquero que estaba sobre las orillas del rio, les dijo que si querian retroceder todavia era tiempo aun, pues él se echaria á nadar para llegar á su barca y conducirlos á la orilla. Sir Arturo se metió la mano en la faltriquera, sacó un bolsillo, y se lo tiró con toda su fuerza al barquero, á cuyos pies cayó. El barquero lo levantó del suelo meneando la cabeza. La barca comenzaba á sentir entonces un movimiento mas rápido; pero tan imperceptiblemente que apenas se habria notado si lord Murdey no hubiese tenido que hacer trotar á su caballo para seguirla.

Cuanto mas se aproximaban, mas formidable era el ruido de la caída del agua: media hora antes de llegar al sitio desde donde se precipita, se distingue bajo de aquel abismo una nube de polvo de agua que rechazada por las rocas, vuelve á subir al cielo como el humo. A esta vista sacó sir Williams de su pecho el pedazo de velo verde que yo le habia visto entre las manos, y lo besó: probablemente era algun recuerdo de su patria, de su madre, de su querida.

—Si, sí, interrumpí yo, sé lo que es: continuad.

La barca comenzaba á resentirse tambien de la aproximacion á la catarata porque lord Murdey tuvo que correr á galopé para seguirla. Sir Arturo se habia sentado y comenzaba á asegurarse en las banquetas de la barca: sir Williams se quedó en pie con los brazos cruzados y los ojos clavados en el cielo: una rá-

faga de viento le arrebató el sombrero que cayó en el rio.

La embarcacion corria entretanto con creciente rapidez, de modo, que para seguirla lord Murdey se veia obligado á galopar. En cuanto á las gentes de á pie, los que se habian dejado alcanzar de ella, quedaron atrás. Algunas rocas comenzaban ya á sacar fuera del agua su cabeza negra y reluciente, y los atrevidos navegantes pasaban por medio disparados como una flecha. De vez en cuando inclinaba sir Arturo la cabeza fuera de la barca por ver la profundidad del agua, porque habia trechos sin rocas en que por su misma rapidez el agua clara como una sábana dejaba ver el fondo de su lecho. Sir Williams no apartaba sus ojos del cielo.

A trescientos pasos del precipicio, el curso de la barca adquirió tal rapidez que se creyó que tenia alas: por veloz que fuese el caballo de sir Murdey y aunque lo pusó á escape lo dejó atrás como hubiera hecho un pájaro. El ruido de la catarata era tanto que cubria los gritos de todos los espectadores: y os digo que eran muy terribles porque era espantoso ver aquellos dos hombres arrastrados al abismo, no tratando de librarse y sin poderlo hacer aunque lo hubiesen intentado. En fin, durante los últimos treinta pasos hombres y barco no fueron mas que una vision: de repente les faltó el Rhin, la barca precipitada en medio de la espuma botó sobre una roca, uno de los dos pasajeros fué lanzado á la sima, el otro permaneció aferrado al barquillo y fué arrebatado como si fuese una hoja: antes de llegar al fondo de la catarata se les vió otra vez aparecer y dar vueltas un momento y sumergirse.

Casi en el mismo instante salieron á la superficie del agua tablas hechas pedazos, y tomando la corriente fueron arrastradas hácia Kaisersthal. De los cuerpos de sir Williams y de sir Arturo no se ha vuelto á oír hablar mas y lord Murdey pagará las veinte y cinco mil libras esterlinas á los herederos de su compañero.

Ahi teneis palabra por palabra la cosa tal cual pasó, y no hace mucho tiempo, pues fué el domingo anterior.

Habia escuchado esta relacion sin respirar de interés y su desenlace me dejó anonadado. No me equivocaba yo cuando al separarme tan bruscamente de sir Williams en Zurich pensé que alimentaba algun mal designio; pero jamás hubiera creído que fuese su ejecucion tan cercana y tan trágica. Arrepentime de mi viage á los Grisones y caza de gamuzas que me habia separado de mi camino. Si hubiese seguido mi primer itinerario, hubiera llegado á Schaffausen dos ó tres dias despues de sir Williams, y no dudo que le habria quitado de la cabeza la horrible empresa que le llevó á la muerte. Por lo demas dejábase ver bien á las claras que queria deber la

muerte á un azár y no al suicidio: intencion que si yo no hubiese previsto, me la hubiera demostrado la carta que escribió para mi, sencilla y triste como el hombre extraordinario que la habia escrito.

«Mi querido compañero de viage:

«Aunque muchas veces me ha pesado el haberme separado de vos sin una despedida mas amistosa, nunca tanto como ahora en que esta despedida se cambia en adios. Os he abierto mi alma: habeis leído en ella como en un libro: he puesto á vuestra vista todas mis debilidades, todas mis esperanzas, todos mis tormentos. Dios y vos únicamente sabeis que para mí no habia ya felicidad en la tierra mas que en el amor y la posesion de Jenny; asi cuando habeis leído que pertenecia á otro y que era perdida para mí toda esperanza, ó me conociais mal, ó debisteis adivinar en seguida que no sobreviviria á mi desgracia. En efecto, á pesar de estar errante y fugitivo, me quedaba siempre en el fondo del corazon, aquella esperanza vaga y sorda que sostiene al reo hasta el pie del cadalso. Esta esperanza iluminaba horizontes fantásticos y desconocidos como los que se descubren en un sueño; pero parecíame siempre que caminando en la vida concluiria por llegar á ellos; de repente el casamiento de Jenny ha estendido un velo fúnebre entre el porvenir y yo. Mi sol se extingue, no sé ya á donde voy, en derredor mio todo son tinieblas y desesperacion. Bien veis, mi querido poeta, que es preciso que yo muera, porque, ¿qué haria yo de una vida tan solitaria y tan descolorida?

«Pero creedme bien: esta resolución de morir, no es en mí el resultado de un paroxismo doloroso y agudo: no siento odio ni contra los hombres ni contra las cosas, y lejos de maldecir al Señor por haberme hecho tan incompleto para la vida, le doy gracias de haberme abierto en medio de mi camino una puerta que conduce al cielo. Feliz no la habria visto y hubiera continuado mi camino; desgraciado, me abre la única senda que me promete el descanso; preciso es que busque la sombra pues que mis miradas no tienen fuerza para fijarse en el sol.

«Adios. Cerrada esta carta, escribo á Jenny: sea para ella mi último pensamiento: sabrá que bajo de esta corteza ridicula de que tanto se ha reido sin duda, habia un corazon bueno y decidido capaz de morir por ella. Tal vez hubiera sido mas generoso y mas cristiano no contristar su felicidad con esta noticia, por indiferente que le sea sin duda; pero no tengo valor de separarme de ella para siempre dejándola en su ignorancia y llevándome conmigo mi secreto.

«Adios otra vez todavia: si alguna vez vais á Inglaterra, haceos presentar en su casa, decidle que me habeis conocido; decidle que sin saberlo ella la habia jurado morir el dia que perdiese la esperanza de poseerla, y que

el día que he perdido esta esperanza he cumplido mi palabra.

«Adios! pensad en mí alguna vez, y no os olvidéis al acordaros de mí.»

¡Inútil recomendación! Dos gruesas lágrimas corrieron de mis ojos y cayeron en la carta.

¿Quién hubiera osado reír ante una organización humana tan débil para la vida y tan fuerte para la muerte? En aquella existencia solitaria é incomprendida, había para mí algo de tierno é interesante, un largo martirio moral que tenía una aureola más religiosa más santa que todos los dolores físicos, y una humildad que al doblegarse se hacía más grande que el orgullo.

Resolví consagrar el resto del día entero á la memoria de sir Williams, arreglé mis cuentas con el fondista, encargué á Francesco que me llevase la maleta al castillo de Lauffen; tomé mi palo de viaje y salí de Schaffhausen solo con mis pensamientos, siguiendo lentamente la orilla del Rhin, hoy tan solitaria y silenciosa como poblada y bulliciosa algunos días antes para mirar á dos hombres que iban á morir.

Llegué á muy poco al punto en que había estado amarrada la barca, reconocí la estaca y la punta de la cuerda flotando en el agua; arranqué de una viña contigua un sarmiento con pámpanos, lo eché en el río para ver su curso. Así como me lo había dicho el fondista era poco rápido en aquel parage, donde nada hacía presagiar la proximidad de la catarata. Continué mi camino.

Al cabo de otro cuarto de hora de camino comencé á oír un ruido sordo de continuo. Si no hubiese tenido noticia de la existencia de una gran cascada de agua á tres cuartos de legua del punto en que me hallaba, hubiera creído que había una tempestad en lontananza. Continué adelantando, y á medida que adelantaba, el ruido se iba haciendo más fuerte. Aquel ruido que en cualquiera otra circunstancia no me hubiera inspirado más que curiosidad, despertaba en mí ahora un verdadero terror. En aquel momento una ráfaga de aire arrebató de un árbol que había en la orilla del camino, algunas hojas amarillentas y secas por el otoño: fueron á caer en el río, cuya corriente las arrebató tan rápida y tan indiferentemente como había arrebatado aquellos dos hombres.

Bien pronto descubrí la nube y húmedo vapor producido por la violencia de la cascada: la corriente del Rhin era cada vez más y más rápida: algunas rocas de extraordinarias y particulares formas asomaban su cabeza fuera del río cual caimanes durmientes: el agua estrellándose contra ellas en su inmensa caída, preludiva lo que iba á hacer: de salto en salto se veían hermosas sábanas lisas cual un espejo de una verde esmeralda, dejando ver hasta la arena de su fondo de una manera tan tras-

parente que hubieran podido contarse los guijarros de que estaba sembrado. Al fin llegué al sitio en donde faltando repentinamente el cauce del río se precipita en una sola masa de veinte pies de espesor, y de una extensión de trescientos, en el fondo de un abismo de setenta.

Si he espresado mal el interés que me había inspirado sir Williams, debe formarse una idea del que esperé á este aspecto. La caída de aquella inmensa catarata, que en cualquiera otra ocasión no hubiera producido en mí sino un efecto de curiosidad, me causaba entonces un profundo terror: me parecía que el terreno sobre que me hallaba se convertía de pronto en movedizo; me sentía arrastrado por aquella furiosa corriente; me acercaba al salto; oía los rugidos del abismo: sentía su aliento; era absorbido por la catarata; faltaba el río á mis pies, y caía rodando de abismo en abismo sin aliento, sin voz, sofocado, roto, hecho pedazos. Algunas veces se tienen semejantes sueños, y se despierta uno después en el momento en que se cree morir, vuelve en sí, se palpa, y se ríe, convencido de que es imposible correr semejantes peligros. Pues bien; ¡aquél fantástico peligro lo habían corrido dos hombres: aquellas terribles angustias las habían sufrido dos hombres! Se habían visto arrastrados, precipitados, devorados, rotos, hechos mil pedazos, y no se habían despertado en el momento de morir.

Permanecí como encadenado en la parte superior de la cascada, aunque fuese la menos bella: pero no era su belleza la que yo buscaba: por cualquier punto que yo la examinase al través de la magia de aquella perspectiva, siempre se me aparecía el terror del recuerdo.

Bajé por último importunado por un hombre que, no comprendiendo nada de mi inmovilidad, se esforzaba en explicarme en mal francés que había escogido un mal punto de vista, y que era desde abajo desde donde estaba hermosísima la cascada. Le seguí maquinalmente, aturdido por los mugidos de la catarata, y resbalándome sobre los húmedos escalones en donde caía su agua convertida en vapor. En fin, después de haber bajado casi diez minutos nos encontramos con una construcción de tablas que llaman el *Fischetz*: conduce tan cerca de la catarata que levantando la cabeza se la ve precipitarse sobre uno, y alargando los brazos se la toca con la mano.

Desde aquella vacilante galería es verdaderamente terrible el Rhin por su poder y belleza. Allí faltan las comparaciones: no es el estruendo del cañon; no es el furor del león: no son los rugidos del trueno; es una cosa como el caos; son las cataratas del cielo abriéndose al mandato de Dios para lanzar el diluvio universal: es una masa inmensurable, indescriptible, en fin, la que os oprime, os es-

panto, os anonada, aunque sepáis que no hay peligro de que os alcance.

Sin embargo, sobre esta galería le ocurrió á sir Arturo la idea de bajar la catarata en una barca, y al separarse de ella propuso la apuesta mortal que aceptó lord Murdey: cosa que confieso no la comprendo.

Después de haber visto la caída del Rhin desde el castillo de Lauffen, es decir, desde la parte superior, y en seguida desde Fucheter, esto es, desde la parte inferior, quise verle todavía en medio de todo su curso: á este efecto bajé á lo largo de su orilla como unos cien pasos, poco más ó menos; después hallé en una especie de remanso doce lanchas que esperaban pasajeros para transportarlos á la otra parte del Rhin. Salte á una de ellas, Francesco me siguió con mi maleta y mandé entonces al barquero que me llevase al medio del río. A cien varas de distancia de la cascada está aun tan agitado como la mar en un temporal. Sin embargo, llegados al centro de aquella sábana de agua, hallamos el centro menos agitado. Depende esto de que la catarata está dividida por una roca, á cuyos lados crecen musgos, yedras y arbustos, y encima de la cual hay una especie de veleta representando á Guillermo Tell, y la roca quebranta el agua que se separa espumosa en su base, pero deja detrás de él una línea reposada, tranquila, desnuda, sobre todo, si se la compara con el hervidero de los dos brazos que la rodean. Entonces pregunté á mi barquero si aprovechando aquel espacio era posible subir hasta el pie de la roca, y me respondió que sin ser peligrosa, la cosa era bastante difícil por el empuje de las olas que arrojaban á la barca á un lado ó á otro de la corriente, pero que si le daba cinco francos lo intentaría. Respondí poniéndole en la mano lo que pedía, y se puso á remar hacia la catarata.

Para vencer la fuerza de las olas que nos rechazaban tuvo alguna dificultad, como había previsto el barquero, pero gracias á su habilidad se mantuvo en buen camino. Cuanto más nos acercábamos á la roca, más el río hirviendo á nuestra derecha é izquierda estaba más tranquilo debajo de nuestro barco. En fin, llegamos á un sitio bastante quieto donde nos paramos. Colocados allí en medio mismo de su curso, todo cubierto de su espuma y de su vapor, la catarata era admirable; el sol próximo á ponerse daba un tinte de color de rosa á la parte superior de la cascada, mientras que un iris inflamaba el vapor que se alzaba del abismo saltando, como he dicho, á más de doscientos pies de elevación. Permanecí así estasiado cerca de media hora; en fin, el barquero me preguntó en dónde quería hacer noche; respondí que pensaba pasarla andando, á cuyo efecto iba á buscar un carruaje en Neuhansen ó en Altemburgo, pues no habiendo cosa notable que ver, trataba de

aprovechar la noche y hallarme por la mañana á unas diez leguas de Schaffhausen.

—Si no necesitáis más que un medio de transporte, me dijo el barquero, y os es igual el dormir en una lancha ó en un carruaje, no es preciso que vayáis á Neuhansen ni á Altemburgo, porque no tengo más que tomar los remos, y nos marcharemos en seguida más rápidos que si nos llevasen los dos mejores caballos del ducado de Baden.

Era tan tentadora la proposición que encontré la cosa muy bien pensada. Nos arreglamos en el precio de diez francos pagaderos en Kaicersthal. Apenas se concluyó el ajuste, cuando el barquero cesó de oponerse á la rapidez de la corriente, y cual me había prometido, la barquilla, ligera como una golondrina, se alejó de la cascada con una rapidez que durante algunos minutos nos quitó la respiración.

Durante diez minutos casi, pudimos todavía abarcar todo el conjunto de la cascada, menos grande de lejos que de cerca, en atención á que de cerca la caída misma limita el horizonte, mientras que de lejos no es más que el adorno principal del cuadro, sus accesorios son pobres y mezquinos. El castillo de Lauffen es poco pintoresco; su pesada arquitectura se aplana sobre la cascada. La aldea de Neuhansen es insignificante por no decir más; en fin, las viñas que rodean aquellas dos fábricas no contribuyen poco á darles un aspecto rústico de los más anti-poéticos. Se necesitaba para hacer un digno cuadro de aquella magnífica catarata los pinos de Italia, los álamos de Holanda, ó las hermosas encinas de Bretaña.

Al primer recodo que forma el río se pierde toda aquella perspectiva; pero todavía oí por largo tiempo el mugido de la cascada, y percibí por encima de los grupos de árboles que adornan las sinuosidades del Rhin el blanco vapor que forma sobre la catarata una eterna nube. En fin, la distancia disminuyó aquel ruido; las tinieblas me ocultaron el vapor, y comencé á pensar en los medios de pasar en mi barca la noche lo menos mal posible; levantábase del río una humedad penetrante, un viento fresco corría en su superficie, y para preservarnos de aquel doble inconveniente, no tenía más que una blusa de lienzo crudo y un pantalon de cutí blanco. Traté de remediarlo acostándome en el fondo de la barca; formé con la maleta una almohada: me metí las manos en los bolsillos, y gracias á estas precauciones logré entrar victoriosamente en reacción contra el fresco aliento de la noche; además, andábamos bastante bien: veía de ambas orillas huir los árboles, las viñas y las casas; esta vista concluyó por producir en mí imaginación el efecto de un wals demasiado prolongado. La cabeza me daba vueltas; cerré los ojos, y mecido por la corriente del agua acabé por caer en una especie de soñolencia que no era

ni velar, ni tampoco dormir. Por muy adormitado que me hallase me sentía despierto, y un frío general se apoderó de mi cuerpo comprendiendo que tenía necesidad de sacudir aquel entorpecimiento y calentarme en el pensamiento; empero no tenía valor para ello, y me dejé dominar de aquel doloroso letargo. De tiempo en tiempo me sentía arrastrado mas rápidamente, oía un ruido mas fuerte y mas espantoso: levantaba mi pesada cabeza, me veía disparado como una flecha bajo un arco del puente contra el que el río lleno de espuma venía á estrellarse. Sentí entonces un vago instinto de peligro; tembló todo mi cuerpo; empero sin embargo, no era bastante para despertarme el terror. Continuaba mi pesadilla, y conocía que de minuto en minuto se entorpecían mas y mas mis miembros, y que la especie de sueño mismo que agitaba mi cerebro se hallaba próximo á borrarse y extinguirse. En fin, entré en un completo sopor, gracias al cual, si hubiese caído al agua, seguramente me hubiera ahogado sin conocerlo y creyendo continuar mi sueño. No sé cuánto tiempo duró este letargo, sentí que hacían cuanto podían por sacarme de él; ayudé lo mejor que pude los esfuerzos de Francesco y del barquero; gracias á este concurso de buena voluntad de mi parte y de esfuerzos de la suya, pasé felizmente del fondo de la barca á un castillo: despues me hallé en una cama buena, caliente, en la que me fui desentumeciendo poco á poco. Pude entonces preguntar en qué parte del mundo me hallaba, y supe con bastante indiferencia que habitaba el *Castillo Rojo*, y que mediante una retribución recibía la hospitalidad del gran duque de Baden.

KÖNIGSFELDEN.

A la mañana siguiente marchamos al amanecer; mi noche había sido una larga pesadilla, en que la realidad se mezclaba con el sueño; me parecía que mi cama había conservado el movimiento del barco. Me sentía arrastrado por la catarata; mas en el instante de ser precipitado, no era á mí á quien amenazaba el peligro sino á sir Williams. Yo le había vuelto á ver cruzados los brazos y los ojos fijos en el cielo. El pobre jóven había trastornado mi sueño. ¿Qué había sido de su cuerpo? ¿Lo haría rodar el Rhin hasta el Océano y le arrojaría este á las playas de Inglaterra que había abandonado tan desesperado y á las cuales volvía curado? Atravesé el puente que separa el gran ducado de Baden del canton

de Argovia; pero me detuve en medio para echar la última mirada sobre el Rhin: al través de la niebla que nos rodeaba descubrí á cierta distancia sus espumantes ondas, pareciéndome ver á cada instante, en la cúspide de aquellas ondas, levantarse el cuerpo del pobre Blundel: no podía apartarme de las orillas del río, me parecía que al dejarlas perdía mi última esperanza: en fin, fué necesario determinarme, eché mi última mirada, un último adios sobre la corriente del río y tomé el camino de Baden.

Durante una hora caminé en medio de la niebla; pero entre ocho ó nueve de la mañana, calentóse aquella fría y blanca hoveada y se puso pálida por un ángulo: atravesaron algunos rayos del sol, la nube se desgarró en tiras, y se fué rozando el suelo, formando valles cuyas paredes parecían sólidas, y montañas de vapores á las que se hubiera creído subir; poco á poco se levantó aquella mar en nubes, subiendo suavemente y descubriendo primero las viñas, despues los árboles, luego las montañas, en fin, todas aquellas islas flotantes sobre la mar del cielo se confundieron en su azul, y concluyeron por mezclarse y perderse entre las límpidas olas del ether.

Entonces se desplegó delante de mí un risueño y gracioso camino, que rico de todos los caprichos de la naturaleza, trataba de distraerme de las emociones de la vispera; los prados con su frescura, los árboles con su murmullo, la montaña con sus cascadas, trataban de hacerme olvidar el crimen del río. Yo me volvía hácia él: el solo continuaba arrastrando una masa de vapores: solo él, como un tirano, trataba de ocultarse á la vista de Dios. No sé como me ocurrió una idea tan peregrina: no sé como tomó realidad en mi espíritu: pero el hecho es que anduve muchas leguas con esta preocupación que toda mi razón no podía separar. Tal es el orgullo del hombre, pronto siempre á creer con sus instintivos y despóticos recuerdos del Eden, que es el soberano de la tierra, y que todos los objetos de la creación son sus cortesanos.

Así llegué, al través de un delicioso país, á la ciudad de Baden. Aproveché el tiempo que me pidió el fondista para preparar mi comida y subí á un viejo castillo que domina la ciudad.

Es todavía una de aquellas grandes ruinas feudales dispersadas por la cólera del pueblo. Esta fortaleza llamada la Roca de Baden, quedó en manos de la casa de Austria hasta el año de 1445, época en que los confederados se apoderaron de ella y demoliéndola se vengaron del impenetrable asilo que por tanto tiempo ofrecieron sus muros á sus opresores, que allí resolvieron las campañas de Morgarten y de Sempach.

Desde la cima de aquellas ruinas, que tampoco ofrecen otro interés, se domina toda la ciudad situada á ambos lados del Limmat,

que con sus blancas casas y persianas verdes parece salir de las manos de los pintores y de los albañiles; en segundo término se ven colinas abovedadas que parecen el escabel de las neveras; en fin, en el horizonte se descubre una cordillera gigantesca, los desgarrados y nevados picos de los Alpes, desde la Yungfrau hasta el Glarnich.

Como nada curioso me detenía en Baden, y ya había permanecido bastante tiempo en Aix para satisfacer lo que podía inspirarme el misterio de las aguas termales, me contenté con echar un vistazo sobre las que hierven en medio del Limmat (su calor, que es de treinta y ocho grados, es debido, dicen al gipso) cubiertas de capas de piedras calcáreas que forman el Legesberg, á través del que se filtran. Doy esta opinión por lo que valga, apresurándome, sin embargo, á declinar su responsabilidad.

Lo que ademas me atraía como un iman era el deseo de visitar el sitio donde había sido asesinado el emperador Alberto, y que los descendientes de sus enemigos han llamado *Königsfelden* ó *Campo del rey*. Este campo, situado, como hemos dicho, sobre las riberas del Reuss se estiende hasta Windisch, la antigua Windonisa de los romanos, fundada por Germánico cuando sus campañas sobre el Rhin: la antigua ciudad de la que hoy no quedan mas ruinas que las que están ocultas en la tierra, cubria todo el espacio desde Hausen hasta Gebistorf, y se hallaba así á caballo montada sobre el Reuss en la confluencia del Aar y del Limmat.

Quince dias antes de mi llegada un labrador había roto con su arado un antiguo sepulcro, y encontrado en él los restos de un casco, de un escudo, y de una de aquellas espadas de cobre que solo los españoles sabían templar en el Ebro, y á las cuales daban corte superior al del hierro y al acero.

En el mismo sitio en donde espiró el emperador Alberto levantó su hija Inés de Hungría el convento de *Königsfelden*. En donde se ha colocado el altar estaba la encina contra la cual se apoyaba el emperador cuando su sobrino Juan de Suavia le atravesó la garganta de una lanzada. Inés hizo arrancar de raíz el arbol todo teñido aun con la sangre de su padre, é hizo hacer de él un cofre en el cual encerró los vestidos de luto que juró llevar todo el resto de su vida.

En derredor del coro están los retratos de veinte y siete caballeros arrodillados y orando, y son los nobles que murieron en la batalla de Sempach. Entre aquellos *frescos* hay un busto, y este busto es el del duque Leopoldo que quiso morir con ellos. Aquel coro que recibe la luz por once ventanas y cuyos vidrios de colores son maravillas de fines del siglo XV, está separado de la iglesia por una verja, y se pasa de esta á aquel para hallarse al pie mismo del sepulcro del emperador Alberto: es de

forma cuadrada y rodéalo una balaustrada de madera pintada, y en las cuatro columnas de los ángulos están suspendidas las armas de los miembros de la familia imperial que reposan al lado de su gefe.

Ademas del emperador Alberto que perdió aquí la vida, dice la inscripción de la balaustrada, aquella piedra cubre el cuerpo de su muger Isabel, nacida en Keintnd; de su hija Inés, que fué reina de Hungría; en seguida tambien el del duque Leopoldo que fué muerto en Sempach.

En torno de aquellos cadáveres imperiales yacen los restos del duque Leopoldo el viejo, y de su muger Catalina de Saboya, de su hija Catalina de Habsburgo, del duque de Lassen, del duque Enrique y de su muger Isabel de Vernburgo, los del duque Federico hijo del emperador Federico de Roma y de su esposa Isabel, duquesa de Lorena.

En derredor de estos y bajo las losas con blasones que los cubren, descansan sesenta caballeros de casco coronado, muertos en la batalla de Sempach; y por último en las capillas inmediatas, y formando un cuadro digno de aquel osario, están sepultados siete condes de Habsburgo y dos de Griffenstein á la derecha; y á la izquierda cuatro condes de Lauffemburgo y cinco de Reinach y de Brandis.

Resulta que si Dios permitiese que el emperador Alberto, se levantase de su tumba, y despertase á la corte mortuoria que le rodea, se hallaría seguramente el rey mas noble y mas bien acompañado de cuantos reyes ahora llevan el ceño y la corona.

En el momento que mis pies hollaban todas aquellas cenizas feudales, el hombre que me acompañaba vió que se acercaba la hora de visperas, y aunque nadie debía venir, tocó la campana, que es la misma que regaló al convento la princesa Inés. Le pregunté si se iba á celebrar algun oficio divino.—No: me respondió, tocó á visperas para los muertos; dejémoslos en su iglesia. Salimos.

Aquel hombre toca así tres veces al dia; la primera á la hora de la misa, la segunda á visperas, la tercera á las oraciones.

De allí pasamos al convento de Santa Clara, en donde se ve el cuarto en que entró á vivir Inés á los veinte y siete años de edad, con el corazón lleno de fuego y de venganza para no salir si no despues de haber orado medio siglo, y, segun dijo ella misma, purificada de toda mancha, para unirse con su padre á los ochenta y cuatro años de su vida.

Sobre la pared y fuera de la puerta de aquel cuarto, está pintado y en pie el retrato del loco de la reina, que se llamaba Henrik, y era del canton de Uri. Aquel retrato era sin duda una alusion de las alegrías, de los placeres y vanidades del mundo que al entrar Inés en su retiro dejaba fuera de su celda.

Aquella celda estuvo siempre desnuda,

ni velar, ni tampoco dormir. Por muy adormitado que me hallase me sentía despierto, y un frío general se apoderó de mi cuerpo comprendiendo que tenía necesidad de sacudir aquel entorpecimiento y calentarme en el pensamiento; empero no tenía valor para ello, y me dejé dominar de aquel doloroso letargo. De tiempo en tiempo me sentía arrastrado mas rápidamente, oía un ruido mas fuerte y mas espantoso: levantaba mi pesada cabeza, me veía disparado como una flecha bajo un arco del puente contra el que el río lleno de espuma venía á estrellarse. Sentí entonces un vago instinto de peligro; tembló todo mi cuerpo; empero sin embargo, no era bastante para despertarme el terror. Continuaba mi pesadilla, y conocía que de minuto en minuto se entorpecían mas y mas mis miembros, y que la especie de sueño mismo que agitaba mi cerebro se hallaba próximo á borrarse y extinguirse. En fin, entré en un completo sopor, gracias al cual, si hubiese caído al agua, seguramente me hubiera ahogado sin conocerlo y creyendo continuar mi sueño. No sé cuánto tiempo duró este letargo, sentí que hacían cuanto podían por sacarme de él; ayudé lo mejor que pude los esfuerzos de Francesco y del barquero; gracias á este concurso de buena voluntad de mi parte y de esfuerzos de la suya, pasé felizmente del fondo de la barca á un castillo: despues me hallé en una cama buena, caliente, en la que me fui desentumeciendo poco á poco. Pude entonces preguntar en qué parte del mundo me hallaba, y supe con bastante indiferencia que habitaba el *Castillo Rojo*, y que mediante una retribución recibía la hospitalidad del gran duque de Baden.

KOENIGSFELDEN.

A la mañana siguiente marchamos al amanecer; mi noche había sido una larga pesadilla, en que la realidad se mezclaba con el sueño; me parecía que mi cama había conservado el movimiento del barco. Me sentía arrastrado por la catarata; mas en el instante de ser precipitado, no era á mí á quien amenazaba el peligro sino á sir Williams. Yo le había vuelto á ver cruzados los brazos y los ojos fijos en el cielo. El pobre jóven había trastornado mi sueño. ¿Qué había sido de su cuerpo? ¿Lo haría rodar el Rhin hasta el Océano y le arrojaría este á las playas de Inglaterra que había abandonado tan desesperado y á las cuales volvía curado? Atravesé el puente que separa el gran ducado de Baden del canton

de Argovia; pero me detuve en medio para echar la última mirada sobre el Rhin: al través de la niebla que nos rodeaba descubrí á cierta distancia sus espumantes ondas, pareciéndome ver á cada instante, en la cúspide de aquellas ondas, levantarse el cuerpo del pobre Blundel: no podía apartarme de las orillas del río, me parecía que al dejarlas perdía mi última esperanza: en fin, fué necesario determinarme, eché mi última mirada, un último adios sobre la corriente del río y tomé el camino de Baden.

Durante una hora caminé en medio de la niebla; pero entre ocho ó nueve de la mañana, calentóse aquella fría y blanca hoveada y se puso pálida por un ángulo: atravesaron algunos rayos del sol, la nube se desgarró en tiras, y se fué rozando el suelo, formando valles cuyas paredes parecían sólidas, y montañas de vapores á las que se hubiera creído subir; poco á poco se levantó aquella mar en nubes, subiendo suavemente y descubriendo primero las viñas, despues los árboles, luego las montañas, en fin, todas aquellas islas flotantes sobre la mar del cielo se confundieron en su azul, y concluyeron por mezclarse y perderse entre las límpidas olas del ether.

Entonces se desplegó delante de mí un risueño y gracioso camino, que rico de todos los caprichos de la naturaleza, trataba de distraerme de las emociones de la vispera; los prados con su frescura, los árboles con su murmullo, la montaña con sus cascadas, trataban de hacerme olvidar el crimen del río. Yo me volvía hácia él: el solo continuaba arrastrando una masa de vapores: solo él, como un tirano, trataba de ocultarse á la vista de Dios. No sé como me ocurrió una idea tan peregrina: no sé como tomó realidad en mi espíritu: pero el hecho es que anduve muchas leguas con esta preocupación que toda mi razón no podía separar. Tal es el orgullo del hombre, pronto siempre á creer con sus instintivos y despóticos recuerdos del Eden, que es el soberano de la tierra, y que todos los objetos de la creación son sus cortesanos.

Así llegué, al través de un delicioso país, á la ciudad de Baden. Aproveché el tiempo que me pidió el fondista para preparar mi comida y subí á un viejo castillo que domina la ciudad.

Es todavía una de aquellas grandes ruinas feudales dispersadas por la cólera del pueblo. Esta fortaleza llamada la Roca de Baden, quedó en manos de la casa de Austria hasta el año de 1445, época en que los confederados se apoderaron de ella y demoliéndola se vengaron del impenetrable asilo que por tanto tiempo ofrecieron sus muros á sus opresores, que allí resolvieron las campañas de Morgarten y de Sempach.

Desde la cima de aquellas ruinas, que tampoco ofrecen otro interés, se domina toda la ciudad situada á ambos lados del Limmat,

que con sus blancas casas y persianas verdes parece salir de las manos de los pintores y de los albañiles; en segundo término se ven colinas abovedadas que parecen el escabel de las neveras; en fin, en el horizonte se descubre una cordillera gigantesca, los desgarrados y nevados picos de los Alpes, desde la Yungfrau hasta el Glarnich.

Como nada curioso me detenía en Baden, y ya había permanecido bastante tiempo en Aix para satisfacer lo que podía inspirarme el misterio de las aguas termales, me contenté con echar un vistazo sobre las que hierven en medio del Limmat (su calor, que es de treinta y ocho grados, es debido, dicen al gipso) cubiertas de capas de piedras calcáreas que forman el Legesberg, á través del que se filtran. Doy esta opinión por lo que valga, apresurándome, sin embargo, á declinar su responsabilidad.

Lo que ademas me atraía como un iman era el deseo de visitar el sitio donde había sido asesinado el emperador Alberto, y que los descendientes de sus enemigos han llamado Koenigsfelden ó Campo del rey. Este campo, situado, como hemos dicho, sobre las riberas del Reuss se estiende hasta Windisch, la antigua Windonisa de los romanos, fundada por Germánico cuando sus campañas sobre el Rhin: la antigua ciudad de la que hoy no quedan mas ruinas que las que están ocultas en la tierra, cubria todo el espacio desde Hausen hasta Gebistorf, y se hallaba así á caballo montada sobre el Reuss en la confluencia del Aar y del Limmat.

Quince dias antes de mi llegada un labrador había roto con su arado un antiguo sepulcro, y encontrado en él los restos de un casco, de un escudo, y de una de aquellas espadas de cobre que solo los españoles sabían templar en el Ebro, y á las cuales daban corte superior al del hierro y al acero.

En el mismo sitio en donde espiró el emperador Alberto levantó su hija Inés de Hungría el convento de Koenigsfelden. En donde se ha colocado el altar estaba la encina contra la cual se apoyaba el emperador cuando su sobrino Juan de Suavia le atravesó la garganta de una lanzada. Inés hizo arrancar de raíz el arbol todo teñido aun con la sangre de su padre, é hizo hacer de él un cofre en el cual encerró los vestidos de luto que juró llevar todo el resto de su vida.

En derredor del coro están los retratos de veinte y siete caballeros arrodillados y orando, y son los nobles que murieron en la batalla de Sempach. Entre aquellos *frescos* hay un busto, y este busto es el del duque Leopoldo que quiso morir con ellos. Aquel coro que recibe la luz por once ventanas y cuyos vidrios de colores son maravillas de fines del siglo XV, está separado de la iglesia por una verja, y se pasa de esta á aquel para hallarse al pie mismo del sepulcro del emperador Alberto: es de

forma cuadrada y rodéalo una balaustrada de madera pintada, y en las cuatro columnas de los ángulos están suspendidas las armas de los miembros de la familia imperial que reposan al lado de su gefe.

Ademas del emperador Alberto que perdió aquí la vida, dice la inscripción de la balaustrada, aquella piedra cubre el cuerpo de su muger Isabel, nacida en Keintnd; de su hija Inés, que fué reina de Hungría; en seguida tambien el del duque Leopoldo que fué muerto en Sempach.

En torno de aquellos cadáveres imperiales yacen los restos del duque Leopoldo el viejo, y de su muger Catalina de Saboya, de su hija Catalina de Habsburgo, del duque de Lassen, del duque Enrique y de su muger Isabel de Vernburgo, los del duque Federico hijo del emperador Federico de Roma y de su esposa Isabel, duquesa de Lorena.

En derredor de estos y bajo las losas con blasones que los cubren, descansan sesenta caballeros de casco coronado, muertos en la batalla de Sempach; y por último en las capillas inmediatas, y formando un cuadro digno de aquel osario, están sepultados siete condes de Habsburgo y dos de Griffenstein á la derecha; y á la izquierda cuatro condes de Lauffemburgo y cinco de Reinach y de Brandis.

Resulta que si Dios permitiese que el emperador Alberto, se levantase de su tumba, y despertase á la corte mortuoria que le rodea, se hallaría seguramente el rey mas noble y mas bien acompañado de cuantos reyes ahora llevan el ceño y la corona.

En el momento que mis pies hollaban todas aquellas cenizas feudales, el hombre que me acompañaba vió que se acercaba la hora de visperas, y aunque nadie debía venir, tocó la campana, que es la misma que regaló al convento la princesa Inés. Le pregunté si se iba á celebrar algun oficio divino.—No: me respondió, tocó á visperas para los muertos; dejémoslos en su iglesia. Salimos.

Aquel hombre toca así tres veces al día; la primera á la hora de la misa, la segunda á visperas, la tercera á las oraciones.

De allí pasamos al convento de Santa Clara, en donde se ve el cuarto en que entró á vivir Inés á los veinte y siete años de edad, con el corazón lleno de fuego y de venganza para no salir si no despues de haber orado medio siglo, y, segun dijo ella misma, purificada de toda mancha, para unirse con su padre á los ochenta y cuatro años de su vida.

Sobre la pared y fuera de la puerta de aquel cuarto, está pintado y en pie el retrato del loco de la reina, que se llamaba Henrik, y era del canton de Uri. Aquel retrato era sin duda una alusion de las alegrías, de los placeres y vanidades del mundo que al entrar Inés en su retiro dejaba fuera de su celda.

Aquella celda estuvo siempre desnuda,

triste y austera como la del mas severo cenobita, en tanto que la habitó la hija de Alberto.

En un gabinetito al pie mismo de la cama, está todavía el tosco cofre hecho de la encina, en el cual guardaba sus vestidos la religiosa huérfana. En ciertas partes se conserva aun la corteza de la madera, y son los pedazos que estaban manchados de sangre. Despues de su muerte habitó la misma celda Cecilia de Reinach, que habiendo perdido á su marido y á sus hermanos en la batalla de Sempach, pidió asilo al convento y consuelo á Dios. Ella fué la que hizo pintar en la celda de que hablamos, los veinte y siete caballeros de que son copia los frescos de la capilla de que hemos hecho mencion.

El dia adelantaba; eran ya las tres de la tarde, y como habia visto cuánto curioso hay en Königsfelden, volvi á subir al carruaje que habia tomado en Baden, pues queria llegar á Aaran aquella misma noche. Sin embargo, y á pesar de lo rápido que me proponia caminar, me paré al cabo de una hora á la falda del Wulpsberg; en su cima se halla el castillo de Habsburgo, y no queria pasar tan cerca de la cuna de los modernos Césares sin visitarla.

Este castillo está colocado sobre una montaña larga y estrecha y queda aun una torre entera bastante bien conservada, aunque data del siglo XI, gracias á su arquitectura cuadrada y maciza. Una de las salas, cuyas paredes el tiempo y el humo han ennegrecido, ofrece aun algunos restos de esculturas. En el flanco de la torre, hay pegado un edificio irregular, habitado por unos pastores que han hecho un establo de la sala de armas del gran Rodolfo. Por un antiguo instinto de debilidad y un viejo hábito de obediencia, se han agrupado algunas cabañas alrededor de aquellas ruinas que fueron la mansion del primogénito de la casa de Austria.

Un nombre y algunas piedras cubiertas de yerbas, es cuanto queda del castillo y de las propiedades de aquel cuya descendencia ha reinado quinientos años, y no se ha estinguido sino con Maria Teresa.

El hombre que habita aquellas ruinas y que se ha constituido en el cicerone de ellas, me hizo ver desde una de las ventanas orientales un riachuelo que corre en el valle y sobre el que se refiere una tradicion bastante curiosa. Un dia que Rodolfo de Habsburgo volvia de Mellingen, caballero en un magnifico caballo, descubrió sobre sus orillas un sacerdote llevando el Viático: las lluvias habian hecho crecer el torrente, el santo varon no sabia cómo pasarlo. Acababa de resolverse á descalzarse para vadearlo cuando llegó el conde; se apeó del caballo, hincó una rodilla en el suelo para recibir la bendicion del hombre de Dios: despues que la hubo recibido ofreció su caballo al sacerdote; lo aceptó, pasó montado el rio, el conde le siguió á pie hasta el lecho

del moribundo, y asistió á la santa ceremonia. Administrado el Viático salió el sacerdote y quiso devolver el caballo que le habia prestado al conde Rodolfo, pero el religioso caballero se negó á ello, y como insistiese el sacerdote:

—No quiera Dios, padre mio, le dijo, que sea tan orgulloso que me atreva á servirme nunca mas de un caballo que ha llevado á mi Criador. Guardadlo, pues, padre mio, como prenda de mi devocion á vuestra santa orden. De hoy mas pertenece á vuestra iglesia.

Diez años mas tarde el pobre sacerdote era capellan del arzobispo de Maguncia y el conde Rodolfo candidato al imperio. Acordóse el sacerdote de que su señor se habia humillado ante él y quiso devolverle los honores que de él habia recibido. Su empleo le daba un grande ascendiente sobre el arzobispo: este lo tenia sobre los electores. Rodolfo de Habsburgo obtuvo la mayoría de votos, y fué elegido emperador de Roma.

A fines del siglo XV los confederados vinieron á poner sitio al castillo de Habsburgo. El gobernador era un austriaco que se defendió hasta el último estremo. Los suizos le habian ofrecido muchas veces una honrosa capitulacion, pero la habia rehusado constantemente, hasta que estrechado por el hambre envió un parlamentario. Era demasiado tarde; sabiendo sus enemigos la necesidad á que se hallaba reducida la guarnicion, no admitieron proposicion alguna, y exigieron de los sitiados que se rindiesen á discrecion: entonces la muger del gobernador pidió que la dejasen salir en libertad con lo que tenia de mas precioso, se le otorgó este permiso, abriéronse las puertas y salió llevando acuestas á su esposo. Los suizos, esclavos de su palabra, la dejaron pasar; pero apenas habia dejado en tierra al que su piadoso ardid habia salvado, la dió de puñaladas porque no se dijese que un caballero habia debido la vida á una muger.

A pesar de cuantas preguntas hice á mi cicerone, no pude obtener que me contase otra tercera leyenda. Por consiguiente, viendo que su erudicion se habia agotado, volvi á subir á mi carruaje; al anochecer y al cabo de un cuarto de hora pasaba por los baños de Schznach y llegaba á Aarau á tiempo bastante aun para hacerme llevar á su mejor fábrica de cuchilleria.

Mucho me habian elogiado este producto de la capital de la Argovia, y vista su reputacion tenia escrúpulo de pasar por medio de una industria tan célebre, sin llevarme una muestra. Así, aunque mi bolsillo empezaba á estar flaco y no debia recibir dinero hasta Lausana, resolví hacer un sacrificio, convencido de que no volveria á encontrar jamás una ocasion semejante. Compré, pues, por diez francos, un par de navajas encerradas en su estuche, y contento con mi compra, me marché inmediatamente á la posada para probarlas.

Al repasarlas por el cuero para afeitarme, observé que el cuero en la punta tenia una marca, me alegré porque así podria designar su fábrica á cuantos amigos fuesen como yo á Suiza y quisiesen aprovechar la ocasion de comprar navajas en Aaran. Ved aqui las señas:

A LA FLOTA.

FRANCISCO BERNARD.

Fabricante de Navajas.

Calle de San Denis, número 74.

EN PARÍS.

Estas son las mejores navajas que he encontrado jamás.

LA ISLA DE SAN PEDRO.

La humillacion que senti por haber hecho un viage de mil doscientas leguas para comprar en Aaran navajas de la calle de San Dionisio, hizo que á la mañana siguiente, en cuanto almorcé, saliese de la posada de la Cigüeña, en donde habia parado, y continuase mi viage por Olten, hermoso pueblo del canton de Soleura, situado á orillas del Aar, cuyos habitantes levantaron en otro tiempo un monumento á Tiberio Claudio Nerón, *quod viam per Jurassi valles duxit*. Como no existe hoy huella alguna de aquella antigua via romana, no me paré mas que el tiempo necesario para dar un respiro á mi caballo, y llegué á Soleura á las tres de la tarde: me quedaba justamente el tiempo preciso para ir á ver ponerse el sol sobre el Weissenstein.

Lo que sobre todo me determinó á esta excursion fué, que al contrario de las montañas de los Alpes, el Weissenstein, que pertenece al Jura, ha llegado á un grado de civilizacion que debe sin duda á su vecindad con la Francia. Para llegar á su cima mas elevada, no hay mas que meterse en una buena carretela, decir marchen, y pagar despues veinte francos, es decir, más barato aun que si se hace el camino á pie y tomando un guia.

Este modo de viajar me convenia mas, pues me iban faltando las fuerzas, y sentia disminuirse mi simpatia por las montañas. Habia subido á tantas, que tenia un caos en la cabeza.

Como no habia tenido tiempo para comer en Soleura, pedí á mi huéspeda, la señora

Brunet, que me preparase una buena comida. Pidióme una hora para hacer una obra maestra gastronómica, asegurándome que si queria aprovechar el tiempo podia subir entretanto á la punta del Rothflue. Temblé todo al creer que me habian rolando abominablemente, que la montaña á que habia subido era una decepcion, y que tenia que trépar, con mis propias piernas, á otra montaña; pero volviendo la cabeza vi por entre las puertas de la cocina un horizonte tan igual y magnifico que me serené un poco. Pregunté entonces qué veria mas sobre el Rothflue que desde el Weipssenstein, me contestaron que los valles del Jura, una parte de la Suiza Septentrional, la Selva Negra, y algunas montañas de los Vosgos y de la Costa de Oro; respondi que cuatro meses hacia que habia visto tantos valles, bosques y montañas que me figuraba lo que podian ser y que me contentaba con el panorama de Weipssenstein. En cambio pregunté si seria posible preparar un baño: madama Brunet me respondió que era la cosa mas fácil del mundo, y que no tenia mas que decir si lo queria de agua ó de leche.

En las disposiciones de sibaritismo en que me hallaba, fácil se adivina que esta última proposicion excitaria mis deseos: desgraciadamente un baño de leche era una volupuosidad de emperador, que solo podia permitirse á un banquero. Recordé las medidas de leche que cuestan en París quince sueldos, y calculé que para bañar mi cuerpo en tal liquido, se necesitarian mil doscientas ó mil quinientas al menos, que á quince sueldos cada una, no era floja soma. Meti la mano en el bolsillo de mi chaleco y conté una tras otra entre mi pulgar y mi indice, las últimas cinco monedas de oro que me quedaban para llegar á Lausana, y convencido de que no me bastaban, pedí modestamente un baño de agua.

—Haceis mal, me dijo Mad. Brunet, porque el baño de leche no es casi mas caro, y es infinitamente mas saludable.

Tuve entonces miedo que á la altura en que se encontraba el baño solo de agua, mi situacion pecuniaria no me lo permitiese.

—¿Cómo! dije yo vivamente: ¿y cuánta es la diferencia?

—El baño de agua cuesta cinco francos, y el de leche diez.

—¿Cómo! diez francos? exclamé: diez francos por un baño de leche!

—Mirad, caballero, contestó la posadera engañada por mi intencion, en estos momentos son un poco caros, porque las vacas están preñadas; pero en el mes de agosto y de septiembre no cuestan más que seis.

—Pero Mad. de Brunet, ¿yo no me quejo de su precio! hacéme calentur uno de leche, y pronto.

—¿El caballero quiere tomarlo en su cuarto?

—¿Se puede también tomar en el cuarto?

—Como gustéis.

—¿Al comer?

—Sin duda.

—¿Cerca de la ventana?

—Divinamente.

—¿Mirando la puesta del sol?

—Perfectamente.

—¿Y la comida será apetitosa con todo esto! Mad. Brunet, vuestra posada es un paraíso.

—Caballero, yo tomo pensionistas y hago una rebaja sobre el precio, cuando están quince días.

Desgraciadamente no me era posible aprovechar la económica oferta que me hacía madama Brunet, y me contenté con encargarla la actividad y me subí a mi cuarto. Como no había mas viajeros que yo, me dieron el mas grande y cómodo, y aunque familiarizado con las mas hermosas vistas de la Suiza, quedé admirado delante de las que veía.

Figuraos un semicírculo de ochenta leguas, terminando á la derecha en la gran cadena de los Alpes, y á la izquierda en un horizonte incomensurable en el cual se encierran tres rios, siete lagos, doce ciudades, cuarenta pueblos y ciento cincuenta y seis montañas, todo esto visto entre vacilaciones de una puesta de sol de otoño, en un baño y por adherente una mesa cubierta de succulentos manjares, se tendrá una idea del panorama de Veinssenstein, visto en el mejor estado posible. En cuanto á mi me pareció magnífico.

Sin embargo, yo no me atrevo á describirlo porque es tal mi respeto por la exactitud y la verdad, que temo la influencia de la comida y del baño.

Dormía yo lo mejor del mundo, cuando entró Francesco en mi cuarto á avisarme, pensando que habiendo yo visto ya la puesta del sol debía ver su salida para hacer la comparación. Como ya me había despertado, pensé que lo mejor era conformarme con su parecer.

Pero yo había tomado en la posada de madama Brunet las costumbres de un sibarita, de manera, que en vez de levantarme, hice arrastrar mi cama hasta la ventana, y no tuve mas trabajo que el de abrir los ojos para gozar del mismo espectáculo que tantas penas y fatigas me había costado en el Faulhoim y en el Righi. A pesar de mi negligencia, el sol no se hizo aguardar y salió con su regularidad y magnificencia ordinarias, haciendo brillar como volcanes aquella cadena inmensa de neveras que se estiende desde el Montellano hasta el Tirol.

Seguí todos los accidentes de luz en su vuelta como había seguido todas las variaciones en su partida, y cuando aquella maravillosa linterna mágica comenzó á fatigarme por su misma sublimidad, hice cerrar mi ventana, correr las cortinas, volverme la cama á su sitio y cerrando los ojos, me torné á dormir como bajo la impresion de un sueño.

Despues de una demostracion tan espresiva, nadie osó entrar en mi cuarto; me desper-

té lentamente al medio dia; habia dormido diez y seis horas menos los cuarenta minutos que empleé mirando la salida del sol.

No tenia tiempo que perder, si queria ver á Soleura con alguna detencion. Al instante hice enganchar, y al cabo de hora y media me apeaba á la puerta de la ciudad.

Tiene la forma de un cuadrado perfecto y la mas bien fortificada de toda la Suiza; hay una torre antigua que los habitantes creen romana, y que me parece del siglo VII ó VIII. Al principio estaba sola como lo indica su nombre SOLOTHURN, pero poco á poco se agruparon casas en su derredor, y protegidas por ella, formaron una ciudad que tiene de notable el contarla todo por onceas: tiene once calles, once fuentes, once iglesias, once canónigos, once capellanes, once campanas, once bombas, once compañías de milicia y once consejeros municipales.

Soleura posee el arsenal mejor organizado de toda la Suiza: la primera sala contiene un parque de artillería de treinta y seis cañones, y hay en ella tres columnas cargadas de trofeos: en la primera columna se ven los despojos de Morat, hay una bandera del duque de Borgoña y un estandarte de los caballeros de San Jorge; la segunda es una memoria de la batalla de Dornach, que se reconoce por las dobles cabezas de las águilas austriacas: en la tercera se conservan dos banderas cogidas en la batalla de Santiago al rey de Francia Luis XI.

La segunda sala es de los fusiles, y cuando yo la visité contenía seiscientos perfectamente conservados y preparados para distribuirse en caso de necesidad.

La tercera sala es de las armaduras: dos mil armaduras completas de los siglos XV, XVI y XVII esparcidas sin orden ni armonía. En medio del arsenal hay una mesa oval, á su alrededor hay trece guerreros que figuran los trece cantones.

Los suizos para revestir á los maniqués que los representan han escogido trece armaduras colosales que parecen haber pertenecido á una raza de titanes. Esto me recordó á Alejandro que hizo enterrar con su nombre y la olimpiada de su reinado, bocados de caballo de un tamaño extraordinario á fin de que la posteridad midiese la talla de sus guerreros por el de las monturas.

Al salir del arsenal nos fuimos al cementerio Schozcoil que encierra el sepulcro de Kosciusko. Es un monumento en forma de cuadrilongo, y lleva este epitafio.

VISCERA
THADEI KOSCIUSKO.
DEPOSITA DIE XVII OCTOBRIIS.
M-DCCC-XVIII.

Como la ciudad no tiene mas curiosidades, y yo podia hacer mi camino de noche,

gracias al sueño que eché en Weissentein, mandé enganchar el carruaje y llegué á Bienne á la una de la mañana. Mientras Francesco llamaba á la puerta de la fonda de la Cruz Blanca examinaba yo á la luz de la luna una hermosa fuente que hay en la plaza: en ella se ve un grupo, que data al parecer del siglo VI y representa el ángel de la Guarda llevando en sus brazos á un corderito que Satanás quiere quitarle. La alegoría del alma entre el buen principio y el malo está tan bien representada que sería difícil buscar otra.

En 1826 se hizo una escavacion junto á aquella fuente para hacer un estanque y se halló una gran cantidad de medallas romanas, de las cuales parte fué llevada á las casas consistoriales, y parte desapareció con otras muchas monedas francesas que se encontraron. El fondista fué quien me dió estos detalles en mi idioma materno, quien ya empezaba á fastidiarme, pues en Bienne todo el mundo habla en francés cuando en Soleura hay apenas diez personas que lo entiendan.

El dia siguiente por la mañana estaban ya prevenidos mis barqueros en la punta que se avanza entre Nidau y Vingel. Desde el mismo lugar en donde nos embarcábamos se ve todo el panorama del pequeño lago de Bienne, uno de los mas hermosos de la Suiza, célebre entre los viajeros modernos, por la mansion que hizo en su isla de San Pedro el célebre Rousseau. Vese de lejos esta isleta, que se presenta como la de los Cipreses en Ermenonville, con la sola diferencia de que en Ermenonville los cipreses son mas grandes que la isla, y en San Pedro la isla es un poco mas grande que los cipreses. Por lo demás, para mayor precaucion, está rodeada de un malecón de piedra, á fin de que una corriente del lago no se la lleve á la orilla, como la casa flotante de Latona.

Impelidos por el viento nordeste volábamos en nuestro barquichuelo, mirando en el cristal de las aguas la cadena del Jura cubierta de pinos en sus cumbres, de encinas y hayas al acercarse á sus faldas, y llenas de viñas entre las cuales se ven algunas casas. Al Mediodia se estendia una cadena de colinitas sin nombre, detrás de las cuales se ocultan Berna y Morat, y encima de las cuales miran como gigantes los nevados picos de los grandes Alpes: en fin, hacia Poniente, descansa la umbrosa y pequeña isla de San Pedro, silenciosa y tranquila, detrás de la cual se halla la villa de Certier construída á manera de anfiteatro, cuyas casas parecen encaramarse por la cuesta de Jolibon, para ir á sentarse en su esplanada.

Pocos años pasan sin que el lago de Bienne se hiele, y esta circunstancia ha dado lugar á una costumbre cuyo origen no he podido saber.

El cobrador de la isla de San Pedro, que pertenece al hospital de Berna, entrega un ce-

lemin de nueces al primero que pasa sobre el hielo de la orilla á la isla. Ordinariamente es un habitante de Glaris, el que gana el premio; pero raro es el año en que no hay que lamentar la muerte de algun temerario que, queriendo pasar antes de tiempo, no le sufre la capa del hielo demasiado endeble todavia, y se sumerge para no parecer hasta que el lago se deshíela: y esto por un celemin de nueces, que vale ocho batz, y ocho batz viene á ser poco mas de un franco, ó cuatro reales.

Llegamos á la isla de San Pedro despues de una hora de habernos embarcado; atravesamos un espeso bosque de encinas, dejamos á la izquierda un pequeño pabellon y entramos en la posada en donde está el cuarto de Rousseau, que mas por especulacion que por veneracion se conserva en el mismo estado que cuando él lo habitaba.

Es un aposento cuadrado, que recibe su luz por una ventana que da sobre el lago, desde la cual alcanza la vista hasta los Alpes. Tiene trece sillas de paja, dos mesas, una cómoda, una cama de madera igual á la de las mesas y de las sillas, un pupitre pintado de blanco y una estufa, que forma todo el mueblage. Tiene ademas una abertura por la cual se baja á las habitaciones inferiores por medio de una escala de madera, y en caso de necesidad puede servir de escalera escusada.

En cuanto á las paredes están llenas de nombres de admiradores de *El Contrato Social*, de *El Emilio*, y de *La nueva Eloisa*, que acuden allí de todas partes del mundo. Es una hermosa coleccion de firmas á las cuales no falta mas que una y es la de Rousseau.

UN ZORRO Y UN LEÓN.

Como hasta una media hora para visitar en todos sus detalles la isla de Bienne y yo habia tomado mis barqueros por todo un dia, me hice llevar, por medida de economia, hasta Certier á donde llegamos al medio dia: nos pusimos inmediatamente en camino para Neuchâtel, que descubrimos al cabo de tres horas de marcha saliendo de Saint-Blaise (San Blas).

La villa mirada por aquel lado, ofrece un punto de vista bastante pintoresco, que debe al viejo castillo construído hace unos trece ó catorce siglos, de el cual ha tomado el nombre de Castillo Nuevo una especie de lengua de tierra que se adelanta en el lago, llena de fábricas y de los jardines que rodean las casas, dando á cada una de ellas el aspecto de una quinta. Una sola cosa perjudica al carácter del

paísage, y es el color amarillento de las piedras con que están construidas las paredes y que da á la villa la apariencia de un inmenso juguete, modelado sobre manteca.

Entramos en Neuchatel, por una puerta de barricadas: data de la revolucion de 1831. Esta revolucion, dirigida por un hombre de gran valor llamado Bourquen, habia tenido por objeto sustraer la ciudad al principado de la Prusia, y reunirla enteramente á la Confederación suiza.

Verdad es que la posicion de Neuchatel, es una de las mas estrañas, dependiente á la vez de una republica y de una monarquia; enviando dos diputados á la dieta helvética, pagando una contribucion á Federico Guillermo; teniendo su nobleza y su pueblo que dependen de ella y que son realistas, y su gobierno popular, y sus paisanos que no dependen mas que de si mismos y que son republicanos.

En el momento que llegué á Neuchatel se ventilaba todavía el proceso de la propiedad: los neuchatelés ignorando lo que eran esperaban de dia en dia la decision que habia de convertirlos en suizos ó en prusianos: entretanto los odios fermentaban, y la guarnicion del castillo, del cual habian los insurgentes destrozado la corona y las patas al águila que habia sobre la puerta, y que llevaba en su pecho el escudo federativo, no osaba bajar á la poblacion, y por la tarde se cantaban en alta voz por las calles canciones sediciosas. Estas canciones eran una verdadera provocacion á las armas. El momento era poco favorable para recoger las leyendas ó tradiciones; todos los recuerdos habian venido á fundirse en el de la revolucion; y los únicos héroes de Neuchatel eran en aquella época algunas pobres gentes, prisioneros en Prusia, cuyos nombres localmente célebres, no habian salido de las murallas de la ciudad por la cual se habian comprometido. Así es que, solo permaneci una noche en Neuchatel; ademas al otro extremo del lago me esperaba Grandson con sus héroes, recuerdos de los siglos XIV y XV.

Hemos contado ya anteriormente como Othon de Grandson, cuyo mausoleo se conserva en la iglesia de Lausana, fué muerto en el paleoque de Bourg-en-Brusse, por Gerardo de Estavayer, que le hirió y cortó en seguida vivó todavía ambas manos, segun las condiciones del combate; al presente nos falta contar como el noble duque Carlos de Borgoña fué vergonzosamente batido y destrozado por los buenos habitantes de los cantones.

Se debatía en Francia á fines del siglo XV una grande cuestion; la de la monarquia y del feudalismo; ciertamente examinando desde luego los campeones que representaban los dos principios, el éxito parecia poco dudoso y los profetas superficiales hubiesen creído poder vaticinar anticipadamente de qué parte estaria la victoria. El hombre de la monarquia

era un anciano llevando encorvada la cabeza mas por el cansancio que por la edad, habitando un fuerte castillo situado lejos de su capital, no teniendo en derredor de si mas que una pequeña guardia de arqueros escoceses, un barbero á quien habia hecho su ministro, un gran preboste á quien habia hecho su ejecutor, y dos criados á quienes habia hecho sus verdugos. Tenia todavía cerca de sí, quimicos, y médicos italianos y españoles que pasaban su vida en laboratorios subterráneos. Allí preparaban brevajes estraños y desconocidos; de tiempo en tiempo eran llamados por el rey que encontraban arrodillado delante de la imagen de algun santo ó de alguna virgen. El rey y el quimico hablaban en voz baja al pie del altar, de cosas religiosas y santas sin duda, porque su plática era interrumpida frecuentemente por las señales de cruz, oraciones y votos: poco tiempo despues de esta misteriosa conferencia, se oía decir que algun principe rebelde al rey que se aprestaba á hacer á la Francia una cruda guerra, habia muerto súbitamente en el momento en que reunia á sus soldados; ó que alguna viuda de un gran baron cuyo embarazo si era bendecido por Dios, debia perpetuar la raza y poderio de una gran casa feudal, habia parido antes de tiempo un niño muerto. Inmediatamente el rey, para quien todo caminaba así en prosperidad, emprendia una peregrinacion en accion de gracias, ora al monte San Miguel, ora á la cruz de San Laud, ora á Nuestra Señora de Emburn; y se le veia entonces salir de su guarida cubierta su cabeza con un gorro de fieltro guarnecido de imágenes de plomo, vestido con gaban de paño raído, envuelto en una capa vieja forrada de pieles y armado solamente de una corta y ligera espada; parecia al último de sus vasallos, y el pueblo le llamaba el zorro de Plessis-les-Tours.

El hombre del feudalismo, al contrario, era un capitán en la fuerza de la edad, llevando la cabeza altiva y arrogante cubierta con un casco coronado; morando en magníficos palacios ó suntuosas tiendas, rodeado siempre de principes y duques, recibiendo cual un emperador á los enviados de Aragon y de Bretaña, los embajadores de Venecia y el nuncio del papa; administrando alta y públicamente justicia ó venganza, é hiriendo en pleno dia con el hacha ó el puñal. Su preocupacion era resucitar en provecho propio el antiguo reino de Borgoña, que llamaba la corte dorada. Tenia en propiedad el Macónes, el Charolés y el Auxerés; contaba forzar al rey Renato á abdicar en su favor el ducado de Anjou y de Arlés; habia conquistado la Lorena, poseía en prenda el país de Ferrete y una parte de la Alsacia; habia comprado por trescientos mil florines el ducado de Geldres, codiciaba el ducado de Luxemburgo; tenia preparados y espuestos en la iglesia de San Matiamano el cetro y la corona, el manto y la

bandera; el que debia consagrarle estaba elegido, y era Jorge de Baden obispo de Metz. El emperador Federico III le habia dado palabra de nombrarle su vicario general, y él en cambio le habia prometido á su hija Maria para Maximiliano su hijo. En fin, estendia sus brazos para tocar con una mano el Océano y con la otra el Mediterráneo, y todas las veces que se mostraba á sus futuros súbditos y recorria su venidero reino, era en un caballo de batalla, cuya montura habia costado el valor de un reino, ó bajo un palio de oro, humildemente llevado por cuatro señores; y entonces los pueblos que le miraban pasar con tanta magnificencia pensaban temblando en su fuerza, en su cólera y poderio, y abrian paso diciendo: ¡desgraciadas de nuestras ciudades! ¡desgraciados de nosotros! porque viene el leon de Borgoña.

Aquellos dos hombres que se encontraban cara á cara uno de otro, preparados á luchar, eran Luis el Astuto, y Carlos el Temerario.

Ved cuál era la posicion del rey de Francia.

Acababa de firmar un tratado con el duque de Bretaña, aliado incierto en cuya amistad no se mantenía sino á fuerza de oro y de promesas; acababa de renovar las treguas con el rey de Aragon; habia hecho asesinar al conde de Armagnac, que trataba de introducir á los ingleses en Francia, hecho abortar á la condesa que estaba en cinta, y apoderándose del condado. Habia envenenado al duque de Guena y reunido su ducado á la corona; habia puesto en juicio al duque de Alençon y confiscado sus señorios; habia hecho ajusticiar al condestable de Saint-Pol y abolido su empleo; habia hecho sitiar al duque de Nemours en Carlat; en fin, acababa de casar á su hija Juana con Luis, duque de Orleans, y su hija Ana con Pedro de Borbon, señor de Beaujeu. En aquel momento, es decir, á fines del año 1475, se ocupaba en reconciliar al archiduque Sigismundo con los suizos, habia hecho á ofrecer al uno el dinero necesario para volver á comprar su ducado, y prometiendo á los otros que los tomaría á sueldo. Enviaba una embajada al rey Renato para reproducir las antiguas pretensiones que tenia á título de acreedor y de heredero por su madre sobre los señorios y dominios de la casa de Anjou, y los nuevos derechos que madama Margarita, reina de Inglaterra á quica acababa de libertar por la paz de Pecquigni, habia añadido aun por la cesion entera que habia otorgado de todas sus herencias en la sucesion del rey Renato. Luego aplacadas todas las turbulencias hacia Occidente y Medio dia, y tendidas todas sus redes por Oriente y Norte, pretestó como siempre una peregrinacion, escogió el santuario de Nuestra Señora del Puy en Velay, célebre por una imagen de la Virgen esculpida en madera, de sethin por el profeta Jeremias, y el 19 de febrero de

1476, salió de Plessis-les-Tours con esta santa intencion; pero habiendo recibido noticias estraordinarias se detuvo en Lion.

La araña se hallaba en el centro de su tela. Ved ahora cual era la posicion del duque de Borgoña.

Acababa de concluir un tratado de alianza con el emperador, se habia apoderado de Lorena; habia hecho su entrada en Nancy llevando á su derecha al duque de Tarcento, hijo del rey de Nápoles, á su izquierda al duque de Cleves, y en su comitiva al conde Antonio gran bastardo de Borgoña, á los condes de Nassau, de Marle, de Chimay y de Campo Basso. Contaba entre sus generales á Jaime, conde de Romont, tío del jóven duque reinante en Saboya, y entre sus aliados á Luis, obispo de Ginebra; habia contraido alianza con el duque de Milan, á cuyo hijo habia prometido su hija, ofrecida ya en matrimonio al duque de Calabria y al archiduque Maximiliano. Acababa de obtener del rey Renato la palabra de nombrarle su heredero; en fin, disponiendo del país de Ferrete, que le habia cedido en prenda el duque Sigismundo, habia enviado de gobernador allí á Pedro de Hagenbach, hombre de gran valor en la guerra; pero violento, lujurioso y cruel; por lo demás cortesano de la ambicion del duque y uno de sus decididos y mas fieles amigos. Todo le parecia, pues, preparado maravillosamente para hacer la guerra al rey de Francia, cuando las mismas noticias que habian detenido á Luis en Lion detuvieron á Carlos en Nancy.

Como hemos dicho, Pedro de Hagenbach habia sido enviado de gobernador al país de Ferrete. Habia entrado insolentemente, seguido de su ejército y precedido de ochenta hombres de armas, llevando sus libreas blancas y grises, con dardos bordados de plata, y estas dos palabras. *Yo paso.* Una de las principales condiciones del empeño del país de Ferrete era la de conservar ilesos á los habitantes las libertades de los pueblos: la primera cosa que hizo este gobernador en desprecio de este convenio, fué imponer una contribucion por cada jarro de vino que se bebiese. Prohibió la caza á los nobles, prerrogativa inalienable, pues que eran libres poseedores de sus haciendas. Dio bailes en que sus soldados se apoderaron de los maridos, y rasgaron los vestidos de las mugeres hasta que estuvieron desnudas; robó de las casas paternas las jóvenes que no eran hábiles todavía; forzó los conventos y entregó á sus soldados como botin de guerra á las esposas del Señor. Se habia apoderado del castillo de Ortemburgo y de todo el valle de Viller que pertenecía á los strasburgueses. Habia hecho correrías por los principados de los señores de Alsacia, de las orillas del Rhin, y en los obispados de los prelados de Spira y de Basilea; habia apresado y exigido rescate al burgo-maestre de Schaffhausen; habia plantado el es-

tandarte de Borgoña en el señorío de Schnekelberg que pertenecía á los habitantes de Berna, y cuando estos habian reclamado contra aquella violacion de los pactos, respondió, que sino callaban iria á Berna á desollar sus osos, para forrar con sus pieles sus vestidos; en fin, uno de los tenientes, el señor de Haendorf, habia hecho prisionero un convoy de mercaderes suizos que iban con sus telas á la feria de Francfort, y los habia conducido al castillo de Schutern.

Tan graves y tan tempestuosos insultos no podian durar: los habitantes de Tharn reclamaron contra el impuesto y enviaron una embajada de treinta ciudadanos al gobernador. El gobernador los mandó prender por los soldados, y dió orden de cortarles la cabeza. Cuatro habian sufrido ya este suplicio, cuando en el momento en que el verdugo levantaba la espada sobre el quinto, su muger dió tales gritos, que conmovió vivamente á los espectadores; estos se arrojaron sobre el cadalso, mataron al verdugo con su propia espada, y pusieron en libertad á los veinte y seis ciudadanos que quedaban por ejecutar.

Por su parte los habitantes de Strasburgo habian sabido que un convoy de mercaderes que iban á su ciudad habia sido apresado en su territorio, y saqueado, y los mercaderes llevados al castillo de Schutern: esto aumentó el rencor que les causaba la toma de Ortemburgo y de Val-de-Viller, esta última violacion redobló de todo punto su furor. Reuniéronse y se armaron cayendo de improviso sobre la fortaleza de que Hagembach habia hecho una prision, libraron á los mercaderes suizos, y los condujeron en triunfo, despues de haber arrasado el castillo del Guesler borgoñés.

En medio de aquella efervescencia y de aquellos recientes odios, sucedió que Pedro de Hagembach olvidó pagar á un capitán que tenía á su sueldo con doscientos hombres de su nacion. Este, que se llamaba Federico Woegelin, oficial de sastre en su principio, hombre de poca estatura y débil apariencia, subió á la casa del gobernador para reclamar lo que se debía á él y á sus gentes. Hagembach al escuchar aquella provocacion á la sedicion, se precipitó en la calle con espada en mano, para matar al insolente que osara resistirle. El capitán bajó á la calle también, y mandó al tambor tocar á rebato. Los soldados alemanes presentaron al gobernador sus largas picas, los ciudadanos se armaron con hachas y hoces y las mugeres con chuzos y horquillas: Hagembach abandonado de los pocos soldados que le habian seguido, se refugió dentro de una casa. Woegelin le persiguió, le hizo prisionero y le puso en manos del burgomaestre. El mismo dia los lombardos y flamencos que componian la guarnicion, viendo que el gobernador estaba preso y que la sedicion era general, faltándoles gefes para defenderse entraron en tratos y pidieron retirarse salvando

sus vidas. Esta demanda fué concedida. En seguida los habitantes de Strasburgo volvieron á tomar otra vez posesion del castillo de Ortemburgo y de Val-de-Viller.

El duque Sigismundo, sabedor de estas noticias, aceptó el dinero que en nombre del rey de Francia le ofrecian los pueblos de Strasburgo y de Basilea; hizo intimar al duque Carlos que tenia aquel reembolso á su disposicion, y sin aguardar contestacion envió á Herman de Eptingen con doscientos caballos á tomar posesion de sus dominios. El nuevo landvogt fué recibido con júbilo, y todo el país volvió en seguida al dominio de su antiguo señor. Todos estos acontecimientos se verificaron hácia la pasera, de modo, que los habitantes celebraron en una sola fiesta la libertad de su país y la Resurreccion de Nuestro Señor.

Entretanto la primera causa de todo aquel desorden, Pedro de Hagembach, habia sido trasladado de la casa del burgomaestre á una torre. Apenas fué conocida esta prision, se alzó de todos los pueblos un grito universal, demandando justicia á una voz. El archiduque la prometió, y para que fuese bien arreglada, decidió que se reuniesen en Briach, donde debia instruirse el proceso, jueces graves y prudentes enviados de Strasburgo, de Colmar y de Schlestadt, de Friburgo, de Basilea, de Berna y de Soleura, y que á estos jueces que representaban la clase popular, se agregasen diez y seis caballeros para representar la nobleza.

La noticia de este juicio cundió; y los pueblos que hemos nombrado enviaron no solo dos jueces para juzgar sino una parte de su poblacion para presenciarlo. Desde su calabozo, situado bajo las bóvedas de la puerta, el prisionero les oía pasar y preguntaba quiénes eran aquellos hombres. El carcelero respondia que eran gentes mal vestidas, de alta estatura y aspecto poderoso, montados en caballos de orejas cortas, y á estas palabras esclamaba Hagembach: ¡Dios mio, son los suizos que he maltratado tanto! ¡Dios mio, tened compasion de mí!

El dia 4 de mayo fueron á buscarle, para darle tormento: lo sufrió como hombre fuerte y valiente que era; sin decir otra cosa sino que habia hecho cumplir las ordenes que habia recibido, y que su solo juez, su soberano, era el duque Carlos de Borgoña, y no reconocia otro.

Terminado el tormento, el acusado fué llevado á la sala en que sus jueces se hallaban sentados con el acusador y el abogado; fué preguntado por los jueces y respondió como lo habia hecho á sus atormentadores: entonces el acusador se levantó y pidió su muerte. El abogado respondió defendiendo su vida. Oídos el interrogatorio, la acusacion y la defensa, se lo llevaron de nuevo, y los jueces permanecieron doce horas en deliberacion. En fin á las siete de la tarde los jueces le mandaron

llamar, y en la plaza pública, en medio de un auditorio de treinta mil personas, bajo la bóveda del cielo y á la vista de Dios, el tribunal pronunció la sentencia que condenaba á Pedro de Hagembach á la pena de muerte.

El condenado oyó su sentencia con rostro impasible, y la única gracia que demandó, fué que le cortaran la cabeza. Presentáronse entonces ocho ejecutores, porque las ciudades no solo habian enviado espectadores y jueces sino tambien verdugos. El tribunal no tuvo que hacer mas que elegir. Fué el preferido el verdugo de Colmar, como mas diestro.

Entonces se levantaron á su vez los diez y seis caballeros, y el mas anciano é intachable de todos pidió en nombre y por el honor de la orden, que monseñor Pedro de Hagembach, fuese degradado de su dignidad y de sus honores.

Inmediatamente Gaspar Heuter, heraldo del imperio, se adelantó hasta la barandilla del tribunal y gritó:

«Pedro de Hagembach, me pesa en gran manera que hayais empleado mal vuestra vida mortal, de modo que os es preciso, por el honor de la orden, que perdais hoy la dignidad de caballero, porque vuestro deber era hacer justicia, porque habiais jurado amparar á la viuda y al huérfano, porque os habiais comprometido á respetar á las mugeres y doncellas y honrar á los santos sacerdotes, y todo al contrario, con dolor de Dios y para perdicion de vuestra alma, habeis cometido todos los crímenes que debiais impedir ó al menos castigar. Habiendo así faltado á la noble orden de la caballeria y á los juramentos hechos, los señores aquí presentes me han encargado quitaros vuestros insignias; pero no viéndoolas en este momento, me contentaré con proclamaros indigno caballero de San Jorge, en cuyo nombre recibisteis el abrazo, y fuisteis honrado con la espada.»

Despues de un momento de silencio, Hermann de Eptinge, gobernador por el archiduque, se acercó á su vez al reo, y le dijo:

«En virtud de la sentencia que acaba de degradarte de la caballeria, te arranco tu collar, tu cadena de oro, tu anillo, tu puñal y tu guante; te rompo las espuelas y te abofeteo en el rostro como á un infame.» A estas palabras le dió un bofetón, y volviéndose al tribunal y al auditorio: «Caballeros, contintó, y vosotros todos los que deseais serlo, guardad en vuestra memoria este público castigo, que os sirva de ejemplo, y vivid noble y valientemente en el temor de Dios, en la dignidad de la caballeria y en el honor de vuestro nombre.»

Volvióse entonces Hermann á su tío: se levantó Tomas Schutz, preboste de Einsisheim y dirigiéndose al verdugo:

—Ese hombre, le dijo, es vuestro, haced de él justicia.

Dichas estas palabras, montaron á caba-

llo los jueces y los caballeros, y el pueblo les siguió. A la cabeza de toda aquella escolta caminaba á pie y entre dos sacerdotes Pedro de Hagembach. Se dirigía á la muerte como soldado y como cristiano, con rostro sosegado y corazón piadoso. Llegado al sitio donde debia verificarse la ejecucion (este sitio era una gran pradera á las puertas de la ciudad) subió con firme paso al cadalso, hizo señal al verdugo de que aguardase que se hubiese colocado bien para ver, despues levantó la voz y dijo: «Lo que me duele no es, no, mi cuerpo que va á morir, ni mi sangre que va á correr; lo que siento son las desgracias que causará mi muerte, porque conozco á monseñor de Borgoña y no dejaré este dia sin venganza. En cuanto á vosotros, de quien he sido gobernador durante cuatro años, olvidad lo que he podido hacerlos padecer por falta de prudencia ó por malicia, acordaos unicamente que era hombre, y encomendadme á Dios...»

Entonces besó el crucifijo que le presentó el sacerdote, y tendió al verdugo su cabeza que cayó de un solo golpe.

Hecha esta ejecucion, el archiduque Sigismundo, el margrave de Baden, las ciudades de Strasburgo, de Colmar, de Haguenann, de Schelestadt, de Milhausen y de Baden entraron en negociaciones con las ligas suizas y reuniéndose contra el comun peligro firmaron una alianza por diez años.

Despues los señores del imperio, atravesando como aliados aquella Suiza, de quien habian sido ciento cincuenta años enemigos, cabalgaron hasta Zurich, se embarcaron en el lago, y en medio del inmenso concurso que acudia de las ciudades y bajaba de las montañas, fueron piadosamente á cumplir sus devociones á Einselden al convento de Nuestra Señora de las Ermitas.

Estas fueron las noticias que supieron el duque de Borgoña en Nançy, y el rey Luis en Lion; fueron llevadas al primero por Estéban de Hagembach, que iba á demandarle venganza por su hermano, y al segundo por Nicolás de Diezbach, que iba á pedirle socorro en nombre de las ligas.

TOMA DEL CASTILLO DE GRANDSON.

El rey de Francia se apresuró á concluir un tratado con los suizos comprometiéndose á darles socorro y ayuda en sus guerras contra el duque de Borgoña y á hacerles pagar en su ciudad de Lion veinte mil libras al año; ellos

tandarte de Borgoña en el señorío de Schnekelberg que pertenecía á los habitantes de Berna, y cuando estos habian reclamado contra aquella violacion de los pactos, respondió, que sino callaban iria á Berna á desollar sus osos, para forrar con sus pieles sus vestidos; en fin, uno de los tenientes, el señor de Haendorf, habia hecho prisionero un convoy de mercaderes suizos que iban con sus telas á la feria de Francfort, y los habia conducido al castillo de Schutern.

Tan graves y tan tempestuosos insultos no podian durar: los habitantes de Tharn reclamaron contra el impuesto y enviaron una embajada de treinta ciudadanos al gobernador. El gobernador los mandó prender por los soldados, y dió orden de cortarles la cabeza. Cuatro habian sufrido ya este suplicio, cuando en el momento en que el verdugo levantaba la espada sobre el quinto, su muger dió tales gritos, que conmovió vivamente á los espectadores; estos se arrojaron sobre el cadalso, mataron al verdugo con su propia espada, y pusieron en libertad á los veinte y seis ciudadanos que quedaban por ejecutar.

Por su parte los habitantes de Strasburgo habian sabido que un convoy de mercaderes que iban á su ciudad habia sido apresado en su territorio, y saqueado, y los mercaderes llevados al castillo de Schutern: esto aumentó el rencor que les causaba la toma de Ortemburgo y de Val-de-Viller, esta última violacion redobló de todo punto su furor. Reuniéronse y se armaron cayendo de improviso sobre la fortaleza de que Hagembach habia hecho una prision, libraron á los mercaderes suizos, y los condujeron en triunfo, despues de haber arrasado el castillo del Guesler borgoñés.

En medio de aquella efervescencia y de aquellos recientes odios, sucedió que Pedro de Hagembach olvidó pagar á un capitán que tenía á su sueldo con doscientos hombres de su nacion. Este, que se llamaba Federico Woegelin, oficial de sastre en su principio, hombre de poca estatura y débil apariencia, subió á la casa del gobernador para reclamar lo que se debía á él y á sus gentes. Hagembach al escuchar aquella provocacion á la sedicion, se precipitó en la calle con espada en mano, para matar al insolente que osara resistirle. El capitán bajó á la calle también, y mandó al tambor tocar á rebato. Los soldados alemanes presentaron al gobernador sus largas picas, los ciudadanos se armaron con hachas y hoces y las mugeres con chuzos y horquillas: Hagembach abandonado de los pocos soldados que le habian seguido, se refugió dentro de una casa. Woegelin le persiguió, le hizo prisionero y le puso en manos del burgomaestre. El mismo dia los lombardos y flamencos que componian la guarnicion, viendo que el gobernador estaba preso y que la sedicion era general, faltándoles gefes para defenderse entraron en tratos y pidieron retirarse salvando

sus vidas. Esta demanda fué concedida. En seguida los habitantes de Strasburgo volvieron á tomar otra vez posesion del castillo de Ortemburgo y de Val-de-Viller.

El duque Sigismundo, sabedor de estas noticias, aceptó el dinero que en nombre del rey de Francia le ofrecian los pueblos de Strasburgo y de Basilea; hizo intimar al duque Carlos que tenia aquel reembolso á su disposicion, y sin aguardar contestacion envió á Herman de Eptingen con doscientos caballos á tomar posesion de sus dominios. El nuevo landvogt fué recibido con júbilo, y todo el país volvió en seguida al dominio de su antiguo señor. Todos estos acontecimientos se verificaron hácia la pasera, de modo, que los habitantes celebraron en una sola fiesta la libertad de su país y la Resurreccion de Nuestro Señor.

Entretanto la primera causa de todo aquel desorden, Pedro de Hagembach, habia sido trasladado de la casa del burgomaestre á una torre. Apenas fué conocida esta prision, se alzó de todos los pueblos un grito universal, demandando justicia á una voz. El archiduque la prometió, y para que fuese bien arreglada, decidió que se reuniesen en Briach, donde debia instruirse el proceso, jueces graves y prudentes enviados de Strasburgo, de Colmar y de Schlestadt, de Friburgo, de Basilea, de Berna y de Soleura, y que á estos jueces que representaban la clase popular, se agregasen diez y seis caballeros para representar la nobleza.

La noticia de este juicio cundió; y los pueblos que hemos nombrado enviaron no solo dos jueces para juzgar sino una parte de su poblacion para presenciarlo. Desde su calabozo, situado bajo las bóvedas de la puerta, el prisionero les oia pasar y preguntaba quiénes eran aquellos hombres. El carcelero respondia que eran gentes mal vestidas, de alta estatura y aspecto poderoso, montados en caballos de orejas cortas, y á estas palabras esclamaba Hagembach: ¡Dios mio, son los suizos que he maltratado tanto! ¡Dios mio, tened compasion de mí!

El dia 4 de mayo fueron á buscarle, para darle tormento: lo sufrió como hombre fuerte y valiente que era; sin decir otra cosa sino que habia hecho cumplir las ordenes que habia recibido, y que su solo juez, su soberano, era el duque Carlos de Borgoña, y no reconocia otro.

Terminado el tormento, el acusado fué llevado á la sala en que sus jueces se hallaban sentados con el acusador y el abogado; fué preguntado por los jueces y respondió como lo habia hecho á sus atormentadores: entonces el acusador se levantó y pidió su muerte. El abogado respondió defendiendo su vida. Oídos el interrogatorio, la acusacion y la defensa, se lo llevaron de nuevo, y los jueces permanecieron doce horas en deliberacion. En fin á las siete de la tarde los jueces le mandaron

llamar, y en la plaza pública, en medio de un auditorio de treinta mil personas, bajo la bóveda del cielo y á la vista de Dios, el tribunal pronunció la sentencia que condenaba á Pedro de Hagembach á la pena de muerte.

El condenado oyó su sentencia con rostro impasible, y la única gracia que demandó, fué que le cortaran la cabeza. Presentáronse entonces ocho ejecutores, porque las ciudades no solo habian enviado espectadores y jueces sino tambien verdugos. El tribunal no tuvo que hacer mas que elegir. Fué el preferido el verdugo de Colmar, como mas diestro.

Entonces se levantaron á su vez los diez y seis caballeros, y el mas anciano é intachable de todos pidió en nombre y por el honor de la orden, que monseñor Pedro de Hagembach, fuese degradado de su dignidad y de sus honores.

Inmediatamente Gaspar Heuter, heraldo del imperio, se adelantó hasta la barandilla del tribunal y gritó:

«Pedro de Hagembach, me pesa en gran manera que hayais empleado mal vuestra vida mortal, de modo que os es preciso, por el honor de la orden, que perdais hoy la dignidad de caballero, porque vuestro deber era hacer justicia, porque habiais jurado amparar á la viuda y al huérfano, porque os habiais comprometido á respetar á las mugeres y doncellas y honrar á los santos sacerdotes, y todo al contrario, con dolor de Dios y para perdicion de vuestra alma, habeis cometido todos los crímenes que debiais impedir ó al menos castigar. Habiendo así faltado á la noble orden de la caballeria y á los juramentos hechos, los señores aquí presentes me han encargado quitaros vuestras insignias; pero no viéndoolas en este momento, me contentaré con proclamaros indigno caballero de San Jorge, en cuyo nombre recibisteis el abrazo, y fuisteis honrado con la espada.»

Despues de un momento de silencio, Hermann de Eptinge, gobernador por el archiduque, se acercó á su vez al reo, y le dijo:

«En virtud de la sentencia que acaba de degradarte de la caballeria, te arranco tu collar, tu cadena de oro, tu anillo, tu puñal y tu guante; te rompo las espuelas y te abofeteo en el rostro como á un infame.» A estas palabras le dió un bofetón, y volviéndose al tribunal y al auditorio: «Caballeros, contintó, y vosotros todos los que deseais serlo, guardad en vuestra memoria este público castigo, que os sirva de ejemplo, y vivid noble y valientemente en el temor de Dios, en la dignidad de la caballeria y en el honor de vuestro nombre.»

Volvióse entonces Hermann á su tío: se levantó Tomas Schutz, preboste de Einsisheim y dirigiéndose al verdugo:

—Ese hombre, le dijo, es vuestro, haced de él justicia.

Dichas estas palabras, montaron á caba-

llo los jueces y los caballeros, y el pueblo les siguió. A la cabeza de toda aquella escolta caminaba á pie y entre dos sacerdotes Pedro de Hagembach. Se dirigía á la muerte como soldado y como cristiano, con rostro sosegado y corazón piadoso. Llegado al sitio donde debia verificarse la ejecucion (este sitio era una gran pradera á las puertas de la ciudad) subió con firme paso al cadalso, hizo señal al verdugo de que aguardase que se hubiese colocado bien para ver, despues levantó la voz y dijo: «Lo que me duele no es, no, mi cuerpo que va á morir, ni mi sangre que va á correr; lo que siento son las desgracias que causará mi muerte, porque conozco á monseñor de Borgoña y no dejaré este dia sin venganza. En cuanto á vosotros, de quien he sido gobernador durante cuatro años, olvidad lo que he podido hacerlos padecer por falta de prudencia ó por malicia, acordaos unicamente que era hombre, y encomendadme á Dios...»

Entonces besó el crucifijo que le presentó el sacerdote, y tendió al verdugo su cabeza que cayó de un solo golpe.

Hecha esta ejecucion, el archiduque Sigismundo, el margrave de Baden, las ciudades de Strasburgo, de Colmar, de Haguenann, de Schlestadt, de Milhausen y de Baden entraron en negociaciones con las ligas suizas y reuniéndose contra el comun peligro firmaron una alianza por diez años.

Despues los señores del imperio, atravesando como aliados aquella Suiza, de quien habian sido ciento cincuenta años enemigos, cabalgaron hasta Zurich, se embarcaron en el lago, y en medio del inmenso concurso que acudia de las ciudades y bajaba de las montañas, fueron piadosamente á cumplir sus devociones á Einselden al convento de Nuestra Señora de las Ermitas.

Estas fueron las noticias que supieron el duque de Borgoña en Nancy, y el rey Luis en Lion; fueron llevadas al primero por Estéban de Hagembach, que iba á demandarle venganza por su hermano, y al segundo por Nicolás de Diezbach, que iba á pedirle socorro en nombre de las ligas.

TOMA DEL CASTILLO DE GRANDSON.

El rey de Francia se apresuró á concluir un tratado con los suizos comprometiéndose á darles socorro y ayuda en sus guerras contra el duque de Borgoña y á hacerles pagar en su ciudad de Lion veinte mil libras al año; ellos

por su parte ponian á su disposicion cierto contingente de soldados.

Casi al mismo tiempo que á Luis de Francia enviaron los suizos una embajada á Carlos de Borgoña; pero este, al contrario del rey, les recibió muy mal, y les declaró que se preparasen á recibirle, pues iba á hacerles la guerra con todo su poder. A esta amenaza se inclinó respetuosamente el más anciano de los embajadores, y dijo al duque: «Nada tenéis que ganar contra nosotros, monseñor, nuestro país es árido, pobre y estéril; los prisioneros que nos hagáis no tendrán con que pagar ricos rescates, y hay mas oro y plata en vuestras espuelas y en las bridas de vuestros caballos, que el que hallaréis en toda la Suiza.»

Pero el duque habia tomado su resolución, y el 11 de enero dejó á Nancy para ponerse á la cabeza de su ejército. Aquello era una asamblea real cuyo poder hubiera hecho temblar al soberano de Europa que hubiese querido hacer la guerra. Habíase llevado consigo treinta mil hombres de la Lorena; el conde de Romont se le habia reunido con cuatro mil saoyardos, y seis mil soldados llegados del Piemonte y del Milanesado; le aguardaban en las fronteras de la Suiza, además otros de diversas lenguas y comarcas, formando entre todos, según dice Comines, cincuenta mil hombres, y quizá mas. Tenia á sus órdenes al hijo del rey de Nápoles, á Felipe de Baden, al conde de Romont, al duque de Cleves, al conde de Marle, y al señor de Château-Guyon: los equipages que tras sí llevaba recordaban por su magnificencia los de los antiguos reyes asiáticos que como él iban á aniquilar á los espartanos, aquellos suizos del antiguo mundo.

Lo más notable de aquellos, era la capilla y la tienda, siendo de oro todos los vasos sagrados de la primera, que contenia además los doce apóstoles de plata, una caja de San Andrés de cristal, un magnífico rosario del buen duque Felipe, un devocionario cuajado de pedrería, y una custodia de maravilloso trabajo y de una incalculable riqueza.

En fin, la tienda estaba adornada con su escudo de armas formado de un mosaico de perlas, zafros y rubies, vestida de terciopelo encarnado enlazado con una yedra cuyas hojas eran de oro, y el tronco de perlas; y recibia la luz por unos vidrios de colores sujetos con varillas de oro. En esta tienda guardaba sus armaduras, sus espadas y puñales; cuyos puños deslumbraban con los zafros, rubies y esmeraldas, sus lanzas de punta de oro, y astas de marfil y ébano, toda su vajilla y alhajas, su sello que pesaba dos marcos, su collar del toison, su retrato y el de su padre. En esta misma tienda recibia por las mañanas á los embajadores de los reyes, colocado sobre un trono de oro macizo y por la noche recostado sobre una piel de león, oia leer la historia de Alejandro, en un magnífico manuscrito, en el cual habia sustituido su re-

trato y el de los señores de su corte, al del vencedor de Porús y de los capitanes que después de su muerte debian partir entre sí su imperio. Sin embargo, su héroe predilecto era Anibal, y si no habia encerrado, decia él, á Tito Livio, en una cajita de oro, como hizo Alejandro con Homero; era porque encerraba á Tito Livio, entero en su corazón que era el más noble tabernáculo que se podía encontrar en la cristiandad.

Al rededor de la capilla y del pabellon real, cuyo servicio daban lacayos, pages y armeros, con trages resplandecientes de oro, se levantaban cuatrocientas tiendas en que se alojaban todos los señores de su corte y toda la servidumbre de su casa. Luego venian los soldados, que precisados á acampar y siendo tantos en número, incendiaban las aldeas para calentarse; porque lo hemos dicho, la estación era aun muy cruda: después, en fin, y para las necesidades de los placeres de aquella multitud, seguian en número de seis mil los vendedores de comestibles de vino é hipocrás y las muchachas de alegres amores. El ruido de tal muchedumbre que resonaba en los valles del Jura, se estendió muy pronto hasta las montañas de los Alpes. El anciano conde de Neuchatel, el margrave Rodolfo, cuyo hijo Felipe de Baden estaba en el ejército del duque, y era aliado de los suizos, vió desde las alturas del Hasenmatt y del Rothelue adelantarse todo aquel poder.

Juntó al momento quinientos vasallos suyos, puso guarniciones en los castillos que dominaban los desfiladeros, entregó su ciudad de Neuchatel en manos de los confederados, y se fué á Berna donde los confederados habian establecido el centro de sus operaciones. A las noticias que trajo conocieron los de Berna que no habia tiempo que perder, y escribieron al momento á sus confederados de las ligas suizas y á sus nuevos aliados de Alemania para pedirles socorro y protección. «Pensad, decian á los últimos, que hablamos el mismo lenguaje, que formamos parte del mismo imperio; porque combatiendo por nuestra independencia no nos creemos separados del emperador; además en este momento nuestra causa es común; se trata de preservar á la Alemania y al imperio de ese hombre cuyo espíritu no conoce descanso ni limites sus deseos. Vencidos nosotros, tratará de ponerlos á vosotros bajo su dominio. Enviadnos, pues, ginetes, arcabuceros, armeros, pólvora, cañones y culebrinas, á fin de que podamos librarnos de ella. Además tenemos buena esperanza de que el negocio no será largo y de que concluirá bien.»

Escritas estas cartas, Nicolás de Scharnachtal, magistrado de Berna, fué á situarse en Morat con ocho mil hombres: era todo lo que los suizos habian podido juntar hasta entonces.

Entretanto el conde de Romont habia pe-

netrado en las tierras de la confederacion por Jonga, que habian dejado los suizos indefenso: después inmediatamente habia marchado sobre Orle, del que tambien se retiraron los suizos voluntariamente y delante de él: por último habia llegado á la vista de Iverdum, y puesto sitio á esta ciudad situada al extremo Sud-este de Neuchatel, y se preparaba á dar el asalto al dia siguiente, cuando durante la noche introdujeron un traile de San Francisco en su tienda: venia en nombre del partido borgoñon y en el de los habitantes de Iverdum, que sentian haber pasado al dominio suizo, á ofrecer al conde el medio de penetrar en la ciudad. Este medio era fácil de hacerlo comprender y más fácil aun de ejecutar: dos casas borgoñonas estaban contiguas á las murallas, sus solares estaban pegados á los muros, y no habia más que hacer un agujero é introducir por él á la gente del conde de Romont.

Fué adoptada la proposicion ofrecida: en la noche del 12 al 13 de enero, en el momento en que la guarnicion, á escepcion de los centinelas y demas que estaban de guardia, dormian el primer sueño, fueron introducidos en la ciudad los soldados del conde de Romont, y se derramaron al momento por las calles gritando: ¡Borgoña! ¡Borgoña! ¡la ciudad está tomada! Á los gritos y al sonido de las trompetas que los acompañaban, la ciudad se llenó de tumulto; los suizos salieron medio desnudos de las casas: los borgoñones quisieron entrar en ellas; y se batieron en las calles, en los umbrales de las puertas y en el interior de las habitaciones. En fin, gracias á la palabra de orden de noche de la plaza, repetida en alta voz en una lengua que sus enemigos no comprendian, lograron los suizos reunirse en la plaza, y desde allí bajo el mando de Hansen Schurjof, de Lucerna, se abrieron paso por medio de los borgoñones con ayuda de sus largas picas, é hicieron su retirada hasta el castillo, donde los recibió Hans Muller de Berna, que mandaba en él.

El conde de Romont los seguia á un tiro de distancia: comenzó el sitio del castillo, en el que no debia tardar en introducirse el hambre, pues además de lo mal provisto que estaba, habia faltado tiempo para traer viveres: los soldados y el nuevo refuerzo de guarnicion que acababa de entrar debian apurar pronto los pocos que habia. Sin embargo, no desmayaron los suizos. Demolieron los edificios que no eran estrictamente necesarios, trasladaron sus escombros á las murallas, y cuando el conde de Romont quiso intentar el asalto, hicieron lllover sobre sus soldados el granizo mortífero que Dios habia enviado á los amorreos. Entonces viendo el conde de Romont la imposibilidad de escalar las murallas, hizo cegar los fosos con paja, zarzas y pinos enteros, y después que hubo rodeado la fortaleza de materias combustibles mandó ponerles fuego, y en

menos de media hora la fortaleza se vió con un cinturón de llamas sobre las cuales levantaban apenas sus cabezas las torres más altas.

Los mismos borgoñones miraban aquel espectáculo con cierto terror, cuando se abrió una de las puertas, se bajó el puente levadizo en medio de las llamas, como un puente sobre el Tártaro, y la guarnicion toda entera cayó sobre los espectadores, que mal preparados para aquella salida, echaron á huir desordenados, arrastrando consigo al conde de Romont herido. Entonces, sin perder tiempo, una parte de los sitiados apagó el incendio, mientras los otros se esparcian por el pueblo, entraban en las casas, recogian apresuradamente los viveres de sus enemigos y regresaban á la ciudadela con cinco cañones y tres carros de pólvora.

Al otro dia, los borgoñones mal recobrados aun de aquella sorpresa, oyeron á los sitiados dar grandes gritos de alegría, y al mismo tiempo vieron llegar por el camino de Morat un refuerzo de hombres, que Nicolás de Scharnachtal enviaba para socorrer á la guarnicion. Tomaron á aquellos hombres por la vanguardia del ejército confederado, y temiendo verse envueltos entre dos fuegos, abandonaron á Iverdum. Sus habitantes, que eran borgoñones de corazón, siguieron al ejército. La noche siguiente fué entregada la ciudad á las llamas, y al resplandor de aquel inmenso incendio, los suizos con su artillería, banderas desplegadas y trompetas á la cabeza, se retiraron al castillo de Grandson, que se habia convenido en defender hasta el último extremo.

Apenas se habian encerrado allí, cuando llegó todo el ejército del duque: habia salido de Besanzon el 6 de febrero, habia llegado á Orbe el 11 y permanecido allí muchos dias, y el 19 por la mañana habia venido á acampar delante de la ciudad á la que habia resuelto sitiar en persona. El mismo dia intentó un asalto, en el que fué rechazado con pérdida de doscientos hombres: cinco dias después ordenó otro, adelantó á pesar de las máquinas al pie de la muralla, á la que habia hecho arrimar las escaldas, cuando los suizos abrieron las puertas, salieron como en Iverdum, despeñaron á los escaladores y mataron cuatrocientos borgoñones. El duque cambió entonces de posición, colocó las baterías en los puntos elevados y bombeó el castillo. En aquel extremo Jorge de Stein comandante de la guarnicion, cayó enfermo; Juan Weiller, jefe de la artillería, fué muerto sobre una culebrina que apuntaba el mismo, y últimamente el almacén de pólvora, fuese por traicion ó por imprudencia, se voló de modo, que la guarnicion llegó á un estado tan desesperado, que dos hombres salieron de noche, atravesaron el lago á nado, por en medio de las barcas de los borgoñones y corrieron á Berna á implorar auxilio en nombre de la guarnicion de Grandson.

Peró llegaron demasiado pronto: los hom-

bres de las antiguas ligas no habían respondido todavía al llamamiento de sus hermanos, los socorros del imperio no habían llegado aún: Berna se hallaba reducida al núcleo de su ejército, del que había sido nombrado jefe Nicolás de Scharnachtal. La menor tentativa imprudente destruía la esperanza que descansaba en aquella reducida tropa, dispuesta a sacrificarse, no para socorrer un castillo, sino para salvar la patria. Los de Berna se contentaron, pues, con enviar un convoy de viveres y municiones, que llegó a Estavaller; pero la ciudad de Grandson estaba bloqueada por la parte del lago como por la de tierra. Y Enrique Dittlinger que mandaba aquella inútil expedición, divisó desde lejos la fortaleza medio desmantelada, vió las señales de apuro, pero no pudo aventurarse con su débil escolta á llevarles socorro alguno.

La guarnición que se había reanimado por un instante, recibió con esto un terrible golpe al ver la impotencia de sus hermanos para aliviarlos. Entonces comenzaron á estallar las disensiones entre los jefes: Juan Weiller, que había sucedido en el mando á Jorge de Stain, pidió que se rindiesen, mientras que Hans-Müller, el capitán de Iverdum, que mandaba siempre la decidida guarnición que tan bien se había defendido, dió la orden de no abrir ninguna puerta ni poterna sin mandato de los señores aliados.

En tal estado y en medio de aquellas disputas, se presentó un gentil-hombre del imperio de parte del margrave Felipe de Baden, que venía á proponer á la guarnición condiciones honrosas. Era un hombre del país hablando la lengua alemana. Aquella confraternidad del idioma dispuso á la guarnición en su favor, y su discurso acabó de lograr por el terror lo que su presencia había principiado. Según él, Friburgo había sido entrado á sangre y fuego, se habían degollado á todos sus habitantes sin misericordia, desde el anciano próximo al sepulcro, hasta el niño dormido en su cuna. Al contrario, las gentes de Berna que habían humildemente pedido gracia á monseñor y que le habían presentado las llaves de su ciudad en una bandeja de plata, habían sido perdonadas. En cuanto á los alemanes de las orillas del Rin habían roto la alianza, y era preciso no contar con ellos. La guarnición había hecho seguramente bastante en Iverdum y en Grandson para su gloria personal y para la salvación de la patria, que no había podido salvar. Monseñor se hallaba muy admirado de su valor, y en lugar de castigarles prometía recompensas y honores. Todas estas ofertas estaban garantidas bajo el honor de monseñor Felipe de Baden.

Entonces hubo gran emoción entre los sitiados. Hans-Müller persistió en su opinión de que era preciso sepultarse bajo las ruinas del castillo antes que rendirse, y citaba á Brey en Lorena donde el duque había hecho iguales

promesas que no había cumplido. Pero su adversario Juan Weiller le contestó, que esta vez monseñor Felipe garantizaba el tratado, y demostró la imposibilidad de resistir á un ejército tan grande que cubría hasta perderse de vista las llanuras, los campos y los valles. En aquel momento algunos soldados ganados por mugeres de mala vida que habían pasado á la ciudad desde el campamento borgoñon, se amotinaron gritando que había llegado la hora de entregarse puesto que todos los medios de defensa se hallaban apurados. Hans-Müller quiso responder; pero su voz fué cubierta y sofocada por los murmullos. Weiller se aprovechó de aquel momento para que triunfase la rendición, se dieron cien escudos al parlamentario con el fin de adquirir su protección, y la guarnición sin armas y conducida por él, salió del castillo y se dirigió hacia el campamento, entregándose enteramente á la misericordia del duque de Borgoña.

Carlos oyó un grande rumor en su ejército y se presentó en seguida al umbral de su tienda, y entonces vió dirigirse hacia él los ochocientos hombres de Grandson.

—Por San Jorge! dijo á la vista de aquel espectáculo que estaba lejos de esperar, ¿qué gentes son esas? ¿qué vienen á pedirme, ó qué noticias me traen?

—Monseñor, dijo el fatal embajador que tan bien había desempeñado su misión, es la guarnición del castillo que viene á entregarse á vuestra voluntad, discrección y gracia.

—Entonces, dijo el duque, mi voluntad es de que sean ahorcados, y mi gracia que se les conceda el tiempo necesario para pedir á Dios perdón de sus pecados.

Al decir estas palabras, á una señal del duque los prisioneros fueron rodeados y distribuidos en grupos de á diez, quince y veinte, se les ataron las manos á las espaldas, y se hicieron de ellos dos partes, la una para ser ahorcados y la otra para ser ahogados. La guarnición de Grandson fué destinada á la cuerda, y la de Iverdum al agua.

Se notificó aquella sentencia á los suizos: la escucharon con calma. Apenas fué pronunciada, cuando Weiller, se arrojó á los pies de Müller, y le pidió perdón de haberle arrastrado á su pérdida. Müller le levantó, le abrazó á la vista de todo el ejército, y nadie pensó en reconvenir á otro de su muerte.

Entonces llegaron las gentes de Estavaller, que tanto antes habían maltratado los suizos y los de Iverdum, cuya ciudad acababan de quemar. Acudían reclamando el oficio de verdugos que les fué concedido.

Una hora despues comenzó la ejecución.

Se emplearon seis horas en colgar la guarnición de Grandson de todos los árboles que rodeaban la fortaleza, á algunos de los cuales llegaron á cargar con diez ó doce cadáveres. Despues de terminada esta ejecución, dijo el duque:

—Para mañana los del agua; no conviene gastar todos los placeres en un día.

Al día siguiente despues del desayuno entró el duque en una barca ricamente preparada: tenía tapices, almohadones de terciopelo, y velas bordadas; su pabellon de Borgoña flotaba en el mastil. Esta barca formó el centro de un gran círculo compuesto de otras cien barcas cargadas de arqueros. Se condujo á los prisioneros al medio de aquel círculo precipitándolos en el lago unos despues de otros. Cuando volvían á subir en la superficie se les golpeaba con los remos, ó se les atravesaba á flechazos.

Todos murieron como mártires, sin que uno solo pidiese misericordia: eran mas de setecientos.

LA BATALLA.

Mientras que se hacia aquella terrible ejecución, los confederados reunían sus tropas: se habían agregado á Nicolás de Scharnachtal y á sus ocho mil berneses, Pedro de Faucignés, de Friburgo con quinientos hombres; Pedro de Romistal con doscientos de Biene; y Conrado Bog, con ochocientos de Soleura. Entonces Nicolás de Scharnachtal se aventuró á hacer un movimiento y marchó sobre Neuchatel: apenas estuvo allí, se le reunió Enrique Goldli, con mil quinientos hombres de Zurich, Baden, Baumgarten y de los países de alrededor, que llamaban Bailios libres; despues Peterman Rot con ochocientos hombres de Basilea; Hasfurter, con ochocientos de Lucerna; Raoul Resing, con cuatro mil de las antiguas ligas alemanas que comprendían á Schwitz, Uri, Unterwalden, Zug y Glaris; luego el contingente del departamento de Strasburgo, que se componía de cuatrocientos caballeros y de mil doscientos arcabuceros, sin contar doscientos caballeros armados por el obispo, además las gentes de las villas de Saint-Gall, de Schaffausen y de Appenzel; y últimamente Herman de Eptingen con los soldados y vasallos del archiduque Sigismundo.

Supo el duque la aproximación de aquel nublado de enemigos, pero se alarmó poco, porque reunidos todos juntos formaban apenas la tercera parte de su ejército: además la mayor parte de ellos, apenas merecían el nombre de soldados; no obstante, no dejó de tomar por esto algunas precauciones estratégicas. Se adelantó con los arqueros de su guardia para ocupar el antiguo castillo de Baux-Marais que dominaba el camino de Grandson á Neuchatel, muy estrechado en aquel punto

por las montañas y el lago, pero en vez de hallar en el señor que le guarnecía la resistencia que había experimentado él mismo en Grandson y el conde de Remont en Iverdum, vió al aproximarse que le abrían las puertas de la fortaleza y salía á recibirle el señor de Baux-Marais, sin armas y sin escolta. Se dirige á su encuentro, se arroja á sus pies como ante su amo y señor, pidiéndole por favor su gracia y servicio en su ejército. Las dos cosas le fueron otorgadas; sin embargo, el duque juzgó prudente emplearle en otra parte que en su señorío; por consiguiente le hizo salir con la guarnición y puso en su lugar y empleo á Jorge de Rosembos; con cien arqueros para guardar el castillo rendido y las alturas de las inmediaciones.

Los suizos por su parte avanzaban viniendo á Neuchatel y se colocaban detras del Reuss, pequeño rio que tiene su nacimiento en el templo de las Hadas, y desemboca en el lago, entre Labiel y Cortailod. Los suizos marchaban paso á paso y tímidamente, no sabiendo donde hallarian á sus enemigos. En cuanto á los borgoñones, llenos de confianza, se habían desquidado de hacer hogueras, descansando en su fuerza y en su número.

El 4.º de marzo pasaron los suizos el Reuss y avanzaron hacia Gorgier; el 2, despues de oír misa en el campo de los señores de Lucerna, los hombres de Schwitz y de Thun que formaban aquel día la vanguardia tomaron un camino en la montaña, dejaron á la izquierda el castillo de Baux-Marais, y llegados á la altura encontraron á Rosembos y sesenta arqueros. El encuentro fué la señal del combate; los arqueros lanzaron sus flechas: los suizos armados únicamente con sus espadas y picas continuaron marchando buscando el combate cuerpo á cuerpo, el único en que podían devolver á sus enemigos los daños que de ellos recibían. Los arqueros, demasiado débiles para sostener el choque, retrocedieron, los soldados de Thun y de Schwitz llegaron á ocupar el punto mas elevado de las alturas de Baux-Marais desde donde divisaron todo el ejército borgoñon formado en orden de marcha, colocado á la orilla del lago delante de Concira, y de su ala izquierda abrazando toda la montaña, como podría hacerlo el cuerno de una media luna. Detuviéronse inmediatamente, examinaron bien la posición del enemigo, y mandaron detras de ellos cuatro hombres para hacérsela conocer á los diferentes cuerpos, y servirles de guía á fin de que desembocasen por los puntos mas importantes. Por su parte el duque descubrió tambien aquella vanguardia, y creyendo que aquello era todo el ejército, bajó del pequeño palafren que montaba, mandó traer un gran caballo gris, todo cubierto de hierro como su dueño, y saltando sobre él:—Marchemos hacia esos villanos, gritó, aunque semejantes aldeanos son indignos de caballeros como nosotros!

El primer cuerpo que encontraron los cuatro mensajeros fué el que iba mandado por Nicolás de Scharnachtal: inmediatamente que el bravo magistrado supo que se había empeñado el combate mandó redoblar el paso á sus soldados, y llegó al socorro de los de Thun y de Schwitz en el momento mismo en que el ejército borgoñon vacilaba por su lado. Aquella vanguardia, aunque apenas numerosa de cuatro mil hombres, no quiso dar á entender que temía el choque, y bajó en correcta formación con pasos rápidos, pero conservando orden en sus filas, hácia un pequeño llano en medio del cual se alzaba la cartuja de la Lanza. Los suizos se apoyaron en aquella cartuja: luego como se oían los cánticos de los monjes que decían la misa, los confederados hicieron plantar en tierra sus picas, banderas y estandartes, se pusieron de rodillas, y tomando su parte en la misa que se decía y que para tantos hombres debía ser un funeral, comenzaron su oración.

Como en aquel momento el duque no estaba distante de ellos mas que á tiro, se equivocó acerca de su intención, y avanzando á su frente de batalla.—¡Por San Jorge! exclamó: ¡esos canallas piden merced!... ¡Artilleros, fuego sobre esos villanos!... Al instante mismo los artilleros obedecieron: se oyó el estruendo de una descarga. El ejército borgoñon se vió envuelto en humo y los mensajeros de muerte penetraron en las filas arrojadas de los confederados, que continuaron su oración á pesar de que algunos de sus parientes y amigos habían caído tendidos al lado de ellos sangrientos y mutilados. En aquel momento la campana del convento tocó al alzar la hostia, y el ejército suizo se postró mas todavía, porque cada cual hacia su acto de contrición y pedia al Señor que recibiese en su gracia. El duque de Borgoña, que no comprendía nada de aquella humildad, mandó una segunda descarga: los artilleros obedecieron, y las balas de piedra vinieron segunda vez á destrozarse las filas de los piadosos soldados, que creían que los que fuesen muertos en semejante momento les serían mas útiles en el cielo con sus ruegos, que lo que podían serlo en la tierra con sus armas.

Empero esta vez, cuando el viento hubo disipado el humo, el duque descubrió á los suizos en pie, y avanzando hácia él, porque la misa se había concluido.

Venían á paso de carga, formando tres batallones en cuadro todos erizados de picas; en los intervalos de aquellos batallones piezas de artillería marchando al mismo paso que aquellos haciendo fuego sin detenerse, y las alas de aquel inmenso dragon que arrojaba rayos, humo y ruido, compuesta de hombres armados á la ligera y mandados por Felix Schwarzmuer de Zurich y Herman de Mullinen, batían por un lado la montaña, y por el otro se extendían hasta el lago.

El duque de Borgoña pidió su bandera, la hizo colocar delante de él, se puso en la cabeza un casco de oro con una corona de diamantes, y queriendo atacar al buitre por el pico, marchó derecho hácia el batallón del centro mandado por Nicolás de Scharnachtal; el señor de Chateau-Guyon atacó el batallón de la izquierda, y Luis de Aimeris el batallón de la derecha.

El duque de Borgoña se había adelantado tan imprudentemente que no llevaba consigo mas que su vanguardia: á la verdad se componía de la flor de su caballería, así es que el choque fué terrible.

Hubo un instante de confusión, en que nada se pudo ver, la artillería no tiraba ya, porque los artilleros no podían distinguir los amigos de los enemigos; el duque de Borgoña y Nicolás de Scharnachtal se encontraron; eran el Leon de Borgoña y el Oso de Berna: ni el uno ni el otro retrocedieron un paso; los dos cuerpos de ejército parecían inmóviles.

El señor de Chateau-Guyon, que mandaba la hermosa caballería del duque y que además de su valor tenía todavía un odio grande á los suizos que le habían robado todos sus señoríos, se había arrojado desesperadamente contra el batallón de la izquierda: así lo había desordenado, penetrando en él cual una cuña de hierro en un tronco de encina. Ya no se hallaba mas que á dos pasos de la bandera de Schwitz y alargaba la mano para cogerla; pero había todavía un hombre entre él y aquella bandera: este era Hanvinder Grab de Berna; levantó una espada ancha como una hoz, y pesada cual una mazá; la espada gigantesca cayó sobre el casco del señor de Chateau-Guyon: era de demasiado buen temple para mellarse; pero la fuerza del golpe era tal, que el caballero aplastado como bajo del de un martillo cayó del caballo. Al mismo tiempo Enrique Elsener de Lucerna se apoderaba del estandarte del señor de Chateau-Guyon.

A la derecha, la fortuna era todavía mas contraria á los borgoñones: al primer choque Luis de Aimeris había sido muerto, le había sucedido Juan de Lalain y había sido también muerto, entonces tomó el mando el duque de Voitiescer, y había sido también muerto. Así por este lado los borgoñones no solo no habían tepido ninguna ventaja, sino que aun habían perdido mucho terreno; de modo, que en aquel momento era el ala izquierda de los suizos la que se extendía á la orilla del lago, y envolvía el ala derecha del duque de Borgoña; el mismo movimiento se ejecutó en la otra ala, cuando cayó el señor de Chateau-Guyon. Entonces fué el duque Carlos el que se encontró en peligro; Saint-Sorlin y Pedro Lignara habían caído á su lado; su porta-estandarte había sido derribado y se había visto obligado á coger él mismo su bandera para evitar que cayese en manos de los enemigos: le fué, pues, forzoso batirse en retirada y retroceder,

y esto lo hizo palmo á palmo, dando y recibiendo sin descanso, y esto por espacio de una legua, es decir, desde Concisa á las orillas del Amon. Allí el duque encontró su campamento y su ejército; cambió de casco y de caballo, porque el casco estaba todo abollado: un golpe de maza había roto la corona y el caballo chorreando sangre podía apenas sostenerse. En seguida fué él á su vez el que volvió á la carga.

En el mismo momento, á su izquierda, vió el duque aparecer en las cumbres de las colinas de Champigny y de Rombillars una nueva tropa de enemigos doble por lo menos de los que tan rudamente le habían perseguido. Aquella tropa bajaba rápidamente y con ruido, hacia fuego de artillería sin dejar de correr y gritando con un solo grito durante los intervalos de las descargas.—¡Grandson, Grandson!... Se volvió entonces para hacer frente á aquellos nuevos enemigos que no habían todavía tomado parte en el combate y llegaban de refresco y terribles. Pero apenas se habían ejecutado las maniobras que acababa de mandar, cuando se dejaron oír por otro lado el sonido de las trompas de los hombres de Uri y de Unterwalden. Estas eran dos cuernos gigantes que habían sido regalados á sus padres, el uno por Pepino y el otro por Carlo-Magno, cuando aquellos titanes de la monarquía franca habían atravesado la Suiza, que á causa de sus mugidos los habían llamado la vaca de Unterwalden y el toro de Uri. A aquel ruido desconocido y temible, se detuvo el duque.

—¿Qué es eso? exclamó.

—Son nuestros hermanos de las antiguas ligas suizas que habitan las altas montañas, y que tantas veces han derrotado á los austriacos, respondió un prisionero que había oído la pregunta: son las gentes de Glaris, de Uri y de Unterwalden..... Desgraciado de vos, monseñor, porque son las gentes de Morgarten y de Sempach.

—Si, si, desgraciado de mí, dijo el duque, porque si su simple vanguardia me ha cansado ya tanto mal, ¿qué será cuando tenga que habérmelas con todo el ejército?

En efecto, todo el ejército atacaba el campo del duque por tres puntos diferentes, y al primer choque aquella multitud de mugeres y de mercaderes arrojándose en medio de los soldados, introdujo el desorden entre los borgoñones. Ya el campo había sido desordenado con la retirada del duque y de sus mejores soldados: despues á la vista de aquellos hijos de las montañas, y á sus gritos salvajes, los italianos espantados huyeron los primeros; poco tiempo despues estallaron á la vez los cañonazos por tres puntos, y las balas de las cañoneras atravesaron aquella multitud, tres veces mas considerable en verdad, que los que los atacaban; pero que no esperando ser atacada, no se hallaba en sus filas, no tenía ge-

nes ni oía órdenes. El duque corría gritando por aquella masa vacilante, llenaba de injurias á los soldados, les daba golpes con su espada, cargaba á los enemigos mas avanzados con algunos de los mas decididos y mas fieles, y volvía despues á sus tropas, que encontraba mas conmovidas y desordenadas aun que cuando las había dejado. En fin, cada cual se echó á huir por su lado sin que nada bastase á contenerlos impelidos por un terror pánico: los unos por la montaña, los otros por el lago y otros por el camino; tanto que el duque quedó el último en el campo de batalla solo con cinco de sus servidores, hasta que viéndolo todo perdido, se puso á huir también seguido de su bufon que galopaba en su pequeño caballo y gritaba con voz cómica y lamentable á la vez.—¡Oh! ¡monseñor, monseñor! ¡qué retirada! ¡qué *annibalados* estamos!

El duque corrió así sin parar durante seis horas hasta la ciudad de Joug en el paso del Jura. Inmediatamente que el campo de batalla fué evacuado por los enemigos, los suizos se postraron de rodillas y dieron gracias á Dios por haberles concedido una victoria tan brillante; despues procedieron con regularidad al saqueo del campo.

Porque el duque Carlos lo había abandonado todo, tienda, capilla, armas, tesoros y cañones: y sin embargo, por algun tiempo todavía, á escepcion de los útiles de guerra, los suizos estuvieron lejos de conocer el valor de su presa: tomaban los diamantes por vidrio, el oro por cobre y la plata por estaño: las tiendas de terciopelo, las telas de oro y de damasco, los encajes de Inglaterra y de Malinas fueron divididos entre los soldados, despues de cortadas á varas, y cada cual se llevó su parte.

El tesoro del duque se dividió entre los aliados: todo lo que era plata fué medido en cascos; todo lo que era oro fué medido á puñados.

Cuatrocientas piezas de artillería, ochocientos arcabuces, quinientos cincuenta estandartes y veinte y siete banderas fueron divididas entre las ciudades que habían suministrado un contingente de soldados para la confederación; Berna tuvo además la caja de cristal, los apóstoles de plata y los vasos sagrados, como ciudad que había tomado la mayor parte en la victoria.

Un soldado encontró un diamante del grueso de una nuez dentro de una cajita guarnecida de piedras finas; arrojó el brillante, que tomó por un pedazo de cristal cual otros que había recogido á veces en la montaña, y se guardó la caja; sin embargo, despues de haber dado unos cien pasos, lo pensó mejor, y volvió á buscarlo. Lo halló bajo la rueda de una carreta, lo recogió y lo vendió por un escudo al cura de Montagner. De éste pasó á manos de un mercader llamado Bartelemis que lo vendió á la república de Génova, que

lo volvió á vender á Luis Sforza llamado el Moro: despues de la muerte de este duque de Milan y de la caída de su casa, Julio II lo compró por la suma de veinte mil ducados. Habia adornado la corona del Gran Mogol, y brilla hoy en la tiara del papa. Este diamante está valuado en dos millones.

En el punto donde habia tenido lugar el primer choque entre el duque de Borgoña y Nicolás de Scharnachtal, se encontraron sobre la arena otros dos diamantes que un golpe de espada habia hecho saltar de la corona que brillaba sobre el casco del duque. El uno de ellos fué comprado por un rico mercader llamado Jaime Fugger, que se negó á venderse á Carlos V, porque Carlos V le debía ya cerca de quinientos mil francos que no le pagaba, y á Soliman porque no queria que saliese de la cristiandad. Enrique VIII lo adquirió por una suma de cinco mil libras esterlinas, y su hija María lo trajo como parte de su dote á Felipe II de España. Desde entonces ha quedado siempre en poder de la casa de Austria.

El último, del que al principio se habia perdido la pista, fué vendido diez y seis años despues de la batalla en cinco mil ducados á un mercader de Lucerna, que hizo espresamente un viaje á Portugal, y lo vendió á Manuel el Grande y el Afortunado. Cuando en 1762 invadieron los españoles el Portugal, Antonio, prior de Crato último descendiente de la familia destronada, emigró á Francia donde murió, dejando este diamante entre los objetos preciosos de su herencia. Nicolás de Arlay, señor de Sancy, lo compró y lo volvió á vender despues de haberle dado su nombre. Hoy hace parte de los diamantes de la corona de Francia.

Aquella derrota habia tenido lugar el 2 de marzo. El rey Luis la supo tres días despues, y pensó que ya era tiempo de cumplir su peregrinación. El 7 llegó á una pequeña posada situada á tres leguas y media del Puy. Al día siguiente hizo el camino á pie; llegado delante de la puerta de la iglesia se puso sobre su vestido una sobre-pelliz y una capa de canónigo, entró en el coro, se arrodilló delante del tabernáculo, hizo una oración y depositó trescientos escudos sobre el altar.

POR QUÉ NO HABRÁ JAMÁS EN ESPAÑA UN BUEN GOBIERNO.

Cuando hué recorrido bien Grandson, reconocido el campo de batalla, llevando en la mano á Muller y á Felipe de Commines, y en-

contrado en la parte septentrional de la ciudad las ruinas del antiguo castillo, tomé una lancha y toqué, para satisfacer mi conciencia arqueológica, un peñasco que se alzaba en medio del puerto sobre el cual, segun dicen, se habia erigido antiguamente un altar á Neptuno. Despues de una travesía de tres cuartos de hora, llegué á Iverdum, donde los suizos habian hecho tanta resistencia pocos días antes de la batalla de Grandson.

Iverdum fué una de las doce poblaciones que los helvecios quemaron cuando abandonaron su país para pasar á las Galias, y encontraron á César junto á Autun. Derrotados por el procónsul romano, una de las condiciones que les impuso el vencedor fué como todos saben, el reedificar las ciudades que habian destruido. Obedecieron, y hallando los romanos la nueva poblacion completamente á su gusto y situada perfectamente á la orilla del lago entre los rios Orbe y Thele, hicieron la una colonia romana rodeándola de fortificaciones. La ciudad se extendia entonces sobre un terreno tan grande que el circuito que hoy ocupa no formaba mas que una quinta triste.

En 1769, abriendo una cueva cerca á los molinos de la ciudad, se descubrieron muchos esqueletos bien conservados, cuya cabeza, segun las costumbres antiguas, se hallaba vuelta hacia el Oriente; hallábanse tendidos sobre una capa de arena, sin atahud y sin sepulcro, tenian entre sus piernas urnas de barro, lámparas sepulcrales, y pequeños platos de arcilla en los que se encontraron todavía algunos huesos de aves. Algunas medallas enterradas con los cadáveres llevaban la fecha unas del reinado de Constantino, las demas del de Juliano el Apóstata.

Ebrodunum tenia una compañía de barqueros presidida por un prefecto; esta compañía existe todavía, pero el jefe se ha convertido en abad.

Un antiguo castillo construido en 1135 por Conrado de Beringen, se alza en una estremidad de la ciudad, con sus cuatro torreones correspondientes á los cuatro puntos cardinales. Me aseguraron que aquel castillo era el mismo en que Hans, el Muller de Berna, habia hecho tan valiente defensa en 1476.

Como todo lo que hay de curioso en Iverdum puede verse en dos horas, di una vuelta por la mañana mientras que Francesco me buscaba un cochero, que se comprometiese á llevarme en aquel mismo día á Lausana.

Cuando volví á la fonda encontré el almuerzo listo y enganchado el caballo, y á las seis de la tarde estábamos ya en la capital del canton de Vaud, donde estreché de nuevo la mano de mi anciano y buen amigo Pellis, que me presentó aquella misma tarde á Mr. Monnard, traductor de la *Historia de la Suiza*, por Zchokke, uno de los patriotas mas decididos y elocuentes de la dieta.

Por ganas que tuviese de quedarme con buena sociedad, comenzaba á apremiarme el tiempo, me fué preciso partir. Quería visitar el Lago Mayor y las islas Borromeas y completar mi viaje por Suiza tocando en Locarno que está en el Tesin, único canton que no habia visitado, y como adelantábamos en la estacion de día en día, podia el Simplon ponerse intransitable.

En su consecuencia á la mañana siguiente me despedí de mi huésped, prometiendo volver á verle por mas largo tiempo, promesa que le renuevo, y me embarqué en el buque de vapor que va de Ginebra á Villanueva.

Volví á hacer mi entrada en el mundo: hacia verdaderamente seis semanas que lo habia abandonado. La suiza alemana es un extremo de la tierra: allí no se sabe nada, no penetra ningun ruido: ningun eco de política, de artes, ni de literatura resuena allí. Todo al contrario, de un brinco me encontraba en un buque de vapor, donde con el contacto de los viajeros de todos los países se escapa un chorro de noticias. Me eché con hambre sobre los diarios franceses: se hallaban llenos de noticias sobre la revolucion de España. Algunos que todo lo juzgan bajo el punto de vista de la Francia y creen á todos los pueblos llegados á igual civilizacion, creian para aquel país un Eldorado político. Solo yo negaba la posibilidad de aplicar á un pueblo las instituciones de otro, y veia en la imitacion de nuestra carta al otro lado de los Pirineos, un manantial de revueltas en el porvenir. Acaloróse al fin la discusion, como acontece siempre, queriendo cada uno de los utopistas tener la razon. Apelamos á un español que fumaba tranquilamente un cigarro, sin tomar parte en nuestra discusion; y reconociéndole juez competente en semejante materia, le preguntamos cual seria, segun él, el gobierno mejor para la península.

El español quitó de su boca su cigarro, arrojó una bocanada de humo que habia recogido en su pecho hacia diez minutos, y despues respondió con gravedad:

—La España no tendrá jamás un buen gobierno.

Como esta respuesta no daba ni quitaba la razon á nadie, no satisfizo á ninguno.

—Permitidme que os diga, señor español, repuse yo riendo, que me pareceis un poco pesimista. ¿La España no tendrá jamás un buen gobierno, decis?

—Jamás.

—¿Y á quien deberá echar la culpa de este defecto: á su pueblo ó á su dinastia, á su clero ó á su nobleza?

—Ni á lo uno, ni á lo otro.

—¿Quién tiene la culpa entonces?

—La culpa la tiene Santiago.

—¡A Santiago!!! respondió uno que parecia eclesiástico: Santiago que es el patron de España y que tiene tanto crédito en el cielo.

¿Cómo puede oponerse á la primera felicidad de un pueblo, á la de sus mejoras políticas, de donde emanan todas las demas mejoras?

—El caso es el siguiente, respondió con flemma nuestro hombre.

Cansado Dios un día de oír quejarse eternamente á los pueblos, pidiéndole unos ya una cosa, ya otra, y no sabiendo en medio de las peticiones y continuos lamentos á cual acudir, dispuso que un ángel invitase á son de trompeta á todos los pueblos y naciones del mundo, á que meditando bien sus necesidades y deseos, le enviasen en el término de un año y en un día fijo, un diputado encargado de presentarle sus reclamaciones, obligándose desde luego para entonces á otorgar sus demandas.

La noticia de semejante nuevo congreso hizo gran ruido. El mundo entero se ocupó en elecciones. Hubo candidaturas en abundancia, ni mas ni menos que sucede hoy entre nosotros; y cada nacion nombró su diputado. Por Francia fué elegido San Dionisio; por Inglaterra San Jorge; por Italia San Genaro; por España Santiago; por Escocia San Dustan; por Rusia San Niwski; por Suiza San Nicolás; y que sé yo cuantos mas santos por otros pueblos, pues hasta hubo representante por la república de San Marino. Llegó el día, y cada santo se puso en camino con sus correspondientes instrucciones de sus comitentes.

El primero que llegó fué San Dionisio: saludó al Padre eterno, no quitándose el sombrero de la cabeza, sino quitándose la cabeza de encima de los hombros, que no fué mala indirecta para recordar al Señor el martirio que habia sufrido por su santo nombre: este saludo le captó la benevolencia celestial.

—Y bien, díjole Dios. ¿Vienes de Francia?

—Si, altísimo Señor, contestó San Dionisio.

—¿Qué pides para los franceses?

—Que tengan el ejército mas hermoso del mundo.

—Concedido, contestó el Señor.

San Dionisio, lleno de gozo, colocóse la cabeza sobre los hombros, y se marchó pian piano á su catedral de Paris.

Apenas habia salido, el ángel que estaba de servicio, anunció á San Jorge.

—Que entre, dijo Dios.

Entró San Jorge, alzó la visera de su casco, y saludó militarmente.

—Y bien, mi valiente capitan, ¿vienes en nombre de la Inglaterra, no es eso? ¿qué pides?

—Altísimo, respondió San Jorge, pide tener la marina mas hermosa y fuerte del mundo.

—Muy bien, respondió el Señor, la tendrá.

San Jorge, que tenia todo lo que deseaba tener, bajó la visera de su casco, saludó nuevamente y se fué. A la puerta se encontró á San Genaro.

—Buenos días, mi santo obispo; le dijo el

lo volvió á vender á Luis Sforza llamado el Moro: despues de la muerte de este duque de Milan y de la caída de su casa, Julio II lo compró por la suma de veinte mil ducados. Habia adornado la corona del Gran Mogol, y brilla hoy en la tiara del papa. Este diamante está valuado en dos millones.

En el punto donde habia tenido lugar el primer choque entre el duque de Borgoña y Nicolás de Scharnachtal, se encontraron sobre la arena otros dos diamantes que un golpe de espada habia hecho saltar de la corona que brillaba sobre el casco del duque. El uno de ellos fué comprado por un rico mercader llamado Jaime Fugger, que se negó á venderse á Carlos V, porque Carlos V le debía ya cerca de quinientos mil francos que no le pagaba, y á Soliman porque no queria que saliese de la cristiandad. Enrique VIII lo adquirió por una suma de cinco mil libras esterlinas, y su hija María lo trajo como parte de su dote á Felipe II de España. Desde entonces ha quedado siempre en poder de la casa de Austria.

El último, del que al principio se habia perdido la pista, fué vendido diez y seis años despues de la batalla en cinco mil ducados á un mercader de Lucerna, que hizo espresamente un viaje á Portugal, y lo vendió á Manuel el Grande y el Afortunado. Cuando en 1762 invadieron los españoles el Portugal, Antonio, prior de Crato último descendiente de la familia destronada, emigró á Francia donde murió, dejando este diamante entre los objetos preciosos de su herencia. Nicolás de Arlay, señor de Sancy, lo compró y lo volvió á vender despues de haberle dado su nombre. Hoy hace parte de los diamantes de la corona de Francia.

Aquella derrota habia tenido lugar el 2 de marzo. El rey Luis la supo tres días despues, y pensó que ya era tiempo de cumplir su peregrinación. El 7 llegó á una pequeña posada situada á tres leguas y media del Puy. Al día siguiente hizo el camino á pie; llegado delante de la puerta de la iglesia se puso sobre su vestido una sobre-pelliz y una capa de canónigo, entró en el coro, se arrodilló delante del tabernáculo, hizo una oración y depositó trescientos escudos sobre el altar.

POR QUÉ NO HABRÁ JAMÁS EN ESPAÑA UN BUEN GOBIERNO.

Cuando huíe recorrido bien Grandson, reconocido el campo de batalla, llevando en la mano á Muller y á Felipe de Commines, y en-

contrado en la parte septentrional de la ciudad las ruinas del antiguo castillo, tomé una lancha y toqué, para satisfacer mi conciencia arqueológica, un peñasco que se alzaba en medio del puerto sobre el cual, segun dicen, se habia erigido antiguamente un altar á Neptuno. Despues de una travesía de tres cuartos de hora, llegué á Iverdum, donde los suizos habian hecho tanta resistencia pocos días antes de la batalla de Grandson.

Iverdum fué una de las doce poblaciones que los helvecios quemaron cuando abandonaron su país para pasar á las Galias, y encontraron á César junto á Autun. Derrotados por el procónsul romano, una de las condiciones que les impuso el vencedor fué como todos saben, el reedificar las ciudades que habian destruido. Obedecieron, y hallando los romanos la nueva poblacion completamente á su gusto y situada perfectamente á la orilla del lago entre los rios Orbe y Thele, hicieron la una colonia romana rodeándola de fortificaciones. La ciudad se extendia entonces sobre un terreno tan grande que el circuito que hoy ocupa no formaba mas que una quinta triste.

En 1769, abriendo una cueva cerca á los molinos de la ciudad, se descubrieron muchos esqueletos bien conservados, cuya cabeza, segun las costumbres antiguas, se hallaba vuelta hacia el Oriente; hallábanse tendidos sobre una capa de arena, sin atahud y sin sepulcro, tenian entre sus piernas urnas de barro, lámparas sepulcrales, y pequeños platos de arcilla en los que se encontraron todavía algunos huesos de aves. Algunas medallas enterradas con los cadáveres llevaban la fecha unas del reinado de Constantino, las demas del de Juliano el Apóstata.

Ebrodunum tenia una compañía de barqueros presidida por un prefecto; esta compañía existe todavía, pero el jefe se ha convertido en abad.

Un antiguo castillo construido en 1135 por Conrado de Beringen, se alza en una estremidad de la ciudad, con sus cuatro torreones correspondientes á los cuatro puntos cardinales. Me aseguraron que aquel castillo era el mismo en que Hans, el Muller de Berna, habia hecho tan valiente defensa en 1476.

Como todo lo que hay de curioso en Iverdum puede verse en dos horas, di una vuelta por la mañana mientras que Francesco me buscaba un cochero, que se comprometiese á llevarme en aquel mismo día á Lausana.

Cuando volví á la fonda encontré el almuerzo listo y enganchado el caballo, y á las seis de la tarde estábamos ya en la capital del canton de Vaud, donde estreché de nuevo la mano de mi anciano y buen amigo Pellis, que me presentó aquella misma tarde á Mr. Monnard, traductor de la *Historia de la Suiza*, por Zchokke, uno de los patriotas mas decididos y elocuentes de la dieta.

Por ganas que tuviese de quedarme con buena sociedad, comenzaba á apremiarme el tiempo, me fué preciso partir. Quería visitar el Lago Mayor y las islas Borromeas y completar mi viaje por Suiza tocando en Locarno que está en el Tesin, único canton que no habia visitado, y como adelantábamos en la estacion de día en día, podia el Simplon ponerse intransitable.

En su consecuencia á la mañana siguiente me despedí de mi huésped, prometiendo volver á verle por mas largo tiempo, promesa que le renuevo, y me embarqué en el buque de vapor que va de Ginebra á Villanueva.

Volví á hacer mi entrada en el mundo: hacia verdaderamente seis semanas que lo habia abandonado. La suiza alemana es un extremo de la tierra: allí no se sabe nada, no penetra ningun ruido: ningun eco de política, de artes, ni de literatura resuena allí. Todo al contrario, de un brinco me encontraba en un buque de vapor, donde con el contacto de los viajeros de todos los países se escapa un chorro de noticias. Me eché con hambre sobre los diarios franceses: se hallaban llenos de noticias sobre la revolucion de España. Algunos que todo lo juzgan bajo el punto de vista de la Francia y creen á todos los pueblos llegados á igual civilizacion, creian para aquel país un Eldorado político. Solo yo negaba la posibilidad de aplicar á un pueblo las instituciones de otro, y veia en la imitacion de nuestra carta al otro lado de los Pirineos, un manantial de revueltas en el porvenir. Acaloróse al fin la discusion, como acontece siempre, queriendo cada uno de los utopistas tener la razon. Apelamos á un español que fumaba tranquilamente un cigarro, sin tomar parte en nuestra discusion; y reconociéndole juez competente en semejante materia, le preguntamos cual seria, segun él, el gobierno mejor para la península.

El español quitó de su boca su cigarro, arrojó una bocanada de humo que habia recogido en su pecho hacia diez minutos, y despues respondió con gravedad:

—La España no tendrá jamás un buen gobierno.

Como esta respuesta no daba ni quitaba la razon á nadie, no satisfizo á ninguno.

—Permitidme que os diga, señor español, repuse yo riendo, que me pareceis un poco pesimista. ¿La España no tendrá jamás un buen gobierno, decis?

—Jamás.

—¿Y á quien deberá echar la culpa de este defecto: á su pueblo ó á su dinastia, á su clero ó á su nobleza?

—Ni á lo uno, ni á lo otro.

—¿Quién tiene la culpa entonces?

—La culpa la tiene Santiago.

—¡A Santiago!!! respondió uno que parecia eclesiástico: Santiago que es el patron de España y que tiene tanto crédito en el cielo.

¿Cómo puede oponerse á la primera felicidad de un pueblo, á la de sus mejoras políticas, de donde emanan todas las demas mejoras?

—El caso es el siguiente, respondió con flemma nuestro hombre.

Cansado Dios un día de oír quejarse eternamente á los pueblos, pidiéndole unos ya una cosa, ya otra, y no sabiendo en medio de las peticiones y continuos lamentos á cual acudir, dispuso que un ángel invitase á son de trompeta á todos los pueblos y naciones del mundo, á que meditando bien sus necesidades y deseos, le enviasen en el término de un año y en un día fijo, un diputado encargado de presentarle sus reclamaciones, obligándose desde luego para entonces á otorgar sus demandas.

La noticia de semejante nuevo congreso hizo gran ruido. El mundo entero se ocupó en elecciones. Hubo candidaturas en abundancia, ni mas ni menos que sucede hoy entre nosotros; y cada nacion nombró su diputado. Por Francia fué elegido San Dionisio; por Inglaterra San Jorge; por Italia San Genaro; por España Santiago; por Escocia San Dustan; por Rusia San Niwski; por Suiza San Nicolás; y que sé yo cuantos mas santos por otros pueblos, pues hasta hubo representante por la república de San Marino. Llegó el día, y cada santo se puso en camino con sus correspondientes instrucciones de sus comitentes.

El primero que llegó fué San Dionisio: saludó al Padre eterno, no quitándose el sombrero de la cabeza, sino quitándose la cabeza de encima de los hombros, que no fué mala indirecta para recordar al Señor el martirio que habia sufrido por su santo nombre: este saludo le captó la benevolencia celestial.

—Y bien, díjole Dios. ¿Vienes de Francia?

—Si, altísimo Señor, contestó San Dionisio.

—¿Qué pides para los franceses?

—Que tengan el ejército mas hermoso del mundo.

—Concedido, contestó el Señor.

San Dionisio, lleno de gozo, colocóse la cabeza sobre los hombros, y se marchó pian piano á su catedral de Paris.

Apenas habia salido, el ángel que estaba de servicio, anunció á San Jorge.

—Que entre, dijo Dios.

Entró San Jorge, alzó la visera de su casco, y saludó militarmente.

—Y bien, mi valiente capitan, ¿vienes en nombre de la Inglaterra, no es eso? ¿qué pides?

—Altísimo, respondió San Jorge, pide tener la marina mas hermosa y fuerte del mundo.

—Muy bien, respondió el Señor, la tendrá.

San Jorge, que tenia todo lo que deseaba tener, bajó la visera de su casco, saludó nuevamente y se fué. A la puerta se encontró á San Genaro.

—Buenos días, mi santo obispo; le dijo el

Señor, me alegro mucho de verte, ya sabía yo que te enviarían los italianos. Veamos a ver qué te han encargado que me pidás.

—Tener los primeros artistas del mundo.

—Bien, contestó el Señor, yo te lo prometo.

San Genaro no pidió nada más, se cubrió la cabeza con su mitra y se marchó.

—Que entre otro, gritó el Señor.

—Señor, respondió el ángel, no hay nadie.

—¿Cómo que no hay nadie? ¿Y qué hace Santiago, que siempre está á caballo á galope y nunca llega?

—Señor, replicó el ángel, desde aquí le diviso allá abajo... abajo... abajo....

—Perezoso, como buen español, dijo Dios entre dientes... en fin, ya está aquí.

Santiago llegó sin poder respirar, echó pie á tierra, y se presentó al Señor.

—¿Y bien? señor hidalgo, ¿qué queréis?

—Quiero, respondió Santiago, respirando apenas de palabra á palabra, quiero que tenga España el clima más hermoso del mundo.

—Concedido.

—Quiero....

—Todavía más, dijo interrumpiéndole Dios.

—Quiero, continuó Santiago, que la España tenga las mugeres más bellas del mundo.

—Bien, sea así, contestó Dios, consiento en esto también. Concedido.

—Quiero....

—¿Cómo! ¿cómo! exclamó el Señor, todavía quieres más, otra cosa aun....

—Quiero, continuó Santiago, que España tenga los frutos más hermosos del mundo.

—Vamos, dijo el Señor, es preciso hacer algo por mis amigos. Concedido.

—Quiero, continuó Santiago, que la España tenga el mejor gobierno del mundo.

—¡Oh! exclamó Dios deteniéndole: basta, Santiago, basta ya, es preciso dejar algo para los demás. Negado. Santiago quiso replicar, pero Dios le hizo una seña para que se volviese inmediatamente á Compostela. Santiago montó en su caballo blanco y se marchó á galope.

—¿Qué causa de por qué la España jamás tendrá un buen gobierno!!!

El español echó yescas en su eslabon, encendió de nuevo su cigarro, que se había apagado, y volvió á fumar.

Como encontraba la razón que me había dado tan especiosa como cualquiera de las que encuentran á veces en circunstancias semejantes nuestros hombres de Estado, me di por satisfecho con ella por el momento, y la serie de los acontecimientos me probó que Santiago no había podido aun obtener del cielo el don que había guardado para su cuarta petición.

Llegamos á Villanueva hacia las tres.

Como raras veces se hace alto para dormir en aquella pequeña población, no me fiaba en su posada, é inmediatamente que comí me puse en camino para San Mauricio, donde

llegué á las nueve de la noche. Nada me detenía ya en el Vallés, que visitaba por segunda vez; en consecuencia volví á salir de él al día siguiente muy de mañana, y al dar las ocho entraba en la casa de postas de Martigny. Allí era, si mis lectores tienen buena memoria, la posada en que había comido el beefsteak de oso, que ha hecho después tanto ruido en el mundo literario y gastronómico.

Encontré á mi digno huésped siempre tan complaciente como de costumbre: en su consecuencia pronto nos ajustamos con un carruaje hasta Domo d'Ossola, es decir, por cinco días. Debía dejarlo en casa del maestro de postas de aquel pueblo; y después, el primer viagero que viniese de Italia para Suiza, como yo iba de Suiza para Italia, debía devolvérselo. De este modo quedaban pagadas la ida y la vuelta. Mi huésped me indicó más de un consejo económico que yo ignoraba: yo era libre, aunque viajando en posta, de no tomar más que un caballo pagando uno y medio. Como me acercaba al fin de mi viaje, y por consiguiente al de mi dinero, acepté con reconocimiento aquel medio de transporte que recomiendo muy de veras.

Y lo propongo con tanta más confianza á los viageros que hagan este camino, cuanto que no les causará el retraso de una hora, ni ninguna incomodidad por falta de sitio: pues el postillon se sienta sobre una de las varas, y por poco más que se le dé de propina, se arregla con su caballo para que haga este su obligación y la de su compañero. El doble trato se concluye ordinariamente por una botella de vino que da el viagero al postillon, y un puñado de avena que promete el postillon al caballo. Gracias á este convenio, que fué escrupulosamente cumplido, por mi parte al menos, llegamos á Brigg la misma tarde.

Allí nos esperaba un gran dolor: Mis pactos con mi pobre Francesco habían terminado; yo le había traído á unas diez leguas del punto en que le había tomado. me era ya inútil; debíamos, pues, arreglar cuentas y separarnos: lo hice llamar.

El buen muchacho, que conocía el motivo, subió con el corazón afligido; la vida que conmigo había llevado, aunque un poco cansada, había sido bajo todos los demás aspectos muy distintamente cómoda que la que esperaba encontrar en Munster; de modo que estaba muy dispuesto, como el jardinero del conde de Almaviva, á no despedir á tan buen amo.

Así apenas me vió sacar el bolsillo de mi faltriquera y calcular los días que habíamos estado juntos, volvió la cara para ocultarme sus lágrimas, que muy pronto degeneraron en sollozos: le llamé entonces, vino, me tomó la mano y me suplicó le conservase por criado, pues estaba dispuesto á seguirme á todas partes, á Italia, á Francia, al cabo del mundo. Desgraciadamente, Francesco, excelente gnia en Munster, hubiera hecho un muy mal grobm

en Paris; además, era muy grande la responsabilidad de arrebatar aquel muchacho á su familia y á sus montañas: así aunque mi corazón se hallaba muy acorde con sus ruegos me mantuve firme y se lo negué.

Había estado conmigo treinta y tres días: el precio que habíamos convenido hacia sesenta y seis francos, añadí catorce de propina á fin de completar la cantidad de ochenta, y le puse cuatro luises sobre la mesa. Era el único oro que el pobre muchacho había visto en su vida; sin embargo, se adelantó hacia la puerta sin tomarlos: le llamé preguntándole por qué me dejaba aquella suma que era suya? Entonces se volvió, y me dijo sollozando: si el señor lo permite, iré mañana acompañándole hasta el Simplon, volviéndome á la grupa del caballo del postillon, y al momento de dejaros, será tiempo de que me deis el dinero... Le hice señal de que consentía, y se marchó un poco consolado.

Efectivamente, á la mañana siguiente me acompañó Francesco hasta la primera parada. Llegados allí, nos abrazamos; él se volvió llorando hacia Brigg, y yo continué mi camino pensativo y lleno de tristeza.

Recomiendo este muchacho á los viageros que tomen el camino de la Furca; es una excelente eriatura de una probidad severa y de una actividad infatigable: lo encontrarán en Munster, desde donde me ha escrito, ó más bien, me ha hecho escribir hace seis meses. Allí es conocido con el nombre alemán de Franz ó con el italiano de Francesco.

DE QUÉ MODO FUÉ SAN ELOY CURADO DE LA VANIDAD.

Annibal y Carlo-Magno como Bonaparte han pasado los Alpes y casi conquistado la Italia; pero detrás de ellos, borrando los vestigios de su pasaje, los desfiladeros de las montañas se han cerrado, los picos del monte Ginebra y del pequeño San Bernardo se han cubierto de nieve, y las generaciones que han sucedido á las de sus hijos, no encontrando ninguna huella del camino que habían seguido sino en la tradición de las localidades y en la memoria de las poblaciones, se han puesto á dudar de aquellos milagros y se han casi negado á los dioses que los habían hecho. Bonaparte no ha querido que fuese así con él, y á fin de que su religión guerrera no tuviese que sufrir por los ultrajes, el olvido ó los ataques de la duda, ha ligado la Italia á la Francia como un esclavo á su señora: ha

estendido una cadena al través de las montañas y ha puesto el primer eslabon en manos de Ginebra, su nueva hija, y el último al pie de Milan, nuestra antigua conquista. El recuerdo de nuestra bajada á Italia, esta cadena dorada por el comercio, este camino trazado para el paso de nuestros ejércitos, y hollado por la sandalia de un gigante, es el camino del Simplon.

Este camino, rival del de Tiberio Neron, de Julio César y de Domitiano, en el que cada día han trabajado tres mil jornaleros durante tres años, trepa por las pendientes de las montañas, salva los precipicios y horada los peñascos: comienza en Glis, deja á Brigg á la izquierda y se eleva por una pendiente perceptible á la vista; pero casi insensible al andarla, hasta la cumbre del Simplon, es decir, durante seis leguas. A los escritores de itinerarios y no á nosotros toca el decir cuantos puentes se pasan, cuantas galerías se atraviesan y cuantos accidentes se encuentran: nosotros renunciamos á ello tanto más fácilmente cuanto ninguna descripción puede dar una idea del espectáculo que allí se halla á cada paso, y de los contrastes y armonías que forman entre sí los valles de Ganther y de la Saltina y la caída de las cascadas reflejándose en los espejos de las neveras. A medida que se va subiendo, desaparece la vegetación y la vida. Aquellas cumbres no se habían hecho para el comun de los hombres y de los animales. Allí el genio solo podía alcanzar; solo el águila podía vivir allí; así es, que la aldea del Simplon, aquella conquista artificial del valle sobre las montañas, se estiende miserablemente como una serpiente entumecida sobre un rellano desnudo y salvaje. Ningun árbol le da sombra, ninguna flor la hermosea, ni la anima ningun rebaño. Es preciso sacarlo todo de la llanura, y no se ve renacer la existencia y revivir la naturaleza sino bajando sus dos vertientes. Su cima es el patrimonio de los hielos y de las nieves, es el palacio del invierno, es el reino de la muerte.

Dejando la aldea del Simplon, se comienza á bajar, y por un efecto de óptica natural esta bajada parece más rápida que la subida. Además, es mucho más incómoda por los accidentes de la montaña; tan pronto gira sobre ángulos agudos, tan pronto rueda por mil ondulaciones alrededor de la montaña tan lejos cuanto puede alcanzar la vista, y parece á la serpiente fabulosa que enroscas la tierra. Al principio se encuentra la galería de Algabis, la más larga y la más hermosa, que atraviesa doscientos quince pies de granito para ir á dar al valle de Gondo; divina obra maestra de decoración terrible que no puede imitar pintor alguno, que ninguna pluma puede describir, que ninguna relación puede reproducir, es un corredor del infierno, estrecho y gigantesco: mil pies debajo el torrente, á dos mil pies sobre la cabeza el cielo! La distancia es

tan grande desde el camino á la Doveria, que apenas se le siente mugir aunque se vele espumar furiosamente sobre las rocas que forman el fondo del valle: de pronto, un puente ligero de una arquitectura aérea se presenta tendido de una á otra montaña cual un arco iris de piedra; conduce despues de algunos pasos á la galería de Gondo, larga de setecientos pasos, alumbrada por dos aberturas. Frente á una de ellas, se leen estas palabras escritas por una mano acostumbrada á grabar fechas sobre el granito.

AERE ITALICO

MDCCCV.

El hombre que las había escrito creía como Jesucristo y Mahoma, que no de su nacimiento ni de su fuga, sino de su victoria daría para la Italia una nueva era.

Muy pronto el valle se ensancha, se calienta el aire, el pecho respira, vuelven á aparecer algunas señales de vegetación y algunas ojeadas al través de las sinuosidades de la montaña permiten á la vista reposar sobre un mas dulce horizonte: aparece una aldea con un hermoso nombre: es Isella, la centinela avanzada y casi perdida de la muelle Italia. Así detrás de ella se estrecha el valle: los peñascos desnudos y gigantescos se aproximan; la imprudente hija de la Lombardia ha sido cogida al salir de un desfiladero que no puede ya volver á pasar: sobre el camino por donde ha venido, se ha formado una galería, que es la penúltima: descansa sobre un pilar de granito colosal, cuya negra masa se destaca en su cima sobre el azul del cielo, en su centro sobre el verde tapiz de la colina, en su base sobre la blanca espuma de las cascadas. Apresurase uno á atravesarla, y sea ilusión ó sea verdadero cambio atmosférico, viepen á recibirle á su salida las tibias brisas del viento de Italia; á derecha é izquierda se separan las montañas, se forman llanos, y sobre aquellos llanos, cual cisnes que se calientan al sol, comienzan á percibirse grupos de blancas casas con terrados. Es la Italia, la antigua reina, la eterna coqueta, la Armida secular que envía para recibiros á sus aldeanas y sus flores. Todavía hay que pasar un río, todavía hay que atravesar una galería; y ya nos hallamos en Crevola, suspendidos entre el cielo y la tierra, sobre un puente mágico; á vuestros pies teneis la villa y su campanario y delante el Piamonte. Despues, allá abajo en lontananza detrás del horizonte, á Florencia, Roma, Nápoles, Venecia, aquellas maravillosas ciudades de las que los poetas han contado tantos encantos y de las que ninguna muralla os separa ya. Así el camino como cansado de sus largas revueltas y satisfecho de volver á hallarse en la llanura, se lanza de un tirón de dos leguas hasta Domo d'Ossola.

Llegué allí, en el momento de una procesion enteramente italiana: el gremio de albeitores celebraba la función á San Eloy. En mi ignorancia había creído siempre á aquel bienaventurado, el patron de los plateros y amigo del rey Dagoberto, al que daba de cuando en cuando, acerca de su trage, consejos muy juiciosos; pero ignoraba completamente que hubiese jamás sido albeitar. Su estandarte, sobre el que estaba representado rompiendo su muestra, no me dejaba ninguna duda sobre este asunto: lo único que me quedaba por aclarar era, á que época de su vida se referia la acción que había inspirado al artista: porque yo conocia su santa vida, casi desde su entrada en casa del prefecto de la fábrica de moneda de Limoges, hasta su nombramiento para la silla episcopal de Noyon, y no veía nada en todo esto que pudiese aplicarse al espectáculo que tenia delante de mis ojos. En consecuencia, me dirigí al maestro de postas, pensando que para una tradición de herradura era el mejor historiador que se pudiera encontrar. Comenzamos por ajustar el precio del carruaje que debía llevarme desde Domo d'Ossola á Baveno. Despues, convenido en el precio doble de lo que valia, tanta era mi prisa para volver á la procesion, obtuve sobre el padre Occuli las siguientes noticias y biografías.

La tradición tal cual me fué transmitida en su primordial sencillez y propio estilo es esta:

Es inútil el decir que no garantizo su autenticidad.

Hacia el año 640, Eloy, que era entonces un joven de veinte y seis á veinte y ocho años, habitaba en la ciudad de Limoges, situada á dos leguas únicamente de Cadillac, su país natal. Desde su juventud había manifestado grande aptitud para las artes mecánicas; pero como no era rico, le había sido preciso quedarse simple albeitar. Verdad es que había hecho progresar este oficio, que entre sus manos casi se había convertido en un arte. Las herraduras que forjaba, y que había llegado á fabricar en solas tres caldas (1), se redondeaban con una curva maravillosamente elegante y brillaban cual plata bruñida. Los clavos con que las sujetaba á los pies de los caballos, estaban tallados en punta de diamante, y hubieran podido engastarse como chatones en una sortija montados en oro.

Esta habilidad de ejecución, que asombraba á todo el mundo, acabó por exaltar al artífice mismo: la vanidad le trastornó la cabeza, y olvidando que Dios nos ensalza y nos humilla según su voluntad, hizo hacer una muestra en la que estaba representado herrando un caballo, con esta inscripción medianamente inso-

(1) Calda. Término técnico.—Poniéndolas tres veces en la fragua. Hemos querido conservar este término característico, que nos apresuramos á explicar á nuestros lectores.

lente para sus compañeros y ofensiva á la humildad religiosa: *Eloy, maestro de los maestros, maestro sobre todos.*

La inscripción metió gran ruido desde su aparición, y como Eloy tenia que habérselas sobre todo con una clientela de comerciantes, caballeros y peregrinos que se cruzaban incesantemente delante de su tienda, la orgullosa muestra llegó á despertar muy pronto la susceptibilidad de los demas albeitores, no solo de Francia, sino aun de toda Europa. De todas partes se levantó un clamor tan grande contra el orgulloso maestro que subió hasta el paraíso. No sabiendo Dios al pronto cual era la causa que lo motivaba, se conmovió y miró á la tierra. Sus ojos, que por casualidad se habían vuelto hácia Limoges, tropezaron con la famosa muestra y se enteró de todo.

De todos los pecados mortales, el que siempre ha ofendido mas á Dios es el orgullo. El orgullo fué el que hizo rebelarse á Satanás y á Nabucodonosor contra el Señor, y el Señor lanzó al infierno al uno y quitó al otro la razón convirtiéndolo en bruto.

Así Dios buscaba ya que castigo podria aplicar al nuevo Aman, cuando Jesucristo, viendo á su padre preocupado, le preguntó que era lo que tenia. Dios le respondió enseñándole la muestra: Jesucristo la leyó.

—Sí, sí, padre mío, es verdad: la inscripción es atrevida, pero Eloy es verdaderamente hábil: únicamente ha olvidado que su fuerza le viene de lo alto. Pero fuera de su orgullo, está lleno de buenos principios.

—Convento en ello, dijo el buen Dios; tiene excelentes cualidades, pero su orgullo las escede á todas, como el cedro escede al hisopo, y las hará morir bajo su sombra. Mas leido, *Eloy, maestro de maestros, maestro sobre todos?* Esto es un desafío, no solo á la habilidad humana, sino aun á la celestial omnipotencia.

—Pues bien, padre mío, que la celestial Omnipotencia le responda con bondad y no con rigor. Vos quereis la conversión y no la muerte del pecador, ¿no es verdad? Yo me encargo de convertirle.

—¡Hum! hizo Dios, meneando la cabeza, de mala tarea te encargas.

—¿Consentis en ello? continuó Jesucristo.

—No lo conseguirás; dijo Dios.

—Dejámelo probar.

—¿Y cuánto tiempo me pides?

—Veinte y cuatro horas.

—Concedido, dijo el Señor.

Jesús no perdió tiempo, se quitó su divino trage, y se revistió del de un compañero de oficio de Eloy, se dejó deslizar sobre un rayo de sol y bajó á las puertas de Limoges.

Inmediatamente entró en la ciudad apoyado en un palo con la apariencia de un hombre que acaba de hacer un largo camino, y en seguida se fué derecho á la casa de Eloy; lo encontró forjando. Estaba en la tercera calda.

—Dios sea con vos, maestro, dijo Jesús al entrar en la tienda.

—¡Amen! respondió Eloy sin mirarle.

—Maestro, continuó Jesús, acabo de dar una vuelta por la Francia, y en todas partes he oido hablar de la ciencia; de modo que pensando que nadie sino tú pueda enseñarme algo de nuevo....

—¡Ah! ¡ah! hizo Eloy echando sobre él una rápida mirada y continuando en golpear su herradura.

—¿Me quieres por compañero? repuso humildemente Jesús; vengo á ofrecerte mis servicios.

—¿Y qué es lo que tú sabes? dijo Eloy dejando negligentemente la herradura á la que acababa de dar el último martillazo y arrojando sus tenazas.

—Yo, continuó Jesús, sé forjar y herrar, tan bien creo, como cualquiera en el mundo.

—¿Sin escepcion? dijo desdeñosamente Eloy.

—Sin escepcion, respondió tranquilamente Jesús.

Eloy se echó á reir.

—¿Qué dices tú de esta herradura? dijo Eloy enseñando á Jesús muy satisfecho, la que acababa de concluir.

Jesús la miró.

—Digo que no está mal, pero creo que se pueden hacer mejores.

Eloy se mordió los labios.

—¿Y en cuántas caldas harías una herradura como esta?

—En una, dijo Jesús.

Eloy se echó á reir: como hemos dicho necesitaba tres, y los demas cinco ó seis, creyó que el compañero estaba loco.

—¿Y quieres enseñarme cómo te compones? dijo con aire burlón.

—De buena gana, maestro, respondió Jesús cogiendo tranquilamente las tenazas, y tomando cerca del yunque una barra de hierro en bruto que metió en la fragua: despues hizo una seña á Occuli, que se puso á tirar de la cuerda del fuelle. El fuego sofocado al principio por el carbon se lanzó en pequeños chorros azules, saltaron millones de chispas, muy pronto la llama enrojecida se apoderó del alimento que se le ofrecía: de tiempo en tiempo el hábil compañero rociaba el hogar, que ennegrecido momentáneamente volvía á tomar casi inmediatamente una nueva fuerza y un color mas vivo. En fin, la brasa parecia una materia fundida. Al cabo de un instante, aquella lava palideció, tan consumida estaba toda la parte combustible del carbon. Entonces sacó Jesús de la fragua el hierro casi blanco, lo colocó sobre el yunque, y dándole vueltas con una mano, mientras que le golpeaba y lo amoldaba con la otra, con algunos martillazos le dió una forma y una finura, á las cuales estaba lejos de aproximarse la herradura de Eloy. La cosa se había hecho con tal

prontitud que el pobre maestro de maestros no había tenido tiempo de ver más que fuego.

—Héla aquí, dijo Jesús.

Eloy tomó la herradura con la esperanza de descubrir en ella alguna escama; pero nada le faltaba: así, á pesar de su mala intención no pudo ponerla la menor falta.

—Si, si, dijo volviéndola y revolviéndola, no está mal.... Vamos, para un simple oficial de herrero no está mal. Pero, continuó esperando coger en falta á Jesús, no basta saber hacer una herradura, es necesario además saberla aplicar también á la parte del animal. Creo que me has dicho que sabías herrar.

—Si, maestro, respondió tranquilamente Jesús.

—Poned el caballo al trabajo (1), gritó Eloy á sus mancebos.

—¡Oh! no hay que tomarse ese trabajo, interrumpió Jesús. Yo tengo una manera particular de herrar que ahorra tiempo y mucho trabajo.

—¿Y cuál es tu modo de herrar? dijo Eloy asombrado.

—Vais á verlo, respondió Jesús.

A estas palabras sacó un cuchillo de su bolsillo, se fué al caballo, levantó una de sus patas traseras, le cortó la pata izquierda por la primera articulación, la colocó en la bigornia, clavó la herradura con la mayor facilidad y trajo la pata herrada, la aproximó á la pierna, donde volvió inmediatamente á unirse; cortó la pata derecha, repitió la misma operación con el mismo éxito, continuó así con las otras dos patas, y todo esto sin que hiciera el menor movimiento el animal. Eloy contemplaba la operación con la más profunda admiración, asombrado.

—Ya está, maestro, dijo Jesucristo al pegar la cuarta pata.

—Bien, lo veo, dijo Eloy haciendo todos sus esfuerzos para ocultar su asombro.

—Vos no conocéis este método de herrar, continuó Jesucristo indiferentemente.

—Si tal, repuso con viveza Eloy: he oído hablar de él.... pero estoy por el otro.

—Hacéis mal, este es más cómodo y más espedito.

Eloy, como se deja comprender, se guardó muy bien de despedir á tan hábil herrador; temía además, si no se arreglaba con él, que se estableciese en aquellas cercanías, y le quitase los parroquianos. Hecho el ajuste y condiciones que fueron aceptadas, Jesús quedó en la tienda como primer mancebo.

Al día siguiente por la mañana, Eloy envió á Jesús á dar una vuelta por los pueblos inmediatos. Tratábase de algunos recados que no

(1) El Trabajo es un aparato de maderos enmendado del que se ata á los caballos indómitos ó inquietos que van á herrar, para evitar que den coces, y maltraten á los herradores ó ellos mismos se estropeen.

podían confiarse más que á un mensajero inteligente.

Jesús apenas había revuelto la primera esquina de la calle, ya Eloy se puso á pensar seriamente en aquel nuevo método de herrar los caballos que él no conocía. Había seguido con el mayor cuidado la operación, y observado bien en qué articulación se había hecho la amputación, y como tenía gran confianza de sí mismo, resolvió aprovechar la primera ocasión que se le presentase para poner en práctica la lección que había aprendido.

No tardó en presentarse esta: apenas había trascurrido una hora se paró á la puerta de Eloy un caballero armado de pies á cabeza, cuyo caballo se había desherrado de un pie un cuarto de hora antes de llegar allí, y venía atraído por la fama del maestro.

Venia de España y regresaba á Inglaterra, donde tenía que arreglar negocios de la mayor importancia con San Dunstan en Escocia. Ató, pues, su caballo á una de las argollas de hierro de la tienda, y entró en una taberna donde pidió una jarra de cerveza, recomendando á Eloy le despachase pronto.

Eloy pensó, que pues el parroquiano tenía prisa, era el momento oportuno de poner en ejecución el método espedito del que había visto la víspera hacer un ensayo que tan bien había salido. Tomó, pues, el cuchillo más afilado, dióle una última mano sobre la piedra de afilar, y levantando la pierna del caballo, buscó la articulación con mucha exactitud y le cortó la pata por encima del casco.

La operación había sido ejecutada con tal habilidad, que el pobre animal que nada sospechaba, no había tenido tiempo de oponerse, y no había conocido la amputación sino por el dolor mismo que le había causado: pero entonces dió un relincho tan lastimero y doloroso, que su dueño se volvió, y vió que su cabalgadura apenas podía tenerse sobre las tres piernas que le quedaban, y sacudiendo la cuarta de la que se le escapaba á torrentes la sangre. Lanzóse fuera de la taberna y se precipitó en la tienda, y encontrando á Eloy que herraba tranquilamente la cuarta pata colocada en su bigornia, creyó que el maestro se había vuelto loco. Eloy le tranquilizó diciéndole que era un nuevo método que había adoptado; le enseñó la herradura perfectamente adherente al casco, y saliendo de su tienda, se dispuso á pegar la pata al muñón de la pierna, como había visto hacer la víspera á su oficial.

Pero esta vez sucedió muy de otra manera. El pobre animal que se desangraba hacia diez minutos, se había tumbado en el suelo moribundo. Eloy acercó la pata á la pierna, pero en sus manos no quiso adherirse: el pie estaba ya muerto y lo restante del cuerpo no valía mucho más.

Un sudor frío cubrió la frente del maestro. Conoció que estaba perdido, y no queriendo sobrevivir á su reputación, sacó de su vaina

el cuchillo que tan bien había cumplido su oficio: iba á clavárselo en su pecho, cuando sintió que le detenían por el brazo. Se volvió, era Jesucristo. El divino mensajero había concluido sus encargos con la misma prontitud y habilidad que tenía costumbre de hacerlo, y estaba ya de vuelta dos horas antes más pronto de lo que Eloy le esperaba.

—¿Qué haces, maestro? le dijo con tono severo.

Eloy no respondió, pero le mostró con el dedo al caballo espirando.

—¿No es más que esto? dijo Cristo, y cogió la pata y la aproximó á la pierna, y la sangre cesó de correr, y se pegó el pie, y se levantó el caballo, y relincho de gusto, de modo que menos el suelo enrojecido, cualquiera hubiera jurado que nada había sucedido al pobre animal, poco antes tan malo, y ahora tan vivo y tan bueno.

Eloy le miró un instante confuso y asombrado; alargó el brazo, tomó en su tienda un martillo, y haciendo pedazos su muestra se dirigió á Jesucristo, y le dijo humildemente.

—El maestro eres tú, yo no soy más que el oficial.

—Bienaventurado el que se humilla, respondió Cristo, con voz dulce, porque será exaltado.

Al oír aquella voz tan pura y tan armoniosa, Eloy alzó los ojos y vió que su oficial tenía ceñida la frente con una aureola; reconoció á Jesucristo y cayó de rodillas.

—Bien está, te perdono, dijo Cristo; porque te creo curado de tu orgullo. Permanece maestro de maestros: pero acuérdate de que yo solo soy maestro sobre todos.

A estas palabras montó en la grupa detrás del caballero, y desapareció con él.

El caballero era San Jorge

ble valle de Gondo, se llega á Villa, porque como se ve todos los nombres de ciudades acaban por una dulce vocal. Despues las blancas casas suceden á las grises cabañas, los techos ceden su lugar á los terrados, las pararas trepan alrededor de los árboles del camino, atraviesan la carretera y se mecen en columpio. En lugar de las aldeanas rústicas del Vallés, se encuentran á cada paso lindas vendimiadoras de color pálido, ojos aterciopelados, y rápido y dulce hablar. El cielo es puro, el aire tibio y se reconoce, como dice el Petrarca, á la tierra querida de Dios; la tierra santa; la tierra feliz, que ni las invasiones de los bárbaros, ni las discordias civiles, ni la cólera de los volcanes, han podido despojar de los dones que ha recibido del cielo. Una cosa, sin embargo, se oponía á que las apreciase en toda su extensión: estaba solo.

Es una cosa muy triste el ir en un viage solo, el no tener á nadie con quien compartir nuestras emociones de alegría ó de temor. Así pasé delante del valle de Anzasca, casi sin detenerme, y sin embargo, en el fondo de sus sinuosidades, sobre sus verdes colinas se levanta cual el gigante encargado de velar sobre aquellos jardines encantados, el Monte Rosa, el Adamastor de la Italia. Una legua más allá, al acercarse á Fariolo y mientras que miraba á mi derecha una de aquellas últimas hijas de los Alpes que van á morir degenerando en colinas y montecillos á las orillas de los lagos que tienen con su sombra, oí desprenderse de lo alto de la montaña una cosa parecida á un grano de arena que vino rodando por las cuevas, saltando por encima de los barrancos, creciendo siempre á medida que se acercaba y terminó por cambiarse en un pedrisco que pasando con el estrépito del rayo, y semejante á una gran mole de piedras atravesó el camino á treinta pasos del carruaje y llegada al fin de su fuerza de impulsión fué á detenerse contra un olmo que tronchó: casi envidié al postillon que había tenido miedo por sus caballos.

Esperar ó temer por otro, es la única cosa que da al hombre el sentimiento completo de su propia existencia.

Llegaba á las orillas del Lago Mayor á la caída de la tarde y me detuve en Baveno en una encantadora posada de granito rosa, y rodeada de laureles. Por fuera era un palacio encantado: por dentro era una posada italiana.

Una posada italiana es aun una habitación bastante tolerable en verano; pero en invierno, atendiendo á que no hay ninguna precaución tomada contra el frío, es una cosa de que no se puede formar idea alguna. Se llega helado, se baja del carruaje, se pide un cuarto, el dueño de la posada, sin incomodarse en su siesta, hace señá al mozo de que os acompañe. Le seguís con la confianza de que vais á encontrar un abrigo; ¡qué horror! entráis en una enorme pieza de blancas pare-

PAULINA.

Terminada esta narración, rogué al maestro de postas que examinase los pies de sus dos caballos por temor de que no le sucediese en el camino el mismo percance que al caballo de San Jorge. Despues, concluida aquella inspección, marchamos á trote largo por uno de aquellos caminos enarenados como las calles de un jardín inglés y que surcan el Piamonte desde la ocupación francesa.

Es imposible el soñar por peristilo de la Italia un camino más encantador: por medio de una llanura de dos leguas que parecen aun más frescas y graciosas despues del terri-

prontitud que el pobre maestro de maestros no había tenido tiempo de ver mas que fuego.

—Héla aquí, dijo Jesus.

Eloy tomó la herradura con la esperanza de descubrir en ella alguna escama; pero nada le faltaba: así, á pesar de su mala intencion no pudo ponerla la menor falta.

—Si, si, dijo volviéndola y revolviéndola, no está mal.... Vamos, para un simple oficial de herrero no está mal. Pero, continuó esperando coger en falta á Jesus, no basta saber hacer una herradura, es necesario además saberla aplicar tambien á la parte del animal. Creo que me has dicho que sabías herrar.

—Si, maestro, respondió tranquilamente Jesus.

—Poned el caballo al trabajo (1), gritó Eloy á sus mancebos.

—¡Oh! no hay que tomarse ese trabajo, interrumpió Jesus. Yo tengo una manera particular de herrar que ahorra tiempo y mucho trabajo.

—¿Y cuál es tu modo de herrar? dijo Eloy asombrado.

—Vais á verlo, respondió Jesus.

A estas palabras sacó un cuchillo de su bolsillo, se fué al caballo, levantó una de sus patas traseras, le cortó la pata izquierda por la primera articulación, la colocó en la bigornia, clavó la herradura con la mayor facilidad y trajo la pata herrada, la aproximó á la pierna, donde volvió inmediatamente á unirse; cortó la pata derecha, repitió la misma operación con el mismo éxito, continuó así con las otras dos patas, y todo esto sin que hiciese el menor movimiento el animal. Eloy contemplaba la operación con la más profunda admiración, asombrado.

—Ya está, maestro, dijo Jesucristo al pegar la cuarta pata.

—Bien, lo veo, dijo Eloy haciendo todos sus esfuerzos para ocultar su asombro.

—Vos no conocéis este método de herrar, continuó Jesucristo indiferentemente.

—Si tal, repuso con viveza Eloy: he oído hablar de él.... pero estoy por el otro.

—Hacéis mal, este es mas cómodo y mas espedito.

Eloy, como se deja comprender, se guardó muy bien de despedir á tan hábil herrador; temia además, si no se arreglaba con él, que se estableciese en aquellas cercanías, y le quitase los parroquianos. Hecho el ajuste y condiciones que fueron aceptadas, Jesus quedó en la tienda como primer mancebo.

Al dia siguiente por la mañana, Eloy envió á Jesus á dar una vuelta por los pueblos inmediatos. Tratábase de algunos recados que no

(1) El Trabajo es un aparato de maderos enmendado del que se ata á los caballos indómitos ó inquietos que van á herrar, para evitar que den coces, y maltraten á los herradores ó ellos mismos se estropeen.

podían confiarse mas que á un mensajero inteligente.

Jesus apenas había revuelto la primera esquina de la calle, ya Eloy se puso á pensar seriamente en aquel nuevo método de herrar los caballos que él no conocia. Habia seguido con el mayor cuidado la operación, y observado bien en qué articulación se había hecho la amputación, y como tenia gran confianza de sí mismo, resolvió aprovechar la primera ocasión que se le presentase para poner en práctica la lección que había aprendido.

No tardó en presentarse esta: apenas había trascurrido una hora se paró á la puerta de Eloy un caballero armado de pies á cabeza, cuyo caballo se había desherrado de un pie un cuarto de hora antes de llegar allí, y venia atraído por la fama del maestro.

Venia de España y regresaba á Inglaterra, donde tenia que arreglar negocios de la mayor importancia con San Dunstan en Escocia. Ató, pues, su caballo á una de las argollas de hierro de la tienda, y entró en una taberna donde pidió una jarra de cerveza, recomendando á Eloy le despachase pronto.

Eloy pensó, que pues el parroquiano tenia prisa, era el momento oportuno de poner en ejecución el método espedito del que había visto la vispera hacer un ensayo que tan bien había salido. Tomó, pues, el cuchillo mas afilado, dióle una última mano sobre la piedra de afilar, y levantando la pierna del caballo, buscó la articulación con mucha exactitud y le cortó la pata por encima del casco.

La operación había sido ejecutada con tal habilidad, que el pobre animal que nada sospechaba, no había tenido tiempo de oponerse, y no había conocido la amputación sino por el dolor mismo que le había causado: pero entonces dió un relincho tan lastimero y doloroso, que su dueño se volvió, y vió que su cabalgadura apenas podia tenerse sobre las tres piernas que le quedaban, y sacudiendo la cuarta de la que se le escapaba á torrentes la sangre. Lanzóse fuera de la taberna y se precipitó en la tienda, y encontrando á Eloy que herraba tranquilamente la cuarta pata colocada en su bigornia, creyó que el maestro se había vuelto loco. Eloy le tranquilizó diciéndole que era un nuevo método que había adoptado; le enseñó la herradura perfectamente adherente al casco, y saliendo de su tienda, se dispuso á pegar la pata al muñón de la pierna, como había visto hacer la vispera á su oficial.

Pero esta vez sucedió muy de otra manera. El pobre animal que se desangraba hacia diez minutos, se había tumbado en el suelo moribundo. Eloy acercó la pata á la pierna, pero en sus manos no quiso adherirse: el pie estaba ya muerto y lo restante del cuerpo no valia mucho mas.

Un sudor frio cubrió la frente del maestro. conoció que estaba perdido, y no queriendo sobrevivir á su reputación, sacó de su vaina

el cuchillo que tan bien había cumplido su oficio: iba á clavárselo en su pecho, cuando sintió que le detenian por el brazo. Se volvió, era Jesucristo. El divino mensajero había concluido sus encargos con la misma prontitud y habilidad que tenia costumbre de hacerlo, y estaba ya de vuelta dos horas antes mas pronto de lo que Eloy le esperaba.

—¿Qué haces, maestro? le dijo con tono severo.

Eloy no respondió, pero le mostró con el dedo al caballo espirando.

—¿No es mas que esto? dijo Cristo, y cogió la pata y la aproximó á la pierna, y la sangre cesó de correr, y se pegó el pie, y se levantó el caballo, y relincho de gusto, de modo que menos el suelo enrojado, cualquiera hubiera jurado que nada había sucedido al pobre animal, poco antes tan malo, y ahora tan vivo y tan bueno.

Eloy le miró un instante confuso y asombrado; alargó el brazo, tomó en su tienda un martillo, y haciendo pedazos su muestra se dirigió á Jesucristo, y le dijo humildemente.

—El maestro eres tú, yo no soy mas que el oficial.

—Bienaventurado el que se humilla, respondió Cristo, con voz dulce, porque será exaltado.

Al oír aquella voz tan pura y tan armoniosa, Eloy alzó los ojos y vió que su oficial tenia ceñida la frente con una aureola; reconoció á Jesucristo y cayó de rodillas.

—Bien está, te perdono, dijo Cristo; porque te creo curado de tu orgullo. Permanece maestro de maestros: pero acuérdate de que yo solo soy maestro sobre todos.

A estas palabras montó en la grupa detrás del caballero, y desapareció con él.

El caballero era San Jorge

ble valle de Gondo, se llega á Villa, porque como se ve todos los nombres de ciudades acaban por una dulce vocal. Despues las blancas casas suceden á las grises cabañas, los techos ceden su lugar á los terrados, las pararas trepan alrededor de los árboles del camino, atraviesan la carretera y se mecen en columpio. En lugar de las aldeanas rústicas del Vallés, se encuentran á cada paso lindas vendimiadoras de color pálido, ojos aterciopelados, y rápido y dulce hablar. El cielo es puro, el aire tibio y se reconoce, como dice el Petrarca, á la tierra querida de Dios; la tierra santa; la tierra feliz, que ni las invasiones de los bárbaros, ni las discordias civiles, ni la cólera de los volcanes, han podido despojar de los dones que ha recibido del cielo. Una cosa, sin embargo, se oponia á que las apreciase en toda su estension: estaba solo.

Es una cosa muy triste el ir en un viage solo, el no tener á nadie con quien compartir nuestras emociones de alegría ó de temor. Así pasé delante del valle de Anzasca, casi sin detenerme, y sin embargo, en el fondo de sus sinuosidades, sobre sus verdes colinas se levanta cual el gigante encargado de velar sobre aquellos jardines encantados, el Monte Rosa, el Adamastor de la Italia. Una legua mas allá, al acercarse á Fariolo y mientras que miraba á mi derecha una de aquellas últimas hijas de los Alpes que van á morir degenerando en colinas y montecillos á las orillas de los lagos que tienen con su sombra, oí desprenderse de lo alto de la montaña una cosa parecida á un grano de arena que vino rodando por las cuestas, saltando por encima de los barrancos, creciendo siempre á medida que se acercaba y terminó por cambiarse en un pedrisco que pasando con el estrépito del rayo, y semejante á una gran mole de piedras atravesó el camino á treinta pasos del carruaje y llegada al fin de su fuerza de impulsión fué á detenerse contra un olmo que tronchó: casi envidié al postillon que había tenido miedo por sus caballos.

Esperar ó temer por otro, es la única cosa que da al hombre el sentimiento completo de su propia existencia.

Llegaba á las orillas del Lago Mayor á la caída de la tarde y me detuve en Baveno en una encantadora posada de granito rosa, y rodeada de laureles. Por fuera era un palacio encantado: por dentro era una posada italiana.

Una posada italiana es aun una habitación bastante tolerable en verano; pero en invierno, atendiendo á que no hay ninguna precaución tomada contra el frio, es una cosa de que no se puede formar idea alguna. Se llega helado, se baja del carruaje, se pide un cuarto, el dueño de la posada, sin incomodarse en su siesta, hace señá al mozo de que os acompañe. Le seguís con la confianza de que vais á encontrar un abrigo; ¡qué horror! entráis en una enorme pieza de blancas pare-

PAULINA.

Terminada esta narración, rogué al maestro de postas que examinase los pies de sus dos caballos por temor de que no le sucediese en el camino el mismo percance que al caballo de San Jorge. Despues, concluida aquella inspección, marchamos á trote largo por uno de aquellos caminos enarenados como las calles de un jardín inglés y que surcan el Piamonte desde la ocupación francesa.

Es imposible el soñar por peristilo de la Italia un camino mas encantador: por medio de una llanura de dos leguas que parecen aun mas frescas y graciosas despues del terri-

des, cuyo solo aspecto os hace tiritar de frío. Recorreis vuestra nueva habitación con la vista, y se detiene esta al fin en un pequeño paisaje al fresco que representa á una muger desnuda en equilibrio sobre la punta de un arabesco, solo con verla tiritais; volveis la vista hácia la cama y la veis cubierta con una especie de chal de algodón y una colcha de muselina blanca. Entonces dais diénte con diente. Buscáis por todas partes la chimenea: el arquitecto la ha olvidado. Es preciso tomar vuestro partido. En Italia no se sabe qué cosa es fuego: en verano se calientan al sol, y en invierno al calor del Vesubio: pero como es de noche, y os hallais á ochenta leguas de Nápoles, os apresurais á cerrar las ventanas. Terminada esta operación, reparais en que los cristales están rotos, tapáis uno con vuestro pañuelo arrollado á modo de tapon, y cerrais el otro con una tohalla estendida como una vela. Os creéis al fin atrincherado contra el frío; tratáis entonces de cerrar la puerta, pero la cerradura falta: arrimais contra ella la cómoda y os empezais á desnudar. Apenas os habeis quitado la levita sentís ya un atroz viento colado; son los tableros que han hecho movimiento, y no tocan ni arriba ni abajo; entonces descolgais las cortinas de las ventanas y con ellas haceis unos rollos; luego cuando todo está bien calafateado, ó cuando á lo menos lo creéis, dais una vuelta por vuestro aposento con la luz. Una última corriente de aire que no habeis todavía sentido os la apaga en las manos. Buscáis una campanilla; no la hay: golpeais con el pie para hacer que suba alguno, pero el piso da sobre una cuadra. Volveis, pues, á quitar la cómoda, sacáis las cortinas de las rendijas, volveis á abrir la puerta y llamais: trabajo perdido, todo el mundo duerme, y cuando se duerme nadie se despierta en Italia. A los viajeros toca el procurarse ellos mismos lo que necesitan.... Y como todo bien calculado, lo que mejor hay que hacer es irse á la cama, la alcanzais á ientas, os acostais sudando de impaciencia, y os despertais yerto de frío.

En verano es otra cosa: todos los inconvenientes que acabamos de mencionar desaparecen para dar lugar á uno solo; pero este solo vale por todos: los mosquitos. No hay punto en donde no hayais oído hablar de este pequeño animal, que habita particularmente en las orillas del mar y de las lagunas y estanques; son para nosotros los mosquitos del Norte, lo que la vibora es en comparación á la culebra.

Desgraciadamente, en lugar de huir del hombre y esconderse en los parages mas desiertos, como aquella, gusta de la civilización, la sociedad le alegra, y le atrae la luz: en vano cerrais, pues entra por los agujeros y por las rendijas y grietas. Lo mas seguro es pasar las horas de la noche en un cuarto distante de aquel en que se ha de dormir, y luego

en el mismo instante de irse á acostar apagar la luz y lanzarse velozmente á la otra pieza. Desgraciadamente tiene el mosquito los ojos del buho y la nariz de la hiena; os ve en la oscuridad y os sigue la pista cuando, para estar mas seguro de su presa, no se ha colocado ya sobre vuestros cabellos. Creéis entonces haberle engañado, y os vais á tientos hácia vuestra alcoba; derribando en la oscuridad un velador cargado de tazas viejas de porcelana, que os harán pagar por nuevas al dia siguiente; dais un rodeo para no cortaros los pies con los cascos; alcanzais la cama, levantais con precaucion el mosquitero que la rodea, os deslizais cual una serpiente entre vuestras sábanas, y os dais el parabien de que, merced á este cúmulo de precauciones, os habeis proporcionado una noche tranquila; el error es dulce pero corto. Al cabo de cinco minutos, oís un pequeño zumbido alrededor de vuestro rostro; tanto valdría oír el rugido del tigre ó del león: os habeis encerrado con vuestro enemigo, preparaos á un duelo encarnizado: esa trompeta que suena, es la de un combate á muerte. Bien pronto cesa el ruido, este es el momento terrible; vuestro enemigo se ha posado ¿dónde? no lo sabeis: la estocada que va á daros no tiene quite: de repente sentís la herida. Llevais á ella velozmente la mano, pero vuestro adversario ha sido aun mas listo, y esta vez le oís cantar victoria. El zumbido infernal rueda en torno de vuestra cabeza con círculos fantásticos é irregulares, en los que intentais en vano cogerle; despues cesa el ruido por segunda vez. Entonces vuelve á comenzar vuestra angustia y echais las manos á todos los puntos donde no está; hasta que un nuevo dolor os señala donde se encontraba, si, donde se encontraba; porque en el instante mismo en que creéis haberle aplastado como á un escorpion sobre la herida, el atroz zumbido vuelve á comenzar: esta vez os parece una carejada diabólica y burlona; respondeis á ella por un rugido concentrado, y os preparais á sorprenderle en cualquier punto que se pose: ensanchais ambas manos, las dais toda la estension de que son susceptibles, y presentais la megilla á vuestro adversario, quereis atraerle sobre aquella superficie carnosa, que abrazaria tan exactamente la palma de vuestra mano. Cesa el zumbido, y conteneis la respiración, suspendeis los latidos de vuestro corazón y creéis sentir hundirse la acerada trompa en mil puntos diferentes; de repente el dolor se fija en el párpado, nada calculais, y no pensais mas que en la venganza, os aplicais sobre el ojo un pañetazo, capaz de atronar á un buey; os hace ver cien mil centellas, pero nada importa si ha muerto el vampiro; así lo esperais por un instante y dais gracias á Dios de que os haya concedido la victoria. Un minuto despues comienza de nuevo el satánico zumbido: oh! entonces salís de vuestras casi-

llas, vuestra imaginacion se acalora, vuestra cabeza se exaspera, y saltando de vuestra cama, no tomáis ya ninguna precaucion contra el ataque y os levantais del todo, con la esperanza de que vuestro antagonista cometerá alguna imprudencia: os sacudís el cuerpo con ambas manos, como el labrador que golpea las gavillas de mies, y luego en fin, despues de tres horas de lucha, sintiendo que vuestra cabeza se desvanece y que vuestro espíritu se estravia hasta el punto de volveros loco, volveis á caer aniquilado, rendido de la fatiga y muerto de sueño. Al fin os adormeceis. Vuestro enemigo os concede una tregua, está harto: el moscon hace gracia al león; el león puede dormir.

Al dia siguiente os despertais; ya es muy de dia, la primer cosa que veis, es vuestro infame mosquito agarrado á la cortina, con el cuerpo henchido y colorado con lo mas puro de vuestra sangre: experimentais un movimiento de deliciosa alegría, acercais la mano con precaucion, y le aplastais á lo largo de la pared como Hamlet á Polonio, pues está ebrio de tal modo que ni aun trata de huir. En este momento entra vuestro criado, os mira estupefacto y os pregunta que es lo que teneis en el ojo; os haceis traer un espejo, os mirais y no os conoceis: ya no sois vos mismo, sois una cosa monstruosa, una cosa como Vulcano, como Caliban, como Cuasimodo.

Felizmente yo llegaba á Italia en una buena estacion: los mosquitos se habian ya marchado, y las nieves no habian llegado todavía. No vacilé en abrir de par en par mi ventana: daba sobre el lago; raras veces he visto un espectáculo mas encantador.

La luna se alzaba detrás de Lugano en medio de una atmósfera tranquila y límpida, subía al horizonte como un globo de plata, á medida que subía iluminaba el paisaje con su pálida luz: en lontananza figuraba confusamente, en medio de objetos desconocidos y sin forma, á los que no podia yo dar un nombre, no sabiendo si eran nubes, montañas, aldeas ó vapores. Las montañas que costean el lago, se estendian entre mí y ella como un gigantesco biombo, cuyas cimas centelleaban cual si estuviesen coronadas de nieve, y cuyos costados y base cubiertas de sombra, descendian hasta el lago y oscurecian las olas, en las que se reflejaba: en cuanto á lo restante de la inmensa sábana clara y límpida, parecia un espejo de azogue; en medio del agua se levantaban, como tres puntos sombríos, las tres islas Borromeas, que destacándose á la vez sobre el cielo y sobre el agua, parecian negras nubes enclavadas sobre un fondo azul estrellado de oro.

Debajo de mi ventana se prolongaba, hasta el camino, un terrado cubierto de flores; bajé á él, á fin de gozar mas completamente de aquel espectáculo, y me hallé en un bosque de rosales, granados y naranjos: rompí maqui-

nalmente algunas ramas floridas, dejándome dominar de aquel sentimiento melancólico, que toda organizacion impresionable experimenta en medio de noche hermosa, tranquila y silenciosa; y cuya religiosa y solemne serenidad no viene á perturbar ningun humano ruido: en medio de aquella quietud de la naturaleza, me parecia que el tiempo, adormecido como los hombres, cesaba de andar, que la vida se detiene y reposa, que las horas de la noche dormitaban con las alas replegadas, que no se despertarían hasta el dia, y que solo entonces únicamente el mundo continuaria envejeciendo.

Permanecí casi una hora, todo entregado á aquel espectáculo, dirigiendo alternativamente mis ojos sobre el cielo y sobre la tierra, y sintiendo subir del lago una frescura nocturna y deliciosa. De el fondo de un grupo de árboles, cuyos pies se bañaban en el agua, y cuyas copas, poco elevadas, pero espesas, se destacaban sobre un fondo plateado, un pajarillo cantaba por intervalos como el ruiseñor de Julieta; el argentino sonido de su voz se detenía de repente al fin de un gorgorito, y como su canto era el único sonido que velaba, así que acababa de cantar todo volvía á quedar mudo en el silencio; diez minutos despues volvía á continuar su himno, sin motivo alguno para volverlo á empezar, como no lo habia tenido para interrumpirlo: aquella voz tenia un no sé qué de fresco, de nocturno y de misterioso, perfectamente acorde con la hora y con el paisaje: era una melodía que debia ser escuchada como yo la escuchaba, á la claridad de la luna, al pie de las montañas y á la orilla de un lago.

Durante un intervalo de silencio, distinguí el lejano rodar de un carruaje, que venia del lado de Domo d' Ossola, y me recordaba que habia otros seres mas que yo y el pajarillo que cantaba para Dios; en aquel momento volví á seguir su armoniosa plegaria, y no pensé mas que en escucharle: despues cesó su canto y oí de nuevo el ruido del carruaje mas cercano. Venia rápidamente, pero no tan rápidamente todavía que mi melodioso vecino no pudiese volver á comenzar su concierto; pero esta vez, apenas concluido, percibí al revolver del camino la silla de postas que distinguí por sus dos faroles brillantes en la oscuridad, y que avanzaba cual si hubiese tenido las alas de un dragon, cuyos ojos parecia tener. A doscientos pasos de la posada, el postillon se puso á chasquear estrepitosamente su látigo, para avisar su llegada: en efecto, oí algun movimiento en la cuadra, sobre la cual estaba mi cuarto: el carruaje se detuvo debajo del terrado en que me hallaba.

La noche estaba tan hermosa, tan dulce y tan estrellada, aunque estábamos ya al fin del otoño, que los viajeros habian bajado la capota de la carretela. Eran dos, un jóven y una jóven. La jóven envuelta en una capa,

tenía la cabeza caída y los ojos fijos en el cielo, sosteniéndola el joven en sus brazos. En aquel momento salió el postillon con los caballos y la criada de la posada con luces: las acercó á los viajeros, desde donde yo me hallaba oculto y escondido entre los naranjos y rosales que guarnecían el terrado, reconocí á Alfredo de N. y á Paulina.

A Paulina, pero tan cambiada de cuando la vi en Pfeffers, á Paulina tan moribunda, que no era mas que una sombra; el mismo recuerdo que me había pasado por la imaginación se presentó de nuevo. Yo había visto en otro tiempo á aquella muger bella y en la flor de su edad, hoy tan pálida, tan ajada: iba sin duda á buscar á Italia una atmósfera mas dulce, un aire mas vivificante y la eterna primavera de Nápoles ó de Palermo. No quisé contrariarla ofreciéndome á su vista, y sin embargo, deseaba que supiese que había alguno que rogaba por su vida. Tomé, pues, una tarjeta de mi bolsillo, y escribí detrás con mi lapicero. *Dios guarde á los viajeros, consuele á los afligidos, y cure á los dolientes.* Puse mi tarjeta en el ramillete que había cogido, y dejé caer el ramo sobre las rodillas de Alfredo, que se inclinó hácia el farol de su carruaje para examinar el objeto que de tal modo llegaba á él. Miró mi tarjeta, reconoció mi nombre, leyó mi plegaria, despues, buscando con los ojos dónde podía estar, y no descubriéndome, hizo con la mano un signo de agradecimiento y de despedida: y viendo los caballos enganchados, gritó al postillon: ¡adelante! El carruaje volvió á partir con la rapidez de una flecha, y desapareció á el primer ángulo del camino.

Escuché el ruido de sus ruedas hasta que se apagó, despues me volví hácia el lado donde cantaba el pájaro, pero esperé en vano.

Tal vez era el alma de aquella pobre niña, que había ya vuelto á subir al cielo.

LAS ISLAS BORROMEAS.

El siguiente día al despertarme vi á la luz del sol el paisaje que había entrevisto la víspera á la claridad de la luna; todos los detalles perdidos entre las masas de sombras, se me ofrecían distintamente á la luz del día; la isla Superior con su población de pescadores y bateleros, la isla Madre con su villa toda cubierta de verdura, la isla Bella, con su monton de columnas, sobrepuestas las unas á las otras, en fin, la orilla opuesta del lago donde van á terminar las montañas de los Alpes y

donde comienzan las llanuras de la Lombardia.

Hace ciento y cincuenta años aquellas islas no eran mas que rocas desnudas, cuando le ocurrió al conde Vitaliano Borromeo trasportar á ellas tierra, y mantener aquella tierra como en una caja por medio de paredes y estacas. Terminada aquella operacion sembró el noble principe aquel suelo ficticio de oro, como el Labrador siembra con grano, é hizo nacer allí árboles, poblaciones y palacios. Magnífico capricho del millonario que ha querido tener como Dios un mundo creado por él.

El mozo de la posada vino á avisarme que me esperaban dos cosas; mi desayuno y mi barca: me dirigí á lo mas urgente.

Me habían servido mi almuerzo en el comedor comun; como casi todos los comedores de Italia, estaba pintado de ocre amarillo con algunos arabescos, que representan pájaros y langostas, y tenia ademas un adorno particular bastante original para que lo pase en silencio. Era el retrato del dueño de la posada, el *signor Adami*, en traje de oficial de la guardia nacional piamentesa, llevando debajo el brazo un libro titulado: *Manual del teniente de infanteria*. Aquella inesperada sorpresa me causó gran placer; yo creía que semejantes muestras se hallaban únicamente en la calle de Saint-Denis.

Al primer bocado que tomé, cesó mi admiración y vi que era muy natural que el *signor Adami* se hubiese hecho retratar de oficial: era evidente que el teniente se ocupaba mucho mas de su compañía que el posadero de sus marmitones.

Este descubrimiento me desesperó tanto mas cuanto que estaba resuelto á permanecer ocho dias en Baveno. Pedí hablar á mi huésped á fin de explicarme inmediatamente con él sobre mi futuro alimento. Respondieron que estaba en Arona á asuntos del servicio. Bajé á mi barca, y di orden á los barqueros de conducirme á la isla de los Pescadores.

Quería adquirir la certidumbre de que podría proporcionarme pescado fresco todos los dias.

Resolví afirmativamente esta duda, y visité la isla con alguna tranquilidad.

Es una encantadora chanza que se parece en pequeño á un pueblo, y tiene casas, calles, una iglesia, un cura y monacillos.

Las redes, que forman la única riqueza de sus doscientos habitantes, se hallan estendidas delante de todas las puertas.

Nos reembarcamos y nos hicimos á la vela para la isla Madre. De lejos es una masa de verdura, en medio de una ancha taza de agua, está toda plantada de pinos, cipreses y plátanos. Sus espaldares están cubiertos de cidras, naranjos y granados: sus alamedas pobladas de faisanes, codornices y pintadas, resguardada por todos lados del frio y abriéndose como una flor á todos los rayos del sol, permanece siempre verde aun cuando las

montañas que la rodean blanqueen bajo las nieves del invierno. El guarda del palacio, me cortó una carga de cidras, naranjas y granadas que hizo llevar á mi barca. No había visto, lo confieso, sin inquietud por mi bolsillo, aquel exceso de hospitalidad, así es, que al volver á mi barca pregunté á mis marineros cuanto debía dar á mi *cicerone*; pero me dijeron que mediante tres francos se tendria por muy satisfecho. Dile cinco, en cambio de los cuales deseó á mi *Excelencia* toda suerte de felicidades. Bajo estos felices auspicios nos volvimos á poner en camino.

A medida que adelantábamos hácia la isla Bella, veíamos salir del seno del lago sus diez terrados sobrepuestos los unos á los otros. Esta es sino la mas bella de las islas de aquel pequeño archipiélago, á lo menos la mas curiosa. El mármol y el bronce, como tambien todo lo demas, está labrado al gusto del tiempo de Luis XIV: un bosque completo de árboles magníficos, un bosque de álamos y de pinos, esos gigantes de dulce murmullo que al menor viento hablan un poético lenguaje, que comprenden sin duda el aire y las olas, puesto que les responden en el mismo idioma, se levanta sobre arcos de piedra que bañan sus pies en el lago, pues la isla toda entera está encerrada en un inmenso círculo de granito, cual un naranjo en su caja.

Llegamos á ella, echamos pie á tierra en medio de un jardín de flores estrañas y preciosas, destinadas todas á establecer colonias de semillas y de tallares, bajo aquella feliz esposicion. Cada terrado es un platabanda ó bancal embalsamado de diferentes perfumes, en medio del cual domina siempre el del naranjo y poblado de dioses y de diosas. El último está coronado por un Pegaso y un Apolo. Toda aquella ninferia es de una rabiosa antigüedad llena de amaneramiento y mal gusto.

De los terrados, bajamos al palacio: es una verdadera *Villa Real* llena de frescura y de agua; hay galerias de enadros bastante notables: tres aposentos, en los cuales uno de los principes Borromeos ha dado hospitalidad al caballero Tempesta, que en un movimiento de celos, había matado á su muger, y de quien el reconocido artista se hizo un vasto album que ha cubierto de pinturas maravillosas: en fin, un palacio subterráneo, todo de conchas como la gruta de un río, y lleno de náyades con urnas vueltas hácia abajo, de las que corre abundantemente un agua fresca y pura.

Este piso da sobre el bosque, pues el jardín es un verdadero bosque lleno de sombra, á través del cual, por los claros, descubre la vista los sitios mas pintorescos del lago. Uno de los árboles que componen aquel bosque, es histórico: es un magnífico laurel grueso como el cuerpo de un hombre, y de una altura de sesenta pies. Tres dias antes de la batalla de Marengo comia un hombre bajo su sombra: en el intervalo del primer servicio al

segundo aquel hombre de corazon impaciente cogió su cuchillo y escribió en el árbol contra el cual estaba apoyado, la palabra *Victoria*: esta era entonces la divisa de aquel hombre que no se llamaba todavía mas que Bonaparte, y que por su desgracia se ha llamado mas tarde Napoleon.

No queda ya huella ni de una sola letra de aquella palabra profética: cada viagero que pasa, se lleva una particula de la corteza en que estaba escrita, y hace cada dia al laurel una herida mas profunda, de la que acabará por morir tal vez.

Al Norte del bosque encontré unas casitas de pescadores y de barqueros, en medio de las que se eleva una posada. El recuerdo de mi almuerzo, me hizo creer entonces haber hecho un buen hallazgo.

Hice despertar al posadero para informarme de cuanto me llevaria por pasar ocho dias en su casa, y me pidió una cosa como cien escudos. Me hubiera sido mas corto y mas barato el alquilar el palacio Borromeo al principe mismo: por consiguiente, le pedí perdona-se el haberle despertado, y le invité á que se volviese á acostar.

En su consecuencia volví á meterme en mi embarcacion, y mandé dirigir la proa hácia la posada del *Signor Adami*.

Por la tarde volví de Arona: fuera de su mania por la Guardia Nacional, que le he perdonado fácilmente despues, por comparacion con la de nuestros frenéticos de Paris, á quienes no conocia entonces como ahora, era un hombre excelente: pronto nos arreglamos respecto al precio por ocho dias; me dió un cuarto con ventanas al lago, saqué mis libros de la maleta y me instalé.

Hice en aquella pequeña posada, ante el pais mas hermoso del mundo, en medio de una atmósfera embalsamada, bajo un cielo azul, los mas malos artículos que jamás he enviado á la *Revista de ambos mundos*.

Se necesita para un trabajo feliz, cuatro paredes y no horizonte: cuanto mas grande es el paisaje, mas pequeño es el hombre.

Mi huésped era tan excelente muchacho, que no tuve valor para hacerle, durante aquellos ocho dias, ninguna observacion sobre el servicio de su posada, y me contenté al marchar, con sustituir al título del libro, que su esgrig guerrera llevaba debajo del brazo, el de otro mas comfortable: *Arte de cocina*.

Espero que se habrá aprovechado del aviso en pro de mis sucesores.

Mediante la cantidad de diez francos que dí á mis barqueros, y un viento favorable que Dios me envió gratis, en cuatro horas estuve en Arona.

LA ÚLTIMA ASCENSION.

Arona es una de las poblaciones mas encantadoras, entre las que dominan el Lago Mayor, y se detendria alli uno nada mas que por la perspectiva que se descubre desde las ventanas de la fonda, sino se sintiese mas poderosamente atraído por la curiosidad que inspira el coloso de San Carlos.

Porque en Arona fué donde nació, en 1538, el famoso arzobispo de Milan, el cardenal Borromeo, que por el uso que hizo de sus riquezas, con las cuales fundó establecimientos de beneficencia, y por la abnegacion con que espuso su vida en la peste de 1576, mereció en vida el titulo de santo, que fué ratificado despues de su muerte.

Así es que se ha apoderado de todos los recuerdos de la poblacion. Visité primero la iglesia donde se halla su sepulcro: aquel monumento es ya uno de esos templos de Italia coquetamente adornados, de los que Nuestra Señora de Loreto es una especie de copia, y que á nosotros, hombres del Norte, acostumbrados á las piedras grises de nuestras catedrales, nos parecen tan lujosos. Entré en él en el momento en que acababa de concluirse una misa de difuntos; llamé á un largo y delgado sacristan, que apagaba, con su apagador, una docena de bujías que ardian alrededor de un féretro vacío: me hizo señal de que inmediatamente que concluyese su tarea vendria: para no perder tiempo me puse á examinar algunos cuadros de Ferrari y de Appiani que guarnecen las capillas laterales; ni unos ni otros, aunque muy ponderados á los extranjeros, me parecieron gran cosa.

El sacristan habia apagado los cirios, se vino hácia mí y me llevó á una capilla subterránea en la que descansa el cuerpo de San Carlos Borromeo. Su esqueleto está recostado en una urna, revestido con sus ornamentos episcopales, con las manos cubiertas de guantes morados, la mitra en la cabeza, y una máscara de vermeil sobre la cara. Toda la capilla es de mármol negro, con adornos de plata maciza. En un pequeño armario al lado de la urna, se hallan encerradas á título de reliquias las sábanas ensangrentadas, sobre las cuales se hizo la autopsia del santo, muerto á la edad de cuarenta y seis años de una tisis pulmonal.

El arzobispo de Milan, es uno de los últimos santos canonizados por la corte de Roma. En 1610, veinte y seis años no mas despues de su muerte, Paulo V ratificando el culto general que se habia tributado á su sepulcro, le convirtió en altar: así es que en torno de aquella existencia casi contemporánea no se

encuentra ninguna de las antiguas leyendas del martirologio. Lo que fué un prolongado milagro, fué la misma vida de San Carlos: nacido en medio de los desórdenes civiles y religiosos, y viviendo en medio de la corrupcion de la prelatura italiana, fué el restaurador obstinado de la disciplina eclesiástica, de la cual dió él mismo el ejemplo por su austeridad. Durante sus estudios en Milan y en Pavia, como en otro tiempo en Atenas San Basilio y San Gregorio Nacianceno, no conoció otras calles que las dos que dirigian la una á la iglesia, y la otra á las escuelas públicas. A los doce años obtuvo una de las mas ricas abadías de Italia: era patrimonio de su familia: á los catorce un priorato que renunció en él el cardenal de Médicis su tío, al subir al trono pontifical bajo el nombre de Pio IV: en fin, á los veinte y tres años era cardenal.

Entonces fué cuando colmado de los mas ricos beneficios de la Lombardia, revestido de los primeros titulos de la gerarquía eclesiástica, y rodeado de aquellas seducciones mundanas á las que cedian en aquella época hasta los mismos soberanos pontífices, hizo tres partes de su hacienda, la una para los pobres, la segunda para la iglesia, y la tercera para su casa. Un desprendimiento tan grande y una vida tan cristiana le habian adquirido ya el amor de todos, cuando un acontecimiento añadió á aquel sentimiento el de respeto: un día que el santo prelado estaba en oracion en la capilla arzobispal, entró en la iglesia un asesino; este era un religioso de la orden de los humillados, orden cuyos excesos habia atacado San Carlos. Acercóse el asesino al oficiante, y en el momento en que se cantaba aquella antífona: *Non turbetur vestrum, neque formidet*, le tiró á quemaropa un arcabuzazo. San Carlos se cayó sobre sus manos por la conmocion, se levantó, y aunque se creia herido de muerte, ordenó que continuase el oficio divino, ofreciéndose por aquella vez en sacrificio á los fieles en lugar del Hijo de Dios. Terminado el oficio, se puso en pie San Carlos, y la bala detenida en sus ornamentos episcopales, cayó al suelo; aquel suceso fué considerado como un milagro.

Algun tiempo despues estalló la peste en Milan. San Carlos se trasladó inmediatamente allí con toda su casa, á pesar de las representaciones de su consejo, y permaneció durante seis meses en el centro del contagio, llevando á la cabecera de todos los moribundos abandonados por el arte, los consuelos de su palabra: entonces vendió aquella tercera parte de bienes que habia reservado para sí mismo, la capilla de oro y plata, y los vestidos, muebles, estatuas y cuadros: despues, cuando nada tuvo que dar á los pobres y moribundos, pensó en ofrecerse él mismo á Dios como una víctima espiatoria: do quiera donde el azote se mostraba mas cruel y encarniza-

do se presentaba con los pies descalzos, una soga al cuello, y la boca pegada á los pies de un crucifijo, rogando al Señor con lágrimas tomase su vida en cambio de la de aquel pueblo que de tal modo afligía. En fin, sea que hubiese llegado el término del azote ó que las oraciones del santo hubiesen sido oídas, la cólera de Dios volvió á subir al cielo.

Apenas salió de aquella larga prueba volvió Carlos á emprender el curso de su vida pastoral, pero Dios habia aceptado el sacrificio ofrecido: sus fuerzas se hallaban agotadas; se le declaró una tisis pulmonal, y en la noche del 3 al 4 de noviembre de 1584 el santo envidio terminó su laboriosa carrera.

Cinco años despues los habitantes de las orillas del lago, unidos á la familia de San Carlos, le votaron una estatua colosal, cuya ejecucion se confió al célebre Cerani: se abrió un plano en un cerro inmediato á la poblacion, donde se elevó un pedestal de treinta y cuatro pies, y sobre aquella esplanada y aquel pedestal, se colocó la estatua del santo; esta estatua tiene noventa y seis pies de altura.

Quería el sacristan enseñarme aquella maravilla, y yo por mi parte no deseaba menos el visitarla: nos pusimos en camino, y desde lejos divisamos al santo obispo dominando el lago, teniendo su libro debajo del brazo, y dando con la otra mano la bendicion episcopal á la ciudad en que habia nacido.

Las proporciones de aquella estatua están tan en armonía con las gigantescas montañas sobre las que se destaca, que á primera vista y á cierta distancia parece solo de una estatura regular, y solo al irse aproximando crece y se agranda desmesuradamente, y todas sus partes toman proporciones reales y verdaderas. En tanto que estaba ocupado en examinar el coloso, en uno de cuyos dedos acababa de posarse un cuervo, cuya magnitud parecia apenas la de un gorrión, el sacristan apoyó una inmensa escalera contra el pedestal, y subiendo los tres ó cuatro primeros escalones me invitó á seguirle.

El lector sabe mi poca afición á las ascensiones aéreas, por lo tanto, no se admirará de que antes de aventurarme á seguirle, preguntase á donde iba. Iba á la cabeza de San Carlos.

Por muy curiosa que pareciese aquella visita interior, sentía yo muy pocos deseos de hacerla: aquella escalera larga y flexible, que debia llevarme á un pedestal sin barandilla, me parecia un camino bastante espuesto para un viajero tan propenso á los mareos como yo. Además, llegado al pedestal, no me hallaba mas que á la cuarta parte de mi ascension, y no veía de ninguna manera con que máquina podria llegar al término indicado. Hice esta observacion á mi sacristan, que me enseñó bajo un pliegue del manto de la estatua, una especie de abertura que daba entra-

da al interior: me dijo, que encontraría allí una escalera sumamente cómoda; todo el embarazo estaba en trepar hasta la plataforma del pedestal: hice todavía algunas observaciones sobre los riesgos del camino; pero mi guía conociendo que yo desmayaba, insistió con nueva fuerza. Entonces la vergüenza me impidió retroceder donde este sacristan caminaba tan firme, le hice seña de que continuase subiendo y le seguí tan de cerca, que llegamos casi al mismo tiempo al pedestal. Ya era tiempo: las montañas, la poblacion y el lago comenzaban á dar vueltas de un modo desordenado: tanto que no tuve tiempo mas que para cerrar los ojos, agarrarme á un paño del vestido del santo, y sentarme en el dedo pequeño de su pie izquierdo. Gracias á este asiento mas tranquilo, sentí muy pronto calmarse el zumbido de mis oídos, adquirí la conviccion de la inmovilidad de la base sobre que descansaba, y conociendo que habia vuelto á tomar mi centro de gravedad, me aventuré á volver á abrir los ojos. Encontré las montañas, el lago y la poblacion en su sitio acostumbrado: nada faltaba sino el sacristan, miré hácia todos lados; pero habia desaparecido completamente: le llamé, no me respondió. Decididamente aquel hombre habia sido creado y venido al mundo para hacerme rabiar.

Me puse á buscarle, pensando que trataba de jugar al escondite y que lo hallaría oculto en algun pliegue del ropaje de aquel bronce colosal; y comencé en consecuencia á dar vueltas alrededor de la estatua: la cosa era fácil sobre los lados; pero al dar la vuelta me encontré con la cola de su traje arzobispal y fué necesario aventurarme sobre sus arrugas, que cubrian el pedestal. En fin, tan pronto colgándome de las manos, tan pronto andando de pies, tan pronto arrastrándome á gatas, llegué á pasar sin accidente alguno aquel mar de bronce y poner por fin el pie en su orilla de granito. No me habia engañado: ni perillu me esperaba á la mitad del camino de una escalera de cuerda que se introducía por bajo un paño del vestido del santo y conducía á lo interior de la estatua. Púsose á reír al verme, gozoso de la chanza que me habia dado, chanza que sospecho renueva cada vez que un viajero inocente tiene la imprudencia de seguirle. En efecto, bien hubiese podido haber colocado desde luego la escalera de madera frente de la de cuerda; pero parece que descaba hacerme en todos sus detalles los honores de su arzobispo; jamás he visto un eclesiástico mas travieso ni menos penetrado de la dignidad de su traje.

Por lo demas, no le manifesté rencor alguno por su buen humor, antes me aproximé á él muy contento, y tomándolo á broma me agarré á él por una pierna.

Entonces comenzó nuestra segunda ascension, que aunque de ocho ó diez pies única-

mente, no era la más cómoda; sin embargo, salté de ella muy bien, gracias al punto de apoyo que me había proporcionado, y á pocos instantes me hallaba ya en el interior del santo.

Mi primer cuidado fué buscar por todos lados, á la luz que venía de lo alto, la prometida escalera; pero entonces fué cuando comprendí el lazo en que me había hecho caer el solo y único medio de ascension que había era una especie de escala formada por una multitud de barras de hierro, atravesadas como los palos de una jaula, y destinadas á sostener aquella enorme masa. Mi aturdimiento me hizo soltar la presa; apenas hube comedido aquella imprudencia, cuando mi sacristán saltó sobre el primer travesaño, y trepó de barra en barra como una ardilla por las ramas de un árbol. Entonces me dió rabia por haber sido de tal manera burlado por una especie de rata de iglesia, de modo que olvidé mareos y vértigos, y me puse á perseguirle con menos destreza pero con más fuerza; ya iba á alcanzarle cuando desapareció segunda vez en una especie de caverna, que abría sobre nuestro camino una sombría boca de veinte pies de elevacion y cinco ó seis de latitud. Como no sabía yo á donde iba á parar, me paré y me puse á caballo sobre mi barra de hierro, para guardar la entrada, resuelto á atraparle á su salida y á no soltarle más.

Á fuerza de mirar en aquel abismo, mis ojos se acostumbraron á la oscuridad. Entonces divisé á mi guía, á quien no sabía ya que nombre dar, pues tentado estaba de creerle alguno de aquellos seres fantásticos, de que nos habla Hoffmann, paseándose tranquilamente por una especie de corredor en cuesta, y haciéndose aire voluptuosamente con su pañuelo. Desde que vió que yo le había descubierto:

—¿Y bien? me dijo: ¿no venis á descansar un instante? estamos á la mitad del camino.

Á la vez me ofrecía una cosa buena y me daba una noticia excelente, así sentí mi cólera desvanecerse para dar lugar á la curiosidad. Nuestro viage, fuera de las dificultades, que comenzaban á parecerme menos insuperables, tenía cierta originalidad. Adopté pues el partido de considerarle bajo el punto de vista instructivo y pintoresco, y en su consecuencia me agarré á la barra que estaba encima de mí, puse el pie izquierdo en la que me servía de caballo y salté con el pie derecho al hoyo, en que me aguardaba mi compañero de gimnástica.

—¿Dónde diablos estamos? le dije despues de haber tratado en vano de darme cuenta de las localidades.

—¿Dónde estamos?

—Sí.

—Estamos en el libro de San Carlos.

—¡Toma! ¡toma! ¡toma!

En efecto, aquel misal que desde abajo me

había parecido un tomo en folio regular, tenía veinte pies de altura, diez de longitud y cinco de ancho.

Descansé un instante apoyado contra su encuadernacion de bronce, despues arrastrado por la curiosidad pedí el primero á mi guía continuar el viage.

Como he dicho, comenzaba á hacerme á las dificultades del camino, y así es que llegué muy pronto á la abertura practicada en la espalda del santo, que tiene la dimension de una ventana ordinaria y se abre hácia el camino que había yo seguido aquella misma mañana al venir de Baveno. Detiveme, pues, un solo instante para contemplar el paisaje, y continué despues mi camino. En cuanto al sacristán, había ya llegado arriba hacia mucho tiempo, y yo como los desolladores en lo alto de las chimeneas, le oía sin verle, cantar su cántico de gracias. Lo que me impedía descubrirle, era la estrechez del camino, producida por el cuello de la estatua: pasado este me encontré, al salir de la larínge, en una inmensa cúpula iluminada por dos aberturas que corresponden á las de las orejas del santo, en medio de las cuales mi sacristán, con las piernas colgando, estaba irreligiosamente sentado en la nariz de San Carlos.

Ademas debo hacerle esta justicia, que apenas me presenté, me ofreció su lugar; pero como yo soy más respetuoso para las cosas santas que muchos que viven de ellas, lo rehusé sin decirle el motivo de mi negativa, que de seguro no hubiera comprendido.

Entonces me contó no sé qué comida de doce cubiertos que se había dado en la cabeza del arzobispo; los cocineros estaban en el libro, y los criados en el brazo derecho. Todo esto se parecía mucho á la historia de Gulliver en la isla de los gigantes.

Viendo que me negaba obstinadamente á sentarme en las narices de San Carlos, me invitó á mirar por su oreja izquierda, esto era ya otra cosa, y no oía á sacrilegio, por lo que no puse dificultad en pasar mi cabeza por el *Was ist das*.

Mi sacristán tenía razon, porque desde allí se descubre una magnífica vista: en el primer término el lago azul como el cielo y terso como un espejo; en el segundo las colinas cubiertas de viñas y el palacio de Angera con troneras, y despues en lontananza prolongándose entre los Apeninos y los Alpes las llanuras de la Lombardia que se dilatan hasta Venecia, y van á morir sobre las arenas del Lido. Quedé verdaderamente maravillado y como en éxtasis.

Volví á bajar al cabo de una hora sin pensar en el peligro del camino: llegado á lo bajo del pedestal me preguntó el sacristán si estaba aun enfadado con él, y le respondí poniéndole en la mano cinco francos.

Mediante aquella retribucion se encargó de buscarme un barco, de modo, que en la

tarde misma llegué á Sexto-Calende, que es segun creo la primera poblacion del reino Lombardo-Veneto.

Encontré la posada toda revuelta: hacia ocho dias que un viagero francés había llegado á ella en posta con una jóven tan enferma que no había podido llegar á Milan: se habían visto forzados á detenerse en Sexto. Inmediatamente el jóven había enviado un correo á Milan con órden de traer á toda costa al doctor Scarpa. Desgraciadamente el doctor Scarpa estaba moribundo, y había destinado uno de sus profesores, el cual al llegar halló á la enferma sin esperanza de vida. Dos dias despues había muerto de una afeccion crónica del estómago y había sido enterrada aquella misma mañana. El jóven despues de haberla tributado los últimos deberes había vuelto al instante á salir para Francia.

Había habido una circunstancia singular. En Italia se entierran los cadáveres en las iglesias en una huesa comun, cuya piedra se levanta á cada nuevo viagero que envia la muerte á su morada: aquella costumbre había repugnado al marido, hermano ó amante de la difunta, porque no se sabía que vínculos los unian. En su consecuencia había comprado una casa con jardín, el que había hecho bendecir, enterrando en él en medio de las flores y á la sombra de los naranjos y adelfas á su misteriosa compañera. En cuanto á su sepulcro era una simple piedra de mármol con un nombre encima.

Como la noche estaba hermosísima, pregunté sino se me podía acompañar á aquel jardín; el posadero me dió un guía, echó á andar delante de mí y lo seguí.

La casa comprada por mi compatriota, se hallaba situada fuera de la aldea, sobre una pequeña colina desde donde se descubre una parte del lago: los antiguos propietarios, que se habían reservado tres meses de término para desocuparla, me hicieron entrar sin dificultad en aquel jardín que se había convertido en cementerio. Hice señal con la mano de que deseaba me dejasen solo, y como no tengo trazas de profanador de sepulcros, consintieron en ello.

Al principio caminé á la ventura por aquel pequeño jardín tan embalsamado, luego descubrí un grupo de limoneros hácia los que encaminé mis pasos: á medida que adelantaba, veía resaltar bajo su sombra la blancura de una piedra, y pronto reconocí que la forma de aquella piedra era la de un sepulcro, al que me aproximé, y bajándome á la luz de un rayo de la luna que se desprendía por entre los árboles que le daban sombra, leí esta sola palabra: *Paulina* (4).

(4) Un día publicaré probablemente la historia de esta misteriosa jóven, que se me apareció tres veces corriendo hácia esta tumba, donde debía al fin abismarse para siempre; pero en este momento me lo vedan todavía algunas consideraciones sociales.

Á la mañana siguiente el mozo de la posada, que yo había enviado al correo con mi pasaporte, me trajo una carta que me obligó á salir inmediatamente para Francia. Cinco dias despues me hallaba ya en Paris.

Como no conocía de la Italia sino lo que había visto por la oreja de San Carlos Borromeo, hice al dejarla voto de volver á ella. Este voto es el que acabo de cumplir.

Sea esto dicho de paso para aquellos de mis lectores que tengan valor de seguirme en una nueva peregrinacion.

EPILOGO

Á fines de 1833, mi criado, á quien sin duda no le gustaban las boardillas de la calle de San Lázaro, me dijo tantas veces que mi habitacion no era á propósito para mí, que le dije al fin una noche que decía bien, y que estaba pronto á mudarme siempre que él se encargase de buscarme otra, y de verificar la mudanza de mis muebles, sin que tuviese yo que ocuparme de nada.

El dia siguiente por la mañana oí una grande disputa en mi comedor, me eché una bata y salí á ver qué era aquello. José disputaba con un mozo sobre el precio de la mudanza de mis cuadros y de algunos otros muebles. Al verme este último apeló á mi conciencia, y me preguntó si veinte y cinco francos era demasiado por el transporte de mis cuadros, mis libros y mis curiosidades á la calle Bleu, núm. 30.

—Parece, dije á José, que prefiero la calle Bleu á la de San Lázaro.

—Sí, señor, me respondió; y habeis alquilado en ella esta mañana un cuarto principal que solo cuesta cien francos mas que este, que es un tercero.

—Bien está, pero te has de enterar el por qué se escribe la calle Bleu sin e (*Bleue*, azul).

—Sí, señor.—Volví á entrar en mi cuarto, y me metí otra vez en la cama.

—Ya ves, dijo Francisco, que á vuestro amo no le parece esto tan caro.

—Bien está, tendrás tus veinte y cinco francos, pero te encargarás de saber por qué se escribe la calle de Bleu sin e.

—¿Y á quién se lo he de preguntar?

—Esó tú lo verás.

—Entonces procuraré averiguarlo, dijo Francisco.

El final de este diálogo me afirmó en una idea que me había ocurrido hacia tiempo, y es que José hacía lustrar mis botas por el por-

mente, no era la más cómoda; sin embargo, salté de ella muy bien, gracias al punto de apoyo que me había proporcionado, y á pocos instantes me hallaba ya en el interior del santo.

Mi primer cuidado fué buscar por todos lados, á la luz que venía de lo alto, la prometida escalera; pero entonces fué cuando comprendí el lazo en que me había hecho caer el solo y único medio de ascension que había era una especie de escala formada por una multitud de barras de hierro, atravesadas como los palos de una jaula, y destinadas á sostener aquella enorme masa. Mi aturdimiento me hizo soltar la presa; apenas hube comedido aquella imprudencia, cuando mi sacristán saltó sobre el primer travesaño, y trepó de barra en barra como una ardilla por las ramas de un árbol. Entonces me dió rabia por haber sido de tal manera burlado por una especie de rata de iglesia, de modo que olvidé mareos y vértigos, y me puse á perseguirle con menos destreza pero con más fuerza; ya iba á alcanzarle cuando desapareció segunda vez en una especie de caverna, que abría sobre nuestro camino una sombría boca de veinte pies de elevacion y cinco ó seis de latitud. Como no sabía yo á donde iba á parar, me paré y me puse á caballo sobre mi barra de hierro, para guardar la entrada, resuelto á atraparle á su salida y á no soltarle más.

Á fuerza de mirar en aquel abismo, mis ojos se acostumbraron á la oscuridad. Entonces divisé á mi guía, á quien no sabía ya que nombre dar, pues tentado estaba de creerle alguno de aquellos seres fantásticos, de que nos habla Hoffmann, paseándose tranquilamente por una especie de corredor en cuesta, y haciéndose aire voluptuosamente con su pañuelo. Desde que vió que yo le había descubierto:

—¿Y bien? me dijo: ¿no venis á descansar un instante? estamos á la mitad del camino.

Á la vez me ofrecía una cosa buena y me daba una noticia excelente, así sentí mi cólera desvanecerse para dar lugar á la curiosidad. Nuestro viage, fuera de las dificultades, que comenzaban á parecerme menos insuperables, tenía cierta originalidad. Adopté pues el partido de considerarle bajo el punto de vista instructivo y pintoresco, y en su consecuencia me agarré á la barra que estaba encima de mí, puse el pie izquierdo en la que me servía de caballo y salté con el pie derecho al hoyo, en que me aguardaba mi compañero de gimnástica.

—¿Dónde diablos estamos? le dije despues de haber tratado en vano de darme cuenta de las localidades.

—¿Dónde estamos?

—Sí.

—Estamos en el libro de San Carlos.

—¡Toma! ¡toma! ¡toma!

En efecto, aquel misal que desde abajo me

había parecido un tomo en folio regular, tenía veinte pies de altura, diez de longitud y cinco de ancho.

Descansé un instante apoyado contra su encuadernacion de bronce, despues arrastrado por la curiosidad pedí el primero á mi guía continuar el viage.

Como he dicho, comenzaba á hacerme á las dificultades del camino, y así es que llegué muy pronto á la abertura practicada en la espalda del santo, que tiene la dimension de una ventana ordinaria y se abre hácia el camino que había yo seguido aquella misma mañana al venir de Baveno. Detiveme, pues, un solo instante para contemplar el paisaje, y continué despues mi camino. En cuanto al sacristán, había ya llegado arriba hacia mucho tiempo, y yo como los desolladores en lo alto de las chimeneas, le oía sin verle, cantar su cántico de gracias. Lo que me impedía descubrirle, era la estrechez del camino, producida por el cuello de la estatua: pasado este me encontré, al salir de la larínge, en una inmensa cúpula iluminada por dos aberturas que corresponden á las de las orejas del santo, en medio de las cuales mi sacristán, con las piernas colgando, estaba irreligiosamente sentado en la nariz de San Carlos.

Ademas debo hacerle esta justicia, que apenas me presenté, me ofreció su lugar; pero como yo soy más respetuoso para las cosas santas que muchos que viven de ellas, lo rehusé sin decirle el motivo de mi negativa, que de seguro no hubiera comprendido.

Entonces me contó no sé qué comida de doce cubiertos que se había dado en la cabeza del arzobispo; los cocineros estaban en el libro, y los criados en el brazo derecho. Todo esto se parecía mucho á la historia de Gulliver en la isla de los gigantes.

Viendo que me negaba obstinadamente á sentarme en las narices de San Carlos, me invitó á mirar por su oreja izquierda, esto era ya otra cosa, y no oía á sacrilegio, por lo que no puse dificultad en pasar mi cabeza por el *Was ist das*.

Mi sacristán tenía razon, porque desde allí se descubre una magnífica vista: en el primer término el lago azul como el cielo y terso como un espejo; en el segundo las colinas cubiertas de viñas y el palacio de Angera con troneras, y despues en lontananza prolongándose entre los Apeninos y los Alpes las llanuras de la Lombardia que se dilatan hasta Venecia, y van á morir sobre las arenas del Lido. Quedé verdaderamente maravillado y como en éxtasis.

Volví á bajar al cabo de una hora sin pensar en el peligro del camino: llegado á lo bajo del pedestal me preguntó el sacristán si estaba aun enfadado con él, y le respondí poniéndole en la mano cinco francos.

Mediante aquella retribucion se encargó de buscarme un barco, de modo, que en la

tarde misma llegué á Sexto-Calende, que es segun creo la primera poblacion del reino Lombardo-Veneto.

Encontré la posada toda revuelta: hacia ocho dias que un viagero francés había llegado á ella en posta con una jóven tan enferma que no había podido llegar á Milan: se habían visto forzados á detenerse en Sexto. Inmediatamente el jóven había enviado un correo á Milan con órden de traer á toda costa al doctor Scarpa. Desgraciadamente el doctor Scarpa estaba moribundo, y había destinado uno de sus profesores, el cual al llegar halló á la enferma sin esperanza de vida. Dos dias despues había muerto de una afeccion crónica del estómago y había sido enterrada aquella misma mañana. El jóven despues de haberla tributado los últimos deberes había vuelto al instante á salir para Francia.

Había habido una circunstancia singular. En Italia se entierran los cadáveres en las iglesias en una huesa comun, cuya piedra se levanta á cada nuevo viagero que envia la muerte á su morada: aquella costumbre había repugnado al marido, hermano ó amante de la difunta, porque no se sabía que vínculos los unian. En su consecuencia había comprado una casa con jardín, el que había hecho bendecir, enterrando en él en medio de las flores y á la sombra de los naranjos y adelfas á su misteriosa compañera. En cuanto á su sepulcro era una simple piedra de mármol con un nombre encima.

Como la noche estaba hermosísima, pregunté sino se me podía acompañar á aquel jardín; el posadero me dió un guía, echó á andar delante de mí y lo seguí.

La casa comprada por mi compatriota, se hallaba situada fuera de la aldea, sobre una pequeña colina desde donde se descubre una parte del lago: los antiguos propietarios, que se habían reservado tres meses de término para desocuparla, me hicieron entrar sin dificultad en aquel jardín que se había convertido en cementerio. Hice señal con la mano de que deseaba me dejasen solo, y como no tengo trazas de profanador de sepulcros, consintieron en ello.

Al principio caminé á la ventura por aquel pequeño jardín tan embalsamado, luego descubrí un grupo de limoneros hácia los que encaminé mis pasos: á medida que adelantaba, veía resaltar bajo su sombra la blancura de una piedra, y pronto reconocí que la forma de aquella piedra era la de un sepulcro, al que me aproximé, y bajándome á la luz de un rayo de la luna que se desprendía por entre los árboles que le daban sombra, leí esta sola palabra: *Paulina* (4).

(4) Un día publicaré probablemente la historia de esta misteriosa jóven, que se me apareció tres veces corriendo hácia esta tumba, donde debía al fin abismarse para siempre; pero en este momento me lo vedan todavía algunas consideraciones sociales.

Á la mañana siguiente el mozo de la posada, que yo había enviado al correo con mi pasaporte, me trajo una carta que me obligó á salir inmediatamente para Francia. Cinco dias despues me hallaba ya en Paris.

Como no conocía de la Italia sino lo que había visto por la oreja de San Carlos Borromeo, hice al dejarla voto de volver á ella. Este voto es el que acabo de cumplir.

Sea esto dicho de paso para aquellos de mis lectores que tengan valor de seguirme en una nueva peregrinacion.

EPILOGO

Á fines de 1833, mi criado, á quien sin duda no le gustaban las boardillas de la calle de San Lázaro, me dijo tantas veces que mi habitacion no era á propósito para mí, que le dije al fin una noche que decía bien, y que estaba pronto á mudarme siempre que él se encargase de buscarme otra, y de verificar la mudanza de mis muebles, sin que tuviese yo que ocuparme de nada.

El dia siguiente por la mañana oí una grande disputa en mi comedor, me eché una bata y salí á ver qué era aquello. José disputaba con un mozo sobre el precio de la mudanza de mis cuadros y de algunos otros muebles. Al verme este último apeló á mi conciencia, y me preguntó si veinte y cinco francos era demasiado por el transporte de mis cuadros, mis libros y mis curiosidades á la calle Bleu, núm. 30.

—Parece, dije á José, que prefiero la calle Bleu á la de San Lázaro.

—Sí, señor, me respondió; y habeis alquilado en ella esta mañana un cuarto principal que solo cuesta cien francos mas que este, que es un tercero.

—Bien está, pero te has de enterar el por qué se escribe la calle Bleu sin *e* (*Bleue*, azul).

—Sí, señor. —Volví á entrar en mi cuarto, y me metí otra vez en la cama.

—Ya ves, dijo Francisco, que á vuestro amo no le parece esto tan caro.

—Bien está, tendrás tus veinte y cinco francos, pero te encargarás de saber por qué se escribe la calle de Bleu sin *e*.

—¿Y á quién se lo he de preguntar?

—Esó tú lo verás.

—Entonces procuraré averiguarlo, dijo Francisco.

El final de este diálogo me afirmó en una idea que me había ocurrido hacia tiempo, y es que José había lustrar mis botas por el por-

tero y hacer los recados por Francisco, y que el único trabajo que le costaba esta parte de mi servicio, era el añadir á la cuenta del mes quince francos de portes de cartas que yo no habia recibido.

Seguramente que es muy incómodo el verse uno robado por su ayuda de cámara, máxime cuando le tiene á uno por un imbécil, lo que le lleva naturalmente á faltar al respeto, pero es todavía mas desagradable el mudar de un rostro al que está habituado uno por otro, al cual no se hace uno tal vez. Es preciso á lo menos un año para levantar la máscara que encubre una cara nueva, y eso aun suponiendo que no se tenga otra cosa en que ocuparse.

Por desgracia para mi bolsillo, y felizmente para José, me hallaba yo ocupado en aquel momento en otra cosa, que creo era el *Angelo*. Resolví, pues, continuar dejándome robar.

Acababa de tomar esta resolución cuando oí una nueva disputa en la antesala.

—El señor no está, dijo José.

—¡Oh! bien lo sé, contestaba una voz que no me era desconocida, ya me habian advertido de que en Paris nadie estaba jamás en casa.

—El señor ha salido.

—¿Salido á las ocho? Eso seria bueno allá en nuestras montañas, pero en esta grande ciudad cuando se ha salido tan de mañana, es señal de que no se ha vuelto aun.

—Mi amo no pasa jamás la noche fuera de casa, dijo sécamente José, que trataba de conservarme una reputacion virginal.

—No lo digo por ofenderle, pero eso no se opondrá á que si él supiese que estoy aquí, me recibiría inmediatamente.

—Si quereis dejar vuestro nombre, continuó José, se lo daré á mi amo cuando vuelva.

—¡Oh! que si que le dejaré mi nombre, y cuando sepa que estoy en Paris, me enviará á buscar corriendo.

—¿Y dónde vivís? dijo José, que comenzaba á tener miedo.

—En la Carrera de la Villette, porque allí es mas barato que en el centro.

—¿Y cómo os llamais? añadió José cada vez mas inquieto.

—Gabriel Payot.

—¿Gabriel Payot de Chamouny? exclamé yo desde mi cama.

—¡Eh! embustero, bien sabia yo que estaba en casa....

—Si, si, de Chamouny, y que viene ademas á veros y traer una carta de Jaime Balmat, por sobrenombre Mont-Blanc.

—Entrad, querido, entrad.

—¡Ah! exclamó Payot.

José abrió la puerta y anunció al señor Gabriel Payot de Chamouny.

Payot le miró incomodado para ver si se burlaba de él, pero viendo que José cerraba la puerta con toda cortesía, me buscó con la vista y me vió en mi cama.

—¡Oh! ¡perdon! dispensad, me dijo.

—No hay de que, amigo mio: ¿qué buena suerte os ha traído por aquí?

—¡Oh! voy á deciroslo todo.

—Comenzad por tomar una silla.

—No estoy cansado, gracias.

—No le hace, sentaos; esto es aquí la costumbre.

—Ya que os empeñais absolutamente en ello....

—Aquí, aquí; y le señalé una silla inmediata á mi cama, ¿conocéis este reloj, Payot?

—¿Qué si lo conozco! yo lo creo; ha dado mas que hacer á mi primo Pedro que lo que tiene de grueso. ¿Va bien?

—Siempre, á menos que no me olvide de darle cuerda.

—Yo tenia tambien uno ¡oh! pero que era como cuatro veces este, un reloj de Ginebra: un dia que me hallaba algo achispado, le di una vuelta de mas á la llave y saltó el muelle real; lo llevé sin decir nada á mi muger, al herrero de Chamouny, que es listo como un mono y hace asadores y... mirad... lo mismo está que estaba; desde entonces jamás ha vuelto á andar bien.

—¿Y con qué motivo habeis venido á Paris, mi buen Payot?

—¡A Paris! ¡no! ¡no! vengo de Londres.

—¿De Londres! ¿y qué habeis ido á hacer á Londres?

—Primero es necesario os diga que el año pasado vino despues que vos á Chamouny un inglés: es una suerte, ya lo sabeis; tanto mejor para el pueblo, porque pagan bien. Esto no es decir que los franceses no paguen ¡oh! ¡pagan tan bien! ademas los precios son iguales para todo el mundo; pero nosotros preferimos á los franceses por que hablan saboyardo: habeis de saber que vino é hizo el mismo camino que vos, sin mas diferencia de que fué al jardin, al que no quisisteis ir, y á fe que hicisteis mal, porque cuando se ha ido á él se puede decir.... he estado en él. Habeis de saber que me dijo: ¿Quién es el último á quien has acompañado?—¡Ah! á fé mia, le respondi, es un excelente jóven. Perdonad señor, pues aunque no estábais, yo dije lo que pensaba; ademas sabeis cuanto os amamos allí todos. Aquí teneis vuestros certificados: y recordareis de que me disteis tres, uno en inglés, otro en italiano y otro en francés.

—Me acuerdo perfectamente.

—¡Oh! pero ahora entra lo bueno, ya vereis: habeis de saber que me dijo: si quieros darme uno de estos tres certificados por veinte francos, yo te lo compro.

—¿Quereis, por ventura, haceros guia? le dije yo, es un maldito oficio: vaya, vaya, vale mas ser milord.

—No, me respondió; pero estoy haciendo una coleccion de *Ortógrafos*.

—¡Oh! en cuanto á ortografía no falta en ellos: son de un autor. Pues señor, sacó de

su bolsillo los veinte francos, y yo los tomé. Hice bien, ¿no es esto? aquello no valia seguramente mas de veinte francos ¿no es verdad?

—Ni siquiera veinte sueldos.

—Asi lo calculé yo; pero ¡son tan brutos esos ingleses! habeis de saber, que al llegar al huerto, vimos dos gamos que echaron á huir: mera casualidad; pero eso no quita que el inglés no se pusiese muy contento.

—¿Áspita! dijo, he ahí dos animales por los cuales daria de muy buena gana dos mil francos, si pudiese llevármelos á mi parque.

—Por menos podeis tenerles, respondi yo.

—¿De veras?

—Ciertamente.

—Pues ahí tienes mi nombre, y las señas de mi casa en Londres, añadió dándome un papelito chiquito y muy fino. Si me presentas dos gamos, no me desdigo de mi palabra.

—Tocadla, dije yo, alargando mi mano.

—¿Quiereis que te haga un papel de obligacion formal?

—No, señor, no, dadme la mano y me basta. Y asi sucedió. Quedó hecho el trato, con solo la diferencia de que al separarnos, despues de tres dias, en vez de darme veinte y siete francos, á razon de nueve diarios por mi y por el mulo, me dió ciento. Pero volvamos al cuento de los gamos. Esta primavera me acordé del inglés, y como yo conozco y sé donde están las madrigueras, con poco trabajo cogi dos gamitos hermosísimos, macho y hembra. Eran muy chiquitines, y como apenas veian, les dábamos leche en un biberon como á los niños. Dios me lo perdone, pues no puede menos de ser malo; mi hija es la que los ha criado, mi hija, ¿os acordais? estaba preñada y ya debe haber parido. Sin duda me esperarán para el bautizo. Pues señor, cuando los gamitos tuvieron tres meses, yo que no habia perdido el papelito del inglés, le dije á mi muger:

—Tengo necesidad de ir á Londres.

Juzgad qué cara pondria al oirme.

—¿Y qué tienes que hacer en Londres?

—Entregar estos dos animalitos que valen nada menos que dos mil francos.

—Tu estás borracho, respondi mi muger: pero yo la dejé hablar, y bajando al corral, armé una jaula vieja, saqué el carreton del cobertizo, y colocando los gamos en la jaula, la jaula en el carreton y el carreton detrás del mulo le pregunté al maestro de escuela cuál era el camino de Londres. Me dijo que al llegar á Sallanche volviere á mano derecha, asi que estuviese en Lion á la izquierda, y que en Paris hasta los niños me enseñarian el camino. Efectivamente aquí me dijeron que siguiendo el curso del Sena llegaria al Havre.

—¿Y partisteis sin haber hecho mas pactos con el inglés?

—Si el pacto estaba ya hecho desde que me habia apretado mi mano en la suya.... pero ahora entra lo mejor de la historia. Vereis que

al llegar al Havre era ya noche; el amo de la posada á donde fui, me preguntó á dónde iba, y yo le respondi que á Londres. El dia siguiente cuando yo iba á enganchar el mulo, entró un jóven con un sombrero de alas anchas y muy reluciente, con chaqueta azul y pantalon blanco que me dijo:

—¿Sois el que vá á Londres?

—Si.

—Y bien, ¿quereis que yo le pase?

—¿Por dónde?

—Por la Mancha.

—A otro perro con ese hueso.... y apretando la cincha al mulo, le di con el látigo y ¡arre! Digame el camino de Londres, y déjese de bromas, le dije al jóven.

—Siempre recto, me respondió, y vino siguiéndome, hasta que al cabo de un medio cuarto de hora me encontré sin camino. Pregunté en dónde estaba, y me respondieron que en el puerto.

—¿Y Londres, en dónde está? exclamé yo.

—Al otro lado del mar.

—¿Y por qué puente se pasa?

El jóven del sombrero soltó una carcajada.

No era esto lo tratado, me dije á mi mismo; el inglés no me dijo si habia de pasar el mar, y yo no soy marinero. Tenia yo un corage entonces, que me hubiera destrozado los puños. No hay mas remedio, es preciso volvernos, dije yo mirando á mi mulo, y cuando retrocedia vi al posadero que estaba en el umbral de su puerta.

—¡Hola! me dijo: ¿ya estais de vuelta?

—Si, si, ya sois bueno, ¿por qué no me habeis dicho que para ir á Londres era necesario pasar el mar?—y se echó á reir ¡bríbon! añadió yo.

—Como os he visto marcharos con un marinero del vapor....

—¿Quién? ¿el del sombrero?

—Si, y á fé que es un excelente muchacho. Vamos, vamos, entrad y beberéis una botella de cidra.—¿Sabeis lo que es cidra? es un vino que en aquel extraño pais se hace con manzanas.

—Si, si, ya lo sé, pero al fin ¿cómo os compusisteis?

—Fué necesario hacer lo que ellos quisieron. Dejé el mulo y el carro en la posada, y á la mañana siguiente me embarqué con mis gamitos: ¿creeríais que tuvieron la desvergüenza de hacerme pagar por ellos? Cuando digo que pagué por ellos, es decir, que pagó un milord, porque mis gamitos fueron la delicia de su hija. Figuraos una pobre niña tísica.... de diez y ocho años, ¡pero cuán hermosa! En el vapor suponian que estaba desahuciada, pues padecia de amores. Yo no padecia tal mal, pero me estaba mareando.

¿Os habeis mareado alguna vez?

—Si.

—¡Pues bien! sabreis lo que es el mareo.

Os juro que mas querría ver parir á mi muger, á volver á pasar por tales angustias. Ademas no era yo solo, sino todos estaban en igual estado!.... Yo creo que era la picara cidra lo que me amargaba el corazon. El marinero consabido me estaba diciendo: Comed, comed — ¡Qué comer ni qué calabazas! al contrario. Despues de seis horas de viage, todos estábamos de espaldas. La niña inglesa era la única que no se mareaba, pero no hacia mas que ir y venir por entre nosotros ligera como una sombra, y jugando con mis gamitos; os aseguro que si se le hubiese antojado abrirles la jaula y soltarlos, no me hubiera tomado el trabajo de correr detrás de ellos.

Por la tarde el tiempo se puso grueso, como dicen los marineros. Oyéronse retumbar algunos truenos, las olas se encrespaban, y á fé mia que era este el mejor modo de aliviarnos. Yo daba mi alma á Dios y mi cuerpo á todos los diablos; cuando cáte que se me sube á las narices cierto olor de costillas de carnero. Voto á... era el marinero que estaba disponiendo su cena, mientras iba el temporal arreciando que era un gusto. ¡Vamos andando! decía yo en mis adentros, si esto sigue, al menos tenemos esperanzas de naufragar. No daría uno por su vida dos cuartos cuando se encuentra así. Todo daba vueltas como cuando uno está borracho. Vino la noche; la cubierta parecia abandonada; el buque andaba á la buena de Dios; la jóven fué á apoyarse en el mástil y permaneció de pie. A cada relámpago, yo la veía blanca y pálida como una santa, con sus rubios cabellos flotantes al viento, con sus ojos ardiendo por la fiebre, y de cuando en cuando la oía toser, lo cual me destrozaba el corazon. Durante un relámpago la vi llevar un pañuelo á la boca y retirarlo lleno de sangre. Entonces se puso á sonreír; pero con una sonrisa tan triste que me partía el alma. Pasó un relámpago, que pareció rasgar las nubes de arriba á bajo, y la pobre niña hizo un movimiento con la cabeza, como para decir: sí, ya voy. Yo cerré los ojos, porque mi corazon no podia resistir; yo no sé lo que pasaba, únicamente me acuerdo que hizo viento y que llovió y nada mas. Despues oi algunas voces, se me figuró ver la luz de algunas antorchas á través de mis párpados, senti que me cogian en brazos, y pensé que me iban á arrojar al mar.

Al cabo de una media hora casi me senti mejor, me pareció tener entre manos alguna cosa caliente y suave, abrí los ojos, miré, y vi que eran mis gamitos, que me estaban lamando. Vi ademas que me encontraba en un cuarto acostado sobre una cama y con un buen fuego en la chimenea: estábamos en Brighton.

Tardé lo menos diez minutos en asegurarme de que nos hallásemos en tierra firme, porque siempre me parecia sentir aquel mal-

dito balanceo; pero por fin poco á poco aquello se pasó y mi estómago comenzó á dejarse sentir. Nada tenia de extraño, porque desde la vispera no habia tomado ni un bocado, y ademas la cocina exhalaba buen olor de chuletas de carnero. Entonces dije para mi: — Si no me equivoco se está preparando la cena. En aquel momento entró el mozo y me chapurreó tres ó cuatro palabras en inglés, que no comprendí; pero como llevaba una servilleta, y me hizo señal llevándose la mano á la boca, entendí que se trataba de cenar. No me lo hice decir segunda vez y le seguí al instante.

Llegado abajo, me preguntaron si era de los de primeras ó segundas.

— De las segundas, dije yo; porque no tengo nada de orgulloso.

La puerta del comedor de las primeras estaba abierta, eché al pasar una ojeada y vi que todo el mundo estaba ya ocupado comiendo, excepto la jóven inglesa y su padre que no se habian sentado á la mesa. Me hallé con el ganapan del marinero del sombrero de hule que estaba despachando una tajada de *rosbeaf*....

— ¡Hola! le dije, ahí del amigo; voy á sentarme en frente de vos.

— ¿Eh? como guste, me respondió. Era un excelente muchacho en el fondo.

— ¡Ah! pronto, un vaso de vino, me hará mucho provecho.

— ¡Vino! me contestó, sin duda tendreis bastantes fondos para gastarlo, porque aqui cuesta doce francos la botella.

— Doce cuartos direis.

— ¡Doce francos!

— Perdonad, ¿pues qué es lo que teneis en el jarro?

— Ale.

— ¿Cómo?

— Cerveza, así lo entenderis mejor: ¿os gusta la cerveza?

— Toma, no es muy buena; pero siempre es mejor que el agua, y así echadme.

— A vuestra salud.

— A la vuestra igualmente.

— A propósito de salud (añadí despues de haber puesto en la mesa mi vaso), ¿y la jóven aquella?

— ¿Cuál?

— La del vapor.

— ¡Oh! no muy buena: á estas horas se estará muriendo.

— ¡Bah! no estaba enferma, vos lo decis: verdad es que no tenia la enfermedad vuestra; pero la suya era otra. Mirad, es mala señal cuando un cristiano no siente lo que sienten los otros: yo mismo he puesto en duda lo que realmente sucede: la enfermedad ha vencido al mal: era la muerte la que la sostenia. Cuando estábais á bordo era la única que se hallaba en pie. Pues bien, ahora que estamos todos en tierra, ella es la única que

está tendida en una cama de que seguramente no volverá á levantarse.

— ¡Pobre muchacha! le respondí: me habeis dado de cenar; pero ya no comeré nada mas. ¡Pobre niña!

Al dia siguiente, por la mañana, al amanecer, mientras me disponia en un carro de retorno á partir con mis animalitos, vi á su padre sentado en el patio, en un poyo, sumergido al parecer en una indiferencia completa. ¡Sin corazon! pensé para mi al verle inmóvil como una estatua. ¡Ah! me decía, estos ingleses no tienen alma; si yo tuviese una hija como esa, enferma y moribunda, me rompería la cabeza contra las paredes. ¡Perro! vete al... daba vueltas alrededor suyo para darle un puñetazo, á fé de hombre de honor: ningun caso hizo de mi ni de cuanto le rodeaba, cuando pasé por delante de su cara.... ¡Pobre hombre! dos gruesas lágrimas caian de sus ojos y rodaban por sus manos.

— Perdon, le dije, os pido perdon.

— ¡Ha muerto! me respondió.

En efecto, se le habia roto una vena del pecho y la sangre la habia ahogado durante la noche.

Dos dias gasté para llegar á Londres: dos dias es muy largo tiempo, cuando se está solo, y con un pensamiento de melancolia, y se va con un farsante que canta todo el camino. Yo veía siempre á aquella pobre niña sobre la cubierta del buque, y al gordo del inglés sentado en el poyo: en fin, no hablemos mas de ellos.

Al fin llegué. Pregunto si conocen mis señas, me indican la casa. Al llegar á la puerta, pregunto si conocen á mi hombre, y me contestan que allí está. Entro con mis gamitos, y toda la casa se coloca en torno de mi carro. Un señor se asoma á la ventana y pregunta en inglés ¿qué hay? Reconozco á mi viajero: soy Gabriel Payot de Chamouny, le dije, y os traigo vuestros gamos.

— ¡Ah!

— Sabéis que me habeis dicho....

— Si, sí.

Habiame reconocido como vos ahora. ¡Oh! ¡era un excelente milord! ¡era un gozo aquella casa!... Llevaron los gamos á un salon magnífico. ¡Bueno! dije. Si á los gamos los alojan aqui, ¿dónde me pondrán á mi? en un palacio.

No me habia engañado: un gran lacayo me dijo que le siguiera, subí dos pisos. Abrieron un cuarto donde habia alfombras por todas partes, cortinas de seda, sillas de terciopelo, un lujo, ¡qué sé yo! No di un paso, me quité los zapatos á la puerta, y entré como por mi casa. Cinco minutos despues el criado me trajo unas zapatillas, y me preguntó si queria desayunarme con milord ó que me lo sirviesen en mi cuarto; yo contesté que se hiciese como milord mandase. Entonces me preguntó, si acostumbraba á afeitarme yo

mismo, y le respondí que en Chamouny venia á afeitarme el maestro de escuela en sus ratos perdidos; mas que desde que estaba de viage, me veia obligado á hacerlo yo mismo.

— ¡Oh! ya se vé, me dijo.

Tenia yo efectivamente dos ó tres cortaduras en la cara, porque tengo la mano algo pesada, efecto de la costumbre de apoyarme sobre el baston-ferrado de camino, ya veis...

— Se os mandará el ayuda de cámara de milord.

Cinco minutos despues entró un caballero vestido de azul, calzón blanco y media de seda.

— ¿Y adivináis quien era?

— El ayuda de cámara.

— ¡Precisamente!... Toma, le tuve por el alcalde; me levanté y le saludé... Me dijo que venia para afeitarme; y yo no queria creerle hasta que sacó sus navajas, su jaboncillo, y en fin, todo lo necesario. Me dió un sillón, me hice mucho de rogar para sentarme, pues deseaba hacerle ver que sabia afeitarme y le decía: No, no, muchas gracias, estaré en pie. Mas como me dijo que me seria molesto, me senté; me bañé la barba con un jabon que olia á almizcle; despues me pasó por la cara una navaja... ¡no era navaja! ¡si aquello era un terciopelo!... Me dijo despues:

— Estáis afeitado.

— No lo habia sentido.

— ¿Quereis que os vista?

— Gracias, acostumbro á vestirme yo mismo.

— ¿Quiere ropa blanca el señor?

— No, yo tengo todo lo necesario en mi maleta, ¿o creis que he venido aqui como un descamisado? Mandad traer la maleta, está bien repleta.

— ¿Y cuándo estareis listo?

— Dentro de diez minutos.

— Es que milord aguarda al señor para el desayuno.

— Si tiene prisa, decidle que vaya comiendo, que ya le alcanzaré.

— Milord, os aguardará.

— Pues entonces despachemos.

Vestime con el mayor esmero que pude. Hallábase milord en el comedor con su muger y dos liados niños. Me presentó á ella y le dió algunas palabras en inglés.

— Tendreis que disimular, me dijo, milady no habla francés.

— ¡Milady! ¡Vaya un nombre revesado de bautismo! No hay ningun mal en eso, respondió, ni es una deshonra.

Mad. Milady me hizo señal de sentarme junto á ella: milord me echó de beber y despues de saludar á la compañía, llevó el vaso á la boca.

— ¡Vaya un rico vino! dije á milord.

— No es del todo malo, me respondió milord.

— Y el burlon del marinero del sombrero de hule, que decía que en Inglaterra el vino costaba á doce francos la botella.

—El de Burdeos ordinario, si; pero este es de Chateau Margot.

—¿Cómo! ¿cuanto mejor es, menos cuesta? pues, señor, este es un famoso país.

—No lo habeis entendido. Digo que éste cuesta, creo, un luis la botella.

—Cogí la botella para verter en ella lo que quedaba en mi vaso.

—¿Qué haceis? me dijo milord cogiéndome el brazo.

—Yo no bebo vino de á un luis, eso seria ofender á Dios; guardadlo para cuando venga el rey á comer á vuestra casa.

—¿Qué no lo encontráis bueno?

—Muy descontentadizo habria de ser.

—Pues entonces no os cuideis de eso, yo os daré veinte botellas para el camino.

Mientras que no hubo mas que beber vino de Burdeos y comer befcaks, fué bien la cosa: pero al concluirse el almuerzo, cata que viene un gaudul con una bandeja llena de tazas, una cafetera de plata, y una fuente de bronce en que habia agua y fuego. Pone todo esto delante del ama de casa, que echó un puñado de yerbas secas en la cafetera: al cabo de cinco minutos soltó el grifo, y echó la infusion en las tazas. Milord tomó una, madama Milady otra; y me pasaron á mí la tercera.

—Gracias, dije yo: siéntome muy bueno, no he tenido susto alguno ni estoy empachado, bebed vuestra medicina que yo pasaré sin ella.

—No es para los males de cabeza, sino para ayudar á la digestion.

—Yo no me atrevi á rehusar por dos veces; tomé la taza: tragué tres sorbos sin probar lo que era; pero al cuarto vi era una cosa malísima, retiré la taza.

—¿Qué tal? dijo milord.

—¿Qué peste!

—Escelente té que viene directamente de la China.

—¿Y la China está muy lejos?

—A cinco mil leguas de Londres.

—Pues os digo que no seré yo quien vaya á buscar té aunque no lo haya.

Madama Milady le dijo en inglés dos palabras al oído, entonces milord se volvió hácia mí y me dijo:

—¿No habeis puesto azúcar en vuestra taza?

—No, señor, respondí yo, no lo sabia.

—Pues debe estar execrable.

—Lo cierto es que no está bueno, y como no me habeis advertido nada me he abrasado la lengua al probarlo, mirad.

—¿Pobre hombre!

—¿Oh! si no fuese mas que esto.... Me parece que me vuelvo á marear. Es el agua caliente. No puedo sufrir el agua caliente, y hasta la fria me hace mal.

—¿Qué quereis tomar, Payot? será preciso tomar alguna cosa.

—¿Me quereis dejar que me cure yo mismo?

—Sin dada.

—Pues entonces haced que me den un vaso de aguardiente añejo.

—A propósito, le dije yo á Payot, satisfecho en aquel momento de encontrar ocasion de interrumpir su cuento que comenzaba ya á hacerse largo, en efecto, recuerdo que no os disgusta el cognac. ¡José!

—Entró mi criado.

—Trae un frasco de coñac.

—No se necesita un frasco, con un vaso basta.

—No os de cuidado: ¿con que en Londres os han tratado tan bien? ¿Cuántos dias habeis estado allí?

—Tres dias, primero fui á una casa de campo con milord, y soltamos los gamitos en el parque delante de su señora y de sus hijos, que era una diversion el ver lo alegres que estaban; el segundo me llevaron al teatro, siempre en el coche del milord; el tercero á casa de un sastre, que tenia en su tienda mas de ciento cincuenta vestidos completos, y me dijo:

—Escoged el que os guste, completo, pero completo.

Comprenderéis que no fui tonto y tomé uno de terciopelo que él solo se tenia en pie, y me vino tan ajustado como un guante, vos mismo podeis juzgarlo, es el que traigo.

Al decir esto Payot se levantó y dió dos vueltas para que yo le viese bien.

—Despues me dijo el inglés que era preciso llevar algo en la faltriquera, y me dió cien guineas.

—¿Y cuánto hacen cien guineas? pregunté yo.

—Dos mil setecientos francos.

—Pero si no me debeis mas que dos mil....

—Por los gamos, es verdad, pero los setecientos restantes serán por los gastos de viage.

—Por fin yo no sé cómo daros las gracias.

—No vale la pena, y me harás mucho favor en estarle aquí todo el tiempo que quieras.

—Muchas gracias: pero ya veis, es preciso volver á mi país, porque mi hija está recién parida, y me esperan para el bautizo. Si no fuese por esto, permanecería aun, porque estoy muy bien.

—Entonces os haré acompañar mañana á Brighton, el vapor sale pasado mañana para el Havre, y yo haré de manera que os reserven una plaza.

—No, milord, mejor quisiera tomar otro camino y pagar el carruage.

—Es imposible, amigo, porque la Inglaterra es una isla como el jardín donde estuvimos si os acordais, con sola la diferencia de que en vez de hielo, es agua lo que la rodea.

—En fin, supuesto que es así y que no tiene remedio, partiré mañana, porque peor es desesperarse.

Al otro dia, y en el acto de subirme al

carruage, madama Milady me dió una cajita.

—Es un regalo para vuestra hija, me dijo milord.

—¿Oh! ¡madama Milady! le dije yo, ¡demasiado buena sois!

—Podeis llamar á mi esposa Milady solo, es mas corto.

—¿Oh! eso jamas.

—Yo os lo permito.

No habia medio de resistir á tantas instancias y le dije:

—Adios, Milady, como quien dice: Adios, Carlota, y aquí estoy.

—Bien venido, amigo Payot; comeis hoy conmigo ¿no es esto?

—Mil gracias; sois amable y obsequioso.

—¿A qué hora comeis ordinariamente?

—A las doce.

—Precisamente la hora en que yo almuerzo. Está dicho, os espero.

—Pero, dijo Payot, dando vueltas á su sombrero entre sus dedos, habeis de saber que yo estoy aquí como vos estabais en Chamouny, es decir, que no me hallo en vuestras calles, como vos no os reconociais en nuestros ventisqueros, de modo y manera que he tomado un guía, un paisano, un buen muchacho, y le he dicho que venga á comer conmigo por el trabajo.

—¿Bueno! puedes traerlo.

—¿No os incomodará eso?....

—No por cierto, seremos tres en vez de dos y nada mas; hablaremos del Monte Blanco.

—Lo dicho, dicho.

—A propósito del Monte Blanco.... ¿Teneis una carta de Balmat para mí?

—Si, es verdad.

—¿Y qué hace?

—Está siempre buscando su mina de oro.

—Está loco.

—¿Qué quereis? Es su manía, sin eso estaria rico, pues ha ganado dinero en grande; pero todo se le va en los hornillos. Mirad, apostaria de que en su carta os hablará algo de esto.

—Voy á leerla. Hasta el medio dia.

—Al medio dia.

Salió Payot. Llamé á José, le di orden para que encargase una comida para tres personas en la fonda *Rocher de Cancale*, despues abrí la carta de Balmat. Aquí está con toda su sencillez.

—Por conducto de Gabriel Payot, que pasa á Londres y va por Paris, le cuento como dos caballeros abogados de Chambery, quisieron subir á Monte Blanco el 48 de agosto último, pero no pudieron verificarlo á causa del mal tiempo, por cuanto á pesar de haberme visitado antes de emprender la marcha, ni siquiera me habian pedido mi parecer relativamente al estado de la atmósfera. Se hallaban ya en camino, cuando de pronto se vieron cogidos por una niebla congelada, y en seguida por un temporal de granizo horroroso, que

no les permitió pasar del prado de la Pequeña Mula; allí el huracan los derribó sobre la nieve, y los obligó á bajar no muy satisfechos de no haber llegado á la cumbre. No fué culpa mia, porque al pasar delante de mí, les anuncié ya la catástrofe; pero los guías les dieron á entender que no debian creerse de mí, porque no era mas que un viejo charlatan y regañon. Ellos si que son demasiado jóvenes y ansiosos de dinero, pues no conocen el tiempo lo bastante para emprender semejantes expediciones. Hoy ha venido á verme á mi casa un jóven inglés, y me ha dicho que deseaba subir al Monte Blanco el año que viene. Desearia que tambien hubiese franceses que quisiesen subirlo, porque hasta ahora los ingleses son los únicos vencedores y hablan mal de los franceses.

«Os agradezco infinitamente vuestro buen recuerdo y por haber hecho llegar á mis manos el primer tomo de las *Impresiones de Viage*. Un parisiense me ha dicho que ibais á imprimir el tomo segundo; si no costase demasiado caro lo compraria, lo mismo que los dos tomos de la *Mineralogia de Beudant*, porque á fuerza de buscar, creo haber dado con un filon de oro.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

—Mi camarada no se ha atrevido á subir.
—¿Por qué?
—Toma, porque dice, que es un pobre diablo, y cree que no querriais comer con él.
—¿Está loco! Vamos á buscarle.... Al pie de la escalera encontré á Francesco.—¿Y la mudanza? le dije.
—Ya está concluida.
—Entonces, subid: José os pagará.
—¡Oh! no hay prisa.
—Subid, subid.
—Francesco obedeció.
—Bien, dije á Payot, ¿donde está vuestro hombre?
—Sí, es él.
—¿Quién?
—Francesco.
—¿Francesco! ¿qué es de Chamouny?
—Nacido allí.
—Aguardémosle entonces.... Cinco minutos despues volvió á bajar y me dirigí á él.—Francesco, le dije: espero, que no os negareis á comer conmigo y con Payot, cuando yo mismo os convidó.
—¿Cómo! el señor, quiere que....
—Os lo ruego.
—¡Oh! sabeis que no puedo negarme á vuestros deseos.
—Pues entonces, vamos, amigo Payot, que aunque no tengo un carruaje como milord, ya encontraremos á la puerta uno de alquiler. Cierzo es, que no tengo Burdeos en casa; pero ya sé donde lo hay, y muy bueno: ¿os gusta? En cuanto al té....
—Muchas gracias, si á vos os es igual, no es lo que más me gusta.
—Bueno, lo reemplazaremos por el café.
—Como gustéis, porque ésta, en verdad, es una bebida cristiana, muy distinta de la otra, que no me desdigo, es una droga.
—Cumplí mi palabra como Payot, le dí á beber del mejor vino de Borel, le hice tomar el café mejor de Lamblin, y cuando le vi en aquella disposicion de ánimo dulce y feliz que sigue á una buena comida, le propuse llevarle en un cuarto de hora á Chamouny.
—Os chanceais, señor.
—Os aseguro que no. Dentro de un cuarto de hora, si quereis, estaremos á la puerta de la posada.
—¿De Juan Ferraz?
—Y veremos el Monte Blanco como ahora os estoy viendo.
—¡Caramba! muy bien puede ser, dijo Payot, todo lo creo, despues de tantas y tantas cosas como he visto!
—Volvimos á subir al coche, y habiéndose detenido el cochero á la puerta del diorama, entramos.
—¿Dónde estamos ahora? dijo Payot.
—En la aduana de la frontera, y voy á pagar dos francos y diez céntimos por cada uno de nosotros.
—Le entregué su billete de entrada.

—Ahí teneis vuestro pasaporte.
—En breve nos vimos envueltos en una completa oscuridad.
—¿Sabeis donde estais, Payot?
—No, á fé mia.
—Estamos en las escaleras.
—¿En la gruta?
—Ya veis que no hay luz.
—Pues entonces, ya nos acercamos, dijo Payot.
—¡Oh! dentro de cinco minutos, y aun antes. Llegábamos efectivamente en el momento mismo en que la Selva Negra desaparece para dar lugar á la vista del Monte Blanco: en el rincón del cuadro que comenzaba á aparecer, asomaban ya varios pinos y alguna nieve. Hice colocar á Payot, de modo que su vista pudiese penetrar en la abertura á medida que iba tomando aumento; tendió una mirada momentánea con la vista fija, sin respirar y estendiendo los brazos segun se iba desarrollando el mágico cuadro, hasta que dió un grito y quiso lanzarse, yo le contuve.
—¡Oh! exclamó, ¡dejadme! ¡dejadme! ahí está el Monte Blanco, la nevra de Tacconay, la aldea de la Costa y Chamouny á nuestras espaldas!... Volvióse entonces, y dijo:—Dejadme ir á dar un abrazo á mi muger y á mi hija, por amor de Dios os lo pido, al instante volveré.
—Todos los espectadores se dirigieron hácia nuestro lado; yo comenzaba á cansarme de mi embarazosa posicion, y creyendo llegar la ocasion de poner coto en aquella farsa, pues Payot no hacia mas que reiterar sus instancias, dijele que todo lo que estaba viendo, no era la naturaleza, sino un cuadro. Dejóse caer sobre un banco y exclamó:
—¡Oh! ¡cuánto mal me habeis hecho! y se puso á llorar.
—Todos los espectadores nos rodeaban.
—¿Quién es este hombre? ¿qué es lo que tiene? me preguntaban.
—Es un guía de Chamouny, que creyéndose en su tierra no hace mas que llorar.
—Por Dios, perdonadme, dijo Payot levantándose; pero esto ha sido mas fuerte que yo. Y volvió nuevamente la vista hácia el cuadro.
—¡Oh! mirad mi valle, dijo, y cruzando los brazos y abismado en la contemplacion muda y ansiosa de aquel lienzo que le traia todos los recuerdos de la juventud, todas las satisfacciones de la familia y todas las emociones de la patria.
—Me aproveché de su distraccion para salir, temiendo que me tomasen por algun compadre.
—Al otro dia á las siete de la mañana, Payot vino á mi casa en la calle de Bleu.
—¿Por qué os habeis marchado? me dijo.
—Creia complaceros, os habia dado un pesar y estaba disgustado.
—¡Oh! ¡apesadumbrado! muy al contrario, siempre es grato ver su pais, aunque sea pu-

tado. Pero los parisienses no tienen patria ninguna, y si tan solo una calle, aunque no por culpa suya. El que no ha nacido en la aldea, ignora lo que es; en Chamouny, no existe una sola casa que yo no vea del mismo modo de lejos que de cerca, ni en esta casa un hombre siquiera que me sea desconocido; ni en el cementerio un sepulcro que no conozca: en cerrando los ojos lo veo todo, al paso que en Paris apenas basta para aprender el nombre de las calles, la vida de diez hombres seguida.
—Es muchisima verdad, amigo mio, teneis sobrada razon: ¿pero qué hicisteis despues que yo me marché?
—¿Qué me hice? estaba allí un caballero que habia visto á Chamouny, y aun el jardín á que vos no quisisteis ir, y de consiguiente tuve que explicar la cosa á todo el mundo; que para la ascension, se necesitaban tres dias: que la primera noche se pernoctaba en lo alto de la cuesta, en una palabra, conté todo absolutamente.
—Y supongo que quedarían agradecidos.
—Parece que sí, puesto que se reunieron y me regalaron cincuenta francos para echar un trago á su salud.
—¡Bravo, Payot! Si os quedais dos años únicamente en Francia é Inglaterra, al volver á Chamouny seriais millonario.
—Bien puede ser, pero de todos modos, no quiero perder tanto tiempo aquí, y asi vengo á despedirme, y me voy.
—¿Hoy mismo?
—Al instante.... me habeis enseñado el pais, y es preciso que me vuelva á él.
—Yo entonces le alargué la mano.
—¿No ireis á decir buenos dias á Troteduro? abajo está en su carreton.
—Sí, vamos corriendo: porque me ha dejado recuerdos para mí inolvidables.
—Vamos pues.
—¿Y un trago?
—Es muy justo.
—Me eché un pantalon y la bata, y acompañé á Payot. El mulo lo aguardaba en efecto en la puerta, y yo le reconocí al momento.
—Payot me pidió permiso de abrazarme, apreté su valiente corazón contra el mio: enjugó dos lágrimas, subió á su carreton, dió un latigazo á su mulo, y partió.
—No habia andado mas que diez pasos cuando detuvo el animal, miró hácia atrás, y observando que yo le seguia con la vista:
—Podeis decir si volveis á Chamouny que se-reis muy bien recibido.—¡Arre! ¡adelante!...
—Cinco minutos despues, dobló la esquina del *Faubourg Poissonniere* y desapareció. Yo volví á subir á mi cuarto.
—¡Y bien! dije á José: ¿sabeis por qué se escribe la calle de Bleu sin e?
—Nadie ha podido decirmelo: pero si el señor quiere dirigirse al hijo de Mr. Bleu,

que hizo construir la calle, vive á cuatro casas de aquí.

—¡Gracias, esto es precisamente lo que yo deseaba saber. Habia ganado una apuesta contra el primer filólogo de Francia que habia tomado un nombre propio por un adjetivo.

Hace algunos dias que abriendo los millares de cartas que me habian escrito, los que se obstinaban en crerme muy cómodamente instalado en Montmorency, mientras que me estaba muriendo de hambre en Siracusa, vi una con el sello de Sallanche, reconoci la letra de Balmat, la abrí.—Su contenido era este.

«Aprovecho la ocasion de un caballero doctor de Paris, que os conoce perfectamente, para escribiros esta carta y daros las gracias por vuestro tomo de *Impresiones de Viage* y la *Mineralogia de Beudant* que me habeis mandado por Gabriel Payot. Esta última obra me será muy útil, porque como os decia he encontrado un filon de oro que debe guiarme á una mina: y como el tiempo está muy hermoso salgo mañana mismo á buscarla.

«Tengo el honor de saludaros con mil gracias.

«JAIME BALMAT, (llamado MONTE BLANCO).

«P. D. A propósito, se me olvidaba deciros que al llegar á Chamouny Gabriel Payot ha dado una caída y se ha matado.»

La carta se me cayó de las manos. Vé aquí, dije para mí, porque tenia tanta prisa para volver á su pais aquel hombre.... Di un puntapie al cesto en que estaba toda mi correspondencia, y dije á un amigo que estaba allí por acaso, que la continuase viendo por mí. Al cabo de cinco minutos me dió una segunda carta: tenia como la primera el sello de Sallanche, la abrí y la lei.

«Muy señor mio: con el mayor pesar soy yo el que he recibido la carta que habeis escrito á mi padre, en razon de que el buen hombre no estaba ya en este mundo cuando llegó á Chamouny: y como sé el interes que le demostrais, os dirijo todos los pormenores que hemos podido recoger.

«El 14 de setiembre del año pasado, y al dia siguiente del en que le habeis escrito, habia salido con un hombre del pais para hacer una escursion por los alrededores de Chamouny en busca de una mina de oro, en un sitio donde hay grandes precipicios. Mi querido padre tenia tanta aficion, como sabeis, á las minas, que á pesar de las muchas objeciones que le hicimos, quiso á toda costa marchar.

«Mi padre, que sabeis cuan intrépido era á pesar de sus setenta y ocho años, ha continuado su camino á pesar de los gritos de su compañero, que ha hecho cuanto ha podido por detenerle. Mi padre no ha querido oír nada, entonces el otro se ha vuelto á su casa, sin atreverse á decirme que mi padre se habia quedado en la montaña.

«Al momento que supe su llegada fui á su casa, hacia ya tres dias que habia vuelto; apremiado por mis preguntas, me dijo que no tenia buena idea de lo que habria sucedido á mi padre. Al oír aquello corri á buscar mi palo de viage, y volví á decirle que me acompañase al sitio donde se habia separado de él. Me llevó hasta la senda donde se habian sepa-

rado, y tomé el camino que habia tomado mi padre; pero durante dos dias y dos noches le he llamado y buscado en vano, no he hallado rastro de él, ni vivo ni muerto. Sin duda habria sido arrastrado por un alud, ó precipitado en alguna nevera.»

Dejé caer la segunda carta cerca de la primera, é hice quemar las demas sin abrirlas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ÍNDICE.

Esposicion.	1	Historia del perro.	476
Montreau.	2	Historia de la muger.	478
Juan sin Miedo.	id.	Un conocimiento de posada.	484
Napoleon.	7	Las gallinas de Mr. Chateaubriand.	484
Lion.	8	El Righi.	488
Una vuelta por el lago.	45	Alcides Jollivet.	492
Una pesca por la noche.	22	Poncio Pilato.	497
Las salinas de Bex.	26	Una palabra por otra.	200
El beefsteak de oso.	34	Historia de un inglés que tomó una pa-	
El collado de Balma.	35	labra por otra.	205
Jaime Balmat, llamado Monte Blanco.	38	Zurich.	249
El mar de hielo.	46	Los mudos que hablan y los ciegos que	
Maria Coutet.	50	leen.	224
Vuelta á Martigni.	53	Próspero Lehmann.	226
Los baños de Aix.	65	Una cacería de gamuzas.	231
Aventicum.	85	Reichenau.	335
Cárlos el Temerario.	89	Paulina.	237
Friburgo.	93	Un rayo.	239
Los osos de Berna.	99	El por qué no he continuado aprendien-	
Primera expedicion en el Oberland.—El		do el dibujo.	243
lago de Thun.	106	Constanza.	245
Segunda expedicion en el Oberland.—El		Napoleon el grande y Cárlos el gordo.	247
valle de Lauterbrunnen.	110	Una ex-reina.	250
Tercera expedicion en el Oberland.—		Un paseo en el parque de Arenenberg.	252
Paso de la Vengenalp.	113	Continuacion y desenlace de la historia	
El Faulhorn.	118	del inglés que habia tomado una pala-	
Rosenlawi.	122	bra por otra.	255
El monte Gemmi.	127	Koenigsfelden.	262
Los baños de Louche.	133	La isla de San Pedro.	265
Obergeslen.	136	Un zorro y un leon.	267
El puente del Diablo.	142	Toma del castillo de Grandson.	271
Werner Stauffacher.	146	La batalla.	275
Conrado de Baumgarten.	150	Por qué no habrá jamás en España un	
Guillermo Tell.	155	buen gobierno.	278
Gnessler.	159	De qué modo fué San Eloy curado de la	
El emperador Alberto.	164	vanidad.	284
Paulina.	166	Paulina.	285
Historia de un burro, de un hombre, de		Las islas Borromeas.	288
un perro y una muger.	169	La última ascension.	290
Historia del hombre.	173	Epilogo.	293

«Al momento que supe su llegada fui á su casa, hacia ya tres dias que habia vuelto; apremiado por mis preguntas, me dijo que no tenia buena idea de lo que habria sucedido á mi padre. Al oír aquello corri á buscar mi palo de viage, y volví á decirle que me acompañase al sitio donde se habia separado de él. Me llevó hasta la senda donde se habian sepa-

rado, y tomé el camino que habia tomado mi padre; pero durante dos dias y dos noches le he llamado y buscado en vano, no he hallado rastro de él, ni vivo ni muerto. Sin duda habria sido arrastrado por un alud, ó precipitado en alguna nevera.»

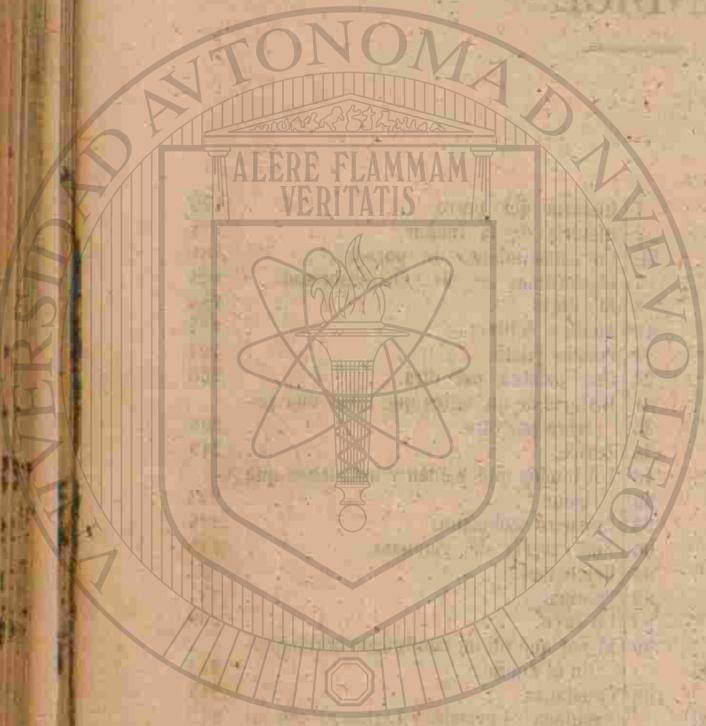
Dejé caer la segunda carta cerca de la primera, é hice quemar las demas sin abrirlas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ÍNDICE.

Esposicion.	1	Historia del perro.	476
Montreau.	2	Historia de la muger.	478
Juan sin Miedo.	id.	Un conocimiento de posada.	484
Napoleon.	7	Las gallinas de Mr. Chateaubriand.	484
Lion.	8	El Righi.	488
Una vuelta por el lago.	15	Alcides Jollivet.	492
Una pesca por la noche.	22	Poncio Pilato.	497
Las salinas de Bex.	26	Una palabra por otra.	200
El beefsteak de oso.	31	Historia de un inglés que tomó una pa-	
El collado de Balma.	35	labra por otra.	205
Jaime Balmat, llamado Monte Blanco.	38	Zurich.	219
El mar de hielo.	46	Los mudos que hablan y los ciegos que	
Maria Coutet.	50	leen.	224
Vuelta á Martigni.	53	Próspero Lehmann.	226
Los baños de Aix.	65	Una cacería de gamuzas.	231
Aventicum.	85	Reichenau.	335
Cárlos el Temerario.	89	Paulina.	237
Friburgo.	93	Un rayo.	239
Los osos de Berna.	99	El por qué no he continuado aprendien-	
Primera expedicion en el Oberland.—El		do el dibujo.	243
lago de Thun.	106	Constanza.	245
Segunda expedicion en el Oberland.—El		Napoleon el grande y Cárlos el gordo.	247
valle de Lauterbrunnen.	110	Una ex-reina.	250
Tercera expedicion en el Oberland.—		Un paseo en el parque de Arenenberg.	252
Paso de la Vengenalp.	113	Continuacion y desenlace de la historia	
El Faulhorn.	118	del inglés que habia tomado una pala-	
Rosenlawi.	122	bra por otra.	255
El monte Gemmi.	127	Koenigsfelden.	262
Los baños de Louche.	133	La isla de San Pedro.	265
Obergeslen.	136	Un zorro y un leon.	267
El puente del Diablo.	142	Toma del castillo de Grandson.	271
Werner Stauffacher.	146	La batalla.	275
Conrado de Baumgarten.	150	Por qué no habrá jamás en España un	
Guillermo Tell.	155	buen gobierno.	278
Gnessler.	159	De qué modo fué San Eloy curado de la	
El emperador Alberto.	164	vanidad.	284
Paulina.	166	Paulina.	285
Historia de un burro, de un hombre, de		Las islas Borromeas.	288
un perro y una muger.	169	La última ascension.	290
Historia del hombre.	173	Epílogo.	293



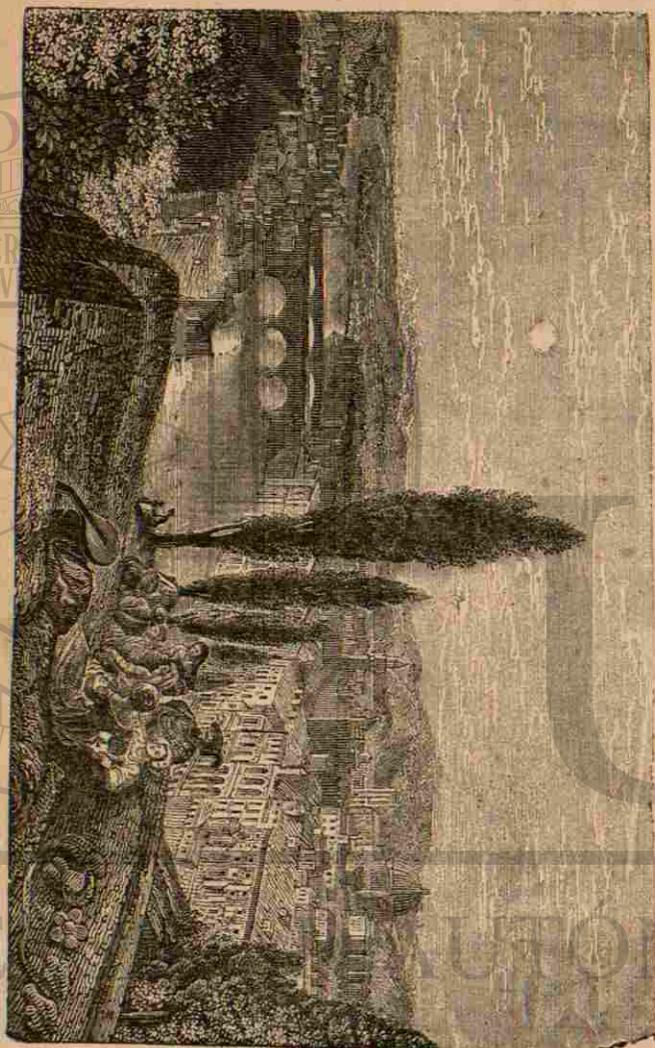
IMPRESIONES DE VIAGE.

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Vista de Florencia.

IMPRESIONES
DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

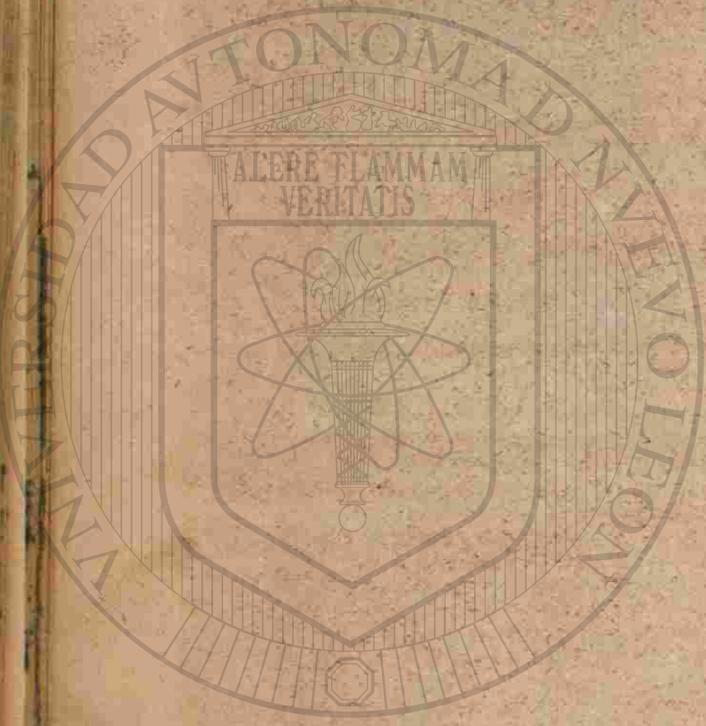
POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

UN AÑO EN FLORENCIA.



MADRID, 1856.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.



IMPRESIONES DE VIAGE.

UN AÑO EN FLORENCIA.

POR ALEJANDRO DUMAS.

EL LAGO DE CUGES Y LA FUENTE DE ROUGIEZ.

Hacia ocho días que me hallaba en Marsella y aguardaba con tanta mas impaciencia el momento de mi marcha, cuanto que tenia por morada el hotel de Oriente, y por cicerone á Mery.

Una mañana este entró mas pronto que de costumbre.

—Querido, me dijo, daos la enhorabuena: tenemos un lago.

—¿Cómo! le pregunté restregándome los ojos. ¿Teneis un lago?

—La Provenza tenia montañas, tenia rios, tenia puertos de mar, arcos de triunfo antiguos y modernos, la *bouillabasa* y el *alioli*: pero carecia de lagos: Dios ha querido que la Provenza estuviere completa y ha enviado un lago.

—¿Cómo es eso?

—Que ha caído del cielo.

—¿Hace mucho tiempo?

—Con las últimas lluvias: he sabido la noticia esta mañana.

—¿Pero noticia oficial?

—Lo mas oficial que puede haber.

—¿Y dónde está ese lago?

—En Cuges; lo vereis al salir de Tolon, pues está en el camino.

—¿Y están contentos los cugenses?

—Ya lo creo; podrian no estarlo.

—Entonces Cuges deseaba un lago.

—¿Cuges? Cuges hubiera hecho bajezas por tener una cisterna: Cuges era como Rougiez: de Cuges y Rougiez salen todos los perros rabiosos.

—¿Conoceis á Rougiez?

—No á fè mia.

—¡Ah! ¿Con que no conocéis á Rougiez?

Rougiez, querido mio, es una aldea que desde la creacion busca agua. En el diluvio sació su sed; pero desde entonces, buenas noches. En sesenta años ha cambiado tres veces de sitio buscando un manantial. Jamás Rougiez elige un alcalde sin hacerlo jurar que encontrará agua. Yo he conocido tres que han muerto de pena y tres que han dado su dimision.

—¿Por qué Rougiez no hace abrir un pozo artesiano?

—Rougiez está sobre granito de primera formacion: toca la roca para tener agua, y sale fuego. ¡Ah! ¿Creéis que no se hace así? Ya quisiera yo veros á vos que estais hablando. En 1810, sí, en 1810 era, Rougiez tomó la enérgica resolucion de darse una fuente. Acababa de ser nombrado un nuevo alcalde, estaba fresco su juramento y queria absolutamente cumplirlo. Junta los notables, los notables hicieron venir un arquitecto.

—Señor arquitecto, dijeron los notables, queremos una fuente.

—¿Una fuente? dijo al arquitecto, nada mas fácil.

—¿De veras? dijo el alcalde.

—Vais á tenerla en media hora.

El arquitecto cogió un compás, una regla, un lápiz y papel; despues pidió agua para desleir la tinta de china en un platito de porcelana.

—¿Agua? dijo el alcalde.

—Sí, agua.

—No tenemos agua, dijo el alcalde, si la tuviéramos no os pediríamos una fuente.

—Justamente, dijo el arquitecto.

Escupió en el platillo y deslió la tinta de china con un poco de saliva.

Después se puso á trazar sobre el papel una soberbia fuente coronada de una urna con cuatro agujeros con mascarones y cuatro caños de una magnífica agua.

—¡Ah! ¡ah! dijeron el alcalde y los notables, eso, eso es lo que necesitamos.

—Lo tendreis, dijo el arquitecto.

—¿Cuanto nos costará?

Cogió el arquitecto un lápiz, puso una multitud de números los unos debajo de los otros, y después sumó.

—Os costará veinte y cinco mil francos, dijo el arquitecto.

—Y tendremos una fuente como esta?

—Mas hermosa.

—¿Con caños de agua iguales?

—Mas gruesos.

—Respondéis de ello?

—Toma!

Sabeis, querido mío, que los arquitectos responden siempre de todo.

—Pues bien, dijeron los notables, manos á la obra.

Entretanto fijaron el plano del arquitecto en la casa del ayuntamiento; toda la población fué á verlo y se volvió con mas sed.

Se pusieron á labrar las piedras de la pila, y diez años después, esto es, el 4.º de mayo de 1820 Rougiez tuvo la satisfacción de ver terminado este trabajo: habia costado quince mil francos. La confeccion de la urna hidráulica fué un poco mas de priesa, cinco años bastaron para esculpirla y ponerla en su lugar. Era entonces 1825. Se prometió al arquitecto una gratificación de mil escudos si conseguía en el mismo año poner la fuente en traspiracion. En efecto, el arquitecto comenzó á hacer ahondar el suelo porque tenia la misma idea que vos, de un pozo artesiano. A los cinco pies debajo de tierra encontró el granito. Como un arquitecto no puede dejar de tener razon, dijo que un presidiario escapado habia echado en el agujero la bala que llevan atada á la cadena, y que era preciso valerse de otro medio.

Entretanto, para que tuviesen paciencia los notables, el arquitecto plantó alrededor de la pila una hermosa alameda de plátanos, árbol ansioso de humedad, y que la bebe con delicia por las raíces. Los plátanos se dejaron plantar, pero se propusieron no echar ni una hoja, mientras no les diesen agua: el alcalde, su muger y sus tres hijas, fueron todas las tardes para animarlos á pascarse á la sombra de sus jóvenes troncos.

Sin embargo, Rougiez, después de haber hecho sus cuatro comidas, tenia necesidad

de ir á beber á un abundante manantial que corria á tres leguas al Mediodía. Duro es esto cuando se han pagado veinte y cinco mil francos para tener agua. El arquitecto volvió á pedir otros cinco mil francos; pero el bolsillo del ayuntamiento estaba tan seco como su pila.

Llegó la revolucion de julio: los habitantes Rougiez volvieron á concebir esperanzas, pero en vano. Entonces el alcalde, que era un hombre letrado, se acordó del proceder de los romanos, que iban á busear el agua á donde estaba y que la traian á donde querian que estuviese: testigo el puente de Gard. Tratábase, pues, buenamente de encontrar un manantial un poco menos distante de aquel á donde iba á beber Rougiez: pusieronse á buscarlo. Al cabo de un año de investigaciones se encontró un manantial que no distaba mas que media legua de Rougiez: esto era ahorrarse ya la mitad del camino.

Entonces se deliberó para saber si no valdria mas el ir á buscar la ciudad sus fuentes y sus plátanos, que traer el manantial á la poblacion. Desgraciadamente el alcalde tenia una hermosa vista desde su ventana y temia perderla: por consecuencia se decretó que el manantial viniese á buscarlos, recurrió de nuevo al arquitecto, con el que estaba un poco incomodado, pidió veinte mil francos para abrir un canal.

Rougiez no tenia esta suma. Reducido á la necesidad, recordó que existia una cámara. El alcalde, que habia hecho un viage á Paris, aseguró que todas las veces que un orador subia á la tribuna le traian un vaso de agua con un azucarillo. Se pensó pues, que gentes que bebian con semejante abundancia, no dejarían á sus compatriotas morir de sed. Los notables hicieron una peticion á la cámara. Desgraciadamente la peticion llegó en medio de las conmociones de junio. Fué preciso aguardar á que se restableciese el orden y la tranquilidad. Sin embargo el mal habia disminuido un poco. Como hemos dicho, el agua se habia aproximado legua y media: así Rougiez hubiera llevado con paciencia su sed sin los epigramas de Naus.

—Pero, interrumpió Méry usando del mismo artificio de Ariosto, esto nos aleja mucho de Cuges.

—Querido, le respondí, yo viajo para instruirme y las escursiones entran en mi dominio. Volveremos á Cuges por Naus.

—¿Y qué es eso de Naus?

—Naus, amigo mío, es un pueblo muy orgulloso por sus aguas y sus árboles. En sus fuentes brotan los manantiales, y los plátanos crecen por sí solos. Naus apaga su sed en las cascadas de Ginies que corren bajo sauces, sicómoros, encinas y álamos. Naus fraterniza con esa larga cadena de montañas que lleva como un acueducto natural las aguas á San Casiano y á los valles Thesalianos y

Gemenos. Dios ha vertido á manos llenas el agua y las sombras sobre Naus sacudiendo el polvo sobre Rougiez. Respetemos los secretos de la Providencia.

Ca la vez que un arriero de Naus pasaba con sus mulos por delante de la pila de Rougiez las quitaba la cabezada, soltaba la brida de sus animales, y los conducia al pilon de piedra. Les invitaba á beber el agua que no habia y que se estaba aguardando desde 1810. Alargando el mulo la cabeza abria el hocico y recibia el calor de la piedra, pues en Rougiez hace un sol de Africa, y el mulo miraba entonces de reojo al amo como para reconvenirle por su burla. A esta mirada reia á carcajadas el nausés y los de Rougiez apretaban los dientes. Resolvióse, pues, encontrar dinero á toda costa aunque tuvieran que vender las viñas para beber agua. Además, los rougiezanos habian notado que nada da tanta sed como el vino.

El alcalde de Rougiez que tiene cien escudos de renta dió el ejemplo de abnegacion: sus tres yernos le imitaron. Habia casado sus tres hijas en el intervalo: en cuanto á su pobre muger se habia muerto sin haber tenido el consuelo de ver correr el agua en la fuente. Todos los súbditos movidos por un impulso nacional contribuyeron á prorata segun su fortuna: logróse reunir una cantidad bastante crecida para poder decir al arquitecto: —Comenzad el canal.

Por último querido mío, continuó Méry, después de veinte y seis años de esperanzas concebidas y disipadas, los trabajos han sido terminados en la última semana: el arquitecto respondia del resultado. La inauguracion de la fuente se señaló para el domingo siguiente, y el alcalde de Rougiez invitó por carteles y circulares á los pueblos inmediatos para que asistiesen á la gran funcion de soltar las aguas en la plaza de Rougiez. El programa era corto, lo que le hubiera hecho mucho mejor si se hubiese cumplido. Era este.

«Artículo único. El señor alcalde abrirá el baile en la plaza de la Fuente, y á los primeros sonidos del tamboril correrá el agua de la fuente.»

Comprendeis querido mío, que semejante anuncio atrajo curiosos. Enormes fueron las apuestas que hubo entre unos y otros, unos á que corria la fuente y otros á que no corria.

Acudieron á la fiesta de todas las aldeas circunvecinas: de Fretz que se envanece con sus reductos romanos: de Plau, de Aups, ilustrados por el abad Garnier; de Pepino, orgulloso con sus minas de carbon de piedra; de San Maximino, que conserva la cabeza de Santa Magdalena, con cuya reliquia obtiene la poblacion á su arbitrio el agua; de Tourves, que sabe los amores de Balwella y de la señorita Clairon; de Vesse que dió nacimiento al famoso Gaspar, el mas galante de los ladro-

nes (1), y en fin, del valle de Sigmora que se estiende hasta los limites de la antigua Gargaria: vos mismo, querido, si hubieseis llegado dos dias antes hubiérais podido asistir.

Naus llegó tambien conduciendo sus mulos sin cabezada y sin brida, declarando que no creerian en el agua sino cuando hubieran bebido sus animales. A las cinco debia abrirse el baile. Habia se aguardado á que pasase la hora del gran calor, por miedo de que los bailarines no dejasen seca la fuente.

Hubo un momento de solemne silencio.

El alcalde fué á invitar á su pareja y vino á ponerse en baile con ella con el rostro mirando á la fuente. Las personas señaladas para completar el rigodon siguieron su ejemplo, inmediatamente los mulos de Naus se aproximaron al pilon. Los violines dieron la señal, las flautas y clarinetes preludiaron notas claras y sonoras como el canto de la alondra.

Dada la señal empezó el ritornello. El señor alcalde esta á la izquierda de su pareja con el pie en primera: todos los ojos se clavan sobre aquel respetable magistrado que comprendiendo la importancia de su situacion redobla su dignidad. El arquitecto con la varita en la mano estaba dispuesto como Moisés á tocar la roca.

—¡Adelante dos! gritó la orquesta ¡adelante dos para el trenis!

El alcalde y su pareja se adelantan hácia la fuente para saludar la esperada agua: todas las bocas se entreabren para aspirar sus primeras gotas aguardadas desde 1810. Los mulos relinchan de esperanza, el arquitecto alza su varita: Naus esta vencido, el Rougiez triunfa.

De pronto se paran los violines, dan una pifia los clarinetes, la varita queda suspendida en el aire.

El arquitecto ha tocado la fuente con su vara, pero la fuente no ha corrido. Palidece el alcalde y lanza sobre el arquitecto una mirada fulminante. El arquitecto hirió la fuente con otro golpe; el agua no aparece.

Naus rie, Fretz se indigna, Pepino da un salto, Vesse jura, San Maximino se irrita, todos los pueblos convidados á la fiesta amenazan á Rougiez con una sedicion. El alcalde saca su faja de su bolsillo, la enrolla alrededor de su voluminoso abdomen y declara que se conservará el orden público.

—¡Dadnos agua para beber, respondió Naus.

—¡Señor arquitecto! gritó el alcalde, señor arquitecto, me habeis respondido de la fuente; ¿de qué proviene el que no corre?

El arquitecto cogió su lápiz, tiró unas li-noas, puso varios números encima unos de otros, y después de un cuarto de hora de cál-

(1) Gaspar de Vesse, viendo que uno de sus gentes queria cortar el dedo á una señora porque no podia sacarla una preciosa sortija, se puso de rodillas delante de ella y la sacó la sortija con sus dientes.

culo, declaró que los dos catetos construidos sobre la línea de la hipotenusa eran iguales al tercero, y que la fuente tenía obligación de correr.

—Y sin embargo, dijo Naus, silbando á Rouguez, no corre—era lo mismo que el *pero gira* de Galileo, escepto que allí era todo lo contrario.

San Zacarias se interpuso y predicó moderación. Esto era fácil á San Zacarias, porque da nacimiento al hermoso río del Ulcatebue que tanto cieno arrastra en su seno.

Al mismo tiempo se adelantó una vieja con el libro de las centurias de Nostradamus, reclamó el silencio y leyó una centuria que prometía agua á Rouguez para el año cuarenta.

—Esa profecía es clara como el agua del río, dijo el alcalde.

—Y quedará cumplida, dijo el arquitecto; yo soy el que me he equivocado.

—¿Hola? exclamó Rouguez triunfante. ¿Conque no es culpa de la fuente?

—No, es mía, dijo el arquitecto: el canal debía haberse abierto en línea cóncava, y ha sido abierto en línea cóncava. Todo eso es negocio de cuatro años y de unos diez mil francos más, y correrá la fuente.

Era justamente la época que indicaba la predicción de Nostradamus.

Rouguez en sesión permanente y en el primer momento de entusiasmo se impuso una nueva contribución. Despues todas las aldeas vecinas con los violines á la cabeza y los mulos á la cola se fueron á la fuente de San Genies donde volvió á comenzar el baile y en donde los bailarines se entregaron á una orgía hidráulica, digna de la edad de oro.

Entretanto Rouguez tranquilizado por la profecía de Nostradamus aguarda el año cuarenta. Ahora comprendereis, querido mío, cuán furioso debe estar Rouguez con la felicidad que le ha sucedido á Cuges.

—¿Caramba! ya lo creo, ¿pero de veras tiene Cuges un lago?

—Ya lo creo.

—¿Pero un lago de veras?

—Un lago de veras, no tan grande como el lago Ontario, ni como el lago Lemán ¡vive Dios! pero un lago como el de Enghien.

—¿Pero cómo ha sucedido eso?

—De este modo: Cuges se halla situado en forma de embudo; han caído mucha nieve este invierno y muchas aguas este verano, y la nieve y el agua reunidas han hecho un lago, y este lago á lo que parece se ha puesto en comunicacion con manantiales que le alimentan. Patos salvajes que pasaban lo han creído seriamente un lago y se han quedado allí. En el momento en que ha habido patos en el lago se han construido barcos para cazarlos: de modo que ya se caza en el lago de Cuges: no hay pesca todavía, es verdad, pero está arrendada para el año próximo. Cuando paseis fijais

bien la atención, noche y día hay un vapor; es un verdadero lago.

—Ya ois, dije á Jadin que entraba, necesitamos un dibujo de Cuges y su lago.

—Se hará, respondió Jadin; pero ahora el desayuno.

—Es verdad, dije á Méry: ¿y el desayuno?

—Teneis razon, contestó Méry; este maldito lago de Cuges me ha hecho perder la cabeza. El desayuno os aguarda en el castillo de If.

—¿Vamos al castillo de If?

—¿No os lo habia dicho?

—No.

—¿Diablo de lago de Cuges! también tiene la culpa. Es que es un lago, querido mío, un lago verdadero. Pues bien, vais al castillo de If en una lancha preciosa que nos ha prestado un amigo: un barco con el cual podría irse hasta las Indias.

—¿Y dónde está ese barco?

—Os aguarda en el puerto.

—Pues bien, vamos.

—No, idos vosotros.

—¿Cómo! ¿no venis con nosotros?

—¿Yo ir por mar? dijo Méry, ni aun iría al lago de Cuges.

—Méry, la hospitalidad exige que nos acompañeis.

—Ya sé que hago mal en no hacerlo; pero ¿qué quereis?

—Quiero una indemnizacion.

—¿Cuál?

—Cien versos sobre Marsella mientras vamos al castillo de If.

—¿Doscientos si quereis.

—Está dicho.

—No hay mas que hablar.

—Pensad que dentro de dos horas estamos de vuelta.

—Dentro de dos horas estarán hechos los versos.

—Hecho este arreglo nos fuimos al puerto. A cada persona que encontraba Méry,

—¿Sabeis, le decía, que en Cuges hay un lago?

—¡Vive Dios! respondian los que pasaban, un lago soberbio que no se le pueda encontrar el fondo.

—Va veis, replicó Méry.

En el muelle de Orleans encontramos una linda lancha que nos aguardaba.

—Aquí tendreis vuestra embarcacion, nos dijo Méry.

—Y yo, tendré mis versos?

—Estarán hechos.

Bajamos á la lancha, los marineros apoyaron sus remos contra el muelle y dejamos la orilla.

—Buen viaje, nos gritó Méry.

IMPROVISACION.

El primer monumento que se divisa á su derecha cuando se va del muelle de Orleans al mar, es la Consigna.

La Consigna es un monumento de fresca y moderna hechura, con numerosas ventanas guarnecidas de triples rejas dando sobre el puerto.

Debajo de estas ventanas hay muchas gentes que están hablando con los habitantes de esta hermosa casa.

Parecía estar uno en Madrid ó Andalucía, y tomaría á todas aquellas gentes por amantes que se ocultan de un padre ó de un tutor y que están *pelando la paba*: son primos hermanos y hermanas que tienen miedo á la peste. La Consigna es el leucorio de la cuarentena.

Un poco mas lejos, enfrente del fuerte de San Nicolás, edificado por Luis XIV, está la torre de San Juan, construida por el rey René: por la ventana cuadrada situada en el segundo piso trató de fugarse en 93 aquel pobre duque de Montpensier que ha dejado sus encantadoras memorias sobre su cautividad con el principe de Conti. Sábese que la cuerda con la cual esperaba llegar á tierra era demasiado corta, y como se dejó caer el pobre prisionero á la ventura y se rompió el muslo al caer: y al amanecer le encontraron unos pescadores desmayado y le llevaron á casa de un barbero, donde obtuvo poder permanecer hasta su total curacion.

El barbero tenía una hija, una de esas lindas muchachas de Marsella que tienen medias amarillas y un pie de andaluza. No será mas indiscreto que lo fué el principe por mucho trabajo que me cueste: habia una linda historia que contar sobre esta muchacha y el pobre herido.

Dejamos á nuestra derecha la roca del Esteon: nos hallábamos justamente sobre la Marsella de César que ha cubierto el mar. Dicen que cuando hace buen tiempo y está el mar tranquilo se ven aun ruinas en el fondo del agua. Mucho me temo que la Marsella de César sea como el paso de los palomos.

Al pie de una roca, cerca del castillo Verde vimos á Méry. Nos enseñaba y tenía en la mano un papel y un lápiz. Comencé á creer que habia hecho bien en no hacerle venir; teníamos el viento de cara, y un diablo de mistral que no quería dejarnos dentro del puerto, pero que prometía darnos buenas saudades en cuanto hubiéramos salido de él.

Enfrente de la salida del puerto, el horizonte parecía cercado con las islas de Restomman y Pommeges. Estas dos islas reunidas

por un muelle, cierran el puerto de Frioul-Fretum Juli, estrecho de César.

Perdóneme la etimología, que no es mía; este muelle es una obra moderna: en cuanto á Frioul, es el puerto del tifus, del cólera, de la peste, y de la fiebre amarilla, la aduana de las plagas, el lazareto, en fin.

Así hay siempre en el puerto de Frioul un gran número de embarcaciones que presentan el aspecto mas triste.

Desgraciada, ó afortunadamente mas bien, Marsella no ha olvidado todavía la famosa peste de 1720 que la habia traído el capitán Chataud.

La tercera isla de los alrededores de Marsella, la mas célebre de las tres, es la de If: sin embargo, esta isla no es mas que un escollo; pero sobre este escollo hay una fortaleza, y en aquella fortaleza está el calabozo de Mirabeau.

Resulta de aquí que la isla de If es una especie de peregrinacion política, como el *Santo Balsamo* es una peregrinacion religiosa.

El castillo de If era la prision donde en otro tiempo se encerraba á los hijos de familias calaveras, era una cosa hereditaria, convenida: el hijo podía pedir el cuarto del padre.

Bajo este título fué allí llevado Mirabeau. Tenia un padre loco, y sobre todo ridículo: lo exasperó con los inauditos desarreglos de una juventud en donde se desbordaba la savia de las pasiones. Todos sus pasos hasta entonces habian sido marcados por escándalos que habian sublevado la opinion pública. Mirabeau quedó libre pero perdido en su reputacion.

Aquella dura reclusion era tal vez una de las cosas de que la Providencia se servia para forzar al joven á estudiar en sí mismo la tiranía en todos sus detalles: partiendo de ahí, y cuando se aproximó la revolucion, Mirabeau pudo estudiar aquella gran catástrofe social, con sus pasiones detenidas en su carrera, y sus odios reunidos durante una larga prision. La antigua sociedad le habia condenado á muerte: él la volvió su condenacion, y el 21 de enero de 1790 se ejecutó la sentencia.

El cuarto que habitaba Mirabeau, el primero y frecuentemente el único que se pide ver, tanto llena con su nombre aquella antigua fortaleza el coloso republicano, está á lo último del patio en el ángulo del Sudeste del castillo. Es un cuarto que no se distingue de los demás si no porque tal vez es mas oscuro. Una especie de alcoba abierta á pico en la roca, indica el sitio donde estaba su cama: dos garfios que sostenian una tabla, que hoy no está allí, designan el lugar donde ponía sus libros: en fin, algunos restos de pinturas á tiras longitudinales, azules y amarillas dan fe de las mejoras que la filantropía del amigo

culo, declaró que los dos catetos construidos sobre la línea de la hipotenusa eran iguales al tercero, y que la fuente tenía obligación de correr.

—Y sin embargo, dijo Naus, silbando á Rouguez, no corre—era lo mismo que el *pero gira* de Galileo, escepto que allí era todo lo contrario.

San Zacarias se interpuso y predicó moderación. Esto era fácil á San Zacarias, porque da nacimiento al hermoso río del Ulcatebue que tanto cieno arrastra en su seno.

Al mismo tiempo se adelantó una vieja con el libro de las centurias de Nostradamus, reclamó el silencio y leyó una centuria que prometía agua á Rouguez para el año cuarenta.

—Esa profecía es clara como el agua del río, dijo el alcalde.

—Y quedará cumplida, dijo el arquitecto; yo soy el que me he equivocado.

—¿Hola? exclamó Rouguez triunfante. ¿Conque no es culpa de la fuente?

—No, es mía, dijo el arquitecto: el canal debía haberse abierto en línea cóncava, y ha sido abierto en línea cóncava. Todo eso es negocio de cuatro años y de unos diez mil francos más, y correrá la fuente.

Era justamente la época que indicaba la predicción de Nostradamus.

Rouguez en sesión permanente y en el primer momento de entusiasmo se impuso una nueva contribución. Despues todas las aldeas vecinas con los violines á la cabeza y los mulos á la cola se fueron á la fuente de San Genies donde volvió á comenzar el baile y en donde los bailarines se entregaron á una orgía hidráulica, digna de la edad de oro.

Entretanto Rouguez tranquilizado por la profecía de Nostradamus aguarda el año cuarenta. Ahora comprendereis, querido mío, cuán furioso debe estar Rouguez con la felicidad que le ha sucedido á Cuges.

—¿Caramba! ya lo creo, ¿pero de veras tiene Cuges un lago?

—Ya lo creo.

—¿Pero un lago de veras?

—Un lago de veras, no tan grande como el lago Ontario, ni como el lago Lemán ¡vive Dios! pero un lago como el de Enghien.

—¿Pero cómo ha sucedido eso?

—De este modo: Cuges se halla situado en forma de embudo; han caído mucha nieve este invierno y muchas aguas este verano, y la nieve y el agua reunidas han hecho un lago, y este lago á lo que parece se ha puesto en comunicacion con manantiales que le alimentan. Patos salvajes que pasaban lo han creído seriamente un lago y se han quedado allí. En el momento en que ha habido patos en el lago se han construido barcos para cazarlos: de modo que ya se caza en el lago de Cuges: no hay pesca todavía, es verdad, pero está arrendada para el año próximo. Cuando paseis fijais

bien la atención, noche y día hay un vapor; es un verdadero lago.

—Ya ois, dije á Jadin que entraba, necesitamos un dibujo de Cuges y su lago.

—Se hará, respondió Jadin; pero ahora el desayuno.

—Es verdad, dije á Méry: ¿y el desayuno?

—Teneis razon, contestó Méry; este maldito lago de Cuges me ha hecho perder la cabeza. El desayuno os aguarda en el castillo de If.

—¿Vamos al castillo de If?

—¿No os lo habia dicho?

—No.

—¿Diablo de lago de Cuges! también tiene la culpa. Es que es un lago, querido mío, un lago verdadero. Pues bien, vais al castillo de If en una lancha preciosa que nos ha prestado un amigo: un barco con el cual podría irse hasta las Indias.

—¿Y dónde está ese barco?

—Os aguarda en el puerto.

—Pues bien, vamos.

—No, idos vosotros.

—¿Cómo! ¿no venis con nosotros?

—¿Yo ir por mar? dijo Méry, ni aun iría al lago de Cuges.

—Méry, la hospitalidad exige que nos acompañeis.

—Ya sé que hago mal en no hacerlo; pero ¿qué quereis?

—Quiero una indemnizacion.

—¿Cuál?

—Cien versos sobre Marsella mientras vamos al castillo de If.

—¿Doscientos si quereis.

—Está dicho.

—No hay mas que hablar.

—Pensad que dentro de dos horas estamos de vuelta.

—Dentro de dos horas estarán hechos los versos.

—Hecho este arreglo nos fuimos al puerto. A cada persona que encontraba Méry,

—¿Sabeis, le decía, que en Cuges hay un lago?

—¡Vive Dios! respondian los que pasaban, un lago soberbio que no se le pueda encontrar el fondo.

—Va veis, replicó Méry.

En el muelle de Orleans encontramos una linda lancha que nos aguardaba.

—Aquí tendreis vuestra embarcacion, nos dijo Méry.

—Y yo, tendré mis versos?

—Estarán hechos.

Bajamos á la lancha, los marineros apoyaron sus remos contra el muelle y dejamos la orilla.

—Buen viaje, nos gritó Méry.

IMPROVISACION.

El primer monumento que se divisa á su derecha cuando se va del muelle de Orleans al mar, es la Consigna.

La Consigna es un monumento de fresca y moderna hechura, con numerosas ventanas guarnecidas de triples rejas dando sobre el puerto.

Debajo de estas ventanas hay muchas gentes que están hablando con los habitantes de esta hermosa casa.

Parecía estar uno en Madrid ó Andalucía, y tomaría á todas aquellas gentes por amantes que se ocultan de un padre ó de un tutor y que están *pelando la paba*: son primos hermanos y hermanas que tienen miedo á la peste. La Consigna es el leucorio de la cuarentena.

Un poco mas lejos, enfrente del fuerte de San Nicolás, edificado por Luis XIV, está la torre de San Juan, construida por el rey René: por la ventana cuadrada situada en el segundo piso trató de fugarse en 93 aquel pobre duque de Montpensier que ha dejado sus encantadoras memorias sobre su cautividad con el principe de Conti. Sábese que la cuerda con la cual esperaba llegar á tierra era demasiado corta, y como se dejó caer el pobre prisionero á la ventura y se rompió el muslo al caer: y al amanecer le encontraron unos pescadores desmayado y le llevaron á casa de un barbero, donde obtuvo poder permanecer hasta su total curacion.

El barbero tenia una hija, una de esas lindas muchachas de Marsella que tienen medias amarillas y un pie de andaluza. No será mas indiscreto que lo fué el principe por mucho trabajo que me cueste: habia una linda historia que contar sobre esta muchacha y el pobre herido.

Dejamos á nuestra derecha la roca del Esteon: nos hallábamos justamente sobre la Marsella de César que ha cubierto el mar. Dicen que cuando hace buen tiempo y está el mar tranquilo se ven aun ruinas en el fondo del agua. Mucho me temo que la Marsella de César sea como el paso de los palomos.

Al pie de una roca, cerca del castillo Verde vimos á Méry. Nos enseñaba y tenia en la mano un papel y un lápiz. Comencé á creer que habia hecho bien en no hacerle venir; teníamos el viento de cara, y un diablo de mistral que no quería dejarnos dentro del puerto, pero que prometía darnos buenas saudades en cuanto hubiéramos salido de él.

Enfrente de la salida del puerto, el horizonte parecía cercado con las islas de Restomman y Pommeges. Estas dos islas reunidas

por un muelle, cierran el puerto de Frioul-Fretum Juli, estrecho de César.

Perdóneme la etimología, que no es mía; este muelle es una obra moderna: en cuanto á Frioul, es el puerto del tifus, del cólera, de la peste, y de la fiebre amarilla, la aduana de las plagas, el lazareto, en fin.

Así hay siempre en el puerto de Frioul un gran número de embarcaciones que presentan el aspecto mas triste.

Desgraciada, ó afortunadamente mas bien, Marsella no ha olvidado todavía la famosa peste de 1720 que la habia traído el capitán Chataud.

La tercera isla de los alrededores de Marsella, la mas célebre de las tres, es la de If: sin embargo, esta isla no es mas que un escollo; pero sobre este escollo hay una fortaleza, y en aquella fortaleza está el calabozo de Mirabeau.

Resulta de aquí que la isla de If es una especie de peregrinacion política, como el *Santo Balsamo* es una peregrinacion religiosa.

El castillo de If era la prision donde en otro tiempo se encerraba á los hijos de familias calaveras, era una cosa hereditaria, convenida: el hijo podia pedir el cuarto del padre.

Bajo este título fué allí llevado Mirabeau. Tenia un padre loco, y sobre todo ridículo: lo exasperó con los inauditos desarreglos de una juventud en donde se desbordaba la savia de las pasiones. Todos sus pasos hasta entonces habian sido marcados por escándalos que habian sublevado la opinion pública. Mirabeau quedó libre pero perdido en su reputacion.

Aquella dura reclusion era tal vez una de las cosas de que la Providencia se servia para forzar al joven á estudiar en sí mismo la tiranía en todos sus detalles: partiendo de ahí, y cuando se aproximó la revolucion, Mirabeau pudo estudiar aquella gran catástrofe social, con sus pasiones detenidas en su carrera, y sus odios reunidos durante una larga prision. La antigua sociedad le habia condenado á muerte: él la volvió su condenacion, y el 21 de enero de 1790 se ejecutó la sentencia.

El cuarto que habitaba Mirabeau, el primero y frecuentemente el único que se pide ver, tanto llena con su nombre aquella antigua fortaleza el coloso republicano, está á lo último del patio en el ángulo del Sudeste del castillo. Es un cuarto que no se distingue de los demás si no porque tal vez es mas oscuro. Una especie de alcoba abierta á pico en la roca, indica el sitio donde estaba su cama: dos garfios que sostenian una tabla, que hoy no está allí, designan el lugar donde ponía sus libros: en fin, algunos restos de pinturas á tiras longitudinales, azules y amarillas dan fe de las mejoras que la filantropía del amigo

de los hombres había permitido introducir al prisionero en su prisión.

Yo no soy del parecer de aquellos que pretenden que Mirabeau cautivo, presintió su porvenir: era preciso para eso que adivinase la revolución. Acaso el marinero cuando está sereno el cielo, cuando la mar está tranquila, adivina la tempestad que le arrojará sobre alguna isla desierta y salvaje en donde la superioridad de su genio le hará rey?

Al salir del cuarto de Mirabeau, el inválido que sirve de cicerone al viajero, le enseñó algunas tablas viejas que se pudren en una cuadra.

Es el ataúd en que se trajo el cuerpo de Kleber á Francia.

A nuestra vuelta encontramos á Méry que nos aguardaba fumando su cigarro sobre el muelle de Orleans.

—¿Y mis versos? le dije desde lejos en cuanto le vi.

—¿Vuestros versos?

—Sí, mis versos.

—Hace una hora que están hechos.

—Salté al muelle.

—¿Dónde están? pregunté á Méry dándole un abrazo.

—Aquí los tenéis, he tenido el tiempo de copiarlos en limpio. ¿Estais contento?

—Esto es maravilloso, querido.

En efecto, en menos de una hora, Méry había hecho ciento veinte y ocho versos, lo cual viene á ser dos versos por minuto.

Estos versos eran en elogio mio, y verdaderamente son una obra maestra por el poco tiempo en que se hicieron, y los que conservo toda mi vida como uno de los dones mas apreciables que me ha podido hacer jamás la amistad.

—Helos aquí, despues de haberlos leído, me dijo Méry.

—Pues no es eso solo lo que he hecho mientras os he estado aguardando, he encontrado una crónica que os faltaba para concluir vuestro cuadro de Marsella.

—¿Cuál?

—Marsella en 93.

—Venga pronto la crónica.

—Vamos primero á la plaza de Petit-Mazeau: mi hermano nos aguarda allí con su manuscrito.

Fuimos al sitio designado: Luis Méry me enseñó una casita baja y de mezquina apariencia, y que sin embargo estaba rebocada y puesta como nueva cuanto era posible.

—Mirad bien esa casa, me dijo Luis Méry.

—Ya la he mirado; y bien, ¿qué es esa casa?

—Volved á la fonda, leed ese manuscrito, y lo sabreis.

Obedecí puntualmente.

Leo el manuscrito desde la primera hasta la última línea.

Ved aquí lo que era aquella casa.

MARSELLA EN 93.

COQUELIN.

Hacia el mes de marzo de 1793, llegó un hombre de París á Marsella, y se fué inmediatamente al palacio de Justicia. Púsose sobre su cabeza un sombrero adornado de plumas tricolores. Desplegó un papel firmado por los miembros del comité de Salud pública, en cuyo papel se le institua presidente del tribunal revolucionario. Nadie se opuso á su instalacion, solamente le preguntaron como se llamaba: respondió que se llamaba el ciudadano Bruto. Este nombre estaba muy en moda en aquella época; así nadie se admiró de la elección que habían hecho en París del ciudadano, presidente del tribunal revolucionario de Marsella.

Durante todo el año 92 y todo el principio de 93, la guillotina había descansado un poco en Marsella; se habían elevado quejas al comité de Salud pública, y este había enviado al ciudadano Bruto para dar un poco mas de actividad á la máquina revolucionaria. A la primera vista pudo conocerse que la elección era buena: el ciudadano Bruto entendía maravillosamente el modo de poner en actividad las tablas de la guillotina, y de llenar las cárceles.

Todos los días le llevaban listas de los sospechosos. Para no perder su tiempo, Bruto llevaba las listas al tribunal revolucionario, y condenaba á muerte sin que la menor emoción de placer ó pena se representase en su arrugado rostro. Despues, mientras el escribano leía la sentencia, indicaba sobre las listas de los sospechosos que le habían entregado por la mañana, el nombre de los que debían llenar las prisiones vacías por los que salían al cadalso por la tarde.

Concluida esta tarea, volvía á su oscuro tercer piso, que por una de las travesías que se encuentran frecuentemente en las antiguas ciudades, ponía en comunicacion la *Calle Grande* y la de la Cuchillería. Allí permanecía solo é invisible aun para los Saron y los Mourelles, que eran los Carrieres y los Fouquier Tinville de este otro Robespierre.

Algunas veces Bruto salía para pasearse por la ciudad, y se cubría la cabeza con un gorro de piel de zorro, y llevaba arrastrando un gran sable que hacía saltar las chispas del empedrado de las calles. El resto de sus vestidos se componía de una carmañola, y un par de pantalones de color oscuro.

Cuando así lo encontraban haciendo suron-

da, todo el mundo se apresuraba á quitarse el sombrero, de miedo de que no les quitase la cabeza.

Gracias á su hermoso sol, á sus alegres casas pintadas con vivos colores, y al azulado mar que sonreía á sus pies, Marsella, aunque profundamente afectada con aquella fiebre revolucionaria que le sacaba lo mas puro de su sangre, había conservado durante algun tiempo el aspecto de felicidad que la distinguía, y que hace el carácter principal de sus habitantes. Sin embargo, poco á poco se fué estendiendo sobre ella un velo de luto. Sus calles bulliciosas se convirtieron en silenciosas, y sus ventanas parecidas á los quitasoles que se abrían á su vez para aspirar los primeros rayos del sol y las primeras brisas de la tarde, permanecían cerradas. Por un, en fin, último síntoma de dolor, aun mas triste en una ciudad comercial que en cualquiera otra, las tiendas estaban cerradas, á escepcion de una sola.

Esto era sin duda la causa del inocente comercio del que la habitaba, porque encima de la puerta de la tienda había una muestra que decía:

Coquelin, fabricante de juguetes de carton.

Además, probablemente para llamar la atención de la república sobre su establecimiento, el propietario había hecho pintar un gorro colorado encima de aquella muestra, cuya inscripcion se hallaba colocada entre una hacha y una media luna.

La tienda de Coquelin tenía las puertas á la plaza del *Petit Mazeau*, era una especie de bóveda pequeña y oscura. El que al pasar por ella echaba una mirada, veía á poca distancia del puesto de la puerta, una mesa y una silla, y delante de aquella mesa y en aquella silla, á un hombre de ojo apagado, megillas pálidas, ocupado en cortar con unas tijeras hojas de carton, y trabajar una casa, un pozo, un árbol, ó un cochecito con sus caballos, ó en hacer bailar un polichinela tirándole del hilo que colgaba entre sus piernas, ó en vestir ó desnudar alguna muñeca. Ocupábase en cualquiera cosa, sus movimientos eran dulces y moderados: dirigía lentamente sus manos cual compás, ó al puchero de la cola, cuando cogía el pincel ó á la tijera, y su rostro permanecía constantemente animado de una benévola sonrisa, perfectamente acorde y en armonía con sus sencillas ocupaciones.

De tiempo en tiempo se levantaba, entraba en la trastienda, y allí desaparecía á la vista de los que pasaban por la calle. Oíase entonces el ruido de una rueda, y el rápido roce de los instrumentos, como cuando se afila un cuchillo, ó una navaja, ó unas tijeras, algunas chispas brillaban en la permanente oscuridad de la trastienda; aquella chispa se extinguía inmediatamente en la oscuridad. Despues aquel buen hombre abría y cerraba la puerta

de la trastienda, volvía á sentarse sobre su silla, y continuaba su muñeca de carton, ó la casa que había interrumpido. Aquel hombre era Coquelin.

Hacia algunas semanas que una jóven se detenía delante de la tienda de Coquelin. No porque se complaciese en examinar los juguetes que aquel hombre fabricaba, sino por deferencia á una niña bonita de seis años con una cabeza de querubín, que cada vez que pasaba por delante de la tienda tiraba del vestido á su mamá con la mano á fin de que se parase, y detenía sus hermosos ojos azules sobre las obras maestras de aquel buen hombre. Su madre en su color pálido, en sus largos cabellos rubios, demostraba que era una flor estrangera á la ardiente atmósfera provenzal que encontraba á su hija tan feliz mirando en la mesa de Coquelin aquellos juguetes que la causaban tanto gozo.

Coquelin tenía muy poca curiosidad; empero, sin embargo, había concluido por reparar en aquella muger y aquella niña, á las que, á pesar de su falta completa de educación, hacía una amistosa señal con la cabeza, que tranquilizaba á la madre y animaba á la hija.

La jóven preguntó un día á Coquelin el precio de una bonita casa de carton, cuyo techo imitaba perfectamente las tejas, y que tenía persianas pintadas de verde. Saltaba la niña de alegría dando palmadas con su manita á la idea de que su madre pudiese comprarle tan linda casita. Coquelin examinó el trabajo del objeto que le pedían, y despues de haber reflexionado un instante, pronunció estas palabras: tres francos; eran las únicas que la jóven le había nunca jamás oído pronunciar. Puso el precio sobre la mesa, porque Coquelin no había alargado la mano para recibir el dinero, y la niña radiante de alegría y de orgullo se llevó el soberbio juguete.

A la mañana siguiente, sea que la niña satisfecha de su adquisicion de la vispera no hubiese manifestado tanto deseo por los demas juguetes que contenía la tienda de Coquelin, sea que la jóven se hubiese visto detenida lejos de la calle de Petit Mazeau por el asunto que tan triste le tenía, ni la madre ni la hija se presentaron en la tienda.

Hasta la hora en que tenían costumbre de detenerse delante de su tienda, permaneció muy tranquilo Coquelin, entregándose constantemente á su habitual ocupacion. Cuando llegó la hora, volvióse muchas veces hácia la puerta cual si aguardase que hubiesen venido; pero cuando pasó la hora, Coquelin pasó de la impaciencia al desasosiego, y sacaba frecuentemente su cabeza para mirar á los dos extremos de la calle, volviendo cada vez que veía frustrada su esperanza con un aire apesadumbrado y triste. Aquel día cortó mal, no pudo acabar una casa: los pedazos no encajaban, la cola se quemó, las tijeras se torcieron: cosa

admirable, nada hizo con concierto, é inco-
modado y con ira, cerró la puerta de su
tienda.

Al día siguiente, las pálidas y arrugadas
megillas de Coquelin se pusieron casi encarna-
das, cuando la joven y su hija se aproximaron
á su tienda. Sin embargo, no demostró su ale-
gría sino con una ligera sonrisa que procuró
contener: animada la niña con la sonrisa en-
tró prontamente en la tienda, y vino á colo-
car una manita sobre la espalda de Coquelin,
mientras que con la otra hacía girar una ve-
leta colocada en una torre de carton: Coque-
lin se volvió hacia la encantadora niña, y le
hizo un gesto de amistad: la niña se familia-
rizó completamente con la pacífica figura del
fabricante de juguetes, y concluyó por jugar
con él, de tal modo, que su madre que tenía
los ojos clavados sobre las paredes del palacio
donde el tribunal revolucionario tenía sus
sesiones, no reparó que la niña se instalaba
en la tienda de Coquelin, metiendo su dedo
en el puchero de la cola, haciendo bailar los
polichinelas, rodar los coches, abriendo las
ventanas de las casas de carton, y trastor-
nando todo cuanto allí había, sin que Co-
quelin la dijese nada ni profririese la menor
queja, mirando alternativamente á la hija y
á la madre.

En un momento en que miraba á la ma-
dre, la niña se desapareció en la trastienda,
y casi inmediatamente dando un grito, volvió
á presentarse en el dintel de la puerta inte-
rior, con un dedo lleno de sangre.

A aquel grito volvióse vivamente la ma-
dre y se precipitó en la tienda.

—¡Dios mio, Dios mio! le dijo, ¿que has
hecho, pobre hija? ¿Te has cortado?

—¡Oh, mamá, mamá, respondió la niña sa-
cudiendo su manita, y haciendo todo lo que
podía para contener sus lágrimas, no me ri-
ñais, no me riñais, es una cuchilla que me
ha mordido.

—¡Una cuchilla! exclamó la madre.

El rostro de Coquelin se puso livido de
palidez, y cerrando con cuidado la puerta de
la trastienda, se metió la llave en el bol-
sillo.

—No es nada, no es nada, dijo con voz
temblona. Aquí teneis tafetan de Inglaterra,
curadla vos misma, yo tengo la mano muy
pesada.

Y con una atención y premura extraor-
dinarias, Coquelin presentó á la joven una
taza llena de agua y se puso de rodillas de-
lante de la niña, mientras su madre la tenía
el dedo y aplicaba en la cortadura un peda-
zo de tafetan inglés.

—Habrà puesto imprudentemente la mano
sobre algun cuchillo de cocina, dijo la jó-
ven un poco tranquilizada. Estos niños á to-
do echan mano.

—¡Oh! ciudadana, respondió Coquelin, mu-
cho lo siento, porque hubiera debido tener

mas cuidado, es culpa mia. Pero la señorita
Luisa es tan lista y tan traviesa...

—Es mas aturdida que una mariposa, dijo
la joven con una triste y dulce sonrisa.

Aquella sonrisa por pasajera que fuese,
hizo á Coquelin mas expansivo. Sintió no te-
ner ni una silla, ni un taburete que presen-
tar á la ciudadana y á su hija. Su conversa-
cion era la de un hombre de pocas ideas, y
de cierta tenacidad de carácter, lo que casi
siempre va unido. Ademas sus palabras eran
cortadas y las decía con acento montañés. Por
su parte la joven comenzaba á acostmbrarse
al trato de aquel hombre que habia comen-
zado por inspirarle una repugnancia de que
no sabia darse razon. Así le hizo algunas pre-
guntas.

—¿Y este trabajo? ¿basta á vuestras exigen-
cias? le preguntó.

—Trabajo tambien en otras cosas, respon-
dió Coquelin.

—¿Y os produce mucho ese trabajo?

—Si, si, me pagan bien.

—¿Y nunca os falta trabajo?

—Es decir, respondió el obrero que se ha-
bia puesto otra vez á su tarea levantándose las
mangas de su blusa; es decir, que hay épocas.

—Y ahora es buena época á lo que parece,
preguntó la joven, porque me pareceis con-
tento.

—Si, si, hace dos meses casi que no faltan
encargos, y se aumentan todos los dias, gra-
cias al ciudadano Bruto.

—¿Conoceis al ciudadano Bruto? exclamó
la joven sin reflexionar en aquella terrible
influencia que podía tener el ciudadano Bru-
to en el comercio de un fabricante de jue-
tes de niños.

—Toma, que si conozco al ciudadano Bru-
to! respondió Coquelin, ya se vé que le co-
nozco, es un hombre que no todo el mundo
trata.

—¿Con qué le conoceis! ¡oh Dios mio, tal
vez la Providencia me ha conducido aqui! ¿Y
lo veis con frecuencia?

—Si, así, de tiempo en tiempo. Cuando he
concluido la tarea del día, voy á recibir sus
órdenes para el día siguiente. Tomamos una
copita juntos y brindamos á la salud de la
república una é indivisible. ¡Oh! no es orgu-
lloso ni altivo el ciudadano Bruto.

—Ciudadano Coquelin, me pareceis un buen
hombre.

—Un buen hombre... yo... ciudadana.

—¿Me haréis un favor, no es esto?

—Contad con él, si puedo, ciudadana.

—Ciudadano Coquelin, voy á deciroslo to-
do. Tengo preso á mi marido, y por eso pa-
so todos los dias por esta calle: está inocente,
os lo juro, pero tiene enemigos porque es
rico. ¿Si pudieseis implorar por él la libertad
del ciudadano Bruto?... Se llama Roberto mi
marido: conservad bien su nombre en la me-
moría, y pues que conoceis al presidente

Bruto, puesto que vais á verle al fin de vues-
tro trabajo, podríais decir la primera vez
que vayais, que una pobre señora muy des-
graciada, le suplica en nombre del cielo que
la conserve á su marido: decidle que nada ha
hecho mi pobre Carlos, el padre de mi Luisa:
decidle que nunca ha conspirado, que es buen
patriota, que ama la república ¡si supierais
como la ama!... ¡si supierais como ama á su
hija!... Preciso es que yo os diga que todos
los dias le veo: á las cinco pasa por delante
de unas rejias, y me hace una señal: así todos
los dias á las cinco vamos á aguardar esa se-
ñal delante de su ventana. He hecho todo lo
que he podido para ver al ciudadano Bruto,
pero no me han dejado llegar hasta él. Sin
embargo, tanto le hubiese rogado, tanto le
hubiese suplicado, que me hubiera concedido
la vida de mi marido, estoy segura. La Provi-
dencia y Dios me ha conducido aqui, y pues
que vos conoceis al ciudadano Bruto, estoy
segura que no matará á mi Carlos. Luisita, hi-
ja mia, exclamó la pobre madre toda llena de
desconsuelo, quieren matar á tu padre; rue-
ga conmigo al señor Coquelin para que no le
maten.

Luisa se puso á llorar gritando: yo no
quiero que maten á papá, señor Coquelin, no
mateis á papá.

El rostro de Coquelin se puso livido de pa-
lidez.

—No hagais caso de lo que dice esta niña,
exclamó la madre, no sabe lo que se dice, mi
buen señor Coquelin.

Y quiso coger las arrogadas manos del
fabricante, que las retiró con viveza.

—No toqueis mis manos, ciudadana, dijo
con una especie de terror.

Retrocedió la muger; no comprendia el
movimiento de Coquelin. Hubo un instante de
silencio.

—¿Con que decís, replicó Coquelin, que
la vida de vuestro marido depende del ciuda-
dano Bruto?

—De él solo, exclamó la joven.

—¡Muy duro es el ciudadano Bruto! conti-
nuó Coquelin meneando la cabeza; muy duro,
muy duro; y exhaló un suspiro.

—¿Me negais vuestra proteccion? preguntó
con timidez la joven tendiendo sus manos en
actitud suplicante.

—Yo, dijo Coquelin, ¿yo rehusar nada de
lo que pueda hacer? ¡Ah! no me conoceis,
ciudadana. Ademas, ¿no me habeis comprado
una cajita de carton? ¿No venis todos los dias
á mi tienda donde viene tan poca gente? ¿No
me hablais con vuestra vocecita tan dulce, á
mi, pobre hombre á quien nadie habla? Y sin
embargo, hacédme justicia, tengo la tienda
mejor surtida de Marsella. ¿Hay nadie que
menea mejor que yo las tijeras, que tenga
mi destreza? Mirad esta purichinela que linda
es, no hay mas que tirar de esta cuerdecita,
y los brazos, las piernas, la cabeza, todo se

agita, todo se mueve: mirad, mirad. La jó-
ven, por complacerle, miró al través de las
lágrimas que empañaban sus ojos, el grotes-
co purichinela que Coquelin con el rostro lle-
no de satisfaccion, orgulloso, de artista, ha-
cía bailar. Por su parte, Luisita, pasando del
dolor á la alegría como una niña que era,
saltaba de puntillas riendo como una loca.
Habia tomado la escena un carácter interesan-
te y casi patriarcal. Arrellanado en la silla
Coquelin tenía con una mano á la altura de
su nariz, la figura de carton cogida por la
cabeza, y con la otra mano comunicaba por
medio de una cuerda, un movimiento rápido,
á los brazos y á las piernas del purichinela.
Cuanto mas se meneaba la figura de carton,
mas alegremente reia Luisita. Saboreaba Co-
quelin su triunfo de mecánico. Estaba radian-
te de alegría su rostro, y decía tirando al
mismo tiempo de la cuerdecita, y uniendo su
voz con los gestos del purichinela:

—¿Con qué decís, ciudadana, que está en-
cerrado vuestro marido? Bien, veré al ciuda-
dano Bruto: le hablaré... ¡es duro el ciuda-
dano Bruto! pero quien sabe... en todo caso yo
haré todo lo que pueda por vuestro marido:
estad tranquila, perded cuidado, ciudadana...
Desgraciadamente no puedo mucho... pero
todo lo que pueda lo haré... todo.

—Que bueno sois, señor Coquelin.

—Tengo memoria, ciudadana, la tengo....

No olvidaré jamás que hace dos semanas ve-
nis á verme trabajar media hora todos los
dias, y que durante esa media hora, no sé
por que, soy feliz. Es que, ya lo veis, en Mar-
sella no aman á los artistas... yo estaba
condenado ha admirarme solo... Mirad, pues,
como baila mi purichinela: Luisita quiere mu-
cho á su papá, ¿no es verdad?

—Con todo mi cosazon, y con toda mi al-
ma, respondió la niña.

—Está bien ¿no has roto la casita?

—Yo, no, señor Coquelin, la he puesto en
la mesa de juego del salon.

—Debeis estar muy contenta, ciudadana,
de tener una niña tan guapa.

—Si, dijo la joven, y como es muy juicio-
sa, voy á comprarla el purichinela.

Luisita dió un grito de alegría, Coquelin
se levantó con toda su estatura, entregó el pu-
richinela á la pobre madre, que le pagó cua-
tro francos, y recomendando por último ver
su marido á Coquelin, se marchó.

—A propósito, las señas de vuestra casa,
ciudadana, la preguntó.

—Calle de Tionvillois, número 6.

—Gracias, dijo Coquelin, y volvió á entrar-
se en su tienda. Escribió en un pedazo de
papel, las señas que acababa de darle la jó-
ven, se metió el pedazo de papel en el gra-
siento bolsillo de su trage, lanzó un suspiro,
y se entró en la trastienda. Un instante des-
pues brillaron las chispas, y se oyó el rui-
do de la piedra de afilar.

A la mañana siguiente hacía las once de ella, supo la joven que su marido había corrido ante Bruto, y que Bruto le había condenado á muerte. Aturdida quedó desde luego enteramente con aquel golpe la joven. Pero vió á su hija que jugaba con la linda casita: pensó en Coquelin: dijo á Luisita que fuese juiciosa, y se divertiese con sus juguetes, cerró la puerta con llave, y corrió como una loca á la calle de Petit-Mazeau.

La tienda del fabricante de juguetes estaba cerrada.

Desvaneciasele la última esperanza: puso se á llamar con el puño cerrado contra aquella puerta como una loca, dejando caer hacia atrás de vez en cuando la cabeza, arrojando tristes suspiros. Nadie respondió, pero una vecina vieja se asomó abriendo la ventana, y viendo aquella joven que llamaba sin descanso, le preguntó que quería.

—Quiero hablar al ciudadano Coquelin, exclamó la joven.

—El ciudadano Coquelin ha marchado con su carrito; respondió la vieja: debe hallarse á estas horas en la Cannevière; y la vieja cerró la ventana.

La joven se echó á correr hacia el lado indicado, pero á medida que se aproximaba era tan considerable la multitud, que se vió obligada á detenerse en una de las calles inmediatas.

Gentes con cara patibularia, decían:

—Qué desgracia la de no poder llegar mas lejos. Hoy llevan doce; los que tienen las primeras sillas lo verán por su dinero.

La pobre joven se desmayó.

Llevaronla á una casa, registraronla sus bolsillos, le encontraron una carta y sus señas, y la llevaron á la calle Tionvillois.

Cuando volvió en sí, Luisita estaba de rodillas, y una anciana que la había acompañado desde París, la echaba agua en la cara.

Quiso levantarse, pero se hallaba tan débil que tuvo necesidad de volverse á sentar.

Permaneció dos horas con las manos apoyadas sobre los brazos de su sillón, el ojo fijo, sin pronunciar una sola palabra.

Al cabo de dos horas llamaron violentamente á la puerta.

—Id á ver quien es, dijo á la anciana criada.

La criada bajó: un instante despues volvió á entrar toda trémula trayendo un billete en la mano.

Un hombre con un gorro colorado le había arrojado aquel billete en la escalera, entregándole para la ciudadana viuda de Roberto.

La joven cogió el papel. Esto era lo que estaba escrito en él:

«Ciudadana, eran doce; vuestro marido era el doce. Le he hecho pasar el primero: ya veis que he cumplido mi promesa. He hecho todo cuanto he podido.

»Coquelin.—(Verdugo.)»

En aquel momento Luisita dijo á su madre: —Mamá, mirad que bien baila mi purichinela.

La pobre muger se levantó, hizo pedazos el purichinela y la casita de carton, y cogiendo á su hija en sus brazos, volvió á caer desmayada diciendo:

—¡Mónstruo! han muerto á tu padre.

TOLON.

En atención al proverbio de que no hay compañía por buena que sea que no sea necesario dejar despues de tres dias de fiestas y placeres, tuve que separarme de aquella alegre y honrada compañía marsellesa en la que se me había pasado una semana con la rapidez de una hora.

Al acompañarnos al carruaje Méry recomendó á Jadin no se le olvidase sacarle al pasar un dibujo del lago de Cuges, nos abrazamos despues, y nosotros echamos á andar para Tolon y Méry volvió á Marsella.

El camino que se toma para salir de la capital de la Provenza, es tan caloroso y tan lleno de polvo como el que se sigue para llegar á ella: nada hay mas monótono y mas triste que aquellos olivares mezclados de viñas en cuyo intervalo, como dice el presidente Brosas, se levantan por curiosidad algunas matas de trigo.

Al cabo de una ó dos horas entramos en las montañas peladas y áridas en las que el sol y las lluvias no han dejado mas que un esqueleto de granito. Seguimos el fondo de un valle tan seco como el resto del camino: por último hacia el anocheecer, al doblar una gigantesca roca que obliga al camino á describir una curva, nos hallamos delante de una gran sábana de agua: era el lago de Cuges.

Como el conductor estaba á nuestras órdenes, hicimos alto allí; Jadin como lo había prometido sacó una vista para Méry. El lago estaba en el primer término, Cuges y su iglesia en el segundo: el tercero lo formaban las montañas. Durante este tiempo cogí mi escopeta y seguí sus orillas para ver si encontraba algun pato: desgraciadamente aun no habían tenido tiempo de crecer los cañaverales, y los patos estaban en medio del lago á gran distancia.

Volvi cerca de Jadin que había concluido su croquis y nos dispusimos á pasar el lago.

No era operacion sencilla. Los cugences aun no habían tenido tiempo de construir un

puente: además, antes de construirlo querrian sin duda asegurarse de que les sería permanentemente el lago. En el entretanto el agua había cubierto la carretera: veíase bien el camino entrar por un lado y salir por otro: pero por el espacio de un cuarto de legua no se tenía otro guia para seguirlo que algunas piedras ó postes á derecha é izquierda. Como el camino formaba calzada, por poco que nos separáramos á un lado ó á otro caíamos en profundidades que no podíamos medir por las ramas de los árboles que aparecían como matas á flor de agua. Empecé á creer que la Providencia había sido muy pródiga con Cuges al darle semejante lago cuando los cugences se hubiesen contentado con una fuente como bastante.

Sin embargo, como no había ni puente ni barca, tuvimos que adoptar nuestra resolución: subimos á la imperial del coche á fin de estar mas dispuestos para salvarnos á nado: y con audacia nos lanzamos en el lago saliendo sin percance alguno á la otra orilla.

Hallamos á Cuges en conmocion: el gobierno había tenido noticias de su lago y había puesto la mano en ello. Los lagos son de derecho propiedad de los gobiernos, únicamente que en este se suscitaba un litigio. Este lago era de fecha reciente y no subía como los otros á la creacion del mundo, á lo menos del diluvio. Por el diluvio, como se sabe, hacen los lagos su prueba de nobleza: el diluvio es el 4399 de los lagos. El de Cuges se había entendido sin cumplimiento alguno sobre propiedades y fincas que pertenecían á ciudadanos de las poblaciones circunvecinas. Estos propietarios querían dejar el lago al gobierno, pero siendo indemnizados de las tierras que pedían por esta concesion. Las aguas y los bosques se reían de ellos; ellos se reían de las aguas y los bosques: así había ya habido un gran gasto de papel sellado y los cugences, como aquel pobre zapatero convertido en rico, estaban casi dispuestos á devolver su lago si querían devolverles su tranquilidad.

Nos detuvimos en Cuges, y volvimos á salir al dia siguiente á las seis de la madrugada.

La única cosa curiosa que nos ofreció el camino hasta Tolon, eran las gargantas de Ollioules: las gargantas de Ollioules son las Termópilas de la Provenza. Figúrense rocas escarpadas de dos á tres mil pies de altura en cuyas cimas hay algunas poblaciones perdidas á que se sube sin saber por donde y se inclinan curiosamente para vernos pasar. Algunas de estas montañas tienen la pretension de ser volcanes apagados: no me opongo á ello.

Apenas se sale de las gargantas de Ollioules se presenta un gran contraste: en lugar de aquellas dos paredes de granito tan peladas y tan próximas que sofocan, se encuentra

una deliciosa llanura encajonada á la izquierda por las montañas en semicírculo y á la derecha por el mar.

Aquella llanura es la estufa de la Provenza: allí brotan el aire libre y á porfía la palma de Siria, el naranjo de Mallorca, el nefe del Japon, el plátano de las Antillas, el yesea de la América, el lentisco de Creta y la acacia de Constantinopla. Aquel es el país de las plantas exóticas, que vienen del Oriente y del Mediodía para ir á morir á nuestros jardines botánicos del Norte. Felices las que allí se detienen porque pueden creerse todavía en su país natal.

A la izquierda de la vuelta del camino que dirige desde las gargantas del Ollioules á Tolon, se verificó el 18 de junio de 1843, el mismo día de la batalla de Waterloo la entrevista del mariscal Brune y Murat. Este se hallaba vestido de mendigo con un capote gris, un sombrero á la catalana y anteojos de oro. Lo que pedía el mendigo real era volver á ocupar su lugar como simple soldado en los ejércitos de aquel á quien dos veces había perdido, la primera declarándose contra él, la segunda declarándose por él.

Sábese cual fué el resultado de aquella entrevista. Murat, rechazado de Francia, pasó á Córcega, de Córcega se embarcó para Calabria: puede encontrarse su cadáver en la iglesia de Pizzo.

Al entrar en Tolon pasamos por delante del famoso balcón de Puget que hizo decir al caballero Bernuin cuando llegó á Francia, que no merecía la pena el enviar á buscar artistas á Italia cuando se tenían en su casa gentes capaces de hacer semejantes cosas.

Las tres cabezas que sostienen aquel balcón son los retratos de los tres cónsules de Tolon á quien Puget había quedado agradecido: así la ciudad los conserva cuidadosamente como retratos de familia.

Llevaba cartas para Mr. Lauvergne, joven médico del mayor mérito que había acompañado al duque de Joinville en sus escursiones á Córcega, Italia y Sicilia, y hermano del Lauvergne, el pintor de marina, que ha dado dos ó tres veces la vuelta al mundo.

Como contábamos detenernos en Tolon nos ofreció en lugar de nuestro sombrío aposento en la ciudad una pequeña bastida ó casa de campo muy ventilada que tenía en el fuerte la Malgue. Aceptamos al instante esta oferta que nos hizo con tanta franqueza. Aquella misma noche quedamos instalados en ella, de modo que al dia siguiente al despertarnos y al abrir nuestras ventanas tuvimos delante de nosotros un mar infinito que hay necesidad de ver de tiempo en tiempo cuando se le ha visto una vez y que no se cansa uno jamás de ver.

Tolon tiene pocos recuerdos; fuera del sitio que le puso el duque de Saboya y la traicion que lo entregó á los ingleses y á los es-

A la mañana siguiente hacía las once de ella, supo la joven que su marido había corrido ante Bruto, y que Bruto le había condenado á muerte. Aturdida quedó desde luego enteramente con aquel golpe la joven. Pero vió á su hija que jugaba con la linda casita: pensó en Coquelin: dijo á Luisita que fuese juiciosa, y se divertiese con sus juguetes, cerró la puerta con llave, y corrió como una loca á la calle de Petit-Mazeau.

La tienda del fabricante de juguetes estaba cerrada.

Desvaneciasele la última esperanza: puso se á llamar con el puño cerrado contra aquella puerta como una loca, dejando caer hacia atrás de vez en cuando la cabeza, arrojando tristes suspiros. Nadie respondió, pero una vecina vieja se asomó abriendo la ventana, y viendo aquella joven que llamaba sin descanso, le preguntó que quería.

—Quiero hablar al ciudadano Coquelin, exclamó la joven.

—El ciudadano Coquelin ha marchado con su carrito; respondió la vieja: debe hallarse á estas horas en la Cannevière; y la vieja cerró la ventana.

La joven se echó á correr hacia el lado indicado, pero á medida que se aproximaba era tan considerable la multitud, que se vió obligada á detenerse en una de las calles inmediatas.

Gentes con cara patibularia, decían:

—Qué desgracia la de no poder llegar mas lejos. Hoy llevan doce; los que tienen las primeras sillas lo verán por su dinero.

La pobre joven se desmayó.

Llevaronla á una casa, registraronla sus bolsillos, le encontraron una carta y sus señas, y la llevaron á la calle Tionvillois.

Cuando volvió en sí, Luisita estaba de rodillas, y una anciana que la había acompañado desde París, la echaba agua en la cara.

Quiso levantarse, pero se hallaba tan débil que tuvo necesidad de volverse á sentar.

Permaneció dos horas con las manos apoyadas sobre los brazos de su sillón, el ojo fijo, sin pronunciar una sola palabra.

Al cabo de dos horas llamaron violentamente á la puerta.

—Id á ver quien es, dijo á la anciana criada.

La criada bajó: un instante despues volvió á entrar toda trémula trayendo un billete en la mano.

Un hombre con un gorro colorado le había arrojado aquel billete en la escalera, entregándole para la ciudadana viuda de Roberto.

La joven cogió el papel. Esto era lo que estaba escrito en él:

«Ciudadana, eran doce; vuestro marido era el doce. Le he hecho pasar el primero: ya veis que he cumplido mi promesa. He hecho todo cuanto he podido.

»Coquelin.—(Verdugo.)»

En aquel momento Luisita dijo á su madre: —Mamá, mirad que bien baila mi purichinela.

La pobre muger se levantó, hizo pedazos el purichinela y la casita de carton, y cogiendo á su hija en sus brazos, volvió á caer desmayada diciendo:

—¡Mónstruo! han muerto á tu padre.

TOLON.

En atención al proverbio de que no hay compañía por buena que sea que no sea necesario dejar despues de tres dias de fiestas y placeres, tuve que separarme de aquella alegre y honrada compañía marsellesa en la que se me había pasado una semana con la rapidez de una hora.

Al acompañarnos al carruaje Méry recomendó á Jadin no se le olvidase sacarle al pasar un dibujo del lago de Cuges, nos abrazamos despues, y nosotros echamos á andar para Tolon y Méry volvió á Marsella.

El camino que se toma para salir de la capital de la Provenza, es tan caloroso y tan lleno de polvo como el que se sigue para llegar á ella: nada hay mas monótono y mas triste que aquellos olivares mezclados de viñas en cuyo intervalo, como dice el presidente Brosas, se levantan por curiosidad algunas matas de trigo.

Al cabo de una ó dos horas entramos en las montañas peladas y áridas en las que el sol y las lluvias no han dejado mas que un esqueleto de granito. Seguimos el fondo de un valle tan seco como el resto del camino: por último hacia el anocheecer, al doblar una gigantesca roca que obliga al camino á describir una curva, nos hallamos delante de una gran sábana de agua: era el lago de Cuges.

Como el conductor estaba á nuestras órdenes, hicimos alto allí; Jadin como lo había prometido sacó una vista para Méry. El lago estaba en el primer término, Cuges y su iglesia en el segundo: el tercero lo formaban las montañas. Durante este tiempo cogí mi escopeta y seguí sus orillas para ver si encontraba algun pato: desgraciadamente aun no habían tenido tiempo de crecer los cañaverales, y los patos estaban en medio del lago á gran distancia.

Volvi cerca de Jadin que había concluido su croquis y nos dispusimos á pasar el lago.

No era operacion sencilla. Los cugences aun no habían tenido tiempo de construir un

puente: además, antes de construirlo querrian sin duda asegurarse de que les sería permanentemente el lago. En el entretanto el agua había cubierto la carretera: veíase bien el camino entrar por un lado y salir por otro: pero por el espacio de un cuarto de legua no se tenía otro guia para seguirlo que algunas piedras ó postes á derecha é izquierda. Como el camino formaba calzada, por poco que nos separáramos á un lado ó á otro caíamos en profundidades que no podíamos medir por las ramas de los árboles que aparecían como matas á flor de agua. Empecé á creer que la Providencia había sido muy pródiga con Cuges al darle semejante lago cuando los cugences se hubiesen contentado con una fuente como bastante.

Sin embargo, como no había ni puente ni barca, tuvimos que adoptar nuestra resolución: subimos á la imperial del coche á fin de estar mas dispuestos para salvarnos á nado: y con audacia nos lanzamos en el lago saliendo sin percance alguno á la otra orilla.

Hallamos á Cuges en conmocion: el gobierno había tenido noticias de su lago y había puesto la mano en ello. Los lagos son de derecho propiedad de los gobiernos, únicamente que en este se suscitaba un litigio. Este lago era de fecha reciente y no subía como los otros á la creacion del mundo, á lo menos del diluvio. Por el diluvio, como se sabe, hacen los lagos su prueba de nobleza: el diluvio es el 4399 de los lagos. El de Cuges se había entendido sin cumplimiento alguno sobre propiedades y fincas que pertenecían á ciudadanos de las poblaciones circunvecinas. Estos propietarios querían dejar el lago al gobierno, pero siendo indemnizados de las tierras que pedían por esta concesion. Las aguas y los bosques se reían de ellos; ellos se reían de las aguas y los bosques: así había ya habido un gran gasto de papel sellado y los cugences, como aquel pobre zapatero convertido en rico, estaban casi dispuestos á devolver su lago si querían devolverles su tranquilidad.

Nos detuvimos en Cuges, y volvimos á salir al dia siguiente á las seis de la madrugada.

La única cosa curiosa que nos ofreció el camino hasta Tolon, eran las gargantas de Ollioules: las gargantas de Ollioules son las Termópilas de la Provenza. Figúrense rocas escarpadas de dos á tres mil pies de altura en cuyas cimas hay algunas poblaciones perdidas á que se sube sin saber por donde y se inclinan curiosamente para vernos pasar. Algunas de estas montañas tienen la pretension de ser volcanes apagados: no me opongo á ello.

Apenas se sale de las gargantas de Ollioules se presenta un gran contraste: en lugar de aquellas dos paredes de granito tan peladas y tan próximas que sofocan, se encuentra

una deliciosa llanura encajonada á la izquierda por las montañas en semicírculo y á la derecha por el mar.

Aquella llanura es la estufa de la Provenza: allí brotan el aire libre y á porfía la palma de Siria, el naranjo de Mallorca, el nefe del Japon, el plátano de las Antillas, el yesea de la América, el lentisco de Creta y la acacia de Constantinopla. Aquel es el país de las plantas exóticas, que vienen del Oriente y del Mediodía para ir á morir á nuestros jardines botánicos del Norte. Felices las que allí se detienen porque pueden creerse todavía en su país natal.

A la izquierda de la vuelta del camino que dirige desde las gargantas del Ollioules á Tolon, se verificó el 18 de junio de 1843, el mismo día de la batalla de Waterloo la entrevista del mariscal Brune y Murat. Este se hallaba vestido de mendigo con un capote gris, un sombrero á la catalana y anteojos de oro. Lo que pedía el mendigo real era volver á ocupar su lugar como simple soldado en los ejércitos de aquel á quien dos veces había perdido, la primera declarándose contra él, la segunda declarándose por él.

Sábese cual fué el resultado de aquella entrevista. Murat, rechazado de Francia, pasó á Córcega, de Córcega se embarcó para Calabria: puede encontrarse su cadáver en la iglesia de Pizzo.

Al entrar en Tolon pasamos por delante del famoso balcón de Puget que hizo decir al caballero Bernuin cuando llegó á Francia, que no merecía la pena el enviar á buscar artistas á Italia cuando se tenían en su casa gentes capaces de hacer semejantes cosas.

Las tres cabezas que sostienen aquel balcón son los retratos de los tres cónsules de Tolon á quien Puget había quedado agradecido: así la ciudad los conserva cuidadosamente como retratos de familia.

Llevaba cartas para Mr. Lauvergne, joven médico del mayor mérito que había acompañado al duque de Joinville en sus escursiones á Córcega, Italia y Sicilia, y hermano del Lauvergne, el pintor de marina, que ha dado dos ó tres veces la vuelta al mundo.

Como contábamos detenernos en Tolon nos ofreció en lugar de nuestro sombrío aposento en la ciudad una pequeña bastida ó casa de campo muy ventilada que tenía en el fuerte la Malgue. Aceptamos al instante esta oferta que nos hizo con tanta franqueza. Aquella misma noche quedamos instalados en ella, de modo que al dia siguiente al despertarnos y al abrir nuestras ventanas tuvimos delante de nosotros un mar infinito que hay necesidad de ver de tiempo en tiempo cuando se le ha visto una vez y que no se cansa uno jamás de ver.

Tolon tiene pocos recuerdos; fuera del sitio que le puso el duque de Saboya y la traicion que lo entregó á los ingleses y á los es-

pañoles en 1795, su nombre se halla raramente citado en la historia. Pero esta vez se encuentra escrito de una manera indeleble: Tolon es la fecha real que comienza la carrera militar de Bonaparte.

Como curiosidades no tiene mas que su presidio y su puerto. A pesar de la poca simpatía que me inspiraba el primero de estos establecimientos no dejé de visitarlo al segundo día de mi llegada. Desgraciadamente el presidio de Tolon no tenia en aquel momento ninguna notabilidad; acababa, hacia dos ó tres meses, de enviar lo mejor que tenia á Brest y á Rochefort.

Los tres primeros objetos que chocaron á mi vista al entrar en el presidio, son primero un cupido apoyado sobre una áncora, despues un crucifijo y ultimamente dos cañones cargados de metralla.

El primer presidiario que encontramos se vino derecho á mí y me llamó por mi nombre preguntándome si no le compraria alguna cosa de su tiendecita. Por deseos que tuviese de corresponder á sus atenciones en vano traté de recordar el rostro de aquel hombre: notó mi embarazo y se echó á reír.

—El señor trata de reconocermé, me dijo.

—Sí, lo confieso, pero no lo consigo.

—Sin embargo, he tenido el honor de veros con mucha frecuencia.

Cada vez iba siendo mas lisonjero el paso: únicamente yo no me acordaba jamás haber frecuentado tan buena compañía: en fin, quiso sacarme de dudas.

—Ya veo, dijo, que es preciso que diga al señor donde le he visto, por que el señor no se recordará, he visto al señor en casa de la señorita Mars.

—¿Y qué hacías en casa de la señorita Mars?

—Servía, era su ayuda de cámara: yo soy el que la robé sus brillantes.

—¡Ah! ¡ah! ¿con que eres Mulou?

Me presentó una tarjeta.

—Mulou, artista presidiario para lo que gustéis mandar.

—Parece, le dije, que estais aquí perfectamente.

—Sí, señor, gracias á Dios, no estoy mal; siempre es bueno dirigirse á personas de importancia. Cuando han sabido que era yo el que habia robado los brillantes de la señorita de Mars hasta me ha valido cierta distincion. Como siempre me he portado bien, me han dispensado los trabajos penosos: ademas se ha visto bien que yo no era un ladrón ordinario: he tenido una tentacion y nada mas. El señor sabe bien el refrán: la ocasion hace al ladrón.

—¿Cuánto tiempo os queda todavía de condena?

—Dos años.

—¿Y qué pensáis hacer al salir de aquí?

—Pienso ponerme al comercio: aquí he hecho un buen aprendizaje y cuando salga

Dios mediante, con excelentes certificaciones y cierta suma procedente de mis economías tomaré en traspaso una tienda. Entretanto si el señor quiere ver la que tengo aquí...

—Con mucho gusto.

Mulou echó á andar delante de mí y me condujo á una especie de choza de piedra llena de toda clase de labores de coco, de coral, de marfil y ámbar, que tenia en una especie de mostrador y formaban un surtido completo de la industria del presidio.

—¿Pero podeis vos mismo solo confeccionar todo esto?

—¡Oh! no señor, me respondió Mulou, hago trabajar. Esos infelices lo trabajan y yo hago el comercio en grande; me traen todo lo que hacen, si no está bien lo doy consejos y advertencias, dirijo y formo su gusto, les compró lo que hacen y despues lo revendo á los estrangeros.

—Entonces ganareis el ciento por ciento.

—¿Qué quereis? me hallo en boga y es preciso que me aproveche de ello. El señor sabe bien que no todo el que quiere se halla en boga. ¡Oh! si yo pudiese permanecer aquí diez años mas únicamente, no tendria que tener cuidado por mi fortuna; me retiraria y bastaria para pasar el resto de mis días. Desgraciadamente, señor, únicamente me han condenado por diez años, y dentro de dos tendré que salir de aquí: ¡Ah! si yo lo hubiera sabido...

Le compré algunas frioleras á aquel presidiario optimista: continué mi camino estupefacto de ver que hubiese gentes que pudiesen echar de menos y sentir dejar un presidio. Encontré á Jadin en tratos con otro industrial que vendia cordones de Argel: era un árabe que nos contó toda su vida. Estaba allí por haber muerto á dos judios. Pero en aquel tiempo nos dijo, la gracia de Dios le habia tocado el corazón y se habia hecho cristiano.

—¡Vive Dios! le respondió Jadin, que ha sido un gran triunfo para nuestra religion.

Habiamos empezado por las escepciones pero bien pronto volvimos á las generalidades.

Dividense los presidiarios en cuatro clases: los indóciles, los reincidentes, los intermediarios y los experimentados.

Los indóciles, como lo denota su nombre, son aquellos con quienes nada hay que hacer: estos llevan un gorro verde y un chaqueton encarnado con las dos mangas pardas.

Siguen los reincidentes, que tienen el gorro verde una manga encarnada y la otra parda.

Despues los intermediarios que tienen el gorro y chaqueta encarnada.

Y en fin los experimentados que tienen la chaqueta encarnada y el gorro morado.

Los individuos de las tres primeras clases, están apareados con una cadena de dos en dos: los de la última no tienen mas que la argolla al rededor de la pierna y sin cade-

na, y ademas se les da media libra de carne los domingos y los días festivos, mientras que los demas no toman mas que sopa y pan.

De las canteras y del puerto pasamos á los dormitorios: la cama de los presidiarios es un inmenso lecho de campaña de madera cuyas dos estremidades son de piedra. Están sujetos con argollas, y á estas argollas para que puedan andar se sujeta con un candado la cadena que arrastran en el pie los presidiarios. No se les quitan aun cuando estén enfermos, y el condenado por toda la vida vive, duerme y muere con los grillos.

A cada salida del presidio hay dos piezas de artillería cargadas de metralla y apuntando día y noche.

Yo tenia cartas de recomendacion para el comisario de marina: cuando supo que habiamos llegado á Tolon nos hizo el obsequio de ofrecermé para mi servicio particular durante el tiempo que permaneciese en Tolon, una lancha del Estado y doce presidiarios experimentados. Como teniamos que visitar los diferentes puntos del golfo, y admirar todo lo curioso que hay allí por lo pintoresco de la situacion y por sus recuerdos, aceptamos con agradecimiento. En su consecuencia fué puesta á nuestra disposicion la lancha, y de la que nos aprovechamos en el mismo instante para volver á nuestra bastida.

Al dejarnos el capataz nos pidió la orden como podria hacerlo un cochero de una buena casa. Le dijimos que estuviésemos al día siguiente á las nueve de la mañana en nuestra puerta. Nada era mas fácil que obedecer literalmente nuestra orden, porque nuestra bastida se ballaba bañada por las olas del mar. Ademas, difícil seria exigir de aquellos desgraciados presidiarios un sentimiento mas profundo de su degradacion que el que ellos mismos sienten. Si os sentais en la lancha se separan lo mas que pueden: si andais encogen las piernas para que no tropeceis con ellos: en fin, cuando echais pie á tierra y la lancha vacilante os obliga á buscar un apoyo, es el codo el que os presentan, tanto conocen que su mano no es digna de tocar nuestra mano. En efecto, los desgraciados comprenden que su contacto es infame, y á fuerza de humildad desarman casi vuestra repugnancia.

Al día siguiente y á la hora dicha la lancha estaba debajo de nuestra ventana. No hay criados mas exactos que los presidiarios: el palo responde de su puntualidad, y si no fuese por sus mañas yo desearia mucho no tener nunca otros criados. Mientras acabábamos de vestirnos les dimos para que bebiesen dos botellas, que fueron distribuidas por el capataz. Este buen hombre hizo las particiones con una exactitud y un golpe de vista tal que probaba que era práctico en aquel ejercicio del derecho individual. Llevó la imparcialidad hasta beber el último vaso, que no

podia dividir en doce porciones, mas bien que favorecer á unos con perjuicio de los otros.

Visitamos primero á San Mandrier. San Mandrier es un hospital no solamente construido para los presidiarios, sino en cierta manera creado enteramente por ellos. En efecto, ellos han sacado la piedra de las canteras, ellos han labrado las maderas, construido el ladrillo, forjado las piezas de hierro, cocido las tejas, estendido en las minas el plomo, y solo el cristal es el que han tenido que traer de fuera.

Sobre San Mandrier y sobre la segunda colina está la torre de las señales, que sirve al mismo tiempo de sepulcro al almirante Latouche Tréville.

Al salir de San Mandrier atravesamos toda la rada y fuimos á bajar al pequeño Gibraltar. Este es el fuerte que, como se sabe, fué tomado por Bonaparte en persona y cuya toma produjo casi inmediatamente la rendicion de Tolon. El vencedor, al dar el asalto, fué allí gravemente herido de un bayonetazo en un muslo.

Volviendo del pequeño Gibraltar, atravesamos toda la escuadra del contra-almirante Massieno-de-Clairval: componiase de seis magníficos navios: el *Sufren*, *Dido*, el *Nesbor*, *Duquesne*, *Belona* y el *Triton*. Nos llegamos al costado de este último porque tenia que hacer allí una visita á un amigo, ya célebre entonces, pero cuya celebridad se ha acrecentado despues, gracias á una de las mas heroicas hazañas con que se honra la marina: este amigo era el vice-almirante Baudin. El hecho de armas era la toma de San Juan de Ulua.

El vice-almirante, que era entonces el capitán que mandaba el *Triton*, era una de esas existencias olvidadas por la restauracion de 1815 y que acababa de volver á ponerse en actividad por la revolución de 1830. Durante estos quince años, el capitán Baudin se habia refugiado en la marina mercante, y en esta parte de su carrera podria si quisiese á falta de bellas acciones citar buenas acciones.

El capitán Baudin nos hizo los honores de su buque con aquella gracia perfecta que solo tienen los oficiales de marina: despues convidándose á almorzar al día siguiente en nuestra bastida, rechazó todas las malas razones que le dimos para no quedarnos á comer con él á bordo: resultó de esto que dejamos el *Triton* á las ocho de la noche.

Quisiera yo saber que es lo que impidió á los presidiarios, que eran doce, el cogernos unos veinticinco luises que llevábamos en nuestros bolsillos, el echarnos á la mar á Jadin, el capataz y á mí, y el irse buenamente á donde hubieran querido con la lancha del gobierno. Cuando volvimos á nuestra bastida y nos vimos acostados con las puertas muy bien cerradas di parte de mis reflexiones á Jadin.

Este me confesó entonces que por todo el

camino le había venido ocurriendo la misma cosa.

Al día siguiente, á la hora convenida vimos llegar á nuestro convidado en su elegante falua con doce remeros que hendían el agua con rápido y uniforme movimiento: hubiérase creído que eran movidos por el resorte de una máquina. El capitán dejó la falua y subió á nuestra casa. La hospitalidad era menos elegante que la del Triton: un fondin de los alrededores había hecho el gasto. Felizmente una de las cualidades del aire del mar es dar un eterno é insaciable apetito.

A las dos se separó de nosotros el capitán; yo le acompañé hasta la falua. Esta se mecía sola en el mar. Los marineros, que probablemente habían contado con que el almuerzo degeneraría en comida, se habían ido á rezar sus devociones á la taberna del puerto de la Maise.

Esto á lo que parece era una enorme falta contra las reglas de las disciplina porque habiendo querido llamarlos, el capitán me rogó que no lo hiciese, y me dijo que se iría solo á fin de que los culpables comprendiesen la enormidad de su pecado. Como el capitán se hallaba solo, y como se sabe que le faltaba el brazo derecho llevado por una bala de cañón, le ofrecí entonces que se sirviese de mi tripulación, lo que aceptó á condición de que me quedase á comer con él. No era semejante condición la que pudiese impedirme alistarme en la tripulación del Triton; respondí pues, que seguiría al capitán al cabo del mundo con las condiciones que quisiese imponerme. Acordado, pues, colocamos los remos en el fondo de la lancha, enderezamos el mastil, desplegamos la vela y echamos á andar.

Aunque solo nos hallábamos á dos millas apenas del Triton no dejaba la travesía de ofrecer peligros. Reinaba un mistral que era lo muy bastante para tener alborotado y alegre á todo el mar, y ya se sabe lo que son las alegrías del mar.

Seguramente, si el capitán hubiese tenido su tripulación ó solamente sus dos brazos nuestra travesía hubiera sido una chanza; pero como no tenía mas que un brazo, y á mi por compañero, su posición no era de las mas cómodas. El capitán olvidaba siempre mi ignorancia en marina, de modo que me mandaba la maniobra como hubiera podido hacerlo el mas ejercitado piloto, á lo que yo respondía tomando el sabor por estribor y amarando cuando era preciso alargar. Resultó de estas equivocaciones que con olas de doce á quince pies de alto, y un viento tan caprichoso como el mistral, no dejamos de pasar algunos peligros. Dos ó tres veces creí que volcaba la embarcación; me quité mi frac á pretexto de estar mas libre para la maniobra; pero realmente para tener menos impedimento si la desgracia hacia que tuviese que seguir mi viaje á nado.

De tiempo en tiempo, en medio de mis perplejidades echaba los ojos sobre el Triton. Divisaba toda la tripulación que reunida sobre el puente, nos miraba maniobrar sin perdersenos un instante de vista. No comprendía semejante inacción unida á tanta curiosidad: era evidente que sabían quienes éramos. Entonces, pues, que veían nuestra posición, ¿cómo no venían en socorro nuestro? Comprendía toda la originalidad que había en ahogarse en compañía del mejor capitán tal vez de toda la marina francesa; pero confieso que en aquel momento no miraba este honor bajo su verdadero punto de vista.

Tardamos casi hora y media en llegar al buque, porque teníamos el viento contrario y á fuerza de maniebras, que hicieron la admiración de la tripulación, llegamos á nuestro magestuoso Triton, el cual, como si fuese extraño á todos los caprichos del viento y la mar, se mecía apenas sobre sus anclas. Apenas estuvimos á su alcance cuando cinco ó seis marineros se precipitaban en la falua: entonces el capitán con la gravedad y sangre fría que no le había abandonado ni un solo instante, subió por la escala el primero: se sabe que esta es la etiqueta, el capitán es rey á bordo, esplico en pocas palabras el porque volvíamos solos y dió algunas disposiciones sobre el modo con que habían de ser recibidos los marineros cuando volvieran. En cuanto á mí que le había seguido lo mas pronto posible, recibí muchos cumplidos y enhorabuena por el modo distinguido con que había ejecutado las maniobras que me habían mandado. Hice un saludo con aire modesto respondiendo que estaba en tan buena escuela que nada tenía de admirable que hiciese semejantes prodigios.

La comida fué alegre y animada, nuestra expedición hizo en parte los gastos de la conversación. Allí me informé de las razones por que el teniente, que gracias á sus anteojos no nos había perdido de vista un instante, se había abstenido de enviar una lancha á nuestro encuentro. Nos respondió que sin un signo del capitán que indicase que nos hallábamos apurados, jamás se hubiese permitido semejante impolítica.

—Pero, le pregunté yo, si hubiéramos volcado.

—¡Oh! En ese caso era otra cosa, me respondió, teníamos lista la lancha.

—Que hubiera llegado cuando ya nos hubiéramos ahogado; gracias.

El teniente me respondió con un gesto y encogiéndose de hombros, que quería decir: —Qué queréis, esa es la regla.

Confieso que encontraba esa raspa muy dura sobre todo cuando se aplica esta medida á gentes que no tienen el honor de pertenecer al cuerpo de la marina real.

Al marcharnos tuve la satisfacción de ver á los doce marineros de la falua que tomaban

el fresco en las vergas: tenían que pasar allí toda la noche contando las estrellas, y olfateando por qué lado venía el viento.

FRAY JUAN BAUTISTA.

No podíamos haber venido tan cerca de la ciudad de Hieres, sin visitar el paraíso de la Provenza: únicamente vacilamos un momento sobre si habíamos de ir allí por tierra ó por mar. Fijó nuestra resolución el comisario de marina, que nos dijo que no podía prestarnos los presidiarios para una expedición tan larga, en atención á que no les era permitido el pasar la noche fuera del presidio.

Enviamos, pues, á buscar nuestros asientos á la diligencia de Tolon á Hieres, que todos los días pasaba sobre las cinco de la tarde á unos cien pasos de nuestra bastida.

Nada mas delicioso que el camino de Tolon á Hieres. No son llanuras, valles, montañas, las que se pasan; es un jardín inmenso que se recorre. A los dos costados del camino se levantan arcos de granados, sobre los cuales se ven de tiempo en tiempo flotando como un penacho la cimera de alguna palma, ó levántase como una flor de aloe: despues, mas allá de aquel mar de verdura, el azulado mar rodeado todo el largo de sus costas de lanchas con velas latinas, mientras que á lo lejos en su horizonte pasan ligeramente los tres mástiles con su pirámide de velas, ó desfilan con rapidez el buque de vapor dejando tras sí un largo reguero de humo perdiéndose lentamente en el cielo.

Al llegar al hotel no nos pudimos ya contentar, y nuestra primera palabra fué preguntar á nuestro huésped si tenía jardín, y si en aquel jardín había naranjos; habiéndonos contestado que sí, nos precipitamos en él: empeño si la gula es un pecado mortal, no tardamos en vernos castigados.

Guarde Dios á todo cristiano, como no tenga una doble dentadura de Desirabode, el famoso dentista, de morder con los dientes, como lo hicimos nosotros, las naranjas de Hieres. Al volver hacia nuestra bastida, divisamos á lo lejos á pie sobre el dintel de la puerta, un hermoso fraile carmelita de buena figura, larga barba gris, cubierto con una capa levantina, y el cuerpo rodeado con un cinturón árabe. Redoblé el paso con la curiosidad de saber lo que me proporcionaba tan extraña visita: el fraile vino entonces á mi encuentro, y saludándome en el mas puro romano, me presentó un libro en que estaban escritos los

nombres de Chateaubriand y Lamartine. Aquel libro era el album del Monte Carmelo.

Esta es la historia de aquel fraile: pocas hay tan sencillas y tan edificantes.

En 1819, Fray Juan Bautista, (su nombre lego era Casini) que habitaba en Roma, recibió misión del papa Pio VII de marchar á la Tierra Santa, y ver en su calidad de arquitecto qué medios habría para reedificar el convento del Carmelo.

El Carmelo, como se sabe, es uno de los montes santos: así como el Horeb y el Sinai fué visitado por el Señor.

Situado entre Tiro y Cesárea, separado únicamente de San Juan de Acre por un golfo, á cinco horas de distancia de Nazareth, y á dos jornadas de Jerusalem, cuando la división de las tribus, le tocó á Aser, que se estableció en el Septentrion, á Zabulon que se apoderó de su Oriente, y á Issachar que colocó sus tiendas al Mediodía. Por la parte del Occidente viene el mar á bañar su falda que se adelanta y forma un punto entre las olas, y se presenta de lejos al peregrino que viene de Europa, como el punto mas avanzado de la Tierra Santa sobre la cual pueda ponerse de rodillas.

Sobre la cima del Carmelo fué donde citó Elias á los ochocientos cincuenta falsos profetas llevados por Acaz para que un milagro decidiese á los ojos de todos cuál era el verdadero Dios, si Baal ó Jehová. Alzaronse dos altares en el plano de la montaña, y pusieronse victimas sobre cada uno de ellos. Los falsos profetas invocaron á sus idolos, que quedaron sordos. Elias llamó á Dios, y apenas se había arrodillado, cuando bajó del cielo una llama de fuego que devoró todo á la vez, no solamente la llama y la víctima, sino tambien la piedra del sacrificio. Los falsos profetas vencidos, fueron degollados por el pueblo, y glorificado el nombre del verdadero Dios. Sucedió esto el año 900 antes de Jesucristo.

Desde aquel día quedó el Carmelo en la posesion de los fieles. Elias dejó á Eliseo, no solo su capa, sino tambien su gruta: sucedieron á Eliseo los hijos de los profetas, que son los antepasados de San Juan. Cuando la muerte de Cristo, los religiosos que lo habitaban pasaron de la ley escrita á la ley de gracia. Trescientos años despues, San Basilio y sus sucesores dieron reglas particulares á aquellos religiosos cenobitas. En la época de las cruzadas, los monges abandonaron el rito griego por el rito romano, y desde San Luis á Bonaparte el convento edificado en el punto mismo donde el profeta levantó su altar, fué abierto á los viajeros de toda religion, de todo país, y esto gratuitamente, en honra y gloria de Dios y del profeta Elias, el cual es tenido en igual veneracion por los rabinos, que le creen ocupado en escribir los sucesos de todas las edades del mundo, por los magos de Persia que dicen que su maestro Zoroastres fué discípulo de aquel gran profeta, y en fin,

por los musulmanes que piensan que habita en un delicioso oasis en el que se encuentran el árbol y la fuente de la vida que mantienen su inmortalidad.

La santa montaña había sido consagrada al culto del Señor, durante dos mil seiscientos años, cuando Bonaparte vino á poner sitio á San Juan de Acre: entonces el Carmelo abrió como siempre su hospitalaria puerta, no á los peregrinos, no á los viajeros, sino á los moribundos y á los heridos. Con ochocientos años de distancia, había visto llegar allí á Tito, á Luis IX y á Napoleón.

Estas tres reacciones del Occidente contra Oriente, fueron fatales al Carmelo. Después de la toma de Jerusalem por Tito, los soldados romanos lo devastaron: después del abandono de la Tierra Santa por los cristianos, los sarracenos degollaron á los habitantes: por último, después del desastre de Bonaparte delante de San Juan de Acre, los turcos se apoderaron del Carmelo, asesinaron los heridos franceses, dispersaron los monges, rompieron las puertas y las ventanas, y dejaron inhabitable aquel santo asilo.

No quedaba, pues, del Carmelo, mas que sus derruidos muros, y de la comunidad un solo monge que se había retirado á Kaiffa, cuando fray Juan Bautista, designado por su general al papa, recibió de Su Santidad la orden de ir al Carmelo á ver en qué estado habían puesto los infieles la santa hospedería de Dios, y qué medios habría para reedificarlo.

No estaba muy bien escogido el momento. Abdallah-Bajá mandaba por la Puerta, y este ministro del sultan tenía un profundo odio á los cristianos: este odio se aumentó todavía mas con la revolución de los griegos. Abdallah escribió al sublime emperador que el convento del Carmelo podía servir de fortaleza á sus enemigos, y solicitó el permiso de destruirlo: le fué fácilmente concedido. Abdallah hizo minar el monasterio, y el enviado de Roma vió saltar las últimas ruinas del edificio que estaba llamado á reconstruir. Sucedió esto en 1824. No tenía nada ya que hacer en el Carmelo fray Juan Bautista y volvió á Roma.

Sin embargo, no había renunciado á su proyecto. En 1826 marchó á Constantinopla, y gracias al crédito de la Francia y á las instancias del emperador, obtuvo de Mahamoud un firman que autorizaba la reconstrucción del monasterio. Volvió entonces á Kaiffa, y halló al último monge muerto.

Se vió entonces enteramente sola la santa montaña, se sentó sobre el resto de una columna bizantina, y allí con su lápiz en la mano, arquitecto elegido para la casa del Señor, hizo el plano de un nuevo convento mas magnífico que ninguno de cuantos habían existido jamás, y después de aquel plano, el presupuesto: subía este á doscientos cincuenta mil francos. Determinado el presupuesto, el milagroso arquitecto que edificó así con el

pensamiento sin ocuparse de la ejecución, fué á la primera casa que encontró á pedir un pedazo de pan para cenar aquella noche.

A la mañana siguiente comenzó á ocuparse de los medios de sacar los doscientos cincuenta mil francos necesarios para la ejecución de su santa obra.

La primera cosa en que pensó, fué en crear una renta á la comunidad que todavía no existía. Había reparado á cinco horas de distancia del Carmelo y á tres horas de Nazareth, en dos molinos harineros, abandonados, ya á consecuencia de la guerra, ya porque se había alejado el agua que los hacía moler. Buscó tanto y tan bien, que á una legua de distancia encontró un manantial que por medio de un acueducto podía llevar el agua hasta los molinos. Esto le alegró, y seguro de que podía poner en acción sus molinos, fray Juan Bautista se ocupó de su adquisición. Pertenece á una familia de drusas: era una tribu que descendía de aquellos israelitas que adoraron el Becerro de Oro: habían conservado la misma idolatría de sus padres. Todavía hoy las mugeres llevan por peinado el cuerno de una vaca. Este cuerno, que no tiene ningún adorno en las mugeres pobres, es plateado ó dorado en las ricas. La familia drusa, que se componía de una veintena de personas, no quiso deshacerse del terreno elegido por sus antepasados, aunque aquel terreno no le producía nada: hubiera creído que aquello era una impiedad. Fray Juan Bautista les propuso le arrendasen el terreno que no querían venderle. El jefe de la familia consintió en la última condición. El producto de los molinos debía dividirse en tres partes; un tercio para los propietarios, y los otros dos tercios para los arrendatarios.

En efecto, los arrendatarios debían ser dos, el uno debía poner su industria, y este era fray Juan Bautista, pero era preciso que el otro pusiese el dinero para la reparación de los molinos y la construcción del acueducto. Fray Juan Bautista fué á buscar á un amigo suyo turco, que había conocido en su primer viaje, y le pidió nueve mil francos para poner en ejecución su laboriosa empresa. El turco le llevó á su tesoro, porque los turcos, que no tienen ni renta ni industria, tienen todavía como en los tiempos de las *Mil y una noches* el dinero, el oro y la plata, en tonetes. Fray Juan Bautista cogió la suma de que tenía necesidad, hipotecó al reembolso de aquella suma la tercera parte de la renta de los molinos, y gracias á esta primera remesa de fondos hecha por un musulmán, pudo el arquitecto echar los cimientos de su hospedería cristiana. Nada se trató de intereses; sin embargo, se necesitaba á lo menos doce años para que su parte de la renta cubriese lo que el mahometano adelantaba: en cuanto al contrato, fué cosa muy sencilla y natural, las condiciones se determinaron de viva voz, y los dos con-

tratantes juraron por su barba, el uno á nombre de Mahoma, y el otro en nombre de Cristo, observarle religiosamente.

¿Qué cosa hay mas sencillamente grande que aquel cristiano que va á pedir dinero á un turco para reedificar la casa de Dios, ni nada mas grandemente sencillo que aquel turco que se lo presta sin mas garantía que el juramento del cristiano?

La reedificación del Carmelo era, no solo una cuestión religiosa, sino tambien de humanidad: el Carmelo es una santa hospedería donde son recibidos sin pagar los peregrinos de todas las creencias, los viajeros de todas las naciones, y aquel que llega no tiene necesidad de decir para hallar cama y comida, mas que:

—Hermano, estoy cansado y tengo hambre.

Pronto fray Juan Bautista marchó para su primera expedición dejando el cuidado de ejecutar su acueducto y la reparación de los molinos á un neófito inteligente. Al marchar escribió que los que quisiesen renunciar al superior de los carmelitas de Oriente no tenían mas que acudir, y que dentro de algun tiempo habría un monasterio para recibirlos. Recorrió entonces las costas del Asia Menor, del Archipiélago y las calles de Constantinopla pidiendo por todas partes limosna en nombre del Señor: y á los seis meses después, volvió trayendo una cantidad de veinte mil francos, suficiente á los primeros gastos de su edificio. Por último, el día del Corpus, siete años hora por hora delen que Abdallah había hecho saltar los muros del antiguo convento, colocó fray Juan la primera piedra del nuevo.

Pero antes del fin del año se acabó aquella cantidad: entonces fray Juan Bautista volvió á marchar á la Grecia y á la Italia: y portador de una suma considerable, volvió segunda vez trayendo la vida al monumento que continuó creciendo, y que ya en aquella época estaba bastante adelantado para dar hospitalidad á los viajeros. Lamartine, Taylor, el abate Desmazares, Chammartin y Danzatz, se alojaron allí durante sus viajes en Palestina.

Así es como sin cansarse por las fatigas, sin desanimarse por las negativas que hallaba, ofreciendo á Dios sus peligros y sus humillaciones, fray Juan Bautista, aunque de edad mas de sesenta y tres años, prosiguió su obra.

Once veces fué al Carmelo y once veces volvió de allí. Durante diez años que duraron sus correrías visitó todo un hemisferio: fué de Jerusalem á Damasco, de Jaffa á Alejandria, al Cairo, á Roma, á Tripoli de Siria, á Smirna, á Malta, á Atenas, á Constantinopla, á Tunez, á Tripoli de Africa, á Siracusa, á Palermo, á Argel, á Gibraltar, penetró hasta Fez y hasta Marruecos, recorrió toda la Italia, toda la Córcega, toda la Cerdeña, toda la España, y una parte de la Inglaterra, de donde volvió por

Irlanda y Portugal; tanto la primera como la décima vez ora á pie, ora en el carruage de los pobres carruajeros que por toda recompensa le habían pedido que los encomendase á Dios: si había tenido hambre había pedido pan en las cabañas, si había tenido sed, agua á las fuentes: en cada casa de los curas tenía siempre dispuesta una cama para el descanso de algunas horas. Así, habiendo salido del mismo lugar que el Judío Errante, con una bendición en vez de un anatema, venía después de haber visto casi tantos países como él, á terminar sus correrías por la Francia.

Ofrecí mi ofrenda á fray Juan Bautista, ruborizado de que fuese tan corta, pero le di cartas de recomendación para amigos mas ricos que yo.

Hoy fray Juan Bautista ha vuelto á pedir un sepulcro á aquella montaña que él ha dotado con un palacio.

Y ahora, Dios guarda el convento del monte Carmelo: había vuelto al Carmelo con el completo de una suma de doscientos treinta mil francos. Pero su presupuesto, como todo presupuesto debe ser, se encontraba en cien mil francos inferior á la realidad, de modo que acababa de llegar por la duodécima vez del Carmelo, á fin de hacer una última cuestión en Francia, habiéndose reservado el reino cristianísimo como su último y supremo recurso.

Lo que había de admirable en aquel hombre es, que durante los diez años en que había ido recogiendo la limosna del Señor, ni un óbolo de aquellos doscientos treinta mil francos que había recogido, lo había empleado en sus necesidades personales. Si había tenido que pasar los mares, había recibido su pasaje gratis sobre algun pobre buque que había esperado con aquella buena obra tener un mar tranquilo, y un viento favorable. Si había tenido reinos que atravesar, los había atravesado, á pesar de Ibrahim, de Abdul-Megib, y sobre todo del comodoro Napier.

EL GOLFO JUAN.

Dejamos á Tolon después de haber permanecido unas seis semanas. Como nada hay que ver desde Tolon á Frejus, sino es el país, que podíamos ver perfectamente por las ventanillas del carruage, tomamos un coche público. Además, para un observador el carruage público tiene una ventaja que compensa todo su desagrado, y es que puede allí estudiarse bajo una vista bastante curiosa, la clase media del país que se recorre.

por los musulmanes que piensan que habita en un delicioso oasis en el que se encuentran el árbol y la fuente de la vida que mantienen su inmortalidad.

La santa montaña había sido consagrada al culto del Señor, durante dos mil seiscientos años, cuando Bonaparte vino á poner sitio á San Juan de Acre: entonces el Carmelo abrió como siempre su hospitalaria puerta, no á los peregrinos, no á los viajeros, sino á los moribundos y á los heridos. Con ochocientos años de distancia, había visto llegar allí á Tito, á Luis IX y á Napoleón.

Estas tres reacciones del Occidente contra Oriente, fueron fatales al Carmelo. Después de la toma de Jerusalem por Tito, los soldados romanos lo devastaron: después del abandono de la Tierra Santa por los cristianos, los sarracenos degollaron á los habitantes: por último, después del desastre de Bonaparte delante de San Juan de Acre, los turcos se apoderaron del Carmelo, asesinaron los heridos franceses, dispersaron los monges, rompieron las puertas y las ventanas, y dejaron inhabitable aquel santo asilo.

No quedaba, pues, del Carmelo, mas que sus derruidos muros, y de la comunidad un solo monge que se había retirado á Kaiffa, cuando fray Juan Bautista, designado por su general al papa, recibió de Su Santidad la orden de ir al Carmelo á ver en qué estado habían puesto los infieles la santa hospedería de Dios, y qué medios habría para reedificarlo.

No estaba muy bien escogido el momento. Abdallah Bajá mandaba por la Puerta, y este ministro del sultan tenía un profundo odio á los cristianos: este odio se aumentó todavía mas con la revolución de los griegos. Abdallah escribió al sublime emperador que el convento del Carmelo podía servir de fortaleza á sus enemigos, y solicitó el permiso de destruirlo: le fué fácilmente concedido. Abdallah hizo minar el monasterio, y el enviado de Roma vió saltar las últimas ruinas del edificio que estaba llamado á reconstruir. Sucedió esto en 1824. No tenía nada ya que hacer en el Carmelo fray Juan Bautista y volvió á Roma.

Sin embargo, no había renunciado á su proyecto. En 1826 marchó á Constantinopla, y gracias al crédito de la Francia y á las instancias del emperador, obtuvo de Mahamoud un firman que autorizaba la reconstrucción del monasterio. Volvió entonces á Kaiffa, y halló al último monge muerto.

Se vió entonces enteramente sola la santa montaña, se sentó sobre el resto de una columna bizantina, y allí con su lápiz en la mano, arquitecto elegido para la casa del Señor, hizo el plano de un nuevo convento mas magnífico que ninguno de cuantos habían existido jamás, y después de aquel plano, el presupuesto: subía este á doscientos cincuenta mil francos. Determinado el presupuesto, el milagroso arquitecto que edificó así con el

pensamiento sin ocuparse de la ejecución, fué á la primera casa que encontró á pedir un pedazo de pan para cenar aquella noche.

A la mañana siguiente comenzó á ocuparse de los medios de sacar los doscientos cincuenta mil francos necesarios para la ejecución de su santa obra.

La primera cosa en que pensó, fué en crear una renta á la comunidad que todavía no existía. Había reparado á cinco horas de distancia del Carmelo y á tres horas de Nazareth, en dos molinos harineros, abandonados, ya á consecuencia de la guerra, ya porque se había alejado el agua que los hacía moler. Buscó tanto y tan bien, que á una legua de distancia encontró un manantial que por medio de un acueducto podía llevar el agua hasta los molinos. Esto le alegró, y seguro de que podía poner en acción sus molinos, fray Juan Bautista se ocupó de su adquisición. Pertenece á una familia de drusas: era una tribu que descendía de aquellos israelitas que adoraron el Becerro de Oro: habían conservado la misma idolatría de sus padres. Todavía hoy las mugeres llevan por peinado el cuerno de una vaca. Este cuerno, que no tiene ningún adorno en las mugeres pobres, es plateado ó dorado en las ricas. La familia drusa, que se componía de una veintena de personas, no quiso deshacerse del terreno elegido por sus antepasados, aunque aquel terreno no le producía nada: hubiera creído que aquello era una impiedad. Fray Juan Bautista les propuso le arrendasen el terreno que no querían venderle. El jefe de la familia consintió en la última condición. El producto de los molinos debía dividirse en tres partes; un tercio para los propietarios, y los otros dos tercios para los arrendatarios.

En efecto, los arrendatarios debían ser dos, el uno debía poner su industria, y este era fray Juan Bautista, pero era preciso que el otro pusiese el dinero para la reparación de los molinos y la construcción del acueducto. Fray Juan Bautista fué á buscar á un amigo suyo turco, que había conocido en su primer viage, y le pidió nueve mil francos para poner en ejecución su laboriosa empresa. El turco le llevó á su tesoro, porque los turcos, que no tienen ni renta ni industria, tienen todavía como en los tiempos de las *Mil y una noches* el dinero, el oro y la plata, en tonetes. Fray Juan Bautista cogió la suma de que tenía necesidad, hipotecó al reembolso de aquella suma la tercera parte de la renta de los molinos, y gracias á esta primera remesa de fondos hecha por un musulmán, pudo el arquitecto echar los cimientos de su hospedería cristiana. Nada se trató de intereses; sin embargo, se necesitaba á lo menos doce años para que su parte de la renta cubriese lo que el mahometano adelantaba: en cuanto al contrato, fué cosa muy sencilla y natural, las condiciones se determinaron de viva voz, y los dos con-

tratantes juraron por su barba, el uno á nombre de Mahoma, y el otro en nombre de Cristo, observarle religiosamente.

¿Qué cosa hay mas sencillamente grande que aquel cristiano que va á pedir dinero á un turco para reedificar la casa de Dios, ni nada mas grandemente sencillo que aquel turco que se lo presta sin mas garantía que el juramento del cristiano?

La reedificación del Carmelo era, no solo una cuestión religiosa, sino tambien de humanidad: el Carmelo es una santa hospedería donde son recibidos sin pagar los peregrinos de todas las creencias, los viajeros de todas las naciones, y aquel que llega no tiene necesidad de decir para hallar cama y comida, mas que:

—Hermano, estoy cansado y tengo hambre.

Pronto fray Juan Bautista marchó para su primera expedición dejando el cuidado de ejecutar su acueducto y la reparación de los molinos á un neófito inteligente. Al marchar escribió que los que quisiesen renunciar al superior de los carmelitas de Oriente no tenían mas que acudir, y que dentro de algun tiempo habría un monasterio para recibirlos. Recorrió entonces las costas del Asia Menor, del Archipiélago y las calles de Constantinopla pidiendo por todas partes limosna en nombre del Señor: y á los seis meses después, volvió trayendo una cantidad de veinte mil francos, suficiente á los primeros gastos de su edificio. Por último, el día del Corpus, siete años hora por hora delen que Abdallah había hecho saltar los muros del antiguo convento, colocó fray Juan la primera piedra del nuevo.

Pero antes del fin del año se acabó aquella cantidad: entonces fray Juan Bautista volvió á marchar á la Grecia y á la Italia: y portador de una suma considerable, volvió segunda vez trayendo la vida al monumento que continuó creciendo, y que ya en aquella época estaba bastante adelantado para dar hospitalidad á los viajeros. Lamartine, Taylor, el abate Desmazares, Chammartin y Danzatz, se alojaron allí durante sus viages en Palestina.

Así es como sin cansarse por las fatigas, sin desanimarse por las negativas que hallaba, ofreciendo á Dios sus peligros y sus humillaciones, fray Juan Bautista, aunque de edad mas de sesenta y tres años, prosiguió su obra.

Once veces fué al Carmelo y once veces volvió de allí. Durante diez años que duraron sus correrías visitó todo un hemisferio: fué de Jerusalem á Damasco, de Jaffa á Alejandria, al Cairo, á Roma, á Tripoli de Siria, á Smirna, á Malta, á Atenas, á Constantinopla, á Tunez, á Tripoli de Africa, á Siracusa, á Palermo, á Argel, á Gibraltar, penetró hasta Fez y hasta Marruecos, recorrió toda la Italia, toda la Córcega, toda la Cerdeña, toda la España, y una parte de la Inglaterra, de donde volvió por

Irlanda y Portugal; tanto la primera como la décima vez ora á pie, ora en el carruaje de los pobres carruajeros que por toda recompensa le habían pedido que los encomendase á Dios: si había tenido hambre había pedido pan en las cabañas, si había tenido sed, agua á las fuentes: en cada casa de los curas tenía siempre dispuesta una cama para el descanso de algunas horas. Así, habiendo salido del mismo lugar que el Judío Errante, con una bendición en vez de un anatema, venía después de haber visto casi tantos países como él, á terminar sus correrías por la Francia.

Ofrecí mi ofrenda á fray Juan Bautista, ruborizado de que fuese tan corta, pero le di cartas de recomendación para amigos mas ricos que yo.

Hoy fray Juan Bautista ha vuelto á pedir un sepulcro á aquella montaña que él ha dotado con un palacio.

Y ahora, Dios guarda el convento del monte Carmelo: había vuelto al Carmelo con el completo de una suma de doscientos treinta mil francos. Pero su presupuesto, como todo presupuesto debe ser, se encontraba en cien mil francos inferior á la realidad, de modo que acababa de llegar por la duodécima vez del Carmelo, á fin de hacer una última cuestión en Francia, habiéndose reservado el reino cristianísimo como su último y supremo recurso.

Lo que había de admirable en aquel hombre es, que durante los diez años en que había ido recogiendo la limosna del Señor, ni un óbolo de aquellos doscientos treinta mil francos que había recogido, lo había empleado en sus necesidades personales. Si había tenido que pasar los mares, había recibido su pasaje gratis sobre algun pobre buque que había esperado con aquella buena obra tener un mar tranquilo, y un viento favorable. Si había tenido reinos que atravesar, los había atravesado, á pesar de Ibrahim, de Abdul-Megib, y sobre todo del comodoro Napier.

EL GOLFO JUAN.

Dejamos á Tolon después de haber permanecido unas seis semanas. Como nada hay que ver desde Tolon á Frejus, sino es el país, que podíamos ver perfectamente por las ventanillas del carruaje, tomamos un coche público. Además, para un observador el carruaje público tiene una ventaja que compensa todo su desagrado, y es que puede allí estudiarse bajo una vista bastante curiosa, la clase media del país que se recorre.

Hallábase completo el interior de nuestra diligencia por un joven de veinte á veinte y dos años, y un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco.

Tenia el joven la figura sencilla, ojos asombrados, piernas embarazadas, un sombrero de pelo largo, un frac azul, un pantalón gris sin trabillas, medias negras, zapatos con lazo, y un reloj con varios sellos. El hombre de cincuenta y cinco años tenía el pelo gris y escasas patillas, ojos claros grises, nariz de papagayo, dientes mellados, y su vestido se componía de un cuello de camisa que le guillotaba las orejas, un pañuelo al cuello encarnado, una blusa gris, pantalón azul, y zapatos de piel de gamza. De tiempo en tiempo sacaba la cabeza por la portezuela, y se ponía en conversacion con el mayoral, que no dejaba nunca al responder de llamarle capitán.

No habíamos todavía llegado á la primera parada, cuando ya sabíamos que el capitán tenía este título porque en 1815 había recibido del mariscal Brune la orden de dirigir y transportar viveres de Frejus y de Antibes á Tolon. Para aquella expedición le habían dado una chalupa y seis marineros que habían comenzado por llamarle patron, y que habían concluido por llamarle capitán.

Este título le había parecido sentarle bien, y le había conservado. Desde entonces, pues, en consecuencia, le llamaban el capitán Langlet.

A la segunda parada conocíamos las opiniones políticas y religiosas del capitán: la política era bonapartista, la religiosa era volteriana.

Recayó la conversacion sobre fray Juan Bautista: el capitán aprovechó la ocasion para manifestarnos todo el desprecio que le inspiraban los cerquillos, y nos citó con este motivo los artículos excelentes del Constitucional contra el partido sacerdotal.

Bajamos para comer en Carnoules. Como era viernes, preguntó el fondista si comeríamos de pescado.

—Me tomáis por un jesuita? le dijo con ojo fulminante el capitán. Asadme una buena chuleta, y hacedme una tortilla con manteca.

Nosotros le respondimos que si había pescado fresco, comeríamos de pescado.

Preguntado á su vez el joven, respondió con un tono muy dulce, y poniéndose ruborizado hasta las orejas:

—Yo haré lo que estos caballeros.

El capitán Langlet nos miró con un desprecio enciclopédico, y cuando le trajeron su tortilla se quejó de que no tenía bastante manteca.

Volvimos á subir al coche, y como debíamos dormir aquella noche en Frejus, recayó la conversacion sobre el desembarco de Napoleón. El capitán había asistido á él desde su navío.

—Entonces, le dijo Jadin, no hay necesidad de preguntaros, con las opiniones que ya os conocemos, si os reunisteis al grande hombre.

—¡Caramba, señor! respondió el capitán Langlet, ya me hubiera yo guardado muy bien de hacerlo en aquella época. Estaba incomodado un poco con aquel sublime emperador por haber restablecido las iglesias en lugar de haber hecho de ellas excelentes almacenes para forrage. No señor, al contrario, di á la vela para Antioes, y anuncié la gran novedad al comandante de la plaza el general Cossin. Le dije mas; que una veintena de hombres se adelantaban hácia nuestra ciudad con una bandera tricolor. Entonces tomó sus disposiciones aquel buen general, y cuando llegó la tropa la dijo, entrad: despues cerró la puerta detrás de él. De modo que, gracias á mí, fueron cogidos todos, señores, á escepcion de Casabianca; un farsante de Córcega que los mandaba, que saltó desde lo alto de las murallas, y se fué á reunir con el grande emperador.

—¿Y qué hicieron de los prisioneros? preguntó yo.

—Caballero, querían meterlos en la cárcel, pero estaba llena; y entonces yo dije, ponédlos en la iglesia, y los pusieron en la iglesia.

—¿Cuánto tiempo permanecieron allí? preguntó Jadin.

—¡Oh! permanecieron allí desde el 4.º de marzo hasta el 22, en que se supo que el gran Napoleón había entrado en la capital.

—¡Pobres gentes! dijo el joven.

—¿Cómo pobres gentes! replicó el capitán, ¡cómo pobres gentes! Eso es; unos gandules dignos de lástima, tenían buen pan, buen vino, buen arroz, buenas habas. Pregunto si les falta algo mas para que sean enteramente felices.

—Pero, digo yo, creo, capitán, que á la vuelta de los Borbones á lo menos os darian la cruz de honor.

—¡La cruz de honor! ¡Ya! La he pedido. ¿Sabéis lo que me ha llevado ese jesuita de Luis XVIII? Me ha dado su flor de lis. Al recibirla, dije: guárdese el rey para él esa chinche.

—¡Cáspita! repliqué yo, que mal tratábais las pobres flores de lis. Reparad que San Luis, Francisco I, Enrique IV, no eran tan descontentadizos como vos, y que esas flores de lis que desdenáis eran sus armas.

—¡Las armas de Enrique IV! No: ¡si Enrique IV era protestante, vive Dios! ¡y porque era protestante le mataron los jesuitas! Porque los jesuitas fueron los que mataron á aquel gran rey. ¿Habéis leído la *Henriada*, caballeros?

—¿Qué es eso de la *Henriada*? preguntó Jadin con la mayor sangre fria.

—No conocéis la *Henriada*? Es preciso leer la *Henriada*, caballeros: es un bellissimo poe-

ma; es de Voltaire, que no le gustaban los clérigos, y al que tambien los clérigos envenenaron... ¡lo envenenaron! Se ha dicho lo contrario, pero lo han envenenado, caballeros, tan cierto como me llamo el capitán Langlet. ¡Pobre Voltaire! Si yo hubiera vivido en su tiempo hubiera dado diez años de mi vida por conservar la suya... ¡¡¡Voltaire!!! ¡Ah! ahí teneis uno que jamás ha comido de viernes!

Comprendimos á quién se dirigía el epigrama, y doblamos la cabeza. Durante algún tiempo el capitán Langlet nos oprimió con su victoriosa mirada. Despues, viendo que nos rendíamos, se puso á tararear una cancion bonapartista.

Llegamos á Frejus sin habernos desquitado. Allí nos despedimos del capitán Langlet, que dió de nuevo á Jadin el consejo de leer la *Henriada*, y que acercándose á mi oído me dijo en voz baja:

—Bien se vé que sois realista, joven, con vuestro veneno y vuestras flores de lis; pero ¡chiton! No digais en voz alta vuestra opinion: no nos andamos en chanzas en las cosas de Napoleón nosotros los frejusanos y antibesinos: podrían degollaros como á un pollo. ¡Caramba! con que prudencia.

Prometi al capitán Langlet ser mas circunspecto en lo sucesivo, y nos despedimos, él continuando su camino para Antibes, y permaneciendo nosotros en Frejus para visitar al dia siguiente á nuestro placer el golfo Juan.

En el momento en que nos íbamos á sentar á cenar en el extremo de una de esas mesas largas de posada donde ordinariamente come toda una diligencia, vino el posadero á preguntarnos si queríamos permitir al joven que había venido con nosotros de Tolon, que cenase allí á la otra punta de la mesa. Como aquel joven nos había parecido una persona muy regular en todo el camino, respondimos que no solamente era muy libre de cenar donde quisiese, sino que si lo tenía por conveniente tendríamos mucho gusto en que cenase con nosotros.

El posadero se apresuró á llevarle nuestra respuesta que aguardaba en el otro cuarto. Habíamos ya tomado todas nuestras disposiciones para intercalar en medio de nosotros al nuevo convidado, cuando vino á decirnos el posadero que el joven lo agradecía mucho, pero que no quería sernos importuno, y deseaba únicamente estar bastante cerca de nosotros para gozar del placer de nuestra conversacion.

Me volví hácia Jadin haciéndole un saludo, porque el cumplido evidentemente era para él. Durante todo el camino había hecho colocarse al capitán Langlet de modo que pudiese satisfacer al aficionado mas difícil; y por simple y sencillo que pareciese nuestro compañero de viage, había apreciado aquel género de amabilidad tan nueva para él.

El mariscal Gerard decia un dia hablando del valor y con relacion al general Jacqueminot. «cuando no se le mira, es asombroso; pero si se le mira, es fabuloso.» Lo mismo podría decirse de Jadin respecto al talento: aquella noche era mirado, y estuvo espléndido. El joven fué á acostarse muy satisfecho de haber pasado una noche de tertulia feliz.

Al dia siguiente dimos una vuelta á Frejus, exactamente la que se necesitaba para una ciudad que data de dos mil seiscientos años, á fin de que no tuviese que lamentarse de nuestro proceder.

Dejamos en consecuencia tarjeta en el *Anfiteatro*, en el *Acueducto*, en la *Puerta dorada*, y volvimos á desayunarnos á nuestro hotel, donde nos aguardaba el carruaje que debía llevarnos á Niza.

Al desayunarnos preguntamos noticias de nuestro joven: pero como no se había atrevido á proponernos que le cedieramos un lugar en nuestro carruaje, y no era bastante gran señor, había dicho, para alquilar un coche él solo, había tomado la delantera, previniendo que tendría el honor de saludarnos en el golfo Juan. No se podía á la vez ser mas discreto ni mas político.

Dejamos á Frejus sobre las diez de la mañana. El camino que tomamos era de cuesta; pero al cabo de seis á siete leguas nos aproximamos á la mar, mitad por nuestra parte, mitad por un gran barranco que parecía salir á nuestro encuentro. Este gran barranco era el golfo Juan. Nos detuvimos justamente donde el principe de Monaco se había detenido.

Se sabe la historia del principe de Monaco.

Madama de D... había acompañado al principe de Talleyrand al congreso de Viena.

—Mi querido principe, le dijo un dia, ¡no hariais nada por ese pobre Monaco que hace quince años, como sabéis, lo ha perdido todo, y se ha visto obligado á aceptar no sé qué pequeño cargo en la corte del usurpador?

—¡Ah! si, respondió el principe con el mayor contento: ¡Pobre Monaco! Habéis hecho bien en recordármelo, querida mía, lo había olvidado.

Y el principe tomó el acta del congreso que estaba sobre su mesa, y en la que se recordaba á plumadas la cantera europea, que Napoleón había labrado á tiros de cañon; despues con su letrita pequeña, no sé en qué protocolo concerniente al emperador de Rusia ó al rey de Prusia añadió:

«Y el principe de Monaco volverá á sus estados.»

Aquella disposicion era muy poca cosa materialmente: no llegaba á media linea: así pasó desapercibida, ó si se apercibió nadie juzgó que valia la pena de decir nada en contra.

El artículo suplementario pasó, pues, sin oposicion ninguna.

Y madama de D... escribió al príncipe de Monaco que había vuelto á entrar en posesión de sus estados.

El 25 de febrero de 1815, tres días después de haber recibido esta noticia el príncipe de Monaco hizo tomar caballos de posta, y emprendió el camino de su principado.

Al llegar al golfo Juan encontró el camino cerrado por dos piezas de artillería. Como se aproximaba á sus estados el príncipe de Monaco alborotó mucho por aquel embarazo que le detenía, y ordenó al postillon que mandase echar á un lado los cañones, y que pasase adelante.

El postillon respondió al príncipe que los artilleros desenganchaban sus caballos.

El príncipe de Monaco se bajó de su carruaje para dar de bastonazos á los artilleros, jurando entre dientes que si llegaban á pasar por su principado los haría ahorcar.

Detrás de los artilleros había un hombre vestido de general.

—¡Toma! ¿sois vos, Monaco? dijo al ver al príncipe, el hombre con frágil de general, dejad pasar al príncipe, añadió dirigiéndose á los artilleros que le impedían el paso, es un amigo.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos.

—¡Cómo! ¿sois vos, Bronet? le dijo.
—El mismo, mi querido príncipe.
—Pues yo os creía en la isla de Elba con el emperador.

—Si, allí estábamos, en efecto, pero hemos venido á dar una vueltecita á Francia. ¿No es verdad, mariscal?

—¡Toma! ¿Sois vos, Monaco? dijo el recién llegado. ¿Y cómo os va, mi querido príncipe?

El príncipe de Monaco se restregó los ojos segunda vez.

—¿Y vos también, mariscal, le dijo, habéis abandonado la isla de Elba.

—Si, mi querido príncipe, ¡vive Dios! respondió Bertrand: no nos sentaba aquel aire para la salud, y hemos venido á respirar el de Francia.

—¿Qué hay, señores? dijo una voz clara é imperativa, ante la cual se abrió el grupo que rodeaba al príncipe.

—¡Ah! ¿sois vos, Monaco? dijo la misma voz.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos por tercera vez: creía estar soñando.

—Si, señor, si, dijo, si, yo soy: pero ¿de dónde viene V. M.? ¿A dónde va?

—Vengo de la isla de Elba, y voy á Paris. ¿Quereis venir conmigo, Monaco? Sabéis que teneis vuestra habitación en las Tullerías.

—¡Señor! dijo el príncipe de Monaco que comenzaba á comprender lo que pasaba, no he olvidado las bondades de V. M., y siempre tendré un eterno reconocimiento. Pero hace ocho días apenas que los Borbones me han devuelto mi principado, y no hay bastante

tiempo todavía entre el beneficio y la ingratitude. Si lo permite V. M. continuaré mi camino hácia mi principado, donde esperaré sus órdenes.

—Razon teneis, Monaco, le dijo el emperador: id, id; únicamente sabéis que os aguarda vuestro antiguo destino: no lo proveeré.

—Doy mil gracias á V. M., respondió el príncipe.

El emperador hizo una seña, y volvieron al postillon sus caballos que habían ya puesto en posición en un cañon de á cuatro.

El postillon volvió á enganchar sus caballos; pero en tanto que el príncipe estuvo al alcance de la vista del emperador, no quiso volver á subir al carruaje, y caminó á pie.

Napoleon fué á sentarse pensativo en un banco de madera á la puerta de una posada, desde donde presidió el desembarco.

Después, cuando se hubo concluido el desembarco, y siendo tarde, decidió que no se pasaría adelante aquel día, y que se permanecería la noche al vivac.

En consecuencia entró por un callejon, y se sentó sobre el tercer olivo que hay á la salida de la carretera. Allí fué donde pasó su primera noche al volver á Francia.

Ahora, si se quiere seguirle en su victoriosa marcha hácia Paris, no hay mas que consultar el *Monitor*. Para guiar á nuestros lectores en esta investigacion histórica, vamos á darles un extracto bastante curioso. En él se encontrará la marcha graduada de Napoleon hácia Paris, con las modificaciones que su proximidad producía en las opiniones del periódico.

—El antropófago ha salido de su caverna.

—El monstruo de Córcega acaba de desembarcar en el golfo Juan.

—El tigre ha llegado á Gap.

—El rebelde ha hecho noche en Grenoble.

—El lírano ha atravesado por Lion.

—El usurpador ha sido visto á sesenta leguas de la capital.

—Bonaparte se adelanta rápidamente, pero no entrará jamás en Paris.

—Napoleon estará mañana bajo nuestros muros.

—El emperador ha llegado á Fontainebleau.

—S. M. I. y R. ha hecho ayer su entrada en el palacio de las Tullerías en medio de sus fieles súbditos!

Este es el *Eccegi monumentum* del periodismo; no volverá á hacer otro ya, porque no podría hacerlo mejor.

Napoleon quiso que una pirámide perpetuase el gran suceso de que el príncipe de Monaco había sido uno de los primeros testigos. Alzóse aquella pirámide á la orilla del camino entre dos moreras y enfrente del olivo bajo el cual había pasado la primera noche. Desgraciadamente quiso Napoleon que aquella pirámide encerrase una muestra de

todas las monedas de oro y de plata acuñadas en el milésimo de 1815.

De aquí provino que después de la batalla de Waterloo las gentes de Valory derribaron la pirámide para robar lo que encerraba.

Nuestro jóven nos aguardaba á la puerta de la posada sentado en el mismo banco donde se había sentado Napoleon. Aquella pequeña posada que desde aquel tiempo se ha colocado por su propia autoridad bajo la protección de aquel gran recuerdo, se recomienda al viajero por la inscripcion siguiente:

«Al desembarco de Napoleon, emperador de los franceses, al venir de la isla de Elba desembarcando en el golfo Juan el 1.º de marzo de 1815. Se da de beber y de comer en honor suyo, pronto y con equidad.

Llegó el mundo á dominar,
Desafió la metralla,
Dió de Wagram la batalla,
Intrepido surcó el mar.
Tanto le mimó la suerte
Que en una continua guerra
Ni en los mares, ni en la tierra
Encontrar pudo la muerte.

Preguntamos al posadero si era su cocinero el que había hecho los versos de la muestra, y habiéndonos respondido que no, le mandamos que nos diese de comer.

Mientras nos disponían la comida nos preparamos á tomar un baño de mar. Apenas por nuestras disposiciones había penetrado el jóven nuestro proyecto, cuando preguntó á Jadin si queríamos concederle el honor de bañarse al mismo tiempo que nosotros.

Nos miramos riendo, y le respondimos que era perfectamente dueño de hacerlo: y que si creía además necesitar nuestro permiso se lo concedíamos con la mejor voluntad del mundo.

Nos dió gracias el jóven, cual si le hubiéramos hecho un gran favor; después, para no alarmar nuestro pudor se formó con su corbata una especie de tapa-rabo, y entró en la mar hasta los hombros: y desde allí se puso á mirar nuestras evoluciones. Enfrente de nosotros en el horizonte estaban las islas de Santa Margarita.

Las islas de Santa Margarita, como se sabe, sirvieron durante nueve años de prision á la Máscara de hierro.

Podrán nuestros lectores, si gustan, saltar el capítulo siguiente, que solo por conciencia interesamos y para satisfacer la curiosidad de los que como yo se bañan en el golfo Juan. Nada perderán en esta disertacion histórica, medianamente divertida.

EL HOMBRE DE LA MÁSCARA DE HIERRO.

Bien calculado hay nueve sistemas sobre el hombre de la máscara de hierro. Dejamos al lector el cuidado de elegir el que le parezca mas verosímil, ó el que le sea mas simpático.

PRIMER SISTEMA.

El autor del primer sistema es anónimo. Esté sistema ha venido enteramente hecho de Holanda sin duda bajo el patronato del rey Guillermo. Tal cual es, es el siguiente. El cardenal de Richelieu, orgulloso de ver su sobrina Parisiatis, amada de Gaston, duque de Orleans, hermano del rey, propuso á aquel príncipe que fuese formalmente su sobrino. Pero el hijo de Enrique IV, que si bien quería á la señorita Parisiatis para querida, encontró bastante inoportuno que el primer ministro osase proponérsela para esposa, respondió á esta proposicion con un bofetón. El cardenal era rencoroso: pero como no había medio de tratar al hermano del rey como á Bouteville ó á Montmorency, se entendió con su sobrina y el padre José para tomar de Gaston otra venganza. No pudiendo hacerle caer la cabeza de sus espaldas, resolvió hacerle caer la corona de la cabeza.

La pérdida de aquella corona debía ser tanto mas sensible á Gaston, cuanto que creía ya tenerla. Hacía ya veinte y dos ó veinte y tres años que su hermano mayor se hallaba casado, y la Francia estaba esperando un delphin.

Ved aquí lo que imaginó Richelieu, siguiendo siempre el sistema del anónimo holandés.

Un jóven llamado el C. D. R. estaba enamorado hacia muchos años de la muger de su rey. Aquel amor, al que no había sido insensible la reina, no se había ocultado á las celosas miradas de Richelieu, que enamorado también de Ana de Austria no se había alarmado hasta el momento que juzgó conveniente sacar un partido.

Una tarde el C. D. R. recibió un billete de una mano desconocida, en el que le decían que si quería ir á un punto indicado, y dejarse vender los ojos, le llevarían á un lugar donde deseaba ser presentado hacia muchísimo tiempo. El jóven era temerario y valiente, amigo de aventuras; se halló, pues, en la cita, y se dejó vender los ojos: cuando le quitaron la venda se encontró en el aposento de Ana de Austria, á quien amaba.

A la mañana siguiente ella fué á encontrar al cardenal, y le dijo:

«Al fin habeis ganado vuestra mala causa,

Y madama de D... escribió al príncipe de Monaco que había vuelto á entrar en posesión de sus estados.

El 25 de febrero de 1815, tres días después de haber recibido esta noticia el príncipe de Monaco hizo tomar caballos de posta, y emprendió el camino de su principado.

Al llegar al golfo Juan encontró el camino cerrado por dos piezas de artillería. Como se aproximaba á sus estados el príncipe de Monaco alborotó mucho por aquel embarazo que le detenía, y ordenó al postillon que mandase echar á un lado los cañones, y que pasase adelante.

El postillon respondió al príncipe que los artilleros desenganchaban sus caballos.

El príncipe de Monaco se bajó de su carruaje para dar de bastonazos á los artilleros, jurando entre dientes que si llegaban á pasar por su principado los haría ahorcar.

Detrás de los artilleros había un hombre vestido de general.

—¡Toma! ¿sois vos, Monaco? dijo al ver al príncipe, el hombre con traje de general, dejad pasar al príncipe, añadió dirigiéndose á los artilleros que le impedían el paso, es un amigo.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos

—¡Cómo! ¿sois vos, Bronet? le dijo.
—El mismo, mi querido príncipe.
—Pues yo os creía en la isla de Elba con el emperador.

—Si, allí estábamos, en efecto, pero hemos venido á dar una vueltecita á Francia. ¿No es verdad, mariscal?

—¡Toma! ¿Sois vos, Monaco? dijo el recién llegado. ¿Y cómo os va, mi querido príncipe?

El príncipe de Monaco se restregó los ojos segunda vez.

—¿Y vos también, mariscal, le dijo, habéis abandonado la isla de Elba.

—Si, mi querido príncipe, ¡vive Dios! respondió Bertrand: no nos sentaba aquel aire para la salud, y hemos venido á respirar el de Francia.

—¿Qué hay, señores? dijo una voz clara é imperativa, ante la cual se abrió el grupo que rodeaba al príncipe.

—¡Ah! ¿sois vos, Monaco? dijo la misma voz.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos por tercera vez: creía estar soñando.

—Si, señor, si, dijo, si, yo soy: pero ¿de dónde viene V. M.? ¿A dónde va?

—Vengo de la isla de Elba, y voy á Paris. ¿Quereis venir conmigo, Monaco? Sabéis que teneis vuestra habitación en las Tullerías.

—¡Señor! dijo el príncipe de Monaco que comenzaba á comprender lo que pasaba, no he olvidado las bondades de V. M., y siempre tendré un eterno reconocimiento. Pero hace ocho días apenas que los Borbones me han devuelto mi principado, y no hay bastante

tiempo todavía entre el beneficio y la ingratitude. Si lo permite V. M. continuaré mi camino hácia mi principado, donde esperaré sus órdenes.

—Razon teneis, Monaco, le dijo el emperador: id, id; únicamente sabéis que os aguarda vuestro antiguo destino: no lo proveeré.

—Doy mil gracias á V. M., respondió el príncipe.

El emperador hizo una seña, y volvieron al postillon sus caballos que habían ya puesto en posición en un cañon de á cuatro.

El postillon volvió á enganchar sus caballos; pero en tanto que el príncipe estuvo al alcance de la vista del emperador, no quiso volver á subir al carruaje, y caminó á pie.

Napoleon fué á sentarse pensativo en un banco de madera á la puerta de una posada, desde donde presidió el desembarco.

Después, cuando se hubo concluido el desembarco, y siendo tarde, decidió que no se pasaría adelante aquel día, y que se permanecería la noche al vivac.

En consecuencia entró por un callejon, y se sentó sobre el tercer olivo que hay á la salida de la carretera. Allí fué donde pasó su primera noche al volver á Francia.

Ahora, si se quiere seguirle en su victoriosa marcha hácia Paris, no hay mas que consultar el *Monitor*. Para guiar á nuestros lectores en esta investigacion histórica, vamos á darles un extracto bastante curioso. En él se encontrará la marcha graduada de Napoleon hácia Paris, con las modificaciones que su proximidad producía en las opiniones del periódico.

—El antropófago ha salido de su caverna.
—El monstruo de Córcega acaba de desembarcar en el golfo Juan.

—El tigre ha llegado á Gap.
—El rebelde ha hecho noche en Grenoble.
—El lírano ha atravesado por Lion.

—El usurpador ha sido visto á sesenta leguas de la capital.
—Bonaparte se adelanta rápidamente, pero no entrará jamás en Paris.

—Napoleon estará mañana bajo nuestros muros.
—El emperador ha llegado á Fontainebleau.

—S. M. I. y R. ha hecho ayer su entrada en el palacio de las Tullerías en medio de sus fieles súbditos!

Este es el *Eægi monumentum* del periodismo; no volverá á hacer otro ya, porque no podría hacerlo mejor.

Napoleon quiso que una pirámide perpetuase el gran suceso de que el príncipe de Monaco había sido uno de los primeros testigos. Alzóse aquella pirámide á la orilla del camino entre dos moreras y enfrente del olivo bajo el cual había pasado la primera noche. Desgraciadamente quiso Napoleon que aquella pirámide encerrase una muestra de

todas las monedas de oro y de plata acuñadas en el milésimo de 1815.

De aqui provino que después de la batalla de Waterloo las gentes de Valory derribaron la pirámide para robar lo que encerraba.

Nuestro jóven nos aguardaba á la puerta de la posada sentado en el mismo banco donde se había sentado Napoleon. Aquella pequeña posada que desde aquel tiempo se ha colocado por su propia autoridad bajo la protección de aquel gran recuerdo, se recomienda al viajero por la inscripcion siguiente:

«Al desembarco de Napoleon, emperador de los franceses, al venir de la isla de Elba desembarcando en el golfo Juan el 1.º de marzo de 1815. Se da de beber y de comer en honor suyo, pronto y con equidad.

Llegó el mundo á dominar,
Desafió la metralla,
Dió de Wagram la batalla,
Intrepido surcó el mar.
Tanto le mimó la suerte
Que en una continua guerra
Ni en los mares, ni en la tierra
Encontrar pudo la muerte.

Preguntamos al posadero si era su cocinero el que había hecho los versos de la muestra, y habiéndonos respondido que no, le mandamos que nos diese de comer.

Mientras nos disponian la comida nos preparamos á tomar un baño de mar. Apenas por nuestras disposiciones había penetrado el jóven nuestro proyecto, cuando preguntó á Jadin si queríamos concederle el honor de bañarse al mismo tiempo que nosotros.

Nos miramos riendo, y le respondimos que era perfectamente dueño de hacerlo: y que si creía además necesitar nuestro permiso se lo concedíamos con la mejor voluntad del mundo.

Nos dió gracias el jóven, cual si le hubiéramos hecho un gran favor; después, para no alarmar nuestro pudor se formó con su corbata una especie de tapa-rabo, y entró en la mar hasta los hombros: y desde allí se puso á mirar nuestras evoluciones. Enfrente de nosotros en el horizonte estaban las islas de Santa Margarita.

Las islas de Santa Margarita, como se sabe, sirvieron durante nueve años de prision á la Máscara de hierro.

Podrán nuestros lectores, si gustan, saltar el capítulo siguiente, que solo por conciencia interesamos y para satisfacer la curiosidad de los que como yo se bañan en el golfo Juan. Nada perderán en esta disertacion histórica, medianamente divertida.

EL HOMBRE DE LA MÁSCARA DE HIERRO.

Bien calculado hay nueve sistemas sobre el hombre de la máscara de hierro. Dejamos al lector el cuidado de elegir el que le parezca mas verosímil, ó el que le sea mas simpático.

PRIMER SISTEMA.

El autor del primer sistema es anónimo. Esté sistema ha venido enteramente hecho de Holanda sin duda bajo el patronato del rey Guillermo. Tal cual es, es el siguiente. El cardenal de Richelieu, orgulloso de ver su sobrina Parisiatis, amada de Gaston, duque de Orleans, hermano del rey, propuso á aquel príncipe que fuese formalmente su sobrino. Pero el hijo de Enrique IV, que si bien quería á la señorita Parisiatis para querida, encontró bastante inoportuno que el primer ministro osase proponérsela para esposa, respondió á esta proposicion con un bofetón. El cardenal era rencoroso: pero como no había medio de tratar al hermano del rey como á Bouteville ó á Montmorency, se entendió con su sobrina y el padre José para tomar de Gaston otra venganza. No pudiendo hacerle caer la cabeza de sus espaldas, resolvió hacerle caer la corona de la cabeza.

La pérdida de aquella corona debía ser tanto mas sensible á Gaston, cuanto que creía ya tenerla. Hacía ya veinte y dos ó veinte y tres años que su hermano mayor se hallaba casado, y la Francia estaba esperando un delphin.

Ved aqui lo que imaginó Richelieu, siguiendo siempre el sistema del anónimo holandés.

Un jóven llamado el C. D. R. estaba enamorado hacia muchos años de la muger de su rey. Aquel amor, al que no había sido insensible la reina, no se había ocultado á las celosas miradas de Richelieu, que enamorado también de Ana de Austria no se había alarmado hasta el momento que juzgó conveniente sacar un partido.

Una tarde el C. D. R. recibió un billete de una mano desconocida, en el que le decían que si quería ir á un punto indicado, y dejarse vender los ojos, le llevarian á un lugar donde deseaba ser presentado hacia muchísimo tiempo. El jóven era temerario y valiente, amigo de aventuras; se halló, pues, en la cita, y se dejó vender los ojos: cuando le quitaron la venda se encontró en el aposento de Ana de Austria, á quien amaba.

A la mañana siguiente ella fué á encontrar al cardenal, y le dijo:

«Al fin habeis ganado vuestra mala causa,

pero cuidado con ella, señor prelado, y haced de modo que yo encuentre aquí misericordia, y esa celestial bondad con que me habeis lisonjeado con vuestros piadosos sofismas. Y tened cuidado de mi alma.»

Atribuye el autor anónimo á esta aventura el nacimiento de Luis XIV, hijo de Luis XIII por vía de transustanciación. El folleto que se terminaba aquí anunciaba una continuación, que no ha sido publicada. Pero como el anónimo holandés añadía que esta continuación sería la CATASTROFE FATAL de C. D. R., pretendieron que la catástrofe fué el desenbrimiento que hizo Luis XIII de los amores de la reina; y que el premio con que el C. D. R. los pagó fué una perpétua prisión con aplicación de una máscara de hierro.

El C. D. R. era el conde de Riviera, ó el conde de Rochefort.

Este sistema, á nuestro parecer, huele mucho á folleto para tener necesidad de ser refutado.

SEGUNDO SISTEMA.

Este es el de San Foix, y si no admira el mérito de la verosimilitud tiene al menos el de la originalidad. San Foix, como se sabe, era un hombre de mucha imaginación, que no le gustaban las *Bavareas*, y que no quería que gustasen á los demás. Resultaba de aquí que se desayunaba ordinariamente con chuletas y vino de Champagne, y que tenía el defecto de escribir la historia después de haber almorzado.

Leyó un día San Foix en la historia de Hume que el duque de Montmouth no había sido ejecutado en el cadalso como se había dicho, sino en su lugar uno de sus partidarios que se le parecía mucho, y que había consentido en morir por él, mientras que el hijo natural de Carlos II, en el que habían respetado la sangre real por culpable que fuese, había sido trasladado secretamente á Francia para sufrir una prisión perpétua.

A este pasaje San Foix, siempre á caza de cosas novelescas, abrió tanto ojo y descubrió un librito anónimo y apócrifo intitulado: *Amores de Carlos II y de Jacobo II reyes de Inglaterra*. En este librito se decía: «La noche siguiente á la pretendida ejecución del duque de Montmouth, el rey acompañado de tres hombres vino en persona á sacarle de la torre. Cubriéronle la cabeza con una especie de capucha y el rey y los tres hombres entraron con él en una carroza.

Otro testimonio todavía mas importante es el del coronel Helton, en boca del cual pone el autor del librito la relación que era citada por San Foix. Este testimonio era el del padre Saunders, confesor de Jacobo II. En efecto, habiéndolo ido el padre Tornamin con el padre Saunders á hacer una visita á la duquesa de Montmouth después de la muerte

del ex-rey se le escapó decir á la duquesa: «jamás perdonaré al rey Jacobo haber dejado ejecutar al duque de Montmouth faltando al juramento que había hecho sobre la hostia á la cabecera de la cama de Carlos II al morir, que le había recomendado que jamás quitase la vida á su hermano natural aun en el caso de rebelión.» A estas palabras el padre Saunders interrumpió á la duquesa diciéndola: «Señora duquesa, el rey Jacobo ha cumplido sus juramentos.»

Segun San Foix el hombre de la máscara de hierro no era otra sino el duque de Montmouth salvado del cadalso por Jacobo II á quien Luis XIV al mismo tiempo había prestado las islas Margarita, para su hermano, y San German para él.

TERCER SISTEMA.

El sistema de San Foix había establecido para batar en brecha el sistema de la Grange-Chancel que pretendía sobre el dicho de Mr. Lamoignon-Guerin, gobernador de las islas de Santa Margarita en 1178, es decir, en la época en que él mismo estaba allí detenido que el hombre de la máscara de hierro era el famoso duque de Beaufort desaparecido en 1669 en el sitio de Candia. Esta es la versión de la Grange-Chancel.

Desde 1664 Mr. de Beaufort había ya caído por su insubordinación y ligereza en la desgracia, sino aparente, al menos real, de Luis XIV, que perdonaba con dificultad la felicidad que se tenía en haberle agraciado, ó la desgracia de haberle disgustado. Mr. Beaufort jamás había agraciado al gran rey que no le gustaban rivales, aunque fuesen entre la gente ordinaria.

Hacia el principio de 1669 Beaufort recibió de Colbert la orden de defender á Candia sitiada por los turcos. Siete días después de su llegada, es decir, el 26 de junio, el duque de Beaufort hizo una salida: pero arrastrado por su valor ó por su caballo, no volvió á parecer mas. En aquella ocasión Navailles, su colega en el mando de la escuadra francesa, se contentó con decir en la página 243, libro 4.º de sus memorias: «El duque de Beaufort encontró un grueso de tropas turcas que perseguían á algunas de las suyas. Púsose á su cabeza y combatió con muchísimo denuedo: pero fué abandonado de ellas, y desde entonces no ha podido volverse á saber qué ha sido de él.»

Segun la Grange-Chancel el duque de Beaufort habría sido arrebatado, no por los soldados del sublime emperador, sino por los agentes del rey cristianísimo, y en lugar de cortarle la cabeza, lo que hubiera sido mejor para él, fué encerrado por toda su vida con una máscara de hierro.

CUARTO SISTEMA.

Este cuarto sistema, que no estaba muy distante de ser el de Voltaire, había sido difundido con un prodigioso éxito por el autor anónimo de las *Memorias para servir á la historia de Persia*. Como la *Historia amorosa de los pueblos las Memorias para servir á la historia de Persia*, cuenta las anécdotas de la corte de Francia. En ellas se llama el rey *Cha-Abbas*, el delín *Sephi-Mirza*, el conde Vermandes *Giafex*, y el duque de Orleans *Ali-Homajon*; la Bastilla se hallaba designada bajo el nombre de fortaleza de Ispahan, y las islas de Santa Margarita bajo el nombre de la ciudadela de *Domus*.

Esta es la anécdota reducida á su verdadero nombre.

Luis de Vermandois era como se sabe, hijo natural de Luis XIV y de la señorita de la Valliere. Luis XIV le quería mucho como á todos sus bastardos, tanto que aquel cariño habiendo escitado el orgullo que era propio del príncipe, en su presencia, se olvidó en una disputa que tuvo con el delín de las consideraciones que le debía, hasta el punto de darle un bofetón. Era este uno de aquellos ultrajes que la magestad real de Luis XIV no podía perdonar ni aun á uno de sus hijos bastardos. Así, siempre segun las *Memorias para servir á la historia de Persia*, *Giafex* ó el conde de Vermandois, fué enviado á Flandes donde entonces se hacia la guerra. Apenas estuvo en el campamento, donde llegó con una buena reprensión de su madre que decía, dice la señorita de Montpensier, que ya se había vuelto un hombre juicioso, cuando el 12 del mes de noviembre por la tarde se puso malo y murió el 19. Sucedió esta desgracia, dice la señorita de Montpensier, á consecuencia de una orgía donde había bebido mucho aguardiente.

Otras memorias hablan de una calentura maligna ó de la peste, pero el autor del cuarto sistema, protesta que se esparcieron aquellos rumores para alejar á los curiosos de la tienda del príncipe, que no había muerto, sino que únicamente se hallaba aletargado por medio de un narcótico y que no volvió en sí sino con una máscara de hierro sobre el rostro.

Segun el mismo autor, *Ali-Homajon*, es decir, Felipe II, regente de Francia, había ido á hacer una visita al conde de Vermandois á la Bastilla hacia el principio de 1723: había resultado de esta visita la resolución de devolver la libertad al prisionero, cuando al año siguiente murió el regente de una apoplejía fulminante. De aquí resultó que el pobre *Giafex* permaneció en la fortaleza de Ispahan de la que por otra parte no tendría gran gana de salir, en atención á que en aquella época debía tener cerca de sesenta y cinco años.

QUINTO SISTEMA.

Pertenece este al baron Heiss, antiguo capitán del regimiento de Alsacia. Hallábase desenvuelto en una carta escrita desde Phalsbourg y fechada el 28 de junio de 1770. Aquella carta fué publicada en la *Historia compendiada de Europa*. Esta es la significación de aquella carta.

Segun el baron de Heiss, el duque de Mantua tenía propósito de vender su capital al rey de Francia, cuando fué disuadido de ello por su secretario Mathioli, el que le persuadió lo contrario, y que se uniese á la liga que en aquel momento se formaba contra Luis XIV. El rey, que creía ya tener en su mano á Mantua, vió escapársele aquella importante ciudad, y habiendo sabido de quién venia el consejo, resolvió vengarse del consejero. En su consecuencia, por orden del rey el desgraciado Mathioli fué convidado por el marqués de Arcey, embajador de Francia, á una gran cacería á dos ó tres leguas de Turin. Allí, mientras acompañaba al embajador en una vereda estraviada, doce hombres á caballo le arrebataron y pusieron una máscara de hierro, y le llevaron á Piñerol. Pero como esta fortaleza se hallaba muy próxima á Italia, le pasaron sucesivamente de allí á las de Santa Margarita, y últimamente á la Bastilla donde debió haber muerto. Este sistema, que no es mas fuera de razon que los anteriores, no obtuvo grande boga. La idea de que el hombre de la máscara de hierro era un extranjero y un subalterno no era bastante para despertar una gran curiosidad.

SESTO SISTEMA.

Este no tiene padre; es uno de esos vagos rumores que corren en el mundo sin que se sepan de dónde vienen ni á dónde van á parar. Así no le citamos sino por memoria.

Segun este sistema, el hombre de la máscara de hierro no es otro sino el hijo segundo del Protector, es decir, Enrique Cromwell, que desapareció de la escena del mundo sin que jamás se supiese por qué escotillon se había hundido. Pero por qué se había de poner una máscara y aprisionarse á Enrique, cuando Ricardo, su hermano mayor, vivía pública y tranquilamente en Francia?

SÉTIMO SISTEMA.

El sétimo sistema está sacado de una obra en octavo publicada en 1789 por Mr. Dufey del Yonne, titulada: *La Bastilla, ó memorias para servir á la historia del gobierno francés desde el siglo XIV á fin del XVIII*. El artificio de este sistema, que tiene ademas todo el interés de la novela y de la poesía, descansa sobre este pasaje de las memorias de

Mad. de Motteville: «La reina sorprendida en aquel instante de verse sola y aparentemente importunada por algún sentimiento demasiado apasionado del duque de Buckingham gritó, llamó á su escudero y le reprendió por haberse separado de ella.»

Segun Mr. de Dufey, aquel grito dado por Ana de Austria fué el último. El duque de Buckingham mas y mas enamorado fué mas y mas correspondido, como lo prueba la historia de los herretes de diamantes: tanto, que Luis XIII tuvo un hijo que no conoció nunca, pero que Luis XIV lo descubrió y al que por honor á su madre dió una máscara. Segun Mr. Dufey de Yonne, la sangrienta muerte de Buckingham fué muy bien una espiciación de su dicha, y no está lejos de creer que el cuchillo de Felton fué no solamente de manufactura francesa, sino de fábrica real.

OCTAVO SISTEMA.

Está colocado bajo la protección del mariscal de Richelieu y pertenece probablemente en propiedad á Soulabia, su secretario. Dice éste que fué tomado de un manuscrito hallado entre los papeles del duque despues de su muerte, y titulado: *Relacion del nacimiento y educacion del desgraciado príncipe sustraído por los cardenales Richelieu y Mazarino á la sociedad y encerrado por orden de Luis XIV, compuesta por el ayo de este príncipe al morir.*

Este ayo anónimo contaba que el príncipe que habia educado y guardado hasta el fin de sus dias era un hermano gemelo de Luis XIV, nacido el 5 de setiembre de 1638 á las ocho y media de la noche mientras cenaba el rey, en el momento en que se hallaba lejos de aguardar, despues del nacimiento de Luis XIV, que se habia verificado á las doce del dia, un segundo parto.

Dícese que habia sido pronosticado este segundo parto por unos pastores que habian dicho por la ciudad que si la reina paría dos delfines seria una señal de grandes calamidades para la Francia. Por muy en silencio y bajo que se refriesen estos rumores, no por eso habian dejado de llegar á los supersticiosos oídos de Luis XIII, el que entonces hizo llamar á Richelieu y le consultó sobre aquella profecía, en la cual sin creer nada habia respondido Richelieu, que en aquel caso era preciso ocultar cuidadosamente al segundo de los dos niños que naciesen, porque podria querer ser rey. Habia casi olvidado estas predicciones Luis XIII, cuando vino la partera á anunciarle á las siete de la tarde que segun todas las probabilidades, la reina iba á dar á luz un segundo niño. Luis XIII, que habia conocido la exactitud del consejo del cardenal, reunió inmediatamente al obispo de Meaux, al canceller, al señor Honorato y á la partera, y les dijo con un tono que anunciaba la disposi-

cion de cumplir lo que se promete, que al primero de ellos que publicase el misterio del segundo nacimiento, le haría pagar su revelacion con la cabeza. Juraron todos los asistentes todo lo que el rey quisó, y apenas habian hecho el juramento cuando la reina, cumpliéndose la profecía del pastor, parió un segundo delfín, el cual fué entregado á la comadre para ser criado en secreto y destinado á reemplazar al delfín si este moría, y si nó destinado á la oscuridad si el delfín vivía.

La partera crió al segundo delfín como un hijo suyo, haciéndole pasar á los ojos de sus vecinos por el bastardo de un gran señor cuya crianza le pagaba generosamente. Pero á la época en que el niño cumplió los seis años, llegó un ayo á casa de la señora Perroneta, que así se llamaba la partera, y la intimó que la entregase el niño, que debía continuar criando en secreto como hijo de un rey.

El niño y el ayo partieron para Borgoña. Creció el niño desconocido, pero llevando, sin embargo, en su semblante una semejanza tal con Luis XIV, que á cada instante temblaba el ayo no le reconociesen. Así llegó el jóven á la edad de diez y nueve años asustando á su anciano mentor por las ideas extraordinarias que le pasaban á veces por la cabeza como un relámpago. Cuando un dia en el fondo de una caja mal cerrada que se habia tenido la imprudencia de dejar á su alcance, encontró una carta de la reina Ana de Austria que le revelaba su verdadero nacimiento. Aunque poseedor de aquella carta, el jóven resolvió proporcionarse otra nueva prueba. Había su madre de aquella semejanza milagrosa con Luis XIV que asustaba tanto al pobre ayo. Resolvió el jóven proporcionarse un retrato del rey su hermano á fin de juzgar por sí mismo de aquella semejanza. Una criada se encargó de comprar uno en la poblacion inmediata: aquel retrato confirmó todo lo que habia dicho la carta. Entonces, el príncipe dió un salto desde su cuarto al de su ayo, y enseñándole el retrato de Luis XIV:

—Mirad mi hermano, le dijo, y volviendo los ojos hácia sí: ¿ves lo que soy yo?

No perdió tiempo el ayo, y escribió á Luis XIV, que por su parte se dió tal maña, que llegó un correo ganando horas con la orden de encerrar en la misma prision al ayo y al discípulo. Despues, como aun al través de los hierros de la prision podria reconocerse la contraprueba del gran rey, mandó que el rostro estuviese siempre cubierto con una máscara de hierro bastante hábilmente construida para que sin que la dejase nunca, pudiese ver, respirar y comer. Aquella recomendacion fraternal, segun Soulabia, se ejecutó al pie de la letra.

Este es el tema que han adoptado para hacer un hermoso drama de la *Máscara de hierro* Mrs Tournier y Arnould, que tanta popularidad ha adquirido por su bella ejecucion.

NOVENO SISTEMA.

Este es contemporáneo nuestro y data del año 1837. Ha sido emitido por el bibliófilo P. L. Jacob. Segun él, el hombre de la máscara de hierro no ha sido otro que el desgraciado Fouquet, que aprovechando las consideraciones que le tenian en su prision para ejecutar una tentativa de fuga, fué castigado de aquella tentativa con la noticia de su muerte oficialmente divulgada, y por la aplicacion de una ingeniosa máquina cuya invencion en este caso tambien pertenecia al gran rey.

Como el libro en que nuestro amigo ha desenvuelto este sistema se halla en las manos de todo el mundo, á él remitiremos á nuestros lectores que quieran tener mas detalles.

Todavía hay otros dos sistemas de segundo orden: el uno dice que la máscara de hierro era el patriarca Arwedicks, arrebatado, segun el manuscrito de Mr. de Bouae, durante la embajada de Mr. Fereol en Constantinopla: el otro le hacia un desgraciado estudiante castigado por los jesuitas por un dístico latino hecho contra su orden ó su instituto, y que por recomendacion de aquellos buenos padres, Luis XIV quiso servir de carcelero y verdugo.

Añadamos por último un sistema, el que consiste en no creer nada y en decir que jamás ha existido tal máscara de hierro.

Ahora, despues de las conjeturas, veamos las realidades.

En el intervalo de 2 de marzo de 1680 al 4.º de setiembre de 1684, fué cuando apareció el hombre de la máscara de hierro en Fignerol, de donde fué trasportado á Exilles, cuando el señor de Saint-Mars pasó de la primera á la segunda fortaleza. Allí permaneció seis años, y habiendo sido nombrado Saint-Mars en 1687 gobernador de las islas de Santa Margarita, se hizo acompañar de su prisionero al que estaba condenado á servir de sombra.

Al llegar á estas islas Saint-Mars escribió al señor de Louvois en 20 de enero de 1687: «Daré tambien mis órdenes para que se guarde mi prisionero y puedo responderos de él con entera seguridad.»

En efecto, aquel buen señor de Saint-Mars habia hecho ejecutar espresamente para él una prision modelo. Aquella prision, segun Pigañol, no recibia la luz sino por una sola ventana que caía al mar y abierta á quince pies sobre el camino de la ronda. Aquella ventana, ademas de los hierros estaba defendida por las tres verjas colocadas entre los soldados que guardaban al prisionero.

En las islas Margaritas entraba rara vez en el cuarto del prisionero por miedo de que algun indiscreto escuchase su conversacion. Por consecuencia se mantenía ordinariamente á la puerta y esta entreabierta; de este modo podia al hablar ver por los dos lados del

corredor si alguien venia. Un dia que estaba hablando así, el hijo de uno de sus amigos que habia venido á pasar con él algunos dias en la isla, buscando al señor de Saint-Mars para pedirle permiso de tomar un barco que le llevase á tierra, le vió desde lejos en el dintel de la puerta de un cuarto. Sin duda en aquel momento la conversacion entre el prisionero y el señor de Saint-Mars era de las mas animadas, porque este último no oyó los pasos del jóven, sino cuando estuvo encima de él. Echóse atrás, cerró de golpe la puerta y preguntó lleno de palidez al jóven, si habia visto ó si habia oído algo. El jóven por toda respuesta le demostró que por el sitio en que se hallaba era casi imposible. Entonces únicamente el señor de Saint-Mars se recobró y se reportó, pero en el mismo dia hizo salir de la isla al jóven escribiendo á su padre para manifestarle el motivo de la despedida, añadiéndole: «Que en poco habia estado que aquella aventura no le hubiese costado cara á su hijo, y que se lo mandaba por miedo de que cometiese alguna nueva imprudencia.»

Otro dia sucedió que la máscara de hierro, á quien servian la comida en vajilla de plata, escribió algunas líneas sobre un plato por medio de un clavo que se habia proporcionado y arrojó aquel plato por entre los hierros de la ventana y la triple reja. Encontrólo un pescador á la orilla del mar, y pensando que no podia ser sino de la bajilla del castillo, se lo llevó el gobernador.

—¿Habeis leído lo que está escrito en este plato? preguntó el señor de Saint-Mars.

—No sé leer.

—¿Lo ha visto alguien en vuestra mano?

—Acabo de encontrarlo en este momento, y lo he traído á V. E., guardándole debajo del vestido por miedo de que me tomasen por un ladrón.

El señor de Saint-Mars reflexionó un instante: despues haciendo señal al pescador de que se retirase.

—Idos, le dijo: fortuna teneis en no saber leer.

Al año siguiente un mancebo de cirujano que hizo un hallazgo casi semejante, fué menos afortunado que el pescador. Vió flotar sobre el agua una cosa blanca, y la recogió: era una camisa muy fina, sobre la cual á falta de papel y por medio de una mezcla de sebo y agua y un hueso de gallina cortado á modo de pluma, habia escrito el prisionero toda su historia. El señor de Saint-Mars le hizo entonces la misma pregunta que al pescador. El mancebo de cirujano respondió que sabia leer, es verdad, pero que pensando que las líneas trazadas sobre aquella camisa podian contener algun secreto de Estado, habia tenido muy buen cuidado de no leerlas. El señor de Saint-Mars le despidió con un aire pensativo, y á la mañana siguiente encontraron muerto al pobre mancebo en su cama.

Por aquel mismo tiempo el criado que servía al hombre de la máscara de hierro, murió; presentóse para reemplazarle una pobre mujer; pero habiéndola dicho el señor de Saint-Mars que era preciso que participase eternamente de la prision del amo á cuyo servicio iba á entrar, y que desde aquel día dejaría de ver á su marido y á sus hijos, rehusó suscribir á semejante condicion y se retiró.

En 1698 recibió orden el señor de Saint-Mars de transportar su prisionero á la Bastilla. Compréndese que para un viage tan largo se redoblarían las precauciones. El hombre de la máscara de hierro fué colocado en una litera, delante de la cual iba el coche del señor de Saint-Mars. Estaba rodeada aquella litera de muchos hombres á caballo, que tenían orden de hacer fuego sobre el prisionero á la menor tentativa que hiciese ó para hablar ó para oír. Al pasar por su tierra de Palteau el señor de Saint-Mars, se detuvo un día y una noche. Se verificó la comida en una sala baja cuyas ventanas daban al patio. Al través de aquellas ventanas podía verse al prisionero y al carcelero comer. El hombre de la máscara de hierro tenía vuelta la espalda á las ventanas. Era de alta estatura, vestido de pardo, y comía con su máscara, de la que se escapaban por detrás algunos mechones de cabellos blancos.

El señor de Saint-Mars estaba sentado enfrente de él, y tenía una pistola á cada lado del plato: un solo criado les servía, y cerraba la puerta con dos vueltas cada vez que entraba ó salía.

Por la noche el señor de Saint-Mars hizo poner una cama de campaña, y se acostó atravesado en la puerta del mismo cuarto de su prisionero. A la mañana siguiente volvieron á marchar con las mismas precauciones. Llegaron los viajeros á la Bastilla el jueves 17 de setiembre de 1698 á las tres de la tarde. El hombre de la máscara de hierro fué colocado en la torre de la Basiniere mientras llegaba la noche. Despues de llegar la noche el señor Dujonke le llevo él mismo al cuarto número tres de la torre de la Bertaudiere, cuyo cuarto, dice el *diario de Mr. Dujonke*, habia sido habilitado con todo lo necesario. El señor Rosanges, que venia de las islas de Santa Margarita acompañando al señor de Saint-Mars, era segun dice el mismo *diario*, el encargado de servir y cuidar al dicho prisionero, que era mantenido por el gobernador.

Sin embargo, en recuerdo de la camisa hallada en la orilla del mar, era el gobernador el que le servía á la mesa, y el que despues de la comida le quitaba los manteles y servilletas. Ademas habia recibido la prohibicion espresa de hablar á nadie ni de enseñar su rostro á cualquiera que fuese en los cortes instantes de descanso que el gobernador le daba, abriendo él mismo la cerradura que cerraba su máscara. En el caso en que se hubie-

se atrevido á contravenir á una ú otra prohibicion, tenían orden los centinelas de hacer fuego sobre él.

Así permaneció el desgraciado prisionero en la Bastilla, desde el día 18 de setiembre de 1698, hasta el 19 de noviembre de 1703. En la fecha de este día se encuentra esta nota en el mismo *diario*: «El prisionero desconocido, siempre enmascarado con una máscara de terciopelo negro (1), habiéndose puesto ayer un poco mas malo al salir de misa, ha muerto hoy á las diez de la noche sin haber tenido grande enfermedad. Mr. Girau, nuestro capellán, le confesó ayer. Sorprendido por la muerte no ha podido recibir los Sacramentos, y nuestro capellán le ha exhortado un momento antes de morir. Ha sido enterrado el martes 20 de noviembre á las cuatro de la tarde, en el cementerio de San Pablo. Ha costado su entierro 40 libras.»

Ahora veamos lo que se ha encontrado en los registros de sepultura de la iglesia de San Pablo.

«En el año 1703, á 19 de noviembre, Marchiali, de edad de cuarenta y cinco años ó próximamente, ha muerto en la Bastilla, y su cuerpo ha sido enterrado en el cementerio de San Pablo, su parroquia, en 20 de dicho mes en presencia del señor Bosarges, mayor de la Bastilla, y de Mr. Reih, cirujano de la Bastilla, que firman.»

Peró lo que no dicen ni el registro de la prision ni el de la Bastilla, es que las precauciones tomadas durante su vida, le persiguieron á aquel desgraciado despues de su muerte. Su rostro fué desfigurado con vitriolo, á fin de que en caso de exhumacion no pudiese reconocerse: despues se quemaron todos sus muebles, se desenladrilló su cuarto, se perforaron las paredes, se buscó por todos los rincones, y se picaron y blanquearon los muros; todo por miedo de que hubiese en alguna parte oculto algun billete ó alguna señal que pudiese dar á conocer su nombre.

Desde el 19 de noviembre de 1703 al 14 de julio de 1789, todo continuó permaneciendo en la oscuridad, tan espesos eran los muros de la Bastilla, tan bien cerradas estaban sus puertas de hierro. Llegó despues un día en que aquellos muros fueron derribados á cañonazos, aquellas puertas abiertas á hachazos, y en que los gritos de la libertad resonaron en lo mas profundo de aquellos calabozos donde todo parecia muerto, hasta el oco que debia vacilar en repetirlos.

Los primeros cuidados del pueblo vencedor, fueron con los vivos. Unicamente se encontraron ocho prisioneros en la sombría y siniestra fortaleza. Corrió entonces el rumor de que algunos dias antes mas de otros se-

(1) El color, y la aficion á lo terrible, sin duda, han hecho tomar esta máscara por una máscara de hierro.

esta habian sido trasportados á las bastillas del Estado.

Despues de la preocupacion por los vivos vino la curiosidad por los muertos. Entre las grandes sombras que aparecian en medio de las ruinas de la Bastilla, se alzaba mas gigantesca y mas sombría que las demas, el fantasma velado con la máscara de hierro. Así corrieron al patio de la Bertaudiere que sabian habia sido habitado cinco años por aquel infeliz: pero por mucho que se buscó en las paredes, en los vidrios, en los ladrillos, por mucho que se ocuparon en descifrar cuanto la ociosidad, la resignacion ó la desesperacion habian podido trazar en sentencias, en oraciones ó en maldicion, sobre aquellos misteriosos archivos que los reos se legan al morir los unos á los otros, fué todo inútil, y el secreto de la máscara de hierro continuó en permanecer secreto entre él y sus verdagos.

De pronto resonaron grandes gritos en el patio. Uno de los vencedores habia descubierto el gran registro de la Bastilla, en el cual se hacia mencion de la fecha de entrada y de salida de los prisioneros, y que habian sido recibidos y enterrados por el mayor Chevalier. Fué llevado el registro á la casa de ayuntamiento donde la asamblea municipal quiso buscar ella misma por si aquel secreto de la monarquia, oculto por tanto tiempo. Abrióronle en el año 1698. El fóllo 120 correspondiente al jueves 18 de setiembre, habia sido arrancado. La hoja de entrada faltaba. Fueron, pues á buscar la de la salida. La hoja correspondiente al 19 de noviembre de 1703, faltaba tambien como la del 18 de setiembre, y aquella doble mutilacion bien comprobada, quitó para siempre la esperanza de poder descubrir el secreto del hombre de la *Máscara de hierro*.

EL CAPITAN LANGLET.

Quando estuvo lista nuestra comida, el posadero nos hizo señal para que volviésemos: su señal tuvo el mejor éxito, el agua y el aire del mar nos habian dado un famoso apetito; pensamos que aquellas dos causas reunidas habian debido producir el mismo efecto sobre nuestro compañero de viage, que entrando al mismo tiempo que nosotros, acababa de llegar al mismo tiempo que se le estaba buscando. Al vestirnos le preguntamos si no queria participar de nuestra comida, nos respondió que tendria muchísimo gusto si le permitiamos pagar su parte. Le respondimos que en

esto como en el baño podia hacer lo que quisiese, y considerarse como nuestro invitado, ó cambiar nuestra comida, en atencion á que no quisimos herir su delicadeza pagando su escote. Insistió en pagar su parte, y nos pusimos á la mesa: comimos perfectamente.

Durante la comida hicimos mas conocimiento con nuestro jóven, y aprovechando el progreso que ibamos haciendo en su confianza, le preguntamos á dónde iba. Echóse á sonreír con una sencillez que nos encantó.

—Lo que os voy á responder es muy tonto, nos dijo, me preguntais que á dónde voy, ¿no es verdad?

—Si no hay indiscrecion en ello, le contestó Jadin bebiendo con él.

—Pues bien, no lo sé, nos respondió.

—¿Cómo es eso? dijo Jadin, andais vagando pura y simplemente. Permitidme que os diga que esa no es una posicion en la sociedad.

—¡Dios mío! replicó el jóven ruborizándose, si no tuviese miedo de que me tuviérais por indiscreto os contaria mi historia.

—¿Es larga? preguntó Jadin.

—En dos minutos, caballero, quedará concluida.

—Entonces echadme un vaso de ese vinillo; no es malo ese vinillo seguramente, y decid.

En efecto, la historia era corta, pero no por eso era menos increíble.

Nuestro compañero de camino se llamaba Onésimo Chai. Tenia 1,200 libras de renta que le habian dejado sus padres. Era quinto dependiente de notario de San Dionisio, y habia venido á Tolon á recoger una corta herencia de 1,500 francos que le habia dejado una tia. La casualidad habia hecho que nos hubiéramos hallado en Tolon al mismo tiempo que él. En su juvenil curiosidad habia hecho todo lo posible por vernos á Jadin y á mí, sin haberlo podido conseguir: en fin, habia sabido que marchábamos en el caruaje de Tolon á Frejus, y cediendo á aquella curiosidad, habia tomado un asiento hasta Lup, contando volverse desde Lup por Aix y Avignon: pero en Lup el encanto de nuestra sociedad le habia fascinado de tal modo que se habia adelantado hasta Frejus: en Frejus nos habia hecho pedir, como lo hemos dicho, el permiso de comer en una punta de nuestra mesa. El modo amable con que le habiamos concedido aquella peticion, le habia seducido mas y mas. Oyéndonos hablar del golfo Juan se habia decidido á verlo al mismo tiempo que nosotros, y ahora, pues, que se hallaba en camino, su intencion era, si se lo permitiamos, acompañarnos hasta Niza, pero, añadió, con la condicion bien entendida de que pagaria su asiento en nuestro coche.

Si hubiese sido menos sencillo nuestra convidado, hubiéramos creído que se burlaba de nosotros, pero no podia uno equivocarse en su aire; era la honradez en persona. Le dijimos en consecuencia que si se obstinaba

absolutamente en pagar su parte de carruage, echase él mismo el cálculo, desquitando las ocho ó diez leguas que habíamos hecho sin él, porque no era justo que las pagase. Cogió su lápiz, hizo su resta, hizo la prueba de la resta, y nos entregó 49 francos, 75 céntimos, dándonos las gracias con las lágrimas en los ojos por el favor que le concedíamos.

Subimos al carruage, pero por mas instancias que hicimos á nuestro compañero de viage, no quiso jamás ponerse en el mejor asiento.

Al llegar á Antibes, Jadin le llamaba sencillamente Onésimo. Al fin de la jornada le tuteaba. A la mañana siguiente ya le daba palmadas en el hombro.

Onésimo no habló nunca á Jadin sino con el mas profundo respeto, continuó siempre llamándole Mr. Jadin, y jamás levantó la mano ni aun sobre Milord.

En Niza la amistad de Onésimo con Jadin era tan fuerte, que no pudo decidirse á separarse de nosotros, y se vino en nuestra compañía desde Niza para Florencia. Onésimo no quiso haber dejado á Florencia sin ver á Roma, y marchó con nosotros de Florencia á Roma.

En una palabra, hizo con nosotros casi todo el viage de Italia. Los 4,500 francos de su tia se gastaron hasta el último cuarto. Después de lo cual se volvió alegremente á San Dionisio, llevando, nos dijo, recuerdos para todo el resto de su vida.

¿Y entonces?... Entonces fué Jadin el que tuvo todas las penas del mundo para poder pasar sin él.

Me he adelantado á los sucesos para hacer conocer en seguida la excelente criatura que era nuestro compañero de viage.

Jadin y él durmieron en el mismo cuarto, y como no estábamos separados sino por un tabique, ó durante una parte de la noche á Jadin que le daba consejos sobre el modo de vivir en el mundo.

Me desperté á las seis de la mañana con un cántico de iglesia. Al mismo tiempo Jadin abrió mi puerta gritándome que me asomase á la ventana.

Pasaba un entierro escoltado por una veintena de penitentes cubiertos de largas túnicas azules, cubierto el rostro con un gran capuchon. Aquellos penitentes cantaban á voz en grito.

Era la vez primera que oíamos un espectáculo de aquel género. Así Jadin y yo nos vestimos inmediatamente. Bajamos de dos en dos los escalones, y nos pusimos á seguir el entierro. Onésimo, que se habia quedado detrás por orden de Jadin para preguntar noticias de aquello á nuestro huésped, nos dijo al alcanzarnos que el muerto era un jóven albano que habia tenido la desgracia de caer y reventarse la vispera, y que la cofradía que le acompañaba pertenecía á la iglesia del Es-

piritu Santo y Santa Clara, la misma donde habian sido enterrados en 1811 los veinte franceses de Casabianca.

Esto nos recordó aquel buen capitán Langlet.

Entretanto la cofradía iba al paso de procesion, y cantando á todo cantar, al cementerio.

Queriendo ver como se terminaba la ceremonia, entramos allí con ellos.

Por todo lo largo del camino habia yo ido al lado de un penitente al que mi inmediación alarmaba con grande asombro mio. Diez veces se habia vuelto hácia mi lado de repente sin interrumpir su canto, me habia echado una mirada alarmada, y cada vez se habia echado su capuchon mas y mas á sus ojos, tanto que apenas veia para poder andar. En cuanto á su libro, aunque le tenia abierto por forma, no ponía en él los ojos, lo sabia de memoria. Al entrar en el cementerio, se separó lo mas que pudo de mí, pero fué á caer hácia el lado de Jadin, á quien yo hice una señal para que no le perdiese de vista: comenzaba á ocurrirme una singular sospecha.

Depositaron cerca de la hoya el féretro, que cuatro albañiles llevaban sobre los hombros. Después de que cada uno fué echando agua bendita sobre el cadáver, clavaron la tapa como ya lo habia visto hacer en el cementerio de Vaux, y bajaron la caja al sepulcro.

En aquel momento los penitentes entonaron el *Libera me*. Yo iba al lado de Jadin, que se habia quedado junto al penitente á quien mi presencia parecia producir una extraña impresion. Cantaba á mas no poder.

—¿Conoceis esta voz? pregunté á Jadin.

—Esperad, me dijo evocando sus recuerdos, me parece que sí.

—Venid ahora por aquí. Le llevé delante del cantor.

—¿No conoceis esa boca? le pregunté.

—¡Aguardad, aguardad! ¡Oh! no es posible.

—Querido mio, ¿hay dos iguales? Lo que no es posible es que esta no sea la de....

—Del capitán Langlet, ¿no es esto?

—Lo habeis dicho.

El penitente que veia que le mirábamos, hacia todo lo posible por desfigurar su rostro.

—¡Ah! zorro viejo, dijo Jadin.

—Chut, dije yo llevándole á mi lado.

—No, no, replicó Jadin, quiero pedirle noticias de Voltaire.

—Aguardémosle fuera, y le preguntarcis todo lo que querais.

—Teneis razon.

Salimos y aguardamos á la puerta. Nuestro penitente salió uno de los últimos, su capucha mas echada adelante que nunca.

—Buenos dias, capitán, le dijo Jadin dándole una palmada en el vientre.

Viéndose reconocido el capitán, puso la mejor cara posible, y levantando su capucha

nos descubrió su rostro que no tenia nada de la austeridad monacal.

—Y bien, si, yo soy, nos dijo con su acento provenzal: ¿qué quereis? preciso es aullar con los lobos. Conocidas aqui mis opiniones napoleónicas, y mi veneracion por el gran Voltaire, no tengo gana de que me asesinen como á aquel buen mariscal Brune. Además, ¿qué es lo que me importa á mi el hábito? El corazon es napoleónico en el alma. En cuanto al libro de horas, ¿creeis que yo sé lo que hay ahí dentro? Yo no sé el latín.

—Pero, capitán, veo que os disculpais y defendeis de cosas que son muy buenas.

—No, es que podeis pensar que yo creo en todas estas tonterías, en todas estas necesidades, que no son buenas sino para las mugeres y para los niños.

—Tranquilizaos, capitán, dijo Jadin, pensamos que sois un farsante y nada mas.

—¿Cómo!... Pues bien, si, soy un farsante, un buen diablo, un buen vividor. ¿Os habeis desayunado?

—No, capitán.

—¿Quereis venir á desayunarnos conmigo?

—Gracias, capitán, no tenemos tiempo.

—Haceis mal, os hubiera contado buenas historias de la clerigalla, y cantado canciones bien célebres sobre el emperador.

—Os damos muchas gracias, capitán, pero es preciso que estemos á buena hora en Niza.

—¿Con que no quereis?

—Imposible.

—Pues entonces, buen viage, dijo el capitán alargándonos la mano.

Creimos que le hacíamos un favor en irnos por nuestro lado y dejarle á él que se fuese por el suyo. En consecuencia no quisimos atormentarle mas largo tiempo, y le dimos la mano á nuestra vez deseándole toda clase de felicidades.

Nos volvimos á la posada, y hallamos allí que nos estaba esperando nuestro carruage. Mandamos enganchar á fin de poder marchar en cuanto nos levantáramos de la mesa.

—Pero, nos dijo nuestro posadero con un aire bastante embarazado, yo creo que estos caballeros van á Niza.

—Sin duda; ¿por qué?

—Porque entonces era preciso que los pasaportes de estos caballeros fuesen visados por el cónsul de S. M. Carlos Alberto.

—Pero si están visados ya en la embajada de Paris, dijo Jadin.

—No importa, estos señores no podrán entrar en Cerdeña sino llevan el visa firmado en Antibes.

—Dad vuestro pasaporte, dije á Jadin, es preciso que todo el mundo viva, aun los reyes.

Aumentamos con treinta suses la lista civil del rey Carlos Alberto, después de lo cual quedamos en libertad de entrar en su territorio.

Aprovechamos aquella libertad para subir

en el carruage. Dos horas después nos halláramos sobre las márgenes del Var.

La cabeza del puente está guardada por la aduana. Como salíamos de Francia nada teníamos que ver con ella.

Pasamos, pues, altivamente. Detrás de la aduana habia dos centinelas, con los cuales nada teníamos todavía que ver. Detrás de los centinelas habia un comisario de policía.

Con este ya fué otra cosa. Después de haber cotejado mis señas con mi rostro, y de haber hecho otro tanto con Jadin y con Onésimo, le ocurrió la idea de que una de las dos señoras que viajaban en nuestro coche, era sin duda la duquesa de Berri. En consecuencia trabó disputa sobre su edad, pretendiendo que no parecia tener los veinte y seis años que decia el pasaporte. El caso era lo mas li-songero para la señora, pero era muy fastidioso para nosotros. Me permití hacer algunas observaciones al comisario. El comisario me dijo que sabia lo que tenia que hacer, y que si no me callaba habia de hacer que me cogieran los gendarmes, y me volvieran á Antibes.

Entonces le dije que mi pasaporte estaba perfectamente en regla.

—¿Y qué me importa á mí, me dijo el comisario, que vuestro pasaporte esté en regla ó no? Me burlo de vuestro pasaporte, y se entró en su barraca.

Vi que el comisario era un insolente ó un imbécil, dos especies con quienes es preciso contemporizar cuando no se tiene el poder en las manos.

En consecuencia me callé, contentándome con desear en voz baja que le diesen un ascenso al comisario, poniéndole cerca de un río donde hubiese agua.

Al cabo de una media hora de aguardar, el comisario salió de su barraca, y nos anunció con un gesto lleno de benevolencia que no se oponía á que continuásemos nuestro camino. En consecuencia pasamos el puente. A la mitad del puente hay un poste; sobre aquel poste está escrita por un lado la palabra Francia, y por el otro hay pintada una cruz, que quiere decir Cerdeña.

Volvimos para saludar con un último adiós el país natal.

Después, con aquella emocion que he experimentado las dos veces que abandoné mi patria, di un paso.

Un paso habia bastado para pasar el límite que separa los dos reinos. Holláramos la tierra itálica, estábamos en los estados de S. M. el rey Carlos Alberto.

EL PRINCIPADO DE MONACO.

Hay entre las cosas que el rey de Cerdeña no puede sufrir, cinco cosas que le son particularmente desagradables:

El tabaco que no fabrica él mismo.

Las ropas nuevas y los vestidos.

Los periódicos liberales.

Los libros filosóficos.

Y los que hacen los libros filosóficos u obras.

Yo no llevaba tabaco, todos mis vestidos eran usados, los solos periódicos que poseía eran tres números de *El Constitucional* en que iban envueltas mis botas, mis únicos libros eran una *Guía en Italia* y un *Arte de cocina*, y mi nombre tenía la honra de ser perfectamente desconocido al jefe de la aduana: resultó de aquí que entré mucho más fácilmente en Cerdeña que había salido de Francia.

Había en el fondo de mi caja de escopeta dos ó trescientos cartuchos, por los cuales temblaba con todo mi cuerpo; pero S. M. el rey Carlos Alberto había hecho, á lo que parece, siendo príncipe de Carignan, un conocimiento demasiado íntimo con la pólvora, para tener miedo. Sus aduaneros ni aun repararon en mis cartuchos.

Además, yo no sé por qué el rey Carlos Alberto tiene tanto miedo á las revoluciones. Es tal vez el príncipe que tiene menos de que quejarse de ellas. Hace un centenar de años que sus abuelos los duques de Saboya eran unos buenos duques sin importancia, que se llamaban los señores de Saboya: después, cansados de revolución, á la muerte de la reina Juana, Niza se entregó en cuerpo y alma á Amedeo VII, apellidado el Rojo: en 1388, hizo Génova lo que había hecho Niza en 1388, con la diferencia de que Niza se había dado y Génova fué tomada: pero hoy que no sucede ni lo uno ni lo otro, esos dos bocados de los antiguos duques, que los nuevos reyes han mordido á derecha é izquierda, redondean bastante bien la soberanía sarda, y hacen una potencia de segundo orden en Europa, que por el hábito y el carácter belicoso de su rey, no deja de tener su importancia sobre el mapa militar de la Europa.

Sin embargo, los príncipes de Saboya no gozaron siempre de esta hermosa querida provenzala que se había entregado á ellos. En 1543, los ejércitos combinados de los turcos y de los franceses sitiaron á Niza, Barbaroja y el duque de Enghien intimaron al gobernador Andrés Odinet que se rindiese. Pero Andrés Odinet, respondió:—Me llamo Montfort: mis armas son *palas* y mi divisa es *preciso mantenerme*. Aunque se portó como valiente soldado para no desmentir es-

ta respuesta en teramente heráldica, Andrés Odinet se vió obligado á rendirse en el castillo, y Niza capituló.

En 1694 Catinat sitió á Niza, y la tomó segunda vez, gracias á una bomba que hizo saltar el reducto del castillo donde estaba el almacén de pólvora.

En 1706 el duque de Berwick tomó á su vez el castillo, como lo había tomado Catinat, y para evitar á sus sucesores el trabajo que había costado aquella fortaleza á sus predecesores la demolió enteramente. Así en 1798, Niza fué conquistada sin resistencia, siendo hasta 1814 la cabeza del departamento de los Alpes marítimos.

En 1814, Niza volvió por la cuarta vez al poder de sus eternos amantes los duques de Saboya y reyes de Cerdeña.

Niza está representada bajo el emblema de una matrona armada con casco en la cabeza, con el pecho abierto y la cruz de plata de Saboya impresa sobre el corazón: su mano derecha la apoya en una espada desnuda; su mano izquierda en un escudo de plata con un águila de gules con las alas desplegadas: sus pies se apoyan en un escollo de sinople que bañan las olas del mar: en fin, á sus pies se ve un perro, simbolo de la fidelidad, con estas palabras: *Nicea fidelis*.

Por lisonjero que sea este emblema para la ciudad de Niza, nos parece que estaría mejor representada bajo las facciones de una hermosa cortesana muellemente recostada en las orillas de su azulado espejo, á la sombra de la flor de azahar de sus naranjos, con sus largos cabellos flotantes á la brisa del mar, y cuyas olas viniesen á mojar sus desnudos pies; porque Niza es la ciudad de la dulce pereza y de los fáciles placeres. Niza es mas italiana que Turin y que Milan; es casi tan griega seguramente como Sibarís.

Así nada hay mas encantador que Niza, en una tarde de otoño cuando el mar, rizado apenas por el viento que viene de Barcelona ó de Palma murmura suavemente, y cuando sus luciolas cual estrellas que corren parecen llover del cielo. Hay entonces en Niza un paseo que se llama la *Terraza*, que tal vez no tiene igual en el mundo, en donde se apiña una población de mugeres pálidas, débiles, que no tendrían la fuerza de vivir en otra parte, y que vienen todos los inviernos á morir á Niza: allí está la aristocracia de Paris, de Londres y de Viena enferma.

En cambio, los hombres en general gozan muy buena salud, y parecen haber venido allí guiados por una sublime abnegación para ceder una parte de sus fuerzas y de su salud á todas aquellas bellas moribundas, que hacen guiños al pasar á los graciosos abates, tan coquetos y galantes, que se comprende absolutamente que tengan absoluciones prontas para ellas por cualquier pecado que hayan cometido.

En Niza comienzan los abates: no esos abates gordos y abultados como en Nápoles y en Florencia, sino unos abates lindos, chiquititos, como se encuentran á veces en el monte Pincio en Roma, ó en el paseo de la Marina en Mesina: verdaderos abates de gabinete, como los había al levantarse de la cama en la alcoba de Mad. de Pompadour, y al acostarse en la de Mlle. Lange: deliciosos abates, por último, alimentados con bombones y dulces, con el pelo bien cuidado y perfumado, pantorrilla redonda, sombrero coquetamente echado sobre la oreja, y piececito calzado con zapatos de charol y hebilla de oro.

Pregunto si todo esto da á Niza el aire de una Minerva armada de pies á cabeza, y si su epíteto de *fidelis* debe tomarse al pie de la letra.

Hay dos ciudades en Niza: la ciudad antigua, y la ciudad nueva: la *Antica Nizza* y la *Nice new*; la Niza italiana y la Niza inglesa. La Niza italiana, pegada á sus colinas, con sus casas esculpidas ó pintadas, sus virgenes en las esquinas de las calles, y su población con pintoresco trage, que habla como dice el Dante la lengua—*del vel paese la dove il si suona*:—la Niza inglesa, ó el barrio de mármol con sus calles tiradas á cordel, sus casas blanqueadas con cal, las ventanas y las puertas metódicamente abiertas; y su población de sombrillas, velos, y botitos verdes, que dice—*Yes*.

Porque para los habitantes de Niza todo viajero es inglés; cada extranjero, sin distinción de cabello, de barba y de trages, de edad y de sexo, llega de una ciudad fantástica, perdida en medio de las nieblas, en la que alguna vez por tradición se oye hablar del sol, donde no se conocen las naranjas y los ananas, sino en el nombre: donde no hay mas frutas maduras que las manzanas asadas, y que por consecuencia se llama *London*.

Mientras yo estaba en el hotel de York llegó una silla de postas. Un momento después entró el posadero en mi cuarto.

—¿Quiénes han llegado? le pregunté.

—*Sono certi inglese*, me respondió, *mai non saprai dire si sono francesi ó tedeschi*. Lo que quiere decir:—son ciertos ingleses, pero no sabré decirlos si son franceses ó alemanes.

Inútil es decir que todo el mundo paga, en consecuencia de que á todos los llaman milord.

Permanecemos dos días en Niza; un día mas de lo que ordinariamente permanecen los forasteros que no vienen á pasar allí seis meses. Niza es la puerta de la Italia. ¿Y cómo detenerse en el dintel de ella cuando se percibe el horizonte de Florencia, Roma y Nápoles?

Nos ajustamos con un *veturino* (cochero) que se encargó de llevarnos á Génova en tres días por el camino de la *Cornisa*. Yo cono-

cia el Mont-Cenis, el San Bernardo, el Simplon, el Coll de Tenda, los Bernardinos, y el San Gotardo; era, pues, el único camino creco, que me faltaba que recorrer.

La primera ciudad que se encuentra en el camino es Villafranca, cuyo puerto, obra de los genoveses y abierto por el consejo de Federico Barbaroja, no está separado del de Niza sino por la roca de Montalban. A una media legua mas allá de Villafranca se entra en el principado de Monaco, que se anuncia formidablemente al viajero por una línea de aduanas. El príncipe de Monaco, Honorio V, actualmente reinante, es el mismo que volviendo en 1815 á sus estados, encontró á Napoleon en el golfo Juan. La aduana del príncipe cobra dos y medio por ciento sobre las mercancías, y seis cuartos por los pasaportes. Como Monaco se halla en el camino mas frecuentado de la Italia, esta doble contribucion forma la parte mas sancada de sus rentas.

Además, el príncipe de Monaco ha nacido para la especulación, aunque no todas las especulaciones le salgan bien, testigo la moneda que hizo acuñar en 1837, y que se gasta bienamente en su principado, en atención á que los reyes sus vecinos han impedido su admisión. Los demas industriales se hacen ordinariamente pagar lo que hacen; el príncipe de Monaco se hace pagar lo que no hace. Ved aquí cómo.

Entre las cosas que el rey Carlos Alberto tiene en antipatía, hemos puesto en primer lugar el tabaco de fumar y el tabaco en polvo: de otra manera y en términos de estanco, el *Scaferlati* y la *Maconna*.

Pues si yo que vivo á trescientas leguas del rey de Cerdeña conocía su antipatía, no es admirable que el príncipe Honorio V, cuyos estados están enclavados dentro de los suyos la supiese. Reflexionó el príncipe un instante, y cuando se impuso de este odio resolvió sacar partido de él. En consecuencia hizo sembrar mucho tabaco y anunció para el año siguiente cigarros á cuarto, que visto la feliz disposición del terreno, serían tan buenos como los de la Habana.

Aquel anuncio puso en movimiento y en alarma todas las contribuciones indirectas sardas. El rey Carlos Alberto vió sus estados inundados de cigarros; tenía bastante con una aduana ó dos, como su vecino Honorio V, pero estas aduanas están sobre los caminos, y no en todas las partes del principado, de manera, que aun cuando tuviese en toda su circunferencia una línea tan espesa y vigilante como un cordon sanitario, quinientos cigarros bien pronto pasaban; una piel cosida á un perro pasa de tres á cuatro mil, y el principado de Monaco es tal vez el solo donde queda esa especie de perros contrabandistas. No había mas que un remedio que tomar, y era rebajar el precio de sus cigarros, al

precio de los cigarros de Honorio V, ó tratar con él de potencia á potencia. El rey Carlos Alberto prefirió tratar. Bajar el precio de sus cigarros, vista la repugnancia que los pueblos tienen en general por la administracion de los derechos reunidos, hubiera parecido una concesion política.

Estableció, pues, un congreso entre los dos soberanos para arreglar aquella importante cuestion de comercio; pero como las pretensiones del príncipe de Monaco parecían exageradas al rey de Cerdeña, á la manera del congreso de Rastadt, el congreso de Monaco se dilató por mucho tiempo, tanto que llegó la época de la cosecha.

El príncipe de Monaco dió una libra de tabaco de gratificación á cada uno de sus cincuenta carabineros, y los envió á fumar sobre las fronteras del rey Carlos Alberto.

Los soldados sardos olieron el humo de las pipas de sus vecinos los monaqueses; era, como lo había dicho el príncipe en su prospecto, un verdadero humo habano sin mezcla de esas yerbas desconocidas que los soberanos tienen la costumbre de vender por tabaco. Los sardos era gente que lo entendían, y acudieron á las fronteras de Honorio V, preguntando á los carabineros del príncipe dónde compraban su tabaco. Respondieron los carabineros que era de planta que su muy amado soberano había hecho venir de Cuba ó de Latachia, y que sobre su sueldo, que era igual al de los soldados sardos, tenían de plus una libra de tabaco por semana.

El mismo día desertaron veinte soldados del rey Carlos Alberto, que vinieron á pedir servicio á Honorio V, ofreciendo si lo aceptaba hacer desertar con las mismas condiciones todo el regimiento. Urgente iba haciéndose el peligro; el regimiento podía seguir á los veinte hombres, y el ejército seguir al regimiento, y como la monarquía del rey Carlos Alberto, es una monarquía puramente militar que no ha tenido todavía tiempo de echar hondas raíces en el pueblo, vió de una sola ojeada que si desertaba así en masa el ejército sería Honorio V y no él el rey de Cerdeña, teniéndose él por muy contento si le dejaban ser príncipe de Monaco. En consecuencia pasó por todas las condiciones que exigió su vecino, y se terminó el tratado mediante una renta anual de treinta mil francos que el rey Carlos Alberto paga á Honorio V, y una guarnicion de trescientos hombres que le presta gratis para sofocar las revolucioncillas que de tiempo en tiempo tienen lugar en sus pequeños estados. En cuanto á la cosecha fué comprada en rama mediante otra cantidad de treinta mil francos, y mezclada con hojas de nogal, que es lo que se fama generalmente desde Niza á Génova, y desde Chamberi á Turin: tanto, que resultó que los piemonteses que no se hallaban acostumbrados á aquella suavidad tuvieron una gran recru-

descencia de popularidad por el rey Carlos Alberto.

El principado de Monaco ha experimentado grandes vicisitudes: ha estado sucesivamente bajo la proteccion de la España y de la Francia; despues ha sido principado federativo; despues ha estado incorporado al imperio francés, y vuelto últimamente, como lo hemos visto, á su legitimo propietario en 1814, bajo el protectorado de la Francia; por último, en 1815 pasó al protectorado de la Cerdeña. Vamos á seguirle en estas diferentes revoluciones, de que algunas no carecen de cierta originalidad.

Monaco fué hácia el siglo X erigido en señorío hereditario para la familia Grimaldi, poderosa casa genovesa que tenía considerables posesiones en el Milanesado y en el reino de Nápoles. Hácia el 1550, en el momento de la formacion de las grandes potencias europeas, el señor de Monaco temiendo ser devorado de un bocado por los duques de Saboya ó por los reyes de Francia, se puso bajo la proteccion de la España. Pero en 1641, siéndole esta proteccion mas onerosa que útil, resolvió Honorio II cambiar de protector, é introdujo guarnicion francesa en Monaco. La España, que tenía en Monaco un puesto y una fortaleza casi intomable, se irritó como acostumbraba á hacerlo de tiempo en tiempo en la época de Carlos V y de Felipe II, y confiscó á su antiguo protegido sus posesiones milanesas y napolitanas. Resultó de esta confiscacion que el pobre señor se encontró reducido á su pequeño estado. Entonces Luis XIV, para indemnizarle le dió en cambio el ducado de Valentino, en el Delfinado; el condado de Carlades en el Lionés; el marquesado de Baux, y el señorío de Buix, en Provenza; despues casó el hijo de Honorio II con la hija de Mr. Le Grand. Este matrimonio se verificó en 1688, y valió á Monaco y á sus hijos el título de príncipes extranjeros. Desde esta época, los Grimaldi cambiaron su título de señor por el de príncipe.

No fué feliz el matrimonio. La recién desposada, que era aquella bella y galante duquesa de Valentino, tan conocida en la crónica amorosa del siglo de Luis XIV, se halló una mañana de un salto fuera de los estados de su esposo, y se refugió á Paris, contando las cosas mas particulares sobre el pobre príncipe; y no fué todo esto; la duquesa de Valentino no limitó su oposicion conyugal á las palabras, y el príncipe supo pronto que era tan desgraciado cuanto puede serlo un marido.

En aquella época no se hacia mas que reirse de semejante desgracia; pero el príncipe de Monaco era un hombre muy singular, como lo había dicho la duquesa, de modo que se incomodó; hizo por enterarse sucesivamente del nombre de los diferentes amantes que tomaba su muger, y los hizo ahorcar en efigie de los árboles del patio de su palacio: bien

pronto se vió lleno el patio, y fué menester valerse de los árboles del camino real; pero el príncipe no se cansó y continuó ahorcando. Llegó el rumor de aquellas ejecuciones y se difundió hasta Versailles: Luis XIV se incomodó también, é hizo decir al señor de Monaco que fuere mas clemente. El señor de Monaco respondió que él era príncipe soberano, y que por consecuencia tenía el derecho de hacer administrar justicia en sus estados, y que debían agradecerle el que se contentase con hacer ahorcar á hombres de paja.

Causó tan grande escándalo la cosa, que se juzgó á propósito volver la duquesa á su marido. Este, para hacer el castigo completo, quería hacer pasar á la duquesa ante las efigies de sus amantes; pero la princesa viuda de Monaco insistió tanto y tan bien que su hijo, despues aquella venganza, é hizo grandes luminarias con todos aquellos maniqués.

Esta fué, dice madama de Sevigni, la antorcha del segundo himeneo.

Pronto se vió que una gran desgracia amenazaba á los príncipes de Monaco. El príncipe Antonio no tenía mas que una hija, y de día en día perdía la esperanza de darle un hermano. En consecuencia, el príncipe Antonio casó el 20 de octubre de 1715 á la princesa Luisa Hipólita, con Santiago Francisco Leonor de Guyon-Matignon, al que cedió el ducado de Valentino, entretanto le dejaba el principado de Monaco por su muerte, lo que hizo con gran pesar suyo el 20 de febrero de 1731. Santiago Francisco Leonor de Guyon-Matignon, Valentino por matrimonio, y Grimaldi por sucesion, es, pues, el tronco de la casa reinante actual, que va á extinguirse también en la persona de Honorio V y de su hermano, los dos sin posteridad masculina y sin esperanza de tenerla.

Honorio IV reinaba tranquilamente cuando se verificó la revolucion de 89. Los monaqueses siguieron todas sus faces con una atencion particular, pues que cuando se proclamó la república en Francia se aprovecharon de un momento en que el príncipe estaba no se en dónde, se armaron con cuanto pudieron encontrar á la mano, y marcharon sobre el palacio, que tomaron por asalto, comenzando el saqueo por las bodegas, que podían contener de doce á quince mil botellas de vino. Dos horas despues los ocho mil vasallos del príncipe de Monaco estaban borrachos.

En este primer ensayo de libertad hallaron que la libertad era una cosa muy buena, y resolvieron á su vez constituirse en república. Únicamente como Monaco no era un estado bastante grande para dar asiento á una república una é indivisible, como lo era la república francesa, se resolvió entre las fuertes cabezas del país, que se habían constituido en asamblea nacional, que la república de Monaco sería, á imitacion de la república americana, una república federativa. Las bases de la nueva

constitucion fueron, pues, discutidas y determinadas entre Monaco y Mantone, que hicieron alianza á vida y á muerte. Quedaba una tercera poblacion llamada Roquebrune: decidióse que pertenecería por mitad á una y otra de las dos ciudades: Roquebrune murmuró; hubiera querido ser independiente y entrar en la federacion, pero Monaco y Mantone se rieron de su exagerada pretension. No siendo mas fuerte Roquebrune, la fué preciso someterse: únicamente desde entonces Roquebrune fué señalada á las dos convenciones nacionales como un foco de revolucion. A pesar de esta oposicion fué proclamada la república bajo el nombre de república de Monaco. Pero no bastaba que los monaqueses se constituyesen en república; era preciso hacer en los estados que habían adoptado la misma forma de gobierno, aliados que les pudiesen sostener. Pensaron naturalmente en los americanos y en los franceses: en cuanto á la república de San Marino, la república federativa de Monaco la despreció tanto, que ni habló de ella.

Sin embargo, entre estos dos gobiernos, uno solo estaba á su alcance por su posicion topográfica, de ser útil á la república de Monaco, y era la república francesa: la república de Monaco resolvió no dirigirse sino á ella: envió tres diputados á la Convencion Nacional para pedirle su alianza y ofrecerle la suya. La Convencion Nacional se hallaba en un instante de buen humor: recibió perfectamente á los enviados de la república de Monaco, y los invitó á volver á la mañana siguiente para hacer el tratado.

El tratado fué redactado el mismo día. Es verdad que no era largo, pues se componia de dos artículos.

«Art. 1.º Habrá paz y alianza entre la república francesa y la república de Monaco.»

«Art. 2.º La república francesa celebra haber hecho conocimiento con la república de Monaco.»

Este tratado, como había sido dicho, se entregó á los embajadores, que se volvieron muy contentos. Esto no impidió que despues la república francesa comprendiera la república de Monaco en su piel de leon.

No se ha olvidado sin duda como gracias á Mad. D... el tratado de Paris devolvió en 1814 al príncipe Honorio V sus estados, que felizmente ha conservado desde entonces.

Ademas, el príncipe Honorio V, fuera de chanza, es muy querido de sus súbditos, que ven con grande inquietud la hora en que cambiarán de amo. En efecto, á pesar del desprecio que de él hace San Simon, el que dice en sus Memorias que es soberano de una roca desde en medio de la cual puede escaparse fuera de sus estrechos límites, habita un delicioso país, en el cual no hay quintas ni casi contribuciones, siendo la lista civil del príncipe pagada con el dos y medio por ciento, que percibe sobre las mercancías y por los diez y seis cuar-

tos que se hace pagar sobre los pasaportes. El ejército se compone de cincuenta carabineros, que se reclutan por enganches voluntarios.

Desgraciadamente no pudimos gozar cual hubiéramos querido de aquel encantador reino que se llama el principado de Monaco, porque una atroz lluvia nos sorprendió en las fronteras, siendo acompañados con encarnizamiento por ella durante los tres cuartos de hora que tardamos en atravesar todo el país. Resultó que no vimos la capital ni su fortaleza, á la cual divisamos como á través de un espeso velo. Así fué que en el puerto solo distinguimos una falua, la cual, con otra que en aquel momento se hallaba fuera, componen toda la marina del príncipe.

Al atravesar Mantone, una muestra nos dió el grado de civilización en que se hallaba la ex-república federativa en el año de gracia de 1835. Sobre una puerta se leía con letras gordas: *Mariana Casanova, vende pan y hace vestidos.*

A un cuarto de legua de la ciudad volvimos á caer en una segunda línea de aduanas y en un segundo visa de pasaportes. El pasaporte no era nada, pero el registro fué cruel, y pudimos convencernos de que en los estados del príncipe de Monaco la esportación es tan severamente perseguida como la importación. Quisimos emplear el medio usado en semejantes casos; pero tuvimos que habérnoslas con aduaneros incorruptibles, y no nos perdonaron ni un cepillo de dientes; de modo que nos fué preciso recibir una especie de contrapueba del diluvio, en atención á que bajo el pretexto del clima, no había ni un cobertizo. Me aproveché de aquel contratiempo para profundizar un punto del que pienso ocuparme y sacar partido en la primera ocasión. Tratábase de si en Monaco todos saben calzarse y descalzarse. Hice en consecuencia por la tercera vez desde que había abandonado la frontera, todas las preguntas posibles sobre esta contradanza tan popular en toda Europa. Pero allí, como en otras partes, no tuve mas que respuestas evasivas que aumentaron mi curiosidad, porque aumentaron mi primera opinión, á saber; que algun gran secreto, ó el honor del príncipe ó del principado se hallaba comprometido, y que era referente á este respetable baile. Me fué preciso, pues, salir de los estados del príncipe tan ignorante sobre este punto como había entrado, y perdiendo para siempre la esperanza de descubrir aquel misterio que no había podido aclarar en el mismo sitio de su nacimiento.

En cuanto á Jadin se hallaba absorto en una idea no menos importante que la mía: trataba de comprender cómo había caído una lluvia tan grande en un principado tan pequeño.

EL RIO DE GÉNOVA.

La primera ciudad que encontramos en nuestro camino, despues de haber pasado los estados de Monaco, es *Vintimiglia*, el *Alventinulum* de los romanos, de que habla Ciceron en sus cartas familiares, libro 8.º, epístola 15, y en la que Tácito se detiene un momento para contar un hecho histórico, digno de un esparciata: una madre licuriana preguntada por los soldados de Otton para que les indicase el sitio donde se había ocultado su hijo, que había tomado las armas contra aquel emperador, con aquella sublime impudencia antigua de que Agripina había dado ejemplo (*feri ventrem*), les enseñó su vientre diciendo: ¡Aquí está! y murió en los tormentos sin exalar otro grito que aquel grito de la maternidad.

Una carta de Hugo Foscolo, la mas elocuente tal vez de todas las que ha escrito, completa la ilustración de Vintimiglia. Comimos en esta pequeña población. Nos sirvieron conejos de la orilla del Garinara. A los postres tuvimos un mal rato, viendo que nos ponían en la cuenta una suma de veinte cuartos por un gato. Périda esplicación sobre esto, supimos que era la comida de Milord. Esta cuenta aclaraba un punto que muchas veces habíamos discutido antes Jadin y yo: era el precio que podía costarnos un gato italiano. Milord, segun las costumbres que había adquirido en Londres y en Paris y que ahora esportaba de Paris al extranjero, no podía ver un gato sin que en un abrir y cerrar de ojos matase al infeliz. En Francia esto había sido visto bien, porque en general los gatos estan poco protegidos por los posaderos, de quien se comen el queso mas que las ratas. Pero en Italia el cambio de costumbres y por consecuencia de gusto, podía traernos mil compromisos, sin contar con el aumento de gastos que no habíamos tenido en cuenta al formar nuestro presupuesto. Estábamos muy gozosos de que apenas habíamos puesto el pie en la Cerdeña, habíamos podido adquirir la tarifa fija del valor del gato. Hicimos, pues, en su consecuencia venir al posadero y le preguntamos si creía que el precio que nos ponía era el precio corriente de los gatos en Italia. Creyó este que íbamos á regatearle el gato, y nos enumeró prolijamente todas las cualidades del difunto. Lo interrumpimos en su apología para decirle que no conocía nuestra intención, que no discutíamos sobre el valor del animal, sino que únicamente queríamos saber si este valor no tenía alza ó baja segun los diversos puntos. El posadero meneó la cabeza, y nos aseguró que por dos paulos en Toscana y dos

carlinos en Nápoles, creía que Milord podría ahogar lo mejor que hubiera en la raza gatuna, excepto, sin embargo los gatos de Angora ó los gatos sabios, que tenían en todas partes del mundo un valor convencional; y que aun habría población agena á toda industria y privada de todo comercio donde podíamos por este precio pedir ademas la piel: era cuanto deseábamos saber. En su consecuencia pagamos la cuenta, pero nos hicimos dar un recibo sellado, del gato: este recibo era importante, porque debía servir de molde. Despues de una madura deliberación, lo redactamos en estos términos:

«Recibí de dos señores franceses, que viajan con un alano, veinte cuartos de Cerdeña ó un franco de Francia, que hacen dos paulos de Toscana ó dos carlinos de Nápoles, en pago de un gato de primera calidad muerto por el supradicho alano.

Vintimiglia, 20 de marzo de 1835.

Francesco Biagioli.

Patrone de la locanda de la Croce de Oro.»

Al cabo de ocho dias teníamos tres recibos en regla y perfectamente detallados en que los gatos eran apreciados en el mismo valor, lo que era para nosotros un gran descanso para el resto del viage en atención á que cuando nos pedían mas, lo que sucedía frecuentemente, sacábamos nuestro registro diciendo: mirad, este es el precio á que pagamos los gatos por todas partes. El propietario del muerto echaba la vista en los papeles, y convencido por los respetables testimonios que le presentábamos concluía siempre por decir:

—*Dunque, vá bene per due paoli.*

Y entregándole los dos paulos nos volvimos á poner en camino con sus bendiciones que las daban por añadidura, sintiendo en el fondo de su corazón que en lugar de un gato no hubiera ahogado dos Milord.

Continuamos, pues, nuestro camino muy satisfechos de la invención, cuando al salir de Borduguera nos distrajimos de aquellas ideas con el severo aspecto de la aldea de San Remo, con su hermana de San Rómulo rodeada toda de palmeras. Detuvimos un instante para descansar nuestros ojos fatigados con aquellos eternos olivos negruzcos y encogidos, sobre aquella vegetación oriental. En aquel momento se acercó á nosotros un aldeano, y viendo la satisfacción con que nos habíamos detenido en aquel pequeño oasis, nos dijo que no era buena hora para mirar las palmeras de San Remo, y que entonces las veíamos con desventaja para ellas. En efecto, acababan de ser despojadas de sus mas hermosas palmas, que habían sido llevadas á Roma para la fiesta del domingo de Ramos. Pregunté entonces por qué aquellas palmas eran llevadas á Roma, y si los habitantes sacaban de aque-

lla remesa algun provecho temporal ó espiritual: y supe que era un privilegio de la familia Bresca, que le había sido concedido por Sisto V, y que ha sido conservado despues. Este fué el motivo de la concesión.

En 1536 había todavía en el mismo sitio donde Pio VI ha hecho construir la sacristía de San Pedro, un magnífico obelisco, poseído en otro tiempo por Gore, rey de Egipto, en la ciudad de Heliópolis: trasportado despues por Caligula á Roma, y colocado despues en el circo de Neron, ó Vaticano, sobre el punto en el que Constantino hizo construir su basilica. Hasta 1586, es decir hasta el segundo año del pontificado de Sisto V, había permanecido en pie aquel obelisco en medio de los edificios sucesivos que había hecho hacer Nicolas V, Julio I, Leon X y Sisto V, cuando el gran pontífice, que hizo mas en cinco años, que otros cinco papas hicieron nunca en un siglo, resolvió hacer trasportar el gigante monólito que tenía setenta y seis pies de alto, y con la cruz que hay encima ochenta y seis, sobre aquella hermosa plaza que setenta años mas tarde Bertin debía cerrar con su magnífica columnata.

Fontana, el mas hábil mecánico de su tiempo, fué el encargado de aquella grande operación: dispuso sus máquinas como hombre que comprende que los ojos de toda una ciudad estan fijos sobre él. El papa le dijo que no omitiese gastos para conseguir su objeto. Fontana obró en consecuencia: solo el transporte, aunque no fué mas que de ciento cincuenta pasos apenas, costó doscientos mil francos.

Por último, terminados todos los preparativos, Fontana señaló el dia en que contaba poner el pie del obelisco sobre su pedestal, y este dia fué publicado á son de trompeta por toda la ciudad. Todos podían asistir á la operación, pero á condicion de guardar el mas riguroso silencio. Había reclamado este punto Fontana, á fin de que solo su voz, la única que tenía derecho para dar órdenes en aquel gran dia, pudiese oirse por los trabajadores. Como Sisto V no hacia las cosas á medias, la proclama decia que la menor palabra, el menor grito, la menor exclamación, seria castigada con la muerte, cualquiera que fuese el estado y condicion del que la hubiese proferido.

Comenzó Fontana su trabajo en medio de una inmensa multitud: á un lado estaba el papa y toda su corte sobre un tablado espresamente levantado: al otro estaba el verdugo y la horca: en medio, en un espacio cercado, y que hacia respetar un círculo de soldados estaban Fontana y sus obreros.

Había sido elevada hasta su pedestal la base del obelisco; lo que quedaba que hacer era ponerle en pie, enderezarle. Por medio de cuerdas atadas á su estremidad, debía por un ingenioso mecanismo hacerle perder la posición horizontal para elevarle poco á poco á una posición perpendicular. Habían sido me-

didas para este efecto la longitud de las cuerdas: llegadas á su punto de descanso, el obelisco debía quedar en pie.

Comenzó la operacion en medio del mas profundo silencio; el obelisco lentamente levantado, obedecia como por magia á la fuerza atractiva que le ponía en movimiento. El papa, mudo como todos los demas, animaba la maniobra con señales de cabeza: la voz del arquitecto dando órdenes, resonaba solo en medio de aquel solemne silencio. El obelisco tenia que ceder; una ó dos vueltas de rueda faltaban ya, y quedaba fijo sobre su base. De pronto Fontana ve que no rueda el mecanismo; la medida de las cuerdas habia sido tomada exactamente, pero las cuerdas se habian alargado por la masa y se hallaban ahora algunos pies mas largas; ninguna fuerza humana podía suplir á la fuerza que faltaba. Era una operacion perdida, una reputacion hundida: Fontana apresuraba las órdenes, multiplicaba las disposiciones. En el momento en que las cuerdas no atraian al obelisco, el obelisco pesaba doble sobre las cuerdas. Echóse las manos á la frente Fontana, no veía ningún medio de salvar el extremo en que se hallaba, conocía que se iba á volver loco. En aquel momento se rompió uno de los cables.

De pronto un hombre gritó en la multitud: *agua alle corde—agua á las cuerdas*, y atravesando el espacio, fué á entregarse en manos del verdugo.

El consejo es un rayo de luz para Fontana. Sobre toda la estension de los cables hizo verter inmediatamente cubos de agua. Apretáronse las cuerdas enteramente, sin esfuerzo, y como por la mano de Dios; el obelisco volvió á ponerse en movimiento y se asentó sobre su base, en medio de los aplausos de la multitud.

Entonces Fontana corrió á su salvador, á quien encontró con la cuerda al cuello, y entre las manos del verdugo; le coge en sus brazos, le abraza, le arrastra, le lleva á los pies de Sisto V, y pide para él un perdon ya concedido. Pero no bastaba darle el perdon, necesitábase darle una recompensa. El papa pidió al forastero que fijase él mismo lo que queria. El forastero respondió que era de la familia de Bresca, que era rico, y que por consecuencia no tenia favores pecuniarios que pedir, pero que habitaba en San Remo, aldea famosa por sus palmeras, y que pedía el permiso de llevar todos los años, gratis, las palmas necesarias para la funcion del Domingo de Ramos en Roma. Sisto V concedió aquel privilegio, señalando una pension de seis mil escudos romanos para el cultivo y mantenimiento de las palmeras.

Desde aquel tiempo la familia Bresca, que existe todavía, ha usado del privilegio de llevar todos los años á Roma un buque cargado de palmas, y hace doscientos cuarenta y cinco años que este privilegio le ha sido conec-

tido, gozando de la visible proteccion del cielo, porque jamás el menor accidente ha sucedido á ninguno de los doscientos cuarenta y cinco buques que hereditaria y anualmente han trasportado esta santa carga.

Llegamos á Onéille á las nueve de la noche, porque nuestro veturino, habiéndonos prometido dejarnos en Génova al tercer dia, á los dos, á la puerta de la fonda de las Cuatro Naciones, arreglaba sus jornadas en vista de esto. Resultó que salimos de Onéille al dia siguiente al amanecer. No diremos gran cosa de este pueblo, si no que es la patria del grande Andrea Doria, lo que no impide á juzgar por la posada en que hicimos noche, que las posadas de este punto son detestables.

Al amanecer nos pusimos en camino. Comenzábamos á despertarnos, cuando atravesábamos por Alesio, donde vimos por la vez primera á las mugeres peinadas con el mezarzo genovés; velo blanco, que sin ocultarlo, cuadra divinamente sobre su rostro. En cuanto á los hombres, eran en otro tiempo osados marinos que tomaron parte con Pizarro en la conquista del Perú, y con don Juan de Austria en la victoria de Lepanto.

Detuvimosnos para almorzar en Albengo, ciudad de dulcísimo nombre, pero á la que sus derruidas murallas y sus torres destruidas, dan uno de los más tristes aspectos. En Albengo, es donde, si se ha de creer á madama Genlis, la duquesa de Cerifallo fué encerrada durante nueve años en un subterráneo por su marido.

Otro punto histórico mas seriamente averiguado es, que fué en Albengo donde nació aquel Prócuro que disputó el imperio á Probo, y Decius Pertinax, á quien es preciso no confundir con el Pertinax que fué emperador.

Posee Albengo dos monumentos antiguos, su baptisterio, que se remonta, dicen, á Prócuro, y su Ponte-Longo que fué edificado por el general romano Constancio. Una cosa notable ademas es, que los habitantes de Albengo, la antigua Albiganum, se habian aliado con Magon, hermano de Anibal, siendo comprendidos en el tratado de paz que hizo con el cónsul romano Publio Elio, y desde aquel tiempo hasta el siglo XII, en virtud de aquel tratado se gobernaron con sus propias leyes, acuñando moneda como estado independiente. En el siglo XII, los pisanos en guerra con los genoveses, se apoderaron de Albengo y la saquearon. Vuelta á edificar por los genoveses permaneció desde ese tiempo así, sin ser quemada, es verdad, pero sin ser reedificada. Lo que hace que Albengo tenga gran necesidad de ser quemada segunda vez.

El camino continuaba siendo cada vez mas delicioso y lleno de accidentes mas pintorescos unos que otros: con la mar á nuestra derecha, tranquila cual un lago, y resplandeciente cual un espejo; y á nuestra izquierda, escarpadas rocas unas veces, encantadores

valles otras, con alamedas de granados y de laureles; otras, vistas de lindísimas poblaciones destacándose sobre el azulado fondo, cual se ve en los pies de sus montañas. Resultó de aquí que sin cansancio ninguno llegamos á Sabona donde debíamos hacer noche.

Sabona es una especie de ciudad á quien ha quedado una especie de puerto que los genoveses han hecho se ciegue poco á poco, á pesar de las reclamaciones de los habitantes, á fin de que el comercio de Sabona no perjudique al comercio de Génova. De aquí ha resultado que Sabona está casi arruinada. Como todas las prosperidades caídas y obligadas á renunciar á su porvenir, la ciudad cifra su orgullo en su pasado. En efecto, Sabona ha dado nacimiento al emperador Pertinax, á Gregorio VII, á Sisto IV, á Julio II y á Chiarrera, que pasó por el poeta lirico mas grande que ha tenido jamás la Italia. De todas las grandezas, le quedan á Sabona la fachada del palacio de Julio II, atribuida al arquitecto San Gallo, y el bajo relieve de la visita de la Virgen á Santa Isabel, uno de los mejores del Bernin.

Enseña ademas el sacristán al viajero un cuadro de la Presentacion de la Virgen en el templo, como del pincel del Dominicano. Desconfiad del sacristán de Sabona; pensad si os enseña un Vasari ó un Gaetano, que todavía salís engañado.

A tres ó cuatro leguas de Sabona, encontramos á Cogoletto, aldea que pretende saber mejor que el mismo Colon donde ha nacido, y que reclama como uno de sus hijos al gran navegante, aunque él haya dicho en su testamento: *y siendo yo nacido en Génova, como natural de ella, porque de ella salí y en ella nací.*

El argumento hubiera tal vez sido concluyente para cualquiera otro pueblo que Cogoletto, pero este es terno, y respondió á Colon escribiendo sobre la puerta de una especie de cabaña que pretende ser la casa del gran marino:

*Provincia di Savona,
Communa di Cogoletto,
Patria di Colombo,
Scrittor del Nuovo mondo.*

Después de esto, y como no pudiendo hacer mas mal, añadió el verso latino de Salsifis:

Unus erat mundus: duo sint, ait iste: fuere.

No habia mas que un mundo: que haya dos, dijo Colon: y los hubo.

En fin, para acumular pruebas, desenterró un viejo retrato que representaba el venerable rostro de un bailio de Cogoletto, y lo llevaron con gran pompa á la casa de ayuntamiento, cual si fuese el retrato de Colon.

Los que pasen por Cogoletto deben dar al

cicerone que les enseñe aquel retrato, la li-mosna de algunos palos en memoria del pobre Colon, tan cruelmente perseguido durante su vida, y tan crudamente calumniado después de su muerte.

GÉNOVA LA SOBERBIA.

Al salir de Cogoletto, viene por decirlo así, Génova á presentarse delante del viajero. Pegli con sus tierras, magnífica villa, no es mas que una especie de arrabal que pasa por Cetri di Ponenti, y que prolongado hasta San Pedro de Armo, digna entrada de la ciudad que se ha dado á sí misma el nombre de la Soberbia, y que desde seis ó siete leguas ya se deja ver en el horizonte recostada en el fondo de su golfo con la elegante magestad de una reina. Una sola palabra explica ademas aquel lujo casi inesplicable de palacios que el viajero encuentra atravesados sobre su camino con la misma profusion que las bastidas ó casas de campo de las inmediaciones de Marsella.

Las leyes suntuarias de la república que prohibian dar fiestas, vestirse de terciopelo ó de brocado y llevar pedrería, no se estendian fuera de las murallas de la capital; era, pues, en el campo donde se habia refugiado el lujo de aquellos turbulentos y orgullosos republicanos.

La primer cosa que vimos al llegar á Génova y al atravesar para ir á nuestro hotel la Porta di Vacca, que está situada cerca de la dársena, es una porcion de cadenas del puerto de Pisa, rotas por los genoveses en 1290.

Hace seiscientos años que aquel testimonio del odio de dos pueblos, odio que su comun caída no ha podido destruir, se halla á la vista de todos. Conrado Doria fué el que saliendo de Génova con cuarenta galeras, y apoyado por las de Lueca, dice el historiador Accinelli, atacó el puerto pisano, lo saqueó, y volviéndose en seguida contra Liorna, destruyó las fortificaciones de la ciudad, escepto la iglesia de San Juan.

No es esta la sola prueba de odio que los genoveses hayan dado á los demas pueblos de la península. En 1262, habiendo abandonado el emperador griego á los genoveses un castillo que pertenecía á los venecianos, los genoveses, por odio á estos, de quienes habian recibido no sé qué insulto, demolieron el castillo y trasportaron las piedras sobre sus navios. Llevaron aquellas piedras á Génova, y construyeron el edificio conocido en otro tiem-

didas para este efecto la longitud de las cuerdas: llegadas á su punto de descanso, el obelisco debía quedar en pie.

Comenzó la operacion en medio del mas profundo silencio; el obelisco lentamente levantado, obedecia como por magia á la fuerza atractiva que le ponía en movimiento. El papa, mudo como todos los demas, animaba la maniobra con señales de cabeza: la voz del arquitecto dando órdenes, resonaba solo en medio de aquel solemne silencio. El obelisco tenia que ceder; una ó dos vueltas de rueda faltaban ya, y quedaba fijo sobre su base. De pronto Fontana ve que no rueda el mecanismo; la medida de las cuerdas habia sido tomada exactamente, pero las cuerdas se habian alargado por la masa y se hallaban ahora algunos pies mas largas; ninguna fuerza humana podía suplir á la fuerza que faltaba. Era una operacion perdida, una reputacion hundida: Fontana apresuraba las órdenes, multiplicaba las disposiciones. En el momento en que las cuerdas no atraian al obelisco, el obelisco pesaba doble sobre las cuerdas. Echóse las manos á la frente Fontana, no veía ningún medio de salvar el extremo en que se hallaba, conocía que se iba á volver loco. En aquel momento se rompió uno de los cables.

De pronto un hombre gritó en la multitud: *agua alle corde—agua á las cuerdas*, y atravesando el espacio, fué á entregarse en manos del verdugo.

El consejo es un rayo de luz para Fontana. Sobre toda la estension de los cables hizo verter inmediatamente cubos de agua. Apretáronse las cuerdas enteramente, sin esfuerzo, y como por la mano de Dios; el obelisco volvió á ponerse en movimiento y se asentó sobre su base, en medio de los aplausos de la multitud.

Entonces Fontana corrió á su salvador, á quien encontró con la cuerda al cuello, y entre las manos del verdugo; le coge en sus brazos, le abraza, le arrastra, le lleva á los pies de Sisto V, y pide para él un perdon ya concedido. Pero no bastaba darle el perdon, necesitábase darle una recompensa. El papa pidió al forastero que fijase él mismo lo que queria. El forastero respondió que era de la familia de Bresca, que era rico, y que por consecuencia no tenia favores pecuniarios que pedir, pero que habitaba en San Remo, aldea famosa por sus palmeras, y que pedía el permiso de llevar todos los años, gratis, las palmas necesarias para la funcion del Domingo de Ramos en Roma. Sisto V concedió aquel privilegio, señalando una pension de seis mil escudos romanos para el cultivo y mantenimiento de las palmeras.

Desde aquel tiempo la familia Bresca, que existe todavía, ha usado del privilegio de llevar todos los años á Roma un buque cargado de palmas, y hace doscientos cuarenta y cinco años que este privilegio le ha sido conce-

didado, gozando de la visible proteccion del cielo, porque jamás el menor accidente ha sucedido á ninguno de los doscientos cuarenta y cinco buques que hereditaria y anualmente han trasportado esta santa carga.

Llegamos á Onéille á las nueve de la noche, porque nuestro veturino, habiéndonos prometido dejarnos en Génova al tercer dia, á los dos, á la puerta de la fonda de las Cuatro Naciones, arreglaba sus jornadas en vista de esto. Resultó que salimos de Onéille al dia siguiente al amanecer. No diremos gran cosa de este pueblo, si no que es la patria del grande Andrea Doria, lo que no impide á juzgar por la posada en que hicimos noche, que las posadas de este punto son detestables.

Al amanecer nos pusimos en camino. Comenzábamos á despertarnos, cuando atravesábamos por Alesio, donde vimos por la vez primera á las mugeres peinadas con el mezarzo genovés; velo blanco, que sin ocultarlo, cuadra divinamente sobre su rostro. En cuanto á los hombres, eran en otro tiempo osados marinos que tomaron parte con Pizarro en la conquista del Perú, y con don Juan de Austria en la victoria de Lepanto.

Detuvimosnos para almorzar en Albengo, ciudad de dulcísimo nombre, pero á la que sus derruidas murallas y sus torres destruidas, dan uno de los más tristes aspectos. En Albengo, es donde, si se ha de creer á madama Genlis, la duquesa de Cerifallo fué encerrada durante nueve años en un subterráneo por su marido.

Otro punto histórico mas seriamente averiguado es, que fué en Albengo donde nació aquel Prócuro que disputó el imperio á Probo, y Decius Pertinax, á quien es preciso no confundir con el Pertinax que fué emperador.

Posee Albengo dos monumentos antiguos, su baptisterio, que se remonta, dicen, á Prócuro, y su Ponte-Longo que fué edificado por el general romano Constancio. Una cosa notable ademas es, que los habitantes de Albengo, la antigua Albiganumun, se habian aliado con Magon, hermano de Anibal, siendo comprendidos en el tratado de paz que hizo con el cónsul romano Publio Elio, y desde aquel tiempo hasta el siglo XII, en virtud de aquel tratado se gobernaron con sus propias leyes, acuñando moneda como estado independiente. En el siglo XII, los pisanos en guerra con los genoveses, se apoderaron de Albengo y la saquearon. Vuelta á edificar por los genoveses permaneció desde ese tiempo así, sin ser quemada, es verdad, pero sin ser reedificada. Lo que hace que Albengo tenga gran necesidad de ser quemada segunda vez.

El camino continuaba siendo cada vez mas delicioso y lleno de accidentes mas pintorescos unos que otros: con la mar á nuestra derecha, tranquila cual un lago, y resplandeciente cual un espejo; y á nuestra izquierda, escarpadas rocas unas veces, encantadores

valles otras, con alamedas de granados y de laureles; otras, vistas de lindísimas poblaciones destacándose sobre el azulado fondo, cual se ve en los pies de sus montañas. Resultó de aquí que sin cansancio ninguno llegamos á Sabona donde debíamos hacer noche.

Sabona es una especie de ciudad á quien ha quedado una especie de puerto que los genoveses han hecho se ciegue poco á poco, á pesar de las reclamaciones de los habitantes, á fin de que el comercio de Sabona no perjudique al comercio de Génova. De aquí ha resultado que Sabona está casi arruinada. Como todas las prosperidades caídas y obligadas á renunciar á su porvenir, la ciudad cifra su orgullo en su pasado. En efecto, Sabona ha dado nacimiento al emperador Pertinax, á Gregorio VII, á Sisto IV, á Julio II y á Chiarrera, que pasó por el poeta lirico mas grande que ha tenido jamás la Italia. De todas las grandezas, le quedan á Sabona la fachada del palacio de Julio II, atribuida al arquitecto San Gallo, y el bajo relieve de la visita de la Virgen á Santa Isabel, uno de los mejores del Bernin.

Enseña ademas el sacristán al viajero un cuadro de la Presentacion de la Virgen en el templo, como del pincel del Dominicano. Desconfiad del sacristán de Sabona; pensad si os enseña un Vasari ó un Gaetano, que todavía salís engañado.

A tres ó cuatro leguas de Sabona, encontramos á Cogoletto, aldea que pretende saber mejor que el mismo Colon donde ha nacido, y que reclama como uno de sus hijos al gran navegante, aunque él haya dicho en su testamento: *y siendo yo nacido en Génova, como natural de ella, porque de ella salí y en ella nací.*

El argumento hubiera tal vez sido concluyente para cualquiera otro pueblo que Cogoletto, pero este es terno, y respondió á Colon escribiendo sobre la puerta de una especie de cabaña que pretende ser la casa del gran marino:

*Provincia di Savona,
Communa di Cogoletto,
Patria di Colombo,
Scrittor del Nuovo mondo.*

Después de esto, y como no pudiendo hacer mas mal, añadió el verso latino de Salsifis:

Unus erat mundus: duo sint, ait iste: fuere.

No habia mas que un mundo: que haya dos, dijo Colon: y los hubo.

En fin, para acumular pruebas, desenterró un viejo retrato que representaba el venerable rostro de un bailio de Cogoletto, y lo llevaron con gran pompa á la casa de ayuntamiento, cual si fuese el retrato de Colon.

Los que pasen por Cogoletto deben dar al

cicerone que les enseñe aquel retrato, la li-mosna de algunos palos en memoria del pobre Colon, tan cruelmente perseguido durante su vida, y tan crudamente calumniado después de su muerte.

GÉNOVA LA SOBERBIA.

Al salir de Cogoletto, viene por decirlo así, Génova á presentarse delante del viajero. Pegli con sus tierras, magnífica villa, no es mas que una especie de arrabal que pasa por Cetri di Ponenti, y que prolongado hasta San Pedro de Armo, digna entrada de la ciudad que se ha dado á sí misma el nombre de la Soberbia, y que desde seis ó siete leguas ya se deja ver en el horizonte recostada en el fondo de su golfo con la elegante magestad de una reina. Una sola palabra explica ademas aquel lujo casi inesplicable de palacios que el viajero encuentra atravesados sobre su camino con la misma profusion que las bastidas ó casas de campo de las inmediaciones de Marsella.

Las leyes suntuarias de la república que prohibian dar fiestas, vestirse de terciopelo ó de brocado y llevar pedrería, no se estendian fuera de las murallas de la capital; era, pues, en el campo donde se habia refugiado el lujo de aquellos turbulentos y orgullosos republicanos.

La primer cosa que vimos al llegar á Génova y al atravesar para ir á nuestro hotel la Porta di Vacca, que está situada cerca de la dársena, es una porcion de cadenas del puerto de Pisa, rotas por los genoveses en 1290.

Hace seiscientos años que aquel testimonio del odio de dos pueblos, odio que su comun caída no ha podido destruir, se halla á la vista de todos. Conrado Doria fué el que saliendo de Génova con cuarenta galeras, y apoyado por las de Lueca, dice el historiador Accinelli, atacó el puerto pisano, lo saqueó, y volviéndose en seguida contra Liorna, destruyó las fortificaciones de la ciudad, escepto la iglesia de San Juan.

No es esta la sola prueba de odio que los genoveses hayan dado á los demas pueblos de la península. En 1262, habiendo abandonado el emperador griego á los genoveses un castillo que pertenecía á los venecianos, los genoveses, por odio á estos, de quienes habian recibido no sé qué insulto, demolieron el castillo y trasportaron las piedras sobre sus navios. Llevaron aquellas piedras á Génova, y construyeron el edificio conocido en otro tiem-

po bajo el nombre de Banco di San Jorge, y hoy bajo el de Bolsa.

Aquel edificio encierra un monumento de orgullo. Es el grifo genovés sofocando con sus garras el águila imperial y la torre pisana, con esta inscripción:

GRIPHUS UT HAS ANGIT,
SIC HOSTES GENUA FRANGIT.

Si se sube á la bolsa, se encontrarán allí las antiguas bocas de la denuncia, que en las últimas revoluciones, segun se asegura, no permanecieron siempre vacías.

Nuestro hotel ó fonda se hallaba cerca de la dársena. Mientras que nos preparaban la comida, tuve tiempo de ir con Schiller en la mano, á hacer mi visita al sepulcro de Fieschi. Con esta ocasiou recorri el arsenal de mar. En el primer recinto Génova hoy arma, desarma ó repara sus buques. A este recinto ha sucedido uno segundo, seco, y que ahora no es mas que un vasto taller marítimo, donde la república construía aquellas famosas galeras largas de cincuenta y ocho metros, anchas de cuatro, que costaba cada una 7,000 libras genovesas, y que tripuladas por doscientos treinta hombres recorrían como soberanas todo el Mediterráneo. Este segundo recinto sirve hoy de taller á setecientos ú ochocientos presidiarios que arrastran su cadena bajo las hermosas bóvedas construidas en el siglo XIII segun los dibujos de Bocanegra.

En un rincón del arsenal, hay un ex-voto sardo con esta inscripción:

«*Brigantino sardo, La Fenice, comandado da capitano Felice Fleine, notte day 13 ai 14 Febrajo 1835 essendo si aperta un estatutura di tabola Calo á pisso á l' Isola di Laire.*»

Un cuadro representa este suceso: el navio se sumerge, la lancha se abandona al mar, y se invoca la Virgen y se aparece en un rincón del lienzo, calma la tempestad en un instante.

Yendo del arsenal al palacio viejo Doria, se encuentra en el camino la puerta de Santo Tomás; una puertecita se abre en la grande; pasando el dintel de esta puerta, fué muerto Gianettino, sobrino del dux.

Antes de llegar á esta puerta, se atraviesa la plaza de Agua verde. En este sitio, Massena, despues de haberse sostenido sesenta dias, viendo agotados todos sus recursos, y habiéndose comido hasta las sillas de los caballos, y los caballos mismos, firmó en el puente de Gonegliano con el almirante Keith y el baron de Ott, su hermosa capitulacion, que intituló convencion. Reunió el resto de su guarnicion, como unos doce mil hombres, y durante tres dias cantaron allí rodeados de los austriacos

todas las canciones patrióticas de la Francia.

El palacio Doria es el rey del golfo. Parece al verle que es para el placer de los ojos de los que lo han habitado, para lo que ha sido Génova edificada en anfiteatro. Subimos las anchas escaleras que el anciano dux Doria á los ochenta años subía con su túnica ducal, despues, como dice la inscripción, de haber sido almirante del papa, de Carlos V, de Francisco I, y de Génova. Al subir aquella escalera, no hay mas que levantar los ojos para ver sobre la cabeza de uno, encantadores frescos imitados á los del Vaticano, y pintados por Perino del Vage, uno de los mejores discípulos de Rafael, que el saqueo de Roma por los soldados del condestable de Borbon hizo huir de la ciudad santa. En aquella época habia siempre palacios abiertos para el poeta ó el artista que huía con el pincel ó la pluma en la mano. Perino del Vage halló el palacio de Doria en el camino; fué allí recibido por el anciano dux como hubiese podido ser recibido el embajador de un rey, y pagó su hospitalidad llenando de obras maestras los muros que le ofrecían un abrigo.

El palacio Doria se halla entre dos jardines, el uno de ellos está situado al otro lado de la calle, y se eleva con la montaña; se llega á él por una galería; el otro está contiguo al palacio mismo, y conduce á un terrado de mármol que domina el golfo. Sobre este terrado, Andrés Doria daba á los embajadores aquellas famosas comidas servidas en vajilla de plata renovada tres veces, y que despues de cada servicio se arrojaban al mar.

Tal vez habia ocultas algunas redes bajo del agua por medio de las cuales volverian á pescar al día siguiente platos y jarras; pero este es el secreto del orgullo ducal que jamás ha sido revelado.

Cerca de la estatua colossal de Júpiter, se levanta el monumento funerario del famoso perro Radan, regalado por Carlos V á Andrés Doria, que habiendo muerto en ausencia de Doria, fué enterrado al pie de aquella estatua, á fin, dice el epitafio, de que muerto y todo como estaba, no cesase de guardar un dios. Volvió Doria de su expedicion, halló el epitafio muy natural, y lo dejó como estaba.

El mismo Doria, se halla enterrado en la iglesia de San Mateo.

Mi religion por la historia me habia desde luego conducido á donde me llamaban mis recuerdos: pagadas mis deudas con Doria, con Fiagni, y con Massena, eché una mirada sobre la linterna edificada por Carlos VIII, y andando unos diez minutos por la muralla, me hallé á la puerta del arsenal donde estaba el famoso Rostrin antiguo, que fué hallado en el puerto de Génova, y que se supone haber pertenecido á un buque echado á pique en el combate naval que tuvo lugar entre los genoveses y Magon, hermano de Anibal. Cerca de aquel Rostrin que tiene la fecha del año

524 de Roma, hay un cañon de cuero con aros de hierro, cogido á los venecianos en el sitio de Chiozza en 1379, y que por consecuencia es uno de los primeros que se hicieron despues de la invencion de la pólvora.

Hay treinta y dos corazas de mugeres, traídas en 1304 por las cruzadas genovesas, y cuya forma ha hecho suscitar en el presidente Desgrosses una duda tan injuriosa á aquellas jóvenes amazonas. En el momento de citar la opinion del inteligente presidente, yo no me atreví á espresarla, y me contento con referirme á su obra misma. Estas corazas han sido vendidas por las calles en 1845 por hierro viejo, por los ingleses que se habian apoderado de Génova. Una sola ha escapado de esta especulacion de lacayos, y no me ha parecido muy auténtica.

Del arsenal no hay mas que un paso al extremo de la calle de Balbi, una de las tres únicas calles que existen en Génova, pues las demas apenas merecen el nombre de callejuelas. Verdad es tambien que estas tres calles, que madama Stael pretendia ser construidas para un congreso de reyes, y que Alfieri llamaba un almacen de palacios, no tienen tal vez su igual en todo el mundo.

Sobre todos aquellos palacios ha estendido el tiempo una capa de increíble tristeza. Algunos se abren en grietas, otros se han cuarteado; los restos que caen, son hollados en las callejuelas que los separan, ó se juntan con otras inmundicias. Es una dolorosa mezcla de hierro y de mármol, de grandeza y de miseria, en donde se colegiria que con la décima parte de lo que han costado se tendrian palacios, muebles, cuadros, y á crear el proverbio genovés, un ducado ademas.

El proverbio no es como la investigacion científica del presidente Desgrosses: este le podemos citar. En su consecuencia aqui lo tienen nuestros lectores tal como ha corrido en todo tiempo:

Mare senza pesce, monti senza legno, homini senza fede, donne senza vergogna.

Lo que significa:

Mar sin pescado, monte sin leña, hombres sin fé, mugeres sin vergüenza.

Este proverbio es el que, sin duda, hacia decir á Luis XI.

«Los genoveses se me entregan y yo los entregó al diablo.»

Hay que hacer una corta reflexion, y es que yo creo que el proverbio es pisano y no genovés. Bridoisson dice con mucha exactitud que nadie dice esas cosas de sí mismo, y es seguro que ningun genovés, por tonto que fuese, pudiera haberlas dicho.

La *Strada Balbi* nos llevó á la *Strada nuovissima*, y la *Strada nuovissima* á la *Strada nuova*. En esta última calle terminada por las *Fuentes amorosas*, toda encuadrada en sus casas con frescos exteriores, es donde se hallan los mas hermosos palacios. Entre estos

visitamos dos: el palacio *Doria Tursi* y el palacio Rojo. El uno propiedad pública perteneciente al Estado y el otro propiedad particular perteneciente á Mr. Brignoli, embajador del rey Carlos Alberto en Paris.

El palacio Zursi, cuya arquitectura se atribuye malamente á Miguel Angel, fué comenzado por el lombardo Roque Lúgaro, adornado en las puertas y en las ventanas por Tadeo Carloni y concluido por Baudon: las pinturas son del caballero Miguel Cancio. Ademas de ser uno de los mas ricos por fuera es uno de los mas hermosos por dentro. No sucede así con el palacio Rojo; su exterior es poco elegante, aunque no carece de cierta grandiosidad, pero encierra la mas hermosa galería de Génova, sin escluir la galería real. Allí hay cuadros del Ticiano, del Veronés, de Palma-Bechio, de Paris-Bordone, de Alberto Durero, de Luis Caraciolo, de Miguel Angel, del Caravaggio, de Carlos Dolce, del Guerciano, de Guido, y sobre todo de Van-Dick. Inútil es decir, que el palacio Brignoli no es de los que están de venta.

Quise visitar el sepulcro de Fieschi, del que solo quedaba el sitio donde fué edificado el sepulcro. Me hice llevar á él: aquel sitio, siempre vacío, está situado cerca de la iglesia de *Santa Maria in via lata*.

Esta inscripción, sin nombrar al conspirador, denota la época en que el terreno se convirtió en propiedad del Estado.

En cualquiera otro pais, aquel sitio, que apenas tiene treinta pies cuadrados, daría una idea muy pobre de la riqueza y del poder de su propietario; pero en Génova no hay que tomar los palacios á lo ancho, sino á lo alto. Los mas ricos, á escepcion del de Andrea Doria y otros dos ó tres tal vez, no tienen jardines sino sobre las azoteas y sobre las ventanas.

Otro recuerdo del mismo género se halla á algunos minutos de distancia del primero, cerca de la iglesia romana de San Donato, donde acaban de descubrirse, bajo el blanqueo de cal que las cubria como el resto del edificio, cuatro lindísimas columnas de granito oriental, las mas hermosas y mejor conservadas tal vez de las que hay en toda la ciudad de Génova, que es la ciudad de las columnas.

Este recuerdo que trae la fecha de 1360, se refiere á la conspiracion Raggio: el palacio fué demolido como el de Fieschi, pero la inscripción ha sido quitada por un descendiente del conspirador, ministro de Policía y que llevaba el mismo nombre.

Esta conspiracion, menos conocida que la de Fieschi porque no ha encontrado un Schiller que hiciese de ella una obra maestra trágica, no por eso estuvo á punto de ser menos fatal como la otra á la república, y fué descubierta por una casualidad no menos notable que la hizo abortar como al proyecto de Fieschi.

El marqués de Raggio, el jefe de esta conspiración, hacia abrir desde su palacio al ducal una galería subterránea, de la que debían salir á una hora dada treinta conjurados perfectamente armados y decididos, cuando un tambor que estaba de guardia en el palacio, habiendo colocado por casualidad su caja en el suelo, notó que se estremecía, como sucede cuando se trabaja debajo, en alguna mina: llamó inmediatamente á su oficial que previno al dux. Se contraminó y se encontraron los trabajadores. La galería subterránea conducía directamente á la casa del marqués de Raggio; no habia medio de poder negar. Además el culpable era demasiado altivo y orgulloso para que ni aun se le ocurriese esta idea: lo confesó todo y fué condenado á muerte.

En el momento en que caminaba al suplicio, á la mitad del camino de *Castellaccio*, donde debia ser ejecutado, pidió como último favor el morir teniendo en la mano un crucifijo, traído, segun decia, por uno de sus antepasados de Tierra Santa, y en el que tenia grandísima fé.

En aquella época de creencias se halló la petición muy sencilla, y se le concedió desde luego al reo: enviaron por consecuencia un sacerdote al palacio Raggio, é hizo alto la fúnebre comitiva para aguardar su vuelta. Al cabo de un cuarto de hora volvió el sacerdote trayendo el crucifijo.

Besó con la mayor devoción el marqués los pies del Cristo; despues, tirando de la parte superior del crucifijo, que no era otra cosa que el puño de un puñal, cuya hoja entraba en la cruz, se lo clavó todo entero en el pecho y murió en el acto.

Desde San Donato fuimos á visitar el puente *Carignan*. Es una construcción curiosa, destinada, no á conducir de una orilla á otra sobre un rio, sino á unir dos montañas. Compónese de siete arcos, de los que los tres del medio creo que tienen ochenta pies de alto; lo que si hay de cierto es que pasa por encima de muchas casas de seis pisos. Es un paseo muy frecuentado en las ardientes noches del estío, en atención á que en aquella altura siempre hay seguridad de encontrar aire.

El puente de Carignan conduce á la iglesia del mismo nombre, alhaja del siglo XVI, edificada por el marqués de Sauli por los dibujos de Galeas Alessio. Debe esta iglesia, una de las mas hermosas de Génova, su existencia al suceso siguiente.

El marqués de Sauli, uno de los hombres mas ricos y mas probos de Génova, tenia muchos palacios en la ciudad, y uno entre otros en el que habitaba con preferencia, y que se hallaba situado sobre el mismo sitio donde hoy se levanta la iglesia de Carignan. Como no tenia capilla propia, habia hecho costumbre de ir á oír misa en la de *Santa Maria in via lata*, que pertenecia á la familia Fieschi.

Este hizo un dia adelantar la hora de la misa, de modo que el marqués de Sauli llegó cuando ya se hallaba concluida. La primera vez que encontró á su elegante vecino, se quejó á él riéndose.

—Querido marqués, le dijo Fieschi, cuando se quiere ir á misa se tiene una capilla propia.

El marqués de Sauli hizo derribar su palacio y edificar en su lugar la iglesia de Santa Maria de Carignan.

Una parte de sus hermosos palacios, que honrarian á príncipes, y de esas bellisimas iglesias, dignas de servir de morada á Dios, ha sido edificada por simples particulares. El secreto de estas fundaciones, en donde se han enterrado millones, está simplemente en las leyes suntuarias de la edad media, que prohibian el juego, las fiestas, los diamantes y las ropas de terciopelo y de brocado.

Entonces todos los comerciantes aventureros que durante veinte años habian surcado en todas direcciones los mares y que habian acumulado en sus casas las riquezas de los dos mundos, se encontraron frente á frente de montones de oro de que era preciso hacer algo. Hicieron iglesias y palacios.

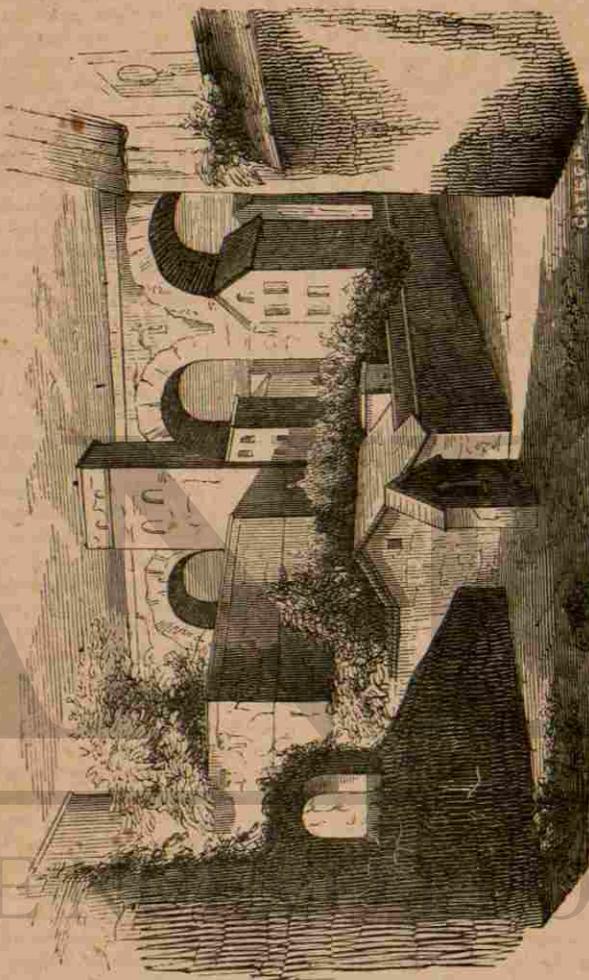
La iglesia de San Lorenzo es la mas antigua en fecha del catálogo de las curiosidades de Génova. Sin embargo, como nosotros caminábamos sin seguir orden alguno, ni cronológico ni aristocrático, fué una de las últimas que visitamos.

Entre otra cosas curiosas encierra la iglesia de San Lorenzo el famoso plato de esmeralda sobre el que dicen hizo Jesus su última cena, y que habia sido regalado á Salomon por la reina de Sabá. Hallábase guardado en Jerusalem en el tesoro del templo, y es conocido bajo el nombre de *Sacro-Callino*. Disputese lo que se quiera sobre la antigüedad de su origen, la santidad de su uso y la riqueza de su materia, no por eso es menos maravilloso el modo con que cayó en manos de los genoveses, y la manera con que lo adquirieron bastaria para esplicar las precauciones con que lo habia guardado la república por miedo de que le sucediese alguna averia.

En 1104 emprendieron juntos los genoveses y los pisanos el sitio de Cesarea. Llegados al frente de la ciudad, celebraron consejo de guerra para saber como la habian de atacar. Habianse ya emitido y desechado muchos pareceres, cuando uno de los soldados pisanos que pasaba por profeta, se levantó y dijo:

—Combatimos por la causa de Dios; tengamos, pues, confianza en Dios; no hay necesidad ni de torres, ni de obras, ni de máquinas de guerra. Tengamos únicamente fé, comulgemos todos mañana, y cuando el Señor esté con nosotros, tomemos con una mano la espada y con la otra las escalas, y trepemos á las murallas.

El cónsul genovés *Capuz-Malio* apoyó este parecer: todo el campo respondió á él con



Puente de Carignan, en Génova, pág. 40.

gritos de entusiasmo. Pasaron los cruzados la noche en oracion, y al dia siguiente al amanecer, habiendo comulgado y sin mas armas que sus espadas y sin mas máquinas que las escalas de sus galeras, sin mas exhortaciones que el grito de «Dios lo quiere,» guiados por el cónsul y el profeta, genoveses y pisanos se agolparon á porfia y tomaron á Cesarea del primer asalto.

Tomada la ciudad, los genoveses abandonaron á los pisanos todas las riquezas, con condicion de que estos les dejarían el *Sacro-Cattino*.

Por consecuencia, el *Sacro-Cattino* fué traído de Cesarea á Génova, donde desde entonces estuvo en la mas grande veneracion, tanto por los recuerdos religiosos, como por los recuerdos guerreros que tiene. Crearon doce caballeros *clavigeri* que debían alternativamente y durante un mes guardar la llave del tabernáculo donde estaba encerrado, y del que no se sacaba sino una vez al año para exponerlo á la veneracion pública: entonces un prelado lo tenia colgado por un cordón mientras que al rededor de la reliquia se hallaban colocados sus doce defensores. En fin, en 1476 se promulgó una ley que condenaba á la pena de muerte á cualquiera que tocase el *Sacro-Cattino* con oro, plata, piedras, coral ó cualquiera otra materia, «á fin, decia aquella ley, de impedir á los curiosos y á los indiscretos hacer un exámen durante el cual pudiese sufrir el *Sacro-Cattino* algun golpe ó romperse, lo que sería una pérdida irreparable para la república.» A pesar de esta ley, el señor de la Condamina, que habia creído notar en el *Sacro-Cattino* una pompita semejante á las que se hallan en el vidrio fundido, ocultó un diamante bajo la manga de su vestido para experimentar su dureza, debiendo el diamante nacer mella en él si era de vidrio, y permanecer impotente si era de esmeralda. Afortunadamente para el señor de la Condamina, que tal vez ignoraba ademas aquella ley, el sacerdote se apercebió á tiempo de su intencion y levantó el *Sacro-Cattino* en el momento mismo en que el indiscreto sacaba su diamante. El monge no pasó mas que el susto, y el señor de la Condamina se quedó en la duda.

Los judíos de Génova eran menos incrédulos que el sabio francés, porque prestaron durante el sitio cuatro millones sobre aquella prenda. Probablemente fueron reembolsados de los cuatro millones porque el *Sacro-Cattino* fué trasportado á Paris en 1809, donde permaneció hasta 1815, época en que fué devuelto á la ciudad con los diferentes objetos de arte que al mismo tiempo les habian cogido los franceses. El viage fué fatal á la santa reliquia porque se quebró entre Génova y Turin, y aun se perdió un pedazo; de modo que hoy el *Sacro-Cattino* está no solamente privado de sus honores, de sus guardias y de su misterio, sino desportillado como un simple plato

de porcelana. Pidió Jadin el permiso de sacar un dibujo de él, lo que le fué concedido sin dificultad alguna.

Resulta de todo que Génova no cree ya que el *Sacro-Cattino* sea una esmeralda.

Génova no cree ya que esta esmeralda haya sido dada por la reina Sabá á Salomon: Génova no cree tampoco que en aquella esmeralda haya comido Jesus el cordero pascual. Si hoy Génova volviese á tomar á Cesarea, reclamaria su parte de botin y dejaria á los pisanos el *Sacro-Cattino*, que no es mas que de vidrio.

Pero Génova no es libre; Génova tiene una ciudadela erizada toda de cañones, cuyas anchas bocas se abren sobre cada una de sus calles.

Génova tampoco es ya marquesa, ni tiene dux, ni tiene grifo, ni águila imperial ni zorro. Génova tiene un rey: es simplemente la segunda ciudad del reino.

La fuerza frecuentemente no es otra cosa que la fé. Tal vez Génova sería aun hoy poderosa si creyese siempre que el *Sacro-Cattino* es una esmeralda.

Volvimos á nuestra fonda por el puerto franco, especie de ciudad aparte dentro de la misma ciudad con sus instituciones, sus leyes y su poblacion propia. Esta poblacion fué fundada en 1340 por el Banco de San Jorge, que bajo el nombre árabe de Caravana habia hecho venir doce cargadores ó mozos de cordel del valle de Brombana. Aquellos doce cargadores tenían sus mugeres que habitaban en el puerto franco con ellos, y que se volvian á parir á las poblaciones de Pianna y de Zunero para dar á sus hijos el privilegio de suceder á sus padres. Asi es que se ha perpetuado esta compañía por espacio de quinientos años, subiendo hasta el número de doscientos miembros, y dejando de padres á hijos tal tradicion de probidad que no hay memoria en la policia que se haya dado una sola queja contra alguno de los mozos de cordel del puerto franco. Los caravanas sin hijos pueden vender sus empleos á sus compatriotas: un cargo de estos vale hasta diez ó doce mil francos.

Durante toda nuestra expedicion, por las esquinas de la calle habiamos encontrado carteles anunciando con gran pompa la representacion en el teatro Diurno, la muerte de Maria Estuardo con vestuario nuevo. Comprendese bien que tuvimos buen cuidado de no perder tan buena ocasion: dimos un golpe de cepillo á nuestra ropa y fuimos al despacho de billetes, que se abrió á las dos y media.

El teatro Diurno es una tradicion de los antiguos circos: como los espectadores griegos ó romanos, los espectadores modernos están sentados sobre gradas circulares, casi como las del circo de caballos de Francoini. La única diferencia que hay, es que aquel edificio no tenia mas bóveda que la cúpula del



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

cielo: resultando de aquí que como está construido en un barrio bastante frecuentado en medio de las hermosas *vilas* y sombreado por altos plátanos, hay tantos espectadores sobre los árboles y en las ventanas, como dentro del teatro, lo que no debe dar mucho gusto al empresario. Como se comprende bien, no tratamos de hacer economía alguna sobre los doce cuartos que cuesta el billete, y entramos y pagamos Jadin y yo nuestro precio.

Bien los vale por cierto el espectáculo. Como anunciaban los carteles, los vestidos eran nuevos, tal vez demasiado nuevos, porque la acción pasa en 1585, y los vestidos serían del año de 1812.

¡Ay! Tal vez era el deshecho entero de alguna pobre corte imperial de Italia, tal vez el de la graciosa y espiritual gran duquesa Elisa. Había vestidos de terciopelo bordados de oro, con su talle debajo de los hombros y sus largas colas arrastrando; había vestidos de príncipe y de particulares con sus sombreros de plumas a lo Enrique IV y sus capas á lo Luis XIII: únicamente han faltado los calzones, y á lo que parece los inteligentes actores los habían suplido con pantalones de seda de color de rosa y azul, y para darles un aire extraño habían hecho frances encima de las rodillas y sobre el tobillo. En cuanto á Leicester en lugar de una Jarretiera ó liga, tenía dos, modo ingenioso de indicar sin duda el crédito y favor que gozaba con la reina.

La representación se hizo sin novedad y con mucha satisfacción de los espectadores; únicamente en el momento en que la reina iba á firmar la sentencia de su rival una bocanada de viento arrebató la sentencia de las manos de Isabel, que como se sabe la gustaba hacer sus cosas por sí misma, se levantó, y en lugar de llamar á un page á algún portero, echó á correr tras el papel que el viento arrojó al palio.

Tentados estuvimos por un momento Jadin y yo de gritar: perdón, cuando el cielo tan manifestamente se declaraba en favor de la pobre Maria: pero en aquel instante un espectador cogió el papel que presentó á la reina, la que le hizo un saludo en señal de agradecimiento, volvió á sentarse á la mesa, y lo firmó con gravedad como si nada le hubiera sucedido. Maria Estuardo definitivamente condenada, fué ejecutada sin compasión en el acto siguiente.

Volvíamos á nuestro hotel donde nos aguardaba la comida, que despachamos filosofando sobre las miserias humanas.

A los postres me anunciaron que quería hablarme un hombre de la policía. Como yo no creía que hubiese secretos entre la policía sarda y yo, hice rogar al emisario del *Buon Governo* que se tomase la molestia de entrar. Me saludó el emisario con gran cortesía, me presentó mi pasaporte visado para Liorna, y me dijo que el rey Carlos Alberto, habiendo

sabido mi llegada el día antes á la ciudad de Génova, me invitaba á salir de ella al día siguiente. Rogué al emisario del *Buon Governo* que diese las gracias de mi parte al rey Carlos Alberto por haber tenido la bondad de concederme las cuatro horas, lo que no hacia con todo el mundo, y que manifestase enan lisonjero era para mí el ser conocido de su rey, á quien yo también conocía por un rey guerrero, pero no por un rey literato. El emisario del *Buon Governo*, me preguntó si no le dábamos nada para beber. Le di dos francos, tan satisfecho estaba de que mi reputación hubiese llegado á S. M. sarda, y el emisario del *Buon Governo* se retiró haciéndonos mil reverencias.

Cuando Alberto Nota ha venido á Francia nosotros le hemos dado una medalla de oro.

Aunque yo conocía bien la divisa literaria del rey Carlos Alberto que es: *poco de Dios, niente del rey*, es decir, hablad poco de Dios y nada del rey: y tal vez por lo mismo que yo conocía bien esta divisa no comprendía la bondad que había tenido al ocuparse así de mí. Yo he escrito poco sobre Dios en mi vida, pero lo poco que he escrito no ha sido inútil para la religión. He hablado del rey Carlos Alberto, es verdad, pero ha sido para hacer elogio de su valor como príncipe de Carignan, y no había por esto por que arrojarle de sus estados.

Hacia tres años antes que yo le había quemado alguna fanega de un bosque, pero se la había pagado, y como había oído decir que las buenas cuentas conservan amistad, y las mias habían sido buenas, me creía con justo título uno de los buenos amigos del rey Carlos Alberto.

Tuve mucho miedo de que este suceso no aumentase la cuenta de la fonda, temiendo la impresión que debía haber causado en el ánimo del fondista de las Cuatro Naciones, que necesariamente debía tomarme por algún príncipe constitucional disfrazado. Felizmente tuve que habérmelas con un buen hombre que no abusó de mi posición y que me hizo pagar casi lo que paga todo el mundo.

A la mañana siguiente el emisario del *Buon Governo* tuvo la bondad de venir en persona á prevenirme que un buque francés, el Sulli, salía á las cuatro de la mañana, y que el rey Carlos Alberto vería con gusto que me fuera por la vía del mar en lugar de la vía de tierra. Esto venía muy bien con mis intenciones, en atención á que por la vía de tierra encontraría los estados del duque de Modena, con quien no tenía gana de hallarme: así hice dar las gracias á S. M. de esta nueva atención y di á su representante mi palabra de que á las cuatro menos cuarto estaría á bordo del Sulli. El emisario del *Buon Governo* volvió á preguntarme sino le daba nada para beber: le di un franco y se marchó llamándose excelencia.

Fuimos á dar una última vuelta á la *Strada Balbi*, la *Strada Nuovissime*, y la *Strada Nuova*: Jadin sacó una vista de la plaza de Fuentes amorosas, y despues sacamos nuestro reloj: no era mas que medio día. Visitamos entonces los palacios Balbi y Durazzo que habíamos olvidado en nuestra primera expedición, y esto nos hizo pasar todavía dos horas. Despues recordé que había en el palacio de los PP. del Comun una cierta mesa de bronce antigua conteniendo una sentencia dada en el año 690 de la fundación de Roma por dos juriscultos romanos, con motivo de una contienda suscitada entre las gentes de Génova y de Langasen, hallada por un aldeano que trabajaba en el campo en la *Colubera*, y nos fuimos al antiguo palacio de los PP. del Comun, en lo que empleamos una media hora. Copié el juicio, no á Dios gracias para ofrecérselo á mis lectores, sino por hacer algo, porque el tiempo que me había concedido el rey Carlos Alberto empezaba á parecerme largo, y esto me hizo emplear todavía un cuarto de hora.

En fin, como no nos quedaba mas ya que una hora y cuarto para hacer nuestros equipajes é irnos al buque, nos volvimos á la fonda, ajustamos nuestra cuenta, y entramos en una lancha, siendo enteramente del parecer de aquel bueno y entendido presidente Desgrosses, que pretende que entre los placeres que Génova puede producir, olvidan los viajeros ordinariamente el mencionar el mayor de ellos, que es, el de verse fuera de ella.

La primera persona á quien vi al subir á bordo del Sulli, fué mi emisario del *Buon Governo*, que iba á cerciorarse por sus propios ojos de si realmente abandonaba á Génova. Nos saludamos como amigos antiguos, y tuve la ventaja de que me honrase con su conversación hasta el momento en que tocaron la campana del vapor. Me manifestó entonces todo su pesar por separarse de mí, y me alargó la mano. Depositó generosamente en ella una moneda de diez cuartos. El emisario del *Buon Governo* me llamó *monseñor*, y bajó á su lancha deseándome toda clase de felicidades.

Génova es verdaderamente magnífica vista desde el puerto. Al aspecto de aquellas espléndidas casas construidas en anfiteatro, con sus jardines colgantes como los de Semiramis, no puede uno imaginarse los infectos callejones que se arrastran á sus pies de mármol. Si en lugar de hacerme salir de Génova Carlos Alberto, me hubiese impedido entrar en ella, jamás me hubiera consolado.

Alejábame, pues, con un profundo sentimiento de agradecimiento á S. M. sarda, cuando sentí que á pesar de la interesante conversación de mi vecino el señor marqués de R... que me contaba la primera de sus tres emigraciones en 92, se mezclaba otro sentimiento menos puro. Hallábase agitada la mar, el viento era contrario, de modo que el hu-

que, sobre el maldito olor del vapor, que todo paquebot se cree con derecho á exhalar, tenía unos vaivenes, que á cada movimiento me removía el alma. Miré en derredor mío, y vi que aunque hacia dos horas que habíamos estado allí, y que aunque aun hacia bastante día, se hallaba el puente casi vacío. Busqué con los ojos á Jadin, y lo vi fumando su cuarta pipa, y andando á grandes pasos seguido de Milord, que no comprendía nada de aquella agitación inusitada de su amo. Creí notar que á pesar de la firmeza de su paso, su color se iba poniendo pálido, y vidrioso su ojo. Comprendí, sin embargo, que el movimiento debía ser una reacción benéfica contra el estremecimiento que comenzaba á apoderarse de mí, y pregunté al señor marqués de R... si no podía continuar su relación andando. Parece que poco importaba al orador, con tal que hablase, porque sin interrumpirse se puso inmediatamente en pie. Yo quise hacer otro tanto, pero conocí que me daba vueltas la cabeza: volví á caer en el banco pidiendo con voz lastimera un limon. Esta petición fué repetida con una voz magnífica de bajo por el marqués de R... que volvió á sentarse á mi lado y pasó de su primera á su segunda emigración.

Trajéronme el limon, quise morder en la cáscara; para morder era preciso abrir la boca: esto me perdió. El que jamás ha padecido mareos no sabe lo que es padecer. Yo por mí sé decir que tenía la cabeza enteramente aturdida. Oía á mi emigrado que en los intervalos en que me sentía mejor continuaba su relación. Hubiera querido pegarle, hubiera dado mucho por esto, pero no tenía fuerzas de levantar ni aun el dedo meñique. Sin embargo, hice un esfuerzo violento y me volví. Percibí entonces á Jadin en una posición equívoca, y á Milord mirándole con ojos asombrados. Todo esto se me apareció como á través de un vapor, cuando un cuerpo opaco vino á colocarse entre Jadin y yo. Era el marqués que no quería perdonarme la relación de su tercera emigración, que creyendo que yo me había vuelto iba á ponerse de nuevo á mi alcance.

La reunion de estos dos suplicios me salvó, el uno me dió fuerzas contra el otro. Pasando cerca de mí un marinero, le cogí por un brazo preguntándole por mi camarote. El marinero estaba acostumbrado á esta clase de preguntas. Me cogió no sé por donde, me llevó no sé cómo, y me encontré echado. Oí que me haría un poco de té, que me sentaría bien, y repliqué maquinalmente:

—¿Hay té?

—¿Cuánto? me preguntó.

—Mucho, respondí.

Despues no me acuerdo de nada, sino es de que de cinco en cinco minutos tragaba mucho liquido, y que esta imbibición duró cuatro ó cinco horas. En fin, molido, quebrantado, hecho pedazos, me quedé dormido casi de la misma manera como uno debe morir.

Cuando me desperté al día siguiente nos hallamos en el puerto de Liorna: había devorado tres limones, bebido veinte y ocho francos de té y oído contar las tres emigraciones del marqués de R....

Subí al puente del buque para buscar a Jadin, y le encontré en un rincón insensible a las caricias de Milord, y a los consuelos de Onesimo; tan humillado se encontraba de haber hecho a las naciones extranjeras testigos de su debilidad. En cuanto a mí no pude tocar un limón en seis semanas, no he podido beber té en seis meses, y no podré volver a ver al marqués de R... en toda mi vida.

He visitado muchos puertos, he recorrido muchas ciudades, he tenido que haberme las con los mozos de cordel de Avignon, con los fachini de Milan, con los posaderos de Messina, pero no conozco una canalla como la de Liorna.

En todos los demas países del mundo, hay medio de defender uno su equipage, y arreglarse en el precio para trasportarle, y si uno no está acorde, es libre de llevarlo al hombro y hacer uno su trabajo por sí mismo.

En Liorna no hay nada de esto.

Apenas ha tocado en tierra la lancha que os trae, cuando es invadida: llueven los comisionistas; no sabeis de donde, salta una multitud, se lanzan en las barcas inmediatas, se dejan arrastrar con las cuerdas de los navios: como veis que va á zozobrar vuestra lancha bajo el peso, pensais en vuestra propia seguridad, os agarrais al muelle como Robinson á su roca. Despues, con muchos esfuerzos, perdido vuestro sombrero, desolladas las rodillas, destrozadas las carnes, llegais al muelle. Bueno en cuanto á vosotros, pero en cuanto al equipage, este se ha dividido en otros tantos lotes cuantos bultos son. Teneis un mozo de cordel para el cofre, un mozo de cordel para el neceser, un mozo de cordel para la sombrerera, un mozo de cordel para el paraguas, un mozo de cordel para el baston, y si sois dos, esto hace diez mozos de cordel; si sois tres, quince: como nosotros éramos cuatro, tuvimos veinte. Un veinte y uno quiso eger á Milord; Milord, que no entiende de chanzas, le pegó un bocado en las pantorrillas. Fue preciso morderle en la cola para que desenchajase los dientes. El mozo de cordel nos dijo gritando, que le había estropeado nuestro perro, y que nos habian de condenar á una mul-

ta. Se amotinó el pueblo, y llegamos á nuestra Pension Suiza, con veinte mozos de cordel y doscientas personas detrás.

Nos costó cuarenta francos por cuatro bales, tres ó cuatro sombrereras, dos ó tres neceseres, uno ó dos paraguas y un baston: además diez francos por la mordedura del mozo de cordel; es decir, cincuenta francos por haber dado cerca de cincuenta pasos. Justamente tanto como nos había costado el transporte para venir desde Génova.

Tres veces he vuelto á Liorna: las dos últimas ya estaba preparado, había tomado las precauciones, estaba en guardia, pues cada vez he pagado mas caro. Al llegar á Liorna es preciso ir como al atravesar las lagunas Pontinas, contar con los ladrones. La diferencia está en que al atravesar las lagunas Pontinas, escapa uno alguna vez: pero en Liorna, jamás.

Todavía esto no sería nada, si al llegar á Liorna, en lugar de ir á una de las infames tabernas que usurpan el respetable nombre de posadas, se hiciese venir un veturino y se metiese uno dentro del carruage, no importa, ya que es preciso, que se marchase por Pisa á Florencia. Pero no, puesto que se está en Liorna, es preciso ver Liorna, que no vale la pena, porque no hay mas que tres cosas que ver en la ciudad: los presidiarios, la estatua de Fernando I, y la Madonna de Montenero.

Los galeotes están mezclados en la poblacion, y se ocupan en toda clase de trabajos: barrian, labraban piedras, arrastraban carretones, y estaban vestidos de un pantalon amarillo, de un gorro encarnado, y su chaqueton parduzco, del que sería difícil especificar el primitivo color. Sobre la espalda de aquel chaqueton está indicado el crimen por el que el primer propietario de la chaqueta ha sido condenado; pero como sucede frecuentemente que el presidio gasta al criminal antes que el criminal gaste el vestido, este corre con su letreiro sobre la espalda del que le sucede. Resulta que para los galeotes toscanos la chaqueta es un asunto de consideracion, es una semigracia, ó una condenacion doble. Como los galeotes son los únicos que piden y no toman en Liorna, la cuestion para el industrial es tener un chaqueton que despierte la conmiseracion pública. Hay crímenes que todo el mundo desprecia, mientras que hay otros que todo el mundo compadece. Nadie da limosna á un ladrón ó un falsario: todos la dan á un asesino por amor. Así, aquel que tiene un vestido semejante no tiene que ocuparse mas que de cepillarlo, porque todos le detienen para hacerle contar su aventura. Vimos nosotros uno que hacia llorar ardientemente á dos inglesas, y tal vez íbamos á llorar con ellas, cuando su camarada, á quien había rehusado probablemente una parte de su producto, nos le denunció como un ladrón con fractura. El verdadero *Assasino per amore*

había muerto hacia ocho años, y su vestido había hecho ya la suerte de tres de sus sucesores. Di un medio paulo á aquel buen hombre que llevaba escrito en letras gordas sobre la espalda la palabra *ladron*, casualidad que le había arruinado, porque en vano decía que era incendiario: nadie le quería creer: así, en su agradecimiento por una propina tan inesperada como rara, prometió encomendarme á Dios. Volví atrás para rogarle que no hiciese nada, presumiendo que mas valia para mí llegar al cielo sin recomendacion que no con la suya.

Sobre la plaza de la Darsena se levanta la estatua de Fernando I. Como no tengo gran cosa que decir sobre Liorna me aprovecharé de ella para contar la historia de este segundo sucesor del Tiberio toscano, así como la de Francisco I su hermano, y de Bianca Capello su cuñada. Muchas novelas hay menos curiosas y dramáticas que esta historia.

A fines del reinado de Cosme el Grande, es decir, al principio del año 1563, un jóven llamado *Pietro Bonaventuri* descendiente de una familia honrada, pero pobre, había ido á buscar fortuna á Venecia. Uno de sus tíos, que tenía el mismo nombre que él, y que habitaba la serenísima ciudad hacia veinte años, le recomendó á la casa del banquero Salviati, de que él era uno de los correspondientes. El jóven era de buena figura; poseia muy buena letra; hacia cifras como un astrólogo: fué, pues, recibido sin dificultad, como tercero ó cuarto dependiente, con la promesa de que si se portaba bien, podría además de su alimento, en tres ó cuatro años, llegar á ganar ciento cincuenta ó doscientos ducados. Semejante promesa era mas que lo que el pobre Bonaventuri había podido soñar en los delirios mas ambiciosos. Besó la mano de su tío; prometió á Salviati portarse de modo que fuese el modelo de toda la casa. El pobre Pietro deseaba cumplir su palabra; pero el diablo que en todo se mete vino á echar por tierra sus buenas intenciones.

Enfrente de la casa de Salviati moraba un rico señor veneciano, jefe de la casa Capello, el que tenía un hijo y una hija. El hijo era un buen mozo, con barba puntiaguda, bigote retorcido, hablar fácil é insolente; lo que hacia que tres ó cuatro veces al mes sacase la espada ó por el juego, ó por las mugeres, porque en política no se mezclaba, encontrándola demasiado seria para ser discutida por otros que no tuviesen las barbas grises. Dos veces habían traído á la casa paterna á Giovanino perforado de parte á parte, pero sin duda porque el diablo hubiera perdido en su muerte, Giovanino había vuelto en sí. Sin embargo, como el padre era un hombre sensato, y había pensado que no siempre tendría la misma fortuna, había renunciado á la idea que había tenido en un principio de hacer religiosa á su hija á fin de duplicar la fortuna

de su hijo. Temió que pasando la mejor noche de este mundo al otro Giovanino, no se quedase á la vez sin hijo y sin hija.

En cuanto á Bianca era una criatura encantadora, de quince á diez y seis años, con un tinte blanco mate, en el que á cualquiera emocion pasaba la sangre como una rosada nube: con cabellos de ese rubio poderoso, de que Rafael acababa de hacer una belleza, con ojos negros llenos de fuego; talle esbeto y flexible, pero de esa ligereza y flexibilidad que se sienten llenas de fuerza, dispuestas al amor, como Julieta, y que no esperan sino el momento en que algun lindo Romeo se encuentre al paso para decirle como la hija de Verona: seré tuya ó del sepulcro.

Vió á Pietro Bonaventuri: la ventana del cuarto del jóven caía sobre el cuarto de la jóven. Al principio cambiaron sus miradas: despues se hicieron señas, despues promesas de amor; llegados aquí, solo la distancia les impedía el darse pruebas; esta distancia la pasó Bianca. Cada noche, cuando todo el mundo se había recogido en casa del noble Capello, cuando la nodriza que había criado á Bianca se había retirado al inmediato aposento, cuando la jóven poniendo la cara contra el tabique se había asegurado de que aquel último Argos, se hallaba dormido, se ponía una bata parda para no ser vista en la calle, bajaba á tientas y ligera cual una sombra las escaleras de mármol del paterno palacio, entreabría la puerta por dentro, atravesaba la calle; sobre el dintel en la parte opuesta hallaba á su amante. Entonces los dos con dulces abrazos subían la escalera que conducía al cuartito de Pietro. Despues cuando iba á aparecer el día volvía á bajar Bianca y entraba en su estancia, donde su nodriza por la mañana la hallaba dormida con aquel sueño de placer que tanto se asemeja al de la inocencia.

Una noche que Bianca se hallaba en casa de su amante, un mozo panadero que acababa de calentar un horno en los alrededores, encontró una puerta entreabierta y creyó que haría bien en cerrarla. Diez minutos despues bajó Bianca, y vió que le era imposible volver á entrar en casa de su padre.

Era Bianca una de esas almas fuertes que toman una resolucion en un instante, y una vez tomada son inalterables en ella: vió todo su porvenir cambiado por aquel accidente, y sin vacilar aceptó la nueva vida á que este accidente la condenaba.

Volvió á subir Bianca á casa de su amante, le contó lo que acababa de suceder, y le preguntó si estaba dispuesto á sacrificarlo todo por ella, como ella todo por él, y le propuso que se aprovecharan de las dos horas de noche que quedaban todavía para abandonar á Venecia y ponerse al abrigo de sus parientes. Aceptó Pietro Bonaventuri; saltaron los dos jóvenes en una góndola, y se fueron á buscar al guarda del puerto. Allí dióse á conocer Pe-

Cuando me desperté al día siguiente nos hallamos en el puerto de Liorna: había devorado tres limones, bebido veinte y ocho francos de té y oído contar las tres emigraciones del marqués de R....

Subí al puente del buque para buscar a Jadin, y le encontré en un rincón insensible a las caricias de Milord, y a los consuelos de Onesimo; tan humillado se encontraba de haber hecho a las naciones extranjeras testigos de su debilidad. En cuanto a mí no pude tocar un limón en seis semanas, no he podido beber té en seis meses, y no podré volver a ver al marqués de R... en toda mi vida.

He visitado muchos puertos, he recorrido muchas ciudades, he tenido que haberme las con los mozos de cordel de Avignon, con los fachini de Milan, con los posaderos de Messina, pero no conozco una canalla como la de Liorna.

En todos los demas países del mundo, hay medio de defender uno su equipage, y arreglarse en el precio para trasportarle, y si uno no está acorde, es libre de llevarlo al hombro y hacer uno su trabajo por sí mismo.

En Liorna no hay nada de esto.

Apenas ha tocado en tierra la lancha que os trae, cuando es invadida: llueven los comisionistas; no sabeis de donde, salta una multitud, se lanzan en las barcas inmediatas, se dejan arrastrar con las cuerdas de los navios: como veis que va á zozobrar vuestra lancha bajo el peso, pensais en vuestra propia seguridad, os agarrais al muelle como Robinson á su roca. Despues, con muchos esfuerzos, perdido vuestro sombrero, desolladas las rodillas, destrozadas las carnes, llegais al muelle. Bueno en cuanto á vosotros, pero en cuanto al equipage, este se ha dividido en otros tantos lotes cuantos bultos son. Teneis un mozo de cordel para el cofre, un mozo de cordel para el neceser, un mozo de cordel para la sombrerera, un mozo de cordel para el paraguas, un mozo de cordel para el baston, y si sois dos, esto hace diez mozos de cordel; si sois tres, quince: como nosotros éramos cuatro, tuvimos veinte. Un veinte y uno quiso eger á Milord; Milord, que no entiende de chanzas, le pegó un bocado en las pantorrillas. Fue preciso morderle en la cola para que desenchajase los dientes. El mozo de cordel nos dijo gritando, que le había estropeado nuestro perro, y que nos habian de condenar á una mul-

ta. Se amotinó el pueblo, y llegamos á nuestra Pension Suiza, con veinte mozos de cordel y doscientas personas detrás.

Nos costó cuarenta francos por cuatro bales, tres ó cuatro sombrereras, dos ó tres neceseres, uno ó dos paraguas y un baston: además diez francos por la mordedura del mozo de cordel; es decir, cincuenta francos por haber dado cerca de cincuenta pasos. Justamente tanto como nos había costado el transporte para venir desde Génova.

Tres veces he vuelto á Liorna: las dos últimas ya estaba preparado, había tomado las precauciones, estaba en guardia, pues cada vez he pagado mas caro. Al llegar á Liorna es preciso ir como al atravesar las lagunas Pontinas, contar con los ladrones. La diferencia está en que al atravesar las lagunas Pontinas, escapa uno alguna vez: pero en Liorna, jamás.

Todavía esto no sería nada, si al llegar á Liorna, en lugar de ir á una de las infames tabernas que usurpan el respetable nombre de posadas, se hiciese venir un veturino y se metiese uno dentro del carruage, no importa, ya que es preciso, que se marchase por Pisa á Florencia. Pero no, puesto que se está en Liorna, es preciso ver Liorna, que no vale la pena, porque no hay mas que tres cosas que ver en la ciudad: los presidiarios, la estatua de Fernando I, y la Madonna de Montenero.

Los galeotes están mezclados en la poblacion, y se ocupan en toda clase de trabajos: barrian, labraban piedras, arrastraban carretones, y estaban vestidos de un pantalon amarillo, de un gorro encarnado, y su chaqueton parduzco, del que sería difícil especificar el primitivo color. Sobre la espalda de aquel chaqueton está indicado el crimen por el que el primer propietario de la chaqueta ha sido condenado; pero como sucede frecuentemente que el presidio gasta al criminal antes que el criminal gaste el vestido, este corre con su letreiro sobre la espalda del que le sucede. Resulta que para los galeotes toscanos la chaqueta es un asunto de consideracion, es una semigracia, ó una condenacion doble. Como los galeotes son los únicos que piden y no toman en Liorna, la cuestion para el industrial es tener un chaqueton que despierte la comiseracion pública. Hay crímenes que todo el mundo desprecia, mientras que hay otros que todo el mundo compadece. Nadie da limosna á un ladrón ó un falsario: todos la dan á un asesino por amor. Así, aquel que tiene un vestido semejante no tiene que ocuparse mas que de cepillarlo, porque todos le detienen para hacerle contar su aventura. Vimos nosotros uno que hacia llorar ardientemente á dos inglesas, y tal vez íbamos á llorar con ellas, cuando su camarada, á quien había rehusado probablemente una parte de su producto, nos le denunció como un ladrón con fractura. El verdadero *Assasino per amore*

había muerto hacia ocho años, y su vestido había hecho ya la suerte de tres de sus sucesores. Di un medio paulo á aquel buen hombre que llevaba escrito en letras gordas sobre la espalda la palabra *ladron*, casualidad que le había arruinado, porque en vano decía que era incendiario: nadie le quería creer: así, en su agradecimiento por una propina tan inesperada como rara, prometió encomendarme á Dios. Volví atrás para rogarle que no hiciese nada, presumiendo que mas valía para mí llegar al cielo sin recomendacion que no con la suya.

Sobre la plaza de la Darsena se levanta la estatua de Fernando I. Como no tengo gran cosa que decir sobre Liorna me aprovecharé de ella para contar la historia de este segundo sucesor del Tiberio toscano, así como la de Francisco I su hermano, y de Bianca Capello su cuñada. Muchas novelas hay menos curiosas y dramáticas que esta historia.

A fines del reinado de Cosme el Grande, es decir, al principio del año 1563, un jóven llamado *Pietro Bonaventuri* descendiente de una familia honrada, pero pobre, había ido á buscar fortuna á Venecia. Uno de sus tíos, que tenía el mismo nombre que él, y que habitaba la serenísima ciudad hacia veinte años, le recomendó á la casa del banquero Salviati, de que él era uno de los correspondientes. El jóven era de buena figura; poseía muy buena letra; hacia cifras como un astrólogo: fué, pues, recibido sin dificultad, como tercero ó cuarto dependiente, con la promesa de que si se portaba bien, podría además de su alimento, en tres ó cuatro años, llegar á ganar ciento cincuenta ó doscientos ducados. Semejante promesa era mas que lo que el pobre Bonaventuri había podido soñar en los delirios mas ambiciosos. Besó la mano de su tío; prometió á Salviati portarse de modo que fuese el modelo de toda la casa. El pobre Pietro deseaba cumplir su palabra; pero el diablo que en todo se mete vino á echar por tierra sus buenas intenciones.

Enfrente de la casa de Salviati moraba un rico señor veneciano, jefe de la casa Capello, el que tenía un hijo y una hija. El hijo era un buen mozo, con barba puntiaguda, bigote retorcido, hablar fácil é insolente; lo que hacia que tres ó cuatro veces al mes sacase la espada ó por el juego, ó por las mugeres, porque en política no se mezclaba, encontrándola demasiado seria para ser discutida por otros que no tuviesen las barbas grises. Dos veces habían traído á la casa paterna á Giovanino perforado de parte á parte, pero sin duda porque el diablo hubiera perdido en su muerte, Giovanino había vuelto en sí. Sin embargo, como el padre era un hombre sensato, y había pensado que no siempre tendría la misma fortuna, había renunciado á la idea que había tenido en un principio de hacer religiosa á su hija á fin de duplicar la fortuna

de su hijo. Temió que pasando la mejor noche de este mundo al otro Giovanino, no se quedase á la vez sin hijo y sin hija.

En cuanto á Bianca era una criatura encantadora, de quince á diez y seis años, con un tinte blanco mate, en el que á cualquiera emocion pasaba la sangre como una rosada nube: con cabellos de ese rubio poderoso, de que Rafael acababa de hacer una belleza, con ojos negros llenos de fuego; talle esbeto y flexible, pero de esa ligereza y flexibilidad que se sienten llenas de fuerza, dispuestas al amor, como Julieta, y que no esperan sino el momento en que algun lindo Romeo se encuentre al paso para decirle como la hija de Verona: seré tuya ó del sepulcro.

Vió á Pietro Bonaventuri: la ventana del cuarto del jóven caía sobre el cuarto de la jóven. Al principio cambiaron sus miradas: despues se hicieron señas, despues promesas de amor; llegados aquí, solo la distancia les impedía el darse pruebas; esta distancia la pasó Bianca. Cada noche, cuando todo el mundo se había recogido en casa del noble Capello, cuando la nodriza que había criado á Bianca se había retirado al inmediato aposento, cuando la jóven poniendo la cara contra el tabique se había asegurado de que aquel último Argos, se hallaba dormido, se ponía una bata parda para no ser vista en la calle, bajaba á tientas y ligera cual una sombra las escaleras de mármol del paterno palacio, entreabría la puerta por dentro, atravesaba la calle; sobre el dintel en la parte opuesta hallaba á su amante. Entonces los dos con dulces abrazos subían la escalera que conducía al cuartito de Pietro. Despues cuando iba á aparecer el día volvía á bajar Bianca y entraba en su estancia, donde su nodriza por la mañana la hallaba dormida con aquel sueño de placer que tanto se asemeja al de la inocencia.

Una noche que Bianca se hallaba en casa de su amante, un mozo panadero que acababa de calentar un horno en los alrededores, encontró una puerta entreabierta y creyó que haría bien en cerrarla. Diez minutos despues bajó Bianca, y vió que le era imposible volver á entrar en casa de su padre.

Era Bianca una de esas almas fuertes que toman una resolucion en un instante, y una vez tomada son inalterables en ella: vió todo su porvenir cambiado por aquel accidente, y sin vacilar aceptó la nueva vida á que este accidente la condenaba.

Volvió á subir Bianca á casa de su amante, le contó lo que acababa de suceder, y le preguntó si estaba dispuesto á sacrificarlo todo por ella, como ella todo por él, y le propuso que se aprovecharan de las dos horas de noche que quedaban todavía para abandonar á Venecia y ponerse al abrigo de sus parientes. Aceptó Pietro Bonaventuri; saltaron los dos jóvenes en una góndola, y se fueron á buscar al guarda del puerto. Allí dióse á conocer Pe-

dro Bonaventuri; dijo que un negocio importante para la casa de banca de Salviati le obligaba á salir en aquel mismo instante de Venecia para Rimini. El guarda dió orden de dejar caer la cadena, y pasaron los fugitivos: únicamente que en lugar de tomar el camino de Rimini, tomaron apresuradamente el de Ferrara.

Adivínese el efecto que produjo en el noble palacio Capello la fuga de Bianca. Durante un día entero aguardaron sin dar paso alguno; siempre esperaban que iba á volver la jóven: pero pasóse el día sin adquirir noticias de la fugitiva. Preciso fué informarse. Se supo la fuga de Pietro Bonaventuri: entonces se recordaron mil hechos que habian pasado sin notarse, y que ahora se presentaban con toda su importancia. El resultado de estos datos fué el convencimiento de que los dos jóvenes se habian marchado juntos.

La muger de Capello, madrastra de Bianca, era hermana del patriarca de Aquilea; é interesó á su hermano en su venganza. El patriarca era omnipotente: se presentó al consejo de los Diez con su cuñado; declaró á la nobleza toda entera insultada en sus nombres, y pidió que Pedro Bonaventuri fuese puesto fuera de la ley como culpable de rapto. Concedida esta primera petición, exigió que Juan Bautista Bonaventuri, tío de Pedro, de quien se sospechaba haber favorecido la evasión, fuese arrestado: se le concedió esta segunda petición como la primera. El pobre Juan Bautista, preso por los esbirros de la serenísima república, fué arrojado en un calabozo, donde lo olvidaron en atención á la gran cantidad de personajes mucho mas considerables de quienes tenia que ocuparse el consejo de los Diez, y allí murió al cabo de tres meses de frío y de miseria.

Giovanino registró durante ocho días todos los sitios y rincones de Venecia, diciendo que si llegaba á encontrar á Pedro y á Bianca, no habian de morir á mas mano que la suya.

Tal vez se preguntará el lector qué tienen que ver estos jóvenes amantes huyendo de noche de Venecia, y perseguidos por una familia ultrajada, con Fernando, hijo segundo de Cosme el Grande, y cardenal entonces en Roma. Pronto van á saberlo.

Habiendo entretanto llegado los fugitivos á Florencia sin novedad, pero muy cansados, como es fácil pensar, se habian refugiado en casa del padre de Bonaventuri, que habitaba un cuartito en un piso segundo de la plaza de San Marcos. Los hijos son siempre bien recibidos en casa de los padres pobres. Bonaventuri y su muger recibieron á su hijo y su hija con los brazos abiertos: despidieron á la criada para economizar una boca inútil y de temer, ora se abriese para comer, ora para hablar: la madre se encargó de los quehaceres de la casa: Bianca, cuyas blancas manos no podian descender á aquellos vulgares trabajos, comenzó á bordar verdaderas tapicerías, pro-

pias de una encantadora. El padre de Pietro, que vivia de copias que hacia para los oficios públicos, anunciaba que habia tomado un escribiente y que podia trabajar doble. Dios bendijo el trabajo de todos, y la pobre familia fué viviendo.

No hay que decir que la sentencia dada por el tribunal de los Diez habia sido comunicada al gobierno florentino, el cual habia autorizado á Capello y al patriarca de Aquilea para que hiciesen las pesquisas necesarias, no solamente en Florencia, sino tambien en toda Toscana. Estas pesquisas habian sido inútiles: todos tenian demasiado interés en guardar su propio secreto.

Pasáronse así tres meses sin que la pobre Bianca habitada á todas las delicadezas del lujo, dejase escapar una sola queja sobre su miseria. Su única distracción era mirar á la calle levantando poquito á poco su persiana; pero no se la oía ni aun envidiar á la pobre prisionera la libertad de los que pasaban por la calle alegres ó tristes.

Entre los que pasaban era uno el jóven gran duque, que cada dos dias iba á ver á su padre á su palacio de la Petraja. Ordinariamente hacia á caballo este viage Francesco. Despues, como era jóven, galán y buen mozo, todas las veces que pasaba sobre algun punto público ó pensaba poder ser visto por lindos ojos, hacia caracollear á su caballo; pero ni su juventud, ni su belleza, ni su elegancia preocupaban á Bianca cuando le veía pasar: era la idea de que aquel gentil principe, tan poderoso como agraciado, no tenia que decir mas que una sola palabra para que la condena que pesaba sobre ella desapareciese, y Bonaventuri fuese libre y feliz. A esta idea los ojos de la veneciana despedían un fuego que redoblaban su brillo. Cada dos dias, á la hora en que ella sabia que debia pasar el principe, no dejaba de ponerse á la ventana y levantar su persiana. Un día alzó el principe los ojos por casualidad, y vió brillar á la sombra proyectada por la persiana los ardientes ojos de la jóven. Bianca se retiró vivamente, tan vivamente, que dejó caer un ramillete que tenia en la mano. Apeóse del caballo el principe, recogió el ramillete; se detuvo un instante para ver si volvía á aparecer de nuevo la hermosa vision: despues viendo que permanecia baja la persiana, puso el ramillete en el pecho de su justillo, y continuó su camino al paso, volviendo la cabeza dos ó tres veces antes de desaparecer.

A la mañana siguiente volvió á pasar á la misma hora; empero aunque Bianca estaba toda trémula detrás de la persiana, la persiana permaneció cerrada, y ni la mas pequeña flor se deslizó entre sus barras. Dos dias despues volvió á pasar todavia el principe; pero la persiana permaneció inexorable, por mas que interiormente el principe le dirigiese sus oraciones.

Entonces pensó que debia tomar otro rumbo. Volvió á su casa; hizo llamar un gentil hombre español llamado Mondragon, que habia colocado á su lado su padre, y que se habia hecho su confidente: púsole la mano en el hombro; le miró cara á cara, y le dijo:

—Mondragon, en la plaza de San Marcos, en el piso segundo de la casa que hace esquina entre la plaza de Santa Croce y la via Larga, hay una jóven que he conocido que no es de Florencia: es bonita, me gusta: de hoy en ocho dias necesito tener una entrevista con ella.

Mondragon sabia que hay ciertas circunstancias en que la primera cualidad de un cortesano es el ser lacónico.

—La tendreis, monseñor, respondió.

Y fué á buscar á su muger, y la contó muy alegre y gozoso el honor que acababa de hacerle el principe eligiéndole por su confidente. La muger de Mondragon era lista en esta clase de intrigas: dijo á su marido que continuase sirviendo al principe, que ella se encargaba de todo. En el mismo día tomó su informe, y supo que el piso que designaban estaba habitado por dos familias, la una jóven y la otra anciana; que la muger anciana salia todas las mañanas á la compra; que los dos hombres salian todas las noches para ir á llevar las copias que habian hecho durante el día, pero que la jóven no salia nunca.

La muger de Mondragon resolvió ir á buscar la jóven hasta en la casa, puesto que se decia que era imposible hacerla salir fuera.

A la mañana siguiente la muger de Mondragon se emboscó á veinte ó treinta pasos de la puerta; despues, cuando salió la muger, como de costumbre, mandó á su cochero que saliese al galope, y que se compusiese de modo que al revolver la calle atropellase aquella muger, pero haciéndola el menos mal posible. No era tal vez el medio menos peligroso, pero era el mas corto. Es preciso que aventuren algo los pequeños cuando tienen el honor de tener que hacer con los grandes.

El cochero era un hombre muy diestro, derribó á la buena muger en el suelo, sin hacerla mas que dos ó tres contusiones. La buena muger gritó mucho, pero la Mondragon se bajó de su carruaje, calmó al populacho diciéndole que su cochero recibiría al volver á su casa veinte y cinco palos; cogió la herida en sus brazos; la hizo colocar en su coché por dos lacayos, y declaró que queria llevarla á su casa, y que no se separaría de ella sino cuando el médico hubiese dicho que aquella desgracia no tenia consecuencia. Poco faltó para que la Mondragon no fuese llevada en triunfo por el pueblo.

Llegaron á casa de los Bonaventuri. Desde la primera mirada la Mondragon vió que tenia que habérselas con gentes pobres, y como de costumbre, tasó la virtud de la jóven por el valor del cuarto que habitaba.

Presentáronla á Bianca. A su vista la Mondragon, por hábil que fuese, no supo á qué atenerse. Es que habia en Bianca, estuviere vestida de la manera que estuviere, toda la altivez de los Capellos: ademas, sus terminos eran elegantes, escogidos; se revelaba por todos lados la gran señora bajo el esterior de la pobre doncella. La Mondragon se retiró sin comprender de todo esto mas que el que habia allí tela para hacer la querida del principe, y su fortuna tambien, si llegaba á salir bien con la empresa.

Volvió al día siguiente á tomar noticias de la buena muger. Iba muy bien, y se hallaba sumamente agradecida de que una señora de tan alta clase se dignase ocuparse de ella. La Mondragon habia comprendido su gente: era demasiado diestra para ofrecer dinero; pero dejó ver la posicion que ocupaba su marido en la corte y ofreció sus servicios. La madre y la hija se echaron una mirada; bastó esto para que la Mondragon supiese que serian aceptados sus servicios.

Al día siguiente volvió por tercera vez, y esta vez estuvo mas amable que las otras dos. Habia desde la vispera dejado ver á Bianca que no se dejaba engañar por el incógnito con que trataba de rodearse, y que la reconocia por ser de ilustre casa. Trató de ganar su confianza: la joven no tenia ningun motivo para desconfiar de ella: se lo contó todo: la Mondragon escuchó la confidencia con una encantadora benevolencia; pero terminada la confidencia dijo á Bianca que como su situacion era mas grave de lo que al principio habia pensado, era á su marido á quien era preciso contarle todo; que ademas la cosa de seguro se arreglaría, porque Mondragon tenia toda la confianza del principe como amo y como amigo. En consecuencia la ofreció que vendría á buscarla al día siguiente con su suegra para llevarla á casa de su marido. Asustada Bianca de salir así por la primera vez despues de tres ó cuatro meses que se hallaba en Florencia, y amenazada como lo estaba por la sentencia del consejo de los Diez, trató de escusarse sobre la sencillez de sus vestidos que no la permitian presentarse de aquella manera ante un gran señor como el conde de Mondragon. Allí la aguardaba la tentadora. Se aproximó á ella; vió que casi eran las dos de una misma estatura, y añadió que sino habia mas obstáculo para que no fuesen que lo sencillo del traje de Bianca, era muy fácil de superar ese obstáculo porque traería al día siguiente un vestido completo que le habian enviado de la corte; vestido que estaba segura le sentaría tan bien á Bianca como si hubiera sido hecho para ella.

Bianca consintió en todo: este era el único modo de obtener el salvo-conducto: tal vez tambien la serpiente del orgullo se habia introducido en el paraíso de su amor.

Sin embargo, Bianca contó todo á su ma-

rido, escepto lo del ramillete caído por la ventana y recogido por el gran duque Francisco. Además, ¿qué relación tenía aquel ramillete con el conde y la condesa de Mondragon? Pesaba tanto la situación á Pedro como á Bianca: consintió en todo. Además, él tenía también sus secretos: hacia dos ó tres días que una hermosa señora, una dama cubierta con un velo se había interpuesto entre él y su muger. Aunque de pobre condición Bonaventuri tenía todos los gustos de un caballero, y la fidelidad ya se sabe que no era en aquella época la virtud de que más se preciaba la nobleza.

La Mondragon llegó á la hora convenida y con el vestido prometido. Era un hermoso traje de seda matizado de oro, cortado á la española, y que sentaba á Bianca como si hubiese sido hecho para ella. Estremeciéndose la joven de alegría al tacto de aquellas telas aristocráticas con que se había vestido desde su cuna. Es preciso telas de brocado y de terciopelo para barrer las escaleras de mármol de los palacios. Bianca había sido criada en un palacio.

Una bocanada de funesto é inesperado viento la había arrojado en la desgracia; pero era joven, hermosa, y el mal producido por la casualidad podía repararlo la casualidad. La juventud tiene inmensos y desconocidos horizontes en los que se distinguen cosas que la niñez no ve todavía, y que la vejez no verá más.

La madre de Bonaventuri admiraba á su hija con las manos juntas cual si se hallase delante de una Madona.

Subieron todas tres en el carruaje, y se fueron al palacio Mondragon, que estaba situado *Via dei Carneschi*, cerca de *Santa Maria Novella*. Mondragon acababa de hacer edificar aquel palacio por los planos de Ammanato, y hacia un año, pues, que lo habitaba.

Como había quedado convenido, la muger de Mondragon presentó á su marido estas dos mugeres, y contó en pocas palabras las aventuras de Bianca. Mondragon prometió su protección, y como iba á ir al momento mismo á casa del duque, que le había enviado á llamar, les prometió hablar en aquel mismo día en favor de los dos jóvenes.

Bianca no podía ocultar su alegría. Hallábase en un mundo que era el suyo: sus manos tocaban de nuevo el mármol, sus pies pisaban alfombras, el lienzo y la sarga habían cesado por un instante de contristar sus ojos: hallábase delante del terciopelo y de la seda; le parecía no haber abandonado jamás el palacio de su padre, y que todo cuanto veía era suyo. Inmediatamente que salió Mondragon, la suegra de Bonaventuri quiso retirarse; pero la condesa dijo que no dejaría marchar á su protegida, sin hacerla ver antes su palacio en todas sus partes, en atención á que quería saber de ella si era tan bueno como aquellas

magníficas fábricas venecianas que tanto había oído ponderar. Rogó, pues, á la buena muger á quien aquella visita había fatigado, que descansase interin volvían; y después agarrando del brazo la condesa á Bianca, cual dos antiguas amigas, salieron del cuarto y atravesaron dos ó tres aposentos en cada uno de los cuales, la condesa hizo notar á Bianca algun mueble maravillosamente incrustado, ó algun cuadro precioso de aquellos grandes maestros que acababan de morir. En fin, llegadas á un delicioso gabinete cuyas ventanas daban sobre un jardín, obligó allí á sentarse á la joven, y sacando de un estuche todo incrustado de marfil un adorno completo de diamantes demostró todas aquellas riquezas femeninas que ya en tiempo de Cornelia habían perdido tantos corazones de muger. Después colocándolo sobre las rodillas y empujando su silla ante uno de esos grandes espejos que había sido hecho en Venecia.

—Próbase todo esto, la dijo, mientras yo voy á buscar un vestido que acabo de hacer al estilo de vuestro país, y sobre el que quiero me deis vuestra opinión.

Y á estas palabras, sin aguardar la respuesta de Bianca, salió vivamente.

Una muger jamás está sola cuando está con alhajas, y la Mondragon dejaba á Bianca sola con los más hermosos diamantes que jamás había visto. La serpiente conocía su oficio, y sabía que manzana era preciso ofrecer á aquella hija de Eva, para que la hincase el diente.

Así, apenas hubo salido la condesa cuando Bianca se puso á probarse las alhajas; brazaletes, pendientes, diademas, todo encontró su sitio. Acababa de abrocharse un magnífico collar al cuello, cuando vió detrás de sí otra cabeza reflejarse en el espejo. Levantóse vivamente, y se encontró cara á cara con el gran duque Francisco que acababa de entrar por una puerta falsa.

Entonces con aquella rapidez de alma que la caracterizaba, lo comprendió todo. Ruborizándose de vergüenza llevó las manos á su frente, dejándose caer sobre sus dos rodillas.

—Monseñor, le dijo, soy una pobre que no tengo más bien que mi honor, que ni aun es mío, sino de mi marido: en nombre del cielo tened compasión de mí.

—Señora, la dijo el duque levantándola, ¿quién os ha dado de mí tan cruel idea? Tranquilizaos, yo no he venido aquí á tentar vuestro honor, sino á consolaros, á auxiliaros en vuestro infortunio. Mondragon me ha contado algo de vuestras aventuras; contádmelas vos misma por entero, y os prometo oiros con tanto interés como respeto.

Bianca se hallaba cogida; retroceder era parecer temer, y parecer temer, era confesar que se podía ceder; además, la ocasión que tantas veces había deseado de hacer levantar la proscripción de su marido, venía á presen-

tarse por sí misma; hubiera sido mirar su libertad y no aprovecharse de ella.

Bianca quería permanecer de pie delante del príncipe: pero éste, la hizo sentarse y permaneció apoyado sobre el respaldo de su sillón, mirándola y escuchándola. La joven no tuvo necesidad sino de dejar hablar sus recuerdos para hacerse interesante: le contó todo desde sus juveniles y frescos amores, hasta su llegada á Florencia: allí se detuvo, yendo más lejos hubiérase visto precisada á hablar al príncipe de él mismo: y había una cierta historia de un ramillete dejado caer por la ventana que por inocente que fuese no hubiera dejado de causarla algun embarazo.

El príncipe estaba demasiado contento para no prometerlo todo. Fué concedido el salvo-conducto tan ansiado en el mismo momento; pero con la condición de que Bianca fuese á recogerlo ella misma. Hubiera sido perder un gran favor por una pequeña formalidad; Bianca prometió á su vez lo que deseaba el príncipe.

Conocía demasiado bien Francesco á las mugeres, para haber cuidado de hablar de otra cosa en el primer día, que de el interés que se tomaba por Bianca. Sus ojos habían desmentido algo á su boca; pero, ¿cómo sujetar los ojos cuando miran á una muger hermosa?

Apenas había salido el príncipe cuando volvió á entrar la condesa. Al verla Bianca corrió á arrojarle en sus brazos. La Mondragon no tuvo necesidad de más explicación para comprender que la había perdonado su traicioncilla. Ya ve el lector que nos vamos acercando al cardenal Fernando, pues que estamos ya en su hermano.

La suegra no supo nada de lo que había pasado, y Bonaventuri supo únicamente que tendría el salvo-conducto. Pareció causarle esta noticia una alegría tan grande, que si Bianca hubiera sabido la felicidad que con ella le causaba, no hubiera encontrado demasiado caro el adquirirlo teniendo que ir ella misma á recibirlo de las manos de un joven y hermoso príncipe.

Aguardó, pues, con impaciencia el momento de volver á ver al gran duque. Tanto interés tenía de traer aquel bienhadado papel que Pietro estimaba en tanto precio. ¡Ay! aquel papel no era tan codiciado por Pietro, sino porque le daba libertad para seguir de día á la dama del velo que no había podido seguir sino por la noche.

Sucedió lo que debía suceder. Pietro fué el amante de la dama del velo y Bianca fué la querida del duque. Sin embargo, en atención á que Cosme I negociaba en aquella época el matrimonio del gran duque Francisco con la archiduquesa Juana de Austria, se convino entre los dos amantes en que permanecería secreta la intriga: en el entretanto se dió á Pietro Bonaventuri un empleo que bastaba

para el bien estar de toda su pobre familia.

El matrimonio proyectado se hizo: el joven gran duque observó durante un año toda la conveniencia de la política, no visitando á Bianca si no de noche, y saliendo siempre de su palacio solo y disfrazado; pero al cabo de un año, habiendo recibido del gran duque su padre una carta en que le decía que semejantes paseos eran peligrosos para un príncipe, dió á Pietro un empleo en el palacio Pitti y compró para Bianca la linda casa que todavía se ve hoy en la *Via Maggiore*, coronada con las armas de los Médicis. Así Bianca se encontró tan cerca de Francisco que no había necesidad, por decirlo así, mas que de atravesar la plaza de Pitti para hallarse en su casa.

Sábense las disposiciones que tenía Pietro á la disipación y á la insolencia: su nueva posición las dió nueva fuerza. Lanzóse immoderadamente en las orgías, en el juego y en las aventuras galantes y amorosas: se hizo muchos enemigos, entre los bebedores á quienes vencía, entre los jugadores á quienes ganaba su dinero y entre los maridos á quienes burlaba, tanto, que una mañana lo encontraron atravesado con cinco ó seis puñaladas en un corredor al extremo del puente viejo.

Hacia tres años que los dos amantes habían salido de Venecia jurándose amor eterno, y hacia dos que cada cual por su lado había olvidado sus promesas.

Resultado de esto, que Pietro fué poco llorado, aun de su muger, para la que hacía mucho tiempo era un extraño. Solo la buena anciana madre murió de pesar al ver morir así á su hijo.

La pobre Juana de Austria por su parte no era feliz, era gran duquesa en el nombre, empero Bianca Capello lo era de hecho. Para los empleos, para las gracias, para los favores, dirigíanse los cortesanos á la veneciana. La veneciana era omnipotente: tenía pages, una corte entera: los pobres solo acudían á la gran duquesa Juana. Como esta era una muger piadosa, como ordinariamente lo son las princesas de la casa de Austria, ofreció religiosamente sus pesares á Dios. Dios echó una mirada compasiva sobre ellas, vió lo que padecía y la sacó de este mundo.

Atribuyeron esta muerte á aquel hermano de Bianca que había venido á Florencia, y Francisco le había hecho tan magnífico acogimiento que no hubiera hecho más por un rey reinante, lo que según el pueblo, causó tanto disgusto á la desgraciada Juana que malparió; tanto que en lugar de un segundo hijo, que contaba Florencia acompañar alegremente al baptisterio, no vió mas que dos cadáveres que acompañó tristemente al sepulcro.

Sin embargo, el gran duque no era hombre malo, era débil y nada más. Aquel sordo y lento dolor que minaba la existencia de su muger, le causaba de tiempo en tiempo una tristeza que se parecía al remordimiento. En

el momento de morir Juana trató de aprovecharse de aquel sentimiento; hizo venir á la cabecera de su cama al gran duque que desde que había caído enferma se había manifestado muy cuidadoso y muy benévolo con ella. Sin hacerle reconvencciones sobre sus pasados amores, le suplicó que viviese mas religiosamente en el porvenir.

Francesco anegado en lágrimas, besando las manos de su muger, la prometió no volver á ver á Bianca. Juana se sonrió tristemente, meneó la cabeza con aire de duda, murmuró una oración en la que el gran duque oyó muchas veces su nombre y espiró.

Dejó de su matrimonio tres hijas y un hijo.

Durante cuatro meses cumplió Francisco su palabra.

Durante cuatro meses Bianca no estuvo desterrada, pero si alejada de Florencia. Bianca conocía su poder, dejó pasar el tiempo del dolor, de los remordimientos y del juramento del gran duque. Despues un dia le salió al encuentro; y dolor, remordimientos y juramento, todo quedó olvidado.

Tenia ella por confesor un capuchino diestro é intrigante como un jesuita: hizo que el príncipe le nombrase tambien su confesor. El príncipe le confió sus remordimientos: el capuchino le dijo que el único medio de aplacarlo era casarse con Bianca. Ya lo había pensado el gran duque. Su padre Cosme el Grande le había abierto el camino casándose en su vejez con Camila Mantelli. Habíase murmurado y criticado mucho este matrimonio; pero al fin concluyó todo el mundo por callar. Francisco pensó que le sucedería lo mismo que á su padre, y siempre escitado por el capuchino se decidió por fin á poner en armonía su conciencia con sus deseos.

Hacia largo tiempo que los cortesanos habían notado el lado por donde soplabá el viento, y habían hablado al gran duque de esta clase de matrimonios como de la cosa mas sencilla, citando todos los ejemplos que su memoria les podía suministrar, de príncipes eligiendo sus esposas en una familia no real.

La lisonja acabó de decidir á Francesco. Venecia, que en aquel momento tenía necesidad de Florencia, declaró á Bianca Capello hija de la república, tanto que mientras el cardenal Fernando, que no sabía el propósito de su hermano, le andaba buscando, una muger entre todas las córtés de Europa, se desposaba secretamente con Bianca en la capilla del palacio Pitti.

Habíase determinado que permanecería el matrimonio en secreto; pero esto no era el negocio de la gran duquesa. No había llegado tan alto para detenerse en el camino, y aun no habían pasado seis meses, cuando en público como en secreto, en el trono como en el lecho, había ocupado el puesto de la pobre Juana de Austria.

Hacia esta época fué cuando Montaigne, disuadido por un alemán que había sido robado en Espoleto, de ir á Roma por la Marca de Ancona, tomó el camino de Florencia y fué admitido á la mesa de Bianca.

«Esta duquesa, dice, es hermosa en la opinion italiana: un rostro agradable é imperioso, el cuerpo derecho y los pechos deliciosos; me pareció tener mas de lo suficiente para haber hechizado á un príncipe y mantenerle bajo su dominio hacia mucho tiempo. El gran duque echaba bastante agua en el vino; ella casi nada.»

Póngase este retrato al lado del de Broncino, y se verá que los dos se parecen; únicamente hay en el cuadro del sombrión pintor toscano un carácter de fatalidad que no se halla bajo la pluma del sencillo moralista francés.

Tres años despues del matrimonio de Francisco y de Bianca, es decir, á principios del año de 1583, murió el jóven archiduque, dejando el trono de Toscana sin herederos directos. Por esto, á falta de herederos directos, el cardenal Fernando iba á ser gran duque á la muerte de su hermano.

En 1573 el gran duque Francisco había tenido un hijo de Bianca; pero siendo este hijo adúlterino, no podía suceder á su padre: además, contaban cosas muy singulares sobre su nacimiento. Contaban que Bianca, viendo que jamás tendría probablemente otro hijo que una niña que había tenido de su marido, que se llamaba Pelagena, había resuelto suponer uno. En consecuencia se había entendido con una nodriza bolonesa en quien tenía toda su confianza, y he aquí lo que cuentan.

Habia fingido Bianca todas las indisposiciones y síntomas ordinarios de un embarazo: muy pronto á aquellas indisposiciones se reunieron los signos esterióres, tanto que no habiendo ya ninguna duda, el gran duque había anunciado él mismo á sus mas íntimos amigos que Bianca iba á hacerle padre. Desde entonces se aumentó el crédito y el favor de la favorita; se anticipaban á todos sus deseos, y todos sus cortesanos mas solícitos se jactaban de haberle pronosticado un hijo.

La noche del 29 al 30 de agosto de 1576 fué la escogida para el parto: sobre las once de la noche Bianca anunció á su marido que comenzaba á sentir los primeros dolores. Francisco temblando y alegre á la vez, declaró que no se separaría de ella hasta que hubiese parido. No era esto lo que quería Bianca; así hácia las tres de la madrugada comenzaron á aplacarse los dolores, y la partera declaró que probablemente no se verificaría el parto sino dentro de tres ó cuatro horas. Entonces Bianca insistió para que Francisco, cansado desde la víspera, fuese á tomar algun reposo. Cedió Francisco con condicion de que lo despertarían inmediatamente que su querida Bianca comenzara á tener dolores. Bianca lo prome-

tió y con esta promesa se retiró el gran duque.

Dos horas despues fueron á despertarle en efecto, pero para anunciarle que era padre de un niño. Corrió al cuarto de Bianca, que en cuanto lo vió á lo lejos le presentó á su hijo. Pensó volverse loco de alegría el gran duque, y el niño fué bautizado con el nombre de Antonio, por haber declarado Bianca que debía la primera concepcion que la hacia tan feliz á la devocion de este gran santo.

Diez y ocho meses despues del parto de Bianca enviaron á su patria á la bolonesa que había manejado toda esta intriga. La nodriza marchó sin desconfianza y llena de regalos; pero al atravesar las montañas, el caruaje en que iba fué atacado por unos hombres enmascarados que hicieron fuego sobre ella y la dejaron por muerta, herida por tres balazos de arcabuz. Sin embargo, contra todas las esperanzas, volvió á recobrar sus sentidos, y como el juez de la aldea á donde había sido transportada la hiciese un interrogatorio, declaró que habiéndosele caído la máscara á uno de aquellos hombres, había reconocido en él un esbirro al servicio de Bianca; que además había merecido aquel castigo, aunque no esperaba recibirlo de semejante mano, por haber ayudado á engañar al gran duque Francisco dando á su querida el consejo de hacerse pasar por embarazada, y adoptado el proyecto, llevando ella misma en un cesto el niño que había parido la víspera una pobre muger. Este niño no era otro sino el que se había educado con el título de príncipe y bajo el nombre de don Antonio. Hecha esta confesión, espiró la muger. Inmediatamente se envió á Roma el sumario al cardenal Fernando, que hizo sacar una copia que dirigió á su hermano. Pero le fué fácil á Bianca hacer creer á su amante que todo esto no era mas que una intriga urdida contra ella, y esto aumentó el amor del gran duque viendo perseguida á su amante.

Compréndese bien que el negocio había ocasionado demasiado escándalo para que don Antonio pudiese pretender la herencia de su padre. El trono, pues, iba á recaer, si la gran duquesa no tenía otro hijo, en el cardenal, y Francisco mismo comenzaba á perder las esperanzas de tal felicidad, cuando Bianca anunció un segundo embarazo.

Esa vez el cardenal se prometió vigilar él mismo el parto de su cuñada, á fin de que no le hiciesen un nuevo escamoteo. En consecuencia, comenzó por reconciliarse con su hermano Francisco diciéndole que esta nueva prueba de fecundidad que iba á dar la gran duquesa le probaba bien que había sido engañado en la primera por una falsa relacion. Francisco, feliz con ver á su hermano desengañado, se reconcilió con él con toda la franqueza de su corazón. Aprovechóse el cardenal de estas disposiciones para venir á instalarse en el palacio Pitti.

La llegada del cardenal fué medianamente

bien recibida por Bianca, que no se la ocultaba la verdadera causa de aquella recrudescencia de amor fraternal. Conocía Bianca que tenía en el cardenal un espía de todos los instantes; así por su parte estuvo tan alerta que no fué posible cogerla en un descuido. El cardenal mismo dudaba. Si este embarazo no era una realidad, la comedia estaba hábilmente representada: pero tanta destreza le obligó á no quedarse atrás en habilidad.

Llegó el día del parto. El cardenal no podía permanecer en el cuarto de Bianca; pero se colocó en el aposento vecino, por el cual era necesariamente preciso pasar para llegar á donde estaba ella. Allí se puso á rezar en su breviario andando á grandes pasos. Al cabo de una hora de paseos vinieron á rogarle de parte de la enferma que pasase á otro cuarto en atención á que la incomodaba.

—Que haga su negocio, que yo hago el mio, respondió el cardenal.

Y sin querer oír mas, continuó paseando. Un instante despues entró el confesor de la gran duquesa. Era un capuchino de ancho hábito. El cardenal se fué á él y le cogió en sus brazos para recomendarle su hermana con un afecto enteramente particular.

Al abrazar al buen fraile sintió el cardenal ó creyó sentir, una cosa estraña en su grande manga: metió allí la mano y sacó un robusto muchacho.

—Hermano, le dijo el cardenal, ya estoy mas tranquilo, y estoy seguro al menos de que mi cuñada no morirá de parto.

Comprendió el fraile que lo mejor era evitar el escándalo, y preguntó al cardenal lo que debía hacer.

El cardenal le dijo que entrase en el cuarto de la gran duquesa, que la dijese al confesarla lo que acababa de suceder: según ella hiciese obraría el cardenal. El silencio traería el silencio y el ruido traería el ruido.

La gran duquesa vió que por esta vez era preciso renunciar á dar un heredero á la corona, y tomó el partido de malparir. Por su parte el cardenal cumplió la palabra, y no se supo nada de aquella tentativa abortada.

Resultó que nada turbó la buena armonía que reinaba entre los dos hermanos. Al otoño siguiente el cardenal fué invitado por Francisco á venir á pasar los dos meses de *Villegiatura á Poggia á Cajano*. Aceptó porque era muy aficionado á la caza, y el palacio de *Poggia á Cajano* era uno de los sitios reservados para cazar el gran duque Francisco.

El dia mismo de la llegada del cardenal, Bianca, que sabía que al cardenal le gustaban mucho las tortas hechas de cierto modo, quiso prepararle ella misma una. Supo el cardenal por el gran duque Francisco la intencion de su cuñada, y como no tenía una gran confianza en su reconciliacion, aquella galantería no dejó de alarmarle. Afortunadamente poseía el cardenal un ópalo que le había sido regala-

lado por el papa Sisto V, y cuya propiedad era la de volverse negro cuando se le aproximaba á una sustancia envenenada. No dejó de hacer el cardenal la prueba sobre la torta preparada por Bianca. Sucedió lo que había previsto. Al acercarle á la torta, el ópalo se oscureció, y el cardenal declaró que habiéndolo pensado bien no comería la torta. Insistió el duque un instante; mas viendo que eran inútiles sus instancias:

—Pues bien, dijo volviéndose hácia su muger, puesto que mi hermano no come su plato favorito, me lo comeré yo, á fin de que no se diga que una gran duquesa se ha hecho pastelera inútilmente.

Y se sirvió un pedazo de la torta.

Hizo Bianca un movimiento para impedirlo, pero se contuvo.

Era horrible la posición, era preciso que confesase su crimen ó que dejase morir á su marido emponzoñado. Echó una rápida ojeada sobre su pasada vida y vió que había agotado todos los goces de la tierra y alcanzado todas las grandezas humanas.

Fué rápida su determinación cual lo había sido el día en que había huido de Venecia con Pietro: cortó un pedazo de torta igual al que había comido el gran duque, le alargó una mano y comió con la otra sonriendo, el pedazo envenenado.

A la mañana siguiente Francesco y Bianca habían muerto. Un médico abrió sus cuerpos por orden de Fernando y declaró que habían sucumbido de una fiebre maligna. Tres días después el cardenal había arrojado su capelo y subido sobre el trono.

Esta es la historia de la estatua que se levanta sobre la plaza de la Dársena de Liorna. La carrera del cardenal fué todavía notable por otros muchos actos; testigo los cuatro esclavos encadenados que adornan el pedestal de su estatua: pero creemos haber contado la parte mas curiosa y mas interesante de su vida, y si además quieren nuestros lectores conocer mas detalles pueden consultar á *Galucci*.

Como en la plaza además de la estatua hay una porción de coches de alquiler, subimos á uno de ellos y nos hicimos llevar á la iglesia de Montenero. Encierra esta iglesia una de las madonas mas milagrosas que existen. Quiere una tradición popular decir que esta santa imagen natural del monte Eubea en el Negro-Ponto se causó un día de su patria. Sintiendo un deseo de locomoción bien lisonjero para el Occidente, se apareció á un sacerdote y le mandó que la trasportase á Montenero. El sacerdote se informó de la parte del mundo donde se hallaba esta montaña y supo que estaba en los alrededores de Liorna. Inmediatamente se puso en camino llevando consigo la santa imagen, y después de un viage de dos meses llegó á su término, el que le fué indicado por uno de los mas señalados milagros: la madona se hizo tan pesada que fué imposible

al sacerdote dar un paso mas. Comprendió que había llegado á su destino: se detuvo pues; y con la limosna de los fieles fundó el monasterio de Montenero.

Un año después el capitán de un buque liornés habiendo hecho un viage al monte Eubea, declaró haber tomado en la montaña misma que había habitado la Madona durante dos ó tres siglos la medida del sitio que ocupaba: esta medida concordaba exactamente con su ancho y su altura.

Desde entonces ya no hubo dudas sobre la realidad del milagro sino para los artistas, que reconocieron la madona por una pintura de Margaritone, uno de los contemporáneos de Cimabue; el mismo Margaritone que creyó haber recompensado dignamente á Farinato de los Huberti llevándole, cuando salvó á Florencia, después de la batalla de Monte Aperto, un crucifijo pintado por su mano. Castigó Dios su orgullo: el pobre anciano murió de pesar al ver los progresos que Cimabue había hecho hacer al arte.

Recomendamos á los artistas la Madona de Montenero como un monumento curioso de la pintura griega del siglo trece.

Por la noche al volver nos ajustamos con un veturino y al día siguiente á las nueve salimos para Florencia.

REPUBLICAS ITALIANAS.

Una palabra de historia sobre la Italia que vamos á recorrer: dando primero la vuelta al tronco, veremos después en seguida en que dirección se extienden todas las ramas.

Dios puso seis días en su Génesis, la Italia seis siglos en el suyo.

Sobre todo fueron las ciudades de las costas las primeras que se encontraron maduras para la libertad. Ya en el tiempo de Colon se había notado que los marinos eran los mas independientes de los hombres. Así como los desiertos, la mar es un refugio contra la tiranía: el hombre que se halla sin cesar entre el cielo y el agua, rico y poderoso con el espacio que tiene ante sí, tiene gran trabajo en reconocer otro señor que Dios.

Resultaba de aquí que Génova y Pisa dependían mas del imperio como ciudades del interior. Pero mas que ellas, sin embargo, se habían sustraído poco á poco á su dominio. En las expediciones que hacían por su propia cuenta á las islas de Córcega y de Cerdeña, trataban hacia largo tiempo de la paz y de la guerra, de los rescates y de los tributos, y

esto según su buena voluntad, y sin dar cuenta á nadie. Gracias á este camino hácia la independencia, estas dos ciudades se hallaban ya á fines del siglo X en un estado tan grande de prosperidad, que en 982, Oton envió siete de sus barones para obtener de la marina pisana un refuerzo de galeras que le auxiliase en su expedición de Calabria. Mientras se hallaban en Pisa murió Oton. Esta muerte hacia inútil su viage, pero no sin envidiar la suerte de los toscanos, que habían visto la fertilidad de sus llanuras y la riqueza de sus ciudades. Seducidos por las promesas de porvenir que el cielo había hecho á aquel hermoso país, obtuvieron de la municipalidad los títulos de ciudadanos, y de su obispo la infeudación de algunos castillos. Este fué el tronco de las siete familias pisanas que permanecieron tres siglos á la cabeza de la fracción güelfa ó de la gibelina. Se llamaban Visconti, Godimari, Orlandi, Vecchionessi, Gualandi, Sismondi, Lanfranchi.

Por su parte Génova, tendida al pie de sus áridas montañas que la separan cual un muro de la Lombardia, orgullosa con uno de los mas bellos puertos de Europa, poblado ya de buques en el siglo X, sacando de su situación el beneficio de hallarse aislada de la sede del imperio, se entregaba con todo el ardor de su juvenil existencia, al comercio y á la marina. Saqueada en 936 por los sarracenos, poco menos de un siglo después se aliaba con los pisanos para ir á llevarles á Cerdeña el hierro y el fuego que habían venido á traer de la Liguria: y Caffaro, autor de su primera crónica comenzada en 1104 que llega á 1164, nos dice que en aquella época, Génova tenía ya magistrados supremos, y aquellos magistrados llevaban el título de cónsules que gobernaban alternativamente en número de cuatro ó de seis, y que permanecían en sus puestos tres ó cuatro años.

En cuanto á las ciudades del centro de la Italia, habían quedado rezagadas. El espíritu de libertad que había pululado sobre las costas había pasado sobre Milan, sobre Florencia, Perusa y Arezzo, ciudades que no teniendo mar para lanzar en él sus velas, habían continuado sus señores obedeciendo á los emperadores; cuando el monge Hildebrando fué llamado en 1075 al pontificado bajo el nombre de Gregorio VII. Enrique IV reinaba entonces.

Apenas habían pasado tres años desde la exaltación del nuevo papa, en el que debía personificarse la democracia de la edad media, cuando echando los ojos sobre la Europa y viendo fructificar al pueblo en todas partes como las espigas en abril, comprendió que el sucesor de San Pedro era el que debía recoger la mies de libertad que había sembrado la palabra de Jesucristo. Desde 1076 publicó, pues, una decretal que prohibía á sus sucesores someter su nombramiento al poder tempo-

ral: desde este día la silla pontifical se colocó al nivel del trono del emperador y el pueblo tuvo su César.

Sin embargo, Enrique IV no era de carácter de renunciar sus derechos, así como Gregorio VII no tenía ánimo de someterse á él: respondió á la decretal con un rescripto; su embajador vino en nombre suyo á Roma á mandar al pontífice soberano que se despojase de la tiara y que los cardenales se fuesen á su corte á fin de designarles otro papa. Encontróse la lanza con el escudo, el hierro había rechazado al hierro. Gregorio VII respondió excomulgando al emperador.

A la noticia de esta medida reuniéronse los principes alemanes en Terburgo, y como el emperador en su cólera se había escudado de sus derechos, que se extendían á la investidura y no al nombramiento, amenazaban despojarle en virtud del mismo derecho que él había escudado, si en el término de un año no se reconciliaba con la Santa Sede.

Enrique se vió obligado á obedecer. Se presentó como suplicante en la cima de aquellos Alpes que había amenazado pasar como vencedor: en un invierno rigoroso atravesó la Italia para ir de rodillas y descalzo á pedir al papa la absolución de su culpa. Asti, Milan, Perusa, Cremona y Lodi le vieron pasar así: y fuertes con su debilidad aprovecharon el pretexto de su excomunión para librarse de sus juramentos. Por su parte, Enrique IV temiendo irritar todavía al papa ni aun intentó hacerlas entrar en su obediencia y ratificó su libertad: ratificación que en realidad no necesitaban, así como el papa la investidura. De esta división entre la Santa Sede y el emperador, entre el pueblo y el feudalismo, nacieron las facciones Güelfa y Gibelina.

Durante este tiempo y como para preparar la libertad de Florencia, Godofredo de Lorena, marqués de Toscana, y Beatriz su muger, murieron el uno en 1070 y la otra en 1076, dejando á la condesa Matilde heredera y soberana del mas grande feudo que jamás ha existido en Italia. Casada dos veces, la primera con Godofredo el Joven, la segunda con Güelfo, perdió sucesivamente á los dos esposos y murió sin heredero, legando sus bienes á la silla de San Pedro.

Esta muerte dejó á Florencia casi libre para imitar á las demas ciudades de Italia. Erigióse, pues, en república, dando á su vez el ejemplo que había recibido á Siena, á Pistoia y Arezzo. Sin embargo, la nobleza florentina sin permanecer indiferente á la gran cuestión que dividía á la Italia no había entrado en ella con el mismo calor que las otras ciudades: había permanecido dividida, es verdad, en dos partidos pero no en dos campos. Cada uno de estos partidos observaba con mas desconfianza al otro, y si no era la paz lo que había tampoco era la guerra.

Entre las familias güelfas una de las mas no-

lado por el papa Sisto V, y cuya propiedad era la de volverse negro cuando se le aproximaba á una sustancia envenenada. No dejó de hacer el cardenal la prueba sobre la torta preparada por Bianca. Sucedió lo que había previsto. Al acercarle á la torta, el ópalo se oscureció, y el cardenal declaró que habiéndolo pensado bien no comería la torta. Insistió el duque un instante; mas viendo que eran inútiles sus instancias:

—Pues bien, dijo volviéndose hácia su muger, puesto que mi hermano no come su plato favorito, me lo comeré yo, á fin de que no se diga que una gran duquesa se ha hecho pastelera inútilmente.

Y se sirvió un pedazo de la torta.

Hizo Bianca un movimiento para impedirlo, pero se contuvo.

Era horrible la posición, era preciso que confesase su crimen ó que dejase morir á su marido emponzoñado. Echó una rápida ojeada sobre su pasada vida y vió que había agotado todos los gozes de la tierra y alcanzado todas las grandezas humanas.

Fué rápida su determinación cual lo había sido el día en que había huido de Venecia con Pietro: cortó un pedazo de torta igual al que había comido el gran duque, le alargó una mano y comió con la otra sonriendo, el pedazo envenenado.

A la mañana siguiente Francesco y Bianca habían muerto. Un médico abrió sus cuerpos por orden de Fernando y declaró que habían sucumbido de una fiebre maligna. Tres días después el cardenal había arrojado su capelo y subido sobre el trono.

Esta es la historia de la estatua que se levanta sobre la plaza de la Dársena de Liorna. La carrera del cardenal fué todavía notable por otros muchos actos; testigo los cuatro esclavos encadenados que adornan el pedestal de su estatua: pero creemos haber contado la parte mas curiosa y mas interesante de su vida, y si además quieren nuestros lectores conocer mas detalles pueden consultar á *Galucci*.

Como en la plaza además de la estatua hay una porción de coches de alquiler, subimos á uno de ellos y nos hicimos llevar á la iglesia de Montenero. Encierra esta iglesia una de las madonas mas milagrosas que existen. Quiere una tradición popular decir que esta santa imagen natural del monte Eubea en el Negro-Ponto se causó un día de su patria. Sintiendo un deseo de locomoción bien lisonjero para el Occidente, se apareció á un sacerdote y le mandó que la trasportase á Montenero. El sacerdote se informó de la parte del mundo donde se hallaba esta montaña y supo que estaba en los alrededores de Liorna. Inmediatamente se puso en camino llevando consigo la santa imagen, y después de un viage de dos meses llegó á su término, el que le fué indicado por uno de los mas señalados milagros: la madona se hizo tan pesada que fué imposible

al sacerdote dar un paso mas. Comprendió que había llegado á su destino: se detuvo pues; y con la limosna de los fieles fundó el monasterio de Montenero.

Un año después el capitán de un buque liornés habiendo hecho un viage al monte Eubea, declaró haber tomado en la montaña misma que había habitado la Madona durante dos ó tres siglos la medida del sitio que ocupaba: esta medida concordaba exactamente con su ancho y su altura.

Desde entonces ya no hubo dudas sobre la realidad del milagro sino para los artistas, que reconocieron la madona por una pintura de Margaritone, uno de los contemporáneos de Cimabue; el mismo Margaritone que creyó haber recompensado dignamente á Farinato de los Huberti llevándole, cuando salvó á Florencia, después de la batalla de Monte Aperto, un crucifijo pintado por su mano. Castigó Dios su orgullo: el pobre anciano murió de pesar al ver los progresos que Cimabue había hecho hacer al arte.

Recomendamos á los artistas la Madona de Montenero como un monumento curioso de la pintura griega del siglo trece.

Por la noche al volver nos ajustamos con un veturino y al día siguiente á las nueve salimos para Florencia.

REPUBLICAS ITALIANAS.

Una palabra de historia sobre la Italia que vamos á recorrer: dando primero la vuelta al tronco, veremos después en seguida en que dirección se extienden todas las ramas.

Dios puso seis días en su Génesis, la Italia seis siglos en el suyo.

Sobre todo fueron las ciudades de las costas las primeras que se encontraron maduras para la libertad. Ya en el tiempo de Colon se había notado que los marinos eran los mas independientes de los hombres. Así como los desiertos, la mar es un refugio contra la tiranía: el hombre que se halla sin cesar entre el cielo y el agua, rico y poderoso con el espacio que tiene ante sí, tiene gran trabajo en reconocer otro señor que Dios.

Resultaba de aquí que Génova y Pisa dependían mas del imperio como ciudades del interior. Pero mas que ellas, sin embargo, se habían sustraído poco á poco á su dominio. En las expediciones que hacían por su propia cuenta á las islas de Córcega y de Cerdeña, trataban hacia largo tiempo de la paz y de la guerra, de los rescates y de los tributos, y

esto según su buena voluntad, y sin dar cuenta á nadie. Gracias á este camino hácia la independencia, estas dos ciudades se hallaban ya á fines del siglo X en un estado tan grande de prosperidad, que en 982, Oton envió siete de sus barones para obtener de la marina pisana un refuerzo de galeras que le auxiliase en su expedición de Calabria. Mientras se hallaban en Pisa murió Oton. Esta muerte hacia inútil su viage, pero no sin envidiar la suerte de los toscanos, que habían visto la fertilidad de sus llanuras y la riqueza de sus ciudades. Seducidos por las promesas de porvenir que el cielo había hecho á aquel hermoso país, obtuvieron de la municipalidad los títulos de ciudadanos, y de su obispo la infeudación de algunos castillos. Este fué el tronco de las siete familias pisanas que permanecieron tres siglos á la cabeza de la fracción güelfa ó de la gibelina. Se llamaban Visconti, Godimari, Orlandi, Vecchionessi, Gualandi, Sismondi, Lanfranchi.

Por su parte Génova, tendida al pie de sus áridas montañas que la separan cual un muro de la Lombardia, orgullosa con uno de los mas bellos puertos de Europa, poblado ya de buques en el siglo X, sacando de su situación el beneficio de hallarse aislada de la sede del imperio, se entregaba con todo el ardor de su juvenil existencia, al comercio y á la marina. Saqueada en 936 por los sarracenos, poco menos de un siglo después se aliaba con los pisanos para ir á llevarles á Cerdeña el hierro y el fuego que habían venido á traer de la Liguria: y Caffaro, autor de su primera crónica comenzada en 1104 que llega á 1164, nos dice que en aquella época, Génova tenía ya magistrados supremos, y aquellos magistrados llevaban el título de cónsules que gobernaban alternativamente en número de cuatro ó de seis, y que permanecían en sus puestos tres ó cuatro años.

En cuanto á las ciudades del centro de la Italia, habían quedado rezagadas. El espíritu de libertad que había pululado sobre las costas había pasado sobre Milan, sobre Florencia, Perusa y Arezzo, ciudades que no teniendo mar para lanzar en él sus velas, habían continuado sus señores obedeciendo á los emperadores; cuando el monge Hildebrando fué llamado en 1075 al pontificado bajo el nombre de Gregorio VII. Enrique IV reinaba entonces.

Apenas habían pasado tres años desde la exaltación del nuevo papa, en el que debía personificarse la democracia de la edad media, cuando echando los ojos sobre la Europa y viendo fructificar al pueblo en todas partes como las espigas en abril, comprendió que el sucesor de San Pedro era el que debía recoger la mies de libertad que había sembrado la palabra de Jesucristo. Desde 1076 publicó, pues, una decretal que prohibía á sus sucesores someter su nombramiento al poder tempo-

ral: desde este día la silla pontifical se colocó al nivel del trono del emperador y el pueblo tuvo su César.

Sin embargo, Enrique IV no era de carácter de renunciar sus derechos, así como Gregorio VII no tenía ánimo de someterse á él: respondió á la decretal con un rescripto; su embajador vino en nombre suyo á Roma á mandar al pontífice soberano que se despojase de la tiara y que los cardenales se fuesen á su corte á fin de designarles otro papa. Encontróse la lanza con el escudo, el hierro había rechazado al hierro. Gregorio VII respondió excomulgando al emperador.

A la noticia de esta medida reuniéronse los principes alemanes en Terburgo, y como el emperador en su cólera se había escedido de sus derechos, que se extendían á la investidura y no al nombramiento, amenazaban despojarle en virtud del mismo derecho que él había escedido, si en el término de un año no se reconciliaba con la Santa Sede.

Enrique se vió obligado á obedecer. Se presentó como suplicante en la cima de aquellos Alpes que había amenazado pasar como vencedor: en un invierno rigoroso atravesó la Italia para ir de rodillas y descalzo á pedir al papa la absolución de su culpa. Asti, Milan, Perusa, Cremona y Lodi le vieron pasar así: y fuertes con su debilidad aprovecharon el pretexto de su excomunion para librarse de sus juramentos. Por su parte, Enrique IV temiendo irritar todavía al papa ni aun intentó hacerlas entrar en su obediencia y ratificó su libertad: ratificación que en realidad no necesitaban, así como el papa la investidura. De esta división entre la Santa Sede y el emperador, entre el pueblo y el feudalismo, nacieron las facciones Güelfa y Gibelina.

Durante este tiempo y como para preparar la libertad de Florencia, Godofredo de Lorena, marqués de Toscana, y Beatriz su muger, murieron el uno en 1070 y la otra en 1076, dejando á la condesa Matilde heredera y soberana del mas grande feudo que jamás ha existido en Italia. Casada dos veces, la primera con Godofredo el Joven, la segunda con Güelfo, perdió sucesivamente á los dos esposos y murió sin heredero, legando sus bienes á la silla de San Pedro.

Esta muerte dejó á Florencia casi libre para imitar á las demas ciudades de Italia. Erigióse, pues, en república, dando á su vez el ejemplo que había recibido á Siena, á Pistoia y Arezzo. Sin embargo, la nobleza florentina sin permanecer indiferente á la gran cuestión que dividía á la Italia no había entrado en ella con el mismo calor que las otras ciudades: había permanecido dividida, es verdad, en dos partidos pero no en dos campos. Cada uno de estos partidos observaba con mas desconfianza al otro, y si no era la paz lo que había tampoco era la guerra.

Entre las familias güelfas una de las mas no-

bles, de las mas poderosas y de las mas ricas era la de Buon del Monte. El primogénito de esta casa estaba desposado con una jóven de la familia de los Amadei aliada á los Huberti y conocida por sus opiniones gibelinas. Buon del Monte, de los Buon del Monti, era señor de Montebuono en el valle del Arno Superior, y habitaba un soberbio palacio construido en la plaza de la Trinidad.

Un dia que, segun su costumbre, atravesaba á caballo y magníficamente vestido las calles de Florencia, se abrió al pasar una ventana y se oyó llamar por su nombre.

Volvióse Buon del Monte: pero viendo que la que le llamaba estaba cubierta con un velo, prosiguió su camino.

La dama le llamó segunda vez y alzó su velo.

Entonces Buon del Monte la reconoció por ser de la casa de los Donati, y deteniendo su caballo la preguntó con cortesía qué era lo que tenía que decirle.

—No tengo mas que felicitarte sobre tu pronto matrimonio. Buon del Monte, le dijo la dama con tono burlon; no deseo mas que admirar tu abnegacion que te hace aliarte á una casa tan inferior á la tuya. Sin duda un antepasado de los Amadei habrá hecho un gran servicio á uno de los tuyos y tú pagas la deuda de la familia.

—Os equivocais, noble dama, respondió Buon del Monte, si existe alguna distancia entre nuestras dos casas, no es el agradecimiento el que la borra si no el amor. Amo á Lucrecia Amadei mi futura esposa y me caso con ella porque la quiero.

—Perdon, señor Buon del Monte, continuó la Gualdrada; pero me parece que el mas noble debia casarse con la mas rica, el mas rico con la mas noble, y el mas hermoso con la mas hermosa.

—Pero hasta ahora, respondió Buon del Monte, no hay mas que el espejo que he hecho traer de Venecia que me haya enseñado un rostro comparable al de Lucrecia.

—Habeis buscado mal, monseñor, ó os habeis cansado muy pronto. Perderia en breve Florencia su nombre de ciudad de las flores si no contase en su parterre otra rosa mas hermosa que la que vais á coger.

—Florencia tiene pocos jardines que yo no haya visto, pocas flores cuyos colores yo no haya admirado, cuyos perfumes yo no haya respirado: solo las margaritas y las violetas habrán podido escaparse á mis ojos ocultándose entre la yerba.

—Todavía hay azucenas que brotan en la márgen de las fuentes, que crecen á la sombra de los sauces y bañan sus pies en el arroyo para conservar su frescura, su belleza y su pureza.

—¿Tiene el jardín del palacio de la señora Gualdrada alguna cosa semejante que hacerme ver?

—Tal vez si el señor Buon del Monte se digna hacerme la honra de visitarme.

Buon del Monte arrojó la brida de su caballo en manos de su page y se lanzó al palacio Donati.

La Gualdrada lo esperaba en lo alto de la escalera: le llevó por los corredores oscuros hasta un cuarto retirado. Abrió la puerta, levantó la cortina de tapiz y Buon del Monte vió una jóven dormida.

Quedóse estático de admiracion Buon del Monte; nada mas hermoso, mas fresco ni mas puro habian visto hasta entonces sus ojos. Era una de esas cabezas rubias tan raras en Italia de que Rafael ha hecho el tipo de sus vírgenes; era un tinte tan blanco que creeriase que se habia abierto al pálido sol del Norte: era un talle tan esbelto, tan flexible, tan aéreo, que Buon del Monte temia respirar de miedo de que aquel ángel al despertar no volviese á subir al cielo.

La Gualdrada volvió á dejar caer la cortina. Buon del Monte hizo un movimiento para detenerla. Ella le contuvo la mano.

—Hé aquí la esposa que yo te habia guardado, solitaria y pura, le dijo: pero tú te has dado mucha prisa, Buon del Monte, has ofrecido tu corazon á otra, márchate. Está bien, márchate y sé feliz.

Buon del Monte suspenso guardaba silencio.

—Y bien, continuó la Gualdrada, ¿olvidas que la bella Lucrecia te espera?

—Escucha, le dijo Buon del Monte cogiéndola la mano, si yo renunciase á este amor y rompiese los compromisos contraidos, si ofreciese casarme con tu hija, ¿me la darías?

—¿Y cuál seria la madre tan vana ó tan insensata que rehusase la alianza con un Montebuono?

Entonces Buon del Monte alzó la cortina, se arrodilló junto al lecho de la jóven, cuya mano cogió, y como la dormida entreabrióse los ojos: despertó, mi querida esposa, le dijo. Despues volviéndose hácia la Gualdrada: acudid á buscar al sacerdote, madre mia, y si vuestra hija me acepta por esposo, llevadnos al altar.

El mismo dia Buon del Monte se casó con Lucia Gualdrada de la casa de Donati.

Al dia siguiente se difundió la noticia de aquel matrimonio. Los Amadei dudaron algun tiempo la injuria que se les habia hecho, pero llegó el momento en que no pudieron dudar ya. Entonces convocaron á sus parientes los Huberti, Difanti, Lamberti y Gualdalandi, y cuando estuvieron reunidos les espusieron la causa de aquella reunion.

En aquellos tiempos de honor irascible, de resentimiento y de venganza, semejante afrenta no podia lavarse sino con sangre. Mosca propuso la muerte de Buon del Monte, y su muerte quedó acordada por unanimidad.

En la mañana de Pascua, acababa Buon

del Monte de atravesar el puente Viejo y bajaba el Longo Arno, cuando muchos hombres á caballo como él desembocaron en la calle de la Trinidad, y salieron á su encuentro. Llegados á cierta distancia se separaron en dos grupos á fin de atacar por dos lados. Buon del Monte reconoció en los que hácia él venian sus enemigos: pero sea confianza en su lealtad ó en su valor, continuó su camino sin dar muestras de desconfianza: lejos de ello, al llegar cerca de ellos los saludó con cortesía. Entonces Schazeto de los Huberti, sacó de debajo de su capa su brazo armado con una maza, y de un solo golpe derribó á Buon del Monte de su caballo. En el mismo momento Addo Azighi echando pie á tierra, por miedo de que no estuviere mas que aturdido, le cortó las venas con su cuchillo. Buon del Monte se arrastró hasta los pies de Marte, protector pagano de Florencia, cuya estatua estaba todavia en pie, y espiró.

No tardó en propagarse la noticia de esta muerte en la ciudad. Todos los parientes de Buon del Monte se reunieron en la casa mortuoria, hicieron enganchar un carro, y colocaron en un ataúd descubierto el cuerpo de la víctima. La jóven viuda se sentó sobre el ataúd, apoyó la cabeza hecha pedazos de su esposo en su pecho: los parientes mas próximos le rodearon, y la comitiva se puso en marcha por las calles de Florencia precedida del anciano padre de Buon del Monte, que vestido de luto, y montado en un caballo con arneses enlutados, gritaba de tiempo en tiempo con sorda voz: ¡venganza! ¡venganza! ¡venganza!

A vista de aquel cadáver ensangrentado, á vista de aquella hermosa viuda llorando y con los cabellos sueltos, y á vista de aquel padre que acompañaba al ataúd del hijo que hubiera debido seguir el suyo, se exasperaron los ánimos, y cada casa noble tomó partido segun sus opiniones, sus alianzas ó parentescos: cuarenta y dos familias de la primera gerarquía se hicieron güelfos, es decir, papistas, y tomaron el partido de Buon del Monte: veinte y cuatro se declararon gibelinas, es decir, imperialistas, y reconocieron á los Huberti por su gefe. Cada uno reunió á su partido, fortificaron sus palacios, levantaron sus torres, y durante treinta y tres años la guerra civil encerrándose en los muros de Florencia, corrió desenfrenada por sus calles y por sus plazas públicas.

Sin embargo, los gibelinos que, como se ha visto, eran numéricamente mas débiles en una mitad, desesperando de vencer si se veian reducidos á sus propias fuerzas, se dirigieron al emperador que les envió mil seiscientos caballeros alemanes. Introdujose esta tropa furtivamente en la ciudad por una de las puertas pertenecientes á los gibelinos, y la noche de las Candelas, en 1248, el partido güelfo vencido, se vió obligado á abandonar á Florencia. Los vencedores dueños de la ciu-

dad, se entregaron entonces á esos excesos que eternizan las guerras civiles; treinta y seis palacios fueron demolidos y destruidas sus torres: el de los Toringi que domiaba la plaza del Mercado Viejo, y que se alzaba todo cubierto de mármol á la altura de ciento veinte brazas minado por su base, se hundió como un gigante. El partido del emperador triunfó, pues, en Florencia, y los güelfos permanecieron desterrados hasta 1254, época de la muerte de Federico II.

Prodojo esta muerte una reaccion: los güelfos fueron llamados, el pueblo volvió á tomar una parte de la influencia que habia perdido.

Uno de sus primeros reglamentos, fué una orden de destruir las fortalezas tras de las cuales los caballeros desafiaban las leyes. Un rescripto obligó á los nobles á destruir las torres de sus palacios á la altura de cinco brazas, y los materiales que resultaron de esta demolicion, sirvieron para levantar las murallas de la ciudad, que no estaban fortificadas por la parte del Arno. En fin, en 1252 el pueblo, para consagrar la vuelta de la libertad á Florencia, acuñó con el oro mas puro esa moneda que se llama florin, del nombre de la ciudad que le dió nacimiento, y desde hace setecientos años ha permanecido con el mismo busto, y con el mismo peso, sin que ninguna de las revoluciones que han sobrevivido á la que al florin debe su nacimiento, se haya atrevido á cambiar su sello popular ó alterar su oro republicano.

Sin embargo, los güelfos, mas generosos ó mas confiados que sus enemigos, habian permitido á los gibelinos permanecer en la ciudad; aprovecharon estos de la libertad para urdir una conspiracion que fué descubierta. Los magistrados les dieron orden entonces de venir á justificar su conducta, pero los rechazaron los arqueros del Podestá á pedradas y con flechas. El pueblo entero se levantó tambien, vino á atacar á los enemigos en sus casas, los sitió en los palacios y en las fortalezas: en dos dias concluyó todo.

Schazeto de los Huberti, el que con su maza habia matado á Buon del Monte, murió con las armas en la mano. Otro Huberti y un Infangati tuvieron la cabeza cortada en la plaza del Mercado Viejo, y los que escaparon de la matanza ó de la justicia, guiados por Farinata de los Huberti, salieron de la ciudad y fueron á Siena á pedir un asilo, que les concedió.

Farinata de los Huberti era uno de esos hombres de la familia del baron de los Adrest, del condestable de Borbon, y de esos campeones de guerra con un brazo de hierro y un corazon de bronce, cuyos ojos se abren en una ciudad sitiada y se cierran en un campo de batalla.

La muerte del emperador privaba de sus recursos ordinarios á los gibelinos, que eran dirigirse al emperador. Enviaron entonces di-

putados á Manfredo, rey de Sicilia: estos diputados pedían un ejército. Manfredo ofreció cien hombres. Estaban los embajadores á punto de rehusar aquella oferta, que miraban como una burla, pero Farinata les escribió: aceptad, lo importante es tener la bandera de Manfredo entre nosotros, que cuando la tengamos, yo veré de plantarla en tal sitio que sea necesario que nos envíe un refuerzo para recogerla.

Entretanto el ejército güelfo persiguió al gibelino, y vino á establecer su campo delante de la puerta de Camelgisse, cuyo polvo era tan dulce á Alfieri; á Camelgisse mi godo il pulverone.

Después de algunas escaramuzas sin consecuencia, habiendo recibido Farinata los cien hombres de armas de Manfredo, mandó una batida, y los hizo distribuir los vinos mas exquisitos de la Lorena. Después, cuando vió empeñado el combate entre güelfos y gibelinos, bajo pretexto de librar á los suyos, se puso á la cabeza de sus auxiliares alemanes y los hizo dar una carga tan fuerte, que sus cien hombres de armas se encontraron envueltos por sus enemigos. Los alemanes se batieron como desesperados, pero la lucha no era igual para que el valor pudiese algo en ella. Todos cayeron: Farinata solo y por milagro, se abrió paso y pudo reunirse á los suyos cubierto de la sangre de sus enemigos, cansado de matar, pero sin ninguna herida.

Habia logrado su objeto: los caballeros y los soldados de Manfredo gritaron venganza; el estandarte real, llevado á Florencia, habia sido arrastrado por el lodo y hecho trizas por el populacho. Habia recibido una afrenta la casa de Suabia, se habia manchado el escudo imperial. Una victoria podia solo vengar la una y limpiar el otro. Farinata de los Huberti escribió al rey de Sicilia contándole la batalla: Manfredo le respondió enviándole dos mil hombres.

Entonces el leon se convirtió en zorro para traer á los florentinos á una mala posición. Farinata fingió tener celos de los gibelinos. Escribió á los Conceini para indicarles una cita á un cuarto de legua de la ciudad: doce hombres le aguardaron allí, él fué solo. Les ofreció si querían mandar un ejército poderoso contra Siena, entregarles la puerta de San Vito. Los gefes gibelinos no querían acceder sino con el parecer del pueblo. Volvieron, pues, juntaron consejo, Farinata entró en la ciudad. La asamblea era tumultuosa. La mayoría era de opinión de acceder, pero algunos mas previsores temían una traición. Los Conceini que habian entrado en la negociacion, y que debían sacar de ella honra, lo apoyaban con todo su poder; el pueblo apoyaba á los Conceini. El conde Didiegüere y Aldobrandini trataron en vano de oponerse á la mayoría: el pueblo no quiso escucharles. Entonces Buon de Güerardini, conocido por su pruden-

cia y adhesión á la patria, se levantó y trató de hacerse oír. Pero los Conceini le mandaron callarse. No por eso dejó de continuar su discurso. Los magistrados le condenaron á cien florines de multa. Güerardini consintió en pagarlos si á ese precio le concedían la palabra. Doblaron la multa; Güerardini aceptó el nuevo castigo diciendo que nunca podria pagar demasiado cara la facultad de dar un buen consejo á la república. En fin, hicieron subir la multa hasta la cantidad de cuatrocientos florines sin que pudieran hacerle callar. Esta abnegacion, este sacrificio que se tomó por terquedad, irritó los ánimos, y se propuso y adoptó la pena de muerte contra aquel que se atreviese á oponerse así á la voluntad del pueblo. Fué intimada inmediatamente la sentencia á Güerardini que la escuchó tranquilo; después, levantándose una última vez:

—Haced llevarme al cadalso, dijo, pero dejadme hablar mientras lo levantan.

En lugar de caer á los pies de aquel hombre, lo arrestaron y le llevaron á la cárcel. Entonces, como él era el solo que se oponía, y además, ninguno tenía corazón para seguir semejante ejemplo, la proposición fué adoptada. Florencia tuvo que pedir inmediatamente socorro á sus aliados. Bolonia, y las demas ciudades respondieron á su invitación. Al cabo de dos meses, los güelfos habian reunido tres mil caballos, y treinta mil infantes.

El lunes 3 de setiembre de 1260 salió muy secretamente aquel ejército de los muros de Florencia, y marchó hácia Siena. En medio de una guardia escogida entre los mas valientes, rodaba el Caroccio. Era este un carro dorado tirado por dos bueyes cubiertos con guadrapas encarnadas, de en medio del cual se elevaba una cadena rodeada á un globo dorado. Encima de este globo flotaba el estandarte de Florencia, que en el momento del combate era confiado solo al que se reputaba por mas valiente. Encima un Cristo crucificado parecia bendecir al ejército con sus brazos abiertos. Una campana colocada cerca de él llamaba hacia un centro común á los que la pelca dispersaba. Y esta pesada atalaya que llevaba el Caroccio, quitando todo medio de huir, forzaba al ejército ó á abandonar con oprobio, ó á defenderle con encarnizamiento.

Esta era una invención de Heriberto, arzobispo de Milan, que queriendo regularizar é igualar la caballería de las ciudades á las de las aldeas, la habia usado por la vez primera en la guerra contra Conrado. Así era el medio de que la caballería arreglase su paso al de esta pesada máquina.

El que le guiaba era un anciano de setenta años llamado Juan Tornequila. Sobre la plataforma del Caroccio, reservado á los mas valientes, estaban sus siete hijos, á los que habia hecho jurar antes que un solo enemigo tocara á aquel arca del honor de la edad media.

En cuanto á la campana habia sido bendecida por el papa Martin, y en honor de su padrino se llamaba Martinella.

El 10 de setiembre al amanecer se encontró el ejército sobre el monte Aperto, situado á cinco millas de Siena hácia la parte oriental de la ciudad: descubrió entonces en toda su extensión la ciudad que esperaba sorprender. Inmediatamente un obispo subió sobre la plataforma del Caroccio y dijo la misa, que todo el ejército oyó solemnemente de rodillas con la cabeza descubierta. Después, terminado el santo sacrificio, desplegó el estandarte de Florencia, y lo entregó en manos de Jacoppo de Vacca de la familia de los Pazzi.

Apenas estaban allí cuando se abrió la puerta de San Vito. La caballería alemana salió la primera, detrás los magistrados florentinos, aunque sin Farinata, después se presentaron los ciudadanos de Siena con su caballería, constituyendo en todo unos trece mil hombres. Los florentinos viendo que los habian hecho traición, compusieron su ejército con la caballería, y pensando que eran uno contra tres, dieron grandes gritos de insulto y provocación, y se dispusieron á hacer cara al enemigo.

En aquel momento, el obispo que habia dicho la misa, y que como todos los hombres privados de un sentido habia ejercitado los otros en reemplazar á este, oyó tras de sí ruido, se volvió y sus ojos débiles como estaban creyeron divisar entre él y el horizonte una línea que un instante antes no existía. Tocó en el hombro á su vecino y le preguntó si lo que veía era una muralla ó una niebla.

—Ni lo uno, ni lo otro, dijo el soldado, son los escudos de los enemigos.

En efecto, un cuerpo de caballería alemana habia flanqueado el Monte Aperto, pasado el Arbia por un vado, y atacaba la espalda del ejército florentino mientras que el resto de los sieneses le presentaba de frente la batalla.

Entonces Jacoppo del Vacca, pensando que habia llegado la hora de dar la batalla, levantó sobre todas las cabezas el estandarte de Florencia que representaba un leon, y gritó: —¡Adelante!

Pero en el mismo momento Bocca de Abatiti, que era gibelino, con toda su alma, sacó la espada de la vaina, y de un solo tajo derribó la mano y el estandarte. Después gritando: ¡já mi los gibelinos! se separó con trescientos nobles del mismo partido del ejército güelfo para ir á reunirse á la caballería alemana.

Grande era entretanto la confusión entre los florentinos. Jacoppo de Vacca levantaba su mutilado y ensangrentado brazo gritando: ¡traición! Nadie pensó en recoger del suelo el estandarte pisoteado por los caballos, y cada cual viéndose cargado por el que un momento antes creía su hermano, en lugar de apoyarse sobre su vecino, se alejaba de él, te-

miendo mas la espada que debía defenderle que la que debía atacarle.

Entonces el grito de ¡traición! proferido por Jacoppo de Vacca corrió de boca en boca, y cada caballero olvidando la salvación de la patria, para no pensar mas que en la suya, echó por el lado que le pareció menos peligroso, dando su vida á la velocidad de su caballo, y dejando espirar su honor en lugar suyo en el campo de batalla, tanto que de aquellos tres mil hombres, que era toda la flor de la nobleza, treinta y cinco permanecieron solo y no quisieron huir, y allí murieron.

La infantería, que estaba compuesta del pueblo de Florencia y de gentes allegadizas de las ciudades aliadas se portó mejor, y se acoderó sobre Caroccio. En aquel punto se concentró el combate, y la gran carnicería que, según el Dante, tiñó de encarnado el agua del Arbia.

Lo strazio é le grande scempio
che fece l' Arbia colorata in rosso.

Pero privados de su caballería no podían mantenerse los güelfos, porque los únicos que habian quedado sobre el campo de batalla eran, como hemos dicho, gente del pueblo, que armada de improviso y de mala manera con hoces, bieldos y alabardas no habian tenido que oponer á la longitud de la lanza y á la espada de dos manos de los caballeros sino escudos de madera, corazas de búfalo, ó petos acolchados.

Los hombres y los caballos revestidos de hierro entraban así fácilmente en medio de aquellas masas, y las hacían profundos claros: mas sin embargo, animadas por el sonido de Martinella, que no cesaba de tocar tres veces, volvieron á rehacerse aquellas masas, rechazando de sí la caballería alemana, que tres veces salió mermada y ensangrentada como un hierro de una herida.

En fin, con el auxilio de la diversion que hizo Farinata á la cabeza de los emigrados florentinos y del pueblo de Siena, llegaron los caballeros hasta el Caroccio. Pasó entonces á vista de los dos ejércitos un hecho maravilloso: fué el de un anciano de la guardia á la que hemos dicho que el Caroccio estaba confiado y que habia hecho jurar á sus siete hijos morir en el sitio donde él los habia colocado.

Durante todo el tiempo que habia ya habido el combate, los siete jóvenes habian permanecido sobre la plataforma del Caroccio, desde donde dominaban el ejército; y tres veces habian vuelto los ojos con impaciencia hácia su padre; pero una señal del anciano los habia contenido: en fin, habia llegado la hora en que era preciso morir: el anciano gritó á sus hijos, ¡vamos!

Saltaron los jóvenes del Caroccio, á escepcion de uno solo á quien su padre agarró por el brazo: este era el mas joven, y por

consecuencia el mas amado: tenia apenas diez y siete años, y se llamaba Arnolfo.

Los seis hermanos estaban armados como caballeros, es decir, con corazas de hierro; así resistieron valerosamente el choque de los gibelinos. Durante este tiempo, el padre, con la mano que no sujetaba á Arnolfo tocaba la campana á reunion: los güelfos cobraron ánimo, y los caballeros alemanes fueron rechazados por cuarta vez. El anciano vio volver hácia él á cuatro de sus hijos; dos habian caído ya para no levantarse jamás.

En el mismo instante por el lado opuesto se oyeron grandes gritos, y se vió abrirse la muchedumbre: era Farinata de los Huberti á la cabeza de los emigrados florentinos; habian seguido á la caballería güelfa hasta que se aseguró que no volveria mas al combate, cual hace el lobo que aleja los perros antes de arrojarlos sobre el rebaño.

El anciano, que dominaba la refriega, le reconoció en su penacho, en sus armas, y todavía mas en sus golpes. El hombre y el caballo no parecian hacer sino una sola pieza, y se semejaban á un monstruo cubierto con sus mismas escamas. Cuanto caía bajo el golpe del uno era pisoteado al punto por los pies del otro; todo le hacia paso ante él. El anciano hizo señal á sus cuatro hijos, y Farinata vino á tropezar contra un muro de hierro. Inmediatamente aquellas masas se estrecharon en derredor de sí, y volvió á comenzar el combate.

Farinata era el único entre las gentes de á pie que dominaba con toda la altura de su caballo, porque habia dejado á los otros caballeros gibelinos y alemanes muy detrás de él. Podia el anciano seguir con los ojos su fulminante espada, que se levantaba y bajaba con la regularidad de un martillo de fragua: oír el grito de muerte que seguía á cada golpe. Dos veces creyó reconocer la voz de sus hijos; sin embargo, no cesó de tocar la campana. Únicamente con la otra mano apretaba con mas fuerza el brazo de Arnolfo.

Al fin retrocedió Farinata, pero como retrocede un leon destrozado y rugiendo. Dirigió su retirada hácia la caballería florentina de los emigrados que cargaba para socorrerlo. Entre el momento que pasó antes de que pudiese alcanzarlos, vió el anciano volver á dos de sus hijos. Ni una lágrima se deslizó de sus ojos; ni una queja exhaló su corazón: únicamente estrechó á Arnolfo contra su pecho.

Pero Farinata, los emigrados florentinos y los caballeros alemanes, se hallaban reunidos; y mientras todo el ejército sienés cargaba por su parte, la infantería contra la infantería, se preparaba á cargar por la suya.

El último ataque fué terrible. Tres mil hombres á caballo y cubiertos de hierro se lanzaron en medio de diez ó doce mil infantes que permanecian todavía alrededor del

Caroccio: entraron en aquella masa, abriendo sus filas, como una inmensa serpiente de que la espada de Farinata era el Jardo. El anciano vió adelantarse el monstruo enroscando sus gigantescos anillos: hizo seña á sus dos hijos: lanzáronse delante del enemigo con toda la reserva: Arnolfo lloraba de vergüenza por no seguir á sus hermanos.

El anciano los vió caer uno á uno. Entonces puso la cuerda de la campana en mano de Arnolfo, y saltó de la plataforma: el pobre padre no habia tenido valor de ver morir á su sétimo hijo. Farinata pasó sobre el cuerpo del padre, como habia pasado sobre el cuerpo de los hijos. El Caroccio fué cogido; y como Arnolfo continuaba en tocar la Martinella á pesar de las órdenes contrarias que recibía, Della Presa saltó sobre la plataforma, y le partió la cabeza de un hachazo.

En el momento en que los florentinos no oyeron la voz de Martinella, no trataron ni aun de reunirse. Cada cual huyó por su lado: algunos se refugiaron en el castillo de Monte Aperto, donde fueron hechos prisioneros al día siguiente: diez mil hombres quedaron tendidos en el campo de batalla.

La pérdida de la batalla de Monte Aperto ha quedado para Florencia como uno de esos grandes desastres, cuya memoria se perpetua de generación en generación. Despues de cinco siglos y medio todavía el florentino enseña con tristeza á los viajeros el sitio del combate, y busca en las aguas del Arbia aquel rojizo tinte que las habia dado la sangre de sus antepasados. Por su parte los sienésese envanecen todavía hoy con su victoria. Las antenas del Caroccio, que vió caer tantos hombres en derredor suyo en aquella fatal jornada están preciosamente conservadas en la basílica, como Génova conserva en sus puertas las cadenas del puerto de Pisa, como Perugia guarda en la ventana del palacio municipal el leon de Florencia. ¡Pobres ciudades de quienes no queda de su libertad antigua mas que los trofeos que se han arrebatado las unas á las otras! ¡Pobres esclavas á quienes sus señores por burla sin duda han clavado en la frente sus coronas de reina!

El 27 de setiembre el ejército gibelino se presentó delante de Florencia, en donde encontró á todas las mugeres de luto: porque dice Villani, no habia una sola que no tuviese que llorar la muerte de un hijo, de un hermano ó de un marido. Las puertas estaban abiertas: no se hizo oposicion alguna. Al día siguiente todas las leyes güelfas fueron abolidas, y el pueblo, dejando de tener parte en el consejo, volvió á entrar en la dominacion de la nobleza.

Entonces una dieta de las ciudades gibelinas de la Toscana se convocó en Empoli. Los embajadores de Pisa y de Siena declararon que no veian otros medios de extinguir la guerra civil que destruir completamente á

Florencia, verdadera ciudad de los güelfos y que no dejaria nunca de favorecer aquel partido. Los condes Guido y Alberti, los Santafior y los Ubaldini apoyaron esta proposicion.

Todos los señores aplaudieron, ora por ambicion, ora por odio, ora por temor. Iba á adoptarse la mocion, cuando Farinata de los Huberti se levantó.

Sublime fué el discurso aquel que pronunció este florentino por Florencia; este hijo ahogando en favor de su madre; este victorioso pidiendo gracia para los vencidos, ofreciendo morir para que viviese su patria, comenzando como Coriolano y terminando como Camilo.

La palabra de Farinata venció en el consejo, como su espada habia vencido en la batalla. Florencia fué salvada: los gibelinos restablecieron allí la sede de su gobierno; y el conde Guido Novello, capitán de gendarmes de Manfredó, fué nombrado gobernador de la ciudad.

En el quinto año de esta reaccion imperial nació en Florencia un niño que recibió de sus padres el nombre de Alighieri, y del cielo el del Dante.

Duraron así las cosas desde 1260 hasta 1266.

Pero una mañana se supo en Florencia que Manfredó, aquel gran protector del partido gibelino habia sido muerto en la batalla de Grandella, y que aquel que habia hecho temblar la Italia, no tenia otro sepulcro que la piedra que al pasar habia arrojado sobre su cadáver cada soldado del ejército francés. Tambien se supo entonces que el arzobispo de Cosenza, habiendo envidiado aquel sepulcro improvisado por la piedad de sus enemigos, habia hecho extraer su cuerpo y lo habia hecho arrojar sobre las fronteras del reino en las orillas del rio Verde.

Se comprende la mudanza que causó esta noticia en el partido güelfo. Manifestó el pueblo su alegría con gritos é iluminaciones; acercáronse á la ciudad los desterrados, no esperando mas que el momento de entrar en ella; y Guido Novello y sus mil quinientos gendarmes, que es todo lo que habia quedado despues de la batalla de Monte Aperto, salió como un naufrago sobre una roca que ve á cada instante la marea creciente.

En lugar de hacer esforzadamente frente al peligro, y mantener á Florencia por el temor, lo que hubiera sido posible aun con sus mil quinientos hombres, creyó Guido que aplacaríase los ánimos, haciendo á los partidos esas concesiones que dan la medida de su fuerza. Hizo venir á Florencia para ser juntos *podestás* de Florencia, porque los *podestás* ya se sabe debian ser siempre extranjeros, dos caballeros de una nueva orden que acababa de levantarse, y que dispensaba de los votos de castidad y de pobreza, haciendo únicamente juramento de defender las viudas y los huér-

fanos. De estos caballeros el uno era gibelino, el otro güelfo. Se les compuso un consejo de treinta y seis peritos divididos políticamente del mismo modo; se autorizó á los ciudadanos á reunirse en corporaciones, y se formaron doce gremios de artes y oficios, de donde viene la denominacion de artes mayores y artes inferiores, que tan frecuentemente se encuentra en la historia de Florencia; se concedió á las siete artes mayores, que eran los juriscosultos, los mercaderes de paño estrangero, los banqueros, los fabricantes de lana, los médicos, los fabricantes de seda y especiería, y los plateros, estandar-tes bajo los cuales debieran colocarse en caso de alarma las artes inferiores; y se esperaba que de este contacto naceria una fusion.

Resultó precisamente todo lo contrario: del contacto nació un motin, en consecuencia del cual Guido y sus mil quinientos hombres se vieron obligados á abandonar á Florencia y retirarse á Prato.

Esta retirada fué la señal de la reaccion güelfa. Sintiéndose incapaces de pelear los gibelinos abandonaron la partida: se salieron de la ciudad, y el gobierno, de aristocrático que era, se convirtió de la noche á la mañana en popular.

¿Dónde estaba en esta gran circunstancia Farinata de los Huberti? Su nombre no se pronuncia ni una sola vez en esta nueva catástrofe. El gigante desapareció como un fantasma, y no se le vuelve á hallar si no cuarenta años despues en el infierno del Dante, donde sumergido hasta la cintura en un sepulcro ennegrecido por las llamas, se queja, no del dolor que siente, sino del encarnizamiento con que los florentinos persiguen su nombre y su familia.

En efecto, los florentinos que no habian olvidado la derrota de Monte Aperto, habian dado una ley mandando que fuese arrasado el palacio de Farinata de los Huberti, que pasase el arado sobre sus cimientos, y que jamás se levantase sobre aquel terreno en donde habia sido concebido en un día de la cólera celestial el moderno Coriolano, ningun edificio público ni privado.

La misma ley mandaba que los Huberti fuesen para siempre esceptuados de todas las amnistías que en lo sucesivo se pudiesen conceder á los gibelinos.

Nos hemos estendido tanto sobre Florencia, porque vamos á visitar á Florencia desde luego, y nos hemos detenido en este año 1266, porque desde esta época casi datan los mas antiguos monumentos que haremos visitar con nosotros á nuestros lectores. En cuanto al resto de su historia, escrita la hallaremos sobre sus palacios, sus estatuas, y sus sepulcros; y á cada paso que demos por sus calles y sus plazas públicas tropezaremos con ella.

CAMINO DE LIORNA A FLORENCIA.

Tomamos un veturino que nos llevase de Liorna á Florencia. Este era entonces casi el único modo de comunicación entre las dos ciudades (1). Hay un carruaje público que hace el camino, pero más feliz que el filósofo griego nos puede dar la prueba.

Esta inacción de la diligencia depende de una especie de ánimo popular tan extendido en Toscana que los diferentes gobiernos que allí se han sucedido jamás han podido borrar ese antiguo barniz guelfo esparcido por todas partes. Todavía hoy no solo los individuos sino también los palacios y los barrios tienen la opinión de que las troneras planas son guelfas y las troneras vacías gibelinas.

Siendo los veturinos la expresión del comercio popular, y las diligencias el resultado de la industria aristocrática, naturalmente los veturinos han vencido á las diligencias, y porque el gobierno siempre guiado por el espíritu democrático que quiere el bienestar del mayor número las ha impuesto tales condiciones, que al cabo de cierto tiempo las empresas no han podido sostenerse.

Además, las diligencias salen á hora fija, y aguardan los viajeros, los veturinos salen á todas horas y van tras de los parroquianos. Son los cocheros de alquiler que se estacionan en ciertos puntos para hacer viajes á las provincias. Apenas se ha puesto el pie fuera de la lancha que le lleva á uno desde el buque de vapor al puerto, cuando se ve asaltado, rodeado, acometido, aturdido, sofocado por veinte cocheros que le miran á uno como una mercancía, le tratan como tal en consecuencia y concluirían por cargarlo á uno al hombro si se les dejase. Así que ha habido familia que habiendo sido separada en el puerto de Liorna no ha podido reunirse sino en Florencia. En vano se mete uno en un coche de alquiler; saltan á la trasera, encima, y en la puerta del hotel se encuentra uno como en el puerto en medio de diez ó doce tuñantes que gritan á cual más porque han estado aguardando.

Es bueno decir que se va á Liorna para algún negocio de comercio y que se piensa pasar allí ocho días. Preciso es, en consecuencia pedir al guarda del hotel delante de aquellos honrados industriales de que quiere uno desembarazarse, si tiene un cuarto libre para una semana. Entonces le creen á uno algunas veces, abandonan la presa que cuentan volver á coger más tarde, y se vuelven á

(1) Después de escrito esto por Dumas se ha construido un magnífico camino de hierro de Liorna á Florencia, donde se llega en muy poco tiempo.

todo correr para atrapar á otro viajero y dejan á uno libre.

Esto no quita que al salir una hora después se encuentren uno ó dos centinelas á la puerta. Estos son los favoritos del hotel; han sido avisados por el mozo, al que han dado una propina, de que no es dentro de ocho días cuando uno se marcha si no en el mismo día ó al siguiente.

Es preciso apresurarse á volver á entrar con estos. Si se tuviese la imprudencia de salir con ellos, cincuenta de sus camaradas acudirían á sus gritos y volverían á comenzar la escena del puerto.

Piden diez piastras por carruaje: ¡presenta francos por andar diez y seis leguas! es preciso ofrecerles cinco y todavía con condición de que se han de cambiar tres veces los caballos y que no han de cambiar de carruaje. Gritarán, se les despide. Al cabo de diez minutos entra uno por la ventana y se ajusta en treinta francos.

Arreglado este precio es uno sagrado para todo el mundo. En cinco minutos se extiende la noticia de que está uno *arreglado*; entonces puede ir uno á donde le da la gana, todo el mundo le saluda y le desea un buen viaje: creeríase uno en medio del pueblo más desinteresado de la tierra. A la hora dicha el *legno* está á la puerta. En Italia la palabra *legno* se aplica á todo lo que transporta; así una lancha, una carretela de seis caballos, un carretón, un barco de vapor se llama *legno*. *Legno* es lo mismo que *robba*, *legno* y *robba* son el fondo de la lengua. El *legno* es un infame carretón, pero no hay que reparar en ello, no hay otros en las cocheras del *padrone*. Además, no se iría mejor en la diligencia. La cuestión de que se necesita ocuparse es la de la *buona mano*, es decir, la propina para echar un trago.

Este es el gran negocio que necesita tratarse prudentemente. De la propina depende el tiempo que se ha de tardar en el viaje; este tiempo varía al arbitrio del cochero de seis á doce horas. Un príncipe ruso nuestro que había olvidado hacerse enterar de esto, tardó veinte y cuatro horas en el camino y pasó una noche muy mala.

Esta es la historia; después volveremos á hablar en seguida de la *buona mano*.

El príncipe C... había llegado con su madre y un criado alemán á Liorna. Como todo viajero que llega á Liorna, había buscado inmediatamente los medios de salir de allí lo más pronto posible. Como hemos dicho los medios vienen á buscarle á uno; no se trata más sino de saber hacer uso de ellos.

Los veturinos habían sabido por los factchini que habían llevado los equipajes, que tenían que habérselas con un príncipe. En su consecuencia le pidieron doce piastras en lugar de diez; y él por su parte, en lugar de ofrecerles cinco les respondió.

—Bueno, os daré las doce piastras, pero no quiero fastidiarme á cada parada con los cocheros, y os encargáis de la *buona mano*.

—*Va, bene*, contestó el veturino.

En consecuencia, el príncipe C... había dado sus doce piastras y el *legno* había partido al galope llevándole á él y á todo su *robba*.

eran las nueve de la mañana y según sus cálculos el príncipe debía estar en Florencia hacia las tres ó las cuatro de la tarde.

A un cuarto de legua de Liorna, los caballos se habían alojado naturalmente y habían tomado el paso. El cochero se había puesto á cantar sobre su pescante, no interrumpiendo sus canciones sino para hablar con sus conocidos; pero bien pronto, como se habla mal andando, se detuvo cuantas veces tuvo ocasión de hablar.

Toleró este proceder el príncipe durante una media hora ó tres cuartos de hora; pero al cabo de este tiempo calculando que habían andado casi una milla sacó la cabeza por la portezuela gritando en el más puro toscano.

—*Avanti! avanti! tirale via*.

—¿Cuanto darcis de *buona mano*? preguntó el cochero en el mismo idioma.

—¿Qué me habláis de *buona mano*? dijo el príncipe, he dado doce piastras á vuestro amo, á condición que se encargaría de todo.

—La *buona mano* no es cosa de los amos, respondió el cochero. ¿Cuanto darcis de *buona mano*?

—Ni un cuarto, ya lo he pagado.

—Pues entonces, si quiere S. E., iremos al paso.

—¿Cómo que iremos al paso? ¿vuestro amo se ha comprometido conmigo á ponerme en seis horas en Florencia.

—¿Dónde está el papel? preguntó el cochero.

—¿El papel? pues qué, ¿es necesario para eso hacer un papel?

—Ya veis que si no tenéis un papel no podéis obligarme.

—¿Que no puedo obligarte? dijo el príncipe.

—No, excelencia.

—Pues bien, ahora lo vamos á ver.

—Ahora lo vamos á ver, repitió tranquilamente el cochero, y puso su ganado al paso.

—¿Frantz! dijo en sajón el príncipe á su criado; baja y dále una paliza á ese tunante.

Frantz bajó del carruaje, y sin hacer la menor objeción, sacó al cochero del pescante, le zurró con toda la gravedad alemana, le volvió al pescante, y después, enseñándole el camino:

—*Vor waestes*, le dijo y volvió á sentarse cerca de él.

El cochero volvió á ponerse en camino, únicamente que anduvo un poco más lentamente que antes.

Se causa uno de todo, hasta de pegar á un

cochero. Convencido el príncipe que de una manera ó de otra concluiría por llegar, aconsejó á su madre que durmiese, y arrellanándose en un rincón del coche, la dió el ejemplo.

Seis horas gastó el cochero para ir desde Liorna á Pontedera: cuatro horas lo más era lo que se necesitaba. Después, llegado á Pontedera, invitó al príncipe á que bajase, anunciándole que era preciso cambiar de carruaje.

—Pero, dijo el príncipe, yo he pagado doce piastras á vuestro amo con espresa condición de que no cambiaría de carruaje.

—¿Dónde está el papel? preguntó el cochero.

—¿Bribon! si sabes que no lo tengo.

—Pues bien, si no tenéis papel se cambiará de carruaje.

Gran gana tenía el príncipe de sacudir aquella vez al cochero por sí mismo; pero vid en las trazas de los que rodeaban el coche que no sería prudente hacerlo. En su consecuencia bajó del *legno*: echaron su equipaje al suelo, y al cabo de una hora casi le trajeron una mala carreta dislocada y dos caballos que apenas podían tenerse en pie.

En cualquiera otra circunstancia el príncipe, que es generoso á la vez como un gran señor ruso y un artista francés, hubiera dado un lais á los postillones; pero se le había metido en la cabeza que caer era un mal ejemplo, y se obstinó en no darlo. Subió, pues, en su carreta, y como el nuevo cochero estaba prevenido de que no había *buona mano* echó á andar al paso en medio de las risas y casi de los silbidos de todos los concurrentes.

Esta vez eran tan miserables los caballos, que hubiera sido caso de conciencia que fuesen más que al paso.

Gastó el príncipe, pues, otras seis horas desde Pontedera á Empoli.

Al llegar á Empoli, el cochero paró su carruaje y se acercó á la portezuela.

—¿Duerme aquí S. E.? dijo al príncipe.

—¿Cómo que si duermo! ¿Estamos en Florencia?

—No, excelencia, estamos en Empoli, una lindísima población.

—Yo he pagado doce piastras á tu amo para ir á dormir á Florencia y no á Empoli, é iré á dormir á Florencia.

—¿Dónde está el papel, excelencia?

—¡Vete al diablo con tu papel!

—¿Vuestra excelencia no tiene papel?

—No.

—Bien, dijo el cochero volviéndose á subir en su pescante.

—¿Qué dices? le gritó el príncipe.

—Digo que bien, respondió el cochero dando un latigazo á sus sardinas.

Y por la primera vez desde Liorna se sintió llevado el príncipe al pequeño trote. Pare-

cióle de buen presagio el paso, y sacó la cabeza por la portezuela.

Las calles estaban llenas de gente y las ventanas iluminadas; era la fiesta de la Madonna de Empoli, que pasa por ser muy milagrosa. Al pasar por la plaza vió que bailaban.

Hallábase el príncipe ocupado de aquellas gentes, de aquella iluminación y de aquellos bailes, cuando de repente vió que entraban bajo una especie de bóveda: detuvo el paso el carruaje.

—¿Dónde estamos? preguntó el príncipe.

—En la cochera de la posada, excelencia.

—¿Por qué en la cochera?

—Porque será más cómodo para cambiar de caballos.

—Vamos, vamos, despachaos, dijo el príncipe.

—Subito, respondió el cochero.

Sabia el príncipe que hay ciertas palabras de que es preciso desconfiar en Italia, atendido á que significan todo lo contrario de lo que se promete. Sin embargo, viendo que desenganchaban los caballos, echó los cristales del coche y aguardó.

Al cabo de media hora de esperar bajó los cristales y se asomó á la portezuela del carruaje.

—Y bien! dijo. Nadie respondió. ¡Frantz gritó el príncipe! ¡Frantz!

—Monseñor, respondió Frantz despertándose sobresaltado.

—¿Dónde diablos estamos?

—No sé nada, monseñor.

—¿Cómo que no sabes nada?

—No, me he dormido y me despierto.

—¡Oh Dios! exclamó la princesa, estamos en una caverna de ladrones.

—No, dijo Frantz, estamos en una cochera.

—Y bien, abre la puerta y llama á alguno, dijo el príncipe.

—La puerta está cerrada.

—¿Cómo cerrada? exclamó á su vez el príncipe saltando del carruaje.

—Miradlo vos mismo, monseñor.

El príncipe sacudió con todas sus fuerzas la puerta que estaba perfectamente cerrada. Llamó el príncipe á voz en grito; nadie respondió. Buscó una piedra para derribar la puerta: no había piedras.

Como el príncipe antes que todo era un hombre de gran sensatez, después de haberse asegurado de que no podían ó no querían oírle, resolvió sacar el mejor partido de aquella posición, echó los vidrios, preparó á todo evento sus pistolas, dió las buenas noches á su madre, y puso sus piernas en la banqueta de delante. Frantz había hecho otro tanto en el pescante: solo la princesa se quedó con los ojos abiertos, creyendo que habían caído en alguna emboscada de malhechores.

Pasóse la noche sin alarma. A las siete de la mañana se abrieron las puertas de la coche-

ra y un veturino se presentó á la puerta con dos caballos.

—¿No hay aquí viajeros para Florencia? preguntó el veturino con un tono de perfecta honradez y como si hiciese una pregunta enteramente natural.

Abrió el príncipe la portezuela, y saltó del carruaje con intención de ahogar al que le hacia aquella pregunta; pero viendo que no era el mayoral del día anterior pensó que podría castigar al bueno por el malo, al menos al inocente por el culpable. Se detuvo.

—¿Dónde está el cochero que nos ha traído aquí? preguntó pálido de cólera, pero con la mayor sangre fría aparente, y respondiendo á una pregunta con otra pregunta.

—¿Pepino, querrá decir V. E.?

—El cochero de Pontedera.

—Pues bien, ese es Pepino.

—Pues entonces, ¿dónde está Pepino?

—Ya está de retorno en su casa.

—¿Cómo de retorno en su casa?

—Si, si, como era fiesta en Empoli, hemos bebido y bailado juntos toda la noche, y esta mañana á la una me ha dicho: Gaetano, vas á coger los caballos é ir á buscar á dos visgeros y á su criado que están en la cochera de la Cruz de Oro: todo está pagado excepto la *buona mano*. Entonces yo le he preguntado como es que los viajeros habían preferido pasar la noche en la cochera en lugar de un cuarto. A esto Pepino me ha dicho que eran ingleses, y que han tenido miedo que no les dieran sábanas limpias, y mejor han querido acostarse en su coche. Como yo sé que los ingleses son estrafalarios no me ha extrañado. Entonces me he echado un *fiasco* al colete, he ido á buscar mis caballos, y aquí estoy para servirlos. Si aun es temprano volveré.

—¿No por vida de...! dijo el príncipe, enganchad y no perlamos un minuto: hay una piastra de *buona mano* si en tres horas estamos en Florencia.

—¿En tres? dijo el veturino, no se necesita tanto. En el momento en que hay una piastra de *buona mano* espero que en dos estaremos allí.

—Dios os oiga, buen hombre, dijo la princesa.

El cochero cumplió su palabra; el príncipe salió á las siete de Empoli y á las nueve se apeaba en la plaza de la Trinidad.

Había empleado justamente veinte y cuatro horas para ir de Liorna á Florencia.

El primer cuidado del príncipe después de haberse desayunado, porque ni él ni su madre habían probado bocado desde la vispera por la mañana, fué el ir á dar su queja.

—¿Teneis un papel donde constase la obligación? preguntó el jefe del *buon governo*.

—No, dijo el príncipe.

—Pues bien, os aconsejo que dejéis las cosas tal como están: únicamente otra vez no deis más que cinco piastras al amo y una

FLORENCIA.

Durante los veranos Florencia se halla vacía. Encajonada sobre sus altas montañas, edificada sobre un rio que durante nueve meses no arrastra sino polvo, espuesta sin que nada pueda garantirla á un ardiente sol que reflejan las negruzcas piedras de sus calles y las blanqueadas paredes de sus palacios, Florencia, menos el *aria cattiva*, es, como Roma, una inmensa estufa desde el mes de abril al de octubre: así hay para todo dos precios: precio de verano y precio de invierno. No hay necesidad de decir que el precio de invierno es el doble del precio de verano; depende esto de que á fines del otoño un gran número de ingleses de todas gerarquías, de todos sexos, de todas edades, y sobre todo, de todos colores, vienen á caer sobre la capital de la Toscana.

Habíamos llegado al principio del mes de junio, y todo se preparaba para las fiestas de San Juan. Fuera de esta existencia, en donde es natural que la ciudad quiera honrar á su patron, las fiestas son el gran negocio de Florencia. Allí es siempre fiesta, media fiesta ó cuarto de fiesta; en el mes de julio, por ejemplo, gracias al parto feliz de la gran duquesa, que se verificó el 10 ó el 12, y que por consecuencia se encontró colocado entre la fiesta de la Pascua de Pentecostés, no hubo mas que cinco días de trabajo.

Habíamos llegado, pues, en buen momento para ver á los habitantes, pero malo para visitar los edificios, en atención á que los días de fiesta todo se cierra á las doce.

La primera necesidad que hay en Florencia, es el descanso. El placer mismo creo que entra despues de este, y es preciso que los florentinos se hagan cierta violencia para visitarse. Parece que cansada de sus largas convulsiones políticas, la ciudad de los Médicis no aspira mas que al fabuloso sueño de la *bella dormida de los bosques*. No hay mas que los campaneros que no descansan ni de día ni de noche. No comprendo cómo los pobres diablos no se mueren de trabajo; es un verdadero oficio de galeotes.

Hay en Florencia, no solo un hombre político muy célebre, sino tambien un hombre de mundo de mucho talento y á quien Napoleón llamaba un gigante en un entresuelo. Este es el conde de Fosombroni, ministro de Negocios extranjeros y secretario de Estado. Cada vez que le obligen á adoptar alguna innovación, á alterar ó á hacer algun cambio de política, se contenta con sonreirse y responde tranquilamente:—*Il mondo va da se*: es decir, el mundo anda solo.

Tiene razon, para su mundo, porque su

y media á los cocheros. Tendreis una economía de cinco piastras y media y llegareis diez horas mas pronto.

Desde aquel tiempo el príncipe no ha dejado ni una sola vez de seguir el consejo del presidente del *buon governo*, y le ha salido perfectamente. La moral de todo esto es que al salir de Liorna es preciso sacar el reloj, ponerlo á vista del cochero y decirle:

—Hay cinco *paoli de buona mano* si estamos dentro de dos horas en Pontedera.

Allí se llegará á las dos horas.

Se usará del mismo procedimiento al salir de Pontedera y de Empoli, y en seis horas y media á mas tardar se llegará á Florencia: tomando la posta se gastarian dos horas mas.

A la mitad del camino de Liorna á Florencia se levanta como un gigantesco hito la torre de *San Miniato al Tedesco*.

San Miniato al Tedesco es la cuna de la familia Bonaparte; de aquel nido ha salido esa bandada de águilas que han caído sobre el mundo; y ¡cosa extraña! á Florencia, es decir, al pié de *San Miniato al Tedesco*, los Napoleones, gracias á la hospitalidad fraternal del gran duque Leopoldo II, vienen todos á morir.

El último miembro de la familia Bonaparte que habitó *San Miniato al Tedesco*, fué un anciano canónigo, que murió, creo, en 1828, era un primo de Napoleón. Este hizo todo cuanto pudo para decidirle á dejar su canonicato y darle un obispado, pero lo rehusó constantemente. En cambio atormentó toda su vida al emperador para decidirle á canonizar á uno de sus antepasados: mas Bonaparte respondia todas las veces que se renovaba la petición que ya había un San Bonaparte y que era bastante un santo en una familia. No sabia en aquella época al dar la respuesta que habria un santo y un mártir al mismo tiempo.

Llegamos á la capital de Toscana á las diez de la noche. Nos apeamos en el hermoso hotel amurallado de Mad. Hombert, y como contábamos detenernos algun tiempo en Florencia, al día siguiente nos pusimos á buscar una casa.

El mismo día encontramos una en donde estar á pupilage situada en *Porta allá Croce*. Y mediante doscientos francos por mes, tuvimos un palacio, un jardin con madonas de Lucca de la Robbia, grutas con conchas, cenadores de laurel, una calle de limoneros, y un jardinero que se llamaba Demetrio. Todo esto sin contar que desde nuestro balcon descubriamos por el lado mas pintoresco y encantador la basílica de *San Miniato*, los amores de Miguel Angel.

Como se ve no era caro.

mundo es la Toscana, la Toscana en donde el único progresista es el gran Duque. Así la oposición que le hace el pueblo es una oposición extraña en los tiempos que corremos. Halla que su soberano es demasiado liberal para él, y retrograda quejándose contra las innovaciones que en su filantropía hereditaria establece.

En Florencia, en efecto, todas las mejoras sociales vienen del trono. El desahuge de las lagunas, la operación del catastro, el sistema hipotecario, los consejos científicos y la reforma judicial, son ideas que emanan de él y que la ignorancia popular y la rutina democrática le han dado mucho trabajo para poderlas ejecutar. Últimamente todavía esperaba arreglar los estudios universitarios al sistema francés que estaba reconocido como muy superior al modo usado en Toscana.

Los estudiantes se negaron á seguir los cursos con los nuevos maestros, y se dieron tan buena maña que las cosas quedaron como estaban antes.

Florencia es el Eldorado de la libertad industrial. En todos los países del mundo, aun en la república de los Estados Unidos, aun en la república de Suiza, aun en la república de San Marino, los relojes están sujetos á una especie de tiranía que los obliga á sonar casi al mismo tiempo.

En Florencia no es así. Dan la misma hora durante veinte minutos. Se quejaba de esto un extranjero á un florentino y le respondía impasible el toscano:—¿Qué diablo de necesidad teneis de saber la hora que es?

Resulta de esta apatía, ó mas bien de esta facilidad de vivir, enteramente peculiar de Florencia, que excepto la fabricación de sombreros de paja, que las jóvenes tejen andando por las calles ó viajando por los caminos, la industria y el comercio son casi nulos. Y no es culpa del gran Duque, todo esto lo favorece ya con dinero, ya con gracias. A falta de toscanos industriales ha llamado extranjeros que recompensa de sus esfuerzos industriales con dádivas y mercedes. Mr. Larodret ha sido nombrado conde de Monte-Verboli por haber establecido una explotación de productos borácicos ó químicos. Mr. Benidof ha sido hecho príncipe de San Donato por haber fundado una manufactura de sedas. Y no hay que equivocarse, esto no es vender un título, se llama darlo y honrarlo noblemente por el bien de un país entero.

Compréndese que con esta falta de fábricas indígenas no se halla casi nada de lo que se tiene necesidad en casa de los comerciantes toscanos. Los almacenes que hay un poco bien surtidos y organizados en Florencia son franceses y llevan todos sus géneros de París. Todavía los elegantes florentinos se visten en casa de los mejores sastres franceses, y las elegantes florentinas en casa de la señora Baudrau.

Así es preciso en Florencia irlo á buscar todo, nada le sale á uno al encuentro: cada uno permanece en su casa, y cada cosa en su lugar. Un extranjero que no permaneciese mas de un mes en la capital de Toscana llevaría de ella una idea falsa.

Al primer aspecto parece imposible procurarse nada de lo mas indispensable, ó lo que se procura uno es malo; solo á la larga se aprende, no por los habitantes del país, sino por los demas extranjeros que están mas tiempo en la ciudad, y entonces se sabe donde se encuentra cada cosa. Al cabo de seis meses se saben todas las calles, y todo lo necesario, tanto que se deja ordinariamente á Toscana en el momento en que uno iba encontrándose ya bien. Resulta que cada vez que uno vuelve allí se encuentra mejor, y que al cabo de tres ó cuatro viajes concluye uno por gustarle tanto Florencia como una segunda patria, y muchas veces por vivir allí siempre.

La primera cosa que choca cuando se ve la actual ruina del comercio, es la falta de espíritu comercial que hizo de ella una de las repúblicas mas ricas y poderosas del mundo; se busca sin poderse encontrar esa clase media é industrial que puebla las calles de París y Londres. En Florencia no hay mas que tres clases: la aristocracia, los extranjeros y el pueblo. A la primera ojeada es casi imposible adivinar como se vive en este pueblo. En efecto, fuera de dos ó tres casas de particulares, la aristocracia gasta poco, el pueblo no trabaja; en Florencia el invierno hace el gasto del verano. En el otoño, hácia la época en que aparecen las aves de paso, vienen bandadas de extranjeros, ingleses, rusos y franceses, y se dejan caer en Florencia. Florencia conoce esta época, abre las puertas de sus fondas, y sus casas de huéspedes. Allí hace entrar á todo el mundo revuelto, franceses, rusos, ingleses, y hasta la primavera, los despluma.

Lo que yo digo es al pie de la letra, y este cálculo es muy fácil de hacer. Desde el mes de noviembre á marzo, Florencia cuenta un exceso de población de diez mil personas; con que cada una de esas diez mil personas gaste en veinte y cuatro horas, tres pesetas solamente, y las pongo lo mas bajo, treinta mil pesetas corren diariamente por la ciudad. Esto es algo: ademas viven sesenta mil personas con esto.

En esto es una de las cosas en que se ve la gran solicitud del gran Duque por su pueblo. Ha comprendido que el extranjero era una industria de fortuna para Florencia, y todo extranjero es muy bien recibido allí. El inglés con su taciturnidad, el francés con su indiscreción, el ruso con su reserva.

Llegado el 4.º de enero, el palacio Pitti, abierto todos los días á los extranjeros á cuya curiosidad ofrece sus magníficas galerías, se abre todavía una vez por semana por la no-

che para dar bailes espléndidos. Allí todo hombre á quien su embajador halla digno de la hospitalidad soberana, es presentado; y noble ó comerciante, industrial ó artista, es recibido con aquella benévola sonrisa que forma el carácter particular del rostro pensativo del gran duque. Presentado una vez, el extranjero está convidado para siempre, y entonces viene solo á aquellos soirees ó funciones reales, y esto con tanta libertad como podía ir á un baile público. Porque como es de etiqueta el no dirigir la palabra al gran duque, nadie toma la iniciativa de la palabra, y el invitado va, come, bebe y se marcha sin tener necesidad de hablar á nadie. Es decir, menos el pagar la entrada, como pudiera hacerlo en cualquiera fonda ó baile público.

Florencia tiene dos aspectos: su aspecto de verano y el de invierno. Es preciso, pues, permanecer un año en Florencia, ó pasar dos épocas opuestas para conocer la ciudad de las flores bajo su doble faz.

El verano en Florencia es triste y casi solitario: desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, la vigésima parte de su población apenas bulle bajo un sol que cae á plomo por sus calles, con puertas y con ventanas cerradas: creeriase que era una ciudad muerta, y visitada únicamente por verse como el Herculano y Pompeya. A las cuatro baja el sol un poco, las sombras caen sobre las ardientes piedras, y á lo largo de las paredes enrojecidas, alguna ventana se entreabre tímidamente para recoger algun soplo de la brisa. Las grandes puertas se abren, las carreteras se ven pobladas de mugeres y niños que se dirigen hácia las *Cachinas*. Los hombres en general, van aparte, en tiburí, á caballo ó á pie. Las *Cachinas*, yo escribo la palabra como la pronuncio, son el bosque de Boloña de París, el Prado de Madrid, menos el polvo, y ademas el fresco.

Se va allí por la puerta del Prado siguiendo una campiña de una media legua casi, plantada de hermosísimos árboles. Al final de aquella campiña se encuentra un casino perteneciente al gran duque. Delante de aquel casino hay una plaza que se llama la Piazzone. Cuatro calles van á dar á aquella plaza que presenta á los coches salidas cómodas.

Las *Cachinas* forman dos paseos, el paseo de verano y el de invierno. En el de verano se pasea por la sombra, y en el de invierno al sol. En el verano en el Prado, en el invierno en el Longo Arno.

Uno y otro de estos dos paseos son esencialmente aristocráticos; allí no se presenta nunca el pueblo. Una de las cosas particulares todavía en Toscana, es esa distinción de categorías que las clases inferiores mantienen con cuidado, lejos de tratar como en Francia de estinguir.

El paseo de verano es un gran prado de un tercio de legua de largo casi, y cien pasos de

ancho, todo guarnecido por sus lados con una cortina de grandes árboles que interceptan enteramente los rayos del sol. Estos árboles, que se componen de encinas verdes, de pinos, de acebuches y enormes yedras, son los mas hermosos que jamás he visto, aun en los bosques de Francia y Alemania: allí hay una multitud de liebres y faisanes que se pasean mezclados con las gentes, y entre estos se reconoce á los cazadores. Estos apuntan á la caza con sus bastones.

En medio de toda aquella gente, y rodeado por los que no le conocen, vestido con una sencillez extrema, se pasea el gran duque acompañado de su muger, de sus dos hijos, de su hermana, y de la gran duquesa viuda: otras dos ó tres niñas muy hermosas que componen el resto de la familia andan saltando alegremente bajo el cuidado de sus ayas.

El gran duque es un hombre de cuarenta á cuarenta y dos años, tiene ya los cabellos encanecidos por el trabajo, porque el gran duque, toscano de corazón, pero alemán en el alma, trabaja de ocho á diez horas al día. Lleva habitualmente la cabeza un poco baja hácia el pecho, y cada diez pasos la levanta para saludar á los que pasan. A cada saludo, su rostro tranquilo y pensativo, se ilumina con una sonrisa llena de benevolencia. Esta sonrisa es peculiar suya, no se ha visto mas que en él.

La gran duquesa le da ordinariamente el brazo. Su vestir es sencillo, pero siempre elegante. Es una princesa de Nápoles, graciosa como lo son en general las princesas de la casa de Borbon, y que sería hermosa en todas partes, porque su belleza no tiene tipo particular. Es una cosa buena y distinguida; sus espaldas y sus brazos sobre todo, podían servir de modelo á un estatuario.

Las dos jóvenes princesas vienen detrás, hablando siempre con la gran duquesa viuda que ha formado su education, ó con su tía. Son hijas de su primer matrimonio, lo que se ve fácilmente porque la gran duquesa parece hermana mayor de ellas. Tienen las dos esa hermosura alemana cuyo carácter principal es la dulzura. Únicamente el talle débil de la mayor suscita algunos temores, dicen, al cuidado paternal. Pero Florencia es una buena y dulce madre: Florencia la mecerá tan bien á su dulce sol que la curará.

Hay algo de interesante y patriarcal en ver á una familia soberana mezclada así con el pueblo, deteniéndose á cada veinte pasos para hablar con los padres y para abrazar los niños. Esta vista me recordaba á nuestra pobre familia real encerrada en su castillo de las Tullerías como en una prision, temblando cada vez que salía el rey, á la idea de que sus negros caballos, por rápidos que sean, podrán no volver sino con un cadáver.

Mientras que se pasea, los carruages guardan en las calles adyacentes. Hácia las seis cada uno vuelve á subir en el suyo, y los co-

cheros toman por sí mismos y sin que se les diga adonde, el camino de Piazzone, y allí se detienen aun sin necesidad de que les siga coche alguno.

Es que el Piazzone de Florencia ofrece lo que no ofrezca tal vez ciudad alguna, y es una especie de tertulia al aire libre, donde cada cual recibe y hace sus visitas. No hay que decir que los visitantes son hombres: las mugeres permanecen en los carruages; los hombres van del uno al otro, hablando á la portezuela, estos á pie, aquellos á caballo, algunos mas ínfimos subidos sobre el estribo.

Allí es donde se arreglan las intrigas de la vida, donde se echan las ojeadas, donde se dan las citas.

En medio de todos aquellos carruages pasan las floreras echando ramos de rosas y violetas, de que al día siguiente por la mañana irán al café á pedir el precio á los hombres presentándose un jacinto. Además, llegado este día siguiente para el que quiere las flores no son caras en Florencia: Florencia es el país de las flores. Pregúntadsele sino á Benvenuto Cellini.

Allí se está hasta las ocho. A las ocho se levanta una ligera niebla del fondo del prado. Aquella niebla es el origen de todo mal: encierra la gota, el reumatismo, la ceguera; sin aquella niebla los florentinos serían inmortales. Así han sido castigados por el pecado de nuestro primer padre. Así á la vista de aquella niebla se dispersa cada grupo, se interrumpe cada conversacion, echa á andar cada carruage, y solo quedan tres ó cuatro carretelas de extranjeros que no siendo del país no conocen aquella terrible nieblita, ó que si la conocen no tienen miedo.

A las nueve los rezagados dejan el Piazzone y dan su vuelta hacia la ciudad. A la puerta del Prato hallan una segunda tertulia: la niebla no llega hasta allí. Desde la puerta del Prato se la desafia, se hace burla de ella: el calor que el sol ha comunicado á las piedras de las murallas, y que conservan una parte de la noche, la rechaza. Allí se permanece hasta las diez y media. Únicamente á las diez la gente arreglada se retira. A las diez se baja el puente levadizo, y es preciso dar dos reales para hacerlo levantar.

A las once casi siempre los florentinos están ya en su casa, á menos que no haya funcion en casa de la condesa de Mencini. Solo los extranjeros recorren la ciudad á la luz de la luna hasta las dos de la madrugada.

Pero si hay funcion en casa de la condesa Mencini, todo el mundo va allí.

La condesa Mencini ha sido una de las mugeres mas hermosas de Florencia, y todavía es una de las de mas talento: es una Pandolfini, es decir, una de las mas grandes damas de la corte de Toscana. El papa Julio II regaló á uno de sus abuelos su lindo palacio edificado por Rafael. En este palacio habita, y

en el jardín contiguo da sus funciones. Se verifican en los cuatro domingos de julio. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo las aguarda, todo el mundo se prepara; tanto que de grado ó por fuerza tiene que darlas: habria un motin si no las diese.

Estas cuatro funciones de noche son las mas lindas funciones que pueden verse. Figuraos un delicioso palacio, ni muy grande ni muy pequeño, como cada uno de nosotros quisiera tener uno, ora sea principe ó artista, amueblado con perfecto gusto, con los mas esquisitos muebles de capricho que hay en toda Florencia, iluminado *a giorno*, como se dice en Italia, abriéndose por todas partes y por todas sus ventanas sobre un jardín inglés, cuyos árboles en lugar de fruta llevan centenares de farolitos de colores. En los cenadores y bosqueillos de aquel jardín grupos de cantores ó instrumentistas, y en las calles quinientas personas paseándose, que van y vienen, alimentando un baile que se ve deliciosamente saltar á lo lejos, y una estufa llena de uaranjos y camelias.

Fuera de algunos conciertos en la Filarmónica, algunos *soirés* improvisados para un aniversario ó nacimiento de casa patronal, algunas representaciones extraordinarias de ópera en la Pèrgola, ó de prosa en la Cocomera, esta es Florencia en verano en cuanto á la aristocracia. En cuanto al pueblo tiene las iglesias, las procesiones, los paseos al Parterre, y sus conversaciones en las calles y á las puertas de los cafés, que no se cierran ni de día ni de noche; advirtiéndose además que todas las gentes tienen un aire de fiesta, con un abandono de pereza y de buen vivir, aprovechando cada placer que pasa sin inquietarse por su duracion, y dejándolo como si lo hubiese tomado para esperar otro. Oyóse una noche un gran estrépito. Dos ó tres músicos de la Pèrgola al salir del teatro habian tenido la idea de irse á su casa tocando un wals: la poblacion diseminada por las calles se habia puesto á seguirlos walsando: los hombres que no habian encontrado pareja walsaban con otros hombres: quinientas ó seiscientas personas tomaron así el placer del baile desde la plaza del Duomo hasta la puerta del Prato, donde vivia el último músico: habiendo entrado en su casa el último músico, los walsadores se volvieron agarrados del brazo cantando el aire sobre el que habian walsado.

LA PERGOLA.

Florencia presenta en el invierno un aspecto enteramente particular: es una ciudad de baños, menos las aguas. La temperatura se

divide en dos fases muy distintas, y casi siempre perfectamente cortadas: se tiene un sol magnífico, ó llueve á torrentes. Este tiempo cubierto, nebuloso y húmedo, que forma el fondo de nuestra atmósfera tres ó cuatro meses del año, allí es desconocido.

Si hace buen día, á la una todos los coches salen, menos los coches florentinos cuyos amos temen mucho las variaciones de invierno, y se dirigen á las *Cachinas*. No se echa de menos la ausencia de los florentinos, porque los coches estrangeros bastarian para el gasto cotidiano de Longchamps ó de los Campos Eliseos. Únicamente en lugar de bajar al Prado y á la sombra, se deja á las liebres y á los faisanes aquel paseo demasiado frio y demasiado húmedo, y se baja á *Longo Arno*.

Longo Arno, como lo indica su nombre, es un paseo á lo largo del Arno. A la izquierda se estiende el rio; á la derecha la cortina de verdes encinas, de pinos y de yedra que separan aquel paseo. Allí es donde se viene á beber, en lugar de un agua termal infecta, ese dulce sol de Italia siempre tibio y risueño. Como el camino es muy estrecho, allí se roza la gente como en el pasaje de la Opera. Únicamente la poblacion allí es estremadamente variada: cada grupo que cruza, que os tropieza con el codo, ó que pasa por delante de vosotros, habla una lengua diferente. Allí, contra su costumbre, no están en mayoría los ingleses, los aventajados rusos: lo que es un gran consuelo para los franceses que pueden creerse todavía, olvidando aquel hermoso sol y aquel magnífico horizonte de montañas sembrado de villas ó casas de campo, en medio de la mejor y mas elegante sociedad de las Tuilerias.

Entre aquellos numerosos paseantes, pero solamente mas apretados, mas codicados, mas saludados que los demas, pasa el gran duque y su familia: toda su guardia consiste en dos ó tres criados que se ponen bastante lejos para no oír la conversacion.

Del Longo Arno se vuelve á hacer la estacion obligada á Piazzona. Allí solo se halla, desafiando lo que se llama los rigores de la estacion, algunos florentinos francesados, demasiado enamorados para temer el frio, ó demasiado jóvenes para temer los reumatismos. En cuanto á los florentinos, es raro ver mas de dos ó tres en los mas hermosos días, que no hacen la estacion sino un instante, y precisamente el tiempo indispensable para hacer el arreglo de lo que han de hacer ó por la noche ó por la mañana siguiente.

En la Pèrgola vuelven á encontrarse. La Pèrgola es el teatro de Florencia. Todos los florentinos, ó los estrangeros en la capital de abonan á la Pèrgola: es una cosa de que nadie puede dispensarse. Comeis en la mesa redonda ó en el *restaurant* de la Luna, comeis en vuestra casa los macarrones y el *bacala*, nadie se ocupa de vuestros asuntos; pero tenéis un pal-

co en una de las tres nobles filas, ese es negocio de todo el mundo: un palco y un carruage son las *indispensabilidades* de Florencia.

El que tiene palacio y carruage es un gran señor; el que no tiene ni palco, ni carruage, aunque se llame Roban, Corsini, Poniatouski, ó Noailles, no es mas que un perdido. Arreglaos segun esto: y si vais á Florencia, apartad en vuestro bolsillo la cantidad del palco y del carruage, como al ir á Roma y á Nápoles se aparta una cantidad para los ladrones. Además, carruages y palcos no son caros en Florencia, se tiene un carruage al mes por doscientos cincuenta francos, y un palco por la temporada mediante cien piastras. Agregad á todo esto que el palco en Florencia vale cuatro veces su valor, no por el espectáculo, nadie se ocupa del espectáculo en Florencia, sino por la sala: y entiendo por la sala, los espectadores.

En efecto, la Pèrgola en donde se cruzan todos los fuegos de la coqueteria femenina, pero, como en el paseo, las florentinas están en minoría. La mayoría la componen las estrangeras que vienen de París, de Londres y de San Petersburgo, esperando confundir á sus rivales bajo el peso de cuanto hay de mas nuevo en las tres capitales. Las francesas con su simple elegancia; las inglesas con sus plumas sin fin, y sus vestidos ricos y chillones; las rusas con sus hilos de brillantes y sus rios de turquesas. Pero las florentinas tienen conque hacer frente á todo, salen de los viejos armarios esculpidos de sus antepasados olas de guipour del punto de Inglaterra, puñados de diamantes propios de principes ó de pontífices, transmitidos de padres en hijos; ricos brocados como el Veronés ponía á sus reyes magos; escriben á la señorita Bandran que les envíe todo esto convertido en vestidos, y aguardan tranquilas el resultado de la campaña. Resulta de aquí que en pocas grandes capitales hay un lujo de tocador igual al de Florencia. Comprendase lo que será la pobre ópera en medio de tan graves intereses. Los anteojos y los gemelos van de un palco á otro: hácia la escena nunca: á no representarse alguna ópera nueva y desconocida, se habla casi durante todo el tiempo que dura. Yo no conozco mas que *Roberto el diablo* que haya venido durante treinta ó cuarenta representaciones seguidas á establecer una tregua de Dios entre los combatientes.

En cambio se escucha religiosamente el baile. Compónese de sextas ó séptimas bailarinas parisienses; pero estas señoritas remedian la debilidad de su talento por lo corto de sus vestidos; bailan tan pronto de puntillas, tan pronto sobre el talon, estropeando los pasos, faltando á los equilibrios, pero arreglándolo todo con una pirueta. Una pirueta es en el fondo del baile como el *Legno y Robba* en el fondo de la lengua: cuánto mas

cheros toman por sí mismos y sin que se les diga adonde, el camino de Piazzone, y allí se detienen aun sin necesidad de que les siga coche alguno.

Es que el Piazzone de Florencia ofrece lo que no ofrezca tal vez ciudad alguna, y es una especie de tertulia al aire libre, donde cada cual recibe y hace sus visitas. No hay que decir que los visitantes son hombres: las mugeres permanecen en los carruages; los hombres van del uno al otro, hablando á la portezuela, estos á pie, aquellos á caballo, algunos mas ínfimos subidos sobre el estribo.

Allí es donde se arreglan las intrigas de la vida, donde se echan las ojeadas, donde se dan las citas.

En medio de todos aquellos carruages pasan las floreras echando ramos de rosas y violetas, de que al día siguiente por la mañana irán al café á pedir el precio á los hombres presentándose un jacinto. Además, llegado este día siguiente para el que quiere las flores no son caras en Florencia: Florencia es el país de las flores. Preguntádselo sino á Benvenuto Cellini.

Allí se está hasta las ocho. A las ocho se levanta una ligera niebla del fondo del prado. Aquella niebla es el origen de todo mal: encierra la gota, el reumatismo, la ceguera; sin aquella niebla los florentinos serían inmortales. Así han sido castigados por el pecado de nuestro primer padre. Así á la vista de aquella niebla se dispersa cada grupo, se interrumpe cada conversacion, echa á andar cada carruage, y solo quedan tres ó cuatro carretelas de extranjeros que no siendo del país no conocen aquella terrible nieblita, ó que si la conocen no tienen miedo.

A las nueve los rezagados dejan el Piazzone y dan su vuelta hacia la ciudad. A la puerta del Prato hallan una segunda tertulia: la niebla no llega hasta allí. Desde la puerta del Prato se la desafia, se hace burla de ella: el calor que el sol ha comunicado á las piedras de las murallas, y que conservan una parte de la noche, la rechaza. Allí se permanece hasta las diez y media. Únicamente á las diez la gente arreglada se retira. A las diez se baja el puente levadizo, y es preciso dar dos reales para hacerlo levantar.

A las once casi siempre los florentinos están ya en su casa, á menos que no haya funcion en casa de la condesa de Mencini. Solo los extranjeros recorren la ciudad á la luz de la luna hasta las dos de la madrugada.

Pero si hay funcion en casa de la condesa Mencini, todo el mundo va allí.

La condesa Mencini ha sido una de las mugeres mas hermosas de Florencia, y todavía es una de las de mas talento: es una Pandolfini, es decir, una de las mas grandes damas de la corte de Toscana. El papa Julio II regaló á uno de sus abuelos su lindo palacio edificado por Rafael. En este palacio habita, y

en el jardín contiguo da sus funciones. Se verifican en los cuatro domingos de julio. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo las aguarda, todo el mundo se prepara; tanto que de grado ó por fuerza tiene que darlas: habria un motin si no las diese.

Estas cuatro funciones de noche son las mas lindas funciones que pueden verse. Figuraos un delicioso palacio, ni muy grande ni muy pequeño, como cada uno de nosotros quisiera tener uno, ora sea principe ó artista, amueblado con perfecto gusto, con los mas esquisitos muebles de capricho que hay en toda Florencia, iluminado *a giorno*, como se dice en Italia, abriéndose por todas partes y por todas sus ventanas sobre un jardín inglés, cuyos árboles en lugar de fruta llevan centenares de farolitos de colores. En los cenadores y bosqueillos de aquel jardín grupos de cantores ó instrumentistas, y en las calles quinientas personas paseándose, que van y vienen, alimentando un baile que se ve deliciosamente saltar á lo lejos, y una estufa llena de uarajos y camelias.

Fuera de algunos conciertos en la Filarmónica, algunos *soirés* improvisados para un aniversario ó nacimiento de casa patronal, algunas representaciones extraordinarias de ópera en la Pèrgola, ó de prosa en la Cocomera, esta es Florencia en verano en cuanto á la aristocracia. En cuanto al pueblo tiene las iglesias, las procesiones, los paseos al Parterre, y sus conversaciones en las calles y á las puertas de los cafés, que no se cierran ni de día ni de noche; advirtiéndose además que todas las gentes tienen un aire de fiesta, con un abandono de pereza y de buen vivir, aprovechando cada placer que pasa sin inquietarse por su duracion, y dejándolo como si lo hubiese tomado para esperar otro. Oyóse una noche un gran estrépito. Dos ó tres músicos de la Pèrgola al salir del teatro habian tenido la idea de irse á su casa tocando un wals: la poblacion diseminada por las calles se habia puesto á seguirlos walsando: los hombres que no habian encontrado pareja walsaban con otros hombres: quinientas ó seiscientas personas tomaron así el placer del baile desde la plaza del Duomo hasta la puerta del Prato, donde vivia el último músico: habiendo entrado en su casa el último músico, los walsadores se volvieron agarrados del brazo cantando el aire sobre el que habian walsado.

LA PERGOLA.

Florencia presenta en el invierno un aspecto enteramente particular: es una ciudad de baños, menos las aguas. La temperatura se

divide en dos fases muy distintas, y casi siempre perfectamente cortadas: se tiene un sol magnífico, ó llueve á torrentes. Este tiempo cubierto, nebuloso y húmedo, que forma el fondo de nuestra atmósfera tres ó cuatro meses del año, allí es desconocido.

Si hace buen día, á la una todos los coches salen, menos los coches florentinos cuyos amos temen mucho las variaciones de invierno, y se dirigen á las *Cachinas*. No se echa de menos la ausencia de los florentinos, porque los coches estrangeros bastarian para el gasto cotidiano de Longchamps ó de los Campos Eliseos. Únicamente en lugar de bajar al Prado y á la sombra, se deja á las liebres y á los faisanes aquel paseo demasiado frio y demasiado húmedo, y se baja á *Longo Arno*.

Longo Arno, como lo indica su nombre, es un paseo á lo largo del Arno. A la izquierda se estiende el rio; á la derecha la cortina de verdes encinas, de pinos y de yedra que separan aquel paseo. Allí es donde se viene á beber, en lugar de un agua termal infecta, ese dulce sol de Italia siempre tibio y risueño. Como el camino es muy estrecho, allí se roza la gente como en el pasaje de la Opera. Únicamente la poblacion allí es estremadamente variada: cada grupo que cruza, que os tropieza con el codo, ó que pasa por delante de vosotros, habla una lengua diferente. Allí, contra su costumbre, no están en mayoría los ingleses, los aventajados rusos: lo que es un gran consuelo para los franceses que pueden creerse todavía, olvidando aquel hermoso sol y aquel magnífico horizonte de montañas sembrado de villas ó casas de campo, en medio de la mejor y mas elegante sociedad de las Tuilerias.

Entre aquellos numerosos paseantes, pero solamente mas apretados, mas codicados, mas saludados que los demas, pasa el gran duque y su familia: toda su guardia consiste en dos ó tres criados que se ponen bastante lejos para no oír la conversacion.

Del Longo Arno se vuelve á hacer la estacion obligada á Piazzona. Allí solo se halla, desafiando lo que se llama los rigores de la estacion, algunos florentinos francesados, demasiado enamorados para temer el frio, ó demasiado jóvenes para temer los reumatismos. En cuanto á los florentinos, es raro ver mas de dos ó tres en los mas hermosos días, que no hacen la estacion sino un instante, y precisamente el tiempo indispensable para hacer el arreglo de lo que han de hacer ó por la noche ó por la mañana siguiente.

En la Pèrgola vuelven á encontrarse. La Pèrgola es el teatro de Florencia. Todos los florentinos, ó los estrangeros en la capital de abonan á la Pèrgola: es una cosa de que nadie puede dispensarse. Comeis en la mesa redonda ó en el *restaurant* de la Luna, comeis en vuestra casa los macarrones y el *bacala*, nadie se ocupa de vuestros asuntos; pero tenéis un pal-

co en una de las tres nobles filas, ese es negocio de todo el mundo: un palco y un carruage son las *indispensabilidades* de Florencia.

El que tiene palacio y carruage es un gran señor; el que no tiene ni palco, ni carruage, aunque se llame Roban, Corsini, Pogniatouski, ó Noailles, no es mas que un perdido. Arreglaos segun esto: y si vais á Florencia, apartad en vuestro bolsillo la cantidad del palco y del carruage, como al ir á Roma y á Nápoles se aparta una cantidad para los ladrones. Además, carruages y palcos no son caros en Florencia, se tiene un carruage al mes por doscientos cincuenta francos, y un palco por la temporada mediante cien piastras. Agregad á todo esto que el palco en Florencia vale cuatro veces su valor, no por el espectáculo, nadie se ocupa del espectáculo en Florencia, sino por la sala: y entiendo por la sala, los espectadores.

En efecto, la Pèrgola en donde se cruzan todos los fuegos de la coqueteria femenina, pero, como en el paseo, las florentinas están en minoría. La mayoría la componen las estrangeras que vienen de París, de Londres y de San Petersburgo, esperando confundir á sus rivales bajo el peso de cuanto hay de mas nuevo en las tres capitales. Las francesas con su simple elegancia; las inglesas con sus plumas sin fin, y sus vestidos ricos y chillones; las rusas con sus hilos de brillantes y sus rios de turquesas. Pero las florentinas tienen conque hacer frente á todo, salen de los viejos armarios esculpidos de sus antepasados olas de guipour del punto de Inglaterra, puñados de diamantes propios de principes ó de pontífices, transmitidos de padres en hijos; ricos brocados como el Veronés ponía á sus reyes magos; escriben á la señorita Bandran que les envíe todo esto convertido en vestidos, y aguardan tranquilas el resultado de la campaña. Resulta de aquí que en pocas grandes capitales hay un lujo de tocador igual al de Florencia. Comprendase lo que será la pobre ópera en medio de tan graves intereses. Los anteojos y los gemelos van de un palco á otro: hácia la escena nunca: á no representarse alguna ópera nueva y desconocida, se habla casi durante todo el tiempo que dura. Yo no conozco mas que *Roberto el diablo* que haya venido durante treinta ó cuarenta representaciones seguidas á establecer una tregua de Dios entre los combatientes.

En cambio se escucha religiosamente el baile. Compónese de sextas ó séptimas bailarinas parisienses; pero estas señoritas remedian la debilidad de su talento por lo corto de sus vestidos; bailan tan pronto de puntillas, tan pronto sobre el talon, estropeando los pasos, faltando á los equilibrios, pero arreglándolo todo con una pirueta. Una pirueta es en el fondo del baile como el *Legno y Robba* en el fondo de la lengua: cuánto mas

dro mas aplaudido es: así es que hay pocos trompos y peonzas... que puedan rivalizar con los bailarines florentinos. Cansarian á un faquir.

Desgraciadamente el bailarín está muy de moda en los bailes de la Pèrgola, y no les cede á las mugeres ni en las obscenas posturas, ni en las prolongadas piruetas. Esto es tal vez muy hermoso como arte, pero es muy feo como realidad.

Otra singularidad de la Pèrgola es el privilegio que tienen los curtidores, los pellejeros, y en general todos los que manejan el cuero, de venir á romperse la cabeza para mayor diversion de los espectadores. ¿A qué época remonta este privilegio? ¿Qué circunstancia ha dado lugar á él? ¿Qué bella accion está encargada de recompensar? Esto es lo que ignoro; pero el privilegio existe; este es el hecho. En consecuencia, y con tal que se vistan á su costa estos estraños comparsas, pueden venir á figurar tal cosa, que no dejan de hacer, mientras que hay todos los trabajos del mundo para tener otros figurantes pagados: en virtud del mismo privilegio no se mezclan con el vulgo; entran á parte, y sus ejercicios duran de un intermedio á otro. Ejecutan grupos, combates y cabriolas semejantes á los de los alcides, menos en la fuerza, y á los de los venecianos menos en la ligereza. Estos grupos, y estos combates y estas cabriolas ademas, son siempre muy aplaudidas; y la hourasa corporacion y gremio de curtidores y pellejeros llevan su buena parte de aplausos en la noche.

A veces en medio de una cavatina, ó de un paso doble, una campana con agudo y triste son se deja oír; es la campana de la Misericordia: oílla bien, si da una campanada es por un accidente ordinario; si da dos campanadas es por un accidente grave; si da tres golpes es para un caso de muerte. Entonces veis aclararse los palcos, y sucede frecuentemente que aquel con quien hablais, si es florentino, se excusa de dejaros en medio de la conversacion; toma su sombrero y se larga. Os informais de qué quiere decir aquella campana, y de qué proviene el efecto que produce; y os responden entonces que es la campana de la Misericordia, y que aquel con quien hablais, siendo hermano de la Misericordia, va á cumplir en su piadoso deber.

La cofradia de la Misericordia es una de las mas bellas instituciones que existen en el mundo. Fundada en 1244 con motivo de las frecuentes pestes que desolaron la Italia en el siglo XVIII, se ha perpetuado hasta nuestros dias sin alteracion ninguna, si no en sus detalles al menos en su espíritu. Se compone de setenta y dos hermanos llamados gefes de guardia, los cuales están de servicio cada cuatro meses. Estos setenta y dos hermanos están divididos así: diez prelados ó sacerdotes graduados; veinte prelados ó sacerdotes no

graduados; catorce caballeros y veinte y ocho artistas. A este núcleo primitivo, representando las clases aristocráticas y las artes liberales, están agregados ciento cinco jornaleros para representar el pueblo.

La sede de la cofradia de la Misericordia está colocada en el Duomo. Cada hermano tiene allí marcado con su nombre un cajon encerrando una túnica negra parecida á la de los penitentes, con aberturas únicamente en la boca, á fin de que su buena accion tenga el merito del incógnito. Inmediatamente que llega la noticia de un accidente cualquiera al hermano que está de guardia, toca la campana de alarma segun la gravedad del caso, una, dos, tres campanadas, y al sonido de aquella campana todo hermano, en cualquier parte que se halle, debe retirarse en el instante mismo y acudir á la cita. Allí sabe cuál es la enfermedad que le llama, ó el padecimiento que le reclama; se pone su túnica, se planta una gran caperuza, coge una vela en la mano y va do quiera se lamenta una voz: si es un herido lo lleva al hospital; si es un muerto lo lleva á la capilla: gran señor y hombre del pueblo, entonces vestidos con la misma túnica, echan mano á la misma litera, y el estabon que reúne estas dos estremidades sociales es un pobre enfermo, que no conociendo ni el uno ni el otro, ora igualmente por los dos.

Después, cuando han dejado los hermanos de la Misericordia la casa, los niños, cuyo padre acaban de recoger, la muger, cuyo marido acaban igualmente de llevarse, no tienen mas que mirar en torno de ellos, y sobre algun mueble viejo encontrarán una piadosa limosna depositada por una mano desconocida.

El gran duque hace parte de la asociacion de los hermanos de la Misericordia, y se asegura que mas de una vez á la llamada de la fatal campana ha llegado á revestirse aquel uniforme de la humanidad, y á penetrar desconocido al lado de los obreros hasta la cabecera de algun pobre moribundo, en cuya casa, después de su marcha, su presencia no ha sido descubierta sino por el abundante socorro que en ella ha dejado.

Los hermanos de la Misericordia deben tambien acompañar los reos al cadalso. Pero como desde el advenimiento al trono del gran duque Fernando, padre del actual soberano, la pena de muerte se halla casi abolida, están libres de esta penosa parte de sus tareas.

Llenado su deber, cada hermano vuelve á la plaza del Duomo; deposita en la casa su misericordiosa túnica, su vela, su caperuza, y vuelve á sus negocios ó á sus dulzuras, casi siempre aligerado de algunos francescone. Volvamos á la Pèrgola, de que por un instante nos ha separado la campana de la Misericordia.

Concluido el baile se canta el segundo acto; porque en Italia, para dar á los cantantes tiempo de descansar, el baile se ejecuta entre

los dos actos. Como en general se ocupan poco de la ópera, nadie se queja de esta solucion de continuidad. Solo los estrangeros se admiran al pronto, pero luego se acostumbran; y ademas no se habita tres meses en Florencia sin que ya se toscanice uno en las tres cuartas partes.

Florencia es en todos tiempos lo que era Venecia en tiempo de Cándido: la cita de los reyes destronados. A la primera representacion de las *Visperas Sicilianas*, en efecto, vi yo á la vez en el teatro al conde de San Leu, ex-rey de Holanda; al principe de Montfort, ex-rey de Westfalia; al duque de Luca, ex-rey de Etruria; á madama Cristóbal, ex-reina de Haiti; al principe de Siracusa, ex-virey de Sicilia; y en poco ha estado que esta ilustre sociedad de testas descoronadas no se hubiese completado por Cristina, la ex-regenta de España.

Verdad es que la ópera que se representaba era del principe Poniatowski, cuyos antepasados habian sido reyes de Polonia. Como se ve, la Toscana ha arrebatado á la Francia el privilegio de ser el asilo de los reyes desgraciados.

Después de la Pèrgola hay siempre algunas tertulias rusas ó inglesas ó florentinas, donde se va á terminar la noche comenzada en las Cachinas ó en la Pèrgola.

Esta es Florencia en el invierno para la aristocracia.

En cuanto al pueblo toscano, mas feliz que el pueblo parisien, el invierno no es para él una estacion en la que tiene frio y hambre; es, al contrario, como para la nobleza, una época de placer. Como los grandes señores tiene dos teatros de ópera, á los que va por cinco cuartos y donde oye á Mozart, Rossini y Meyerbeer, y los que, como grandes señores, tienen su Stentarello que va á aplaudir por dos *graci*. Stentarello es en Florencia lo que el *Iucriso* en París, lo que el *Cassandra* en Roma, lo que el *Polichinela* en Nápoles, lo que el *Gerlamo* en Milan, es decir, el gracioso nacional eterno é inamovible, que hace trescientos años tiene el privilegio de hacer reír á los antepasados de trescientos años, y todavia, segun todas las probabilidades, tendrá el honor de hacer reír á los descendientes. Stentarello, en fin, es de aquella ilustre familia de graciosos que con grande pesar van desapareciendo de las escenas, por nuestras conmociones políticas y revoluciones literarias.

Lo que choca en Florencia como una costumbre particular de la ciudad, es la ausencia de un marido. No hay que buscar al marido en el carruaje ó en el palco de su muger; es inútil, no está allí.—¿Dónde está?—No lo sé: en cualquier otro palco ó en otro carruaje. En Florencia el marido parece al anillo de Giges; es invisible. Hay muger en la sociedad que he encontrado tres veces al dia durante seis meses, y al cabo de este tiempo la creía

vinda, cuando por casualidad en la conversacion supe que tenia un marido, que este marido existia real y positivamente y vivia en la misma casa que ella. Entonces busqué al marido, pregunté por él á todo el mundo, me empené en verlo. Trabajo perdido; tuve que marcharme de Florencia sin haber tenido el honor de conocerle, con la esperanza de ser mas feliz en otro viage.

No sucede esto en los matrimonios jóvenes; se adelanta una generacion que se separa en este punto de las tradiciones paternas, y se les cita como de fecha de veinte y cinco años el último contrato de un matrimonio en que se inscribió por parte de los parientes de la casada la estraña reserva que dejaba á su hija el derecho de escogerse un caballero *servente*.

Puesto que hemos soltado la palabra, será preciso que hablemos un poco del caballero *servente*. Ademas, si no dijese nada de él, se creeria tal vez que habia mucho que decir.

En las grandes familias donde las alianzas en lugar de ser matrimonios de amor, son casi siempre uniones de conveniencia, sucede después de un tiempo mas ó menos largo, que viene el cansancio y el fastidio, y se siente la necesidad de una tercera persona: el marido está taciturno y brutal, la muger ágría y quimerista: los dos esposos no se hablan sino para hacerse mútuas recriminaciones y se hallan á punto de detestarse.

Entonces se presenta un amigo: la muger le cuenta sus dolores; el marido le cuenta sus fastidios, cada cual ceba sobre él una parte de sus pesares, y se siente aliviado de la parte que acaba de descargar en un tercero: hay mejora en el estado de las partes.

Pronto el marido conoce que su mal grande contra su muger era la obligacion contractualmente por él de llevarla á todas partes consigo: la muger por su parte comienza á conocer que la sociedad á que la lleva su marido no es insostenible sino porque se ve obligada á ir á ella con él. Cuando llegan á este punto ambas partes se aproximan á comprenderse.

Entonces se dibuja el papel del amigo: se sacrifica por los dos: su abnegacion es su virtud. Gracias á su sacrificio el marido puede ir á donde le dé la gana con su muger. Gracias á su sacrificio la muger queda en su casa sin fastidiarse mucho: vuelve el marido risueño y encuentra risueña á su muger.

¿A quién debe el uno y el otro este cambio de humor? Pero el amigo reducido á este papel, podria cansarse y vendria á recaerse en la primera posicion, posicion reconocida perfectamente como insostenible. El marido tiene antiguos derechos de los que no se cuida y de los que no sabe qué hacer: no quiere darlos, pero uno á uno se los deja quitar. A medida que el amigo le sustituye, se siente con mas comodidad en la casa: el amigo es

caballero *servente* en el título, y el triángulo equilátero se establece así poco á poco con satisfacción de todos.

Esta no es la historia de la Italia particularmente; es la historia de todos los países del mundo: solo que en todos los países del mundo se oculta por hipocresía ó por orgullo; en Italia se deja ver por hábito y por indolencia. Pero lo que solo sucede en Italia, por ejemplo, es que esta relación sea el verdadero matrimonio, y que casi siempre la felicidad perdida con el primero es guardada con el segundo. En efecto, relacionados así una vez la dama y su caballero, cuanto más público es este arreglo, más duradero es necesariamente. Ahora no vale más tomar públicamente un amante y conservarlo toda su vida, que cambiar continuamente cada ocho días, todos los meses, todos los años, como está en costumbre en otros países que conozco y que no nombro?

¿Pero qué figura hacen los maridos Italianos?

Se responderá con un pequeño diálogo.

— Señor D..., decía el emperador á uno de sus cortesanos; me aseguran que sois cornudo. ¿Por qué no me lo habeis dicho?

— Señor, respondió Mr. D..., porque he creído que eso no interesaba á mi honor ni al de V. M.

Los maridos Italianos son del parecer de Mr. D....

Desgraciadamente este arreglo interior, que por mi cuenta hallo que en el momento que conviene á los tres interesados es muy sencillo, muy natural, y aun diría casi moral, no se ejecuta sino á espensas de la hospitalidad. En efecto, se comprende cuán incómodo debe de ser que penetre la mirada investigadora de un extranjero, y sobre todo de un francés, desde el salón á la alcoba, y que con su ligereza y su habitual indiscreción se vaya, apenas ha dejado á Florencia, á dar gracias por la publicidad de la vida privada de las familias, que por la recomendación de un amigo le han acogido como un amigo. El desconocido no habrá, sin embargo, pisado la casa de los que así le han recibido, sino para dejar la turbación en pago de las finezas y atención que les ha merecido. Resulta, si esto es verdad, que el extranjero amablemente acogido en un principio, ó bajo la fe de su nombre solo, ó por una carta que le ha asegurado la introducción, después de la invitación ordinaria á las comidas y á los bailes, permanece durante un año en Florencia extraño para los florentinos. De aquí la ausencia completa de esas buenas y gratas conversaciones á la chismenea, ó después de una noche toda pasada en hablar, el irse ignorando perfectamente lo que ha podido decirse, pero sabiendo por el deseo mismo que tienen en renovarlas á la mañana siguiente, que no se ha fastidiado ni un instante. Pero todavía si esto se quiere, la

culpa no es seguramente de los florentinos, sino de la indiscreción y de la ingratitud francesa.

SANTA MARÍA DE LAS FLORES.

Nuestro primer cuidado al llegar á Florencia había sido entregar en el palacio Corsini, Pontiatowski y Martellini las cartas de recomendación que teníamos para sus ilustres dueños. En el mismo día nos enviaron billetes de invitación, ó de soirées, ó de bailes, ó de comidas. El príncipe Corsini, entre otros, nos hizo invitar á ver en el balcón de su casino la carrera de los *Barberi*, y desde los salones de su palacio la iluminación y los conciertos sobre el *Arno*.

En efecto, venían las fiestas de San Juan y sentía bajo la calma florentina la alegre agitación que precede á las grandes solemnidades.

Sin embargo, solo nos quedaban dos ó tres días de intervalo entre el en que estábamos y el en que debían comenzar las fiestas. Resolvimos emplearlos en visitar los principales monumentos de Florencia.

Mis dos primeras visitas al llegar á una ciudad son ordinariamente la catedral y la casa de ayuntamiento. En efecto, toda la historia religiosa y política de un pueblo se halla ordinariamente agrupada en derredor de estos monumentos. Provisto de mi guía de Florencia, de *Vasari* y mis Repúblicas Italianas de Sismondi, di la orden á mi cochero de que me llevase al *Domo*. Alteré un poco el orden cronológico siendo la fundación del *Domo* posterior en una docena de años al Palacio viejo; pero era justo que comenzase por el Señor del cielo antes que por las señoras de la tierra.

Hacia el año de 1294 la república florentina gozaba, gracias á su nueva constitución, de una profunda tranquilidad. Al mismo tiempo que hacia cercar la ciudad con un nuevo recinto, revestir de mármol el baptisterio de San Juan, edificar su Palacio viejo, y levantar la torre de San Miguel, resolvió hacer reedificar con una magnificencia digna de ella, y por consecuencia sobre las más amplias proporciones, la antigua catedral dedicada entonces á San Salvador, después á Santa Reparata. En su consecuencia el ayuntamiento se reunió y dió este decreto:

«En atención á la alta prudencia con que un pueblo de grande origen debe proceder en sus negocios de modo que se reconozca en lo que ha hecho que es poderoso y de espíritu,

mandamos á Arnolfo, maestro y jefe de nuestro comun que haga el modelo y el dibujo de reconstrucción de Santa Reparata con la más alta y más suntuosa magnificencia que pueda, á fin de que esta iglesia sea tan grande y tan hermosa, cuanto puedan edificarla el poder y industria de los hombres: porque ha sido dicho y aconsejado por los más discretos de la ciudad en asambleas públicas y privadas que no emprenda las cosas el comun, sino está acorde en llevarlas al más alto grado de grandeza, como conviene hacer por el resultado de las consideraciones de una reunión de hombres libres movidos por una única y sola voluntad; la grandeza y la gloria de la patria.

Arnolfo-di-Cape tenía que luchar con un terrible predecesor que había recorrido la Italia dejando por do quiera monumentos espléndidos ó poderosos.

Era Buono, escultor y arquitecto, uno de los primeros cuyo nombre ha sido pronunciado en la historia del arte. En efecto, Buono, desde la mitad del siglo XII había construido en Ravena muchos palacios é iglesias, los que le habían creado una reputación tan grande y tan noble que había sido sucesivamente llamado á Nápoles para levantar allí el palacio la Caponau y el palacio de Oeuf; en Venecia para fundar allí el campanillo de San Marcos; en Pistoia para hacer la iglesia de San Andrés; en Arezzo para construir el palacio de la señoría y en Pissa para fundar á medias con Bonuano aquella famosa torre inclinada que causa todavía terror y admiración á los viajeros.

Arnolfo no se asustó del paralelo, y á pesar de la envidia natural de la humanidad, que aumenta siempre la reputación de los muertos para rebajar la de los vivos, animado con el triunfo que había conseguido en la ejecución de la iglesia de Santa Cruz que acababa de terminar, se puso atrevidamente á trabajar é hizo un modelo que reunió con tanta uniformidad los detalles, que se decidió que inmediatamente se pusiera en práctica.

En efecto, después del trabajo preparatorio para separar de los cimientos un manantial de agua viva, al que se atribuían los temblores de tierra que habían conmovido muchas veces la antigua basilica, se colocó la primera piedra en 1298 por el cardenal Valeriano, enviado expresamente por el papa Bonifacio VIII, el mismo que entrando en el pontificado como un zorro, debía, dice su biógrafo, mantenerse en él como un león y morir como un perro.

Comenzó, pues, á levantarse la nueva catedral bajo la preciosa invocación de Santa María de las Flores, nombre recibido, dicen unos, en recuerdo del campo de rosas sobre que fué construido Florencia, y otros en honor de las flores de lis, de que se componen sus armas. Asegúrase que entonces, viendo salir magestuosamente su obra de la tierra y

previendo su futura grandeza, exclamó Arnolfo:

—Yo te he preservado de los temblores de tierra: ¡Dios te preserve del rayo!

El arquitecto lo había calculado todo para la ejecución del *Domo*, excepto la brevedad de su vida. Dos años después de colocada la primera piedra, murió Arnolfo dejando su construcción, comenzada apenas, en manos del Giotto, que al primitivo dibujo añadió el campanillo.

Pasáronse todavía los años. Tadeo Gaddi sucedió á Giotto, Andrés Orgagna á Gaddi y Felipe á Andrés Orgagna, sin que ninguno de estos se hubiese atrevido á comenzar la ejecución de la cúpula. Había ya gastado el monumento cinco arquitectos y todavía estaba sin concluir, cuando en 1417 Felipe Brunaleschi emprendió aquella gigantesca obra, que no había tenido modelo en lo pasado sino en Santa Sofía de Constantinopla, y que no debía tener rival en el porvenir sino en San Pedro de Roma: y la obra salió tan bien de manos del sublime artista que cien años después, Miguel Angel, llamado á Roma por el papa para suceder á Bramante, dijo al echar su última ojeada sobre la cúpula enfrente de la que había prevenido su sepulcro para verla aun después de muerto:

—Adios: voy á tratar de hacer tu hermana, pero no espero hacer tu rival.

El *Domo* no quedó terminado. Bacchio de Arnolfo estaba ejecutando su galería exterior cuando una chanzoneta de Miguel Angel se la hizo abandonar; por último, en el momento de colocar el mármol en la fachada se notó que faltaba dinero al tesoro. Diez y ocho millones había costado la erección del monumento. Interrumpiéronse los trabajos y no fueron continuados después. Únicamente con motivo del matrimonio de Fernando de Medicis con Violante de Baviera, algunos pintores bávaros cubrieron de frescos la fachada blanca y desnuda. Estas son las pinturas cuyos restos, casi enteramente borrados, se ven hoy.

Tal como está el todo sin concluir y como la han dejado las vicisitudes porque pasan los monumentos como los hombres, el *Domo*, incrustado todo de mármol blanco y negro, con sus ventanas adornadas de columnas en espiral, de pirámides y de estatuitas, sus puertas coronadas de esculturas de Juan de Pisa ó de mosaicos de Guirlandajo, es todo una obra maestra que, á ruegos de su primer arquitecto, los temblores de tierra y el rayo han respetado. Su primer aspecto es magnífico, completamente espléndido, y nada es tan hermoso como dar un paseo á la luz de la luna, al rededor del coloso incrustado en medio de su plaza como un gigantesco león.

El interior del *Domo* no corresponde á lo exterior; empero los recuerdos históricos ennoblecen la pobreza de sus paredes y la desnudez de sus bóvedas.

caballero *servente* en el título, y el triángulo equilátero se establece así poco á poco con satisfacción de todos.

Esta no es la historia de la Italia particularmente; es la historia de todos los países del mundo: solo que en todos los países del mundo se oculta por hipocresía ó por orgullo; en Italia se deja ver por hábito y por indolencia. Pero lo que solo sucede en Italia, por ejemplo, es que esta relación sea el verdadero matrimonio, y que casi siempre la felicidad perdida con el primero es guardada con el segundo. En efecto, relacionados así una vez la dama y su caballero, cuanto más público es este arreglo, más duradero es necesariamente. Ahora no vale más tomar públicamente un amante y conservarlo toda su vida, que cambiar continuamente cada ocho días, todos los meses, todos los años, como está en costumbre en otros países que conozco y que no nombro?

¿Pero qué figura hacen los maridos Italianos?

Se responderá con un pequeño diálogo.

— Señor D..., decía el emperador á uno de sus cortesanos; me aseguran que sois cornudo. ¿Por qué no me lo habeis dicho?

— Señor, respondió Mr. D..., porque he creído que eso no interesaba á mi honor ni al de V. M.

Los maridos Italianos son del parecer de Mr. D....

Desgraciadamente este arreglo interior, que por mi cuenta hallo que en el momento que conviene á los tres interesados es muy sencillo, muy natural, y aun diría casi moral, no se ejecuta sino á espensas de la hospitalidad. En efecto, se comprende cuán incómodo debe de ser que penetre la mirada investigadora de un extranjero, y sobre todo de un francés, desde el salón á la alcoba, y que con su ligereza y su habitual indiscreción se vaya, apenas ha dejado á Florencia, á dar gracias por la publicidad de la vida privada de las familias, que por la recomendación de un amigo le han acogido como un amigo. El desconocido no habrá, sin embargo, pisado la casa de los que así le han recibido, sino para dejar la turbación en pago de las finezas y atención que les ha merecido. Resulta, si esto es verdad, que el extranjero amablemente acogido en un principio, ó bajo la fe de su nombre solo, ó por una carta que le ha asegurado la introducción, después de la invitación ordinaria á las comidas y á los bailes, permanece durante un año en Florencia extraño para los florentinos. De aquí la ausencia completa de esas buenas y gratas conversaciones á la chismenea, ó después de una noche toda pasada en hablar, el irse ignorando perfectamente lo que ha podido decirse, pero sabiendo por el deseo mismo que tienen en renovarlas á la mañana siguiente, que no se ha fastidiado ni un instante. Pero todavía si esto se quiere, la

culpa no es seguramente de los florentinos, sino de la indiscreción y de la ingratitud francesa.

SANTA MARÍA DE LAS FLORES.

Nuestro primer cuidado al llegar á Florencia había sido entregar en el palacio Corsini, Pontiatowski y Martellini las cartas de recomendación que teníamos para sus ilustres dueños. En el mismo día nos enviaron billetes de invitación, ó de soirées, ó de bailes, ó de comidas. El príncipe Corsini, entre otros, nos hizo invitar á ver en el balcón de su casino la carrera de los *Barberi*, y desde los salones de su palacio la iluminación y los conciertos sobre el *Arno*.

En efecto, venían las fiestas de San Juan y sentía bajo la calma florentina la alegre agitación que precede á las grandes solemnidades.

Sin embargo, solo nos quedaban dos ó tres días de intervalo entre el en que estábamos y el en que debían comenzar las fiestas. Resolvimos emplearlos en visitar los principales monumentos de Florencia.

Mis dos primeras visitas al llegar á una ciudad son ordinariamente la catedral y la casa de ayuntamiento. En efecto, toda la historia religiosa y política de un pueblo se halla ordinariamente agrupada en derredor de estos monumentos. Provisto de mi guía de Florencia, de *Vasari* y mis Repúblicas Italianas de Sismondi, di la orden á mi cochero de que me llevase al *Domo*. Alteré un poco el orden cronológico siendo la fundación del *Domo* posterior en una docena de años al Palacio viejo; pero era justo que comenzase por el Señor del cielo antes que por las señoras de la tierra.

Hacia el año de 1294 la república florentina gozaba, gracias á su nueva constitución, de una profunda tranquilidad. Al mismo tiempo que hacia cercar la ciudad con un nuevo recinto, revestir de mármol el baptisterio de San Juan, edificar su Palacio viejo, y levantar la torre de San Miguel, resolvió hacer reedificar con una magnificencia digna de ella, y por consecuencia sobre las más amplias proporciones, la antigua catedral dedicada entonces á San Salvador, después á Santa Reparata. En su consecuencia el ayuntamiento se reunió y dió este decreto:

«En atención á la alta prudencia con que un pueblo de grande origen debe proceder en sus negocios de modo que se reconozca en lo que ha hecho que es poderoso y de espíritu,

mandamos á Arnolfo, maestro y jefe de nuestro comun que haga el modelo y el dibujo de reconstrucción de Santa Reparata con la más alta y más suntuosa magnificencia que pueda, á fin de que esta iglesia sea tan grande y tan hermosa, cuanto puedan edificarla el poder y industria de los hombres: porque ha sido dicho y aconsejado por los más discretos de la ciudad en asambleas públicas y privadas que no emprenda las cosas el comun, sino está acorde en llevarlas al más alto grado de grandeza, como conviene hacer por el resultado de las consideraciones de una reunión de hombres libres movidos por una única y sola voluntad; la grandeza y la gloria de la patria.

Arnolfo-di-Cape tenía que luchar con un terrible predecesor que había recorrido la Italia dejando por do quiera monumentos espléndidos ó poderosos.

Era Buono, escultor y arquitecto, uno de los primeros cuyo nombre ha sido pronunciado en la historia del arte. En efecto, Buono, desde la mitad del siglo XII había construido en Ravena muchos palacios é iglesias, los que le habían creado una reputación tan grande y tan noble que había sido sucesivamente llamado á Nápoles para levantar allí el palacio la Caponau y el palacio de Oeuf; en Venecia para fundar allí el campanillo de San Marcos; en Pistoia para hacer la iglesia de San Andrés; en Arezzo para construir el palacio de la señoría y en Pisa para fundar á medias con Bonuano aquella famosa torre inclinada que causa todavía terror y admiración á los viajeros.

Arnolfo no se asustó del paralelo, y á pesar de la envidia natural de la humanidad, que aumenta siempre la reputación de los muertos para rebajar la de los vivos, animado con el triunfo que había conseguido en la ejecución de la iglesia de Santa Cruz que acababa de terminar, se puso atrevidamente á trabajar é hizo un modelo que reunió con tanta uniformidad los detalles, que se decidió que inmediatamente se pusiera en práctica.

En efecto, después del trabajo preparatorio para separar de los cimientos un manantial de agua viva, al que se atribuían los temblores de tierra que habían conmovido muchas veces la antigua basilica, se colocó la primera piedra en 1298 por el cardenal Valeriano, enviado expresamente por el papa Bonifacio VIII, el mismo que entrando en el pontificado como un zorro, debía, dice su biógrafo, mantenerse en él como un león y morir como un perro.

Comenzó, pues, á levantarse la nueva catedral bajo la preciosa invocación de Santa María de las Flores, nombre recibido, dicen unos, en recuerdo del campo de rosas sobre que fué construido Florencia, y otros en honor de las flores de lis, de que se componen sus armas. Asegúrase que entonces, viendo salir magestuosamente su obra de la tierra y

previendo su futura grandeza, exclamó Arnolfo:

—Yo te he preservado de los temblores de tierra: ¡Dios te preserve del rayo!

El arquitecto lo había calculado todo para la ejecución del *Domo*, excepto la brevedad de su vida. Dos años después de colocada la primera piedra, murió Arnolfo dejando su construcción, comenzada apenas, en manos del Giotto, que al primitivo dibujo añadió el campanillo.

Pasáronse todavía los años. Tadeo Gaddi sucedió á Giotto, Andrés Orgagna á Gaddi y Felipe á Andrés Orgagna, sin que ninguno de estos se hubiese atrevido á comenzar la ejecución de la cúpula. Había ya gastado el monumento cinco arquitectos y todavía estaba sin concluir, cuando en 1417 Felipe Brunaleschi emprendió aquella gigantesca obra, que no había tenido modelo en lo pasado sino en Santa Sofía de Constantinopla, y que no debía tener rival en el porvenir sino en San Pedro de Roma: y la obra salió tan bien de manos del sublime artista que cien años después, Miguel Angel, llamado á Roma por el papa para suceder á Bramante, dijo al echar su última ojeada sobre la cúpula enfrente de la que había prevenido su sepulcro para verla aun después de muerto:

—Adios: voy á tratar de hacer tu hermana, pero no espero hacer tu rival.

El *Domo* no quedó terminado. Bacchio de Arnolfo estaba ejecutando su galería exterior cuando una chanzoneta de Miguel Angel se la hizo abandonar; por último, en el momento de colocar el mármol en la fachada se notó que faltaba dinero al tesoro. Diez y ocho millones había costado la erección del monumento. Interrumpiéronse los trabajos y no fueron continuados después. Únicamente con motivo del matrimonio de Fernando de Medicis con Violante de Baviera, algunos pintores bávaros cubrieron de frescos la fachada blanca y desnuda. Estas son las pinturas cuyos restos, casi enteramente borrados, se ven hoy.

Tal como está el todo sin concluir y como la han dejado las vicisitudes porque pasan los monumentos como los hombres, el *Domo*, incrustado todo de mármol blanco y negro, con sus ventanas adornadas de columnas en espiral, de pirámides y de estatuitas, sus puertas coronadas de esculturas de Juan de Pisa ó de mosaicos de Guirlandajo, es todo una obra maestra que, á ruegos de su primer arquitecto, los temblores de tierra y el rayo han respetado. Su primer aspecto es magnífico, completamente espléndido, y nada es tan hermoso como dar un paseo á la luz de la luna, al rededor del coloso incrustado en medio de su plaza como un gigantesco león.

El interior del *Domo* no corresponde á lo exterior; empero los recuerdos históricos ennoblecen la pobreza de sus paredes y la desnudez de sus bóvedas.

A derecha é izquierda al entrar, á una altura de veinte pies casi, hay dos monumentos: el uno pintado sobre la pared por Paolo Vecello, y el otro ejecutado en relieve por Jacobo Organna representando los dos mas grandes capitanes que ha tenido á su sueldo la república florentina. El fresco está consagrado á Juan Auenel, célebre condottiero inglés de nacion que pasó del servicio de Pisa al de Florencia. El bajo relieve representa á Pedro Farnesio, el célebre general florentino que llegó el 29 de marzo de 1565, ganó en el mismo año á los pisanos la célebre batalla de Piero.

Está escogido el momento por la estatua en que Pedro Farnesio habiendo sido muerto su caballo, montó sobre un mulo, y con la espada en la mano á la cabeza de sus coraceros, cargó con esta extraña montura.

En cuanto á Juan Auenel, como pronuncian los Italianos, ó Juan Hawkwood, como escriben los ingleses, era como hemos dicho, un célebre condottiero á sueldo del papa: terminado noblemente su compromiso con el Santo Padre, Auenel halló ventajoso pasar al servicio de la magnífica república, y fué en 1377 el mas firme apoyo de los que habia combatido hasta entonces, á quienes sirvió hasta el 13 de marzo de 1394, es decir, cerca de veinte años.

Durante aquel periodo habia trabajado tanto por el honor y la prosperidad de Florencia, que aunque murió de muerte natural en una posesion que habia comprado cerca de Cortona, la señoría le hizo sepultar en la catedral. Como se deja bien conocer, no era por sus obras de santidad por las que Juan Hawkwood habia merecido semejante monumento. Juan Hawkwood era al contrario poco respetuoso con los religiosos, y ademas trascendia á herege desde una legua. Un día habiendo ido á verte dos frailes legos á su castillo de Monteschio:

—Dios os dé la paz, le dijo uno de los dos frailes.

—El diablo te dé la limosna, respondió Auenel.

—¿Por qué nos quereis tan mal que nos decís eso? preguntó entonces el pobre lego asustado con semejante respuesta.

—¿Pardiez! respondió Auenel: ¿no sabéis que yo vivo de la guerra, y que la paz que deseais me haria morir de hambre?

Otro día habiendo abandonado el saqueo de Faenza á sus gentes, entró en un convento en el momento en que dos de sus mas valientes oficiales, disputándose una pobre religiosa arrodillada á los pies de un crucifijo, acababan de echar mano á la espada para saber á cuál de los dos debia pertenecer. Auenel no trató de convencerlos; sabia bien que era cosa inútil con las gentes con quien tenia que haberse las. Se fué derecho á la religiosa y la dió de puñaladas. El medio fué eficaz; al aspecto del

cadáver los dos capitanes volvieron á envainar las espadas.

Así, Paolo Vecello, á quien se habia encargado la ejecucion de la pintura, se guardó de poner el simulacro del ilustre muerto en actitud de arrepentimiento ó de oracion: lo colocó buenamente sobre un caballo de batalla, á quien, con gran disgusto de los sabios, hizo levantar á la vez el pie derecho de delante y el pie derecho de detrás. Durante tres siglos y medio disputaron y discurrieron los sabios sobre la imposibilidad de aquel modo de andar, y dijeron que de todo el género animal solo pertenecía á los osos. Solo algunos años despues un miembro del Jokey-Club exclamó viendo el fresco de Paolo:

—¡Toma! este es el paso de andadura.

Esta exclamacion puso á todos los sabios acordes. Algunos pasos mas adelante de Auenel, hay un retrato del Dante. Este es el único monumento que la república ha consagrado al Homero de la edad media.

No hablemos una palabra de él; tendremos tantas veces ocasion de citarle como poeta ó historiador, que nuestros lectores nos permitirán que les cojamos de las manos y les hagamos dar una vuelta al rededor del coloso.

Nació Dante, como hemos dicho, en 1265 el quinto año de la rebelion gibelina. Era el vástago de una noble familia de quien el mismo ha tenido cuidado de indicarnos la genealogía en el quinto canto de su Paraiso. El tronco de aquel árbol, de quien él fué la rama de oro, era Caccio Grinda-de-Shel, que habiendo tomado por muger á una jóven de Ferrara de la casa de los Alighieri, añadió á su nombre y á sus armas el nombre y las armas de su muger, y despues fué á morir á Tierra Santa, caballero en la milicia del emperador Conrado.

Jóven todavia, perdió á su padre. Educado por su madre, que se llamaba Vella, fué su educacion la de un cristiano y la de un caballero. Brunetto Catini le enseñó las letras latinas: en cuanto á las letras griegas afortunadamente no estaba muy en moda todavia, sin lo que en lugar de su Divina Comedia Dante hubiera hecho sin duda un poema como la Eneida: en cuanto al nombre de su maestro en la caballería se ha perdido, aunque la batalla de Campoldino ha probado que habia recibido nobles lecciones.

Adolescente, estudió la filosofía en Florencia, Bolonia y Pádua. Hombre, fué á Paris y aprendió allí la teología. Despues volvió á su bella Florencia, donde ya habia nacido la pintura y la estatua, y donde le aguardaba la poesía para nacer.

Era presa entonces Florencia de las guerras civiles. La alianza del Dante con una muger de la familia de los Donati, le arrojó en el partido güelfo. Dante era uno de aquellos hombres que se lanzan en alma y cuerpo en un partido; así le vemos en la batalla de Cam-

poldino cargar á caballo á los gibelinos de Arezzo, y en la guerra contra los pisanos montar el primero en la brecha del castillo de Caprona.

Despues de esta victoria obtuvo las primeras dignidades de la república: catorce veces fué nombrado embajador; catorce veces llevó á cabo la mision que se le habia confiado. En el momento de ir á una de las embajadas, fué cuando abarcando con su mirada los sucesos y los hombres, y encontrando los unos gigantes y pequeños los otros, dejó caer estas desdeñosas palabras:

—Si me quedo ¿quién irá? Si me voy ¿quién quedará?

Una tierra trabajada por las discordias civiles, está pronta para hacer germinar semejante simiente: su compañera es la envidia, su fruto el destierro.

Acusado el Dante de concusion, fué condenado en 27 de enero de 1302, por sentencia del conde Gebril Quebbio, podestá de Florencia, á ocho mil libras de multa, dos años de proscricion, y en el caso de insolvencia de la multa, á la confiscacion y venta de sus bienes, y á destierro perpétuo.

No quiso Dante reconocer el crimen reconociendo la sentencia: abandonó sus empleos, su casa, sus tierras, y salió de Florencia, llevando por toda riqueza la espada con que habia combatido en Campoldino y la pluma con que habia escrito las setecientas diez y siete estrofas del *Inferno*. Tal vez este es el momento que eligió el pintor, porque se ve detrás del desterrado á Florencia, y al lado del poeta una representación de las treinta y seis de la *Divina Comedia*.

Entonces fueron confiscados sus bienes y vendidos para el Estado. Pasaron el arado en el punto donde habia existido su casa, y lo sembraron de sal: en fin, condenado á muerte por contumacia, fué quemado en effigie en la misma plaza donde dos siglos mas tarde debia de serlo el pintor Savonarola.

El amor á la caballería, el valor en el combate, el ardor por la gloria, habian hecho del Dante un valiente guerrero: la habilidad en la intriga, la perseverancia en la política, habian hecho del Dante un gran hombre de Estado. El desden, la desgracia y la venganza, hicieron de él un poeta sublime. Privado de esa actividad mundana de que tenia necesidad, su alma se lanzó á la contemplacion de las cosas divinas, y mientras su cuerpo permanecia encadenado sobre la tierra, su espíritu visitaba el triple reino de los muertos, y poblaba el infierno de sus odios, y el paraiso con su amor. La *Divina Comedia* es la obra de la venganza: Dante cortó su pluma con su espada.

El primer asilo que se ofreció al fugitivo, fué el castillo de aquel gran gibelino Cane della Scala. Así desde los primeros cantos del *Inferno*, se apresura el poeta á pagar la deu-

da de su gratitud, que espresa todavia en el canto XVIII del Paraiso:

..... In fin che'l veltro
Verco, che la farà morir di doglia,
Questi non ciberà terra né petro:
Ma sapienza, è amore, è virtuti,
E sua nazione sarà tra feltro è feltro.

(*Inf.*, cant. I.)

Lo primo tuo rifugio è'l primo ostello
Sara la cortesia del grand Lombardo
Che su la Scala porta il Santo Ucello.

(*Par.*, cant. XVIII.)

Encontró la córte de aquel Augusto de la edad media, poblada de proscritos: uno de ellos, Sagacio Mutio Ganeta, historiador de Reggio, nos ha dejado preciosos detalles sobre el modo con que el señor Della Scala daba la hospitalidad á los que venian á pedir un asilo á su castillo feudal. Tenia, dice, diferentes cuartos segun sus diversas condiciones, y en todos daba el señor, criado y espléndida mesa; los diversos cuartos estaban señalados por divisas y simbolos cristianos: la Victoria para los guerreros, la Esperanza para los proscritos, las Musas para los poetas, Mercurio para la riqueza, la Pureza para las gentes de iglesia, y durante la comida, bufones, músicos y juglares, recorrian los cuartos. Las habitaciones estaban pintadas por Giotto, y los asuntos que habia en las pinturas, eran relativos á las vicisitudes de la fortuna humana. De tiempo en tiempo el señor castellano, llamaba á su propia mesa á alguno de sus huéspedes, y sobre todo á Dido de Casteló, á Reggio, y á Dante Alighieri, hombre muy ilustre entonces, y á quien veneraban por el siglo XIII.

Empero, por honrado que fuese el proscrito, no podia doblegar su altivez á aquella vida, y profundas quejas salian muchas veces de su pecho. Tan pronto es Farinata de los Huberti quien con su voz altiva le dice: «la reina de estos lugares no iluminará cincuenta veces su nocturno rostro sin que sepan por tí mismo cuán difícil es el arte de entrar en su patria.»

Tan pronto es su abuelo Caccio Ghide que lamentando las penas de su aislamiento, exclama: «Así como Hipólito salió de Atenas arrojado por una pérfida é impia madrastra, así me será preciso abandonar las cosas mas queridas, y esta será la primera flecha que partirá del arco de destierro; entonces comprendereis la amargura que encierra el pan de la emigracion, y cuán dura de subir y bajar es la escalera agena. Pero el peso mas insoponible para sus espaldas, será esa mala y dividida córte, en compañía de la que caereis en el abismo.»

Estos versos se ve que están escritos con las lágrimas de los ojos, con la sangre del corazon.

Sin embargo, por amargo dolor que sufriese el poeta, rehusó volver á su patria, porque no volvería á ella por el camino del honor. En 1315 una ley volvió á llamar los proscritos, con condicion de que pagarian cierta multa. Dante, cuyos bienes habian sido vendidos, cuya casa habia sido arrasada, no pudo reunir la suma necesaria. Ofrecieronle esceptuarle á él, pero con condicion de que se constituyese prisionero, y que fuese á pedir su perdon á la puerta de la catedral, con los pies descalzos, vestido con la túnica de penitente, y ceñida su cintura con una cuerda. Un religioso amigo suyo, le transmitió la proposicion. Esta fué la respuesta del Dante: «Con honor y con placer he recibido vuestra carta, y despues de haber pesado todas sus palabras, he comprendido con gratitud cuán de corazon deseais mi vuelta á la patria. Esta prueba de vuestro recuerdo me hace quereiros mas, porque es poco comun para los desterrados encontrar amigos. Si mi respuesta no fuere tal cual la daré la puslanimidad de algunos, yo la someto al examen de vuestra prudencia. Esto es lo que yo he sabido por una carta de vuestro soberano, que no es mio, y de algunos de mis amigos; por una ley recientemente publicada en Florencia sobre alzar el destierro á los espulsados de ella, parece que si quiero dar una suma de dinero, y hacer una retractacion, podré ser absuelto, y volver á Florencia. En esta ley, padre mio, preciso es confesario, hay dos cosas ridiculas y mal escogidas. Digo mal escogidas por los que han hecho la ley, porque nuestra carta, mas prudentemente discreta, no contiene nada de estas cosas.

¿Es esta la generosa manera con que Dante Alighieri debe volver á su patria despues de un destierro de quince años? ¿Es esta la reparacion acordada á una inocencia manifiesta á todo el mundo? Mis muchos sudores, mis grandes afanes, ¿no tendrán otra recompensa? ¡Lejos de un filósofo semejante vileza digna de un corazon mezquino! ¡Gracias por el espectáculo que quieren que presente al pueblo, cuando lo haria solo algun miserable medio sábio sin alma y sin fama! Que yo... destituido de honor, habia de ir á hacerme tributario de los que me ofenden, cual si hubiesen merecido mi agradecimiento? No es ese el camino de la patria, padre. Pero si hay algun otro que me esté abierto, y que no me prive de la fama del Dante, lo acepto, indicádmelo, y estad seguro que serán rápidos los pasos que de por aproximarme á Florencia; pero para no entrar en Florencia por el camino del honor, mas vale no entrar. El sol y las estrellas se ven en todas partes, y en todas partes se pueden meditar las verdades del cielo.»

Dante proscrito por los güelfos se habia hecho gibelino, y fué tan ardiente en la nueva religion, como leal habia sido en la anti-

guna. Creia sin duda que la influencia imperial era el único medio de la grandeza para la Italia, y sin embargo, Pisa habia edificado bajo sus ojos su Campo Santo, su Domo y su torre inclinada. Arnolfo di Lapo habia echado en la plaza del Domo los cimientos de Santa Maria de las Flores: Siena habia levantado su catedral con su campanario encarnado y rojo, y habia allí guardado como una halsaja en su estuche, la catedral esculpida por Nicolás de Pisa; porque tal vez tambien el carácter aventurero de los caballeros de San Atilano le parecia mas político que la habilidad comerciante de la aristocracia genovesa y veneciana, y el fin del emperador Augusto le agradaría mas, que la mision de Bonifacio XIII.

Cansado de la vida que llevaba en casa de Cane Della Scala, en donde la amistad del señor no siempre protegía contra la insolencia de sus cortesanos y las burlas de sus bufones, el poeta volvió á tomar la vida errante. Habia concluido su poema del Infierno en Verona, escribió el Purgatorio en Cagnano, y terminó su trabajo en el castillo de Tolmino en Frioul por el Paraiso. De allí fué á Pádua, donde pasó algun tiempo en casa del Giotto su amigo, á quien por reconocimiento dió la corona de Cimabue. Por último fué á Ravena. En esta ciudad publicó su poema entero. Dos mil copias se hicieron con la pluma, y se enviaron por toda la Italia. Todos alzaron entonces los ojos asombrados hácia aquel nuevo astro que acababa de iluminarse en el cielo. Dudaron que un hombre viviendo aun, hubiese podido escribir semejante cosa, y mas de una vez sucedió cuando el Dante se paseaba lentamente por las calles de Ravena y de Rimini con su larga toga encarnada, y su corona de laurel sobre la cabeza, que asustadas las madres le enseñaban con el dedo á sus hijos diciéndoles: ¿veis ese hombre? pues ha bajado al infierno....

En efecto, Dante debía aparecer un hombre extraño y casi sobrenatural. Y para comprender bien bajo qué aspecto debía aparecer á sus contemporáneos, es preciso que echemos una breve ojeada sobre la Europa del siglo XIII, y ver lo que sería cien años despues. Se conocerá entonces que tocando aquella época á la edad del feudalismo preparado por una guerra de ocho siglos, comenzaba á entreverse parte de la civilizacion. El mundo pagano é imperial de Augusto se habia hundido con Carlo Magno en Occidente y Alexis Angel en Oriente: el mundo cristiano y feudal le habia sucedido desde el mar de Bretaña al mar Negro, y la edad media religiosa y política, personificada ya en Gregorio VII y en Luis XI, solo aguardaba para completar aquella magnífica trinidad, su representante literario.

Hay momentos en que las ideas bajan, buscan su cuerpo para formar un hombre, y

flotan sobre las sociedades como las nieblas en la superficie de la tierra. Mientras el viento las arroja sobre el espejo de los lagos ó sobre el tapiz de las praderas, no es mas que un vapor sin forma, sin consistencia, y sin color. Pero si encuentran un gran monte, si se agarran á su cima, el vapor se convierte en nube, la nube en torrente, y mientras la frente de la montaña ciñe su aureola de relámpagos, el agua se filtra misteriosamente y reune en su cavidad profunda, y salen á sus pies manantiales de agua, río inmenso que atraviesa exajerándose siempre, la tierra ó la sociedad, y que se llama Nilo ó Hlada, Danubio ó Divina Comedia.

Tuvo el Dante como Homero la suerte de nacer en una época en que una sociedad virgen busca un génio que formule sus primeros pensamientos. Apareció solo en el mundo en el momento en que San Luis llamaba á la puerta del cielo. Detrás de él todo estaba arruinado; ante él todo era porvenir. Pero en lo presente no tenia ni aun esperanza.

Invasión de Inglaterra hacia doscientos años por los normandos, iba verificándose su transformación política. Hacia mucho tiempo que no habia ya combates reales entre los vencidos y los vencedores: pero habia si siempre una lucha sorda entre los intereses del pueblo conquistado y los del pueblo conquistador. En este periodo de dos siglos todos los hombres grandes que habia en Inglaterra habian nacido con una espada en la mano, y si algun antiguo bardo llevaba aun un harpa colgada á su espalda, no se hallaba seguro sino al abrigo de los castillos sajones. En un lenguaje desconocido á los vencedores, y casi olvidado de los vencidos, se atrevían á celebrar los beneficios del buen rey Alfredo, ó memorias de las armas de Arnolfo, hijo de Godwino. Las relaciones forzadas que se habian establecido entre los indigenas y los extranjeros, comenzaban á hacer nacer una lengua nueva, que no era ni la normanda ni la sajona, sino un informe y bastardo conjunto de las dos, que cien años mas tarde, solamente Tomas Moró, Stal y Spenser debian regularizar con Sackspere.

La España, hija de la Fenicia, hermana de Cartago, esclava de Roma, conquistada por los godos, entregada á los árabes por la traición del conde don Julian, unida al trono de Damasco por Tarif, despues separada del califato de Oriente por Abderraman de la tribu de los Omniadas; la España mahometana desde el estrecho de Gibraltar á los Pirineos, habia escedido á la civilizacion trasportada por Constantino desde Roma á Bizancio. Espigado el fruto en un lado del Mediterráneo, habia vuelto á granarse en el otro. Mientras que se venian abajo en la orilla izquierda el Partenon y el Coliseo se veía alzar-se sobre la orilla derecha á Córdoba con sus seis mil mezquitas, sus novecientos baños públicos, sus doscientas

mil casas, y su palacio de Zahara, cuyos muros, cuyas paredes y escaleras incrustadas de acero y oro, estaban sostenidos por mil columnas de los mas hermosos mármoles de Venecia, de Africa y de Italia.

Mientras que la sangre infiel y estrangera se infiltraba en sus venas, la España no habia cesado de palpar en su corazon nacional y cristiano. Pelayo, que no tuvo al principio por imperio mas que un monte, por palacio una caverna, por cetro una espada, habia echado en medio del califato de Abderraman los cimientos del reino de Carlos V. Comenzada la lucha en 717, habia continuado durante cinco siglos, y cuando al principio del siglo XIII Fernando reunió sobre su cabeza las dos coronas de Leon y Castilla, los musulmanes á su vez no poseían en España mas que el reino de Granada con una parte de la Andalucía, y las provincias de Valencia y Murcia. En 1236 hizo su entrada Fernando en Córdoba, y despues de haber purificado la principal mezquita, el rey de Castilla y de Leon fué á descansar de sus victorias en el magnífico palacio de Abderraman III, edificado por este para su favorita.

Entre otras maravillas encontró en la capilla del califato una biblioteca que contenia seiscientos mil volúmenes. Lo que ha sido de este tesoro del talento humano nadie lo sabe. Su origen, religion, costumbres, todo era diverso entre los vencedores y los vencidos. No hablaban el mismo lenguaje ni á los hombres ni á Dios. Los musulmanes se llevaron consigo la llave que abría la puerta de los palacios encantados, y el árbol de la poesía árabe arrancado de la tierra de Andalucía, no florecía ya mas si no en los jardines del Generalife y de la Alhambra. En cuanto á la poesía nacional, cuyo primer canto debió haber sido en alabanza del cielo, aun no habia nacido.

La Francia enteramente germánica bajo sus dos primeras razas, se habia nacionalizado bajo la tercera. El sistema feudal de Hugo Capeto habia sucedido al imperio unitario de Carlo Magno. El idioma que debia escribir Corneille, y hablar Bossuet, mezcla de céltico, de teuton, de latin y de árabe, se habia dividido naturalmente en dos idiomas, y fijado en las dos orillas del Loira. Pero como las revoluciones del suelo habian experimentado la influencia bienhechora y activa del sol meridional, tanto que la lengua de los trovadores habia llegado á la perfeccion y apogeo, cuando la de los menestrales, retrasados como los frutos de la tierra del norte, tenían necesidad de otros cinco siglos para llegar á la madurez, así la poesía representaba un gran papel en el sur de Loira. Ni un rencor, ni un amor, ni una paz, ni una guerra, ni una sumision, ni una rebelion ha habido, que no haya sido cantada en verso. Ciudadano ó soldado, villano ó baron, noble ó rey, todo el

mundo hablaba y escribía esta clase de lengua. Uno de los que le han dado mas tierno y varonil acento, ha sido Bertran de Poru, el *mal consejero* que encontró Dante en los fosos malditos, llevando su cabeza en la mano, y que le halló con aquella cabeza.

Habia llegado, pues, la poesía provenzal á su apogeo, cuando Carlos de Anjou á la vuelta de Egipto, donde habia acompañado á su hermano Luis IX, se apoderó con el auxilio de Alfonso, conde de Tolosa, de Poitiers y de Avignon, de Arlés y de Marsella. Reunió esta conquista al reino de Francia todas las provincias de la antigua Galia situadas á la derecha é izquierda del Ródano. La antigua civilización romana dividida en el siglo XII por la conquista de las ciencias, fué herida en el corazón, porque se hallaba renida á la barbarie septentrional que debia oprimirle con un brazo de hierro. Aquel hombre que en su orgullo tenían costumbre de llamar los provenzales rey de Paris, á su vez en su desden llamó á sus vasallos de la lengua d' Oc, y para distinguirlos de los antiguos franceses de mas allá del Loira que hablan la lengua comun. Desde entonces el idioma poético del medio día, se estinguió en Languedoc, en Poitou, en el Limousin, en Auvernia y en Provenza, y la última tentativa que se hizo para volverle la vida es la institucion de los *Juegos florales*, establecida en Tolosa en 1323.

Con ellos perecieron todas las obras producidas desde el siglo X hasta el XIII, y el campo en que habian recogido abundante mies Arnoldo y Bertran de Poru, quedó agostado y erial hasta el momento en que Marot y Rousan volvieron á echar á manos llenas el cimiento de la poesía moderna.

La Alemania, cuya política é influencia se estendia sobre toda Europa casi al igual de la influencia religiosa de Roma, preocupada con aquellos grandes sucesos, dejaba modelar des-cuidadamente su literatura sobre la de los pueblos inmediatos. En ella se habia refundido toda la vitalidad artística en aquellas catedrales maravillosas que datan de los siglos XI y XII. El monasterio de Bonn, la iglesia de Auder-nach, y la catedral de Colonia, se alzaban al mismo tiempo que el Domo de Siena, el campo Santo de Pisa, y el domo de Santa Maria de las Flores. El principio del siglo VII habia visto tambien nacer los *Nibelungen*, y morir á Alberto el Grande.

Empero los poemas de caballeria mas á la moda, eran criticados por provenzales ó por franceses, y eran mas bien los discipulos que los rivales de los menestrales y trovadores. El mismo Federico, ese poeta imperial, renunciando aunque hijo de Alemania á formular su pensamiento en la lengua materna, habia adoptado la italiana como la mas clara y pura que se conocia, con Pedro de Alleigne, su secretario, contado en el número de los mas graciosos poetas del siglo XIII.

En cuanto á la Italia, hemos asistido mas arriba á sus glorias poéticas. Hemos visto desprenderse sus ciudades una á una del imperio: sabemos con qué motivo sacaron los dos partidos güelfo y gibelino la espada en las calles de Florencia. Por último, hemos dicho como güelfo por nacimiento Dante, fué gibelino con resolucion de poeta, por vengarse. Así, cuando hubo fijado en su mente la obra de su venganza, fué su primer pensamiento, mirando en torno de sí, buscar en qué idioma la formularia para hacerle eterno. Comprendió que el latin era una lengua muerta como la sociedad que le habia dado nacimiento: el provenzal una lengua moribunda que no sobreviviria á la nacionalidad del idioma: el francés una lengua naciente y que apenas tartamudeaba, que necesitaba de muchos siglos todavía para llegar á su madurez: en tanto que el italiano, bastardo, vivaz y popular, nacido de la civilización y amamantado por la barbarie, no tenia necesidad mas que de ser reconocido por rey, para llevar un día la corona.

Desde entonces quedó determinada su elección, y separándose de las huellas de su maestro Bruneto Latini, que habia escrito su Tesoro en latin, se puso, sublime arquitecto, á tallar él mismo las piedras con que queria edificar el monumento gigantesco, al que forzó le ayudasen el cielo y la tierra.

Efectivamente, todo lo abarca la *Divina Comedia*: es el resumen de las ciencias descubiertas, y el sueño de las cosas desconocidas. Cuando falta la tierra á los pies del hombre, lo levantan al cielo las alas del poeta, y no se sabe al leer aquel maravilloso poema si admirar mas lo que sabe el talento, ó lo que adivina la imaginación. Dante es la edad media hecha poeta; como Gregorio VII era la edad media hecha papa, como San Luis era la edad media hecha rey. Todo está en él: creencias supersticiosas, teologismo, republicanismofeudal. No puede concebirse la Italia literaria del siglo XIII, sin el Dante, como no se comprende la Francia del XIX sin Napoleon. La *Divina Comedia* es como la columna de la plaza Vandome, la obra necesaria de su época.

Murió Dante en Ravena el 14 de setiembre de 1334, á la edad de cincuenta y seis años. Güido de Potola que le habia ofrecido un asilo, le hizo sepultar en la iglesia de los frailes menores, con gran pompa y vestido de poeta. Allí permanecieron sus huesos hasta 1484, época en la que Bernardo Bembo, podestá de Ravena por la república de Venecia, le hizo levantar un mausoleo segun los dibujos de Pedro Lombardo. En la bóveda de la cúpula hay cuatro medallones representando á Virgilio su guia, Bruneto su maestro, Tangrando su protector y Güido Cavalcanti su amigo.

Dante era de mediana estatura y airoso en sus miembros; tenia la cara larga, ojos anchos y penetrantes, nariz aguileña, fuertes

quijadas, el labio inferior bastante pronunciado y mas grueso que el otro, color moreno, barba y cabellos crespos. Andaba ordinariamente grave y pausado, vestido de trage sencillo, hablando pocas veces y aguardando siempre á que le preguntasen para responder. Entonces su respuesta era justa y concisa, porque tomaba tiempo para pesarla con prudencia. Sin tener una locucion fácil, era elocuente en las grandes circunstancias. A medida que envejecia se felicitaba de ser solitario y verse distante del mundo. El hábito de la contemplacion le hizo tomar un continente austero, aunque fué siempre hombre de impresiones y escelente corazón. Dió una prueba de esto cuando para salvar á un niño que habia caído en uno de los pocitos donde se sumergia á los recién nacidos, rompió la pila bautismal de San Juan, no cuidándose de que le acusasen de impiedad.

Dante habia tenido á la edad de nueve años uno de esos amores que derraman sus encantos sobre toda la vida. Beatriz de Folto Portinari, en quien cada vez que la veia hallaba una nueva belleza, pasó una tarde delante de aquel niño de corazón de poeta, que conservó grabada su imagen, y que la inmortalizó cuando se hizo hombre.

*Io non vidi tanta volte ancora
ch' á non trovani in lei nuova bellezza.*

A la edad de veinte y seis años aquel ángel prestado á la tierra tornó al cielo á tomar sus alas y su aureola, y Dante la encontró á la puerta del paraíso donde no podia entrar Virgilio.

Florencia, injusta con el vivo, fué respetuosa con el muerto, é intentó recobrar los restos del que habia proserito. En 1396 le decretó un monumento público, y en 1429 renovó sus instancias con los magistrados de Ravena; por último, en 1519 dirigió una petición á Leon X, y entre las firmas de los peticionarios se lee este párrafo:

«Yo, Miguel Angel, escultor, suplico á vuestra santidad por la misma causa, ofreciéndome á hacer al divino poeta una escultura correspondiente, en buen lugar, honroso á esta ciudad.»

Leon lo rehusó; hubiera, sin embargo, sido una cosa magnífica el sepulcro del autor de la *Divina Comedia* por el pintor del *Suicio final*. El único monumento que poseyó Florencia hasta el momento en que el decreto dado en 1396 se cumplió en nuestros dias en la iglesia de Santa Cruz á costa de una sociedad por el escultor Esteban Rizzi, fué el retrato del Dante, ante el cual acabamos de dar una ojeada á toda la vida del gran poeta, el que fué, dice un manuscrito de Bartolomé Cefoni, ejecutado al fresco por un autor desconocido á petición de un cierto maestro Antonio, fraile de San Francisco, el que explicaba la *Divi-*

na Comedia, á fin de que la obra del ilustre desterrado recordase sin cesar á sus conciudadanos que el autor de la *Divina Comedia* descansaba en una tierra estrangera.

Existen todavía en Florencia descendientes del Dante. Algunos dias despues de la visita que habia hecho al retrato de su antepasado me presentaron á ellos: los encontré muy degenerados.

Al lado de aquel gran recuerdo literario, el Domo conserva un terrible recuerdo político. En el coro, en el sitio mismo en que se halla rodeado de una balastrada de mármol, se verificó la conspiracion de los Pazzi, y fué asesinado Julian de Médicis. Echemos una ojeada atrás, á fin de dar á conocer á nuestros lectores las causas del odio que los Pazzi habian profesado á los Médicis; verán así, por el cuidado que tenemos de darles á conocer el estado político de Florencia, lo que habia de egoismo ó desinterés en tan gran maquinacion.

En 1294, cansado el pueblo de las disensiones obstinadas de la nobleza, de su eterna negativa á someterse á los tribunales democráticos y de las diarias violencias, con las que impedía la accion del gobierno popular, habia dado una ordenanza bajo el nombre de *Ordinamenti della giustizia*. Escluia esta ordenanza del priorato treinta y siete familias de las mas nobles y mas considerables de Florencia, y esto sin que jamás les fuese permitido, decia la ordenanza, volver á recobrar los derechos de ciudadano, sea alistándose en un gremio, sea que ejerciesen realmente una profesion. Además, la señoria quedó autorizada para añadir nuevos nombres á estos treinta y siete, cuantas veces creyese deber que alguna nueva familia, decia aun la ordenanza, caminando en pos de la nobleza, mereciese ser castigada como ella. Los miembros de las treinta y siete familias proscritas fueron designados bajo el nombre de *magnates*, titulo que de honorífico que habia sido hasta entonces, se convirtió en infamante.

Habia durado esta prosercion ciento cuarenta y tres años, cuando Cosme el Antiguo, de quien hablaremos á su vez en la historia escrita sobre los muros del palacio Ricarddi, de proserito que era se convirtió en proseritor, y habiendo á su vez en 1434 arrojado de Florencia á Renaud y los Albizzi de la nobleza popular, que con él gobernaban, resolvió reforzar su partido con alguna de las familias escluidas del gobierno, permitiendo á muchas de ellas volver á entrar en el derecho comun, y tomar, como lo habian hecho en otro tiempo sus abuelos, una parte activa en la gestion de los negocios públicos. Muchas familias aceptaron esta rehabilitacion, volviendo con los brazos abiertos á su patria, sin conocer el motivo personal que á ella les traía: la familia de los Pazzi fué de este número. Hizo mas: olvidando que era de la nobleza de espada, adoptó francamente su nueva posicion, y

abrió en el hermoso palacio que aun hoy lleva su nombre una casa de comercio, que fué muy pronto una de las mas considerables y mas consideradas de la Italia; tanto que los Pazzi, superiores ya á los Médicis como caballeros, fueron todavía sus rivales como mercaderes. Resultó de esta posición reconquistada, que cinco años despues Andrés de Pazzi, jefe de la casa, tomó asiento en medio de la señoría, de la que se hallaban escluidos sus antepasados hacia siglo y medio.

Andrés tuvo tres hijos: uno de estos casó con la nieta del anciano Cosme, y fué cuñado de Lorenzo y de Julian. Mientras vivió el prudente anciano había mantenido la igualdad entre sus hijos, tratando á su yerno como á tal; porque viendo la prontitud con que la familia de los Pazzi se había hecho ríea y poderosa, había querido hacer de ella no solo una aliada sino una amiga. En efecto, la familia se había aumentado en hombres como en riquezas, porque los dos hermanos que se habían casado habían tenido el uno cinco hijos y el otro tres. Hallábase las cosas en este estado, cuando contrario á la política de su padre, Lorenzo de Médicis pensó que era interés suyo oponerse á mas acrecentamiento de riquezas y de poder. Se le presentó pronto una ocasión de seguir esta nueva política. Habiéndose casado Juan de Pazzi con una de las mas ricas herederas de Florencia, hija de Juan Borromeo, Lorenzo, á la muerte de este, hizo hacer una ley por la que los sobrinos varones eran preferidos á las hijas; y esta ley, no solo contra toda la costumbre, sino contra toda justicia, se aplicó retroactivamente á la muger de Juan de Pazzi. Perdió, pues, la herencia de su padre, que pasó de esta manera á primos lejanos.

No fué esta la única esclusion con que Lorenzo de Médicis, para abatir su poder, hizo víctima á los Pazzi. Había en la familia nueve hombres teniendo la edad y las cualidades requeridas para ejercer la magistratura, y sin embargo, á escepcion de Jacobo, el de los hijos de Andrés que no se había nunca casado y que había sido gonfaloniero en 1469, es decir, en tiempo de Pedro el Gotoso, y de Juan, cuñado de Lorenzo y de Julian, que había en 1472 tomado asiento entre los priores, todos los demas habían sido alejados de la señoría.

Semejante abuso de poder por parte de hombres que la república no había de ninguna manera reconocido por señor, hirió de tal modo á Francisco de Pazzi, que se espatrió voluntariamente, y se fué á Roma á ponerse al frente de una de sus principales casas de comercio. Allí fué banquero del papa Sixto IV y Gerónimo Riario, que unos llamaban su sobrino y otros su hijo. Sixto IV y Gerónimo Riario, eran los dos enemigos mas grandes que los Médicis tenían en toda la Italia. El resultado de estos tres odios reunidos fué una conjura-

cion del género de la que dos años antes, es decir, en 1476, había hecho sucumbir á Galeas Sforza en la catedral de Milan.

Decididos una vez á valerse del hierro, Francisco Pazzi y Gerónimo Riario se pusieron á buscar cómplices para su empresa. Uno de los primeros fué Francisco Salviati, arzobispo de Pisa, al que por enemistad de su familia los Médicis no habían dejado tomar posesion de su arzobispado, se unió tambien á ellos Carlos de Montom, hijo del famoso condottiero Braccio, que estaba á punto de apoderarse de Siena cuando se lo impidieron los Médicis; Juan Bautista de Montesecco, jefe de los esbirros del papa; el anciano Jacobo Pazzi, el mismo que en otro tiempo había sido gonfaloniero; otros dos Salviati, el uno primo y hermano el otro del arzobispo; Napoleón Francesi y Bernardo Bandini, amigos y compañeros de diversiones de los jóvenes Pazzi; por último, Esteban Bagnoni, sacerdote y maestro de lengua latina, profesor de un hijo natural de Jacobo Pazzi; y en fin, Antonio Maffei, sacerdote de Volterra, y escribano apostólico. Un solo Pazzi, René, sobrino de Jacobo é hijo de Pedro, rehusó obstinadamente entrar en el complot y se retiró al campo, á fin de que ni aun pudiesen acusarle de complicidad.

Todo se hallaba arreglado y la única dificultad que se presentaba para el éxito de la conjuración era reunir aislados á sus amigos, y en un sitio público á Lorenzo y á Julian. El papa se lisongó proporcionar esta ocasión nombrando cardenal á Rafael Riario, sobrino del conde Gerónimo, el cual era de diez y ocho años apenas, y estaba estudiando en Pisa.

En efecto, semejante nombramiento debía ser motivo de extraordinarias funciones, en atención á que enemigos en el fondo del corazón de Sixto IV, los Médicis guardaban ostensiblemente con él todas las apariencias de una buena y respetuosa amistad. Invitó, pues, Jacobo de Pazzi al nuevo cardenal á ir á comer á su casa de Florencia, y puso en la lista de los convidados á Lorenzo y á Julian. Debía verificarse el asesinato al fin de la comida, y á una señal de Jacobo; pero vino solo Lorenzo; Julian se hallaba detenido por una intriga amorosa y encargó á su hermano que le disculpase. Fué preciso pues, diferir á otro día la ejecución de su designio.

Pronto se creyó que había llegado este día; porque no queriendo Lorenzo aparecer vencido en magnificencia por Jacobo, invitó á su vez al cardenal á que fuese á Fiesoli, y con él á todos los que habían asistido á la comida dada por Jacobo. Pero esta vez tambien faltó Julian; tenía una pierna mala; fué preciso diferir todavía la ejecución de la conspiración para otro día.

Por último se fijó este día en el 26 de abril de 1478, segun Maquiavelo. Durante la mañana de aquel día, que era festivo, el cardenal

Riario debía oír la misa en el Domo de Santa Maria de las Flores, y como había hecho prevenir á Lorenzo y Julian de aquella solemnidad, era probable que estos no podrian evitar el asistir. Se previno á todos los conjurados de estas disposiciones, y á cada uno de los asesinos el papel que debía representar en aquel sangriento drama. Francisco Pazzi y Bernardo Bandini eran los mas encarnizados contra los Médicis, y como eran al mismo tiempo los mas fuertes y los mas diestros, reclamaron para ellos á Julian, en atención á que corría el rumor de que tímido de corazón y débil de cuerpo Julian llevaba habitualmente una coraza debajo del vestido, lo que hacia difícil, y por consecuencia mas peligroso un asesinato en él que en cualquiera otro.

Por otra parte, el jefe de los esbirros pontificales, Juan Bautista de Montesecco, había recibido, y aceptado ya la comision de matar á Lorenzo en las dos comidas á las que había asistido y en las que le había salvado la ausencia de su hermano. Se sabía que era un hombre de resolución y que mostraba la misma buena voluntad que los demas; pero con gran asombro de todos, cuando supo que el asesinato debía cometerse en una iglesia rehusó diciendo que estaba dispuesto á una muerte, pero no á un sacrilegio, y que por todo el mundo no le cometeria si antes no le presentaban un breve de absolucion firmado por el papa. Desgraciadamente se había descuidado de proveerse de este importante documento que Sixto IV no era seguramente hombre de negar: no se había tenido tiempo de hacerle venir, de modo que por mas instancias que se hizo á Montesecco no se pudo vencer sus escrúpulos. Entonces se encomendó la empresa de herir á Lorenzo á Antonio de Volterra y Esteban Bagnoni, que en su *calidad de sacerdotes*, dice Antonio Galli, uno de los diez ó doce historiadores de este suceso, *tenian menos respeto á los lugares sagrados*. El momento en que se debía dar el golpe era aquel en que el celebrante alzase la hostia.

Pero no bastaba herir á los dos hermanos: era preciso apoderarse de la Señoría, y forzar á los magistrados á que aprobasen la muerte inmediatamente que fuese ejecutada. De este cuidado se encargó el arzobispo Salviati: se fué al palacio con Santiago Baccioli y unos treinta de los conjurados inferiores dejando veinte á la primera entrada, donde mezclados con el pueblo que iba y venia, debían quedar allí desapercibidos hasta el momento en que á una señal dada se apoderasen de la entrada; despues, conociendo bien todos los corredores del palacio, condujo otros diez á la canceleria, recomendándoles que cerrasen la puerta y no saliesen sino cuando oyesen ó el ruido de las armas ó un grito convenido. Despues, volvió á encontrar la primera tropa reservándose al llegar el momento arrestar el mismo al gonfaloniero César Petrucci.

Entretanto había comenzado ya el oficio divino, y esta vez como las otras, parecia á punto de escaparse la venganza á los conjurados, porque Lorenzo había ido solo. Entonces Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini se decidieron ir á buscar á Julian, puesto que este no iba.

Fueron, pues, á su casa y le encontraron con su querida. Alegó el padecimiento que le causaba su pierna; pero los dos conjurados le dijeron que era imposible que dejase de asistir á la misa, asegurándole que su negativa seria mirada como una ofensa al cardenal. Julian, á pesar de las miradas suplicantes de la muger que se encontraba en su casa, se decidió, pues, á seguir á los dos jóvenes, pero cogido de improviso, sea confianza, sea que no quisiese hacerlos aguardar, no se puso su coraza, contentándose con ceñirse una especie de cuchillo de caza que tenía costumbre de llevar. Todavía al dar algunos pasos, como la punta de la vaina de su cuchillo le daba sobre su pierna mala, se lo entregó á uno de sus criados para que lo volvieran á su casa. Francisco de Pazzi le echó entonces los brazos por la espalda riéndose, como se hace á veces entre amigos; vió que Julian no llevaba coraza. Así el pobre joven se entregaba á sus asesinos sin armas ofensivas ni defensivas. Entraron los tres jóvenes en la iglesia por la puerta de la calle *Dei servi* en el momento en que el sacerdote decia el Evangelio. Fué Julian á arrodillarse cerca de su hermano; Antonio de Volterra y Esteban Bagnoni se hallaban ya en sus puestos; Francisco Pazzi y Bernardo Bandini se pusieron en el suyo. Una ojeada cambiada entre los asesinos les indicó que estaban listos.

Continuó la misa. La multitud que llenaba la iglesia era un pretesto á los asesinos para acercarse mas á Lorenzo y á Julian. Además, estos sin desconfianza se creían con tanta seguridad, al menos, al pie del altar, como si estuviesen en su casa de campo de la Reggia.

El sacerdote levantó la hostia. Al mismo tiempo se oyó un grito terrible: Julian, herido de una puñalada en el pecho por Bernardo Bandini, se levantó con el dolor y fué á caer todo ensangrentado á algunos pasos en medio de la espantada muchedumbre perseguido por sus dos asesinos, de los que el uno, Francisco Pazzi, se ensañó sobre él con tal furor, y le dió tan repetidos golpes que él mismo se hirió y se clavó su propio puñal en un muslo. Pero este accidente que al pronto sin duda no creyó tan grave como era, no hizo mas que avivar su cólera, y todavía daba golpes despues que hacia tiempo que Julian no era mas que un cadáver.

Lorenzo había sido mas feliz que su hermano. En el momento de la elevación de la hostia, sintiendo que apoyaban una mano sobre su espalda, había vuelto la cabeza y visto brillar una hoja de puñal en manos de Anto-

nió Volterra. Por un movimiento instintivo se había arrojado entonces á un lado, de modo que el hierro que debía atravesarle la garganta no hizo mas que hacerle un rasguño en el cuello. Levantóse inmediatamente, y con un solo movimiento sacó su espada con la mano derecha, y envolviendo su brazo izquierdo con la capa se puso en defensa llamando en su auxilio á sus dos escuderos. A la voz de su amo Andrés y Lorenzo Cavalcanti acudieron espada en mano, y los dos sacerdotes viendo que el negocio iba serio y que ya no se trataba de un asesinato, sino de combatir, arrojaron sus armas y echaron á huir. Al ruido que hacia Lorenzo defendiéndose, Bernardo Bandini que estaba ocupado con Julian, levantó la cabeza y vió que la segunda víctima iba á escaparse; dejó el muerto por el vivo, y se lanzó en el altar. Pero encontró en su camino á Francisco Nori que le cerraba el paso. Hubo una corta lucha y Francisco Nori cayó herido de muerte; pero por pronto que hubo quitado aquel obstáculo había bastado el tiempo, como hemos visto, á Lorenzo para desembarazarse de sus dos enemigos. Bernardo se encontró, pues, solo contra tres. Llamó á Francisco, acudió éste; pero á los primeros pasos que dió conoció en su debilidad que iba mas gravemente herido de lo que él creía; y llegando al coro, próximo á caer, se apoyó contra la barandilla. Policiano que acompañaba á Lorenzo aprovechó aquel momento para hacerle entrar con algunos amigos que se habían reunido al rededor suyo, en la sacristía, y mientras que los dos Cavalcanti, ayudados por los diáconos, que daban porrazos con sus cruces de plata como con mazas, tenían separados á Bernardo Bandini y á tres ó cuatro conjurados que habían acudido á su llamamiento. Pasaron las puertas de bronce y las cerró detras de Lorenzo y de él. Inmediatamente Antonio Ridolfi, uno de los jóvenes mas decididos por Lorenzo, chupaba la herida que había recibido este en el cuello de miedo de que el puñal del sacerdote no estuviese envenenado, lo que le ponía en el mayor aprieto. Un instante todavía trató de derribar las puertas Bernardo Bandini; pero viendo que eran vanos é inútiles sus esfuerzos comprendió que todo se hallaba perdido, y cogió á Francisco Pazzi por debajo del brazo y se lo llevó tan rápidamente como este podía andar.

Había habido en la iglesia un momento de tumulto fácil de comprender; el celebrante había huido cubriendo con su estola á Dios, á quien hacían testigo y casi cómplice de semejante crimen.

Todos los asistentes habían salido precipitadamente á la plaza del Domo por las diferentes puertas de la catedral; cada cual había huido por donde había podido, á escepcion de ocho ó diez partidarios de Lorenzo que se habían reunido en un rincón, y que con espada en mano corriendo inmediatamente á la puerta

de la sacristía llamaban á voces á Lorenzo diciendo que respondían de él, y que si quería salir se comprometían con su cabeza á llevarle sano y salvo á su casa.

Pero Lorenzo no tenia prisa de salir á estas invitaciones; temía que fuese una astucia de sus enemigos para volverle á hacer caer en la red de que se había escapado. Entonces Sismondi della Stufa subió por la escalerilla del órgano hasta una ventana desde la cual echando una mirada á la iglesia vió el Domo vacío, á escepcion de un grupo de amigos que aguardaban á Lorenzo á la puerta de la sacristía, y el cuerpo de Julian sobre el que se hallaba una hermosa muger tan pálida y tan inmóvil, que á no ser por los sollozos se la hubiera podido tomar por un segundo cadáver.

Sismondi della Stufa bajó y dijo á Lorenzo lo que había visto; entonces este recobró ánimo y salió. Sus amigos le rodearon inmediatamente y cual lo habían prometido le llevaron sano y salvo á su palacio de la Via Larga.

Sin embargo, en el momento de alzar á Dios, las campanas se habían tocado como fle costumbre; era esta la señal esperada por los que estaban encargados del palacio. En consecuencia, á la primera campanada el arzobispo Salviati entró en la sala donde se hallaba el gonfaloniero, dando por pretexto que tenia que comunicarle una cosa de parte del papa.

Este gonfaloniero, como hemos dicho, era César Petrucci, el mismo que ocho años antes, siendo podestá de Piatto, había sido envuelto en una conspiracion semejante por Andrés Nardi. Aquella primera catástrofe, de la que había estado á punto de ser víctima, había dejado en el magistrado tan profundas huellas, que desde aquel tiempo vivía sin cesar prevenido. Así, aunque ninguna noticia de la conjuración había tenido todavía, y aunque ningun rumor hubiese llegado hasta él, apenas vió á Salviati que se dirigía á él con visible emoción, en lugar de aguardarle se lanzó hácia la puerta donde encontró á Santiago Baccioli, que quería impedirle el paso; pero César Petrucci tenía ademas de su prudencia mucho ánimo y fuerza. Cogió á Santiago Baccioli por los cabellos, lo derribó en el suelo y poniéndole la rodilla en el pecho llamó á sus soldados que acudieron. Cinco ó seis conjurados que acompañaban á Baccioli quisieron socorrerle; pero los soldados eran mas; tres de los conjurados fueron muertos; dos arrojados por la ventana á la calle y uno solo se salvó gritando socorro.

Entonces los que estaban en la cancellería comprendieron que había llegado el momento y quisieron correr en socorro de sus camaradas, pero la puerta que habían cerrado tenia un secreto que una vez cerrada era imposible volverla á abrir. Encontráronse, pues, prisioneros, y por consecuencia en la imposibilidad de socorrer al arzobispo. Durante este

tiempo César Petrucci había corrido á la sala donde celebraban sus audiencias los priores, y sin saber precisamente de lo que se trataba había dado la alarma. Los priores inmediatamente se habían unido á él: César los animó. Se resolvió defenderse; cada cual se armó con lo que pudo. El valiente gonfaloniero atravesando por la cocina cogió un asador y habiendo hecho entrar á la Señoría en la torre se colocó á la puerta, que defendió tan bien que nadie penetró en ella.

Entretanto el arzobispo, gracias á su hábil diplomacia, había atravesado la sala donde cerea de los cadáveres de sus camaradas, Baccioli se hallaba prisionero, y con un gesto había hecho comprender á sus cómplices que iban á venir en su socorro. En efecto, apenas se habían reunido á la puerta de la calle, cuando el resto de los conjurados se unió á él: pero en el momento en que iba á volver á subir, vieron desembocar por la calle que conduce al Domo un tropel de partidarios de los Médicis que se aproximaban dando el grito ordinario de aquella casa, *palle, palle*. Salviati comprendió que ya no se trataba de ir á socorrer á Baccioli, sino de defenderse él mismo.

En efecto, había cambiado de faz la fortuna, y el peligro estaba en los que lo habían suscitado. Los dos sacerdotes habían sido perseguidos y hechos pedazos por los Médicis. Bernardo Bandini, despues de haber visto á Policiano perecer á las puertas de bronce de la sacristía, había, como hemos dicho, llevado á Francisco Pazzi fuera de la iglesia; pero llegado ante el palacio se había sentido tan débil que no había podido ir mas lejos, y mientras Bernardo escapaba, se había arrojado en su cama y aguardaba los sucesos con tanta resignacion como valor había mostrado. Entonces Jacobo, á pesar de su mucha edad, había intentado reemplazar á su sobrino: había montado á caballo, y á la cabeza de un centenar de hombres que había reclutado de su casa, recorría las calles de la ciudad gritando: libertad, libertad. Pero este era un grito que ya no comprendía Florencia. Una parte de los ciudadanos, que ignoraba todavía lo que había pasado, salía á sus puertas y los miraba en silencio y con asombro. Los que sabían el crimen murmuraban sordamente, y amenazándole con el gesto, buscaban un arma para unir el efecto á la amenaza. Jacobo vió lo que los conjurados ven siempre demasiado tarde, y es que los señores no vienen sino cuando los pueblos quieren ser esclavos. Comprendió entonces que no había un minuto que perder para ponerse en libertad: volvió caras con su tropa, ganó las puertas de la ciudad, y tomó el camino de la Romaña.

Lorenzo se retiró á su casa, y bajo el pretexto de llorar á su hermano, dejó obrar á sus amigos.

Lorenzo tenia razon: se hubiera despopu-

larizado por todo el resto de su vida si se hubiese vengado como le vengaron.

El joven cardenal Riario, que ignoraba, no el complot, pero la manera con que debía ejecutarse, se había colocado inmediatamente bajo la guardia de los sacerdotes, que le llevaron á una sacristía inmediata á aquella en que se había refugiado Lorenzo. El arzobispo, su hermano, su primo y Santiago Baccioli, arrestados por César Petrucci, fueron ahorcados, los unos en la Vinghiera, los otros en los muros de la iglesia. Francisco Pazzi, hallado en su cama desangrado, fué arrastrado al Palacio Viejo en medio de las maldiciones y de los golpes del populacho, que miraba enoñándose de hombros y con la sonrisa del Jespicio en los labios, y aborcedo en la misma ventana de Salviati, sin que las amenazas, los golpes, ni el suplicio, le hubieran podido arrancar una sola queja. A Juan Bautista de Montesecco, que había rehusado herir á Lorenzo en una iglesia, y que probablemente le había salvado la vida abandonándole á los puñales de los dos sacerdotes, le cortaron la cabeza. René de Pazzi, que se había retirado al convento para no ser confundido con los conjurados, no pudo por esta precaucion evitar su suerte, y fué cogido y ahorcado como sus parientes. El veneciano Sacoli de Pazzi, que se había salido con el tropel, había sido arrestado por los montañeses de los Apeninos, y á pesar de una cantidad bastante fuerte que les ofreció, no para que le dejasen libre, sino para que le matasen, fué llevado vivo á Florencia, y ahorcado de la misma ventana que René. En fin, á los dos años de esta catástrofe, se vió una mañana un cadáver colgado en las ventanas del Bargallo; era el de Bernardo Bandini, que se había refugiado en Constantinopla, y que el sultan Mahomet II había enviado prisionero á Lorenzo, á fin de conservar la paz con la república.

El coro, que encierra el espacio donde se representó este terrible drama, fué ejecutado despues por orden de Cosme I. Está adornado de ochenta y ocho figuras en bajos relieves de Baccio Bandinelli y de su discípulo Juan de l'Opera. El altar grande es del mismo maestro, á escepcion del crucifijo de madera, que es de Benito de Majano, y de un grupo de mármol representando á José de Arimatea sosteniendo á Cristo, que es el único pedazo de mármol á que tocó el cincel de Miguel Angel. Miguel Angel lo destinaba al sepulcro que hacia prepararse en Santa Maria la Mayor, pero los canónigos del Domo tuvieron, si puede decirse así, la sacrilega piedad de separar aquel trozo de mármol sin concluir, de su fúnebre destino, y se apoderaron de él para su catedral.

Sobre el coro se eleva á una altura de doscientos ochenta y cinco pies la famosa cúpula de Brunelleschi: permaneció desnuda y sin adorno, bella con su belleza, grande con su

sola grandeza, hasta 1572, época en que Vasari obtuvo de Cosme I la autorización de cubrirla de pintura. El día aniversario del nacimiento del gran duque, subió sobre su tablado y dió la primera pincelada en aquella inmensa obra, que quedó sin concluir al morir: la obra fué concluida por Federico Zucchoni.

Dos glorias artísticas hacen pareja con dos glorias militares: de Juan Hawkwood y de Pedro Farnesio, con los sepulcros de Brunelleschi y del Giotto. El epitafio del primero es de Mazzupini, y el del segundo de Policiano. El mejor de los dos, es mas mezquino en comparacion de una estátua del uno ó de un cuadro del otro.

Al salir de Santa María de las Flores por la puerta de enmedio, se encuentra justamente uno en frente de otra puerta. Es la del bautisterio de San Juan: es la famosa puerta de bronce de Ghiberti. Miguel Angel tenia siempre miedo de que Dios robase aquella obra maestra de Florencia para hacer con ella la puerta del cielo.

El bautisterio de San Juan Bautista, iglesia primitiva de la ciudad de que tan frecuentemente habla el Dante y con tanto amor, es una construcción del siglo VI, y que se remonta nada menos que á aquella hermosa reina Teodolinda, que mandaba entonces en aquella rica comarca que se extendía desde el pie de los Alpes al ducado de Roma. Era el tiempo en que las ruinas esparcidas por el mundo que acababa de concluir, ofrecía espléndidos materiales al mundo que comenzaba. Los arquitectos lombardos tomaron á manos llenas columnas, capiteles, bajos relieves, y hasta una piedra llevando una inscripción romana en honor de Aurelio Vero, y con ellas hicieron un templo que consagraron al bautismo de Jesucristo.

El bautisterio permaneció así ruído y áspero, y en toda su bárbara desnudez, hasta el siglo XI: era esta la grande época de los mosaicistas. Salidos de Constantinopla, recorrieron el mundo aplicando sus largas y flacas figuras de Cristo, de la Virgen y de los santos sobre fondo de oro. Apolonio fué llamado á Florencia y le encargaron la bóveda. Las pinturas comenzadas por él, fueron concluidas por Andrés Zafi, su discípulo, y acabadas por Santiago de Turríta, Tadeo Gadi, Alejo Ballovineti y Domingo Goirlándajo.

Pronto se vió el interior tan bello y tan resplandeciente, que se pensó en el exterior, y se encargó á Arnolfo di Lapa vestirlo de mármol. Las mejoras habían dado su fruto: las ofrendas eran dignas del templo. Se pensó que se necesitaban puertas de bronce para encerrar tantas riquezas, y en 1330 se encargó á Andrés de Pisa ejecutar la del Mediodía que mira al Bigallo. La otra fué terminada en 1339, y produjeron tal sensación, que la señoría de Florencia salió solemnemente de su palacio para ir á visitarla acompañada de los embaja-

dores de Nápoles y de Sicilia. El artista, que era de Pisa, como lo indica su nombre, recibió además el honor de la cittyadinanza.

Quedaban dos puertas por ejecutar: el maravilloso trabajo del primer obrero, hacia difícil la elección del segundo: se resolvió, pues, sacarla á oposicion. Cada opositor adoptado por la comision, debía recibir de la magnífica república una suma suficiente para vivir un año, y al cabo de este año presentar el boceto. Brunelleschi, Donatello, Lorenzo de Partolucio, Scopodella, Quercio de Siena, Nicolás de Arezzo, su discípulo, Francisco de Bandanbrine, Simon de Cona, llamado Simon de los broncees, por su habilidad en modelar, se presentaron y fueron sin dificultad recibidos.

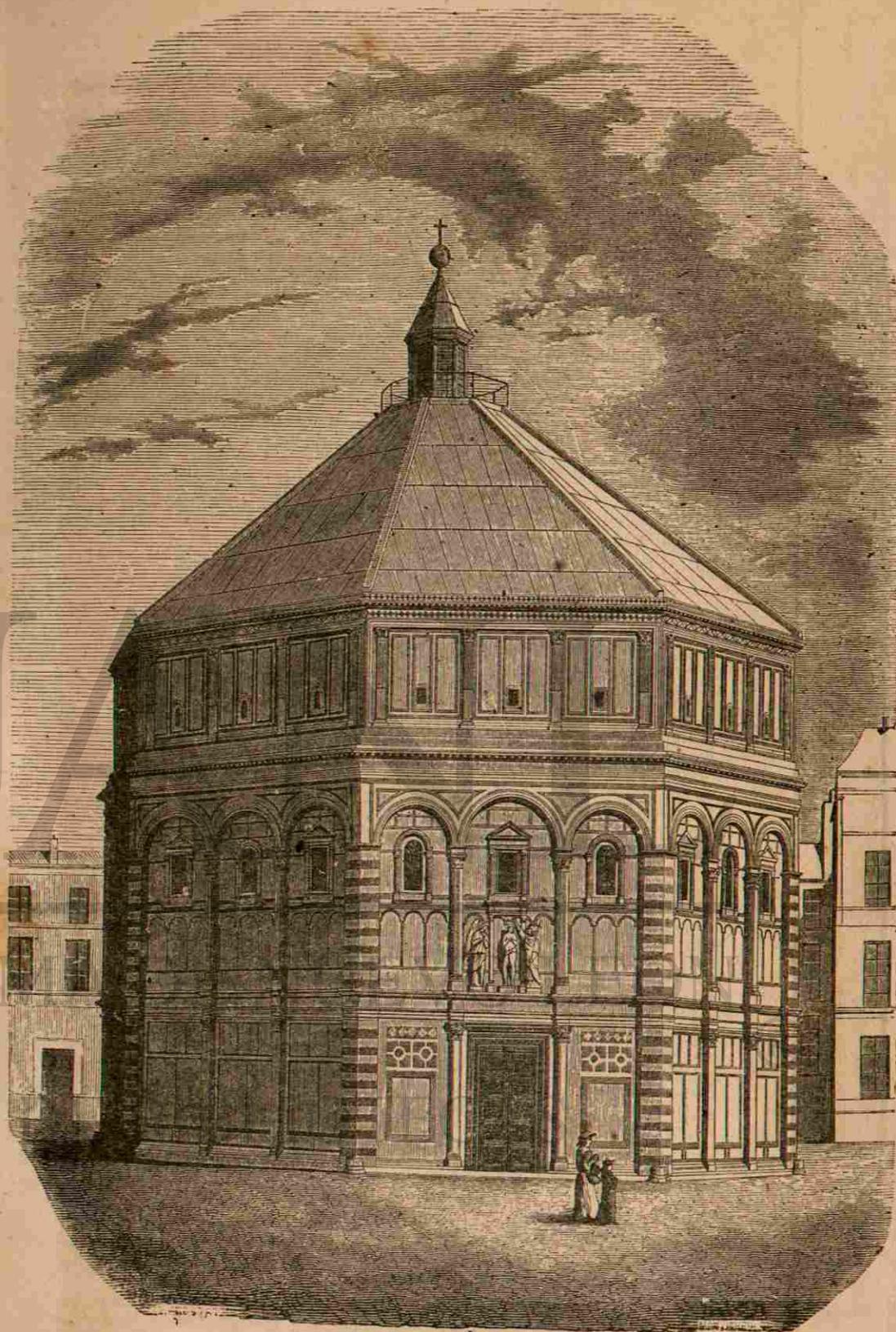
Habia entonces en Rimini un jóven que andaba viajando por Italia: iba de Venecia á Roma, pero fué detenido en el tránsito por el señor de Malatesta. Era este uno de esos tiranos artistas de la edad media que tan á pechos tomaba el arte: arrestado el jóven, le obligaron á hacer á la fuerza muchos frescos. En el intervalo de su trabajo, el jóven, que era además platero y escultor, se entretenía para distraerse en modelar figuritas de barro y de cera, y que despues Malatesta daba á sus lindos hijos, que debían un día ser tan tiranos como él.

Halló una mañana á su comensal muy preocupado: le preguntó Malatesta qué era lo que tenia. El jóven le respondió que acababa de recibir una carta de su suegro que le anunciaba que la puerta principal del bautisterio de Florencia se había sacado á oposicion, y que le invitaba á concurrir á aquel honor tan grande, de que en el fondo de su corazón se creía indigno. Malatesta animó al jóven á que marchase á Florencia: despues comprendiendo que el pobre artista tenia falta de dinero, le dió una bolsa llena de oro para ayudarle á los gastos de su viage. Como se ve, el execrable tirano Malatesta era un excelente hombre.

Púsose el jóven en camino para Florencia, lleno de esperanzas y de temores á la vez. Palpitábale fuertemente el corazón cuando á lo lejos vió las torres de los campanarios de su ciudad natal: en fin, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y antes de ver ni á su muger ni á su padre, fué á llamar á la puerta de aquel famoso consejo de que iba á depender toda su vida.

Preguntáronle los jueces su nombre y qué era lo que había hecho. El jóven respondió que se llamaba Lorenzo Ghiberti: la segunda pregunta era mas difícil de responder porque no había hecho nada todavía, mas que las lindas figuritas de cera y barro con que jugaban los hermosos hijos del tirano Malatesta.

Así el pobre Ghiberti tuvo gran trabajo para desarmar la prevención de los jueces, que le indicaban volverse á Rimini, cuando á petición de Brunelleschi, amigo de su suegro, y



El Baptisterio, en Florencia, pág. 82.

de Donatello, amigo suyo, fué admitido, mas como estímulo que á título de seria oposicion. No importa, habia sido recibido y esto era cuanto necesitaba: recibió su suma, y se puso á trabajar.

Pasóse el año trabajando todos á cual mas: despues, en el dia señalado, cada uno presentó su boceto. Habia treinta y cuatro jueces, todos pintores, escultores ó plateros de primer orden.

Desde luego se dividió el parecer entre tres de los coopositores; estos tres eran Brunelleschi, Lorenzo de Bartolucio y Donatello. Habian encontrado muy hermoso el boceto de Ghiberti: pero tan jóven, ó fuese temor de herir á los maestros que habian concurrido á la oposicion con él, ó por cualquiera otra razon, no se habian atrevido á adjudicarle el premio. Pero entonces sucedió una cosa maravillosa; y es que Brunelleschi, Bartolucio y Donatello, retirándose á un rincon para deliberar, volvieron despues de un instante de conversacion, y dijeron á los cónsules que les parecia que se habia hecho una injusticia dándoles el premio, que creian en su alma y conciencia que lo habia ganado verdaderamente Lorenzo Ghiberti.

Concibese que semejante paso puso muy fácilmente de acuerdo á los jueces; y una vez por casualidad se concedió el premio al que lo habia merecido; verdad es que la oposicion, fiel á la mision original de toda oposicion, habia dado en un principio el premio al que no lo merecia.

Cuarenta años duró la obra, dice Vasari, es decir, un año menos que lo que habia vivido Masaccio, un año mas que lo que debia vivir Rafael. Lorenzo, que la habia comenzado lleno de salud y de vida, la acabó viejo y encorbado. Su retrato es el de ese anciano calvo que cuando está cerrada la puerta se halla en el adorno del medio: ¡toda una vida de artista se ha fundido allí con el sudor que ha caído gota á gota sobre aquel bronce!....

En cuanto á la otra puerta que fué dada á Ghiberti en recompensa de la primera, no fué para él mas que un juego, porque no tuvo mas que imitar á Andrés de Pisa, que hasta entonces habia sido mirado como inimitable.

Al salir del bautisterio por aquella puerta de en medio en donde están colgadas las cadenas del puerto de Pisa.—desgraciadas cadenas que se han dividido alternativamente los genoveses y los florentinos,—se descubre en todo su magestuoso atrevimiento el campanillo de Giotto. Aquel maravilloso monumento, sólido como una torre, esbelto como un encaje, era tan ligero, tan hermoso, tan brillante, que Policiano lo ha cantado en versos latinos, y Carlos V decia que debian colocarlo debajo de un fanal para no enseñarlo sino los dias de gran fiesta, y de que todavía se dice hoy en Florencia: «hermoso como el campanillo,»

para alabar cualquier cosa tan espléndida que no tiene término de comparacion.

Giotto habia abierto nichos que fueron llenados por Donatello. Seis estatuas son de este maestro: una de ellas representa el hermano Parduccio Charichini, mas conocido bajo el nombre dello Zuccone, á causa de su calva; obra maestra de natural y de modelo. Esta obra es la perfeccion griega reunida al sentimiento cristiano: asi cuentan que cuando Donatello acompañó su querida estatua desde su taller al campanillo, confiando en su genio y creyendo que el Dios de los cristianos le daría el mismo milagro que Júpiter habia hecho con Pigmalion, no cesó por todo el camino de repetir á media voz:

—¡Favella! favella! Habla, habla, pues.

La estatua permaneció muda, pero la admiracion de los siglos y la voz de la posteridad han hablado por ella.

EL PALACIO RICCARDI.

Ibamos á dejar aquel magnífico palacio del Domo para hacernos llevar al del gran duque, cuando echando una mirada á la via Martelli, divisamos al estremo de aquella calle el ángulo de un palacio tan hermoso, que nos separamos un momento de nuestro plan cronológico para acercarnos mas á aquel edificio. A medida que adelantábamos le veíamos desarrollarse á la vista en toda su elegancia y en toda su magestad. Era el magnífico palacio Riccardi, que hace esquina con la via Larga y con la via dei Calderai.

El palacio Riccardi fué edificado por Cosme el Antiguo, aquel á quien la patria comenzó por arrojarle de sí dos veces, y concluyó al fin por llamarle su padre.

Cosme vino en una de esas felices épocas en que todo en una nacion tiende á desarrollarse, y en las que el hombre de genio encuentra toda la facilidad para ser grande. En efecto, la era brillante de la república vino con él. Las artes florecian por todas partes. Brunelleschi edificaba sus iglesias, Donatello cincelaba sus estatuas, Orcagna cortaba sus pórticos, Masaccio cubria las paredes de sus frescos. En fin, la prosperidad pública caminaba con paso igual con el progreso de las artes, que venian y hacian de la Toscana, colocada entre la Lombardia, los Estados de la Iglesia y la república veneciana, el pais, no sólo el mas poderoso, sino tambien el mas feliz de la Italia.

Habia nacido Cosme con riquezas inmen-

de Donatello, amigo suyo, fué admitido, mas como estímulo que á título de seria oposicion. No importa, habia sido recibido y esto era cuanto necesitaba: recibió su suma, y se puso á trabajar.

Pasóse el año trabajando todos á cual mas: despues, en el dia señalado, cada uno presentó su boceto. Habia treinta y cuatro jueces, todos pintores, escultores ó plateros de primer orden.

Desde luego se dividió el parecer entre tres de los coopositores; estos tres eran Brunelleschi, Lorenzo de Bartolucio y Donatello. Habian encontrado muy hermoso el boceto de Ghiberti: pero tan jóven, ó fuese temor de herir á los maestros que habian concurrido á la oposicion con él, ó por cualquiera otra razon, no se habian atrevido á adjudicarle el premio. Pero entonces sucedió una cosa maravillosa; y es que Brunelleschi, Bartolucio y Donatello, retirándose á un rincon para deliberar, volvieron despues de un instante de conversacion, y dijeron á los cónsules que les parecia que se habia hecho una injusticia dándoles el premio, que creian en su alma y conciencia que lo habia ganado verdaderamente Lorenzo Ghiberti.

Concibese que semejante paso puso muy fácilmente de acuerdo á los jueces; y una vez por casualidad se concedió el premio al que lo habia merecido; verdad es que la oposicion, fiel á la mision original de toda oposicion, habia dado en un principio el premio al que no lo merecia.

Cuarenta años duró la obra, dice Vasari, es decir, un año menos que lo que habia vivido Masaccio, un año mas que lo que debia vivir Rafael. Lorenzo, que la habia comenzado lleno de salud y de vida, la acabó viejo y encorbado. Su retrato es el de ese anciano calvo que cuando está cerrada la puerta se halla en el adorno del medio: ¡toda una vida de artista se ha fundido allí con el sudor que ha caído gota á gota sobre aquel bronce!....

En cuanto á la otra puerta que fué dada á Ghiberti en recompensa de la primera, no fué para él mas que un juego, porque no tuvo mas que imitar á Andrés de Pisa, que hasta entonces habia sido mirado como inimitable.

Al salir del bautisterio por aquella puerta de en medio en donde están colgadas las cadenas del puerto de Pisa.—desgraciadas cadenas que se han dividido alternativamente los genoveses y los florentinos,—se descubre en todo su magestuoso atrevimiento el campanillo de Giotto. Aquel maravilloso monumento, sólido como una torre, esbelto como un encaje, era tan ligero, tan hermoso, tan brillante, que Policiano lo ha cantado en versos latinos, y Carlos V decia que debian colocarlo debajo de un fanal para no enseñarlo sino los dias de gran fiesta, y de que todavia se dice hoy en Florencia: «hermoso como el campanillo,»

para alabar cualquier cosa tan espléndida que no tiene término de comparacion.

Giotto habia abierto nichos que fueron llenados por Donatello. Seis estatuas son de este maestro: una de ellas representa el hermano Parduccio Charichini, mas conocido bajo el nombre dello Zuccone, á causa de su calva; obra maestra de natural y de modelo. Esta obra es la perfeccion griega reunida al sentimiento cristiano: asi cuentan que cuando Donatello acompañó su querida estatua desde su taller al campanillo, confiando en su genio y creyendo que el Dios de los cristianos le daría el mismo milagro que Júpiter habia hecho con Pigmalion, no cesó por todo el camino de repetir á media voz:

—¡Favella! favella! Habla, habla, pues.

La estatua permaneció muda, pero la admiracion de los siglos y la voz de la posteridad han hablado por ella.

EL PALACIO RICCARDI.

Ibamos á dejar aquel magnífico palacio del Domo para hacernos llevar al del gran duque, cuando echando una mirada á la via Martelli, divisamos al extremo de aquella calle el ángulo de un palacio tan hermoso, que nos separamos un momento de nuestro plan cronológico para acercarnos mas á aquel edificio. A medida que adelantábamos le veíamos desarrollarse á la vista en toda su elegancia y en toda su magestad. Era el magnífico palacio Riccardi, que hace esquina con la via Larga y con la via dei Calderai.

El palacio Riccardi fué edificado por Cosme el Antiguo, aquel á quien la patria comenzó por arrojarle de sí dos veces, y concluyó al fin por llamarle su padre.

Cosme vino en una de esas felices épocas en que todo en una nacion tiende á desarrollarse, y en las que el hombre de genio encuentra toda la facilidad para ser grande. En efecto, la era brillante de la república vino con él. Las artes florecian por todas partes. Brunelleschi edificaba sus iglesias, Donatello cincelaba sus estatuas, Orcagna cortaba sus pórticos, Masaccio cubria las paredes de sus frescos. En fin, la prosperidad pública caminaba con paso igual con el progreso de las artes, que venian y hacian de la Toscana, colocada entre la Lombardia, los Estados de la Iglesia y la república veneciana, el pais, no sólo el mas poderoso, sino tambien el mas feliz de la Italia.

Habia nacido Cosme con riquezas inmen-

sas que había casi duplicado, y sin ser mas que un ciudadano, había adquirido una estraña influencia. Colocado fuera del gobierno, no lo atacaba, pero tampoco lo adulaba. El gobierno seguía por buen camino; estaba seguro de su alabanza: se separaba del camino recto; no evitaba su censura. Y la alabanza ó la censura de Cosme el Antiguo era de una suprema importancia, porque su gravedad, sus riquezas y su talento daban á Cosme la gerarquía de un hombre público. No era todavía el jefe del gobierno, pero era ya mas que esto; tal vez era su censor.

Comprende así la tormenta que secretamente debía prepararse contra semejante hombre. Veíala Cosme apuntar y la oía rugir, pero consagrado enteramente á los grandes trabajos que ocultaban sus grandes proyectos, ni aun volvió la cabeza hácia el lado de aquella, y hacia concluir la capilla de San Lorenzo, edificar la iglesia del convento de Dominicos de San Marcos, establecer el monasterio de San Frediano, y echar los cimientos de aquel hermoso palacio de la Via Larga, llamado hoy de Riccardi. Unicamente cuando sus enemigos le amenazaban demasiado abiertamente, como el tiempo de la lucha no había aun llegado para él, dejaba á Florencia para irse á Bugello, cuna de su raza, á edificar los conventos del Bosco y de San Francisco, y volvía bajo el pretexto de dar una ojeada á su capilla de los Padres de Santa Cruz, y del convento de los Angeles de los Camaldulenses. Después volvía á irse de nuevo para ir á adelantar los trabajos de su casa de campo de Carreggi, de Cafaggio, de Fiesoli y de Tribbio, ó fundaba en Jerusalem un hospital para los pobres peregrinos. Hecho esto volvía á ver cómo iban los negocios de la república, y su palacio de la Via Larga.

Y todas estas inmensas construcciones salían á la vez de la tierra, ocupando un mundo de obreros, de artistas y de arquitectos; y quinientos mil escudos pasaban allí, es decir, siete ó ocho millones de nuestra actual moneda, sin que este fastuoso ciudadano pareciera empobrecido lo menos del mundo, por este eterno y régio gasto.

Es que en efecto, Cosme era mucho mas rico que muchos de los reyes de la época. Su padre Giovanni le había dejado casi cuatro millones de plata y ocho ó diez en papel, que él por el cambio había quintuplicado. Tenía este príncipe en las diferentes plazas de Europa á su propio nombre ó á nombre de su hijo diez casas de comercio. En Florencia todo el mundo le debía, porque su bolsa se hallaba abierta á todo el mundo, y esta generosidad era también á los ojos de algunos el efecto de un cálculo, y se aseguraba que tenía interés en prolongar la guerra para obligar á sus conciudadanos arruinados á recurrir á él. Así había hecho por ocasionar la guerra de Luca tal esfuerzo, que Varchi dice de él,

que con sus virtudes públicas y sus vicios secretos, llegó á hacerse jefe y casi príncipe de una república ya mas esclava que libre.

Empero la lucha fué larga: arrojado Cosme de Florencia, salió como proscrito y volvió triunfador. Cosme adoptó con tenacidad aquella política que hemos visto seguir mas tarde á Lorenzo, su nieto: volvió á su comercio, á sus ágios y á sus monumentos, dejando á sus partidarios el cuidado de su venganza. Fueron tan graves las proscriciones y tan numerosos los suplicios, que uno de sus mas antiguos y fieles amigos creyó deber ir á decirle que despoblaba la ciudad. Cosme alzó los ojos de un cálculo de cambio que estaba haciendo, puso la mano sobre el hombro del mensajero, le miró de hito en hito, y con una impasibilidad increíble:

—Mas quiero despoblarla que perderla, le dijo:

Y el inflexible aritmético continuó haciendo sus cifras y sus cálculos.

Así vivió rico, poderoso, honrado, pero herido en el interior de su familia por la mano de Dios. Había tenido de su muger muchos hijos, de los que uno solo le sobrevivía. Así gastado é impotente se hacia llevar á las inmensas salas de su inmenso palacio, á fin de inspeccionar las escaleras, los dorados y los frescos, y entonces meneaba la cabeza y decía:

—¡Ay! ¡ay! esta es una casa muy grande para una familia tan pequeña!

En efecto, dejó por heredero de su nombre, de sus bienes y de su poder, á Pedro de Médicis, que colocado entre Cosme, el Padre de la patria, y Lorenzo el Magnífico, obtuvo por todo sobrenombre el de Pedro el Gotoso.

Refugio de los sábios griegos arrojados de Constantinopla, cuna del renacimiento de las artes durante los siglos XIV y XV, morada hoy de las ciencias de la Academia de la Crusca, el palacio Riccardi fué sucesivamente habitado por Pedro el Gotoso y por Lorenzo el Magnífico, que se retiró allí después de la conspiración de los Pazzi, como su abuelo se había retirado á él después de su destierro. Lorenzo legó el palacio con su inmensa colección de piedras preciosas y camafeos antiguos, con sus espléndidas armas, y con magníficos manuscritos originales á su hijo Pedro, que mereció, no el título de Pedro el Gotoso, sino el de Pedro el Insensato. El fué el que abrió las puertas de Florencia á Carlos VIII, el que le entregó las llaves de Sarzano de Pietra Santa, de Pisa, de Librafatta y de Liorna, y el que se comprometió á pagar por la república á título de subsidio la suma de doscientos mil florines.

El le ofreció además en su palacio de Via Larga una hospitalidad que el rey de Francia se hallaba dispuesto á tomar, aun cuando no se la hubieran ofrecido.

En efecto, como todo el mundo sabe, Car-

los VIII entró en Florencia como vencedor y no como aliado, montado en su caballo de batalla, con la lanza en ristre y la visera calada: atravesó así toda la ciudad desde la puerta de San Friano hasta el palacio de Pedro, que la Señoría había desde la vispera arrojado de Florencia con todos los suyos. En el palacio Riccardi fué donde se discutió el tratado entre Carlos VIII y Pedro á nombre de la república, tratado que la república no quería reconocer. Las cosas fueron lejos, y á punto se estuvo de recurrir á las armas, porque habiendo sido introducidos los diputados en el salon á presencia de Carlos VIII, que los recibió sentado y cubierta la cabeza, el secretario real, que se hallaba sentado á la izquierda del trono, comenzó á leer, artículo por artículo, las condiciones de aquel tratado, y como cada nuevo artículo traía una nueva discusión, Carlos VIII, se incomodó y exclamó:

—Será así, ó haré tocar las trompetas.

—Pues bien, respondió Pedro Capponi, uno de los diputados de la república, arrancando el papel y haciéndole pedazos: pues bien, vos hareis tocar las trompetas, y nosotros haremos tocar las campanas.

Esta respuesta salvó á Florencia: el rey de Francia creyó que la república era tan fuerte como altiya. Pedro Capponi se había arrojado fuera del aposento: Carlos le hizo llamar haciéndole nuevas proposiciones que fueron aceptadas.

Once dias despues, el rey salió de Florencia para marchar sobre Nápoles, dejando de vastar por sus soldados, tesoros, colecciones y bibliotecas.

El palacio Riccardi permaneció vacío durante diez y ocho años que duró el destierro de los Médicis: en fin, al cabo de este tiempo volvieron á entrar llevados por los españoles, y á pesar de este socorro, entraron, dice la capitulación, no como príncipes, sino como simples ciudadanos.

Peró como el gigantesco tronco había arrojado tan poderosas raíces, y su savia comenzaba á secarse, el árbol iba perdiendo cada vez mas. En efecto, Lorenzo II, muerto y sepultado en su sepulcro esculpido por Miguel Angel, no quedaba mas sangre de Cosme el Antiguo que tres bastardos: Hipólito, bastardo de Julio II, que fué cardenal; Julio, bastardo de Julian el Calvo, asesinado por los Pazzi, y que fué papa bajo el nombre de Clemente VII; en fin, Alejandro, bastardo de Julian I ó de Clemente VII, porque no se sabe bien de cual de los dos, y de una viuda de Toscana.

Como los tres permanecieron un instante en Florencia, alojándose en el mismo sitio, se llamó por burla á aquel sitio el palacio de los tres mulos.

Tan honrada como había sido la rama primogénita de los Médicis en Florencia en el principio, tan escarnecida y despreciada llegó á ser en esta época. Así los florentinos no

buscaban mas que una ocasion para arrojar á Alejandro y á Hipólito de Florencia, pero su tío Clemente VII, colocado sobre el trono pontifical, les daba un apoyo bastante poderoso para que los últimos restos del partido republicano se atrevieran á emprender nada contra ellos.

El saqueo de Roma por los soldados del condestable de Borbon, y la prision del papa en el castillo de San Angelo, ofrecieron á los florentinos la ocasion que aguardaban. Aprovecháronla, y por la tercera vez los Médicis volvieron á emprender el camino del destierro. Clemente VII, que era un hombre de recursos, salió del apuro vendiendo siete capelos de cardenales, con los que pagó una parte de su rescate, y puso otros cinco en prenda, para responder del resto. Entonces, como mediante estas garantías se le dejaba un poco mas en libertad, se aprovechó de ella para escaparse de Roma disfrazado de criado, y llegó á Orbiato. Los florentinos creíanse bien seguros para el porvenir viendo á Carlos V vencedor y fugitivo al papa.

Desgraciadamente Carlos V había sido elegido emperador en 1549, y tenía necesidad de ser coronado. El interés unió á los que el interés había separado. Clemente VII se comprometió á coronar á Carlos V, y Carlos V se comprometió á tomar á Florencia y á darla en dote á su hija natural Margarita de Austria, que desposó con Alejandro.

Las dos promesas fueron religiosamente cumplidas. Carlos V fué coronado en Bolonia, porque en la nueva ternura paternal que tenía al papa no quería ver los destrozos que sus tropas habían ocasionado en la ciudad santa; y despues de un sitio terrible en que fué defendida Florencia por Miguel Angel y entregada por Malatesta, el 31 de julio de 1531 hizo su entrada solemne Alejandro en la futura capital de su ducado.

Alejandro tenía casi todos los vicios de su época y muy pocas virtudes de su raza. Hijo de una morisca, había heredado sus ardientes pasiones. Constante en su odio, inconstante en su amor, trató de asesinar á Pedro Strozzi, é hizo envenenar al cardenal Hipólito, su primo, que segun Varchi, era un hermoso y agradable jóven, dotado de talento, afable, de corazón generoso, de mano liberal y grande como Leon X, y el que una sola vez dió 4,000 ducados de renta á Francisco María Molza, noble modenés, versado en el estudio de la literatura y en las tres bellas lenguas, que eran en aquella época el griego, el latin y el toscano.

Así durante los seis años de su reinado hubo muchas conspiraciones contra él.

Felipe Strozzi depositó una inmensa suma en manos de un fraile dominico de Nápoles, que tenía, dicen, grande influencia con Carlos V, para que obtuviese de Carlos V, el que diera la libertad á su patria.

Juan Bautista Cibo, arzobispo de Marsella, trató de aprovecharse de sus amores con la hermana de su hermano, que separada de su marido habitaba el palacio de los Pazzi, para hacerle matar un día que viniese á verla en aquel palacio; y como sabía que Alejandro llevaba ordinariamente bajo su vestido una cota de malla tan maravillosamente trabajada que estaba hecha á prueba de espada y de puñal, había hecho llenar de pólvora un cofre sobre el cual tenía la costumbre de sentarse el duque cuando venía á ver á la marquesa, y debía ponerle fuego. Empero esta conspiración, y todas las demas que se siguieron, fueron descubiertas, excepto una sola: en esta sola no había tampoco mas que un solo conjurado, y él debía hacerlo todo: este solo conjurado era Lorenzo de Médicis, el primogénito de aquella rama menor que se separó del tronco paternal con Lorenzo, hermano de Cosme, el Padre de la patria, y que en su marcha ascendente se había, uniéndose con la rama mayor, vuelto á separar de ella formando dos brazos.

Lorenzo había nacido en Florencia el año de 1514, el 23 de marzo, de Pedro Francisco de Médicis, sobrino dos veces de Lorenzo, hermano de Cosme, y de Maria Soderini, muger de una prudencia singular y de gran sabiduría.

Lorenzo perdió muy joven á su padre, y como apenas tenía nueve años, su primera educación la recibió bajo las inspiraciones de su madre. Pero teniendo el niño gran facilidad fué rápida su educación, y salió de la tutela femenina para entrar en la de Felipe Strozzi: allí se desarrolló su extraño carácter. Era una mezcla de ironía, de inquietud, de deseos, de dudas, de impiedad, de humildad y de altivez, que hacían que mientras no tuviese miedo para disimular, sus verdaderos amigos jamás le veían dos veces con una misma cara. Halagando á todo el mundo, no queriendo á nadie, amando todo lo que era hermoso sin distinción de sexo, era una de esas criaturas hermafroditas, como la naturaleza caprichosa se complace en producir en sus épocas de disolución. De tiempo en tiempo, de este compuesto de elementos heterogéneos brotaba un ardiente deseo de gloria y de inmortalidad, tanto mas inesperado cuanto que salía de un cuerpo tan débil, tan femineo que no le llamaban sino *Lorenzino*.

Sus mejores amigos jamás le habían visto llorar, pero si reírse siempre, y maldecir. Entonces su rostro, mas bien gracioso que hermoso, porque era naturalmente moreno y melancólico, tomaba una expresión tan infernal que por rápida que fuese, porque jamás pasaba sobre su rostro sino como un relámpago, asustaba á los mas valientes. A los quince años había sido estrañamente amado del papa Clemente, que le había hecho ir á Roma, y á quien él había tenido muchas veces la inten-

ción de asesinar. Despues á su vuelta á Florencia, habiéndose puesto á cortejar al duque Alejandro, con tanta destreza como humildad, se había convertido para él, no en uno de sus amigos, sino tal vez en su único amigo.

Es verdad que con Lorenzino por familiar, Alejandro no necesitaba á nadie. Lorenzo era bueno para todo, era su bufon, era su alcahuete, era su criado, era su espía, era su amante, era su querida. Solamente cuando el duque Alejandro tenía deseos de ejercitarse en las armas le faltaba su eterno compañero, quien se tendía sobre alguna cama muelle y blanda, ó sobre algunos almohadones tambien suaves y blandos, diciendo que todas aquellas corazas eran demasiado duras para su cuerpo, y todas aquellas dagas y espadas demasiado pesadas para su mano. Entonces mientras Alejandro jugaba á la esgrima con los mas hábiles espadachines de su época, Lorenzino jugaba con un cuchillo de muger, agudo y afilado, y cuya punta ensayaba atravesando florines de oro, y diciendo que aquella era su espada, y que no quería jamás llevar otra: tanto que al verlo tan mustio, tan humilde y tan cobarde, no le llamaban ya Lorenzino sino Lorenzaccio.

Así por su parte el duque Alejandro tenía gran confianza en él, y la prueba mas segura de que la tenía es, que era el tercero en todas sus intrigas amorosas. Cualquiera que fuese el deseo del duque Alejandro, ora este deseo subiese muy alto, ora descendiese á lo mas bajo, ora persiguiese á unabeldad profana, ora penetrase en algun santo monasterio, ora tuviese por objeto el amor de alguna esposa adúltera, ó de alguna casta joven, Lorenzo lo emprendía todo: Lorenzo llevaba las cosas á cabo. Así Lorenzo era el mas poderoso y el mas detestado en Florencia despues del duque.

Por su parte Lorenzo tenía un hombre que le era tan fiel y decidido como él parecia serlo con el duque Alejandro. Este hombre era sencillamente un tal Miguel de Toballacino, un esbirro, un asesino, á quien había hecho indultar por un asesinato, y á quien sus camaradas de prision habían bautizado con el nombre de Scoronconcolo, nombre que le había quedado á causa de su misma valentía. Desde entonces aquel hombre había entrado á su servicio, y hacia parte de su casa, manifestándole un extremo reconocimiento, hasta tal punto, que una vez Lorenzo habiéndose quejado delante de él del fastidio que le causaba cierto intrigante Scoronconcolo había respondido:

—Mi amo, decidme únicamente el nombre de ese hombre, y os prometo que mañana no os incomodará.

Y como Lorenzo se quejase todavía otra vez.

—Pero decidme quién es, preguntó el esbirro: aunque fuese el duque lo mataría.

Y como tercera vez Lorenzo volviese á quejarse de aquel hombre:

—Su nombre, exclamó Scoronconcolo: porque le daré de puñaladas, aunque fuese el mismo Cristo!

Sin embargo, por esta vez no dijo nada todavía Lorenzo: no había llegado el tiempo.

Una mañana el duque hizo decir á Lorenzo que fuese á su palacio mas pronto que de costumbre. Acudió Lorenzo, y encontró todavía acostado al duque. La vispera había visto una muger muy linda, la de Leonardo Ginori, y la quería gozar. Para esto hacia llamar á Lorenzo, y contaba tanto mas con él, cuanto que la muger que codiciaba era la tia misma de Lorenzo. Escribió Lorenzo la proposición con la misma tranquilidad que si se hubiese tratado de una estraña, y respondió á Alejandro como tenia de costumbre: que con el dinero todo era fácil.

Replicó Alejandro que ya sabía dónde estaba su tesoro, y que no tenia mas que ir á tomar lo que necesitase.

Despues Alejandro marchó á otro aposento.

Salió Lorenzo, pero al salir colocó debajo de su capa sin ser visto del duque aquella famosa cota de malla, que era toda la seguridad de Alejandro, y la arrojó al salir en el pozo de Sergio Cappovano.

A la mañana siguiente preguntó el duque á Lorenzo, cómo iba de su comision; pero Lorenzo le respondió que tratándose aquella vez de una muger honrada la cosa iba mas larga. Despues añadió riendo, que no tenia sino tener paciencia, divirtiéndose entretanto con sus monjas. En efecto, el duque Alejandro tenía un convento de quien había seducido, primero á la abadesa, despues á las religiosas, y del cual había formado un serrallo. Alejandro se quejaba tambien aquel día de que había perdido su coraza, no porque creyese necesitarla, sino porque era tan ligera, y se había acomodado tan bien á todos sus movimientos, que con dificultad podría volver á encontrarla igual. Lorenzo le dió el consejo de que mandase hacer otra; pero el duque le respondió, que no hallándose en Florencia el obrero que la había hecho, era esto imposible, porque no había otro tan hábil que pudiese reemplazarle.

Así se pasaron algunas semanas, preguntando siempre el duque á Lorenzo, á qué altura se hallaba con la señora Ginori, y Lorenzo engañándole siempre con buenas palabras, tanto, que con este retardo, había despertado en él un deseo inmoderado de poseer á la que así se resistía.

Por fin, una mañana, era el 6 de enero de 1536 (antiguo estilo), Lorenzo hizo decir al esbirro que fuese á desayunarse con él, como muchas veces había hecho en los días de buen humor.

Despues, cuando estuvieron en la mesa

y que amigablemente habían vaciado dos ó tres botellas:

—Volvamos, dijo Lorenzo, á aquel enemigo de quien te he hablado, porque ahora que te conozco, estoy seguro de que no me faltarás ante el peligro, como yo no te faltaré á ti. Me has ofrecido herir: pues bien, ha llegado el momento, y yo te llevaré esta noche á un punto donde podremos hacer la cosa con seguridad. ¿Permaneces siempre en la misma resolución?

Renovó el esbirro sus promesas, acompañándolas de esos impíos juramentos de que se sirven en las ocasiones esta clase de gentes.

Por la noche, cenando con el duque y otras muchas personas, Lorenzo había como de costumbre ocupado su lugar al lado de Alejandro; se arrió á su oído y le dijo que al fin había á fuerza de muchas promesas dispuesto á su tia á recibirle: pero con la condicion espresa de que había de ir solo al cuarto de Lorenzo, queriendo tener aquella debilidad por él, pero queriendo tambien conservar todas las apariencias de virtud. Añadió Lorenzo que era importante que nadie le viese entrar ni salir, siendo la condescendencia de su tia con condicion de que se había de observar el mayor secreto.

Estaba tan gozoso Alejandro que prometió cuanto se quiso. Entonces Lorenzo se levantó para ir, decia, á prepararlo todo. Despues, estando ya en la puerta se volvió por última vez, y Alejandro le hizo señas con la cabeza de que podía contar con él.

En efecto, inmediatamente que se concluyó la cena se levantó el duque, y pasó á su cámara. Allí se mudó de ropa; se envolvió en una larga capa de seda forrada de cibelina; entonces, pidiendo sus guantes á su ayuda de cámara:

—¿Me pondré, dijo, mis guantes de guerra ó mis guantes de amor? Porque tenia sobre la mesa guantes de malla y guantes perfumados: y como antes de presentarle unos ú otros aguardase el criado la respuesta:

—Dame, le dijo, mis guantes de amor. Y el criado le presentó sus guantes perfumados.

Salió entonces del palacio de los Médicis con cuatro personas únicamente: el capitán Justiniano de Sesena, uno de sus confidentes, que tenia como él el nombre de Alejandro, y otros dos de sus guardias, de los que el uno se llamaba Giomo y el otro el Húngaro, y cuando estuvo en la plaza de San Marcos, adonde había ido para alejar toda sospecha del verdadero objeto de su salida, despidió á Justiniano y á Giomo, diciendo que quería ir solo, y no conservando con él sino al Húngaro, tomó el camino de la casa de Lorenzo. Llegado al palacio Sostigui que estaba casi enfrente del de Lorenzo, ordenó al Húngaro que se quedase allí y que aguardase hasta el día, y que cualquier cosa que viese ó que oyese, cualesquiera que fuesen las personas que en-

rasen ó que saliesen, no hablase ni se menease de allí, bajo pena de incurrir en su cólera: al amanecer, si el duque no hubiese salido, podía el húngaro volverse á palacio. Este, que estaba habituado á esta clase de aventuras, se guardó muy bien de esperar al día, y en cuanto vió entrar al duque en la casa de Lorenzo, que sabía era su amigo, se volvió á palacio, se arrojó según su costumbre sobre un colchon que le tendían cada noche en la cámara del duque, y se durmió.

Durante este tiempo había subido el duque al cuarto de Lorenzo, donde había un buen fuego, y ya le aguardaba el amo de la casa. Entonces se quitó su espada y fué á sentarse sobre la cama. Inmediatamente Lorenzo le cogió la espada, y enroscando al rededor de ella el cinturón, que pasó dos veces por el puño, á fin de que el duque no pudiese sacarla de la vaina, se colocó á la cabecera de la cama diciéndole al duque que tuviese paciencia interiniba á traerle la que aguardaba. A aquellas palabras salió, cerró la puerta tras sí, y como la puerta era de las de resorte, el duque, sin conocerlo, se encontró su prisionero.

Había dado cita Lorenzo á Scoronconcolo en el alto de la calle, y Scoronconcolo, fiel á la consigna, estaba en su puesto. Entonces Lorenzo muy gozoso, se llegó á él, y dándole tres golpecitos en el hombro:

—Hermano, le dijo, ha llegado la hora; tengo encerrado en mi cuarto al enemigo de quien te he hablado; ¿estás siempre en la intención de deshacerte de él?

—¡Marchemos! fué la única respuesta del esbirro; y los dos volvieron á entrar en la casa.

Al llegar á la mitad de la escalera, se detuvo Lorenzo.

—No repares, dijo volviéndose hácia Scoronconcolo, si ese hombre es amigo ó no del duque, y no me abandones.

—Perded cuidado, dijo el esbirro.

Sobre lo alto de la escalera Lorenzo se detuvo de nuevo:

—Cualquiera que sea zentientes? añadió dirigiéndose por última vez á su acólito.

—Cualquiera que sea, respondió con impaciencia Scoronconcolo, aunque fuese el mismo duque.

—Bien, bien, murmuró Lorenzo sacando su espada y poniéndola desnuda debajo de su capa; y abrió la puerta poco á poco y entró seguido del esbirro.

Alejandro se había acostado sobre la cama con la cara vuelta hácia la pared, y probablemente estaba medio dormido, porque no se volvió al ruido; tanto que Lorenzo se adelantó hácia él, y diciéndole:

—¡Dormís, señor? le dió tan terrible estocada que la punta que le entro por la espalda le salió por el pecho, atravesándole el diafragma, y por consecuencia haciéndole una herida mortal.

Pero aunque herido mortalmente, el duque Alejandro, que era poderosamente fuerte, se lanzó de un brinco en medio del cuarto, y fué á ganar la puerta que había quedado abierta; cuando Scoronconcolo de un tajo de su espada le abrió las sienes y le derribó casi enteramente la mejilla izquierda. Detúvose el duque vacilando, y Lorenzo, aprovechándose de aquel momento, le cogió por el cuerpo, le volvió á tender en la cama y lo echó boca abajo poniéndose encima con todo el peso de su cuerpo. En aquel momento Alejandro, que como una fiera cogida en la red no había dicho nada todavía, dió un grito llamando socorro. Inmediatamente Lorenzo le puso la mano izquierda en la boca con tanta violencia, que el dedo pulgar y una parte del índice entraron en ella. Entonces por un movimiento instintivo apretó los dientes con tanta fuerza, que los huesos que mordía crugieron, y fué Lorenzo á su vez el que vencido por el dolor, se cayó de espaldas dando un grito terrible.

Inmediatamente, aunque perdiendo sangre por las dos heridas y vomitándola por la boca, Alejandro se echó sobre su adversario, y doblándolo como una caña, trató de ahogarle con sus dos manos. Hubo entonces un momento terrible, porque el esbirro quería en vano acudir al socorro de su amo: los dos combatientes estaban de tal modo enlazados, que no podía herir al uno sin riesgo de herir al otro. Dió, sin embargo algunos golpes de punta por entre las piernas de Lorenzo, pero no había hecho nada mas que atravesar la ropa y el forro del duque, sin llegar á su cuerpo. De pronto se acordó que tenía un cuchillo. Entonces arrojó su grande espada que le era inútil, y cogiendo al duque en sus brazos, se mezcló á aquel grupo informe que luchaba en medio de la pálida luz que proyectaba en el cuarto el fuego de la chimenea, buscando un sitio donde herir. Por último, encontró la garganta de Alejandro, y allí metió la hoja de su cuchillo cuan largo era, y como vió que no caía todavía el duque, la volvió y revolvió de tal manera, que á fuerza de *barrenar*, dice el escritor Varchi, le cortó la arteria y le separó la cabeza casi de los hombros. Cayó el duque lanzando un terrible estertor. Scoronconcolo y Lorenzo, que habían caído con él, se levantaron y echó cada uno un paso atrás. Habiéndose mirado el uno al otro, asustados de la sangre que cubría su ropa y de la palidez que cubría su rostro:

—Creo que al fin ha muerto, dijo el esbirro.

Y como Lorenzo menease la cabeza en señal de duda, fué á coger la espada, y volvió á pinchar lentamente al duque, que no hizo movimiento alguno. No era mas que un cadáver.

Cogiéronle el uno por los pies y el otro por los hombros, y todo manchado de sangre como estaba lo pusieron en la cama y echa-

ron sobre él la colcha. Después como estaba fatigado de la lucha, y dispuesto á ponerse malo, Lorenzo, se fué á abrir una ventana que daba á la *Via Larga*, á fin de respirar y reponerse y para ver también al mismo tiempo si el ruido que habían hecho había atraído á alguien. Aquel ruido había sido oído de algunos vecinos, y sobre todo de madama de Salviati, viuda de *Juan de las Bandas negras*, y madre de Cosme, que él se había admirado de aquella larga y obstinada barahunda. Pero como en la prevision de lo que pudiese suceder, veinte veces Lorenzo para acostumbrar á los vecinos había hecho un ruido semejante acompañándolo con gritos y maldiciones, todos creyeron reconocer en aquel rumor la vida habitual que pasaba este, á quien unos miraban como un insensato y otros como un cobarde, de modo que nadie en todo caso formó atención; y en la calle y en las casas inmediatas todo parecía perfectamente tranquilo.

Entonces Lorenzo y Scoronconcolo un poco repuestos salieron del cuarto, que cerraron no solamente con el resorte, sino también con la llave; y Lorenzo habiendo bajado á casa de su mayordomo Francisco Zeffi, cogió todo el dinero contante que tenía en aquel momento en la casa, mandó á uno de sus criados llamado Freccia, que le acompañase, y sin mas comitiva que el esbirro y él, se fué, gracias á una licencia que anticipadamente había pedido, durante el día al obispo Marci, á tomar caballos de posta, y sin detenerse, y de un tiron se fué hasta Bolonia, donde solo se detuvo para curarse la mano, cuyos dos dedos estaban casi desprendidos, y que sin embargo volvieron otra vez á encarnarse y á unirse, aunque dejándole una eterna cicatriz. Después montando á caballo llegó hasta Venecia, donde entró la noche del lunes. En cuanto llegó hizo llamar á Felipe Strozzi, que desterrado hacia cuatro ó cinco años, se hallaba entonces en Venecia. Enseñándole entonces la llave de su cuarto:

—Tomad, le dijo: ¿veis esta llave? Pues bien, cierra la puerta de un cuarto, donde está el cadáver del duque Alejandro asesinado por mí.

Felipe Strozzi no quería creer semejante noticia. Pero el asesino sacando de su valija sus vestidos todos ensangrentados, y mostrándole la mano mutilada:

—Mirad le dijo, ved aquí la prueba.

Entonces Felipe Strozzi se arrojó en sus brazos, llamándole el Bruto de Florencia, y pidiendo la mano de sus dos hermanas para sus dos hijos.

En una casa contigua al palacio Riccardi fué donde Lorenzo dió de puñaladas con el auxilio del espadachin Scoronconcolo al duque Alejandro, hermano natural de Catalina de Médicis, primer duque de Florencia, y último descendiente de Cosme, el Padre de la

patria; porque el papa Clemente VII había muerto en 1534, y el cardenal Hipólito en 1535. Y con ocasion de este asesinato se notó una cosa estraña, á saber, que era la séstuple combinacion del número seis: había sido asesinado Alejandro en el año 1536, á la edad de veinte y seis años, el 6 del mes de enero, á las seis de la noche, con seis heridas, y después de haber reinado seis años.

La casa en que fué asesinado se hallaba situada en el sitio mismo en que hoy están las cuadras.

Ademas, el proverbio evangélico «el que á hierro mata á hierro muere,» fué aplicado á Lorenzo con toda su rigorosa exactitud. Lorenzo, que había matado por el puñal, murió por el puñal en Venecia el año 1557, sin que se supiese de qué mano había partido el golpe. Únicamente se recuerda que al subir al trono Cosme I, había jurado no dejar impune la muerte del duque Alejandro.

La muerte de Alejandro fué el último suceso importante que aconteció en este hermoso palacio. Abandonado en 1540 por Cosme I cuando resolvió habitar el Palacio Viejo, fué vendido á la familia Riccardi, cuyo nombre ha conservado, aunque haya vuelto en el reinado de Fernando III, creó, á la posesion de los Médicis.

Hoy la famosa academia de *La Crusca*, celebra allí sus sesiones, y se ocupa de adverbios y participios, como dice con mucha gracia Carlos Nodier.

Esto es menos poético, pero es mas moral.

EL PALACIO VIEJO.

Aunque ya estaba vencida la jornada que había sido pasada entre el Domo y el palacio Riccardi, no quisimos volver á casa sin haber visitado la plaza del Gran Duque. Había oído hablar mucho de ella, había visto dibujos, y sabía que ofrecía mas que cualquiera otra en el mundo la reunion de recuerdos de historia, de arte y de los mas grandes sucesos de la república y del principado. Habíanme ademas recomendado que para que nada perdiese su aspecto grandioso fuese por una de las calles que desembocan enfrente del Palacio Viejo. Recordamos esta recomendacion. Tomamos la calle Martelli y la plaza del Domo, donde en nuestro primer asombro habíamos pasado sin reparar en el Brigallo, antiguo hospicio de espósitos, y las dos estatuas colosales de Pampalini representando á Arnolfo di Lapo y

rasen ó que saliesen, no hablase ni se menease de allí, bajo pena de incurrir en su cólera: al amanecer, si el duque no hubiese salido, podía el húngaro volverse á palacio. Este, que estaba habituado á esta clase de aventuras, se guardó muy bien de esperar al día, y en cuanto vió entrar al duque en la casa de Lorenzo, que sabía era su amigo, se volvió á palacio, se arrojó según su costumbre sobre un colchon que le tendían cada noche en la cámara del duque, y se durmió.

Durante este tiempo había subido el duque al cuarto de Lorenzo, donde había un buen fuego, y ya le aguardaba el amo de la casa. Entonces se quitó su espada y fué á sentarse sobre la cama. Inmediatamente Lorenzo le cogió la espada, y enroscando al rededor de ella el cinturón, que pasó dos veces por el puño, á fin de que el duque no pudiese sacarla de la vaina, se colocó á la cabecera de la cama diciéndole al duque que tuviese paciencia interiniba á traerle la que aguardaba. A aquellas palabras salió, cerró la puerta tras sí, y como la puerta era de las de resorte, el duque, sin conocerlo, se encontró su prisionero.

Había dado cita Lorenzo á Scoronconcolo en el alto de la calle, y Scoronconcolo, fiel á la consigna, estaba en su puesto. Entonces Lorenzo muy gozoso, se llegó á él, y dándole tres golpecitos en el hombro:

—Hermano, le dijo, ha llegado la hora; tengo encerrado en mi cuarto al enemigo de quien te he hablado; ¿estás siempre en la intención de deshacerte de él?

—¡Marchemos! fué la única respuesta del esbirro; y los dos volvieron á entrar en la casa.

Al llegar á la mitad de la escalera, se detuvo Lorenzo.

—No repares, dijo volviéndose hácia Scoronconcolo, si ese hombre es amigo ó no del duque, y no me abandones.

—Perded cuidado, dijo el esbirro.

Sobre lo alto de la escalera Lorenzo se detuvo de nuevo:

—Cualquiera que sea zentientes? añadió dirigiéndose por última vez á su acólito.

—Cualquiera que sea, respondió con impaciencia Scoronconcolo, aunque fuese el mismo duque.

—Bien, bien, murmuró Lorenzo sacando su espada y poniéndola desnuda debajo de su capa; y abrió la puerta poco á poco y entró seguido del esbirro.

Alejandro se había acostado sobre la cama con la cara vuelta hácia la pared, y probablemente estaba medio dormido, porque no se volvió al ruido; tanto que Lorenzo se adelantó hácia él, y diciéndole:

—¡Dormís, señor? le dió tan terrible estocada que la punta que le entro por la espalda le salió por el pecho, atravesándole el diafragma, y por consecuencia haciéndole una herida mortal.

Pero aunque herido mortalmente, el duque Alejandro, que era poderosamente fuerte, se lanzó de un brinco en medio del cuarto, y fué á ganar la puerta que había quedado abierta; cuando Scoronconcolo de un tajo de su espada le abrió las sienas y le derribó casi enteramente la mejilla izquierda. Detúvose el duque vacilando, y Lorenzo, aprovechándose de aquel momento, le cogió por el cuerpo, le volvió á tender en la cama y lo echó boca abajo poniéndose encima con todo el peso de su cuerpo. En aquel momento Alejandro, que como una fiera cogida en la red no había dicho nada todavía, dió un grito llamando socorro. Inmediatamente Lorenzo le puso la mano izquierda en la boca con tanta violencia, que el dedo pulgar y una parte del índice entraron en ella. Entonces por un movimiento instintivo apretó los dientes con tanta fuerza, que los huesos que mordía crugieron, y fué Lorenzo á su vez el que vencido por el dolor, se cayó de espaldas dando un grito terrible.

Inmediatamente, aunque perdiendo sangre por las dos heridas y vomitándola por la boca, Alejandro se echó sobre su adversario, y doblándolo como una caña, trató de ahogarle con sus dos manos. Hubo entonces un momento terrible, porque el esbirro quería en vano acudir al socorro de su amo: los dos combatientes estaban de tal modo enlazados, que no podía herir al uno sin riesgo de herir al otro. Dió, sin embargo algunos golpes de punta por entre las piernas de Lorenzo, pero no había hecho nada mas que atravesar la ropa y el forro del duque, sin llegar á su cuerpo. De pronto se acordó que tenía un cuchillo. Entonces arrojó su grande espada que le era inútil, y cogiendo al duque en sus brazos, se mezcló á aquel grupo informe que luchaba en medio de la pálida luz que proyectaba en el cuarto el fuego de la chimenea, buscando un sitio donde herir. Por último, encontró la garganta de Alejandro, y allí metió la hoja de su cuchillo cuan largo era, y como vió que no caía todavía el duque, la volvió y revolvió de tal manera, que á fuerza de *barrenar*, dice el escritor Varchi, le cortó la arteria y le separó la cabeza casi de los hombros. Cayó el duque lanzando un terrible estertor. Scoronconcolo y Lorenzo, que habían caído con él, se levantaron y echó cada uno un paso atrás. Habiéndose mirado el uno al otro, asustados de la sangre que cubría su ropa y de la palidez que cubría su rostro:

—Creo que al fin ha muerto, dijo el esbirro.

Y como Lorenzo menease la cabeza en señal de duda, fué á coger la espada, y volvió á pinchar lentamente al duque, que no hizo movimiento alguno. No era mas que un cadáver.

Cogiéronle el uno por los pies y el otro por los hombros, y todo manchado de sangre como estaba lo pusieron en la cama y echa-

ron sobre él la colcha. Después como estaba fatigado de la lucha, y dispuesto á ponerse malo, Lorenzo, se fué á abrir una ventana que daba á la *Via Larga*, á fin de respirar y reponerse y para ver también al mismo tiempo si el ruido que habían hecho había atraído á alguien. Aquel ruido había sido oído de algunos vecinos, y sobre todo de madama de Salviati, viuda de *Juan de las Bandas negras*, y madre de Cosme, que él se había admirado de aquella larga y obstinada barahunda. Pero como en la prevision de lo que pudiese suceder, veinte veces Lorenzo para acostumbrar á los vecinos había hecho un ruido semejante acompañándolo con gritos y maldiciones, todos creyeron reconocer en aquel rumor la vida habitual que pasaba este, á quien unos miraban como un insensato y otros como un cobarde, de modo que nadie en todo caso formó atención; y en la calle y en las casas inmediatas todo parecía perfectamente tranquilo.

Entonces Lorenzo y Scoronconcolo un poco repuestos salieron del cuarto, que cerraron no solamente con el resorte, sino también con la llave; y Lorenzo habiendo bajado á casa de su mayordomo Francisco Zeffi, cogió todo el dinero contante que tenía en aquel momento en la casa, mandó á uno de sus criados llamado Freccia, que le acompañase, y sin mas comitiva que el esbirro y él, se fué, gracias á una licencia que anticipadamente había pedido, durante el día al obispo Marci, á tomar caballos de posta, y sin detenerse, y de un tiron se fué hasta Bolonia, donde solo se detuvo para curarse la mano, cuyos dos dedos estaban casi desprendidos, y que sin embargo volvieron otra vez á encarnarse y á unirse, aunque dejándole una eterna cicatriz. Después montando á caballo llegó hasta Venecia, donde entró la noche del lunes. En cuanto llegó hizo llamar á Felipe Strozzi, que desterrado hacia cuatro ó cinco años, se hallaba entonces en Venecia. Enseñándole entonces la llave de su cuarto:

—Tomad, le dijo: ¿veis esta llave? Pues bien, cierra la puerta de un cuarto, donde está el cadáver del duque Alejandro asesinado por mí.

Felipe Strozzi no quería creer semejante noticia. Pero el asesino sacando de su valija sus vestidos todos ensangrentados, y mostrándole la mano mutilada:

—Mirad le dijo, ved aquí la prueba.

Entonces Felipe Strozzi se arrojó en sus brazos, llamándole el Bruto de Florencia, y pidiendo la mano de sus dos hermanas para sus dos hijos.

En una casa contigua al palacio Riccardi fué donde Lorenzo dió de puñaladas con el auxilio del espadachin Scoronconcolo al duque Alejandro, hermano natural de Catalina de Médicis, primer duque de Florencia, y último descendiente de Cosme, el Padre de la

patria; porque el papa Clemente VII había muerto en 1534, y el cardenal Hipólito en 1535. Y con ocasion de este asesinato se notó una cosa extraña, á saber, que era la séstuple combinacion del número seis: había sido asesinado Alejandro en el año 1536, á la edad de veinte y seis años, el 6 del mes de enero, á las seis de la noche, con seis heridas, y después de haber reinado seis años.

La casa en que fué asesinado se hallaba situada en el sitio mismo en que hoy están las cuadras.

Ademas, el proverbio evangélico «el que á hierro mata á hierro muere,» fué aplicado á Lorenzo con toda su rigorosa exactitud. Lorenzo, que había matado por el puñal, murió por el puñal en Venecia el año 1557, sin que se supiese de qué mano había partido el golpe. Únicamente se recuerda que al subir al trono Cosme I, había jurado no dejar impune la muerte del duque Alejandro.

La muerte de Alejandro fué el último suceso importante que aconteció en este hermoso palacio. Abandonado en 1540 por Cosme I cuando resolvió habitar el Palacio Viejo, fué vendido á la familia Riccardi, cuyo nombre ha conservado, aunque haya vuelto en el reinado de Fernando III, creó, á la posesion de los Médicis.

Hoy la famosa academia de *La Crusca*, celebra allí sus sesiones, y se ocupa de adverbios y participios, como dice con mucha gracia Carlos Nodier.

Esto es menos poético, pero es mas moral.

EL PALACIO VIEJO.

Aunque ya estaba vencida la jornada que había sido pasada entre el Domo y el palacio Riccardi, no quisimos volver á casa sin haber visitado la plaza del Gran Duque. Había oído hablar mucho de ella, había visto dibujos, y sabía que ofrecía mas que cualquiera otra en el mundo la reunion de recuerdos de historia, de arte y de los mas grandes sucesos de la república y del principado. Habíanme ademas recomendado que para que nada perdiese su aspecto grandioso fuese por una de las calles que desembocan enfrente del Palacio Viejo. Recordamos esta recomendacion. Tomamos la calle Martelli y la plaza del Domo, donde en nuestro primer asombro habíamos pasado sin reparar en el Brigallo, antiguo hospicio de espósitos, y las dos estatuas colosales de Pampalini representando á Arnolfo di Lapo y

á Brunelleschi, con los ojos fijos el uno sobre la iglesia y el otro sobre su cúpula. A la izquierda del primero, entre él y la casa de la cofradía de la Misericordia, está la calle de la Muerte, llamada así por la famosa tradición que ha inspirado á Seribe su poema de Gáido y Ginebra.

Dejando la plaza del Domo tomamos la calle de los Calzajoli; esta es á la vez una de las calles mas estrechas y mas históricas de Florencia. Como en todos tiempos ha estado poblada de artesanos, como dirige desde el Domo al Palacio Viejo, como en fin, apenas tiene diez pies de ancho, fué veinte veces el teatro de las luchas armadas tan frecuentes en tiempo de la república. Así es en Florencia como la calle de Vivienne en París, el parage obligado de toda persona que fuera de su hotel ó de su almacén tiene que andar quinientos pasos para negocios ó para divertirse.

Es cosa milagrosa además ver pasar al trote los carruajes en medio de aquella muchedumbre sin exhatar un solo murmullo; tanta es la costumbre que de ceder el paso á cuanto cree superior tiene el pueblo de Florencia. Poned aquel número de carruajes y aquel mismo número de gentes en una calle igual desembocando en el Palacio Real ó en las Tullerías, ó en la Bolsa, y habrá al día tres ó cuatro personas atropelladas y treinta ó cuarenta cocheros apaleados.

He habitado en Florencia cerca de quince meses en diferentes épocas y jamás he presenciado ni una disputa ni una desgracia.

Al extremo de la calle de los Calzajoli, está la linda iglesia del Orto, San Miguel. Namada así del jardín sobre que está construido, Orto, y del santo á que está consagrado. Era en otro tiempo un depósito de granos edificado por Arnolfo di Lapo, ese grande removedor de piedras; pero habiendo sido destruido por un incendio y queriendo la república secundar la inclinación del pueblo, que tenía una gran veneración por una de las vírgenes mas milagrosas pintada sobre madera y clavada en uno de los pilares del pórtico, decretó que el depósito de granos se cambiase en iglesia.

Giotto fué el encargado de la transformación; formó en consecuencia el dibujo de la iglesia actual, que fué ejecutada bajo la dirección de Tadeo Gaddi. En cuanto á la imagen de la virgen, Andrés Orcagna, el pintor del Campo Santo, el arquitecto de la logia de Lan-ci, fué el encargado de construir un tabernáculo digno de ella.

Estaba bien elegido el hombre como poeta, como escultor y como cristiano. Así todo lo que se puede hacer con una blanda cera, con un obediente yeso, lo hizo Andrés Orcagna con mármol. Es preciso verdaderamente tocar aquella obra maestra para cerciorarse de que no es una pasta de imitación, sino un trozo de mármol vaciado hecho hojas, cortado con un atrevimiento, con un capricho, con una ri-

queza de que no puede formarse idea sin haberlo visto.

Así se sale de allí de tal manera asombrado que apenas se fija la atención en dos grupos de mármol: el uno de Simon de Fio-sole, y el otro de Francisco San Gallo. Había habido en otro tiempo allí magníficos frescos, de los que dos eran de Andrea del Sarto; pero sería inútil buscarlos hoy allí: en 1770 han sido cubiertos con un blanqueo de cal.

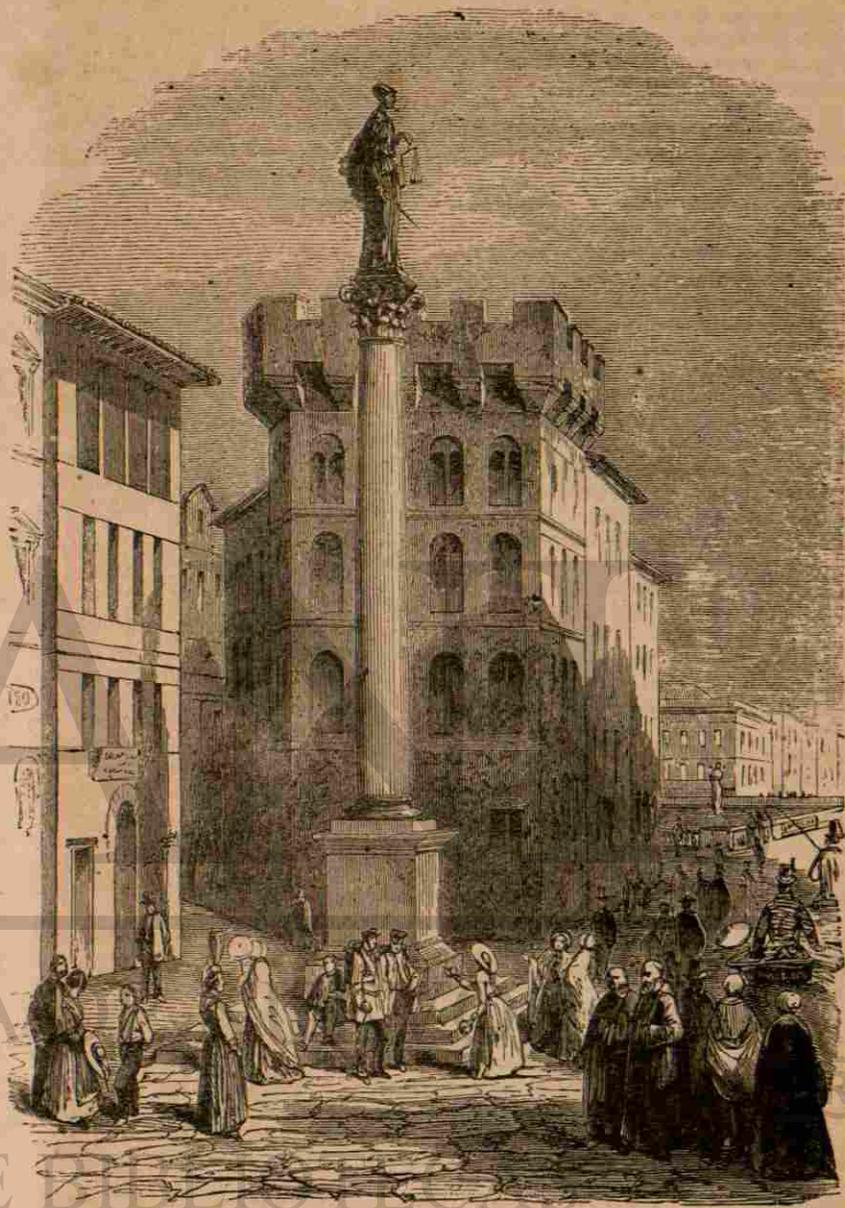
El exterior de la iglesia, si puede llamársela así, está erizado de estatuas. Allí hay un San Eloy de Antonio di Banco; un San Estéban, un San Mateo, un San Juan Bautista de Lorenzo Ghiberti; un San Lucas de Mino de Fiesole; otro San Lucas de Juan de Bolonia; un San Juan Evangelista de Baccio Monte Lupo; por último un San Pedro, un San Marcos, y sobre todo, un San Jorge de Donatello, al que seguramente podría decirse como al Zuccone: ¡Habla, habla! si no hubiera sido fácil ver en el altivo porte de aquel vencedor de dragones que era demasiado orgulloso para obedecer á una orden, aunque ésta orden le fuese dada por su creador.

Por grande que fuese la idea que de antaño me había formado de la plaza del Palacio Viejo, la realidad, debo confesarlo, fué todavía mas grande: al ver aquella masa de piedras tan poderosamente arraigadas en el suelo, coronadas de su torre que amenaza al cielo como el brazo de un titán, la antigua Florencia toda entera con sus güelfos y sus gibelinos, sus priores, su señoría, sus gremios, sus condottieri, su pueblo turbulento y su aristocracia altiva, se me presentaron cual si fuese á asistir al destierro de Cosme el Antiguo ó al suplicio de los Salviati. En efecto, cuatro siglos de historia y de arte están á derecha y á izquierda, delante y detrás, envolviendo á uno por todas partes y hablando á la vez con las piedras, el mármol y el bronce de Nicolás de Uzzanno, de Orcagna, de Renaud, de Albizzi, de Donatello, de Pazzi, de Rafael, de Lorenzo de Médicis, de Flamibio Vacca, de Savonarola, de Juan de Bolonia, de Cosme I y de Miguel Angel.

Buscad en el mundo entero una plaza que reúna semejantes nombres, sin contar los que olvido, y los olvido tal como Baccio Bandinelli, como el Ammanato, como Benvenuto Cellini.

Quisiera bien poner un poco de orden á este magnífico caos, y clasificar cronológicamente los grandes hombres, las grandes obras y los grandes recuerdos; pero esto es imposible. Es preciso cuando se llega á aquella plaza maravillosa ir donde os lleva la vista ó el instinto os guía.

Lo que se apodera desde luego del artista, del poeta, del arqueólogo, es el sombrío Palazzo Vecchio, blasonado con las antiguas armas de la república, entre las que brillan sobre azul, como estrellas sobre el cielo, aque-



Plaza de la Trinidad, en Florencia, pág. 90.

llas flores de lis sin número sembradas sobre el camino de Nápoles por Carlos de Anjou.

Apenas fué libre Florencia, quiso tener su casa de ayuntamiento para alojar un magistrado, y su campana para llamar al pueblo. Si se constituye un pueblo en el Norte ó una república en el Mediodía, el deseo de tener una casa de ayuntamiento y una campana, es el primer acto de su voluntad, y la satisfacción de este deseo la primer prueba de su existencia.

Así desde 1298, es decir, diez y seis años despues, los florentinos habian conquistado su constitucion, Arnolfo di Lapo recibió orden de la señoría de construir un palacio.

Arnolfo di Lapo habia visitado el terreno que le reservaban, y habia formado en consecuencia su plan. Pero en el momento de poner los cimientos á su edificio, el pueblo le prohibió con grandes gritos colocar una sola piedra en el sitio donde habia estado situada la casa de Farinata de los Huberti. Arnolfo di Lapo se vió obligado á obedecer al clamor popular: retiró su palacio á un rincón y dejó libre el recinto maldito. Hoy es, y todavía ni piedra ni árbol han echado allí raíces, y nada se levanta en aquel sitio desde hace mas de seis siglos, allí donde una venganza ghelfa pasó el arado y lo sembró de sal.

Aquel palacio era la residencia de un gonfaloniero y de sus ocho priores, dos por cada cuartel de la ciudad: su cargo duraba sesenta dias, y durante este tiempo vivian juntos, comiendo á la misma mesa, no pudiendo salir de aquella residencia; es decir, que estaban poco menos que prisioneros: cada uno tenia dos criados para servirle, y tenian á sus órdenes siempre un notario dispuesto á escribir sus deliberaciones, el cual comia con ellos y estaba prisionero como ellos. En cambio del sacrificio que hacia cada prior á la república de su tiempo y de su libertad, recibian diez libras al día, casi siete francos de nuestra moneda. La parsimonia privada se regulaba entonces por la economia pública, y el gobierno se encontraba así dispuesto para hacer grandes cosas en las artes y en la guerra. De aquí la viene el sobrenombre de magnífica república.

Se entra en el Palacio Viejo por una puerta colocada en la tercera parte casi de su fachada, y se halla uno en un pequeño patio cuadrado rodeado de un pórtico sostenido por nueve columnas de arquitectura lombarda. En medio de aquel patio hay una fuente coronada con un Amor antiguo con un pescado en la mano y descansando sobre un cántaro de pórtico. En la época del matrimonio de Fernando se adornó aquel pórtico con pinturas al fresco representando ciudades de Alemania vistas á vuelo de pájaro.

En el primer piso se halla la gran sala del consejo, ejecutada por las órdenes de la república y por las instancias de Savonarola. Mil

ciudadanos podian deliberar allí cómodamente.

Cronaca fué el arquitecto, y tanto apresuró la ejecucion, que Savonarola tenia costumbre de decir que le habian servido los ángeles de albañiles.

Cronaca tenía razon en darse prisa, porque tres años despues debia morir Savonarola, y treinta mas tarde caer la república.

Así aquella inmensa sala nada ha conservado de aquella época sino su forma primera: todos sus adornos pertenecen al principado; sus frescos y su techo son de Vassari; sus cuadros son de Cigoli, de Ligozzi y de Passerino; las estatuas son de Miguel Angel, de Baccio Bandinelli y de Juan de Bolonia.

Todo á la mayor gloria de Cosme I.

En efecto, Cosme I es una de esas estatuas gigantescas que la mano de la historia levanta como una pirámide para marcar el limite en que concluye una época y comienza otra. Cosme I era á la vez el Augusto y Tiberio de la Toscana, y esto es tanto mas exacto, cuanto que en la época en que Alejandro cayó bajo el puñal de Lorenzo, Florencia se halló en la misma situacion que Roma despues de la muerte de César: «no habia ya tiranos, pero tampoco habia libertad.»

Dejemos por un instante las piedras, los mármoles y los lienzos para examinar todos los vicios y todas las virtudes que la humanidad ha reunido en un solo hombre: curioso es el estudio, y bien merece la pena de que nos detengamos en él un momento.

Nació Cosme I en el antiguo palacio Salviati, convertido despues en el palacio Apparelli, en el medio del patio en el que aun hoy hay una estatua de mármol representando al gran duque con la vestidura real y la corona sobre la cabeza. Descendia de Lorenzo el Antiguo, hermano de Cosme, el Padre de la patria, cuya rama separada en la segunda generacion, se dividió en rama mayor y rama menor: era de la rama mayor Lorenzino y de la menor Cosme.

Su padre era aquel famoso Giovanni, el mas ilustre tal vez de todos aquellos valientes capitanes que existian en Italia en los siglos XV y XVI. El día aniversario de su nacimiento soñó que le veia dormido en su cuna con una corona real en la cabeza. Le afectó de tal modo aquel sueño, que al despertarse resolvió tentar á Dios para saber cuáles eran sus designios sobre su hijo. En su consecuencia, mandó á su muger, Lucrecia de Medicis, y en tal concepto sobrina de Leon X, que cogiese el niño y le subiese al piso segundo. Obedeció Maria sin saber de que se trataba: entonces él bajó á la calle, llamó á su muger, que se presentó en el balcon, y estendiendo los brazos mandó que le echase el niño. Estremeciéndose hasta en el fondo de sus entrañas la pobre madre; pero Giovanni renovó la orden que ya habia dado con una voz tan imperiosa,

que obedeció volviendo la cabeza. Cayó el niño desde el piso segundo y fué recogido en los brazos de su padre.

—Está bien, dijo el impasible condottiero; mi sueño no me ha engañado y tú serás rey.

Entonces volvió á subir y entregó el pequeño Cosme á su madre, que le recibió mas muerta que viva.

En cuanto al niño, se notó que ni aun habia dado un grito.

Seis años despues de este suceso, Giovanni de Médicis fué herido encima de la rodilla delante de Borgo Forte con un tiro de arcabuz, en el mismo sitio donde habia recibido otra herida en Pavia. Era tan grave la nueva llaga, complicada sobre todo con la antigua, que se decidió el cortar la pierna. Quisieron atarle entonces á la cama para proceder á la operacion; pero declaró que como este asunto á nadie le tocaba mas que á él, queria verlo hacer. En su consecuencia cogió la luz y la tuvo hasta el fin de la amputacion, sin que ni una sola vez temblase su mano bastante para hacer vacilar la llama. Sea que la herida fuese mortal, sea que la operacion estuviere mal hecha, al dia siguiente espiró Giovanni de Médicis á la edad de veinte y nueve años.

Esta muerte fué de gran satisfaccion para los alemanes y los españoles, de quienes era el terror.

Hasta él, dice Guichardini, la infanteria italiana era nula y desconocida: él fué el que aprovechando las lecciones que habia recibido del español marqués de Pescara, la organizó y la hizo célebre: así amaba tanto aquella tropa, que era su hija, que la abandonaba su parte de botín de la guerra, no reservando para sí sino la gloria.

Por su parte le amaban tan tiernamente los soldados, que no le llamaban jamás sino su maestro y su padre: á su muerte se vistieron todos de luto, y declararon que no dejarían aquel color, juramento que cumplieron con tal fidelidad, que Juan de Médicis fué desde aquella época llamado Juan de las Bandas negras, sobrenombre con que es conocido mas que con el nombre paterno.

Este Juan de las Bandas negras era el abuelo de María de Médicis, la que casó con Enrique IV.

Lucrecia de Médicis, que habia quedado viuda se consagró toda á su hijo. El jóven Cosme creció rodeado de maestros y constantemente vigilado por el ojo maternal. Criado seriamente fué grave desde niño, estudiando todas las cosas de guerra y del gobierno con igual aptitud, y apasionado sobre todo por las ciencias químicas y naturales.

A los quince años se habia ya marcado su carácter, que podia dar á los que se le acercaban una idea de lo que seria mas tarde. Lo acabamos de decir, su aspecto era grave y hasta taciturno: tardaba en formar relaciones familiares y dejaba dificilmente á nadie to-

mar familiaridades con él: pero cuando llegaba á concederlo, era una prueba de su amistad, y su amistad era segura. Sin embargo, era discreto en todas sus acciones, aun para con sus mismos amigos, y no queria que se supiese lo que trataba de hacer sino cuando ya estaba hecho. Resultó de aqui que siempre parecia buscar un objeto contrario á aquel que se proponia, lo que hacia sus respuestas concisas y frecuentemente oscuras.

Este era Cosme cuando supo la noticia del asesinato de Alejandro, y la huida de Lorenzo, cuya fuga le dejaba sin opositor al principado: así tomó rápidamente su partido. Reunió algunos amigos con los que podia contar, montó á caballo y marchó desde su casa de campo en la que habitaba, á Florencia.

Cosme vió recompensada su confianza por la acogida que le hicieron. Entró en la ciudad en medio de las aclamaciones de alegría de todos los habitantes. Los recuerdos de su padre marchaban en torno suyo, y el pueblo, con el que se hallaban mezclados una multitud de soldados que habian servido bajo las órdenes de Juan de las Bandas negras, le acompañó hasta el palacio Salviati, gozoso y llorando y gritando á la vez: Viva Juan, y viva Cosme, viva el padre y el hijo.

Al dia siguiente Cosme fué nombrado gefe y gobernador de la república con cuatro condiciones:

Hacer indiferentemente justicia al rico y al pobre.

No consentir jamás en reconocer la autoridad de Carlos V.

Vengar la muerte del duque Alejandro.

Tratar bien al señor Julio y á la señora Julia sus hijos naturales.

Cosme aceptó esta especie de carta ó constitucion con humildad y el pueblo aceptó á Cosme con entusiasmo.

Pero sucedió con aquel gran duque lo que con todo hombre de genio que una revolucion eleva al poder.

Sobre el primer escalon del trono reciben leyes, sobre el último las imponen.

Dificil era la posicion en que se hallaba para un jóven de diez y ocho años: era preciso luchar á la vez contra los enemigos interiores y contra los exteriores. Era preciso sustituir un gobierno firme, un poder unitario y una voluntad duradera á todos aquellos gobiernos vacilantes ó tiránicos, á todos aquellos poderes opuestos el uno al otro, y por consecuencia destructores el uno del otro, á todas aquellas voluntades que tan pronto partiendo de lo alto ó tan pronto de lo bajo, formaban un eterno flujo y reflujo, sobre el cual era imposible fundar nada sólido y duradero. Y sin embargo, con todo esto era preciso contentorizar con las libertades del pueblo, á fin de que ni nobles, ni ciudadanos, ni artesanos, conocieran la mano de un señor. Era preciso, en fin, gobernar un caballo todavia indócil para

la firania con una mano de hierro cubierta de guante de seda.

Cosme era ademas en todos los puntos el hombre que se necesitaba para llevar á efecto aquella obra. Disimulado como Luis XI, apasionado como Enrique VIII, valiente como Francisco I, perseverante como Carlos V, magnifico como Leon X: tenia todos los vicios que constituyen la vida privada sombría, y las virtudes que constituyen la vida pública brillante. Así es que su familia fue desgraciada y su pueblo feliz.

Habia tenido de Leonor de Toledo, su muger, sin contar un príncipe que murió de un año, cinco hijos y cuatro hijas. Estos hijos eran:

Francisco, que reinó despues de él, el mismo que se casó con Bianca Capelo, cuya historia hemos contado.

Fernando que reinó despues que Francisco.

Don Pedro, don Juan y don Garcia.

Las cuatro hijas eran:

María, Lucrecia, Isabel y Virginia.

Digamos rápidamente como la muerte se paseó en esta magnífica linea, donde entró como en la familia primitiva por un fratricidio.

Juan y Garcia cazaban en las Maremmas: Juan, que no tenia mas que diez y nueve años, era ya cardenal: Garcia no era todavia nada mas que el favorito de su madre. El resto de la corte estaba en Pisa, donde Cosme habia instituido un mes antes la orden de San Estéban y habia ido allí para darse á reconocer como gran maestre.

Los dos hermanos, que hacia largo tiempo se conservaban mutuamente un cierto rencor porque Juan era el querido de su padre, y Garcia el de su madre, se pusieron á disputar con motivo de un gamo que cada uno de ellos pretendia haber muerto. En medio de la disputa, Garcia sacó su cuchillo de caza y dió una puñalada á su hermano.

Juan, herido en el muslo, cayó pidiendo socorro. La gente de la comitiva de los dos príncipes acudieron, encontraron á Juan enteramente solo y bañado en su sangre, lo llevaron á Liorna, é hicieron avisar al gran duque de la desgracia que acababa de suceder. Corrió el gran duque inmediatamente á Liorna y curó él mismo á su hijo: porque el gran duque, uno de los hombres mas superiores de su época, tenia todos los conocimientos médicos que se podian tener en el siglo XVI. Pero á pesar de su celo y cuidado, Juan espiró en los brazos de su padre á los cinco dias de haber sido herido.

Cosme volvió á Pisa. Al ver aquella máscara de bronce con que tenia costumbre de cubrir su rostro hubiérase dicho que nada habia sucedido. Garcia habia precedido á Cosme á Pisa, y se habia refugiado en el aposento de su madre donde esta le tenia oculto.

Sin embargo, al cabo de algunos dias,

viendo que Cosme no hablaba ya de su hijo muerto cual si nunca hubiese existido, animó al matador á que fuese á arrojarle á los pies de su padre á pedirle perdon; pero como temblase el jóven á la sola idea de hallarse cara á cara con su juez, para tranquilizarle le acompañó su madre.

Hallábase sentado el gran duque enteramente preocupado, en uno de los cuartos mas retirados de su palacio.

Presentáronse el hijo y la madre á la puerta de él. Cosme se levantó á su vista. Inmediatamente Garcia corrió á donde estaba su padre, se arrojó á sus pies abrazando sus rodillas y pidiéndole perdon. La madre permaneció en la puerta estendiendo los brazos hacia su marido. Cosme tenia la mano metida en su justillo; sacó un puñal que tenia costumbre de llevar en el pecho, é hirió con él á don Garcia, diciéndole:

—No quiero á un Cain en mi familia.

La pobre madre habia visto brillar la hoja del puñal, y se habia precipitado sobre Cosme. Empero á la mitad del camino recibió en sus brazos á su hijo que herido de muerte se habia levantado tambaleándose y gritando:

—¡Madre mia! ¡madre mia!

El mismo dia 6 de diciembre de 1562 espiró don Garcia.

Y á contar desde aquel momento en que murió, Leonor de Toledo se acostó cerca de su hijo, cerró los ojos, y no volvió á abrirlos mas. Ocho dias despues espiró ella misma, unos dicen que de dolor, otros que de hambre.

Los tres cadáveres entraron secretamente y sin pompa en la ciudad de Florencia, y se dijo que los dos hijos y la madre habian sido arrebatados por las fiebres malignas de las Maremmas.

El nombre de Leonor de Toledo era un nombre fatal que traia desgracias. La hija de don Garcia, padrino del jóven Francisco, y hermano de aquella otra Leonor de Toledo, cuya muerte acabamos de contar, habia venido jóven á la corte de su tia, y allí habia florecido bajo el suave sol de la Toscana, como una de aquellas flores que han dado su nombre á Florencia.

Deciase aun, aunque en voz baja, en la corte, que el gran duque Cosme estaba perdidamente enamorado de ella. Y como conocian los amores del gran duque, añadían que habia seducido con el oro ó asustado con las amenazas á los criados de la jóven princesa, que habia penetrado una noche en su estancia y no habia salido de ella sino al dia siguiente por la mañana; despues á las noches siguientes habia vuelto, y este comercio adúltero habia concluido por causar tal escándalo, que habia easado á su jóven y hermosa querida con su hijo Pedro. Lo que al menos habia de seguro en todo esto es, que en el momento que menos se aguardaba, y sin que don Pedro mismo hubiese sido consultado, se habia decidido

esta union y se habia verificado el matrimonio.

Pero sea efecto de los rumores estraños que habian corrido sobre la conducta de Leonor, sea que el placer gustado por don Pedro en la compañía de jóvenes hermosas, venecian á los sentimientos del amor que podia inspirarle una hermosa muger, los nuevos esposos parecian tristes y vivian casi separados. Leonor de Toledo era jóven, era hermosa, de esa sangre española que quema hasta al pie de los altares las venas por donde corre, tanto que abandonada por su marido, se enamoró de un jóven llamado Alejandro, el cual era hijo del capitán florentino Francisco Gaci. Pero este primer amor no tuvo otra consecuencia. El jóven persuadido de que el marido de la que amaba sabia sus relaciones, y que podia causar á la bella Leonor grandes dolores, se retiró á un convento, y allí sofocó ó al menos encerró su amor bajo un cilicio. Mientras él oraba por Leonor, Leonor le olvidaba.

El que la hizo olvidarse de él sucediéndole, era un jóven caballero de San Esteban, que mas indiscretamente que el pobre Alejandro, no dejó ignorar á toda la ciudad que era amado. Así tal vez á causa de este amor, como á causa de la muerte de Francisco Ginori, que acababa de matar en desafio entre el palacio Strozzi y la Puerta Roja, habia sido desterrado á la isla de Elba. Empero el destierro no habia matado al amor, y no pudiendo ya verse los dos jóvenes, se escribian. Cayó una carta en manos del noble gran duque Francisco, á quien en su vida habia asociado Cosme al poder. Fue traído secretamente el amante de la isla de Elba á la prision de Bargello. La noche misma de su llegada hicieron entrar en su prision un confesor y un verdugo: despues, cuando concluyó el confesor, el verdugo dió garrote al jóven. A la mañana siguiente Leonor supo de la boca misma de su cuñado la ejecucion de su amante.

Hacia once dias que lloraba temblando por ella misma, cuando recibió el 10 de julio la orden de ir al palacio de Caffaggiolo, que habitaba hacia muchos meses su marido. Desde entonces creyó que se hallaba perdida, pero no por eso dejó de obedecer, porque no sabia cómo ni dónde encontrar un refugio. Pidió una dilacion hasta el dia siguiente y nada mas: despues fué á sentarse cerca de la cuna de su hijo Cosme, y pasó la noche llorando y suspirando echada sobre su niño.

Los preparativos de marcha ocuparon una parte del dia, de modo que Leonor no salió de Florencia sino á las tres de la tarde, y como instintivamente á cada minuto paraba los caballos, casi entró de noche en Caffaggiolo. Con grande asombro suyo la casa parecia desierta.

Desengañó el cocheró los caballos, y mientras los criados y las mugeres que la habian acompañado trasladaban los paquetes del equipage desde el coche, Leonor de Toledo entró sola en la hermosa casa de campo que

privada de la luz parecia á aquellas horas triste y sombría como un sepulcro. Subió entonces la escalera ligera y silenciosa cual una sombra, y llena de terror se adelantó estando abiertas todas las puertas, hasta su alcoba; pero en el momento en que ponía el pie en ella, vió detras de la mampara salir un brazo con un puñal, y al mismo tiempo sintió un golpe, dió un grito y cayó. ¡Estaba muerta! Don Pedro, no fiando á nadie el cuidado de su venganza, la habia él mismo asesinado.

Viéndola tendida entonces en su sangre é inmóvil, vino á mirar atentamente á la que habia herido. Leonor habia ya espirado: tan certero y hábil habia sido el golpe. Don Pedro se puso de rodillas al lado del cadáver, alzó sus manos ensangrentadas al cielo, pidió perdón á Dios del crimen que acababa de cometer, y juró en espacion de aquel crimen no volverse á casar jamás. ¡Estraño juramento si se cree á los rumores escandalosos de la época, de su repugnancia por las mugeres que le hacia cumplir este juramento mas fácilmente que cualquiera otro!

Despues el verdugo se convirtió en enterador, colocó en un ataúd preparado de antemano el cuerpo del que acababa de arrojar el alma, cerró el ataúd y lo llevó á Florencia, donde fué sepultada la misma noche y en secreto, en la iglesia de San Lorenzo.

Ademas, don Pedro ni aun cumplió su juramento: se casó en 1590 con Beatriz de Meneses: verdad es que esto fué diez y siete años despues del asesinato de Leonor, y que Pedro de Médicis con su carácter debia haberse olvidado, no solo el juramento hecho, sino de la causa que lo habia dictado.

Vamos ahora á las hijas de Cosme.

Maria era la mayor. Era á los diez y siete años, como dice Shakspeare de Julieta, una de las mas bellas flores de la primavera de Florencia. El jóven Malatesta, page del gran duque Cosme se enamoró de ella. La pobre niña por su parte le amó con aquel primer amor que nada sabe rehusar. Un viejo español sorprendió á los dos amantes en una cita, y en tal situacion, que no le dejó duda alguna sobre la intimidad de sus relaciones. Contó al gran duque Cosme lo que habia visto.

Maria murió envenenada á los diez y siete años, porque su vida prolongada seis meses mas, hubiera sido un deshonor para su familia. Malatesta fué aherrojado en una prision, y habiendo logrado escaparse al cabo de diez ó doce años, llegó á la isla de Candia, donde su padre mandaba por los venecianos. Dos meses despues lo encontraron asesinado una mañana en la esquina de una calle.

Lutrecia era la segunda hija de Cosme. A la edad de diez y nueve años se casó con el duque de Ferrara. Un dia llegó á la corte de Toscana un correo que anunció que la jóven princesa habia muerto de repente. Dijose en la corte que habia sido arrebatada por una fie-

bre pútrida: dijose en el pueblo que su marido la habia asesinado en un momento de celos.

Isabel era la tercera: era la favorita de su padre. El amor de Cosme por su hija pasaba como se va á ver de los límites del amor paternal.

Un dia que Vasari, oculto por los andamios, pintaba el techo de una de las salas del Palacio Viejo, vió entrar en la sala á Isabel. Era hácia el medio dia: el aire era ardiente. Ignorando que hubiese alguno en el mismo cuarto que ella, la jóven descubrió las cortinas, se acostó en un divan y se durmió.

Poco despues Cosme entró á su vez y vió á su hija. Cosme miró un instante á Isabel dormida, con ojos ardientes de deseos; despues fué á cerrar todas las puertas por dentro; poco despues Isabel dió un grito. Vasari no vió nada mas, porque á su vez él cerró los ojos y aparentó dormir. Al descubrir las cortinas recordó Cosme que en aquel cuarto debia ser donde pintaba Jorge Vasari. Alzó los ojos al techo, y vió el andamio. Al instante le ocurrió la idea de que habia tenido un testigo de su crimen, y aquella idea en un corazon como el de Cosme, fué seguida inmediatamente del deseo de desembarazarse de él.

Cosme subió poquito á poco la escala, llegó al techo, y encontró á Vasari con la cara vuelta á la pared durmiendo en un rincon de su andamio. Acercóse á él, sacó su puñal, le aproximó lentamente al pecho para asegurarse si realmente dormia ó fingia dormir. Vasari no hizo el mas leve movimiento, su respiracion permaneció tranquila é igual, y convencido Cosme de que su pintor favorito no habia visto ni oido nada, volvió á envainar su puñal y bajó del andamio.

A la hora en que tenia costumbre de salir Vasari salió, y volvió á la mañana siguiente á la hora en que tenia costumbre de volver. Esta sangre fria le salvó: si hubiese huido era perdido, porque donde quiera que hubiese huido, hubiera ido á buscarle el puñal ó el veneno de los Médicis.

Sucedía esto en el año 1537.

Al año siguiente, como Isabel ya tenia diez y seis años, fué preciso pensar en casarla.

Entre los pretendientes á su mano, eligió Cosme á Pablo Giordano Orsini, duque de Bracciano, pero una de las condiciones del matrimonio fué, dicen, el que Isabel continuaria viviendo en Toscana al menos seis meses al año.

Este matrimonio contra todo lo que se aguardaba fué visiblemente triste y frio: decíase para explicar esta terrible indiferencia de un marido jóven con una muger jóven y bonita, que los rumores del amor de Cosme por su hija habian llegado á su noticia y causaban su repugnancia. Pero en fin, fuese cual fuese la causa, el hecho es que existia esta repugnancia. Giordano estaba la mayor parte del año en Roma, dejando, cualquiera que fue-

sen sus quejas, á su muger permanecer en Toscana. Semejante abandono debia producir frutos adúlteros. Jóven, bella, apasionada, en medio de una de las cortes mas galantes del mundo, Isabel no tardó en hacer olvidar con nuevas acusaciones la antigua que la habia manchado. Entretanto Giordano callaba porque Cosme vivia siempre, y mientras Cosme vivia no hubiera pensado ni atrevidose á vengarse de su hija. Pero Cosme murió en 1574.

Giordano Orsini habia dejado en cierto modo á su muger bajo la vigilancia de uno de sus próximos parientes, llamado Troilo Orsini, y hacia algun tiempo que aquel guarda de su honor le escribia que Isabel llevaba una conducta regular, y tal cual podia desearla, de modo que casi habia renunciado á su proyecto de venganza, cuando en una disputa particular y sin testigos, Troilo mató de una puñalada á Sabio Torello, page del gran duque Francisco, lo que le obligó á huir. Entonces se supo por qué Orsini habia muerto á Torello. Eran los dos amantes de Isabel, y Orsini queria serlo solo.

Supo Giordano á un mismo tiempo la doble traicion de su pariente y de su muger. Marchó inmediatamente á Florencia, y llegó cuando Isabel, que temia la suerte de su cuñada Leonor de Toledo, asesinada hacia cinco dias, se preparaba para abandonar la Toscana y huir al lado de Catalina de Médicis, reina de Francia. Pero la aparicion inesperada de su marido descompuso todas sus disposiciones. Sin embargo, á la primera vista se tranquilizó Isabel: Giordano Orsini parecia volver á su lado mas como un enamorado que como un juez. La dijo que habia comprendido que todas las faltas eran culpa suya, y que deseoso de vivir en lo sucesivo con una vida mas feliz y mas regular, venia á proponerla que olvidasen mutuamente sus culpas. El trato en la situacion en que se hallaba Isabel era muy ventajoso para ella para que no lo aceptase: sin embargo, no se reunieron en aquel dia los dos esposos.

Al dia siguiente, 16 de julio de 1576, convidó Giordano á su muger á una gran cacería que debia dar en su casa de campo de Cerreto. Aceptó Isabel, y llegó por la noche con sus mugeres. Apenas habia entrado, vió venir á donde estaba á su marido llevando él mismo dos magníficos lebreles que le suplicó admitiese; y de que la aconsejó se sirviese al dia siguiente: despues se pusieron á la mesa. En la cena estuvo Orsini mas alegre que nadie le habia conocido nunca, haciendo á su muger finezas, tratándola como hubiera podido hacerlo un amante á su querida, tanto que por habituada que estuviese ella á tratar con gente disimulada, casi Isabel se engañó. Sin embargo, despues de la cena el marido la invitó á que pasase á su cuarto, dándole el ejemplo. Entretanto sintió Isabel instintivamente estremecerse y palidecer, y volviéndose hácia la Frescovaldi, su primera dama de honor:

—Señora Lucrecia, la dijo, ¿iré ó no iré?

Sin embargo, á la voz de su marido que volvía á buscarla, preguntándola riéndose si quería seguirle ó no, cobró valor y le acompañó.

Entró en el cuarto, y no halló mudanza ninguna. Su marido tenía siempre el mismo rostro, y la cita parecía aumentar su error. Engañada Isabel, se abandonó á él, y cuando se hallaba en una posición en que no podía defenderse, Orsini sacó de debajo de la almohada una cuerda ya dispuesta y la echó al cuello de Isabel, y cambiando de repente sus besos y sus abrazos en un apretamiento mortal, la ahogó á pesar de sus esfuerzos para defenderse, sin que pudiese ni aun dar un grito.

Así fué como murió Isabel.

Quedó Virginia: esta fué casada con César de Este, duque de Módena. Esto es todo lo que de ella se sabe. Sin duda tuvo mejor suerte que sus tres hermanas. La historia no olvida mas que á los que son felices.

Este es el lado sombrío de la vida de Cosme: ahora vamos al lado brillante.

Era Cosme uno de los hombres mas hábiles de la época. Entre otras cosas, dice Vaccio Valdini, conocía una gran cantidad de plantas, sabía su cultivo, cómo nacían, cómo vivían mas tiempo, cómo tenían el olor mas vivo, y dónde se criaban las mas hermosas flores, cómo producían los mejores frutos, y cuál era la variedad de las flores y de los frutos para curar las enfermedades ó las heridas de los hombres y de los animales. Como era un excelente químico, componía con las plantas, con las aguas, esencias, aceites, medicamentos balsámicos, y daba estos remedios á los que se los pedían, fuesen ricos ó pobres, fuesen toscanos ó extranjeros, habitantes de Florencia ó de cualquiera otra ciudad de Europa.

Cosme amaba y protegía las letras. En 1544 fundó la Academia florentina, que llamó su muy querida y feliz academia; allí debían enseñar y comentar el Plutarco y el Dante. Sus sesiones se tenían en un principio en el palacio de la Via Larga: despues, para que estuviera mas libre y con mas comodidad, les dió un salon en el Palacio Viejo. Desde la caída de la república aquella gran sala era inútil.

La universidad de Pisa, protegida ya por Lorenzo de Médicis, había tenido cierto brillo en otra época, pero abandonada por los sucesores del Magnífico, se había cerrado. Cosme la volvió á abrir, y les concedió grandes privilegios para asegurar su existencia: por último, agregó á aquel establecimiento un colegio para que cuarenta jóvenes que anunciaban buenas disposiciones y talento, y elegidos entre las familias pobres, se educasen á su costa.

Hizo Cosme poner en orden y enumerar todos los manuscritos y todos los libros de la biblioteca Lorenzana que el papa Clemente XII había comenzado á reunir.

Aseguró con una renta el mantenimiento

y la existencia de las universidades de Florencia y de Siena.

Adquirió una imprenta, é hizo venir al Torrentino de Alemania y traer todas las ediciones que llevan el nombre de este célebre tipógrafo.

Acogió á Pablo Sone, que se veía errante, y á Scipion Ammirato, que se hallaba proscrito, y habiendo muerto el primero en su córte, le hizo construir un sepulcro con su estatua.

Quería el gran duque que todos escribiesen libremente segun su gusto, segun su opinion y segun su capacidad: animó tanto á seguir este camino á Benedeto Varchi, Filipo de Nerli, Vicencio Borgini y á tantos otros, que de los solos volúmenes que le dedicaron por reconocimiento los historiadores, poetas y sabios contemporáneos, podía formarse una biblioteca.

Por último, obtuvo que Boccaccio, prohibido por el concilio de Trento, fuese revisado por Pio V, que murió revisándolo, y por Gregorio XIII, haciéndose una edicion en 1573, que está revisada por la censura pontifical, y pretendía la misma revision para las obras de Maquiavelo, cuando murió antes de haberla conseguido.

Cosme era artista. No fué culpa suya si vino al mundo cuando iban desapareciendo los grandes hombres. De toda aquella brillante pléyada que había iluminado los reinados de Julio II y Leon X, no quedaba mas que Miguel Angel. Hizo todo lo que pudo por tenerlo: le envió un cardenal y una embajada, le ofreció la cantidad de dinero que señalase él mismo, el título de senador y un empleo á su eleccion: pero Paulo III lo tenía y no quería soltarlo. Entonces, á falta del gigante florentino, juntó lo mejor que pudo reunir.

El Ammanato, su ingeniero, le construyó por los planos de Miguel Angel el hermoso puente de la Trinidad, y le hizo la estatua de Neptuno de mármol de la plaza del Palacio Viejo. Hizo hacer á Baccio Bandinelli el Hércules y el Baco, la estatua del papa Leon X, la del papa Clemente VII, la del duque Alejandro, la de Juan de Médicis, su padre, y su propia estatua; la Logia del Mercado nuevo y el coro del Domo. Benvenuto Cellini fué llamado de Francia para fundirle su Perseo en bronce, para tallarle copas de ágata, para grabarle medallones de oro. Despues, como había encontrado en los alrededores de Arezzo, dice Benvenuto en sus Memorias, una multitud de figuritas de bronce á las que faltaba á unas la cabeza, á otras las manos y á otras los pies, Cosme las limpiaba él mismo y las quitaba el orin con precaucion para que no se echasen á perder. Un dia que Benvenuto Cellini iba á hacer una visita al gran duque, le encontró rodeado de martillos y cinceles. Dándole un martillo á Cellini y teniendo un cincel,

Cosme le mandó que dijese con el primero

mientras él dirigía el otro: y no tenían así la traza de un soberano y un artista, sino simplemente la de dos obreros plateros trabajando en un mismo establecimiento.

A fuerza de investigaciones químicas, halló Cosme, con Francisco Ferrugi de Ficczola, el arte de cortar el pórfido, perdido desde los romanos, y lo aprovechó para hacer esculpir la bella base del palacio Pitti y la estatua que colocó en la plaza de la Trinidad en lo alto de la columna de granito que le había regalado el papa Pio IV.

Acogió y empleó á Juan de Bologna, que hizo para él el Mercurio y el Robo de las sabinas, y despues fué arquitecto de su hijo Francisco.

Mantuvo á Bernardo Buontalenti, al que dió á su hijo el gran duque por maestro de dibujo.

Colocó bajo la direccion del arquitecto Tribolo las construcciones y jardines del Castello.

El fué tambien el que compuso el palacio Pitti, al que dejó su nombre y del que hizo su hermosa córte.

Había llamado á su lado á Jorge Vasari, arquitecto, pintor é historiador. Pidió al historiador una historia del arte, dió al pintor el Palacio Viejo para que lo pintase, el arquitecto tuvo que construir un corredor que uniese el palacio Pitti al Palacio Viejo, á la manera del que dice Homero que unia el palacio de Priamo con el de Héctor.

Recibió Vasari tambien la orden de edificar aquella magnífica galería de los Oficios, hoy convertida en tabernáculo de las artes, y cuya magnífica ilustracion pública á estas horas Florencia.

Agradó tanto este monumento á Pignatelli, que lo vió cuando no era todavía mas que fraile en Florencia, que heccho papa en 1691, hizo hacer por el mismo modelo la Curia Inocenciana en Roma.

En fin, reunió en el palacio de la Via Larga, en el Palacio Viejo y en el de Pitti, todos los cuadros, todas las estatuas, ora antiguas, ora modernas, que habían sido pintadas, esculpidas, grabadas, ó halladas en las escavaciones ejecutadas por Cosme el Antiguo, por Lorenzo, y por el duque Alejandro, y que dos veces habían sido saqueadas y habían desaparecido; la primera al paso de Carlos VIII, y la segunda cuando el asesinato del duque Alejandro por Lorenzini.

Así el elogio de los contemporáneos ha sofocado la censura de la posteridad: la parte sombría de aquella vida se pierde en la parte brillante, y se olvida que aquel protector de las artes, de las ciencias y de las letras, había muerto á uno de sus hijos, envenenado á una de sus hijas, y violado á otra.

Verdad es que los contemporáneos de Cosme I eran Enrique VIII, Felipe II, Carlos IX, Cristian II, y aquel infame Paulo III, cuyo hijo violaba los obispos (4).

(1) Benedeto Varchi, Historia del obispo de Fano.

Murió Cosme en 21 de abril de 1574, dejando el trono ducal á su hijo Francisco I, á quien había asociado hacia muchos años al poder, y de quien hemos dicho casi todo lo que hay que decir, ante la estatua de Fernando I en Liorna, y con motivo de los amores de Bianca Capello, su querida y su muger.

Era Cosme sóbrio; comía poco, bebía poco, y en los últimos años de su vida había perdido el apetito, y se contentaba con comer algunas almendras. Casi siempre durante la comida, tenía á su mesa un sabio, con el que hablaba de química, botánica ó geometría; un artista, con el que raciocinaba sobre el arte, ó un poeta, con el que discutiese sobre Dante ó Boccaccio. A falta de estos, hablaba con los sirvientes que le asistían de cosas peculiares á sus conocimientos: porque sabía, dice su historiador, el solo tanto como todos los hombres juntos.

Sus dos placeres mas vivos eran la música y la caza. Le gustaba cantar en coro, y muchas veces bañándose en el Arno con los caballeros que admitía á su intimidad, por medio de tablitas de madera sobre las que cada uno tenía escrita la parte de música que había de cantar. Cosme daba entonces conciertos en plena agua á sus súbditos, porque ante todo era enemigo del descanso, y trabajase ó divirtiérase; siempre tenía necesidad de ocuparse en algo.

Era á la vez el mejor cazador, el mas hábil halconero, y el pesador mas diestro de su reino. Pero se vió obligado á renunciar muy pronto á estos ejercicios, porque le atacó la gota á la edad de cuarenta y cinco años.

Se ve, pues, que en Cosme I había caracteres propios de Augusto y de Tiberio.

Volvamos ahora á la sala del Palacio Viejo, de que nos ha apartado esta larga biografía, y que es la misma, si hemos de creer la tradicion, en la que se verificó el terrible crimen de la violacion de Isabel.

El cuadro no es el mas notable con respecto al arte; sino el mas extraordinario seguramente como heccho registrado, es el cuadro de Ligozzi, representando el recibimiento heccho por Bonifacio VIII á doce embajadores de doce potencias que todos eran florentinos. Tan indisputable era en el siglo XIII y XIV el genio político de la magnífica república.

Estos doce embajadores eran: Muciatto Franzesi, por el rey de Francia. Ugolino de Vicchio, por el rey de Inglaterra.

Ranieri Langru, por el rey de Bohemia. Vermiglio Alfani, por el rey de Germanos. Simone Rossi, por la Rascia. Bernardo Ervai, por el señor de Verona. Guiscardo Bastai, por el kan de Tartaria. Manno Fronte, por el rey de Nápoles. Guido Tabanca, por el rey de Sicilia. Lupo Farinata de los Huberti, por Pisa. Gino Diotesalvi, por el señor de Camerino.

Y por último, Bencivenni Folehi, por el gran maestre de Jerusalem.

Esta fué una reunion estraña, que hizo decir á Bonifacio VIII que venia á mezclarse en el mundo un quinto elemento, y que los florentinos eran el quinto elemento.

Los gigantescos frescos que cubren las paredes, así como todos los cuadros del techo, son de Vasari. Los frescos representan las guerras de los florentinos contra Siena y Pisa. Para la ejecución de los últimos había preparado Miguel Angel aquellos hermosos cartones que se han perdido sin que se haya sabido qué se ha hecho de ellos.

En las otras habitaciones del palacio, que son donde vivian, se encuentra tambien un número considerable de pinturas de la misma época casi. Es preciso exceptuar una lindísima capilla de Rodolfo Guirlandajo, que forma por su posición estricta y religiosa una estraña oposición con aquella pintura fría y pagana del tiempo de la decadencia.

Destruído como lo ha sido por los sucesores de Cosme I, el Palacio Viejo conserva todavía materialmente un recuerdo de la república. Es la torre de Barberia, donde fué encerrado Cosme el Antiguo, y á cuya puerta un siglo mas tarde, cuando la conspiración de los Pazzi, el valiente gonfaloniero Cesar Petrucci hizo la guardia con un asador.

En esta torre, hoy separada como teñera, fué donde pasó Cosme el Antiguo los cuatro días mas malos de su vida. Durante aquellos cuatro días, el temor de ser envenenado por sus enemigos, le impidió tomar alimento alguno.

Porque, dice Maquiavelo, muchos querian que fuese desterrado; pero muchos querian tambien hacerle morir, mientras que el resto callaba ó por compasión ó por miedo. Los últimos, no tomando ningun partido, impedian que se hiciese nada. Durante este tiempo, Cosme había sido encerrado en una torre del palacio, y puesto bajo la guardia de un carcelero. Aquel gran ciudadano oía el rumor de las armas que había en la plaza, y el continuo sonido de las campanas de alarma que llamaban al pueblo. Temía á la vez que le hicieran morir publicamente, ó mas bien que le mataran en secreto. Por eso fijándose en esta última idea, estuvo cuatro días sin tomar alimento alguno, á no ser un poco de pan que había llevado consigo. Entonces, apercibiéndose de los temores de su prisionero, el carcelero que le había servido la comida, y hacia cuatro días que se llevaba intacto el alimento, meneó lentamente la cabeza y le dijo:

—Tú dudas de mí, Cosme, tú temes ser envenenado, y por este temor te dejas morir de hambre. Es hacerme poco honor creer que pueda prestarme á semejante crimen. No temas por tu vida, que está asegurada porque tienes muchos amigos en palacio y fuera de él, pero aun cuando debieses perder la vida,

pierde el temor con respecto á mí, porque para ejecutarla sería preciso otro ministro y no yo. Yo no mancharé mis manos con la sangre de nadie, y menos con la tuya: jamás me has hecho ofensa alguna; tranquilízate, pues, come, y consérvate para tus amigos que te quieren. Para tranquilizarte mas, dispénsame cada día el honor de permitirme sentarme á tu mesa y yo comeré el primero de todo lo que tú comas.

A aquellas palabras Cosme se sintió reanimado, abrazando á su carcelero llorando y jurándole un reconocimiento eterno, y prometiéndole acordarse de él si alguna vez la fortuna le proporcionaba los medios de recomendarle.

Olvida Maquiavelo decir si en los tiempos felices se acordó Cosme de la promesa hecha en los días del infortunio.

El nombre de aquel carcelero, que no se dice, deja muy atrás á los carceleros conocidos y honrados de los Caigniez, Guilberto de Pixerecourt, Victor Ducange, y otros románticos.

Aviso á la posteridad que no hallándose recargada de carceleros, puede dar una buena plaza á este.

LA PLAZA DEL GRAN DUQUE.

Al salir del Palacio Viejo se tiene delante de sí y volviendo la espalda, el *Caco* de Baccio Bandinelli, y el *David* de Miguel Angel; gigantescos centinelas de aquel gigantesco palacio. A la izquierda, en el segundo término, la *Loggia dei Lanzi*; enfrente de sí, y en el tercer término, el techo de los Pisanos; por último, á la derecha el famoso *Marsocó* que dividió con Jesucristo el honor de ser gonfaloniero de Florencia: en fin, la fuente de Ammanato y la estatua ecuestre de Cosme I, por Juan de Bolonia.

Baccio Bandinelli es la exageración de Miguel Angel, cuyo talento no le salva de la exageración sino por lo sublime. El fué el que hizo del Laocóonte antiguo una copia que encontraba tan hermosa que la prefería al original. Contaron esta pretension á Miguel Angel, el que se contentó con responder:

—Es difícil pasar á un hombre cuando se le sigue por la espalda.

Los artistas admiran mucho el cuello del *Caco*. Baccio Bandinelli creía sin duda tambien que esto era lo mejor de su grupo, porque apenas estuvo ejecutada esta parte cuando la hizo modelar y la envió á Roma, Miguel An-

gel vió aquella copia y se contentó con decir: —Esto es hermoso, pero es preciso aguardar á lo demas.

En efecto, el resto, es decir, el dorso del *Caco* fué muy exactamente comparado á un saco de patatas.

Miguel Angel no era el único con el que Baccio Bandinelli estuvo en oposición en puntos artísticos, y con el que tuvo disputas de palabra.

Benvenuto Cellini, que tenía el puñal tan listo como el cincel, le tenía un odio igual á la admiración que le inspiraba Miguel Angel. Un día encontráronse juntos los dos artistas delante de Cosme I. Comenzaron sus eternas disputas á pesar de la presencia del gran duque, y se acalararon hasta tal punto, que Benvenuto enseñando su puñal á su adversario:

—Baccio, le dijo, te aconsejo que te prepares para ir al otro mundo, porque como hay dios! que cuento despacharte para él.

Entonces respondió Bandinelli: —Prevénme un día antes para que me confiese y no me muera como un perro, y cuando me presente á la puerta del cielo no me tomen por tí.

El gran duque calmó á Benvenuto, encargándole hacer la estatua de Perseo, y á Baccio Bandinelli encargándole su grupo de Adán y Eva.

El David tiene tambien su historia, porque en Florencia todo aquel pueblo de estatuas y de cuadros tiene su tradicion individual: dormía hacia cien años en un grande trozo de mármol apenas desbastado desde que Simon de Fiesoli, escultor de principios del siglo XV, había querido darle las formas de un gigante: pero habiendo el estatuario, poco experimentado, tomado mal sus medidas, había quitado el trozo del pedestal, y el trozo yacía sin concluir, cuando Miguel Angel lo vió, tuvo compasión de aquel informe mármol, lo puso en pie y luchando con él cuerpo á cuerpo, de tal modo esgrimió el cincel y el martillo, que sacó de él aquella estatua de David. Miguel Angel tenía entonces veinte y nueve años.

Mientras este grande artista ejecutaba esta obra, recibió la visita del gonfaloniero Soderini, el único gonfaloniero perpétuo que ha tenido la república. Soderini con su tontería, que su secretario Maquiavelo ha hecho proverbial en una cuarteta, no dejó de hacerle críticas y mas críticas. Incomodado Miguel Angel aparentó ceder á una de ellas, y tomando al mismo tiempo que su cincel un puñado de polvillo de mármol, invitó á Soderini á que se acercase para ver si había seguido bien su consejo. Acercóse Soderini abriendo sus ojos de tonto, y Miguel Angel hizo volar hacia ellos el puñado de polvillo de mármol que tenía escondido en su mano, lo que pensó cegarle.

Vasari y Benvenuto han hecho mal en decir que aquel David era una obra maestra. Los que han escrito despues sobre Florencia, han

hecho mal en decir que era una obra inferior. Es buenamente una obra de la juventud de Miguel Angel, llena á la vez de bellezas y defectos; empero que colocada donde se halla, concurre admirablemente al conjunto de aquella hermosa plaza.

La *Loggia dei Lanzi*, una de las obras maestras de aquel Andrés Orcagna que firmaba sus cuadros, *Orcagna, sculptor*, y sus esculturas, *Orcagna, pictor*; fué levantada primitivamente en 1374 para ofrecer á los magistrados en las *ralias* ó *reuniones* que se celebraban en la plaza pública, un refugio contra la lluvia, que cuando cae en Florencia cae á torrentes. Son los *Rostros* de aquel otro *Foro*. Desde allí, y desde la Ringhiera, especie de tribuna destruida en medio de una tempestad popular, y que se hallaba levantada en la puerta del Palacio Viejo, hablaban los oradores al pueblo. Bajo los Médicis, los lansquenets, habiendo tenido su cuerpo de guardia en la vecindad de la *Loggia*, y hallándose naturalmente desocupados como lo están siempre los soldados extranjeros, pasaban su tiempo en pasear bajo aquel hermoso pórtico. De aquí el nombre de *Loggia dei Lanzighinetti*, y por abreviacion *dei Lanzi*.

La *Loggia dei Lanzi* está ricamente adornada de estatuas antiguas y modernas. Estas estatuas, que son en número de seis, y que representan sacerdotisas ó vestales, provienen de la *Villa-Médicis* de Roma, y han perdido el nombre de sus autores. Las estatuas modernas, en número de tres, representan una Judit, un Perseo y un romano robando una sabina. Son de Donatello, de Benvenuto Cellini y de Juan de Bolonia.

La Judit de Donatello debe su ilustracion mas á la circunstancia que ha precedido á su instalacion actual que á su mérito artístico. En efecto, es una de las mas débiles y de las menos airosas estatuas del autor. Estaba en el palacio Riccardi y pertenecía á los Médicis; pero cuando Pedro, despues de haber entregado la Toscana á Carlos VIII, fué arrojado de Florencia y saqueado su palacio, resolvieron perpetuar la memoria de aquella venganza popular poniendo la estatua de la Judit debajo de la *Loggia* de los Lansquenets. En su consecuencia fué trasportada allí con gran pompa, y se grabó sobre su pedestal esta amenaza que Lorenzo II dejó á su vuelta subsistir sin duda por indolencia, y Alejandro á su advenimiento al trono por desprecio:

*Exemplum salut. publ. Cives posuere
XCCCCXCV.*

El gran duque actual probablemente ni aun ha fijado en ello la atención: es demasiado querido para que esto pueda hacer alusion á él.

Al lado de la Judit está el Perseo, el Perseo que Benvenuto Cellini ha llamado tanto una obra maestra, que se ha hecho moda dis-

Y por último, Bencivenni Folehi, por el gran maestre de Jerusalem.

Esta fué una reunion estraña, que hizo decir á Bonifacio VIII que venia á mezclarse en el mundo un quinto elemento, y que los florentinos eran el quinto elemento.

Los gigantescos frescos que cubren las paredes, así como todos los cuadros del techo, son de Vasari. Los frescos representan las guerras de los florentinos contra Siena y Pisa. Para la ejecución de los últimos había preparado Miguel Angel aquellos hermosos cartones que se han perdido sin que se haya sabido qué se ha hecho de ellos.

En las otras habitaciones del palacio, que son donde vivian, se encuentra tambien un número considerable de pinturas de la misma época casi. Es preciso exceptuar una lindísima capilla de Rodolfo Guirlandajo, que forma por su posición estricta y religiosa una estraña oposición con aquella pintura fría y pagana del tiempo de la decadencia.

Destruído como lo ha sido por los sucesores de Cosme I, el Palacio Viejo conserva todavía materialmente un recuerdo de la república. Es la torre de Barberia, donde fué encerrado Cosme el Antiguo, y á cuya puerta un siglo mas tarde, cuando la conspiración de los Pazzi, el valiente gonfaloniero Cesar Petrucci hizo la guardia con un asador.

En esta torre, hoy separada como teñera, fué donde pasó Cosme el Antiguo los cuatro días mas malos de su vida. Durante aquellos cuatro días, el temor de ser envenenado por sus enemigos, le impidió tomar alimento alguno.

Porque, dice Maquiavelo, muchos querian que fuese desterrado; pero muchos querian tambien hacerle morir, mientras que el resto callaba ó por compasión ó por miedo. Los últimos, no tomando ningun partido, impedian que se hiciese nada. Durante este tiempo, Cosme había sido encerrado en una torre del palacio, y puesto bajo la guardia de un carcelero. Aquel gran ciudadano oía el rumor de las armas que había en la plaza, y el continuo sonido de las campanas de alarma que llamaban al pueblo. Temía á la vez que le hicieran morir publicamente, ó mas bien que le mataran en secreto. Por eso fijándose en esta última idea, estuvo cuatro días sin tomar alimento alguno, á no ser un poco de pan que había llevado consigo. Entonces, apercibiéndose de los temores de su prisionero, el carcelero que le había servido la comida, y hacia cuatro días que se llevaba intacto el alimento, meneó lentamente la cabeza y le dijo:

—Tú dudas de mí, Cosme, tú temes ser envenenado, y por este temor te dejas morir de hambre. Es hacerme poco honor creer que pueda prestarme á semejante crimen. No temas por tu vida, que está asegurada porque tienes muchos amigos en palacio y fuera de él, pero aun cuando debieses perder la vida,

pierde el temor con respecto á mí, porque para ejecutarla sería preciso otro ministro y no yo. Yo no mancharé mis manos con la sangre de nadie, y menos con la tuya: jamás me has hecho ofensa alguna; tranquilízate, pues, come, y consérvate para tus amigos que te quieren. Para tranquilizarte mas, dispénsame cada día el honor de permitirme sentarme á tu mesa y yo comeré el primero de todo lo que tú comas.

A aquellas palabras Cosme se sintió reanimado, abrazando á su carcelero llorando y jurándole un reconocimiento eterno, y prometiéndole acordarse de él si alguna vez la fortuna le proporcionaba los medios de recompensarle.

Olvida Maquiavelo decir si en los tiempos felices se acordó Cosme de la promesa hecha en los días del infortunio.

El nombre de aquel carcelero, que no se dice, deja muy atrás á los carceleros conocidos y honrados de los Caigniez, Guilberto de Pixerecourt, Victor Ducange, y otros románticos.

Aviso á la posteridad que no hallándose recargada de carceleros, puede dar una buena plaza á este.

LA PLAZA DEL GRAN DUQUE.

Al salir del Palacio Viejo se tiene delante de sí y volviendo la espalda, el *Caco* de Baccio Bandinelli, y el *David* de Miguel Angel; gigantescos centinelas de aquel gigantesco palacio. A la izquierda, en el segundo término, la *Loggia dei Lanzi*; enfrente de sí, y en el tercer término, el techo de los Pisanos; por último, á la derecha el famoso *Marsocó* que dividió con Jesucristo el honor de ser gonfaloniero de Florencia: en fin, la fuente de Ammanato y la estatua ecuestre de Cosme I, por Juan de Bolonia.

Baccio Bandinelli es la exageración de Miguel Angel, cuyo talento no le salva de la exageración sino por lo sublime. El fué el que hizo del Laocóonte antiguo una copia que encontraba tan hermosa que la prefería al original. Contaron esta pretension á Miguel Angel, el que se contentó con responder:

—Es difícil pasar á un hombre cuando se le sigue por la espalda.

Los artistas admiran mucho el cuello del *Caco*. Baccio Bandinelli creía sin duda tambien que esto era lo mejor de su grupo, porque apenas estuvo ejecutada esta parte cuando la hizo modelar y la envió á Roma, Miguel An-

gel vió aquella copia y se contentó con decir: —Esto es hermoso, pero es preciso aguardar á lo demas.

En efecto, el resto, es decir, el dorso del *Caco* fué muy exactamente comparado á un saco de patatas.

Miguel Angel no era el único con el que Baccio Bandinelli estuvo en oposición en puntos artísticos, y con el que tuvo disputas de palabra.

Benvenuto Cellini, que tenía el puñal tan listo como el cincel, le tenía un odio igual á la admiración que le inspiraba Miguel Angel. Un día encontráronse juntos los dos artistas delante de Cosme I. Comenzaron sus eternas disputas á pesar de la presencia del gran duque, y se acalararon hasta tal punto, que Benvenuto enseñando su puñal á su adversario:

—Baccio, le dijo, te aconsejo que te prepares para ir al otro mundo, porque como hay dios! que cuento despacharte para él.

Entonces respondió Bandinelli: —Prevénme un día antes para que me confiese y no me muera como un perro, y cuando me presente á la puerta del cielo no me tomen por tí.

El gran duque calmó á Benvenuto, encargándole hacer la estatua de Perseo, y á Baccio Bandinelli encargándole su grupo de Adán y Eva.

El David tiene tambien su historia, porque en Florencia todo aquel pueblo de estatuas y de cuadros tiene su tradicion individual: dormía hacia cien años en un grande trozo de mármol apenas desbastado desde que Simon de Fiesoli, escultor de principios del siglo XV, había querido darle las formas de un gigante: pero habiendo el estatuario, poco experimentado, tomado mal sus medidas, había quitado el trozo del pedestal, y el trozo yacía sin concluir, cuando Miguel Angel lo vió, tuvo compasión de aquel informe mármol, lo puso en pie y luchando con él cuerpo á cuerpo, de tal modo esgrimió el cincel y el martillo, que sacó de él aquella estatua de David. Miguel Angel tenía entonces veinte y nueve años.

Mientras este grande artista ejecutaba esta obra, recibió la visita del gonfaloniero Soderini, el único gonfaloniero perpétuo que ha tenido la república. Soderini con su tontería, que su secretario Maquiavelo ha hecho proverbial en una cuarteta, no dejó de hacerle críticas y mas críticas. Incomodado Miguel Angel aparentó ceder á una de ellas, y tomando al mismo tiempo que su cincel un puñado de polvillo de mármol, invitó á Soderini á que se acercase para ver si había seguido bien su consejo. Acercóse Soderini abriendo sus ojos de tonto, y Miguel Angel hizo volar hacia ellos el puñado de polvillo de mármol que tenía escondido en su mano, lo que pensó cagarle.

Vasari y Benvenuto han hecho mal en decir que aquel David era una obra maestra. Los que han escrito despues sobre Florencia, han

hecho mal en decir que era una obra inferior. Es buenamente una obra de la juventud de Miguel Angel, llena á la vez de bellezas y defectos; empero que colocada donde se halla, concurre admirablemente al conjunto de aquella hermosa plaza.

La *Loggia dei Lanzi*, una de las obras maestras de aquel Andrés Orcagna que firmaba sus cuadros, *Orcagna, sculptor*, y sus esculturas, *Orcagna, pictor*; fué levantada primitivamente en 1374 para ofrecer á los magistrados en las *ralias* ó *reuniones* que se celebraban en la plaza pública, un refugio contra la lluvia, que cuando cae en Florencia cae á torrentes. Son los *Rostros* de aquel otro *Foro*. Desde allí, y desde la Ringhiera, especie de tribuna destruida en medio de una tempestad popular, y que se hallaba levantada en la puerta del Palacio Viejo, hablaban los oradores al pueblo. Bajo los Médicis, los lansquenets, habiendo tenido su cuerpo de guardia en la vecindad de la *Loggia*, y hallándose naturalmente desocupados como lo están siempre los soldados estrangeros, pasaban su tiempo en pasear bajo aquel hermoso pórtico. De aquí el nombre de *Loggia dei Lanzighinetti*, y por abreviacion *dei Lanzi*.

La *Loggia dei Lanzi* está ricamente adornada de estatuas antiguas y modernas. Estas estatuas, que son en número de seis, y que representan sacerdotisas ó vestales, provienen de la *Villa-Médicis* de Roma, y han perdido el nombre de sus autores. Las estatuas modernas, en número de tres, representan una Judit, un Perseo y un romano robando una sabina. Son de Donatello, de Benvenuto Cellini y de Juan de Bolonia.

La Judit de Donatello debe su ilustracion mas á la circunstancia que ha precedido á su instalacion actual que á su mérito artístico. En efecto, es una de las mas débiles y de las menos airosas estatuas del autor. Estaba en el palacio Riccardi y pertenecía á los Médicis; pero cuando Pedro, despues de haber entregado la Toscana á Carlos VIII, fué arrojado de Florencia y saqueado su palacio, resolvieron perpetuar la memoria de aquella venganza popular poniendo la estatua de la Judit debajo de la *Loggia* de los Lansquenets. En su consecuencia fué trasportada allí con gran pompa, y se grabó sobre su pedestal esta amenaza que Lorenzo II dejó á su vuelta subsistir sin duda por indolencia, y Alejandro á su advenimiento al trono por desprecio:

*Exemplum salut. publ. Cives posuere
XCCCCXCV.*

El gran duque actual probablemente ni aun ha fijado en ello la atencion: es demasiado querido para que esto pueda hacer alusion á él.

Al lado de la Judit está el Perseo, el Perseo que Benvenuto Cellini ha llamado tanto una obra maestra, que se ha hecho moda dis-

putarle este título, y que además vale poco más ó menos como todo lo que se hacía en aquella época. Además, cuando los artistas que conocemos por haberlo experimentado nosotros, supieran los afanes, y las fatigas de este laborioso parto, leemos en el mismo Benvenuto Cellini, todos los insomnios, trabajos y fiebres que le ha costado esta estatua; cuando asistimos á la lucha del hombre á la vez contra los hombres y la materia; cuando vemos faltar la fuerza al estatuario, faltar la leña al horno, faltar el metal al molde; cuando vemos el bronce ya fundido helarse, rehusando correr en la forma, y al artista desesperado echar en la caldera seca por el fuego, platos de estaño, cubiertos de plata, jarras doradas, y dispuesto á arrojarse él mismo, por último, con desesperación cual otro Empédocles á otro Etna, somos indulgentes con una obra que, si no es de primer orden, marcha al menos detrás de Miguel Ángel, á la par con las de Juan de Bolonia, y delante de las de Ammanato, de Tasca y de Baccio Bandinelli.

Pero lo que verdaderamente es delicioso, lo que nadie disputará por su lindísimo carácter, son las figuritas del pedestal, cuyo valor conocía tan bien Benvenuto, que riñó con la duquesa antes de privar de ellas á su estatua. Le gustaban tanto aquellas figuritas á la pobre Leonor de Toledo, que quería absolutamente conservarlas en su cuarto, y fué preciso toda la terquedad artística de Cellini para arrancárselas de las manos.

El tercer grupo es el Robo de las sabinas, de Juan de Bolonia, que á su aparición tuvo tal boga, que acudían de todas las partes de la Italia para admirarlo. Aquellas tres figuras, que además son de una gran belleza, tanto por la espresion de su rostro como por el modelo de las carnes, no tuvieron la suerte de agradar á todo el mundo. Un señor entre otros, que había salido de la calle del Corso de Roma á caballo para venir á verlas, y que había tardado cinco días en el camino, se acercó, siempre á caballo, se detuvo un instante, y sin bajarse de su cabalgadura:

—¿Y es esto por lo que han hecho tanto ruido? dijo.

Encogiéndose después de hombros, volvió á poner su caballo al galope, y volvió á tomar el camino de Roma. Aconsejamos á los que quisiesen seguir el ejemplo del curioso romano, que bajen del caballo y miren de cerca los bajos relieves del pedestal representando el Robo de las sabinas.

Enfrente del Palacio Viejo, contiguo al correo, hay un tinglado de madera que se llama el *techo de los Pisanos*, y que nada tiene de particular ni de notable sino la circunstancia que le ha hecho dar nombre.

Sábense las largas guerras y el eterno odio de estas dos repúblicas. En pequeño, Pisa fué para Florencia lo que Roma para Cartago; y Florencia, como Roma, no descansó mientras

que Pisa fué, si no destruida, al menos subyugada. Una de las victorias que concurren á esta sumisión, fué la de Cascina, conseguida por Galiotto, á seis millas de Pisa, y probablemente en el mismo sitio donde hoy está la quinta del gran duque. Perdieron los pisanos en aquella jornada, que fué la del 28 de julio de 1364, mil hombres muertos y dos mil prisioneros. Aquellos dos mil prisioneros fueron trasladados á Florencia en cuarenta y dos carretas, y entraron por la puerta de San Friano, donde los detuvieron para hacerles pagar la *gabala*, que fué tasada en diez y ocho cuartos por persona, precio que había costumbre de pagar por cada cabeza de ganado. Después los llevaron á son de trompeta á la plaza de la Señoría, donde los hicieron bajar de los carros, y donde los obligaron á desfilarse uno á uno por detrás de Marsocho y á besarle el trasero al pasar. Dos de aquellos desgraciados vieron un deshonor tan grande en estas nuevas horcas caudinas, que se ahorcaron con sus cadenas. Por último, los florentinos, pensando que podían emplearlos en algo mejor que esto, los utilizaron en construir ese techo que aun hoy lleva el nombre de sus constructores, y es llamado el *techo de los Pisanos*.

El Marsocho actual está inocente del suicidio de los dos pisanos, porque en el año de 1420 el Marsocho viejo, que databa del siglo X, se hizo pedazos, y la señoría mandó hacer otro á Donatello. Este es el que hoy se ve teniendo bajo sus pies el escudo con la flor de lis encarnada de Florencia, y que tiene el aire de un animal demasiado bueno para tenerle que reconvenir por nada.

La *f fuente del Ammanato*, á pesar de la reputación que se le ha dado, es á mi parecer una obra bastante mediana. Los caballos marinos y el Neptuno, no parecen hechos los unos para el otro; no tienen proporción entre sí, y diríase que era un gigante tirado por jaquillas. Una cosa no menos raquítica, es el raquítico chorrito de agua que destila de aquel coloso. En cambio las figuras de bronce del tamaño natural acurrucadas en los bordes del pilón, son encantadoras.

El año último notaron cierta mañana que faltaba una. Durante dos meses hicieron las mas activas pesquisas para saber qué había sido de ella. Al cabo de este tiempo se supo que un aficionado inglés la había robado: únicamente se ignora de qué medio se valió para aquel robo, pesando cada figura mas de dos mil libras.

Una cosa particular de aquella fuente es que está situada en el mismo punto en que fué quemado Savonarola.

Digamos dos palabras sobre este hombre extraordinario, sobre su carácter, sobre su suplicio, y sobre la memoria que ha dejado.

Fray Gerónimo Savonarola nació en Ferrara el 24 de setiembre de 1452; hijo de Nicolás Savonarola y de Elena Buonaconi.

Desde su infancia se notó en él un carácter grave, un esterior austero; y en cuanto tuvo edad para manifestar una voluntad, mostró deseo de hacerse religioso. Con este objeto estudió con sostenida aplicación la filosofía y la teología, leyendo y relejendo sin cesar las obras de Santo Tomás de Aquino, no suspendiendo aquellas graves lecturas sino para hacer versos toscanos. Era tan agradable esta ocupación á Savonarola, que él mismo se la prohibió muy pronto, reprendiéndose de tener tan grande afición á una distracción que miraba como mundana.

Llegado á la edad de veinte y dos años, soñó una noche que se hallaba espuesto desnudo en el campo, y que caía sobre su cuerpo una lluvia de agua helada. Fué tal la impresión, que se despertó, y al despertarse resolvió consagrarse á Dios, habiendo aquella lluvia bienhechora, según aseguraba, apagado para siempre las pasiones en su corazón.

Esta fué la primera de las visiones, que después le fueron tan frecuentes y familiares.

Al día siguiente, era el 24 de abril de 1475, sin decir nada á sus parientes ni amigos, huyó á Bolonia y tomó el hábito de Santo Domingo.

Hacia ya algun tiempo que el joven dominico se hallaba en Bolonia, cuando habiéndose encendido la guerra entre Ferrara y Venecia, resolvieron aliviar el convento de bocas inútiles. Fray Gerónimo Savonarola, cuyo genio no se había revelado todavía, fué del número de los desterrados. Vinose entonces á Florencia, donde halló ocasión de predicar una cuaresma entera en la iglesia de San Lorenzo; pero con la poca práctica que tenía, no alcanzó ni por la voz, ni por la acción, ni por la elocuencia, grande éxito.

Dudó él mismo entonces de la misión á que se creía llamado, y resolvió limitarse á la explicación de las Santas Escrituras. Retiróse, pues, á un convento de Lombardia, donde continuaba permanecer eternamente hasta que fué llamado á Florencia por Lorenzo de Médicis.

El joven Picco de la Mirandola había seguido las predicaciones de fray Gerónimo, y en medio de la cordedad de la elocución y de la falta de acción, había reconocido el acento del inspirado, la sombría y profunda mirada del hombre de genio. Pero ya había hecho un progreso inmenso Savonarola; había empleado el tiempo que había pasado en Lombardia en estudios de elocuencia, y cuando volvió á Florencia comenzaba á creer de nuevo que Dios le había elegido para hablar á los pueblos por su boca. Sus primeros ensayos le confirmaron en aquella creencia.

Además, el tiempo era propio para erigirse en profeta: la Italia se hallaba llena de facciones, y la Iglesia de escándalos. Inocencio VIII reinaba entonces, y sus diez y seis hijos le habían valido el sobrenombre de *padre de su pueblo*. Así Savonarola tomó por

testo de sus discursos tres proposiciones.

La primera, que debía renovarse la Iglesia.

La segunda, que la Italia sería azotada con varas.

Y la tercera, que se verificarían estos acontecimientos antes de la muerte del que los anunciaba.

Esta muerte debía verificarse antes del fin del siglo: como se estaba en el año 1490, todas estas profecías debían hacer tanto mas efecto cuanto que anunciaban cosas próximas, y que Savonarola, como aquel hombre que daba la vuelta por los muros de Jerusalem, después de haber comenzado por gritar, ¡desgraciados de los demás! terminaba por gritar, ¡desgraciado de mí mismo!

Lutero cumplió la primera de las predicciones de Savonarola.

Alejandro de Médicis la segunda.

Y Rodrigo Borgia la tercera.

Las predicaciones de Savonarola produjeron tal efecto, y atrajeron tal concurso de oyentes, que aun cuando se le concedió el Domo como la mas grande de las iglesias de Florencia, el Domo era muy estrecho para contener la muchedumbre que acudía á alimentarse con su palabra. Viéronse, pues, obligados á separar los hombres de las mugeres y los niños, y á reservar para cada uno de ellos un día particular.

Además, todas las veces que Savonarola iba desde su convento al Domo y volvía del Domo á su convento había necesidad de darle una guardia. Las calles por las que debía pasar, estaban atestadas de hombres del pueblo que le miraban como un santo, y que querían besar su hábito.

Esta popularidad le valió el ser nombrado en 1490 prior de San Marcos, y con motivo de este nombramiento dió una nueva prueba de su carácter inflexible. Había costumbre, ó los predecesores de Savonarola habían de ello hecho casi una regla, de que los que eran promovidos á la categoría de priores en las órdenes religiosas fuesen á presentar sus respetos y homenajes á Lorenzo de Médicis, como á jefe supremo de la república y le suplicasen les concediese su protección. Savonarola, que no reconocía mas gefes de la república, que los que ella misma había elegido, rehusó constantemente verificar este acto de infidencia con un poder que miraba como usurpado. En vano sus amigos le instaron; en vano Lorenzo le hizo saber que le recibiría con placer: Savonarola respondió constantemente que era prior de Dios y no de Lorenzo; que no tenía que aguardar nada de él mas que el último ciudadano.

Comprendese bien, que esta respuesta hirió mucho al orgulloso Médicis: era la sola oposición que había encontrado en Florencia desde la conspiración de los Pazzi. Así, habiendo escitado algunos desórdenes las predicaciones exaltadas de Savonarola, aprovechó esta oca-

sion Lorenzo para hacer decir al monge rebelde por cinco de los primeros de la ciudad que suspendiese sus predicaciones, ó al menos que moderase su fogosidad. Savonarola respondió á esto con un sermón que terminó anunciando al pueblo la muerte próxima de Lorenzo de Médicis. Esta predicación se realizó diez y ocho meses después, es decir, el 9 de abril de 1492. Sucedió entonces, que hallándose en el lecho de la muerte Lorenzo el Magnífico, se acordó del pobre prior de San Marcos teniéndole por un inspirado, pues que había profetizado las cosas que sucedían, y no quiso recibir la absolución sino de él. Envióle, pues, á buscar, y aquella vez Savonarola, fiel á su promesa, acudió al lecho del moribundo, obrando en esto como hubiera podido hacerlo con el último ciudadano.

Lorenzo el Magnífico se confesó. Pesaban sobre su conciencia muchos crímenes desconocidos y ocultos, de esos crímenes que cometen los poderosos que quieren á toda costa conservar el poder. Empero por grandes que fuesen sus crímenes, Savonarola le prometió el perdón de Dios con tres condiciones. El moribundo que no esperaba verse libre á tan poca costa le preguntó cuáles eran aquellas tres condiciones.

—La primera, dijo el fraile es, que tengais una fé viva é inalterable en Dios.

—La tengo, respondió Lorenzo.

—La segunda, es que restituyais en cuanto sea posible los bienes mal adquiridos.

Reflexionó un instante Lorenzo: después haciendo un esfuerzo sobre sí, dijo:

—Está bien, restituiré.

—Por último, la tercera es, que volvais la libertad á Florencia.

—¡Oh! en cuanto á eso, dijo el moribundo, mejor quiero condenarme.

Volviendo entonces la espalda á Savonarola, Lorenzo no pronunció ya mas palabra: espiró en el mismo día.

Y como su muerte, dice Maquiavelo, debía ser la señal de grandes calamidades, permitió Dios que fuese acompañada de terribles presagios. Cayó un rayo sobre el Domo y Rodrigo Borgia fué nombrado papa.

La tempestad predicha por Savonarola se iba acercando: Carlos VIII aparecía en el horizonte, marchando hácia su reino de Nápoles, amenazando pasar él y su cólera sobre Florencia. Savonarola fué diputado para salir al encuentro del ejército ultramontano.

El fraile permaneció fiel á su misión y habló al rey no como embajador sino como profeta. Le predijo la victoria y las gracias de Dios si devolvía la libertad á Florencia: le prometió los reveses y la enemistad del Señor si la dejaba bajo el yugo. Carlos VIII no vió en Savonarola mas que un buen religioso que se metía á hablar de política, es decir, de una cosa que no entendía. Pasó sobre Florencia sin atender á sus palabras y no dejó la ciudad

sublevada sino después de haber exigido de la señoría el levantamiento del secuestro puesto á los bienes de los Médicis y la anulación del decreto que ponía á precio su cabeza.

Antes de un año la nueva predicación de Savonarola se hallaba cumplida. Las victorias se habían cambiado en reveses y Carlos VIII con la espada en la mano se había visto obligado á abrirse, por la batalla de Taro, un camino sangriento para retirarse á Francia.

Todo hasta aquí favorecía á Savonarola, y los acontecimientos parecían estar á las órdenes de su genio. Así su influencia en la república era tal, que después de la caída de Pedro de Médicis fué mas grande que nunca.

Recibió entonces de la señoría la comisión de presentar una nueva forma de gobierno. Savonarola, libre entonces de dar rienda á sus ideas democráticas, estableció su sistema sobre la base mas ancha y mas popular que se había presentado nunca á la república florentina.

El derecho de conceder los empleos y los honores debía residir en un gran consejo compuesto de todo el pueblo: y como el pueblo no podía ser convocado en masa á cada instante y por cada cosa que reclamase su examen y aprobación debía conferir su autoridad á cierto número de ciudadanos elegidos por él mismo y á los que transmitía sus derechos. Para reunir aquella asamblea de elegidos debió Savonarola construir el Palacio Viejo por Gronada, su amigo, y aquella famosa sala del consejo en la que podían estar reunidos cómodamente mil ciudadanos.

No fué esto solo; después de la parte material de la libertad, si puede llamársela así, era preciso ocuparse de la parte moral, es decir, de las costumbres y las virtudes, sin las que no puede mantenerse. Los Médicis habían derramado el oro á manos llenas; el oro había producido el lujo, y el lujo los placeres. Florencia no era una república severa, donde la economía pública y privada permitiese al gobierno mandar á la vez á Arnolfo di Lapo hacer un nuevo recinto de murallas, una magnífica catedral, un palacio intomable, y un granero público donde pudiese encerrarse el trigo de todo un año. Florencia se había hecho muelle y voluptuosa; Florencia tenía sabios griegos, poetas eróticos, cuadros obscenos y estatuas impúdicas. Era preciso llevar el fuego y el hierro á todo esto: era preciso volver á los florentinos á la sencillez antigua: era preciso destruir á Atenas y con sus restos reedificar á Esparta.

Savonarola escogió la época de la cuaresma para tronar contra aquellas tendencias mundanas, para lanzar el anatema sobre todas aquellas perniciosas superfluidades. Su palabra tuvo su poder ordinario. A su voz se apresuraron todos á venir á amontonar sobre las plazas públicas cuadros, estatuas, libros, alhajas, vestidos de brocado y trages bordados. Entonces el fraile, seguido de una multitud de

mujeres y de niños, que cantaban las alabanzas á Dios, salió de la catedral con una antorcha en la mano, y fué por las calles encendiendo todas aquellas hogueras, renovadas todos los días, y todos los días devoradas.

En una de aquellas hogueras Fra Bartolomeo fué á arrojar sus pinceles eróticos y sus cuadros mundanos, que hasta entonces habían apartado su genio del divino camino. Convertido al Señor, Fra Bartolomeo juró no ocuparse en lo sucesivo sino de los asuntos religiosos; y cumplió su juramento.

Sin embargo, después de haber triunfado hasta aquel día, Savonarola iba por último á luchar cuerpo á cuerpo con el coloso contra el que debía hacerse pedazos.

Habia subido al trono pontifical Alejandro VI, y había llevado á él los desórdenes y escándalos de su vida privada. Cuanto mas alto bajaba el ejemplo de la impiedad y de la lujuria, tanto mas abominable era. Savonarola no vaciló un instante en atacar la corte de Roma con la misma vehemencia con que hubiese atacado la corte de Francia ó la corte de Inglaterra.

Alejandro VI creyó responder eficazmente á aquellos ataques fulminando una bula en la que declaraba á Savonarola herege, y le prohibía la predicación. Savonarola eludió esta prohibición haciendo predicar en su lugar á Domingo Bombicini de Pescaia, su discípulo. Empero cansándose pronto del silencio, declaró sobre la autoridad del papa Pelagio, que una excomunión injusta no tenía eficacia, y que el que había incurrido en aquella no tenía ni aun necesidad de hacerse absolver. En su consecuencia el día de Navidad del año 1497, declaró en el púlpito que el Señor le inspiraba la voluntad de sacudir la obediencia, atendida la corrupción del papa; y continuó sus predicaciones, ó mas bien sus ataques, con mas fuerza, libertad y entusiasmo que nunca.

Entonces hubo un momento en que para el pueblo florentino Savonarola no fué un hombre, sino un Mesías, un segundo Cristo, un semi-dios.

Pero en medio de todo aquel pueblo que al pasar él se ponía de rodillas, caminaba Savonarola triste y con la cabeza baja, porque conocía que estaba próxima su caída, y nada le había revelado que hubiera nacido Lutero.

Respondió á aquella rebelión Alejandro VI con un breve que declaraba á la señoría que si no prohibía la palabra al prior de los dominicos, todos los bienes de los mercaderes florentinos situados en el territorio pontifical serían confiscados, puesta la república en entredicho y declarada enemiga espiritual y temporal de la Iglesia.

La señoría, que veía crecer el poder pontifical en la Romaña, y que sentía á César Borgia á las puertas, no se atrevió á resistir, y esta vez intimó ella misma á Savonarola la orden de suspender sus predicaciones. Savonarola no podía resistir; además, la resistencia hubiera sido una infracción de las leyes que él mismo había consentido. Se despidió, pues, de su auditorio en un sermón que anunció debía ser el último. Al mismo tiempo se anunció que otro predicador muy afamado había llegado en nombre de Alejandro VI para reemplazar á fray Savonarola y combatir la palabra impía por la palabra santa.

Compréndese que el recién llegado trabajó en vano en hacerse oír, porque la retirada de Savonarola en lugar de calmar la fermentación la había aumentado. Hablábale de sus visiones divinas, de sus profecías realizadas, y anunciáronse milagros. Decíase que el prior de los dominicos había ofrecido bajar con el campeón del papa á las bóvedas de la catedral y resucitar un muerto. Estas noticias, en las que ninguna parte tenía Savonarola, esparcidas por sectarios demasiado celosos, llegaron á conocimiento de fray Francisco de Pouilla; este era el nombre del predicador que había llegado de Roma. Fray Francisco era de un temple semejante á Savonarola, y no tenía sino la desventaja de defender una mala causa. Además, ardiente, fanático, pronto á morir por su causa si su muerte podía hacerla triunfar, respondió á aquellos vagos rumores con un formal desafío: propuso entrar con el prior de los dominicos en una hoguera «y allí, decía, á la vista del pueblo, Dios dará á conocer su elegido.»

Era tanto mas estraña esta proposición de su parte cuanto que no creía en un milagro; pero esperaba con esta proposición decidir á Savonarola é intentar la prueba, y al morir arrastrar consigo al tentador que tantas almas precipitaba con la suya en la eterna condenación. Por exaltado que fuese Savonarola, no esperaba que Dios hiciese un milagro en su favor. Además, no habiendo jamás propuesto el primer desafío, no se creía de ningún modo obligado á aceptar el segundo.

Pero entonces sucedió una cosa que prueba hasta qué punto había escitado el fanatismo de sus discípulos.

Fray Domingo Bombicini, mas confiado que él en la intervención de Dios, hizo responder que estaba pronto á hacer frente á fray Francisco de la Pouilla y aceptar la prueba del fuego.

Desgraciadamente este sacrificio no era la cuenta de fray Francisco; éste quería deshacerse del maestro y no del discípulo, y si moría quería al menos que su muerte tuviese todo el brillo que podía darle un ilustre antagonista, con el que únicamente consentía en luchar.

Pero Florencia parecía atacada de una locura general. A falta de fray Francisco, dos frailes franciscanos, llamado el uno fray Nicolás de Pylly y el otro fray Andrés Rondinelli, declararon que estaban dispuestos á hacer frente por fray Francisco de Pouilla, y aceptar

la prueba del fuego con fray Domingo: en el mismo día en que se aceptó el desafío mortal, se extendió la noticia de él por toda la ciudad.

Quisieron los magistrados impedir el escándalo: era demasiado tarde. Contaba el pueblo con un espectáculo inesperado, inaudito, terrible, y no había medio de privarle de él sin esponer á la ciudad á alguna conmoción. Viéronse, pues, los magistrados en la necesidad de ceder: consintieron entonces en aquel extraño desafío entre fray Domingo Bombicini y fray Andrés Rondinelli, que habiendo probado ser el primero en fecha, obtuvo la preferencia sobre fray Nicolás de Pylly. Diez ciudadanos elegidos á pluralidad de votos, fueron encargados de redactar las condiciones de la lucha y de señalar el día y lugar. El día se señaló para el 7 de abril de 1498, y la plaza del Palacio ó mas bien de la Señoría, como entonces se llamaba, fué elegida por palenque.

Desde que se supo esta determinación, la muchedumbre se agolpó muy numerosa á la plaza, aunque todavía faltaban cinco días para llegar al señalado, y los jueces comprendieron que no habría medio de hacer los preparativos necesarios si no se ocupaba con soldados la plaza y las calles adyacentes. Con esta precaución tomada durante la noche, la plaza se encontró á la mañana siguiente vacía, y pudieron comenzarse los trabajos.

Se separó desde luego por medio de una valla, la *Loggia dei Lanzi* en dos divisiones, reservada la una á fray Rondinelli, y á sus franciscanos, y la otra á fray Domingo y los discípulos de Savonarola: despues se levantó un tablado de madera de cinco pies de alto, por diez de ancho y ochenta de largo. Aquel tablado fué guarnecido todo de mimbres y de haces de leña de la mas seca que pudieron encontrar. En medio de la hoguera se hicieron dos especies de corredores de la longitud del tablado, separados uno de otro con una tabla de pino. Aquellos corredores se abrian por un lado sobre la *Loggia dei Lanzi*, y por el otro sobre el extremo opuesto. Todo debia hacerse á la luz del día, á fin de que cada cual pudiese ver á los campeones entrar y salir: no había, pues, medio de retroceder ni organizar un falso milagro.

Llegado el día, los franciscanos se fueron á su sitio sin ninguna demostración aparente. Savonarola al contrario, anunció una misa mayor á la que rogó á todos sus prosélitos que asistiesen: despues, concluida la misa, en lugar de encerrar la hostia en el tabernáculo se adelantó hácia la puerta con el Santísimo Sacramento en la mano, salió de la iglesia y se fué á la plaza del palacio. Fray Domingo de Pescia le seguia con todas las apariencias de una ardiente fé llevando en la mano un crucifijo cuyos pies besaba de tiempo en tiempo sonriendo. Todos los frailes dominicos del convento de San Marcos iban detrás participando visiblemente de su confianza y cantando

himnos al Señor. En fin, detrás de los dominicos iban los ciudadanos mas considerables de su partido con hachas en las manos, porque seguros como estaban del triunfo de su santa empresa, querian ellos mismos prender fuego á la hoguera.

Inútil es decir, que la plaza se hallaba de tal modo atestada de gente, que la muchedumbre se extendia á todas las calles. Las puertas y las ventanas parecian tener paredes de cabezas; los terrados de las casas circunvecinas se hallaban llenas de espectadores: habia curiosos hasta sobre las torres del Bargello, hasta el techo de la catedral y en la cúpula del Campanillo.

Sin duda, la seguridad de fray Domingo comenzó á inspirar algunos temores á los franciscanos, porque cuando se los avisó que fray Domingo estaba listo declararon que habian sabido que fray Domingo se ocupaba de magia y gracias á este arte componia hechizos y talismanes. En su consecuencia, pedian que su adversario fuese despojado de su hábito, visitado por gentes del arte y vestido con nuevos hábitos, lo que se baria todo por los jueces. Fray Domingo no hizo oposicion alguna; se quitó él mismo su hábito que entregó á la investigación de los médicos, despues de lo cual se puso un hábito nuevo que le trajeron é hizo avisar segunda vez al franciscano para ver si estaba listo. Entonces se vió obligado á salir del punto donde estaba Andrés Rondinelli; pero como vió al salir, que su adversario se preparaba á atravesar las llamas llevando en la mano el Santísimo Sacramento que Savonarola le habia entregado, exclamó que era una profanación esponer á ser quemado el cuerpo de Nuestro Señor: ademas de que si habia milagro, el milagro no tendria nada de particular, porque no seria el hermano Bombicini sino el hijo predilecto del mismo Dios el que se salvaria de las llamas. En consecuencia declaró, que si el dominico no renunciaba á aquel auxilio sobrenatural, él renunciaba la prueba.

Por su parte, Savonarola á quien por la vez primera le ocurrió la duda, y esto porque se trataba de otro y no de él, declaró que la prueba no se haria sino con aquella condición. Los franciscanos no quisieron ceder de sus pretensiones; Savonarola se aferró en su derecho y se mantuvo firme, y como ni unos ni otros querian ceder, pasáronse cuatro horas en esta discusión, durante las cuales el pueblo espuesto á un sol ardiente comenzó á murmurar tan alto y con tal impaciencia, que Domingo Bombicini declaró, que para concluir cuanto antes estaba dispuesto á intentar la prueba con un simple crucifijo. No habia ya medio de retroceder no siendo el crucifijo mas que la imágen y no la presencia real de Dios.

Fray Rondinelli se vió obligado á someterse y se anunció al pueblo, que iba á comenzar la prueba. En aquel mismo instante olvidando sus fatigas y su cansancio comenzó á dar pal-

madas, como se hace en un teatro despues de haber aguardado largo tiempo en un entre-acto.

Pero en aquel momento, por una estraña casualidad, estalló una violenta tempestad sobre Florencia. Hacia largo tiempo que aquella tempestad se estaba preparando sobre la ciudad sin que ninguno hubiese reparado lo que pasaba en el cielo: tan fijos y atentos tenian los ojos en la tierra. Cayeron tales torrentes de lluvia, que el fuego que se acababa de encender se apagó en el mismo instante sin que fuese posible volverlo á reanimar, aunque echaron allí todas las antorchas que pudieron procurarse y aunque trajeron fuego y tizonas encendidos de todas las casas que daban á la plaza.

Entonces la muchedumbre se creyó burlada, y como unos gritaban que el no haberse verificado la función era culpa de los franciscanos mientras otros afirmaban que la culpa estaba en los discípulos de Savonarola, el pueblo hizo alternativamente recaer la responsabilidad y su desagrado sobre los dos campeones y empezó á silbar y á burlarse de ambos.

A los gritos que oyó dar y á las demostraciones hostiles que vió hacer, la señoría dió orden de que la muchedumbre se retirase; pero á pesar de que la lluvia continuaba cayendo á torrentes nadie obedeció. Fué preciso, pues, al fin, á los adversarios atravesar la multitud. Esto era lo que aguardaba el pueblo. Fray Rondinelli fué seguido, apedreado y silbado y entró en su convento todo aporreado y con los hábitos hechos pedazos. Savonarola salió como habia entrado con el Santísimo Sacramento en la mano, y gracias á esta santa salvaguardia llegaron sin accidente él y los suyos á la plaza de San Marcos, donde se hallaba situado su convento.

Empero desde aquel día se habia destruido el prestigio de Savonarola, y no fué ya para el pueblo mas que un fraile fanático y un falso profeta. Fray Francisco de Poulla, este enviado de Alejandro del que habia salido la primera proposición y que habia retrocedido cuando habia visto á los franciscanos y á los dominicos comprometerse, aprovechó hábilmente aquel desengaño para animar contra Savonarola cuantos enemigos tenia en Florencia. Estos enemigos eran desde luego todos aquellos que mantenian una excomunion como valedera cualquiera que fuese la moralidad del papa que la hubiese lanzado; eran despues todos los partidarios de los Médicis que creian que solo la influencia de Savonarola se oponia á su vuelta y que tenian tanto ardor en sus opiniones políticas que se los llamaba los *arrabiati* ó rabiosos.

Así el día siguiente, Domingo de Ramos, cuando Savonarola subió al púlpito para esplanar su conducta del día anterior, los gritos de fuera el falso profeta, fuera el herege, fuera el excomulgado, se oyeron de todas partes re-

novados con tal encarnizamiento que Savonarola, cuya voz era débil, no pudo dominar aquel tumulto. Entonces, Savonarola, viendo que habia perdido toda su influencia con aquel pueblo que la vispera todavia escuchaba sus menores palabras de rodillas, se echó la capucha á la cabeza y se retiró á la sacristia: despues desde la sacristia saltó sin ser visto y pudo llegar á su convento. Pero aquel retiro no desarmó á los enemigos de Savonarola, que resolvieron perseguirle en su convento donde presumieron que se habia retirado.

Los gritos de á San Marcos, á San Marcos resonaron por todas partes. Aquellos gritos dados en las calles, amotinaron á todos los que escuchaban el interés ó la venganza. El núcleo de la insurrección se engrosó á cada paso y pronto la muchedumbre fué á batir los muros de San Marcos como una marca de carne. Derribaron en un momento las puertas y las olas populares inundaron el convento.

Conociendo que era él contra quien se dirigian, Savonarola abrió su celda y se presentó en la puerta. Hubo entonces un instante de vacilación entre aquellos hombres habituados á temblar delante de él; pero dos *arrabiati* se arrojaron sobre él gritando, á la hoguera el herege, á la horca el falso profeta, é hicieron salir á Savonarola para llevarlo directamente al suplicio: con gran pena y trabajo dos magistrados, acompañados de un cuerpo de tropas, reunidas de prisa y corriendo á la noticia de aquella conmoción, consiguieron arrancarle de las manos del populacho prometiendo que se haria justicia y que no perderian nada por aguardar.

En efecto, el 25 de mayo, es decir, cuarenta y dos días despues de la prueba que habia concluido mal, se levantaba una segunda hoguera en la plaza del palacio. Un poste salia del medio de aquella hoguera y á aquel poste estaban amarrados tres hombres: estos tres hombres eran fray Francisco Savonarola, fray Domingo Bombicini y Silvestre Maruffi, que se encontraba allí, no se sabe cómo y al que se le habia formado su causa por añadidura. Así el pueblo á quien se habia cumplido la palabra con creces dándole mas de lo que esperaba, parecia completamente satisfecho.

Savonarola espiró como habia vivido, con los ojos fijos en el cielo y tan desprendido de la tierra, que el dolor no le hizo dar ni un grito. Ya el fraile y sus discípulos se hallaban envueltos en llamas y todavia se oia el himno santo que cantaban en coro que anticipadamente iba por ellos á llamar á la puerta del cielo.

Así es como se verificó la última predicción de Savonarola.

Apenas murió cuando el recuerdo de toda su vida y el espectáculo de sus últimos momentos tan en armonia con aquel recuerdo hicieron abrir los ojos de los mas ciegos: los que tenian realmente interés en perseguir su

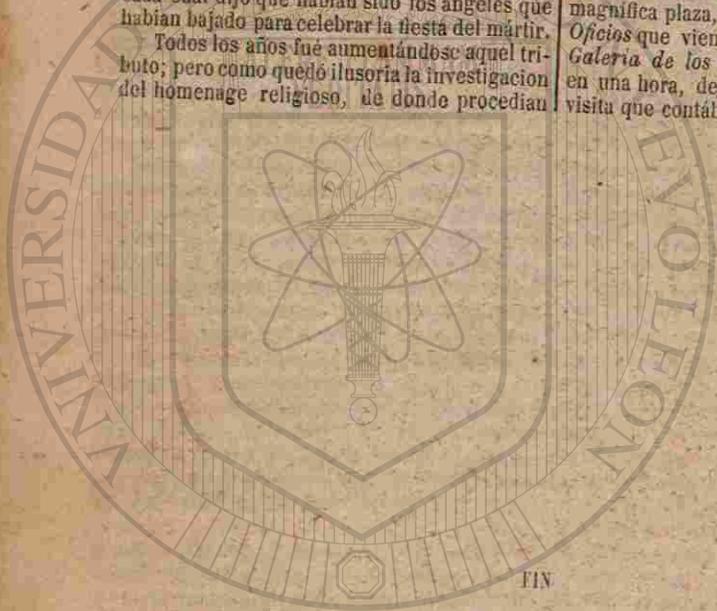
memoria como habían calumniado su vida, continuaron solo blasfemando su nombre. Pero aquel pueblo que había encontrado siempre en él un consolador y un amigo, sintió bien pronto que aquel consolador y aquel amigo le faltaba. Buscó en derredor de sí sobre la tierra y no hallando nada, esperó buscarlo en el cielo.

Un año después y el día aniversario de su muerte la plaza donde se había levantado su hoguera se hallaba cubierta de flores. No se pudo descubrir qué mano había depositado aquellas flores sobre la tumba de Savonarola; cada cual dijo que habían sido los ángeles que habían bajado para celebrar la fiesta del mártir.

Todos los años fué aumentándose aquel tributo; pero como quedó ilusoria la investigación del homenaje religioso, de donde procedían

aquellos ramos, resolvió Cosme I poner fin á él. Por poderoso que fuese, no se atrevió á chocar de frente con las simpatías populares: ordenó únicamente al Ammanato edificase una fuente en aquel lugar. Obedeció el Ammanato y la estatua de Neptuno ocupó el lugar donde se había alzado la hoguera. Cerca de Neptuno está la estatua ecuestre de Cosme I, la mejor de las cuatro estatuas del mismo género que han sido ejecutadas por Juan de Bolonia: las otras tres son, creo, las de Enrique IV, Felipe II y Francisco I.

Esto es todo cuanto se halla sobre esta magnífica plaza, sin contar la *Galeria de los Oficios* que viene á dar á ella. Pero como la *Galeria de los Oficios* no puede recorrerse en una hora, dejamos para otro momento la visita que contábamos hacerla.



FIN

ÍNDICE.

El lago de Cuges y la Fuente de Rougiez.	1	Génova la Soberbia.	37
Improvisacion.	3	Liorna.	44
Tolon.	40	Repúblicas italianas.	52
Fray Juan Bautista.	13	Camino de Liorna á Florencia.	60
El Golfo Juan.	17	Florencia.	63
El hombre de la Máscara de Hierro.	21	La Pergola.	66
El capitán Langlet.	27	Santa María de las Flores.	70
El principado de Monaco.	30	El Palacio Riccardi.	83
El río de Génova.	34	El Palacio Viejo.	89
		La Plaza del Gran Duque.	98

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



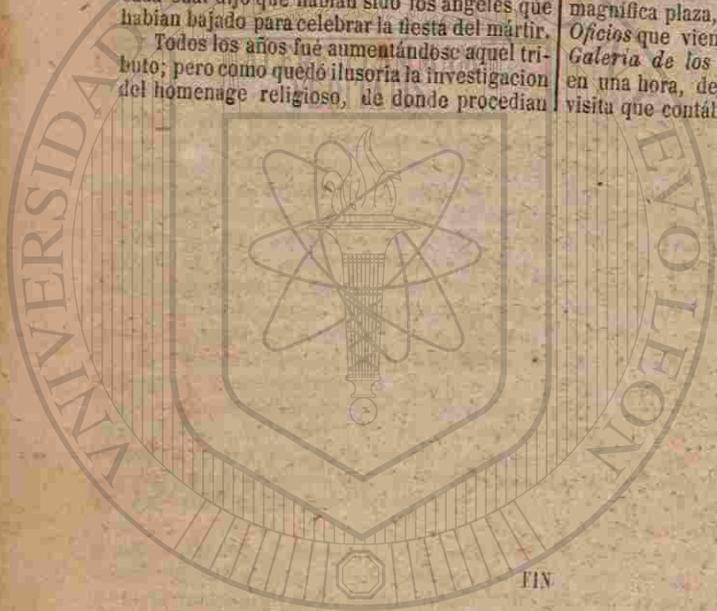
memoria como habían calumniado su vida, continuaron solo blasfemando su nombre. Pero aquel pueblo que había encontrado siempre en él un consolador y un amigo, sintió bien pronto que aquel consolador y aquel amigo le faltaba. Buscó en derredor de sí sobre la tierra y no hallando nada, esperó buscarlo en el cielo.

Un año después y el día aniversario de su muerte la plaza donde se había levantado su hoguera se hallaba cubierta de flores. No se pudo descubrir qué mano había depositado aquellas flores sobre la tumba de Savonarola; cada cual dijo que habían sido los ángeles que habían bajado para celebrar la fiesta del mártir.

Todos los años fué aumentándose aquel tributo; pero como quedó ilusoria la investigación del homenaje religioso, de donde procedían

aquellos ramos, resolvió Cosme I poner fin á él. Por poderoso que fuese, no se atrevió á chocar de frente con las simpatías populares: ordenó únicamente al Ammanato edificase una fuente en aquel lugar. Obedeció el Ammanato y la estatua de Neptuno ocupó el lugar donde se había alzado la hoguera. Cerca de Neptuno está la estatua ecuestre de Cosme I, la mejor de las cuatro estatuas del mismo género que han sido ejecutadas por Juan de Bolonia: las otras tres son, creo, las de Enrique IV, Felipe II y Francisco I.

Esto es todo cuanto se halla sobre esta magnífica plaza, sin contar la *Galeria de los Oficios* que viene á dar á ella. Pero como la *Galeria de los Oficios* no puede recorrerse en una hora, dejamos para otro momento la visita que contábamos hacerla.



FIN

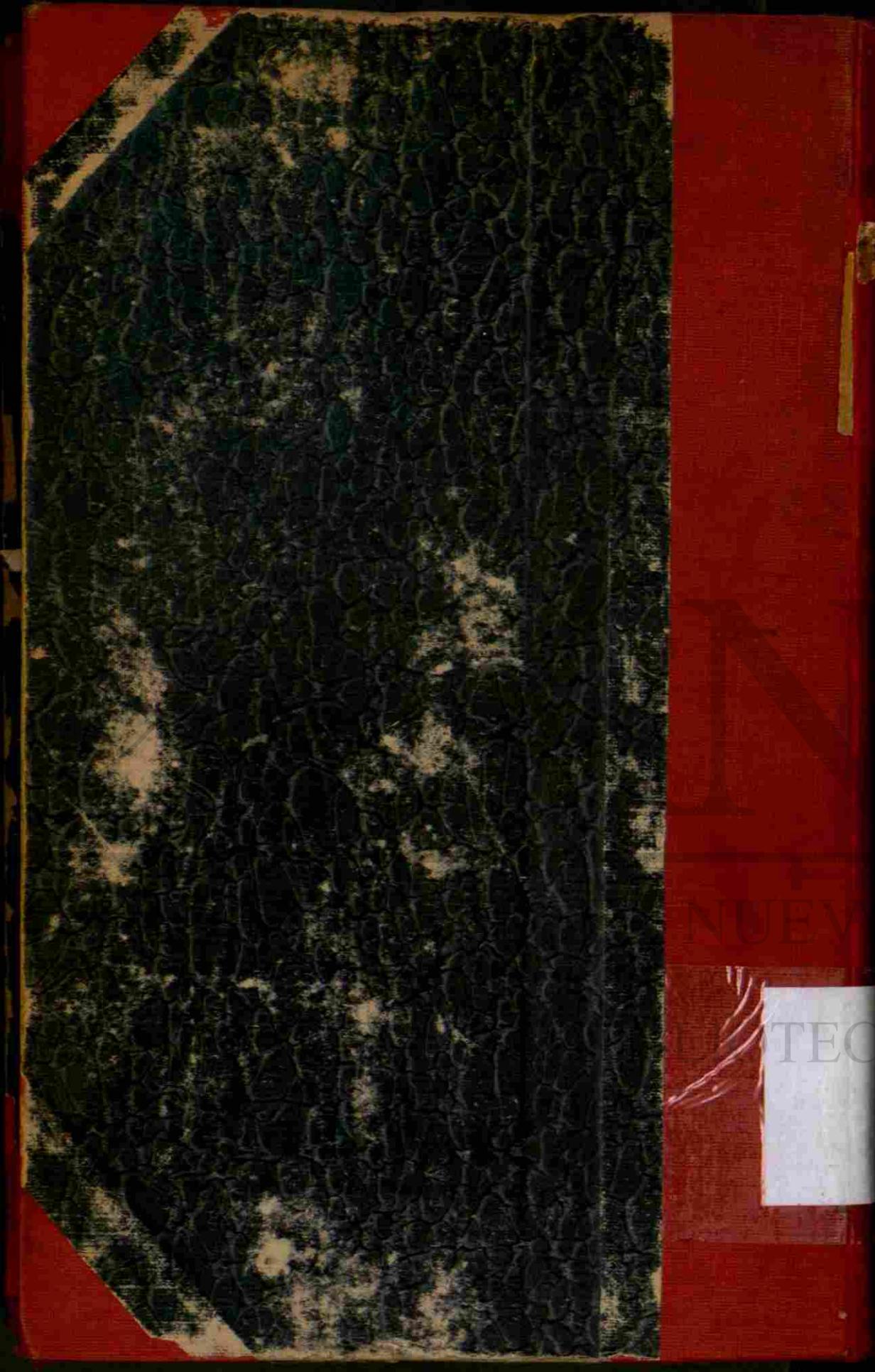
ÍNDICE.

El lago de Cuges y la Fuente de Rougiez.	1	Génova la Soberbia.	37
Improvisacion.	3	Liorna.	44
Tolon.	40	Repúblicas italianas.	52
Fray Juan Bautista.	13	Camino de Liorna á Florencia.	60
El Golfo Juan.	17	Florencia.	63
El hombre de la Máscara de Hierro.	21	La Pergola.	66
El capitán Langlet.	27	Santa María de las Flores.	70
El principado de Monaco.	30	El Palacio Riccardi.	83
El río de Génova.	34	El Palacio Viejo.	89
		La Plaza del Gran Duque.	98

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUEV

TEC